

EL EVÁNGELIO EXPLICADO

INTRODUCCION-CONCORDIA
COMENTARIO-LECCIONES MORALES

POR EL EMMO. Y REVMO. SEÑOR

Dr. D. ISIDRO GOMA Y TOMAS

CARDENAL-ARZOBISPO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

SEXTA EDICIÓN

VOL. II

AÑO TERCERO
DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS
PASION Y MUERTE.—RESURRECCION
Y VIDA GLORIOSA DE JESUS.

EDICIONES ACERVO

APARTADO 5319

BARCELONA

1 9 6 7



Barcelona, 6 de mayo de 1955

IMPRÍMASE

† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvma.

ALEJANDRO PECH, Pbro.,

Canciller-Secretario

SECCION QUINTA

AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

**Marzo-abril hasta septiembre-octubre de 781. Año 28 - 29 de
nuestra era**

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: JESÚS EN LA GALILEA, FENICIA, DECÁPOLIS Y CESAREA. — 86. La pureza legal. Discute Jesús con unos escribas y fariseos. — 87. Jesús en la Fenicia: Curación de la hija de una mujer cananea. — 88. Jesús en la Decápolis: Curación de un sordomudo y otros muchos. — 89. Segunda multiplicación de los panes. — 90. La señal del cielo. La levadura de los fariseos. — 91. Curación de un ciego en Betsaida. — 92. El primado de Pedro. — 93. Jesús predice su pasión. Necesidad de la abnegación. — 94. La transfiguración de Jesús.

PERÍODO SEGUNDO: JESÚS EN LA GALILEA. — 95. La venida de Elías. — 96. Curación de un joven poseso, epiléptico, sordo y mudo. — 97. Otra vez predice Jesús su pasión, muerte y resurrección. El didracma. — 98. La humildad. Escándalo de los pequeños. Valor de las almas. — 99. La indiscreción en el celo. — 100. La corrección fraterna. Potestad de los Apóstoles. La oración. El perdón de las injurias. — 101. Parábola del deudor injusto y cruel.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO: Desde la Pascua a la fiesta de los Tabernáculos (marzo-abril a septiembre-octubre). — Jesús, que no subió a Jerusalén para celebrar la tercera Pascua, se detuvo algún tiempo en la región de Genesaret, y emprendió luego un largo viaje, marchando hacia poniente a la Fenicia, donde curó a la Cananea, franqueando los confines septentrionales de Galilea

y bajando, a través de la Decápolis, hasta la parte sur de esta región, junto al mar de Galilea, en su ribera oriental, donde curó a muchos enfermos, entre ellos un sordomudo, y multiplicó por segunda vez los panes (núms. 86-89). Subió después a la barca y bajó más al sur del lago, a los fines de Magedán, cerca de Dalmanuta. Desde aquí hizo la travesía a Betsaida, donde curó a un ciego, y en las proximidades de Cesarea de Filipo prometió el primado a Pedro. Seis días después se transfiguró en el Tabor y bajó a Cafarnaúm (núms. 90-101).

Este es el orden cronológico que señalamos a los hechos, siguiendo en esto la opinión más corriente, y que podríamos llamar tradicional. Reconocemos, sin embargo, que es sumamente difícil señalar cronología alguna en varios episodios del tercer año de la Vida Pública de Jesús, y que no faltan eminentes escrituristas modernos que, apoyándose singularmente en argumentos de carácter interno, les señalan un orden distinto, variando algún tanto, en este caso, la ruta seguida por el Redentor.

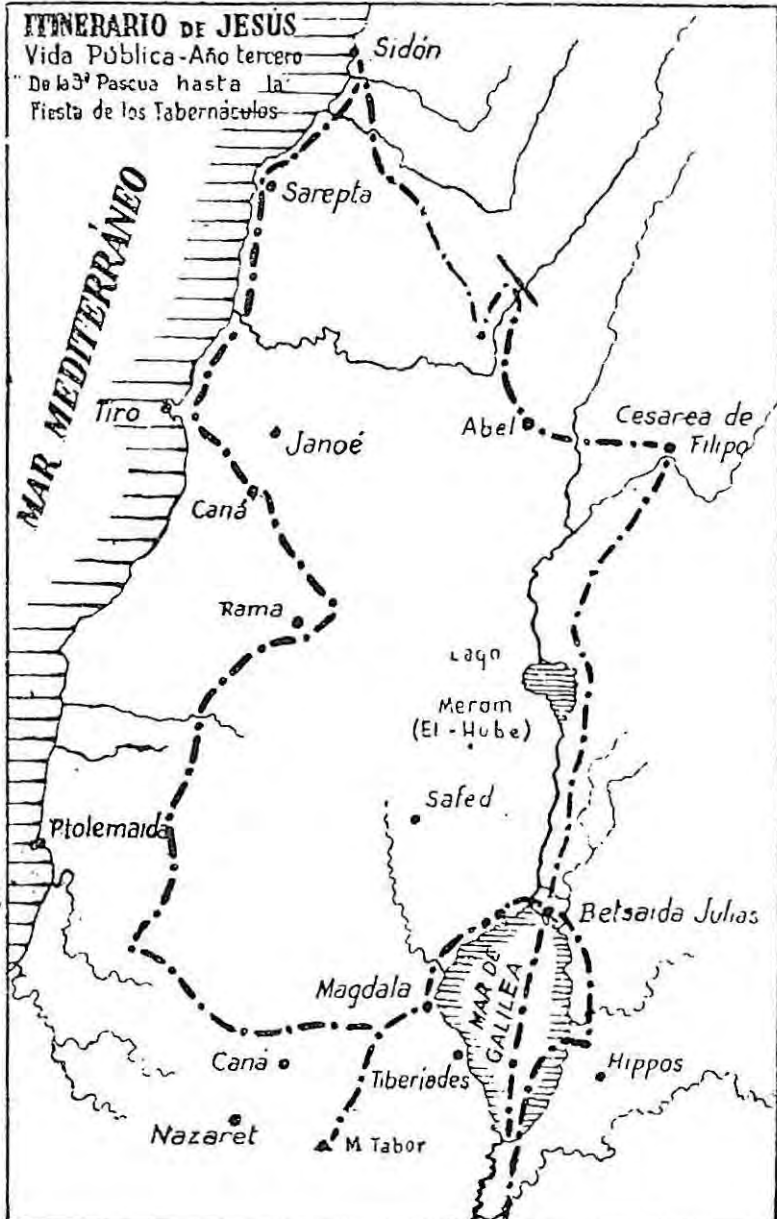
En el mapa de la página siguiente se indica el camino probable seguido por Jesús desde la tercera Pascua de su vida pública hasta la fiesta de los Tabernáculos.

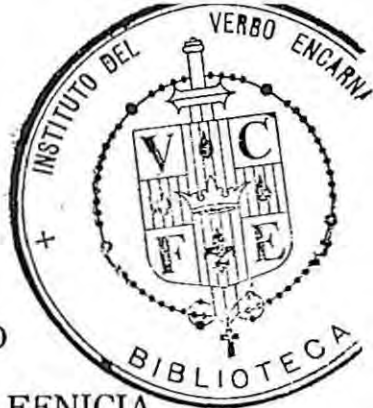
ITINERARIO DE JESUS

Vida Pública - Año tercero

De la 3ª Pascua hasta la

Fiesta de los Tabernáculos





PERIODO PRIMERO

JESUS EN LA GALILEA, FENICIA, DECAPOLIS Y CESAREA

86. — LA PUREZA LEGAL. DISCUTE JESUS CON UNOS ESCRIBAS Y FARISEOS: Mt. 15, 1-20

(Mc. 7, 1-23; Ioh. 7, 1)

Evangelio del miércoles después de la Dom. 3.^a de Cuaresma

Después de esto andaba Jesús por la Galilea, pues no quería andar por la Judea, porque los judíos le buscaban para matarle.

¹Entonces se llegaron a él unos escribas y fariseos de Jerusalén, ^{Mc}y cuando vieron a algunos de sus discípulos comer con manos inmundas, esto es, sin habérselas lavado, lo vituperaron, diciendo:

²¿Por qué tus discípulos traspasan la tradición de los antiguos? Pues no se lavan las manos cuando comen pan. Porque los fariseos y todos los judíos, si no se lavan las manos muchas veces, no comen, siguiendo la tradición de los antiguos: y cuando vuelven de la plaza, no comen, si antes no se bañan: y guardan muchas cosas que tienen por tradición: lavatorios de vasos y de jarros, y de vasijas de metal, y de lechos.

³Mas él, respondiendo, les dijo: Y vosotros, ¿por qué traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Pues Dios dijo: ⁴Honra a ^{Mc}tu padre y a ^{Mc}tu madre; y quien maldijere al padre o a la madre, muera de muerte: ⁵Mas vosotros decís: Quien dijere a su padre o a su madre: Ofrenda, ^{Mc}corban, hice a Dios de cuanto mío te pudiera aprovechar, éste ya no tendrá que honrar a su padre y a su madre, y habéis hecho vano el mandamiento de Dios por vuestra tradición. ⁷¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, ^{Mc}como está escrito, diciendo: ⁸Este pueblo con los labios me honra; mas el corazón de ellos lejos está de mí. ⁹Y en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. ^{Mc}Porque dejando el mandamiento de Dios, os cogéis a la doctrina de los hombres: el lavar de los jarros y de los vasos; y hacéis otras muchas cosas semejantes a éstas.

¹⁰Y habiendo ^{Mc}otra vez llamado a sí a las gentes, les dijo: Oídme ^{Mc}todos, y entended: ¹¹No ensucia al hombre lo que, ^{Mc}es-

tando fuera del hombre, entra en la boca, mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre. ¹² *Mc Quien tenga oídos para oír, oiga.*

¹² Entonces, ¹³ *Mc habiendo entrado en la casa, dejada la gente,* acercándose sus discípulos, dijéronle: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado cuando han oído esta palabra?

¹³ Mas él, respondiendo, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raíz. ¹⁴ Dejadlos, ciegos son y guías de ciegos: y si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en el hoyo. ¹⁵ Y respondiendo Pedro, les dijo: Explicanos esta parábola. ¹⁶ Y dijo Jesús: ¿También vosotros sois aún sin entendimiento? ¹⁷ ¿No comprendéis que toda cosa que ¹⁸ *Mc desde fuera* entra en la boca, ¹⁹ *Mc no puede hacer inundo al hombre, porque no entra en su corazón,* sino que va al vientre, y es echado en un lugar secreto, ²⁰ *Mc purgando todas las viandas?* ²¹ Mas lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto ensucia al hombre. ²² Porque del corazón salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias, ²³ *Mc ambiciones, maldades, dolos, deshonestidades, envidia, soberbia, locura.* ²⁴ Todas estas cosas ²⁵ *Mc malas* son las que ²⁶ *Mc salen de adentro* y manchan al hombre. Mas el comer con las manos sin lavar, no ensucia al hombre.

Explicación. — El episodio que vamos a comentar, como el hecho de la multiplicación de los panes, de la tempestad calmada y del discurso de Cafarnaúm, ocurrieron en las inmediaciones de la Pascua, la tercera de la vida pública de Jesús. No subió este año el Señor a Jerusalén para celebrarla, según costumbre; tanto había crecido el odio de los principales judíos contra él, que le buscaban para matarle: no debía Jesús presentarse aún espontáneamente a sus enemigos. Por ello se entretuvo recorriendo la Galilea, particularmente la región de Genesaret: *Después de esto andaba Jesús por la Galilea, pues no quería andar por la Judea, porque los judíos le buscaban para matarle.* Pasada ya probablemente la gran fiesta, tal vez comisionados por el Sinedrio para hacer indagatoria sobre la doctrina de Jesús, como otro tiempo lo hicieron con el Bautista (Ioh. 1, 19), vinieron a la Galilea unos escribas y fariseos, con los que sostiene Jesús la siguiente discusión sobre la pureza legal.

PREGUNTA IMPERTINENTE DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS (1.2). — *Entonces se llegaron a él unos escribas y fariseos de Jerusalén.* Lleganse a Jesús, mientras obra estupendos prodigios, no para convertirse a él, sino para atacarle, a él personalmente o en la persona de sus discípulos si observan algo digno de reprobación, en las palabras o en los hechos. La visita, según se deduce del texto griego, no debía ser rápida, sino que se iba a entablar una como inqui-

sición sobre Jesús, tanto había crecido su fama. Pero nada ven en él vituperable sino que algunos discípulos infringen un precepto impuesto desde no mucho tiempo por los doctores de la ley: *Y cuando vieron a algunos de sus discípulos comer con manos inmundas, esto es, sin habérselas lavado, lo vituperaron.*

Las abluciones de manos eran frecuentísimas y minuciosas entre los judíos. No era esto un mal, porque les acostumbraba a los hábitos de limpieza e higiene. El abuso estaba en lo ridículo de estos lavatorios y en la carga insoportable que eran estas prácticas para las conciencias. «Quien come el pan sin lavarse las manos, peca igual que si se juntara a una meretriz»; «Quien no lava sus manos después de comer, es igual que si perpetrara un homicidio», dice el Talmud. Sobre el féretro del rabino Eleazar, que había sido negligente en estas prácticas, se colocó una gruesa piedra, para significar que se había hecho acreedor a la lapidación.

En el concepto de los escribas y fariseos que, como tales y en virtud de funciones inquisidoras, debían defender la rigidez de las prácticas legales, la falta de los discípulos del Señor es gravísima. Y a él se dirigen para depurar responsabilidades, diciendo: *¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los antiguos? Pues no se lavan las manos cuando comen pan.* Marcos, que escribía para los cristianos de Roma, nos da una serie de detalles sobre las abluciones, que concuerdan con las prescripciones del Talmud: *Porque los fariseos y todos los judíos, si no se lavan las manos muchas veces, no comen, siguiendo la tradición de los antiguos; y cuando vuelven de la plaza, no comen, si antes no se bañan; y guardan muchas cosas que tienen por tradición: lavatorios de vasos y de jarros, y de vasijas de metal, y de lechos,* es decir, el maderamen de los divanes donde se reclinan para comer.

La acusación que ante Jesús hacen escribas y fariseos contra sus discípulos es de carácter general y en materia gravísima. Era la tradición para los judíos algo aun más intangible que la misma ley. La integraban una serie de prácticas, estatuidas por el cuerpo de escribas, para garantizar la pureza y la observancia de la ley. Hacia el siglo II de nuestra era, fueron recogidas estas prácticas en las enormes compilaciones del Talmud: «Quien peca contra la ley mosaica, decían los doctores, puede lograr su perdón; pero quien se rebela contra la decisión de los doctores, es digno de muerte.» Todo ello justifica la gravedad de la imputación concreta que los adversarios de Jesús hacen a sus discípulos. Pero en realidad el ataque va contra el mismo Jesús: porque ¿cómo puede ser

un profeta, ni siquiera un justo, quien consiente tales transgresiones a sus discípulos?

RESPUESTA DE JESÚS (3-9). — Es un irrefutable argumento *ad hominem*, calcado en los mismos moldes que el de sus contrarios. Primero, una imputación de carácter general, mucho más grave que la que hicieron ellos a sus discípulos: *Mas él, respondiendo, les dijo: Y vosotros ¿por qué traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?* No justifica ni condena Jesús la conducta de sus discípulos; no aprueba ni desdén las tradiciones judías: no quiere entablar cuestión sobre ello; sino que a una denuncia responde con otra mucho más grave: si sus discípulos han pecado, ha sido contra la tradición establecida por los hombres; pero ellos pecan directamente contra la ley de Dios.

Confirma luego su acusación general con un ejemplo de alto relieve: *Pues Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y quien maldijere al padre o a la madre, muera de muerte* (Ex. 20,12; 21, 17; Deut. 5,16). El precepto de la ley es terminante: el hijo viene obligado, bajo pena de muerte, a honrar a su padre y a su madre, dándoles de lo suyo lo que para su sostén necesiten. Pero los escribas subvierten la ley, hasta el punto de hacer sacrílegos a los padres que reclaman este derecho que la voluntad de Dios les concede: *Mas vosotros decís: Quien dijere a su padre o a su madre: Ofrenda, «corban», hice a Dios de cuanto mío te pudiera aprovechar, éste ya no tendrá que honrar a su padre y a su madre.* Es decir: ¡Oh padre y madre! Lo que os debo por prescripción de la ley de Dios, y que podría aprovecharos, lo he consagrado ya a Dios. Esta consagración, llamada ofrenda o «corban», palabra aramea que significa ofrenda, hacía intangible el don hecho a Dios, y era un sacrílego quien pusiera sobre ello sus manos, aunque fuesen los mismos padres. Así quedaban burlados la ley y los padres por artificio legal de los escribas: *Ya habéis hecho vano el mandamiento de Dios por vuestra tradición.*

Después de la aplastante demostración, ningún epíteto podía salir mejor de los labios de Jesús que el de ¡*Hipócritas!*!, con que estigmatiza el Señor a sus adversarios. Hipócrita es el que hace lo contrario de lo que dice o defiende. Los defensores de la ley son, en este caso, sañudos enemigos de la misma ley. Y luego les aplica Jesús unas palabras que Isaías dijo a los judíos de su tiempo, cuyo espíritu han heredado los actuales escribas: *Bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito, diciendo: Este pueblo con los labios me honra; mas el corazón de ellos lejos está de mí* (Is. 29,13). Lejos

está de Dios el corazón que se resiste a hacer su voluntad, como el de los escribas, que la frustran: *Y en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres*; esto es, han suplantado mi voluntad por preceptos humanos contrarios a los míos, siendo por ello falso el honor que pretenden tributarme. Y hunde más Jesús el clavo de su raciocinio en el corazón soberbio de sus adversarios, y lo remacha enumerando las minucias de sus preceptos, que anteponen a la ley de Dios: *Porque dejando el mandamiento de Dios, os cogéis a la doctrina de los hombres: el lavar de los jarros y de los vasos; y hacéis otras muchas cosas semejantes a éstas*. Es decir, que anteponen sus invenciones a la ley de Dios, y luego llegan al desprecio de la misma ley divina. Han venido para acusar a Jesús y son ellos los condenados ante el pueblo, que oiría estupefacto la palabra libérrima y triunfante del Señor.

LA VERDADERA PUREZA (10.11). — Escribas y fariseos quedaron confundidos ante la argumentación irrefragable de Jesús. Fue entonces cuando el Señor llama a la multitud, que respetuosa se había retirado para ceder el lugar a los escribas, y les llama la atención sobre una sentencia que va a pronunciar y que encierra gravísimo sentido moral: *Y habiendo otra vez llamado a sí a las gentes, les dijo: Oídme todos, y entended*. He aquí el grave principio sobre la verdadera pureza de vida: *No ensucia al hombre lo que, estando fuera del hombre, entra en la boca*. Siendo todo manjar criatura de Dios, ni el manjar mismo, ni menos la manera de tomarlo, pueden hacer al hombre inmundo ante Dios; en todo caso la impureza vendrá de la transgresión del precepto legítimo, no de una minucia farisaica, como pecaron Adán y Eva, como pecan los intemperantes y los infractores de las leyes de la Iglesia: *Mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre*; lo que sale de la boca es la manifestación del corazón malvado, y es la revelación de la inmundicia interior y espiritual: esto es lo que coinquina al hombre y le hace indigno del trato de Dios. Y levantando la voz, hincaba Jesús la frase en el corazón de sus oyentes, diciendo: *Quien tenga oídos para oír, oiga*. Era la que acababa de enseñar una doctrina emancipadora de las conciencias, que convenía retener, y en cuyo contenido moral se debía ahondar.

PLÁTICA DE JESÚS CON SUS DISCÍPULOS (12-20). — Confundidos sus adversarios y adoctrinadas las turbas, dejó Jesús a la gente y entró en casa, probablemente la de Cafarnaúm en que se hospedaba. Entretanto, recogían sus discípulos las impresiones de los

interlocutores de Jesús, que le transmiten luego: *Entonces, habiendo entrado en la casa, dejada la gente, acercándose sus discípulos, dijéronle: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado cuando han oído esta palabra?* Refiérense sin duda al apotegma moral que acaba de sentar Jesús; quizás los mismos discípulos han recibido su parte de escándalo de una doctrina tan abiertamente contraria a las costumbres del pueblo judío. Jesús responde en forma autoritaria, claramente condenatoria de sus enemigos, que serán por su Padre eliminados del magisterio de su pueblo: *Mas él, respondiendo, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raíz.* Y luego, para dar firmeza a los fluctuantes espíritus de los discípulos, les dice con energía: *Dejadlos, ciegos son y guías de ciegos; son ciegos porque cierran los ojos a la luz del Cristo de Dios; son guías de ciegos porque el pueblo está aferrado a sus doctrinas. La consecuencia es tremenda: Y si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en el hoyo, que es el abismo del error y de la mala vida.*

Estas graves palabras de Jesús contra sus adversarios no sosiegan la conciencia de sus discípulos, perturbada por el aforismo moral del Señor, contrario a las abluciones legales. Por ello Pedro, cabeza de todos y que hablaba en nombre de todos, le pide a Jesús una aclaración del principio moral propuesto en forma figurada: *Y respondiendo Pedro, le dijo: Explicanos esta parábola.*

Jesús reprende, primero, a sus discípulos por lo tardío de su inteligencia, después de tanto tiempo de tratar con él: *Y dijo Jesús: ¿También vosotros sois aún sin entendimiento?* Con ello acucia su atención para que penetren el sentido del aforismo, y luego así se lo explica: *¿No comprendéis que toda cosa que desde fuera entra en la boca, no puede hacer inmundo al hombre, porque no entra en su corazón, sino que va al vientre, y es echado en un lugar secreto, purgando todas las viandas?* Es decir, todo alimento es bueno, como criatura de Dios; si no atraviesa un precepto divino o eclesiástico que interese el entendimiento y la voluntad del que come, el manjar no mancilla al hombre, porque no entra en juego su espíritu: hace su natural camino hasta que se separa, echándolo fuera, lo inútil de lo útil para el organismo.

Mas lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto ensucia al hombre. El corazón, en el lenguaje de la Biblia, es el alma, el entendimiento y la voluntad, como centro de la vida espiritual; por ello es la fuente de donde mana todo acto criminal del hombre: el pensamiento y la voluntad se desvían de la ley de Dios, y deforman la vida: *Porque del corazón salen los pensamientos malos,*

origen de toda acción mala, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias, ambiciones, maldades, dolos, deshonestidades, envidia, soberbia, locura, es decir, toda suerte de extravagancias pecaminosas.

Recapitula Jesús y acentúa la doctrina que acaba de exponer: *Todas estas cosas malas son las que salen de adentro y manchan al hombre*. Y termina por donde empezaron los escribas su acusación: *Mas el comer con las manos sin lavar, no ensucia al hombre; será ello incultura personal, no pecado*.

Lecciones morales.—A) v. 2.—*¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los antiguos?*— Aparece aquí con todo su relieve el espíritu farisaico, material, ritualista, tan complicado en las prácticas exteriores de la religión como vacío del verdadero espíritu. La religión verdadera es en espíritu y verdad, como dice el mismo Jesús (Ioh. 4, 23); todo acto externo de religión debe ser como la floración de un acto interno, solidario del acto externo; un rito vacío de verdad, de sentimiento, de atención, de intención, de poco sirve. Y aun puede ser nocivo, como lo eran estas prácticas farisaicas de las abluciones múltiples y minuciosas, cuando se les da un alcance moral que no tienen o cuando son una sobrecarga para los espíritus.

B) v. 3.—*Y vosotros, ¿por qué transgredís el mandamiento de Dios por vuestra tradición?*— Jesús, dice el Crisóstomo, no excusa a sus discípulos, sino que reaccusa rápidamente a sus adversarios, demostrando con ello que los que cometen grandes pecados no tienen derecho a señalar y reprender las pequeñas faltas de los demás. Es ésta grave lección para quienes, como los escribas, tienen el deber de celar por la observancia de la ley; los pecados propios les atan las manos para la corrección de los ajenos.

C) v. 5.—*Quien dijere a su padre o a su madre...*— Según la interpretación talmúdica, el hijo que pronunciaba sobre sus propios bienes la palabra sacramental «Corban», que equivale a «ofrenda a Dios», no venía obligado a socorrer con ellos a sus padres; ni éstos podían, sin un sacrilegio, dice San Jerónimo, tocar los bienes ofrendados del hijo; antes debían perecer de inedia. En lo que aparece la crueldad y el egoísmo de aquellos malos legisladores que, con pretexto del templo y de Dios, derivaban los bienes de los hijos para el provecho de los sacerdotes, a cuya clase pertenecían la mayor parte, autorizando la infracción de un precepto divino y natural, como es el del honor y auxilio a los padres. Para que aprendan los superiores y legisladores a no favorecer la injusticia, cegados como pueden estar por el propio interés o conveniencia, que puede llevarles al abuso de la autoridad y de la fuerza.

D) v. 11.—*No ensucia al hombre lo que entra en la boca...*— Si es así, ¿por qué el Apóstol prohíbe comer de las mesas de los ídolos (I Cor. 8, 7-10), y por qué la Iglesia nos manda abstenernos de ciertos manjares en determinados días? Porque la invocación del demonio hace inmundos los manjares idolátricos, que a su vez contaminan espiritualmente a quienes los comen con

conciencia idolátrica. Cuanto a los manjares vedados por la Iglesia, en su naturaleza o en su cantidad, no es el alimento lo que coquina al hombre, sino el menosprecio de la ley que lo prohíbe. Como no hay pecado sin voluntad, así no puede haber contaminación por un manjar si no entra en juego una ley, que es la que regula la voluntad.

e) v. 13.—*Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raíz.*—No quiere Dios en su campo, que es la Iglesia, como antiguamente era la Sinagoga, haya nada plantado por otro que no sea Él, o por otros inspirados de Él. «Plantó Pablo, regó Apolo, y Dios dio el crecimiento» (1 Cor. 3, 6). Aunque no fue Dios en este caso quien plantó, pero fue en el espíritu de Dios que Pablo plantó, y vino la ayuda de Dios que dio incremento a la obra. Pero si viene otro a plantar fuera de Dios o contra Él, Dios, celoso de su obra y de su campo, cuidará de arrancar, esterilizándola, hundiéndola tal vez estrepitosamente, la obra que no viene de Dios y que no cuenta por ello con el vigor y la savia de Dios.

f) v. 14.—*Ciegos son y guías de ciegos...*—Hay muchos de estos ciegos que lo son porque están privados de la luz de la fe y de los mandamientos de Dios; y son guías de ciegos porque hay infelices que se entregan a su dirección; y éstos son ciegos porque ni tienen luz de Dios ni saben ver la ceguera de los que tomaron por guías. La consecuencia es fatal: todos, guías y guiados, caen en el precipicio de la mala vida y caerán en el del infierno. Dejémonos guiar siempre por los hombres iluminados de Dios, y pidamos a Dios nos libre de la ceguera propia y de la de los hombres ciegos.

g) v. 19.—*Del corazón salen los pensamientos malos...*—No está en el cerebro lo principal del alma, como quiso Platón, dice San Jerónimo, sino en el corazón, es decir, en la voluntad. Porque se le pueden a uno sugerir malos pensamientos, por el demonio, por los sentidos, por una conversación; pero la voluntad es la que los hace malos, aceptándolos, fomentándolos, llevándolos a la práctica. Una sugestión mala no lo es más que objetivamente si la rechazamos con un acto de nuestra voluntad; entonces no sólo no nos daña, sino que puede acarrear nos mérito; mas si la voluntad la admite y se complace en ella, no sólo pasa a ser un mal moral personal, sino que puede ser origen de todos los crímenes; porque el pensamiento es el principio de la acción si la voluntad se alía con él. Por esto dice el Señor: «Del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios», etc.

87.—JESUS EN LA FENICIA: CURACION DE LA HIJA DE UNA MUJER CANANEA: Mt. 15, 21-28

(Mc. 7, 24-30)

²¹ Y saliendo de allí, retiróse a la comarca de Tiro y de Sidón.

²² Y he aquí que una mujer cananea, ^{mc} gentil, sirofenisa, cuya hija tenía un espíritu inmundo, tan pronto como oyó hablar de él, habiendo salido de aquellos contornos, clamaba: diciéndole: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí: mi hija es malamente atormentada del demonio. ²³ Y él no le respondió palabra, y llegándose sus

discípulos, le rogaban y decían: Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros. ²⁴ Y él, respondiendo, dijo: No fui yo enviado sino a las ovejas, que perecieron, de la casa de Israel. ^{Mc} *Y habiendo entrado en una casa, quiso que nadie lo supiera, y no pudo permanecer oculto.* ²⁵ Mas ella vino, ^{Mc} *entró, se postró a sus pies, y le adoró, y rogábele que lanzara de su hija el demonio,* diciendo: ¡Señor, socorredme! ²⁶ Él, respondiendo, dijo: ^{Mc} *Deja que primero se sacien los hijos: pues no está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros.* ²⁷ Y ella ^{Mc} *respondió y le dijo:* Sí, Señor, pues los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. ²⁸ Entonces Jesús, respondiendo, le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres. ^{Mc} *Por esta razón, anda, que salió de tu hija el demonio.* Y desde aquella hora fue sana su hija.

Y cuando llegó a su casa encontró a su hija echada sobre la cama y que había salido de ella el demonio.

Explicación. — EL LUGAR (21). — De la riente llanura de Genezaret parte Jesús para la comarca de Tiro y Sidón, así llamada de estas dos ciudades, otro tiempo famosas y rivales, situadas en la costa fenicia del mar Mediterráneo. Era la Fenicia país pagano, lindante con la Galilea por el oeste y el norte. Tiro, hoy «Sur», tiene en la actualidad unos 6.000 habitantes, de ellos cerca de la mitad católicos; Sidón, llamada hoy «Saida», está situada a 35 kilómetros al norte de Tiro, y cuenta con el doble de habitantes, de los que sólo unos 2.500 son católicos. De Tiro, la más próxima, a Cafarnaúm hay unos 55 kilómetros, que pueden salvarse en un par de jornadas: *Y saliendo (Jesús) de allí, retiróse a la comarca de Tiro y de Sidón.* Lo probable es que Jesús entraría en aquel país pagano, no para evangelizar, que no tenía misión sino para hacerlo en Israel (v. 24), sino para hurtarse a las asechanzas de sus enemigos y hallar, para él y sus discípulos, un descanso en país desconocido.

LA CANANEA (22-28). — Era grande la fama de Jesús hasta en tierras de Fenicia. De las regiones de Tiro y de Sidón había venido gran multitud a oír la palabra de Jesús en el Sermón del Monte (Lc. 6, 17); por esto no puede ocultarse a aquellas gentes su presencia. Aun antes que entrara en la Fenicia, súbitamente se le presenta una mujer de aquel país, que tenía una hija poseída del demonio: *Y he aquí que una mujer cananea, gentil, sirofenisa, cuya hija tenía un espíritu inmundo...* Es cananea, porque los fenicios, como los antiguos habitantes de la Palestina, eran descendientes de Canaán (Gen. 10, 15); gentil, porque eran los fenicios gente idólatra y enemigos de los judíos; sirofenisa, porque en tiempo de Jesús la Fenicia era colonia romana agregada a la provincia de Siria.

La infeliz mujer, *tan pronto como oyó hablar de él*, antes que Jesús llegara a su país, sale a su encuentro, *habiendo salido de aquellos contornos*. Preséntase a Jesús, y en oración sentidísima, *clamaba diciéndole: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí*. Clama la madre, en lo que revela la magnitud de su dolor y la intensidad de su plegaria; llama a Jesús «Señor» e «Hijo de David», en lo que reconoce su majestad y la nobleza de su prosapia: así habría oído llamar a Jesús; tal vez de los mismos judíos había oído que esperaban un salvador descendiente del gran rey; y clama piedad por ella, porque el corazón de la buena madre es atormentado en los miembros de sus hijos, y la hija de aquella mujer sufre el horrendo vejamen del mal espíritu: *Mi hija es malamente atormentada del demonio*.

A pesar de lo vivo de la plegaria, Jesús no le hace caso en la apariencia, sometiendo a dura prueba su fe: *Y él no le respondió palabra*. Los discípulos, molestados por las reiteradas voces de la mujer; contrariados porque frustra con su actitud la intención que tiene Jesús de pasar inadvertido; acostumbrados, por otra parte, a ver atendidos los ruegos de los necesitados (Mt. 8, 16; 14, 35.36), piden con instancia al Maestro, intercediendo en favor de la mujer: *Y llegándose sus discípulos, le rogaban y decían: Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros*. Jesús les responde agravando la frialdad de su silencio con unas palabras que parecen cerrar el paso a toda esperanza: *Y él, respondiendo, dijo: No fui enviado sino a las ovejas, que perecieron, de la casa de Israel*. La misión de Jesús era universal; vino para salvar a todo el mundo; pero personalmente no debía evangelizar más que la Palestina: el resto del mundo lo hará por sus Apóstoles. La frase de Jesús revela su obediencia a la voluntad del Padre y su especial amor al pueblo judío. Pero con la desabrida y cerrada respuesta, queda la cananea fuera de la acción personal de Jesús.

Más desesperanzada debió aún quedar cuando Jesús, huyendo de sus voces importunas, entra en una casa, probablemente gentil, o tal vez en alguna pública hospedería, con el decidido propósito de que nadie supiese dónde paraba: *Y habiendo entrado en una casa, quiso que nadie lo supiera, y no pudo permanecer oculto*: hizo como hombre cuanto cabía para ocultarse; como Dios, no impidió que se le hallase en su retiro.

Con nuevas armas trató la mujer de conquistar el Corazón de Jesús, la constancia, la humildad, la confianza ciega, la reiterada exposición de la miseria de su hija, que era su propia miseria: *Mas ella vino, siguiendo a Jesús hasta en su retiro, entró, se pos-*

tró a sus pies, y le adoró, y rogábale que lanzara de su hija el demonio, diciendo: ¡Señor, socorredme! Dos veces rechazada, responde Jesús con una tercera repulsa, que parece definitiva: *El, respondiendo, dijo: Deja que primero se sacien los hijos; mis gracias y misericordias son ahora para mi pueblo elegido, Israel, a quien las Escrituras llaman con el nombre de hijo de Dios (Is. 1, 2; Ier. 31, 20; Os. 11, 1).* Y agrava más la repulsa Jesús, con una frase durísima en la apariencia: *Pues no está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros.* Perro era para el judío todo gentil, que no tenía derecho a sentarse a la mesa del gran Padre de familias (Is, 56, 10.11).

A la pobre mujer no le quedan sino los recursos de su fe y de su humildad insondable; se aferra, en su angustia, a las mismas palabras depresivas que pronunció el Señor para retorcerlas con prudencia en favor suyo; y sabe hallar nuevo motivo de plegaria en lo que pareció ser dicho para rechazarla: *Y ella respondió y le dijo: Sí, Señor, pues los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.* Ella es, en verdad, como todo gentil, una perrilla; los judíos son los señores, que comen en la mesa del Padre de familias que les escogió por su pueblo; pero nada pierden los comensales en que recojan los perrillos, debajo de la mesa, las migajas que se desaprovechan.

Entonc̄es Jesús, respondiendo, como si ya no pudiese contener la manifestación de su bondad y de su admiración en su pecho represadas, *le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe!* Grande por su constancia, y porque te ha hecho creer grandes cosas de mí, y porque ha sido tal que ha vencido las repulsas que te di. Y pronuncia definitivamente el *fiat* que debía llevar la dicha al hogar de la cananea: *Hágase contigo como quieres.* La voluntad del Señor se ha plegado a la de su criatura, y, regiamente, divinamente, arroja al demonio, a distancia, del cuerpo de la hija de tal madre: *Por esta razón,* porque tal fe has tenido, *anda, que salió de tu hija el demonio.*

Como se ve, la curación de la endemoniada fue instantánea, desde el momento de la palabra de Jesús. Y fue definitiva, siendo para siempre expulsado de ella el maligno espíritu: *Y desde aquella hora fue sana su hija.* Fue asimismo total: *Y cuando llegó a su casa encontró a su hija echada sobre la cama,* descansando placidamente, *y que había salido de ella el demonio.* Al par de este beneficio, había alabado Jesús la fe de aquella gentil, como había alabado la del gentil centurión (Mt. 8, 10), cosa que no hizo jamás

con ningún judío, presagiando con ello la copiosa mies que más tarde cosecharían los Apóstoles en los pueblos de la gentilidad.

Lecciones morales.—A) v. 23.—*Y él no le respondió palabra...*—Gritaba la mujer, en pos de Jesús y su comitiva, diciendo en su dolor: ¡Ten piedad de mí! Jesús ni se vuelve, ni la mira, ni le responde. Con ello se redobra la fe de la mujer, y logra interesar en favor suyo a los discípulos del Señor. En ello debemos aprender a no desmayar en el aparente fracaso de nuestras oraciones, y a buscar la colaboración de la plegaria de personas santas y amigas de Dios.

B) v. 25.—*Mas ella vino, y le adoró...*—La que clamaba en pos de Jesús, quizás por no atreverse a comparecer ante él, después de la primera repulsa, entra resueltamente en la casa donde está Jesús, se postra ante él y le adora. Sabe que quiere Dios ser importunado, y ser importunado como Dios, invocando los títulos de su poder, de su bondad, de su misericordia, todo ello desde los abismos de la más profunda humildad. No ruega la cananea a Jesús que ruegue por ella; dice simplemente: «Señor, valedme.» Este contacto humilde de la baja criatura, llena de necesidades, con la omnipotencia y magnificencia de Dios, es la que arranca los dones de sus manos divinas. «Oyeme, porque soy un desamparado y pobre», le decía el profeta (Ps. 85, 1).

C) v. 26.—*No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros.*—Jesús, hablando en judío, llama perros a los paganos. «Las naciones del mundo son como perros», decía el Talmud; y en otra parte: «Quien come con un ídola, come con un perro...» Pero, ¿qué diferencia hay de hombre a hombre ante los ojos santísimos de Dios? El título de hijo de Dios que tenemos los cristianos es a veces motivo de mayor responsabilidad ante el Padre celestial de todos. Como perrillos debemos considerarnos debajo de la mesa opipara donde tiene Dios preparados los manjares de sus dones: primero, por razón de humildad, ya que menos somos ante Dios, de lo que tenemos nuestro, que el perrillo es para el dueño de la casa; y en segundo lugar, como título que hagamos valer ante su bondad y munificencia, que también los perrillos se regodean con las sobras de la mesa de sus amos.

D) v. 28.—*¡Oh mujer, grande es tu fe!*—Parece, dice un intérprete, que Jesús debía decir: Grande es tu constancia, cuando sigues aún rogando después de mi silencio, después de desoídas las súplicas de mis Apóstoles, después que te he rechazado equiparándote a los perros. Pero Jesús, que penetra en los corazones, alaba la fe de la mujer, tan grande, que pudo superar con su magnitud las negativas, las repulsas, las ignominias.

E) Mc. v. 30.—*Encontró a su hija echada sobre la cama...*—Descansó tranquilamente, a la palabra de Jesús, la que había sido terriblemente vejada por el demonio. Este es el efecto de la palabra de Jesús sobre el alma: paz, sosiego, descanso reparador. Porque Jesús es la fuerza de las almas: cuando se entregan a él hallan el reposo todas las facultades. Es el Príncipe de la paz: y la da de buena voluntad a quienes en él se refugian. Y es el Señor pode-

roso que, con una sola palabra: «Calla, enmudece», hace que se sosieguen las tempestades de nuestro corazón, cualquiera que sea su causa.

88.—JESUS EN LA DECAPOLIS: CURACION DE UN SORDO-MUDO Y OTROS MUCHOS: Mc. 7, 31-37
Mt. 15, 29-31

El fragmento de Mc. se lee en la Dom. 11.ª después de Pentecostés

Mc 31 Y saliendo otra vez de los confines de Tiro, fue por Sidón al mar de Galilea, por en medio de la Decápolis, ^M y *llegó junto al mar de Galilea.* ³² Y le trajeron un sordomudo, y le rogaban que pusiese la mano sobre él. ³³ Y sacándole aparte de entre la gente, le metió sus dedos en los oídos: y, escupiendo, le tocó su lengua. ³⁴ Y mirando al cielo, gimió, y le dijo: «Ephphetha», que quiere decir: «Abrete». ³⁵ Y luego fueron abiertos sus oídos, y fue desatada la ligadura de su lengua y hablaba bien. ³⁶ Y les mandó que a nadie lo dijeren. Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban, ³⁷ y tanto más se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo: a los sordos ha hecho oír, y a los mudos hablar.

²⁹ Y subiendo a un monte, se sentó allí. ³⁰ Y se llegaron a él muchas gentes, que traían consigo mudos, ciegos, cojos, mancos, y otros muchos: y los echaron a sus pies, y los sanó. ³¹ De manera que se maravillaban las gentes viendo a los mudos, que hablaban; a los cojos, que andaban; a los ciegos, que veían; y loaban en gran manera al Dios de Israel.

Explicación.—EL LUGAR (Mc. 31).—No parece haberse prolongado mucho la estancia de Jesús en la Fenicia. De la región de Tiro se remontó a la ciudad de Sidón, atravesando en plena primavera las deliciosas praderías de aquella comarca. De Sidón, bañada por el Mediterráneo, hizo rumbo al este, atravesando el macizo del Líbano meridional y alcanzando los mismos orígenes del Jordán, que atravesó, para descender por su cuenca y, pasando probablemente por Cesarea de Filipo y Betsaida Julias, llegar a la región de la Decápolis, situada en gran parte al este del mar de Genesaret, y parar definitivamente junto al riente lago. Así, suponiendo que partiera Jesús de Cafarnaúm, había regresado casi a su punto de partida dando una larga vuelta de círculo completo, de unos doscientos kilómetros: *Y saliendo otra vez de los confines de Tiro, fue por Sidón al mar de Galilea, por en medio de la Decápolis, y llegó junto al mar de Galilea.*

EL SORDOMUDO (32-37).—Era Jesús conocido en este país: allí había realizado poco tiempo antes los milagros de los posesos de

Gerasa y de la multiplicación de los panes. Así que, según afirma Mt. en el lugar paralelo que hemos reproducido, le presentaron multitud de enfermos de toda suerte. Marcos refiere con todo detalle solamente la curación de uno de ellos, sordomudo: *Y le trajeron un sordomudo, y le rogaban que pusiese la mano sobre él*: era un gesto frecuente usado por Jesús en sus curaciones (Mt. 8, 14.15; 9, 25; Mc. 1, 31; 5, 41; 6, 5, etc.).

No quiso el Señor curar ante la multitud a este enfermo, atento a no crear conflictos con sus enemigos ni mover el fácil entusiasmo de las muchedumbres. Lo tomó de la mano, lo llevó consigo, y sacándole aparte de entre la gente, practicó con él unas acciones simbólicas: *le metió sus dedos en los oídos*, probablemente los índices, como queriendo taladrar los obturados sentidos; y *escupiendo, le tocó su lengua*, es decir, después de escupir humedeció la muda lengua con su saliva, como para darle elasticidad y movimiento. Eran acciones extraordinarias, con las que excitaba la fe y preparaba al enfermo para su salud.

Y mirando al cielo, de donde viene todo bien, que ahora, como otras veces, pide Jesús al Padre (Mc, 6, 41; 8, 6; Ioh. 11, 41), *gimió*, ya por la vehemencia de su plegaria, ya para significar su simpatía y condolencia con el enfermo y con todos los males de la humanidad. *Y le dijo: «Ephphetha», que quiere decir: «Abrete»,* y que significa también: «Desátate». Es Pedro, inspirador de Mc., quien conservó esta solemne palabra del Señor, en la misma lengua en que la pronunció.

La palabra del Señor es rápidamente eficaz: *Y luego fueron abiertos sus oídos, y fue desatada la ligadura de su lengua*. Fue total la curación de su mutismo: *Y hablaba bien*, clara y correctamente; si era sordomudo de nacimiento, recibió infuso el conocimiento de la lengua aramaica, que nunca había oído. Y, como otras veces en esta época peligrosa de su ministerio, para evitar fáciles revueltas, hijas de las falsas ideas mesiánicas, para no exacerbar la envidia de sus enemigos, quizás para darnos ejemplos de humildad y modestia, *les mandó que a nadie lo dijiesen*. Mas la admiración ante los grandes milagros y la gratitud por los grandes favores difícilmente se represan: *Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban, y tanto más se maravillaban*. Y el pueblo, lleno de bondad natural cuando no se le pervierte, se hacía una delicada reflexión en la que se compendia todo el ministerio de Jesús, diciendo: *Bien lo ha hecho todo: a los sordos ha hecho oír, y a los mudos hablar*. Es clara alusión a Isafas (35, 5.6).

OTROS MILAGROS DE JESÚS (Mt. 29-31).— Marcos nos da una deliciosa miniatura en la descripción del milagro anterior; Mateo nos ofrece como en un panorama la multitud de los milagros obrados por el Señor en las inmediaciones del mar de Tiberíades y en su región oriental: *Y subiendo a un monte*, a una de las colinas que caracterizan la topografía de aquel país, *se sentó allí*. La escena que se desarrolla es conmovedora; en un momento se puebla el monte de una multitud de miserables aquejados de toda suerte de dolencias: *Y se llegaron a él muchas gentes, que traían consigo mudos, ciegos, cojos, mancos, y otros muchos: y los echaron a sus pies, y los sanó*. Es de suponer la premura de aquellas gentes, temerosas de que Jesús se retirara, como otras veces, por el exceso de multitud, antes de curarlos a todos.

La facilidad y la multitud de las curaciones, la bondad inagotable del Señor, la visión de tanto estropeado que de repente entra en el júbilo de una salud perfecta, llena de estupor a aquellas gentes: *De manera que se maravillaban las gentes, viendo a los mudos, que hablaban; los cojos, que andaban; a los ciegos, que veían; y loaban en gran manera al Dios de Israel, a su Dios patrio, del que estaban orgullosos los judíos que allí vivían, mezclados con gran número de gentiles*.

Lecciones morales.—A) v. 33.—*Y sacándole aparte de entre la gente...*—No quiere Jesús obrar milagros aparatosamente, dice el Crisóstomo, para enseñarnos a huir la vanidad e hinchazón. Aunque no hay milagro mayor que profesar la humildad y practicar la modestia. Es cosa tan natural, después de la primera caída, el humano orgullo, y, por lo mismo que es natural, es tan universal la costumbre de enorgullecerse y envanecerse, que el Señor quiso se fundara toda nuestra religión en la humildad, de cuyos ejemplos está llena su santísima vida.

B) v. 33.—*Le metió sus dedos en los oídos...*—Pudiendo curar con una palabra al sordomudo, dice el mismo Crisóstomo, no quiso hacerlo sino metiendo en sus orejas los divinos dedos, para manifestarnos que su cuerpo y la operación de su cuerpo estaba lleno de virtud divina, unido como estaba a la Divinidad. Porque, como por el pecado de Adán vinieron sobre el cuerpo humano muchos padecimientos, y muchas lesiones sobre sus miembros, al venir Cristo quiso demostrar en sí la total rehabilitación y perfección de la humana naturaleza.

C) v. 34.—*Y mirando al cielo, gimió...*—Miró al cielo, dice Beda, para enseñarnos que de allí debemos impetrar el habla para los mudos, el oído para los sordos, el remedio para todas las enfermedades. Y gimió, no porque tuviese necesidad de pedir con gemidos al Padre, él que junto con el Padre da el socorro a los que lo piden; sino para enseñarnos cómo debemos gemir cuando pe-

dimos el socorro de la piedad divina para nuestros errores y los de nuestros prójimos.

D) v. 34. — «*Ephphetha*»... — Manifiéstase Jesús en este milagro Dios y Hombre: como Hombre, mira al cielo, ora y gime; como Dios, pronuncia imperativamente una sola palabra, que al instante produce un profundo cambio en el organismo de aquel infeliz. «Habló, y fue hecho...» (Ps. 32, 9). En la Liturgia del Bautismo, el sacerdote imita esta acción simbólica de Jesús, tocando con sus dedos, humedecidos de la propia saliva, los oídos y la lengua del neófito, y pronunciando asimismo el «*Ephphetha*»: para significar que antes del Bautismo el niño es, dice San Beda, como un sordomudo con respecto a las cosas divinas; que sus oídos deben ser abiertos para oír y entender la palabra de Dios, y desatada su lengua para profesar públicamente la fe cristiana y cantar las alabanzas del Señor.

E) v. 37. — *Bien lo ha hecho todo...* — Todo lo hizo bien el que, como Dios, es el Sumo Bien, y como hombre es el más perfecto tipo de la bondad de Dios que pueda salir de sus manos. Lo hizo todo bien, porque nada podía hacer mal, por cuanto la responsabilidad de los actos es de la persona, y en Jesús la única Persona que hay es divina, el Verbo de Dios consubstancial con Dios. El bien y el mal dicen relación a la libertad, que hace el bien cuando se ajusta a la ley y el mal cuando se desvía de ella. Y la libertad de Jesús no pudo desviarse de la ley: no la libertad que le era propia como Dios, porque Dios es para sí mismo su ley, y es metafísicamente imposible que Dios salga de sí tomando por regla de su obrar una ley fuera de Él mismo; ni la que tenía como hombre, porque estaba absolutamente ajustada a la voluntad de Dios, hasta el punto de ser por naturaleza impecable. Por esto decía en cierta ocasión Jesús: «Hago siempre lo que agrada al Padre» (Ioh. 8, 29); y a Dios no le place más que el bien.

89. — SEGUNDA MULTIPLICACION DE LOS PANES Mc. 8, 1-9

(Mt. 15, 32-38)

Evangelio de la Dom. 6.^a después de Pentecostés

¹ En aquellos días, como otra vez hubiese una gran muchedumbre, y no tuviesen qué comer, llamando (Jesús) a sus discípulos les dijo: ² Compasión tengo de estas gentes: porque tres días ha que están conmigo, y no tienen qué comer. ³ Y si los enviare en ayunas a su casa, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de lejos. ⁴ Yo no quiero desnedirles en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. ⁵ Y sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguno hartarlos de pan aquí, en esta soledad? ⁶ ¿Cómo podremos nosotros hallar en este desierto tantos panes que hartemos a tan grande multitud? ⁷ Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. ⁸ Y mandó a la gente que se recostase sobre la tierra. Y tomando los siete panes, dando

gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron entre la gente. ⁷Tenían también unos pocos pececillos, y los bendijo, y mandó que también se los distribuyesen. ⁸Y comieron ^M*todos*, y se hartaron, y recogieron, de los pedazos que habían sobrado, siete espuelas ^M*llenas*. ⁹Y eran, los que habían comido, como cuatro mil ^M*hombres, sin los niños y mujeres*: y los despidió.

Explicación. — Contra la arbitraria aserción de varios racionalistas, debemos admitir que Jesús multiplicó dos veces los panes. Cuando no tuviésemos el testimonio expreso del Señor (Mt. 16, 9,10; Mc. 8, 19,20), lo persuaden las copiosas diferencias que son de notar en la narración de ambos milagros. En el primero los Apóstoles toman la iniciativa; en el segundo, Jesús; en aquél se propone la compra de pan, no en éste: la primera vez, alimenta Jesús a las turbas al atardecer del mismo día en que empezaron a seguirle; la segunda, era ya el tercer día; son saciados la primera vez 5.000, la segunda 4.000; sobran del primer milagro doce espuelas de fragmentos; del segundo, siete, etc.

El lugar de la segunda multiplicación de los panes fue la ribera oriental del lago, hacia mediodía, en el mismo sitio en que se verificaron las curaciones de que se habla en el fragmento anterior, una colina, o quizás alta planicie que dominaba bastante sobre el mar. Ni tiene nada de particular que las multitudes pudiesen estar junto a Jesús tres días, acampando al sereno durante la noche: habían ya transcurrido algunas semanas después de la Pascua, y era, por tanto, intenso el calor, especialmente en aquella depresión del mar de Galilea. Así se explica que los Apóstoles, que suplicaron a Jesús licenciara a las turbas para que se acogieran a poblado cuando la primera multiplicación de los panes, pues entonces por la humedad del suelo era peligroso dormir al raso, ahora no vean inconveniente en ello.

En aquellos días, probablemente a raíz de las numerosas curaciones referidas en el número anterior, *como otra vez hubiese una gran multitud, y no tuviesen qué comer...* Agradecida la multitud a los favores recibidos del Señor, y absorta en la contemplación de su amabilidad y de su doctrina, no dejaron su compañía, sin notar que se agotaban sus particulares provisiones y que no era posible procurárselas en aquel lugar solitario.

Jesús, en aquel momento gravísimo, llama a sus discípulos como a consejo, no porque no supiese lo que debía hacer, sino para fijar la atención de ellos en el futuro milagro, y para darles ejemplo de compasión y solicitud para el pueblo: *Llamando (Jesús) a sus*

discípulos les dijo: Compasión tengo de estas gentes; delicadísimas palabras que revelan la caridad y ternura de su Corazón, por tres motivos: por el afecto y constancia con que se han adherido a su persona: Porque tres días ha que están conmigo; porque durante este tiempo han agotado las vituallas que consigo trajeron: Y no tienen qué comer; y porque se fatigarán y caerán extenuados si no pueden refocilar sus cuerpos: Y si los enviare en ayunas a su casa, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de lejos. Por tales razones resuelve Jesús firmemente saciar aquellas multitudes antes de que partan: *Yo no quiero despedirlas en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino.*

Fácil era a los discípulos aconsejar al Maestro la repetición del famoso milagro anterior, de pocas semanas; pero como no recordaron el poder de Jesús cuando la tempestad calmada, a raíz mismo del prodigio (Mc. 6, 52), así ahora, o no les viene a la memoria, o no entran en la intención de Jesús que quizás les propuso la grave cuestión para que la resolvieran ellos solicitando un milagro. No lo hacen; sólo ponen de relieve la imposibilidad de alimentar a aquella gente en lugar tan distante de poblado: *Y sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguno hartarlos de pan aquí, en esta soledad?* Y entrando ellos mismos en escena, dicen: *¿Cómo podremos nosotros hallar en este desierto tantos panes que hartemos a tan grande multitud?*

Declarada la imposibilidad natural de saciar aquella turba, Jesús procede, resuelto, a la realización del prodigio: *Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete.* Y el prodigio se realiza en forma semejante al primero, sólo que en este caso *mandó a la gente que se recostase sobre la tierra*, y la otra vez sobre la hierba, lo cual revela que era otro el lugar, o también que lo adelantado de la estación había ya agostado el césped. Difieren también ambos milagros en que en éste hay una bendición especial para los panes y otra para los peces: *Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron entre la gente.* También difiere el número de los peces, que la primera vez son dos, y ahora unos pocos: *Tenían también unos pocos pececillos, y los bendijo, y mandó que también se los distribuyesen.* Al hacerlo, y a medida que se multiplicaba la comida en sus manos, pudieron admirar más la grandeza del milagro, al par que pudieron barruntar la naturaleza de su ministerio espiritual de predicadores de la palabra de Dios, pan de las almas.

Las palabras que siguen, todas son ponderativas, para mani-

festar lo estupendo del milagro: *Y comieron todos, y se hartaron, y recogieron, de los pedazos que habían sobrado, siete espuelas llenas*, de mayor capacidad, según parece, que los doce cestos de la primera vez. También era enorme la multitud: *Y eran, los que habían comido, como cuatro mil hombres, sin los niños y mujeres: y los despidió*, llenos de admiración y gratitud.

Lecciones morales.—A) v. 2.—*Compasión tengo de estas gentes...*—La compasión es atributo principalísimo del ser y de la vida de Jesús: toda ella podríamos decir que es un ininterrumpido acto de compasión. Se abajó hasta nosotros para «consentir» con nosotros, a fin de lograr que nosotros «consintiéramos» con él, en frase del Apóstol (Rom. 8, 17; Hebr. 4, 15). Pero en los momentos de mayor angustia para el hombre fue cuando se agudizó la compasión de Jesús. Así lo vemos en este gravísimo lance de las turbas hambrientas en pleno desierto. Así ante el dolor de la viuda de Naím y ante la tumba de Lázaro, donde llora. Así en Getsemaní, ante la visión de la inmensa miseria del pecado de todos los siglos. Así en la Cruz, verdadero trofeo de la compasión de Jesús y enseñanza de su dolor, triunfante de todos nuestros dolores. En nuestras grandes penas tengamos confianza en la compasión de Jesús y en la generosidad de su Corazón, tan sensible a nuestras miserias.

B) v. 4.—*¿De dónde podrá alguno hartarlos de pan...?*—Pudo Jesús reprender la poca fe, la escasa memoria y la desconfianza de los discípulos en este trance. No lo hizo, para que aprendamos, dice Teofilacto, a no airarnos contra los ignorantes o los de escaso entendimiento, sino a abajarnos a ellos, haciéndonos cargo de sus condiciones de talento, de carácter, de educación, etc., Nos ayudará a ello la consideración de que también nosotros somos inferiores con respecto a otros que pudiesen reprendernos por nuestros defectos.

C) v. 6.—*Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió...*—La división de los siete panes, dice San Beda, representa la apertura de las fuentes de la gracia, que son los siete sacramentos. La acción de gracias de Jesús significa el gozo que le proviene de la refección espiritual de la humanidad. Que diese los panes a los Apóstoles para que los distribuyesen, manifiesta que dará siempre la gracia y la ciencia de la gracia a sus apóstoles y predicadores, para que jamás les falte a los hombres el alimento de la vida espiritual.

D) v. 8.—*Y comieron todos, y se hartaron...*—A todos llega la gracia de Dios, que no quiere que ninguno perezca. Los que vienen de las lejanas regiones del pecado, como los que vinieron de los lugares inmediatos a Jesús; los enfermos de debilidad de voluntad, como los sanos por su libertad robusta; hombres, niños, mujeres, todos hallan en el desierto de la vida la abundancia del pan del espíritu que el Padre de familias ha sabido proveer del tesoro de su misericordia y de su poder. Basta alargar la mano para recibirlo, y pedir más si no nos basta. Jesús no quiere que jamás nos vayamos ayunos de su presencia. Cuando nos haya

hartado a todos, aun sobrarán fragmentos del pan que para nosotros partió. Y aun quedan íntegros su misericordia y su poder.

90.—LA SEÑAL DEL CIELO. LA LEVADURA
DE LOS FARISEOS: Mt. 15, 39; 16, 1-12

(Mc. 8, 10-21)

²⁹ Y despedida la gente, entró ^{Mc} luego en la barca ^{Mc} con sus discípulos, y fue a los confines de Magedán, ^{Mc} a la región de Dalmanuta.

^{16/1} ^{Mc} Y salieron y se llegaron a él los fariseos y los saduceos para tentarle: y le rogaron que les mostrara alguna señal del cielo. ² Mas él, respondiendo, les dijo: Llegada la tarde decís: «Buen tiempo hará, porque rojo está el cielo.» ³ Y por la mañana: «Hoy, tempestad, porque el cielo triste tiene arreboles.» ^{4a} Pues la faz del cielo sabéis distinguir, ¿y las señales de los tiempos no podéis reconocer? ^{Mc} Y lanzando un hondo suspiro, dijo: ¿por qué pide esta generación una señal? En verdad os digo, que no le será dada señal a esta generación. ⁴ La generación perversa y adúltera señal pide, y señal no le será dada, sino la señal de Jonás el profeta. Y los dejó; ^{Mc} volvió a entrar en la barca, y se fue ^{Mc} al otro lado del mar.

⁵ Y pasando sus discípulos a la otra ribera, se habían olvidado de tomar panes: ^{Mc} Y no tenían consigo sino un solo pan en la barca. ⁶ Jesús ^{Mc} les mandó y les dijo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos, ^{Mc} y de la levadura de Herodes. ⁷ Mas ellos entre sí pensaban y decían ^{Mc} unos a otros: Es porque no hemos tomado, ^{Mc} porque no tenemos, panes. ⁶ Y Jesús, conociéndolo, les dijo: (Hombres) de poca fe, ¿por qué pensáis entre vosotros que no tenéis panes? ⁹ ¿Aún no ^{Mc} conocéis, ni entendéis? ^{Mc} ¿Todavía tenéis ciego vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis: y teniendo oídos no oís? Ni recordáis, ^{Mc} cuando partí los cinco panes entre cinco mil hombres, ¿cuántos cestos recogisteis ^{Mc} llenos de pedazos? Doce, le respondieron. ¹⁰ Ni de los siete panes entre cuatro mil hombres, ¿cuántas espuelas ^{Mc} de pedazos recogisteis? ^{Mc} Y dicente: Siete. ¹¹ ^{Mc} Y les decía: ¿Por qué no entendéis ^{Mc} aún que no por el pan os dije: Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos? ¹² Entonces entendieron que no había dicho que se guardaran de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.

Explicación.—EL LUGAR (v. 29).—El primero de los episodios de este fragmento tiene lugar en la región meridional del lago de Tiberíades, adonde se ha dirigido Jesús después de la multiplicación de los panes, para evitar las manifestaciones del público entusiasmo y las suspicacias de Herodes y de los próceres de Israel: Y despedida la gente, entró luego en la barca con sus discípulos. Parece que era la misma nave la que el Señor utilizaba en sus

viajes a través del lago. El lugar en que abordó la nave es la región solitaria de Magedán, que algunos identifican con Magdala, en la llanura de Genesaret, hacia la mitad de la orilla occidental del pequeño mar, entre Betsaida, al norte, y Tiberíades, al sur: *Y fue a los confines de Magedán, a la región de Dalmanuta*. Ambos nombres no se citan más que en este paisaje y su situación nos es hoy desconocida. Probablemente no era Dalmanuta más que una pequeña villa sita en la parte meridional del lago, no lejos del Jordán.

LA SEÑAL DEL CIELO (16, 1-4).—Aunque había desembarcado Jesús en lugar bastante solitario, ya para prolongar su descanso, ya para evitar las manifestaciones hostiles de sus enemigos, y especialmente la persecución de Herodes, no tardaron aquéllos en darse cuenta de la presencia del Señor, y le salen al encuentro para tentarle, es decir, para meterle en situación embarazosa con sus preguntas: *Y salieron*, de los sitios donde estaban apostados para vigilar a Jesús, *y se llegaron a él los fariseos y los saduceos para tentarle*. Fariseos y saduceos eran de opuestos partidos, profesaban distintas doctrinas y seguían costumbres diametralmente opuestas; pero les junta el mismo odio a Jesús, que siempre, dice Tertuliano, ha sido crucificado entre dos ladrones.

Y le rogaron que les mostrara alguna señal del cielo. No tenían bastante con los prodigios múltiples y estupendos para convencerse de la verdad de su misión; los falseaban, atribuyéndolos a Beelcebub. Quieren un milagro realizado en la región celeste, que les garantice su mesianidad; que pare el sol, como Josué; que haga estallar un trueno en el cielo sereno, como Samuel; o que, como Elías, se presente entre rayos y torbellinos de fuego (Ios. 10, 12; 1 Reg. 12, 17; 4 Reg. 1, 10-14). También hubiesen falseado estas señales.

A la pretensión temeraria de sus adversarios responde Jesús, primero, con una reprensión severa. Eran los judíos muy aficionados a la predicción del tiempo: el mismo Talmud tiene varios aforismos de carácter meteorológico; por ello, no era difícil prever a corto plazo las variaciones del tiempo por algunas señales atmosféricas: *Mas Él, respondiendo, les dijo: Llegada la tarde decís: «Buen tiempo hará, porque rojo está el cielo.» Y por la mañana: «Hoy, tempestad, porque el cielo triste tiene arreboles.»* Y viene la dura reprensión: *Pues la faz del cielo sabéis distinguir, ¿y las señales de los tiempos no podéis reconocer?* Como si dijera: como ciertas señales anuncian fatalmente los estados atmosféricos, así

hay copiosas señales, como el cumplimiento de las profecías, la venida del Precursor, mis propios milagros que indican mi carácter de Mesías: ¿por qué no los reconocéis?

Y luego Jesús, lanzando un hondo suspiro, por el dolor de su Corazón ante la protervia de sus enemigos, que si le piden una señal es para endurecerse más, les apostrofa y rechaza en forma enérgica: *Dijo ¿Por qué pide esta generación una señal?* La pregunta está llena de indignación, porque sabía Jesús que ni aun dándoles la señal del cielo debían aprovecharla para creer en Él. *En verdad os digo, que no le será dada señal a esta generación:* con estas palabras se niega Jesús a dar la señal del cielo que le piden. A la negativa sigue un enérgico apóstrofe: *La generación perversa y adúltera*, perversa por su mala intención en tentarle, adúltera por su desprecio de Dios y estima del diablo (Ioh. 8, 44), *señal pide*. Y jura Jesús que no les será dada la señal que indebidamente piden: *Y señal no le será dada*, en el cielo o firmamento. En cambio, se les dará una señal más asombrosa aún, su propia resurrección: *Sino la señal de Jonás el profeta* (Ion. 2, 1). Y, justamente indignado, los dejó en su infidelidad. *Volvió a entrar en la barca, y se fue al otro lado del mar*, se dirigió al norte, no lejos del lugar donde por primera vez había multiplicado los panes.

EL FERMENTO DE LOS FARISEOS (5-12). — Hacia el norte del lago hacía rumbo la barquilla, cuando un descuido de los Apóstoles dio lugar a que Jesús, preocupado aún del incidente habido poco ha con fariseos y saduceos, les diese una profunda lección, envuelta en una metáfora que el descuido de los discípulos le sugirió. En la prisa con que debieron partir, olvidaron tomar pan a bordo para la comunidad: *Y pasando sus discípulos a la otra ribera, se habían olvidado de tomar panes: y no tenían consigo sino un solo pan en la barca*. Jesús, que comprendió el embarazo de los suyos, les mandó y les dijo: *Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos, y de la levadura de Herodes*; es decir, huid de la maldad de los que tienen hoy las riendas en el régimen religioso y civil del pueblo. Parece que Herodes se inclinaba de la parte de los saduceos, contra los fariseos. Tomaron a la letra los discípulos la expresión de Jesús, y se creyeron descubiertos en su descuido por el Señor, lo que dio ocasión a un cambio de impresiones entre ellos: *Mas ellos entre sí pensaban y decían unos a otros: Es porque no hemos tomado, porque no tenemos panes*; por esto habla del fermento. Pudieron interpretarlo también los Apóstoles en el sentido de que Jesús, habiendo notado el descuido del pan, les amo-

nestó que no lo tomaran de los fariseos y saduceos: era corriente la prevención del pueblo contra lo que de estos sectarios provenía.

Pero no era ésta la lección material que quería darles el Maestro; se vale de la locución metafórica de la levadura para excitar su atención, y óptimo pedagogo, cuando tiene en suspenso el alma de los discípulos, les abre el sentido de la metáfora: *Y Jesús, conociéndolo, sabiendo la angustia de los suyos, les dijo: (Hombres) de poca fe, ¿por qué pensáis entre vosotros que no tenéis panes? ¿No creéis ya en mi poder, que me ha consentido multiplicar en pocos días dos veces el pan en el desierto? ¿Aún no conocéis, ni entendéis? ¿Todavía tenéis ciego vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis; y teniendo oídos no oís? ¿Después de tantas lecciones, aun sois torpes en interpretarme, creyendo que os hablo de la carencia de pan en la barca? Ni recordáis, cuando partí los cinco panes entre cinco mil hombres, ¿cuántos cestos recogisteis llenos de pedazos? Doce, le respondieron. Ni de los siete panes entre cuatro mil hombres, ¿cuántas espuelas de pedazos recogisteis? Y dícenle: Siete. No tenéis, pues, que preocuparos de la falta de pan.*

Ya el espíritu de los discípulos se ha levantado: El Maestro les ha llevado a las alturas de su poder y providencia, haciéndoles repetir por su propia boca los detalles de los pasados prodigios. La hora de la lección ha llegado, con suavidad, que la hará eficaz: *Y les decía: ¿Por qué no entendéis aún que no por el pan os dije: Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?* La levadura ha sido considerada, por el pueblo que no sabe de química biológica, como un elemento y símbolo de corrupción; ello hizo caer a los Apóstoles en la legítima interpretación de la locución figurada de Jesús: *Entonces entendieron que no había dicho que se guardaran de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos, y de la de Herodes, a cuyo partido estaban afiliados la casi totalidad de estos últimos.*

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Y se llegaron a él los fariseos y los saduceos para tentarle...*—Fariseos y saduceos disientían en puntos fundamentales de la doctrina; asimismo era distinta su profesión de vida: aquellos eran los puritanos, éstos los materialistas y laxos. Con todo, cuando se trata de luchar contra Jesús, olvidan sus diferencias y se aúnan en el ataque: Es la táctica de siempre entre los enemigos de Cristo; lo acredita la historia. Así sucede con la Iglesia, la esposa de Cristo. Así con los mismos discípulos de Cristo: «Todos los que piadosamente quieren vivir en Cristo Jesús sufrirán persecución» (2 Tim. 3, 12). De donde derivan dos lecciones: es la primera el valor apologetico de las persecuciones contra Cristo y su Iglesia, que han salido siempre triunfantes, en lucha

singular o solidaria con sus enemigos; la segunda es de confianza y aliento cuando se conjuren los enemigos del nombre cristiano contra nosotros.

b) v. 4. — *¿Las señales de los tiempos no podéis reconocer?* La sagacidad humana, que ha llegado a conseguir maravillosas conquistas en el orden de las ciencias humanas, está condenada a impotencia para las cosas de Dios, de su Providencia, de sus designios, de su intervención en la humana historia, de su Iglesia, de su misión, etc., cuando deja el punto de vista de Dios o prescinde de la persona y de la influencia de Cristo en el mundo, única llave para descifrar la historia y señalar el rumbo de los pueblos a través de los siglos. La visión serena y sin prejuicios de los factores de orden sobrenatural en el mundo nos da la inteligencia de la historia, al par que es garantía del humano pensamiento en el mar fluctuante de los hechos en las distintas épocas. Jesús, «de ayer, de hoy y de siempre» (Hebr. 13, 8), lo ilumina todo y lo explica todo.

c) v. 4. — *Y los dejó..., y se fue...* — No dice que los despidió, como lo hizo varias veces con las turbas, sino que los dejó, es decir, los abandonó, dice Rábano Mauro, por la protervia e infidelidad de sus orgullosos espíritus. Realiza Jesús el principio: «Dios resiste a los soberbios...» (1 Petr. 5, 5). Seamos dóciles y humildes de espíritu, ante la doctrina de Jesús, para que nos dé su gracia y nos salvemos.

d) v. 6. — *Guardaos de la levadura de los fariseos...* — Toda doctrina es como un fermento, que corrompe toda la masa de la vida, porque la lógica del vivir pide que el pensamiento informe todas nuestras acciones. Guardémonos del fermento de toda doctrina perversa que pueda corromper nuestra inteligencia desalojando de ella la fe. Y conservemos ésta incorrupta: es el «principio de la substancia de Dios» (Hebr. 3, 14).

91.—CURACION DE UN CIEGO EN BETSAIDA

Mc. 8, 22-26

²² Y llegan a Betsaida, y tráenle un ciego, y le rogaban que lo tocara. ²³ Y tomando al ciego por la mano, lo sacó fuera de la aldea: y escupiéndole en los ojos, y poniendo las manos encima, le preguntó si veía algo. ²⁴ Y él, alzando los ojos, dijo: Veo los hombres como árboles que andan. ²⁵ Y le puso otra vez las manos sobre los ojos, y comenzó a ver. Y fue sano, de modo que veía claramente todas las cosas. ²⁶ Y lo envió a su casa, diciendo: Vete a tu casa, y si entrases en la aldea, a nadie lo digas.

Explicación. — Sólo Mc. refiere este episodio, y lo hace en forma detalladísima. Ocurre probablemente en la Betsaida Julias, al norte y en la orilla oriental del lago. Y *llegan a Betsaida*, donde abordarían, después del viaje en que ocurrió el episodio anterior. Confirma la presunción de que se trata de la Betsaida oriental el

que pronto llegara la comitiva a Cesarea de Filipo, hacia el norte de aquella localidad, como se verá en el siguiente número.

Y tráenle un ciego, y le rogaban que lo tocase: era la forma ordinaria que usaba Jesús en la curación de los enfermos; quizás creía aquella gente, en su poca fe, que Jesús necesitaba tocar al enfermo para sanarle. *Y tomando al ciego por la mano,* gesto lleno de la amabilidad y de la caridad del Señor, *lo sacó fuera de la aldea:* quiere Jesús evitar la formación de multitudes y el entusiasmo irreflexivo de la plebe.

Es curioso el proceso de la curación de este enfermo: pudiendo curarle con un acto de su voluntad, como tantas otras veces, lo hace, como en la curación del sordomudo de la Decápolis, con unas acciones simbólicas, ya para avivar la fe del ciego, ya para darnos la lección moral de que no todas las dolencias ni todos los enfermos del espíritu deben tratarse en la misma forma. *Y escupiéndole en los ojos,* esto es, tomando de su propia saliva y restregándoselos con ella como solemos hacerlo con nuestra saliva y nuestros ojos cuando se nos enturbian, *y poniendo las manos encima,* y retirándolas luego, *le preguntó si veía algo.* Alzó el enfermo los ojos, como suelen hacerlo los ciegos, y sólo vio, ya en una semiobscuridad, unos objetos imprecisos que, porque se movían, pudieron parecerle hombres, pero, por la vaguedad de sus líneas, pudiesen creerse árboles: *Y él, alzando los ojos, dijo: Veo los hombres como árboles que andan;* ello parece indicar que el ciego no lo era de nacimiento, pues tiene noción clara de hombre y de árbol.

Y se puso otra vez las manos sobre los ojos: no quiere Jesús curar a medias al ciego; *y comenzó a ver,* fijó ya precisamente su vista sobre los objetos, como si con la fuerza de la visión se hubiese rasgado el velo tenue que aún los cubría. Era ya un hecho su curación total: *Y fue sano, de modo que veía claramente todas las cosas.* Es la única curación por etapas, que leemos en los Evangelios. Quiso Jesús curar gradualmente a este ciego, ya para probar y estimular su fe, ya para que de esta suerte ponderase y estimase más el beneficio.

Jesús no quiere que aquel hombre se ponga en contacto con los demás, para evitar toda publicidad clamorosa: *Y lo envió a su casa diciendo: Vete a tu casa.* Parece no era de Betsaida el ciego, porque añade Jesús: *Y si entrases en la aldea, a nadie lo digas;* creen algunos que allí se hallaba mendigando. En la mejor lección del texto griego se dice simplemente: «Y no entres en la aldea.»

Lecciones morales.—A) v. 23.—*Y tomando al ciego por la mano...*—Empieza la caridad de Jesús haciendo de lazarillo de

aquel infeliz, para consumarse en la total curación de la ceguera. ¡Qué profundamente simpática la figura de Jesús, el Hijo de Dios, el que es la Luz esencial, acompañando de la mano a un ciegucecito! Es el símbolo místico de esta manuducción del mismo Cristo que a todos nos lleva, con la eficaz atracción de su gracia, de la región de las tinieblas espirituales a la clara visión de las cosas de Dios. Y si Betsaida es la «casa del valle», ¿no podríamos decir que Jesús nos saca suavemente de esta tierra, valle de tinieblas, para que le veamos primero en el enigma y en la visión suboscuro de la fe, para luego darnos la visión clara de Dios en la gloria?

b) v. 23. — *Y escupiéndole en los ojos...* — Parece que ello debía agravar la ceguera de este hombre. No es así; ella resuelve milagrosamente los obstáculos de la visión fisiológica, hasta que los objetos iluminados puedan ser vistos con toda claridad por el que era ciego. La saliva, dice el Crisóstomo, es representativa de la palabra; la palabra de Jesús es la palabra de la fe. También parece que las fórmulas de la fe son una carga y un motivo más de obscuridad para nuestra inteligencia, porque la fe, dice San Agustín, «es creer lo que no ves». Pero, de hecho, la fe inunda de luz nuestro espíritu, primero, porque ensancha el campo de visión intelectual, enseñándonos algunas verdades que sólo por la fe podemos conocer; y luego, porque el premio de la fe, dice el mismo Santo, «es ver lo que hemos creído», en la contemplación clara y bienaventurada de la gloria.

c) v. 24. — *Veo los hombres como árboles...* — La curación del ciego es gradual. También lo es ordinariamente la iluminación por la fe. Dios vence paulatinamente nuestras tinieblas; de todos nosotros podrían decirse las palabras de Jesús: «Tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar» (Ioh. 16, 12). Sólo en casos extraordinarios, como le sucedió a Saulo en el camino de Damasco, y a Agustín en su casa de Milán, irrumpe la luz de Dios en el espíritu del hombre, y lo avasalla. Dejémonos penetrar suavemente, paulatinamente, por la luz de Dios, y no la ofrezcamos resistencias, con nuestra protervia de pensamiento o de voluntad.

d) v. 26. — *Y lo envió a su casa...* — Nuestra casa es nuestro espíritu. En el recogimiento interior hemos de absorber y guardar la luz bendita de la fe, que debe ser el ojo sobrenatural de nuestra alma que ilumine toda nuestra actividad y «dirija las obras de nuestras manos» (Oración de la Hora de Prima).

92. — EL PRIMADO DE PEDRO: Mt. 16, 13-20

(Mc. 8, 27-30; Lc. 9, 18-21)

Los vv. 13-19 se leen en la Misa de la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo

¹³ Y fue Jesús, ^{MC} con sus discípulos, a la región de Cesarea de Filipo. ¹⁴ Y aconteció que, estando solo orando, se hallaban con él sus discípulos: y ^{MC} en el camino preguntaba a sus discípulos, di-

ciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?
¹⁴ Y ellos ¹respondieron y dijeron: Unos que Juan el Bautista; otros, que Elías, y otros, que Jeremías o uno de los Profetas ¹antiguos, que resucitó. ¹⁵ Y Jesús les dice: Mas vosotros, ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Respondió Simón Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. ¹⁷ Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan: porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. ¹⁸ Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. ¹⁹ Y a ti te daré las llaves del Reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, atado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos. ²⁰ Entonces, ¹cominándoles, mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era Jesús, el Cristo.

Explicación. — Es éste uno de los pasajes más trascendentales del Evangelio. Es capitalísima su importancia. Bajo el aspecto dogmático, porque encierra una de las verdades básicas de nuestra fe, como es el primado, de honor y de jurisdicción, de Pedro y sus sucesores, los Pontífices Romanos y la declaración rotunda de la filiación divina de Jesús. Bajo el aspecto constitucional del Reino de Dios en la tierra, porque quedan definitivamente señaladas las grandes líneas de la Iglesia: ha llamado Jesús al pueblo, ha instituido el Colegio Apostólico, y ahora instituye el Cabeza de la Iglesia, Vicario suyo, sobre quien descansará la grande obra. Aun desde el punto de vista histórico señala este episodio una como transición en la forma del ministerio de Jesús, que de aquí en adelante será de ordinario menos clamoroso, más íntimo, dedicándose el Señor intensamente a la formación del espíritu de sus Apóstoles. Por esto sin duda se nos presenta Jesús orando, antes de este suceso (Lc. 6, 12), como oró al inaugurar su ministerio y antes de formar el Colegio Apostólico.

JESÚS INTERROGA A SUS DISCÍPULOS (13-15).—Dejó el Señor Bet-saida Julias, donde había curado al ciego, y se remontó, a través de la Gaulanítide, y fue Jesús, con sus discípulos, a la región de Cesarea de Filipo, visitando las aldeas de aquella comarca. Era Cesarea la antigua Panias, donde el dios Pan tuvo un templo en una espaciosa gruta que subsiste todavía, sobre uno de los más copiosos manantiales del Jordán. Filipo el tetrarca, hijo de Herodes el Grande, ensanchó y embelleció la ciudad y le dio el nuevo nombre para hacerse grato al César Augusto; se le añadió el del mismo Filipo para distinguirla de la Cesarea marítima, en el Mediterráneo, entre Jafa y el monte Carmelo. Eran gentiles en su

mayor parte los habitantes de aquella región. Que Jesús fundara allí el primado de su Iglesia y se manifestara Hijo de Dios, tal vez era un presagio de que, rechazado el reino mesiánico por los judíos, se transfería definitivamente a los pueblos de la gentilidad.

Y aconteció que estando solo orando, se hallaban con él sus discípulos. Separado de la multitud que probablemente le seguía, a la vera del camino, oraba al Padre para que iluminara las inteligencias de sus discípulos. Tal vez oraban también éstos con el Señor. Siguió de nuevo su ruta la comitiva, y *en el camino preguntaba a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Jesús sabe ya lo que de su persona piensan las multitudes; pero su intención, al proponer solemnemente esta cuestión gravísima, era sin duda preparar una segunda pregunta que reclamase la definición absoluta y precisa de su naturaleza y persona.

Y ellos respondieron y dijeron: Unos, que Juan el Bautista... Serían graves y frecuentes las controversias de la gente sencilla, no pervertida por la malicia de escribas y fariseos, sobre la personalidad del gran Maestro y Taumaturgo. Todos le creían un hombre extraordinario, de mayor poder que los antiguos Profetas, porque parece que era creencia entonces que los Profetas eran más poderosos cuando resucitaban de lo que lo fueron en anterior etapa (Mt. 14, 2). Pero imbuido el pueblo en las ideas de la magnificencia y poder terrenal del Mesías, ninguno le reconocía por tal; y decían los unos que Juan el Bautista, compartiendo la opinión de Herodes; *otros, que Elías*, de quien creían muchos vendría como precursor del Mesías, según la predicción de Malaquías (4, 5); y *otros, que Jeremías*, uno de los principales protectores de la nación teocrática (2 Mac. 15, 13.14), a quien se asemejaba Jesús, por su libertad en reprender a los conductores del pueblo; *o uno de los Profetas antiguos, que resucitó.*

Y Jesús, yendo al fondo del pensamiento de los Apóstoles, *les dice: Mas vosotros*, acentuando el pronombre y distinguiéndoles de las multitudes, indicándoles ya con ello que espera de ellos otra respuesta, *¿quién decís que soy yo?* Vosotros, que me conocéis tan bien, que sois testigos de todos mis milagros y que los obráis por una virtud que os comuniqué, ¿pensáis de mí como el vulgo?

LA CONFESIÓN DE PEDRO Y SU PREMIO (16-20). — Pedro previene la respuesta de los demás, quizás porque los vio vacilantes en su juicio sobre Jesús. Es la gracia de Dios la que ilumina su mente; y su natural impetuoso, ayudado de la misma gracia, le hace ser el primero en la confesión; ya otra vez había sido él solo quien había

hablado altamente de Jesús (Ioh. 6, 69.70): *Respondió Simón Pedro, y dijo...*

La definición que de Jesús da Pedro es llena, precisa, enérgica: *Tú eres el Cristo*, el Mesías en persona, prometido a los judíos y ardientemente por ellos esperado. Mas: *Tú eres el hijo de Dios*, no en el sentido de una relación moral de santidad o por una filiación adoptiva, como así eran llamados los santos, sino el Hijo único de Dios según la naturaleza divina, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Si el Apóstol no lo hubiese entendido así, no hubiese necesitado una especial revelación de Dios. Lo que imprecisamente han insinuado los Apóstoles en otras ocasiones (Mt. 14, 33; Ioh. 1, 49), lo afirma Pedro en forma clara y rotunda. Y el Padre de Jesús es Dios vivo: vivo porque es vida esencial que esencialmente engendra de toda la eternidad un Hijo vivo; vivo por oposición a las divinidades muertas del paganismo. ¿Habló Pedro por cuenta propia o en nombre de sus discípulos? La opinión más común es que habla por sí: Pedro no conocía el secreto de los corazones de sus compañeros; ni habla en plural, como en Ioh 6, 69.70; Jesús habla de la revelación particular en que se le han manifestado aquellas verdades; el premio es también personal.

Y respondiendo Jesús, le dijo, enfáticamente, alabándole y felicitándole con efusión: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan*: es bienaventurado porque lo son los que conocen a Jesucristo, enviado del Padre (Ioh. 17, 3); llámale con el nombre personal y con el patronímico para dar solemnidad a sus palabras. El motivo de la felicitación de Jesús es *porque no te lo reveló la carne ni la sangre*; no la prudencia, ni la razón humana, ni el lenguaje de los hombres, *sino mi Padre, que está en los cielos*: el mismo Dios vivo de quien me has confesado Hijo y que revela las cosas grandes a los pequeños (Mt. 11, 25). Esta aprobación solemne, por parte de Jesús, del juicio de Pedro sobre su persona, hace que derive a los demás la claridad y la firmeza de la fe del que es Príncipe de ellos. Así viene a ser como la Cabeza jurídica del Colegio Apostólico en orden a la fe, y lo será en sus sucesores mientras el mundo dure.

Gloriosa recompensa de la fe de Pedro son las promesas que Jesús le hace. Pedro ha dicho de Jesús que es el Hijo de Dios vivo: *Y yo te digo, a mi vez*, responde Jesús, *que tú eres Pedro*; cumple ahora Jesús su promesa (Ioh. 1, 42) imponiendo solamente a Simón el nombre de «Piedra». Así le hace solidario de su Persona, su Vicario, porque Jesús es la «piedra angular» (Eph. 2, 20). Como Dios es la «roca de Israel» (Is. 30, 29), la «piedra de salvación» (Deut. 32, 15), que da estabilidad al pueblo de Dios y a los que en El confían

(Ps. 60, 3-4; 70, 3), así levanta a Pedro a la dignidad de piedra que será el sostén del mundo espiritual que va a crear Jesús.

Y sigue la magnífica metáfora: *Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Jesús es el divino arquitecto que fundará un reino vastísimo y santísimo que propone bajo la metáfora del edificio: es la Iglesia, sociedad espiritual formada de hombres, que adquirirá el Hijo de Dios con su propia sangre (Act. 20, 28), y que por esto será absolutamente suya; pertenecerán a ella los que crean en él, profesando su doctrina divina. Todo edificio, para lograr unidad y estabilidad, debe apoyarse sobre firmes cimientos; sin ellos el edificio se derrumba. Así sucede en toda sociedad que no se apoye sobre el fundamento de la autoridad, que es la forma y la fuerza de la sociedad. Por ello, Pedro, roca o piedra en que se apoyará la futura Iglesia, tendrá sobre toda ella la autoridad que se requiere para su unidad y estabilidad. Por lo mismo, tendrá Pedro sobre toda la Iglesia de Jesús el primado no sólo de honor y preeminencia, sino de verdadera jurisdicción y autoridad.

Esta sociedad, una y robusta, fundada sobre Pedro, será imprecadera: *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. «Puerta» equivale aquí a habitación, castillo, morada, fortaleza (Ioh. 38, 17; Ps. 9, 15). Frente a la Iglesia, fortaleza de Jesús, se levantará la fortaleza del diablo, enemigo de Jesús; pero sus huestes nada podrán, en toda la sucesión de los siglos, contra la Iglesia ni contra la roca de Pedro en que se funda.

Y no sólo será Pedro el fundamento del edificio de la Iglesia; será su supremo rector y administrador en el nombre de Jesús, que le conferirá sus plenos poderes: *Y a ti daré las llaves del Reino de los cielos*. Quien tiene el uso legítimo y exclusivo de las llaves de una casa o ciudad es el mayordomo o intendente supremo que ha recibido los poderes del señor. La Iglesia es el reino de los cielos en este mundo: la Iglesia triunfante será el reino definitivo y eterno de los cielos, prolongación de esta misma Iglesia de la tierra, ya purificada de toda impureza. Pedro tendrá poder de abrir y cerrar la entrada en esta Iglesia temporal y, como consecuencia, en la eterna.

Concreta Jesús la naturaleza de esta administración de Pedro. No sólo tendrá el derecho de inspección y dirección, sino verdadera potestad de régimen: *Y todo lo que atares sobre la tierra, atado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos*. Atar y desatar, en el lenguaje de los rabinos, equivalía a prohibir y permitir en lo tocante a la ley; asimismo significaba todo lo que se refería al gobierno y régimen en

materia religiosa. Por lo mismo, la potestad que se da a Pedro es la de legislar y juzgar, la de abrogar y derogar, la de imponer sanciones, todo aquello, en fin, que entra en el ámbito del gobierno de la Iglesia, según su naturaleza y según los tiempos. Lo que haga Pedro en la tierra en este sentido, tanto si es en forma positiva como negativa, será reconocido como legítimamente hecho en los cielos.

Entonces, hechas estas espléndidas manifestaciones por parte de Pedro y estas estupendas promesas por parte de Jesús, *conminádoles*, es decir, con gravísima amonestación, *mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era Jesús el Cristo*. Debió ocultarse por entonces la verdad, y quedar como en semilla en el Colegio Apostólico, a fin de que los prejuicios de orden temporal que sobre el Mesías tenía aquel pueblo, no malograsen, llevando a las muchedumbres a un entusiasmo prematuro, los planes y la obra de Jesús, que aquí se llama a Sí mismo solemnemente «Jesucristo».

Lecclones morales.— A) v. 13. — *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* — Pregunta Cristo a sus discípulos, dice Orígenes, para que sepamos, por las respuestas de los Apóstoles, que había entonces varias opiniones sobre Jesús, y para que atendamos siempre qué opinión tengan los demás hombres de nosotros; a fin de que, si algo malo se dice de nosotros, cortemos la ocasión de ello, y si algo bueno, demos aún más ocasión de decirlo. Y deben también los discípulos de los Obispos aprender del ejemplo de los Apóstoles a transmitir a aquéllos cualesquiera opiniones que de los mismos oyeren. Aunque deba andarse con mucha cautela, para no caer en adulación o en pecado de maledicencia, al aplicar esta lección del gran Doctor alejandrino.

B) v. 16. — *Respondió Simón Pedro...* — Cuando se trata de preguntar a los Apóstoles la opinión de la plebe sobre Jesús, responden todos, y refieren todos los errores sobre su divina persona. Cuando se trata de preguntar su personal opinión, dice el Crisóstomo, responde uno solo. Y aunque responda Pedro en nombre propio y expresando su personal sentir, consienten los demás en su afirmación. Para que sepamos que la verdad religiosa está solamente en el Colegio Apostólico y sus sucesores y en los que con ellos viven en unidad de fe; y que fuera de Pedro y los Apóstoles, representados hoy por el Papa y los Obispos, pululan en todas las partes los errores sobre Jesús.

C) v. 17. — *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan.* — «Hijo de Bariona», le llama Jesús, que equivale a «hijo de la paloma» o «de la gracia», es decir, interpretando el símbolo con la tradición, «hijo del Espíritu Santo». Por esto es bienaventurado Pedro, porque no dice de Jesús lo que le sugiere su propio pensamiento, o lo que ha oído de los judíos o de los demás Apóstoles, sino lo que interiormente le revela el Espíritu Santo. Nosotros somos también hijos del divino Espíritu, no porque hayamos tenido de él revelación di-

recta, sino porque hemos aceptado las verdades de la fe, prestando a ellas el obsequio de nuestra inteligencia. Por ello seremos también bienaventurados si, como más tarde escribirá el Apóstol, «conservamos hasta el fin de nuestra vida el principio de la substancia de Dios», que es la fe (Hebr. 3, 14).

d) v. 18. — *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...* — ¡Excelsas prerrogativas las de Pedro! ¡Dar unidad y firmeza a la sociedad de hombres «que forman sociedad con el Padre y Jesús» (Ioh. 1, 3); tener en sus manos las llaves del cielo, es decir, el destino final de los hombres, el gobierno pleno, total, de la Iglesia, esposa del Hijo de Dios! Y todo esto no lo dio Jesús sólo a un hombre de la Galilea, hace dos mil años; lo dio a sus sucesores, porque Pedro había de morir; lo tiene el actual Pontífice Romano, contemporáneo nuestro: ¡Qué amor, reverencia, obediencia y abnegación nos pide ello en favor del Sumo Pontífice!

e) v. 19. — *Y a ti daré las llaves del Reino de los cielos.* — A quien mejor que los demás confesó la divinidad de Jesús, Jesús le dio una superior potestad en orden al reino de los cielos, dice Rábano Mauro. Para que entendamos que es condición indispensable para entrar en el reino de los cielos esta confesión y esta fe en la divinidad de Jesús. No basta tener la fe represada en el corazón: es necesaria la pública confesión de la misma fe; porque el mismo Jesús ha dicho que el que no le confesare ante los hombres, tampoco le confesará delante del Padre celestial.

f) v. 19. — *Y todo lo que atares sobre la tierra...* — Esta potestad de atar y desatar la tiene Pedro y la tienen todos aquellos que por él participan del poder judicial en la Santa Iglesia, dice el mismo intérprete. Pero se dice esto especialmente de Pedro, porque en él está el principado o primado de jurisdicción, y toda jurisdicción de él viene. De manera que los que no están con él, se han segregado de la unidad de la fe, y no pueden verse libres del vínculo de los pecados, ni pueden entrar en el reino de los cielos.

93. — JESUS PREDICE SU PASION. NECESIDAD

DE LA ABNEGACION: Mc. 8, 31-39

(Mt. 16, 21-28; Lc. 9, 22-27)

Evangelio de la Misa del Común de Mártires Pontífices

(Mt. vv. 24-27)

³¹ Y ^M desde entonces Jesús comenzó a declararles ^M a sus discípulos que convenía que ^M él, el Hijo del hombre, ^M fuese a Jerusalén y padeciese muchas cosas, y que fuese desechado por los ancianos y por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, y que fuese entregado a la muerte, y que resucitase después de tres días.

³² Y decía esto claramente. Entonces Pedro, tomándole aparte, comenzó a increparle, ^M diciendo: ¡Lejos de ti esto, Señor!; no te ocurrirá eso. ³³ Mas él, volviéndose y mirando a sus discípulos, conminó a Pedro, diciendo: ¡Quítateme, de delante, Satanás! ^M Me eres

escándalo: porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres.

³⁴ Y convocando al pueblo, con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, ¹ *cada día*, y sígame. ³⁵ Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; mas el que perdiere su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. ² *la hallará.* ³⁶ Porque, ¿qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma, ¹ *si se pierde a sí mismo?* ³⁷ O ¿qué dará el hombre a cambio de su alma? ³⁸ Quien se afrentare de mí y de mis palabras en medio de esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre también se afrentará de él, cuando viniere ¹ *en su majestad* y en la gloria de su Padre, acompañado de los santos ángeles: ² *Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles: y entonces dará a cada uno según sus obras.* ³⁹ Y les decía: En verdad os digo, que hay algunos, de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios, que viene con poder.

Explicación.—Después de la estupenda confesión de Pedro; de la clara afirmación de Jesús, que se llama a sí mismo Hijo de Dios y Mesías; del anuncio de una Iglesia gloriosa, obra del mismo Jesús; del vaticinio de las magníficas prerrogativas de Pedro; y cuando humanamente eran de esperar días brillantes para la predicación del reino de Dios, súbitamente, sin transición, *desde entonces*, señala el Señor la tremenda silueta de la cruz por vez primera. La predicción de su pasión y muerte va naturalmente seguida de una exhortación al propio renunciamento. Las narraciones de los tres sinópticos corren aquí paralelas, siendo las más semejantes las de los dos primeros, y la más completa la de Mc.

JESÚS ANUNCIA SU PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN (31-33).—Ha prohibido Jesús a los Apóstoles anunciar que él era el Mesías: una de las razones de ello, dada la ideología judía sobre el Mesías, fue sin duda evitar el escándalo y la decepción, cuando llegue, dentro de pocos meses, la muerte ignominiosa del Señor. Pero los discípulos deben estar preparados para la tremenda hora: *Jesús comenzó a declararles que convenía que él*, en propia persona, *el Hijo del hombre*, que acababa de ser confesado Hijo de Dios por San Pedro, *fuese a Jerusalén y padeciese muchas cosas*; esta frase es la síntesis de la pasión: convenían los padecimientos, porque eran la condición necesaria para entrar en su gloria (Lc. 24, 26). Luego especifica Jesús sus sufrimientos: tendrán lugar en Jerusalén; los jefes de la nación teocrática, los primeros magistrados del pueblo de Dios, que le rigen en el orden civil y religioso, que conocen y explican las profecías mesiánicas, la repudiarán: *Y que fuese desechado por los*

ancianos y por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas. Todos estos poderes, conjurados contra Jesús, llegarán a quitarle la vida: Y que fuese entregado a la muerte. Pero al tercer día triunfará de todo, volviendo a la vida. Y que resucitase después de tres días.

El vaticinio era tan terrible como claro: *Y decía esto claramente.* Pudieron los Apóstoles presagiar los dolores de Jesús de algunos hechos singulares: de la humanidad con que aparecía, de la muerte del Precursor, del propósito de sus enemigos de perderle, del anuncio de la repetición del milagro de Jonás. Pero todo ello fue ineficaz para sugerir la idea de la muerte de Jesús, porque en el Mesías todo debía ser glorioso. Ahora ya no habrá dudas: el anuncio es categórico, sin ambages, ni metáforas.

Entonces Pedro, vehemente y amante apasionado del Señor, tomándole aparte, acercándole a sí, como suele hacerse para una confidencia íntima, o llevándolo consigo fuera de la compañía de los demás, comenzó a increparle; le increpó con dureza, le reprochó lo que acababa de decir. El Padre acababa de revelarle la divinidad de Jesús; ahora es la carne y la sangre, la humana prudencia la que le hace decir palabras inconvenientes: *¡Lejos de tí esto, Señor! No te ocurrirá eso:* el Hijo de Dios no debe morir; Dios le librará de las manos de sus enemigos; nosotros seremos también tus defensores.

Indignóse Jesús, y rechazó a Pedro, como se repele a un mal consejero: *Mas él, volviéndose...*; y como los discípulos participaban del mismo sentir de Pedro, echó sobre todos una mirada severa: *Y mirando a sus discípulos...* El momento es de fuerte dramatismo; rompe a hablar Jesús, increpando duramente al temerario apóstol: *Conminó a Pedro, diciendo las mismas palabras que en otra ocasión dijera a Satanás en el desierto, cuando se empeñaba en que no cumpliese la voluntad del Padre: ¡Quítate de delante, Satanás!;* apártate de mi presencia, porque secundas la voluntad de Satanás, que no quisiera que yo muriese a fin de que no se redimiera el mundo. Vete detrás de mí, porque *me eres escándalo*, me estorbas en la ruta que el Padre me tiene trazada, que es la del sufrimiento. Y le da la razón. *Porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres.* Dios quiere levantar al hombre, caído por la soberbia, con las humillaciones de la cruz, y curar el mal de la desobediencia por la obediencia de su Hijo hasta la muerte; y tú miras mis cosas con ojos puramente humanos, que no buscan sino evitar los sufrimientos y huir la muerte.

NECESIDAD DE LA ABNEGACIÓN CRISTIANA (34-39). — La escena anterior se había desarrollado sólo entre Jesús y los Apóstoles; las turbas, que habían reconocido a Jesús, seguiríanle a corta distancia, y estarían retenidas por el natural respeto a una conversación íntima. Entonces llama Jesús a la muchedumbre, que se junta a los discípulos: *Y convocando al pueblo, con sus discípulos...*; y dándoles una lección que brota naturalmente del anuncio de sus padecimientos, *les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*. Seguir a Jesús es imitarle: el discípulo debe hacer lo que el Maestro le enseña. Negarse uno a sí mismo es desertar de sí mismo, de sus quereres, de los afectos e inclinaciones de su amor propio. *Y tome su cruz*: la locución es figurada; por la cruz, suplicio vulgarizado ya en la Palestina por los romanos, debieron entender los oyentes de Jesús las humillaciones, las afrentas, los tormentos, la misma muerte, si así lo exige el seguimiento de Jesús, por la cruz representados; la cruz debe tomarse siempre, cuando Dios la envíe, cuando la vida cristiana lo exija, y bien sabemos que frecuentísimamente lo exige: *cada día*. *Y sígame*: no basta llevar la cruz, porque las miserias de la vida pesan sobre todos, cristianos y paganos; se debe tomar por Cristo y con espíritu de imitación de Cristo.

Y da Jesús de ello una razón gravísima, que toca a la misma consecución, nuestro fin último: *Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá*; morirá eternamente quien no esté dispuesto a abnegarse hasta dar la vida por Cristo, si fuere necesario. En cambio, logrará eterna vida quien muriere, o estuviere aparejado a morir por Cristo o por su Evangelio, en su predicación, en su defensa: *Mas el que perdiere su vida por mí y por el Evangelio, la salvará, la hallará*.

Otra razón para abnegarse y seguir a Cristo es la insignificancia que representa el conservar la propia vida, y aun ser dueño de todo el mundo, siguiendo las naturales concupiscencias, ante la definitiva desgracia de perder el alma: *Porque, ¿qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma, si se pierde a sí mismo?* Y se confirma con otra razón: si el hombre tuviese más de un alma, o pudiese rescatar la única que tiene, en el caso de perderla, aún podría vacilar en abnegarse por Cristo; pero no es así o *¿qué dará el hombre a cambio de su alma?*

Finalmente, trasladando Jesús a sus oyentes a la escena del juicio final, añade la última razón en favor de la abnegación: *Quien se afrentare de mí y de mis palabras*, quien no me siguiere a mí ni profesare mi doctrina, teniéndolo a desdoro y confusión, avergonzándose de seguirme *en medio de esta generación adúltera*

y pecadora, que repudia a Dios y hace irrisión de mi persona y de mi doctrina, *el Hijo del hombre también se enfrentará de él*, no le reconocerá, le rechazará con ignominia, *cuando viniere en su majestad y en la gloria de su Padre, acompañado de los santos ángeles*. Alude aquí Jesús a la profecía de Daniel sobre el Hijo del hombre (Dan. 7, 13): cuando aparezca en su gloria inmensa el Señor y Juez del mundo, se verá la insensatez de quienes no quisieron servirle, siguiéndole abnegados, por indevido respeto a hombres despreciables, que también serán entonces sometidos al juicio del Hijo del hombre. Porque este juicio es certísimo e inevitable, y tendrá lugar en medio de una solemnidad aterradora: *Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles*, como Hijo Unigénito que es de El (Ioh. 1, 14); teniendo por objeto esta función judicial aplicar a los hombres, en forma pública y social, las sanciones que en su vida merecieron: *Y entonces dará a cada uno según sus obras*.

Termina Jesús alentando a sus oyentes a su seguimiento con la promesa de un bien inmediato, que precederá al premio definitivo de la gloria: *Y les decía: En verdad os digo, que hay algunos, de los que están aquí, que no gustarán la muerte*, es amarga la muerte, *hasta que vean el Reino de Dios, que viene con poder*. Es la promesa de que muchos de los que le escuchaban vivirán aún cuando la Iglesia será ya dilatada y poderosa. Algunos, con menos razón, refieren estas palabras a la Transfiguración, que tuvo lugar dentro de pocos días, o a la destrucción de Jerusalén. Cualquiera que sea la interpretación, el cumplimiento de esta promesa en esta vida será prenda de verdad de estas sus enseñanzas.

Lecciones morales.—A) v. 31.—*Comenzó a declararles que convenía que el Hijo del hombre padeciese muchas cosas...*—Se lo declara inmediatamente después de haberles declarado su divinidad y de haberles dejado entrever la gloria de su reino, en la tierra y en los cielos. Para que comprendieran que el sufrimiento es ley fundamental del Cristianismo, y que para llegar a la fruición de la divinidad es preciso sorber antes las aguas amargas del dolor. El mismo Hijo de Dios quiso se cumpliera terriblemente en sí esta ley; no podrán sus discípulos escalar las alturas de la felicidad eterna sin antes salvar los durísimos caminos que a ella conducen.

B) v. 33.—*¡Quítateme de delante, Satanás!*—Pedro reputa indignas de Jesús las humillaciones, el dolor y la muerte; el Señor se revuelve contra el apóstol, y le llama Satanás, que significa «adversario». ¡El príncipe de los Apóstoles, a quien acababa de prometer el primado en su Iglesia, llamado por Jesús adversario suyo, y esto con un gesto de repulsión y con palabra indignada! Vea Jesús en Pedro la personificación de la ley de la bienandanza y del placer

en este mundo, y por ende el más encarnizado adversario de sí mismo y de su obra: del mismo Jesús, porque en el orden actual de la providencia no podía el Hijo de Dios entrar en su gloria sino por el camino de los padecimientos; de su obra, porque la ley del placer destruye la redención, en el derecho y en el hecho: porque en derecho quiso Dios se salvara el mundo por el dolor, y en el hecho personal nadie puede eximirse de él. Por ello se indigna Jesús y le da a Pedro la tremenda repulsa. San Pablo formulará más tarde, en plena revelación, una ley que Pedro no pudo entonces comprender, porque no se la había revelado el Padre: «Si copadecemos seremos conglorificados» (Rom. 8, 17).

3c) v. 34. — *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...* — Aún ahonda más Jesús en la psicología humana y en la vida cristiana. El dolor choca y repugna naturalmente al hombre, que le considera como un adversario; en cambio, el placer está como consubstanciado con nosotros, a lo menos con nuestros anhelos. Pues bien: Jesús quiere que el hombre salga, por decirlo así, de sí mismo, y se incorpore al dolor; que se niegue, es decir, que rompa con sus propios instintos; que se considere a sí mismo como un adversario y se reconcilie y se abraze con su natural adversario, el dolor: «Y tome su cruz, y sígame...» Equivale esta doctrina a la que expresa aquella otra sentencia de Jesús: «Si alguien ama a su propia alma, la perderá» (Ioh. 12, 25).

D) v. 37. — *¿Qué dará el hombre a cambio de su alma?* — Así como si un hombre tuviese dos vidas podría dar una para conquistar todo el mundo si pudiese, porque con la otra podría gozar el fruto de su conquista, así si tuviese el hombre dos almas, podría gozar perdiendo una, porque le quedaría otra aún para gozar o para rescatarla. Pero no es así: si a cambio de la vida gana el hombre todo un mundo, es un infeliz, porque no puede gozarlo; de igual manera, si satisfaciendo sus inclinaciones pierde su alma, es asimismo un infeliz para siempre, porque no tiene otra para gozar, ni para rescatarse de su infelicidad.

E) v. 38. — *Quien se afrentare de mí y de mis palabras...* — El cristiano debe gloriarse en Jesús y en las palabras de Jesús. Como se gloria un soldado en el general glorioso que le lleva a la victoria; como se ufana el discípulo de la sabiduría de su maestro. Por desgracia lo que es tan natural y que tan fácilmente se practica en el orden civil o humano, no sucede en el orden religioso. Jesús es nuestro Dios y nuestro Salvador: es para nosotros más que un general y un maestro, más que nuestro padre y nuestra madre; y nos avergonzamos de Jesús. La palabra de Jesús nos ha hecho creyentes, nos ha dignificado hasta en el orden humano, es la semilla de nuestra salvación eterna; y, no obstante, nos es muchas veces confusión y afrenta. Es natural que esta inconsecuencia acarree sobre el hombre la sanción tremenda: Jesús, en el día del juicio, sentirá también afrenta de reconocer a tan miserables discípulos; y vendrá la eterna desgracia de la exclusión de su reino y de su goce.

94. — LA TRANSFIGURACION DE JESUS: Mt, 17, 1-9

(Mc. 9, 1-8; Lc. 9, 28-36)

Evangelio de la 2.^a Domínica de Cuaresma. También se lee en el sábado inmediato anterior de la Transfiguración (6 de agosto)

¹ Seis días después, ¹transcurridos casi ocho días después de dichas estas palabras, toma Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan, hermano de éste, y llévalos aparte ^{Mc} solos a un monte alto: ¹ y subió al monte para orar.

² Y, ¹ mientras oraba, se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el sol, ¹ la figura de su rostro se hizo otra, y sus vestiduras tornáronse ^{Mc} resplandecientes y en extremo blancas, como la nieve, ^{Mc} cuales ningún batanero de la tierra podría blanquearlas. ³ Y al momento se les aparecieron Moisés y Elías, ¹ en forma gloriosa, hablando con él: ¹ y hablaban de su salida (de este mundo) que había de cumplir en Jerusalén. Mas Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño; y, despertando, vieron la gloria de El (Jesús) y a los dos varones que en pie con El estaban. ⁴ Y, ¹ al apartarse de él, tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¹ Maestro, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías; ^{Mc} no sabiendo lo que se decía, pues estaban atónitos de miedo. ⁵ Aún estaba él hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió, ¹ y tuvieron miedo, al entrar ellos en la nube. Y he aquí que ^{Mc} salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo el amado, en quien mucho me he complacido: escuchadle. ¹ Al oírse esta voz, estaba Jesús solo. ⁶ Y al oírla, los discípulos cayeron sobre sus rostros y tuvieron mucho miedo. ⁷ Mas Jesús se acercó, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temáis. ⁸ Y alzando ellos ^{Mc} en seguida sus ojos ^{Mc} y mirando en torno suyo, a nadie vieron ^{Mc} con ellos, sino sólo a Jesús.

⁹ Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. ¹ Y ellos callaron, y a nadie dijeron por entonces nada de lo que habían visto. ^{Mc} Y guardaron el dicho dentro de sí, discuriendo qué querría decir: «Cuando hubiere resucitado de entre los muertos.»

Explicación. — CIRCUNSTANCIAS (v. 1). — Considérase con razón este episodio como el punto culminante del ministerio público de Jesús: desde este hecho, los milagros de Jesús son más escasos, ya que sólo se cuentan seis hasta su pasión; la predicación, menos frecuente y clamorosa; más íntimo el trato con sus discípulos, y más frecuentes las alusiones a su muerte.

Aun siendo la Transfiguración un hecho glorioso, está, por de-

cirlo así, saturado del pensamiento de la pasión. Antes de él, Jesús predice su pasión y muerte, como hemos visto; durante él, y en la fase más culminante, platica Jesús con Moisés y Elías sobre la pasión; después de él, alude otra vez a su muerte.

Los tres sinópticos narran minuciosamente el suceso: sus descripciones son de una admirable concordia, bien que cada uno de ellos añada preciosos detalles al fondo en que todos convienen. Precisan los tres, ante todo, el tiempo. Han transcurrido seis días completos desde las solemnes palabras de Jesús y de Pedro comentadas en el número anterior: *Seis días después de dichas estas palabras...* Lc., al decir *transcurridos casi ocho días después*, da sólo el número aproximado de ello, si no es que queramos que Mt. y Mc. ponen los días completos transcurridos, y Lc., además, el anterior y posterior, parte de los cuales entra en la narración del suceso. En estos seis días que mediaron entre la promesa del Primado y la Transfiguración, anduvo Jesús reposadamente con sus dos discípulos los 70 kilómetros que hay desde Cesarea de Filipo al Tabor, entreteniéndose, sin duda, en pláticas sobre la futura misión de evangelizar todo el mundo.

En llegando al pie del monte, probabilísimamente el Tabor, Jesús dejó en el valle a sus discípulos, excepto los tres predilectos que tomó consigo, y subió al monte: *Toma Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan, hermano de éste*. Son los únicos a quienes había impuesto sobrenombre; los solos admitidos a la resurrección de la hija de Jairo (Mc. 5, 37; Lc. 8, 51) y a la oración del huerto (Mt. 26, 37); los tres gozan de una preeminencia particular: Pedro es el príncipe de todos ellos, Santiago el primer mártir del Colegio, Juan es el Apóstol virgen.

Y llévalos aparte solos a un monte alto, sin duda por la senda antiquísima que aún hoy se conserva, transformada en camino por donde trepan, más que andan, los automóviles, y que, serpenteando entre la amena fronda de arbustos y árboles frutales, lleva en tres cuartos de hora aproximadamente a la planicie que corona el monte, ancha como de dos kilómetros, donde se verificó la gloriosa escena de la Transfiguración. Iba Jesús, como muchas veces ocurría, al monte para entregarse a la oración: *Y subió al monte para orar*.

¿Cuál fue el «alto monte» de la Transfiguración? La opinión más corriente, fundada en tradición antiquísima, que se remonta por los menos al siglo IV, ya que San Jerónimo y Cirilo de Jerusalén lo señalan, admite para la Transfiguración el Tabor, monte situado en la Galilea, a pocos kilómetros al sudoeste del lago de Genesaret, cuya cumbre se eleva a unos 500 metros sobre la risueña llanura de

Esdrelón, 562 sobre el Mediterráneo y 770 sobre el mar de Galilea, destacándose majestuoso, único, sobre los pequeños montículos que le circundan, de donde pudo venirle el nombre de «monte alto». Con todo, no son pocos los exegetas modernos que se inclinan por el Hermón, magnífico monte situado al nordeste de Cesarea de Filipo, donde tuvieron lugar los anteriores episodios. Los argumentos no son tan perentorios que puedan destruir la antiquísima tradición que sitúa este hecho en el Tabor.

LA TRANSFIGURACIÓN (2-8).—*Y mientras oraba, se transfiguró Jesús delante de ellos*: se metamorfoseó, dice el griego; no que su cuerpo se cambiara por otro cuerpo, sino que, conservando su figura y su indumentaria las mismas líneas, todo apareció en él brillante y luminoso. La transfiguración se obró en la misma presencia de los Apóstoles; delante de ellos para que, si le viesan por primera vez ya transformado, no creyesen que era otro. Dos detalles nos dan los tres sinópticos de este fenómeno: uno relativo al rostro del Señor: *Y resplandeció su rostro como el sol*; es éste lo más brillante que hay para el hombre en esta creación: *La figura de su rostro se hizo otra*, por la gloria maravillosa que en él resplandecía. Otro detalle se refiere a los vestidos de Jesús: *Y sus vestiduras tornáronse resplandecientes y en extremo blancas, como la nieve*; tampoco hay blancura como la de la nieve. El segundo evangelista tiene para expresarlo una frase altamente ponderativa: *Cuales ningún batanero de la tierra podría blanquearlas*; la locución es, seguramente, de Pedro, testigo del fenómeno. Todo ello es el símbolo de la majestad divina de Jesús: su alma santísima, hipostáticamente unida al Verbo, gozaba de la visión bienaventurada de la divinidad; el efecto connatural de esta visión es la gloria del cuerpo, que Jesús cohibió durante su vida mortal; pero ahora la deja como rezumar algo a través de su cuerpo, que por ello aparece unos momentos transfigurado.

Repentinamente se produce un nuevo episodio: ante los ojos atónitos de los Apóstoles se aparecieron dos varones de aspecto insólito: *Y al momento se les aparecieron Moisés y Elías, en forma gloriosa, hablando con él*. Moisés representaba la ley que preparó al pueblo de Dios para la venida del Mesías; al aparecer el gran Legislador junto a Jesús en este solemne momento, le rinde pleitesía como Legislador supremo y demuestra que no ha venido El a derogar la ley, sino a cumplirla. Elías es el representante de los profetas: gran taumaturgo y celador de la gloria de Dios, aparece reverente ante quien ha venido con poder a instaurar el reino

mesiánico. Conocieron los discípulos a estos personajes, sea por alguna señal exterior, como los rayos luminosos que salían de la cara de Moisés, o el carro de fuego de Elías, o porque se lo manifestó después Jesús.

Lucas nos da en este momento dos trazos especiales. Dice, en primer lugar, el objeto de la conversación de los santísimos personajes: *Y hablaban de su salida* (de este mundo), *que había de cumplir en Jerusalén*; por lo mismo, se ocupaban de la pasión y muerte, tal vez de la resurrección y ascensión del Señor, según estaba profetizado: alrededor de la muerte de Jesús gira toda historia y toda la economía de la revelación, de ambos Testamentos. En segundo lugar, es Lc. el único narrador que se refiere al sueño de los Apóstoles: *Mas Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño; y despertando, vieron la gloria de El* (Jesús), *y a los dos varones que en pie con El estaban*. Dormitaban, mientras Jesús oraba; despiertos, en los esfuerzos para evitar el sueño, vieron la Transfiguración del Señor: quizás Jesús mismo les despertó; tal vez no llegaron a dormirse, según la interpretación que consiente el original, donde más bien se significa esfuerzo y lucha contra el sueño.

Y, al apartarse de él, Moisés y Elías, es decir, al hacer ademán de despedirse los santos varones, *tomando Pedro la palabra*, arrebatado por la dulzura de aquella visión, *dijo a Jesús*, tratando de retener a los que se iban: *Señor, Maestro, bueno es que nos estemos aquí*. Y en su afán de prolongar la visión maravillosa y el deleite que de ella derivaba, continuó: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías*. Marcos nos refiere la turbación de Pedro, su maestro, debido al miedo que sintió en aquellos momentos: gozo intenso del magnífico espectáculo, que quisiera prolongar para siempre; y miedo de la majestad gloriosa de los tres personajes, que les sacó fuera de sí: *No sabiendo lo que se decía, pues estaban atónitos de miedo*.

Un nuevo fenómeno se produce súbitamente, que deja a flor de labios las últimas palabras del ardoroso apóstol: *Aun estaba él hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió*, a Jesús, Moisés y Elías: *y tuvieron miedo, al entrar ellos en la nube*. Suele Dios valerse de una nube para manifestar su presencia (Ex. 16, 10; 19, 9; 24, 15; 3 Reg. 8, 10; Ps. 103, 3); el resplandor de la nube es expresivo de la gloria de Dios que en ella se manifiesta; la nube cubrió a los tres santos personajes, ocultándolos a la vista de los Apóstoles, que quedan espantados. Y del seno de la nube sale una voz, voz del Padre, que confirma la confesión de Pedro y la aseve-

ración de Jesús: *Y he aquí que salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado, como Hijo Unigénito, en quien mucho me he complacido*; esta voz de Dios es la aprobación divina de la pasión del Hijo, que de ella hablaba con Moisés y Elías. Y para que no temiesen de seguir a Jesús, hasta en las persecuciones, tormentos y muerte, sigue la voz: *Escuchadle*. Esta voz divina, que se oye en medio de la espléndida teofanía, en un momento en que en la cumbre del monte se halla representada, ante la misma presencia de Dios, toda la historia religiosa de la humanidad, es la consagración de la suprema ley del Cristianismo: la ley de las humillaciones y del dolor para llegar a la gloria. *Al oírse esta voz, estaba Jesús solo*: para que no les cupiese duda de que a él se refería la voz.

Sucumbió la humana debilidad en los Apóstoles ante el peso de tanta gloria, y dieron, espantados, con sus cuerpos rostro en tierra: *Y al oírlos, los discípulos, cayeron sobre sus rostros y tuvieron mucho miedo*. Suele la presencia sensible de lo sobrenatural causar terror a los pobres mortales (Is. 6, 5; Ez. 2, 1; Lc. 1, 29). Cesó la manifestación de la divinidad mientras estaban postrados; y para ahuyentar su temor y dar fuerza a sus miembros, se les acerca Jesús, para que cobren valor con su presencia: les toca, para que se cercioren de que está con ellos, y les dice palabras de aliento: *Mas Jesús se acercó, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temáis*. La gloriosa escena había terminado, volviendo todos a su estado normal: *Y alzando ellos en seguida sus ojos, y mirando en torno suyo, a nadie vieron con ellos, sino sólo a Jesús*.

JESÚS IMPONE SILENCIO A SUS DISCÍPULOS (v 9).—Grabóse profundamente el glorioso episodio en el alma de los tres discípulos; pasados muchos años, aún lo recordarán dos de ellos en sus escritos (2 Petr. 1, 16-18; Ioh. 1, 14; 1 Ioh. 1, 1 sigs.); ¿qué cosa más humana que esperar con ansia el momento de referirlo a lo menos a sus compañeros? Jesús se lo prohíbe, como antes había prohibido dijese que él era Jesucristo: *Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No digáis a nadie la visión*. No era ahora ocasión de divulgar lo que hubiese podido originar el escándalo de la cruz, después de tanta gloria; o que pudiese fomentar los prejuicios de aquel pueblo sobre el reino mesiánico. Cuando se haya consumado la obra de la redención y esté fundada la Iglesia, después de su resurrección, podrán predicar todos los misterios de Jesús: *Hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos*. Cumplieron los Apóstoles fielmente el divino mandato: *Y ellos callaron, y a nadie dijeron por entonces, mientras vivió Jesús vida mortal, nada*

de lo que habían visto. Marcos, inspirado por Pedro, testigo del hecho, dice: *Y guardaron el dicho dentro de sí*, siendo fieles al secreto que se les cometi6; y aña-de que, seguramente entre ellos, se comentaba la alusión que acababa de hacer Jesús a su resurrección: *Discurriendo qué querría decir: «Cuando hubiere resucitado de entre los muertos»*: porque no comprendían que el Hijo de Dios, que de tal manera acababa de ser glorificado, tuviese que morir.

En la cima del monte Tabor, y en el lugar señalado por la tradición para la Transfiguración del Señor, se levanta hoy, recientemente construida, bellísima y amplia Basílica de estilo bizantino. En su cripta está reproducido en mosaico el paso de la Transfiguración, en forma que la luz del sol naciente que se filtra por las vidrieras de los ventanales da a la escena extraordinaria luminosidad y relieve. Ha sido un feliz acierto del arte, que sugiere la representación del hecho glorioso. Nos permitirá el lector recordar, con gozo de nuestra alma, que un día del mes de mayo de 1928, celebrábamos solemne Misa Pontifical en aquel sagrado recinto y decíamos ante una devota peregrinación la homilía comentando el texto que acabamos de explicar, que es el del Evangelio de la misa que allí siempre se reza.

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Y llévalos aparte a un monte alto...*—En ello nos enseña, dice San Remigio, que es preciso a todos aquellos que deseen contemplar a Dios abandonen los bajos placeres de la tierra y levanten el corazón a lo alto, empujado por el amor de las cosas celestiales; y que la gloria de la divina claridad no se goza en el valle profundo de la tierra, sino que es necesario buscarla en el reino de la felicidad, que es el cielo. Y los lleva aparte, para significar la necesidad de la absoluta separación del mal y de los malos para emprender con éxito el camino de la bienaventuranza.

B) v. 2.—*Y se transfiguró.*—Se transformó, dice San Jerónimo, sin perder su cuerpo verdadero, no tomando un cuerpo aéreo. El resplandor de su rostro y el candor de sus vestidos fue un cambio accidental determinado por la gloria del alma que en ellos se manifestaba. Es ello como las primicias y el gaje de nuestra transformación gloriosa en el cielo: sin perder nuestra personalidad ni nuestra naturaleza, adquiriremos las dotes gloriosas de sutilidad, agilidad y resplandor, lo que llama San Pablo el «cuerpo espiritual» (1 Cor. 15, 44), que nos harán semejantes al cuerpo transfigurado de Jesús, nuestro modelo en la tierra y en el cielo.

C) v. 4.—*Bueno es que nos estemos aquí...*—Si de tal manera inunda de gozo el corazón de Pedro la sola visión de la humanidad glorificada de Jesús, que no quiere separarse de allí, ¿qué será para aquellos que merezcan ver cara a cara los esplendores de la divinidad? Y si consideró como bien sumo ver el aspecto humano de Cristo transfigurado en el monte, con solos dos santos que le acom-

pañaban, Moisés y Elías, ¿qué lengua podrá ponderar, ni entendimiento comprender, el gozo de los justos cuando en el monte de la celestial Jerusalén puedan contemplar en su misma esencia al mismo Autor de la gloria acompañado de millares de ángeles?, dice Rábano Mauro.

D) v. 7. — *Jesús se acercó, los tocó y les dijo...* — Porque estaban tendidos en el suelo y no podían levantarse, dice San Jerónimo, por esto se acerca con clemencia para que, tocándoles, se ahuyente su temor y se vigoricen sus miembros; y lo que hace con el gesto lo dice también la palabra: «No temáis». Nos enseña ello a confiar siempre en Jesús mientras no nos hagamos indignos de su ayuda. Aunque estemos rendidos, por nuestra pequeñez, ante la grandeza de las cosas que nos rodean, o bien por haber incurrido en pecado, Jesús vendrá, nos tocará con su gracia, especialmente en la recepción de los Sacramentos, y pronunciará a los oídos de nuestra alma palabras de aliento. Que no quiere Dios que nos amilane nuestra miseria física o moral, sino que ella nos sirva de acicate para recurrir a él y llamarle en nuestro auxilio.

E) Lc. v. 36. — *Y ellos callaron...* — Callaron, pero sería durante toda su vida materia provechosísima de meditación el hecho estudiando de que acababan de ser testigos. Porque se encierran en él grandes lecciones. Por la Transfiguración de Jesús, dice un intérprete, se confirma con poderosos argumentos nuestra fe; se excita nuestra pereza para el bien obrar, proponiéndose una gloria ingente e inacabable si imitamos a Cristo, siendo socios de sus padecimientos; se nos da un ejemplo de humildad profunda, por cuanto siendo esta gloria de Jesús connatural a la visión beatífica que gozaba, por la unión substancial de su alma al Verbo de Dios, quiso cohibirla durante toda su vida, para hacerse compañero de nuestros dolores y redimirnos con acerbísima muerte.

PERIODO SEGUNDO

JESUS EN LA GALILEA

95.—LA VENIDA DE ELIAS: Mt. 17, 10-13

(Mc. 9, 10-12)

¹⁰ Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen ^{mc} los fariseos y los escribas, que primero debe venir Elías? ¹¹ Y él les respondió, y dijo: Verdaderamente ha de venir primero Elías, y restablecerá todas las cosas. ¹² Mas os digo que ya vino Elías, y no le conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron, ^{mc} como está escrito de él. Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre, ^{mc} según está escrito del Hijo del hombre, que padezca mucho y sea despreciado. ¹³ Entonces entendieron los discípulos que de Juan el Bautista les había hablado.

Explicación.—Es éste un pequeño episodio, derivado de lo que los Apóstoles habían visto y oído en la Transfiguración, y que seguramente tuvo lugar a la bajada del monte, sólo los tres discípulos con el Señor. Ellos guardarán el secreto de lo que han visto y oído, como se lo encargó el Señor en el monte; pero dos graves cuestiones atenacean su pensamiento al bajar de aquel lugar. Es la primera relativa a la resurrección de Jesús, como hemos visto en el número anterior. Ellos no dudan de la resurrección general de los muertos, creencia común del pueblo judío, con excepción de los saduceos. Pero no pueden persuadirse de que Jesús haya de morir. Ellos lo reconocen como verdadero Mesías: poco ha le han visto manifestarse en magnífica gloria; si es el Mesías, ha de ejercer de un modo perdurable la realeza en su pueblo; ¿cómo puede morir? Mas no se atreven a plantear la dificultad al Señor, quizás porque hubiese parecido dudaban de su palabra.

En cambio, se les sugiere una segunda cuestión, y ésta sí que la proponen al Maestro. Era opinión común entre los judíos, fundada en Malaquías (4, 5,6), que antes del Mesías debía venir al mundo a preparar el reino mesiánico el profeta Elías, que no había

muerto, sino que fue arrebatado vivo en un carro de fuego. Ellos habían visto poco ha a Elías, pero había desaparecido. Si va a fundarse el reino mesiánico y es inminente la exaltación de Jesús, ¿por qué desaparece el profeta, que si no vuelve pronto no podrá cumplir su misión de precursor del Mesías? En este estado de ánimo es cuando se dirigen a Jesús para que les aclare la duda: *Y sus discípulos le preguntaron diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los fariseos y los escribas, que primero debe venir Elías?*

La explicación de Jesús es sencilla: *Y él les respondió, y dijo: Verdaderamente ha de venir primero Elías, y restablecerá todas las cosas.* Refiérese Jesús a su segundo advenimiento, el día del juicio final: para entonces habrá venido en persona Elías el Tesbita; por su predicación volverán los judíos de su apostasía y se convertirán a Jesucristo en los últimos tiempos, según el Apóstol (Rom. 11, 25 sigs.).

Pero a más de esa aparición real y personal de Elías, debía haber otra en tipo o figura, y ésta ya se ha realizado en la persona del Bautista, que vino en el espíritu y en la fuerza de Elías, porque cumplió una misión análoga a la que el profeta de Tesbis realizará en los últimos tiempos: *Mas os digo que ya vino Elías, y no le conocieron* (Mt. 11, 16 sigs.), *antes hicieron con él*, con Juan, *cuanto quisieron, como está escrito de él*, de Elías, que por vindicar los fueros de la ley y de la justicia, incurrió en las iras de una poderosa mujer, que le persiguió y quiso matarle (3 Reg. 19, 1 sigs.), persiguiéndole con sus odios y maquinaciones, hasta encarcelarle y darle muerte.

En este punto vuelve Jesús a predecir su pasión y muerte; la del Bautista, ocurrida hace pocos meses, no es más que un preludio de la suya: *Así también, según está escrito del Hijo del hombre, que padezca mucho y sea despreciado, harán ellos padecer al Hijo del hombre.* La alusión de Jesús a su pariente el Precursor es tan clara, que no podía entenderse de otro: *Entonces entendieron los discípulos que de Juan el Bautista les había hablado.*

Lecciones morales.—A) v. 11.—*Verdaderamente ha de venir primero Elías...*—En ello aparecerá la gran misericordia de Dios, que se acordará en los últimos tiempos de aquel su pueblo que, si rechazó al Cristo que debía salvarle, nacido de su misma estirpe, viviendo en la apostasía por espacio de siglos, había sido el depositario de la revelación. Reentrará el pueblo judío en la órbita de su Dios, logrando aquella misericordia de que habla el Apóstol (Rom. 11, 31); y los descendientes de aquellos gentiles que se convirtieron a la fe se darán el abrazo de la fraternidad cristiana con los recién convertidos descendientes de aquellos que crucificaron

al Señor, después de haber rechazado su persona y su doctrina; con cuánta razón exclama aquí el Apóstol: «¡Cuán incomprensibles son los juicios de Dios, y cuán ocultos sus caminos!» (Ibid. v. 33).

B) v. 12. — *Ya vino Elías...* — Vino, e hicieron con él cuanto quisieron. No lo hicieron directamente los escribas y fariseos, dice San Jerónimo, pero consintieron en lo que con el Bautista hizo Herodes. Tampoco Herodes colaborará directamente en la pasión del Señor, pero consentirá en ella, enviándole otra vez a sus enemigos. Así vemos otra vez juntarse los malos, de diversas ideas y tendencias, contra los buenos.

c) v. 12. — *Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre...* Amorosamente hace notar Jesús el paralelismo entre su vida y su muerte y la vida y muerte del Bautista. La luz de la misma aurora les envuelve en el comienzo del Evangelio: el pleno día de sus ministerios les alumbró a orillas del Jordán, y la misma melancólica luz se proyecta sobre los días postreros de sus vidas santísimas. Es ello grande gloria para el Bautista.

d) v. 13. — *Entonces entendieron los discípulos...* — Jesús es el óptimo intérprete de las Escrituras divinas. Como Dios, él mismo las dictó; como Cristo de Dios, es el centro de convergencia de toda la revelación y la llave de los misterios de la palabra de Dios. Sólo a la luz de Cristo, iluminados por su Espíritu, embebidos del «sentido de Cristo» (1 Cor. 2, 16), de que el Apóstol nos habla, podremos entender algo en este abismo de verdad que son las Escrituras divinas: «que nos abra él el sentido para entender las Escrituras» (Lc. 24, 45).

96. — CURACION DE UN JOVEN POSESO, EPILEPTICO, SORDO
Y MUDO: Mc. 9, 13-28
(Mt. 17, 14-20; Lc. 9, 37-43)

Evangelio de la Misa de las 4 Téporas de septiembre (vv. 15-28)

¹³ Y ¹ *aconteció que al siguiente día, cuando bajaban del monte, viniendo a sus discípulos, vio en torno de ellos una gran multitud de gente, y a los escribas disputando con ellos.* ¹⁴ Y en seguida todo el pueblo, viendo a Jesús, quedó suspenso, y tuvieron miedo, y acudieron corriendo a saludarle. ¹⁵ Y les preguntó: ¿Qué es lo que estabais disputando entre vosotros?

¹⁶ Y ¹ *he aquí que, respondiendo uno de entre la gente, ^M postrado de rodillas delante de él, ¹ exclamó y dijo: ¡Maestro! te he traído mi hijo, que está poseído de un espíritu mudo: ¹⁷ y dondequiera que lo toma, ¹ grita súbitamente, y lo tira a tierra, y echa espumarajos, y le rechinan los dientes, y se va secando, ¹ y apenas se aparta de él, despedazándolo. ^M Y lo presenté y dije a tus discípulos que lo lanzasen, y no pudieron. ¹ ¡Maestro!, ruégote que mires a mi hijo, porque es el único que tengo. ^M ¡Señor!, apiádate de mi hijo, que está lunático, y padece duramente.* ¹⁸ El (Jesús) le respondió, y dijo: ¡Oh generación incrédula, ¹ infiel y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os sufriré? Traédmelo ^M acá:

¹⁹ y se lo trajeron. Y apenas lo vio (a Jesús), cuando el espíritu comenzó a atormentarlo (al joven), ¹ y lo maltrató: y, arrojado contra el suelo, se revolcaba, echando espumarajos. ²⁰ Y preguntó al padre de él: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Y él dijo: Desde la infancia. ²¹ Y muchas veces lo ha arrojado al fuego y al agua, para acabar con él. Mas, si algo puedes, ayúdanos, apiadado de nosotros. ²² Y Jesús le dijo: Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree. ²³ Y exclamando luego el padre del muchacho, decía con lágrimas: Creo, Señor: ayuda mi incredulidad. ²⁴ Y cuando vio Jesús que la gente iba acudiendo en tropel, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. ²⁵ Y gritando, y maltratándolo mucho, salió de él, y quedó como muerto, de manera que muchos decían: Muerto está. ²⁶ Mas, tomándolo Jesús por la mano, le ayudó a alzarse, y se levantó; ¹ y lo devolvió a su padre. ^M Y el joven fue sano desde aquella hora. ¹ Y pasmábanse todos del gran poder de Dios. ²⁷ Y cuando hubo entrado en la casa, ^M acercáronse sus discípulos, ^M y le preguntaban a solas: ¿Por qué nosotros no pudimos lanzarlo? ²⁸ Y les dijo ^M Jesús: *Por vuestra poca fe. Porque en verdad os digo, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Trasládase de aquí a allí, y se trasladará: y nada os será imposible. Mas esta raza con nada puede salir, sino con la oración y el ayuno.*

Explicación. — CIRCUNSTANCIAS (13-15). — Ocurrió este suceso el día siguiente de la Transfiguración, al pie del monte en que fue glorificado Jesús, el Tabor, como parece más probable. Allí habían quedado los nueve discípulos la tarde del día anterior, mientras Jesús, con los tres Apóstoles predilectos, subía al monte a orar. Todo parece indicar que la Transfiguración tuvo lugar durante la noche. Ya de día, y durante el descenso, le propusieron los tres la cuestión de la venida de Elías, mientras los otros nueve sostenían al pie del monte grave altercado con sus enemigos, los escribas. En esta difícil situación los halla Jesús: *Y aconteció que al siguiente día, cuando bajaban del monte, viniendo a sus discípulos, vio en torno de ellos una gran multitud de gente, y a los escribas disputando con ellos.* La presencia de la multitud se explica por la viveza de la disputa: intervienen en ella muchos, se agitan cuestiones graves, y el pueblo, como de costumbre, se arremolina alrededor. La disputa, como se colige del contexto, la ha originado el hecho de que los Apóstoles no han podido, en la ausencia de Jesús, curar a un joven poseso; y los escribas aprovecharían la ocasión para descalificarlos, a ellos y al Maestro, y obtener un desquite de sus pasadas derrotas ante el pueblo.

La aparición súbita de Jesús llenó de sorpresa y temor a las turbas: sorpresa por la oportunidad de su presencia en un mo-

mento en que se discutía su poder y el de sus discípulos; temor reverencial, porque lo infundía la dignidad de su porte y la majestad de su persona: *Y en seguida, todo el pueblo, viendo a Jesús, quedó suspenso, y tuvieron miedo; pero vence el corazón de las turbas la amabilidad del Señor y el recuerdo de sus beneficios, y acudieron corriendo a saludarle.*

Jesús, que ha oído de lejos el vocerío de la disputa, interroga a la multitud que ante él se agolpa, como si ignorase quiénes eran actores en el altercado; de hecho, para dar ocasión al milagro y para librar a sus discípulos del aprieto en que los escribas les tenían: *Y les preguntó: ¿Qué es lo que estabais disputando entre vosotros?*

EL POSESO (16-21).—A la pregunta de Jesús responde el padre del enfermo, que había dado ocasión a la pendencia, y que en sus ansias de que cure su hijo, previene la respuesta de los demás, exponiendo lo que ocurre: *Y he aquí que, respondiendo uno de entre la gente, postrado de rodillas delante de él, exclamó y dijo: ¡Maestro!, te he traído mi hijo, que está poseído de un espíritu mudo.* Salió de su casa el padre con el hijo, a quien el demonio había quitado el habla, con intención de traérselo a Jesús, que creyó se hallaba con los nueve. Y sigue la descripción: el poseso ofrece todas las manifestaciones de la epilepsia; Mt. le llama lunático, porque era vulgar creencia que estos enfermos sufrían la influencia de la luna en sus distintas fases: *Y dondequiera que lo toma, grita súbitamente, y lo tira a tierra, y echa espumarajos, y le rechinan los dientes, y se va secando, y apenas se aparta de él, despedazándolo.* Es trágica la pintura que del poseso hace el desgraciado padre. El demonio ha trabado la lengua de su hijo, que sólo emite sonidos guturales, zarandea su cuerpo, que paulatinamente enflaquece, y le obliga a volverse contra sí mismo, en medio de horribles convulsiones. En la ausencia de Jesús, el padre ha acudido a sus discípulos para el remedio, pero en vano, a pesar de que habían recibido potestad sobre los demonios (Mc. 3, 15): *Y lo presenté y dije a tus discípulos que lo lanzasen, y no pudieron.* Termina el padre su exposición con sentidísima plegaria: *¡Maestro!, ruégote que mires a mi hijo, porque es el único que tengo. ¡Señor!, apídate de mi hijo, que está lunático, y padece duramente.* El dolor y la piedad dictan al padre esta súplica, entrecortada de concepto, pero insinuante y llena.

A los lamentos del padre prorrumpe Jesús en una exclamación abrupta, en la que se duele de la falta de fe de los que han inter-

venido en el suceso de los discípulos, a quienes dirá luego que por su falta de fe no pudieron echar al demonio (Mt. 17, 19); del padre, a quien luego exigirá más fe (Mc. 9, 22); del pueblo, porque a todos se extiende la imprecación. *El (Jesús) les respondió, y dijo: ¡Oh generación incrédula, infiel y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros, luchando con vuestra ignorancia y dureza de pensamiento y corazón? Es el Médico, que se queja con amargura del enfermo, por su protervia en rechazar su medicina. ¿Hasta cuándo os sufriré? ¿Hasta cuándo seré indulgente con vuestra incredulidad?*

Pero, en su bondad sin límites, va a darles un argumento más para que crean, y les dice resueltamente: *Traédme lo acá: y se lo trajeron.* El maligno espíritu no puede sufrir la presencia de Jesús: exacerbado ante él su furor, determina con su poder la postrera y agudísima crisis del poseso: *Y apenas lo vio (a Jesús el demonio), cuando el espíritu comenzó a atormentarlo (al joven), y lo maltrató, y arrojado contra el suelo, se revolcaba, echando espumarajos.* Ante el espectáculo, Jesús se conmueve: *Y preguntó al padre de él, demostrando que se interesaba ya por la salud del joven: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Y él dijo: Desde la infancia.* Para que Jesús entre más en sus deseos, sigue el padre pintando la triste situación del hijo: *Y muchas veces lo ha arrojado al fuego, y al agua, para acabar con él; así lo cree el padre, aunque prefiere el demonio viva la víctima de que se ha posesionado, para ejercer sobre ella su despótico imperio. Y termina su relación el pobre padre: Mas, si algo puedes, en este caso gravísimo, que por lo crónico parece incurable, ayúdanos, apiadado de nosotros; el amor hace al padre solidario de la desgracia del hijo.*

LA CURACIÓN (22-26).—Escasa es la fe del desgraciado padre; pero Jesús le dará la mano para que crea; por ello le deja entrever que no es cuestión de la mayor o menor magnitud de su poder, que no tiene límites, sino de la magnitud de la fe, que determine la eficacia del poder: *Y Jesús le dijo: Si puedes creer, todas las causas son posibles para el que cree; si crees, lograrás la salud de tu hijo.* Comprende entonces el padre que se le exige la fe como condición de la salud del hijo, y prorrumpe en sentidísima confesión de su fe: *Y exclamando luego el padre del muchacho, decía con lágrimas: Creo, Señor.* Y añade su postrera plegaria: *Ayuda mi incredulidad; no: Auxíliame para que tenga más fe, que me haga merecedor de la gracia; sino: Ya creo, Señor, pero si algo le falta a mi fe, súplalo tu clemencia.*

Entretanto, va engrosando la multitud; Jesús lo observa y, en su deseo de evitar manifestaciones clamorosas, acelera el prodigio: *Y cuando vio Jesús que la gente iba acudiendo en tropel amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, que manifiestas tu acción nefanda quitando a este infeliz oído y habla: yo, a quien has conocido ya, te mando, sal de él: y no entres más en él*, como lo intenta a veces el demonio (Mt. 12, 44). Antes que abandone el cuerpo del muchacho, consiente Jesús que el demonio manifieste su rabia, para que aparezca más visible el poder divino: *y gritando, y maltratándolo mucho, salió de él, y quedó como muerto, de manera que muchos decían: Muerto está*. Pero el poder y la bondad de Jesús le restituye la salud llena: *Mas, tomándolo Jesús por la mano, le ayudó a alzarse, y se levantó*. Contrasta esta acción suave y digna con la clamorosa y perturbadora del demonio. El padre ve con gozo la eficacia de su plegaria: *Y lo devolvió a su padre*. El hijo no será ya más presa del demonio: *Y el joven fue sano desde aquella hora*. Cuál fuese el efecto del milagro en las turbas, testificalo San Lucas con estas expresivas palabras: *Y pasmábanse todos del gran poder de Dios*.

LAS ARMAS CONTRA EL DEMONIO (27-28).— Con el milagro había Jesús sacado a sus discípulos del apuro que tenían con los escribas; pero quedan aquéllos extrañados de su anterior impotencia, cuando habían recibido del Maestro poder sobre los demonios, y nada pudieron contra el que acababa de echar el Señor. Y, por ello, *cuando hubo entrado en la casa, acercáronse sus discípulos y le preguntaban a solas: ¿Por qué nosotros no pudimos lanzarlo?* Jesús lo atribuye ante todo a su escasa fe, que vacilaría ante el furor especial de aquel endemoniado: *Y les dijo Jesús: Por vuestra poca fe*. Y sigue Jesús haciendo la apología de la fe: *Porque en verdad os digo, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Trasládate de aquí a allí, y se trasladará: y nada os será imposible*. Señalaría Jesús el monte al pie del cual pasa la escena, para significar la grandeza de la obra a realizar o del obstáculo a vencer; y contrapone el grano de mostaza al monte, con lo que indica que si la fe es sincera y vehemente, aunque pequeña, será capaz de triunfar: porque las cosas pequeñas de Dios son más poderosas que las grandes y fuertes de los hombres.

Pero hay ciertos demonios que no se lanzan sin armas especiales: son aquellos que de tal suerte se han apoderado del hombre, que en él han hecho del mal como una segunda naturaleza. Estos no pueden lanzarse sino con la oración, que es la unión del alma

con Dios, y la impetración del divino auxilio, y el ayuno, que dispone a la oración y alcanza gracias especiales de Dios. Y les dijo: *Mas esta raza con nada puede salir, sino con la oración y el ayuno:* armas que deben usar tanto los exorcistas como los energúmenos. Se aplica ello a cualquier ataque del espíritu maligno, aunque no se trate de posesión.

Lecciones morales. — A) v. 14. — *Tuvieron miedo, y acudieron corriendo a saludarle.* — Cuanto más se conoce a Jesús, tanto más crecen en el alma estos sentimientos en la apariencia contrarios: el temor y la simpatía. Fúndanse estos sentimientos en las dos ideas que maravillosamente juntó San Pablo: la divinidad y la suma amabilidad de Jesús: «Apareció la humanidad y la filantropía de nuestro Dios Salvador» (Tit. 3, 4). Es el Emmanuel, Dios con nosotros. En cuanto es Dios, es terrible, porque es la misma Majestad soberana que llena cielos y tierra. En cuanto se nos ha aparecido como uno de nosotros, es la suma, la infinita amabilidad, como Dios y como hombre: como Dios, porque viene a salvarnos, en las mil formas que pueden atribuirse a esta palabra; como Hombre, porque es imposible se junten en ningún mortal tal cúmulo de factores de amabilidad como se concentran en Jesús. Corramos a él, como las turbas, con temor y con amor: con el temor reverencial que es principio de toda sabiduría, porque es principio de santidad; con el amor que nos arrastre a él y a él nos una, en lo que está la consumación de la santidad.

B) v. 17. — *Y dondequiera que lo toma... lo tira a tierra...* — Para que comprendamos, dice San Beda, la terrible crueldad del demonio, que nos mataría si Dios se lo consintiese. Pero ya que no los cuerpos, busca en mil formas devorar las almas, quitándolas la vida de la gracia. Y nos veja de mil maneras, hasta lograr a veces un señorío moral sobre muchos espíritus que el maligno espíritu ha sabido connaturalizar con el mal. Que Dios nos libre de caer en las manos del Maligno, que nos sometería a la peor de todas las servidumbres.

C) v. 20. — *¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto?* — El tiempo es un factor de máxima importancia en la vida moral del hombre: él, por la repetición de los actos buenos, es el que paulatinamente graba la imagen de Jesús en nuestras almas; como por la reiteración de los malos produce estos hábitos funestos, que crean en nosotros como una segunda naturaleza y de los que difícilmente nos substraemos. Es el tiempo el «don precioso» de que nos habla la Escritura (Eccli. 14, 14): que no nos pase inútilmente para el bien; pero que no hallemos en él colaboración para el mal. Breve es el tiempo de la vida; pero basta para que el mar forje sus cadenas con que el demonio nos lleve a mal traer, coom al muchacho del Evangelio; como es bastante para labrar la cadena de oro que nos ate a Dios y nos lleve al cielo.

D) v. 23. — *Creo, Señor: ayuda mi incredulidad.* — El padre del poseso dice que cree, y pide auxilio para su incredulidad. Es que nuestra fe es débil si no se funda en la humildad de nuestra impotencia y en la gracia de Dios que nos la sostenga. Además, dice

San Beda, una cosa son los comienzos de la virtud, otra los progresos, otra la perfección: nadie se hace repentinamente perfecto. Por ello aquel padre era a un tiempo creyente e incrédulo: tenía un comienzo de fe, le faltaba la perfección de esta virtud. A pesar de ello, alcanza lo que pide, porque reconoce con su humildad la debilidad de su fe, por lo que el Señor la suple con los tesoros de su bondad.

E) v. 24.—*Yo te mando, sal de él, y no entres más en él.*—No basta que salga de nosotros por el pecado; es preciso que no entre más en nuestra alma. Porque él está siempre dispuesto a entrar, y fácilmente y de buen grado entra, si halla colaboración en nuestra voluntad. Por esto debemos pedirle a Jesús en nuestra oración que guarde las puertas de nuestra voluntad y que con el poder de su imperio retenga lejos de nosotros al espíritu infernal. Y Dios guarda nuestra voluntad cuando nosotros somos fieles a su gracia, que no nos falta jamás para cerrar el paso a nuestro mortal enemigo.

F) v. 25.—*Y quedó como muerto...*—Como muerto queda, dice San Gregorio, aquel que ha sido liberado del demonio y vive para Dios porque son para él las cosas del mundo como si no fueran: hasta el punto que los que no saben vivir ni pensar en otra vida que en la de las cosas de la tierra, creen muerto a aquel que vive según el espíritu. Y, no obstante, la verdadera vida es la del espíritu según Cristo Jesús; de tal manera que toda otra vida es nada sin esta vida, porque toda vida acaba con la muerte, temporal y eterna, si no está informada de la vida de Jesús. Vivamos, como quiere el Apóstol, en forma que «nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios» (Col. 3, 3).

G) v. 28.—*Esta raza con nada puede salir, sino con la oración y el ayuno.*—Con la oración general y con el ayuno general se arrojan toda suerte de demonios de nuestra alma, dice San Beda. Y es oración general la que no consiste solamente en palabras de impetración, sino en todo obsequio que sepamos es grato a Dios; como es ayuno general no sólo el que nos hace abstener de ciertos manjares, sino aquel por el que nos privamos de todo cuanto puede halagar nuestras pasiones. Que de poco sirven la oración y el ayuno si no van acompañados de este espíritu de fe que lo eleva y reduce todo a Dios, y de esta abstención de todo cuanto puede atarnos a las cosas bajas de la vida.

97.—OTRA VEZ PREDICE JESUS SU PASION, MUERTE Y RESURRECCION. EL DIDRACMA: Mt. 17, 21-26

(Mc. 9, 29-31; Lc. 9, 44-45)

^{MC} Y habiendo partido de allí, *atravesaban la Galilea: y no quería que nadie lo supiese: y enseñaba a sus discípulos.* ²¹ Y estando ellos en la Galilea, ¹ y maravillándose todos de cuantas cosas hacía, dijoles Jesús ¹ a sus discípulos: *Grabad en vuestros corazones estas palabras: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres; ^{22a} y lo matarán, y, ^{MC} muerto, resucitará al ter-*

cer día. *1 Mas ellos no entendían este lenguaje; y les era tan obscuro, que nada comprendieron, ni se atrevían a preguntarle sobre lo dicho.*^{2b} Y se entristecieron en extremo.

²³ Y como llegaron a Cafarnaúm, acercáronse a Pedro los que cobraban los dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga los dos dracmas? ²⁴ Dijo: Sí. Y entrando en la casa, se le anticipó Jesús, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran el tributo o el censo? ¿De sus hijos o de los extraños? ²⁵ De los extraños, dijo él. Jesús le respondió: Luego los hijos son libres. ²⁶ Mas, para que no los escandalicemos, ve al mar, y echa el anzuelo: y el primer pez que viniere, tómallo: y abriéndole la boca, hallarás un estatero: tómallo, y dáselo, por mí y por ti.

Explicación.—Algunos concordistas de los Evangelios suponen que Jesús, después de la curación del muchacho poseso al pie del monte de la Transfiguración, se trasladó inmediatamente a Jerusalén para asistir a la fiesta de los Tabernáculos, ocurriendo allí los hechos que sólo narra Ioh., y que se explican en los números 102-119; de manera que los episodios que se refieren en este número y cuatro siguientes ocurrieron, según esta opinión, al dejar Jesús la gran ciudad, celebrada ya la fiesta. Pero seguimos el orden adoptado por la mayoría de los intérpretes, por no ver razones bastantes para dejarlo.

JESÚS PREDICE DE NUEVO SU PASIÓN (21.22).—Del pie del Tabor, donde había Jesús curado al poseso, se dirigió acompañado de sus discípulos a Cafarnaúm. Se acercan horas graves para el Señor, y aprovecha el tiempo para enseñar a sus Apóstoles, adiestrándoles para la labor futura. Para ello, al atravesar la Galilea lo hace como sigilosamente y evitando manifestarse públicamente: *Y habiendo partido de allí, atravesaban la Galilea: y no quería que nadie lo supiese*, seguramente para tratar con más intimidad a sus Apóstoles: *Y enseñaba a sus discípulos. Y estando ellos en la Galilea*, de paso y como ocultamente, y maravillándose todos de cuantas cosas hacía, aprovechando este estado del alma de sus Apóstoles, que no saldrían de su asombro al ver el poder de Jesús, va a hablarles de su pasión, para que comprendan que, siendo tal su poder, sólo libérrimamente podrá entrar en los dolores de la pasión y morir. Para ello reclama especial atención a lo que va a decirles: *Dijoles Jesús a sus discípulos: Grabad en vuestros corazones estas palabras*, las que va a decirles, que importan un hecho en pugna aparente con la manifestación actual de su poder y con la gloria que recibe de los hombres: *El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres*, a su poder y arbitrio, para que hagan

de él lo que quieran; en el lenguaje de la Escritura es cosa horrenda caer en manos de los hombres (1 Par. 21, 13). *Y lo matarán, y, muerto, resucitará al tercer día.*

La predicción es la misma que hizo Jesús en Cesarea de Filipo hacia pocos días, después de la confesión de Pedro, aunque con menos detalles. El efecto producido por el terrible anuncio en el ánimo de los discípulos es doble. Por una parte, quedan desorientados y perplejos: *Mas ellos no entendían este lenguaje; y les era tan obscuro, que nada comprendieron.* Pudieron creer, acostumbrados a oír hablar a Jesús en parábolas, que en la tremenda claridad de aquella para ellos inverosímil profecía se ocultara alguna verdad más alta y espiritual; o quizás mejor pueda decirse que no estaban aún en condición, rudos como eran, de comprender el profundo misterio de la cruz, verdad sobrenatural en que descansa toda la obra de Jesús. Y, sea que temiesen una repulsa semejante a la que recibió Pedro, sea que les espantase levantar el velo que ocultaba la terrible predicción, *ni se atrevían a preguntarle sobre lo dicho.* Por otra parte, palpaban el sentido de las palabras y la realidad de la muerte de Cristo que en ellas se anunciaba, y bien que no podían penetrar el misterio de la muerte del Maestro, a quien creían Mesías e Hijo de Dios, ni la finalidad de la misma muerte, el amor que sentían por Jesús y el pensamiento de su muerte les llenó de profunda pena: *Y se entristecieron en extremo.* La lección dada a Pedro en ocasión análoga ha aprovechado, y ya no se reputa cosa indigna del Cristo de Dios que sufra la muerte.

JESÚS PAGA EL DIDRACMA (23-26).—Platicando Jesús con sus discípulos llegaron a Cafarnaúm. Ocurrió en esta ciudad marítima un hecho que sólo refiere San Mateo, y que nos ofrece uno de estos contrastes en que es frecuente el Evangelio: el anuncio de la pasión por Jesús, sigue una manifestación de su poder.

Para subvenir a las necesidades del templo y del culto, todo varón israelita debía pagar todos los años, desde los veinte de su edad, la cantidad de medio siclo, o dos didracmas, como 1,50 pesetas. Era un tributo de carácter sagrado que se pagaba en determinadas épocas a los encargados oficialmente de recibirlo para enviarlo luego a Jerusalén: *Y como llegaron a Cafarnaúm, acercáronse a Pedro los que cobraban los dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga los dos dracmas?* No se dirigen los colectores del impuesto a Jesús tal vez por respeto que les inspira el Taumaturgo, tan conocido en Cafarnaúm; y van a Pedro, cabeza de la comitiva y dueño de la casa en que el Señor se hospeda.

Pedro, sin vacilar, dijo: Sí, el Señor paga el tributo. El Maestro estaba ya en la casa; Pedro va a proponerle la cuestión: *Y entrando en la casa, se le anticipó Jesús* — que, sin estar presente, sabe lo ocurrido —, previniendo la pregunta del Apóstol, diciendo: *¿Qué te parece, Simón?* El tono familiar del Señor, que llama a Pedro por su nombre propio, deja entrever a éste que se ha precipitado en la respuesta. *Los reyes de la tierra, sigue Jesús, ¿de quiénes cobran el tributo o el censo?* Se trata de lo que llamaríamos tributación por consumos y por otros conceptos, personal, de propiedad, etc. *¿De sus hijos, o de los extraños?* Opónense aquí los miembros de la familia real a los demás ciudadanos. La respuesta es clara: *De los extraños, dijo él (Pedro). Jesús le respondió: Luego los hijos son libres.* Pedro debió interpretar el alcance de las palabras de Jesús: Si el tributo es para la casa de Dios, él, Jesús, a quien poco ha Pedro ha confesado Hijo de Dios vivo, está naturalmente exento del tributo sagrado.

Con todo, Jesús, que no quiere proclamar públicamente su dignidad de Mesías e Hijo de Dios, pagará el tributo, para evitar el escándalo de quienes pudiesen achacar a menosprecio del culto y del Templo su abstención; pero, al pagarlo, demostrará ser el Señor de la naturaleza, que a su mandato le ofrece con qué pagar: *Mas, para que no los escandalicemos, ve al mar, y echa el anzuelo: y el primer pez que viniere, tómalo: y abriéndole la boca, hallarás un estatero, un siclo, equivalente a cuatro dracmas: tómalo, y áselo, por mí y por ti.* El milagro es estupendo; el Evangelista no lo narra, pero es evidente que Pedro hizo lo que le mandó Jesús. El Apóstol, por su parte, demuestra su fe profunda en Jesús y su perfectísima obediencia al Señor.

Lecciones morales. — A) v. 21. — *El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres...* — Es un nuevo detalle que añade Jesús a sus anteriores predicciones, y que fue gran motivo de tristeza para los discípulos. Cosa incomprensible era que muriese el Hijo de Dios, pero no lo era menos que cayese en poder de sus enemigos, en el concepto de los Apóstoles, que creían al Mesías absoluto Dominador de todos los hombres y de todas las cosas. Por lo demás, no hubiese podido ser entregado Jesús a los hombres sin la voluntad del Padre (Rom. 8, 32) y la suya propia, ya que se ofreció porque quiso» (Is. 53, 7), permitiendo se desataran contra él las fuerzas del infierno y los poderes de la tierra. Para que aprendamos la generosidad con que hemos de aceptar los sufrimientos y la muerte cuando Dios nos los envíe.

B) v. 23. — *¿Vuestro Maestro no paga los dos dracmas?* — La pregunta puede ser de simple curiosidad o maliciosa, para acusarle a Jesús de incumplidor de la Ley. Pero el Señor paga, con lo

que logra varios objetivos: cumple la Ley, evita el escándalo de quienes no sabían que estaba exento, burla las asechanzas de sus enemigos, si se las pusieron, y, con admirable pedagogía, da a sus discípulos una prueba de su divinidad, para contrarrestar en su ánimo el efecto de depresión y de tristeza de la predicción anterior de su muerte. ¿Cómo debía negarse a pagar el sagrado censo Jesús, que dentro de escasos meses pagaría la enorme contribución de su sangre y su vida por la enorme deuda de los pecados de toda la humanidad?

c) v. 25. — *Luego los hijos son libres.* — Jesús, Hijo natural de Dios, gozaba de franquicia con respecto al censo que pagaban los israelitas para el Templo de Dios. Nosotros, hijos de Dios por adopción, hermanos de nuestro Hermano mayor Jesús, hemos sido librados en el orden espiritual del censo que debíamos al Padre por nuestros pecados: «Hemos sido comprados a gran precio» (1 Cor. 6, 20); aun hoy tenemos en nuestras manos la Sangre del Hijo de Dios para tributarle a Dios el censo que le debemos de adoración, de acción de gracias, de expiación.

d) v. 26. — *Ve al mar, y echa el anzuelo...* — No sé qué admirar más en este milagro, dice San Jerónimo, si la presciencia de Jesús, que sabía había en el mar un pez que tenía una moneda en su boca y que sería el primero en ser cogido; o su omnipotencia, si es que con su simple anuncio crea en la boca del pez la moneda del didracma. Con ello se demuestra Jesús Señor de toda la naturaleza.

98. — LA HUMILDAD. ESCANDALO DE LOS PEQUENOS. VALOR DE LAS ALMAS: Mt. 18, 1-14

(Mc. 9, 32-36; 41-49; Lc. 9, 46-48)

**Evangelio de las fiestas de la Aparición y Dedicación de San Miguel,
de los Angeles Custodios y San José de Calasanz**

¹ En aquella hora, ^{mc} como estuviesen en la casa, acercáronse los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién piensas que es el mayor en el Reino de los cielos? ¹ Más Jesús, leyendo los íntimos pensamientos de ellos, ^{mc} preguntábalos: ¿Qué ibais tratando por el camino? Y ellos callaban, pues en el camino habían disputado, entre sí, quién de ellos fuese el mayor. Y, sentándose, llamó a los doce y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, habrá de ser el último de todos, y el siervo de todos, ¹ pues el menor entre vosotros, ése es el mayor. ² Y llamando Jesús a un niño, ¹ lo tomó, púsolo ¹ junto a sí, en medio de ellos. ³ Y, ^{mc} habiéndolo abrazado, dijo ^{mc} a ellos: En verdad os digo que si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. ⁴ Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es el mayor en el Reino de los cielos, ¹ pues el menor entre vosotros, ése es el mayor.

⁵ Quienquiera que acogiere a un niño tal en mi nombre, a mí me acoge, ^{mc} y quien a mí me acoge, no me acoge a mí, sino al que me envió. ⁶ Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos que

en mí creen, mejor fuera que colgaran a su cuello una de esas piedras de molino, (que mueve) un asno, y lo anegasen en lo profundo del mar. ⁷ ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos: mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! ⁸ Por tanto, si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y échalo de ti: porque más te vale entrar en la vida manco o cojo, que, teniendo dos manos o dos pies, ser precipitado al fuego eterno, *Mc donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.* ⁹ Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo de ti: más te vale entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos y ser lanzado al fuego del infierno, *Mc donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se extingue. Porque todos (ellos) serán salados con el fuego, como toda víctima será de sal rociada. Buena es la sal: mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros, y guardad paz entre vosotros.*

¹⁰ Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos: porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven la cara de mi Padre que está en los cielos. ¹¹ Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido. ¹² ¿Qué os parece? Si tuviere alguno cien ovejas, y se descarriare una de ellas, ¿por ventura no deja las noventa y nueve en los montes, y va a buscar aquella que se extravió? ¹³ Y si aconteciere hallarla, dígoos, en verdad, que se goza más con ella que con las noventa y nueve que no se extraviaron. ¹⁴ Y así no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeñitos.

Explicación. — Después de robustecer la fe de sus Apóstoles con el prodigio del pez y del didracma, Jesús les da una serie de interesantísimas lecciones con que irá forjando paulatinamente sus espíritus para la vida cristiana y de apostolado. En el fragmento que vamos a comentar trata Jesús, de una manera admirable, tres puntos capitales de la nueva doctrina: la humildad, el interés que debemos tomarnos por los pequeñuelos y el valor de sus almas. Seguirán las lecciones en los tres números siguientes.

EL MAYOR EN EL REINO DE LOS CIELOS (14). — Había hablado Jesús repetidas veces de su Reino, y probablemente había platicado de las cosas del Reino durante el camino a Cafarnaúm; y como quiera que asimismo les había anunciado su muerte y resurrección, creyendo sus discípulos ya cercano el día de la instauración del Reino del Mesías, les entra, dice Lucas, el pensamiento de quién de ellos será el mayor en el Reino futuro. Por el camino disputan sobre la preeminencia, mientras Jesús y Pedro se habían adelantado entrando en Cafarnaúm, donde ocurrieron los hechos narrados en el número anterior. Llegados los demás Apóstoles entablaban ante Jesús la trascendental cuestión que les traía divididos. Es el momento en que nos los ofrece esta narración: *En aquella*

hora, como estuviesen en la casa, probabilísimamente la de Pedro, acercáronse los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quien piensas que es el mayor en el Reino de los cielos? Algunos de los Apóstoles habían recibido del Señor señaladas muestras de estima y preferencia: a Pedro se le había prometido el Primado; al mismo Pedro, y a los hijos del Zebedeo, les habían sido impuestos nombres simbólicos y habían sido admitidos, con exclusión de los demás, a las escenas de la resurrección de la hija de Jairo y de la Transfiguración: de aquí se originó algún movimiento de envidia entre ellos al pensar en la proximidad del Reino, del que por otra parte, como sus coterráneos, tenían equivocado concepto.

Jesús descubre con divina mirada, porque sabe lo que hay en el hombre (Ioh. 2, 25), los secretos movimientos del corazón de sus discípulos, y sabiendo con su ciencia divina el objeto de su conversación mientras venían a Cafarnaúm, les responde con una pregunta que les desconcierta: *Mas Jesús, leyendo los íntimos pensamientos de ellos, preguntábales: ¿Qué ibais tratando por el camino? Y ellos callaban, avergonzados de que supiese Jesús habían tenido una disputa que no podía agradarle; pues en el camino habían disputado, entre sí, quién de ellos fuese el mayor:* su conducta está en flagrante oposición con el sentir del Maestro, y están confundidos ante El.

A la insólita pretensión de los discípulos responde Jesús con la lección de la humildad cristiana, que da en forma solemne y plástica: *Y, sentándose, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, habrá de ser el último de todos, y el siervo de todos.* En la actitud sentada revela la serenidad, la gravedad, la autoridad de su enseñanza; llama a los doce porque la lección de la humildad es para todos, mayores y menores; la lección es de doctrina, no de sanción penal, como si la servidumbre debiese ser el castigo de la ambición. Equivale, pues, la lección a ésta: Para ser el mayor es necesario hacerse el último: *Pues el menor entre vosotros, ése es el mayor.*

Y hace Jesús tangible, en forma de lección de cosas, como lo hicieron a veces los antiguos profetas, la doctrina que acaba de darles; la escena es deliciosa e impregnada de suma amabilidad: *Y llamando Jesús a un niño, de muy corta edad según el griego, lo tomó, púsolo junto a sí, recibéndolo seguramente en su regazo, en medio de ellos, como si fuera el niño el personaje principal del bello cuadro; y, habiéndolo abrazado, significando así cuánto le agrada a Jesús la sencillez y la inocencia, dijo a ellos: En verdad os digo, como bajo juramento, que si no os volviereis e hiciereis*

como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. Si no cambiáis de dirección moral, deponiendo toda ambición; si no os hacéis semejantes a los niños, humildes, sencillos, obedientes, no sólo no tendréis el primer lugar en mi Reino, sino que no entraréis en él. De hecho, para entrar en la Iglesia, que es el Reino de los cielos en la tierra, necesitamos la fe, que es la humildad del pensamiento, y la obediencia, que lo es de la voluntad. Y prosigue la misma lección en forma positiva: *Cualquiera, pues, que se humillare como este niño*, en todo, de pensamiento, palabra y obra, en todas las cosas, *éste es el mayor en el Reino de los cielos*, en el cual la regla de la excelencia no es la propia estimación y grandeza, sino la pequeñez y humildad: *Pues el menor entre vosotros, ése es el mayor.*

EL CUIDADO DE LOS NIÑOS (5-9).—Jesús ha dado la lección de la humildad, valiéndose como en una lección de cosas, del niño que tiene aún en sus rodillas. Ello le consiente pasar de una manera naturalísima a otra lección: la de la diligencia que debemos tener con los niños. Es éste uno de los momentos trascendentales del magisterio de Jesús y uno de los más fecundos en orden a la restauración del mundo; es asimismo un aspecto nuevo en cuestión de educación y de vida religiosa, porque el niño nunca fue factor computable en los planes de los llamados grandes maestros.

Empieza Jesús estableciendo una especie de equivalencia entre él y los niños: *Quienquiera que acogiere a un niño tal en mi nombre, a mí me acoge, y quien a mí me acoge, no me acoge a mí, sino al que me envió.* Recibir a alguien es ser benévolo con él en todo, cuidar de su alma y cuerpo; todo lo que en este concepto se haga por el niño, Jesús lo reputará como hecho por él mismo, con tal se haga en su nombre, es decir, por Cristo, porque él lo quiere, por su doctrina y ejemplo, por el amor que él mismo tiene a los niños, no por el amor natural que nosotros podamos tenerles.

Adviértase que la mayor parte de los intérpretes, si aplican en primer lugar a los niños estas palabras de Jesús, las extienden asimismo, y ello se deduce del contexto y de la expresión «un niño tal», a todos aquellos que por ser desvalidos, despreciados, humildes, se asemejan a los niños, y como ellos necesitan especial socorro.

La gravedad del precepto que antecede se deduce de la gravedad de la sanción que señala para los infractores: *Y el que escandalizare*, siéndole ocasión de pecado y espiritual ruina, *a uno de estos pequeñitos que en mí creen*, de cuyo número son los infan-

tes, que tienen derecho a la buena doctrina y al buen ejemplo, y los adultos pobres y sencillos, *mejor fuera que colgaran a su cuello una de esas piedras de molino (que mueve) un asno*, una muela grande, de las que mueven las caballerías, por contraposición a las pequeñas que se movían a mano, y *lo anegasen en lo profundo del mar*: pena extraordinaria que responde a enormísimo pecado.

¡Ay del mundo por los escándalos!, dice Jesús en exclamación sentidísima, al considerar los futuros males que el escándalo producirá en su Iglesia, en quienes lo dan y en quienes lo reciben. El escándalo es efecto de una exigencia moral, considerados los hombres en masa, por su inclinación al mal, por la debilidad de la libertad, por la instigación del demonio: *Porque necesario es que vengan escándalos*; pero ello no aminora la responsabilidad del escandaloso que abusó de su libertad: *¡Mas ay de aquel hombre por quien viene el escándalo!*

Para excitar la solicitud y la energía en este punto, Jesús emplea otra vez la misma metáfora viva, fuerte, ejecutiva, del sermón del monte (Mc. 5, 29.30; cf. n. 51): *Por tanto, si tu mano o tu pie te escandaliza*, aunque sea cosa conjunta a ti, que quieras mucho, *córtalo y échalo de ti*; mejor es sufrir ahora una amputación moral dolorosa, que condenarse: *Porque más te vale entrar en la vida manco o cojo, que, teniendo dos manos o dos pies, ser precipitado al fuego eterno*, donde, más que vivir, se muere eternamente en medio de dos clases de horribles tormentos, que llamamos vulgarmente pena de daño, el remordimiento de haber perdido voluntariamente a Dios: *Donde el gusano de ellos no muere*; y la pena de sentido, que es el dolor acerbo que tortura cuerpo y alma de los réprobos: *Y el fuego nunca se apaga*. Más caro que la mano o el pie es para el hombre el ojo, el sentido de la vista; hasta lo más caro debe sacrificar el hombre para no perder el Reino de los cielos: *Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo de ti; más te vale entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos y ser lanzado al fuego del infierno*. Marcos repite íntegramente las tres metáforas análogas de la mano, del pie y del ojo, cerrándolas, como un estribillo, con la misma tremenda frase, tres veces repetida: *Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se extingue*. Son palabras tomadas de Isaías (66, 24): El profesta ve a los adoradores de Dios que le asisten en su presencia, mientras los cadáveres de los impíos están hacinados, ardiendo sin consumirse, devorados por los gusanos, pero permaneciendo íntegros. Es presagio y figura de los eternos tormentos del infierno: el fuego debe tomarse en sentido propio; el gusano es el emblema del re-

mordimiento, o bien el mismo fuego en cuanto atormenta al alma.

El segundo Evangelista, en confirmación de la misma doctrina, propone la pequeña parábola de la sal: *Porque todos (ellos) serán salados con el fuego, como toda víctima será de sal rociada*. El sentido es: Según prescripción de la ley (Lev. 2, 13), toda víctima, para ser grata a Dios, debía ser condimentada con sal, signo de la incorrupción y perpetuidad de la alianza entre Dios y el oferente; de la misma manera, para ser grato a Dios, debemos ser salados con el fuego de la mortificación, que consume el de las concupiscencias y nos libra del fuego eterno.

El símil de la sal de los sacrificios, le ofrece a Jesús ocasión de dar a sus discípulos una lección de apostolado (v. 49): *Buena es la sal: mas si la sal perdiera su sabor, ¿con qué la sazonaréis?* Es la misma lección del sermón del monte (n. 50): *Tened sal en vosotros*, sabiduría, fe, palabra de Dios, caridad, todo aquello que pueda ser eficaz para librar a los demás de la corrupción del pecado. *Y guardad paz entre vosotros*: que no os agiten cuestiones que puedan dividirlos, como la que teníais por el camino sobre la primacía en el Reino de los cielos.

EL VALOR DE LAS ALMAS (10-14).— Jesús ha ponderado el precio de los pequeñuelos, equiparándose a ellos y señalando gravísima pena para quienes les escandalicen. Ahora prosigue el mismo tema, haciendo a sus discípulos esta grave amonestación: *Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos*; es cosa común despreciarlos, o no hacer caso de ellos: vosotros ¡guardaos de ello! Y añade, para convencerles, tres razones gravísimas:

La primera es que Dios ha deputado para la custodia de estos pequeñuelos a los mismos ángeles de su gloria: la dignidad de los ángeles de la guarda es prueba de la dignidad de sus almas: *Porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven la cara de mi Padre que está en los cielos*.

Segunda razón: Tan grande es la dignidad y valor de los pequeñuelos, que el mismo Hijo del hombre, a quien los ángeles adoran y sirven, ha venido del cielo para salvarles: *Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido*. Quienes desprecian a los pequeñuelos son obstáculo a la salvación que el Redentor les trajo.

Tercera razón: Tanto es lo que vale cada uno de los pequeñuelos, que el mismo Dios, infinitamente rico, se empeña, con solicitud extraordinaria, en que no se pierda uno solo de ellos. Para demostrárselo les propone la dulce parábola de la oveja perdida:

¿Qué os parece?, les dice para excitar su atención: *Si tuviere alguno cien ovejas, y se descarriare una de ellas: ¿por ventura no deja las noventa y nueve en los montes, y va a buscar aquella que se extravió?* Un buen pastor no se satisface con que le queden noventa y nueve; sólo es cumplido su gozo cuando ha dado con la ovejuela perdida: *Y si aconteciese hallarla, dígoos, en verdad, que se goza más con ella que con las noventa y nueve que no se extraviaron.* Los mismos sentimientos del buen pastor, humanamente hablando, tiene Dios en el cielo, y la misma solicitud le mueve a buscar la oveja perdida: *Y así no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeñitos.* La parábola no sólo abarca a los niños, sino que debe extenderse a los pobres y humildes, en el sentido arriba indicado, a los pecadores y a los que corren peligro de perderse. Más tarde reproducirá Jesús con más detalles la consoladora parábola.

Lecciones morales.—A) v. 1.—*¿Quién piensas que es el mayor en el Reino de los cielos?*—Del hecho de que se pagase el mismo tributo por el Señor y por Pedro, dice San Jerónimo, deducen los demás Apóstoles que Pedro tiene el primer lugar entre todos. De aquí la pasión de ambición que sintieron, no atreviéndose a manifestar claramente al Señor su pensamiento. Con todo, dice el Crisóstomo, avergoncémonos nosotros, porque ni siquiera podemos llegar a los defectos de los Apóstoles, porque ellos ambicionaron el primer lugar en el Reino de los cielos, y nosotros sólo apeteceamos el primero en la tierra.

B) v. 3.—*Si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos.*—No manda Jesús a los Apóstoles, dice San Jerónimo, que vuelvan a la edad infantil, sino a la inocencia de niños; y que lo que éstos poseen por sus años, lo adquieran aquéllos por su trabajo e industria. Como si dijera: Así como este niño que os propongo por ejemplo no persevera en la ira, olvida las injurias, no se deleita en la visión de una mujer hermosa, no piensa una cosa y dice otra, así vosotros, si no tuvieseis tal inocencia y pureza de alma, no podréis entrar en el Reino de los cielos.

C) v. 6.—*Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos...* Notemos, dice San Jerónimo, que el que sufre escándalo es el pequeño, porque los mayores no suelen recibirlo. Y aunque la sentencia de Jesús puede ser general contra todos aquellos que escandalizan a otros, pero por el mismo contexto del discurso podemos entender que la dijo también contra los Apóstoles, quienes, preguntando a Jesús quién de ellos era el mayor en el Reino de los cielos, dejaban adivinar que los movía la ambición de dignidad; y si hubiesen persistido en su defecto, podían escandalizar a aquellos a quienes llamarían a la fe, cuando les viesan luchar entre sí para tener los mejores puestos. Lo cual es lección especialísima para los que están constituidos en dignidad o autoridad, que nunca

deben dar motivo a escándalo de los que son inferiores a ellos, porque las consecuencias son muy funestas, y a veces muy amplias, tanto cuanto es más visible el que escandaliza desde las alturas.

d) v. 7. — ¡Ay del mundo por los escándalos! — Es una exclamación sentidísima que al Corazón de Jesús arranca la visión de tantos peligros de ruina que a los hombres rodean. El escándalo es un arma de dos filos que hiere al que lo recibe y al que lo da. Suele ser un pecado doble, y por lo mismo más terrible que los demás. Y lo es aún más porque es un atentado contra la misma naturaleza del pueblo cristiano, que debe serlo de humildes, inocentes, pequeños; el escándalo es contra la infancia espiritual, tan recomendada por Cristo Jesús. Temamos dar escándalo, y evitemos recibirlo: es el mayor disolvente de la sociedad cristiana, porque va dirigido contra el corazón de la misma, que es la divina caridad.

e) v. 10. — *Os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven la cara de mi Padre...* — Tan caros son a Dios los pequeñuelos, que les deputa un ángel para su custodia. Ven los ángeles la cara del Padre por la contemplación bienaventurada, sin que por ello se vean privados de socorrer en la tierra a los míseros mortales. ¡Cuán grande es la dignidad de las almas, dice San Jerónimo, que cada una de ellas tiene, desde su nacimiento, un ángel que la guarde!

f) v. 14. — *Y así no es la voluntad de vuestro Padre... que perezca uno de estos pequeñitos.* — Lo cual quiere decir que siempre que perece uno de estos pequeños, por el escándalo que haya recibido de los mayores, no perece según la voluntad del Padre, sino contra su voluntad, que si es de salvar a todos los hombres, más lo es en cierta manera de salvar a aquellos que no pueden valerse tanto de su libertad, como son los niños, en el sentido material y moral. Es, pues, la voluntad de aquel que escandaliza a otro, rival de la voluntad de Dios: Dios quiere salvar, y el que escandaliza quiere perder. Dios creó el alma de los sencillos y humildes para el cielo, y el escandaloso trabaja para convertirla en tizón del infierno. De donde se ve que el pecado de escándalo tiene algo de anticonstitucional en el plan de la sobrenaturalización del hombre y de su salvación por la visión beatífica. Es obra contra la creación y contra la redención. Que Dios no nos deje caer en pecado de escándalo y que tenga misericordia de nosotros si lo hemos alguna vez cometido.

99. — LA INDISCRECIÓN EN EL CELO: Mc. 9, 37-40 (Lc. 9, 49.50)

³⁷ Y le respondió Juan, diciendo: Maestro, hemos visto a uno que lanzaba demonios en tu nombre, que no nos sigue, y se lo vedamos. ³⁸ Y dijo Jesús: No se lo vedáis: porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, y que luego pueda decir mal de mí. ³⁹ Porque el que no está contra vosotros, por vosotros está. ⁴⁰ Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su galardón.

Explicación.— Contiene este fragmento una repulsa de Jesús contra el celo imprudente. El lugar del episodio corresponde al mediar la peroración de Jesús contenida en el número anterior. Parece ser que al decir Jesús las palabras: El que recibiere a un niño tal «en mi nombre», a mí recibe, le interrumpió Juan, el Evangelista, uno de los hijos del Zebedeo, diciendo que había un exorcista, no discípulo suyo, que lanzaba los demonios, precisamente «en su nombre». Jesús aprovecha la interrupción del discípulo para dar esta interesante lección.

Y le respondió Juan a Jesús, interrumpiéndole al hacer alusión a su nombre, diciendo: Maestro, hemos visto a uno que lanzaba demonios en tu nombre, invocándole, o en virtud del mismo nombre, valiéndose de él como de instrumento. Al apóstol Juan, le parece ello una usurpación, porque aquel hombre no era de los discípulos que acompañaban al Señor, que no nos sigue, a quienes solos se había dado el poder de lanzar demonios. Y se lo vedamos, porque se arrogaba unas atribuciones que no tenía. El celo de Juan, más que pecaminoso, parece ser imprudente, mirando sólo en favor de los prestigios de Jesús, aunque sin razón.

Jesús les enseña a fomentar el bien, quienquiera que sea el que lo haga. *Y dijo: No se lo vedéis.* La razón es porque ello cede en gloria de su nombre, preparando el camino para que, tras el milagro, entre en las almas la doctrina de Jesús; no puede decirse mal de un nombre al que va vinculado un poder santo y extraordinario: *Porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, y que luego pueda decir mal de mí:* sería inconsecuente y no se le creería.

Segunda razón: porque no se le debe prohibir a aquel hombre el oficio de exorcista; tan lejos está de ser contrario a su nombre e intereses, que más bien los fomenta: *Porque el que no está contra vosotros, por vosotros está;* porque si «el que no está con Cristo está contra él» (Mt. 12, 30), quien no está contra Cristo está con él y en favor de él: no hay medio entre estar con Cristo y serle contrario.

Tercera razón: toda obra buena merece su galardón, cuando por Cristo se hace. *Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su galardón;* ¡cuánto más digno de premio será aquel que en nombre de Cristo eche de los cuerpos los demonios!

Lecciones morales.— A) v. 37.— *Y le respondió Juan diciendo: Maestro, hemos visto a uno que lanzaba demonios en tu nombre...*— No son los celos o la envidia los que obligan a Juan a de-

nunciar el hecho de que un hombre no seguidor de Cristo lance demonios en su nombre, sino el deseo de que todos los que invocasen el nombre de Jesús fuesen discípulos suyos y una misma cosa con los Apóstoles, dice el Crisóstomo. Pero el Señor, por medio de los que hacen milagros, aunque sean indignos, llama a otros a la fe, y hace que sean mejores aquellos que reciben esta gracia inefable. Entre los seguidores de Cristo los hay incipientes y perfectos.

b) v. 38. — *No se lo vedéis...* — Hágase el bien, y no mires por quién, dice el refrán. El bien, sobre todo si se hace en nombre de Cristo, siempre fructifica, aunque ni sea el mayor que pudiese hacerse, ni se haga en la mejor forma posible, ni sea el mejor quien lo haga. Es ésta una oportunísima lección de amplitud de criterio en la cuestión del apostolado. Y es una condenación de todo espíritu de partidismo o personalismo mezquino, que tantas trabas pone al bien, y que tantas obras buenas inutiliza. Mejor entienden los malos la política de hacer el mal, que los buenos la estrategia del bien: aquéllos se dan todos la mano y van a su fin con afán digno de mejor causa; éstos neutralizan su acción con mutuas trabas e interdicciones.

c) v. 39. — *El que no está contra vosotros, por vosotros está.* — Debe entenderse esto, dice San Agustín, en el sentido de que en tanto uno no está con Cristo en cuanto está contra él; y en tanto está con Cristo en cuanto va en pro de él. Así la Iglesia no reprueba de los herejes, por ejemplo, aquello en que convienen con ella, pero condena todo aquello en que van contra ella. Así, buenos y malos pueden tener un punto de contacto en el bien, y en esto, salvando peligros, y escándalos, y conveniencias, pueden aunar sus esfuerzos en una acción en pro del bien; pero jamás será lícito transigir con el mal o pactar con él, como factor de apostolado, para hacer un bien.

d) v. 40. — *Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre...* — Demuéstrase con estas palabras la misericordia del Señor, que no sólo da la merced debida a las buenas obras que hacen sus discípulos y los que viven en gracia con él, sino que toda buena obra tiene su premio, en una u otra forma, no en razón de la vida eterna, si uno la pone en pecado, sino que es muy posible que quien hace el bien sea conducido por Dios al bien vivir, en la misma medida que se hace el bien y con mayor medida aún, dada la largueza del Dador de todo bien. Tal es la fuerza del nombre de Jesús, que toda obra que de él se ampare dará fruto copioso de bendición, en el orden espiritual o temporal.

100. — LA CORRECCION FRATERNA. POTESTAD DE LOS APOSTOLES. LA ORACION. EL PERDON DE LAS INJURIAS:

Mt. 18, 15-22

Evangelio del martes después de la Dom. 3.^a de Cuaresma

¹⁵ Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, ve y corrígele a solas con él. Si te oyere, ganado habrás a tu hermano. ¹⁶ Mas si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que por boca de dos

o tres testigos conste toda palabra. ¹⁷ Y si no los oyere, dilo a la Iglesia. Y si no oyere a la Iglesia, tenlo por gentil y publicano.

¹⁸ En verdad os digo, que todo aquello que atareis sobre la tierra, atado será también en el cielo: y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo.

¹⁹ Dígoos también, que si dos de vosotros se unieren sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. ²⁰ Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

²¹ Entonces Pedro, llegándose a él, dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le perdonaré? ¿Hasta siete veces? ²² Jesús le dice: No te digo siete veces, sino hasta setenta veces siete veces.

Explicación.— Sigue en este número la serie de documentos espirituales dados por Jesús a los Apóstoles en la misma sesión, en la casa de Cafarnaúm. Sólo Mateo nos ha transmitido las graves lecciones.

LA CORRECCIÓN FRATERNA (15-17).— Dios tiene voluntad universal de salvar a todo el mundo, había dicho Jesús en el versículo anterior (v. 14, núm. 98): *Por tanto*, como consecuencia de esta voluntad, manda Jesús se trabaje en sacar de la mala vida al pecador, para lo que indica distintos procedimientos, según la contumacia del mismo, o tres etapas distintas de corrección. *Si tu hermano pecare contra ti...*: el sentido de esta hipótesis es general, no se refiere sólo a las ofensas que recibamos del prójimo: «Si tu hermano pecare...» El «contra ti» no parece lección genuina; falta en los dos códices griegos mayúsculos más antiguos, el sinaítico y el vaticano; «hermano» equivale aquí a miembro de la misma Iglesia: todos los legítimamente bautizados son hijos de Dios, y por lo mismo hermanos (Gal. 3, 27 sigs.).

Primera etapa o instancia de la corrección del pecador: La exhortación privada: *Ve y corrígele a solas con él*; así se salva la fama del pecador y se evita que con la divulgación de su pecado se endurezca en él; la forma delicada de la corrección inclinará a la penitencia a quien pecó. *Si te oyere*, si recibiere tu monición doliéndose del pecado y corrigiéndose de él, *ganado habrás a tu hermano*, sacándole del camino de perdición en que estaba, y lucrando para ti el mérito de la buena obra con el hermano.

Segunda etapa o tentativa: Es tan preciosa la salvación del hermano, que debe insistirse en ella, aun repudiándola la primera vez, y ello en forma más solemne: *Mas si no te oyere, toma aún contigo uno o dos*, hermanos también, como lo hace un médico en

las graves crisis de los enfermos, *para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra*: es alusión a Deut. 19, 15. No se llaman los hermanos para que sean testigos de que el corrector ha cumplido con su deber, ni para dar mayor solemnidad a la corrección; sino a fin de que, como sucede en los juicios, la multiplicidad de testigos convenza al que pecó del mal que hizo y de la necesidad de que se arrepienta.

Tercera instancia: Para el caso de una segunda repulsa, debe acudir al juicio de la Iglesia. Trátase, por lo mismo, de un grave delito, como es de ver por la sanción que al precepto se añade: *Y si no los oyere, dilo a la Iglesia*, es decir, a la asamblea de los fieles representada por sus pastores (cf. Mt. 16, 18); por lo mismo, adquiere la denuncia estado oficial, por contraposición a «hermano». En este último estadio de la corrección, si persistiese todavía el pecador en su rebeldía, por el hecho mismo de su contumacia quedará excomulgado del número de los hermanos, y como tal deberá ser tenido: *Y si no oyere a la Iglesia, tenlo por gentil y publicano*: como un extraño a la Iglesia y hombre pernicioso, que podría con su contacto inficionar a los demás. Tiene, pues, la Iglesia la potestad judicial, que reside no en la masa de los fieles, sino en los que por institución divina la poseen.

POTESTAD DE LOS APÓSTOLES (v. 18).—Intimamente ligada con las últimas palabras que contienen el poder de excomunión, está la magnífica promesa o colación de poderes que hace Jesús al Colegio Apostólico: *En verdad os digo, que todo aquello que atareis sobre la tierra, atado será también en el cielo: y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo*. Son palabras análogas a las que Jesús había dirigido antes a Pedro (núm. 92). Por ellas, sin que se derogue absolutamente ninguna de las prerrogativas personales del Príncipe de los Apóstoles, se confiere a los Jefes de la Iglesia, Apóstoles y Obispos, sus sucesores, directamente el poder de excomulgar, «ligar», y el de recibir de nuevo en el gremio de la Iglesia, «desatar». Indirectamente, el poder conferido aquí a los Apóstoles es universal, salvando los privilegios de Pedro y estando a él unidos, y se extiende al fuero externo lo mismo que al interno; por ello se comprende en estas palabras el poder de perdonar los pecados: porque todo este procedimiento judicial en ambos fueros, tiene por exclusivo objeto lograr el arrepentimiento del pecador y su cambio de vida.

En cualquier orden en que se ejerza debidamente esta potestad

judicial, Dios ratificará en los cielos la sentencia, absolutoria o condenatoria, y las sanciones a ellas anejas.

LA ORACIÓN (19-20).—También los siguientes conceptos sobre la oración tienen enlace íntimo con los anteriores sobre la corrección fraterna y la potestad de la Iglesia: primero, porque cuando hayan sido ineficaces aquellas instancias para reducir al pecador, queda todavía el remedio eficacísimo de la oración de los fieles; y segundo, porque la promesa de oír la oración que hace Jesús aquí, es una ratificación, por un argumento de menor a mayor, de los poderes que anteriormente ha conferido a los Apóstoles: porque, si dos convienen para pedir a Dios alguna cosa y el Padre se lo da, ¿cuánto más ratificará un juicio oficialmente pronunciado por la Iglesia?

Digoos también que si dos de vosotros, de los Apóstoles a quienes hablaba Jesús, se unieren sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos; como ratificará sus decisiones, así oírás su plegaria si en ella fuesen concordes y oraren en las debidas condiciones. Pero esta misericordiosa promesa no se hace a solos los Apóstoles, sino a todos los fieles, aunque fuesen pocos, que oraren concordes: Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos; congregarse en el nombre de Jesús es congregarse en Jesús, entrar en las intenciones y planes de Jesús. Si esto se verifica, Jesús estará en medio de ellos ayudándoles y dando autoridad a su plegaria, que por ello será oída del Padre.

EL PERDÓN DE LAS INJURIAS (21,22).—Trátase aquí de la generosidad con que hemos de perdonar y recibir a nuestro hermano: cómo hemos de custodiarle para que no caiga y corregirle para que se enmiende, así hemos de estar prontos a admitirle en nuestra gracia. Es Pedro quien, recordando las enseñanzas anteriores (v. 15) e interrumpiendo a Jesús, determina con su pregunta la exposición de la nueva doctrina por parte del Señor: *Entonces Pedro, llegándose a él, dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le perdonaré? ¿Hasta siete veces?* Siendo difícil el perdón de las injurias a nuestra naturaleza, le parece a Pedro que es mucho ya perdonar hasta siete veces a quien nos injuria. *Jesús le dice: No te digo siete veces, sino hasta setenta veces siete veces.* Divídense los intérpretes en estimar el número designado aquí por el Señor, a saber, si son 77 veces, o 70 veces $7 = 490$ veces: la mayor parte defienden este último número, y con razón, porque el sen-

tido de las palabras del Señor es que se debe perdonar sin medida ni número, siempre y perpetuamente; el número mayor cuadra más a la intención de Jesús, aunque el texto, tanto griego como latino, se preste por igual a una u otra interpretación.

Lecciones morales.—A) v. 15.—*Ve y corrígele a solas con él.* Enseñanos nuestro Señor, dice San Agustín, a no desentendernos mutuamente de nuestras faltas, no que busquemos algo que reprehender, sino mirando lo que debamos corregir... Y ¿por qué corriges a tu prójimo? ¿Por qué te duele la injuria? De ninguna manera: si haces esto por amor a ti, nada haces; si lo haces por amor a él, muy bien haces. Aprende de las mismas palabras del Señor por amor de quien debes hacer esto, si por amor a ti o al prójimo; porque Jesús dice: «Si te oyere, ganado habrás a tu hermano»; luego, por él debes hacerlo, para ganarle.

B) v. 17.—*Dilo a la Iglesia.*—No debe esto entenderse, dice un intérprete, en el sentido de que nos exhorte Jesús a ejercer un espionaje sobre nuestros hermanos: primero, porque en este tercer grado de corrección el pecado ha venido ya a ser semipúblico, porque antes han debido llamarse uno o dos testigos; segundo, porque no se trata de hacer daño alguno al hermano extraviado, sino de procurarle para su bien una paternal admonición; y esto es oficio de gran caridad, muy diferente del de aquellos seres abyectos que, para daño y tribulación de los prójimos, hacen el bajo oficio de delatores y espías, los cuales, no hallando muchas veces pecados que delatar, los inventan.

C) v. 18.—*Todo aquello que atareis sobre la tierra...*—Es ésta una de las grandes prerrogativas concedidas por Jesucristo a los Apóstoles, y en ellos a su Iglesia: la potestad judicial, no sólo en orden al vínculo social que nos hace a todos miembros del cuerpo de Cristo, sino en orden al pecado, que rompe el vínculo que nos une a Dios, que es la caridad. Poder de excomulgar y levantar la excomunión; poder de absolver y reservar los pecados. Y crece la grandeza de esta potestad si atendemos que Dios ratifica, confirma en el cielo la sentencia que la Iglesia haya dado en el fuero externo y en el interno. Si la Iglesia excomulga, Dios excomulga; si resuelve la excomunión, Dios recibe en el seno de la Iglesia al que fue excomulgado. Si la Iglesia perdona en la tierra, Dios perdona en los cielos; si retiene los pecados, también Dios los retiene. Crezca en los fieles la estima de la Iglesia por estos altos poderes; úsenlos con sabiduría y prudencia los jerarcas de la Iglesia; y sea este poder el que vigorice la sociedad cristiana en la tierra y el que abra a todos las puertas del cielo.

D) v. 19.—*Les será otorgado por mi Padre que está en los cielos.*—¿Por que dejan de ser oídas las oraciones de muchos? Porque muchas veces, dice el Crisóstomo, pedimos lo que no conviene se nos conceda, o no lo pedimos del modo, con la confianza, con la constancia que es necesario. A veces, dice Santo Tomás, no se concede lo que se pide por la indignidad de los que piden, o porque no tienen entre sí el vínculo de la paz, o piden lo que no conviene para la salvación.

E) v. 21.— *¿Hasta siete veces?*— Es costoso el perdón de las injurias: por esto Pedro cuenta, diríamos, con los dedos de la mano el número de veces que según su prudencia debía perdonarse. Pero la calidad de Cristo es amplísima, y quiere que siempre y cada vez, por muchas que sean, que llame a nuestro corazón quien nos ofendió, abramos generosamente las puertas de la caridad y le admitamos a concordia. Porque si Cristo, dice San Agustín, halló miles de pecados en el mundo, y todos los perdonó, no hemos de regatear nuestra misericordia y caridad, según dice San Pablo: «Perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja de otro, como os perdonó a vosotros Dios en Cristo» (Col. 3, 13).

101.— PARABOLA DEL DEUDOR INJUSTO Y CRUEL Mt. 18, 23-35

Evangelio de la Misa de la Dom. 21.^a después de Pentecostés

²³ Por esto el Reino de los cielos ha sido comparado a un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos. ²⁴ Y habiendo comenzado a tomar las cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. ²⁵ Y como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía, y que se le pagase. ²⁶ Entonces el siervo, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. ²⁷ Y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre y le perdonó la deuda.

²⁸ Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios: y, agarrándole, lo ahogaba, diciendo: Paga lo que debes. ²⁹ Y arrojándose a sus pies su compañero, le rogaba, diciendo: Ten conmigo paciencia, y te lo pagaré todo. ³⁰ Mas él no quiso, sino que fue, y le hizo meter en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía.

³¹ Y viendo los otros siervos, sus compañeros, lo que pasaba, se entristecieron mucho: y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. ³² Entonces le llamó su señor y le dijo: Siervo malo, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste. ³³ Pues, ¿no debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti? ³⁴ Y enojado el señor, entrególo a los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debía. ³⁵ Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de corazón cada uno a vuestro hermano.

Explicación.— Esta hermosísima parábola, clara, sobria, precisa, de una naturalidad encantadora, la propuso el Señor a continuación de la doctrina sobre el perdón de las injurias y como confirmación de la misma. Se han separado aquí los dos fragmentos, por corresponder a distintos evangelios del Misal.

EL ACREEDOR MISERICORDIOSO (23-27).—La tesis sostenida por el Señor al responder a Pedro sobre el perdón de las injurias, es que debemos perdonarlas siempre y en número indefinido: así lo hace El, aunque sean mucho mayores las deudas que con El tenemos contraídas. Esto es lo que le sugiere la parábola a Jesús: *Por esto el Reino de los cielos ha sido comparado a un hombre rey*, por oposición a Dios rey, de quien aquél es el símbolo, *que quiso entrar en cuentas con sus siervos*. Según costumbre de Oriente, son llamados siervos todos los oficiales de la real corona, aunque sean gobernadores de provincia; todos deben rendir cuentas al rey. *Y habiendo comenzado a tomar las cuentas*, a analizarlas y discutir las, *le fue presentado uno que le debía diez mil talentos*: cantidad enorme, igual a unos 60 millones de pesetas, si los talentos eran áticos, al doble, si eran hebreos. En la fabulosa cantidad viene representada la gravísima deuda que el pecador contrae ante Dios al ofenderle, y lo horrendo de la culpa.

La situación del deudor era antiguamente misérrima: la ley romana autorizaba su venta y la de su familia en esclavitud; no era tan dura la legislación judía (cf. Lev. 25, 39; 4 Reg. 4, 1); pero quizás las costumbres de los pueblos vecinos habían modificado la jurisprudencia en este punto: *Y como no tuviese con qué pagarlos*, mandó su señor que fuese vendido él y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía, y que se le pagase. Significa ello la gravísima pena que merece el pecado ante Dios.

La perspectiva de la propia miseria y de la de sus queridos hace que el deudor se humille y pronuncie sentidísima plegaria, en que ofrece quizás más de lo que pueda: *Entonces el siervo, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo*. El rey, lleno de misericordia, da al deudor mucho más de lo que le pide: la libertad y la condonación de la deuda: *Y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda*. Es lo que hace Dios con nosotros.

EL DEUDOR INJUSTO Y CRUEL (28-30).—Libre del peligro de la esclavitud y del peso de la deuda, salió del aula regia el deudor, ocurriendo a la salida una escena profundamente contrapuesta a la descrita: *Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus con-siervos*, quizá un amigo, que le debía cien denarios, unas 100 pesetas, suma irrisoria al lado de sus millones de deuda. Y, sin más motivo, *agarrándole, lo ahogaba*, tratando brutalmente de estrangularle, y diciendo: *Paga lo que debes*. Como él lo había hecho poco ha con su acreedor, el consiervo pide misericordia: *Y arrojándose*

a sus pies su compañero, le rogaba diciendo: Ten conmigo paciencia, y te lo pagaré todo. Mas él no quiso, dando un ejemplo de suma crueldad e ingratitud; sino que fue y lo hizo meter en la cárcel, hasta que pagase lo que debía.

DENUNCIA DEL DEUDOR CRUEL Y SU CASTIGO (31-35).—La escena anteriormente descrita pasó ante los ojos de otros consiervos: *Y viendo los otros siervos, sus compañeros, lo que pasaba, se entristecieron mucho*, de la inhumanidad con que el siervo perdonado vejaba por una insignificancia al otro. Por ello le denunciaron al señor, explicándole minuciosamente lo ocurrido: *Y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces le llamó su señor, y le dijo*, contraponiendo en conceptos cerrados su propia conducta a la indigna del deudor cruel: *Siervo malo, toda la deuda te perdóné, porque me lo rogaste*: reprueba su maldad, le recuerda el beneficio recibido y la razón de concedérselo, que fue su ruego. A igual plegaria y a remisión de deuda mucho menor, debía seguir un comportamiento análogo: *Pues, ¿no debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?* Ante tanta crueldad y sinrazón, el señor depone todo sentimiento de misericordia y le condena a durísimo castigo: *Y enojado el señor, entregó a los atormentadores*; no sólo le encerró en el ergástulo, sino que quiso que le atormentaran los verdugos, con azotes, atado de pies y manos, como era costumbre entre los romanos, *hasta que pagase todo lo que debía*, es decir, perpetuamente, porque en aquellas condiciones ni él ni sus amigos podían satisfacer la enorme deuda.

Termina Jesús su parábola con una frase formidable en la que se encierra toda su lección espiritual: *Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial*; no que deban revivir nuestras culpas ya perdonadas, sino en cuanto debemos perdonar siempre las pequeñas deudas que con nosotros tienen los prójimos para que tenga Dios misericordia de nuestros grandes crímenes. Y esto debemos hacerlo de corazón, arrancando de raíz todo odio y deseo de venganza, y haciendo que sea sólida, y no fingida, la paz con el prójimo: *Si no perdonareis de corazón cada uno a vuestro hermano.*

Lecciones morales.—A) v. 24.—*Le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.*—¿Quién es el deudor de los diez mil talentos? Lo somos todos cuantos hemos infringido la ley de Dios, porque un solo pecado es ante Dios mayor que todas las deudas que podamos contraer con los hombres: es simplemente impagable, porque es deuda infinita, en cuanto al pecar nos hemos jugado y

hemos perdido un bien infinito. Pero en el siervo de los diez mil talentos ven los Santos Padres a los que han delinquido estando constituidos en mayor dignidad, cuya deuda es por su mayor responsabilidad, por cuanto notan que es el primero llamado a rendir cuentas, según aquello de que «el juicio empieza por la casa del Señor» (1 Petr. 4, 17); o bien a los que han arrastrado a los demás al pecado, perdiendo su propia riqueza y la de sus hermanos. No olvidemos nunca que a medida de los talentos se exige la responsabilidad; como también a medida que se ensancha la perversa influencia de nuestra libertad desordenada, cuando arrastramos al mal a los demás.

b) v. 25. — *Y como no tuviese con qué pagarlas...* — Son los talentos los pecados cometidos, las almas escandalizadas y por nosotros perdidas, los mismos talentos que hemos tenido ociosos, con merma y daño del Reino de los cielos, en nosotros y en los demás. ¿Cómo podemos pagar la enorme deuda? De ningún modo, si se trata de pagarla con nuestro esfuerzo personal o con el caudal de nuestras obras: no hay equilibrio posible entre la deuda y la paga. Sólo el divino acreedor, con misericordia infinita, puede condonarnos la deuda. De hecho, el Hijo de Dios no sólo ha salido fiador por nosotros, sino que nos ha dado el precio de su Sangre para que paguemos al Padre cuanto debamos, y aun podamos lucrar la herencia gloriosa de los cielos. ¡Cuánta miseria la del hombre, y cuánta misericordia la de Dios!

c) v. 28. — *Paga lo que debes.* — El siervo de los diez mil talentos se postra ante el rey, le ruega y alcanza la libertad y el perdón de la enorme deuda; e inmediatamente se encuentra con un conserivo que le adeuda una cantidad mezquina, que hace con él lo que ha hecho él con el rey, que no le pide la condonación de la deuda, sino plazo para pagarla, y no sólo se niega, sino que brutalmente lo atropella, tratando de quitarle la vida. Este mal siervo es tipo y figura de nosotros, que después de recibido de Dios el perdón y la libertad y las riquezas de gracias inacabables, nos arrojamos con ímpetu sobre el hermano que nos ha faltado en cosa insignificante, amplificamos el mal que nos ha hecho, escandalizamos a los demás y no paramos hasta romper con él, haciéndole un daño muy superior a la injuria.

d) v. 34. — *Hasta que pagase todo lo que debía.* — Atormentaban los orientales a los deudores, a fin de que si tenían dinero oculto lo soltasen, o para que sus amigos, movidos a compasión, pagasen por ellos. Pero el infeliz pecador que no haya hecho caso de la misericordia de Dios y haya, por lo mismo, caído en manos de su justicia, de ninguna manera podrá pagar su deuda: no hay en el infierno perdón de pecados, ni llegan allí los efectos de la comunión de los santos; se halla el deudor solo ante la ira de Dios y con la sola compañía de sus atormentadores; eternamente cargado con la misma deuda y eternamente atormentado; pagando eternamente sin que llegue jamás a cancelar su enorme deuda.

e) v. 35. — *Si no perdonareis de corazón cada uno a vuestro hermano.* — No basta perdonar: es preciso perdonar de corazón, es decir, con lealtad, con sinceridad, desarraigando de nuestra alma toda semilla de resquemor que pudiese germinar de nuevo y alterar

la solidez de la paz y mutua caridad. Esto es difícil, particularmente en determinados géneros de injuria y en ciertas maneras de inferirla. Pero para ello tiene propuesto Dios el gran premio del perdón y de la gloria. Ni quiere ello decir que debemos renunciar a lo que se nos deba de justicia. Ni que quedemos abandonados a nuestras solas fuerzas para la costosísima obra: porque jamás nos faltará Dios con la misericordia de su gracia para que podamos realizarla.

SECCION SEXTA

AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

Septiembre-octubre 781 hasta diciembre-enero 781-782. Año 28, 29
de nuestra era

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: CAMINO DE JERUSALÉN POR LA SAMARIA. — 102. Los parientes de Jesús le invitan a que se manifieste en Jerusalén. — 103. Jesús sube a Jerusalén: Es rechazado en Samaria. Tres candidatos al discipulado. — 104. Misión de los setenta y dos. Maldición de las ciudades del lago. — 105. Regresan gozosos los setenta y dos. Gozo de Jesús. — 106. Parábola del Samaritano. — 107. Marta y María.

PERÍODO SEGUNDO: EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS. — 108. El pueblo discute acerca de Jesús. Enseña Jesús en el Templo. — 109. Tratan de prender a Jesús. Discurso en el último día de la fiesta. — 110. Opiniones de la plebe y de los miembros del Sinedrio sobre Jesús. — 111. La mujer adúltera. — 112. Testimonio que da Jesús de sí: La luz del mundo. — 113. Jesús predice las consecuencias de la incredulidad de los judíos. — 114. Continuación: Los judíos hijos del diablo. — 115. Continuación: Jesús da testimonio de su divinidad. — 116. Curación del ciego de nacimiento: El milagro. — 117. El ciego de nacimiento: Inquisición jurídica ante el Sinedrio. — 118. El ciego de nacimiento: Su encuentro con Jesús. — 119. El buen pastor.

PERÍODO TERCERO: EN LAS INMEDIACIONES DE JERUSALÉN Y EN LA PEREA. — 120. La ciencia de la oración. — 121. En casa de un fari-

seo: Diatriba de Jesús contra fariseos y escribas.—122. Jesús exhorta a la sinceridad y al valor en el obrar.—123. La avaricia. Los excesivos cuidados de la vida.—124. Necesidad de la vigilancia.—125. Del fuego que Jesús trajo al mundo. Las señales del tiempo.—126. Necesidad de la penitencia.—127. Cura Jesús a una mujer encorvada.—128. El número de los elegidos. El zorro Herodes. Apóstrofe a Jerusalén.

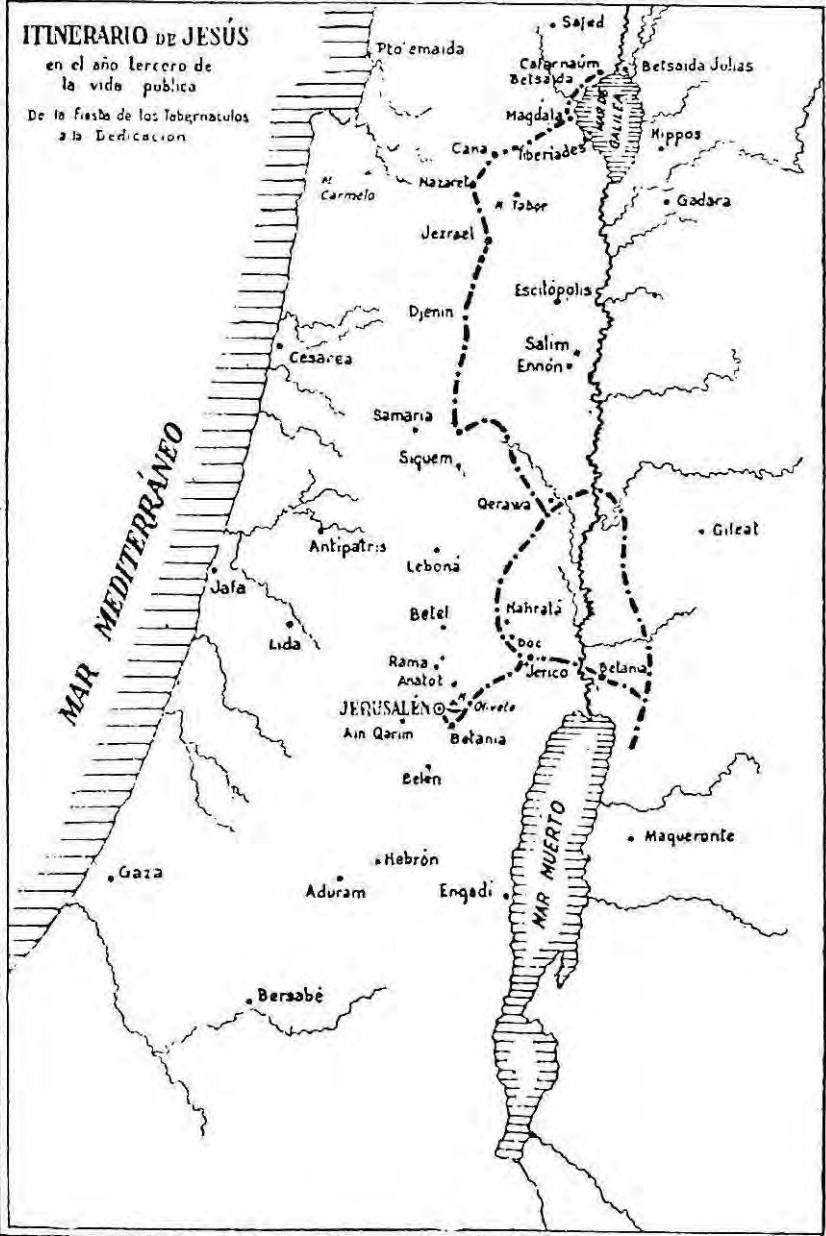
RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO: Desde la fiesta de los Tabernáculos a la de las Encenias o Dedicación (septiembre-octubre a diciembre-enero).—Jesús, dejando la Galilea, subió a Jerusalén. Intentó atravesar la Samaria y fue mal recibido allí. Dirigióse entonces hacia el Jordán (llegando, según algunos, hasta la Perea), evitando la región más poblada de Samaria, y tomó en seguida el camino de Judea. Ya en Judea, propuso la parábola del Samaritano, y entró en Betania, en casa de Marta y María, hermanas de Lázaro. Cuando mediaba la fiesta de los Tabernáculos subió al Templo (núms. 102-119). El tiempo que resta hasta la fiesta de la Dedicación lo pasó Jesús en Jerusalén y sus inmediaciones y en la Perea (núms. 120-128).

En el mapa de la página siguiente se indica la ruta probable seguida por Jesús desde la fiesta de los Tabernáculos hasta la fiesta de las Encenias, o Dedicación. (Véase también Lc. 13, 22.)

ITINERARIO DE JESÚS

en el año tercero de
la vida pública

De la Fiesta de los Tabernáculos
a la Dedicación





PERIODO PRIMERO

CAMINO DE JERUSALEN POR LA SAMARIA

102. — LOS PARIENTES DE JESUS LE INVITAN A QUE SE MANIFIESTE EN JERUSALEN: IOH. 7, 2-9

Léese el martes de la semana de Pasión

² Y estaba próxima la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos. ³ Y sus hermanos le dijeron: Sal de aquí, y ve a la Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces. ⁴ Pues ninguno hace cosa en oculto, y pretende estar en público: si esto haces, manifiéstate al mundo. ⁵ Porque ni aun sus hermanos creían en él. ⁶ Y Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha venido: más vuestro tiempo siempre está preparado. ⁷ No puede el mundo aborreceros a vosotros: mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas. ⁸ Subid vosotros a esta fiesta: yo no subo todavía a esta fiesta: porque mi tiempo aún no se ha cumplido. ⁹ Y habiendo dicho esto, se quedó él en la Galilea.

Explicación. — Sólo Juan refiere el viaje de Jesús a Jerusalén con motivo de la fiesta de los Tabernáculos y los episodios en ella ocurridos, que comprenden en conjunto los números 102-119. En cambio, el cuarto Evangelista nada había dicho de lo ocurrido durante los cinco o seis meses transcurridos desde el discurso del Pan de la vida en la sinagoga de Cafarnaúm, por los alrededores de la tercera Pascua de su vida pública. Reanuda Juan aquí su narración, hallándonos ya en otoño, cerca de las fiestas de los Tabernáculos: *Y estaba próxima la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos*. Celebrábase esta solemnidad durante siete días del mes séptimo («Tisri» = septiembre-octubre), empezando la fiesta el día 15, a primeros de octubre. Era una de las tres fiestas a que debían concurrir los varones judíos y la más clamorosa y popular de todas: por ello se le llamaba la «fiesta mayor» y «de la cosecha»,

porque se daban gracias a Dios por la recolección de la vendimia y otros frutos.

LOS PARIENTES DE JESÚS LE INSTAN PARA QUE VAYA A JERUSALÉN (2-5). — Jesús había realizado grandes y numerosos prodigios en la Galilea, ya descritos en los números anteriores. Sus parientes, testigos de aquellos portentos, imbuidos de falsas ideas mesiánicas y esperando verlas realizadas en Jesús, tratan de persuadirle de que vaya a la Judea, provincia principal de la nación, donde se halla el centro de la teocracia, a fin de que los discípulos que allí dejó en anteriores viajes vean también sus milagros: *Y sus hermanos le dijeron: Sal de aquí, y ve a la Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces*. Así acreditará su misión, y se le reconocerá como Mesías.

La razón que para este viaje dan a Jesús sus parientes encierra un reproche de la conducta del Señor: *Pues ninguno hace cosa en oculto, y pretende estar en público*; es decir, quien desea, como lo había manifestado Jesús, que se reconozca su misión divina, no debe obrar los milagros en una provincia despreciada por la aristocracia judía, a veces en localidades insignificantes: obrar así, es contradecirse. Por lo mismo; *si esto haces*, si obras tantos milagros, *manifiéstate al mundo*, demuestra que eres el Mesías donde haya ingentes multitudes, a todo el mundo judío, que vive como concentrado en Jerusalén.

Indica el Evangelista la razón de la irrespetuosa y atrevida propuesta que a Jesús hacen sus parientes: *Porque ni aun sus hermanos creían en él*. Creían en su poder taumatúrgico; pero no tenían la fe, que Jesús quería, en un reino mesiánico espiritual, que exigía la expiación de los pecados y la santidad de vida. Esperaban un reino glorioso en el orden temporal, y no se acomodaban al concepto que Jesús les exigía de su reino.

JESÚS NO SECUNDA LA PRETENSIÓN DE SUS PARIENTES (6-8). — *Y Jesús*, con calma y dignidad, *les dijo: Mi tiempo aún no ha venido*; el tiempo de Jesús es su pasión (Mt. 26, 18.45; Mc. 14, 35.41; Ioh. 12, 27; 13, 1): si ahora sube a Jerusalén y se manifiesta allí, será víctima prematura de la envidia de los primates del pueblo. Ellos, en cambio, nada tienen que temer; sus ideas coinciden con las de todos los judíos: *Mas vuestro tiempo siempre está preparado*. Y como sois del mundo, al cual pedís me manifieste, porque estáis imbuidos de sus mismos prejuicios, *no puede el mundo aborreceros a vosotros*. Pero a mí sí, porque públicamente he denunciado sus miserias mo-

rales, su soberbia, su hipocresía, su avaricia, sus inútiles ritos legales: *Mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.*

Por lo mismo, que suban ellos a cumplir el precepto legal de la fiesta: *Subid vosotros a esta fiesta.* Cuanto a mí, no he de subir con vosotros, o con la comitiva en son de fiesta, o en la forma clamorosa que vosotros queréis: *Yo no subo todavía a esta fiesta.* La razón es *porque mi tiempo aún no se ha cumplido*; lo será dentro de medio año, cuando en la próxima fiesta de Pascua entraré entre Hosannas en la gran ciudad.

Y habiendo dicho esto, mientras sus interlocutores subían a la fiesta, *se quedó él en la Galilea.* No tardó en seguirlos Jesús, aunque no con la turba o para obrar prodigios, sino como clandestinamente, con intento y esperanza de hallar oportunidad de sembrar la semilla de su doctrina.

Lecciones morales.—A) vv. 3-5.—*Ve a la Judea... porque ni aun sus hermanos creían en él.*—Es digno de ser admirado, dice el Crisóstomo, el escrúpulo que para la verdad sienten los Evangelistas, pues incluso consigna aquello que puede significar desdoro para el Señor, como es el consejo que le dan sus parientes de que suba a Jerusalén, en el cual se encierra una inculpación de cobardía y amor a la gloria: de cobardía, en cuanto dicen: «Nadie hace ocultamente aquello de que se precia en público»; y de amor a la gloria, en cuanto le dicen que pretende ser conocido como Mesías en público. Pero Jesús les responde mansamente, dándoles la razón de que no suba a Jerusalén, para que aprendamos a tolerar los consejos poco prudentes que puedan darnos personas muy inferiores a nosotros.

B) v. 6.—*Mi tiempo aún no ha venido...*—Ciertamente que había llegado aquella plenitud del tiempo en que Dios había ya enviado al mundo a su Hijo, de que nos habla el Apóstol (Gal. 4, 4); pero no había llegado el tiempo de la glorificación de Jesús, por su resurrección y ascensión. Era, por lo mismo, tiempo aún de estar oculto y de sufrir más humillaciones, para entrar luego en su gloria. Para enseñarnos que las humillaciones deben preceder a la gloria, y que sin trabajos no se puede ir al goce de la vida eterna. Es ley general, que «por la cruz se va a la luz», y que para que el grano de trigo madure ufano en lo alto de la espiga, debe antes ocultarse y corromperse en el seno de la tierra. Gloriosa es la patria, estrecho el camino, dice San Agustín: ¿por qué rehúsa seguir el camino quien busca la patria?

C) v. 6.—*Vuestro tiempo siempre está preparado.*—Siempre está preparado el tiempo para los mundanos y para los que con el mundo sienten. Pasan por la vida, gozando de ella cuanto pueden y cuanto puede la vida brindarles. No hay prado de lujuria en que no se apacienten; corónanse de rosas, como dice el Sabio, en todo festín; comen y beben despreocupados de que hay una vida futura:

«Comamos y bebamos, que mañana moriremos...» (Is. 22, 13). «¡Necio!, dice el Señor (Luc. 12, 20). Esta noche te pedirán tu alma.» Y el que tenía siempre el tiempo preparado para sus devaneos, tal vez no lo tenga de disponerse para la eternidad, que no suele ser feliz después de una vida humanamente feliz, y nunca lo es después de una vida pecaminosamente feliz.

d) v. 7. — *No puede el mundo aborreceros a vosotros...* — Con estas palabras responde Jesús a las imputaciones de cobardía y vanagloria de sus parientes. Precisamente le aborrece el mundo a Jesús por el desnudo con que ha desenmascarado la hipocresía de los magnates de Israel: «Subid vosotros», sigue el Señor; si yo fuese amador de la gloria, iría con la comitiva a la ciudad y allí demostraría mi poder y mi gloria. ¿Contemporizamos con el mundo hasta el extremo de que no pueda aborrecernos por ser mundanos? ¿Nos place la vanagloria que resulta de nuestras concomitancias con los mundanos?

103.—JESUS SUBE A JERUSALEN: ES RECHAZADO EN SAMARIA.
TRES CANDIDATOS AL DISCIPULADO: Lc. 9. 51-62
(Ioh. 7, 10; Mt. 8, 19-22)

¹ *Mas, después que sus hermanos hubieron subido*, ⁵¹ y como se acercase el tiempo de su ascensión, determinó, con semblante resuelto, ir a Jerusalén, (y) ¹ *subió también a la fiesta, no en público, sino como en oculto*. ⁵² Y envió delante de sí mensajeros: ellos fueron, y entraron en una ciudad de los samaritanos para prepararle (posada). ⁵³ Y no le recibieron, por cuanto hacía semblante de ir a Jerusalén. ⁵⁴ Y cuando lo vieron Santiago y Juan, sus discípulos, dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe? ⁵⁵ Mas él, volviéndose hacia ellos, les riñó, diciendo: No sabéis de qué espíritu sois. ⁵⁶ El Hijo del hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas. Y se fueron a otra aldea.

⁵⁷ Y aconteció que yendo ellos por el camino, ⁵⁸ *acercándose*, dijo un ⁵⁹ *escriba* a Jesús: ⁶⁰ *Maestro*, yo te seguiré adondequiera que fueres. ⁶¹ Jesús le dijo: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos: mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. ⁶² Y a otro dijo: Sígueme. Y él respondió: Señor, déjame ir a enterrar a mi padre. ⁶³ Y Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos: mas tú, ve y anuncia el Reino de Dios. ⁶⁴ Y otro le dijo: Te seguiré, Señor: mas primeramente déjame ir a disponer de lo que tengo en mi casa. ⁶⁵ Jesús le dijo: Ninguno que pone su mano en el arado, y mira atrás, es apto para el Reino de Dios.

Explicación. — SUBE JESÚS A JERUSALEN (51). — A pesar de la negativa de Jesús a los requerimientos de sus parientes, que le invitan a subir a Jerusalén para la gran fiesta de la Dedicación, a fin de manifestarse en público como Mesías, tenía el Señor resuelto

en su interior emprender el viaje, aunque no clamorosamente, en la forma que sus parientes hubiesen querido, y en realidad lo emprenderá así que se hayan aquéllos ausentado, a pesar de los peligros que le amenazan: *Mas, después que sus hermanos hubieron subido...* El viaje será lento, y dará lugar a una serie de hechos y discursos que nos refiere casi exclusivamente San Lucas (9, 51-10, 42). Ya no volverá el Señor a la Galilea durante su vida mortal, aunque sí después de su resurrección. La solemnidad con que refiere el Evangelista el propósito de Jesús de subir a la fiesta, responde a la situación psicológica del Señor en el momento de dejar el país donde pasó casi toda su vida, para arrostrar todas las consecuencias de la visita a la gran ciudad, donde le esperan sus encarnizados enemigos: *Y como se acercase el tiempo de su asunción*, el tiempo designado por el Padre en que debía Jesús subir a los cielos, y en ello va comprendido todo que debía precederla, su pasión y muerte, *determinó, con semblante resuelto, ir a Jerusalén*, resolvió firmemente, dando impertérrito la cara a todo suceso futuro, ir a la gran ciudad, que estaba en fiestas. Y a la ciudad fue, no con pompa solemne, como hubiesen querido los suyos, y entre las expansiones de la gran fiesta, sino ocultamente, con el designio de sembrar en la ciudad su divina doctrina: *Subió también a la fiesta, no en público, sino como en oculto*. La ejecución del propósito del Señor da lugar a estos episodios: Los samaritanos no le dan paso (52-56); Tres pretendientes al discipulado (57-62).

JESÚS RECHAZADO EN SAMARIA (52-56).—Para ir a Jerusalén, el camino más breve es por Samaria. Jesús intenta tomarlo, y, para ello, *envió delante de sí mensajeros*. Viajaba el Señor con sus Apóstoles, y probablemente con varios discípulos; era una medida de prudencia asegurar, en un viaje que debía durar varias semanas, posada y vituallas para todo el séquito: *Ellos fueron, y entraron en una ciudad de los samaritanos*, no la misma Samaria, sino algún pueblo colindante con Galilea, *para prepararle* (posada).

Aquellos vecinos supieron que la comitiva subía a Jerusalén para asistir a la fiesta; eran los samaritanos, como se ha dicho ya, enemigos de los judíos y de su culto religioso; quieren que sea Dios adorado en su monte Garizim: *Y no le recibieron, por cuanto hacía semblante, se proponía, de ir a Jerusalén*.

Indignáronse por el ultraje inferido a su Maestro los Hijos del trueno, Santiago y Juan, e inspirándose en celo ardiente, quizá demasiado humano, desean vengar al Señor: *Y cuando lo vieron Santiago y Juan, sus discípulos, dijeron: Señor, ¿quieres que diga-*

mos, porque si tú lo quieres nuestra palabra será eficaz, *que descienda el fuego del cielo y los acabe?* Pocas semanas había que vieran a Elías en el monde de la Transfiguración, y así lo había hecho el profeta (4 Reg. 1, 10-12) con los judíos: ¿cuánto más lo hará el Hijo de Dios con los samaritanos, enemigos de aquéllos? *Mas él, que iría al frente del grupo, volviéndose hacia ellos, les riñó, diciendo: No sabéis de qué espíritu sois:* ellos deben estar informados de su propio espíritu, que es de misericordia y caridad; este espíritu fue el que determinó su encarnación, el que informó toda su vida: *El Hijo del hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas. Y se fueron a otra aldea, fuera de país samaritano.*

TRES CANDIDATOS AL DISCIPULADO (57-62). — En el suceso anterior se encierra una lección de prudencia en el ejercicio del apostolado; en éste, otra sobre el criterio que debe presidir la elección de los mismos llamados a ejercerlo. *Y aconteció que yendo ellos por el camino, acercándose, dijo un escriba a Jesús: Maestro, yo te seguiré adondequiera que fueres.* La calidad de escriba del pretendiente demuestra que hasta en este rango Jesús se había hecho adeptos. El Maestro no le rechaza ni le admite; en su respuesta va al fondo del espíritu del escriba, en el que quizás haya visto deseo de lucrarse con las obras milagrosas que hacen los discípulos de Jesús. *Jesús le dijo, dejándole ver la sombría perspectiva de la abnegación y pobreza voluntarias de los verdaderos Apóstoles: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos: mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza:* tal es la pobreza del Señor.

La vocación al discipulado de Jesús exige la pobreza; ahora añade Jesús otra condición: la del pronto seguimiento, dando de mano a todo lo demás: *Y a otro dijo: Sígueme:* no es el discípulo que pide, sino el Maestro que llama. *Y él respondió: Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre;* la petición es justa, para cumplir un natural deber de piedad. Por otra parte, el llamado se revela humilde, obsecuente, dispuesto a seguir a Jesús. *Y Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos: mas tú, ve, y anuncia el Reino de Dios:* es decir, deja que los allegados cumplan con este oficio; tú no eres necesario; estás llamado a cosa muy superior, de orden espiritual. Pudo comprender el nuevo discípulo el alcance de la respuesta del Señor, porque entre los judíos, los que por razón especial estaban consagrados a Dios, el pontífice, los nazarenos, no podían siquiera visitar ningún muerto, aunque fuese el propio padre. Mayor es la dignidad espiritual de los nuevos apóstoles.

No sólo debe obedecerse con prontitud el llamamiento del Señor;

es necesaria la perseverancia, lo que aparece en el ejemplo del tercer candidato: *Y otro le dijo: Te seguiré, Señor: más primeramente déjame ir a disponer de lo que tengo en mi casa*, poner en orden mis negocios, despedirme de mis deudos, etc. *Jesús le dijo: Ninguno que pone su mano en el arado, y mira atrás, es apto para el Reino de Dios*; el arador que no está encorvado sobre el arado, hincándolo en la tierra, no cumple su oficio: si mira atrás, se torcerá el surco: en lo que expresa que en la obra de Dios debemos emplear continua atención y energía.

Lecciones morales.—A) v. 51.—*Determinó, con semblante resuelto, ir a Jerusalén...*—Sabe Jesús que en Jerusalén le aguardan los tormentos y la muerte; a pesar de ello, con libertad absoluta, con voluntad decidida e impertérrita, sube a la fiesta, porque sabe que aquélla es la voluntad del Padre. Tal debe ser nuestra disposición de espíritu, tan pronto se hace en él presente la voluntad de Dios. La convicción de la inteligencia y la firme resolución de la voluntad son el resorte de las grandes acciones, y la explicación de las vidas provechosas. La miedosa aprehensión de la carga a llevar, de la meta a alcanzar, de los trabajos a sufrir, esterilizan los deseos mejor concebidos. Ser los mismos, y ser fuertes, cuando vamos a un buen fin: la gracia de Dios no nos faltará.

B) IOH. v. 10.—*Subió también a la fiesta, no en público, sino como en oculto.*—Va a la fiesta Jesús, no para buscar su gloria ni para padecer, que no ha llegado su hora, sino para enseñar a los hombres y prepararles a la eterna fiesta, dice San Agustín. Y va como en oculto, aunque hubiese podido ir con pompa y frustrar los planes de perderle que sus enemigos abrigaban; ya para confirmarnos en la verdad de su encarnación, ya para que aprendamos a evitar con prudencia el choque con nuestros enemigos, si así lo reclama nuestro bien y el de los demás.

C) v. 55.—*No sabéis de qué espíritu sois.*—El espíritu de Jesús es de caridad, paciencia, longanidad, misericordia, porque le informa el Espíritu Santo. Tal debe ser nuestro espíritu. En esto, el Cristianismo ha mudado la psicología y las costumbres de los pueblos que lo han abrazado y lo han comprendido. «Sé implacable con tu adversario», decían los antiguos; ahora, no: la mansedumbre, el espíritu de paz y de perdón son ley de nuestra vida. No siempre debe exigirse al pecador según justicia, dice San Ambrosio, porque muchas veces aprovecha más la clemencia. A más de que, en este caso, los samaritanos, porque habían sido prontos en creer, debieron ser tratados con menor rigor. Las buenas obras son, hasta cierto punto, compensación de las malas.

D) v. 58.—*Las raposas tienen cuevas...*—Pensó el escriba hacer negocio en el seguimiento de Jesús; y Jesús le muestra, en metáfora de realismo tremendo, la vida paupérrima que voluntariamente ha abrazado. Uno de los más terribles pecados que puedan cometerse en el ejercicio del apostolado, cualquiera que sea, es buscar una equivalencia de los esfuerzos en forma de miserables dineros. Judas

y Simón Mago son cabeza en que debieran escarmentar todos los que, al colaborar con Jesús y al manejar las cosas de Jesús, buscan con afán enriquecerse. Si Dios condena en los simples cristianos el espíritu de codicia, ¿qué sentirá de un apóstol avariento y codicioso?

E) v. 62. — *Ninguno que pone su mano en el arado, y mira atrás...* Te llama el oriente, dice San Agustín, y miras al occidente; te solita la luz de Cristo y sus ejemplos, y vuelves el rostro de tu alma de la parte de la obscuridad. Si miras a lo que has dejado, dice San Beda, te sucederá lo que a la mujer de Lot, que no pudo hacer su camino: tampoco lo harás tú. Tiene la naturaleza demasiada fuerza sobre nuestra vida, para que, si la miramos, no nos solicite de nuevo al mal. Los actos hacen hábitos, y los hábitos engendran una segunda naturaleza, que difícilísimamente se destruye.

104. — MISION DE LOS SETENTA Y DOS: Lc. 10, 1-12.16;
MALDICION DE LAS CIUDADES DEL LAGO: Lc. 10, 13-15

(Mt. 11, 20-24)

**Evangelio de la fiesta de San Tito, 6 febrero; San Marcos, 25 abril
y San Lucas, 18 octubre (vv. 1-9)**

¹Y después de esto, designó el Señor también otros setenta y dos. Y los envió de dos en dos delante de sí a cada ciudad y lugar adonde él debía venir. ²Y les decía: La mies ciertamente es mucha; mas los trabajadores, pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe trabajadores a su mies. ³Id; he aquí que yo os envío, como corderos en medio de lobos. ⁴No llevéis bolsas, ni alforja, ni calzado, ni saludéis a ninguno por el camino. ⁵En cualquiera casa que entrareis, primero decid: Paz sea a esta casa. ⁶Y si hubiera allí hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz: y si no, se volverá a vosotros. ⁷Y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que ellos tengan: porque el trabajador digno es de su salario. No andéis pasando de casa en casa. ⁸Y en cualquiera ciudad en que entrareis, y os recibieren, comed lo que os pusieren delante. ⁹Y curad a los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado a vosotros el Reino de los cielos. ¹⁰Mas si en la ciudad en que entrareis no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: ¹¹Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad sacudimos contra vosotros: sabed, no obstante, que está cerca el Reino de Dios. ¹²Os digo que, en aquel día, habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad. ¹⁶Quien a vosotros oye, a mí me oye: y quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia. Y el que a mí me desprecia, desprecia a Aquel que me envió.

¹⁸Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades, en las que se habían obrado muchísimos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia: ¹³¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Que si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, señadas en cilicio y en ceniza, hubieran

hecho penitencia. ¹⁴ En verdad *yo os digo*, que para Tiro y Sidón habrá en el día del juicio menos rigor que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Cafarnaúm, *¿piensas acaso levantarte hasta el cielo?* Levantada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida. *Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que han sido hechos en ti, permanecido hubiera hasta este día. Por tanto, te digo que en el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti.*

Explicación.— Los vv. 1-12.16 de este fragmento pudieran parecer un duplicado de sus análogos de Mt. 9, 37; 10, 7-16; Mc. 6, 8-11, ya comentados en los números 73-76. Aunque el texto es casi idéntico, se refiere a dos hechos completamente distintos. Los Evangelistas primero y segundo se refieren a la misión de los Apóstoles; aquí se trata de la misión de los setenta y dos discípulos, que tuvo lugar mucho más tarde. Los racionalistas se han empeñado en identificar los dos hechos: con ello intentan atacar la veracidad del tercer Evangelio y hasta la organización jerárquica de la Iglesia. Pero Lc. escribió «habiéndose informado de todas las cosas», y no es verosímil se confundiera en un hecho de tal trascendencia. A más de que hay antiquísimos testimonios en la tradición que afirman el hecho de la misión de los setenta y dos.

MISIÓN DE LOS SETENTA Y DOS (1-12.16).— *Y después de esto*, de haber Jesús determinado o resuelto firmemente ir a Jerusalén, *designó el Señor también otros setenta y dos*. Como en los doce Apóstoles ha visto la tradición simbolizadas las doce tribus de Israel, así en los setenta y dos discípulos se ha visto la designación de seis para cada tribu, o de seis coadjutores para cada Apóstol. También ha visto la tradición en esta designación los distintos grados de la jerarquía eclesiástica: son ellos como unos presbíteros de segundo orden, inferiores a los Apóstoles. Las ediciones críticas del texto griego suelen indicar el número 70, en vez del 72. Con todo, es muy probablemente legítima la lección 72 de la Vulgata. *[Y los envió de dos en dos, como otro tiempo a los Apóstoles (núm. 73), delante de sí a cada ciudad y lugar adonde él debía venir. Así, en los últimos meses de su vida multiplicaba Jesús el número de sembradores de la divina semilla, y preparaba personalmente a los futuros evangelizadores.]*

Para lo restante de este apartado, remitimos al comentario de los números 73-76, por tratarse de textos casi idénticos.

MALDICIÓN DE LAS CIUDADES DEL LAGO (13-15).— Después de haber Jesús señalado los deberes de los predicadores, e insinuado la posi-

bilidad de que no les reciban en algunas ciudades, a fin de que no se desalienten por el fracaso, les indica que él mismo ha obrado en vano muchos prodigios y predicado inútilmente su doctrina en algunas partes; pero el juicio de Dios será severo para los culpables: *Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades, en las que se habían obrado muchísimos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia.* Las palabras de Jesús pronunciadas en el momento en que se despedía de la Galilea, donde estaban emplazadas las ciudades protervas, son un anatema formidable: *¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida!* Eran dos ciudades situadas a orillas del lago de Genesaret, no lejos de Cafarnaúm, de las cuales se ignora hasta su emplazamiento fijo: de tal manera ha consagrado el fallo de la historia la maldición de Jesús.

La obstinación de estas ciudades es tal, que no hubiesen llegado a tanto las ciudades paganas, opulentas, donde el lujo y la molicie pervierten y enervan los espíritus: *Que si en Tiro y en Sidón, ciudades mercantiles de la Fenicia, se hubiesen hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentadas en cilicio, cubiertos sus habitantes de lúgubre vestido, y en ceniza, sentados en el suelo y empolvada de cenizas la cabeza, en señal de dolor, como acostumbraban los pueblos orientales, hubieran hecho penitencia.* Es el colmo de la ignominia para quienes se creían pueblo de Dios. Jesús en los inescrutables secretos de la ciencia de Dios, ha visto, y ha podido anunciarlo con certeza, lo que hubiesen hecho ante su predicación aquellas ciudades paganas. Por esto añade el anuncio de una sanción terrible: *En verdad os digo, que para Tiro y Sidón habrá en el día del juicio menor rigor que para vosotros;* a mayor conocimiento, contumacia y desprecio del don de Dios, es consiguiente mayor severidad en el juicio final.

Luego apostrofa Jesús a su ciudad de adopción, Cafarnaúm, que tantas bendiciones había de él recibido, y tiene para ella un anatema especial: *Y tú, Cafarnaúm,* apóstrofe lleno de dignidad y colmado de terribles vaticinios: *¿piensas acaso levantarte hasta el cielo?* ¿Crees que, con el tiempo, aumentará aún más tu opulencia y tu gloria? *Levantada hasta el cielo,* por tu esplendor, y más que todo por el honor que te ha hecho Dios en poder llamarte la ciudad de su Hijo, que ha hecho en ti su morada y te ha escogido como centro de su misión, *hasta el infierno serás sumergida;* no sólo no crecerás ya más, sino que llegarás a la suma ignominia y te cubrirá el olvido: tus moradores, protervos, recibirán en el infierno el castigo de su impenitencia. De hecho apenas si se conservan vestigios de la bella ciudad; y el viajero no puede menos que recordar la

tremenda profecía del Señor al contemplar la solitaria planicie de Tel-Hum, donde se cree estuvo emplazada la rica ciudad marítima.

Y siguiendo Jesús el tremendo apóstrofe, la compara a la nefanda Sodoma, que hubiese sido menos dura que ella, entregándose a Dios en vista de los prodigios obrados allí por Jesús: *Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que han sido hechos en ti, permanecido hubiera hasta este día*; porque se hubiese arrepentido de sus prevaricaciones, y Dios la hubiese conservado. Grande es la culpa de Cafarnaúm, cuando el Señor la compara con lo peor que en maldad ofrece la historia pasada; por la misma razón de mayor protervia, será más duramente tratada en el último día: *Por tanto, te digo que en el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti*.

Lecciones morales.— a) v. 1.— *Designó el Señor también otros setenta y dos.*— Como nadie duda que los doce Apóstoles fueron los antecesores de los actuales obispos, así es cierto también que los setenta y dos discípulos lo fueron de los presbíteros, es decir, de los sacerdotes de segundo orden; aunque en los primitivos tiempos, como lo atestigua la Escritura, todos se llamaban presbíteros y obispos; de cuales nombres, el primero significa la madurez de la sabiduría, y el segundo el arte del régimen pastoral.

b) v. 1.— *Y los envió de dos en dos delante de sí...*— El Señor va en pos de sus predicadores, dice San Gregorio, porque la predicación previene, y luego viene al secreto de nuestro espíritu el Señor; preceden las palabras de la predicación, y luego la inteligencia recibe la verdad. Por ello son llamados con razón los predicadores, heraldos, legados, plenipotenciarios del Señor. Como tales debemos recibirlos.

c) v. 13.— *¡Ay de ti, Corozáin!*— ¡Qué tremenda responsabilidad la de quienes han recibido la plenitud de dones del Evangelio, y de los que de él derivan, la gloria de la Iglesia, la multitud de ejemplos de santidad, las gracias especiales de orden interior y exterior en que es pródigo el Señor, y no obstante siguen viviendo como paganos! Cuando aumentan los dones, dice San Gregorio, aumenta también la responsabilidad de la cuenta. Pensemos los beneficios que hemos recibido de Dios, en todos los órdenes, y veamos la cuenta equivalente de la que debemos responder. Las ciudades del lago han sido mucho menos afortunadas que nosotros en el reparto de los dones de Dios.

d) v. 13.— *Sentadas en cilicio y en ceniza...*— La posición sentada es símbolo de la humanidad de la conciencia; el cilicio representa la punzante memoria de los pecados; la ceniza, la consideración de la muerte que nos reduce a polvo, dice San Beda. En ello se indica el deber del pecador, especialmente del que ha abusado, como las ciudades malditas, de la gracia del Señor. Contra la protervia y la presunción, la humillación voluntaria; contra el pecado, el remordimiento y el dolor de haberlo cometido; contra esta vana seguridad con que pecamos, como si fuésemos señores de nuestra

vida, el pensamiento de la muerte, que nos hará temerosos de los juicios de Dios, y cautos para no incurrir de nuevo en su indignación.

E) v. 15.— *Y tú, Cafarnaúm...* — Hay pueblos y ciudades que han gozado una situación de privilegio en el orden providencial de la distribución de gracias sobrenaturales. Tales fueron estas ciudades de la Palestina, Jerusalén, Nazaret, Belén, Cafarnaúm. Tales fueron las regiones del norte de África en los primeros siglos, cuando se produjo en ellas el magnífico florecimiento de la vida monacal y cenobítica. Cuanto ha sido mayor la prodigalidad de Dios, tanto suele ser mayor el desamparo en que Dios las deja cuando han abusado o han despreciado las gracias de Dios. Sucede en los pueblos lo que en los individuos. Más todavía en aquéllos que en éstos porque a éstos Dios les reserva los castigos para la otra vida, dejando que en ésta vivan con holgura a veces, en premio del poco o mucho bien que hayan hecho. Pero los pueblos, llámense ciudad, comarca o nación, que no son capaces de sanción colectiva en la otra vida, suelen experimentar ya en ésta el peso de la justicia de Dios en la misma forma social y colectiva en que cometieron el pecado.

F) Mt. v. 24.— *En el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma...* — Quiere decir ello que en comparación a las gracias que dio a Sodoma es mayor el crimen de Cafarnaúm, si se atiende a las gracias extraordinarias que Dios le concedió. Y, no obstante, Cafarnaúm no ha pasado a la historia como ciudad nefanda en la especie y en el grado de maldad de Sodoma. Debe esta consideración hacernos temblar, si dando una mirada a nuestro interior y al curso de nuestra vida, ponderamos el cúmulo de gracias que hemos recibido del Señor. No habremos sido en esta vida tal vez peores que otros muchos, como no fue Cafarnaúm peor que Sodoma, pero habremos merecido mayores castigos por el mayor tesoro de gracias dilapidado. Los ángeles del cielo, Lucifer a la cabeza, son una confirmación de esta política de Dios en la administración de sus dones y de sus castigos.

105. — REGRESAN GOZOSOS LOS SETENTA Y DOS: Lc. 10, 17-20;
GOZO DE JESUS: Mr. 11, 25-30

(Lc. 10, 21-22)

Evangelio de la Misa de Común de Mártires (Lc. 16-20) y de la fiesta de San Mateo (Mat. 25-30)

17 Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. 18 Y les dijo: Estaba yo viendo a Satanás que, como un relámpago, caía del cielo. 19 Veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo: y nada os dañará. 20 Mas en esto no os gocéis, en que los espíritus os están sujetos: antes gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.

M²⁵ En aquella hora Jesús *se alborozó en el Espíritu Santo*, y, respondiendo, dijo: Glorificote, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las has descubierto a los pequeñitos. ²⁶ Sí, Padre, porque así fue de tu agrado. ²⁷ Mi Padre puso en mis manos todas las cosas. Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien lo quisiere revelar el Hijo. ²⁸ Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré. ²⁹ Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: y hallaréis reposo para vuestras almas. ³⁰ Porque mi yugo suave es, y mi carga ligera.

Explicación.—El primer fragmento de estos dos es propio de Lc.; el segundo lo tiene también Lc. a continuación del anterior; pero tiene su paralelo en Mt. más completo, y según el primer Evangelista se halla en el Misal. Como se indica en el epígrafe, regresan los setenta y dos, llenos de gozo, de su misión, y dan cuenta de ella al Maestro (Lc. 10, 17-20). A su vez, el corazón de Jesús salta de gozo ante el éxito de sus discípulos, alabando por ello al Padre y dando nuevas lecciones a sus trabajadores (Mt. 11, 25-30).

REGRESO DE LOS SETENTA Y DOS (Lc. 10,17-20).—Ignórase la duración de la misión de los setenta y dos y qué lugares evangelizasen; ni consta en qué lugar volvieron a juntarse con Jesús. Pero vinieron llenos de gozo por el éxito de su predicación: *Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten*; no sólo nos obedecen los hombres, sino, lo que supera las humanas fuerzas, se nos someten los mismos espíritus infernales. El gozo de los discípulos es natural, y no por ello se les debe censurar de vanagloria: nada se atribuyen a su poder, sino todo a la gracia de Jesús: *En tu nombre*.

Jesús asiente a las palabras de sus discípulos, y añade que aun él ha visto lo que ellos no vieron al echar los demonios: caer Satanás, rápidamente, como el rayo se precipita de las nubes a la tierra: *Y les dijo: Estaba yo viendo a Satanás que, como un relámpago, caía del cielo*; de lejos ha visto Jesús, como Dios que es, el triunfo de los suyos y la total ruina del enemigo.

Confirma luego que no son ellos los que lanzan demonios por virtud propia, sino en fuerza de los amplísimos poderes que han recibido: *Veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones*, en el sentido propio de hacerles inmunes contra los animales dañinos, y en el figurado de humillar a los demonios, simbolizados por aquellos inmundos animales. Ante este poder de los enviados del Señor, es nada todo poder de Satán, el adversario de

Jesús por antonomasia; ni deben temer de él: *Y sobre todo el poder del enemigo: y nada os dañará.*

En todo ello pueden legítimamente gozarse; pero hay motivo de gozo aún mayor, y es su predestinación al goce eterno de la bienaventuranza: *Mas en esto no os gocéis, en que los espíritus os están sujetos;* pudieseis obrar milagros y condenaros (Mt. 7, 22); sin duda los hizo Judas (Mt. 10, 1; Mc. 6, 7; Lc. 9, 1), y se perdió. Hay un motivo más sólido de exultación para ellos: *Antes gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos;* es metáfora según la cual, como acontece en las ciudades de la tierra, habría en la «Ciudad de Paz», un registro o censo de todos sus moradores, «el libro de la vida» (Apoc. 20, 15; cf. Ex. 32, 32.33; Ps. 68, 29; Is. 4, 3; Ez. 13, 9).

GOZO DE JESÚS (Mt. 11, 25-30). — Contiene este fragmento una de las páginas más delicadas y profundas del Evangelio; a través de ella se vislumbran los abismos de bondad del Corazón de Jesús. *En aquella hora* cuando maldijo las ciudades, o en general, cuando él y sus discípulos predicaban el Reino de Dios, *Jesús se alborozó en el Espíritu Santo, y, respondiendo*, es decir, tomando la palabra en virtud de algún hecho o dicho que le determinara a hablar, *dijo: Glorificote*, te alabo y doy gracias, *Padre, Señor del cielo y de la tierra*, apelativos que revelan la reverencia y efusión santa del alma de Jesús: *Porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes;* no has querido manifestar los misterios de la redención cristiana a quienes han recibido con indiferencia su predicación, los sabios según la carne, los orgullosos, los sagaces y prudentes, según el mundo, en aquel tiempo, especialmente, los escribas y fariseos. Otro motivo de la exultación de Jesús es que el providentísimo y omnipotente Padre y Señor del mundo ha manifestado los misterios de su reino a los infantes: *Y las has descubierto a los pequeñitos*, símbolo de los Apóstoles y discípulos, sinceros, sencillos, humildes. Y se reafirma Jesús en lo que ha dicho: *Sí, Padre, te alabo y doy gracias, porque así fue de tu agrado;* me identifico con tu voluntad, que ha querido fuese así.

Dicho esto, Jesús entra dentro de sí, y habla como en un monólogo, en que manifiesta sus relaciones con el Padre: *Mi padre puso en mis manos todas las cosas.* Es una afirmación del señorío y omnipotencia del Hijo de Dios: lo recibe del Padre por transmisión natural de su generación eterna. Infinito en poder, lo es Jesús en sabiduría; sólo la inteligencia infinita del Padre puede comprenderle: *Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre;* y a su vez, no hay

inteligencia sino la suya que pueda comprender al Padre; ambos tienen la misma naturaleza; *Ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo*. Pero éste, con la misma voluntad con que lo quiere el Padre, puede adoctrinar sobre el Padre a quien quisiere: *Y aquel a quien lo quisiere revelar el Hijo*, único mediador entre el Padre y los hombres.

Jesús ha glorificado al Padre, porque revela sus misterios a los pequeños; ha explicado sus íntimas relaciones con el Padre. Ahora hace un dulcísimo llamamiento a los hombres, indicándoles las condiciones que deben procurarse para hacerse dignos de las revelaciones del Padre o por el Hijo: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados*: los trabajados por las aflicciones y penas de la vida; cargados con la pesadumbre del pecado y de la miseria moral. *Y yo os aliviaré*, os refocilaré, descansándoos y descargándoos.

Este alivio lo sentirán los que vayan a Jesús, no porque puedan vivir sin trabajos ni miserias, sino aceptando el yugo de su autoridad y magisterio: *Tomad mi yugo sobre vosotros*, el yugo de mi doctrina y preceptos; *Y aprended de mí*, someteos a mi magisterio, en el pensar y en el querer y en el vivir. Las razones de aceptar el yugo son: Primera, porque es un maestro benigno y clemente: *Que soy manso*, sin nada de arrogancia, antes lleno de humildad profunda, sincera, cordial: *Y humilde de corazón*. Segunda, porque la aceptación de su magisterio es fuente de sosiego, de felicidad, que todos apetecemos; estanca la fuente de todo sufrimiento: *Y hallaréis reposo para vuestras almas*, para vosotros. Tercera, su yugo no es incómodo, sino muy llevadero: *Porque mi yugo suave es*, mi magisterio es de régimen benigno y paternal; y su carga no es molesta, sus preceptos son muy soportables: *Y mi carga ligera*. Todo lo que la vida tiene de trabajo y carga, lo alivia Jesús con su doctrina, gracia y ejemplos.

Lecciones morales.—A) Lc. 17.— *Hasta los demonios se nos someten en su nombre*.—Más contentos parecían estar los Apóstoles, dice San Cirilo, de ser obradores de milagros que de ser ministros de la predicación del Evangelio. Los ministerios gloriosos fácilmente engendran en nosotros un sentimiento de grandeza que puede degenerar en vanagloria. Por esto, dice un intérprete, Jesús, por toda respuesta, ofrece a sus Apóstoles la perspectiva de la soberbia hundida en su propia miseria: «Estaba yo viendo a Satanás...» Sean muchos o pocos nuestros talentos, grande o nulo el éxito de nuestro apostolado, oscuros o brillantes nuestros oficios en la sociedad o en la Iglesia, atribuyámoslo siempre a Dios, de quien viene todo bien, y cuya mano nos sostiene para hacer el bien. ¡Ay de nosotros, el día que nos despreciáramos de la mano de Dios en el ejercicio de nuestras funciones, de orden natural o sobrenatural!

b) v. 20. — *Gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.* — Los nombres de los elegidos están escritos en los cielos, no con tinta, dice Teofilacto, sino en el pensamiento de Dios y por su gracia. Que obre el hombre obras celestiales, que las haga terrenas, dice San Beda, todo lo graba Dios en su mente: sólo son descritas en el libro de la vida las obras de vida, las que se hacen en gracia; las demás, si no son todas para nuestra perdición, no son capaces de levantarnos a la visión beatífica de Dios.

c) Mt. v. 25. — *Porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes...* — La sabiduría, cuando no se funda en Dios, incapacita al hombre para entender las cosas de Dios. Dios se esconde a los ojos de aquellos que no se acercan a él con espíritu humilde, con rectitud de intención, con corazón puro. Esto nos explica las aberraciones inconcebibles de hombres de gran talento y mucho saber sobre Jesucristo, su Iglesia, su doctrina, etc. Nada de ello les entra sino deformado, porque se empeñan en que entre Dios en ellos según ellos, y Dios no se manifiesta sino a aquellos que le ofrecen entrada según quiere Dios.

d) v. 28. — *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados...* ¡Qué de lágrimas han enjugado en el mundo estas palabras! Porque ellas le han convertido de erial en vergel florido, de ergástulo de tormentos en lugar anticipado de delicias. Jesús no sólo les ha abierto a los hombres la vida eterna, ha endulzado los días miserables de su vida mortal. Fuera de Jesús, jamás, ni en ninguna parte, pudieron los mortales hallar reposo, ni en el pensamiento, ni en la voluntad, ni en la vida. Jesús, al decir: «¡Venid a mí!», se ha convertido en el soporte intelectual y moral del mundo; las vidas humanas ya no han corrido por el desierto de la tierra barridas por toda tormenta; se han centrado; y con ello han hallado dulce reposo en el Cristo de Dios; mientras las almas se han abierto a la dulce esperanza de una felicidad interminable, que gozarán en Cristo y por Cristo y con Cristo.

e) v. 29. — *Aprended de mí...* — En el sentido moral indican estas palabras la ejemplaridad de Jesús: él es el modelo de todas las virtudes. Pero el sentido propio es de una invitación a su magisterio, a sus enseñanzas; como si dijera: Dejad que yo sea vuestro maestro... Nada más ambiciona Jesús que ejercer su magisterio en el mundo: para ello vino. Su magisterio es la iniciación y la consumación de su reino, por lo que a él atañe; es el comienzo del Reino de Dios en nosotros, por lo que a nuestra colaboración corresponde. No hay salvación posible sin aceptación previa del magisterio de Jesús. Por haberlo rechazado se hizo réprobo el pueblo de Dios. De los hijos de su reino dice el mismo Jesús: «Y serán todos enseñados por Dios» (Ioh. 6, 45).

f) v. 30. — *Porque mi yugo suave es, y mi carga ligera.* — ¿Qué yugo más suave, y qué carga más ligera, dice San Hilario, que abstenerse del pecado, querer el bien, aborrecer el mal, amar a todos, no odiar a nadie, no dejarse engañar de los bienes presentes, lograr los eternos, no querer hacer a los demás lo que difícilmente toleramos se nos haga a nosotros? Porque los males de la vida son iguales para todos, buenos y malos; vuélvase el hombre adondequiera, dice

San Agustín, y ambicione lo que quiera, en todas partes hallará el dolor; y ¿no es cosa suave que entre penas logremos la eterna dicha del cielo, cuando entre penas logran otros a veces, ni los logran sino para su mayor tormento, los bienes percederos de la tierra? ¿No vale más dejarse cortar y quemar unos momentos en esta vida que sufrir eternamente en los infiernos? ¿Cuál es el yugo suave y la carga ligera, esto o aquello?

106. — PARABOLA DEL SAMARITANO: Lc. 10, 23-27

Evangelio de la Domínica 12.^a después de Pentecostés

²³ Y vuelto a sus discípulos, dijo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. ²⁴ Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron: y oír lo que oís, y no lo oyeron.

²⁵ Y se levantó un doctor de la ley, y le dijo por tentarle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? ²⁶ Y él le dijo: En la ley, ¿qué hay escrito? ¿Cómo lees? ²⁷ El, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento: y a tu prójimo como a ti mismo. ²⁸ Y le dijo: Bien has respondido: haz esto, y vivirás.

²⁹ Mas él, queriéndose justificar a sí mismo, dijo a Jesús: Y ¿quién es mi prójimo? ³⁰ Y Jesús, tomando la palabra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron: y, después de haberlo herido, se fueron, dejándolo medio muerto. ³¹ Aconteció, pues, casualmente, que bajaba por el mismo camino un sacerdote: y, habiéndolo visto, pasó de largo. ³² Y asimismo un levita, hallándose cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. ³³ Mas un samaritano que iba de camino, se llegó cerca de él; y al verle, se movió a compasión. ³⁴ Y, acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; y, poniéndolo sobre su cabalgadura, lo llevó a una venta, y tuvo cuidado de él. ³⁵ Al día siguiente sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cúidamelo; y cuanto gastes de más, yo te lo daré cuando vuelva. ³⁶ ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones? ³⁷ Aquél, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues ve, le dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo.

Explicación. — Los versículos 23.24 mejor corresponden al fragmento anterior. Son una especie de epifonema o reflexión sentenciosa que hace Jesús a sus discípulos que han tenido la dicha de recibir la revelación del Padre en las palabras y obras de su Hijo, y no los une con los siguientes el nexo ideológico, ni el histórico. Aquéllos son continuación del discurso a solos sus discípulos. Estos son narración de un episodio sucedido en otro lugar y ante el pueblo. No se comentan por haber sido ya sus paralelos (Mt. 13, 16.17),

en el núm. 64. Se repiten aquí para no mutilar el fragmento correspondiente del Misal. Sigue a ellos la sublime lección de la caridad, contenida en la dulce parábola del buen Samaritano, en la que podemos considerar dos partes: la pregunta, concreta y práctica, en cuestión de orden moral, que hace a Jesús un doctor de la ley, con la respuesta, no menos práctica, de Jesús (25-28); y la parábola del Samaritano, destinada a demostrar quién es nuestro prójimo (29-37).

UNA CUESTIÓN MORAL (25-28). — *Y se levantó un doctor de la ley...* Esta manera de empezar la narración hace suponer que Jesús estaría hablando estando sentados sus oyentes. No es improbable que se tratase de alguna reunión sabática en alguna sinagoga, quizás la de Jericó, o de alguna población contigua, por lo que se dirá. *Y le dijo por tentarle*, con ánimo de explotarle, quizás para tenderle un lazo: *Maestro, ¿qué haré para poseer*, para heredar, *la vida eterna?* ¿Hay algún acto esencial, único que permita conquistar la bienaventuranza? *Y él le dijo*, proponiéndole a su vez una cuestión, según su costumbre cuando se le tentaba: *En la ley, ¿qué hay escrito? ¿Cómo lees?* Tú eres intérprete de la ley: ¿qué es lo que la ley exige para la vida eterna? *El, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento* (Deut. 6, 5; 11, 13): era la síntesis de la vida moral de todo judío, que debía recitar este texto dos veces al día, y que llevaba escrito en sus filacterias: *Y a tu prójimo como a ti mismo* (Lev. 19, 18). *Y le dijo Jesús* asintiendo amablemente a la respuesta: *Bien has respondido: haz esto y vivirás*: hazlo siempre, y lograrás la vida eterna.

PARÁBOLA DEL SAMARITANO (29-37). — Dada la facilidad de la respuesta, que a requerimiento de Jesús hace el escriba a su misma pregunta, hubiese podido parecer que ésta era fútil, superflua; el doctor quiere sincerarse de esta sospecha, y demostrar al mismo tiempo la dificultad práctica de cumplir el precepto: *Mas él, queriéndose justificar a sí mismo, dijo a Jesús: Y ¿quién es mi prójimo?* Creían los soberbios escribas que eran pocos los que merecían los honores de su amor.

Y Jesús, tomando la palabra, dijo, proponiendo la bellísima parábola del Samaritano, que tan bien encuadra en el «Evangelio de la misericordia», que así se llama el de Lucas, y en la que algunos, sin razón suficiente, han creído que se describía un hecho histórico: *Un hombre, un israelita, quizás judío, ya que viene de la capital,*

bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones; es hórrido y desierto el camino de Jerusalén a Jericó, y entonces, como hoy, teatro frecuente de las fechorías de gente maleante. Hacia la mitad del camino que va de Jerusalén a Jericó, atravesando el hórrido desierto de Judea, hay un pobre albergue donde la tradición ha localizado el episodio de esta parábola, y que es conocido con el nombre de «El buen Samaritano». Los ladrones hicieron lo que suelen en estos casos: *Los cuales le despojaron y, después de haberlo herido, se fueron, dejándolo medio muerto;* la descripción es rápida; el hombre ha quedado desnudo, exánime, solo, en un desierto. Jesús hace desfilar tres clases de hombres ante aquel miserable.

Aconteció, pues, casualmente, que bajaba por el mismo camino un sacerdote: un hombre que por razón de su vida y de su oficio, debía encarnar los sentimientos de piedad, más que ningún otro judío; venía tal vez de Jerusalén de cumplir sus funciones sacerdotales durante la semana, y volvía a su casa: *Y, habiéndolo visto, pasó de largo:* dióle una mirada furtiva, y siguió impávido su camino; no hizo el sacerdote con aquel desgraciado lo que prescribía la ley cuando se hallaba uno con la bestia de un enemigo caída: ayudar al enemigo a levantarla (Ex. 23, 5).

El segundo personaje es un levita, ministro también del altar, aunque de un orden inferior; siguió éste el ejemplo del de mayor jerarquía: *Y asimismo un levita, hallándose cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo.*

Mas un samaritano que iba de camino, se llegó cerca de él: el samaritano es enemigo nato del judío; ha poco el mismo Jesús ha recibido de ellos repulsa: ¿cómo se portará con el desdichado? Su conducta es inesperada: *Y al verlo, se movió a compasión,* expresión gráfica, dicha con frecuencia por el mismo Jesús (Mt. 9, 36; 15, 32; 20, 34; Mc. 1, 41, etc.). La misericordia mueve al samaritano a hacer por el miserable cuanto puede en aquel estado: *Y, acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino,* mixtura emoliente y deterativa, usada por griegos y romanos, y que aún hoy se llama «bálsamo del Samaritano». Cedió el samaritano su cabalgadura al herido, y lo llevó a cubierto: *Y, poniéndolo sobre su cabalgadura, lo llevó a una venta, y tuvo cuidado de él.* Hizo más: sin cuidar de inquirir sobre el estado económico del enfermo, liberalmente, da al encargado del albergue antes de despedirse, dos denarios para que le cuide; un denario (0.80 pesetas) era la paga de un día de trabajo: *Al día siguiente sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cúidamelo;* encargándole ponga en su cuenta

si algo más tiene que gastar: *Y cuanto gaste de más, yo te lo daré cuando vuelva*; probablemente es conocido del ventero y hace con frecuencia el camino.

Planteado el caso, interroga Jesús al doctor, invitándole a sacar consecuencia moral: *¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones?* ¿Quién le amó como a sí mismo? Es fácil la respuesta, aunque no sin mérito para el escriba, que la da con sinceridad, por más que no quiere pronunciar el nombre odioso del samaritano: *Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia.* La que es profundísima del Corazón de Jesús, acababa de concretar, en forma lapidaria, duradera como los siglos, el ideal de la caridad de fraternidad. Y para que se traduzca en la realidad de la vida: *Pues ve, le dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo*, sin distinción de raza, categoría, religión, afecto.

— **Lecciones morales.** — a) v. 27. — *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...* — No consiente Dios un amor ni un corazón mutilado, dice San Basilio, en lo que atañe al cumplimiento del primer precepto de su ley. Desde el momento en que nuestro amor deriva a cosas inferiores a Dios indebidamente, hemos ya faltado a la integridad del precepto. Porque así como si se saca agua, poca o mucha, de un vaso que debe estar lleno, falta ya aquella agua para su plenitud, así falta en nuestro corazón, con respecto a Dios, cualquiera porción de amor que ilegítimamente derivemos de él hacia las criaturas.

b) v. 29. — *¿Quién es mi prójimo?* — En tiempo de Jesús, hasta el mismo pueblo judío, custodio de la revelación, hasta los mismos intérpretes de ella, desconocen el alcance de la palabra «prójimo»; hasta el punto de que, según la interpretación de muchos Padres, la pregunta de este escriba es hija de su soberbia, que le hacía reputarse hombre único, cuya dignidad no toleraba paridad ni proximidad con los demás hombres. Ya no hay que hablar de los paganos que, como decía San Pablo de los de Roma, eran gente «sin afección, sin misericordia» (Rom. 1, 31). Hoy, gracias a las doctrinas de Jesús, sabemos que nuestro prójimo es todo hombre, de cualquier clase y condición que sea. Pero, en el orden de la vida, ¿qué eficacia tiene este concepto? Tal vez sea éste uno de los puntos en que las modernas costumbres se hayan separado más de la línea trazada por el Evangelio, en el orden personal y en el social.

c) v. 30. — *Un hombre... cayó en manos de unos ladrones...* — ¿Quiénes son estos ladrones, dice San Ambrosio, más que los ángeles de la noche y de las tinieblas? Pero no hubiese caído en sus manos, si no hubiese entrado por sus caminos. Así sucedió a Adán, dice San Agustín, que quedó despojado de los dones de Dios, y le malhirieron, produciendo en su libertad una profunda llaga. Es el demonio el «homicida desde el principio» (Ioh. 8, 44); es «nuestro adversario que, como león rugiente, merodea buscando a quién

devorar» (1 Petr. 5, 8). No andemos desprevenidos, confiando en nuestras fuerzas, ni por caminos desiertos, abandonados a nosotros mismos, sin la compañía fortísima de Dios, de sus ángeles y de sus santos; y no caeremos en manos de los ladrones de nuestras almas.

D) v. 32.—*Y viéndole pasó también de largo.*—¡Cuántos pasan aún hoy de largo, en pleno Cristianismo, no por los desiertos de la tierra, sino en medio de las populosas ciudades, sin hacer caso de los miserables que, en mil formas, necesitan calor de corazón y auxilio en medio de las angustias en que viven! Necesitados del cuerpo y del espíritu, malheridos en las luchas de la vida, que esperan el paso de los discípulos del buen Samaritano Jesús, y los discípulos todavía no han aprendido las lecciones de la caridad del Maestro...

E) v. 33.—*Mas un samaritano... se llegó cerca de él...*—El samaritano es Jesús, porque hablando al escriba que estaba hinchado de la ley, le demuestra que ni él, ni el sacerdote, ni el levita eran cumplidores de la ley, y que él es quien vino a cumplirla, lleno de misericordia para con todos los hombres. Divino samaritano, que bajó de la celestial Jerusalén a esta miserable Jericó de la mutabilidad y miseria de las cosas humanas, y curó a la humanidad enferma, que ya no tenía la vida de Dios, y hasta en el orden humano había llegado a todo abismo; que curó nuestras heridas con el bálsamo de su gracia, que nos colocó en el recinto cerrado y fuerte de su Iglesia; que le dejó a nuestra Madre todos los tesoros de sus sacramentos para que acabe nuestra curación. Todo ello después de haber dado su propia vida para arrancarnos de las garras de la muerte, de cuerpo y alma.

B) v. 37.—*Haz tú lo mismo.*—Como si dijera, dice el Crisóstomo: Cuando veas a alguno víctima de cualquier miseria, no digas: Malo es, gentil es. Si necesita socorro, no caviles; tiene derecho a tu auxilio, cualquiera que sea el mal que sufra. Porque, dice San Ambrosio, no es el parentesco el que hace que uno sea prójimo, sino la misericordia; porque la misericordia es según la naturaleza: pues nada hay más conforme a la naturaleza que ayudar al que tiene nuestra misma naturaleza.

107.— MARTA Y MARIA: Lc. 10,38-42

Evangelio de la fiesta de Santa Marta (29 de julio)

³⁸ Y aconteció que, como fuesen de camino, entró Jesús en una aldea; y una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa. ³⁹ Y ésta tenía una hermana llamada María, la cual, también sentada a los pies del Señor, oía su palabra. ⁴⁰ Mientras que Marta estaba muy afanada en los quehaceres de la casa: la cual se presentó y dijo: Señor, ¿no reparas en que mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude. ⁴¹ Y el Señor le respondió, y dijo: Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y por muchas cosas te acongojas. ⁴² En verdad, una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.

Explicación. — Júntase admirablemente esta lección con la anterior: en aquélla se resuelve en tesis cuál sea la manera de lograr la vida eterna, a saber, amando a Dios y al prójimo; en ésta se nos ofrece, en las dos hermanas, un admirable ejemplo de lo uno y de lo otro: Marta es el modelo del amor al prójimo; María lo es del amor a Dios. El hecho tiene lugar en Betania, en la Judea (Ioh. 11, 1), a tres kilómetros escasos de Jerusalén, adonde se dirigía Jesús para la fiesta de la Dedicación.

Y aconteció que como fuesen de camino, entró Jesús en una aldea: Juan la llama castillo o granja; Y una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa: la franqueza con que tratan a Jesús las dos hermanas hace suponer que no era ésta la primera vez que se hospedaba en la casa; Marta se presenta aquí como la hermana mayor y dueña de la casa. *Y ésta tenía una hermana llamada María, la cual, también sentada a los pies del Señor, oía su palabra:* le escucha sentada como discípula, ávida de absorber espiritualmente la celestial doctrina de Jesús; y estaba «también» sentada, porque quizá la acompañaban otras mujeres, o cuidaba de la casa y acudía cuando podía a los pies de Jesús, o «también» acogía al divino huésped, aunque a su manera. Marta, en cambio, agitábase de aquí para allá, atraída por toda suerte de cuidados con que honrar debidamente a Jesús, especialmente en disponer la cena para él y sus discípulos: *Mientras que Marta estaba muy afanada en los quehaceres de la casa.*

El temor de que no pudiese atender a todo en sus cuidados, la hizo pararse bruscamente delante de Jesús, para quejarse ante él de lo que creía desidia de su hermana: *La cual se presentó, y dijo: Señor, ¿no reparas en que mi hermana me ha dejado sola para servir?* La queja va contra la hermana; la apelación, al huésped: si no se lo manda Jesús, María no se moverá de sus pies: *Dile, pues, que me ayude.* La descripción de la psicología de las dos hermanas está tratada de mano maestra: es breve, delicada, luminosa.

Y el Señor le respondió, con una frase que encierra todo un programa de vida y que es la concreción del sumo equilibrio del Cristianismo en el orden del obrar, *y dijo: Marta, Marta...;* la repetición del nombre es signo de afecto y admonición sobre un punto grave: *muy cuidadosa estás, y por muchas cosas te acongojas;* es la preocupación interior del espíritu y la agitación exterior por la multitud y nimiedad de los detalles en la preparación del hospedaje. Hacía Marta cosa laudable en sí, pero se excedía en el modo. Jesús la llama al justo medio, contraponiendo a la de Marta la conducta de su hermana: *En verdad, una sola cosa es necesaria:* no hay

absoluta precisión más que de un solo objetivo. Cuál sea éste, lo indica Jesús: *María ha escogido la mejor parte*: debemos cuidar de las cosas de la vida, pero antes que todo, de la vida del espíritu, de nutrir el alma con la buena doctrina, fundamento del bien vivir. Tú has obrado bien, aunque te has excedido en lo exterior; María ha elegido lo mejor, porque con toda su alma se ha adherido a mí, y ha bebido a sorbos la ciencia del espíritu; esto durará siempre, *que no le será quitada* esta parte o suerte de vida que ha escogido, porque la vida bienaventurada es vida completamente de espíritu, de contemplación y de amor. Estas palabras de Jesús han producido en su Iglesia estas dos grandes manifestaciones de la vida: la contemplación y la acción; aquélla es superior a ésta.

Lecciones morales.—A) v. 38.—*Marta lo recibió en su casa.*—Le recibió, dice San Agustín, como suelen recibirse los peregrinos: pero aquí era la sierva, que recibía al Señor; la enferma, al Salvador; la criatura, al Creador. Ni digamos: «Felices los que pudieron hospedar en su propia casa a Cristo»; no nos lamentemos por ello, cuando él mismo nos dice: «Lo que hiciereis a uno de estos pequeños, a mí mismo lo habéis hecho» (Mt. 5, 40). Y ¿por ventura no tenemos la dicha de poder recibirle cuando queramos personalmente, como Marta, en la Sagrada Comunión, en la propísima casa de nuestro pecho?

B) v. 39.—*María..., sentada a los pies del Señor, oía su palabra.* No estaba sentada solamente cerca de Jesús, sino a los mismos pies del Señor, dice el Crisóstomo; con lo que se significa la diligencia, la asiduidad, la atención a lo que dice, y la profunda reverencia que tiene para con el Señor. Porque, dice San Agustín, cuanto más humildemente se sentaba a los pies de Jesús, tanto más se empapaba su alma de la doctrina del divino Maestro: como las aguas, que no se detienen en los montes y collados, sino que bañan y fecundan la humildad de las llanuras.

C) v. 41.—*Por muchas cosas te acongojas.*—¿Cuántos son los hombres que se acongojan por demasiadas cosas! Se cuida lo que se tiene; se sufre por aquello de que se carece; se busca con afán pábulo para todas las potencias, objetivo para todas las direcciones de la vida. Y ésta se distiende; y vienen las inquietudes y las congojas. Es que la mayor parte de las vidas tienen poco nervio espiritual: un pensamiento y una voluntad es lo que da firmeza, estabilidad, descanso a la vida, que gira toda con regularidad alrededor de un solo árbol maestro. Cuando, por el contrario, hay en nuestra vida lo que podríamos llamar multiplicidad de centros periféricos, cada uno reclama una porción de las energías de la vida, lo que engendra la agitación estéril, el cansancio, el desasosiego. ¡Abundan más las Martas que las Marías; y aun ojalá que los simbolizados por Marta se ocupasen, como ella, en útiles y santos ministerios!

D) v. 42.—*María ha escogido la mejor parte...*—¿Querrá esto decir que debemos ser todos unos contemplativos, abismándonos en el estudio de las cosas de Dios, olvidados del mundo que nos rodea?

No: Jesús, dice San Agustín, no reprende a Marta; sólo señala diferencia de ministerios. Hay vocaciones a un estado superior de contemplación. Que no digan los activos que los que contemplan no trabajan; trabajan mejor que ellos, si contemplan mejor. De aquí la importancia suma que a la vida contemplativa dio siempre la Iglesia. Pero cuando debe prevalecer la acción, entonces la misma Iglesia es la que orienta la actividad de sus hijos en este sentido. Este criterio ha hecho que surgieran en el campo de la Iglesia, en días de lucha con el enemigo, esta pléyade de hombres, de instituciones, que tienen por lema unir la acción a la contemplación. Hacen a la vez la obra de Marta y María.

PERIODO SEGUNDO

EN LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS

108.— EL PUEBLO DISCUTE ACERCA DE JESUS.
ENSEÑA JESUS EN EL TEMPLO: IOH. 7, 11-31

Evangelio del martes después de la Dominica 4.^a de Cuaresma
(vv. 14-31)

¹¹ Y los judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél? ¹² Y había grande murmullo acerca de él entre la gente. Porque los unos decían: Bueno es. Y los otros: No, antes engaña a las gentes. ¹³ Pero ninguno hablaba abiertamente de él por miedo a los judíos.

¹⁴ Y ya mediada la fiesta, subió Jesús al templo, y enseñaba. ¹⁵ Y se maravillaban los judíos, y decían: ¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido? ¹⁶ Jesús les respondió, y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. ¹⁷ El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. ¹⁸ El que de sí mismo habla, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria de aquel que le envió, éste es veraz, y no hay en él injusticia.

¹⁹ ¿Por ventura no os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ²⁰ ¿Por qué queréis matarme? Respondió la gente, y dijo: Demonio tienes: ¿quién quiere matarte? ²¹ Jesús les respondió, y dijo: Hice una obra, y todos os maravilláis. ²² Pues bien: os dio Moisés la circuncisión (no porque ella es de Moisés, sino de los padres), y circuncidáis al hombre en sábado. ²³ Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, porque no se quebrante la ley de Moisés, ¿os ensañáis contra mí porque sané por entero en sábado a un hombre? ²⁴ No juzguéis según lo que aparece, sino juzgad justo juicio.

²⁵ Y decían algunos de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matarle? ²⁶ Pues ved aquí que habla en público, y no le dicen nada. ¿Por ventura han conocido de cierto los príncipes que éste es el Cristo? ²⁷ Mas éste sabemos de dónde es, y cuando viniere el Cristo, nadie sabrá de dónde sea. ²⁸ Y Jesús alzaba la voz en el templo, enseñando y diciendo: Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy: empero yo no vine de mí mismo, mas es veraz el que

me envió, a quien vosotros no conocéis. ²⁹ Yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió. ³⁰ Y le querían prender: mas ninguno le echó la mano, porque todavía no era llegada su hora. ³¹ Y muchos del pueblo creyeron en él, y decían: Cuando viniere el Cristo, ¿hará más milagros que los que éste hace?

Explicación. — EL PUEBLO DISCUTE ACERCA DE JESÚS (11-14). — Cuán fundados eran los temores de Jesús de que podía precipitarse el tiempo de su pasión, lo demuestra la rabia de los primates de Jerusalén: *Y los judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquél?* Los «judíos» son los principales, por contraposición a la «gente» (v. 12); tanto es su odio y obsesión, que ni siquiera nombran a Jesús, indicándole por «aquél». Y a la verdad que bastaba esta indicación genérica para que todo el mundo lo interpretase de Jesús, porque todo el mundo se ocupaba de él claudestramente, habiendo llegado a la cumbre de su fama, por su doctrina y sus milagros: *Y había grande murmullo acerca de él entre la gente.* Los pareceres eran encontrados: *Porque los unos decían: Bueno es. Y los otros: No, antes engaña a las gentes.* Con todo, pueblo servil y abyecto, ni unos ni otros se atrevían a hablar públicamente de Jesús: los primeros, por no incurrir en las iras de los primates; los otros, por no verse obligados a comparecer en juicio contra Jesús, de quien nada malo podían probar: *Pero ninguno hablaba abiertamente de él por miedo a los judíos.* Pronto el mismo Jesús provocará, en la misma capital de la nación, a príncipes y pueblo a que públicamente formen juicio acerca de él.

Jesús ha subido a Jerusalén «como en oculto» para asistir a la gran fiesta de los Tabernáculos; hacia el cuarto día aparece súbitamente en las galerías del Templo enseñando: *Y ya mediada la fiesta, subió Jesús al templo, y enseñaba.* El Evangelista no nos da más que una síntesis de la doctrina de Jesús en esta ocasión; parece más atento a poner de relieve el estado pasional de aquellas multitudes con respecto a Jesús, que a darnos, en forma coherente, las enseñanzas del Maestro. Con todo, aunque difiera el análisis que de este fragmento hacen los intérpretes, creemos podemos reducirlo a un pensamiento: el de la vindicación de su divinidad, expuesto en tres fases distintas: su doctrina, sus obras, su persona.

DIVINIDAD DE LA DOCTRINA DE JESÚS (15-18). — No nos dice el Evangelista qué enseñó Jesús en esta ocasión, antes de que se produjera el episodio que comentamos; pero lo hizo con tal gracia, tal sabiduría y tal conocimiento de las Escrituras, que los primates quedaron asombrados, mayormente sabiendo que no había Jesús fre-

cuentado las escuelas de los escribas: *Y se maravillaron los judíos, y decían: ¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido?*

Jesús responde sentando la tesis de la divinidad de su doctrina: *Jesús les respondió, y dijo: Mi doctrina, la que yo tengo y os propongo, no es mía originariamente, no es por mí inventada, sino de aquel que me envió, del Padre.* Palabras que pudo decir Jesús como Dios, en cuanto es la Sabiduría del Padre, por El eternamente engendrada; y como hombre, porque el entendimiento de Jesús recibía las iluminaciones del Verbo.

Sienta luego Jesús dos criterios o reglas para discernir la divinidad de la doctrina. Criterio interno: *El que quisiere hacer su voluntad* (de quien le ha enviado), *conocerá de la doctrina, si es de Dios, o si yo hablo de mí mismo*, por contraposición a Dios, como los falsos profetas. Que vivan sus oyentes ajustados a la ley, expresada en las Escrituras, y esta pureza y sinceridad de vida les llevará al conocimiento de la doctrina de Dios. Es una verdad gravísima de carácter general: hay relación profunda entre el bien vivir y el bien creer (1 Cor. 2, 6; 3, 1 sigs.; Hebr. 5, 11 sigs.). Criterio externo: *El que de sí mismo habla, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria de aquel que le envió, éste es veraz, y no hay en él injusticia*, engaño, falsedad, error, mentira. Es decir, hay dos clases de doctores: unos que propalan sus propias ideas, con fines de ambición personal; y otros que buscan la gloria de Dios, de quien son embajadores. La aplicación a Jesús es evidente.

DIVINIDAD DE SUS OBRAS (19-24).—Al llegar a este punto, parece que alguno de los doctores que le oían echó en cara a Jesús la violación del sábado perpetrada con motivo de la curación del paralítico de la piscina de Bethesda, la penúltima Pascua (Ioh. 5, 18): era un ataque contra la santidad de su vida y una acusación de discordancia con los criterios que acababa de exponer. De hecho, Jesús, en los siguientes versículos, no hace más que rechazar este ataque. Y lo rechaza primero, acusando a su vez a los primates de infractores de la ley: *¿Por ventura no os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley?* Faltan a la ley, primero, porque no cumplen con la de la caridad al prójimo, por cuanto él sabe que quieren matarle; y en segundo lugar, por lo que les ha argüido y les argüirá en otras ocasiones (cf. Mt. 15, 3-9; 23, 4-33; Mc. 7, 7-13, etc.). Luego les arguye *ad hominem*, descubriendo a la multitud sus secretos proyectos de matarle: *¿Por qué queréis matarme, si vosotros sois los primeros infractores de la ley?*

Entonces la turba, que ignoraba los planes de los próceres, le

interrumpe groseramente: *Respondió la gente, y dijo: Demonio tienes: ¿quién quiere matarte?* Estás alucinado, el demonio te instiga para que nos imputes la voluntad de matarte, que no tenemos.

Y sigue Jesús su argumentación vindicativa. Les hace retroceder en su memoria a año y medio atrás, cuando la curación del paralítico, que tanto asombro produjo y que fue causa de que se decretara su muerte: *Jesús les respondió, y dijo: Hice una obra, el milagro de la piscina, y todos os maravilláis. No tenéis derecho a tacharme de infractor de un precepto divino: porque también hay uno gravísimo, que es la circuncisión, que viene de Dios por Moisés y los Padres: Pues bien: os dio Moisés la circuncisión, (no porque ella es de Moisés, sino de los padres), y para cumplir con este precepto, si la circuncisión ocurre en día de sábado, infringís el sábado para circuncidar: Y circuncidáis al hombre en sábado. Puesta la premisa, arguye Jesús a fortiori: Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, porque no se quebrante la ley de Moisés, porque la circuncisión es precepto más grave que el del sábado, ¿os enseñáis contra mí porque sané por entero en sábado a un hombre?* Es decir, curar a todo un hombre es más noble que la circuncisión que en el concepto de los rabinos era la curación de una parte mala del hombre; la circuncisión es más noble que el sábado: ¿por qué si vosotros hacéis lo bueno no puedo hacer yo lo mejor? En la circuncisión hay que considerar dos aspectos: el espiritual, porque por ella era el circuncidado agregado al pueblo de Dios; y el material, que no era más que la escisión del prepucio, que importaba cierto trabajo: a este aspecto se refiere Jesús.

Concluye Jesús sentenciosamente haciendo entrar en razón a sus adversarios: *No juzguéis según lo que aparece*, de plano y sin meditar, por las simples apariencias, sino ponderad bien las razones para juzgarme debidamente: *Sino juzgad justo juicio.*

DIVINIDAD DE SU PERSONA (25-31).—Entre la turba había vecinos de Jerusalén, mejor enterados que los forasteros de los planes de los primates contra Jesús, quienes extrañan no le echen mano para matarle: *Y decían algunos de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan para matarle? Pues ved aquí que habla en público, defendiendo aquello mismo por lo que quieren matarle, y no le dicen nada, ni de lo que defiende ni de lo que les acusa.*

Esta extraña conducta de los primates les sugiere a los de Jerusalén la sospecha de que aquéllos hayan reconocido a Jesús por el Cristo: *¿Por ventura han reconocido de cierto los príncipes que*

éste es el Cristo? Pero pronto rectifican su propio juicio: verdad que la doctrina, vida y obras de este hombre hacen sospechar si es en realidad el Mesías; mas de Jesús se conoce la familia, la prosapia, los padres: *Mas éste sabemos de dónde es;* en cambio, según los prejuicios de los judíos, la aparición del Cristo debía ser súbita, imprevista, sabiéndose sólo que debía ser de la estirpe de David y que debía aparecer en Belén, como venido del cielo: *Y cuando viniere el Cristo, nadie sabrá de dónde sea.*

Esto que susurraban entre sí algunos oyentes vecinos de Jerusalén, lo conoce Jesús por intuición divina, y levantando la voz, señal de emoción y entusiasmo, les adoctrina sobre su persona: *Y Jesús alzaba la voz en el templo, enseñando y diciendo: Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy: fisonomía, padres, patria, historia, todo de mí os es conocido. Empero yo no vine de mí mismo: hay otro origen que considerar en mí, y existe en realidad otro que me envió, el Padre, a quien vosotros desconocéis: Mas es veraz el que me envió, a quien vosotros no conocéis.* A este terrible reproche de desconocimiento de Dios, dirigido a un pueblo que se llamaba de Dios, añade Jesús la afirmación clara de su divinidad: *Yo le conozco, porque de él procedo;* expresa aquí Jesús su conocimiento por su generación: Yo soy la semejanza substancial del Padre, reproducido eternamente en mí por generación según su propia naturaleza. Pero enviado por él fui hecho hombre: *Y él me envió.*

Furiosos los primates al oír que se atribuía un origen divino, intentan echarle mano: *Y le querían prender: mas ninguno le echó la mano,* sea por temor al pueblo, en el que contaba muchos partidarios, sea por una fuerza oculta que se lo impidiese, *porque todavía no era llegada su hora,* la de su pasión. Al contrario, el pueblo sencillo se inclinó a creer en la misión de Jesús: *Y muchos del pueblo creyeron en él;* aunque su fe era vacilante e imperfecta: *Y decían,* al negar otros tal vez que Jesús fuese el Mesías: *Cuando viniere el Cristo, si éste no lo es, ¿hará más milagros que los que éste hace?*

Lecciones morales.—A) v. 13.—*Ninguno hablaba abiertamente de él por miedo a los judíos.*—Dedúcese de aquí la responsabilidad de los que ejercen autoridad: su criterio se impone indebidamente a las multitudes, que conservan casi siempre un fondo de rectitud natural que no puede manifestarse por temor al vejamen que pueden sufrir de quienes usufructúan el poder. Manténase en el fiel de un justo criterio quien gobierna multitudes, ya para derivarlo a las masas y engendrar un sentido social de justicia, en todos los órdenes, ya para no cohibir indebidamente la

verdad, aunque encarne ella en el pensamiento de las clases inferiores.

B) v. 16. — *Mi doctrina no es mía...* — La doctrina de Jesús es suya y no es suya, según en qué sentido se tome la pertenencia de la misma, según el Crisóstomo. Es suya, porque la enseñó; no es suya, porque la recibió del Padre, porque el mismo Cristo como Dios, dice San Agustín, es la doctrina del Padre. Pero, además, la doctrina de Cristo es suya, aunque sea del Padre, porque «todo lo del Padre es suyo» (Ioh. 17, 10). Lo cual quiere decir que la doctrina del Padre y la de Jesús son idénticas, y que lo que enseñó Jesús es como si lo hubiese enseñado el mismo Padre. ¡Qué concepción más sublime de las verdades de nuestra santa fe! Es el mismo pensamiento de Dios, que del cielo trajo a la tierra, del mismo seno del Padre, el Hijo de Dios, consubstancial con El. Al hacernos discípulos de Jesús nos hacemos discípulos de «la verdad», de la única verdad, incommovible y eterna.

c) v. 17. — *El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina...* — Equivale esto a decir, comenta San Crisóstomo: Quitad de vosotros la ira, la envidia, el odio, y ya no habrá obstáculo alguno para que creáis que hablo palabras de Dios. Las pasiones brotan todas del egoísmo, dice Santo Tomás, y el egoísmo es el más poderoso enemigo que Dios tiene en nosotros; porque Dios quiere que abneguemos nuestra razón para creer y nuestra voluntad para obrar. Hay aún otra razón de carácter psicológico, y es que las pasiones suelen turbar la claridad del pensamiento cuando son malas, y no dejan ver la luz de la verdad: son como un vaho que empaña la claridad de la inteligencia; si tan fuertes son, pueden llegar a cegarla. En otro sentido dice San Agustín, comentando estas palabras: No busques entender los misterios de la fe para creerlos, sino cree primero, y entenderás. La luz de la fe es un gran refuerzo de luz para nuestra pobre razón.

d) v. 18. — *El que de sí mismo habla, busca su propia gloria...* Enemigo de Cristo es quien busca su propia gloria. Nuestro Señor, dice San Agustín, nos dio un ejemplo de humildad cuando, hecho hombre como nosotros, buscó la gloria del Padre, no la suya; pero tú, cuando haces algo bueno, buscas tu gloria, y cuando obras el mal infieres injuria a Dios. Así que, hasta el bien convertimos en mal.

e) v. 20. — *¿Por qué queréis matarme?* — Si hubiesen conocido y cumplido la ley, dice San Agustín, en las mismas Escrituras hubiesen conocido a Cristo, y no le hubiesen querido matar cuando ante ellos le tenían. Así hallamos muchos enemigos de Cristo que le aborrecen y le querrían aniquilar, o porque les pesa su ley, que no pueden soportar por su desordenada vida, o porque ignoran las inenarrables riquezas de la doctrina de Cristo. Conocer a Cristo es comenzar a amarle; tener óptima voluntad de cumplir su santa ley, es fácil camino para que nos atraiga su amor.

f) v. 24. — *Juzgad justo juicio.* — Cuesta gran trabajo en este mundo no juzgar según acepción de personas, dice San Agustín. La única manera de lograr el mérito de la equidad es amar igualmente a todos. Hay un gran peligro de parcialidad por el distinto honor

y posición de aquellas personas a quienes juzgamos, o por la especial relación que con nosotros tengan. La divina caridad será la balanza justa, que no levantará en nuestro juicio el platillo de los poderosos y grandes, ni hará bajar el de los humildes y desvalidos.

g) v. 28.— *Y Jesús alzaba la voz en el templo...*—Hace veinte siglos que alza Jesús la voz en todos los templos de la tierra que en su nombre se han levantado, que son millares y millares, y los hombres hacen el sordo a la voz poderosa de Jesús. Habla por sus ministros, por sus Escrituras, por los ejemplos de sus seguidores, por la voz fortísima de la historia y por la más fuerte de los milagros; y aun hay hombres que no le conocen, ni quieren conocer la legación que el Padre le confió, que es la de salvar al mundo. Y cuando el pensamiento del hombre se inclina a toda fábula, y su voluntad se doblega a cualquier brisa, como débil caña, no quiere rendirse el hombre a la fuerza de la voz de Dios, que troncha los cedros del Líbano. Es el misterio de la libertad humana, que puede ser juguete de las pequeñas cosas de la tierra, pero que tiene fuerza para resistir a la misma fuerza de Dios.

109.— TRATAN DE PRENDER A JESUS. DISCURSO EN EL ULTIMO DÍA DE LA FIESTA: IOH. 7, 32-39

Evangelio del lunes después de la Dominica de Pasión

³²Oyeron los fariseos al pueblo que murmuraba estas cosas acerca de él; y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron ministros para que le prendiesen. ³³Y Jesús les dijo: Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y voy a aquel que me envió. ³⁴Me buscaréis y no me hallaréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir. ³⁵Dijeron los judíos entre sí mismos: ¿Adónde se ha de ir éste, que no le hallaremos? ¿Querrá ir a los (judíos) que están dispersos entre los gentiles, y (para) enseñar a los gentiles? ³⁶¿Qué palabra es esta que dijo: Me buscaréis y no me hallaréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir?

³⁷Y el último día, el grande de la fiesta, estaba allí Jesús, y decía en alta voz: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. ³⁸El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva. ³⁹Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él: porque aún no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado.

Explicación.— Contiene este fragmento dos hechos completamente distintos: el conato de prendimiento de Jesús, quizás el mismo día en que pronunció el discurso del número anterior (32-36); y el brevísimo discurso pronunciado por el Señor el último día de la fiesta de los Tabernáculos (37-39).

LOS PRIMATES TRATAN DE PRENDER A JESÚS (32-36).— Los milagros obrados por el Señor en los últimos tiempos, y que los sinópticos nos refieren, eran tantos y tan famosos, que el pueblo cree en la posibilidad de que se halle en presencia del verdadero Mesías: no los hará mayores cuando éste llegue; ésta es la voz general de la multitud, aunque cohibida por miedo a las autoridades: *Oyeron los fariseos al pueblo que murmuraba estas cosas acerca de él.* Era preciso ahogar este sentimiento popular, que podía poner en peligro la hegemonía de aquellos magnates; mandarán prender al taumaturgo y, ya sea por reverencia a la autoridad, ya por miedo al castigo, el pueblo callará. *Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron ministros*, deputados oficiales con poderes bastantes, *para que le prendiesen.*

En presencia de estos oficiales de la justicia, y en medio de la multitud en que están mezclados los primates y el pueblo, Jesús alude claramente a su muerte y ascensión: *Y Jesús les dijo: Aún estaré con vosotros un poco de tiempo.* Como si dijera: No es hora de morir todavía; lo será cuando yo quiera: dentro de seis meses que faltan para la última Pascua. Entonces dejaré la tierra e iré al Padre: *Y voy a aquel que me envió.* A este misterioso anuncio añade Jesús una tremenda amenaza, la del repudio, o separación definitiva de su pueblo: *Me buscaréis*, no para prenderme, como ahora, sino para implorar mi misericordia; *y no me hallaréis*: os faltará un Salvador y no vendrá; será en vano que suspiréis por mí, que estaré en el cielo: *Y donde yo estoy, vosotros no podéis venir.*

Era demasiado profundo el sentido de las palabras de Jesús para que las interpretaran sus oyentes; por esto *dijeron los judíos entre sí mismos*, con baja ironía: *¿Adónde se ha de ir éste, que no le hallaremos?* Puesto que ha fracasado entre nosotros, *¿querrá ir a los* (judíos) *que están dispersos entre los gentiles*, y (para) *enseñar a los gentiles?* Es decir, ¿irá a predicar a los judíos de la Diáspora, que viven entre gentiles, diciéndoles que él es el Mesías? Con todo, el tono y el misterio de las palabras de Jesús les han llegado al alma, y no pueden tomarlas a chacota: *¿Qué palabra es esta que dijo: Me buscaréis y no me hallaréis: y donde yo estoy vosotros no podéis venir?*

EL DÍA DE LA OCTAVA DE LOS TABERNÁCULOS (37-39).— Era el día último de la fiesta el más solemne de todos, y se congregaba en Jerusalén una multitud enorme; de las tres fiestas que obligaban a los varones judíos a concentrarse en la gran ciudad, es la última

que celebra Jesús. Tal vez por ello es que Jesús acude al Templo para hacer un postrer llamamiento a aquel pueblo. Y lo hace en forma solemne, en pie, para ser visto de todos, y con voz potente: *Y el último día, el grande de la fiesta, estaba allí Jesús, y decía en alta voz...*

El Evangelista no nos transmite más que unas palabras sintéticas del discurso del Señor: *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba*. Durante los días de la fiesta de los Tabernáculos, iba todas las mañanas un sacerdote a la piscina de Siloé con gran pompa; tomaba tres medidas de agua que ponía en un vaso de oro, que era transportado al Templo y derramaba el agua sobre el altar, mezclada con vino, mientras resonaba en el ámbito del templo el canto de los levitas y el estallido del entusiasmo de las multitudes. Era una conmemoración del beneficio del agua que había Dios concedido a los israelitas en el desierto. Probablemente este rito dio ocasión a Jesús para presentarse a sí mismo, bajo la metáfora del agua, como verdadera fuente de vida, única capaz de saciar las almas: así le habían presentado los profetas (Is. 12, 3; 44, 3; 49, 10; 65, 13).

Y explica los bienes que derivan de la divina fuente, que es Jesús: *El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva*. Los que creen en Jesús sentirán brotar en lo más íntimo de su ser una fuente abundantísima de gracia, de vida divina, para sí y para los demás. La cita de la Escritura no es literal, sino según el sentido (cf. Is. 41, 18; 44, 3; Ez. 36, 25; Joel. 2, 28, etc.). El mismo Jesús interpreta auténticamente la metáfora: *Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él*, «Espíritu vivificador, fuente viva, fuego, caridad»: *Porque aún no había sido dado el Espíritu*, en la forma oficial, visible y solemne de Pentecostés en el Cenáculo, *por cuando Jesús no había sido aún glorificado*.

Lecciones morales.—A) v. 34.—*Me buscaréis y no me hallaréis...*—No quisieron los judíos reconocerle presente, dice San Agustín, y después le buscaron cuando vieron que creían en él las multitudes. Vieron a Cristo que moría por el crimen contra él cometido, y creyeron en el Cristo que les perdonaba sus propios crímenes, pero desesperaron de su salvación porque cargaba sobre ellos el peso de la sangre que habían derramado. Aprendamos, cuando por la gracia se haga presente Jesús en nosotros, a corresponderle con fidelidad, no sea que se retire después, y le busquemos en vano.

B) v. 34.—*Donde yo estoy, vosotros no podéis venir*.—Un abismo infranqueable separa a Jesús de los que no creen en él: él está

en los cielos, y ellos en esta tierra miserable. No pueden ir a Jesús porque les faltan los caminos que a él conducen, que son la fe, la esperanza y el amor. Pero nosotros sí que podemos ir adonde está Jesús: está en la tierra, en el Tabernáculo y en el Sacrificio, y allí podemos estar físicamente presentes con él. Está él en nosotros por la comunión eucarística y por la caridad. Está en el cielo, adonde podemos llegar con la oración y la esperanza, mientras esperamos gozar para siempre de su compañía y de su gloria.

c) v. 37. — *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba.* — Hay una sed interior, dice San Agustín, porque hay un hombre interior. Es cierto que es más ardiente el amor interior que el exterior. Si tenemos sed, vayamos a Jesús, no con los pies, sino con el afecto, no andando, sino amando. Y bebamos de esta fuente viva hasta saciar todo el hombre interior: el pensamiento, de doctrina celeste; el corazón, de amor divino; la vida entera, de la vida de Dios.

d) v. 38. — *De su vientre correrán ríos de agua viva.* — Es el vientre el símbolo de lo más íntimo y espiritual del hombre. Allí, en el secreto de nuestra alma, hace brotar el Espíritu de Dios ríos caudalosos de gracia, que es vida divina. Ríos que no se agotan ni estanca; agua que siempre obra, porque siempre vivifica; que llena al que la tiene y rebosa para llenar a los demás. Vese la fuerza de esta corriente, dice San Gregorio, en la sabiduría de Esteban; en la elocuencia de Pedro; en la rica abundancia de Pablo: nada les detenía, sino que, como ríos impetuosos, todo lo arrastraban consigo.

e) v. 39. — *Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyensen en él...* — El Espíritu que habían de recibir los que creyensen en Jesús es el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad Beatísima, a la que se atribuyen las obras de amor, y obra clásica del amor de Dios es nuestra santificación. Este divino Espíritu a quien llama la Iglesia «Dedo de la diestra del Padre», es el que nos toca con virtud divina y nos comunica la vida de Dios. El es quien arranca a nuestro espíritu y a la vida de la Iglesia estas armonías desconocidas de todo pueblo y de toda civilización que no sea la cristiana, y que son la nota específica de esta raza de dioses, como la llama la Escritura, porque es la virtud de Dios que se manifiesta en nosotros por la acción del Espíritu vivificador. Seamos dóciles instrumentos del divino Espíritu para que se produzcan en nosotros todas las manifestaciones de la vida divina que Dios en nosotros se propone.

110. — OPINIONES DE LA PLEBE Y DE LOS MIEMBROS DEL SINEDRIO SOBRE JESUS: IOH. 7, 40-53

⁴⁰ De entre el pueblo, pues, los que habían oído estas palabras decían: Verdaderamente éste es el profeta. ⁴¹ Otros decían: Este es el Cristo. Mas algunos decían: ¿Acaso de la Galilea ha de venir el Cristo? ⁴² No dice la Escritura, que del linaje de David, y del castillo de Belén, en donde estaba David, ha de venir el Cristo? ⁴³ Así que había disensión en el pueblo acerca de él. ⁴⁴ Y algunos

de ellos le querían prender: mas ninguno puso las manos sobre él. ⁴⁵ Volvieron los ministros a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos. Y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? ⁴⁶ Respondieron los ministros: Nunca así habló hombre como este hombre. ⁴⁷ Los fariseos les replicaron: Pues qué: ¿vosotros habéis sido también seducidos? ⁴⁸ ¿Por ventura ha creído en él alguno de los príncipes o de los fariseos? ⁴⁹ Mas estas gentes del vulgo, que no conocen la ley, malditas son. ⁵⁰ Nicodemo, aquel que fue a Jesús de noche, que era uno de ellos, les dijo: ⁵¹ ¿Por ventura nuestra ley juzga a un hombre sin haberlo oído primero y sin informarse de lo que ha hecho? ⁵² Le respondieron y dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña las Escrituras, y entiende que de la Galilea no se levantó jamás profeta. ⁵³ Y se volvieron cada uno a su casa.

Explicación.—De los dos discursos de Jesús pronunciados en la fiesta de los Tabernáculos y que se consignan en este capítulo 7.º, el Evangelista no nos da más que un brevísimo sumario, especialmente del pronunciado el último día. En cambio, se señalan en este solo capítulo hasta siete discusiones habidas entre los distintos elementos de la ciudad, lo cual demuestra cuán viva era la cuestión del Mesías por aquellos días. Las más graves y detalladas de las discusiones son las dos de este fragmento.

DISPUTAS EN LA PLEBE SOBRE LA PERSONA DE JESÚS (40-44).—Tal fue la elocuencia de Jesús en su último discurso, que muchos de sus oyentes concluyeron por persuadirse de que se hallaban frente al gran Profeta que se esperaba como precursor del Mesías: *De entre el pueblo, pues, los que habían oído estas palabras decían: Verdaderamente éste es el profeta.* Otros llegaron a creer que era el mismo Cristo: *Otros decían: Este es el Cristo. Mas algunos, ignorando que Jesús fuese natural de Belén y que sus padres fuesen de la casa y familia de David, lo que no es de extrañar por haber vivido la familia de Jesús, desde la infancia de éste, en Nazaret, en la Galilea, decían: ¿Acaso de la Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y del castillo de Belén, en donde estaba David (1 Reg. 16, 1 sigs.; 17, 58), ha de venir el Cristo?* Las tres opiniones eran inconciliables, lo que dio lugar a la discordia entre ellos: *Así que había disensión, cisma, en el pueblo acerca de él. Y algunos de ellos, no de los ministros enviados por el Sinedrio, sino de los más exaltados de la tercera opinión, le querían prender, como queriendo demostrar que no se trataba del Mesías. Pero se frustró el conato. Mas ninguno puso las manos sobre él, no dice por qué el Evangelista: es que no había llegado su hora.*

DISSENSIÓN ENTRE LOS MIEMBROS DEL SINEDRIO SOBRE LO MISMO (45-53).— Los ministros o alguaciles, parece habían sido enviados para prender a Jesús a su llegada a la ciudad, hacia la mitad de la fiesta. En los siguientes días pudieron a su placer oír a Jesús, esperando la oportunidad de prenderle; pero la majestad del Señor se les impuso, y no se atrevieron a cumplir su odioso cometido: *Volviéron los ministros a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos.*

Y éstos, que vieron frustrada su expectación, les dijeron, no disimulando su ira y su impaciencia: ¿Por qué no le habéis traído? Y aquellos hombres, aun sabiendo que han de incurrir en el desagrado de los próceres, pudiendo fingir otro motivo, con laudable libertad y sinceridad candorosa, dan una respuesta que encierra uno de los más bellos elogios que se han hecho de Jesús: Respondieron los ministros: Nunca así habló hombre como este hombre, con tal dulzura, doctrina, sabiduría, poder, utilidad.

Indígnanse aquellos jerarcas, en su endurecimiento, contra sus ministros; consideran un caso de seducción mental las conquistas de Jesús sobre sus adeptos, temen si pueden haber prevaricado aquellos oficiales del tribunal, aunque de rango inferior: *Los fariseos les replicaron: Pues qué: ¿vosotros habéis sido también seducidos? Y apelando a la autoridad de los próceres para que depongan su admiración por Cristo, siguen: ¿Por ventura ha creído en él alguno de los príncipes o de los fariseos? Y con rabia y desdén achacan a la ignorancia y a los crímenes del pueblo el que tenga seguidores Jesús: Mas estas gentes del vulgo, que no conocen la ley, malditas son.*

Una sola voz, llena de sinceridad, de gravedad, de prudencia, se dejó oír en medio de aquellos próceres, exaltados por el odio y la envidia: era la de Nicodemo, *aquel que fue a Jesús de noche* (Ioh. 3, 2), *que era uno de ellos*, de los sinedritas. Hombre de leyes, apela a la ley ante aquellos que tienen la misión de defenderla y hacerla cumplir: *les dijo: ¿Por ventura nuestra ley juzga a un hombre sin haberle oído primero y sin informarse de lo que ha hecho?* (Ex. 23, 1; Deut. 1, 16). Es decir, ¿por qué no se concede a Jesús lo que a un malhechor? Es una manera hábil de defender a Jesús sin delatar una simpatía que hubiese hecho odiosa la defensa.

Al justo reparo, responden los sinedritas con una injuria a Nicodemo: *Le respondieron y dijeron: ¿Eres tú también galileo? ¿Tu cualidad de compatriota de este hombre te ciega hasta el punto de que le defiendas? Es una burla y un ultraje, que bien*

sabían ellos que Nicodemo no era de la Galilea. Y sin responder a la atinada razón de Nicodemo, le provocaron al examen de las Escrituras: *Escudriña las Escrituras, y entiende que de la Galilea no se levantó jamás profeta*. Hasta en esto les ciega la pasión: desde luego Dios no excluyó a ninguna región de Israel en su promesa de que les mandaría un profeta (Deut. 18, 15.18); de hecho, fue galileo el profeta Jonás, natural de Gethhepher, hoy *El Mesched*, a unos dos kilómetros de Caná (4 Reg. 14, 25), y probablemente Nahum (Nah. 1, 1).

Disolvióse en medio de esta discusión la asamblea de los sinedristas: *Y se volvieron cada uno a su casa*. Efecto de la defensa de Nicodemo fue que no pudiesen los miembros del tribunal llegar a concordia y que se aplazase para otra ocasión el prendimiento y sentencia contra Jesús.

Lecciones morales.—A) v. 43.—*Había disensión en el pueblo acerca de él.*—Había disensión de palabra en el pueblo acerca de Jesús, aunque todos reconocían en él algo extraordinario; mas entre los primates no sólo no había disensión, sino unanimidad en prenderle y eliminarle. En las crisis de los pueblos, cuando dominan el prejuicio, la ambición, el odio partidista en las alturas de los gobernantes, es más fácil que se haga paso la verdad en el pueblo, donde se conserva siempre un gran fondo de sinceridad y buen sentido. Feliz el pueblo que venza a sus gobernantes en el amor y defensa de la verdad: vendrá su liberación y grandeza. Pero desgraciado si, como el pueblo judío, deja prevalecer el odio y la injusticia de los grandes: éstos le arrastrarán en su ruina.

B) v. 46.—*Nunca así habló hombre como este hombre.*—Tres cualidades buenas alaba Santo Tomás en los humildes ministros de la justicia que tales palabras profieren ante los enemigos de Jesús: la nobleza de su alma, que ya no admira a Cristo solamente por los milagros, sino por la doctrina; la facilidad con que se convencen de la grandeza de Jesús; la libertad de espíritu con que alaban al Señor ante sus adversarios, que son sus propios jefes.

C) v. 49.—*Estas gentes del vulgo, que no conocen la ley, malditas son.*—Se encierran en estas palabras todo el despecho y toda la soberbia de los intelectuales enemigos de Jesús frente al pueblo humildemente creyente. Suele Dios iluminar a los humildes, porque es política divina abajarse Dios a tocar el pensamiento de aquellos que se abajan; como suele cegar a los grandes de pensamiento, porque se resisten a dar paso a otra luz que no sea la propia, aunque sea la de Dios. Y entonces no pueden soportar los grandes la luz de los pequeños, porque les es un reproche y un testimonio de que hay una luz superior a la luz del hombre. Y viene de aquí el sarcasmo, el desprecio olímpico y el insulto contra quienes creen. Es el orgullo del hombre contra Dios, representado en los humildes que creen en Dios.

D) v. 51.—*¿Nuestra ley juzga a un hombre sin haberle oído*

primero? — Esto, que es un principio de justicia universal, no suele practicarse cuando se trata de Jesús y de las cosas de su religión. Nuestros enemigos acostumbran rechazar en bloque, sin previo juicio, ni siquiera sumarísimo, y sólo en virtud de prejuicios que les dominan, todo nuestro sistema sobrenatural: Escrituras, milagros, misterios, revelación, etc. Discípulos de Jesús como debemos ser siempre y en todas partes, hagamos a nuestros adversarios, cuando la ocasión se ofrezca, con serenidad y claridad, la justa observación de Nicodemo a sus compañeros de Sinedrio. Lo menos que se nos puede conceder es la exposición de los títulos en que se apoya nuestra fe. El sistema de la fe es, por lo menos, y aun mirado desde el punto de vista humano, tan digno de tomarse en cuenta como cualquiera invención de la humana inteligencia.

E) v. 52. — *Escudriña las Escrituras...* — Malos intérpretes de las Escrituras fueron los príncipes de Israel en este caso. Ni las Escrituras decían que no había profeta de Galilea, ni saben que Jesús no es nacido en Galilea: por estos dos errores, uno de exégesis y otro de hecho, no sólo niegan a Jesús la condición de Mesías, sino la de simple profeta. Y no obstante, dice San Agustín, de la Galilea se levantó el Señor de los profetas. De donde debemos aprender dos lecciones: primera, de no formar juicio sin que tengamos la certeza de los elementos en que se funda, especialmente en materia atañente a la doctrina religiosa, en que es muy fácil errar; y segunda, de saber despojarnos de todo prejuicio en la investigación de la verdad, aunque se trate de quemar lo que hemos adorado, porque antes son los fueros de la verdad que nuestro criterio personal; considerando que en materia religiosa pueden ser los prejuicios de tremendas consecuencias.

F) v. 53. — *Y se volvieron cada uno a su casa.* — Vacíos de fe, sin ninguna utilidad de la contienda, con el pueblo y con Nicodemo, se volvieron estos hombres soberbios a la casa de su incredulidad, dice Alcuino. Rechazan el testimonio de Jesús, de sus milagros, el del pueblo, el de los ministros del tribunal, el de Nicodemo, falsean las Escrituras y se quedan como antes. Es la fuerza terrible de la libertad del hombre, que puede, cuando se alía con sus conveniencias o con los intereses de escuela, resistir la plena luz de la verdad de Dios. «Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no laprehendieron...» (Ioh. 1, 5).

111. — LA MUJER ADULTERA: IOH. 8, 1-11

Evangelio del sábado después de la Dominica 3.^a de Cuaresma

¹Y se fue Jesús al Monte de los Olivos. ²Y al romper el día, volvió al templo, y vino a él todo el pueblo, y sentado los enseñaba. ³Los escribas y los fariseos tráenle una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, ⁴dícenle: Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio: ⁵y Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas tales. Pues tú ¿qué dices? ⁶Y esto lo decían tentándole, para poderle acusar. Mas Jesús, inclinado ha-

cia abajo, escribía con el dedo en tierra. ⁷ Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero. ⁸ E inclinándose de nuevo, continuaba escribiendo en tierra. ⁹ Ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros; y quedó Jesús solo, y la mujer que estaba en pie, en medio. ¹⁰ Y enderezándose Jesús, la dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? ¹¹ Dijo ella: Ninguno, Señor. Y dijo Jesús: Ni yo tampoco te condenaré: Vete, y no peques ya más.

Explicación.—CIRCUNSTANCIAS.—Mientras los miembros del Sinedrio iban cada uno a su casa, desintiendo, mal de su grado y por el justo reparo de Nicodemus, de prender a Jesús, salía éste de la ciudad, terminada ya la fiesta, en dirección al Monte de los Olivos, probablemente para pasar la noche, como solía, con frecuencia (Lc. 21, 37): *Y se fue Jesús al Monte de los Olivos*. Sólo distaba el monte un kilómetro de la ciudad, de la que le separaba el torrente Cedrón. *Y al romper el día*, cuando, con motivo de la gran fiesta, empezaba ya la multitud a hormigüear por la ciudad, *volvió al templo*, con cuya palabra se designa el conjunto de las construcciones del magno edificio, *y vino a él todo el pueblo*, la muchedumbre de peregrinos, bien dispuesta, en general, con respecto al Señor. *Y sentado*, como corresponde a un doctor, *los enseñaba*.

LA MUJER ADÚLTERA (3-11).—Suele la alegría de las fiestas degenerar en lascivia. Acabada la gran solemnidad de los Tabernáculos, en que el pueblo se entregaba a veces a lamentables excesos, quizás aquella misma noche, una mujer fue sorprendida en adulterio; los primates se la trajeron a Jesús: *Los escribas y los fariseos tráenle una mujer sorprendida en adulterio: y poniéndola en medio de la multitud*, sin respeto a Jesús ni a sus oyentes, dando extraordinaria solemnidad al caso de conciencia que van a proponerle, *dicenle: Maestro*, halagando a Jesús y fingiéndose sus discípulos, para ocultar sus intenciones perversas: *Esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio*; no se necesita prueba ulterior, porque hay testigos de vista; ni ella misma lo niega. *Y Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas tales*: parece que la mujer sería solamente prometida, no casada, aún; para éstas la ley (Deut. 22, 32.24), prescribía la lapidación; para las casadas simplemente la muerte (Lev. 20, 10). *Pues tú ¿qué dices?* Conocedores de la misericordia de Jesús, con la imputación de amigo de publicanos y pecadores, juzgaron que se inclinaría, contra lo estatuido

por la ley, por una sentencia absolutoria, con lo que tendrían ya el motivo de acusarle y condenarle que reclamaba Nicodemos: *Y esto lo decían tentándole, para poderle acusar.* Con ello se enajenaría la simpatía del pueblo, por manifiesto infractor de la ley; el mismo procurador romano tomaría a mal que se arrogara Jesús el derecho de condenar a muerte. Absolviese, pues, o condenase el Señor, podían ellos argüirle: ¿Absuelves? Luego eres infractor de la ley. ¿Condenas? Luego te levantas con un derecho que compete sólo al Procurador romano. Si busca un subterfugio diciéndoles que recurran al tribunal de éste, atraerá sobre sí las iras del pueblo judío.

Jesús va a cogerles en su propio lazo. Ante todo, declina las funciones de juez que sus adversarios le atribuyen, y hace como que no les oye: *Mas Jesús, inclinado hacia abajo*, en actitud distraída, como suelen hacerlo quienes rehuyen una cuestión, *escribía con el dedo en tierra*; probablemente fingía escribir, como si con ello quisiera indicarles que para juzgar están los tribunales; es inútil querer adivinar lo que Jesús escribió. Pero aquellos prohombres insisten, y Jesús, que conoce los secretos de los corazones, logrará con una habilísima respuesta tres fines: ponerse del lado de la ley, con lo que no podrán acusarle; perdonar a la pecadora, que es lo que su Corazón quiere, y confundir la maldad de los hipócritas: *Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.*

Clavado en el corazón de escribas y fariseos el dardo de la terrible respuesta, Jesús disimula, y les da tiempo de escurrirse uno a uno como clandestinamente: *E inclinándose de nuevo, continuaba escribiendo en tierra.* Y mientras el divino Maestro trazaba como unos caracteres, legibles o no, en el polvo del pavimento, ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, no todos a la vez, para que no apareciera tan pública la derrota; y los más ancianos los primeros, quizá más cargados de crímenes que los demás, o más astutos en comprender que no les quedaba más que un afrentoso ridículo.

Y quedó Jesús solo, inclinado aún y escribiendo en el suelo; solo en relación con los fariseos, y la mujer que estaba en pie, en medio de la multitud de oyentes: quedaban frente a frente la miseria y la misericordia. Un brevísimo diálogo pone fin a la emocionante escena. El Señor se incorpora: *Y enderezándose Jesús, la dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Dijo ella: Ninguno, Señor.* Jesús absuelve y condena

a la vez: absuelve a la pecadora: *Y dijo Jesús: Ni yo tampoco te condenaré; pero condena el pecado: Vete, y no peques ya más.* Así aparece el Señor dulce por la mansedumbre y recto por la verdad. No vino a ser público vindicador de la justicia, sino heraldo de paternal misericordia.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Los escribas y los fariseos traénle una mujer sorprendida en adulterio...*—La hipocresía y la envidia van a tentar a la misericordia. Los enemigos de Jesús habían conocido su mansedumbre y su compasión por los pecadores; van a ver si es tal su misericordia que su ejercicio arruine la justicia. Pero Jesús es justísimo y misericordiosísimo porque es justo, salvará los fueros de la justicia, saliendo a la defensa de la ley, de su infrangibilidad, de las sanciones que acarrea el pecado; porque es misericordioso, propenderá del lado de la humana miseria, y dará la mano al pecador, para levantarle y para que se reconcilie con la justicia a la que faltó. En verdad que en Jesús se ha realizado la palabra del apóstol: «La misericordia sobrepuja al rigor del juicio» (Iac. 2, 13). ¡Cuántas veces hemos experimentado personalmente los excesos de la misericordia del Señor para con nosotros!

B) v. 4.—*Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio...*—A pretexto de la justicia, faltan los escribas y fariseos a la caridad debida al prójimo. La infeliz mujer ha pecado ocultamente: ha tenido la desgracia de ser sorprendida; aunque pecadora, tiene derecho a que no se la difame ni se la someta a la pública vergüenza de la delación de su pecado ante la multitud. Pero escribas y fariseos andan más solícitos de su conveniencia que del buen nombre del prójimo. ¡Cuántas veces se reproducen entre nosotros episodios análogos, en que a costa del buen nombre del prójimo intentamos satisfacer las bajas pasiones, los celos, las envidias, las conquistas miserables del puesto, del honor, de los bienes, etc.! Y esto cubriéndonos con la máscara de la justicia y de la virtud...

C) v. 6.—*Mas Jesús... escribía con el dedo en tierra.*—Crean algunos que escribía Jesús los pecados de los escribas y fariseos que le interrogaban. Es una interpretación que podemos aprovechar para una aplicación moral. Antes de descubrir los pecados ajenos, reflexionemos en los muchos que tenemos ocultos, y quizás ate nuestra lengua murmuradora la consideración de la vergüenza que nos causaría la revelación de nuestros propios crímenes.

D) v. 7.—*El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.*—Es la voz de la justicia, dice San Agustín: castíguese la pecadora, pero no por los pecadores; cúmplase la ley, pero no por los prevaricadores de la ley. Porque quien no se juzga a sí mismo, no sabrá cómo juzgar con rectitud a los demás; ni es capaz de juzgar los méritos ajenos aquel a quien una pura conciencia no le da la justa medida del recto juicio.

E) v. 9.—*Salieron... los más ancianos los primeros...*—Como más viejos, eran sin duda los peor intencionados. Porque los años

ahondan los abismos de la malicia cuando no han servido para rellenar los fundamentos de una vida arreglada según justicia. «La verdadera senectud está en una vida inmaculada», dice el Sabio (Sap. 4, 9): debe el hombre labrar paulatinamente, con esfuerzo continuado y múltiple, su corazón y su vida; con ello puede llegarse, suponiendo siempre la gracia de Dios, a una senectud honorable. No esforzarse en el bien durante los años floridos de la vida, y peor aún dejar que ésta resbale por el plano inclinado de las pasiones, suele acarrear una vejez despreciable; porque sientan mal las canas con el vivir desordenado. Labremos con paciente esfuerzo nuestras vidas, para que, si Dios nos deja ver los días de la ancianidad, seamos ejemplo y estímulo de los que vienen en pos de nosotros, y nos circunde la aureola luminosa de una vida justa.

F) v. 11. — *Vete, y no peques ya más.* — Temió quizá la mujer la condenación de su pecado de labios de aquel que no tenía pecado y que aborrece el pecado. Pero no oyó la voz de la condenación, sino de la misericordia: «Ni yo tampoco te condenaré». Con todo, no pudo quedar la mujer libre de todo temor, porque, como dice San Agustín, no la dijo Jesús: «Ve, y vive como quieras», sino: «No peques más». Con lo que demuestra que no es fautor del pecado, sino vindicador del pecado. No pequemos confiados en la misericordia del Señor, que no nos ha dicho que cuanto quiera que pequemos nos lo perdonará y nos librará del infierno. Atiendan los que aman la mansedumbre del Señor a temer su rectitud, porque «es dulce y recto el Señor» (Ps. 24, 8).

112. — TESTIMONIO QUE DA JESUS DE SI: LA LUZ DEL MUNDO: IOH. 8, 12-20

**Evangelio del sábado después de la Dominica 4.^a de Cuaresma
(vv. 12-18)**

¹² Y otra vez les habló Jesús, diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida.

¹³ Y los fariseos le dijeron: Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero. ¹⁴ Jesús les respondió, y dijo: Aunque yo de mí mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio: porque sé de dónde viene y adónde voy. ¹⁵ Vosotros juzgáis según la carne: mas yo no juzgo a ninguno. ¹⁶ Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo: mas yo y el Padre, que me envió. ¹⁷ Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. ¹⁸ Yo soy el que doy testimonio de mí mismo: y testimonio da de mí el Padre, que me envió. ¹⁹ Y le decían: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni me conocéis a mí ni a mi Padre: si me conocieseis a mí, en verdad conoceríais también a mi Padre. ²⁰ Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo: y ninguno le echó mano, porque no había venido aún su hora.

Explicación.— En el fragmento de este número y tres siguientes, se contiene uno de los discursos más trascendentales de Jesús en el orden doctrinal. Aunque tal vez pronunciado en distinto lugar del templo, en gazofilacio, viene a ser una continuación de los anteriores discursos de Jesús, sólo dados en esquema por el Evangelista, e interrumpidos por el episodio de la mujer adúltera. Ya no aparecen aquí las turbas; no porque no asistiesen al discurso, sino porque Jesús se dirige especialmente a los primates de Israel, estableciendo entre él y ellos, «Vosotros» y «Yo», una marcada antítesis que predomina en todo el discurso. Es éste un esfuerzo supremo de Jesús para atraerse a aquellos hombres obcecados, y al propio tiempo una magnífica exposición de los títulos de su misión para que le reconozca el pueblo como Mesías.

Y otra vez les habló Jesús, diciendo... Como la ceremonia del agua le había dado pie para decir que era él la fuente de aguas vivas, así otra ceremonia que tenía lugar en los días de la fiesta de los Tabernáculos le ofrece ahora ocasión para definirse a sí mismo bajo la metáfora de la luz. En el atrio de las mujeres se colocaban aquellos días cuatro enormes candelabros de más de 25 metros de altura, en cuyas extremidades remataban cuatro grandes bacinetes de oro llenos de aceite y con numerosas mechas o torcidas, cuya luz se proyectaba sobre toda la ciudad; mientras tañían los levitas instrumentos musicales, situados en las quince gradas que daban acceso a dicho atrio, el pueblo, llevando sendas antorchas, saltaba alborozado celebrando aquel rito, llamado «la alegría de la fiesta»: era esta ceremonia el recuerdo de la columna de fuego que guió a los israelitas por el desierto, y un símbolo del Mesías y de la iluminación moral del mundo por el pueblo de Dios.

JESÚS, LUZ. (v. 12).— *Yo soy la luz del mundo*, dice enfáticamente Jesús al empezar su discurso. Con ello se declara «Mesías», que en los libros proféticos viene figurado por la luz (Is. 9, 2; 42, 6; 49, 6; Dan. 2, 22; Lc. 2, 32); los mismos rabinos le llamaban al futuro Mesías «Luz» e «Iluminador». Es luz de todo el mundo (Ioh. 1, 9), porque el Mesías debía tener una misión universal. Es luz como Dios, porque ilumina las inteligencias con la luz interior de la gracia. Lo es como hombre, porque nos reveló la luz de Dios, en quien no hay tinieblas, por la predicación del Evangelio. Es luz única, porque él solo es verdadera luz; es incommovible, porque no pueden los hombres apagarla.

El que me sigue no anda en tinieblas: seguir a Jesús es adherirse a El por el pensamiento y la voluntad, como se juntan al que

lleva la luz los que andan por lugares tenebrosos: andar es aquí vivir; las tinieblas son el error y la ignorancia que pueden desviar-nos del camino de nuestros destinos. No sólo no vive en tinieblas quien sigue a Jesús creyendo en él y obedeciéndole, *mas tendrá la luz de la vida*: tendrá la luz indeficiente, que es vida espiritual en este mundo, y que le llevará a una vida perdurable de luz, de plenitud de inteligencia por la visión de Dios, y del gozo de ella derivado, del cual es símbolo la alegría que da la luz.

JESÚS DA TESTIMONIO DE SÍ MISMO (13-20).—Al oír la solemne aserción de Jesús, protestan los próceres, y le interrumpen bruscamente: *Y los fariseos le dijeron: Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero*, porque nadie es juez en causa propia según la ley: son precisas credenciales ajenas para que te creamos. Jesús no apela, como en otra ocasión, al testimonio de Juan y del Padre (Ioh. 5, 33.36), sino que se acoge al testimonio de sí mismo: la ley del testimonio ajeno no se ha hecho para El, porque El es el único que no puede mentir y el único que se conoce, porque sólo El sabe su naturaleza, su origen y su término; es Luz que revela y se revela: *Jesús les respondió, y dijo: Aunque yo de mí mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio: porque sé de dónde viene y adónde voy*, es decir, soy Dios e Hijo de Dios; y Dios es testigo fidedigno de Sí mismo. Pero ellos, los próceres de Israel, no aceptan su testimonio, porque ignoran, por haber cerrado los ojos a la luz de la verdad, la naturaleza, origen, misión y *adónde voy*: no queréis convencerlos, rechazando mi testimonio, que vengo del Padre y a El retornaré, cumplida que sea mi misión en la tierra.

La culpa de esta ignorancia es de ellos, que juzgan de Jesús según las apariencias, por la humildad de su familia y oficio, por su mansedumbre, etc., sin que se remonten adonde les invitan sus obras y doctrina: *Vosotros juzgáis según la carne*. A este juzgar ligero y soberbio, opone Jesús modestamente su conducta: *Mas yo no juzgo a ninguno*, ahora, porque me envió el Padre, no a juzgar, sino a salvar el mundo (Ioh. 3,17). No obstante, si quisiera juzgar ahora, y siempre que juzgue, mi juicio será el mismo del Padre, esto es, divino, verdadero, porque el Hijo hace lo que ve que hace el Padre; por ello, si juzgo de mí, juzgo según el Padre, y el testimonio que doy de mí es verdadero; *Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo: mas yo y el Padre, que me envió*.

Y ya que, según la ley, no les satisface el testimonio único, él

les ofrece también el testimonio de dos personas: *Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero.* Estas personas son: yo, que doy testimonio de mí mismo, con mi palabra y mis obras, y el Padre, que lo confirma con las obras maravillosas que me acompañan: *Yo soy el que doy testimonio de mí mismo: y testimonio da de mí el Padre, que me envió.*

La argumentación de Jesús es irrefutable; para evadir su fuerza, le respondieron los próceres con maligna ironía, reveladora de su incredulidad: *Y le decían: ¿En dónde está tu Padre? ¿Dónde la otra persona que dé testimonio de ti? Haz que comparezca para sumar su testimonio al tuyo.* Jesús les responde, primero, echándoles en rostro su ignorancia: *Respondió Jesús: Ni me conocéis a mí ni a mi Padre;* vuestra protervia os venda los ojos; y luego les enseña el camino por donde puedan conocer al Padre, que es el conocimiento del mismo Jesús: *Si me conocieseis a mí, en verdad conoceríais también a mi Padre,* porque nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo (Mt. 11, 27).

Termina el Evangelista el fragmento inicial de este discurso indicando el lugar donde Jesús lo pronunció: el gazofilacio, o lugar del tesoro; sea la dependencia del atrio de las mujeres en que estaban colgados los troncos para recibir las limosnas, sea alguna de las salas que se conservaba el inmenso tesoro del templo, vasos, dinero, ornamentos, etc.: *Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo.* Y añade esta reflexión, que revela estarían allí quienes tenían misión de prenderle: *Y ninguno le echó mano,* porque no había venido aún su hora.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*Yo soy la luz del mundo...*—Es Jesús luz eterna, indeficiente, de resplandor infinito, porque es Dios, y porque es Hombre-Dios. Apareció en el mundo, y si en el mundo hubiese habido buena voluntad, que no se hubiese cerrado a las influencias de esta luz, hubiesen desaparecido para siempre de él toda suerte de tinieblas. Pero los hombres no han aprehendido esta luz, y son innumerables aún los que andan en tinieblas. Nosotros mismos, que nos decimos hijos de la luz, no siempre dejamos paso franco a esta luz, única que puede llenar de resplandor nuestra alma. Pensemos en la palabra de Bossuet: «Jesús, mi alma es toda oscura, menos del lado por donde la ilumináis Vos.» Como asimismo en el mundo todo es oscuro, menos aquello que ha iluminado la luz, dulce y fuerte, de Jesús.

B) v. 13.—*Tu testimonio no es verdadero.*—Se lo decían los fariseos a Jesús, a pesar del ingente número de testimonios que deponían, en el Antiguo Testamento, a favor de Jesús, no obstante la divina doctrina y los milagros estupendos de Jesús. Más ciegos y más soberbios aún son los que, a pesar del grande y múltiple milagro del Cristianismo, del cumplimiento de las profecías, de

los milagros sinnúmero, de los mártires, de la propagación de la doctrina de Jesús, de la renovación moral del mundo, del estu-
pendo sistema doctrinal de nuestra fe, de lo sobrenatural, que ya-
más ha cesado en la historia de la Iglesia, le dicen a Jesús: «Tu
testimonio no es verdadero». Dice el refrán: «No hay más ciego
que el que no quiere ver»: y es que la ceguera espiritual es más de
voluntad que de entendimiento; o es de entendimiento porque es
de obstinación o desviación de la voluntad.

c) v. 15. — *Vosotros juzgáis según la carne...* — El hombre car-
nal no discierne las cosas que son de Dios, porque Dios es espíritu.
Quien vive según la carne, vive mal; quien juzga según la carne,
juzga mal. Vivir según la carne en vivir solamente esta vida mate-
rial, sin descender a las honduras del espíritu, a sus necesidades,
a sus destinos. Más aún vive según la carne el que vive por los
deleites de la carne. Unos y otros viven mal, y por ello juzgan mal,
de Jesús, de su religión, de su ley, de su doctrina. Está el mundo
actual, como en tiempos de Jesús, lleno de fariseos que viven según
la carne, por esto no disciernen las cosas del espíritu: por esto, a
medida que se cotiza más la materia, pierden su valor las cosas
de Dios y del espíritu. Es la más enorme y trascendental de las
equivocaciones del humano juicio.

d) v. 16. — *Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero...* — Había
dicho Jesús: «Yo no juzgo a ninguno»; lo que puede entenderse
de dos maneras, dice San Agustín: O en cuanto no juzga ahora,
porque difiere su juicio para el día postrero; o que no juzga según
la carne, como lo hacen sus adversarios, sino según juicio justo,
que es función de espíritu, que no debe dejarse arrastrar por las
sugestiones de la carne. Ahora dice que «su juicio es verdadero»:
no puede dejar de ser verdadero el juicio de quien es autor de la
justicia, y de quien tiene en favor de sí el juicio y el testimonio
de Dios, de que es el mismo Hijo de Dios. Esperemos en los ju-
icios de Dios, cuando veamos oprimida la justicia, por ignorancia, por
debilidad, por prevaricación. Y temamos estos mismos juicios, que
nadie es capaz de torcer, ni huir, ni anular.

e) v. 18. — *Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y testi-
monio da de mí el Padre...* — Nadie pudo jamás en la historia de-
finir mejor su personalidad y su misión que Jesucristo. Tiene en su
favor el testimonio propio, que vale tanto como el testimonio de
Dios, porque es Dios de Dios. Tiene el de sus obras, que avalan su
doctrina y, por lo mismo, la verdad de lo que sobre sí mismo en-
seña, su persona, su misión, sus caracteres, su mesianidad, etc.
Y tiene el testimonio de Dios, dice San Agustín, porque el Padre
dice de El que le engendró (Ps. 2, 7) y que es su hijo amado en
quien se complace (Mt. 3, 17). Podríamos añadir que Jesucristo
tiene en su favor el testimonio de la historia, el de la sangre de
los mártires, que no son más que «testigos» de Jesucristo, el de las
grandes inteligencias que le han reconocido como Dios y Salvador
del mundo, el de sus mismos enemigos. Ciego debe ser el que no
vea la luz de la verdad declarada y comprobada por tantos testigos.

f) v. 19. — *Si me conocieseis a mí, en verdad conocerais tam-
bién a mi Padre.* — Jesús y el Padre son una misma cosa; por lo

mismo, conocer a Jesús es conocer al Padre, Jesús es el camino para llegar al conocimiento de Dios, porque es Hombre-Dios. Como hombre, nos toca a nosotros; como Dios, toca al Padre: adentrándonos en Jesús, podemos llegar hasta los mismos senos de la verdad de Dios. Esta verdad es tan elemental y tan profunda a la vez que ha sido capaz de nutrir la vida cristiana más elemental del que vive según la simple fe del carbonero, hasta la vida de especulación altísima de los grandes entendimientos, hasta la vida profunda de las almas contemplativas que han gozado ya en este mundo de la visión de amor.

113.—JESUS PREDICE LAS CONSECUENCIAS DE LA INCREULIDAD DE LOS JUDÍOS: IOH. 8, 21-30

Evangelio del lunes después de la Dom. 2.^a de Cuaresma (vv. 21-29)

²¹ Y en otra ocasión le dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy, vosotros no podéis venir. ²² Y decían los judíos: ¿Por ventura se matará a sí mismo, pues ha dicho: adonde yo voy, vosotros no podéis venir? ²³ Y les decía: Vosotros sois de abajo: yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. ²⁴ Por esto os dije que moriréis en vuestros pecados: porque si no creyereis que yo soy el Cristo, moriréis en vuestro pecado.

²⁵ Y le decían: Tú ¿quién eres? Jesús les dijo: El principio, el mismo que os hablo. ²⁶ Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros. Mas el que me envió es verdadero: y yo, lo que oí de él, eso hablo en el mundo. ²⁷ Y no entendieron que a su Padre llamaba Dios. ²⁸ Jesús, pues, les dijo: Cuando alzaréis al Hijo del hombre, entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo: sino que, como me enseñó el Padre, hablo estas cosas. ²⁹ Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que a él agrada. ³⁰ Diciendo estas cosas, creyeron muchos en él.

Explicación. — Sigue Jesús hablando en el templo, aunque ya no en el gazofilacio, sino en alguno de los pórticos o en el atrio, transcurrido probablemente algún intervalo de tiempo entre sus últimas palabras y las que vamos a comentar. *Y en otra ocasión les dijo Jesús...* Lo que va a decirles es la proximidad de su muerte, junto con una terrible amenaza (21-24), y la reiterada afirmación de su misión divina (25-30).

JESÚS PREDICE SU MUERTE PRÓXIMA Y AMENAZA A LOS JUDÍOS (21-24). — *Yo me voy:* es ya inminente el plazo de mi muerte; no me restan ya más de tres meses de vida mortal; y porque me voy, mi muerte es voluntaria: nadie es capaz de sacarme del mundo si yo no quiero. Y cuando yo haya muerto, *me buscaréis*, en las terribles

angustias que para la nación se avecinan; y *moriréis en vuestro pecado* de incredulidad, preludio de vuestra condenación. Y sigue la tremenda amenaza. *Adonde yo voy, vosotros no podéis venir*: Jesús va al Padre, que le envió (Ioh. 7, 33), a la visión de Dios; los judíos serán excluidos del reino de los cielos.

Lejos de amedrentarles la amenaza, hacen aquellos próceres como no la comprenden, imputando a Jesús el enorme crimen del suicidio con la condenación que le sigue, según el sentir judío: *Y decían los judíos: ¿Por ventura se matará a sí mismo, pues ha dicho: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir?* Los judíos no pueden ir al infierno, porque son la raza escogida de Dios; Jesús irá por su crimen: así subvierten aquellos hombres el profundo sentido de la muerte de Cristo y la glorificación por ella lograda, para sí y para el mundo. Para los judíos, Jesús ha aludido a su próxima muerte; si no es por suicidio, ha proferido Jesús una clara profecía: cuando muera, también despreciarán esta luz.

No responde Jesús a la afrenta; sólo da la razón de la profunda divergencia que hay entre ellos y él. Primero, en cuanto a naturaleza: *Y les decía: Vosotros sois de abajo*, hombres terrenales, que por vuestras fuerzas no podéis subir al cielo; *Yo soy de arriba*, por mi origen y por la divinidad de mi persona; y luego, en cuanto a la cualidad moral: *Vosotros sois de este mundo* perverso, y como él perversos; enemigos de Dios y de su reino; *Yo no soy de este mundo*, porque soy de Dios, que me envió a destruir la obra del diablo, príncipe del mundo (Mc. 1, 24; Ioh. 14, 30). Y si las fuerzas naturales no son bastantes para lograr el Reino de Dios, menos podrán llegar a él los que son del mundo; su maldad les imposibilita para entrar en él: *Por esto os dije que moriréis en vuestros pecados*. Sólo hay un remedio para evitar la ruina: creer que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, capaz de dar la salvación al mundo: *Porque si no creyereis que yo soy el Cristo, moriréis en nuestro pecado*. No puede ser más categórica la declaración de su mesianidad.

REITERA JESÚS LA AFIRMACIÓN DE SU CARÁCTER DE MESÍAS (25-30). Como si no hubiese el Señor dicho claramente quién era, le interrumpen preguntándole con despectiva ironía: *Y le decían: Tú ¿quién eres?* Jesús les dijo: *El principio, el mismo que os hablo*. Si el texto de la Vulgata diese aquí el sentido verdadero, esta respuesta sería de gran profundidad: «Yo, que os hablo, soy el principio», el Dios eterno, autor de todas las cosas. Con todo, difiere el texto original cuyos dos sentidos más probables son; «Soy abso-

lutamente lo mismo que os digo», o bien: «Soy lo que os digo desde el principio» de mi discurso o de mi predicación pública. Ante la duda, la contradicción, el desprecio de aquellos próceres, Jesús mantiene enérgicamente la tesis de su mesianidad.

Y dejando de lado la inoportuna pregunta, Jesús reanuda su discurso: *Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros*: hay en vosotros mucho reprehensible y digno de condenación; llegará el día en que os juzgue. Y no afirmo esto, mi naturaleza divina y mi mesianidad, por mí solo, sino por el veracísimo testimonio del Padre, cuya ciencia tengo y en cuyo nombre hablo. *Mas el que me envió es verdadero: y yo, lo que oí de él, eso hablo en el mundo*; recibid, pues, mis palabras como si os las dijera Dios. Al llegar aquí nota el Evangelista que era tal la obcecación de aquellos hombres que, a pesar de las clarísimas palabras de Jesús, no entienden que llama a Dios su Padre y que es el Hijo de Dios: *Y no entendieron que a su Padre llamaba Dios*.

En este momento Jesús profetiza. Había entre sus oyentes, junto con los obstinados y ya desahuciados magnates, otros que le eran adversos y que van a creer en él (v. 30). *Jesús, pues, les dijo a éstos: Cuando alzaréis al Hijo del hombre, dándole muerte en cruz (Ioh. 3, 14.15; 12, 32.33), entonces entenderéis que yo soy el Mesías, Hijo de Dios*. La profecía se cumplió (Lc. 23, 48; Act. 2, 37). Al cumplirse la profecía y reconocerse como Mesías, comprenderéis que tengo una misma naturaleza con el Padre, con el cual estoy unido en la operación: *Y que nada hago de mí mismo*: y por mi misión, que me obliga a manifestar el pensamiento del Padre: *sino que como me enseñó el Padre, hablo estas cosas*. Y tal es la naturaleza de esta misión, que no importa separación, sino que el Padre está en mí, y yo en él: *Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo*, porque hasta como hombre me dirige Dios, porque soy Hombre-Dios. Tan íntima es esta unión, que Jesús hace siempre la voluntad del Padre: como Dios, porque es idéntica la de ambos; como hombre, porque libremente se amolda en absoluto a los designios de Dios sobre él: *Porque yo hago siempre lo que a él agrada*.

No fue del todo estéril la predicación de Jesús en esta ocasión: *Diciendo estas cosas, creyeron muchos en él*. Creyeron por su palabra los que no habían creído por sus milagros; pero era una fe vacilante que, como se verá en el número siguiente, no excluye ni las dudas ni las objeciones.

Lecciones morales.—A) v. 21.—*Me buscaréis y moriréis en vuestro pecado.*—Jesús no se va totalmente de nuestras almas, dice Orígenes, mientras conservamos algo de la semilla de la fe que es la semilla de Dios. Cuando el hombre ha caído en la incredulidad, entonces busca a Dios o a un sustituto de Dios, porque busca siempre algo superior con fuerza incoercible; pero el previo abandono de Dios por parte de él le imposibilita para toda obra buena y le hace fácil presa de todo pecado. Y viene la muerte y sorprende al infeliz descreído en el pecado de obstinación y en todos los que a él siguen. Hay otra manera más frecuente de buscar a Dios: y es cuando, sin haber perdido la fe, hemos con todo abusado de sus gracias y nos hemos obstinado en el pecado, con malos hábitos con apego excesivo a cosas o personas que son nuestra ruina. Buscamos entonces a Dios, porque sentimos el anhelo de estar con Él; pero son demasiado duras las cadenas del pecado, que nos reducen casi a la impotencia; y entonces podemos temer el morir en nuestros pecados, que es morir sin Jesús y sin Dios, y vernos para siempre privados de Él, porque no puede el pecado ir adonde está Dios.

a) v. 23.—*Vosotros sois de abajo: yo soy de arriba.*—En verdad que el hombre es de abajo, por su naturaleza, y especialmente por su caída primitiva: por su naturaleza, porque dista infinitamente de las alturas de Dios; por su caída, que le hizo enemigo de Dios, más distante aún de lo que era. Pero Jesús, que es «de arriba», porque es consubstancial con el Padre, más arriba del cual nadie se concibe, y porque vive en los cielos de los cielos, ha venido a la tierra y se ha hecho hasta cierto punto «de abajo» para levantarnos arriba con él. Tan arriba nos levanta, que con la gracia nos hace partícipes de su misma naturaleza, y por la gloria, consumación de la gracia, nos permitirá estar en el cielo «altísimo», en compañía del Dios Altísimo, viendo su misma esencia y gozando de su misma felicidad.

c) v. 25.—*El principio, el mismo que os hablo.*—Jesús es el «principio», al decir de San Agustín, porque es Dios inmutable como el Padre, de quien toman su principio todas las cosas, de la naturaleza y de la gracia. Y es principio que se hizo carne para abrirnos los misterios de su revelación, y por esto puede decir «que os hablo»: se hizo hombre el que es principio, que es Dios. O bien, «soy el mismo que os digo desde el principio de mi predicción»; porque Jesús, aun en su manifestación humana, es el Señor que no cambia ni se muda (Mal. 3, 6); porque, como El mismo ha dicho: «Pasará el mundo, pero mis palabras no pasarán» (Mt. 24, 35). ¡Qué fuerza y qué confianza debe darnos el estar unidos y fundados en Jesús!

d) v. 26.—*Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros.* A nosotros podría decir Jesús estas palabras con la amargura de quien ha experimentado nuestras ingratitudes. Tanto tiene que decir de nosotros cuanto nos ha colmado de toda suerte de beneficios, que no sólo no hemos agradecido, sino que tal vez hayamos usado para ofenderle. Jesús es magnánimo, y no se acorta su mano

porque no correspondamos a sus dones. Pero «tiene que juzgarnos», el día en que sus misericordias sean substituidas por su justicia. Dispongámonos para entonces con el buen uso de sus gracias.

E) v. 28.—*Cuando alzaréis el Hijo del hombre. entonces entenderéis que yo soy...*—Como si dijera Jesús, dice San Agustín: Difiero juzgaros hasta que se haya cumplido mi pasión: conoceréis quién soy cuando me levanteis en la cruz. Debía realizarse esto por las mismas manos de los que más tarde debían creer. ¿Para qué? Para que nadie, aun cargado con los crímenes más atroces, desesperara al ver que se perdonaba el homicidio a los mismos que mataban a Cristo.

F) v. 28.—*Entonces entenderéis que yo soy...*—Tiene apariciones terribles Jesús. San Pablo habla de la «aparición de la benignidad de nuestro Dios Salvador» (Tit. 3, 4): y en verdad que vino al mundo con las apariencias de la humildad, de la mansedumbre, de la misericordia, de una tolerancia casi ilimitada: llevóla hasta dejarse matar. Pero tiene Jesús apariciones terribles, como lo son siempre para el hombre las de la divinidad. Es a veces una sacudida terrible de la gracia, voz de Dios que se hace en nuestro interior para conmovernos, como a los desiertos de Cadés, y por esta espiritual conmoción llevarnos al buen camino. O es la aparición del poder de Jesús en el orden social, cuando los pueblos le han abandonado y trata con su fuerza divina de volverlos a Sí. O será la aparición del gran signo de la justicia de Dios al fin del mundo, cuando venga sobre las nubes con gran poder y majestad... (Mt. 24, 30). Entendamos ahora quién es El por su amabilidad, para que no debamos entenderlo en las manifestaciones de su justicia soberana.

G) v. 29.—*Porque yo hago siempre lo que a él agrada.*—Jesús tenía como nosotros, porque era hombre como nosotros, su libertad. Con ella ponía los actos humanos, fuente de todo mérito. Y porque la libertad de Jesús se amoldaba absolutamente a los decretos de la voluntad de Dios, por ello mereció Jesús, para sí, la glorificación, para nosotros la redención y la glorificación. Toda la eficacia de la gracia, que se ha traducido en la santidad de la Iglesia, todo el ingente peso de gloria conquistado por Jesús y por las almas que le siguieron: todo arranca, como de su principio, de la libertad ordenadísima de Jesús. Por ello le debemos acciones de gracias e imitación: porque al demostrarse cumplidor de la voluntad del Padre, se ha hecho el prototipo de la libertad humana, que no es perfecta sino en cuanto se amolda a la voluntad de Dios.

114. — CONTINUACION: LOS JUDÍOS, HIJOS DEL DIABLO: Ioh. 8, 31-45

³¹ Y decía Jesús a los judíos que en él habían creído: Si vosotros perseverareis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos. ³² Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ³³ Le respondieron: Linaje somos de Abraham, y nunca servimos a ninguno. Pues, ¿cómo dices tú: Seréis libres? ³⁴ Jesús les respondió:

En verdad, en verdad os digo: que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. ³⁵ Y el esclavo no queda en casa para siempre: mas el hijo queda para siempre. ³⁶ Pues si el hijo os libertare, verdaderamente seréis libres.

³⁷ Yo sé que sois hijos de Abraham: mas queréis matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros. ³⁸ Yo digo lo que vi en mi Padre: y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre. ³⁹ Respondieron, y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. ⁴⁰ Mas ahora queréis matarme, siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: Abraham no hizo esto. ⁴¹ Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.

^{41b} Y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación: un Padre tenemos, que es Dios. ⁴² Y Jesús les dijo: Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais. Porque yo de Dios salí y vine: y no de mí mismo: mas él me envió. ⁴³ ¿Por qué no entendéis este mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. ⁴⁴ Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre: él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él: cuando habla mentira, de suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira. ⁴⁵ Mas, aunque yo os digo la verdad, no me creéis.

Explicación.—Habían algunos judíos principales empezando a creer en Jesús; pero les hería la afirmación del Señor de que les hará libres; sus prejuicios de raza, lo que diríamos hoy su chovinismo, les hacen soberbios; se dicen hijos de la libertad, de Abraham, de Dios, y Jesús se lo niega: son hijos del diablo.

LOS JUDIOS NO SON HIJOS DE LA LIBERTAD (31-36).—Conocía Jesús lo endeble de la fe de aquellos neófitos, y sabía que pronto se estrellarían sus enseñanzas ante su protervia; por ello les exhorta con ahínco a la perseverancia; si no perseveran, no serán discípulos suyos, porque a éstos exige constancia y totalidad en la adhesión a El: *Y decía Jesús a los judíos que en él habían creído: Si vosotros perseverareis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos.* Fruto de este obsequio y obediencia a la palabra del Señor, será el conocimiento de la verdad: la verdad de sus enseñanzas y de su misma persona. Verdad esencial. Eficacia de esta verdad en el orden espiritual, será hacerles libres, con la libertad que sólo puede dar el Hijo de Dios (Gal. 4, 31). *Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*

Las palabras de Jesús hieren dos sentimientos de aquellos hombres orgullosos: el de su dignidad de doctores, que se creen únicos depositarios de la verdad; y el de su independencia nacional, pues creen que les habla Jesús de su servidumbre política. Por ello le

respondieron, con orgullo en verdad farisaico: *Linaje somos de Abraham, y nunca servimos a ninguno*. Ciertamente que conservaron cierta libertad espiritual a través de los siglos: aún desde el punto de vista político, la dominación romana les dejó amplia autonomía en el orden religioso; pero la historia de la servidumbre de Egipto, de Asiria, de Babilonia, hacía de la afirmación de aquellos fariseos una fanfarronada: *Pues, ¿cómo dices tú: Seréis libres?*

Jesús les respondió, explicando su pensamiento y refiriéndose a la esclavitud moral del hombre en general, y de sus oyentes en particular: *En verdad, en verdad os digo*, fórmula que revela la gravedad de la sentencia que va a pronunciar: *que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado*: caemos en la servidumbre de aquel que nos ha vencido; y a todos nos venció el pecado; ni los judíos, aunque se digan hijos de Abraham, están exentos de él.

La idea de la esclavitud le sugiere a Jesús una interesante aplicación, fundada en el estado doméstico de los siervos y de los hijos. El esclavo no tiene derecho nativo a permanecer en la casa; puede ser vendido, manumitido: *Y el esclavo no queda en casa para siempre*; por lo mismo, el esclavo del pecado no tiene derecho a estar en la casa de Dios y participar de la herencia de los hijos. Estos sí que tienen derecho a permanecer en la familia y participar de sus bienes: *Mas el hijo queda para siempre*. Síguese de aquí que los judíos, esclavos del pecado, quedarán fuera de la familia de Dios y excluidos de su herencia. Sólo un recurso tienen para lograr la libertad: que el hijo, que es señor y heredero y que tiene el derecho de manumitir a los esclavos, les libre a ellos de la servidumbre: *Pues si el hijo os libertare, verdaderamente seréis libres*. El hijo, es el Hijo de Dios, Jesús; si la verdad hace libres, él es la Verdad esencial (Ioh. 14, 6), que ha dado la libertad al mundo de los espíritus.

NI LO SON DE ABRAHAM (37-41). — «Linaje de Abraham», como se han proclamado los judíos, Jesús no les niega el noble origen: *Yo sé que sois hijos de Abraham*; pero les reprocha una conducta indigna de su prosapia: *Mas queréis matarme, porque mi palabra*, es decir, mi doctrina, *no cabe*, no se arraiga ni crece, *en vosotros*. Empezaron a creer, y se ha arruinado su fe al primer obstáculo. Y la razón de que su doctrina no arraigue en ellos, es la profunda antítesis que hay entre ellos y El: El enseña la sublimísima doctrina que recibe en su unión de naturaleza con el Padre: *Yo digo lo que vi en mi Padre*; ellos, al contrario, hacen lo que han visto

hacer a su padre malvado: *Y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre.*

Comprenden los judíos que alude Jesús a un padre que no es Abraham; por ello reiteran la afirmación de su linaje altísimo: *Respondieron, y le dijeron: Nuestro padre es Abraham.* Jesús les indica que no se refiere a la filiación carnal, que les reconoce, sino a la moral, bajo cuyo aspecto no son hijos de tan gran padre: *Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham,* prestad fe firme y obediencia absoluta a la palabra de Dios. Abraham no fue homicida: recibió con honor a los mensajeros de Dios; vosotros hacéis lo contrario: *Mas ahora queréis matarme, siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: Abraham no hizo esto* (Gen. 12, 4; 15, 6; 18, 19; 22, 2 sigs.). La consecuencia es obvia: si no hacéis las obras de Abraham, no sois sus hijos según el espíritu; sois hijos de otro: *Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.*

NI DE DIOS, SINO DEL DIABLO (41b-45).—Comprenden los judíos que no les niega Jesús su filiación según la sangre, sino según el espíritu, de Abraham, y se defienden de la imputación: *Y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación.* La fornicación en los libros sagrados del Antiguo Testamento es la idolatría; la nación teocrática es la esposa de Dios: adorar otra divinidad, es adulterar; ellos no han cometido este crimen, sino que han permanecido fieles al Dios de Abraham; por el patriarca llegan a ser hijos de Dios: *Un Padre tenemos, que es Dios.* Jesús les niega que sean hijos de Dios: primero, porque los que atrae el Padre, vienen a Jesús (Ioh. 6, 44.55), y le aman, porque los hijos de Dios se aman mutuamente; pero ellos le odian a él: *Y Jesús les dijo: Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais;* y en segundo lugar, porque Jesús tiene derecho especial a su afección, porque procede del Padre por generación eterna y de él salió para hacerse visible por la encarnación: *Porque yo de Dios salí y vine;* y porque es nuncio y enviado del Padre: *Y no de mí mismo: mas él me envió,* y a Dios se le debe obediencia y amor.

Jesús va a llegar a su conclusión terrible: no son hijos de Abraham ni de Dios, ¿de quién lo serán? Los judíos no quieren conocer en la enseñanza de Jesús la doctrina de un Legado e Hijo de Dios, y se lo echa en cara con interrogación vehemente: *¿Por qué no entendéis este mi lenguaje?* Y responde dando la razón de ello, que no es otra que el odio que le tienen, su orgullo obstinado, que les ciega y quita hasta la libertad moral de oírle, llegando a no poderle tolerar: *Porque no podéis oír mi palabra.* Por ello quieren matarle;

luego son hijos del diablo, porque él fue desde un principio el matador de almas y cuerpos de los hombres: *Vosotros sois hijos del diablo*, porque tenéis el mismo espíritu; y *queréis cumplir los deseos de vuestro padre*, que os instiga; *él fue homicida desde el principio*, introduciendo la muerte en el mundo, al seducir a Adán y Eva; y en ello le amáis. Como le imitáis en su odio a la verdad, de la que se desvió, y ello fue causa de su ruina: *Y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él*, después que se rebeló en los cielos contra Dios, verdad suma e infinita. Dios es la verdad; el diablo es apóstata de la verdad; por esto es su naturaleza tan corrompida, que *cundo habla mentira, de suyo habla*; ni tiene verdad, ni veracidad; *Porque es mentiroso y padre de la mentira*. Y, como el diablo vuestro padre, sois tan amadores de la mentira, que ni creéis al que en nombre de Dios os dice la verdad: *Mas, aunque yo os digo la verdad, no me creéis*.

Lecciones morales.—A) v. 32.—*La verdad os hará libres.*— ¡La libertad por la verdad! Esta sentencia expresa el efecto de la verdad en nosotros, y es al mismo tiempo el lema de toda nuestra vida cristiana y de apostolado. Por la verdad nos ha venido la libertad de hijos de Dios, es decir, la liberación de la muerte, de la corrupción, de la mutabilidad y contingencia del humano pensamiento y del humano obrar, como dice San Agustín: ¿qué sería de nuestra libertad si no fuese la verdad de Cristo? La historia y la experiencia personal nos dicen que siempre la libertad ha hallado su ruina cuando ha salido del coto de la verdad. Consecuencia de ello es que nuestra libertad, que es conquista de la verdad, debe ponerse al servicio de ésta; es decir, debemos tener una santa libertad para enseñar, practicar y propagar la verdad; para aconsejar y reprender en nombre de la verdad; para decir la verdad siempre que lo reclamen los derechos y los deberes de nuestra conciencia.

B) v. 34.—*Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.*— ¡Miserable servidumbre la del pecado!, exclama San Agustín. El esclavo de un hombre, cansado de sus malos tratos, puede alguna vez descansar huyendo de ellos; pero ¿adónde huirá el esclavo del pecado? Adondequiera que va, allí le acompaña el pecado, que lleva hincado en su conciencia. Pasa el placer, y queda el pecado; pásalo que deleitó, y queda clavada la espina. Sólo puede librarnos del pecado Aquel que vino sin pecado, y se hizo sacrificio por el pecado.

C) v. 36.—*Si el hijo os libertare, verdaderamente seréis libres.*— Este hijo de familias que tiene potestad de manumitir al esclavo y hacerle totalmente libre, es el Hijo de Dios, que, como ha recibido en herencia todas las cosas, y entre ellas el género humano (Ps. 2, 8), puede disponer de ellas según su beneplácito. Jesús es nuestro Padre, nuestro Señor y nuestro Rey, y por cada uno de estos títulos tiene potestad para libertarnos del pecado. Y nadie más que El

puede hacernos libres, porque nadie como El tiene poder sobre la potestad enemiga, que es la del diablo; y nadie puede romper las cadenas espirituales con que nos ató el despótico señor de nuestra libertad. Pero, para ser verdaderamente libres, hemos de cooperar con nuestra libertad a la acción de Jesús; y esto se hace, dice San Agustín, no usando de la libertad para pecar, sino para hacer el bien, haciéndonos «siervos de la justicia».

d) v. 37. — *Queréis matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros.* — No caber en nosotros la palabra de Dios es rechazarla, expelerla de nuestro pensamiento y de nuestro corazón. La palabra de Dios, dice San Agustín jugando bellamente con el verbo latino *capit*, que puede significar «caber» y «coger», es para nosotros lo que el anzuelo para el pez: si lo toma, queda cogido, si lo rechaza, no; con la diferencia de que ser cogido por Dios con el anzuelo de su palabra, es nuestra salvación, y quedar en libertad, abandonados a nosotros mismos, es nuestra ruina. ¡Cuántos cristianos no se dejan coger por palabra de la predicación, de las inspiraciones, de las lecturas, de los buenos ejemplos, y prefieren la libertad, que no es la de los hijos de Dios! En cuántos pechos no cabe la palabra de Dios, porque se resisten a retenerla, como pobres enfermos que no aguantan la medicina y el manjar que pudiera salvarles! ¡Y querían matar a Dios, no como los judíos, sino arrancando de su alma su memoria, sus preceptos, sus amenazas, sus sanciones, para pecar con más libertad, que es la tremenda libertad de abusar de las gracias de Dios!

e) v. 39. — *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham.* — Si somos hijos de Jesús, hagamos las obras de Jesús: es una exigencia natural de nuestra filiación; los hijos imitan a los padres; como llevan el sello de su fisonomía y de su carácter, así deben ser los continuadores de lo que podríamos llamar la «línea moral». ¡Hijo mío!, podría decirnos Jesús, si quieres serlo de verdad, imítame. Estudia mi fisonomía espiritual, y traslada cuidadosamente los rasgos de ella a tu espíritu. El cristiano es otro Cristo; lo es precisamente porque es su hijo; lo es por la gracia, pero lo es también por esta colaboración personal del hijo a la obra del padre, que trata de reproducirse en cada uno de nosotros. ¡Que jamás pueda decirnos Jesús, como a los fariseos: Vosotros hacéis las obras de vuestro padre, de otro padre que no sea él!

f) v. 42. — *Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais.* Condénase en esta palabra de Jesús todo sistema, sentimiento, culto, práctica religiosa que excluya a Jesucristo o se funde en El. La razón está en la identidad de Jesús con el Padre y en su misión divina para fundar la única verdadera religión. Jesús es el único Mesías, «Ungido» como Rey, Sacerdote y Doctor para fundar un reino de Dios, culto querido por Dios, una generación de creyentes en su palabra, que es la palabra de Dios: Quien no ama a Jesús, no ama a Dios; quien no se incorpora a Jesús, no es Hijo de Dios; quien no sigue la doctrina de Jesús, no comulga con el pensamiento de Dios; es excomulgado de la casa y de la posesión de Dios. Por esto pudo escribir el Apóstol esta sentencia terrible, que es la síntesis de toda excomunión: «El que no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema» (1 Cor. 26, 22); y añade, para dar más solem-

nidad a la sentencia, las dos palabras siríacas: *Maran Atha*. «El Señor vendrá», para juzgarle y condenarle.

g) v. 43.—*Porque no podéis oír mi palabra*.—Es una de las terribles características de la filiación diabólica. Esta instintiva aversión que sienten algunos desgraciados a todo lo que les habla de Jesús, a su predicación, a sus ministros, a sus ejemplos, a su espíritu, a su verdad, a su autoridad, a su influencia, es la señal tremenda de que en el fondo del alma se esconde el enemigo de Cristo, que ejerce sobre ellos omnímoda influencia. De éstos podría también decir Jesús, como de los fariseos: ¡Vosotros sois hijos del padre diablo!

115.—CONTINUACION: JESUS DA TESTIMONIO DE SU DIVINIDAD: IOH. 8, 46-59

Evangelio de la Dominica de Pasión

⁴⁶ ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? ⁴⁷ El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. ⁴⁸ Los judíos respondieron, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y que estás endemoniado? ⁴⁹ Jesús respondió: Yo no estoy endemoniado; mas honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado. ⁵⁰ Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y juzgue. ⁵¹ En verdad, en verdad os digo, que el que guardare mi palabra, no morirá eternamente.

⁵² Los judíos le dijeron: Ahora conocemos que estás endemoniado. Abraham murió, y los profetas: y tú dices: El que guardare mi palabra, no morirá eternamente. ⁵³ ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas, que también murieron? ¿Qué te haces a ti mismo? ⁵⁴ Jesús les respondió: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. ⁵⁵ Y no le conocéis; mas yo le conozco. Y si dijere que no le conozco, seré mentiroso, como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra. ⁵⁶ Abraham, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día: y le vio, y se gozó. ⁵⁷ Y los judíos le dijeron: ¿Aún no tienes cincuenta años, y has visitado a Abraham? ⁵⁸ Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, soy yo. ⁵⁹ Tomaron entonces piedras para tirárselas, mas Jesús se escondió, y salió del templo.

Explicación.—Prosigue Jesús su trascendental y accidentadísimo discurso. Ha demostrado que sus adversarios no son hijos de la libertad, ni de Abraham, ni de Dios, sino del demonio. Ahora se vindica a sí mismo: es santo y eterno como Dios.

SANTIDAD DE JESÚS (46-51).—La santidad es garantía de verdad; los judíos no quieren creer en Jesús; Jesús les ofrece su absoluta

santidad como prueba de que dice la verdad; jamás ha proferido mentira alguna: *¿Quién de vosotros me argüirá, es capaz de argüirme, de pecado?* Luego, por lo mismo que soy la santidad absoluta, y por ello incapaz de mentir, es consiguiente que vosotros me creáis por mi palabra; *Si os digo la verdad, ¿por qué no creéis?* No me creéis, porque no sois de Dios, y es el odio de la verdad lo que os guía: *El que es de Dios, que se deja llevar por el espíritu de Dios, oye las palabras de Dios, las recibe como norma de su vida; Por eso vosotros no las oís, las rechazáis, porque no sois de Dios, sino del diablo.*

No tienen los judíos argumento que oponer a la concluyente razón de Jesús, y acuden al grosero ultraje: *Los judíos respondieron, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano...; solemos decirlo, y ahora te lo echamos en cara; y lo decimos bien, bellamente, cuadrándote el mote; y te llamamos samaritano, porque sólo un enemigo del pueblo de Dios, como lo es aquel pueblo necio (Ecli. 50, 28) puede decir lo que tú dices de nosotros, pueblo de Dios... y que estás endemoniado?*, porque estás fuera de ti, y sólo el demonio puede inspirarte lo que dices.

Jesús respondió, a la doble afrenta, con admirable mansedumbre: *Yo no estoy endemoniado; prueba de ello es que hago lo que jamás es capaz de hacer ni inspirar el demonio, dar gloria a Dios: Mas honro a mi Padre.* Su mansedumbre no atenúa el horrendo crimen de haberle ultrajado: *Y vosotros me habéis deshonrado.* El, que ha venido para sufrir humillaciones e injurias y no a buscar su gloria, no será el vindicador de este crimen: *Y yo no busco mi gloria.* Pero lo será, y no quedarán impunes, su Padre: *Hay, existe, quien la busque, mi gloria, que quiere que todos me honren, y juzgue a quienes le han ultrajado, injuriando a su Cristo.*

Jesús es santo, porque no tiene pecado; lo es porque el Padre es vindicador de su gloria. Ahora, con suavidad exquisita y en afirmación solemne, añade que lo es por su doctrina, capaz de dar la vida eterna: *En verdad, en verdad os digo, que el que guardare mi palabra, no morirá eternamente.* Con ello, a pesar de su incredulidad y de sus injurias, les invita de nuevo a abrazar la doctrina de salvación.

JESÚS, MAYOR QUE ABRAHAM, PORQUE ES ETERNO (52-59).—Las últimas palabras de Jesús son interpretadas por los judíos en sentido material, de la muerte del cuerpo; por ello no sólo se inclinan ante la doctrina de Jesús, sino que reiteran la injuria contra el Señor: *Los judíos le dijeron: Ahora conocemos, lo vemos palpable-*

mente, *que estás endemoniado*. Sólo el diablo puede sugerirte que tus palabras libren de la muerte. Los prototipos de la santidad, a quienes colmó Dios de sus dones, no se libraron de la muerte: *Abraham murió, y los profetas: Y tú, menor que ellos, grandes guardadores de la palabra de Dios, dices: El que guardare mi palabra, no morirá eternamente*. Y con despectiva ironía repiten el argumento en forma interrogativa, personal, que le da máxima fuerza ante el pueblo: *¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas, que también murieron? ¿Qué te haces a ti mismo? ¿Quién pretendes ser tú? Es tu presunción intolerable*.

Jesús les respondió con mansedumbre, pero con entereza: Si yo me glorifico a mí mismo, si me glorío de que mi doctrina dé la vida eterna, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica: pase que mi palabra os parezca despreciable; pero mi Padre, el que vosotros decís que es vuestro Dios, la confirma con estupendos prodigios; a lo menos, por la reverencia que le debéis, debierais acatar su testimonio. Pero sin razón llamáis Dios «vuestro» a quien ignoráis: Y no le conocéis: tenéis pensamiento y corazón lejos de él. En cambio, Jesús sí que le conoce, por las relaciones especiales que con él tiene: Mas yo le conozco; por ello puedo dar testimonio de él y de la verdad del testimonio que da de mí; si no lo diere, faltaría a la verdad, como vosotros: Y si dijere que no le conozco, seré mentiroso, como vosotros. Mas no sólo le conozco, sino que traduzco en obras sus menores mandatos: Y guardo su palabra.

Jesús ha respondido indirectamente a la insolente pregunta: «¿Qué te haces a ti mismo?», apelando al testimonio del Padre. Ahora, tomando pie de la alusión de sus adversarios a Abraham, va a revelarse tal cual es. Es el Mesías, que vio Abraham en espíritu profético con gozo de su alma, nacer de su estirpe, suspirando porque llegara el gran día: *Abraham, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día*, el día de mi aparición en la tierra. *Y le vio*, desde donde ahora está, desde un limbo; y *se gozó* en la realidad, como se había gozado en esperanza.

Jesús no ha dicho que él hubiese visto a Abraham, sino que Abraham ha visto su día; pero trastruecan el concepto de Jesús para imputarle una falsedad y ponerle en ridículo: *Y los judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto a Abraham?* Ponen cincuenta años como número redondo, al que veían ciertamente no llegaba Jesús, que contaba entonces treinta y tres, como si dijeran: «Aun no vas para viejo...» Jesús aprovecha el cómputo que de su edad hacen los judíos, para dar un elocuentísimo testi-

monio de su divinidad: *Jesús les dijo*, entonando seguramente su expresión y robusteciéndola con juramento: *En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, soy yo*. Es la expresión de su eternidad: yo soy, independientemente de todo tiempo, siempre el mismo, como el Dios de Horeb: «Yo soy el que soy.» Pero, a mayor claridad de la revelación, mayor ceguera; ven claramente que Jesús se hace Dios, respondiendo a su pregunta: «Qué te haces a ti mismo?»; y en vez de adorarle, le consideran blasfemo; como tal van a lapidarlo: *Tomaron entonces piedras para tirárselas*. No era aún hora de que muriera el Hombre-Dios: *Mas Jesús se escondió*, haciéndose invisible por un milagro, o escabulléndose entre la multitud: *Y salió del templo*.

Lecciones morales.—A) v. 46.—*¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?*—Considerad, dice Orígenes, cuánta es la seguridad de Cristo al proferir estas palabras: ningún hombre pudiera decirlas sin temor de ser desmentido; sólo pudieron salir de labios de nuestro Señor, que no hizo pecado. Ni se desdena de justificarse con la razón, de que no tenía pecado, añade San Gregorio, el que con la virtud de su divinidad es capaz de justificar a los pecadores. Vivamos de manera que podamos acercarnos al ideal Jesús, que no tenía pecado, para con ello dar externo valor a nuestras convicciones y poder confundir a nuestros adversarios.

B) v. 47.—*El que es de Dios, oye las palabras de Dios.*—Pregúntese cada cual, dice San Gregorio, si oye la palabra de Dios con el oído del corazón, y sabrá si es o no es de Dios. Porque hay algunos que ni siquiera con los oídos del cuerpo se dignan oír los preceptos de Dios; y otros hay que los oyen con los oídos externos, pero no los abrazan con afecto interior. Ni faltan quienes admiten gustosos las palabras de Dios, y hasta rompen compungidos en sollozos; pero después de las lágrimas vuelven a sus pecados. Claro que éstos no oyen la palabra de Dios, porque se desdenan de traducirla en obras.

C) v. 51.—*El que guardare mi palabra, no morirá eternamente.* Decía esto Jesús, que debía morir, a los judíos, que debían asimismo morir, dice San Agustín; para que comprendamos que no es esta muerte del cuerpo la verdadera muerte, sino la otra de que venía a librarnos, la muerte eterna, la muerte de condenación con el diablo y sus ángeles. Esta es la verdadera muerte, porque esta otra es una emigración, un tránsito. Pero para no morir la otra muerte, que es la suma de toda muerte, es preciso que amoldemos nuestra vida, mientras ahora vivimos, a las exigencias de la palabra de vida, que es la de Jesús.

D) v. 53.—*¿Qué te haces a ti mismo?*—Esta pregunta escrutadora le ha dirigido a Jesús la incredulidad y la herejía de todos los tiempos. Pobre carpintero de la Galilea, dice Teofilacto, que no mereces atención alguna, ¿cuál es la gloria que te arrogas? Y Jesús ha respondido siempre, a los que le interrogan de buena fe, como a los protervos que quieren desnaturalizar su persona, con el testi-

monio de su doctrina, de sus milagros, de su vida, de su Iglesia, de sus mártires, de la perpetuidad de su nombre y de su amor, de la regeneración que éste ha obrado en el mundo: y todo ello dice: «Soy Dios», «Soy el que soy». La majestad y grandeza de Jesús triunfa de todo humano conato de rebajar o anonadar o adulterar su fisonomía de Dios.

E) v. 55.—*Le conozco (al Padre) y guardo su palabra.*—Jesús conoce al Padre porque es la misma Idea o conocimiento del Padre; y conociéndose a Sí mismo, conoce igualmente al Padre. Con ello revela la consubstancialidad de naturaleza entre ambos. Y guarda su palabra; ya porque como Persona divina, Palabra substancial de Dios, permanece eternamente idéntica a sí misma; ya porque, como Verbo hecho hombre, hablaba a los hombres fielmente la palabra del Padre. Es el misterio de nuestra fe, participación del pensamiento de Dios; y el de la misión intelectual del Hijo, que nos ha transmitido como hombre lo que ha aprendido como Dios en el seno del Padre. Si tenemos la misión del apostolado de la fe —y son raros los que no la tienen, por oficio de naturaleza, como los padres; por deber de ministerio, como los sacerdotes; por función social, como la autoridad, etc.—, debemos conocer a Dios tanto cuanto necesitemos para desempeñar nuestros oficios; y debemos ser asiduos en suministrar con exactitud y con fidelidad el depósito de verdad que poseemos.

F) v. 58.—*Antes que Abraham fuese, soy yo.*—Haber sido o existido alguna vez, es propio de la criatura que ha sido hecha por Dios; pero ser siempre, y ser siempre el mismo, y ser sin pasado ni futuro, es atributo de solo Dios. Encierran por lo mismo estas palabras de Jesús una espléndida declaración de su divinidad. Como el Dios tremendo de Horeb, Jesús puede decir: «Yo soy el que soy»; es decir, el ser substancial e indeficiente, principio de todo ser; la vida que subsiste por sí misma y que es origen de toda vida. ¿Qué hombre pudo jamás hablar así como Jesús? Y si es quien es, sin que la historia haya podido argüirle de falsedad, ¡cuánta confianza, y cuánta reverencia, y cuánto consuelo debe infundirnos el nombre y la presencia santísima de Jesús!

G) v. 59.—*Mas Jesús se escondió...*—Si hubiese Jesús querido exhibir el poder de su divinidad, dice San Gregorio, con un oculto querer de su voluntad les hubiese atado las manos, o les hubiese enviado una repentina muerte; pero el que vino para padecer no quiso entonces juzgar ni condenar. Aun ahora, triunfador como es Jesús y vindicador de su gloria, parece a veces esconderse. Ni aniquila a sus enemigos, ni se venga de los que le ultrajan. Como Dios, es paciente y misericordioso. Pero a veces aparece bruscamente y se toma lo que es suyo: envía a sus ofensores tremendos castigos, y hace morder el polvo a quienes de él se burlaron.

Evangelio del miércoles después de la Dominica 4.^a de Cuaresma
(vv. 1-38)

¹Y al pasar Jesús, vio un hombre ciego de nacimiento. ²Y le preguntaron sus discípulos: Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, por haber nacido ciego? ³Respondió Jesús: Ni éste pecó, ni sus padres: mas para que las obras de Dios se manifiesten en él. ⁴Es necesario que yo obre las obras de aquel que me envió, mientras que es de día: vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar. ⁵Mientras que estoy en el mundo, luz soy del mundo. ⁶Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra e hizo lodo con su saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego. ⁷Y le dijo: Ve, y lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir «enviado»). Se fue, pues, y se lavó, y volvió con vista.

⁸Los vecinos, y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: ¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna? Los unos decían: Este es. ⁹Y los otros: No es éste, sino que se le parece. Mas él decía: yo soy. ¹⁰Y le decían: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? ¹¹Respondió él: Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo: y ungió mis ojos, y me dijo: Ve a la piscina de Siloé, y lávate. Y fui, me lavé, y veo. ¹²Y le dijeron: ¿En dónde está aquél? Respondió él: no sé.

Explicación. — Tiene este milagro gran analogía con el obrado por Jesús en la piscina de Bethesda (Ioh. 5, 5 sigs.). La narración es ingenua, transparente, repleta de detalles que constituyen un verdadero proceso del milagro y sus consecuencias. Culmina en él la obstinación, la astucia y la rabia de los fariseos, a quienes confunde el pobre ciego curado.

CIRCUNSTANCIAS: EL MILAGRO (1-7). — *Y al pasar Jesús inmediatamente a su salida del templo, vio, se fijó, en un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, al ver que miraba al ciego, con la intención que después manifestó: Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido ciego?* Era creencia común entre los judíos, que las dolencias corporales eran consecuencia fatal de los pecados: los hijos pueden ser castigados por los pecados de sus padres (Deut. 5, 9); cuanto a la causa de la ceguera en aquel caso, creerían vagamente que puede el hombre ser culpable antes de nacer: *Respondió Jesús, excluyendo en este caso ambas hipótesis: Ni éste pecó, ni sus padres;* la finalidad que Dios se propuso al consentir la ceguera de este hombre, era que se mani-

festara el poder, la bondad, la misericordia de Dios en su curación; *Mas para que las obras de Dios se manifiesten en él.*

Quien debe obrar las obras de Dios, sus maravillas, es el hijo, a quien envió el Padre: *Es necesario que yo obre las obras de aquel que me envió.* El tiempo de hacerlo, es durante su vida, simbolizada por el día de trabajo, como la muerte lo es por la noche, cuando el hombre reposa: *Mientras que es de día: vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.* Y la razón de obrar prodigiosa es una exigencia de su misión; como mientras vivió fue la luz del mundo por su doctrina, así debió serlo por los milagros con que la confirmó: *Mientras que estoy en el mundo, luz soy del mundo.* Especialmente va a ser luz del mundo en aquellos momentos en que va a iluminar los ojos de un ciego.

Y pasa Jesús a obrar el milagro: *Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, e hizo lodo con su saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego.* Hace Jesús el milagro trabajando de manos en sábado, preparando la lección tremenda que va a dar a los fariseos; y quiere que tenga la máxima publicidad, pues obliga al ciego, con los ojos cubiertos de fango, a atravesar las calles de Jerusalén y salir a las afueras, hacia el sur de la ciudad, donde está la piscina de Siloé: *Y le dijo: Ve, y lávate en la piscina de Siloé.* El Evangelista nota la significación de la palabra hebrea Siloé: *Que quiere decir «enviado», para hacer ver la relación simbólica entre la piscina y el verdadero Enviado de las naciones.*

Con sencillez que raya en lo sublime, cuenta Juan la manera cómo el milagro se consumó: *Se fue, pues, el ciego, con pronta y absoluta obediencia al mandato de Jesús: Y se lavó, y volvió con vista.*

EFFECTO QUE EL MILAGRO PRODUJO EN EL PUEBLO (8-12).—Era el ciego harto conocido en Jerusalén para que no causara asombro su curación; acostumbraría, como suelen los ciegos en todas partes, sentarse en algún lugar conocido para pedir limosna a los transeúntes. *Los vecinos, de su casa, sus conocidos, y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: ¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna? Los unos, los que más le conocían, que quizás habían seguido el proceso de la curación, decían con seguridad: Este es. Y los otros, más tardíos en creer un hecho tan estupendo, o que le conocían menos, o que veían demudado el rostro al abrísele los ojos, decían: No es ése, sino que se le parece.* El mismo ciego era el que, gozoso, aclaraba las dudas y dirimía las cuestiones; *Mas él decía: Soy yo, el mismo que era ciego y pedía limosna.*

Como es natural, y más tratándose de un hecho maravilloso, el pueblo quiere saber cómo se realizó: *Y le decían: ¿Como te fueron abiertos los ojos?* El ex ciego reproduce fielmente y por el mismo orden de etapas de su curación: *Respondió él: Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo: y ungió mis ojos, y me dijo: Ve a la piscina de Siloé, y lávate. Y fui, me lavé y veo.*

Al punto asoma el espíritu farisaico: los escribas consentían derramar el agua en sábado, pero no amasar; Jesús, al preparar el lodo, ha infringido la ley sabática, *y le dijeron al ciego: ¿En dónde está aquél?*, revelando su animosidad contra Jesús. *Respondió él: No sé.*

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Vio un hombre ciego de nacimiento.*—¿Por qué estos defectos de constitución, a veces terribles, desde el mismo seno de las madres? Ciegos, mutilados, monstruosos, mudos, mentecatos, vienen al mundo sin culpa suya, sin provecho para la sociedad, con pena para los suyos. Quien saca de la nada al ser, bien puede dejar sin injuria al hombre con tal modo de ser, dice el Crisóstomo; a más de que Dios de los males saca bienes, en el orden individual, como en el caso del ciego, en el social y en el espiritual. A veces, dice San Gregorio, aflige Dios con estos males sin corregirlos; otras, para que el pecador se corrija; otras, para que no cometa pecados por aquello que le falta. Y siempre para que sepamos debidamente agradecer lo que tenemos y de lo que los otros carecen.

B) v. 2.—*¿Quién pecó, éste o sus padres...?*—El pecado personal de los padres no es imputable moralmente a los hijos, porque el pecado es una desviación de la libertad, y ésta es el fundamento de la responsabilidad del individuo. Bajo este aspecto, sólo el pecado de Adán, cabeza social y jurídica de la humanidad, ha podido ser imputable a todos los hijos; contenidos todo en él, con responsabilidad capital y solidaria, todos pecamos cuando él pecó. Con todo, hay en los pecados de los padres como una raíz del mal, que puede propagarse a los hijos. Es sabida la influencia del organismo en la libertad de cada cual. El cuerpo condiciona, a veces en forma muy eficaz, el juego de la voluntad. La teoría de los temperamentos y herencias es muy útil para la formación de los caracteres. Y los pecados de los padres, los vicios de los padres, pueden sin duda repercutir en las vidas de sus hijos. El refrán corriente: «De tal palo, tal astilla», y otro que consigna Jeremías: «Los padres comieron agrazones, y los hijos sufrieron dentera» (31. 29), pueden aleccionar a los padres en orden a la dignidad de su descendencia.

c) v. 4.—*Vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.*—La noche en que no se puede obrar es la noche de la muerte; y es, sobre todo, la noche de las nieblas exteriores de que habla el mismo Jesús en otra parte (Mt. 22, 13). Ahora estamos en el uso de nuestra libertad, que puede inclinarse al bien o al mal; después queda la libertad fijada definitivamente en el bien o en el mal, y no puede merecer ni desmerecer. Obremos el bien mientras tengamos tiempo,

dice el Apóstol (Gal. 6, 10); cuanto mayor sea el bien que obremos, mayor será el bien de que gozaremos eternamente.

d) v. 6. — *Escupió en tierra...* — Quien hizo de nada todo el mundo, bien podía fabricar unos ojos para el ciego con su palabra, dice el Crisóstomo. Pero no quiso: para que conociéramos que era El el mismo que del barro de la tierra formó al primer hombre, manifestándose así Creador. Y amasa barro el Señor, que es lo menos luminoso, y capaz de ocasionar la ceguera, para que sepamos que en las manos de Dios los más grandes efectos se logran con las causas más desproporcionadas.

e) v. 7. — *Ve, y lávate en la piscina de Siloé...* — La piscina de Siloé, dice Alávide, es símbolo del bautismo, donde somos espiritualmente lavados y recibimos las iluminaciones de Cristo, porque recibimos el hábito de la fe. Siloé equivale a Enviado: en las aguas de la pila bautismal está el Enviado de Dios, el Mesías, porque está allí su virtud regeneradora. Enviado para la salud del mundo, allí la empieza; la iluminación del bautismo deberá ser la estela de claridad que nos lleve al cielo, donde veremos la claridad de Dios: «Me lavé, y veo.» Y veré más aún, cuando vea a Dios cara a cara.

f) v. 8. — *¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?* — Pedía limosna, que es lo que podían darle los hombres, y no pedía la vista, que sólo le podía dar Dios. Y Dios se la dio sin que la pidiera el menesteroso. Adoremos la profunda misericordia del Corazón de Jesús que, espontáneamente, da la vista al pobre ciego. abajándose hasta dar la mano a un pordiosero. Y tenemos su justicia, cuando esta misma obra le sirve para tronchar las frentes altivas de los sabios y magnates de Jerusalén, que resisten a su palabra.

g) v. 11. — *Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo...* — Hizo lodo con su saliva divina, mezclando una cosa tan baja como es la tierra con otra cosa tan digna como es el licor que de su boca fluía. Nos aclara esto la teoría y el hecho de los sacramentos de la Iglesia, instituidos por el mismo Jesucristo. Todos ellos tienen su parte material, agua, aceite, pan, etc., y su parte formal, que son las palabras con que se administran: Te bautizo, te unjo, esto es mi cuerpo, etc.; pero sobre esto está la virtud espiritual que encerró en ellos el Señor, figurada por esta saliva. El agua del bautismo borra los pecados, no porque es agua, sino porque tiene eficacia sobrenatural; y así de los demás sacramentos. Bendigamos a Jesús que en forma tan misericordiosa y tan fácil ha querido comunicarnos los tesoros de su gracia, valiéndose, como de instrumentos de ella, de las mismas cosas sensibles de uso ordinario.

117.— EL CIEGO DE NACIMIENTO: INQUISICION JURIDICA ANTE EL SINEDRIO: IOH. 9, 13-34

Sigue el Evangelio del miércoles después de la Dominica 4.^a de Cuaresma

¹³ Llevaron a los fariseos al que había sido ciego. ¹⁴ Y era sábado cuando hizo Jesús el lodo y le abrió los ojos. ¹⁵ Y de nuevo le

La respuesta de los padres es sobria y serena; arroja claridad meridiana sobre el hecho, sin que ellos se comprometan, ni den ocasión a tergiversar el suceso: *Sus padres les respondieron, y dijeron a las dos primeras preguntas: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; ¿quién mejor que ellos podía saberlo? A la pregunta tercera responden con cautela, hurtando el cuerpo a las iras del Tribunal y remitiéndose al testimonio del hijo, ya mayor de edad: Mas no sabemos cómo ahora tenga vista: O quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: preguntadlo a él: edad tiene, que hable él por sí mismo.* Justifica el Evangelista a los padres por el justo miedo que tenía todo judío a la excomunión, y ésta era sanción acordada contra quienes predicasen a Jesús como el Cristo: *Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos: porque ya habían acordado los judíos que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga.* Echar de la sinagoga era excomulgar; el excomulgado debía vestir traje de penitencia, y muchas veces no podía concurrir a las sagradas ceremonias; era una afrenta y una pena para el judío, ordinariamente piadoso, que, por el hecho de la excomunión, aparecía en la sociedad como impío y sacrilego: *Por esto dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadlo a él;* el temor de su propia condenación y afrenta justifica su comedimiento ante el prodigio obrado en su hijo,

SEGUNDO INTERROGATORIO DEL CIEGO CURADO (24-34).— Los fariseos no pueden ya negar el hecho de la ceguera ni el de la curación; ahora van a violentar la conciencia de aquel hombre, intimándole, para que se retracte de que Jesús era profeta, y le declare, con ello, pecador, este intolerable cohecho, ejercicio por abuso de autoridad sobre la conciencia de un plebeyo: *Volvieron, pues, a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios.* Dar gloria a Dios es aquí una fórmula adjuratoria, equivalente a: Di la verdad en el nombre de Dios, que está presente; con ello se amedrentará al testigo: *Nosotros, la suprema autoridad de Israel en el orden doctrinal, otro motivo de temor, sabemos, definimos, que ese hombre es pecador;* confíesalo tú también. Una afirmación categórica y un mandato, en boca de la autoridad máxima, bastan para falsear el criterio y doblegar la voluntad de un desvalido.

El ex ciego no cede, y responde con suma cordura y reverencia, pero diciendo toda la verdad: *El les dijo: Si es pecador, no lo sé, no juzgo ahora, me callo, no expongo mi juicio: Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.* El hecho es irrefragable, indestructible; aquellos jueces apelarán a todos los recursos de su

dialéctica para que caiga en contradicción el testigo. *Y ellos dijeron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?* Entonces el testigo, que ve la situación embarazosa de sus jueces, toma bríos, y les respondió, con vehemencia: *Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué lo queréis oír otra vez?* Y, mordaz, sigue irónicamente: *¿Por ventura queréis vosotros también haceros sus discípulos?* ¡Bien sabía su animosidad contra Jesús!

Exasperados, por lo que ellos suponen contumelia, le colman de injurias: *Y le maldijeron*: y, como ultraje máximo, *dijeron: Tú seas su discípulo: que nosotros somos discípulos de Moisés*, único enviado de Dios. *Nosotros*, siguen con énfasis, *sabemos que habló Dios a Moisés*: mas éste, despectivamente, a quien defiendes tú, *no sabemos de dónde es*.

A este gesto de desprecio de sus jueces, que se han abajado a discutir con un pordiosero, responde éste, sobreponiéndose al despecho y a la envidia de aquellos jueces miserables, con su nobilísima apología del Señor: primero, *les respondió, y dijo: Ciertamente que es cosa maravillosa*, es bien raro, *que vosotros no sabéis de dónde es, y abrió mis ojos*. Si Moisés es para vosotros enviado de Dios, porque lo demostró con prodigios, ¿por qué no lo será Jesús, que me ha dado la vista? Segundo, afirmando su santidad: *Y sabemos que Dios no oye a los pecadores: mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye*. Tercero, poniendo de relieve lo estupendo del milagro que en su favor ha hecho Jesús, del que no se halla ejemplo en la historia de ningún hombre de Dios: *Nunca fue oído, que abriese uno los ojos de uno que nació ciego*. Y concluye el ex ciego su argumentación, digna de un teólogo, con este apotegma triunfal: *Si éste no fuese de Dios, si no tuviese con él íntima relación, no pudiera hacer cosa alguna, no podría realizar ningún prodigio*.

A los irrefutables argumentos, responden los jueces con un insulto, síntesis de todos ellos; en las contiendas, cuando faltan las razones se llega fácilmente al ultraje; *Respondieron, y le dijeron: En pecado eres nacido todo*, en alma y cuerpo; tu ceguera nativa es la marca externa de tus crímenes: *¿y tú nos enseñas?* ¿Tú, pecador, plebeyo, ignorante; a nosotros, doctores de la ley y representantes de la santidad, como fariseos que somos? *Y le echaron fuera*, brutalmente le expulsaron del lugar; quizás el acto fue seguido de excomunión: los representantes de la ciencia y de la justicia han caído en necedad y han conculcado al justo y a la justicia.

preguntaban los fariseos, cómo había recibido la vista. Y él les dijo: Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé, y veo. ¹⁶ Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado. Y otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros? Y había disensión entre ellos. ¹⁷ Y vuelven a decir al ciego: Y tú, ¿qué dices de aquel hombre que abrió tus ojos? Y él dijo: Que es profeta. ¹⁸ Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego, y que hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista.

¹⁹ Y les preguntaron, y dijeron: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora? ²⁰ Sus padres les respondieron, y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego. ²¹ Mas no sabemos cómo ahora tenga vista: o quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: preguntadlo a él: edad tiene, que hable él por sí mismo. ²² Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos: porque ya habían acordado los judíos que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga. ²³ Por esto dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadlo a él.

²⁴ Volvieron, pues, a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador. ²⁵ El les dijo: Si es pecador, no lo sé: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. ²⁶ Y ellos le dijeron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? ²⁷ Les respondió: Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Por ventura queréis vosotros también haceros sus discípulos? ²⁸ Y le maldijeron, y dijeron: Tú seas su discípulo; que nosotros somos discípulos de Moisés. ²⁹ Nosotros sabemos que habló Dios a Moisés: mas éste no sabemos de dónde es. ³⁰ Aquel hombre les respondió, y dijo: Ciertamente que es ésta cosa maravillosa, que vosotros no sabéis de dónde es, y abrió mis ojos. ³¹ Y sabemos que Dios no oye a los pecadores: mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. ³² Nunca fue oído que abriese uno los ojos de uno que nació ciego. ³³ Si éste no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna. ³⁴ Respondieron, y le dijeron: En pecado eres nacido todo, ¿y tú nos enseñas? Y le echaron fuera.

Explicación.—A la inquisición popular, de la que resultaba ya la supuesta infracción del sábado, siguió la delación hecha al Sinedrio, de la misma persona del pordiosero curado: *Llevaron a los fariseos al que había sido ciego*. No aparece claro fuese la denuncia el mismo día de la curación; el Evangelista se ciñe a decir: *Y era sábado cuando hizo Jesús el todo y le abrió los ojos*. La escena del interrogatorio está tan sencilla como admirablemente descrita. En ella, la sinceridad y nobleza del hasta entonces pordiosero contrasta con la felonía, las argucias y las contradicciones de aquellos prohombres de Israel.

EL CIEGO CURADO, ANTE EL SINEDRIO (13-18).—Los delatores del ciego narran a los fariseos el portentoso hecho; éstos, sin fijarse en

la magnitud del prodigio, y sólo aecuciados por el ansia de sorprender a Jesús en flagrante delito, piden al hombre curado les narre a su vez cómo recobró la vista: *Y de nuevo le preguntaban los fariseos, cómo había recibido la vista.* El ex ciego repite con suma sencillez lo ocurrido: *Y él les dijo: Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé, y veo.* No se pasman aquellos jueces: obrando en fariseo, y según sus prejuicios, callan con dolo lo bueno y lo maravilloso de la acción, y sólo se fijan en un pequeño detalle que pudiese resultar infracción legal; por él condenan ya en su juicio a Jesús como pecador: *Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado.* En cambio, otros, de los mismos fariseos, creían no debía ser reprobado de plano un hombre que a más de éste había hecho muchos otros milagros: *Y otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?* Como entre la plebe, así hay también entre los magnates diversidad de pareceres con respecto a Jesús: *Y había disensión entre ellos.*

En medio de esta perplejidad de la asamblea, es interrogado el mismo ex ciego sobre el juicio que le merezca Jesús; el pobre hombre sabe la hostilidad de los presentes contra su médico: no se atreverá a alabarle ante la gran asamblea, y en la misma conducta del curado hallarán quizá motivo para descalificar a Jesús; *Y vuelven a decir al ciego: Y tú, ¿qué dices de aquel hombre que abrió tus ojos?* Pero el hombre es agradecido y no es cobarde; frustra las esperanzas de sus interlocutores diciendo con lealtad su parecer: *Y él dijo: Que es profeta, un hombre enviado de Dios.* Se lo ha dictado el simple sentido común.

El hecho aparece inexplicable, por lo extraordinario: aquel hombre defiende a Jesús; quizás hay entre ambos contubernio para simular un hecho milagroso; por ello niegan el hecho, empezando por no creer que aquel hombre hubiese sido ciego: *Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego, y que hubiese recibido la vista.* Llamarán a los padres del curado; tal vez les den la llave en sus respuestas para la explicación del extraño suceso: *Hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista.*

INTERROGATORIO DE LOS PADRES DEL CIEGO (19-23).—Padres e hijo están ante la asamblea: *Y les preguntaron, y dijeron: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?* Son tres preguntas, hechas atropelladamente, con vehemencia, como para intimidar a aquellos testigos, y la última es notoriamente tendenciosa: ¿cómo ve ahora?, es decir, si ahora ve, es que no era ciego.

Lecciones morales.—A) v. 16.—*Este hombre no es de Dios, pues no guarda el sábado.*—Miran los fariseos en la acción de Jesús lo que es pequeño y que tiene explicación satisfactoria, aunque parezca pecaminoso, y dejan de considerar el fondo estupendo del hecho. No ven que en éste se revela Dios o enviado de Dios, y que Dios es el Señor del sábado. Ni atienden que bien vale la vista de un prójimo hacer con saliva un poco de barro, cuando vale una bestia que cae en un hoyo el esfuerzo necesario para sacarla de él, aun en sábado. Para que sepamos estimar en su valor legítimo hombres y cosas, y no falseemos nuestro juicio sobre ellos, por la simple aprehensión de algo que aparece defecto y quizá ni llegue a serlo, y no ponderando debidamente lo que de bueno puedan tener. Y para que aprendamos que es difícil enjuiciar al prójimo cuando tenemos contra él prejuicios personales o de doctrina.

B) v. 17.—*¿Qué dices de aquel hombre que abrió tus ojos?*—El ciego éramos cada uno de nosotros, hechos, en frase del Apóstol, «tiniebla», de pensamiento, por la ignorancia y el error de que éramos víctimas, y de vida, por nuestras malas obras; pero ahora somos «luz en el Señor» (Eph. 5, 8), porque Jesús nos ha abierto los ojos, por la luz de la fe, que ilumina los pasos de nuestra vida y por nuestras obras, «luz nuestra que brilla ante los hombres» (Mt. 5, 16). ¿Qué decimos de aquel hombre, Jesús, Hombre-Dios, que nos abrió los ojos? ¿Le reconocemos como nuestro Dios y Salvador, nuestra «iluminación y salvación?» (Ps. 26, 1). ¿Le confesamos tal ante los hombres, incluso ante los hombres de tinieblas que quieren avergonzarnos porque seguimos a Jesús y le amamos? ¿Flaqueamos alguna vez en nuestra fe, ante nosotros mismos, o ante la exigencia de confesarla ante nuestros adversarios? Tomemos ejemplo del ciego del Evangelio, y temamos si no lo seguimos, que aun nuestra debilidad e ingratitud podrían acarreararnos nueva caída en tinieblas.

C) v. 19.—*Pues, ¿cómo ve ahora?*—Los sinédritas no salen de su asombro ante el hecho, que no pueden negar, de que el ciego haya recobrado la vista; y quieren saber la causa de la curación. No llegarán a comprenderla, porque sus prejuicios les cegarán. Antes que confesar el poder de Jesús, preferirán desatarse en ultrajes contra el pordiosero tan maravillosamente curado. Es lo que ocurre siempre, a través de la historia, con los enemigos de Jesús. Ven la gloria de la Iglesia, la transformación del mundo por Cristo, esta luz prodigiosa del Cristianismo que llena la tierra y los siglos: es un hecho, o una serie de hechos prodigiosos que no pueden negar, porque la luz no se niega; pero sí que se niega el poder sobrenatural de Jesús y su eficacia en todas las cosas de la humanidad. Y, en su impotencia, los enemigos de Jesús atribuyen a factores humanos la obra estupenda, o se desatan en ultrajes, persecuciones, calumnias, contra la persona de Jesús.

D) v. 20.—*Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego.* No pudiendo los fariseos hacer callar al hijo, dice el Crisóstomo, llaman a sus padres, por si pueden con el testimonio de éstos aniquilar el milagro. Pero es tal la naturaleza de la verdad, que cuando se la ponen trabas e insidias, se hace más fuerte. La mentira tropieza siempre consigo misma, y da testimonio de la verdad en

aquello mismo en que se la había utilizado para destruirla. Así sucede en este caso: los padres del ciego, testimonio el más fehaciente, no hacen más que corroborar lo que ha confesado su hijo y lo que es de voz pública. Así ha sucedido con todo error y con toda mentira inventados contra la Iglesia: no han servido sino para hacer brillar más la verdad, que ha salido victoriosa de toda contraprueba.

E) v. 21. — *Preguntadlo a él: edad tiene...* — El hijo es intrépido, y dice con claridad lo sucedido; los padres temen las iras de los fariseos y se remiten al testimonio del hijo. El miedo es mal consejero, y es sumamente contagioso. En la confesión de la verdad, y más cuando se nos exige, y más aún cuando se atraviesan los intereses de Jesús y de su religión, debemos añadir con valor nuestro testimonio al de los demás. Las voces concordes tienen multiplicada fuerza, y ésta es siempre resta a la fuerza de nuestros enemigos. La cobardía es siempre un bochorno para el cobarde, y puede ser el medio indirecto más eficaz para la propaganda del mal.

F) v. 22. — *Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos...* — No se atreven los padres del ciego a arrostrar las iras de los magnates, pero tampoco pecan negando los hechos que saben son verdad. Para el hecho de la curación, se remiten al testimonio del hijo, más fidedigno que el suyo; los hechos que ellos conocen, su paternidad y la ceguera del hijo, no temen testificarlos. Los intérpretes no suelen acusar aquí de cobardía a los padres; y parece que mejor justifican su conducta al mantenerse, ante los representantes de la ley y en un tribunal de justicia, dentro de los límites de la mesura y de la circunspección en las palabras. Para que aprendamos que, a veces, puede ser más eficaz la prudente estrategia en la defensa que un ataque que, aunque justo, podría resultar contraproducente. Es regla a seguir en las obras de apostolado, y más aún ante la intervención de poderes oficiales en nuestras cosas.

G) v. 31. — *Y sabemos que Dios no oye a los pecadores...* — Si que oye a los pecadores Dios; si no los oyera, no hubiese concedido su gracia al publicano que le decía: Señor, sé propicio a mí, pecador. ¿Qué son muchos salmos, qué la plegaria particular de los cristianos y en gran parte la oficial de la Iglesia, sino un grito de alma pecadora que quiere salir de su estado, o que pide la remisión de sus culpas? Lo que quiere significar aquí el ciego, es que un pecador no hará jamás milagro alguno, aunque puedan hacerlos los pecadores (Mt. 7, 22), para confirmar el error, o la santidad que no tiene, o la injusticia de los hombres perversos. Jesús obra milagros en confirmación de su misión, de su doctrina, de la santidad de su persona; luego no es hombre malo: Dios no consentiría el abuso del poder taumáturgico en pro de la maldad o de la mentira. Este es el sentido de la afirmación del ciego curado.

H) v. 34. — *En pecado eres nacido todo, ¿y tú nos enseñas?* — Los mayores suelen tener pena de aprender algo de los inferiores, dice San Beda. Mientras esperaban que negara el hecho, añade San Agustín, trataban de aprender de él con muchas preguntas que le hacían; cuando les dice la verdad, ingratos, le arrojan de su pre-

sencia. Para que aprendamos a recibir la verdad de quienquiera que sea; porque la verdad no es propiedad de nadie y es patrimonio de todos. Para que no nos desdénemos de aprender de nuestros inferiores, que no lo son en aquello que nos enseñan. Y para que no hagamos recaer sobre la persona que nos dice la verdad la pena que nos produce el haberla conocido.

118.— EL CIEGO DE NACIMIENTO: SU ENCUENTRO CON JESUS: IOH. 9, 35-41

Acaba el Evangelio del miércoles después de la Dominica 4.^a de Cuaresma (vv. 35-38)

³⁵ Oyó Jesús que le habían echado fuera; y cuando le halló, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? ³⁶ Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? ³⁷ Y Jesús le dijo: Y lo has visto, y el que habla contigo, ese mismo es. ³⁸ Y él dijo: Creo, Señor. Y postrándose, le adoró.

³⁹ Y dijo Jesús: Yo vine a este mundo para juicio; para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos. ⁴⁰ Y lo oyeron algunos de los fariseos, que estaban con él, y le dijeron: Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos? ⁴¹ Jesús les dijo: Si fueseis ciegos, no tendríais pecado: mas ahora, porque decís: Vemos por eso permanece vuestro pecado.

Explicación.— La portentosa curación del ciego ha corrido de boca en boca por la ciudad; no menos notoria se ha hecho la violenta escena del Sinedrio y la expulsión del ciego, que ha llegado a oídos de Jesús: *Oyó Jesús que le habían echado fuera*. Entonces el Señor buscó, o se hizo contradictorio con el ciego, dando ello lugar a que Jesús revele su divinidad al ciego (35-38), y pronuncie una tremenda invectiva contra los fariseos (39-41).

JESÚS SE REVELA AL CIEGO (35-38 — Al inapreciable beneficio de la vista corporal añade Jesús, en favor del ciego, el don de la vista espiritual de la fe. *Y cuando le halló*, después de buscarle, en lo que se revela la bondad de Jesús, *le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?* La pregunta es súbita, y es trascendental; el ciego reconoce por el timbre de la voz al que le ha curado; por ello le responde con palabras de reverencia y que demuestran su ánimo obsecuente: *Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él?* Después de la escena del Sinedrio, la palabra sincera y serena de Jesús, por quien ya ha sufrido, le hallan predispuesto en favor de la persona de su Médico. *Y Jesús le dijo: Y lo has visto*, es decir, le ves, porque hasta entonces el ciego no había podido ver a Jesús; *Y el que habla*

contigo, ese mismo es: Jesús hace al ex ciego una revelación de su mesianidad tan clara como la hizo a la samaritana (Ioh. 4, 26).

A la revelación externa junta Jesús su gracia, que ilumina y mueve pensamiento y voluntad de aquel hombre, que confiesa su fe: *Y él dijo: Creo, Señor.* Y para que el acto de fe fuese completo, júntase el gesto del cuerpo a la confesión del espíritu y de los labios: *Y postrándose, le adoró;* bien pudo adorar como Dios a quien le curó con poder divino y le aseguraba que era Dios. Dios no depone con el milagro en favor de la impostura.

AMENAZAS DE JESÚS A LOS FARISEOS (39-41).—Hay un profundo contraste entre el contenido de estos versículos, en que se descubren negros horizontes de incredulidad y condenación, con las ideas apacibles y luminosas de los anteriores.

Y dijo Jesús, dirigiéndose a la multitud que se habría congregado a su alrededor, y descubriendo la significación simbólica de la curación de aquel ciego: *Yo vine a este mundo para juicio;* mi persona misma, mi doctrina, mis obras, son como un verdadero juicio por el que unos se salven y se condenen otros, según consientan o no con la misión que me trajo al mundo: *Para que vean los que no ven;* esto es, los sencillos y humildes, los ignorantes, que con avidez esperan el reino del Mesías, recibirán el don de la fe, por su docilidad a la doctrina de Cristo; *Y los que ven,* los soberbios, los que se creen sabios, los fariseos, *sean hechos ciegos,* rechacen, con protervia y orgullo, la doctrina de Cristo y repudien las obras que le acreditan de legado de Dios. Es la misma idea expresada por Simeón en Lc. 2, 34, y por la Virgen María en Lc. 1, 53.

La alusión de Jesús al espíritu farisaico es demasiado clara para que dejen de darse por señalados algunos fariseos que le oyen: *Y lo oyeron algunos de los fariseos, que estaban con él, y le dijeron: Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos?* La pregunta es arrogante e irónica; se colige de la respuesta de Jesús, valiente y perentoria; *Jesús les dijo: Si fueseis ciegos, no tendríais pecado;* si vuestra ignorancia fuese invencible, si no os hubiese revelado la verdad, entonces no seríais culpables. *Mas ahora, porque decís: Vemos,* porque vuestra hinchada ciencia os hace rechazar las enseñanzas del Mesías, *por eso permanece vuestro pecado:* está siempre en vuestro espíritu, ni será perdonado mientras no depongáis el orgullo que os ciega.

Lecciones morales.—A) v. 35.—*Y cuando le halló...*—El encuentro de Jesús es para el ciego curado un premio al valor y a la sinceridad con que ha defendido su nombre en el Sinedrion; ello le

llevará a la fe total en Jesús. Porque, como dice el Crisóstomo, los que sufren vejamen por la verdad y por la confesión de Cristo, son por él sobremanera nonrados, como lo hizo Jesús con este ciego, a quien recibió como recibe el juez o presidente de los juegos olímpicos al atleta vencedor y coronado. Convenzámonos de que el Señor no premia la cobardía de sus siervos, ni les sale al encuentro con nuevas gracias si no se han hecho dignos, con su ulterior conducta, de las que antes han recibido.

b) v. 36. — *¿Quién es, Señor, para que crea en él?* — Se revelan en estas palabras del ciego sus ansias vehementes de conocer la verdad. Ha sentido de cerca el poder de Dios, que le ha devuelto la vista; y ahora abre los ojos del alma para conocer a este Dios del poder. Cuando Jesús se le revele, la luz de la verdad inundará estos ojos abiertos de su espíritu con su claridad, y toda su alma se volverá hacia Jesús; porque, como los ojos de la cara son como la lámpara que orienta todo el cuerpo (Mt. 6, 22), así el ojo del alma, que es la inteligencia, dirige toda la vida. ¿Sentimos nosotros, ante las cosas ordinarias y extraordinarias del poder de Dios, de su sabiduría, de su bondad, este prurito que sentía el ciego de conocer más a Dios? No olvidemos que la ciencia de Dios, en el sentido ascético, es la que da orientación y firmeza a nuestra vida, la que ensancha sus horizontes, la que nos da grandeza de alma, la que hace eficaz nuestra vida.

c) v. 38. — *Y postrándose, le adoró.* — En plena calle, ante la multitud de transeúntes, ante quienes quizás habían oído el corto diálogo de Jesús y el ex ciego, cae éste de rodillas y adora al Señor, profundamente rendido de cuerpo y espíritu. En lo que se nos dan dos lecciones: la revelación de la fuerza de la gracia de Dios, capaz, en un momento, de abatir cuerpo y espíritu del hombre, dejando intacta su libertad, con ventaja y mérito del mismo hombre, si coopera a la gracia de Dios; y la espontaneidad, libertad y santa desaprensión con que, ante indiferentes y enemigos, debemos públicamente rendir a Jesús, nuestro Iluminador, el obsequio de nuestra fe y de nuestras obras.

d) v. 39. — *Yo vine a este mundo para juicio.* — Equivalen estas palabras a aquellas otras de Jesús: «El que no cree, ya está juzgado»; y a aquellas otras: «El que no es conmigo, está contra mí» (Ioh. 3, 18; Mt. 12, 30). Jesús es la regla infalible de la verdad y de la santidad; o se amolda el hombre a ella, o divaga fuera de ella: en ambos casos está ya juzgado el hombre, porque Jesús es el juicio justo, definitivo e inapelable. Tanto lo es, que el juicio final no será más que una ratificación solemne de este juicio para el que Jesús vino al mundo. Si estamos con Jesús, estamos ya juzgados con sentencia de salvación, si somos fieles, y seremos colocados a su diestra el último día. Si no estamos con Jesús y así perseveramos, ya estamos juzgados con juicio de condenación.

e) v. 41. — *Si fueseis ciegos, no tendríais pecado...* — El pecado es un acto deliberado de la voluntad, que se desvía del orden; pero el orden, la ordenación de la vida, es función de la inteligencia, que es el ojo y la vista del alma. La total ceguera del alma es la total ignorancia de la ley y del deber que importa; es el estado de los

que no tienen uso de razón, de los infantes y dementes. Estos no son sujetos de pecado, porque ignoran la ley. ¿Será, entonces, una ventaja el ignorarla? No: porque hay una ignorancia culpable, como lo es la que tenemos obligación de disipar, en virtud de nuestra condición general de cristianos o de la especial de nuestro estado. Luego, cuanto más luz, mejor, a condición de que ella sea norma eficaz de nuestra vida. Cuanto más fe, y más ilustrada, más facilidad de obrar, más seguridad en la obra, más matices en los actos libres, y, por consiguiente, más posibilidad y mayor abundancia de mérito, con esperanza de galardón mayor.

119. — EL BUEN PASTOR: IOH. 10, 1-21

Evangelio del martes de Pentecostés (vv. 1-10) y de la Dominica 2.^a Después de Pascua (11-16)

Los vv. 11-16 se leen asimismo en la Misa de San Josafat (14 noviembre) y en la de Santo Tomás de Cantorbery (29 diciembre)

¹ En verdad, en verdad os digo, que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquél es ladrón y salteador. ² Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. ³ A éste abre el portero. Y las ovejas oyen su voz, y a las ovejas propias llama por su nombre, y las saca. ⁴ Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. ⁵ Mas al extraño no le siguen, huyen de él: porque no conocen la voz de los extraños. ⁶ Esta parábola les dijo Jesús. Mas ellos no entendieron lo que les decía.

⁷ Y Jesús les dijo otra vez: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas. ⁸ Todos cuantos vinieron, ladrones son y salteadores, y no los oyeron las ovejas. ⁹ Yo soy la puerta. Quien por mí entrare, será salvo: y entrará, y saldrá, y hallará pastos. ¹⁰ El ladrón no viene sino para hurtar, y para matar, y para destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan con más abundancia. ¹¹ Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. ¹² Mas el asalariado, y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y abandona las ovejas y huye: y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. ¹³ Y el asalariado huye, porque es asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas. ¹⁴ Yo soy el buen Pastor: y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, ¹⁵ como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre: y doy mi vida por mis ovejas. ¹⁶ Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz, y será hecho un solo rebaño y un solo pastor. ¹⁷ Por eso me ama el Padre: porque yo doy mi vida para volverla a tomar. ¹⁸ Nadie me la quita: mas yo la doy de mi propia voluntad: poder tengo para darla; y poder tengo para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

¹⁹ Y hubo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras. ²⁰ Y decían muchos de ellos: Demonio tiene, y está fuera de sí: ¿por qué le escucháis? ²¹ Otros decían: Estas palabras no son de endemoniado: ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?

Explicación.— Esta bellísima parábola, una de las páginas más dulces y consoladoras del Evangelio, la pronunció Jesús en el mismo encuentro con el ciego curado y después de la tremenda amenaza a los fariseos. El enlace de los conceptos es natural: aquellos hombres se arrogaban el título de conductores o pastores únicos de Israel: daban los pastos que les placían a ellos: admitían y echaban del redil a quienes querían, como acababan de hacerlo con el ciego, y sancionando con la expulsión de la sinagoga a quien creyese que Jesús era el Mesías (Ioh. 9, 22.34). Jesús vindica para sí, exclusivamente, el título de pastor legítimo, al tiempo que condena a sus adversarios de falsos pastores. (Acerca del título de Pastor que debía adoptar el Mesías, véase el tomo I, pág. 207.)

CARACTERES DEL BUEN PASTOR (1-6).— *En verdad, en verdad os digo...* Palabras solemnes con las que prepara Jesús la atención de sus oyentes sobre la gravedad de la lección que va a darles. *Que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquél es ladrón y salteador.* Está tomada la alegoría de la vida pastoril, muy común entre los judíos; por esto pudieron todos fácilmente entenderla en todos sus detalles. Desde comienzos de primavera se dejaban libres los rebaños en las estepas de Judea y Perea; por la noche eran recluidos en recintos cerrados por empalizadas o muros de barro; en ambos casos tenía el recinto una puerta, al cuidado de un hombre; dentro de una misma cerca se encerraban rebaños de distintos dueños; entraban por la mañana los pastores y cada cual llamaba a sus ovejas, que obedecían a la voz de su dueño. A veces asaltaban los ladrones el recinto para llevarse alguna pieza. *Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A éste abre el portero,* porque sabe tiene derecho a entrar; quién sea en la alegoría indicado por el portero, no consta: Moisés, según algunos, un ángel, el mismo Cristo; mas, bien parece éste un detalle de adorno de la parábola, en la que no todo debe tomarse en cuenta en la aplicación espiritual (tomo I, pág. 181). *Y las ovejas oyen su voz, y a las ovejas propias llama por su nombre, y las saca,* del redil, por la puerta, para llevarlas a buenos pastos. *Y cuando ha sacado fuera sus ovejas va delante de ellas,* como se practica en Oriente. *Y las ovejas le siguen, porque conocen*

su voz; no a los desconocidos; Mas al extraño no le siguen, antes huyen de él: porque no conocen la voz de los extraños. Son todos deliciosos detalles, que delatan un fino observador y narrador.

Nota el Evangelista un rasgo de la psicología de los fariseos: *Esta parábola les dijo Jesús. Mas ellos no entendieron lo que les decía:* no comprendieron pudiese referirse a ellos el contraste que establecía Jesús entre el buen pastor y los ladrones; les cegaba la soberbia, porque se reputaban los pastores insustituibles del pueblo de Dios.

JESÚS ES EL BUEN PASTOR (7-18).—*Y Jesús les dijo otra vez, declarando el sentido de la parábola, ya que no se la habían aplicado los fariseos: En verdad, en verdad os digo...:* es la misma fórmula solemne con que empezó la alegoría; *Que yo soy la puerta de las ovejas*, es decir, la puerta por donde se entra en el redil: por Cristo entran las ovejas en la Iglesia; por Cristo deben ser constituidos los pastores; él da la fe, la gracia y la vocación a la dignidad de pastor. *Todos cuantos vinieron, ladrones son y salteadores, y no los oyeron las ovejas:* la alusión es a ellos que actualmente se arrogan el oficio de pastor, «son», en presente, los fariseos, que no buscan más que su provecho explotando al pueblo; las ovejas no les oyeron, se entiende los seguidores de Jesús, entre ellos el ciego curado.

Yo soy la puerta, repite Jesús con énfasis, por donde entran pastores y ovejas, pueblo y jerarquía: *Quien por mí entrare, será salvo;* bajo la protección divina estará seguro de toda malévola incursión: *Y entrará, y saldrá y hallará pastos*, en lo que expresa la facilidad, la seguridad, la abundancia de la vida espiritual que por la doctrina, sacramentos, etc., nos dará el buen Pastor. No lo hace así *el ladrón*, que *no viene sino para hurtar, y para matar, y para destruir:* éste no entra por la puerta del llamamiento de Dios; no busca sino el torpe lucro; no procura el incremento del rebaño, sino que es ocasión de la ruina espiritual de las ovejas. En cambio, Jesús ha venido para dar la verdadera vida espiritual; más que la vida, la saciedad y el regalo del bien vivir: *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan con más abundancia:* es la perfecta participación del Espíritu Santo.

Y sigue Jesús contraponiéndose a los malos pastores: *Yo soy el buen Pastor:* soy el Mesías, que he venido para apacentar el pueblo de Dios (vide tomo I, pág. 207). Característica del buen pastor es exponer y dar la vida por sus ovejas; lo hicieron Jacob y David (Gen. 31, 40; 1 Reg. 17, 35); *El buen pastor da la vida por sus ovejas:* Jesús da la suya como precio de la redención del mundo. *Mas*

el asalariado, los doctores y prelados que principalmente buscan su utilidad, y *que no es el pastor, del que no son propias las ovejas*, que las gobierna sólo a título de precario y por su conveniencia, *ve venir al lobo*, eterno enemigo de las ovejas, el inductor, el escandaloso, el falso doctor, y *abandona las ovejas y huye*, sólo atento a su bien personal; y, consecuencia fatal de ello, *el lobo arrebató y dispersa las ovejas*, que han quedado en el desamparo. Otra razón de su huida es que no tiene afección ninguna al rebaño, sino sólo al provecho que saca de la aparente custodia: *Y el asalariado huye, porque es asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas*.

Yo soy el buen Pastor, repite Jesús; como se llama dos veces «la puerta» del redil, así se llama Pastor dos veces para aplicarse sucesivamente las cualidades del buen pastor; éste conoce una a una sus ovejas, y las ovejas le conocen a él: así Jesús: *Y conozco mis ovejas, y las mías me conocen*: es conocimiento recíproco de amor; y cuanto más se conocen recíprocamente, más se aman, porque el conocimiento engendra amor, y el amor, conocimiento. Cuán íntimo sea este conocimiento, lo expresa con altísima comparación: *Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre*; esta vida íntima, de conocimiento y amor, que une al Padre y al Hijo, une también, aunque en otra forma y medida, a Jesús y sus ovejas; Jesús y el alma están unidos hasta cierto punto en semejanza de naturaleza, porque Jesús le comunica vida de su vida: vida de conocimiento y amor por la fe y la gracia. Prueba de este amor generoso de Jesús es que da su vida por las almas: *Y doy mi vida por mis ovejas*.

Jesús traspasa en alas de su pensamiento los límites del pueblo de Dios, de la «grey de Dios», para indicar que tiene fuera de él numerosas ovejas: *Tengo también otras ovejas*, todas las naciones gentiles, *que no son de este aprisco*, del pueblo de Israel; *Es necesario que yo las traiga*, con los lazos del amor, porque mi Padre me las ha dado en herencia (Ps. 2, 8; Is. 49, 8; 52, 15; 53, 12): *Y oirán mi voz*, en la predicación de los Apóstoles, *y será hecho un solo rebaño y un solo pastor*, la Iglesia católica, formada por todas las naciones del mundo convertidas a Cristo (Ez. 34, 23; 37, 22-24).

Estas funciones altísimas de Pastor Jesús, su abnegación, que le llevan a morir por sus ovejas, su conquista del mundo de los espíritus, lograda por su predicación y su muerte, reducido al régimen de un solo cavado (1 Petr. 5, 4), le hacen grato al Padre: *Por eso me ama el Padre*; y le ama especialmente por la generosidad con que da la vida por sus ovejas y la vuelve a tomar, resucitando, para seguir rigiendo la grey del mundo (Ps. 109, 1) y santificando

las almas según la sentencia de San Pablo (Rom. 4, 25): *Porque yo doy mi vida para volverla a tomar*. Y es más de estimar la generosidad de su muerte, por la plenísima libertad con que da la vida; nadie es capaz de quitársela: *Nadie me la quita*; El solo ejecuta el acto de dar la vida, porque él sólo tiene poder para darla: *Mas yo la doy de mi propia voluntad: poder tengo para darla; y poder tengo para volverla a tomar*, dueño absoluto como es de ella. En todo esto, dar la vida y resucitar, para formar la grey del Señor, no hace más que cumplir el mandato del Padre: *Este mandamiento recibí de mi Padre*.

LOS JUDÍOS NUEVAMENTE EN DESACUERDO (19-21).—En la sesión del Sinedrio habida poco antes, los fariseos andan discordes sobre Jesús (Ioh. 9, 6); este discurso del Señor renueva la división entre ellos: *Y hubo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras*. Unos le toman por un enajenado, un visionario, a quien ni siquiera hay que oír. *Y decían muchos de ellos: Demonio tiene, y está fuera de sí: ¿por qué le escucháis?* Otros, en cambio, fundándose justamente en el testimonio de la doctrina y de los milagros de Jesús, y en la mesura y gravedad de sus palabras, decían: *Estas palabras no son de endemoniado: ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?*

Lecciones morales.—A) v. 2.—*El que entra por la puerta, pastor es de las ovejas*.—Pastor es el que legítimamente apacienta: la puerta es Cristo; las ovejas son los fieles; el aprisco es la Iglesia. Todo poder pastoral es participación de los poderes del pastor Jesús, y no puede ejercer el oficio de apacentar. ¿Quién es legítimo pastor de las ovejas? Aquel a quien Jesús ha abierto la puerta del redil; por el llamamiento divino; por la autoridad de los pastores ya legítimamente constituidos. Sólo así puede conservarse la unidad de magisterio, de ministerio, de régimen en la santa Iglesia: por la sucesión de todos los pastores según la línea del supremo Pastor Jesús; por la participación de sus poderes en la forma determinada por El o por su Vicario, el Pastor universal, Obispo de Roma. La verdad, el gobierno, la santidad de la Iglesia, dependen de la fidelidad en guardar esta puerta y en arrojar a todo poder intruso.

B) v. 4.—*Las ovejas le siguen, porque conocen su voz*.—Hay una voz de pastor, dice San Agustín, en la que las ovejas no oyen a los no pastores; en la que las no ovejas no oyen a Cristo. Es decir, que es una voz inconfundible, que traduce una relación especial entre el pastor y las ovejas. Y esta voz es la identidad de vida y de doctrina con el divino Pastor. Tienen los fieles como un instinto divino para distinguir a los pastores de los mercenarios; y en ello está la mejor salvaguardia de la fe y de las costumbres cristianas

del pueblo. ¡Ay de los pastores que en su predicación y en su vida no tienen el «timbre» de la voz del Pastor Jesús! ¡Que Dios envíe a su santa Iglesia muchos pastores que tengan la voz inconfundible de Jesús!

c) v. 7. — *Yo soy la puerta de las ovejas.* — Y el que no entra por la puerta, había dicho Jesús, es ladrón y salteador. Hay muchos hombres, dice San Agustín, que por el hecho de vivir según la ley de cierta honradez natural, se llaman «buenos hombres»; ¿qué les aprovecha si no han entrado por la puerta del redil, que es Cristo? Para que aproveche el bien vivir, debe ser para eternamente vivir feliz, porque no puede decirse que vivan bien aquellos que ignoran el fin del bien vivir, o en su soberbia lo desprecian; y este fin es la vida bienaventurada, que no puede lograrse sino entrando en la grey de Cristo, que es la Iglesia, y viviendo una vida en verdad cristiana. Ladrones son, y salteadores los que usurpan el nombre de «buenos hombres», del que no pueden gloriarse sino los que vivan bien, y para ello debe vivirse según Cristo.

d) v. 8. — *Todos cuantos vinieron, ladrones son...* — Ladrones peores que los salteadores de caminos son los que entran en el coto de la Iglesia sin la misión y sin los poderes de Jesús. Más ladrones son todavía quienes van contra la misión y los oficios de Jesús. Predicadores de la mentira, editores y mercachifles de literatura averiada, maestros que hablan desde cátedras de pestilencia, traficantes de todo género en ideas y en conciencias: todos son ladrones, porque roban lo que tiene el hombre como más precioso, que es la verdad y la virtud. Huvamos de estos ladrones. Pongámonos en guardia contra ellos. Defendamos a los nuestros de sus incursiones y asechanzas.

e) v. 10. — *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan con más abundancia.* — Es decir, para que tengan vida espiritual y divina entrando las ovejas en el redil de la Iglesia militante, donde se entra por la fe, que obra por la caridad. Y para que la tengan más abundante cuando salgan de este redil para entrar en la saciedad perpetua de la vida bienaventurada. Tiene Jesús abundantes pastos en la vida presente, que nos pueden dar vida vigorosa: sacramentos, predicación, ejemplos, la gracia multiforme, etc.; pero en el cielo la vida es completa porque es la sempiterna hartura de Dios.

f) v. 11. — *Yo soy el buen Pastor.* — Es Jesús el Pastor de quien arranca la dignidad y oficio pastoral de todos los prelados en su Iglesia; y es el Pastor bueno, porque es Dios, bondad esencial, y Hombre-Dios, el tipo más encumbrado de la bondad, natural y sobrenatural. El máximo argumento de la bondad del pastor, es que da su vida por sus ovejas: él la dio una vez por todos, en forma cruenta, para redimirnos y salvarnos; y nos da cada día su carne y sangre en alimento en la Eucaristía.

g) v. 16. — *Y será hecho un solo rebaño y un solo Pastor.* — De los dos pueblos, el judío y el gentil, hizo Cristo un solo rebaño; y le dio la unidad del sello, que es el Bautismo, la unidad de autoridad, que es la del Supremo Pastor, la unidad de palabra, que es la palabra del Señor, el Evangelio, y la unidad de vida íntima, que es

la santa caridad. Todo atentado contra cualquiera de estos principios importa la escisión en el rebaño que quiso Cristo fuera uno; quien lo comete, es ladrón y salteador, que roba y mata y destruye el santo rebaño de Jesús.

H) v. 18.—*Nadie me la quita: mas yo la doy de mi propia voluntad...*—En vano intentaron los enemigos de Jesús quitarle la vida cuando todavía no era llegada la que el Evangelista llama «su hora» (Ioh. 7, 30; 8, 20): a Jesús nadie era capaz de quitarle la vida sin su querer. Su querer, sí, y de buena voluntad, fue el que le hizo dar la vida por sus ovejas. Y esto debe ser motivo de admiración, porque es Dios quien da generosa y voluntariamente la vida por el hombre; de amor, porque nadie lo tiene tan grande como el que da la vida por sus amigos, y amor con amor se paga; y de gratitud, porque de esta muerte voluntaria de Jesús han brotado los océanos de vida espiritual para el mundo, en el tiempo y en la eternidad.

PERIODO TERCERO

EN LAS INMEDIACIONES DE JERUSALEN Y LA PEREA

120. — LA CIENCIA DE LA ORACION: Lc. 11, 1-13

Evangelio de la Misa de Rogaciones y de la «contra Paganos»

¹ Y aconteció que estando orando en cierto lugar, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. ² Y les dijo: Cuando orareis, decid: Padre, santificado sea el tu nombre. Venga el tu reino. ³ Dá-nos hoy el pan nuestro de cada día. ⁴ Y perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación.

⁵ Les dijo también: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a medianoche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes, ⁶ porque acaba de llegar de viaje un amigo mío, y no tengo qué ponerle delante. ⁷ Y el otro respondiese de dentro, diciendo: No me seas molesto, ya está cerrada la puerta, y mis hijos están conmigo en la cama, no me puedo levantar a dártelos? ⁸ Y si el otro perseverare llamando a la puerta, os digo, que ya que no se levantara a dárselos por ser su amigo, cierto por su importunidad se levantaría, y le daría cuantos panes hubiese menester.

⁹ También os digo: Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá. ¹⁰ Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama, se abrirá. ¹¹ Y si alguno de vuestros hijos pidiere pan a su padre, ¿le dará acaso él una piedra? O si un pez, ¿por ventura le dará una serpiente en lugar del pez? ¹² O si le pidiere un huevo, ¿por ventura le alargará un escorpión? ¹³ Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial Espíritu Santo a quienes se lo pidieren?

Explicación. — Después que en el capítulo anterior ha dado Jesús, según San Lucas, a sus discípulos las normas para enseñar (10, 1-24) y para vivir (10, 25-42), les enseña ahora a bien orar. Doctrina y vida ajustada se logran por la oración. El fragmento se

divide en tres episodios: la oración de Jesús (1-4), la parábola del amigo importuno (5-8) y la aplicación de la misma (9-13); de estos tres, sólo el segundo es nuevo: la oración del Padrenuestro es en Lc. una abreviación de la Mt.; y la aplicación de la parábola es una repetición, casi a la letra, de Mt. (7, 7-11). No es improbable, ni de extrañar, que Jesús las repitiera en distintas ocasiones.

CIRCUNSTANCIAS: LA ORACIÓN DE JESÚS (1-4).—*Y aconteció que estando orando en cierto lugar...* Parece ser que tuvo lugar este episodio sobre el tiempo en que ocurrieron los hechos anteriormente narrados; intérpretes de gran nota lo colocan inmediatamente después de la parábola del buen pastor. Cuanto al lugar, la tradición no lo ha conservado; creen algunos que ocurrió el hecho en el monte de los Olivos, donde solía Jesús retirarse a orar. En ocasión en que lo había hecho, *cuando acabó*, movido sin duda por su ejemplo, *le dijo uno de sus discípulos*, quizás uno recientemente elegido, pues no conoce la oración dominical: *Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos*; por el testimonio que el Precursor había dado de Jesús, era de suponer que ést enseñaría una oración perfectísima.

Y les dijo: Cuando orareis, decid: Padre... La fórmula de Lc. es una abreviación de la análoga de Mt.; de las siete peticiones de ésta, sólo tiene cuatro la de este fragmento. Para la explicación, véase el núm. 52 (tomo I, pág. 526). La causa de la diferencia entre ambas fórmulas de la oración dominical se explica de dos maneras; o bien fue el mismo Jesús quien dio las dos fórmulas en distintas ocasiones, enseñando a orar a distintas clases de oyentes, o una misma fórmula hubiese sido abreviada por la tradición oral de los primeros discípulos, recogiéndola así el tercer Evangelista. Ambas opiniones son probables, tanto más cuanto que las peticiones que en esta fórmula faltan pueden comprenderse en las que se consignan.

PARÁBOLA DEL AMIGO IMPORTUNO (5-8).—A la fórmula de la plegaria añade Jesús una parábola para demostrar la eficacia de la oración y la necesidad de perseverar en ella: *Les dijo también, sobre el mismo asunto: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media noche, cuando el sueño es más profundo, y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque acaba de llegar de viaje un amigo mío, y no tengo qué ponerle delante...* Las condiciones de la petición son para mover a un amigo: el viandante ha llegado a altas horas de la noche, porque el calor del día no le ha consentido

viajar; su fatiga es grande y debe recobrar sus fuerzas: el dueño de la casa no tiene nada que darle de comer, porque en el oriente se acostumbra cocer pan sólo para el día; el otro amigo, de familia más numerosa, tiene, quizás, algunos panes sobrantes que son pequeños. Pero en la hipótesis de la parábola, el amigo solicitado pone reparos: *Y el otro respondiese de dentro, diciendo: No me seas molesto, fórmula expresiva del mal humor, ya está cerrada la puerta, sólidamente, y no puede abrirse sin trabajo y sin ruido, y mis hijos (puerí, mejor que criados, como vierte San Agustín) están conmigo en la cama: están durmiendo en mi misma habitación y no conviene despertarlos: no me puedo levantar a dártelos; es decir, no quiero, para evitar tantas molestias.*

Pero en la tenacidad, la insistencia, la despreocupación en los ruegos son capaces de lograr lo que la afección no pudo: *Y si el otro perseverare llamando a la puerta, hasta faltando a toda conveniencia, os digo, que yo que no se levantara a dárselos por ser su amigo, cierto por su importunidad, casi por su imprudencia, se levantaría, y le daría cuantos panes hubiese menester, con tal dejara de importunarle.*

APLICACIÓN DE LA PARÁBOLA (9-13).—Estos versículos están ya explicados en el número 55 (tomo I, pág. 541), y son reproducción casi literal de los de Mt. 7, 7-11. Sólo ofrece el texto de Lc. dos modificaciones con respecto al Mt. A los dos ejemplos del pan y del pez, añade Lc. un tercero (v. 12): *O si le pidiere un huevo, ¿por ventura le alargará un escorpión?* Como ciertas piedras se parecen al pan, y ciertos peces afectan la forma de serpiente, así el escorpión de la Palestina, cuando se arrolla sobre sí mismo, puede asemejarse a un huevo, por su color y tamaño. Además, la expresión general de Mt.: «¿Cuánto más vuestro Padre dará bienes...?», es substituida en Lc. (v. 13) por la frase más concreta: *¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará Espíritu Santo a quienes se lo pidieren?* El «espíritu bueno» de la Vulgata es aquí el Espíritu Santo, el máximo de los bienes que recibe el hombre, porque él es quien habita en nosotros con la gracia santificante y nos ayuda poderosamente a toda obra buena: sus dones y sus frutos son espléndida manifestación de la vida divina en nosotros.

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Señor, enséñanos a orar...*—Jesús ora, y enseña el arte de orar. Ora con gran humildad y largo tiempo, con suma reverencia, como lo demuestra el que el discípulo no se atreve a interrumpirle. Ora, porque aunque como Dios goza de la plenitud de toda posesión, y nada le falta, como hombre qui-

so someterse a la ley de la plegaria, rogando por todos, por todo y para todos. Su oración ha sido la más agradable a Dios y la más eficaz para nosotros. Y enseña a orar, porque una nueva religión y una nueva vida espiritual importan una nueva plegaria, ya que ésta es el acto más universal de la religión, y como la síntesis de la vida del alma. Jesús, fundador de la religión cristiana, es el autor de la oración cristiana.

b) v. 2.—*Cuando oreis, decid: Padre...*—Hay dos modos de oración, dice San Basilio: uno de alabanza con humildad, y otro, más inferior, de petición. Siempre que ores, no empieces por pedir, sino por alabar: «Padre...»; olvida un momento a toda criatura visible e invisible, para alabar ante todo al Creador de todas las cosas.

c) v. 5.—*Les dijo también...*—Porque hubiese podido suceder, dice San Cirilo, que los discípulos hubiesen utilizado en la oración la misma fórmula que les enseñó Jesús, pero con negligencia y debilidad; y que después de haberla proferido una o dos veces, viendo que no alcanzaban lo que querían, hubiesen desistido de la plegaria: lo que hubiese sido su ruina. Por ello propuso la parábola del amigo importuno, para que aprendiéramos que la pusilanimidad en la oración es nociva, y que es utilísimo tener en ella constancia y energía.

d) v. 5.—*Y le dirá: Amigo...*—Este amigo es Dios, dice Teofilacto, que a todos ama, y que quiere que todos sean salvos. Y ¿quién más amigo que el que nos dio su propio cuerpo?, dice San Ambrosio. Amigo inmensamente rico, que puede colmar todo vacío de nuestra vida; verdadero amigo, que acaba siempre por darnos lo que legítimamente le pedimos; amigo atentísimo, dispuesto a oírnos día y noche, que no se enoja de que le pidamos, como el de la parábola, sino que nos solicita a que tratemos con él de nuestras miserias. No temamos ser importunos a Aquel para quien siempre la buena oración es esperada y oportuna.

e) v. 12.—*O si le pidiere un huevo...*—Dios, dice Orígenes, no da cosas nocivas en vez de la útiles y nutritivas, lo que viene representado por el huevo y el escorpión. Siempre mejora Dios nuestra oración en cuanto si le pedimos cosas inconvenientes o nocivas nos las niega, como un buen padre niega al hijo lo que puede dañarle: y en cuanto nos da más y mejor de lo que pedimos si nuestra oración tiene las debidas condiciones. Que el gran Padre de familias tiene siempre insospechados tesoros y abismos insondables de bondad con que regale y hasta sorprenda a sus hijos.

121.—EN CASA DE UN FARISEO: DIATRIBA DE JESÚS CONTRA FARISEOS Y ESCRIBAS: Lc. 11, 37-54

Evangelio de la Misa de los Santos Marcos y Marcelino (vv. 47-51)

³⁷ Y cuando estaba hablando, le rogó un fariseo que fuese a comer con él. Y habiendo entrado, se sentó a la mesa. ³⁸ Y el fariseo comenzó a pensar, y decir dentro de sí, por qué no se habría lavado antes de comer.

³⁹ Y el Señor le dijo: Ahora vosotros, los fariseos, limpiáis la parte exterior del vaso y del plato; mas vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. ⁴⁰ Necios, el que hizo lo que está fuera, ¿no hizo también lo que está dentro? ⁴¹ Esto no obstante, lo que resta, dadlo en limosna: y he aquí que para vosotros todas las cosas son limpias. ⁴² Mas ¡ay de vosotros, los fariseos!, que pagáis el diezmo de la hierba buena, y de la ruda, y de toda hortaliza, y no hacéis caso de la justicia y del amor de Dios. Pues era necesario hacer estas cosas, y no omitir aquéllas. ⁴³ ¡Ay de vosotros, los fariseos!, que amáis los primeros asientos en las sinagogas, y ser saludados en la plaza. ⁴⁴ ¡Ay de vosotros!, que sois como los sepulcros que no lo parecen, por encima de los cuales andan los hombres, sin saberlo.

⁴⁵ Y respondiendo uno de los doctores de la ley, le dijo: Maestro, diciendo estas cosas, nos afrentas también a nosotros. ⁴⁶ Y él dijo: ¡Ay también de vosotros, doctores de la ley!, que cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas. ⁴⁷ ¡Ay de vosotros!, que edificáis los sepulcros de los profetas: y vuestros padres los mataron. ⁴⁸ Verdaderamente dais a entender que consentís en las obras de vuestros padres: porque ellos en verdad los mataron, mas vosotros edificáis sus sepulcros. ⁴⁹ Por eso dijo también la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y de ellos matarán y perseguirán. ⁵⁰ Para que sea pedida a esta generación la sangre de todos los profetas, que fue derramada desde el principio del mundo, ⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Así os digo, que pedida será a esta generación.

⁵² ¡Ay de vosotros, doctores de la ley!, que os apoderasteis de la llave de la ciencia. Vosotros no entrasteis, y a los que entraban, se lo habéis impedido.

⁵³ Y diciéndoles estas cosas, los fariseos y doctores de la ley comenzaron a instar porfiadamente, y a importunarle con muchas preguntas, ⁵⁴ armándole lazos, y procurando cazar de su boca alguna cosa, para poderle acusar.

Explicación.— Los dos versículos primeros de este fragmento (37.38) sirven al Evangelista para encuadrar esta tremenda requisitoria de Jesús contra los primates de los judíos. *Y cuando estaba hablando Jesús*, pronunciando el discurso contenido en los números anteriores, *le rogó un fariseo que fuese a comer con él*; se trata de la comida de mediodía; es la segunda vez que Lc. indica una invitación de este género y su aceptación (Lc. 7, 36). Aunque muchos intérpretes creen lo contrario, no parece que respondiese la invitación a intención maligna. *Y habiendo entrado, se sentó a la mesa*. Había Jesús tratado con el endemoniado mudo y estaba en contacto con la muchedumbre de la calle (11-14); según la doctrina de los fariseos debía, antes de sentarse a la mesa,

purificarse con las abluciones legales por si hubiese contraído impureza; Jesús no lo hace: *Y el fariseo comenzó a pensar, y decir dentro de sí, por qué no se habría lavado antes de comer.* Jesús, que penetra los pensamientos del anfitrión, toma pie de ello para fulminar sus anatemas contra la clase de los fariseos, primero (39-44); y en seguida contra la de los escribas (45-52). Un discurso análogo se halla en Mt. 23: creen algunos que se trata de la misma requisitoria, desplazada de su lugar por alguno de los dos Evangelistas; pero ello no puede admitirse: son dos las ocasiones y dos los discursos.

JESÚS CONTRA LOS FARISEOS (39-44).—*Y el Señor*, aprovechando la magnífica coyuntura que se le ofrecía de adoctrinar a los doctos: *le dijo: Ahora*, por contraposición a vuestra primitiva justicia, de la que habéis degenerado, pues os llamáis descendientes de los antiguos «separados» o «perfectos», *vosotros, los fariseos, limpiáis la parte exterior del vaso y del plato: mas vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad; sois de malvado corazón, y sólo cuidáis de las minucias externas de la pureza legal.* Ello es una necesidad: Dios es el autor del alma y de los objetos de nuestro uso; si para agradecerle purificáis éstos, ¿cuánto más debierais hacerlo con el alma, muchísimo más noble, y que es la que debe estar unida a Dios? *Necios, el que hizo lo que está fuera, ¿no hizo también lo que está dentro?* Ha aludido Jesús a las rapiñas, a la avaricia de los fariseos, causa principal de su impureza espiritual; ahora les da un remedio, la limosna; *no obstante, lo que resta*, el manjar de vuestros platos, las sobras, lo que a más de ello todavía os queda, *dadlo en limosna: y he aquí para vosotros todas las cosas son limpias:* la limosna redime los pecados; ella os purificará más que todas vuestras abluciones (Pro. 16, 6; Eccli. 29, 15; Tob. 4, 10, etc.); dispone al alma para conseguir mayores gracias.

Lanza luego Jesús tres anatemas contra la casta de los fariseos. Primero contra su falsa justicia. *Mas ¡ay de vosotros, los fariseos!*, no sólo no dais limosna, sino que *pagáis el diezmo de la hierba buena, y de la ruda, y de toda hortaliza*, excediéndoo en el cumplimiento de la ley, que no exige tanto (Lev. 27, 30; Deut. 14, 22); y, mientras cumplís con exceso estas menudencias, *no hacéis caso de la justicia y del amor de Dios*, no cumplís vuestros deberes fundamentales para con Dios y el prójimo. Aquello no es vituperable, pero no debe ser en menoscabo de lo que es esencial en religión y moralidad: *Pues era necesario hacer estas cosas, y no omitir aquéllas.*

Segundo, contra la soberbia, porque todo esto lo hacen para conquistar el aplauso de los hombres: *¡Ay de vosotros, los fariseos!, que amáis los primeros asientos en las sinagogas, y ser saludados en las plazas, con gran reverencia, como corresponde a personas incontaminadas.*

Tercero, contra la hipocresía: sin razón reclaman los homenajes de los hombres, porque bajo capa de religión esconden su repugnante miseria moral: *¡Ay de vosotros!, que sois como los sepulcros, llenos de asquerosa podre, que no lo parecen, cubiertos como están de una capa de tierra, por encima de los cuales andan los hombres, sin saberlo, y éstos, a pesar de su ignorancia, legalmente quedan mancillados (Num. 19, 16). Así mancilláis vosotros, haciéndolos peores, a quienes os tratan. No podía ser más duro el ataque de Jesús contra aquella taifa de explotadores del pueblo.*

CONTRA LOS ESCRIBAS (45-52).—Fariseos y escribas no formaban en realidad más que un partido: su espíritu era el mismo; los escribas, o doctores de la ley, eran los que con sus interpretaciones elaboraban la balumba de las prescripciones legales, que luego los fariseos hacían gala de observar con escrúpulo. Por lo mismo el anatema contra éstos implicaba la reprobación de aquéllos. *Y respondiendo uno de los doctores de la ley, le dijo: Maestro, diciendo estas cosas, nos afrentas también a nosotros.* A esta interpelación responde Jesús con tres anatemas contra los escribas.

Primero, por su nocivo rigorismo legal, que les hace añadir a la misma ley de Moisés, ya dura de sí (Act. 15, 10), como ley de servidumbre (Gal. 5, 1), preceptos que la hacen insoportable: *Y él dijo: ¡Ay, también, de vosotros, doctores de la ley!, que cargáis los hombres con cargas que no pueden llevar; pero son tolerantísimos con ellos mismos, dispensándose de todo, y hallando siempre razones para eximirse hasta de lo más leve: Y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas.*

Segundo, aunque afectan esta piedad para con Dios y su ley, tratan sañudamente a los legados de Dios, imitando en ello la conducta de sus antepasados, que mataron a los profetas (Ier. 2, 30; Mt. 23, 37): *¡Ay de vosotros!, que edificáis los sepulcros de los profetas, haciendo gala de honrarles (Mt. 23, 29); Y vuestros padres los mataron, con lo que no hacéis más que consumir su obra al darles sepultura: Verdaderamente dais a entender que consentís en las obras de vuestros padres: porque ellos en verdad los mataron, mas vosotros edificáis sus sepulcros; sois herederos de sus costumbres y de su espíritu. Como los antepasados mataron y*

persiguieron a los profetas que Dios en su consejo les había enviado, así hacen los actuales escribas: *Por esto dijo también la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y de ellos matarán y perseguirán.* Pero, como ellos han colmado la medida del odio que sus padres tuvieron contra los profetas, matando al mismo Mesías y a sus legados, así Dios colmará en ellos la medida de su venganza, rechazando a este pueblo, por su protervia, en el curso de muchos siglos: *Para que sea pedida a esta generación la sangre de todos los profetas, que fue derramada desde el principio del mundo;* de toda esta sangre justa se han hecho reos, al consumir definitivamente la obra de sus antepasados: *Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Así os digo, que pedida será a esta generación.*

Tercero, porque han impedido con su falsa ciencia que el pueblo conociera al Mesías: *¡Ay de vosotros, doctores de la ley!, que os apoderasteis de la llave de la ciencia;* la legítima ciencia religiosa, la forma auténtica de interpretar las Escrituras, que debía llevarles al conocimiento del Cristo: *Vosotros no entrasteis en el reino mesiánico,* porque vuestro falso criterio no os ha consentido conocer al Mesías, tan claramente anunciado, en los antiguos oráculos; *Y a los que entraban se lo habéis impedido,* porque me habéis odiado y calumniado a mí, que soy Legado de Dios para la salvación del mundo.

PERFIDIA DE LOS ENEMIGOS DE JESÚS (53.54).—La verdad es amarga, y engendra odios contra quien la dice y obliga a oírla: *Y diciéndoles estas cosas, los fariseos y doctores de la ley* —se juntan en la venganza los que sufrieron los mismos anatemas— *comenzaron a instar porfiadamente, y a importunarle con muchas preguntas,* abrumándole, enojados y despechados, con astutas preguntas, exigiéndole rápidas respuestas, *armándole lazos, y procurando cazar de su boca alguna cosa, para poderle acusar:* es prueba del odio que Jesús les echaba en cara poco ha, con el que preparaban su muerte y la ruina de Israel.

Lecciones morales.—A) v. 37.—*Y habiendo entrado, se sentó a la mesa.*—Admiremos la bondad de Jesús, dice San Cirilo, quien, a pesar de conocer la maldad de los que debían ser sus comensales, acepta la invitación del fariseo, solícito de hacer el bien a aquellos hombres orgullosos y perversos. Semejante es el Señor a los médicos famosos que a los enfermos más graves aplican los heroicos remedios de su invención. Y consideremos la prudencia pedagógica del Maestro, que aprovecha la oportunidad de hallarse solos sus adoctrinados para echarles sus faltas en cara con clari-

dad, y que utiliza las circunstancias que se le ofrecen para empezar su enseñanza, sacando ejemplos de lo que tiene delante para darla mayor energía y eficacia.

b) v. 39. — *Limpiáis la parte exterior del vaso...* — Así lo hacen aquellos cristianos que cumplen con la parte ritual y externa de nuestra religión, y olvidan o desprecian lo que es fundamental, que es la vida del espíritu. Dios es autor de alma y cuerpo, y en su servicio quiere que el cuerpo sea como el resonador del alma, en la que debe residir la justicia del bien obrar. El ser humano es tal por el alma, en la que residen sus facultades específicas; y es justo por el alma, que es el asiento de la libertad; el cuerpo tiene un lugar secundario en la ordenación de nuestro ser. O bien, dice San Beda, por lo exterior del vaso se entienden los pecados exteriores, la fornicación, el robo, etc., y por lo interior, los pecados del espíritu, la soberbia, el odio, la irreligión, etc.: hay quienes evitan sólo los primeros, teniendo los segundos como leves.

c) v. 41. — *Lo que resta, dadlo en limosna...* — Todo este bellísimo pasaje, dice San Ambrosio, tiende a recomendarnos el amor a la simplicidad espiritual, así como a condenar las superfluidades de los judíos. Con todo, les promete el perdón si hacen limosna, porque ella, como dice el Crisóstomo, lo purifica todo, siendo más excelente que el mismo ayuno: porque, aunque éste sea más costoso, aquélla es más fecunda. Ella ilumina el alma, la robustece, la hace buena y hermosa. Quien piensa en el menesteroso que pide, pronto dejará sus pecados. Porque así como el médico que con frecuencia cura las llagas de otros, fácilmente se hace sensible a las miserias ajenas; así si nosotros nos acostumbramos a dar auxilio a los indigentes, con facilidad despreciaremos lo presente, y nos levantaremos a las cosas del cielo. No es pobre cataplasma la limosna —sigue el gran Doctor—, que sirve para curar toda suerte de dolencias.

d) v. 42. — *Pagáis el diezmo de la hierba buena...* — Es decir, os contentáis con obras de valor insignificante, tal vez sacando de ellas provecho mayor, y dejáis lo fundamental, que es la misericordia para con los pobres y el servicio de Dios. Hay quien hace unas pequeñas limosnas, y en sus negocios roba cuanto puede; quienes ofrecen una vela a un santo, y viven vida apartada de Dios; o musitan maquinalmente una plegaria y no guardan los mandamientos, etc., estos y otros muchos pagan a Dios el diezmo de la menta y del comino, es decir, le ofrecen cosas mínimas, a veces de supererogación, pero le niegan lo que le deben, que es rendido acatamiento a su voluntad.

e) v. 44. — *¡Ay de vosotros!, que sois como los sepulcros...* — Queriendo los fariseos ser honrados y aclamados en las plazas públicas, se asemejan a los sepulcros, porque tras apariencias disimuladas o brillantes, como las tumbas, escondían la sordidez, la asquerosidad moral de sus almas. Pero, que los fariseos fuesen así, dice el Crisóstomo, no es cosa de extrañar: lo tremendo sería que nosotros, cristianos, que hemos sido dignos de ser considerados templos de Dios, cayésemos inopinadamente a la condición de mi-

serables sepulcros, depósitos de corrupción: ésta sí que es la suma miseria a que podemos llegar.

F) v. 46. — *¡Ay, también, de vosotros, doctores de la ley!...* — Malos maestros de la ley y de la virtud son aquellos que no hacen lo que predicán y lo que alaban, porque con su ejemplo inducen a los demás a dejar la ley y la virtud. Porque, como dice Teofilacto, siempre que el doctor hace lo que enseña, aligera la carga a los que aprenden de él, con su ejemplo; pero si no hace lo que enseña, el precepto resulta más grave para quienes lo reciben, porque ven que ni el que se lo da es capaz de cumplirlo. Se asemejan también a estos doctores de la ley, que no tocaban con su dedo la carga insoportable que imponían, dice San Gregorio Niseno, los que, siendo demasiado rígidos para con los pecadores, son ellos flojos luchadores; legisladores intolerables, y malos cumplidores de la ley; ni quieren acercarse con el dedo a la honestidad de vida, que inexorablemente exigen de sus súbditos.

G) v. 48. — *Ellos en verdad los mataron* (a los profetas), *mas vosotros edificáis sus sepulcros.* — Lejos de borrar con estos fingidos obsequios el crimen de sus antepasados, que mataron a los hombres de Dios, los primates de Israel consagran con ello la maldad de sus mayores, al perpetuarla y darla relieve en la vida nacional. Prueba de ello es que siguen la misma conducta con Jesús, el Profeta por antonomasia. La raza no ha cambiado, porque son los mismos de sus padres sus procedimientos. Es que hay pueblos que, por temperamento atávico, por el arraigo de malas costumbres, por justo castigo de Dios, no se purgan de ciertos pecados que llamaríamos de raza. Amadores de nuestro pueblo y de nuestra patria como debemos ser, reconozcamos estos defectos, trabajemos por extirparlos, pidamos a Dios que nos depure de ellos.

H) v. 52. — *¡Ay de vosotros, doctores de la ley!, que os apoderasteis de la llave de la ciencia.* — Como el de Jesús contra los doctores de la ley, será siempre justísimo el anatema de los legítimos representantes de la verdad contra los que esconden, falsifican, tuercen, niegan la llave de la ciencia. Esta, para los doctores de la ley, era el conocimiento de las Escrituras: ellos las adulteraban, las explicaban y las aplicaban mal; y el pueblo guiado por ellos se perdió con ellos, porque no pudo llegar al conocimiento de Jesús, a pesar de la claridad de las Escrituras. La llave de la ciencia es hoy todo principio o dogma cristiano, toda orientación de las cosas en el sentido de Cristo: es el Credo; es la fe; es toda enseñanza emanada de la autoridad legítima en materia de religión. Escamotear esta verdad al pueblo, ocultarla, pervertirla con fines aviesos, es crimen de lesa conciencia, porque es crimen de leso reino de Dios en las almas. Ponderen cuantos tienen la llave de la ciencia en sus manos, padres, maestros, escritores, directores de multitudes, políticos, la gran responsabilidad que contraen en no hacer uso legítimo de ella. Ni entran ni dejan entrar en el reino de Dios, o son dificultad que obstruye el libre paso de las almas a Dios.

122. — JESUS EXHORTA A LA SINCERIDAD Y AL VALOR
EN EL OBRAR: Lc. 12, 1-12

**Evangelio de la fiesta de San Dionisio y Compañeros Mártires,
9 octubre (vv. 1-8)**

¹Y como se hubiesen juntado alrededor (de Jesús) muchas gentes, de modo que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ²No hay cosa encubierta que no se haya de descubrir; ni cosa escondida que no se haya de saber. ³Porque las cosas que dijisteis en las tinieblas, a la luz serán dichas; y lo que hablasteis al oído en los aposentos, será pregonado sobre los terrados.

⁴A vosotros, pues, amigos míos, os digo: Que no os espantéis de aquellos que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más que hacer. ⁵Yo os mostraré a quién habéis de temer: temed a aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno. Así os digo: A éste temed. ⁶¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos, y ni uno de ellos está en olvido delante de Dios? ⁷Y aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Pues no temáis: porque de más estima sois vosotros que muchos pajarillos. ⁸Y también os digo: Que todo aquel que me confesare delante de los hombres, el Hijo del hombre le confesará también a él delante de los ángeles de Dios. ⁹Mas el que me negare delante de los hombres, negado será delante de los ángeles de Dios. ¹⁰Y todo aquel que profiere una palabra contra el Hijo del hombre, perdonado le será: mas a aquel que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado. ¹¹Y cuando os llevarán a las sinagogas y a los magistrados y a las potestades, no andéis cuidadosos cómo o qué habéis de responder o decir. ¹²Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que convenga que digáis.

Explicación. — Dos ideas sobresalen en el fragmento anterior: la hipocresía de los fariseos, y su odio contra los enviados de Dios. Los discípulos han presenciado la violenta escena del convite; terminado éste, Jesús les precave contra la hipocresía (1-3); y por si hubiesen concebido temor de las persecuciones de los fariseos y escribas, les exhorta a la confesión valerosa de la fe (4-12). En este fragmento, como en algunos siguientes del capítulo 12 de Lc., se insertan enseñanzas ya dadas por Jesús también en otra ocasión: se hará una simple referencia al número correspondiente del comentario cuando los textos coincidan.

LA HIPOCRESÍA (1-3). — En estas circunstancias, a la salida del convite probablemente, cuando la presencia de Jesús y la violenta

escena habida con los primates había congregado alrededor de la casa multitud enorme, miríadas del pueblo, dice el griego, Jesús empieza de nuevo a adoctrinar a los suyos: *Y como se hubiesen juntado alrededor* (de Jesús) *muchas gentes*, entusiastas de él, a pesar del odio farisaico, *de modo que unos a otros se atropellaban*, comenzó a decir a sus discípulos: *Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía*; como el fermento, que corrompe toda la masa, este vicio inficiona toda obra personal, y pervierte a los demás, engañándolos y enseñándoles a engañar.

Ocultase con cuidado este vicio; dejaría de serlo si no se ocultase; pero no siempre se logra celar la ficción: *No hay cosa encubierta que no se haya de descubrir: ni cosa escondida que no se haya de saber*. Ni las tinieblas, ni el sigilo en el hablar podrán impedir que se den a luz y logren publicidad las cosas ocultas: *Porque las cosas que dijisteis en las tinieblas, a la luz serán dichas: y lo que hablasteis al oído en los aposentos, será pregonado sobre los terrados* (vide n. 76). Jesús acaba de hacerlo con la hipocresía de los fariseos.

LA VALEROSA CONFESIÓN DE LA FE (4-12).— Los vv. 4-9 son repetición casi literal de los 28-33, cap. 10, de Mt., ya comentados en el n. 76, t. II, pág. 331, sólo que allí, en el ejemplo de los pajarillos, se dice venderse dos por un as, y aquí cinco por un dipondio o dos ases, unos 13 céntimos. También los vv. 10-12 vienen reproducidos en Mt. 12, 31.32, y 10, 17-20, explicados en los nn. 62 y 75, t. II, páginas 249 y 326.

El orden ideológico de este fragmento, que a la primera lectura aparece incoherente, es: Los discípulos de Jesús deben ser fuertes: 1.º Por la consideración de las penas eternas, más duras que las persecuciones de los hombres (vv. 4.5). 2.º Por la ciencia y providencia de Dios, que ve y pesa todos nuestros actos (vv. 6.7). 3.º Por el premio y castigo que se sigue de confesar o no confesar la fe (vv. 8.9). 4.º Porque si se llega a la apostasía positiva, vendrá la impenitencia y la reprobación (v. 10). 5.º Porque en los duros trances no les faltará la asistencia del Espíritu Santo, que supla y conforte la humana naturaleza (vv. 11.12).

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Y como se hubiesen juntado alrededor* (de Jesús) *muchas gentes*...—Empeñábanse los fariseos en coger de palabra a Jesús, dice Teofilacto, para que el pueblo se despegara de él; pero sucedía lo contrario, porque se contaban por millares los que se apretujaban para estar junto a Jesús. Tan fuerte es siempre la verdad, y tanta es en todas partes la futilidad

del engaño. Aprendamos a ponernos siempre del lado de la verdad y de la sinceridad, para ser siempre triunfadores. Vendrán momentos de dudas y angustias, de olvidos y pretericiones, quizás de persecuciones y castigos; pero la regla del bien obrar, que es el seguimiento de la verdad y de la lealtad, jamás falla, y tarde o temprano, la justicia de Dios y de los hombres, nos dará su premio.

b) v. 2. — *No hay cosa encubierta que no se haya de descubrir...* O significan estas palabras que el día del juicio final se descubrirá todo lo oculto, lo bueno de los buenos y lo malo de los malos, dice Orígenes; o, según el Crisóstomo, que un día vendrá, hasta en esta vida, en que, después de haber sido tenidos por impostores o hipócritas, deberá reconocerse ante todo el mundo, que hemos obrado con lealtad y justicia; o, según interpreta San Beda, que los sufrimientos, y tal vez martirios, que hayan tenido que tolerarse en el secreto de las sombras o en la cárcel, se convertirán en glorificación pública y solemne de nuestra virtud, como ha sucedido con los mártires de la Iglesia. Siempre resultará un equilibrio, que reclama la divina justicia, entre las obras desconocidas por nuestros semejantes, buenas o malas, y la sanción pública que les corresponda.

c) v. 4. — *No os espantéis de aquellos que matan el cuerpo...* — Así, dice el Crisóstomo, enseña Jesús a sus discípulos a ser superiores a todo lo de la tierra, cuando les enseña a no hacer caso de la muerte, que es lo más terrible que hay en el mundo; y al mismo tiempo les da documentos para la inmortalidad, cuando les muestra la terribilidad de los eternos castigos. Porque la muerte, dice San Ambrosio, es el fin de la naturaleza, no de la pena; y por lo mismo, la muerte es la que acaba el suplicio corporal, pero Dios, que es superior a la naturaleza, puede castigar, más allá de la muerte, al alma inmortal.

d) v. 6. — *¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos...?* — Se significa con estas palabras la delicadeza detallista, por decirlo así, de la divina Providencia, que no deja desatendido ni un pobre pajarillo en medio de la inmensidad de la creación. ¡Cuánto poder y sabiduría y amor solícito se vislumbran en estas palabras! Todo un Dios infinito cuida de un animalillo insignificante, y ¿no cuidará con amor, más que de padre y madre, del hombre que hizo a su imagen y semejanza? Sangre de Dios hemos costado en el orden sobrenatural, y este Dios que ha dado su sangre por nosotros, ¿no nos dará lo que es infinitamente menos, el pan del cuerpo y del espíritu, el consuelo, el amparo, el consejo que necesitamos?

e) v. 7. — *Aun los cabellos de vuestra cabeza, están todos contados.* — Lo que se quiere guardar bien, dice San Ambrosio, se cuenta con diligencia. Dios tiene contados nuestros cabellos, no por el recuento de su número, sino por la infinitud de su ciencia. Quiere ello decir que Dios, más que nosotros mismos, sabe todo lo nuestro y cuida de todo, hasta de lo más insignificante, con amor providentísimo, ¡Qué consuelo, especialmente en las horas de tribulación, pensar que un Dios sapientísimo, providentísimo, fidelí-

simo, amantísimo, más que cualquier padre lo es de sus hijos, conoce el curso de nuestra pobre vida y se interesa por ella!

F) v. 8.—*Todo aquel que me confesare delante de los hombres...*—Nada quedará oculto, había dicho Jesús; ahora añade que lo que hagamos por él lo publicará, no en un conciliábulo cualquiera, dice San Beda, sino en presencia de toda la corte celestial. Todo para que sepamos que si la fe es el principio de la virtud, dice San Ambrosio, la fortaleza es su fundamento, que consentirá levantemos nuestro edificio espiritual hasta el cielo. Y ¿qué mayor premio podemos esperar de nuestras obras, dice San Eusebio, que el hecho de que el mismo Verbo de Dios salga garante y atestigüe por nosotros en el juicio divino, ante Dios y los hombres?

G) v. 12.—*Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que convenga que digáis.*—Contra el temor por los males del cuerpo, dice Teofilacto, nos arma Jesús exhortándonos a que no temamos a quienes sólo pueden matar el cuerpo; contra el espiritual temor de no saber dar razón de nuestra fe, nos dice que nos socorrerá en nuestros apuros el Espíritu Santo. La palabra de Jesús se ha cumplido: ni a los discípulos de Jesús más rudos les han faltado, en las horas solemnes de la confesión de su fe—ante los verdugos, los maestros de la mentira, los volterianos de toda laya que han manejado la crítica mordaz o la orinía o la calumnia—, palabras y razones con que confundir a sus adversarios. La ciencia de Dios ha llenado la tierra, en frase de Isaías (11, 9). y las lenguas de niños, doncellas, ignorantes, han hablado con elocuencia a veces portentosa.

123.—LA AVARICIA. LOS EXCESIVOS CUIDADOS DE LA VIDA: Lc. 12, 13-34

Evangelio de la Misa del Común de Confesores no Pontífices (vv. 32-34)

¹³ Y uno del pueblo le dijo: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. ¹⁴ Mas él le respondió: Hombre, ¿quién me ha puesto por juez o repartidor entre vosotros? ¹⁵ Mirad, y guardaos de toda avaricia: porque la vida de cada uno no consiste en la abundancia de las cosas que posee. ¹⁶ Y les contó una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico produjo abundantes frutos. ¹⁷ Y él pensaba entre sí mismo, y decía: ¿Qué haré, porque no tengo dónde encerrar mis frutos? ¹⁸ Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los haré mayores: y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes. ¹⁹ Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: descansa, come, bebe, ten banquetes. ²⁰ Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te vuelven a pedir el alma: lo que has allegado, ¿para quién será? ²¹ Así es el que atesora para sí, y no es rico delante de Dios.

²² Y dijo a sus discípulos: Por tanto, os digo: No andéis solícitos para vuestra alma, qué comeréis; ni para el cuerpo, qué ves-

tiréis. ²³ Más es el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido. ²⁴ Mirad los cuervos, que no siembran, ni siegan, ni tienen despesa ni granero, y Dios los alimenta. Pues, ¿cuánto más valéis vosotros que ellos? ²⁵ Y ¿quien de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir a su estatura un codo? ²⁶ Pues, si lo que es menos no podéis, ¿por qué andáis afanados por las otras cosas? ²⁷ Mirad los lirios cómo crecen: que ni trabajan, ni hilan: pues os digo, que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de éstos. ²⁸ Pues, si a la hierba, que hoy está en los campos y mañana se echa en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más a vosotros, (hombres) de poquísima fe? ²⁹ No andéis, pues, afanados por lo que habéis de comer o beber: y no andéis inquietos. ³⁰ Porque todas éstas son cosas por las que andan afanadas las gentes del mundo. Y vuestro Padre sabe que de éstas tenéis necesidad. ³¹ Por tanto, buscad primero el Reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán dadas por añadidura. ³² No temáis, pequeña grey, porque a vuestro Padre plugo daros el reino. ³³ Vended lo que poseéis, y dad limosna. Hacedos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que jamás falta: adonde el ladrón no llega, ni roe la polilla. ³⁴ Porque donde está vuestro tesoro, allí también estrá vuestro corazón.

Explicación.—Jesús ha denunciado a sus discípulos dos peligros externos: los hombres hipócritas y los enemigos del nombre de Dios y de sus enviados. Pero hay, además, gravísimos peligros de orden interno, que llevamos con nosotros mismos: dos de ellos son la avaricia (13-21), y la desmedida solicitud por las cosas materiales (22-34).

LA AVARICIA: PARÁBOLA DEL RICO NECIO (13-21).—*Y uno del pueblo*, por lo mismo, no de los discípulos, un hombre de la turba que se apretujaba alrededor de Jesús, *le dijo: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia.* Entre los judíos, el primogénito tenía doble parte que cada uno de los demás hermanos en la herencia del padre y de la madre (Deut. 21, 17); él era quien debía liquidar los bienes y dar su porción a los demás hermanos; en las diferencias por cuestión de testamentarias, eran los rabinos los que entendían; como el hombre juzga tal a Jesús, «rabbi», y le reconoce gran autoridad, a él acude para que le haga justicia, dándole la porción que le toca: la petición no es desordenada en sí. Pero lo es por la persona a quien se pide: Jesús no quiere salir de sus funciones espirituales; para definir estas cuestiones están los jueces de la nación. *Mas él respondió*, con admiración: *Hombre, ¿quién me ha puesto por juez, para definir el derecho, o repartidor, para ejecutar la sentencia, entre vosotros?*

No de la conducta de este hombre, que pide lo suyo, sino tal

vez de la de su hermano, que detenta la herencia, toma pie Jesús para amonestar a todos que eviten la avaricia, origen de pleitos y discordias: *Mirad, y guardaos de toda avaricia*; de toda, de la que empuja a tomar lo ajeno, y de la que hace aferrarse el alma indebidamente a lo propio. La razón es, porque la vida del hombre es independiente de sus riquezas; ni son capaces éstas de alargar un momento la vida, distinta de ellas y que depende totalmente de la voluntad de Dios: *Porque la vida de cada uno no consiste en la abundancia de las cosas que posee.*

En confirmación de ello propone Jesús la parábola del rico insensato: en ella se demuestra que ni el rico está exento de cuidados, ni es la longitud de la vida proporcional a las riquezas que se poseen. *Y les contó una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico, una vasta propiedad, un latifundio, produjo abundantes frutos.* La posesión preocupaba a este propietario no menos que a otro pudiera acongojar la escasez: *Y él pensaba entre sí mismo, y decía: ¿Qué haré, porque no tengo donde encerrar mis frutos?* No piensa cómo invertir bien el exceso de la cosecha, sino cómo, avariento, lo conserve; en sus congojas, le parece que halló la solución: *Y dijo: esto haré: derribaré mis graneros, y los haré mayores: y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma...: nótese la reiterada repetición del «mi», prueba del arraigado egoísmo; no dirá a los pobres, a los hambrientos: Venid a mí, que tengo pan en abundancia con que saciaros; sólo saciará su alma: Alma, espáciate, según la medida de lo que tienes; dura cuanto durarán ellos: Muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: descansa, come, bebe, ten banquetes; en el pensamiento del avaro hay como una solidaridad entre el vivir y el poseer.*

Pero los consejos de Dios frustran lo que creyó prudencia este hombre: *Mas Dios le dijo*, por la voz de su conciencia, o en sueños, no importa cómo, pues se trata de parábola y no de historia: *Necio*, porque no son tus cálculos los que mandan, *esta misma noche*, cuando te embarga de lleno la preocupación de lo que harás de tus bienes, *te vuelven a pedir el alma*, se te exige el alma, es decir, la vida, que tienes de prestado: debes morir. Y de lo que acumulaste, nada será para ti: *Lo que has allegado, ¿para quién será?* Tú perderás la vida, y otro gozará de tus bienes. *Así es*, semejante a este rico necio, *el que atesora para sí*, acumulando con afán riquezas temporales, *y no es rico delante de Dios*, no lo es según Dios quiere, o no lo es en virtudes, únicas riquezas que valen ante Dios.

LOS EXCESIVOS CUIDADOS TEMPORALES (22-34).—Los vv. 22-31 son análogos a los de Mt. 6, 25-33, ya explicados en el n. 53, tomo I, página 533. La expresión *y no andéis inquietos*, que falta en Mt., significa la arrogancia de la ambición, o bien la agitación, como la del navío batido por el viento y las olas, que lleva a mal andar al que se preocupa demasiado por las cosas mundanas. El proceso ideológico de este fragmento es: No debemos preocuparnos con exceso de lo temporal: 1.º Porque es más noble el alma que el cuerpo y lo que le atañe (vv. 22.23). 2.º Porque es Dios tan pródigo que cuida de toda la creación, hasta de lo pequeño, cuanto más del hombre (v. 24). 3.º Es inútil este cuidado, porque no puede alargar un minuto la vida (vv. 25.26). 4.º Se confirma con el ejemplo de los vivientes inferiores (vv. 27.28). 5.º Es esto cosa propia de los gentiles, no de los que buscan el Reino de Dios (vv. 30.31).

A todas éstas se añade otra razón, propia de Lc.: Quien da lo más, que es el Reino de los cielos, no faltará en lo menos, que es lo necesario para esta vida: *No temáis, pequeña grey*: son grey sus discípulos, porque él es el pastor espiritual; y la grey es pequeña, ya por ser pocos, ya porque son tenidos en poco los que no son poderosos según el mundo: *Porque a vuestro Padre plugo daros el reino*. Siendo todo ello así, no sólo no debemos ambicionar lo que no tenemos, e inquietarnos con indebidos afanes, sino que es mejor desprendernos de lo nuestro: *Vended lo que poseéis, y dad limosna*. El dinero invertido en limosnas no se pierde, como sucede a veces con los sacos o bolsas deteriorados por la vejez; Dios lo guarda en bolsas incorruptibles en los cielos para dar el premio a su tiempo. Estas palabras relativas al desprendimiento de los bienes no son un precepto, sino un consejo para quienes profesen vida más perfecta. Los vv. 33.34 son equivalentes a los de Mt. 6, 19-21, explicados en el n. 53, tomo I, pág. 532.

Lecciones morales.—A) v. 13.—*Di a mi hermano que parta conmigo la herencia*.—Es natural que estos hermanos que se disputaban la herencia hicieran cada uno de su parte lo posible para engañarse mutuamente, dice Teofilacto. Y aquí tenemos a las riquezas, acumuladas tal vez por el padre de ambos para hacer ricos a los dos hermanos, siendo la causa de males gravísimos para ellos: primero, la injusticia del mayor, que se niega a dar al otro lo que es suyo; segundo, los odios y las intrigas entre ambos, que han substituído al lazo del amor natural y de caridad que debía estrechamente unirlos; y luego el escándalo que han dado a la sociedad en que viven. Por todo ello se inhibe Jesús del oficio que el hermano menor quiere confiarle: ni es llamado a esto, ni tal vez lograría pacificar a los hermanos. ¡Cuántas veces se repite en nuestra sociedad esta historia!

b) v. 15. — *Guardaos de toda avaricia...* — La amonestación es grave: es un precepto; y lo es en un punto fundamental de la vida cristiana, que no se compadece con la avaricia. Ella es, después de la soberbia y de la lujuria, o al par de ellas, una de las tres grandes raíces del mal en nosotros. Jesús la condena en el hecho y en el deseo, «toda». Ella es no sólo inútil, porque los bienes que en su nombre se congregan no nos darán un minuto de vida, antes nos lo quitarán, por la escasez y los afanes; lo es porque nadie nos ha prometido la vejez, que es el pretexto de atesorar; sino que ella hace al hombre duro, incivil a veces, rémora del bien en la sociedad en que vive, causa de males innumerables, siendo el mayor de todos el atacar a la misma raíz de la vida cristiana de los pueblos, que es la santa caridad. De la avaricia se debe huir como de la fornicación y del homicidio, porque es atentado contra el bien propio y de los demás.

c) v. 17. — *¿Qué haré, porque no tengo donde encerrar mis frutos?* — ¿Qué hará el codicioso con tanto bien como en sus manos tiene? Nada bueno, dice San Basilio: ni querrá imitar la longanidad de Dios, que llueve sobre justos y pecadores; ni se acordará de la hermandad de naturaleza que le une al prójimo; ni se le ocurrirá que lo que le sobra debe ir a colmar las indigencias del pobre. Mientras reventarán sus graneros, repletos de frutos, su alma estará todavía vacía. Y querrá más todavía: semejante al goloso, que prefiere reventar, antes que dar las sobras a un hambriento.

d) v. 19. — *Y diré a mi alma... descansa, come, bebe...* — Es la gran aberración de los de copiosa fortuna. No es lícito, dice el Crisóstomo, procurarse delicias, regalar el cuerpo y debilitar con ello el alma y cargarla, corriendo ante ella el espeso velo de la carne. En las delicias, el alma es la que sucumbe a la servidumbre del cuerpo. Este necesita alimentos, no deleites; nutrirse, no enervarse ni reventar. Hasta al mismo cuerpo dañan sus regalos: porque de fuerte se vuelve delicado; de sano, enfermizo; de ágil, pesado, de bello, deforme, de joven, viejo y achacoso.

e) v. 20. — *Necio, esta noche te vuelven a pedir el alma...* — Tú, que te prometías larga vida de placeres, eres un necio, dice San Basilio, no te lo dice un hombre, sino Dios. En la noche de tu alma, cuando no la ilumine el pensamiento de Dios, sino que esté metida en las tinieblas de inútiles preocupaciones, vendrá quien es dueño de ella, y te exigirá: y deberás entregarla, aunque seas dueño del mundo, porque tu dueño es Dios. Y deberás entregarla con congoja, dice el Crisóstomo, como el prisionero que va a comparecer ante el juez, o que debe salir para el patíbulo. Ante Dios, ante el juicio, ante el cielo y el infierno, ¿qué valen todos los tesoros del mundo? Muchísimo menos que la más ínfima de las buenas acciones. Estos deben ser todos nuestros tesoros.

f) v. 27. — *Mirad los lirios cómo crecen...* — Hasta a las flores se extiende el arte y la sabiduría y la generosidad pródiga de Dios; porque, como dice Eusebio, si algún mortal quiere adornarse de preciosos vestidos, no tiene más que mirar las flores que brotan de la tierra, a las que, por obra de una sabiduría inagotable, ha

vestido de variados colores, dando a sus delicados pétalos unos tonos que el oro y la púrpura envidian. Miremos los lirios del campo, esas florecillas que matizan la pradera, que son el orgullo de nuestros jardines, el encanto de nuestros ojos y de nuestro espíritu: no trabajan; no tienen más que aparecer sobre la tierra y abrir sus pétalos para que las convierta en verdaderos joyeles de luz el padre Sol, que lo vivifica todo. Y todo es de Dios, y todos somos de Dios; ¿no hará nuestro Padre de los cielos para nosotros, sus hijos, lo que hace por una violeta del campo, por una rosa de nuestros jardines?

g) v. 29. — *No andéis inquietos.* — Es ésta una de las sentencias culminantes del Evangelio, porque se refiere a algo que es fundamental en la vida, la rebusca de lo necesario para mantenerla, y en lo que suelen faltar la mayor parte de los hombres, por el afán en hacerlo y por el exceso de lo que se busca. Y no obstante, no se puede negar que esta inquietud es la nota dominante en la vida moderna. Hay como un frenesí en el trabajo y como un hambre insaciable de conquista de bienes de la tierra. Es ello prueba de que andamos muy extraviados de los caminos fáciles del santo Evangelio. Lo cual acarrea muchos males; porque a más de que no nos amoldamos a los preceptos de nuestro Maestro, de estos afanes y excesos vienen las injusticias, la infidelidad en los contratos, la lucha de clases, el desasosiego de vivir, la infracción de los preceptos de la ley de Dios, las discordias y pleitos, la disminución de la caridad, el olvido de nuestros deberes fundamentales y de nuestros destinos.

124. — NECESIDAD DE LA VIGILANCIA: Lc. 12, 35-48

Evangelio de la Misa del Común de Confesores no Pontífices (vv. 35-40)

³⁵ Tened ceñidos vuestros lomos y antorchas encendidas en vuestras manos, ³⁶ y sed vosotros semejantes a los hombres que esperan a su señor, cuando vuelva de las bodas: para que cuando viniere y llamare a la puerta, luego le abran. ³⁷ Bienaventurados aquellos siervos a los que hallare velando el Señor cuando viniere. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar a la mesa, y pasando los servirá. ³⁸ Y si viniere en la segunda vela, y si viniere en la tercera vela y así los hallare, bienaventurados son tales siervos. ³⁹ Mas esto sabed, que si el padre de familias supiese la hora en que vendrá el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. ⁴⁰ Vosotros, pues, estad apercebidos: porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del hombre.

⁴¹ Y Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos? ⁴² Y dijo el Señor: ¿Quién crees que es el mayor-domo fiel y prudente que puso el Señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo a tiempo? ⁴³ Bienaventurado aquel siervo, al cual el Señor, cuando viniere, hallare obrando así. ⁴⁴ Verda-

deramente os digo que lo pondrá sobre todo cuanto posee. ⁴⁵ Mas si dijere el tal siervo en su corazón: Tarda mi señor en venir, y comenzare a maltratar a los siervos y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse; ⁴⁶ vendrá el señor de aquel siervo el día que éste menos lo espera, y a la hora que no sabe; lo azotará duramente y lo tratará como a los desleales. ⁴⁷ Porque aquel siervo que supo la voluntad de su señor, y no puso en orden las cosas, ni obró conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. ⁴⁸ Mas el que no la supo, e hizo cosas dignas de castigo, pocos azotes recibirá. Porque a todo aquel a quien mucho fue dado, mucho le será demandado: y al que mucho encomendaron, mucho le pedirán.

Explicación. — Ha dicho Jesús que sus discípulos deben huir toda avaricia, y no deben preocuparse con exceso de las cosas temporales; su fin es más alto, porque es el Reino de los cielos y no el de la tierra. Exhorta ahora a la suma vigilancia y atención que debemos parar en conseguir este fin. La lección consiste en una parábola, la de los siervos que están alerta (35-40), y en la explicación que del ámbito de la misma da el Señor a una pregunta de Pedro (41-48).

PARÁBOLA DE LOS SIERVOS QUE ESTÁN ALERTA (35-40). — Está tomada de una costumbre ciudadana de Oriente. El dueño de una casa ha salido para asistir a unas bodas; no regresará hasta muy entrada la noche; sus criados deben estar en vela para recibirle bien y a tiempo. *Tened ceñidos vuestros lomos*: los orientales, que usan trajes talaes, levantan su parte inferior cuando deben trabajar o viajar: les serían un estorbo; así deben removerse todos los obstáculos de orden moral que nos impidan caminar expeditos por las sendas del bien, cohibir las pasiones, evitar los peligros, etcétera, y trabajar con denuedo en el cumplimiento de nuestros deberes y en toda obra buena. *Y antorchas encendidas en vuestras manos*, porque es de noche cuando vendrá el señor: es la recta intención, el estado de gracia, las buenas obras. *Y sed vosotros semejantes a los hombres que esperan a su señor, cuando vuelva de las bodas*, porque es incierto el tiempo de su regreso: para que cuando viniere y llamare a la puerta, luego le abran. Celebrábanse de noche las bodas entre los judíos, y se prolongaba el festín; no se trata aquí de las bodas del señor: es un invitado.

El señor premiará espléndidamente la fidelidad y atención de sus criados: *Bienaventurados aquellos siervos a los que hallare velando el Señor cuando viniere. En verdad os digo, que se ceñirá, dispuesto a hacer con ellos los oficios de un siervo, y los hará sentar a la mesa, como hijos suyos y miembros de su familia, y pa-*

sando los servirá. Es Jesús mismo el que aquí se describe, hecho siervo por nosotros, que nos ha hecho un puesto en el banquete del Reino de los cielos, donde el mismo Dios se sirve a Sí mismo en visión intuitiva para bienaventuranza eterna de quienes le han servido. Insiste Jesús en la incertidumbre de la hora y en la necesidad de velar: *Y si viniere en la segunda vela*, de ocho a doce de la noche, *y si viniere en la tercera vela*, de doce a cuatro de la madrugada, *y así los hallare, bienaventurados son tales siervos, porque han sabido velar hasta muy tarde, siempre atentos.*

Concreta Jesús en otra pequeña parábola la necesidad de la vigilancia continua. El jefe de la casa debe siempre estar prevenido contra un inopinado asalto de los ladrones: *Mas esto sabed, palabra de atención, que si el padre de familias supiese la hora en que vendrá el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa*, que se supone construida de tierra o de ladrillos crudos, cosa frecuente en Palestina. El ladrón es el Señor, metáfora clásica en el Nuevo Testamento, para representar el fin de los tiempos (1 Thess. 5, 2; 2 Petr. 3, 10; Apoc. 3, 3, etc.); como ladrón visita con la muerte a los suyos, inopinadamente; y como del ladrón, pueden recibir daño de su inopinada visita, si no están prevenidos. Sólo que el Señor avisa con tiempo para que nos preven-gamos: *Vosotros, pues, estad apercebidos: porque a la hora que no penséis vendrá el Hijo del hombre* (Apoc. 16, 15).

PREGUNTA DE PEDRO. PARÁBOLA DEL MAYORDOMO FIEL (41-48).— Jesús había antes dicho algo para sólo los discípulos (v. 32); la misma parábola de los siervos en vela podía interpretarse exclusivamente de los apóstoles y discípulos; por ello es que Pedro trata de averiguar el alcance de la parábola: *Y Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos?* Jesús no responde directamente, sino con otra parábola, por la cual da a entender que si la responsabilidad de la vigencia apremia, antes que a todos, a los que tienen en el Reino de Dios una preeminencia, de autoridad, de acción o de doctrina, atañe también a todos los demás cristianos, porque todos tienen deberes y atribuciones sobre que velar. *Y dijo el Señor: ¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente que puso el Señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo a tiempo?* El mayordomo es el substituto del señor en la administración doméstica: es fiel si no se aparta un ápice de la voluntad del dueño; prudente, si tempera su gobierno según las exigencias del tiempo, lugar y personas; cuida del alimento de la dependencia, dando a cada cual a su tiempo lo que

necesita para su sustento, significado aquí por la medida de trigo. Si así se porta, el señor le dará un gran premio: *Bienaventurado aquel siervo, el mayordomo, que solía ser uno de los esclavos de confianza, al cual el señor, cuando viniere, hallare obrando así, con vigilancia, fidelidad y prudencia: Verdaderamente os digo que lo pondrá sobre todo cuanto posee, haciéndole su intendente general.*

Pero puede suceder lo contrario, que el mayordomo se porte mal: *Mas si dijere el tal siervo en su corazón, dentro de sí, confiado en la tardanza del dueño: Tarda mi señor en venir, y comenzar a maltratar a los siervos y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, faltas todas contra la fidelidad y prudencia, vendrá el señor de aquel siervo el día que (éste) menos lo espera, y a la hora que no sabe: lo azotará duramente, lo partirá, lo matará,* dice el griego, como lo hacían los déspotas orientales con los esclavos sorprendidos en delito, *y lo tratará como a los desleales,* con lo que se indica a los representados por el mal siervo, es decir, tendrá el mismo eterno destino que los que por su culpa permanecieron infieles, el fuego ardiente, que atormenta y no consume.

Y generalizando Jesús, con lo que responde ya directamente a la pregunta de Pedro, indica la norma que seguirá en el castigo: *Porque aquel siervo que supo la voluntad de su señor, y no puso en orden las cosas, ni obró conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes;* a mayor conocimiento mayor castigo, porque el conocimiento debe ser la norma de la vida. *Mas el que no la supo, no la discernió bien, e hizo cosas dignas de castigo, pocos azotes recibirá.* Así serán más castigados los que han recibido la luz certísima de la revelación, que los que han debido guiarse sólo por la luz natural. Termina Jesús con una síntesis en que se contienen el principio moral de la acción, los deberes a cumplir, y la cuenta de responsabilidad que se exigirá a cada uno: *Porque a todo aquel a quien mucho fue dado, talento, gracia, dones de toda suerte, mucho le será demandado; y al que mucho encomendaron, por la autoridad u oficio que se le confirió, mucho le pedirán:* la responsabilidad es proporcional a la dignidad, a la autoridad, al poder, al talento de cada uno.

Lecciones morales.—A) v. 35.—*Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos...*—Significa esto, dice Teofilacto, que debemos estar siempre dispuestos y fáciles a ejecutar las obras de nuestro Señor, y que no debemos llevar la vida en tinieblas, sino que nos debe guiar la luz de la razón en el obrar. Porque no sólo debemos obrar el bien, sino que debemos

tener discreción para obrarlo en la manera debida, y ésta es la antorcha que debemos llevar para que nos alumbre en la noche de la vida. Y notemos que primero nos manda ceñir los lomos, y luego llevar en las manos las antorchas, porque primero es la operación que la especulación.

b) v. 37. — *Se ceñirá, y los hará sentar a la mesa, y pasando los servirá.* — ¡Oh dignación de nuestro buen Dios! A los que hallare ceñidos, sirviéndole, él correspondiera en la misma forma: los hará sentar a la mesa, para que descansen los que se fatigaron, y se refocilen, en el cuerpo y en el alma, los que por él se mortificaron. Y les preparará el banquete de la gloria, distribuirá a cada uno sus dones, la copiosa donación de todo bien, como dice el Areopagita, a cada cual según sus merecimientos, a todos según la misma medida de su propia duración, que es la eternidad.

c) v. 40. — *A la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del hombre.* — Siempre es impensada la hora de la muerte. El instinto de la vida, junto con este sentido de inmortalidad que Dios ha puesto en el fondo de nuestra naturaleza, hacen que dirichimiente nos persuadamos que ha llegado nuestra hora, aunque la precedan todas las señales que en los demás juzgaríamos fatales indicios de la proximidad de la muerte. Ello nos impone una vigilancia continua: vendrá la muerte con lentitud o súbitamente, por paulatina consunción de vejez o en la plenitud de los años, llamando a la puerta, que es la enfermedad, o metiéndose de rondón en nuestro organismo, por un accidente imprevisto, un ataque fulminante, etcétera. Siempre será el Hijo del hombre, que tiene mil formas de llamar, porque tiene mil maneras de quitarnos una vida que es suya y que nos ha dado en administración. Aguardémosle con serenidad, preparados, en pie y trabajando en el bien. Y venga la muerte como quiera, con tal sea buena; después de ella, el Hijo del hombre nos sentará en el banquete de su bienaventuranza.

d) v. 45. — *Tarda mi señor en venir...* — Porque no pensamos en la hora de nuestro fin, dice Leonhacto, cometemos muchos pecados. No digas nunca que tarda tu señor en venir; porque no está lejos, aunque seas joven, aunque seas robusto; porque a jóvenes y a robustos, se presenta inopinadamente el señor de la vida para reclamársela, como suya que es. Y aunque tarde, no tardará; aunque se te alargue la vida hasta llegar a viejo, no confíes; porque pasa rápidamente la sombra de este mundo. Porque la vida es un soplo; una niebla que se disipa; un hábito que tenece; un meteoro que pasa fugaz. Nunca tarda, aunque llegue tarde, el señor en venir...

e) v. 46. — *Lo tratará como a los desleales.* — Desleal es el que no obedece a los dictados de su conciencia, que promulga en su interior la ley de la vida y no la sigue. Desleal es el que no sirve al señor a quien juró seguir y servir. ¿Cuántas veces hemos sido desleales con nuestra conciencia y con nuestro Dios y Señor? Nuestra conciencia nos ilumina, nos arguye, nos increpa, nos ruega, nos amenaza; y a pesar de todo, ahogamos sus gritos en el fondo de nuestro pecho. Nuestro Dios nos recuerda los títulos que tiene sobre nosotros, las promesas que le hicimos en el Bautismo; y cada vez que hemos llorado nuestros pecados y hacemos impa-

vidos nuestro camino de infidelidad. Reconozcamos nuestras innumerables deslealtades, tal vez nuestra vida desleal; y temamos ser tratados como se trata a los deslaes, siendo separados del Reino de Dios.

F) v. 48. — *Al que mucho encomendaron, mucho le pedirán.* — Como no hay igualdad de premios en la otra vida, así tampoco la hay de castigos, dice San Basilio. Todos serán condenados a las llamas los que las hayan merecido, pero unos las sufrirán más intensas que otros; todos serán roídos por el gusano inextinguible; mas éste será más fuerte o más remiso. Por esto, dice Teonilacto, los sabios y doctores, que debieron obrar según su doctrina, y sacar de ella incremento para los demás, serán con más rigor atormentados. Debiera este pensamiento hacernos temblar, si Dios nos ha favorecido con dones de privilegio en el conocimiento de su voluntad, o nos ha concedido gracias extraordinarias, o nos ha conferido poderes para hacer conocer a los demás su voluntad.

125. — DEL FUEGO QUE JESUS TRAJÓ AL MUNDO LAS SEÑALES DEL TIEMPO: Lc. 12, 49-59

⁴⁹ Fuego vine a poner en la tierra: y ¿qué quiero sino que arda? ⁵⁰ Con bautismo es menester que yo sea bautizado: y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla! ⁵¹ ¿Pensáis que vine a poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. ⁵² Porque de aquí adelante estarán cinco en una casa divididos, los tres estarán contra los dos, y los dos contra los tres. ⁵³ Estarán divididos: el padre contra el hijo, y el hijo contra su padre: la madre contra la hija, y la hija contra la madre: la suegra contra la nuera, y la nuera contra su suegra.

⁵⁴ Y decía también al pueblo: Cuando veis asomar la nube de parte de poniente, luego decís: Va a llover; y así sucede. ⁵⁵ Y cuando sopla el austro, decís: Hará calor; y es así. ⁵⁶ ¡Hipócritas! Sabéis pronosticar por el aspecto del cielo y de la tierra: pues ¿cómo no sabéis reconocer el tiempo presente? ⁵⁷ Y ¿por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? ⁵⁸ Cuando vas con tu contrario ante el magistrado, haz lo posible para librarte de él en el camino, para que no te lleve al juez, y el que te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. ⁵⁹ Te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último maravedí.

Explicación. — Termina el capítulo 12 de San Lucas con dos pensamientos importantísimos: es el primero, la razón porque sus discípulos deben estar en vela, y es que los que quieran seguirle habrán de sufrir grandes trabajos y peligros (49-53). En segundo lugar, excita al pueblo a que sacuda la indiferencia, y reconozca la gravedad de los tiempos y la necesidad de hacer penitencia para entrar en el reino mesiánico (54-59).

JESÚS TRAJÓ FUEGO A LA TIERRA (49-53).—El Señor ha expuesto tranquilamente su doctrina sobre la vigilancia. De pronto, como si se adentrara en sí mismo, pronuncia dos frases vehementes, llenas de sentido teológico. Es la primera: *Fuego vine a poner en la tierra: y ¿qué quiero sino que arda?* Dios es fuego consumidor y devorador (Deut. 4, 24; 9, 3); el Mesías es fuego purificador (Mal. 3, 2, 3; Is. 1, 25; 4, 4); Jesús vino del cielo a la tierra a poner fuego en las almas para depurarlas, quemar sus escorias, y hacerlas pura plata y oro ante Dios: es el fuego de la santidad, de la caridad; es todo el sistema de santificación que trajo Jesús al mundo. Y Jesús quiere que arda el mundo de las almas, porque el fin de su misión es la destrucción de todo lo malo y el incremento de todo bien. Algunos, con todo, han interpretado el fuego, de las forzosas discordias que la religión de Jesús ha debido llevar al mundo moral para establecerse. Maldonado interpreta la metáfora del fuego en el sentido de las tribulaciones y persecuciones que deben sufrirse por el nombre de Jesús; abona esta explicación el evidente sentido de la metáfora del bautismo que sigue a ésta, de la que vendría a ser como una aplicación al mismo Jesús. Es la segunda frase: *Con bautismo es menester que yo sea bautizado: y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!* Está íntimamente trabada con la primera: vendrá el fuego depurador; pero antes deberá merecerlo Jesús para el mundo: es la expiación y santificación que deben venir por la Pasión del Señor, a la que llama él su bautismo; las aguas son el símbolo de la tribulación (Ps. 17, 17; 31, 6; 65, 12; 68, 16, etc.); le cubrirá su propia sangre, y éste será su cruento bautismo. Ello produce a Jesús angustias prematuras, como en Getsemaní; le tortura la aprensión de sus futuros tormentos; pero le acucia al propio tiempo el deseo de sufrirlos, porque es la voluntad del Padre y la condición de la salvación del mundo.

Y porque vino Jesús a poner al mundo el fuego purificador, por ello se entablará tremenda lucha entre los elementos contrarios, el bien y el mal: *¿Pensáis que viene a poner paz en la tierra?* Los vv. 51-53 son análogos a los de Mt. 10, 34, 35, ya comentados en el núm. 76, tomo I, pág. 648.

LAS SEÑALES DEL TIEMPO (54-59).—Las anteriores lecciones iban dirigidas con preferencia a los discípulos del Señor (v. 1. 22). Ahora se dirige Jesús especialmente al pueblo. Daría una mirada a la multitud, y vería su indiferencia e incomprensión, y la increpó duramente: *Y decía también al pueblo: Cuando veis asomar la*

nube de parte de poniente, de la región del Mediterráneo, luego decís: *Va a llover; y así sucede*: las lluvias suelen ser en la Palestina con viento de poniente; *Y cuando sopla el austro, decís: Hará calor; y es así*: es el viento sur, del desierto, que produce en aquella región calores sofocantes.

¡Hipócritas!, sigue Jesús: lo son porque les ciega la vana observancia de la ley y carecen de verdadera virtud: *Sabéis pronosticar por el aspecto del cielo y de la tierra: pues ¿cómo no sabéis reconocer el tiempo presente?* Tenéis el testimonio múltiple de Juan; los milagros y doctrinas que propongo; el cumplimiento de las semanas de Daniel; la expectación general por la inminente venida del Mesías: y no sabéis conocer que yo soy. Además, podéis conocerlo por el testimonio de vuestras propias conciencias, que os dicen que ha llegado la hora, y no os preocupáis de oír su dictamen: *Y ¿por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?*

La consecuencia es natural: si pueden conocer el tiempo, la llegada del Mesías, pueden asimismo conocer la obligación que tienen de hacer penitencia, que va aneja a su llegada; que se reconcilien con Dios antes de la venida del juez (Is. 4, 4; Ez. 34, 20; Mal. 3, 2; Mt. 3, 10-12, etc.). A esto les exhorta Jesús con una viva parábola: *Cuando vas con tu contrario ante el magistrado...* Es la misma que propuso ya Jesús en el Sermón del Monte (Mt. 5, 25.26), ya explicada en el núm. 51, tomo I, págs. 517.518.

Lecciones morales.—A) v. 49.—*Fuego vine a poner en la tierra...*—Es el fuego del espíritu Santo que trajo Jesús del cielo a los hombres. Fuego divino de verdad, capaz, por lo que tiene de virtud nativa, de consumir toda escoria del mundo moral; más aún, capaz de comunicar a los corazones humanos los mismos incendios del divino amor que abrasan a los celestiales espíritus. Fuego de doctrina que consume todo error; fuego que da calor a los corazones para que germine en ellos toda semilla del bien obrar. Fuego que ablanda la dura naturaleza del hombre, dura y torcida, y permite enderezarla en el sentido del bien; fuego de altísima temperatura, capaz de derretir la piedra berroqueña de nuestro desgraciado ser, para grabar en él la misma efigie de Dios, endiosándolo, haciéndolo hijo y hermano de Cristo y su coheredero de la gloria. No pongamos en nosotros obstáculos a la voracidad de este fuego; digamos con la Iglesia: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor.»

B) v. 50.—*¡Cómo me angustio hasta que se cumpla!*—Tanta fue la indignación del Señor, dice San Ambrosio, que en sus deseos de consumir nuestra perfección, le acosaban las ansias de que llegara pronto su pasión. Y no teniendo de sí de qué dolerse, añade San Beda, se dolía de nuestras miserias y dolores, prolongando la tristeza de su pasión, no por el miedo que tuviese a la muerte,

sino por la tardanza de nuestra redención. Puede de ello colegirse que la memoria de la Pasión acompañó a Jesús toda su vida, disponiéndose a ella como para un acto que debía ser la síntesis de toda su obra y el punto culminante de su existencia. Para que aprendamos también nosotros a meditar continuamente la pasión del Señor, imprimiéndola profundamente en nuestro espíritu.

c) v. 52. — *De aquí adelante, estarán cinco en una casa dividiéndose...* — Si Jesucristo hubiese sido puro hombre, dice el Crisóstomo, jamás hubiera podido predecir cosa tan inverosímil como es el que los padres le amen a El más que a sus hijos, y éstos más que a los padres, y los maridos más que a sus esposas. Y esto no en una casa o en ciento, sino en toda la redondez de la tierra; y no sólo lo predijo, sino que la predicción se ha cumplido. En lo que aparece una demostración de la divinidad de Jesús y la prueba de la virtud acérrima de su doctrina y de su ley, que cosas tan extraordinarias ha producido en el mundo.

d) v. 56. — *¿Cómo no sabéis reconocer el tiempo presente?* — Obra Dios continuamente en la humana historia. Sin daño de la libertad de los hombres, los conduce, en el orden individual y social, por los senderos que él quiere. A él se debe el engrandecimiento y la ruina de las naciones. De tal suerte pone El en juego los humanos factores, que saca de ellos el resultado que a él le place, no lo que los hombres quieren. ¡Ay de los pueblos el día que Dios no proveyera de ellos! Esta es la llave de la historia y toda su filosofía. Y, sin embargo, hay hombres necios, o hipócritas, como los judíos, que no saben leer en los humanos hechos los caracteres indelebles que deja en ellos Dios al dirigirlos. Seamos providencialistas, y pidamos a Dios gobierne el mundo sin tomar cuenta de cuantos en él le blasfeman o ignoran.

e) v. 57. — *¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?* — Prueban estas palabras de Jesús, dice Orígenes, que por ley misma de naturaleza, tenemos nosotros aptitud para juzgar lo que es justo en lo fundamental de la vida; por ello, dice San Beda, los oyentes de Jesús en este caso, aunque fuesen iliteratos, podían rectamente juzgar de su legación divina, porque las obras que hacía eran tales que le delataban como Enviado de Dios. Más que ellos puede todo hombre en nuestros tiempos juzgar de la verdad y justicia de nuestra santa religión; porque posteriormente a Jesús se han multiplicado los hechos que demuestran que es Dios: el cumplimiento de sus profecías, la propagación del Evangelio, la santidad de su Iglesia, el número de sus mártires, la restauración del mundo en todos los órdenes. Y, no obstante tanta claridad, muchos hombres no quieren juzgar lo que es justo, contraviniendo las leyes de la misma naturaleza.

f) v. 58. — *Cuando vas con tu contrario ante el magistrado...* — ¿Quién es nuestro contrario sino la palabra de Dios, dice San Beda, adversario de nuestros deseos carnales en esta vida, del cual nos libramos poniéndonos en paz con él, haciendo lo que él nos manda? Peor si no nos ponemos en paz con él y con nuestra conciencia formada según él, porque seremos irremisiblemente condenados, y no saldremos de la cárcel del infierno hasta que no paguemos el último céntimo.

126. — NECESIDAD DE LA PENITENCIA: Lc. 13, 1-9

Evangelio de la Misa del sábado de las Cuatro Témporas de septiembre (vv. 6-9, más los vv. 10-17 del número siguiente)

¹Y en este mismo tiempo estaban allí unos que le decían nuevas de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios de ellos. ²Y Jesús les respondió, diciendo: ¿Pensáis que aquellos galileos fueron más pecadores que todos los otros, por haber padecido tales cosas? ³Os digo que no. Mas si no hicieris penitencia, todos pereceréis de la misma manera. ⁴Así como también aquellos dieciocho (hombres), sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató: ¿pensáis que ellos fueron más culpables que todos los hombres que moraban en Jerusalén? ⁵Os digo que no. Mas si no hicieris penitencia, todos pereceréis de la misma manera.

⁶Y decía también esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo halló. ⁷Y dijo al viñador: Mira, tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo: córtala, pues: ¿para qué ha de ocupar aún la tierra? ⁸Mas él respondió, y le dijo: Señor, déjala aún este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche estiércol. ⁹A ver si así dará fruto; si no, la cortarás después.

Explicación. — La serie de episodios contenidos en los capítulos 13-17 de Lc. y 18, 1-14, son propios del tercer Evangelista, salvo escasos versículos; a él seguiremos, casi exclusivamente, en este número y siguientes. Sólo se intercalará lo ocurrido en Jerusalén, en la fiesta de la Dedicación, que únicamente refiere San Juan, y que se comenta en el número 129. En el presente, tomando pie Jesús de un grave suceso ocurrido en Jerusalén, exhorta a la penitencia otra vez (1-5); y, con la parábola de la higuera estéril, demuestra la inminencia de la ruina para quienes no se arrepientan (6-9).

UN SUCESO TRÁGICO. NECESIDAD DE LA PENITENCIA (1-5). — *Y en este mismo tiempo, en que recorriendo la región transjordánica prodigaba Jesús sus enseñanzas, estaban allí unos que le decían nuevas de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios de ellos.* Eran los galileos gente independiente y arisca, que difícilmente toleraba el yugo de los romanos; Pilato, sabedor de que han promovido un alboroto en el mismo templo, mientras allí estaban ofreciendo sacrificios, manda satélites que los maten: el hecho es para que se indigne la conciencia nacional;

se lo cuentan a Jesús, como vindicador de la religión, quizá como compatriota de las víctimas, seguramente con intención de que manifieste el juicio que le merece esta matanza. Jesús descubre el pensamiento de los que narran el hecho: creen, conforme a las ideas supersticiosas de los judíos (Ioh. 9, 2), que con aquella muerte violenta han expiado los galileos algún enorme crimen por ellos cometido: *Y Jesús, condenando esta falsa creencia, les respondió, diciendo: ¿Pensáis que aquellos galileos fueron más pecadores que todos los otros, por haber padecido tales cosas? Os digo que no.* Sólo Dios sabe si hay relación entre los pecados personales y las desgracias que pueden sobrevenir a uno; los ejemplos de Job y del Epulón y Lázaro, desmienten la tesis supersticiosa y errónea de los judíos.

Con todo, Jesús, que lee en lo futuro, toma aquí pie para anunciar la ruina de todo el pueblo si no se arrepiente de sus pecados: *Mas si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera.* La historia nos dice que así fue: cuarenta años más tarde, los romanos, empezando por la Galilea, destruyeron el pueblo judío; el mismo recinto del templo, como narra Josefo, se llenó de cadáveres durante el asedio de Jerusalén, «de la misma manera», ofreciendo sacrificios. Lo que dice Jesús de la ruina temporal, puede entenderse de la ruina eterna, para quienes no hicieron condigna penitencia.

Y aduce Jesús otro ejemplo de una catástrofe también reciente, de la que no se tiene más noticia que la que aquí se da, para sacar la misma lección moral; *Así como también aquellos diez y ocho (hombres), sobre los cuales cayó la torre en Siloé, junto a la fuente de este nombre al sudeste de Jerusalén, y los mató: ¿pensáis que ellos fueron más culpables, pecadores, que todos los hombres que moraban en Jerusalén? Os digo que no. Mas si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera:* las víctimas de Siloé no serán sino un preludio de la catástrofe que amenaza a la ciudad.

LA HIGUERA INFRUCTUOSA (6-9).— Con esta breve parábola desarrolla Jesús el anterior pensamiento: todo crimen tiene su castigo; a veces tarda éste, pero, llegada la hora, viene infaliblemente si la penitencia no detiene la mano de Dios. *Y decía también esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña:* la higuera es árbol común en la Palestina; es figura del pueblo de Dios (Ier. 24, 1; Os. 9, 10); está plantada en tierra fértil y de labranza; culpa del árbol es si no da fruto (Is. 5, 2); quizá la hi-

guera sea el símbolo de la ciudad de Jerusalén, situada en medio de la viña del pueblo de Dios (Is. 5, 7). *Y fue a buscar fruto en ella el dueño, Dios, y no lo halló* (Ier. 5, 1). *Y dijo al viñador: Mira, tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo: tres años son bastantes para juzgar de la fecundidad de un árbol: Córdala, pues: ¿para qué ha de ocupar aún la tierra?*; no sólo la ocupa inútilmente, sino que la empobrece absorbiendo sus jugos.

Pero el hortelano intercede en pro de la higuera: es el mismo del mismo Jesús, que hizo cuanto debía para salvar la desdichada nación. Si se aplica la parábola a cada uno de nosotros, el viñador es nuestro ángel, o los que puso Dios para dirigirnos, o el mismo hombre, porque cada uno cuida de su vida: *Mas él respondió, y le dijo: Señor, déjala aún este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche estiércol*; es promesa de mayor cuidado que detiene la mano del señor de la vida: *A ver si así dará fruto*: si lo da, bien, vivirá; si no, la cortarás después; se habrá hecho cuanto cabe para que no siga siendo estéril.

La parábola, que en su sentido directo se refiere al pueblo judío, es de fácil interpretación. El Bautista y Jesús habían exhortado a la penitencia, cuando ya la segur estaba puesta a la raíz del árbol (Mt. 3, 10); la predicación del Señor y sus milagros, la misma predicación de los Apóstoles, nada lograron de aquel pueblo, al que inútilmente aguardó Dios por espacio de cuarenta años, después de la muerte de Jesús, hasta que vino su ruina total, muy merecida. Es fácil, asimismo, la aplicación a cada uno de nosotros.

Lecciones morales.—A) v. 2.—*¿Pensáis que aquellos galileos fueron más pecadores que todos los otros...?*—Tienen estas catástrofes públicas su razón de ejemplaridad en el orden personal y en el social. En el personal, dice el Crisóstomo, consiente Dios que sean violentamente arrancados de la vida algunos malos para que con su ejemplo se corrijan los demás que viven en la maldad; y no castiga a su vez a éstos para hacerlo más tarde con mayor rigor, si no se enmiendan. En el orden social, a veces son sacrificados algunos buenos para que se haga el equilibrio en una sociedad en que abunda la maldad: especie de víctimas expiatorias de las ajenas maldades, que salvan con su muerte a todo un pueblo de la ruina que había merecido por los pecados de los más.

B) v. 3.—*Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis...*—La frase es tremenda: para los judíos importaba la ruina material de la nación; para cada uno de nosotros, la ruina eterna de nuestra alma. Ella es inevitable, si hemos pecado y no lo hemos redimido con penitencia condigna: y ¿quién no ha pecado? ¿Quién, por lo mismo, no viene obligado a penitencia? El pecado es una violación

de la justicia; la penitencia es una rectificación de la voluntad injusta; el pecado es un peso que hunde el platillo de la balanza hasta dar con nosotros en el infierno; la penitencia es el contrapeso que puede poner la balanza a fiel otra vez.

c) v. 6.—*Y fue a buscar fruto en ella, y no lo halló.*—Sabía el señor de la viña que no hallaría fruto en la higuera, y fue no obstante a buscarlo. No lo hizo antes de tiempo, sino cuando el fruto debía estar en sazón. Así lo hace Dios con el hombre cuando viene a requerirle para que le dé el fruto que de él espera. Sabe que no lo tiene y, no obstante, por sus justos juicios, viene a arrancar la higuera de nuestra vida; y no es en ello injusto, porque Dios no debe a nadie un solo minuto de vida; en cambio, ha sido injusto el hombre que no ha dado a Dios, en la vida corta o larga que le dio, el fruto requerido por la misma ley de vida. Ni lo hace antes de tiempo; porque de toda la eternidad tiene prefinida la duración de nuestra vida; y, en cambio, para el hombre que la ha disfrutado, siempre es tiempo de dar los frutos que puede el Señor esperar de cada momento de tiempo.

d) v. 7.—*¿Para qué ha de ocupar aún la tierra?*—Cada uno de nosotros, dice San Gregorio, según su manera de ser, en cuanto ocupa un lugar en esta vida, si no trabaja haciendo frutos de buenas obras, es como la higuera infructuosa, que inútilmente ocupa la tierra; porque en el lugar que cada uno ocupa, impide el trabajo que darían los demás si lo ocupasen. Y ¡Dios mío, cuánta gente ociosa en el mundo! ¡Cuántas vidas inútiles, por lo frívolas, por lo indolentes, por lo desviadas en su actividad! Y ¡qué responsabilidad, personal y social, la que importa el ocupar estérilmente un lugar en la vida, y más si este lugar es de preeminencia, de autoridad, de cura de los demás!

e) v. 8.—*Déjala aún este año, hasta que cave alrededor de ella...* Es el mismo Jesús el que intercede por nosotros ante el Padre, para que no seamos prematuramente condenados; son nuestros superiores, que cuidan de nosotros con caridad paternal. «Hasta que cave alrededor de ella», haciendo que ahonde en la consideración de su pequeñez, a fin de que conozca la enormidad del crimen contra su Autor cometido: «Y le echaré estiércol», haciendo que sus mismos pecados, dice San Gregorio, verdadero estiércol de la vida, sean el estímulo que le ayude a salir de su miseria; porque a veces la deformidad de la culpa, el mal olor de la vida pésima, son causa bastante para que las almas que no han perdido el sentido moral vuelvan a Dios.

127.—CURA JESUS A UNA MUJER ENCORVADA

Lc. 13, 10-22

Sigue el Evangelio de la Misa del sábado de las Cuatro Témperas de septiembre (vv. 10-17)

¹⁰ Y estaba enseñando en la sinagoga de ellos, un día de sábado.

¹¹ Y he aquí (estaba) una mujer, que tenía un espíritu de enferme-

dad dieciocho años hacía: y estaba encorvada, y no podía en manera alguna mirar hacia arriba. ¹² Cuando la vio Jesús, la llamó a sí, y le dijo: Mujer, libre estás de tu enfermedad. ¹³ Y puso sobre ella las manos, y al punto se enderezó, y daba gloria a Dios.

¹⁴ Y tomando la palabra el príncipe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, dijo al pueblo: Seis días hay en que se puede trabajar: en éstos, pues, venid, y que os cure, y no en sábado. ¹⁵ Y respondiéndole el Señor, dijo: ¡Hipócritas! Cada uno de vosotros ¿no desata en sábado su buey, o su asno del pesebre, y lo lleva a abreviar? ¹⁶ Y esta hija de Abraham, a la que tuvo ligada Satanás dieciocho años, ¿no convino desatarla de este lazo en día de sábado? ¹⁷ Y diciendo estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios: mas se gozaba todo el pueblo de todas las cosas que él hacía gloriosamente.

¹⁸ Decía, pues: ¿A qué es semejante el Reino de los cielos, y a qué lo compararé? ¹⁹ Semejante es al grano de mostaza que lo tomó un hombre, y lo sembró en su huerto, y creció y se hizo árbol grande: y las aves del cielo reposaron en sus ramas. ²⁰ Y dijo otra vez: ¿A qué compararé el Reino de Dios? ²¹ Semejante es a la levadura que tomó una mujer y la envolvió en tres medidas de harina, hasta que todo quedare fermentado.

²² Y andaba por las ciudades y aldeas enseñando y caminando hacia Jerusalén.

Explicación.— No tiene este episodio trabazón con los anteriores, si no es por el tiempo en que tuvo lugar. Sigue con él la serie de los hechos y enseñanzas de Jesús sólo referidos por Lc., con la indicación de su viaje a Jerusalén con motivo de la fiesta de la Dedicación.

EL MILAGRO (10-13).— Aprovechaba Jesús el día de sábado para enseñar en las sinagogas: *Y estaba enseñando en la sinagoga de ellos un día de sábado*, en que se congregaba el pueblo para los divinos oficios. *Y he aquí (estaba) una mujer que tenía un espíritu de enfermedad*, la posesión diabólica y su efecto, *diez y ocho años hacía: y estaba encorvada*, doblada hacia el suelo, *y no podía en manera alguna mirar hacia arriba*.

Jesús se compadece de la mujer; no suele curar a los enfermos si no se lo piden; pero a esta mujer le ofrece la salud, haciéndole con ello un bien, y tomando ocasión para condenar la superstición judaica sobre el sábado y el espíritu farisaico: *Cuando la vio Jesús, la llamó a sí*, señal de su benevolencia, *y le dijo: Mujer, libre estás de tu enfermedad*: palabra de soberano imperio, propia sólo de un Dios. *Y puso sobre ella las manos*, dando a conocer la virtud que a su humanidad comunicaba su unión con el Verbo, *y al punto se enderezó*; con la erección de su cuerpo se levantó su espíritu a Dios, llena de gratitud: *Y daba gloria a Dios*.

JESÚS Y EL SÁBADO (14-17).—El presidente de la sinagoga, imbuido de los sentimientos farisaicos, encargado de la minuciosa observancia del rito, toma a mal lo que reputa infracción del sábado: *Y tomando la palabra el príncipe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, dijo al pueblo, no atreviéndose con el taumaturgo: Seis días hay en que se puede trabajar: son palabras de la Escritura (Deut. 5, 13), con que se concilia mayor autoridad; en éstos, pues, venid y que os cure, y no en sábado: no ha venido la mujer para ello, que ignoraba la gracia que iba a recibir; el ataque es contra Jesús.*

No quedó sin castigo la intemperancia del archisinagogo: *Y respondiéndole el Señor, dijo: ¡Hipócritas! Serían varios los del mismo sentir: son hipócritas porque se cubren con el manto de la religión para imputar a Jesús un pecado de lesa ley, cuando ellos hacen en sábado cosas mayores: Cada uno de vosotros ¿no desata en sábado su buey, o su asno del pesebre, para que no esté una bestia un día entero sin beber, y lo llevá a abrevar? Y esta hija de Abraham, de cuya descendencia tanto os gloriáis, inmensamente superior a una bestezuela, a la que tuvo ligada Satanás, el enemigo del género humano, diez y ocho años, no un día, ¿no convino desatarla de este lazo en día de sábado, cuando ello importaba mucho menor trabajo que abrevar una bestia?*

El argumento era decisivo, clarísimo, y produjo dos efectos diversos en los dos bandos de oyentes: vergüenza en sus enemigos, que se ven descubiertos en su hipocresía y en su envidia: *Y diciendo estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; alegría en el pueblo por la magnífica ostentación del poder de Jesús: Mas se gozaba todo el pueblo de todas las cosas que él hacía gloriosamente.*

PARÁBOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA (18-21).—Sea que Jesús tomase ocasión de la exultación del pueblo ante el hecho milagroso para explicar la fuerza expansiva de su doctrina; o que intentara confundir más aún a los fariseos, presentándoles la perspectiva del Reino que iba a fundar, aprovechaba aquella reunión sabática de la sinagoga para explicar las parábolas del grano de mostaza y de la levadura, que San Lucas supone referidas en el tercer año de la vida pública, poco antes de subir a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación. No hay dificultad en admitir que unas mismas parábolas las propuso el Señor en distintas ocasiones, y que estas dos pudo predicarlas el año segundo de su vida pública, en el tiempo indicado por Marcos (4, 30), y el tercero en la ocasión presente. Se hallan ya comentadas en el número 66 (tomo I, pág. 599),

según el texto de San Mateo, que las inserta junto con otras, sin guardar el orden cronológico, al acumularlas para concretar la naturaleza y condiciones del Reino de los cielos.

SUBE JESÚS A JERUSALÉN (22).— Los hechos aquí referidos por San Lucas tuvieron lugar en el lento viaje que hacía Jesús hacia Jerusalén para asistir a la fiesta de la Dedicación del Templo, en el mes de diciembre. Aprovechaba el Señor el viaje para evangelizar, tanto en las grandes poblaciones como en los villorrios: *Y andaba por las ciudades y aldeas enseñando y caminando hacia Jerusalén.* Poco tiempo permanecerá en la gran ciudad; después que el odio de sus enemigos habrá puesto en peligro su vida (Ioh. 10, 31), se retirará a la Perea, a la otra parte del Jordán, donde Lucas le hallará otra vez para reanudar su historia.

Lecciones morales.— a) v. 11.— *Una mujer que tenía un espíritu de enfermedad... y estaba encorvada...*— Esta mujer, dice San Cirilo, sufría por la tiranía del diablo, dejada de Dios por sus propios crímenes, o por efecto del pecado de Adán, por el que vinieron la debilidad y muerte sobre el cuerpo del hombre. Y he aquí el efecto de la influencia del espíritu maligno en nosotros; nos inclina y como encorva sobre la tierra, y no nos deja mirar al cielo; nos asemeja a los brutos irracionales que, como dice San Basilio, tienen la cabeza vuelta al suelo, contra la estación natural del hombre que tiene los ojos y la frente levantados a lo alto.

b) v. 13.— *Al punto se endereza, y daba gloria a Dios.*— Este es el efecto del contacto vivificador de la carne santísima de Jesús: enderezarnos, rectificarnos, levantarnos a Dios y darle gloria. Porque para esto vino el Hijo de Dios al mundo: estábamos como pegados a la tierra, incapaces de hacer rumbo a Dios, nuestro fin. Y el Verbo tomó carne, y ella ha sido el instrumento de nuestra rehabilitación para Dios. Esta es la teoría de la eficacia de la muerte del Señor: muere en la carne para vivificarnos en el espíritu. Y ésta es la teoría del sacramento, en que se encierra la virtud de la muerte vivificadora de Jesús, especialmente al Sacramento del Cuerpo y Sangre del Redentor. «Cuerpo de Cristo, sálvame...»

c) v. 12.— *Mujer, libre estás de tu enfermedad.*— Palabras adaptadísimas a Dios, dice San Cirilo, llenas de majestad soberana, pues cura una enfermedad con un solo gesto de imperio. Y sigue la imposición de manos, para que entendamos que la carne de Jesús era carne del mismo Dios, no de otro, como si estuviesen separados el Hijo de Dios y el hijo del hombre, como falsamente han creído algunos. ¿Qué no podemos esperar de la misericordia de Jesús si le exponemos nuestras miserias? Una sola mirada de sus ojos es bastante para transformar hasta lo más profundo nuestro ser.

d) v. 14.— *Seis días hay en que se puede trabajar...*— El espíritu farisaico llevó la interpretación del descanso sabático hasta ex-

tremos inconcebibles. En cambio, el laxo espíritu de muchos cristianos ha casi anulado la ley del descanso dominical, substituto del sábado entre nosotros. Ni el mezquino espíritu del archisínago, que reputaba trabajo manual el pronunciar una palabra de salvación sobre una pobre enferma para sanarla de terrible dolencia; ni la anchísima conciencia de muchos de los nuestros, que ha hecho que el domingo apenas se distinga, especialmente en algunas regiones, de los días de labor, más que en el descanso de una tarde, dedicada por lo común a diversiones mundanas.

E) v. 16.— *A la que tuvo ligada Satanás dieciocho años...* — Una sola palabra de Jesús rompe la ominosa atadura de esta mujer, víctima del poder del diablo por espacio de dieciocho años. Pecador: Jesús vino a destruir el poder de Satanás (Mc. 1, 24); pero aún le queda bastante para atarte, si tú consientes, por espacio de años y años, con la ligadura afrentosa de la mala costumbre, que te da, como a la mujer encorvada del Evangelio, una especie de segunda naturaleza que te retiene irresistiblemente atado a la tierra, lejos de Dios. Una sola palabra de Jesús te librará si te le acercas; no espera sino que vayas a él para curarte, como esta mujer a la que él «llama a sí». Y la manera de acercarte es que hagas un acto de tu libertad contrario al hábito funesto que te retiene en el mal. Jesús te llama: acércatele.

F) v. 17.— *Se avergonzaban todos sus adversarios...* — La envidia y la hipocresía, cuando se descubren, causan extremado rubor: la envidia, porque nos empuje; la hipocresía, porque nos manifiesta como no queríamos parecer. Por esto se avergüenzan los adversarios de Jesús: preferían que aquella mujer, como una bestia, mirara siempre al suelo, a trueque de que Jesús no manifestara su poder; pero Jesús les descubre la conciencia ante el pueblo: ya no es la religión quien les mueve, sino la envidia que sienten de Jesús; ni el amor de los enfermos, sino el odio contra el Señor. Y se ruborizan, ellos, los prohombres, ante el pueblo que les mira y ve sus negras conciencias a través de sus rostros confundidos.

128.— EL NUMERO DE LOS ELEGIDOS. EL ZORRO HERODES. APOSTROFE A JERUSALEN: Lc. 13, 23-35

²³ Dígole uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: ²⁴ Porfiad por entrar por la puerta angosta: porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. ²⁵ Y cuando el padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, vosotros estaréis fuera, y comenzaréis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, ábrelos. Y él os responderá, diciendo: No sé de dónde sois vosotros. ²⁶ Entonces comenzaréis a decir: En tu presencia comimos y bebimos, y en nuestras plazas enseñaste. ²⁷ Y os dirá: No sé de dónde sois vosotros: apartaos de mí todos los obreros de la iniquidad. ²⁸ Allí será el llorar y el crujir de dientes: cuando viereis a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el Reino de Dios, y que vosotros sois arrojados fuera. ²⁹ Y vendrán de oriente y de occidente, y del aquilón y del austro, y se sentarán a la mesa en el

Reino de Dios. ³⁰ Y he aquí que son (ahora) los postreros los que serán (después) los primeros, y que son los primeros los que serán los postreros.

³¹ Este mismo día se llegaron a él ciertos fariseos, y le dijeron: Sal de aquí, y vete, porque Herodes te quiere matar. ³² Y les dijo: Id, y decid a aquella raposa: He aquí que yo lanzo demonios, y obro curaciones hoy y mañana, y al tercero día soy consumado. ³³ Pero es necesario que yo ande hoy, y mañana, y otro día: porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén.

³⁴ ¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, ¿cuántas veces quise juntar tus hijos, como el ave a su nidada debajo de sus alas, y no quisiste? ³⁵ He aquí que se os dejará desierta vuestra casa. Y os digo, que no me veréis hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.

Explicación.— Sigue la serie de copiosas enseñanzas que da Jesús en este último período de su predicación. Cuanto al orden cronológico, nos hallamos en uno de los momentos más controvertidos de la vida pública de Jesús. Mientras suponen unos que entre los sucesos del número anterior y los del presente ha tenido lugar la fiesta de la Dedicación, otros creen que sigue aún Jesús el mismo camino a Jerusalén que se supondría comenzando en Lc. 9, 51, para asistir a dicha fiesta; mientras otros sitúan estos discursos transcurrido algún tiempo después de la Dedicación, ya dentro del año último de su vida, cuando se dirigía paulatinamente a la gran ciudad para la última Pascua. Optamos por la segunda opinión, situando la visita a Jerusalén en la Dedicación inmediatamente después.

EL NÚMERO DE LOS ELEGIDOS (23-30).— Mientras iba Jesús por ciudades y villorrios predicando su doctrina, sea que pareciese ésta difícil de guardar, o por las amenazas de ruina frecuentes en su predicación, se le propuso la cuestión delicadísima del número de los que se salvan: *Dijole uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan?* No solía responder Jesús en forma que se adaptara total y directamente a los términos de la pregunta, sino en la que más convenía al provecho espiritual de quienes le oían, y así lo hace ahora: *Y él les dijo: Porfiad por entrar por la puerta angosta: porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán;* deja Jesús la teoría por la práctica, y sin revelar el número de los elegidos, que plugo a Dios esconder en los secretos de su sabiduría, indica lo que debe hacerse para lograr la salvación: luchar con denuedo para abrirse paso y entrar por la puerta angosta, que es la penitencia (Lc. 13, 3.5), ante la cual se agolpan muchos, que forcejean para pasar, y

no pueden; pasado el tiempo hábil, que es el de la vida, ya no se podrá entrar.

Lo demuestra con una parábola; *Y cuando el padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta...* supone Jesús un jefe de familia, que representa a Dios, que obsequia con una recepción a sus amigos, y que cuando bien le parece se levanta para cerrar la puerta y no admitir más: *Vosotros estaréis fuera, y comenzaréis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, ábrenos. Y él os responderá, diciendo: No sé de dónde sois vosotros, de qué familia, ni si sois mis amigos. Los de fuera, para darse a conocer y lograr entrada, apelarán a su vieja amistad con el jefe de la casa: Entonces comenzaréis a decir: En tu presencia comimos y bebimos: hemos sido tus comensales muchas veces; y en nuestras plazas enseñaste, en lo que hay manifiesta alusión al pueblo judío. Será inútil la insistencia: Y os dirá: No sé de dónde sois vosotros: nótese la repetición y el énfasis de la repulsa.*

Esta importa la exclusión definitiva de la casa, por la perversa conducta moral de quienes no se esforzaron en entrar en ella mientras estaba abierta: *Apartaos de mí todos los obreros de la iniquidad.* Y como el dueño de la casa es Jesús, y la casa es la Iglesia y el Cielo, y la exclusión del Reino de Dios importa forzosamente la condenación a los tormentos eternos, de aquí la desesperación de los rechazados: *Allí será el llorar y el crujir de dientes.* Aumentará el tormento pensar que están muchos de nuestra misma familia, raza, manera de vivir, gozando las delicias del gran Padre de familias: *Cuando viereis a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el Reino de Dios, y que vosotros seréis arrojados fuera,* por no corresponder al llamamiento que a todos se hizo por igual. Mayor será aún la pena, porque en su lugar habrán entrado los mismos gentiles, reclutados de todos los ángulos del mundo, a gozar de lo que especialmente para ellos se había preparado: *Y vendrán de oriente y de occidente, y del aquilón y del austro, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios.* Realizándose por todo ello esta paradoja: *Y he aquí que son (ahora) los postreros los que serán (después) los primeros:* los actualmente pecadores y gentiles suplantarán a quienes, como los judíos, tenían derechos especiales a ser admitidos; *Y que son los primeros los que serán los postreros:* los que actualmente están bajo una tutela especial de Dios, y que han recibido la revelación, y han sido su pueblo, serán definitivamente excluidos de la casa, de la Iglesia y del cielo.

La parábola, propuesta en primer término para el pueblo judío, se aplica fácilmente a cuantos no aprovechan el tiempo de la vida

ni la gracia de Dios para entrar en el cielo por la puerta del deber. Sólo éstos formarán el número de los elegidos.

EL ZORRO HERODES (31-33).— Se hallaba Jesús entonces en la Perea, que, junto con la Galilea, constituía el territorio gobernado por Herodes Antipas. *Este mismo día*, probablemente mientras predicaba Jesús, *se llegaron a él ciertos fariseos, y le dijeron: Sal de aquí, y vete, porque Herodes te quiere matar*. Pudo en realidad sentir el tetrarca celos por la preponderancia de Jesús y temor a la austeridad de su doctrina, y querer matarle como lo hizo con el Bautista (núm. 78), sirviéndose de los fariseos para alejarlo de sus dominios; piensan otros que fue amaño de los fariseos para que se adentrara Jesús en la Judea, donde más fácilmente pudiesen prenderle. De la respuesta de Jesús se colige la realidad de la misiva de Herodes: *Y les dijo: Id, y decid a aquella raposa...* Rasgo de sinceridad, energía e independencia, frente a la astucia de zorro de quien finge querer matar por sólo ahuyentar a quien le estorba.

En las palabras que manda Jesús transmitir a Herodes, se concentran su valor, su poder, su espíritu profético, al tiempo que son un duro reproche a la malicia del reyezuelo. *He aquí que yo lanzo demonios, y obro curaciones: se me amenaza, y yo manifiesto mi poder taumátúrgico; se hace para bien el pueblo, y soy yo quien le colmo de toda suerte de bienes; y lo hago sin temor alguno, durante el tiempo que tengo predeterminado, hoy y mañana; es decir, ahora y hasta que me plazca, lo hago y lo haré*. La profecía está en la predicción de su muerte: *Y al tercero día soy consumado*: después de ejercer mi ministerio cuanto quiera, moriré y seré glorificado. *Pero, mientras llega mi hora, es necesario que yo ande hoy, y mañana, y otro día*, que yo siga mi ruta de predicador, no fijando ni tiempo ni estancia en lugar alguno. Por ello salí de los dominios de Herodes, no porque él lo mande, sino *porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén*; ésta, capital de la teocracia, ha adquirido el triste nombre de matadora de profetas: el que lo es por antonomasia allí debe ser matado.

APÓSTROFE A JERUSALÉN (34.35). — La visión profética de su muerte en la ciudad santa y de su fatal ruina, hacen prorrumpir a Jesús en sentidísimo apóstrofe, en que palpita su amor a la capital de su pueblo: *¡Jerusalén, Jerusalén!*, repetición que es señal de predilecto, *que matas, sueles matar* (Mt. 23, 37), *a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti*, con misión especial de Dios: *¿Cuántas veces quise juntar tus hijos, protegerte, salvarte de la ruina inminente, con el amor solícito y vehemente con que el ave*

protege y defiende a sus polluelos: *como el ave a su nidada debajo de sus alas, y no quisiste?* El quiso, y ella no quiso ser salvada, rechazando toda suerte de gracias, de orden interior y exterior que Jesús hizo a sus moradores durante sus repetidos viajes a la capital.

El castigo será tremendo: *He aquí que se os dejará desierta vuestra casa; el decreto es irrevocable:* la ciudad, que se considera como la habitación de una gran familia que en ella vive, será abandonada a su propia suerte, como ella ha abandonado a su Dios; consecuencia de ello su ruina será total: con la metrópoli, perecerá la nación. Con todo, Jesús, en medio de la tremenda profecía, deja a los judíos una puerta abierta a la esperanza: *Y os digo, que no me veréis hasta que llegue el tiempo en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor;* no sentiréis mi presencia como salvador vuestro, hasta que me recibáis como tal, enviado de Dios para salvar al mundo. Será ello cuando quiera cada uno de ellos, o cuando se convierta todo Israel (Rom. 11, 25.26).

Lecciones morales.—A) v. 23.—*Señor, ¿son pocos los que se salvan?*—Hablando con los teólogos, podríamos decir que se salvan los predestinados, y que el número de éstos solo de Dios es conocido. Prácticamente, que es lo que atañe a la ordenación de nuestra vida, se salvan los que quieren salvarse, porque Dios tiene voluntad de salvar a todos (1 Tim. 2, 4), y Jesucristo murió por todos (2 Cor. 5, 14). Se salvan los que están en vela; los que no tuercen de camino; los que entran por la puerta estrecha. Se pierden sin remedio los que, dormidos en el pecado, dejan pasar el tiempo de gracia; los que declinan a la derecha o a la izquierda del camino que señala Dios; los que quieren entrar por la puerta ancha del goce de la vida presente. ¿Son pocos o muchos, los unos o los otros? Queda ello en los designios inescrutables de Dios; queda en nuestra libertad ser de los primeros o de los segundos.

B) v. 25.—*Y cuando el padre de familias hubiere entrado...* El padre de familias es Cristo, dice San Beda, quien, estando en todas partes por razón de su divinidad, se dice que está dentro para aquellos a quienes beatifica en el cielo con su presencia; pero que está como fuera para aquellos a quienes ocultamente ayuda mientras luchan a la contemplación de sí; cerrará, cuando no dé a los réprobos más lugar a penitencia. Los cuales desde fueran llamarán, es decir, implorarán en vano y a destiempo una misericordia que menospreciaron.

C) v. 26.—*En tu presencia comimos y bebimos...*—Estas palabras, dice Teofilacto, se dicen principalmente de los judíos, de quienes era Jesús según la carne (Rom. 9, 5), y que convivió con ellos durante su vida; a pesar de todo, Jesús los rechazó. Pero también se dicen de los cristianos, porque comemos su Carne y bebemos su Sangre, y en la plaza de nuestra alma, abierta a toda inspiración de Dios, nos predica Jesús su doctrina. Triste cosa será perdersen

después de haber estado en íntima comunión con el Salvador de nuestras almas y de haber sido en mil formas sus discípulos.

d) v. 30. — *Y he aquí que son (ahora) los postreros...* — Fueron los judíos los primeros, dice San Cirilo, y se les anticiparon los gentiles, quienes, dice Teofilacto, convertidos hacia el fin de su vida, tal vez nos ganen la mano a los que desde la infancia somos adoradores de Jesús. O bien, según San Beda, muchos, que antes eran fervorosos, después se enfrían; y otros fríos, repentinamente se enfervorizan; muchos son despreciados en este mundo, que en el otro serán gloriosos; otros son glorificados por los hombres, que en la otra vida serán condenados.

e) v. 32. — *Decid a aquella raposa...* — Es éste un gesto nobilísimo de Jesús, con que desenmascara a quien se prevale de su autoridad para atropellarle en el ejercicio de su divino ministerio. El Señor, tan reverente con la autoridad, tiene palabras de menosprecio para quienes de ella abusan en daño de la palabra de Dios, de los justos, de la justicia. Pero Jesús hace su camino, sin tener en cuenta las marrullerías del tetrarca. Es que primero hay que obedecer a Dios que a los hombres, como más tarde dirán los Apóstoles (Act. 5, 29). Cuando los hombres se atraviesan en el camino de los enviados de Dios, éstos tienen siempre legítima defensa contra el atropello, en las armas de buena ley que jamás faltan a los que en nombre de Dios ejercen un ministerio.

f) v. 33. — *Pero es necesario que yo ande hoy, y mañana...* Es decir, es necesario que cada uno de nosotros, en nuestros respectivos oficios o ministerios, hagamos, como Jesús, lo que nuestra conciencia y nuestro deber nos imponen, sin respetos humanos, sin consideración a personas, aunque estén revestidas de autoridad como Herodes. El camino del deber no es tortuoso, sino recto, ni es blando muchas veces, sino durísimo; cuando nos hayamos formado conciencia recta de lo que nos exige, debe ser para nosotros más que toda ley humana. Mucha prudencia en los casos difíciles; mucha caridad, mucha ecuanimidad; pero, los ojos y el corazón puestos en Dios, debemos hacer nuestro camino. Seguir cualquier otro, podría conducirnos a la ruina, de nuestro honor y de nuestra alma.

g) v. 34. — *¿Cuántas veces quise... y no quisiste?* — Como si dijera, dice San Agustín: Siempre que con mi voluntad eficaz te hice bien, lo hice contra tu voluntad, porque siempre fuiste ingrata. ¿Puede el Señor dirigirnos a nosotros este tremendo reproche? Dios quiere, insta, ayuda, casi obliga, a que hagamos el bien; y luego de hacerlo volvemos a recalcitrar contra la voluntad de Dios, que quiere perseveremos en él. Es mezquina nuestra voluntad de salvarnos, a lo menos en la práctica, tanto como es codiciosa y eficaz la voluntad de Dios. Dejémonos ayudar y salvar de la ruina, generosamente, por quien puede hacerlo; cooperemos con voluntad decidida, por el amor de Dios y por el amor que a nosotros mismos nos debemos, a la obra de nuestra salvación.

SECCION SEPTIMA

AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

Diciembre-enero 781-782 hasta marzo-abril de 782. Año 28, 29 de nuestra era

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: OTRA VEZ EN JERUSALÉN PARA LA DEDICACIÓN. — 129. En la fiesta de la Dedicación: Controversia con los judíos.

PERÍODO SEGUNDO: EN LA PEREA. — 130. Jesús en casa de un fariseo: El hidrópico. Humildad y caridad. — 131. En casa de un fariseo: Parábola del gran festín. — 132. De la abnegación de sí mismo. — 133. Misericordia de Dios para con los pecadores: La oveja y el dracma perdidos. — 134. Misericordia de Dios para con los pecadores: El hijo pródigo. — 135. Parábola del administrador infiel. — 136. Reproches contra los fariseos. — 137. Parábola del rico Epulón y Lázaro. — 138. Cuatro lecciones de Jesús a sus discípulos.

PERÍODO TERCERO: OTRA VEZ EN JUDEA. — 139. Enfermedad y muerte de Lázaro. — 140. Jesús consuela a Marta y María. — 141. Jesús resucita a Lázaro.

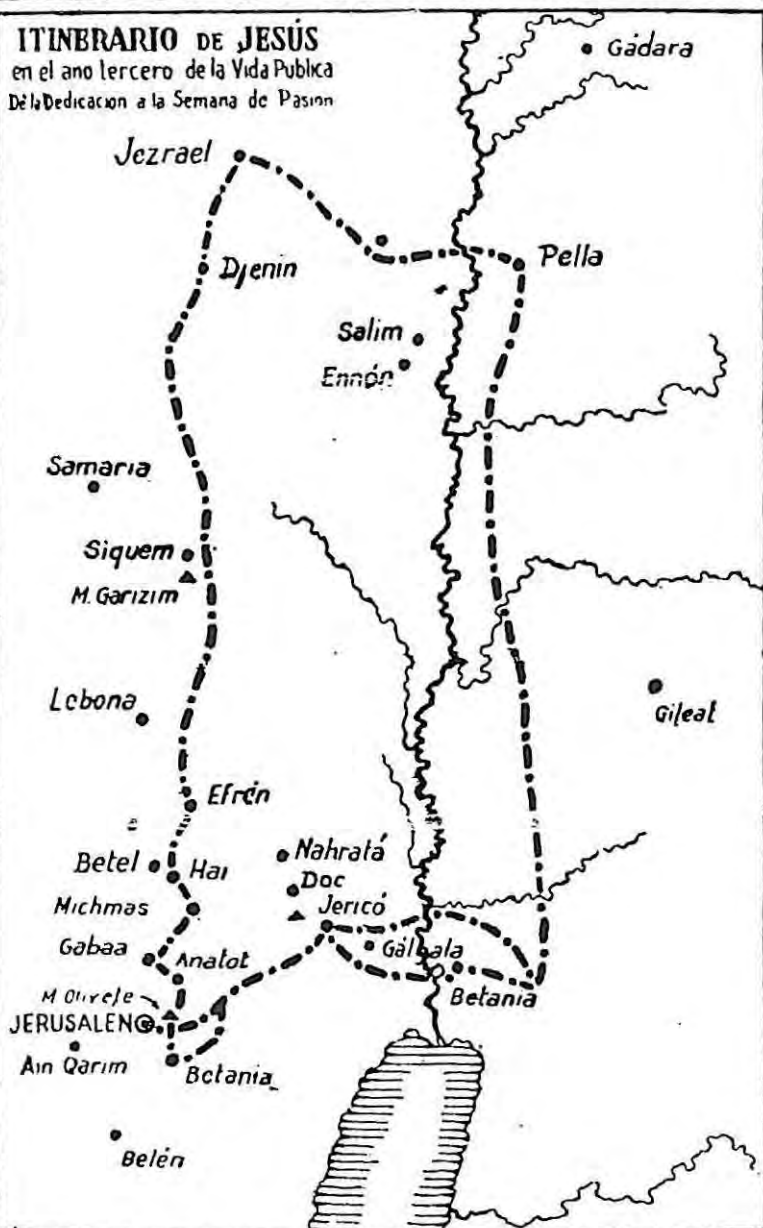
PERÍODO CUARTO: RETIRADA DE EFRÉN Y VIAJE HACIA JERUSALÉN. — 142. Consecuencias de la resurrección de Lázaro. — 143. Ultimo viaje a Jerusalén: Curación de diez leprosos. — 144. Del advenimiento del reino y del día del Hijo del hombre. — 145. La oración: Parábola del mal juez y la viuda. — 146. La humildad: Parábola del fariseo y el publicano. — 147. Matrimonio y virginidad. — 148. Jesús bendice a los niños. — 149. La pobreza voluntaria. — 150. Los jornaleros llamados a trabajar la viña. — 151. Tercera predicción de

la Pasión. Los hijos del Zebedeo. — 152. Curación de un ciego a la entrada de Jericó. — 153. Jesús en casa de Zaqueo. — 154. Parábola de las diez minas. — 155. Curación del ciego Bartimeo. — 156. Jesús en Betania: María unge sus pies.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO: *Desde la Dedicación a la Semana de Pasión (diciembre-enero a marzo-abril).* — Desde la Perea subió Jesús a Jerusalén a celebrar la fiesta de la Dedicación, y tiene lugar en el Templo lo referido en el número 129. Huyendo Jesús de sus enemigos, se retiró otra vez a la Perea, donde permanece y donde ocurren los hechos narrados en los números 130-138, hasta que, llamado por Marta y María, con ocasión de la enfermedad de su hermano Lázaro, va a Betania y resucita a éste, muerto ya de cuatro días. Exacerbada por este hecho la ira de los fariseos contra Jesús, retírase el Señor a Efrén. Al acercarse la Pascua, última de la vida de Jesús, parte de allí, y haciendo un largo recorrido por Samaria, tocando en la Galilea, se dirige, a través de la Perea, a Jerusalén. Entra en Jericó y llega a Betania seis días antes de la Pascua.

En el mapa de la página siguiente se indica la ruta probable seguida por Jesús durante este tiempo.

ITINERARIO DE JESÚS
en el año tercero de la Vida Pública
De la Dedicación a la Semana de Pasión



PERIODO PRIMERO

OTRA VEZ EN JERUSALEN PARA LA DEDICACION

129. — EN LA FIESTA DE LA DEDICACION: CONTROVERSIA CON LOS JUDIOS: IOH. 10, 22-42

**Evangelio de la Misa del miércoles de la Semana de Pasión
(vv. 22-38)**

²² Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la Dedicación y era invierno. ²³ Y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. ²⁴ Y los judíos rodeáronle, y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de tener en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. ²⁵ Jesús les respondió: Os lo digo, y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí. ²⁶ Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. ²⁷ Mis ovejas oyen mi voz: y yo las conozco, y me siguen: ²⁸ y yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. ²⁹ Lo que me dio mi Padre, es más que todas las cosas: y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. ³⁰ Yo y el Padre somos una cosa.

³¹ Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle. ³² Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de parte de mi Padre, ¿por qué obras de éstas me apedreáis? ³³ Los judíos le respondieron: No te apedreamos por alguna obra buena, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo. ³⁴ Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? ³⁵ Pues si llamó dioses a aquellos a quienes habló Dios, y la Escritura no puede faltar, ³⁶ ¿a quién el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: «Que blasfemas», porque he dicho: «Soy Hijo de Dios»? ³⁷ Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. ³⁸ Mas si las hago, aunque a mí no me queráis creer, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.

³⁹ Y ellos querían prenderle, y se les escapó de entre las manos. ⁴⁰ Y se fue otra vez a la otra ribera del Jordán, a aquel lugar en donde primero estaba bautizando Juan: y se estuvo allí. ⁴¹ Y vinie-

ron a él muchos, y decían: Juan en verdad no hizo ningún milagro.
⁴² Mas todas las cosas que dijo Juan de éste, eran verdaderas.
 Y muchos creyeron en él.

Explicación.—Jesús ha llegado por la Perea a Jerusalén, con motivo de las Encenias, o fiesta de la Dedicación. Su estancia en la ciudad será breve, por lo que es dado colegir del cuarto Evangelio, único que nos refiere este viaje a la ciudad, y del que no se cuenta sino el presente episodio: es un altercado que sostiene Jesús con los primates de Jerusalén, en el que se dice consubstancial con el Padre. Divídese en dos partes (22-30, 31-38); los vv. 39-42 consignan algunos hechos posteriores al discurso.

JESÚS IGUAL AL PADRE: APELA AL TESTIMONIO DE SUS OBRAS (22-30). *Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la Dedicación:* no para conmemorar la dedicación del templo de Salomón o de Zorobabel, sino la instituida por Judas Macabeo después de la purificación del templo, profanado por Antíoco Epífanes. *Y era invierno:* ocurría esta fiesta a mediados de diciembre, dos meses después de la de los Tabernáculos; *Y Jesús,* probablemente para resguardarse de la lluvia, o del viento del este, que en ese tiempo sopla muy frío, *se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón,* galería cubierta, en el recinto exterior del templo, del lado de oriente, considerada como un resto del antiguo templo salomónico: allí confluía la multitud.

Y los judíos rodeáronle, conviniéndose muchos para ello, y *le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de tener en suspenso,* es decir, nos dejas en la incertidumbre y tienes como suspendido nuestro aliento? *Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.* La pregunta es dolorosa: le denunciarán seguramente al Procurador romano, por usurpador, tan luego se declare Mesías. Con todo, justifica hasta cierto punto la pregunta el hecho de que Jesús no se haya dicho públicamente Mesías; sólo a la Samaritana (Ioh. 4, 26) y a sus discípulos (Mt. 16, 16 sigs.) ha hecho tal declaración, pero con interdicción de decirlo a otros (Mt. 16, 20). Podían, sin embargo, colegir su carácter de Mesías de numerosos hechos (Ioh. 5, 19; 6, 35 sigs.; 7, 38; 8, 12.26; 10, 11, etc.); una de las causas de su ceguera en este punto, a más de su soberbia y ambición, era la idea errónea que del Mesías tenían.

Jesús les respondió apelando a sus propios dichos en otras ocasiones (5, 32 sigs.; 7, 38): *Os lo digo, y no me creéis,* con lo que afirma claramente que es el Cristo. Y luego invoca el testimonio de sus obras: *Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, en*

unión con el Padre y en virtud de la misión que me ha conferido, *éstas dan testimonio de mí*, porque confirman con la fuerza del milagro la verdad de mis asertos. *Mas vosotros*, a pesar del testimonio de mi palabra y de mis obras, *no creéis, porque no sois de mis ovejas*, voluntariamente os negáis a oír mi voz y seguirme; alude Jesús a la parábola del buen Pastor, por él propuesta dos meses antes, en la fiesta de los Tabernáculos.

Contrapone Jesús a esta actitud de resistencia la docilidad de los creyentes: *Mis ovejas oyen mi voz: y yo las conozco, y me siguen*. Premio de esta docilidad es la vida eterna que les da Jesús: *Y yo les doy la vida eterna*, porque la fe y la gracia son la incoación de la eternidad bienaventurada; *Y no perecerán jamás*, porque la gracia, de sí, es inadmisibile, si no hay un acto de la voluntad contrario: lo es definitivamente la vida eterna: *Y ninguno las arrebatará de mi mano*, porque nadie hay más fuerte que Jesús, aunque contra él y sus ovejas se conjuren todos los enemigos, de la tierra y del infierno, de él y de los suyos. Tan grande es la fortaleza y poder de Jesús, que es el mismo del Padre: *Lo que me dio mi Padre*, la naturaleza divina que por generación me comunicó, con la sabiduría, la omnipotencia, etc., *es más que todas las cosas: y nadie lo puede arrebatarse de la mano de mi Padre*: luego tampoco de la mía. La razón de la igualdad de poder entre él y el Padre es la unidad absoluta de naturaleza: *Yo y el Padre somos una cosa*, una sola e idéntica substancia.

INSISTE JESÚS EN AFIRMAR SU DIVINIDAD (31-38). — Que un hombre se declare una misma esencia con Dios, es horrenda blasfemia, que debe ser sancionada con la muerte por lapidación (Lev. 24, 16): *Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle*.

Apelando otra vez Jesús a sus milagros, muchos de los cuales obraría en la ciudad misma, les hace ver lo irracional e ingrato de su resolución: *Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de parte de mi Padre*, hechas por mi Padre, en unión conmigo, en confirmación de mi misión: *¿Por qué obra de éstas me apedreadís?* A la evocación de sus milagros, amaina la furia de los judíos, que distinguen en seguida entre las obras egregias realizadas por Jesús y lo que conceptúan blasfemia: *Los judíos le respondieron: No te apedreamos por alguna obra buena, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo*: tan clara, y tan bien entendida fue la afirmación de Jesús de que era Dios.

Jesús les respondió, abajándose a su debilidad, y reforzando al propio tiempo su tesis con un argumento «a fortiori»: *¿No está escrito en vuestra ley*, con énfasis, la ley en cuya ciencia os gloriáis; tómase aquí la ley en general, de toda la Escritura (cf. Ioh. 12, 34; 15, 25): *Yo dije, ¿dioses sois?* Estas palabras que son del Salmo 81, 6, en las que se llama dioses a los príncipes de Israel, a pesar de ser prevaricadores, «juzgadores de iniquidad» y «amadores de la mentira», le sirven a Jesús para demostrar su divinidad: ellos son «dioses» e «hijos del Excelso» en cuanto participan de la autoridad de Dios sobre su pueblo. *Pues si llamó dioses a aquellos a quienes habló Dios*, al instituirlos jueces de su pueblo y a quienes va dirigido el Salmo, *y la Escritura no puede faltar*, es decir, es el sagrado texto prueba irrefragable de que realmente eran dioses aquellos hombres, a pesar de ser malos, *¿a quien el Padre santificó y envió al mundo*, designándole desde el seno de la Trinidad para su misión salvífica, *vosotros decís: «Que blasfemas», porque he dicho: «Soy Hijo de Dios»?* Con estas palabras acentúa Jesús su identidad con el Padre anteriormente afirmada.

Robustece su argumentación con un dilema sin salida: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis*; si no obro prodigios que están sobre toda fuerza humana y que sólo puede obrar Dios, no deis crédito a mi afirmación de que soy Hijo de Dios, porque le falta el aval de Dios. *Mas si las hago*, como realmente lo habéis visto con vuestros ojos, *aunque a mí no me queráis creer*, dando fe al testimonio de mi palabra, *creed a las obras*, que atestiguan mi divinidad. Consecuencia de ello será que le reconozcan idéntico a Dios: *Para que conozcáis*, sepáis con conocimiento actual, *y creáis*, con convicción habitual, *que el Padre está en mí, y yo en el Padre*, por identidad de naturaleza, de atributos, de acción.

Así ha cerrado Jesús su argumentación afirmando su consubstancialidad con el Padre: «Mi Padre y yo somos una cosa»; su filiación: «Soy Hijo de Dios»; la circumincesión: «El Padre está en mí, y yo en él.»

JESÚS SE EVADE DE SUS ENEMIGOS Y SE DIRIGE A LA PEREA (39-42). — Ni a las palabras ni a los milagros de Jesús quisieron atender aquellos espíritus protervos; se enfurecieron contra él: *Y ellos querían prenderle y se les escapó de entre las manos*, en forma que ignoramos, pero que sería nueva prueba de su poder, hizo que se frustraran sus designos. Dejó la ciudad y la Judea, *y se fue otra vez a la otra ribera del Jordán*, a la región de Perea, desde donde había subido a la fiesta, *a aquel lugar en donde primero estaba bautizando*

Juan, como si quisiera evocar su memoria y testimonio: *Y se estuvo allí*, lo cual significa que prolongó por algún tiempo su estancia en aquella región. En efecto, su presencia en aquellos lugares hizo reverdecer el recuerdo del Bautista: *Y vinieron a él muchos, y decían: Juan en verdad no hizo ningún milagro*, como parece los haría allí Jesús; sólo demostró su misión de profeta con su género de vida y con la realización de sus predicciones (Deut. 18, 21.22; Ier. 28, 9): *Mas todas las cosas que dijo Juan de éste*, y Juan era buen testimonio por su austerísima vida, *eran verdaderas. Y muchos creyeron en él*, en aquel país más libre que la Judea de la influencia de los príncipes del pueblo.

Lecciones morales.—A) v. 23.—*Y Jesús se paseaba en el templo...*—Era en invierno, y placíale a Jesús resguardarse del frío bajo los pórticos del templo. Místicamente, dice el Crisóstomo: Si le agradaba al Hijo de Dios pasear por el templo aquel en que se sacrificaba la carne de los animales, ¿cuánto más tendrá sus complacencias en visitar nuestra casa de oración, los templos cristianos, en que son consagrados su carne y su sangre? Y dice Teofilacto: Dispón tú, en el invierno de esta vida, fiesta de dedicación o renovación espiritual en el templo de tu alma, renovándote a ti mismo y disponiendo nuevas ascensiones en tu corazón; entonces vendrá Jesús dándote la paz que significa el nombre de Salomón, dispensándote su protección. Porque cuando hayamos muerto no podremos renovarnos.

B) v. 24.—*Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.*—No pudiendo acusarle por ninguna de sus obras, dice el Crisóstomo, buscan la manera de cogerle en las palabras. Porque, nótese la perversidad de estos hombres: cuando pronuncia sus discursos, le dicen: ¿Qué milagros haces? Cuando hace milagros, le objetan: Si eres el Cristo, dilo abiertamente. Y no obstante, todo lo hacía en público, predicar y obrar milagros; y para ello subía a Jerusalén los días de gran festividad y concurrencia. No hay peor incredulidad que la de aquellos que, llevados de sus prejuicios, se empeñan en no creer. La fe requiere, a más de la gracia de Dios, serenidad de juicio, despreocupación de las cosas humanas, docilidad, humildad.

C) v. 28.—*Ninguno las arrebatará de mi mano.*—Esta palabra, dice San Hilario, se la dicta la conciencia de su absoluto poder. ¿Qué hombre puede hacer afirmación semejante? Ninguno: los grandes conquistadores y caudillos de inteligencias y corazones, llegan a dominar sobre un número de almas; el tiempo, las opiniones contrarias, la veleidad humana, el mismo descrédito del caudillo, se las arrebatan. A Jesús, no: todo lo que el Padre le ha dado, lo conserva, con poder tenaz e incontrastable, a pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos. ¡Qué consuelo para los que nos preciamos de ovejas cuyas esta seguridad de ser siempre de Jesús, si nosotros, locos, no nos salimos de su redil!

D) v. 30.—*Yo y el Padre somos una cosa.*—Fijémonos bien en estos extremos, dice San Agustín: «Uno» y «Somos»: lo primero

significa la unidad de esencia; lo segundo, la pluralidad de personas. Cuando decimos que el Padre y el Hijo son uno, entendemos la unidad de substancia, la de relación, porque en cuanto dicen relación el uno al otro, el Padre y el Hijo son distintos. Y aprendamos cómo la revelación de la verdad católica se va elaborando paulatinamente, a lo largo de los siglos, por Dios mismo, que descubre una porción de su verdad, fraccionariamente, hasta que llega la plenitud de los tiempos apostólicos, en que cesa la revelación oficial y queda delimitado en forma definitiva el campo de nuestra fe. Es la misericordia que hace el pensamiento de Dios a la inteligencia del hombre.

E) v. 31. — *Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.* Es la segunda vez que intentan los judíos lapidarlo: el hecho se repetirá en la serie de los siglos. Jesús subirá al cielo: los hombres no podrán echar piedras a su humanidad santísima; pero su verdad, sus milagros, sus misterios, sus conquistas, sus soluciones para todo problema, quedarán en el mundo para concitar los odios de los enemigos de Jesús. En su furor le apedrearán, con la palabra, con la pluma, con leyes e instituciones, a su persona, a su vida, a su religión, a sus ministros. Todo será en vano: Jesús, con calma verdaderamente divina, con sagacidad de Dios, burlará a sus enemigos, y, sin que ellos sepan cómo, se saldrá de sus manos.

F) v. 34. — *Yo dije, dioses sois.* — También nosotros somos dioses en cuanto, dice San Pedro (2 Petr. 1, 4), somos consortes, partícipes de la naturaleza divina. Y San Agustín dice en alguna parte que el Hijo de Dios se hizo hombre para que nosotros fuéramos hechos dioses. Tal ha sido la dignación de Dios con nosotros, que no contento de darnos una naturaleza superior a todas las visibles en el orden natural, nos ha concedido vivir su misma vida por una participación de su misma naturaleza; lo cual tiene lugar por la gracia, que nos hace amigos e hijos de Dios, «viviendo para Dios en Jesucristo nuestro Señor» (Rom. 6, 11).

G) v. 36. — *«Soy Hijo de Dios».* — Llámase aquí Jesús Hijo de Dios; cuando Caifás, la noche de su prendimiento, le pregunte solemnemente: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios vivo?», responderá Jesús: «Sí, lo soy.» Porque Jesús es el Hijo único de Dios consubstancial con El, engendrado por el Padre desde toda la eternidad, idéntico a El por naturaleza, atributos y operación. El título de Hijo de Dios «ue ostenta Jesús y el hecho de su filiación divina son el soporte de toda nuestra religión. Es el Padre que envía a su Hijo al mundo para que tome una naturaleza humana como la nuestra, y sea también Hijo de Dios en cuanto hombre, para redimirnos, para fundar una religión, para logrnos su gracia, para hacernos a nosotros también hijos de Dios por adopción: «El mismo Espíritu Santo nos da testimonio de que somos hijos de Dios; si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom. 8, 16-17).

H) v. 39. — *Y se les escapó de entre las manos.* — No era gran cosa para el Verbo hecho carne librar su carne de las manos de la carne, dice San Agustín. Dios se escapa fácilmente de las manos del hombre. ¡Pobre hombre en sus disputas y en sus luchas con

Dios! Lo que tan fácilmente hizo Jesús en esta ocasión, y cuando escapó de las manos de sus paisanos de Nazaret (Lc. 4, 30), lo ha hecho en todo el decurso de la historia del cristianismo. Cien veces ha parecido haber caído en manos de los hombres, y cien veces han cantado sus enemigos el himno del triunfo sobre El; y luego, tranquilamente, Jesús aparece tan libre y glorioso como se han visto confundidos sus adversarios.

PERIODO SEGUNDO

EN LA PEREA

130. — JESUS EN CASA DE UN FARISEO: EL HIDROPICO.
HUMILDAD Y CARIDAD: Lc. 14, 1-14

**Evangelio de la Misa de la Dominica 16.^a después de Pentecostés
(vv. 1-11)**

¹ Y aconteció que, entrando Jesús un sábado en casa de uno de los principales de los fariseos a comer pan, ellos le estaban acechando: ² Y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de él. ³ Y Jesús, dirigiendo su palabra a los doctores de la ley y a los fariseos, les dijo: ¿Es lícito curar en sábado? ⁴ Mas ellos callaron. El entonces le tomó, le sanó, y le despidió. ⁵ Y les respondió, y dijo: ¿Quién de vosotros, si le cae su asno o su buey en un pozo, no lo sacará luego en día de sábado? ⁶ Y no le podían replicar a estas cosas.

⁷ Y observando también cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, y dijo: ⁸ Cuando fueres convidado a bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado de más dignidad que tú, ⁹ y venga aquel que te convidó a ti y a él, y te diga: Da el lugar a éste: y entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. ¹⁰ Mas cuando fueres convidado, ve, y siéntate en el último puesto: para que, cuando viniere el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieron contigo en la mesa: ¹¹ porque todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla, será ensalzado.

¹² Y decía también al que le había convidado: Cuando das una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos: no sea que te vuelvan ellos a convidar, y te sirva (esto) de recompensa. ¹³ Mas cuando haces convite, llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos. ¹⁴ Y serás bienaventurado, porque no tienen con qué corresponderte: mas se te galardonará en la resurrección de los justos.

Explicación. — Es el mes de diciembre, Jesús ha asistido a la fiesta de la Dedicación, y pasa a la Perea a evangelizar, donde

tienen lugar los episodios siguientes: El primero es el del convite que aquí se describe. Es ésta la tercera invitación de Jesús por los fariseos que nos refiere Lucas (7, 36; 11, 37); y la tercera de las curaciones realizadas en sábado (6, 6; 13, 10), cuando Mt. y Mc. no refieren más que una (Mt. 12, 9; Mc. 3, 1): probablemente multiplica Lucas los ejemplos de esta clase para que los judíos neoconvertidos, que vivían entre los gentiles, demasiado aferrados aún a las supersticiosas observancias sabáticas, las abandonasen, iluminados por la doctrina y ejemplos de Jesús.

CURACIÓN DE UN HIDRÓPICO (1-6).—*Y aconteció que, entrando Jesús un sábado en casa de uno de los principales de los fariseos, distinguido por su autoridad y dignidad, hombre de prestigio e influyente, a comer pan, frase con que se designa la celebración de un banquete, ellos le estaban acechando, insidiosamente, por si notaban en él algo reprehensible, en la palabra o en la conducta: le invitan para rendirle honor, y le espían como a un enemigo. Jesús acepta, porque sabe quiénes concurrirán al convite, y que se le presentará ocasión de adoctrinar y reprender a los fariseos.*

Suelen los judíos celebrar sus festines a puerta abierta; ante los comensales se sitúa un hombre enfermo de hidropesía, sea que fuera espontáneamente a buscar remedio de su dolencia, sea que le introdujesen los fariseos para tentar al Señor: *Y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de él*; es el único caso de este género de dolencia que nos ofrece el Evangelio. La sola presencia del enfermo, terriblemente abotagado, es una súplica a la misericordia de Jesús, que resuelve curarlo, no sin antes proponer a los comensales un caso grave de conciencia. *Y Jesús, dirigiendo su palabra a los doctores de la ley y a los fariseos, les dijo: ¿Es lícito curar en sábado?* La pregunta es un acto de deferencia hacia el anfitrión: no quiere Jesús hacer en casa ajena lo que quizá no consienta su dueño: *Mas ellos, callaron*: si afirman, abdicar de sus doctrinas; si niegan, incurren en la indignación del Señor y el odio del pueblo.

Jesús responde a su propia pregunta curando al enfermo: *El entonces le tomó* haciendo un pequeño esfuerzo material para justificar su lección, *le sanó, y le despidió*. Luego fustiga su culpable silencio y su absurda superstición: *Y les respondió, a la objeción que en su interior pondrían, y dijo: ¿Quién de vosotros, si le cae su asno o su buey en un pozo, en una de las cisternas o pozos sin brocal, frecuentes en la Palestina, no lo sacará luego, inmediatamente, en día de sábado, aunque se necesite mayor esfuerzo? Y no*

le podían replicar a estas cosas, rendidos por su poder taumatúrgico y por la fuerza de su lógica.

LA HUMILDAD (7-11). — Entretanto fueron los convidados acomodándose en los divanes para el festín. Jesús observa las maniobras de los comensales para hacerse con los primeros puestos, acercándose cuanto pueden al asiento del jefe de la casa, hombre principal. *Y observando también cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa*, defecto propio de los fariseos (Mt. 23, 6), *les propuso una parábola*, una lección, y dijo: *Cuando fueres convidado a bodas, a un festín solemne, manera delicada de reprender a los presentes, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado de más dignidad que tú*, de mayor categoría, y venga aquel que te convidó a ti y a él, y te diga: *Da el lugar a éste: y entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza*, tanto mayor cuanto que los lugares intermedios están ya ocupados. *Mas cuando fueres convidado, ve, y siéntate en el último puesto: no por humildad afectada, sino por sincera prudencia; para que cuando viniere el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieron contigo en la mesa.* Nótese el contraste entre el que baja, lleno de confusión, y el que sube, lleno de honor, y entre las palabras duras dichas al primero y las suaves con que se invita al segundo a mejorar de puesto. Y saca Jesús la moraleja de la parábola: *Porque todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla, será ensalzado: es ésta norma de los divinos juicios; no siempre sucede así en el criterio ni en la conducta de los hombres.*

LA CARIDAD (12-14). — Solían los judíos aderezar con parábolas sus conversaciones durante los festines: Jesús ha propuesto una para todos los convidados; ahora refiere otra al anfitrión: *Y decía también al que le había convidado: Cuando das una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, a lo menos sistemática y exclusivamente; la razón es porque se halla pronto la recompensa del obsequio: no sea que te vuelvan ellos a convidar, y te sirva (esto) de recompensa, no quedando lugar para una recompensa superior. Mas cuando haces convite, llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos, a los que no tienen manera de recompensarte, convidándote a su vez: Y serás bienaventurado, porque no tienen con qué corresponderte: mas se te galardonará en la resurrección de los justos, en la vida eterna.* No se prohíbe en la parábola cumplir con los deberes de familia o

de amistad, pero se recomienda una acción superior, como es la de hacer obras de caridad para con los desvalidos.

Lecciones morales.—A) v. 2.—*Y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de él...*—Está delante de Jesús sin decir nada el infeliz, porque teme las iras de los fariseos si pide ser curado en sábado; la terrible enfermedad es la voz que llamará al Corazón de Jesús: el hidrópico no se engaña, y es curado. Hidropesía es la lujuria, dice San Agustín, que carga nuestro espíritu con la abundancia de los humores de la carne; es la avaricia, dice San Gregorio, que cuanto más se hincha más sed tiene; son, en general, nuestras pasiones, siempre sedientas, cuando no se abrevan en la fuente de los dones de Dios. Como el hidrópico, pongámonos, humildes, ante Jesús; que en nuestro silencio reconozca la profundidad de nuestra miseria; y su Corazón es demasiado magnánimo y sensible para no latir un momento en nuestro favor y curarnos de nuestras miserias.

B) v. 3.—*Y Jesús, dirigiendo su palabra a los doctores de la ley...* Demuéstrase aquí Jesús formidable atleta intelectual. Ha visto que sus adversarios le observan para atacarle; y es El quien les acusa el primero con una pregunta que les desconcierta; porque si defienden la legitimidad de las curaciones en sábado, dice San Beda, ¿por qué le observan ahora, y por qué le acusan de ello siempre? Y si responden que no es lícito, ¿por qué cuidan de ello siempre? Y si responden que no es lícito, ¿por qué cuidan de sacar a sus bestias del hoyo en que han caído, siendo inferiores a una persona humana? Que nos ilumine Jesús, siempre que hayamos de defender sus doctrinas, para que salgamos triunfantes como El, no para orgullo nuestro, sino para confusión de sus adversarios. Y no los temamos: San Jerónimo dice que ha procurado ser siempre adversario de los enemigos de la Iglesia y del dogma.

C) v. 7.—*Escogían los primeros asientos en la mesa...*—Cura primero Jesús la hinchazón material del hidrópico, dice San Ambrosio; y luego la espiritual de quienes apetece los puestos de honor. Porque es temeridad empeñarse en asaltar los primeros puestos, dice San Cirilo, cuando no nos son convenientes, y puede llenar nuestra vida de vituperio. A veces se escuda esta ambición en las exigencias de nuestro cargo o dignidad: de aquí las cuestiones tan frecuentes de etiqueta y precedencia. Es muy cristiano no altercar en estos casos, ceder si no es en desdoro de nuestro cargo, o indicar con modestia y humildad lo que juzguemos nuestro derecho.

D) v. 8.—*No te sientes en el primer lugar...*—En el orden social, dice San Basilio, conviene dejar al cuidado del que invita disponer el orden de los asientos. Así nos sostenemos mutuamente en paciencia y caridad, haciéndolo todo ordenadamente. En el orden personal, añade San Cirilo, nada hay comparable a la modestia: porque el que ambiciona lugares que no le corresponden, logra repulsa; y el que está ansioso de honores inmerecidos resulta a la postre deshonorado. Jesús no sólo prohíbe asaltar los primeros puestos, sino que manda tomar los últimos.

e) v. 11.—*El que se humilla será ensalzado.*—No busquemos ahora, dice San Beda, lo que se nos reserva para el fin; la gloria y el honor debemos esperarlos para la otra vida. Aunque puede también esto tener lugar en la vida presente: porque cada día entra el Señor en el convite de sus bodas con las almas, despreciando a los soberbios, y colmando con frecuencia a los humildes de tal abundancia de dones, que la asamblea de los comensales, que son los fieles, llena de admiración los gorgorinque.

f) v. 12.—*No llames a tus amigos...*—Se reprueba aquí toda logrería que se intente en los obsequios que prestemos a nuestras relaciones. Es una clase de avaricia, dice un Santo Padre, ser obsequiosos con los que nos lo han de retribuir. Es mal éste muy frecuente en nuestros días, por la trabazón múltiple de personas y cosas y por el valor que suele darse a quienes tienen una preponderancia social, a veces mas que al mismo valer personal. Lo que falta por este lado se suple a veces con la prepotencia ajena: de aquí los esfuerzos para conquistarla. Y de aquí no pocas faltas de justicia o de equidad.

g) v. 13.—*Llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos.*—Pero dirás, dice el Crisóstomo: Sucio es el pobre; lávalo, y hazle sentar a tu mesa; es Cristo quien se acerca a ti por él, y tú no lo atiendes. Piensa lo que son los pobres, dice el Niceno, y hallaras el valor que tienen: herederos de los bienes futuros, representan la imagen del Salvador; son los llaveros del reino, acusadores y excusadores delante del Juez. Si no los recibimos con nosotros, añade el Crisóstomo, vayan a lo menos con nuestra servidumbre: sea el pobre doméstico nuestro; porque donde está la limosna, no entra el diablo.

131.— EN CASA DE UN FARISEO: PARABOLA DEL GRAN FESTIN Lc. 14, 15-24

Evangelio de la Misa de la Dominica infraoctava del Corpus (vv. 16-24)

¹⁵ Cuando uno de los que estaban con él a la mesa oyó esto, le dijo: Bienaventurado el que comerá pan en el Reino de Dios. ¹⁶ Y él le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. ¹⁷ A la hora de la cena, envió uno de sus siervos a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba ya dispuesto. ¹⁸ Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito ir a verla: te ruego me des por excusado. ¹⁹ Y dijo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir a probarlas: ruégote me excuses. ²⁰ Y dijo otro: Me casé, y por eso no puedo ir. ²¹ Y volviendo el siervo, dio cuenta a su señor de todo esto. Entonces, airado el padre de familias, dijo a su siervo: Sal luego a las plazas, y a las calles de la ciudad: y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. ²² Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aún hay lugar. ²³ Y dijo el señor al siervo:

Sal a los caminos, y a los cercados: y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. ²⁴Pero os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados gustará mi cena.

Explicación.— Tiene esta bella parábola no pocas semejanzas con la que se lee en Mt. 22, 1-14; abundan también las divergencias. Por ello algunos han creído que se trataba de la misma parábola, disintiendo muchos más de esta opinión: puesto que, a más de que son muchas las diferencias de la narración, como son de ver a la simple lectura, la presente fue pronunciada en casa del fariseo, en Perea probablemente, con seguridad fuera de Jerusalén, mientras aquélla lo fue en la ciudad, en el templo, ante los pontífices y ancianos del pueblo.

Jesús había hablado del premio de los caritativos en la resurrección de los muertos, en el Reino de Dios: *Cuando uno de los que estaban con él a la mesa oyó esto, le dijo: Bienaventurado el que comerá pan en el Reino de Dios*; es una exclamación que la emoción religiosa pone en boca de uno de aquellos hombres, sugerida, sin duda, por la palabra de Jesús: «Serás bienaventurado.» Era cosa corriente entre los judíos simbolizar el Reino de Dios en la figura de un festín. Aprovecha el Señor el religioso suspiro, sincero o fingido, del comensal, para concretar en esta parábola quiénes serán admitidos en el Reino de Dios.

Y él le dijo, al que le había interrumpido: *Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos*: solían los judíos convidar con antelación al día del festín, y luego repetir la invitación, cuando era éste ya inminente, por medio de los criados. *A la hora de la cena, envió uno de sus siervos a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba ya dispuesto*. El hombre que dispuso el festín es Dios Padre; la gran cena o festín son los bienes del reino mesiánico: el perdón de los pecados, la participación del Espíritu Santo, el cielo. Es una gran cena, porque aquellos bienes definitivamente nos llevan a la misma fruición de Dios; los invitados, ya de tiempo, eran los judíos; a la hora inminente, cuando iba a fundarse el reino mesiánico, es enviado el siervo Jesús y los que en su nombre llaman a Israel al Reino de Dios.

Pero los que primero fueron llamados, los príncipes de la sinagoga, rehúsan asistir: *Y todos a una*, como obedeciendo a una consigna, *comenzaron a excusarse*. *El primero le dijo: He comprado una granja*, una gran finca, *y necesito ir a verla*, para disponer lo que haya que hacer en ella: *te ruego me des por excusado*, acepta como buena mi ausencia. *Y dijo otro: He comprado cinco yuntas*

de bueyes, y quiero, ya no dice «necesito», ir a probarlas, por si resultan, pagar el precio estipulado. Ruégote me excuses. Y dijo otro sin presentar sus excusas, y en forma descortés: Me casé, y por eso no puedo ir. Y volviendo el siervo, dio cuenta a su señor de todo esto.

Los motivos de la excusa son razonables; ninguno de ellos es pecaminoso; pero tenían tiempo de preverlos y evitarlos, habiendo sido llamados y aceptada la invitación. Todos ellos se reducen al afán de riquezas y placeres, vicios que habían ya sido delatados en las clases altas del pueblo judío (Mt. 23, 14; 25, 27; Mc. 12, 40; Lc. 11, 39.44). Con ello se da a entender que de tal manera puede uno dedicarse a los humanos negocios, aun lícitos, que este afán de las cosas temporales haga se desprecien las incitaciones de la gracia que nos llama a las cosas de Dios.

Irritóse el padre de familias; era un enorme agravio para un anfitrión rehusar a última hora el banquete, después de haberlo antes aceptado: *Entonces airado el padre de familias, dijo a su siervo: Sal luego a las plazas, y a las calles de la ciudad; está dispuesto al convite y hay que buscar comensales: Y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares.* Es el segundo llamamiento, hecho a la plebe judía; los nobles de la ciudad no quieren vengan las clases humildes; de hecho, antes y después de la muerte de Jesús fueron muchos los que le siguieron del pueblo, aunque la mayor parte repudiaron la invitación: *Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aún hay lugar.*

Y vino el tercer llamamiento: *Y dijo el señor al siervo: Sal a los caminos, y a los cercados: y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa:* es la evocación de los gentiles, que estaban fuera de Israel, por las encrucijadas del mundo; fuérzalos a entrar el padre de familias por el hambre que tiene de que esté llena su casa, la Santa Iglesia, y para denotar la fuerza invencible de la predicación cristiana, que ha podido llenar la Iglesia, no por la violencia, sino por la persuasión y por el prestigio moral, junto con la gracia de Dios.

Termina la parábola con una amenaza tremenda: *Pero os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, en primer lugar, gustará mi cena.* Es Jesús quien habla aquí, no el Evangelista; la cena ya no es sólo la que preparó el Padre, sino la suya, la gracia, los sacramentos, su palabra, el Evangelio, la gloria.

Lecciones morales. — A) v. 15. — *Bienaventurado el que comerá pan en el Reino de Dios.* — El pan en el Reino de Dios es Dios mismo, que se da en soberano alimento a la inteligencia, al corazón y a toda facultad apetitiva de la vida del hombre. De aquí la bie-

naventuranza, porque ésta no es más que la posesión pacífica e inamisible de lo único que puede llenar de saciedad toda la vida, Dios. Es el banquete por antonomasia: es el espectáculo inenarrable de la misma esencia de Dios; es el torrente de placer con que abreva Dios a los suyos; es visión, amor y goce, sumos y para siempre. «Veremos, amaremos, gozaremos», dice San Agustín.

b) v. 16. — Un hombre hizo una gran cena... — Dios Padre, dice San Cirilo, preparó una gran cena realizada en Cristo: porque en el ocaso de su vida, cuando estaba ya para morir, nos dejó su cuerpo en comida. Y en verdad que es festín opulento este en que se nos da en comida el Cuerpo del mismo Hijo de Dios y en bebida su Sangre preciosísima. Banquete en que se le sirven al espíritu los más divinos manjares que pudiese apetecer el hombre; banquete lleno de delicias, que es preludio de las delicias inenarrables de la gloria.

c) v. 18. — Y todos a una comenzaron a excusarse. — Da el Señor en este festín lo que el hombre ni siquiera podía esperar, dice San Agustín; y no obstante los hombres rehúsan la invitación. Es ello una ingratitud, porque se rechaza una fineza en cuya realización invirtió Dios todos los tesoros de su sabiduría, poder y amor; es una necedad, porque en ninguna parte puede el hombre hallar lo que allí se le da: es una desgracia, porque no participar de este festín de la Eucaristía es renunciar a la vida divina, en el tiempo y en la eternidad.

d) v. 18. — El primero le dijo... — Son tres las excusas alegadas por los antiguos invitados: la compra de una finca; la prueba de unas parejas de bueyes; el matrimonio contraído. Representan las tres grandes concupiscencias, que son el triple obstáculo para entrar en el Reino de Dios, y a las que se reducen todos los demás: La soberbia de la vida del que se goza en la amplitud de sus posesiones; la concupiscencia de los ojos, en el que trabaja con afán para enriquecerse; la de la carne, figurada en el matrimonio. Todo ello puede ser lícito; pero en todo ello puede haber pecado, y todo puede ser obstáculo para lograr la virtud y el Reino de los cielos.

e) v. 21. — Tráeme acá cuantos pobres y lisiados... — Dios no es aceptador de personas: preparó su festín para todo el mundo; en mayor número son los pobres que los ricos que han entrado en el Reino de Dios: ¿qué importa la miseria temporal, si ante la menor de las gracias de Dios son nada todos los tesoros del mundo? El bien de una sola gracia, dice Santo Tomás, es mayor que todo el bien de la naturaleza. Luego, los felices, en definitiva, son los que, pobres o ricos, han entrado en el banquete de la gracia y de la gloria. Los que no, ricos o pobres, no tendrán más que llanto y crujiir de dientes.

f) v. 22. — Y aún hay lugar... — En el banquete del Evangelio y en el de la gloria, de la que aquél es preludio y preparación, siempre queda lugar mientras no se haya colmado el mundo; y porque lo quiere, a todo el mundo, desde la primera predicación del Evangelio, manda apóstoles para que lleven las almas a su reino: «A toda la tierra llegó el sonido de su voz, y hasta los confines de la tierra llegó la palabra de su predicación.» (Ps. 18, 5.) Ayudemos con la exhortación, con la limosna, con la oración, las campañas de los

evangelizadores de Jesús, representados por los criados del anfitrión de esta parábola. Y si nosotros somos llamados al apostolado, pensemos que hay todavía muchos sitios vacíos en la mesa del Padre de familias, y que tal vez pueda él pedirnos cuenta de que no se hayan llenado.

132. — DE LA ABNEGACION DE SI MISMO
Lc. 14, 25-35

Evangelio de la Misa del Común de Mártires Pontífices (vv. 26-33)

²⁵ Y muchas gentes iban con él: y, volviéndose, les dijo: ²⁶ Si alguno viene a mí, y no me ama más que a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun más que a su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷ Y el que no lleva su cruz a cuestas, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.

²⁸ Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre no cuenta primero, de asiento, los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla? ²⁹ No sea que, después que hubiere puesto el cimiento y no la pudiese acabar, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, ³⁰ diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no ha podido acabar. ³¹ O ¿qué rey, queriendo salir a pelear contra otro rey, no considera antes, de asiento, si podrá salir con diez mil hombres a hacer frente al que viene contra él con veinte mil? ³² De otra suerte, aun estando aquél lejos, envíale su embajada pidiendo tratados de paz. ³³ Pues así cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

³⁴ Buena es la sal. Mas, si la sal perdiere su sabor, ¿con qué será sazónada? ³⁵ No es buena, ni para la tierra, ni para el muladar; mas la echarán fuera. Quien tiene oídos para oír, oiga.

Explicación. — Indícanse en este fragmento las condiciones que se requieren para lograr el Reino de Dios: todas ellas se reducen a la abnegación o renunciamento de nosotros mismos, diametralmente opuesto al criterio de expansión y dominio que prevalecía entre los judíos. Pero tiene este renunciamento diferentes denominaciones, según el aspecto psicológico bajo el que se le considere: son, por el valor en desprendernos de los nuestros y de lo nuestro, siempre que pueda ser un estorbo para lograr el Reino de Dios (25-27); la prudencia y resolución en calcular el esfuerzo que ello deba costarnos (28-33); y la perseverancia (34-35).

ABNEGACIÓN DE AFECCIONES Y ACEPTACIÓN DE TRABAJOS (25-27). — Una turba numerosa siguió, llena de entusiasmo, a Jesús a la salida de casa del fariseo: *Y muchas gentes iban con él*, pero movidas tal vez por pensamientos demasiado humanos, presagiando quizá

la gloria temporal del reino mesiánico. El Señor va a adoctrinar al pueblo sobre el verdadero concepto de su reino: *Y, volviéndose, pues iría a la cabeza del grupo, les dijo, vaciando en una metáfora de sentido moral el hecho material del seguimiento de las turbas: Si alguno viene a mí, y no me ama más que a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun más que a su propia vida, no puede ser mi discípulo*; la frase es hiperbólica, y significa que debemos estar dispuestos al desamor de cuanto es más caro para nosotros si ello es obstáculo para el seguimiento de Cristo: incluso debemos posponer la vida al amor y por la causa de Cristo. La Vulgata traduce el verbo griego «misei» por «odiar»; según lexicógrafo tan eminente como el P. Zorell, dicho verbo equivale en este contexto a «posponer», «amar menos».

Ni sólo debemos despegarnos de lo que queremos, sino que debemos abrazarnos con valor con las penas y trabajos de la vida: *Y el que no lleva su cruz a cuestras, y viene en pos de mí, siguiendo las pisadas del Señor, no puede ser mi discípulo*. Así, de un trazo, describe Jesús el ideal espiritual de su reino y destruye el vano concepto de un reino glorioso en la tierra. Véase Mt. 10, 37-39, número 76.

PRUDENTE CÁLCULO DEL ESFUERZO QUE EXIGE EL SEGUIR A JESÚS (28-33). — Ni el amor de los seres queridos y de la propia vida, ni los trabajos, deben separarnos de Jesús; por ello, y para no incurrir en la responsabilidad de un ridículo de orden moral, antes de aceptar tan costosos sacrificios debemos considerar seriamente si somos de ello capaces: lo que demuestra el Señor con dos breves y sugestivas parábolas: Primera: La torre: *Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, de las que se construían en medio de los campos para poner en ella guardianes, no cuenta primero, de asiento, con prolongados cálculos, los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla? No sea que, después que hubiere puesto el cimiento y no la pudiese acabar, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no ha podido acabar*. Es detalle de fina observación popular. Así caerá en ridículo, aun ante los enemigos de Cristo, aquel que, habiéndole dado su nombre, le abandonar por miedo a los trabajos y persecuciones; la causa de Jesús no quiere cobardes: mejor es no empezar que abandonar torpemente lo comenzado.

Segunda: El rey: *O ¿qué rey queriendo salir a pelear contra otro rey, no considera antes, de asiento, si podrá salir con diez mil hombres a hacer frente al que viene contra él con veinte mil? Es*

uno contra dos; la victoria no es imposible, pero es muy difícil; preciso es pensarlo mucho antes no ponerse en situación peor con la derrota, en que pierda quizá reino y libertad: *De otra suerte, aun estando aquél lejos, envíale su embajada pidiendo tratados de paz: sucumbir en un empeño es peor que no tenerlo. Aplica Jesús las parábolas en esta sentencia: Pues así cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo: piense, pues, gravemente el que quiere ser discípulo de Jesús lo que se le exige y las fuerzas que tiene, para que no fracase ridículamente, como el de la torre y el rey.*

LA PERSEVERANCIA (34.35).—Hay aún un mal peor que el ridículo de no acabar la torre empezada o de perder una batalla por falta de cálculo en las propias fuerzas: es la total inutilidad de quien, habiendo empezado, desiste del seguimiento de Cristo por prevaricación o apostasía. Lo demuestra Jesús con la parábola de la sal, ya propuesta en otras ocasiones (Mt. 5, 13; Mc. 9, 49, núms. 50 y 98): *Buena es la sal: es cosa utilísima, para sazonar y condimentar las viandas: Mas, si la sal perdiere su sabor, ¿con qué será sazonada?, ¿qué recurso habrá para volverla salada otra vez? Ninguno; es entonces completamente inútil: No es buena, ni para la tierra, ni para el muladar, ni para abonar la tierra, ni para mejorar el estiércol; mas la echarán fuera, a la calle, para ser pisada como el fango; el discípulo de Cristo que retrocede, no es capaz de hacer obras buenas, ni de hacer bien a los demás. Cuán graves sean las lecciones que en estas parábolas se encierran, lo indica Jesús con esta sentencia, con que invita a la reflexión: Quien tiene oídos para oír, oiga.*

Lecciones morales.—A) v. 26.—*Si alguno viene a mí, y no me ama más que a su padre...*—Pero cabe preguntar, dice San Gregorio, ¿cómo se puede mandar que aborrezcamos a nuestros padres y consanguíneos, cuando se nos manda que amemos a los enemigos? Si examinamos el fondo del precepto, responde, ambas cosas podemos hacer, si distinguimos: amando a quienes están unidos a nosotros con parentesco carnal y a todos los que reconocemos como prójimos, y huyendo y aborreciendo a cuantos conozcamos ser nuestros adversarios en el seguimiento de los caminos de Dios; una especie de odio es no oír a quienes, siendo sabios según la carne, nos sugieren cosas perversas. Y éstas nos las pueden sugerir las personas más allegadas y queridas.

B) v. 27.—*Y el que no lleva su cruz a cuestras...*—No que debemos cargar un madero sobre nuestros hombros, dice el Crisóstomo, sino que tengamos siempre la muerte ante nuestros ojos, como San Pablo, que «moría cada día» (1 Cor. 15, 31) y despreciaba la muer-

te. El cual, añade San Basilio, tomando la cruz, anunciaba la muerte del Señor, diciendo: «El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gal. 6, 14). Lo cual hacemos nosotros también por el bautismo, en el cual el hombre viejo es crucificado, para que se destruya el cuerpo de pecado (Rom. 6, 6).

c) v. 30. — *Este hombre comenzó a edificar, y no ha podido acabar.* — No que desistiera voluntariamente del empeño, sino obligado por la penuria de su caudal. ¡Cuántas veces hemos fracasado en nuestras empresas de orden espiritual por no haber calculado con prudencia las reservas de nuestra energía! No hemos trabajado al compás de nuestras fuerzas, sino según el insano empuje de nuestros deseos, aunque laudables, y hemos tenido que ceder. Grandes pasos no pueden darse con cortas piernas, y tal vez hayamos querido llegar a metas demasiado lejanas: mortificaciones imprudentes, actos de virtud impensados, progresos excesivamente rápidos; ha venido el cansancio, la desilusión, y hemos sucumbido. No nos carguemos con yugos insoportables.

d) v. 33. — *Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* — Con los anteriores ejemplos de la torre y del rey, no quiere significar el Señor que es libre a cada uno de nosotros hacerse su discípulo o no, como era libre el de la torre de poner o no poner los cimientos; sino que intenta enseñarnos la imposibilidad de agradar a Dios en medio de las cosas que distraen el alma y en las que peligra de sucumbir por la astucia del diablo. Por otra parte, añade San Beda, hay gran diferencia entre «renunciar a todo» y «dejarlo todo»; esto es propio de los pocos perfectos, y equivale a dejar los cuidados del mundo. Pero renunciar a todo deben hacerlo todos los fieles, en el sentido de que, si se poseen las cosas del mundo, no sea uno poseído por el mundo.

e) v. 34. — *Mas, si la sal perdiere su sabor...* — Sal de la tierra son los apóstoles de Jesús, que por su oficio y por sus ministerios están destinados a conservar en el mundo el condimento de la doctrina y la incorruptibilidad de las costumbres. Pero también lo son, dice Teofilacto, aquellos que, sin haber recibido la gracia del magisterio, pueden ayudar a los apóstoles en la grande obra. En este sentido todos somos apóstoles. Y en este sentido también todos podemos prevaricar, convirtiéndonos en sal sin su virtud ni fuerza para ejercer nuestros oficios de apostolado. Y ¡ay de la sal que perdiere sus propiedades! No sirve para la tierra, que se vuelve infecunda con el contacto de la sal; ni para abonar los corazones, porque nadie da lo que no tiene. No solamente no da, sino que es difícil reciba otra vez su virtud primera: porque, ¿qué sal habrá para volver salada la sal que ya no lo es? La pereza y la cobardía, mal de los malos apóstoles, se curan muy raramente.

133.— MISERICORDIA DE DIOS PARA CON LOS PECADORES:
LA OVEJA Y EL DRACMA PERDIDOS: Lc. 15, 1-10

Evangelio de la Dominica 3.^a después de Pentecostés

¹Y se acercaban a él los publicanos y los pecadores para oírle. ²Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores, y come con ellos. ³Y les propuso esta parábola, diciendo: ⁴¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se había perdido, hasta que la halle? ⁵Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso. ⁶Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja que había perdido. ⁷Os digo que así habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia.

⁸O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere un dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con cuidado hasta hallarlo? ⁹Y después que lo ha hallado, junta las amigas y vecinas, y dice: Dadme el parabién, porque he hallado el dracma que había perdido. ¹⁰Así os digo, que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

Explicación.— Este capítulo 15 de Lc. es llamado con razón el capítulo de la misericordia de Jesús para con los pecadores. Contiene tres parábolas delicadísimas en que se concreta esta idea consoladora. Las dos primeras, objeto de este fragmento, la oveja descarriada (1-7) y el dracma extraviado (8-10), nos ofrecen en símbolos graciosos y populares la imagen de Dios buscando por sí mismo al pecador, independientemente de la voluntad de éste.

LA OVEJA PERDIDA (1-7).— *Y se acercaban a él los publicanos y los pecadores para oírle*, sea que fuese ello cosa frecuente, sea que lo señale el Evangelista caso singular. *Y los fariseos y los escribas*, que tenían falsísima idea del reino mesiánico, uno de cuyos fundamentales aspectos es la reconciliación de los pecadores con Dios, *murmuraban*, quejándose indignados, *diciendo: Este recibe a los pecadores, y come con ellos*, cosa indecorosa para quien se estima.

Del escándalo de los fariseos toma pie Jesús para hacerles ver lo irracional e inhumano de su queja, aduciendo dos conocidísimos ejemplos de la vida ordinaria para convencerles: *Y les propuso esta parábola, diciendo*, interpelando directamente a sus contradictores: *¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas*, número redondo de cierta cuantía que se pone en contraste con una única

oveja, y *si perdiera una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto*, en los parajes incultos y deshabitados donde se acostumbra llevar los ganados, y que tan frecuentes son en la Palestina, y *va a buscar la que se había perdido, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso*, porque la recobró y porque la ama. Y *viniendo a casa, como el gozo es comunicativo y difícilmente se contiene, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja que había perdido*. Todo ser humano conoce el gozo de hallar las cosas perdidas.

Os digo, añade Jesús haciendo aplicación de la parábola, *que así habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia*. El sentido es, no que prefiera Dios un pecador arrepentido a muchos justos que no han pecado, o que ame más a aquél que a éstos, sino que en la conversión del pecador hay una razón especial de gozarse que no ofrecen los justos, como se goza el padre de una manera particular por la salud recobrada del hijo enfermo, o de su retorno de un viaje que los demás no han hecho.

EL DRACMA PERDIDO (8-10).—Y para que se grabe más profundamente la consoladora idea, y se confundan más los escribas y fariseos murmuradores, y aprendan también ellos una lección que tanto les cuadra, repite el mismo pensamiento con otra parábola, que adquiere más relieve de la costumbre oriental en que se inspira. Suelen las mujeres de la Palestina llevar en sertas —tres o cuatro a veces—, que circuyen su frente, las monedas de plata y oro que constituyen su dote. Las hemos visto llevando un verdadero capital, cubriendo con ellas sus cabellos de azabache. Ni en su extrema miseria se desprende la mujer de aquellos raros joyeles, que quiere como lo mejor de sus bienes. Se comprende la pena y la solicitud de la mujer de esta parábola, que había perdido un dracma, una de las escasas monedas de su pobre diadema.

O *¿qué mujer que tiene diez dracmas, dice, llevando la imaginación de sus oyentes desde las solitarias praderías a la humilde mansión de una pobre vecina, si perdiera un dracma (0'70 pesetas), la décima parte de su caudal, no enciende la lámpara, para que no haya rincón sin luz, y barre la casa, y busca con cuidado hasta hallarlo?*, en lo que se retrata admirablemente la diligencia de la mujer casera. Y *después que lo ha hallado, junta las amigas y vecinas, y dice: Dadme el parabién, alegraos conmigo, porque he hallado el dracma que había perdido*. La aplicación, que al repetirse resulta enfática y grave, es la misma: *Así os digo, que habrá gozo delante*

de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia. Los ángeles se alegran; los fariseos murmuran: no se parecen a los ángeles, si no es a los malos.

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Y se acercaban a él los publicanos y los pecadores...*—Se ejercitaba en aquello por lo que había venido al mundo, dice Teofilacto: salvar pecadores. Los admitía y quería junto a sí, como el médico a los enfermos. Los fariseos pagaban esta piedad de Jesús con sus murmuraciones: es que su espíritu era diametralmente opuesto al de Jesús. Aprendamos a huir del ejemplo de aquellos que, fundados en su falsa justicia, desprecian sin compasión a quienes estiman como pecadores; y sigamos el ejemplo del misericordioso Jesús, sobre todo si participamos de sus ministerios, recibiendo a los pecadores con amplísimo espíritu de misericordia, aunque sin condescender con sus pecados. Personalmente, debe conmovernos y animarnos esta misericordia de Jesús para con los pecadores, no menor hoy que en los días de su vida mortal.

B) v. 4.—*Y va a buscar la que se había perdido...*—Pondera aquí, dice San Cirilo, la amplitud y grandeza del reino de nuestro divino Salvador; porque en el número cien viene indicada la totalidad de las criaturas racionales, millones de ángeles y millones de hombres. ¡Rico pastor, exclama San Ambrosio, de cuya inmensa riqueza todo el género humano no representa más que la centésima parte! Riquísimo y misericordiosísimo, podemos añadir, porque desertó del reino de la justicia, que es el cielo, una sola oveja, que son los hombres, y dejó El el cielo de los cielos para ir en pos de la ovejuela descarriada, ingrata y criminal, para volverla a su redil, a costa de su propia vida. Aplícate también a ti la dulcísima parábola, oveja cien veces descarriada, que has experimentado otras cien la caridad inmensa de tu Pastor Jesús que viene a buscarte, cuando tiene infinito número de justos en quienes se complace y descansa.

C) v. 5.—*La pone sobre sus hombros gozoso.*—Halló el pastor la oveja, y no la castigó, dice el Niceno; no la empujó, forzándola, hacia el redil, sino que la cargó delicadamente sobre sus hombros. Es Jesús que nos cargó a todos cuando tomó sobre sí la carga de todos nuestros pecados; que vuelve a su casa del cielo cuando ha hallado a sus ovejas perdidas de la tierra; y lo dice a sus amigos y vecinos, los ángeles del cielo, que gozan de su compañía, y que se alegran de la grande obra de la redención.

D) v. 8.—*¿No enciende la lámpara, y barre la casa...?*—Esta mujer que enciende la luz es el símbolo de la Luz del Verbo, que apareció en la humanidad de Jesús, dice San Gregorio: encendióse la luz y se hizo claridad en las conciencias, y se conocieron los pecados y se barrió la casa por la penitencia. Es la obra de Dios, de iluminación, de contrición, de purificación: cuando ello tiene lugar en el alma, se restaura en ella la imagen del Criador, figurada en el dracma.

E) v. 9.—*Dadme el parabién, porque he hallado el dracma...*—Como la moneda lleva la imagen del rey, el alma lleva la imagen

de Dios, y en cuanto está adornada de la gracia, lleva la imagen de Jesucristo. El mayor gozo del hombre debe cifrarlo en conservar la imagen de Dios en su espíritu, en el que, como dice el Profeta, está impreso el resplandor de la cara de Dios (Ps. 4, 7); como su mayor desgracia es degenerar de la noble prosapia, haciéndose por su miseria moral semejante a las bestias, que no tienen inteligencia (Ps. 31, 9). Como cristianos, debemos llevar orgullosos la imagen de nuestro Rey Jesús en nuestra alma, el sello del Espíritu Santo, que es la gracia, pensando que ésta es la ley de nuestra vida, de nuestro honor cristiano y condición indispensable del logro de nuestros destinos: «Conformarnos según la imagen del Hijo de Dios» (Rom. 8, 29).

F) v. 10. — *Por un pecador que hace penitencia.* — Los ángeles del cielo se alegran de que un pecador haga penitencia, con tal sea verdadera. Porque la verdadera penitencia, dice San Gregorio, es llorar los pecados pasados, y no cometer lo digno de ser llorado; porque si uno llora unos pecados y comete otros, o no sabe lo que es penitencia, o la finge. Debe además la penitencia ser una satisfacción a Dios, en el sentido de que, ya que hemos perpetrado lo prohibido, sepamos abstenernos de lo lícito; y sepamos corregirnos en lo pequeño, ya que hemos delinquido en lo máximo.

134. — MISERICORDIA DE DIOS PARA CON LOS PECADORES: EL HIJO PRÓDIGO: Lc. 15, 11-32

Evangelio del sábado después de la Dominica 2.^a de Cuaresma

¹¹ Dijo también: Un hombre tuvo dos hijos. ¹² Y dijo el menor de ellos a su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca. Y él les repartió la hacienda: ¹³ Y no muchos días después, juntando todo lo suyo el hijo menor, se marchó a un país muy distante, y allí malbarató todo su haber, viviendo disolutamente. ¹⁴ Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre sobre aquella tierra, y él comenzó a padecer necesidad. ¹⁵ Y fue, y púsose a servir a uno de los ciudadanos de aquella tierra. El cual lo envió a su cortijo a guardar puercos. ¹⁶ Y deseaba henchir su vientre de las algarrobas que los puercos comían: y ninguno se las daba. ¹⁷ Mas, volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre! ¹⁸ Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti. ¹⁹ Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como a uno de tus jornaleros. ²⁰ Y levantándose se fue a encontrar a su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre, y se movió a misericordia: y corriendo a él, le echó los brazos al cuello, y le besó. ²¹ Y el hijo le dijo: ¡Padre!, he pecado contra el cielo y delante de ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. ²² Mas el padre dijo a sus criados: Traed aquí prontamente la ropa más preciosa, y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies. ²³ Y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos, y celebremos

un banquete: ²⁴ porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido: se había perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron a celebrar el banquete.

²⁵ Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino, y se acercó a la casa, oyó la sinfonía y la danza; ²⁶ y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷ Y éste le dijo: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado sano y salvo. ²⁸ El entonces se indignó, y no quería entrar: mas, saliendo el padre, comenzó a rogarle. ²⁹ Y él respondió a su padre, y dijo: He aquí que tantos años ha que te sirvo, y jamás he traspasado tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos. ³⁰ Mas cuando vino este tu hijo, que ha gastado su hacienda en ramera, has hecho matar para él un ternero cebado. ³¹ Entonces el padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos. ³² Pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto, y revivió; se había perdido, y ha sido hallado.

Explicación.—El fondo de esta delicadísima parábola es el mismo de las dos anteriores: demostrar la misericordia de Dios para con el pecador. Difiere de las mismas, en que aquí es el pecador quien busca a Dios. Allí es la gracia que previene; aquí el hombre coopera. Allí hay alegría de los ángeles del cielo; aquí se demuestran injustas las quejas del justo por los dones que el pecador recibe. Cuanto a la parábola en sí misma, es tal vez la más bella de todos las del Evangelio. En ella se pinta en forma dramática el verdadero proceso psicológico del pecador, desde las alturas de la gracia hasta la miseria de la caída, hasta el arrepentimiento y la reconciliación. Más que en ninguna otra, se manifiesta en ella el sentido profundo, delicadísimo, de la paternidad de Dios. Puede dividirse en dos partes, conducta del hermano menor (11-24) y del hermano mayor (25-32).

EL PRÓDIGO (11-24).—*Dijo también Jesús: Un hombre, Dios como de la narración se deduce, tuvo dos hijos: en el menor vienen simbolizados los pecadores; en el mayor, los justos: otros, con menos razón, quieren que se signifiquen los gentiles y judíos, o los publicanos y fariseos. Y dijo el menor de ellos a su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca: le tocaba la tercera parte, debiendo el mayorazgo tener doble (Deut. 21, 17); solía el mayor quedarse con casa y tierras, y los demás recibían una cantidad en dinero. Y les repartió la hacienda: nada hay hasta aquí pecaminoso: pudo el menor pedir lo suyo para casar, negociar, etc. Y no muchos días después, empujado ya por el ansia de placeres, juntando todo lo suyo el hijo menor, para tenerlo todo a disposición*

de sus antojos, *se marchó a un país muy distante*, huyendo de toda tutela y vigilancia, para dar rienda suelta a su vida. *Y allí malbarató todo su haber*, dilapidó todo el caudal de que disponía, *viendo disolutamente*, una vida intemperante y perdida. Son dos trazos que convienen a un joven temerario, irreflexivo, lascivo, inómrito.

El vicio no es previsor: *Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre sobre aquella tierra*: a la miseria particular, juntóse una crisis pública de hambre, que el antes rico debió sentir pronto: *y él comenzó a padecer necesidad*. Y, empujado por ella, *fue*, quizá después de vagar hambriento de aquí para allá, *y púsose a servir*, con la adulación y servilismo con que suelen hacerlo estos hombres miserables con los ricos, *a uno de los ciudadanos de aquella tierra*, con el fin de que lo ocupase en algo de qué vivir: piensa salir del apuro con sus propias fuerzas. Suelen ser desentrañados los ricos, y más para un extranjero pobre: *El cual*, no queriéndolo tener a su lado, a su servicio, *lo envió a su cortijo a guardar puercos*: el hijo de un padre judío, noble y rico, se ve reducido al villano oficio de guardar animales que para los judíos son inmundos. Es la figura de quien, prodigando los dones de Dios y abusando de sus gracias, cae en la vil servidumbre del demonio y del pecado.

Es suma la miseria del pródigo: en la miseria que atraviesa el país, ni siquiera se acuerda el señor de mandarle que comer; un oficio degradante retribuido con hambre canina: *Y deseaba henchir su vientre*, con cualquier cosa, como apetecen los estómagos roídos del hambre, *de las algarrobas que los puercos comían*: trátase de las algarrobas que la servidumbre llevaba a los puercos, sin acordarse de su infeliz custodia: *Y ninguno se las daba*.

El castigo abre los ojos del alma; en la suma miseria comienza el pródigo a ponderar su lamentable estado: *Mas, volviendo sobre sí*, y evocando en su memoria el recuerdo de su dulce casa, *dijo*: *¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra*, y yo, hijo de mi padre, *me estoy muriendo de hambre*! El recuerdo de las bondades de su padre es para el mísero fuerza de voluntad: *Me levantaré, e iré a mi padre*; y es luz de pensamiento que le descubre la maldad de su proceder: *Y le diré: Padre, pequé contra el cielo*, contra Dios, con mi vida crapulosa y con la dilapidación de mis bienes, *y delante de ti*, porque huí de tu presencia para pecar con más libertad. La idea de la bondad del padre abre su corazón a la esperanza; se lo hará propicio humillándose profundamente en su presencia: *Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo*; con mi proceder indigno he perdido los derechos de hijo:

Hazme como a uno de tus jornaleros: con este título a lo menos espera ser recibido.

No se quedó el pródigo en sus propósitos: *Y levantándose se fue a encontrar a su padre.* Nada se dice del viaje de retorno, y sigue la minuciosa y delicadísima descripción del padre benignísimo y misericordioso: *Estando él todavía lejos, le vio su padre,* que miraba con frecuencia al horizonte, como Ana, madre de Tobías, lo hacía desde un lugar prominente, con el ansia de ver al hijo regresar a su hogar (Tob. 11, 5): *y se movió a misericordia:* el estado miserable del hijo, escuálido, semidesnudo, hizo estremecer su corazón de piedad profunda. *Y corriendo a él,* tan vehemente era el impulso de su amor y gozo que no puede esperar al hijo, *le echó los brazos al cuello,* y, sin decir una palabra, porque el amor vehemente es callado, sin echarle en cara su falta, *le besó* reiterada y entrañablemente, según el griego.

Y el hijo, vaciando en el corazón del padre la confesión que tenía preparada, sin inventar excusas de mala fortuna o ladrones que le hubiesen reducido a aquel estado, *le dijo: ¡Padre!, he pecado contra el cielo, y delante de ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.* No añade la petición de ser considerado como un jornalero, porque en el amor del padre, comprendió que acababa de ser ya recibido como hijo.

Y así es: porque el padre no sólo lo siente en su corazón y lo manifiesta con palabras y actitudes, sino que quiere que a los ojos de todos aparezca así, ordenando una serie de acciones simbólicas reveladoras de que le restituye en absoluto a su condición primera: *Mas el padre dijo a sus criados: Traed aquí prontamente,* porque no sufren sus ojos la visión del hijo en aquel estado, *la ropa más preciosa,* un vestido talar, rico, como conviene a hijo de noble rico, *y vestidle,* como siervos que sois de él, porque lo sois de la casa, *y ponedle anillo en su mano,* probablemente el anillo con sello, señal de autoridad, *y calzado en sus pies:* es vestido completo, de hombre libre y rico; así honró el Faraón a José (Gen. 41, 42). Un banquete suculento, señal de la alegría llena y comunicativa, completará la ceremonia de la reintegración del hijo a su puesto de honor en la casa. *Y traed un ternero cebado,* como acostumbran tenerlo los propietarios de oriente de repuesto para las ocasiones faustas, *y matadlo, y comamos, y celebremos un banquete* en que se refunda y manifieste la alegría de todos. La razón de ello es: *Porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido: se había perdido, y ha sido hallado;* el lenguaje del padre es rítmico y solemne, expresivo de un alma conmovida: muerto por sus pecados, ha revivido por la

penitencia; o bien, porque los judíos llamaban muerte a la servidumbre, aflicción, destierro, etc. (Gen. 45, 27; Os. 6, 3; Ez. c. 37), el que estaba oprimido por toda suerte de miserias físicas y morales, ha revivido para mí al reingresar salvo en casa y en su lugar. *Y comenzaron a celebrar el banquete.*

EL HERMANO MAYOR (25-32).—*Y, mientras ocurría todo esto, su hijo mayor estaba en el campo, ignorándolo todo, cuidando el cultivo de la hacienda de la casa. Y cuando vino, después del trabajo del día, y se acercó a la casa, oyó la sinfonía y la danza, la música y las danzas que solían acompañar los festines (Eccli. 32, 5; 49, 2; Mt. 14, 6); y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello, por qué razón tanta fiesta. Y éste le dijo: Tu hermano ha venido y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado sano y salvo, respuesta sobria y discreta. Montó en cólera el hermano: El entonces se indignó, y no quería entrar, por los motivos, poco laudables, que luego dará a su padre.*

Mas saliendo el padre, sabedor de lo que ocurría fuera, comenzó a rogarle, aplacando su cólera con palabras suaves: se trataba de otro extraviado de sentimientos, que el padre volverá a razón. Cuéstale de ceder al mayorazgo, y expone sus razones en un paralelo que traza, duro y realista, entre su conducta y la del hermano pródigo: Y él respondió a su padre, y dijo, con palabras de ira que contrastaban con la dulzura de las del padre: He aquí que tantos años ha que te sirvo, trabajando para aumentar tu hacienda, y jamás he traspasado tus mandamientos, cumpliendo siempre con escrúpulo tu voluntad, y nunca me has dado un cabrito, la menor de las besitezuelas de nuestro ganado, para comerlo alegremente con mis amigos. Mas cuando vino este tu hijo, despectivamente ni le llama hermano, que, lejos de acrecer honradamente tus bienes, ha gastado su hacienda con ramerías, has hecho matar para él un ternero cebado, lo más selecto del ganado, demostrando así una alegría que jamás me manifestaste a mí. En este hijo mayor vienen representados escribas y fariseos, que se indignaban de que Jesús se acompañara de pecadores y publicanos; aunque fuesen ellos justos, no debieran llevar a mal que fueran recibidos los pecadores, porque Dios es Padre de todos.

Ni quiere ello decir que ame Dios más a los pecadores que se han arrepentido que a los justos, sino que es preciso sean animados y consolados para que no se descorazonen y se alienten a seguir por la senda del bien.

No se aíra el padre de la diatriba del hijo, ni redarguye su

arrogancia, sino que, en el mismo dulce tono, *entonces el padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo*, gozando de mi compañía, y de todos los derechos y privilegios que te confiere tu carácter de hijo mayor: *Y todos mis bienes son tuyos*: ventajas en todo a tu hermano. Pero hay en éste un motivo justo de excepción en su favor por unas horas: *Pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos*; lo expresa el padre repitiendo, como un estribillo, y en forma cadenciosa, la idea que le embarga y domina: *Porque este tu hermano estaba muerto, y revivió; se había perdido, y ha sido hallado*. Bruscamente termina así la parábola: la suspensión de la narración la hace más sugestiva, y adquieren vigoroso relieve los últimos trazos.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*Padre, dame la parte de la hacienda que me toca.*—La substancia del hombre, dice Teofilacto, es su racionalidad, a la que acompaña la libertad de albedrío. Y como si se deleitase el alma de la amplitud y grandeza de su poder, dice San Agustín, pide todo lo que para ella es vivir, entender, acordarse, sobresalir por el ingenio; todo ello son dones de Dios, nuestro Padre, que los puso en nuestro poder al darnos la libertad, que de todos ellos dispone. ¡Tremenda responsabilidad la del hombre, que ha recibido dones excelsos, que le levantan a la categoría de semidiós, y debe administrarlos mediante el uso de la libertad, de la flaca y movediza libertad! En este problema de la vida están los factores del definitivo problema de nuestros destinos. La libertad, con todos los dones que tiene en administración, nos llevará a ser pródigos o justos, al cielo o al infierno.

B) v. 14.—*Cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre sobre aquella tierra...*—Con razón hay grande hambre en el corazón de aquellos que han abandonado y malgastado los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y la inmensidad de las riquezas celestiales, dice San Ambrosio. Dios es lo único capaz de llenar esta inmensa capacidad de nuestro espíritu, el único pábulo que sosiega el hambre infinita, porque es hambre de Dios, que siente nuestro corazón. Esta verdad nos explica todas las aberraciones del hombre, en el orden personal y social: fuerza imponderable como es la de su alma, capaz de ir a la conquista de Dios mismo, cuando se desvía se lanza frenética a devorar todas las pequeñeces humanas; las devora, y queda aún con hambre mayor, porque no son un sedante, sino un excitante de este prurito de infinitad que sentimos.

C) v. 15.—*Lo envió a su cortijo a guardar puercos.*—Es terrible imagen de lo que le ocurre a quien, desligado de la ley de Dios, corre desalado por todo campo de lujurias, buscando con que apacentar su vida miserable. Destituido de sus riquezas espirituales, la prudencia y la inteligencia, dice el Crisóstomo, se dice que apacienta puercos, es decir, nutre en su alma sórdidos e inmundos pensamientos; mastica la irracional comida de conversaciones perversas; dulces para quien no tiene las verdaderas riquezas, porque a los corrompidos les parece suave cuanto se refiere al placer de la carne,

que enerva y mata toda fuerza del espíritu. Estos son los vicios figurados por los puercos de la parábola, que se gozan con mentida dulzura, representada por la miseria de la algarroba.

d) v. 18. — *Padre, pequé.* — ¡Cuán misericordioso es Dios, quien, aun después que ha sido ofendido, consiente que se le diga: ¡Padre!! Y añade el pródigo: «Pequé»; es ésta la primera confesión ante el autor de la naturaleza, el pontífice de la misericordia. Mas, aunque Dios lo sabe todo, espera no obstante la voz de tu confesión. Con la boca se hace la confesión para lograr la salud, porque ella alivia a quien a sí mismo se cargó con la culpa; y frustra el deseo de los otros de acusarle, quien confesándose previene la acusación. En vano querrás ocultar algo a quien nadie engaña, y revelarás sin peligro lo que sabes es ya conocido. Confiesa, a fin de que Cristo interceda por ti, ruegue por ti la Iglesia y lllore el pueblo. Ni temas no ser perdonado: el Abogado promete el perdón; el patrón, la gracia; la piedad paternal, la reconciliación, dice San Ambrosio.

e) v. 20. — *Y corriendo a él, le echó los brazos al cuello, y le besó.* Corre más Dios que nosotros, viene a decir el Crisóstomo, cuando se trata de reconciliarnos con El. Si nosotros nos movemos a compunción, es El quien nos ha prevenido; y si andamos lentos para echarnos a sus pies, es El quien corre, conmovidas sus entrañas, para abrazarnos y besarnos. ¿Qué más quiere Dios sino que el pecador se convierta y viva? (Ez. 33, 11).

f) v. 23. — *Traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos...* — En este becerro cebado y en este banquete, han visto muchísimos intérpretes simbolizado el cuerpo de Cristo, muerto por nuestros pecados, y el banquete eucarístico. Tal vez no fuese ésta la intención de Jesús al proponer la parábola; pero la aplicación, en el hecho de la vida del pecador, se presta a dulcísimos comentarios. Porque Jesús es un padre tal, que no sólo no rechaza al hijo arrepentido; ni le cubre sólo con su mejor vestido, que es la gracia; ni se satisface en reintegrarle a su condición primera, de amor, de comunicación de bienes, de prestigio: sino que le ofrece el opíparo festín de su propio Cuerpo y Sangre, uniéndose con él en unión entrañable, refocilando su espíritu, alegrándole, robusteciéndole, dándole una prenda del festín eterno de la gloria. Cuerpo santísimo de Cristo, que recibimos en el nuestro, para que nuestra alma «quede harta de Dios», en frase enérgica de Tertuliano.

g) v. 29. — *He aquí que tantos años ha que te sirvo...* — Lejos de alegrarse con el padre por el retorno del hermano, el hijo mayor apela a sus propios méritos para argüir la generosidad del autor de sus días. Es mezquindad espiritual mirar con envidia o con encono el bien que a veces hace Dios a sus nuevos servidores, que antes le habían abandonado siguiendo la mala vida de la incredulidad, de la irreligión, del vicio. Para estos pobres extraviados tiene Dios especiales regalos, para que no caigan en la desesperación o cobardía y para que se arraiguen en el bien. Este proceder de Dios debe admirar y consolar a los buenos: admirarles, porque es una revelación de las entrañas de misericordia que tiene Dios para su pobre criatura; consolarles, porque nadie está firme en su virtud, y pueden esperar haga lo mismo con ellos, si tienen la desgracia de caer;

a más de que es acto de caridad alegrarse siempre del bien ajeno, porque se trata del bien de un hermano.

H) v. 31. — *Hijo, tú siempre estás conmigo...* — Está el justo en Dios por la ley, porque tiene su voluntad como cosida con la voluntad de Dios, como le pedía el Profeta clavara sus carnes con su temor (Ps. 118, 120); y está con Dios, porque Dios ha prometido hacer su morada en el alma del justo: «Vendremos a él y haremos su morada en él» (Ioh. 14, 23); por esto todos los bienes del Padre son del hijo, porque el hijo no quiere más que lo que le da el Padre, porque la generosidad del Padre es siempre mayor que el deseo del hijo; porque después que le haya colmado de dones en esta vida, se le dará a Sí mismo, el Bien Sumo y esencial, en posesión eterna y bienaventurada.

135. — PARABOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL: Lc. 16, 1-13

Evangelio de la Misa de la Dominica 8.^a después de Pentecostés (vv. 1-9)

¹ Y decía también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo: y éste fue acusado delante de él, como disipador de sus bienes.

² Y lo llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo decir de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo. ³ Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, pues, que mi señor me quita la mayordomía? Cavar no puedo; de mendigar tengo vergüenza. ⁴ Yo sé lo que he de hacer para que, cuando fuere removido de la mayordomía, me reciban en sus casas. ⁵ Llamó, pues, a cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? ⁶ Y éste le respondió: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu escritura: y siéntate, y escribe: cincuenta. ⁷ Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo. El le dijo: Toma tu vale, y escribe: ochenta. ⁸ Y alabó el señor al mayordomo infiel, de que había obrado cuerdamente: porque los hijos de este siglo son más sabios, unos con otros, que los hijos de la luz.

⁹ Y yo os digo, que os ganéis amigos de las riquezas injustas; para que, cuando falleciereis, os reciban en las eternas moradas. ¹⁰ El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor: y el que es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho. ¹¹ Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles: ¿quién os fiará las verdaderas? ¹² Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, lo que es vuestro, ¿quién os lo dará? ¹³ Ningún siervo puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno y amará al otro; o se aficionará al uno, y al otro despreciará: no podéis servir a Dios y a las riquezas.

Explicación. — Esta parábola y la siguiente, del mal rico, comprenden todo el capítulo 16 de Lc. Si quisiéramos establecer la tra-

bazón entre la materia de éste y del anterior, diríamos que en la parábola del hijo pródigo se manifiesta el mal uso de las riquezas; en la presente se nos enseña el buen uso de ellas para lograr la salvación; y en la siguiente se nos ofrecen los castigos a que se hacen acreedores los epulones que abusan de las mismas. Tiene la presente dos partes: la parábola propiamente dicha (1-8) y su aplicación moral (9-13).

LA PARÁBOLA (1-8).—*Y decía también a sus discípulos, no sólo a los Apóstoles, sino a los que creían en él y piadosamente le oían: Había un hombre rico que tenía un mayordomo: un intendente o administrador general de los bienes de su señor, con amplia libertad en su gestión. Y éste fue acusado delante de él, como disipador de sus bienes, malversador de fondos, o por fraude, o por darse a los placeres, o por gastos inconsiderados. Y lo llamó, y le dijo, brevemente y con dureza: ¿Qué es esto que oigo decir de ti? Da cuenta de tu mayordomía, o definitivamente, para dejarla, o de su estado actual, para verificar la denuncia; en uno y otro caso el señor ha comprobado ser verdad lo que le han denunciado, pues añade: Porque ya no podrás ser mi mayordomo.*

Entonces el mayordomo, sin defenderse, tan cierto reconocerá el hecho, abarcando de una mirada su situación y los medios que pueda utilizar para salir de ella, dijo entre sí, en rápido monólogo: ¿Qué haré, pues que mi señor me quita la mayordomía? Cavar no puedo; ni sé, ni fuerzas tengo para los rústicos trabajos del labrador; de mendigar tengo vergüenza, habiendo vivido hasta el presente en condición desahogada y noble. De repente se le ofrece una solución, que aprueba y acepta: Yo sé lo que he de hacer para que, cuando fuera removido de la mayordomía, me reciban en sus casas, salvando así mi sustento y mi decoro.

Su idea es ésta: procuraré pingües ganancias a mis administrados; ellos, agradecidos, me hospedarán en sus casas, a lo menos hasta que resuelva mi situación: *Llamó, pues, a cada uno de los deudores de su señor, uno a uno para mejor persuadirles: y dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? Y éste le respondió: Cien barriles de aceite, cien cados o batos, cada uno de ellos equivalente a unos 39 litros; evocada en la memoria del deudor su deuda, la rebaja adquiere más relieve: Y le dijo: Toma tu escritura, la factura en que consta la entrega de aceite que se te ha hecho, y siéntate luego, que el tiempo urge, y se nos podría sorprender, y escribe otro recibí de cincuenta: la rebaja es a la mitad. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de*

trigo: el coro equivale a unos 390 litros, se trataba una deuda de 390 hectolitros de trigo: *El le dijo: Toma tu vale, rásgalo o quédate con él, y escribe: ochenta*: siendo menor la rebaja proporcional, es mayor la absoluta, por el mayor volumen, decuplicado, de la deuda. Es de suponer que, como con estos dos, lo haría el mayordomo con otros deudores del señor.

Al saber el señor la estratagema, la parábola no dice cómo, no pudo menos de admirar la astucia, la habilidad con que su mayordomo utilizó en pocos momentos, y en su provecho una autoridad que se le iba a quitar: *Y alabó el señor al mayordomo infiel, de que había obrado cuerdamente*; no alaba el señor el fondo inmoral de la astucia, el robo fraudulento del «mayordomo de iniquidad», como le llama él mismo. Antes de pasar a la aplicación de la parábola, hace Jesús esta triste reflexión, que le sugiere la conducta del mayordomo infiel: *Porque los hijos de este siglo*, los mundanos, por oposición a los hijos de la luz, a los que se precian de cristianos, *son más sabios, unos con otros*, son más astutos y prudentes y avisados cuando tratan entre sí de lo que atañe a sus intereses, comodidades y negocios, *que los hijos de la luz*, los hijos de Cristo, que es luz del mundo, cuando tratan del negocio que como tales les compete, que es la propia salvación, la gloria de Dios, el bien de las almas. Estos debieran hacer en su gestión lo que hacen aquéllos en la suya: ser pródigos, sagaces, trabajadores, abnegados, etc.

APLICACIÓN DE LA PARÁBOLA (9-13).—La ha insinuado ya Jesús en el v. 8; ahora insiste y explica: *Y yo os digo*, haciendo un argumento «a fortiori»: *Que os ganéis amigos de las riquezas injustas*; si el mayordomo infiel fue astuto para hacerse amigos en su administración, sedlo vosotros, haciéndoos, en los pobres, amigos con las riquezas que tengáis, que llama Jesús «de la iniquidad», porque muchas veces son efecto o causa, o ambas cosas a la vez, de la iniquidad: *para que, cuando falleciereis*, o cuando por la muerte os faltaren las riquezas, *os reciban en las eternas moradas*, en el cielo. Otros amigos podemos hacernos con las riquezas: Dios, procurando el esplendor de su culto; Jesucristo, contribuyendo a la difusión de su Evangelio: los ángeles y santos, venerándoles, etc.

Y robustece Jesús la afirmación que ha hecho, de que las riquezas temporales pueden servirnos para lucrar ventajas espirituales, con otro argumento, a saber: si no hacemos buen uso de las riquezas, nos privamos voluntariamente de grandes ventajas y dones en el orden del espíritu: *El que es fiel en lo menor, también lo es*

en lo mayor. Dios nos ha dado tal vez bienes materiales, que son los menos: si los administramos según su voluntad, haciendo buen uso de ellos, nos prodigarán bienes mayores, que son los más, en cuya administración seremos también fieles. Y repite el mismo pensamiento en otra forma: *Y el que es injusto en lo poco*, en lo temporal, malversándolo, *también es injusto en lo mucho*, en lo espiritual, despreciando los dones de Dios o abusando de ellos; y lo aclara: *Pues si en las riquezas injustas*, como antes las ha llamado de iniquidad, *no fuisteis fieles: ¿quién os fiará las verdaderas*, cómo os dará Dios los bienes verdaderos, que son los del alma? Y repite: *Y si no fuisteis fieles en lo ajeno*, en las riquezas que se nos dan en simple administración y que siempre son adventicias, *lo que es vuestro*, lo que Dios os tiene destinado como posesión inamisible, los dones del cielo, *¿quién os lo dará?* Termina Jesús con un pensamiento ya otra vez expresado (Mt. 6, 24, número 53), y que contiene la síntesis de las lecciones morales de esta parábola: *Ningún siervo puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno, y amará al otro; o se aficionará al uno, y al otro despreciará*, sobre todo si sus preceptos son contrarios, o si ambos exigen un servicio continuo: *No podéis servir a Dios y a las riquezas*: son dos señores que reclaman la actividad del hombre en opuesto sentido.

Lecciones morales.—a) v. 2.—*Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo.*—Todos los días, dice el Crisóstomo, nos dice Dios estas palabras con los hechos: porque hoy vemos que quien gozaba al mediodía de salud perfecta, es ya difunto cuando llega la noche; mañana sabemos que otro ha muerto mientras estaba comiendo; y así dejamos en diversas formas la administración de la vida que gozamos. Pero el mayordomo fiel, que cuida con diligencia su administración, dice con San Pablo: «Deseo ya morir y estar con Cristo» (Phil. 1, 23). Tengamos siempre corrientes y exactas nuestras cuentas con Dios, nuestro Señor.

b) v. 3.—*¿Qué haré, pues que mi señor me quita la mayordomía?*—Dos lecciones se encierran en estas palabras, dice el Crisóstomo: la primera es para quienes se pasaron el tiempo sin hacer nada, y cuando llega la hora de los apuros, no saben hacer nada: la impotencia para el trabajo es el crimen de una vida holgazana; no temiera el mayordomo si hubiese estado bregado al trabajo. La segunda nos enseña que después de la muerte no es hora de trabajar, sino de descansar del trabajo; ni de mendigar, porque nadie en el otro mundo puede vestirse con los méritos de los demás.

c) v. 8.—*Los hijos de este siglo son más sabios, unos con otros, que los hijos de la luz.*—Este pensamiento de Jesús responde a una realidad palmaria, que puede experimentarse cada día en el orden personal y en el social o de apostolado. Personalmente, los

hijos del siglo —y nosotros en lo que a ellos nos parecemos, administraciones, negocios, desviaciones en el sentido del mal, etc.— usan más sagacidad y astucia para lo mundano, para lo malo, que para el bien; para las cosas del cuerpo que para las del espíritu. ¡Cuántos cristianos, cuidadosísimos de su cuerpo, de sus bienes, de sus negocios, pródigos, diligentes, trabajadores acérrimos, viven completamente descuidados del negocio y de los bienes del espíritu! En el orden social ¿no son los malos, los hijos de este siglo, los que mejor se unen, los que más trabajan en su generación, los más cautos, los que mejor saben utilizar sus propios recursos?

d) v. 9.—*Que os ganéis amigos de las riquezas injustas...*— Uno de los pensamientos culminantes del Evangelio, y que Jesús repite con insistencia, es la maldad que acompaña a las riquezas; no que ellas sean intrínsecamente malas, sino porque son fuente de muchos males si no se administran debidamente, y esto es lo difícil. Porque administrarlas debidamente es hacerlo cristianamente; y el espíritu de Cristo aparece completamente hostil a las riquezas. Por ello indica Jesús la manera de santificarlas y de hacerlas provechosas al mismo espíritu: esto se logra por la limosna. Las riquezas engendran maldad, dice San Buenaventura, si de ellas no se hace limosna. Es ésta, dice el Crisóstomo, el arte más exquisito de las artes, porque por ella se fabrican, no casas de barro, sino palacios en el cielo. Arte fácil, porque todas las demás artes necesitan del concurso de las otras, mientras que para la limosna basta la voluntad de quien posee bienes.

e) v. 10.—*El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor...*— Enseñaba Jesús el amor de los ricos a los pobres, dice San Cirilo, porque sabía que es tal la condición humana, que los que con afán buscan riquezas ninguna caridad hacen a los necesitados; esto es lo mayor, porque es un bien profundamente cristiano y de orden espiritual y eterno. Pero las riquezas no suelen buscarse para hacer limosna de ellas, sino para atesorarlas. De aquí el mal gravísimo que a los ambiciosos de ellas proviene: buscan con afán lo menor, porque las riquezas son nada en comparación de las que Dios nos tiene reservadas, y se hacen indignos de que Dios les conceda lo mayor, el perdón de los pecados, la gracia, los dones del Espíritu, el aumento de virtudes, el vencimiento de tentaciones y en su día la gloria del cielo, todo lo que comprende esta palabra: lo mayor.

f) v. 13.—*Ningún siervo puede servir a dos señores...*— Porque no hay más que un Señor, dice San Ambrosio, que es Dios; porque cualquier otro no puede ejercer los derechos de un verdadero señorío, sino sólo imponer el yugo de una ominosa servidumbre; con todo, a la riqueza sirven muchos como si se tratara de un verdadero señor. De aquí las consecuencias lamentables de esta baja servidumbre: la dureza de corazón; las injusticias; la avaricia sórdida; la ambición desmesurada, con su séquito de males personales y sociales; la opresión de los débiles; el orgullo de la vida, etcétera.

136. — REPROCHES CONTRA LOS FARISEOS: Lc. 16, 14-18

¹⁴ Mas los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas, y se burlaban de él. ¹⁵ Y les dijo: Vosotros queréis parecer justos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones: porque lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios. ¹⁶ La ley y los profetas hasta Juan: desde entonces es anunciado el Reino de Dios, y todos hacen fuerza contra él. ¹⁷ Y más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que el que caiga una sola tilde de la ley. ¹⁸ Cualquiera que deja su mujer, y toma otra, hace adulterio: y también el que se casa con la que repudió el marido, comete adulterio.

Explicación.— Estos cinco versículos, cuyas ideas parecen des-
trabadas, hasta el punto que algunos intérpretes hayan afirmado
no ser posible determinar su ligazón ideológica, contienen un pe-
queño episodio, entre las dos parábolas relativa a las riquezas, la
del número anterior y la del siguiente, determinado por la mofa
que los fariseos hicieron de la doctrina de Jesús mientras la ex-
ponía. Aunque es un fragmento ceñidísimo, de palabra y de con-
cepto, puede establecerse el proceso ideológico en la siguiente
forma:

a) Murmuraciones de los fariseos. La última frase de Jesús: «No podéis servir a Dios y al dinero», provocó una burla, casi di-
ríamos una rechifla entre los fariseos que, mezclados con la mul-
titud, le oían exponer la peregrina doctrina de las «riquezas ini-
cuas» y de la necesidad de desprenderse de ellas: *Mas los fariseos, que eran avaros*, que se procuraban las riquezas incluso prolongan-
do sus oraciones para hacerse con el patrimonio de las viudas (Mt. 23, 14), y que por otra parte hacían gala de ser los tipos y
modelos vivos de la santidad, consideraron absurda y necia la doc-
trina de Jesús de la incompatibilidad del amor a Dios y a las
riquezas: *Oían todas estas cosas, y se burlaban de él*; el griego
parece indicar un gesto de escarnio, expresivo de maligna astucia,
en que entran en juego los músculos de la cara con contracción de
la nariz. ¡Si Dios en la ley antigua había prometido abundancia
de bienes a sus adoradores, y Abraham y David fueron ricos hasta
la opulencia!

b) Respuesta de Jesús. El gesto de los fariseos era el descré-
dito de la doctrina de Jesús: ellos, ricos, eran los maestros de
Israel; al burlarse de Jesús pobre le desprestigian ante el pueblo.
El Señor les desenmascara, primero dejando barruntar la maldad

de sus corazones: *Y les dijo: Vosotros queréis parecer justos delante de los hombres; no basta vuestro testimonio: Mas Dios conoce vuestros corazones: sólo El sabe la maldad que encierran.* En segundo lugar, no es el juicio de los hombres el que da su valor real a las cosas, sino el de Dios: *Porque lo que los hombres tienen por sublime, admirable, digno de toda estima, abominación, cosa vil y despreciable, es delante de Dios.* Otra razón de su injusticia es que se oponen al establecimiento del Reino de Dios; como si dijera: Os vendéis por justos, pero no lo sois de verdad, porque despreciáis e infringís la ley; ésta, hasta el Bautista, fue la preparación remota del Reino de Dios: *La ley y los profetas hasta Juan;* desde Juan hasta ahora, por mi predicación y la de mis discípulos, se ha preparado próximamente el reino: *Desde entonces es anunciado el Reino de Dios;* no obstante, todos vosotros, sin hacer caso de los profetas, de Juan y de mí, ni de los hechos que de mí dan testimonio, lucháis y os oponéis a él con ánimo hostil: *Y todos hacen fuerza contra él.*

Y acaba Jesús su requisitoria contraponiendo a la injusticia de sus adversarios, la incommovilidad y perfección de la ley que promulga. En esto, en hacerme la guerra a mí, os contradecís, y os demostráis injustos por otro título: porque si fueseis amadores de la ley, seríais discípulos míos, porque yo con mi doctrina y mis ejemplos no hago más que afirmar la perennidad de la ley y llevarla a su máxima perfección: *Y más fácil es que pase el cielo y la tierra, que el que caiga una sola tilde de la ley.* Prueba de que la llevo a la perfección y de que, por el contrario, vosotros no hacéis caso de ella, es el gravísimo punto legal del repudio y del adulterio. Yo vindico la indisolubilidad y la santidad primitiva del matrimonio: *Cualquiera que deja su mujer, y toma otra, hace adulterio: y también el que se casa con la que repudió el marido, comete adulterio.* En cambio, vosotros, que os decís justos y guardadores de la ley, contra ésta y contra mí prodigáis el libelo de repudio para uniros a otra mujer (véanse los núms. 62.90.93). Es un ejemplo de los muchos que podía oponerles Jesús.

Lecciones morales.—A) v. 14.—*Los fariseos, que eran avaros...*—Quizá la soberbia y la avaricia son los adversarios más formidables de la verdad: la soberbia, porque ciega la inteligencia; la avaricia, porque endurece el corazón y le hace mirar sólo del lado de la tierra, siendo la verdad del cielo, de arriba. Los fariseos eran la encarnación de estos vicios capitales: por ello no sólo no se convirtieron, salvando poquísimas excepciones, sino que fueron acérrimos enemigos personales de Jesús, hasta el punto de burlarse públicamente de él, como en esta ocasión, de perseguirle

y matarle, a él, Maestro sumo de la suma verdad. Este fenómeno, con los atenuantes debidos, se reproduce en la sociedad cristiana: los incrédulos y los impenitentes se reclutan en las filas de los doctrinarios y de los malos ricos; de los que voluntariamente cierran su inteligencia a la luz de Cristo, y de los que voluntariamente cierran su mano negando el socorro a los pobres, en los que Cristo se ha señalado a sí mismo.

b) v. 15.—*Vosotros queréis parecer justos delante de los hombres...*—Suelen también los soberbios y avaros blasonar de justos: falta a los primeros la medida de la justicia, porque se reputan superiores a los demás, y a ellos mismos regla de justicia; y les falta también a los segundos, porque el hambre de la posesión justifica a sus ojos toda dureza y toda injusticia. Justicia es equilibrio, y no puede guardarlo el que tiene excesivamente hinchado el pensamiento con vana estima de sí, o el bolso, con demasiado apego a lo suyo.

c) v. 15.—*Lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios.*—Esta frase de Jesús es como la síntesis doctrinal y práctica de todo su Evangelio. Véanse, si no, los altos valores del mundo: riquezas, dominación, placeres, estima de los hombres, honores; y véanse los conceptos y realidades que Dios opone a ello por medio de Jesús: pobreza, limosna, renunciamiento de todo, mortificación, desprecios, humildad. Aquello, que los hombres aman, es abominación delante de Dios. El Evangelio es trastroque de los valores humanos y su substitución por los valores divinos.

d) v. 16.—*Y todos hacen fuerza contra él.*—Es grande la lucha y terrible la fuerza que debemos desplegar para apoderarnos del Reino de Dios, dice San Eusebio. ¿Cómo no deberán hacerse violencia los hombres vestidos de carne mortal, y sintiendo todo estímulo bajo de la vida, si aspiran a imitar la vida de los ángeles del cielo? ¿No se habrán hecho fuerza los penitentes que han mortificado su carne, los que han dedicado su vida al culto de Dios, los que la han sacrificado en el martirio?

137.—PARABOLA DEL RICO EPULON Y LAZARO Lc. 16, 19-31

Evangelio del jueves después de la Dominica 2.^a de Cuaresma

¹⁹ Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo: y cada día tenía convites espléndidos. ²⁰ Había también un mendigo, llamado Lázaro, que yacía a su puerta, lleno de llagas, ²¹ deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba: mas venían los perros y le lamían las llagas.

²² Y aconteció que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. ²³ Y alzando los ojos, cuando estaba en los tormentos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. ²⁴ Y él,

levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí, y envía a Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. ²⁵ Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro también males: pues ahora es él aquí consolado, y tú atormentado. ²⁶ Y, sobre todo, que hay un abismo insondable entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden; ni tampoco de ahí pasar acá. ²⁷ Y dijo: Pues te ruego, padre, que lo envíes a casa de mi padre, ²⁸ porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos. ²⁹ Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas: oíganlos. ³⁰ Mas él dijo: No, padre Abraham: mas si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia. ³¹ Y Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucite.

Explicación.—Atajadas las befas que de Jesús hicieron los fariseos avaros, cuando pronunció la frase: «Nadie puede servir a Dios y a las riquezas», reanuda el Señor su discurso sobre las riquezas, concretando en la bella parábola del Epulón y Lázaro el pensamiento de los males irremediables que acarrea la fruición desenfrenada de las mismas, gozándolas en el lujo y molicie, mientras hay tantos desdichados a quienes falta lo necesario para la vida. De paso rectificaba Jesús los prejuicios de los fariseos en lo tocante a ricos y pobres: ellos eran ricos, y tenían la riqueza como bendición de Dios; por el contrario, despreciaban al pueblo pobre y tenían la pobreza como el mayor y la síntesis de todos los males. La dulce y fuerte parábola establece el equilibrio en lo tocante al concepto de la riqueza y la legitimidad de su uso. Tiene dos partes: la primera (19-21) es una viva pintura de los dos personajes durante su vida; la segunda (22-31) describe su situación después de la muerte.

EL EPULÓN Y LÁZARO EN ESTA VIDA (19-21).—*Había un hombre rico que se vestía de púrpura*, traje riquísimo y vistosísimo exterior, y *lino finísimo* para el interior, que muellemente acariciaba sus carnes. *Y cada día tenía convites espléndidos*, acostumbraba comer opíparamente, sazónando la comida con los placeres que suelen acompañarla, canto, música, etc. Tenía este hombre las tres cosas que suele decirse hacen al hombre feliz: riquezas, vestidos preciosos, festines a diario.

Había también otro hombre en que se juntaban tres condiciones diametralmente opuestas a las antedichas: era pobre: un mendigo, llamado Lázaro, que en vez de ricos vestidos tenía el

cuerpo cubierto de llagas, sin ropa para abrigarlas: *Que yacía a su puerta*, a la del rico, en el magnífico portal, *lleno de llagas*, sufriendo hambre atroz, y *deseando hartarse de las migas que caían de la mesa del rico*, y ninguno se las daba. Y tan miserable era el estado de este pobre ulceroso, que ni podía apartar de sí los perros vagabundos que a él venían y restregaban sus llagas con sus lenguas: *Mas venían los perros y le lamían las llagas*. Lo que debía serle tanto más gravoso, cuanto que los judíos tenían a los perros como animales inmundos, cuyo contacto era pernicioso.

Notan aquí los exégetas que Lázaro es el único personaje de las parábolas de Jesús con nombre propio, lo que a algunos ha hecho suponer sin razón que se trataba de un hecho real. El nombre de Lázaro, etimológicamente, significa «ayudado por Dios», por lo que fue aptísima la selección del nombre. Ni es improbable que adoptara el homónimo del otro Lázaro de Betania, que dentro de pocas semanas, tal vez días, debía ser resucitado, por cuanto proféticamente alude Jesús a la resurrección de un hombre, que se llamará Lázaro, y a la incredulidad de los judíos, aunque sean testigos del milagro (v. 31).

EL RICO Y EL POBRE EN LA OTRA VIDA (22-31). — Ambos personajes murieron, y sus destinos fueron tan opuestos como lo habían sido durante la vida, aunque invertidos los estados: *Y aconteció que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham* o limbo de los Padres, lugar de reposo de los israelitas que morían piadosamente, según las enseñanzas rabínicas, y en realidad el lugar de reposo de todos los que morían en gracia, hasta que se verificó la redención por Jesucristo. Abraham es el padre del pueblo judío: cuando moría uno, se consideraba que era recibido benignamente por el padre común para participar de su felicidad. *Y murió también el rico, y fue sepultado en el infierno*: fin rápido y trágico de sus riquezas, vestidos, placeres. La contraposición es sintética, vivísima: allá Abraham, los ángeles, príncipes celestiales en cuyo ministerio personal creían los mismos judíos, la felicidad; aquí, quien no tuvo una mirada para Lázaro, es sepultado, fin de toda grandeza; en el infierno, lugar de todo tormento.

Cuanto al alma, es misérrima la condición del rico: *Y alzando los ojos, cuando estaba en los tormentos*, nótese el plural, múltiples, como sus anteriores delicias, *vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno*; los ve de lejos, porque ellos están muy alto, y él a gran profundidad; lejos también de los hombres, que no pue-

den ayudarle. La gran miseria y los grandes tormentos arrancan del Epulón un gran clamor: *Y él, levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí*, que soy tu hijo, como todo judío; es grito desgarrador de quien apela a la misericordia desde la extrema miseria. Quien en vida lo tuvo todo, con sobras, y despreció a Lázaro, ahora pide del mismo Lázaro lo menos que puede pedirse: *Y envía a Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua*, él, que estaba ardiendo todo, *porque soy atormentado en esta llama*, en el fuego real del infierno (Mc. 9, 42 siguientes).

Abraham le responde blandamente, pero terriblemente: *Y Abraham le dijo: Hijo*, no le niega su parentesco de sangre, *acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida*, los bienes que tú reputabas único bien, y *Lázaro también males*, que soportó con fe y paciencia, porque eran males relativos con que podía lucrar el único bien definitivo y total. Los destinos deben ahora trocarse: *Pues ahora es él aquí consolado*, en contraposición a sus sufrimientos, y *tú atormentado*, como castigo de tus ilegítimos goces. Esta es la primera razón de la inmutabilidad de la suerte de ambos, terrible para el rico. La segunda, lo absolutamente infranqueable de las distancias y lugares. *Y, sobre todo, que hay un abismo insondable*, una vorágine, un vacío inmenso, *entre nosotros y vosotros*, estatuído por Dios de una manera inmutable: *De manera que los que quieren pasar de aquí a vosotros, no pueden; ni tampoco de ahí pasar acá*: los destinos son definitivos, goces y penas inmutables y eternos.

Cerrada para el Epulón la puerta a toda esperanza, dirige otra súplica a Abraham en favor de su familia: *Y dijo: Pues te ruego, padre, que lo envíes a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio*, les asegure que hay penas y goces eternos, según sea la vida de cada uno: *no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos*. Abraham se niega también a esta segunda súplica: no hay necesidad de medios extraordinarios de credibilidad, bastan los normales puestos por Dios y los auxilios correspondientes de la gracia: *Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas*, los libros del Antiguo Testamento, que se les leen en las sinagogas: *Oiganlos*, no hay necesidad de más, pues lo enseñan todo. Insiste el Epulón: *Mas él dijo: No, padre Abraham*, no basta esto, como no me bastó a mí: *mas si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia*. También Abraham insiste en su negativa: *Y Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de*

los muertos resucite: tanto es así, que los mismos fariseos, lejos de convertirse, decretaron la muerte de Jesús por la resurrección de Lázaro, y también quisieron matar a éste; ni creyeron aunque supieron positivamente que el mismo Jesús había resucitado.

Lecciones morales.—A) v. 19.—*Había un hombre rico...*—Es cosa de notar, dice San Gregorio, que mientras el pueblo suele llamar a los ricos por sus nombres y no a los pobres, Jesús en esta parábola da el nombre del pobre y calla el del rico: es que Dios conoce y aplaude a los humildes, e ignora a los soberbios. Lo cual debe mostrarnos la vanidad ridícula de quienes buscan hacerse un nombre acumulando riquezas, que nada pueden añadir a lo que somos de nosotros mismos. Como debe animarnos a ambicionar únicamente, aunque sea ello a costa de humillaciones y olvidos, que nuestros nombres estén escritos en los cielos. Allí toda riqueza y todo honor.

B) v. 21.—*Y ninguno se las daba...*—Se revelan en estas palabras, dice San Ambrosio, la soberbia e hinchazón de los ricos, quienes, como si se olvidaran de la igualdad de condición de la naturaleza humana, no hacen caso de los miserables. Porque la insaciable avaricia de los ricos, dice San Agustín, ni teme a Dios, ni respeta al hombre: no perdona al mismo padre, quebranta la fidelidad del amigo, oprime a la viuda, invade la herencia del huérfano.

C) v. 22.—*Murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles...*—Todas las penas del pobre se convierten repentinamente en delicias. Es llevado, después de tantos trabajos, porque había desfallecido y para que ni siquiera caminando trabajase. Y es llevado por ángeles, porque no basta uno, sino que son muchos para formar a su alrededor alegre coro: todos se alegran de llevar tan dulce carga. Ellos se gozan en este ministerio para que se llene de almas el cielo. E hicieron todo esto, y le colocaron en el seno de Abraham, porque aunque se vio despreciado, no desesperó, ni blasfemó, diciendo: Este rico que vive entre crímenes, se goza y no tiene tribulación; y yo ni siquiera puedo lograr el sustento necesario.

D) v. 22.—*Y murió también el rico, y fue sepultado en el infierno.*—Murió en su cuerpo, dice el Crisóstomo, quien hacía tiempo estaba muerto en su alma, pues nada hacía que fuese propio del alma; se había extinguido en él todo calor que proviene del amor al prójimo; por ello era más muerto del alma que del cuerpo. Y nadie le acompaña en la sepultura, como a Lázaro: quien tuvo durante largo tiempo en la vida muchos aduladores solícitos, se ve privado de todos cuando llega al fin. Pero hasta su misma alma estaba ya enterrada de por vida, oprimida por el peso y las concupiscencias de su cuerpo.

E) v. 24.—*Padre Abraham, compadécete de mí.*—¡Desesperación irremediable la del infeliz condenado! En vano te arrepientes, dice el Crisóstomo, cuando no hay ya lugar a penitencia: son los tormentos los que te obligan a hacerla, no la inclinación de tu alma. No sé si los que están en los cielos pueden tener compasión

de los que están en el infierno. Es el Criador quien se compadeció de su criatura. El fue el médico que pudo sanarla; los demás no pueden sanarla. No quiso el Epulón curarse en vida; ahora deberá morir eterna muerte; muerte viva, porque tiene sólo de la muerte la corrupción eterna y la eterna separación de quien es la única Vida.

F) v. 26. — *Hay un abismo insondable entre nosotros y vosotros...* — Un caos inmenso, establecido por el Dios inmenso, es el que separa en la otra vida los justos de los pecadores. Caos que separó sus afectos. Un caos de separación de estados, podríamos decir, por cuanto después de la muerte no pueden trocarse los méritos. Un caos a través del cual se ven mutuamente los separados por el caos; pueden verse y no pueden juntarse: ven los justos de qué se libraron, y ello aumenta su gozo; ven los malos lo que perdieron, y ello agiganta su dolor. En verdad que hay abismos que sólo pudo inventar la justicia de Dios, y que sólo pudo merecer quien se burló de la justicia de su Criador.

g) v. 31. — *Tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucite.* — Este apotegma de la parábola, que es sentencia del mismo Jesús, lo vemos confirmado en la historia. El milagro, aunque es estupendo como la resurrección de un muerto, no es capaz de abrir el corazón duro de la fe, porque la fe es de pensamiento y de corazón, es decir, de libertad, y el hombre es dueño de su libertad: si no quiere, no cree. Un racionalista pedía para creer que se resucitase un muerto, pero ante una academia de sabios, que pudiese certificar la realidad de la muerte anterior al milagro y la realidad de la vida posterior a él. Ni así hubiese creído el infeliz, porque en los secretos de su libertad hubiese encontrado un motivo para negarse a doblegarla. A más de que Dios niega la gracia a los soberbios de pensamiento y de corazón, y sin la gracia no se cree. Pidamos a Dios voluntad de creer, y fe, y aumento de fe.

138. — CUATRO LECCIONES DE JESUS A SUS DISCIPULOS:

Lc. 17, 1-10

¹Y dijo a sus discípulos: Imposible es que no vengan escándalos: mas, ¡ay de aquel por quien vienen! ²Más le valdría que le pusiesen al cuello una piedra de molino, y le lanzasen al mar, que escandalizar a uno de estos pequeñitos.

³Mirad por vosotros: Si pecare tu hermano contra ti, corrígele: y si se arrepintiere, perdónale. ⁴Y si pecare contra ti siete veces al día, y siete veces al día se volviera a ti, diciendo: Me arrepiento, perdónale.

⁵Y dijeron los Apóstoles al Señor: Auméntanos la fe. ⁶Y dijo el Señor: Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este moral: Arráncate de raíz, y trasplántate en el mar, y os obedecerá.

⁷Y ¿quién hay entre vosotros que, teniendo un siervo que ara, o guarda el ganado, cuando vuelve del campo dice: Pasa luego, siéntate a la mesa: ⁸Y no le dice antes: Dispónme de cenar, ciñete

y sírreme mientras que como y bebo, que después comerás tú y beberás? ⁹ ¿Por ventura debe agradecimiento a aquel siervo por-que (éste) hizo lo que le había mandado? ¹⁰ Pienso que no. Así también vosotros, cuando hicieréis todas las cosas que se os han mandado, decid: Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, hicimos.

Explicación. — Desde el punto de vista cronológico, nos hallamos en un período en que es sumamente difícil concretar el orden de los hechos narrados en los Evangelios. Por lo que atañe al nexo ideológico de las lecciones contenidas en este fragmento con las anteriores, creen algunos que Lc. no hizo aquí más que reunir sin orden algunos documentos que corresponden a otras épocas de la predicación de Jesús y de los que el tercer Evangelista no da más que la síntesis. Seguimos afirmando que es muy probable diese el Señor las mismas enseñanzas, con pocas variantes, en distintas ocasiones, y que los pasajes análogos de los otros dos sinópticos se refieren a otros tiempos. No es improbable que tomara pie el Señor del escándalo sufrido por los fariseos para prevenir con estas lecciones a sus discípulos, impresionados tal vez por la actitud de los próceres judíos.

EL ESCÁNDALO (1.2.). — *Y dijo a sus discípulos, a los que acostumbraban acompañarle: Imposible es, no puede dejar de ser, dada la condición moral del hombre, que no vengan escándalos; es el escándalo el pecado por el cual los demás son inducidos o provocados a pecar a su vez. Mas, ¡ay de aquel por quien vienen!, que es causa de la ruina de los demás: Más le valdría que le pudiesen al cuello una piedra de molino, y le lanzasen al mar, que escandalizar a uno de estos pequeñitos, sencillos, de fe débil (confróntese Mt. 18, 6.7; Mc. 9, 41, comentados en el núm. 98).*

EL PERDÓN DE LAS INJURIAS (3.4.). — *Mirad por vosotros, fijaos bien, que la lección os atañe: Si pecare tu hermano contra ti, corrígele: y si se arrepintiere, perdónale: olvida la injuria hecha a ti, no la miseria del hermano; el perdón generoso no debe confundirse con la insensibilidad o dejadez. Y como es cosa difícil perdonar de corazón las injurias, añade Jesús que debemos tener fácil disposición de ánimo en hacerlo: Y si pecare contra ti siete veces al día, en muchas ocasiones, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento, perdónale (cf. Mt. 18, 15.21,) núm. 100).*

PODER DE LA FE (5.6.). — *Y dijeron los Apóstoles al Señor, al oír que se les pedía cosa tan ardua como el repetido perdón de las*

injurias, hasta el punto que los rabinos enseñaban que nadie viene obligado a perdonar el cuarto delito: *Auméntanos la fe*, añade fe, da incremento a la que tenemos: bella oración. Y dijo el Señor, dándoles a comprender que con fe bastante se hace fácil lo que parece imposible: *Si tuviereis fe como un grano de mostaza*, pequeña, pero sincera, *diríais a este moral: Arráncate de raíz*, y *trasplántate en el mar*, y os obedecerá: cosa es a que no llega la humana fuerza arrancar con una sola palabra un árbol y hacer que arraigue y dé fruto en las movedizas aguas del mar. (Cf. Mt. 17, 19, núm. 96, donde se refiere Jesús a un monte, en vez de a un árbol, lo que es indicio de que dio la misma enseñanza en distintas ocasiones.)

CONTRA LA VANAGLORIA (7-10).—Pero las buenas obras, sobre todo si son gloriosas, como la que acaba de indicarles, fácilmente engendran vanagloria. Para evitarla en sus discípulos, y para que sepan que, cuanto más fecunda es la fe en obras exteriores, más humilde se hace en el fuero de la conciencia, les propone la siguiente parábola, clara en sus términos y aplicación: *Y ¿quién hay entre vosotros que, teniendo un siervo que ara, o guarda el ganado, cuando vuelve del campo le dice: Pasa luego, siéntate a la mesa: y no le dice antes: Dispónme de cenar, cíñete y sírreme, mientras que como y bebo, que después comerás tú y beberás? ¿Por ventura debe agradecimiento a aquel siervo porque (éste) hizo lo que le había mandado? Pienso que no: es decir, claro que no, porque no ha hecho más que cumplir con unas funciones a que viene obligado por su ministerio.*

Y aplica Jesús el ejemplo: *Así también vosotros, cuando hicieris todas las cosas que se os han mandado, decid: Siervos inútiles somos*, insignificantes, despreciables: *Lo que debimos hacer, hicimos*. Inculca aquí Jesús lo que nosotros debemos sentir de nosotros mismos, aun cuando hagamos grandes obras; ningún hombre podrá jamás decir a Dios: He hecho más de lo que debía; cuanto *somos*, insignificantes, despreciables: *Lo que debimos hacer, hicimos*. Para él seremos, si cumplimos, los siervos buenos y fieles, a quienes no faltará el galardón; también ese siervo se sentó a la mesa, cumplida su obligación, y recibió su paga.

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Imposible es que no vengan escándalos...*—Si los escándalos son inevitables, dice Teofilacto, ¿por qué el Señor inculpa al autor de ellos? Es que esta necesidad es moral, y por lo que acostumbra suceder según la observación de las sociedades: ella arranca del libre albedrío. Es que viendo el Señor que los hombres no se proponen muchas veces nada bue-

no y se empeñan en lo malo, dijo que es necesario vengan escándalos, no en cuanto al principio de la libertad de donde proceden, sino como consecuencia inevitable del mal uso de la libertad; como si el médico, viendo a uno que no está sometido a ningún régimen, dijese: Es preciso que este hombre tenga mala salud. En toda sociedad ha habido siempre criminales; ello no quita la responsabilidad de quienes lo son.

b) v. 2.—*Más le valdría que le pusiesen al cuello una muela de molino...*—Solían los judíos castigar con esta pena atroz, echándolos al mar profundo, a los que habían perpetrado grandes crímenes. Por ahí podemos colegir la gravedad del pecado de escándalo. Es mil veces preferible la muerte corporal a inferir al prójimo la muerte espiritual por el pecado.

c) v. 4.—*Y si pecare contra ti siete veces al día...*—El número siete no es aquí definitivo de las veces que hemos de perdonar al hermano que nos haya ofendido y se haya arrepentido de haberlo hecho, sino que significa totalidad o universalidad: de modo que cuantas veces nos ofenda y se arrepienta, tantas veces debemos perdonarle. Hacer lo contrario, sería desmentirnos a nosotros mismos cuando en la oración del Padrenuestro decimos: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» (Mt. 6, 12.)

d) v. 5.—*Aumentanos la fe.*—La fe tiene sus grados, como toda virtud; tiene, por lo mismo, sus aumentos, en la intensidad de la voluntad con que se cree, en la fuerza de la luz con que ilumina Dios el pensamiento del creyente, en la amplitud del objeto de la fe, que son las verdades que se nos proponen. Dios no nos faltará nunca en las gracias de fe que necesitemos según nuestro estado; pero quiere que se las pidamos, como lo hicieron los Apóstoles en este caso. Cuando se nos ofrezca alguna obra ardua a cumplir, lo que requiere gran fe para no desfallecer, digamos a Jesús: «Aumentanos la fe.»

e) v. 9.—*¿Por ventura debe agradecimiento a aquel siervo...?* Enseñanos el Señor que el derecho de potestad dominical exige de los siervos la sumisión. Con ello se nos cura el mal de soberbia. ¿Por qué te ensoberbeces? ¿No sabes que si no cumples con tu servicio corres gran peligro, pero que si lo cumples no le haces a Dios merced ninguna? «Si evangelizo, dice San Pablo, no es gloria para mí, sino necesidad: ¡ay de mí si no evangelizare!» (1 Cor. 9, 16). No sólo no nos deben gracias nuestros señores cuando hacemos lo que debemos, sino que por su benevolencia para con nosotros aumentan a veces el deseo de mejor servirles: así Dios nos exige cuanto quiere por derecho de servidumbre; pero como es tan bueno, no deja nunca sin premio lo que hacemos, sobrepujando la magnitud de la benevolencia las fatigas que en su servicio hayamos soportado.

f) v. 10.—*Siervos inútiles somos...*—No te vanaglories si serviste bien a Dios, dice San Ambrosio: no has hecho más que lo que debías. Le sirve el sol; le obedece la luna, le sirven los ángeles: no nos alabemos de que le sirvamos nosotros. Porque somos siervos, dice San Beda, en cuanto fuimos por él comprados a gran

precio (1 Cor. 6, 20); y somos inútiles, porque el Señor no necesita de nuestros bienes (Ps. 15, 2), o porque no son condignos los sufrimientos de esta vida de la gloria que nos tiene reservada (Rom. 8, 18). Por ello la perfección de los hombres está en que, aun cuando hayan cumplido todos los preceptos, se conceptúen imperfectos.

PERIODO TERCERO

OTRA VEZ EN JUDEA

139. — ENFERMEDAD Y MUERTE DE LAZARO

IOH. 11, 1-16

Evangelio del sábado después de la Dominica 4.^a de Cuaresma

(Con el texto de los dos números siguientes)

¹Y había un enfermo llamado Lázaro, de Betania, aldea de María y de Marta, su hermana. ²(Y María era la que ungió al Señor con ungüento, y limpió sus pies con sus cabellos: cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.) ³Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo. ⁴Y cuando lo oyó Jesús, les dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella. ⁵Y amaba Jesús a Marta y a María, su hermana, y a Lázaro. ⁶Y cuando oyó que estaba enfermo, se detuvo aún dos días en aquel lugar.

⁷Y pasados éstos, dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea. ⁸Los discípulos le dijeron: Maestro, ahora querían apedrearte los judíos, ¿y vas allá otra vez? ⁹Jesús respondió: ¿Por ventura no son doce las horas del día? El que anduviere de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo: ¹⁰mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él. ¹¹Así habló, y después les dijo: Lázaro nuestro amigo, duerme: mas voy a despertarle del sueño. ¹²Y dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. ¹³Mas Jesús había hablado de su muerte: y ellos entendieron que decía del sopor del sueño. ¹⁴Entonces Jesús les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto: ¹⁵y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Mas vamos a él. ¹⁶Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a los otros condiscípulos: Vamos también nosotros, y muramos con él.

Explicación. — La resurrección de Lázaro es el máximo de los milagros de Jesús: en sí, porque es la revocación a la vida de un cadáver ya en corrupción, y ello con una sola palabra; en sus

consecuencias, porque de él derivó su glorificación, la conversión de muchos judíos y el decreto de su muerte. La narración es bellísima y completísima: todo en ella revela que está redactada por un testigo presencial del suceso; es un cuadro inimitable por su vigor, por su detalle, por su colorido. Históricamente no es atacable: sólo algunos lo han puesto en tela de juicio por no hacerse de él eco los sinópticos; pero ya se ha indicado que ellos se ocupan casi exclusivamente del ministerio galilaico de Jesús, salvando las narraciones de la última semana de su vida.

ENFERMEDAD DE LÁZARO (1-6).—Desde el último episodio narrado por San Juan, fiesta de la Dedicación (n. 129), hacia mediados de diciembre, han transcurrido algunas semanas, que Jesús ha pasado en la Perea, evangelizando; allí le anuncian la enfermedad de Lázaro: *Y había un enfermo llamado Lázaro, de Betania, a unos tres kilómetros al este de Jerusalén, aldea de María y de Marta, su hermana*, lugar de su residencia habitual; nómbrese primero a María, la hermana menor, porque es más célebre que Marta en la historia evangélica. Concreta aquí Juan incidentalmente el nombre, desconocido de sus lectores, de la mujer que en Naím había ungido los pies del Señor, según narra Lc. 7, 37 sigs.: *Y María era la que ungió al Señor con un ungüento, y limpió sus pies con sus cabellos: cuyo hermano Lázaro estaba enfermo* (Vide número 59).

Conocían las hermanas la bondad y la condescendencia de Jesús (Lc. 18, 38, n. 107), y le mandan aviso de la enfermedad: *Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo*; demanda tácita y delicada de socorro: bástele al amante la noticia de la aflicción del amado. *Y cuando lo oyó Jesús, les dijo*, a los enviados, para que lo transmitiesen a las hermanas: *Esta enfermedad no es para muerte*; con ello demuestra Jesús que conocía ya la enfermedad del amigo: ésta no es para muerte en el sentido de una separación definitiva de alma y cuerpo; es sólo una suspensión de la vida. El fin de la enfermedad no es acabar con la vida temporal de Lázaro en forma irrevocable, *sino para gloria de Dios*, a que ordena la enfermedad la divina providencia, *para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella*; esto es, Dios será glorificado en la gloria de su Hijo, igual a él, por el milagro que realizará el Hijo devolviendo la vida a Lázaro.

Era aquella dichosa familia objeto de una santísima afección por parte de Jesús: *Y amaba Jesús a Marta y a María, su her-*

mana y a Lázaro; nota ello el Evangelista para dar a entender que la enfermedad de Lázaro fue ya su preocupación hasta que llegara la hora señalada por el Padre de ir a su socorro. No fue a Betania todavía: Y cuando oyó que estaba enfermo, se detuvo aún dos días en aquel lugar. Parece que Lázaro murió el mismo día del aviso; pasaron los dos días; el tercero lo invirtió en el viaje, y al llegar se le anuncia que es el cuarto día de la muerte (v. 39).

JESÚS Y SUS DISCÍPULOS ANTE LA MUERTE DE LÁZARO (7-16).— *Y pasados éstos, los dos días, dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea. Los discípulos, que le habían oído decir que la enfermedad no era para morirse Lázaro y que había quedado en la Perea, quedaron sorprendidos, y le dijeron, llenos de espanto por el peligro que veían avecinarse: Maestro, ahora hace poco tiempo (10,31), querían apedrearte los judíos, ¿y vas allá otra vez?*

Jesús respondió, declarándoles en lenguaje parábólico que nadie es capaz de dañarle antes del tiempo prefijado: ¿Por ventura no son doce las horas del día? Las doce horas representaban para los judíos un día de trabajo, que era el tiempo de la luz, más corto o largo según las épocas del año: El que anduviere de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo, la luz del sol; mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él: como de la luz solar depende que los hombres vean o no vean en el día de trabajo, así de la voluntad del Padre depende que yo padezca o no, que viva o muera. Ahora anda Jesús y vive porque el Padre lo quiere; no hay asechanza capaz de frustrar la voluntad del Padre: cuando venga la noche, cuando cese el Padre de querer que viva, y decrete su muerte, entonces tropezará Jesús, no los evitará, con los tormentos y la muerte.

Así habló, y después les dijo, dándoles la razón de su próximo viaje a la Judea: Lázaro, nuestro amigo, duerme: mas voy a despertarle del sueño: se trataba del sueño de la muerte, que Jesús había conocido por intuición divina. Y dijeron sus discípulos, cogiéndose del sonido material de las palabras, ansiosos de evitar un peligro que creían cercano: Señor, si duerme, sanará: suele ser el sueño de los enfermos indicio de mejoría. Los discípulos, preocupados, no se fijaron sino en el primer miembro de la respuesta de Jesús; la atención al segundo les hubiese dado la llave de la respuesta: no iba Jesús a hacer una jornada de camino para despertar a un enfermo: Mas Jesús había hablado de su muerte, que si para los que creemos en la resurrección final es un sueño, con

más razón en este caso: y ellos entendieron que decía del sopor del sueño.

Entonces Jesús les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto. Extrañaríanse los discípulos por haberle oído que la enfermedad no era para la muerte; Jesús les hace saber que era para él cosa sabida la muerte del enfermo, y que se proponía sacar de ella provechosas lecciones: Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Si Jesús se hubiese hallado en Betania y en casa de sus amigos, difícilmente hubiese resistido su Corazón los ruegos de las hermanas y le hubiese curado: o le hubiese resucitado en seguida de su muerte; el prodigio no hubiese sido en estos casos tan estupendo como lo fue resucitar un cadáver en descomposición, ni hubiese recibido tanto incremento la fe de sus discípulos. *Mas vamos a él, añade Jesús,* por ser llegada la hora de la glorificación del Padre. *Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo,* voz griega, introducida ya en la Palestina, que significaba gemelo, como Tomás en hebreo, seguramente por una particularidad de su nacimiento, *a los otros condiscípulos: Vamos también nosotros, y muramos con él;* palabras que revelan amor y abnegación, pero que acusan también en él un temperamento tímido y pesimista; no entendería las palabras de seguridad del Maestro, a quien creyó, con los demás discípulos, irremisiblemente perdido.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo.*—No dijeron, dice San Agustín: Ven, y cúralo; ni se atrevieron a decir: Manda desde ahí, y se realizará acá; sino tan sólo: «Mira que aquel a quien amas está enfermo»; como si dijeran: Basta que lo sepas, porque no eres tal que ames y abandones al amado. ¡Qué consuelo para nuestras almas este pensamiento! Tenemos la seguridad de que, si exponemos a Jesús nuestras miserias, materiales y espirituales, con sinceridad, El, que nos ama, las remediará; su amor no es ineficaz: es más operativo que el amor de padre y madre, porque nos ama más y puede más que ellos.

B) v. 5.—*Amaba Jesús a Marta y a María..., y a Lázaro.*—El, Lázaro, enfermo, sigue San Agustín; ellas tristes, pero los tres amados. Tenían por lo mismo esperanza, porque eran amados de quien es consuelo de los afligidos, salud de los enfermos. Para que aprendamos, dice el Crisóstomo, a no afligirnos cuando veamos que la enfermedad visita a los buenos varones y amigos de Dios.

C) v. 7.—*Vamos otra vez a Judea.*—Sólo en este pasaje, dice el Crisóstomo, anuncia Jesús a sus discípulos previamente el lugar adonde deben dirigirse; porque se trataba de correr grave peligro, y el buen Maestro quiere curar el temor que de ellos debería apoderarse al conocer que volvían a Judea. Admiramos la caridad y la

pedagogía de Jesús en el régimen de nuestras almas, que siempre reciben de El las gracias oportunas según las situaciones.

D) v. 11. — *Lázaro, nuestro amigo, duerme...* — Dormía para el Señor, dice San Agustín; era muerto para los hombres; porque el Señor resucitaba a los muertos con facilidad mayor que despertamos nosotros a un hombre dormido. Pero como sucede con los que duermen y despiertan que piensan en lo que soñaron, y unos lo hicieron de cosas alegres y otros soñaron cosas terribles, así cuando dormimos el sueño de la muerte, despertaremos según hayamos dormido; quien trajo al sueño cosas alegres se levantará alegre, quien se durmió en el pecado resucitará lleno de congojas.

E) v. 15. — *Me huelgo por vosotros..., para que creáis.* — Para que creáis más, dice San Agustín, porque los Apóstoles ya creían. Y en verdad que podía aumentar su fe continuamente, estando con el Señor: porque ahora se le anuncia la enfermedad de un amigo, y sabe a distancia que ha muerto; vuelve a Judea quien había huido para no ser lapidado, dando a sus discípulos la seguridad de que nada malo deberá ocurrirle; y dentro de poco verán a quien, cediendo en la apariencia a la debilidad humana que huye de la muerte, se presenta de nuevo casi en el mismo lugar para dar prueba de su poder divino. Es Dios mismo que está en contacto con sus discípulos y que, a través de su vida humana, les deja entrever los profundos misterios de su sabiduría y poder infinitos.

F) v. 16. — *Vamos también nosotros, y muramos con él.* — Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere, dice el Apóstol: la muerte ya no dominará más sobre él. Pero de hecho murió, y murió muerte cruentísima y terribilísima. Nosotros debemos morir con él de hecho, morimos espiritualmente, místicamente con él en el bautismo, en el cual somos sepultados en Cristo, como dice el mismo Apóstol (Rom. 6, 4). La mortificación, esta palabra tan usada en la ascética cristiana, no es más que una especie de muerte en Cristo: muerte voluntaria en cuanto la aceptamos; necesaria, en cuanto sin ella no podremos ser vivificados. Vayamos con él, ya que él nos precedió, y muramos con él: murió él por nosotros; nunca podremos nosotros asemejarnos a él. Y él es nuestro Dios.

140. — JESUS CONSUELA A MARTA Y MARIA: IOH. 11, 17-37

Sigue el Evangelio del sábado después de la Dominica 4.ª de Cuaresma

¹⁷ Llegó, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que estaba en el sepulcro. ¹⁸ Y Betania distaba de Jerusalén como quince estadios. ¹⁹ (Y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas de la muerte de su hermano.) ²⁰ Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, salió a su encuentro: mas María se quedó en casa. ²¹ Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses

estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. ²² Mas también sé ahora, que todo lo que pidieres a Dios, Dios te lo otorgará. ²³ Jesús le dijo: Resucitará tu hermano. ²⁴ Marta le dice: Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día. ²⁵ Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. ²⁶ Y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? ²⁷ Ella le dijo: Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo.

²⁸ Y dicho esto, fue, y llamó en secreto a María, su hermana, y dijo: El Maestro está aquí, y te llama. ²⁹ Ella, cuando lo oyó, se levantó luego, y fue a él. ³⁰ Porque Jesús aún no había llegado a la aldea: sino que se estaba en aquel lugar en donde Marta habíale encontrado. ³¹ Los judíos, pues, que estaban en la casa con ella, y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado apresurada, y había salido, la siguieron, diciendo: Al sepulcro va, para llorar allí. ³² Y María, cuando llegó adonde Jesús estaba, luego que le vio, se postró a sus pies, y le dice: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. ³³ Jesús, cuando la vio llorando, y que también lloraban los judíos que habían venido con ella, estremeciéndose en su alma, y conturbóse a sí mismo. ³⁴ Y dijo: ¿En dónde le pusisteis? Le dicen: Ven, Señor, y lo verás. ³⁵ Y lloró Jesús. ³⁶ Y dijeron entonces los judíos: Ved, cómo le amaba. ³⁷ Y algunos de ellos dijeron: Este, que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no podía hacer que éste no muriese?

Explicación. — JESÚS Y MARTA (17-27). — Salió Jesús de la Perea el día tercero de la muerte de Lázaro, atravesó el valle del Jordán, salvó el macizo montañoso que separa de este río la capital judía, y se presentó el cuarto día, después de una fatigosa jornada, ante la aldea de Betania: *Llegó, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que estaba en el sepulcro. Y Betania distaba de Jerusalén como quince estadios*, tres kilómetros escasos, que se reducen notablemente atajando por el monte Olivete. Queda hoy en el lugar de la antigua Betania un pobre villorrio de unos 200 habitantes, denominado El-Azaryye, «pueblo de Lázaro», en recuerdo del famoso amigo de Jesús. Esta proximidad de la aldea a la capital nos explica la gran resonancia del milagro en Jerusalén, y la afluencia de amigos de la familia llegados de esta ciudad a ofrecer a la familia su pésame: *Y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas de la muerte de su hermano*. Todo indica que se trataba de una familia distinguida; la afluencia de forasteros de la capital, pertenecientes a las altas clases, el acompañamiento, la forma del sepulcro. Dedicaban los judíos siete días al duelo de sus difuntos: pasaban los tres primeros en llanto, para lo que había lloronas asalariadas; los cuatro siguientes eran aún de duelo, pasándose en la recepción de visitas de pésame, y

hasta los treinta se suspendía el lavado de vestidos y la tonsura de los cabellos: quizás a ese cómputo se deba la costumbre cristiana de ofrecer misas por los difuntos los días 3, 7 y 30 después de la muerte.

Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, salió a su encuentro: estaría ocupada, según su costumbre, en los ministerios de la casa cuando le anunciaron la proximidad del Maestro: *Mas María se quedó en casa*, recibiendo los cumplidos de las visitas, conforme a su carácter (Lc. 10, 38-40, núm. 107).

Entre Jesús y Marta, jefe de su casa, se entabla una breve conversación, llenísima de doctrina por la parte que a Jesús toca: *Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto:* ambas hermanas dicen a Jesús lo mismo, reflejan en ello el estado de su alma, acongojada por la tardanza de Jesús, durante la enfermedad del hermano; como si dijeran: No hubieses podido resistir a nuestro dolor y a nuestros ruegos y le hubieses curado. Sabe, con todo, Marta que tiene Jesús poder para resucitar al hermano: no se lo pide; sólo deja entrever los horizontes de su esperanza: *Mas también sé ahora*, sepultado ya mi hermano, *que todo lo que pidieren a Dios, Dios te lo otorgará;* es una insinuación delicada y una petición tácita; porque no es la fe de Marta lo ilustrada y perfecta que debiera, porque no considera a Jesús como Dios, sino como un gran profeta a quien Dios concede lo que le pide.

Marta ha explorado suavemente la voluntad de Jesús. *Jesús le dijo*, poniéndose al tono del estado de ánimo de su interlocutora: *Resucitará tu hermano. Marta le dice*, tanteando cuáles sean los propósitos del misericordioso Amigo: *Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día:* ¿podré esperar algo más en favor de mi hermano? *Jesús le dijo*, elevando e iluminando la fe de la atribulada mujer, y pronunciando una de estas frases clásicas, llenas de profundo sentido, tan propias del cuarto Evangelio: *Yo soy la resurrección y la vida*, por mi propia naturaleza: soy por mí mismo, sin que necesite pedirlo a Dios, porque soy Dios, la causa de toda resurrección y de toda vida; todo lo que vive y todo lo que resurge, a causa de mí vive y resucita. Y sigue señalando los efectos de este poder que tiene como Dios: *El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá*, porque yo soy la causa eficiente de la resurrección de los muertos: *Y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá jamás*, porque yo soy el origen y causa de la vida. Ilustrada la fe de Marta, hace Jesús un vivo llamamiento a su espíritu para que la confiese: *¿Crees esto? Ella le dijo: Sí, Señor,*

creo que eres la resurrección y la vida: *yo he creído*, ya de antes, *que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido*, que has tenido misión de venir a este mundo; esta confesión de Marta no parece deba extenderse a la divinidad de Jesús: le reconoce como Mesías, Hijo de Dios por un título superior al de todos los profetas y amigos de Dios, según la concepción judía.

JESÚS Y MARÍA (28-37).—*Y dicho esto*, agitada ya quizá por la previsión de algo insólito, Marta *fue, y llamó en secreto a María, su hermana*, ya porque no desconocía Marta la hostilidad de algunos de los judíos presentes contra Jesús, ya porque ignorando la causa de su salida, la siguiesen muchos y fuesen testigos del prodigio; y dijo: *El Maestro*, así se le llamaría comúnmente en aquella casa, *está aquí y te llama*: o porque se lo encargó Jesús a Marta, o porque la sola presencia de Jesús era un llamamiento de María. *Ella, cuando lo oyó, se levantó luego, y fue a él*: sentada en el suelo se hallaba, los pies descalzos, según costumbre en los días de duelo; al anuncio, se levanta rápida y va al encuentro de Jesús: *Porque Jesús aún no había llegado a la aldea: sino que se estaba en aquel lugar en donde María habíale encontrado*: se señala todavía el sitio del encuentro de Jesús con las hermanas de Lázaro. Nótese cómo los minuciosos detalles delatan la narración de un testigo presencial. *Los judíos, pues, que estaban en la casa con ella, y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado apresurada, y había salido, la siguieron, diciendo: Al sepulcro va, para llorar allí*: la siguen para no dejarla sola en su dolor.

Y María, más férvida de temperamento que Marta, *cuando llegó adonde Jesús estaba, luego que le vio*, herida del dolor del hermano y del amor de Jesús, *se postró a sus pies*, que un día regara con sus lágrimas y ante los que más tarde se sentaba para oír con embeleso al Maestro; y le dice, como Marta: *Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto*. No dijo más: las lágrimas ahogaron su voz. *Jesús, cuando la vio llorando, y que también lloraban los judíos que habían venido con ella*, por la natural comunicación del dolor de aquella mujer, *estremeciéndose en su alma, y conturbóse a sí mismo*: se estremeció su espíritu de indignación, de santa cólera, por los estragos que la muerte ocasiona, por la previsión de la protervia de los judíos que debían tomar pretexto del milagro para matarle; sentimiento espontáneo en Jesús, al que siguió un movimiento de turbación que provocó en sí mismo, como dueño absoluto que era de su elemento pasional; turbóse por la muerte de Lázaro y por el dolor de las herma-

nas y de los circunstantes: fue su Corazón el resonador de tanta miseria.

Estas afecciones sensibles fueron como el excitante del alma de Jesús para acometer la grande obra de la resurrección: *Y dijo*, con resolución: *¿En dónde le pusisteis?* Lo sabe quien supo a distancia la muerte; pero quiere que se le indique el lugar para excitar la atención de los circunstantes y para que le sigan al sepulcro y sean testigos del prodigio. *Le dicen: Ven, Señor, y lo verás.* Y, mientras iban camino del sepulcro, *lloró Jesús*, en silencio, significa el griego: lloró por la miseria del amigo y de toda la naturaleza humana sujeta a la muerte; lloró con los demás; lloró de amor y de compasión de aquella familia a la que tanto amaba. Así lo interpretan los judíos: *Y dijeron entonces los judíos: Ved, cómo le amaba:* las lágrimas copiosas revelan su grande amor. Y otros, *algunos de ellos*, admirados de que en pro de una familia amiga y en un trance tan grave no hiciese lo que había hecho con un ciego desconocido, *dijeron: Este, que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no podía hacer que éste no muriese?* ¿Habrà cesado su poder, o no llegará a tanto?

Lecciones morales.—A) v. 19.—*Y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas...*—No les faltó en su dolor a las nobles mujeres la compañía y la compasión de sus amistades: es acto de urbanidad, de humanidad, de caridad. En los graves momentos de la vida, en la pérdida de un ser querido, de los bienes materiales, de la persecución, etc., se produce como un vacío y una debilidad en quien sufre la desgracia: la participación de los demás en los sentimientos propios fortalece y consuela el espíritu, por esta ley de solidaridad que une a los hombres unos a otros. Nuestra religión ha levantado estas prácticas a un plano superior, al hacerlas manifestaciones de la caridad: «Alegrarnos con los que están alegres, llorar con los que lloran», según la recomendación de San Pablo (Rom. 12, 15), debe ser ley de nuestra vida cristiana. Cumplamos todas estas prácticas, tan frecuentes en nuestra vida social, no por mero formalismo de conveniencia o de etiqueta, sino con íntimos sentimientos de caridad cristiana.

B) v. 22.—*Todo lo que pidieres a Dios, Dios te lo otorgará.*—Marta tiene fe en el poder impetratorio de Jesús, pero no ha reconocido todavía su divinidad; le dice estas palabras, dice el Crisóstomo, como a un varón virtuoso y acepto a Dios, pero no como si las dijera a Dios. Con otra fe debemos acercarnos nosotros a Jesús hoy, cuando ha revelado claramente su divinidad, y cuando nosotros le creemos Hijos de Dios, consubstancial con Dios. Hombre como nosotros, está hipostáticamente unido a la divinidad: nos oye como hombre y puede hacer lo que le pedimos como Dios; sus mismos méritos son la fuerza mayor que podemos hacer a Dios

para que nos oiga: *Per Dominum nostrum Iesum Christum...* es la fórmula con que suele terminar sus oraciones la Iglesia para hacer santa violencia a Dios en favor nuestro.

c) v. 23. — *Resucitará tu hermano.* — En la muerte de los seres queridos deberíamos siempre pensar en estas palabras reconfortantes de Jesús. La muerte es un sueño: la resurrección será un hecho, tan cierto como la misma muerte: «Todos resucitaremos», dice el Apóstol (1 Cor. 15, 51). La separación, aunque dure largos años, de esta vida mortal, será breve. El gravísimo problema está en vivir de tal suerte que la resurrección sea para una vida de felicidad, en la cual nos hallemos juntos cuantos en esta vida nos hayamos querido. Este pensamiento debiera estimularnos no sólo a vivir cristianamente nosotros, sino a ejercer un verdadero apostolado de caridad en favor de aquellos en que este mundo queremos, para que no nos veamos un día obligados, después de la resurrección final, a una separación eterna y dolorosísima.

d) v. 25. — *Yo soy la resurrección de la vida...* — Es Jesús-Dios quien habla así. Es la resurrección, porque es la vida, dice Alcuino: vida esencial por quien vive todo el que tiene vida. Fuente universal de toda vida corporal y espiritual, de orden natural y sobrenatural. Y porque vino para que tuviésemos vida, y la tuviésemos abundante, no sólo nos dio plenitud de vida cristiana en el tiempo, sino que quiso que ésta fuese eterna. Pero, porque debimos morir, ya que estaba la sentencia promulgada, por ello quiso resucitarnos, hasta en el cuerpo, para que cuerpo y alma disfrutaran de la vida que él nos trajo, para siempre. Unámonos a Jesús por la caridad; no muramos a él por el pecado; y viviremos eternamente; la vida cristiana es vida eterna: aun cuando muera nuestro cuerpo, Jesús, que es la resurrección y la vida, lo resucitará, como lo hizo con el suyo. Si no hubiese resucitado Cristo, en vano tendríamos esta fe; pero habiendo resucitado, tenemos la seguridad, dice el Apóstol, que resucitaremos con él, que es nuestra Cabeza, y «Primogénito de los muertos.» (1 Cor. 15, 14; Col. 1, 18; Apoc. 1, 5.)

e) v. 32. — *Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.* — Como si dijera, dice Alcuino: Mientras estuviese con nosotros, ninguna enfermedad o dolencia apareció en nuestra casa, sabiendo que habitaba en ella la Vida. Apliquémonos las palabras de María: si Jesús está con nosotros, o mejor, si nosotros estamos con Jesús, nos veremos libres de toda dolencia. No que no podamos enfermar o morir, que ésta es la miserable condición del hombre; sino porque todo lo que nos ocurra estando con Jesús podrá ser vida en nosotros: vida de espiritual consuelo, uniendo nuestras dolencias a Jesús mortificado y muerto por nosotros; vida de progreso en la virtud, que es la verdadera vida; vida de premio en el cielo, en el que todo lo que es mortificación se convierte en vida, donde todo lo mortal es absorbido por la vida (2 Cor. 5, 4).

f) v. 35. — *Y lloró Jesús.* — Lloró, dice Alcuino, porque es la misma fuente de la piedad; lloró en cuanto hombre a quien pudo resucitar en cuanto Dios. Lloró, dice San Agustín, para enseñar a los hombres a llorar: llorar por la tremenda catástrofe de la muer-

te, que tantas lágrimas ha arrancado a la humanidad, y que no debiera contemplarse jamás con los ojos enjutos, si pensáramos lo que ella representa para el hombre; llorar por el pecado, que es la causa de la muerte: «La muerte es el estipendio del pecado»: «Por el pecado vino de la muerte», dice el Apostol (Rom. 6, 23; 5, 12); llorar por nosotros mismos, que hemos de morir, como lloran los sentenciados a muerte. Por todo ello lloró Jesús, y por tantos desgraciados que no han llegado a comprender la filosofía cristiana de la muerte, que, si es castigo del pecado, puede ser ofrenda agradable a Dios y fuente de vida, si la unimos a la muerte de Jesús por nosotros.

g) v. 36. — *Ved, cómo le amaba.* — Es éste uno de los pasajes del Evangelio en que más aparece la delicadeza del Corazón de Jesús. Se ha agitado su espíritu, se ha conturbado su corazón; ahora llora: llora, sin duda, por todo motivo espiritual del llanto: el pecado, la muerte, la ofensa de Dios, la desgracia del género humano; pero llora también, a no dudarlo, la pérdida del amigo y la desgracia de una familia querida. Porque la amistad, cuando es verdadera, es un gran bien de la vida; un buen amigo es una especie de prolongación, como una parte de nuestra vida. «Mitad de mi alma», le llamó el antiguo poeta al amigo, y no conocía la amistad a la que se añade el condimento de la cristiana caridad. En medio del odio que rugía ya en su rededor aquel día en Betania, donde se habían congregado muchos de sus enemigos, llora Jesús la pérdida del amigo. Imitemos la delicadeza, la compasión, la caridad de Jesús en nuestras relaciones de amistad.

141. — JESUS RESUCITA A LAZARO: IOH. 11, 38-44

Sigue el Evangelio del sábado después de la Dominica 4.^a de Cuaresma

³⁸ Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, fue al sepulcro. Era una gruta: y habían puesto una piedra sobre ella. ³⁹ Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, que era hermana del difunto, le dice: Señor, ya hiede, porque está de cuatro días. ⁴⁰ Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? ⁴¹ Quitaron, pues, la piedra: y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy, porque me has oído. ⁴² Yo bien sabía que siempre me oyes; más por el pueblo, que está alrededor, lo dije: para que crean que tú me has enviado. ⁴³ Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz, diciendo: ¡Lázaro, ven afuera! ⁴⁴ Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los pies y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.

Explicación. — Del Mesías había dicho Oseas: «¡Oh, muerte, seré tu muerte!» (13, 14); Jesús va a triunfar de ella solemnemente:

Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, disponiéndose con indignación santa a la grande obra, como guerrero que va a librar un gran combate; quizás estimulado por la frase dubitativa de los que le acompañaban, fue al sepulcro. Era una gruta: acostumbraban los judíos enterrar sus muertos en cavernas, naturales o artificiales, cuya entrada se cerraba con una piedra de gran peso, para evitar que penetraran en las tumbas los malhechores o las fieras: Y habían puesto una piedra sobre ella, lo cual da a entender que la tumba de Lázaro era subterránea y que debía bajarse para llegar a ella. Señálase todavía en una de las pobres calles de Betania la entrada al sepulcro de Lázaro, adonde se baja por una escalera de veinticuatro peldaños muy desgastados; el descenso, que se hace a la luz de candelillas individuales, resulta incómodo y peligroso; al extremo inferior de la escalera está el vestíbulo, pieza de tres metros de lado, en que hay un pequeño altar donde se celebra misa alguna vez, y desde donde llamaría Jesús a Lázaro; y bajando tres peldaños más se entra en el sepulcro propiamente dicho: por la parte del vestíbulo estaría la piedra que lo cerraba.

Dijo Jesús: Quitad la piedra. Resístese respetuosamente Marta, por el natural pudor que engendra el pensamiento de que pueda ser repugnante a los circunstantes el hedor de persona tan querida: Marta, que era hermana del difunto, y lo repite el Evangelista para explicar este natural sentimiento, le dice: Señor, ya hiede, porque está de cuatro días: así todos los sentidos podrán atestiguar la certeza de la muerte. Jesús, atajando el pensamiento de Marta, que no piensa ahora sino en la inmediata presencia de un cadáver en corrupción, le dijo: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Cede Marta al recordársele las altísimas palabras que la había dicho Jesús: Quitaron, pues, la piedra. El momento es emocionante: la presencia de un cadáver, la calidad del difunto, el mandato del Taumaturgo, el acompañamiento numeroso: todo da solemnidad al acto. Y Jesús, adoptando asimismo una actitud solemne, alzando los ojos a lo alto, gesto frecuente en quienes se disponen a orar, dijo, en alta voz: Padre, gracias te doy, porque me has oído: quiere probar con un milagro su divina misión para llevar a aquellos hombres a la fe; Jesús da gracias al Padre, porque le place este deseo. Yo bien sabía que siempre me oyes: podían los circunstantes pensar que Jesús ignoraba fuese en aquel caso oído; como podían creer que obraba en aquel momento Jesús por una delegación circunstancial; ambos errores quedan desvanecidos con la aserción del Señor: él ya lo sabía, el Padre le oye siempre. Y señala en seguida la finalidad apologética del milagro:

lo hace para demostrar su íntima unión con el Padre, y para que el pueblo crea que es el enviado de Dios, como Hijo de Dios, tal cual les había dicho pocos días antes (Ioh. 10, 30). *Mas por el pueblo, que está alrededor, lo dije: para que crean que tú me has enviado.* Si no creen no tendrán excusa.

Y habiendo dicho esto, es fácil imaginar la solemnidad del momento, *gritó en alta voz*, para que todos le oyese y fuesen testigos de su poder sobre la muerte, *diciendo: ¡Lázaro, ven afuera!*, ven acá donde estamos nosotros los vivos: *Y en el mismo punto*, porque Dios habla y son hechas las cosas, *salió el que había estado muerto*, a dar con su obediencia testimonio de que Jesús es la resurrección y la vida, *atados los pies y las manos con vendas*, con cintas de lienzo, como solían hacerlo los judíos, colocando aromas en polvo entre el cuerpo y la envoltura, *y cubierto el rostro con un sudario*, que se ataba también alrededor de la cabeza y cara. Y para que no sólo le vieran vivo, sino hacer lo que los vivos hacen, *Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir*: habían quedado pasmados ante el prodigio, y no ayudaban al resucitado para desfajarle.

Con ello acaba la narración del estupendo prodigio. Ni una palabra de lo que hizo entonces Lázaro, de su vida posterior, del gozo de las hermanas, de los sentimientos de la concurrencia: sublime concisión, que es una marca de la absoluta verdad de un relato que escribió un testigo presencial del hecho estupendo.

Lecciones morales.—A v. 39.—*Señor, ya hiede...*—Son palabras quizá de desconfianza, según Teofilacto, porque es cosa nunca oído que resurja un cadáver corrupto; o son de admirar, dice San Beda, porque revelan el contraste entre el estado del difunto y el milagro que Marta espera. O mejor, dice el Crisóstomo, son palabras de confusión para los incrédulos: porque así atestiguan el milagro las manos, que quitan la losa; el oído, que escucha la voz de Cristo; la vista, que se fija en Lázaro que sale de la tumba; y el olfato, que percibe el hedor de la corrupción.

B) v. 41.—*Padre, gracias te doy, porque me has oído.*—Esto es, dice el Crisóstomo, nada hay en mí contrario a ti; no dice que él no puede, o que es inferior al Padre. Jesús no necesita orar para alcanzar la gracia de hacer milagros, como lo hicieron todos los taumaturgos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Ora como hombre y obra como Dios. Como hombre puede rogar, para que recibamos nosotros ejemplo; pero como Dios, puede autonómicamente hacer cuanto le place. ¡Cómo debiera descansar en este pensamiento nuestro espíritu cuando nos dirigimos con nuestras oraciones al Omnipotente Jesús, Padre, Hermano y Amigo nuestro!

c) v. 42.—*Por el pueblo, que está alrededor...*—Oró Jesús, dice San Hilario, no porque le faltara poder, sino porque el pueblo estaba necesitado de doctrina. A Jesús le oye siempre el Padre, por su

consustancialidad con El como Dios, y porque como hombre no le pedía jamás nada que el Padre le pudiese negar: tal era la conformidad y conveniencia entre la voluntad de Jesús y la del Padre. Pidamos a Dios lo que nos convenga, y pidámosle nos ilumine para saber lo que nos conviene, y nuestra oración tendrá eficacia, porque está empeñada la palabra del mismo Jesús: «Pedid y recibiréis» (Ioh. 16, 24).

b) v. 43. — ¡Lázaro, ven afuera! — Le llama con su nombre, dice San Agustín, para que sea el que vuelva a la vida; no le dice: «Resucita», dice el Crisóstomo, para demostrar que habla a los vivos como a los muertos; y no le dice, ven en nombre del Padre, para que se vea la plenitud de su poder. Y Lázaro, al punto, salió: es la criatura que ha oído la voz de su Criador; es la muerte que ha soltado la presa al oír la palabra del que es Vida substancial; es el espíritu que ha oído el mandato del Espíritu, y ha vuelto a informar aquél cuerpo, y ambos han acudido, de la oscuridad del sepulcro a la plena luz del sol, a rendir pleitesía al que hizo al cuerpo y al espíritu e hizo de ello un ser humano.

e) v. 44. — *Desatadle, y dejadle ir.* — Se lo dice, según el Crisóstomo, para que le palpen, y vean que es el mismo; y dice que le dejen ir, por la humildad de Jesús, que no le acompaña, ni le manda que vaya con él para su ostentación. ¡Con qué justeza hace Jesús las obras, aun las más maravillosas! Jamás pierde la serenidad. Se manifiesta cuánto deba hacerlo para lograr sus fines; se oculta cuando no es preciso se manifieste más. Ni el más pequeño asomo de vanidad; ni la más pequeña falta de plenitud en lo que debe hacer: ni más, ni menos. Y siempre las altas conveniencias del espíritu dominando y prevaleciendo sobre toda aparente conveniencia del momento.

PERIODO CUARTO

RETIRADA A EFREN Y VIAJE HACIA JERUSALEN

142.—CONSECUENCIAS DE LA RESURRECCION DE LAZARO:
IOH. 11, 45-56

**Sigue el Evangelio del sábado después de la Dominica 4.^a de
Cuaresma (v. 45)**

⁴⁵ Muchos, pues, de los judíos que habían venido a ver a María y a Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. ⁴⁶ Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos, y les dijeron lo que había hecho Jesús.

⁴⁷ Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio, y decían: ¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? ⁴⁸ Si lo dejamos así, creerán todos en él: y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y nación. ⁴⁹ Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ⁵⁰ ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca. ⁵¹ Mas esto no lo dijo por sí mismo: sino que siendo sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación. ⁵² Y no solamente por la nación, mas también para juntar en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. ⁵³ Y así, desde aquel día, pensaron cómo le darían muerte.

⁵⁴ Por lo cual ya no se mostraba Jesús en público entre los judíos, sino que se retiró a un territorio cerca del desierto, a una ciudad llamada Efrén: y allí moraba con sus discípulos. ⁵⁵ Y estaba ya cerca la Pascua de los judíos: y muchos del contorno subieron a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. ⁵⁶ Y buscaban a Jesús: y se decían unos a otros, estando en el templo: ¿Qué os parece, de que no haya venido a la fiesta? Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado mandamiento, que si alguno sabía dónde estaba lo manifestase, para prenderle.

Explicación.—A la narración del gran prodigio sigue la descripción de sus efectos: en el pueblo (45.46); entre los primates (47-53); en el mismo Jesús (54-56). El gran milagro ha producido

la máxima obcecación en los jefes de la nación teocrática; se ha verificado la profecía de Jesús: Ni que vean la resurrección de un muerto creerán (Lc. 16, 31).

MUCHOS JUDÍOS CREEN EN JESÚS (45.46).—Había dicho Jesús en su oración: Para que crean que tú me has enviado (v. 42); ya se realiza esta palabra: *Muchos, pues, de los judíos que habían venido a ver a María y Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él*; con ello se ha cumplido el fin que Jesús se proponía al hacer el milagro; el texto griego es ponderativo del número de los creyentes a causa del prodigio. *Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos, y les dijeron lo que había hecho Jesús*: si fueron de los testigos que creyeron, se lo contarían a los primates con buen fin, para que también ellos creyesen; pero pudieron ser otros que vinieron a Betania, pero no vieron el milagro, y éstos pudieron delatar el hecho con ánimo de dañar a Jesús.

LOS JERARCAS RESUELVEN LA MUERTE DE JESÚS (47.53).—La noticia del gran milagro pone en conmoción a saduceos y fariseos, los que rigen a Israel; para tratar del grave negocio se reúne el Sinedrio: *Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio*. La magna asamblea ya no delibera si ha de hacerse o no algo contra Jesús: es indudable que se ha de proceder contra él; sólo deben concretarse las medidas a tomar contra el Taumaturgo: *Y decían: ¿Qué hacemos, porque este hombre, despectivamente, hace muchos milagros?* Tienen como indudables los prodigios, pero en vez de ser luz que les guíe a Jesús, les ciega, por su protervia y prevención contra él. La razón por los príncipes alegada para proceder contra Jesús no es más que un pretexto lleno de hipocresía: *Si lo dejamos así*, que siga multiplicando los milagros, *creerán todos en él*, proclamándole Mesías, y, como tal, le harán rey; y *vendrán los romanos*, que no consienten más dominación que la suya, y *arruinarán nuestra ciudad y nación*: so pretexto de patriotismo, se insinúan ya graves medidas a tomar contra Jesús, a pesar de que saben aquellos hombres que Jesús no predica ni persigue un reino temporal; pero les ha delatado ante el pueblo, y aprovecharán un motivo especioso para perderle.

Era sumo Pontífice aquel año Caifás; no que se renovaran todos los años, porque era de su naturaleza vitalicio el cargo de sumo Sacerdote, aunque abusaron los romanos de su poder, sustituyéndolos arbitrariamente: el Evangelista nota el hecho por la trascendencia que de los sucesos en que intervino el Pontífice aquel

año. Caifás era saduceo y, como tal, orgulloso e inhumano; ello nos explica la forma autoritaria y expeditiva con que habla: *Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada: el Pontífice tiene razones sobre toda razón que puedan aducir los demás; se ha deliberado ya bastante, y el presidente va a resolver el negocio: Ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca:* es una razón de estado y de carácter general la que alega en principio el astuto pontífice; la aplicación deberá ser fatal para Jesús; para inclinar el voto de la asamblea, el presidente exagera, contraponiendo la muerte de «un» hombre a la de «todo» el pueblo y a la total ruina de la nación.

Los políticos de Israel habían gozado antiguamente el privilegio de proferir oráculos: Dios hablaba por ellos (Ex. 28, 30; Núm. 27, 21; 1 Reg. 28, 6, etc.); el último de ellos, porque con la muerte de Jesús cesa el sacerdocio antiguo, por divina permisión pronuncia una profecía: sus palabras crueles encierran la verdad del hecho de nuestra redención por Jesús: *Mas esto no lo dijo por sí mismo: él dijo lo que intentaba; el divino Espíritu se valió de su lengua para profetizar una gran verdad: Sino que siendo sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación judía.* Añade el Evangelista por su cuenta, ensanchando el marco de la profecía y definiendo su alcance: *Y no solamente por la nación, mas también para juntar en uno los hijos de Dios, los gentiles, llamados por anticipación hijos de Dios, que estaban dispersos por todo el mundo.*

Las palabras de Caifás fueron decisivas: el Sinedrio en pleno, oficialmente, decretó la muerte de Jesús, sobre cuyo extremo no había habido más que tentativas de carácter particular (Ioh. 5, 18; 8, 59; Mt. 12, 14); Jesús había incurrido en la sanción suprema por el voto de la suprema magistratura de la nación: *Y así, desde aquel día, pensaron cómo le darían muerte.*

CONDUCTA DE JESÚS (54-56).— Conocería Jesús, hasta por sus relaciones, la decisión irrevocable del supremo tribunal: como no había llegado su hora, se substraía temporalmente al peligro, desapareciendo de las proximidades de Jerusalén: *Por lo cual ya no se mostraba Jesús en público entre los judíos, sino que se retiró a un territorio cerca del desierto, a una ciudad llamada Efrén: y allí moraba con sus discípulos.* Era Efrén, o Efraím, una ciudad situada muy hacia el norte de la Judea, lindante casi con Samaria, probablemente la localidad conocida hoy por El-Tayyibé; su emplaza-

miento cerca del desierto de Judá hubiese facilitado la fuga de Jesús en caso de persecución de sus enemigos. Allí pasó el Señor descansando, ya cercana su muerte, unos días, para emprender luego su último viaje a Jerusalén: de él nos habla Lc. 17, 11-19, 28; San Juan no se ocupa de este viaje, y sigue refiriendo los sucesos de la última Pascua.

Y estaba ya cerca la Pascua de los judíos: y muchos del contorno subieron a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse: tratábase de la purificación legal, indispensable para la legítima celebración de la gran fiesta, a la que debían someterse los que habían cometido ciertas infracciones legales, y que requerían a veces algunos días (Ex. 19, 10; Núm. 9, 10; 2 Par. 30, 17); asimismo debían expiarse en la ciudad aquellas manchas legales que reclamaban la oblación de sacrificios. Y toda esta gente, que se había anticipado a los días de la Pascua, *buscaban a Jesús*, como lo habían hecho en ocasión análoga (Ioh. 7, 11): *Y se decían unos a otros, estando en el templo, en los atrios, en los pórticos, donde se agolnaba gran muchedumbre: ¿Qué os parece, de que no haya venido a la fiesta?* Es pregunta de curiosidad y de duda: ya la última Pascua no había subido Jesús (6. 4; 7, 1); en las dos fiestas últimas de los Tabernáculos y de la Dedicación había concitado contra sí el odio de los fariseos: había motivo de que estuviese en expectación el pueblo entre quien tanta fama había logrado Jesús por sus milagros. En contraposición a la expectación del pueblo, nota el Evangelista cómo los jerarcas se disponían a ejecutar el decreto últimamente emanado de su tribunal: *Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado mandamiento, que si alguno sabía dónde estaba lo manifestase, para prenderle.*

Lecciones morales. — A) v. 46. — *Algunos de ellos se fueron a los fariseos...* — Un mismo hecho produce distintos efectos, en orden a la convicción religiosa, en quienes lo contemplan: Unos creen; otros se resisten, tal vez se endurecen en su incredulidad. El fenómeno que se produce ante la tumba de Lázaro se repetirá en el decurso de la Historia: el Centurión regresará del Calvario confesando a Jesús Hijo de Dios, mientras que los fariseos tratarán de sobornar a los soldados para que aparezca como una impostura lo que es obra del poder de Dios. Recuérdese a Juliano el Apóstata ante los prodigios del templo de Jerusalén, que quería reconstruir; a algunos tiranos ante los milagros de los mártires; a Zola ante los prodigios de Lourdes; a la prensa impía ante las múltiples manifestaciones del poder sobrenatural. Es falta de visión espiritual; es ceguera producida por la soberbia; no quieren los hombres aprehender la luz de Dios que brilla en las tinieblas (Ioh. 1, 7), y se queda en la obscuridad voluntaria y obstinada.

B) v. 47. — *¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros?* — Son estas palabras hijas de la necedad y de la ceguera, dice Orígenes. De la necedad, porque reconocían los milagros de Jesús, y querían atentar contra él, como si el Señor no hubiese podido emplear su poder en defenderse de sus insidias. De la ceguera, porque piensan que Jesús no obra los milagros por virtud divina. Necedad y ceguera sufren cuantos en el decurso de la historia se han levantado contra Jesús y han tratado de dañarle: su poder es demasiado grande para que no deban racionalmente temerlo cuantos en el orden político, teológico, científico, se han declarado sus enemigos; la historia nos enseña la derrota de cuantos han querido aniquilar a Jesús. Y ciegos son, más que los judíos contemporáneos de Jesús, los que no han reconocido su divinidad, por tantos títulos demostrada, y osan todavía contraponer su fuerza personal al que es la «fuerza de Dios», en frase de San Pablo (1 Cor. 1, 24).

✠C) v. 48. — *Si lo dejamos así, creerán todos en él... — ¿Y qué? Si la fe en Cristo, que se le debía por sus milagros y por su doctrina, era cosa racional, ¿por qué negársela? ¿No es esto ultrajar la racionalidad del hombre? Pero son tan terribles los prejuicios; es tal la ceguera del odio; tanta es la desviación que produce la soberbia y la envidia, que se llega hasta a ahogar la voz de la conciencia, a errar deliberadamente el camino de la vida presente, a jugarse los destinos de la futura. A la presencia de lo sobrenatural, o de lo que aspira al carácter de tal, el hombre racional debe aceptar los hechos tal como son y, a través de ellos, si son garantía bastante de la intervención de Dios, acatar las verdades invisibles que detrás de los hechos visibles suele Dios esconder.*

D) v. 51. — *Siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó...* — No todo el que profetiza es profeta, dice Orígenes, como no todo lo que hace el justo es justo, como el que hace el bien por vanagloria. Profetizó Caifás sin ser profeta, como otro tiempo había profetizado Balaam, que tampoco lo era. Para que aprendamos que Dios puede utilizar a los hombres malos para cosas buenas: puede, por ejemplo, un mal sacerdote ser en otro concepto magnífico instrumento del bien, como en este caso profetizó Caifás, dice San Agustín, lo que el Evangelista atribuye al sacramento, porque era pontífice. Como un político, un hombre de ciencia puede colaborar sin saberlo a la obra de Dios, aun siendo su enemigo, como los judíos fueron el instrumento inconsciente de la redención que nos vino por la muerte de Cristo, por ellos causada.

E) v. 54. — *Se retiró a un territorio cerca del desierto...* — Pudo parecer este acto de Jesús un acto de cobardía: no lo fue; quien había resucitado a un muerto, ¿no podía él librarse vivo de las manos de sus enemigos? El cristiano tiene en esta conducta de Jesús no sólo un modelo de prudencia, al no exponerse a hora indebida a peligros que pudiesen malograr su obra, y en no colaborar a la malicia de los adversarios, haciéndoles más protervos en el mal; sino un admirable ejemplo de fortaleza, porque Jesús, que sabe tiene que morir dentro de poco, se recoge en la soledad y en el silencio para aprestarse a la tremenda lucha, como se disponían

los atletas, entrenándose, como dicen ahora, para la hora decisiva del combate.

F) v. 54. — *Y allí moraba con sus discípulos.* — Nada nos dicen los Evangelistas de aquel retiro en Efrén; pero es lícito a la piedad del comentarista deducir por conjetura lo que la historia calla. En Efrén se ocuparía Jesús en pulimentar y disponer para el próximo apostolado el alma de sus discípulos. En ella depositaría el Señor la simiente fecunda de la verdad, que más tarde consignarían en sus escritos, o predicarían a los pueblos, formando este depósito intangible y santo de la tradición. Les enseñaría la táctica y la estrategia para lograr la conquista del mundo para incorporarlo al Reino de Dios. Les daría documentos sapientísimos de perfección personal. Les abriría los senos de su corazón y de su inteligencia, para que se adentraran en ellos y aprendieran las inexplicables riquezas de su verdad y de su caridad. Si en una hora de la última Cena dióles la maravillosa doctrina que nos ha transmitido San Juan, ¿por qué no hemos de creer en las dulces y fuertes expansiones del alma de Cristo en aquellos momentos de ansiosa soledad?

143. — ULTIMO VIAJE A JERUSALEN: CURACION DE DIEZ LEPROSOS: Lc. 17, 11-19

Evangelio de la Dominica 13.^a después de Pentecostés

¹¹ Y aconteció que, yendo él a Jerusalén, pasaba por entre la Samaria y la Galilea.

¹² Y entrando en una aldea, saliéronle al encuentro diez hombres leprosos, que se pararon de lejos: ¹³ y alzaron la voz, diciendo: Jesús Maestro, ten misericordia de nosotros. ¹⁴ El, cuando los vio, dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios. ¹⁵ Y uno de ellos, cuando vio que había quedado limpio, volvió glorificando a Dios a grandes voces. ¹⁶ y se postró, en tierra, a los pies de Jesús, dándole gracias: y éste era samaritano. ¹⁷ Y respondió Jesús, y dijo: ¿Por ventura no quedaron limpios los diez? Y los nueve, ¿dónde están? ¹⁸ No hubo quien volviese y diese gloria a Dios, sino este extranjero. ¹⁹ Y le dijo: Levántate, vete, que tu fe te ha hecho salvo.

Explicación. — VIAJE A JERUSALÉN (11). — En Efrén, adonde se había retirado Jesús después de la resurrección de Lázaro, estuvo Jesús unos días, tal vez unas semanas. No es improbable que desde la ciudad hiciese algunas excursiones a los lugares limítrofes para predicar el Evangelio. Por las cercanías de Pascua, la última de su vida mortal, resolvió Jesús subir a Jerusalén. No lo hizo directamente, por lo que le hubiese bastado menos de una jornada de marcha, sino que se remontó al norte, atravesando probablemente la Samaria, hasta llegar a los confines de la Galilea, y allí dobló

hacia el este, teniendo la Galilea a la izquierda y la Samaria a la derecha, tomando la dirección de la Perea y bajando a la Judea por la ruta del valle del Jordán y a la izquierda de este río. El viaje fue lento, y duró quizás algunas semanas: *Y aconteció que, yendo él a Jerusalén, pasaba por entre la Samaria y la Galilea.* Mientras iba a la capital, predicaba y obraba milagros. El tercer Evangelista es el más copioso en la narración de los sucesos de este tiempo, que quizá comprenda las últimas semanas antes de la Pascua del año último de la vida pública de Jesús.

CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS (12-19).—*Y entrando en una aldea, ignórase cuál fuese, ni a qué provincia perteneciese, saliéronle al encuentro diez hombres leprosos, nueve de ellos judíos y uno samaritano, que se pararon de lejos, como lo prescribía la ley (Lev. 13, 45.46): si el viento sopla del lado del leproso, el rabino Jocanáan afirma no poderse acercar a menos de cuatro codos del leproso; a menos de cien, según Simeón. Y alzaron la voz, por razón de la distancia y por sus deseos vehementes de curar, diciendo: Jesús Maestro, ten misericordia de nosotros: claman juntos, a una voz, para mover a compasión a Jesús; a pesar de los odios nacionales entre judíos y samaritanos hay entre ellos comunidad de sentimientos, efecto de la identidad de desgracia.*

Jesús prueba su fe: mandaba la Ley que el curado de lepra se presentase al sacerdote para la pública declaración de limpieza (Lev. 13, 2); ellos, aunque no curados, obedecen: *El, cuando los vio, dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios, en premio de su fe sincera y a su pronta obediencia.* La repentina curación del terrible mal llenó de gozo a aquellos hombres, aunque sólo uno lo manifiesta: *Y uno de ellos, cuando vio que había quedado limpio, volvió glorificando a Dios a grandes voces, efecto de su emoción y gratitud, que manifiesta hacia Dios, que por el Taumaturgo le ha concedido tal don, y hacia el mismo Jesús: Y se postró, rostro en tierra, a los pies de Jesús, como lo hacen los orientales ante los grandes personajes, dándole gracias: y éste era samaritano, y, como tal, odiado de los judíos (Ioh. 4, 9; Lc. 10, 33).*

Jesús aprovecha la ocasión del retorno del samaritano para quejarse de la ingratitud de los demás, que quizá como israelitas, se creían con derecho a ser curados: *Y respondió Jesús, y dijo: ¿Por ventura no quedaron limpios los diez? Y los nueve, ¿dónde están?* Hace Jesús las preguntas para dar a los circunstantes la grave lección que sigue: *No hubo quien volviese y diese gloria a*

Dios, sino este extranjero: todos tuvieron fe y obediencia; sólo uno es de alma agradecida: muchos reciben beneficios; pocos demuestran su gratitud con las obras. Y, después de haber Jesús alabado el samaritano, *le dijo*, amablemente para despedirle: *Levántate, vete, que tu fe te ha hecho salvo*. Parece a muchos intérpretes este episodio un presagio de la conversión y gratitud de muchos gentiles y de la indiferencia y protervia de los judíos.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*Saliéronle al encuentro diez hombres leprosos...*—La identidad de dolencia hizo concordes a estos infelices. Y deseaban que pasara Jesús, y estaban ansiosos de verle, dice un intérprete. Se quedan lejos de Jesús, porque les infunde rubor su inmundicia, y temen que Jesús sienta hacia ellos la repugnancia que los demás, dice Teofilacto. ¡Qué bella imagen de la plegaria en común de cuantos sienten la misma necesidad y a quienes da rubor la santidad de Jesús y la propia miseria! La oración acerca a Jesús a los leprosos, que son curados. La humildad de la plegaria nos hará propicio al Señor, y más si somos unánimes en la oración.

B) v. 13.—*Y alzaron la voz...*—Levantaron la voz, no avergonzándose de la súplica ni de la miseria física que padecían. Y le llamaron «Jesús», dice un comentarista, para lograr la eficacia del nombre, que es «salvación». Y le dijeron: «ten misericordia de nosotros», confensando su poder y pidiendo una cosa justa. Y le apellidaron «Maestro», Señor, reconociendo su gran dignidad. Están condensadas en esta brevísima oración las principales condiciones de la nuestra ante Jesús.

C) v. 14.—*Id, mostraos a los sacerdotes.*—Todavía no estaba abolido el sacerdocio de la ley divina; y, a pesar del odio que aquellos días sentían los principales sacerdotes contra Jesús, El observa con ellos todo lo que la ley prescribe. En lo que nos da dos lecciones: primera, de respeto a las prescripciones legales, especialmente en materia religiosa, de las que ni El, el Sumo Sacerdote, quiere dispensarse; y luego, de consideración al ministerio, aunque quien lo ejerce no tenga tal vez las condiciones de dignidad personal y de virtud que sus oficios reclaman. Necios son quienes dicen, ante la conducta de algún ministro de Dios, que ello les hace perder la fe; porque ésta nunca puede depender de las condiciones personales de quien la predica. ¡Pobre fe la de quien funda, no en infabilidad y en la veracidad de Dios que nos la impone, sino en la vida movediza de un hombre, aunque sea un ministro de Dios y un predicador de su fe!

D) v. 16.—*Y éste era samaritano.*—La diferencia de nacionalidad y de religión, los prejuicios de raza, no son bastante a debilitar la fe del samaritano, ni son obstáculo a la magnífica conducta que sigue con Jesús. Ni todo ello es óbice para que le alabe el Señor. De donde podemos colegir, dice Teofilacto, que nada empece que sea agradable a Dios cualquiera, aunque venga de prosapia profana o gentil o mala, con tal tenga buen propósito. Nadie, aunque sea nacido de santos, se ensoberbezca: nueve eran los israelitas, y fue-

ron todos ingratos. Dios no es aceptador de personas. Cumplamos con él como debemos, y él no nos faltará, ni nos echará en cara lo que desplaza a los hombres.

E) v. 17. — *Y los nueve, ¿dónde están?* — Nos colma Jesús de sus dones, siempre y en todas las circunstancias de la vida. ¡Qué de gracias de iluminación, de moción, de perdón! ¡Cuántos beneficios en el orden temporal y espiritual! ¡Qué de exquisiteces ha tenido con nosotros, sacándonos de apuros, librándonos de peligros, dándonos, en fin, mil pruebas de su paternal benevolencia! Y los nueve, ¿dónde están? ¿Cuántas veces damos gracias a Dios por sus beneficios? ¿Cuántos son los hombres que se las dan? ¿Cuántos, sobre todo, manifiestan su gratitud con las obras, haciendo que ellas sean semilla de otros dones de la munífica mano del Señor?

144. — DEL ADVENIMIENTO DEL REINO Y DEL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE: Lc. 17, 20-37

²⁰ Preguntándole los fariseos, ¿cuándo vendrá el Reino de Dios?, les respondió, y dijo: El Reino de Dios no vendrá con muestra exterior. ²¹ Ni dirán: Helo aquí, o helo allí. Porque el Reino de Dios está dentro de vosotros.

²² Y dijo a sus discípulos: Vendrán días, cuando desearéis ver un día del Hijo del hombre, y no lo veréis. ²³ Y os dirán. Vedle aquí, o vedle allí. No queráis ir, ni le sigáis. ²⁴ Porque como el relámpago, que, relumbrando en la región inferior del cielo, resplandece desde la una a la otra parte; así también se mostrará en su día el Hijo del hombre. ²⁵ Mas primero es menester que él padezca mucho, y que sea reprobado por esta generación. ²⁶ Y como acaeció en los días de Noé, así también acaecerá en los días del Hijo del hombre. ²⁷ Comían y bebían; casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que entró Noé en el arca: y vino el diluvio, y acabó con todos. ²⁸ Asimismo como ocurrió en los días de Lot. Comían y bebían: compraban y vendían: plantaban, y hacían casas. ²⁹ Y el día que salió Lot de Sodomá, llovió fuego y azufre del cielo, y los mató a todos. ³⁰ Lo mismo ocurrirá el día en que se manifestará el Hijo del hombre. ³¹ En aquella hora, el que estuviere en el terrado, y tuviere sus alhajas dentro de la casa, no descienda a tomarlas: y el que en el campo, asimismo no torne atrás. ³² Acordaos de la mujer de Lot. ³³ Todo aquel que procurare salvar su vida, la perderá: y quien la perdiere, la vivificará. ³⁴ Os digo, que en aquella noche dos estarán en un lecho: el uno será tomado, y el otro dejado. ³⁵ Dos mujeres estarán moliendo juntas: la una será tomada, y la otra dejada: dos en el campo: el uno será tomado, y el otro dejado. ³⁶ Respondieron, y le dijeron: ¿En dónde, Señor? ³⁷ Y él les dijo: Doquiera que estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas.

Explicación. — EL REINO DE DIOS (20.21). — Jesús hablaba con frecuencia del Reino de Dios; el Bautista había asimismo empezado

su predicación por el anuncio del reino; a la orden del Señor, también los discípulos predicaban que se acerca el Reino de Dios. Por otra parte, era ésta una cuestión viva en el pueblo judío: la proximidad de la venida del Mesías, que estaba en la conciencia de todas las clases, y la consiguiente fundación del reino mesiánico, del que tenían tan equivocado concepto los judíos, hacían de este tema la actualidad doctrinal y política de los que se interesaban por la suerte de Israel. A ello obedece la pregunta de los judíos, que no parece tengan mala intención al formularla, y sólo expresan el deseo de que Jesús concrete su doctrina en punto tan capital. *Preguntándole los fariseos, ¿cuándo vendrá el Reino de Dios?*, porque no vemos ningún indicio de él.

Jesús soslaya la cuestión del «tiempo» del advenimiento del reino; y atendiendo sólo al lado práctico, y señalándoles el «modo» de su aparición para que se dispongan a recibirle, *les respondió, y dijo: El Reino de Dios no vendrá con muestra exterior, con pompa mundana, con aparato de majestad, como suelen los reyes. Ni dirán: Heo aquí, o heo allí, como se dice de un rey triunfador, que aparece con su séquito, con su ejército en un punto, para manifestar su poder o su gloria. Con ello destruye Jesús los prejuicios de sus interlocutores, que creían en una restauración de la monarquía a guisa de sus famosos reyes, David y Salomón. Y concretando la naturaleza del reino, les dice: Porque el Reino de Dios está dentro de vosotros. Estas palabras reciben dos interpretaciones: dentro de vosotros, en vuestros corazones, en vuestras almas, y ello significa que el Reino de Dios es absolutamente espiritual; o, lo que parece mejor y más ajustado al texto griego, dentro de vosotros, en medio de vosotros, donde por mi predicación y la de mis Apóstoles se han puesto sus cimientos y empiezan a manifestar su fuerza por los milagros y por la conversión de muchos (Mt. 12, 28; Lc. 11, 20).*

EL DÍA DEL HIJO DEL HOMBRE (22-27).—La mayor parte de los pensamientos contenidos en este fragmento se hallan asimismo en el capítulo 24 de Mt., aunque con notables diferencias; es lo más probable que Jesús reprodujo en Jerusalén, al cabo de pocos días, análogos conceptos en el sermón escatológico de Mt.

Ha respondido el Señor a la pregunta de los fariseos; ahora se dirige especialmente a sus discípulos para explicar el mismo punto, enseñándoles que será su segundo advenimiento el señalado con grandes signos exteriores: *Y dijo a sus discípulos: Vendrán días, cuando desearéis ver un día del Hijo del hombre: serán tan grandes las tribulaciones que la Iglesia sufra, que deseen sus hijos la apari-*

ción del Hijo del hombre como juez, que castigue a sus enemigos y triunfe de ellos: *Y no lo veréis*, porque Dios quiere que pasen días de tormenta para la Iglesia y sus hijos, y es prematuro desear un triunfo clamoroso y definitivo.

Y como en días de dolor expectante se aguarda el remedio, habrá muchos pseudocristos y pseudoprofetos que anunciarán la llegada del Señor, que ha aparecido en tal o cual parte para poner remedio a los males: *Y os dirán: Vedle aquí o vedle allí. No queráis ir, ni le sigáis*, buscándole en los lugares que los impostores os digan. La aparición del Hijo del hombre revestirá tales caracteres de ostentación y de verdad, que nadie podrá ser engañado: *Porque como el relámpago que, relumbrando en la región inferior del cielo, resplandece desde la una a la otra parte*, iluminando simultáneamente todo el horizonte, *así también se mostrará en su día el Hijo del hombre*, el día de su gloriosa aparición para el juicio, que será notoria a todo el mundo. Pero antes es preciso pasar por la pasión, anunciando aquí otra vez Jesús sus humillaciones y dolores (Mt, 16, 21; 17, 22; Mc. 8, 31; 9, 30; Lc. 9, 22; 12, 50, etc.): *Mas primero es menester que él padezca mucho, y que sea reprobado por esta generación*, de parte de sus contemporáneos, pronto, con lo que les previene contra el escándalo de su pasión.

La manifestación del Hijo del hombre será notoria a todos. Será también imprevista y de improviso, por lo que conviene estar preparados: *Y como acaeció en los días de Noé*, cuando los hombres, ocupados en sus negocios, no se preocupaban de la predicación del patriarca, *así también acaecerá en los días del Hijo del hombre. Comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que entró Noé en el arca: y vino el diluvio, y acabó con todos*: entonces fue Noé el heraldo de Dios; la Iglesia lo será del Hijo del hombre. Y repite el mismo pensamiento apoyándole en otro hecho de la historia bíblica: *Asimismo como ocurriró en los días de Lot. Comían y bebían: compraban y vendían: plantaban, y hacían casas, sumergidos en sus negocios; Y el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo, y los mató a todos* (Gen. 19, 24 sigs.): *Lo mismo ocurrirá el día en que se manifestará el Hijo del hombre*: ocupados en las cosas terrenas, verán de improviso echárseles encima el fin del mundo.

Por todo ello, conviene estar preparados para el día del juicio, no haciendo caso de cosa alguna de la tierra, preocupados solamente de salvar el alma: *En aquella hora, el que estuviere en el terrado, y tuviere sus alhajas dentro de la casa, no descienda a tomarlas: y el que en el campo, asimismo no torne atrás. Acordaos*

de la mujer de Lot: no creyó a las palabras del ángel: miró lo que atrás dejaba con dolor, y pereció (Gen. 19, 17.26).

De tal suerte debemos estar preparados para aquel día, deponiendo todo amor desordenado y todo temor mundano, que estemos dispuestos a dar nuestra vida antes que dejar a Cristo: *Todo aquel que procurare salvar su vida, la perderá*, porque se perderá para siempre a sí mismo; *Y quien la perdiere*, crucificando su carne con sus vicios y concupiscencias, posponiéndola a la causa de Cristo y de la vida eterna, *la vivificará*, la conservará viva. De toda condición humana los habrá para la vida y para la muerte, para la salvación y reprobación: *Os digo, que en aquella noche*, y alude a la noche que es símbolo de angustia y terror, o bien porque vendrá como ladrón, de noche, *dos estarán en un lecho: el uno será tomado*, hacia Cristo y la gloria (1 Thess. 4, 16.17), *y el otro dejado*, excluido del cielo. *Dos mujeres estarán moliendo juntas*, en el pequeño molino doméstico de piedra: *la una será tomada, y la otra dejada: dos en el campo: el uno será tomado, y el otro dejado*. Pobres y ricos serán medidos por el mismo rasero; nótese la reiterada cadencia ideológica de los tres ejemplos.

Los judíos, tomando ocasión de las palabras de Jesús, *respondieron, y le dijeron: ¿En dónde, Señor, serán tomados, dónde sucederá esto? Y él les dijo*, empleando una comparación: *Doquiera que estuviere el cuerpo*, el cadáver, *allí también se congregarán las águilas*, llevadas como por instinto a un mismo lugar: así los elegidos se dirigirán a Cristo como llevados de innato ímpetu, que con celeridad les lleva a su destino.

Lecciones morales. — A) v. 20. — *¿Cuándo vendrá el Reino de Dios?*... — Para cada uno de nosotros, el Reino de Dios llega a cada uno de los momentos de nuestra vida, porque en todos ellos nos visita Dios, y en todos ellos debemos estar unidos y ser súbditos voluntarios de Dios. De una manera especial el Reino de Dios es para nosotros la hora de la muerte: es ella la que nos debe incorporar definitivamente a Dios, para gozarle en la gloria, o la que definitivamente debe separarnos de él. Vendrá cuando no pensemos, como ladrón nocturno. Quizá peor para nosotros si supiéramos la hora del advenimiento, porque, confiados en su seguridad, caeríamos en la indolencia y en el descuido, origen de todo mal espiritual. La ignorancia de aquel día, para todos oculto, nos obliga a estar ojo avizor, a fin de que no nos coja desprevenidos, lo que podría acarrear nuestra eterna ruina.

B) v. 22. — *Vendrán días cuando desearéis ver un día del Hijo del hombre, y no lo veréis.* — Un día del Hijo del hombre es un día claro, de goce, de quietud, porque es un día de Jesús. Vendrán, por

lo mismo, días amargos de persecuciones duras, días que mejor se llamarían noches, porque lo serán de tinieblas, de dolores, de congojas. Esto lo dijo Jesús de su Iglesia; pero se aplica a cada cristiano en particular. Que nos deje Jesús en la oscuridad total; que nos acompañe a lo menos la esperanza de que lucirá otra vez el sol en nuestra pobre vida, sino en ésta, en la eterna, de luz y felicidad indeficiente. Que sean estas palabras de Jesús, que encierran una tremenda profecía, la luz que a la Iglesia y a cada uno de sus hijos sostenga en esta oscuridad de las persecuciones, que nos ofrece Dios no para anonadarnos, sino para probarnos y para que aumentemos nuestro mérito y nuestro premio.

c) v. 25. — *Mas primero es menester que él padezca mucho...* — Creían los discípulos, dice San Cirilo, que lo mismo sería llegar Jesús a Jerusalén que manifestarles el Reino de Dios. Pero él destruye esta opinión, diciéndoles que antes debe pasar por la pasión saludable. Nótese que cada vez que se manifiesta en alguna forma la gloria de Jesús, pone él mismo el contraste de su pasión: no consiente que se hable de su purificación, sino con la previa condición de sus sufrimientos. Es la ley de la vida cristiana: quien no sufre, no goza; quien no se mortifica, no es vivificado; antes de la gloria, la cruz; lo dice la vulgar filosofía cristiana: «Para ir al cielo, es preciso sufrir.»

b) v. 33. — *Todo aquel que procurare salvar su vida, la perderá...* La manera de perder el alma para salvarla, dice Teofilacto, nos la enseña San Pablo, cuando dice de algunos: «Que crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias» (Gal. 5, 24). La vida que debemos perder es la vida inferior, la del hombre viejo, que es hijo de la muerte; y la que hemos de ganar con ello es la del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en justicia y en santidad de verdad (Ephes. 4, 24). En esta sentencia del Señor se encierra todo el ascetismo de la vida cristiana: mortificar la carne para que viva el espíritu (1 Petr. 3, 18); dejar de vivir para el pecado y «vivir para Dios en Jesucristo nuestro Señor» (Rom. 6, 11). «Si vivimos según la carne, dice el Apóstol, moriremos; si con el espíritu mortificamos las obras o pasiones de la carne, viviremos» (Rom. 8, 13).

e) v. 34. — *El uno será tomado, y el otro dejado.* — Es cosa tremenda que los que en vida hayan juntado igualdad de profesión, de inclinaciones, de sangre, hayan de verse bruscamente separados el día del juicio, y separados para siempre; y unos al cielo y otros a los infiernos. Pero no es injusto Dios, dice San Ambrosio, al dar a los que tuvieron igualdad de vida distintos destinos, porque no hace la igualdad de méritos la igualdad de profesión, seglar, religiosa, de sacerdocio, etc., ya que no todos logran lo que en su vida se proponen; sino que aquel que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Vivamos en forma, los que tenemos un mismo sentir y vivir, que no tengamos que vernos para siempre separados.

f) v. 37. — *Doquiera que estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas.* — Compáranse al águila las almas de los justos, dice San Ambrosio, porque se remontan a lo alto, dejan las bajas regiones, y tienen vida larga. Cuanto al cuerpo de que Cristo

habla, no hay lugar a dudas: es el cuerpo del que El mismo dijo: «Mi carne es verdadera comida»; alrededor de este cuerpo revolotean las almas con sus alas espirituales. Vayamos a la Eucaristía, donde está el cuerpo del Señor, si queremos ser águilas en la virtud. Como el águila, ahondemos la mirada en los insondables abismos de la vida de Jesús; hagamos presa de El, con vivísimos deseos de incorporarnos a El, para que El nos incorpore a Sí; y vivamos del Espíritu de este cuerpo, que es el mismo Espíritu de Dios. Y cada día podremos remontarnos más alto en el cielo de la santidad.

145.—LA ORACION: PARABOLA DEL MAL JUEZ Y LA VIUDA Lc. 18, 1-8

¹Y les decía también esta parábola, que es menester orar siempre, y no desfallecer, ²diciendo: Había un juez en cierta ciudad que no temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno. ³Y había en la misma ciudad una viuda, que venía a él y le decía: Hazme justicia de mi contrario. ⁴Y él, por mucho tiempo, no quiso. Pero después de esto dijo entre sí: Aunque no temo a Dios, ni a hombre tengo respeto, ⁵con todo, porque me es importuna esta mujer, le haré justicia, porque no venga tantas veces, que me fastidie sin fin.

⁶Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el injusto juez: ⁷¿Pues Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche, y les hará esperar? ⁸Os digo que presto les hará justicia. Mas cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe sobre la tierra?

Explicación.—Esta parábola es como una continuación del discurso anterior, y debe referirse al mismo tiempo. Al hablar Jesús del día del Hijo del hombre había profetizado las grandes tribulaciones que deberán pasar sus discípulos (Lc. 17, 22); ahora les da el remedio, adoctrinándoles sobre la eficacia de la oración, si es perseverante.

TEMA Y PARÁBOLA (1-5).— *Y les decía también*, a los discípulos, *esta parábola, que es menester orar siempre, y no desfallecer*: esta tesis indica el fin moral de la parábola que va a proponer. Orar siempre no significa continuamente y sin interrupción, sino asiduamente, como decimos de un hombre estudioso que estudia siempre; no desfallecer es no cansarse, no descorazonarse, aunque Dios difiera darnos lo que pedimos, como lo hizo la viuda con el juez: la repulsa de éste aumentaba el ánimo de aquélla.

Diciendo: Había un juez en cierta ciudad que no temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno: hombre sin principios ni conciencia; muchos son los que no temen a Dios, pocos los que no respetan a los hombres, por temor, por agradecerles, por querer aparecer bue-

nos, etc.; quien no respeta a los hombres ha colmado la medida de su degradación moral. *Y había en la misma ciudad una viuda, que venía a él y le decía: Hazme justicia de mi contrario:* viuda, y por lo mismo débil y sola; venía, con insistencia; y pedía, a quien tenía oficio de administrarla, justicia de agravios, o vindicación de penas incurridas por un ciudadano que la vejó. *Y él, por mucho tiempo no quiso:* no le movieron ni la debilidad, ni las súplicas de la pobre mujer. *Pero después de esto dijo entre sí, monologando,* como varias veces se halla en las parábolas de Lc. (12, 17,18; 15, 18,19; 16, 3,4): *Aunque no temo a Dios, ni a hombre tengo respeto,* se jacta de su rebajamiento moral, *con todo,* no obstante mi indiferencia hasta por la misma justicia, *porque me es importuna esta mujer,* me molesta con sus ruegos reiterados, *le haré justicia,* se la administraré, *porque no venga tantas veces, que me fastidie sin fin:* es frase ponderativa de la tenacidad de la viuda en sus ruegos que obligan al juez a salir de su pasividad.

APLICACIÓN (6-8).— *Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el injusto juez:* no quería administrar justicia de grado, y le vencieron, siendo hombre sin conciencia e injusto, los ruegos importunos de una pobre mujer. *¿Pues Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?...*

¿Dios justo no hará justicia a los justos que la imploran; misericordioso, no se conmovirá de las miserias de los suyos?

¿Y les hará esperar, esto es, diferirá el socorrerles? Y responde a su propia pregunta: *Os digo que presto les hará justicia;* no permitirá que sean mucho tiempo afligidos: pronto, no en el sentido de que les oiga tan luego rueguen, porque quiere que perseveren en la oración, sino porque es momentáneo todo lo de la vida, incluso las grandes tribulaciones, en comparación con la eternidad. Dios no es como el mal juez, que tarda en hacer justicia.

Termina Jesús con esta pregunta, que debe contestarse en sentido negativo (Mt. 24, 24; Lc. 17, 27,28): *Mas cuando viniere el Hijo del hombre,* el día del juicio, *¿pensáis que hallará fe sobre la tierra,* que haga perseverar a los hombres en la oración, o esperar, en el Mesías? Verdad que desearán los justos el día del Señor, especialmente en los últimos tiempos, pero los creyentes serán pocos. Tendrá entonces lugar la gran apostasía de que hablan San Pedro (2 Petr. 3, 3) y San Pablo (2 Thess. 2, 3-11).

Lecciones morales.— A) v. 1.— *Es menester orar siempre, y no desfallecer...*— Quien te creó y redimió, dice el Crisóstomo, es quien te enseña que debes orar. No quiere que ceses en tus plegarias:

quiere que medites los beneficios mientras los pides; quiere que recibas, mientras ruegas, los beneficios que su benignidad quiere concederte. Ni los niega jamás a los que oran quien les instiga en su piedad para que no cesen en los ruegos. Oye de buen grado las exhortaciones del Señor: debes querer lo que él manda; debieras no quererlo si lo prohibiera. Considera, finalmente, cuánta es tu dicha, de poder hablar con tu Dios en la oración y pedirle lo que deseas; el cual, aunque no te responde con palabras, lo hace con sus beneficios. No te desprecia cuando pides, ni se molesta a no ser que no pidas.

B) v. 4. — *Y él, por mucho tiempo no quiso.* — Lo mismo hace Dios con nosotros, no porque no quiera concedernos lo que pedimos, sino para que colmemos nosotros la medida de nuestra plegaria. Esta, si es legítima, nunca deja de ser eficaz: sería ello una claudicación de Dios en sus promesas; una injuria que haría a su criatura, después de haberla prometido solemnemente el socorro; una falla en la providencia por El mismo establecida en la administración de sus dones; un abandono de los hijos en sus miserias; una desatención al Espíritu Santo, «que ruega con nosotros con gemidos inenarrables» (Rom. 8, 26).

c) v. 5. — *Porque me es importuna esta mujer, le haré justicia...* Si un juez inicuo, que no teme a Dios, ni a los hombres, llega a doblegarse a los ruegos de una mujer, ¿por qué no deberá hacerlo el Dios misericordioso y omnipotente? Si concede la gracia pedida a aquella viuda, siendo así que le molestaban sus reiterados ruegos, ¿cuánto más nos las concederá el Señor beniguísimo que nos manda se las pidamos, y que ha hecho de la oración el medio normal para lograrlas en la economía divina de sus gracias? ¡Qué confianza, qué certeza de ser oídos debieran estas palabras de Jesús inspirarnos!

d) v. 7. — *¿Y les hará esperar?* — Es decir, ¿podrá sufrir el paternal corazón de Dios por mucho tiempo que nosotros llamemos a las puertas de su poder y misericordia? No es él como los falsos dioses, que tienen oídos y no oyen: es la misma suma bondad y benignidad, en la que hallan resonancia todas nuestras miserias, de todo orden; sólo aguarda cumplamos con el trámite sagrado de pedirselas, por él ordenado.

e) v. 8. — *¿Pensáis que hallará fe sobre la tierra?* — Cuando el Creador omnipotente aparezca en forma humana, dice San Beda, serán tan raros los elegidos, que no tanto por los clamores de los fieles como por la desidia de los demás, deberá acelerarse la ruina de todo el mundo. Lo que aquí parece decir Jesús en forma dubitativa, no es más que una queja y una afirmación, como cuando decimos a un criado: ¿Acaso no soy yo tu señor?

146. — LA HUMILDAD: PARABOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO: Lc. 18, 9-14

Evangelio de la Dominica 10.^a después de Pentecostés

⁹ Y dijo también esta parábola a unos que presumían de justos y despreciaban a los demás: ¹⁰ Dos hombres subieron al templo a orar: el uno fariseo y el otro publicano. ¹¹ El fariseo, estando en

pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh, Dios!, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros: así como este publicano. ¹² Ayuno dos veces en la semana: doy diezmos de todo lo que poseo. ¹³ Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: ¡Oh, Dios!, muéstrate propicio a mí, pecador. ¹⁴ Os digo que éste, y no aquél, descendió justificado a su casa: porque todo hombre que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.

Explicación. — Esta parábola no es más que un desarrollo de la anterior: es precisa la oración, pero debe acompañarla la humildad; Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (1 Petr. 5, 5; Iac. 4, 6). El fariseo, tipo de los primeros, y el publicano, que lo es de los segundos, están admirablemente descritos. La introducción deja entrever que la parábola va dirigida contra los fariseos: *Y dijo también esta parábola a unos que presumían de justos, tenían la convicción de que eran justos, y despreciaban a los demás, como impuros y pecadores.*

LA PARÁBOLA. — El templo de Jerusalén estaba emplazado en el monte Moria, y de toda la ciudad debía subirse para ir a él, cosa que hacían con frecuencia los judíos: *Dos hombres subieron al templo a orar: el uno fariseo, selecto, incontaminado, y el otro publicano, pecador;* son dos tipos antitéticos: el primero es el representante de la pureza legal; el otro, de la injusticia y de la depravación. *El fariseo, estando en pie,* así lo hacían los judíos con frecuencia (3 Reg. 8, 14; Mt. 6, 5; Mc. 11, 25), aunque en este caso se indica afectación y petulancia en la actitud del orante, *oraba en su interior, mentalmente, de esta manera: ¡Oh, Dios!, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros:* empieza por orar y sigue calumniando soberbiamente a todos los hombres: él solo es justo; los demás pecadores. Continúa tratando con desdén al publicano que tiene delante y que no hace más que acrecer su orgullo: *así como este publicano;* hay aquí juicio temerario, desprecio de una acción buena, falta absoluta de caridad. Y termina su supuesta plegaria con una grosera alabanza de sí mismo: *Ayuno dos veces en la semana,* los lunes y jueves, como solían los «piadosos», obra de pura devoción, ya que la ley no obligaba al ayuno más que una vez al año, el día de la Expiación; *doy diezmos de todo lo que poseo,* en lo que iba también más allá de lo que exigía la ley. Empieza el fariseo la oración con una acción de gracias fastuosa, sigue con una reprensión de los demás presuntuosa, acaba con una alabanza de sí mismo vanagloriosa.

Mas el publicano, estando lejos, también en pie, lejos del altar de los holocaustos, por reputarse indigno de acercarse al lugar santo, o lejos del fariseo, a quien reputaba como santo personaje, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, con lo que manifestaba su confusión ante la majestad de Dios; sino que hería su pecho, señal de dolor y penitencia, diciendo: ¡Oh, Dios!, muéstrate propicio a mí, pecador, «el pecador» dice el griego: es total y profunda la antítesis con el incontaminado y orgulloso fariseo.

Tal es el fariseo, soberbio acusador; tal el publicano, humilde reo. He aquí la sentencia de Jesús: *Oş digo que éste, el publicano, y no aquél, descendió justificado a su casa: porque todo hombre que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado* (cf. 14, 11, núm. 130); no es en nosotros, sino en Dios, donde debemos colocar los cimientos de nuestra grandeza.

Lecciones morales. — A) v. 9. — *A unos que presumían de justos...* — Porque el espíritu del hombre sufre de la soberbia más vejamen que de toda otra pasión, dice Teofilacto, por ello insiste especialmente Jesús en este punto. La soberbia es el desprecio de Dios: porque ¿qué es sino una negación de Dios atribuirnos a nosotros mismos las obras que hacemos? Demuestra el Señor con esta parábola que aun cuando la justicia aproxima al hombre a Dios, si se alía con la soberbia le hunde en el abismo.

B) v. 11. — *No soy como los demás hombres...* — Dijese al menos, dice San Agustín, «como muchos hombres»; pero, al decir «como los demás hombres, ¿qué otra cosa hace sino colocarse en una categoría única y superior a todos? Cuatro son las maneras de manifestarse la hinchada soberbia, dice San Gregorio: cuando creemos que el bien que tenemos lo tenemos de nosotros mismos; cuando, aun creyendo que nos viene de Dios, lo adjudicamos a nuestros méritos; cuando nos gloriamos de bienes que no tenemos; cuando, despreciando a los demás, pensamos ser los únicos que tenemos el bien de que nos envanecemos. En todo ello faltó el fariseo.

C) v. 12. — *Ayuno dos veces en la semana...* — En las palabras del fariseo, dice San Agustín, nada hallarás que pidiera a Dios: sube, es verdad, a orar; pero no quiere pedir a Dios, sino alabarse a sí mismo, e insultar a otro que oraba. ¿Podemos en nuestras oraciones presentar a Dios nuestras buenas obras como fundamento en que apoyarlas para hacer fuerza a Dios? Sin duda podemos hacerlo a condición de que no las refiramos a nosotros mismos, sino como título de las bondades que reconocemos recibidas de Dios. Los Salmos de David están llenos de lo que podremos llamar «memorandums», en los que la gratitud y la humildad se juntan para alcanzar del cielo nuevos dones.

D) v. 13. — *Mas el publicano... no osaba ni aun alzar los ojos...* — Aunque estaba en pie, dice Teofilacto, distaba del fariseo en las palabras, en las actitudes, en el corazón. No levantaba los ojos al cielo, juzgando indignos de mirar a lo alto los ojos que se habían

complacido en las cosas bajas de la tierra. Hería su pecho, castigándole como fuente de malos pensamientos, y excitándose como dormido en el servicio de Dios. Confesaba sus pecados, pidiendo misericordia a Dios. Todo en él era humildad y reverencia, como todo en el fariseo era soberbia y petulancia.

1 E) v. 14.— *Os digo que éste, y no aquél, descendió justificado a su casa...*— Como la humildad, por su eminencia, supera el peso del pecado, y se levanta hasta tocar a Dios; así el pecado, por su peso y propia gravedad, fácilmente disminuye la justicia, dice el Crisóstomo. Por lo mismo, aunque hagas muchas y grandes cosas, si te atreves a presumir de ellas, te privaste de todo el fruto de tu oración. Pero, aunque lleves cargada la conciencia con el peso de mil culpas, si te crees el ínfimo de todos, podrás confiar mucho ante Dios. Porque Dios no desprecia al corazón contrito y humillado (Ps. 50, 19), es decir, acepta su humilde plegaria, y echa sobre el alma arrepentida el velo del misericordioso olvido de sus culpas.

147.—MATRIMONIO Y VIRGINIDAD: Mt. 19, 1-12 (Mc. 10, 1-12)

1 Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado de decir estos discursos, ^{Mc} *alzándose de allí*, partió de la Galilea y fue a los confines de la Judea, de la otra parte del Jordán. ^{Mc} *Vinieron a él* ² y le siguieron muchas gentes, ^{Mc} *y, como tenía de costumbre, otra vez se puso a enseñarles*, y los sanó allí.

3 Y se llegaron a él los fariseos, tentándole y diciendo: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? ⁴ El respondió, y les dijo: ^{Mc} *¿Qué os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir libelo de repudio, y repudiarla. Replicándoles Jesús dijo: ¿No habéis leído que el que hizo al hombre desde el principio* ^{Mc} *de la creación, varón y hembra los hizo? Y dijo: ⁵ Por esto dejará el hombre* ^{Mc} *a su padre y madre, y se juntará a su mujer, y serán dos en una sola carne. ⁶ Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios juntó, el hombre no lo separe. ⁷ Dícenle: Pues, ¿por qué mandó Moisés dar libelo de repudio, y repudiarla? ⁸ Les dijo: Porque Moisés, por la dureza de vuestros corazones, os permitió repudiar a vuestras mujeres: mas al principio no fue así. ⁹ Y dígoos, que todo aquel que repudiare a su mujer, si no es por fornicación, y se casare con otra, comete adulterio: y el que se casare con una repudiada, comete adulterio.*

^{Mc} *Y volvieron a preguntarle sus discípulos en casa sobre lo mismo: y díceles: Cualquiera que repudiare a su mujer y se casare con otra, comete adulterio con ésta: y si la mujer repudiare a su marido y se casare con otro, comete adulterio.* ¹⁰ Dícenle sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.

¹¹ El les dijo: No todos entienden esta razón, sino aquellos a quienes es dado. ¹² Porque hay eunucos que así nacieron del vientre de su madre: y hay eunucos que fuéronlo hecho por los hombres: y hay eunucos que a sí mismos se hicieron tales por amor del Reino de los cielos. Quien pueda entender, que entienda.

Explicación.—Reaparecen con este número los dos primeros Evangelistas, cuya narración queda interrumpida con los hechos que siguieron inmediatamente a la Transfiguración, dejando a Lc. y Ioh. que suplan, ambos en diferentes órdenes y épocas, la laguna que Mt. y Mc. habían dejado. Este episodio no lo refiere Lc. Ocurre en la Perea y en el último viaje de Jesús a Jerusalén. Es capitalísima la doctrina que en él da Jesús, y es una de las notas diferenciales entre los dos Testamentos: en él restituye el Señor al matrimonio cristiano la indisolubilidad, y pone sobre él la virginidad como estado de vida abrazado por el Reino de los cielos. Tiene el episodio una introducción histórica (1.2): la doctrina sobre el matrimonio (3-9); y sobre la virginidad (10-12).

INTRODUCCIÓN (1.2).—*Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado de decir estos discursos*, los anteriores transcritos por Mt.: es una transición vaga desde el punto de vista cronológico, pero bastante precisa para consignar el hecho de que Jesús dejó definitivamente la Galilea, pasando en la Perea y Judea el tiempo restante hasta su pasión (Mc. 10, 1; Lc. 9, 51): *Alzándose de allí, partió de la Galilea y fue a los confines de la Judea*, en lo que se indica el término de su viaje, *de la otra parte del Jordán*; es una indicación general de la ruta de Jesús: en vez de atravesar la Samaria, dio la vuelta por la Perea como lo hacían con frecuencia los judíos.

Habíase antes Jesús hurtado a las turbas (Mc. 9, 14); ahora *vinieron a él y le siguieron muchas gentes*, hacia la Perea. Escasa era la fe de aquellas gentes, pero Jesús se muestra compasivo y generoso con ellas, para prepararlas a la fe. Hace con ellas lo que con las de los demás países: dales copioso pábulo de doctrina, y para fecundar la divina semilla obra ante ellas numerosas curaciones. *Y, como tenía de costumbre, otra vez se puso a enseñarles, y los sanó allí.*

MATRIMONIO Y DIVORCIO (3-9).—Ni en la Perea le dejan tranquilo sus adversarios, y van, para probarle, a proponerle una cuestión delicadísima, de orden teológico y social: *Y se llegaron a él los fariseos, tentándole*, como solían, en forma que cualquiera que fuese su respuesta quedase comprometido, *y diciendo: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?* La pregunta es de gran trascendencia dogmática y moral. Es de su naturaleza indisoluble el matrimonio: así lo quiso Dios. Pero hay en la condición humana muchas causas que conspiran contra esta ley fundamental, el interés, la comodidad, la pasión, el capricho: ni en el

pueblo judío se pudo salvar la doctrina y la práctica de la indisolubilidad. Cuando Moisés hubo de dar su constitución al pueblo hebreo, debió legislar, de una manera concreta, sobre el divorcio, que ya había entrado en las leyes y costumbres de todos los pueblos. Y dio, por orden del Señor, este precepto, seguido de otros varios sobre el particular: «Si el hombre toma mujer, y la tuviese consigo, y no hallare ésta ante sus ojos gracia por alguna fealdad, escribirá el libelo de repudio, y lo pondrá en mano de ella y la despedirá de su casa» (Deut. 24, 1). ¿Qué fealdad o deformidad se requería en la mujer para que pudiese el marido repudiarla? Según el rabino Hillel y su escuela, liberalísima en este punto, bastaba cualquier deformidad de la mujer, de orden doméstica, llegándose a autorizar el divorcio por la razón de hallar el marido una mujer más bella que la suya. La escuela de Schammai era más rigorista: sólo autorizaba el repudio por el adulterio de la mujer. En estas condiciones, y en medio de la relajación del pueblo judío en este punto, la respuesta era difícil.

El respondió, y les dijo: ¿Qué os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir libelo de repudio, y repudiarla. Replicándoles Jesús, dijo, remontándose a la misma raíz del matrimonio: ¿No habéis leído que el que hizo al hombre desde el principio de la creación, varón y hembra los hizo? Los hizo varón y hembra desde el principio, significando la unión de uno con una: es el tipo perfecto de esta institución, independiente y superior a toda humana disputa. Las palabras que pone Dios en boca de Adán son tan expresivas de la unidad matrimonial como la misma unidad personal de sexos, ordenada a la unidad superior del matrimonio: Y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y madre, pondrá en segundo lugar toda otra relación de carne y sangre, y se juntará a su mujer, se aglutinará a ella, con la cohesión de un vínculo superior a todo otro lazo puramente humano, y serán dos en una sola carne, dos serán una carne, un cuerpo, porque constituyen un solo principio íntegro para el fin primordial del matrimonio.

Las consecuencias de este hecho y de esta doctrina son palmarias: es la primera la indisolubilidad, en el mismo orden natural, del matrimonio: *Así que ya no son dos, sino una sola carne;* como no puede un cuerpo vivo partirse sin matarle, así no pueden separarse marido y mujer sin atentar contra la naturaleza de la unión. Es la segunda, la indisolubilidad por ley fundamental de Dios, contra la que no pueden prevalecer las leyes humanas: *Por tanto, lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.* Altísima doctrina, que sitúa la cuestión por encima de las mezquinas disputas de los fariseos.

Estos no se dan por vencidos; le oponen un reparo natural: *Dícnle: Pues, ¿por qué mandó Moisés, dar libelo de repudio, y repudiarla?* Si Dios unió, ¿por qué Moisés separa? La respuesta de Jesús es perentoria: *Les dijo: Porque Moisés, por la dureza de vuestros corazones, os permitió repudiar a vuestras mujeres.* Moisés no mandó el divorcio, sino que sólo lo consintió, por la perversidad de aquel pueblo, su dureza de entrañas y de costumbres que, sin duda, a no ser el remedio del repudio, les hubiese llevado a mayores males, como matar a sus mujeres o darlas una vida insostenible. El mandato de Moisés sólo se refiere a la forma legal del repudio, para que constara oficialmente la libertad de la mujer repudiada. *Mas esto no deroga la ley primitiva de la indisolubilidad del matrimonio: al principio no fue así.*

Y entonces Jesús, hablando como Legislador supremo, en tono enfático, y *dígoos*; sin temor a los laxos, sin miedo a Herodes, en cuya jurisdicción se hallaba y que vivía escandalosamente amancebado con la mujer de su hermano, se adhiere a la interpretación de Schammai, más conforme con el espíritu de la legislación mosaica, pero corrigiéndola, sentando la doctrina católica de la indisolubilidad del matrimonio, aun en el supuesto del divorcio legítimo por causa de adulterio: *que todo aquel que repudiare a su mujer, si no es por fornicación, y se casare con otra, comete adulterio: y el que se casare con una repudiada, comete adulterio.*

El pensamiento de Jesús es claro: sólo hay un motivo de repudio perpetuo y definitivo de la mujer: es el adulterio; pero, aun en este caso, ni marido ni mujer pueden pasar a segundas nupcias: si se juntan a otro u otra, son adúlteros. Luego el lazo matrimonial primero subsiste; si no fuese así, serían ambos libres de contraer nuevamente.

El derecho de repudio se extiende en el Cristianismo a la mujer; el deber de la fidelidad es igual por ambas partes. Por disciplina eclesiástica se han equiparado al adulterio, en orden al divorcio perpetuo, la sodomía y la bestialidad, así como la apostasía de la fe, considerada como adulterio espiritual. La Iglesia ha reconocido además varias causas para un divorcio temporal de los esposos, en lo que no ha hecho más que interpretar y aplicar el derecho divino.

LA VIRGINIDAD (10-12).— Tal sería la relajación entre los judíos, en punto a divorcio, que hasta los mismos discípulos se quejaron de la dureza de la doctrina expuesta por Jesús: *Y volvieron a preguntarle sus discípulos en casa sobre lo mismo, separados ya de las turbas; y díceles, reafirmando los mismos conceptos: Cualquiera*

que repudiare a su mujer y se casare con otra, comete adulterio con ésta; y si la mujer repudiare a su marido y se casare con otro, comete adulterio. Comprenden entonces los discípulos la tremenda responsabilidad de los contrayentes; Jesús es más rigorista que Schammai: éste declara disuelto el vínculo por adulterio: Jesús no. *Dicenle sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer,* que, a pesar de su situación difícil, no pueda desligarse de ella, *no conviene casarse,* es preferible el estado libre a someterse a las duras contingencias de un mal enlace.

Jesús aprovecha el reparo de sus discípulos para exponerles la doctrina de un estado más perfecto que el matrimonio: la virginidad por el Reino de los cielos: *El les dijo: No todos entienden esta razón:* no todos los hombres son aptos para realizar prácticamente lo que va a decirles, guardar la virginidad como estado superior al matrimonio; *sino aquellos a quienes es dado,* por el don de una vocación por la que Dios les llama a ello. *Porque hay eunucos que así nacieron del vientre de su madre: y hay eunucos que fuéronlo hechos por los hombres: y hay eunucos que a sí mismos se hicieron tales por amor del Reino de los cielos.*

Jesús con estas palabras, de un fuerte realismo e idealismo a la vez, señala la nueva genercaión de los castos, ornamento de su futura Iglesia, que se abstendrán voluntariamente de los placeres de la carne anexos a la vida conyugal, como por la ley de naturaleza o de mutilación artificial deben abstenerse los eunucos. La castración material es aquí un pretexto y un símbolo de esta mutilación voluntaria, si no de un órgano, de las funciones que le corresponden, por la profesión de la vida de continencia perfecta.

La castración no se practicó jamás en el pueblo judío, pero era costumbre abominable de todos los pueblos orientales. A ella estaban sometidos los prisioneros de guerra, y a veces era condición indispensable, por la misma naturaleza de la mutilación, para obtener la confianza de los poderosos. Los celos de la poligamia habían inventado la antinatural costumbre. A ella alude Jesús en estos versículos, valiéndose de un símil aptísimo para expresar su idea y muy acomodado a la ideología y a la escasa finura espiritual de sus discípulos, sobre los que no había aún venido el Espíritu Santo.

Y termina así Jesús: *Quien pueda entender, que entienda:* quien sienta deseos de abrazar el estado de virginidad, y sea llamado por Dios, confiado en la divina gracia elija este estado. Pertenecerá a este ejército de los «eunucos angélicos», como les llama un intérprete, que no están vergonzosamente mutilados según la

carne, sino que es la abnegación espiritual, la mortificación voluntaria, la que cercena en ellos los legítimos derechos que da la vida conyugal, y ofrecen sus cuerpos incontaminados a Dios para el logro del Reino de los cielos. Pero no todos pueden tener esta vocación: pésele bien el que se crea llamado (1 Cor. 7, 8.9).

Lecclones morales. — A) v. 3. — *¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer...?* — Cuando vemos a un hombre que visita un médico tras otro, colegimos que está enfermo, dice el Crisóstomo, así cuando oigas hablar a un hombre o a una mujer que intentan separarse de su consorte, puede colegir que son lascivos. Deléitase la castidad en el matrimonio; sufre en él la lascivia, como atada por el lazo conyugal... De aquí provenía la pregunta de los fariseos a Jesús: no se cansaban de mudar, porque no se apagaba su lascivia, que no puede contenerse en las estrecheces de un matrimonio, sino que cuanto más se practica, más se enciende. La Iglesia, celosa de los fueros del matrimonio y de la santidad del pueblo cristiano, no ha consentido jamás, ni doctrinalmente ni en la práctica, que se relajara el vínculo matrimonial una vez contraído y consumado el matrimonio.

B) v. 5. — *Por esto dejará el hombre a su padre y madre...* — Parece, sigue el Crisóstomo, que debiera ser más fuerte el amor de hermanos que el de esposos, porque aquéllos proceden de un mismo tronco, y éstos de distinto. Pero debe atenderse que es más fuerte la constitución u ordenación de Dios sobre las cosas que la fuerza de la naturaleza, ya que no son los mandamientos de Dios los que se sujetan a la naturaleza, sino al contrario. Además, los hermanos nacen de un tronco para seguir caminos diversos en la vida; pero marido y mujer nacen de distintos para converger en uno; y el orden de la naturaleza es ejecución de la ordenación de Dios. Por ello los padres aman más a los hijos que éstos a los padres, porque la transmisión del amor, como la savia de las plantas, no es de regreso a los padres, que son como la tierra de donde nacemos, sino que va a la procreación de los frutos, que son los hijos. De aquí las palabras de Jesús: «Por esto dejará el hombre...»

c) v. 8. — *Moisés, por la dureza de vuestros corazones, os permitió repudiar a vuestras mujeres...* — El matrimonio es inmensamente superior a todo malestar que de él pueda originarse; una santa institución como lo es ésta, verdadero asiento de la sociedad cristiana, no debe depender, ni vacilar, porque en casos particulares sufran quebranto los que contrajeron, sea en sus intereses, o en la paz, o en la seguridad personal; ni menos debe estar sujeto al capricho de la pasión de los cónyuges. Pero a veces es tan infortunado el enlace, que puede peligrar el cuerpo, o el alma de los esposos; o se ha cometido atentado contra la fidelidad conyugal. La Iglesia ha autorizado el divorcio, que no puede obtenerse sino ante sus tribunales y con los trámites que tiene prescritos, para que temporalmente, o a perpetuidad, según los casos, sea lícita la separación de los esposos, tutelando así la Santa Madre el cuerpo y el alma de sus hijos y la misma santidad del sacramento. Pero el

vínculo, a pesar de una declaración de divorcio, no se resuelve; y deberán permanecer en estado de continencia los esposos separados, so pena de faltar gravísimamente a sus deberes.

d) v. 10. — *Si así es... no conviene casarse.* — Es decir, vale más debatirse con la concupiscencia, o dejarse llevar de los apetitos, en plena libertad, que no tener que pelear perpetuamente con una mujer mala, o tener que apechar con la que desplace o que se nos hace insoportable. A esto se responde, que es libre contraer o no matrimonio, y, por lo mismo, se puede optar por luchar a brazo partido con la propia concupiscencia hasta vencerla en el estado de virginidad, de alma y cuerpo: para estos tales tiene el Señor las palabras que siguen a éstos. Abandonarse al placer libre para no vivir honestamente en matrimonio, es de cobardes o de crapulosos, y siempre contra las leyes que estableció Dios para la propagación del género humano. Ni queda como medio único el tener que casar con quien haga pesada la vida; porque la prudencia antes de contraer, la tolerancia caritativa en las mutuas desavenencias, la mutua ayuda y los goces deliciosos de la familia bien constituida, son suficientes para evitar las uniones desgraciadas, para atenuar los males inherentes a las uniones menos acertadas y para compensar las incomodidades múltiples del matrimonio.

e) v. 12. — *Quien pueda entender, que entienda.* — Pese cada cual sus fuerzas, dice San Jerónimo, si puede o no cumplir los virginales preceptos; porque de sí la virginidad y la castidad son atrayentes, pero no están al alcance de todos. Por esto dice el Señor: «Quien pueda entender...»; como si dijera a sus soldados escogidos que quieren entrar en batalla: «Quien pueda luchar, que luche, venza y triunfe»; quien no pueda, que no entre en liza.

148. — JESUS BENDICE A LOS NIÑOS: Lc. 18, 15-17 (Mt. 19, 13-15; Mc. 10, 13-16)

¹⁵ Y le traían también ^m entonces unos niños, para que los tocara, ^m para que les impusiera las manos, y orase. Viendo lo cual, los discípulos regañábanles ^{mc} a los que los presentaban. ¹⁶ Mas Jesús, ^{mc} al ver esto, lo llevó a mal, llamólos (a los niños) y dijo: Dejad que vengan a mí los niños, y no se lo impidáis: porque de los tales es el Reino de Dios. ¹⁷ Y en verdad os digo que quien no recibiere, como un niño, el Reino de Dios, no entrará en él. ^{mc} Y abrazándoles, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía. ^m Y habiéndoles impuesto las manos, partió de allí.

Explicación. — Desde el cap. 9, v. 51, el tercer Evangelista refiere él solo, con independencia de los demás, una serie de interesantísimos episodios, como es de ver en los números anteriores. Júntase ahora a los otros sinópticos para no separarse ya de ellos sino en contados casos. Así se completaron providencialmente los Evangelistas, llenando mutuamente sus vacíos, en el orden histórico

y doctrinal. El presente dulcísimo episodio tiene lugar en la Perea, en una casa (Mc. 10, 10).

Y le traían también entonces unos niños, para que los tocara, para que les impusiera las manos, y orase. Lucas parece referirse a niños de pecho, infantes según el griego; Marcos, a niños más crecidos, párvulos: seguramente la solicitud maternal llevaba a unos y otros a Jesús. Se los llevan para que los toque, es decir, les imponga sus sacratísimas manos y ore por ellos: es uno de los poquísimos beneficios espirituales que se pidieron a Jesús en su vida; quizás aun intentaban con ello aquellas gentes librar a los pequeñuelos de futuros males. Pero el hecho de que Jesús les bendijera era prueba evidente de que son los infantes capaces de recibir beneficios de orden espiritual.

Los discípulos lo llevan a mal, sea porque reputen que es ello molesto al Señor, sea que juzguen indigno de él ocuparse de los niños: *Viendo lo cual, los discípulos regañábanles a los que los presentaban.*

Pero Jesús toma a mal la actitud de sus discípulos: *Mas Jesús, al ver esto, lo llevó a mal;* y no sólo llama a los que se habían retirado por la áspera reprensión de los discípulos: *Llamólos (a los niños);* sino que manda, en forma positiva y negativa, que vayan a él los niños: *Y dijo: Dejad que vengan a mí los niños, y no se lo impidáis.* En lo que manifiesta la decidida voluntad de estar en contacto con ellos, y la gravedad del precepto que da a los suyos.

Y da Jesús la razón altísima: *Porque de los tales es el Reino de Dios:* son amados de Dios y de él; borrado el pecado original por la circuncisión, sin que faltara seguramente oportuno remedio para librar de él a las niñas, eran aquellos infantes herederos del cielo. De aquí se colige la legitimidad y la necesidad de bautizar a los infantes cristianos.

Esta tesis, en que se afirma la salvación de los pequeños, da a Jesús ocasión de aleccionar en la humildad a los mayores: *Y en verdad os digo, que quien no recibiere, como un niño, el Reino de Dios, no entrará en él:* simplicidad, humildad, docilidad, notas características de los infantes, son las que abren a los adultos las puertas del cielo (cf. Mt. 18, 3; núm. 98). Después de la enseñanza, el hecho, el ejemplo, que revela toda la ternura del Corazón de Jesús: *Y abrazándoles, y poniendo sobre ellos las manos, les bendecía:* es lección de menosprecio del fausto humano, de la grandeza del niño, del amor con que debemos tratarlos. *Y habiéndoles impuesto las manos, partió de allí.* Probablemente ocurría este

episodio en el interior, o a la entrada de alguna casa, porque Marcos (10, 17) nos presenta a Jesús «saliendo para ponerse en camino».

Lecciones morales.—A) v. 15.—*Y le traían también entonces unos niños...*—Juzgaban imposible aquellas gentes, dice Orígenes, que después que aquellas manos que tantos prodigios habían obrado hubiesen tocado a los niños, no fuesen éstos libres de toda incursión del demonio y de todo mal. Ministros y representantes de Jesús como son los sacerdotes, depositarios de sus gracias, deben bendecir a los niños que se acercan a ellos. Es santa costumbre que besen la mano consagrada del sacerdote; al acto de reverencia, debe éste con el afecto y con la palabra de bendición: «Que Dios te bendiga»; «Que Dios te haga bueno». Los padres y maestros deben enseñar a los niños esta práctica tan profundamente cristiana.

B) v. 15.—*Los discípulos regañábanles...*—No que no quisiesen que el Salvador les bendijese con la mano y con la palabra, dice el Crisóstomo, sino que pensaban que Jesús, a semejanza de los demás hombres, podía cansarse de la importunidad. No temen los cristianos importunar al sacerdote con los niños; escaso espíritu de Jesús tendría el sacerdote a quien los niños molestaran. El buen sacerdote sabe que éste es uno de los más fecundos campos de su apostolado, como es una de sus máximas responsabilidades cultivarlo con asiduidad y amor. ¿Qué sería del mundo si el sacerdote abandonara el cuidado de los niños?

C) v. 16.—*Dejad que vengan a mí los niños...*—¡Distancia enorme entre este dulcísimo Pedagogo y los viejos maestros del paganismo! Estos se desdénaban de tratar con el niño. Este ejemplo repercutía en los demás, que eran desconsiderados y crueles con la tierna infancia. Pero Jesús rehabilita al infante, haciéndole entrar otra vez en la plenitud de sus derechos. Y en verdad, ¿quién podrá acercarse a Jesús, si de él son apartados los infantes?, dice San Crisóstomo. Porque si cuando mayores han de ser santos, ¿con qué derecho se prohibiría a los hijos venir al Padre? Y si han de ser pecadores, ¿por que ha de pronunciarse sentencia antes de que cometan pecado?

D) v. 16.—*De los tales es el Reino de Dios.*—De los tales, de los niños que han sido regenerados ya y de los adultos que a ellos se parecen, es el Reino de los cielos. Gran reverencia debemos a los niños ya bautizados: su alma es templo del Espíritu Santo, porque no han cometido aún pecado; tiene su ángel custodio, celoso de su guarda, porque el niño va en compañía de Dios; son candidatos del cielo. Que Dios ponga tiento en manos de quienes hayan de contribuir al desarrollo de la pequeña vida, para que de hecho llegue el niño a ser un ciudadano del cielo.

149. — LA POBREZA VOLUNTARIA: Mt. 19, 16-30
(Mc 10, 17-31; Lc. 18, 18-30)

Evangelio del Común de Abades (vv. 27-29) y de la Misa votiva
de Apóstoles

¹⁶ Y ^{Mc} cuando salió para ponerse en camino, he aquí que un ^L (hombre) principal acercósele y, ^{Mc} arrodillado delante de él, dícele: Maestro bueno, ¿qué de bueno haré para conseguir la vida eterna? ¹⁷ Y El le dijo: ¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? ^{Mc} ¿Por que me llamas bueno? Uno solo es bueno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¹⁸ El le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: ^{Mc} Conoces los mandamientos: no matarás, no adulterarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, ^{Mc} no cometerás fraude. ¹⁹ Honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. ²⁰ Dícele el joven: ^{Mc} Maestro, yo he guardado todos éstos desde mi juventud, ¿qué me falta aún? ²¹ ^L Al oír esto, Jesús, ^{Mc} mirándole de hito en hito, le mostró agrado, y le dijo: ^L Aún ^{Mc} te falta una cosa: si quieres ser perfecto anda, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: y ven, sígueme. ²² Habiendo oído el joven esta razón, se marchó triste, porque ^L era muy rico, tenía muchas posiciones.

²³ Y Jesús, ^L viéndole sobrecogido de tristeza, ^{Mc} mirando en derredor, dijo a sus discípulos: En verdad os digo que con dificultad entrará un rico en el Reino de los cielos. ²⁴ ^{Mc} Los discípulos asombráronse de sus palabras. Mas Jesús les dice de nuevo: ¡Hijitos!, otra vez os digo: ^{Mc} ¡Cuán difícil es que entren en el Reino de Dios los que tienen puesta su confianza en el dinero! Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de los cielos. ²⁵ Oídas estas cosas, los discípulos se admiraban mucho ^{Mc} más, y se decían ^{Mc} los unos a los otros: ¿Quién, pues, podrá salvarse? ²⁶ Y mirándolos Jesús, les dijo: Esto es imposible a los hombres, ^{Mc} mas no a Dios, pues a Dios todas las cosas le son posibles.

²⁷ Entonces Pedro, respondiendo, dijo: He aquí que nosotros todo lo hemos dejado y te hemos seguido, ¿qué, pues, nos espera? ²⁸ Y Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros, que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sentará el Hijo del hombre en el trono de su Majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. ²⁹ Y cualquiera que dejase casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre, ^{Mc} por el Evangelio, ^L por el Reino de Dios, recibirá ciento por uno, ^L muchas cosas más, ^{Mc} ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, e hijos, y campos, con persecuciones; y en el siglo venidero poseerá la vida eterna. ³⁰ Mas muchos primeros, serán postreros: y postreros, primeros.

Explicación.— Jesús había sentado las bases del matrimonio cristiano y recomendado las excelencias de la virginidad. Ha interrumpido su discurso el episodio de los niños, a quienes bendice. Ahora, con ocasión de la pregunta de un joven rico, sienta la verdadera doctrina cristiana sobre las riquezas y recomienda la pobreza voluntaria. Es un consejo evangélico, como el de la virginidad. El fragmento se reduce a tres pensamientos capitales: Recomendación de la pobreza voluntaria (16-22); peligro moral de las riquezas (23-26); premio al renunciamiento de las riquezas por Cristo (27-30).

EL JOVEN RICO (16-22).— Habíase Jesús recogido en una casa después de su respuesta a los fariseos sobre el matrimonio (Mc. 10, 10); allí había tenido lugar el episodio de los niños, relatado en el número anterior. *Y cuando salió para ponerse en camino, he aquí que un (hombre) principal acercósele y, arrodillado delante de él, dicele...* Es un joven, según Mateo, que revela su bonísima índole, y que está deseoso de alcanzar la vida eterna: *Maestro bueno, ¿qué de bueno haré para conseguir la vida eterna?* Había ya obrado bien, sin que hallara la paz de su espíritu; cree que habrá alguna obra buena especial que cumplir aún para que descanse su alma y le dé la seguridad de la vida eterna: Jesús, a quien tiene el joven por excelente maestro, se lo dirá.

Jesús le responde poniendo ante sus ojos la regla única y suprema de la bondad: *Y él le dijo: ¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? ¿Por qué me llamas bueno?* Debieras saber (y sin duda lo sabía el joven) que no hay más que un Sumo Bien, que es al propio tiempo el infinitamente Bueno y santo; mira qué bondad me atribuyes, si la participada de puro hombre o la que corresponde sólo a Dios: *Uno solo es bueno:* Dios, bueno por esencia, como causa de todo bien, como ejemplar de toda acción buena, como fin de todo bien. Pero la suma Bondad ha señalado al hombre una norma para que seamos partícipes de su bondad: son sus mandamientos, expresión de su voluntad santa; quien se amolda a ellos, logrará la vida eterna: *Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

Se le ocurre al joven que quizá se refiera Cristo a mandatos especiales que él desconoce; quizá se le ofrecen en aquellos momentos los seiscientos trece preceptos que los escribas habían contado en la ley mosaica; por esto *él le dijo: ¿Cuáles?* Y Jesús dijo, poniéndole por vía de ejemplo cinco preceptos de la segunda tabla, por donde puede colegir la necesidad de observar los análo-

gos a ellos: *Conoces los mandamientos: no matarás, no adulterarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no cometerás fraude. Honra a tu padre y a tu madre; añadiendo el precepto general del amor al prójimo: Y amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Es bueno el joven, cuidadoso guardador de los mandamientos: *Dicele el joven: Maestro, yo he guardado todos éstos desde mi juventud.* Y sintiendo que hay algo aún que pueda moralmente elevarle sobre la común perfección que importa la observancia de aquellos preceptos generales, añade con ansia: *¿Qué me falta aún? Al oír esto, Jesús, mirándole de hito en hito, le mostró agrado, le manifestó amor por las generosas ansias de mayor perfección que significó. Y a la amorosa mirada, sigue la apremiante invitación a seguir el consejo evangélico de la pobreza: Y le dijo: Aún te falta una cosa: si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres; ello es cosa difícil, pero el premio es grande: Y tendrás un tesoro en el cielo, que te compense con creces de lo que habrás dejado en la tierra. Pero no hay bastante aún: obedéceme: Y ven, sígueme.*

En estas palabras se encierran los consejos evangélicos de pobreza, por la renunciación voluntaria de los bienes; de castidad, porque, pobre voluntario desposeído de todo, ya no podrá pensar en desposarse; la obediencia, por el apremiante llamamiento al ejercicio del apostolado. Son los dos estados de la vida cristiana: el general: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos»; y el de perfección religiosa: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes..., y sígueme.»

Cuando deseamos algo y no podemos lograrlo, caemos en la tristeza; así le sucede al joven: desea la perfección, pero tiene más fuerza el amor a las riquezas, que es el que definitivamente le vence: *Habiendo oído el joven esta razón, se marchó triste, efecto de la lucha de afectos: Porque era muy rico, tenía muchas posesiones, y la lucha interior desgarró su alma.*

PELIGRO MORAL DE LAS RIQUEZAS (23-63).—Toma Jesús ocasión de la tristeza del joven para aleccionar a sus discípulos sobre los grandes peligros que las riquezas ofrecen en el orden espiritual: *Y Jesús, viéndole sobrecogido de tristeza, mirando en derredor, dijo a sus discípulos, para dar a entender la gravedad de la amonestación que iba a hacerles: En verdad os digo que con dificultad entrará un rico en el Reino de los cielos: porque las riquezas son las que fomentan la soberbia, la gula, la lujuria y demás vicios; y siendo la naturaleza humana inclinada al mal, crece el peligro*

cuando crece la facilidad de cometerlo, aun cuando las riquezas no son malas por su naturaleza.

Los discípulos, que participaban de las ideas de su pueblo acerca del esplendor temporal del Reino mesiánico y del carácter del premio a la virtud atribuido a las riquezas, *asombráronse*, quedaron estupefactos, *de sus palabras*, al oírle decir que las riquezas eran más bien estorbo para entrar en el Reino de los cielos.

Mas Jesús, no por eso corrige o atenúa su afirmación, sino que, recalcándola y completando su pensamiento, *les dice de nuevo*, en tono paternal: *¡Hijitos!, otra vez os digo: ¡Cuán difícil es que entren en el Reino de Dios los que tienen puesta su confianza en el dinero!* Para más inculcar lección tan grave y trascendental, Jesús vacía su pensamiento en una hipérbole extraordinaria, especie de refrán popular usado por los escribas y pueblo de su tiempo para expresar la imposibilidad de algo: *Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de los cielos*: trátase de una imposibilidad moral para aquellos que están pegados a las riquezas, como un fin de la vida, o como medio para satisfacer sus concupiscencias. La imaginación oriental gusta tales metáforas (cf. Prov. 12, 17; Ier. 13, 27) para expresar un imposible. No hay, pues, necesidad de sustituir «camello» por «sable» o maroma, como han hecho algunos intérpretes, fundándose en la semejanza de las voces griegas equivalentes.

Los discípulos, cuando oyeron estas palabras, se maravillaron mucho: llevan ya en sus entrañas el amor de caridad para con todo el mundo, y se duelen de la universal ruina, porque son raros los hombres que no se dejen llevar de la atracción de las riquezas.

Al proponerles Jesús la hipérbole del camello, *oídas estas cosas, se admiraban los discípulos mucho más, y se decían los unos a los otros: ¿Quién, pues, podrá salvarse?* Jesús les sosiega, primero con su dulce mirada: *Y mirándoles Jesús*: y luego tempera la terribilidad de su afirmación proponiéndoles la eficacia de la gracia con lo que abre su corazón a la esperanza: *Les dijo: Esto es imposible a los hombres* como tales, dejados a sus solas fuerzas: *Mas no a Dios, pues a Dios todas las cosas le son posibles*, y todo lo puede el hombre si la gracia de Dios le conforta.

PREMIOS DE LA POBREZA VOLUNTARIA ABRAZADA POR CRISTO (27-30). *Entonces*, tomando *Pedro* la palabra en nombre de todos, como solía, y tomando ocasión de la pregunta del joven rico, *respondiendo, dijo: He aquí que nosotros todo lo hemos dejado; y te hemos seguido*: lo que has pedido al joven, nosotros ha tiempo lo

hemos cumplido; por ello Pedro está lleno de un santo optimismo: *¿Qué, pues, nos espera? ¿Qué recompensa nos darás? Y Jesús les dijo, dejándoles entrever el magnífico premio: En verdad os digo, es una afirmación jurada, que vosotros, que me habéis seguido, no sólo dejándolo todo, sino yendo por el mismo camino de la justicia y de la verdad, de la misericordia y de la paz, cuando en la regeneración, en la renovación universal y en la transformación que tendrá lugar en el fin de los tiempos (Is. 65, 17; 66, 22; Rom. 8, 17 sigs.; 2 Petr. 3, 13; Apoc. 21, 1), se sentará el Hijo del hombre en el trono de su Majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, en calidad de asesores de Jesucristo, de cuya potestad judicial serán partícipes, como fueron con él, cofundadores de su Reino en la tierra: para juzgar a las doce tribus de Israel, en lo que se expresa la sobreeminencia de la autoridad y dignidad apostólica. Y juzgarán a las doce tribus, en el sentido estricto, en cuanto la salvación estaba prometida ante todo a Israel, siendo por ello los Apóstoles constituidos sobre todo patriarcado y magistratura de su pueblo; y en el sentido más amplio de jueces de todas las naciones, ya que todas ellas, al convertirse a Cristo, se injertarán por él en Abraham, padre de los creyentes (Gal. 3, 29; Rom. 4, 12; 11, 17).*

De los apóstoles pasa Jesús a todos los que, siendo a ellos inferiores, renuncian como ellos sus bienes por seguir a Cristo: *Y cualquiera que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre o persona, por el Evangelio o doctrina mía, por el Reino de Dios, objetivo de mi misión, recibirá ciento por uno, muchas cosas más, ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, e hijos, campos, con persecuciones: son los premios que ya en esta vida recibirán los pobres de Cristo. De hecho, ya en los comienzos de la Iglesia, junto con las persecuciones recibían los seguidores de Cristo el premio de los hermanos de la fe que en todas partes cuidaban de ellos; San Pablo llama madre suya a la de Rufo (Rom. 16, 13); a los fieles de Corinto (1 Cor. 4, 14) y a los de Galacia (Gal. 4, 19) les dice hijos suyos; la Iglesia era su madre; las tierras de los cristianos alimentaban a todos. Huelga decir que los que actualmente profesan la vida religiosa tienen asimismo todas esas ventajas: nada tienen y de nada carecen. El premio máximo se lo reserva Cristo: Y en el siglo venidero poseerá la vida eterna, la felicidad para siempre perdurable. Pero todo ello está sujeto a una condición: la perseverancia: Mas muchos primeros, en tiempo y dignidad, porque claudicaron o fueron remisos, serán postreros: y pos-*

treros, que siguieron a Cristo más tarde o tuvieron lugares inferiores, porque redimieron el tiempo y se mantuvieron en fervor, serán *primeros*.

Lecciones morales.—A) v. 17.—*Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*—No dice Jesús, según San Agustín: «Si quieres venir a la vida eterna», sino: «Si quieres entrar en la vida», así, en absoluto: porque esta vida no es la vida, sino un simulacro de vida, un rápido viaje a la muerte. La vida que únicamente merece el nombre de tal, es la eterna; vida concorde con la vida de Dios, que se apacienta en la visión y en el amor y el goce de Dios: Veremos, amaremos, gozaremos en aquella vida, dice el mismo Santo. Pero desgraciadamente hay una manera de no ir camino de esta vida, de estar fuera de la vida aun teniendo vida, dice Orígenes; y es no guardar los mandamientos, que son la vía que lleva a la vida. Si tanto amamos esta vida fugaz y desgraciada, ¡cuánto debiéramos amar y desear la eterna y feliz! Y si sólo los mandamientos nos conducen a ella, ¡qué terror debiera causarnos su infracción, que puede excluirnos de aquella vida y condenarnos a la eterna muerte!

B) v. 20.—*¿Qué me falta aún?*—Son palabras que expresan el vehemente deseo del joven de salvarse. Si guardamos los mandamientos y estamos en gracia de Dios, ¿entramos con frecuencia dentro de nosotros mismos para preguntarnos si nos falta algo aún? ¡Y nos falta tanto para ser perfectos! Y, sobre todo, nos falta la base para serlo, que es la ninguna estima en que debiéramos tener nuestras pobres justicias; nos creemos buenos porque no nos hallamos malos; y esto puede ser motivo de presunción y camino de dejar de ser buenos y hacernos malos. Y nos falta conocer el punto flaco por donde podemos dejar de ser justos y llegar a ser pecadores. A los pies de Jesús debiéramos decir todos los días: ¿Me falta algo aún, Maestro bueno? ¿Qué es lo que me falta? Decídmelo, como lo dijisteis al joven rico.

C) v. 21.—*Anda, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres...*—Bueno es poseer riquezas y administrarlas en favor de los pobres; pero es mejor desposeerse totalmente de ellas y, libres de cuidados, seguir a Cristo en pobreza, a Cristo pobre. El mundo no comprende esto; pero lo han comprendido miles de almas que no han sentido con el mundo, que han visto los peligros del mundo por el mal uso de las riquezas, que han penetrado en el secreto de la riqueza de los pobres de Cristo y por Cristo, y han dejado todas sus posesiones para poseer mejor a Cristo. Todavía son millares estas almas de privilegio. Se santifican ellas y llenan la tierra del aroma de esta santa virtud de la pobreza, que llena de Dios a quienes la cultivan y acerca a Dios, porque aleja del mundo, a quienes desapasionadamente la contemplan. ¡Feliz pobreza, que a los que son llamados a ella franquea las riquezas incorruptibles y eternas del cielo!

D) v. 23.—*Con dificultad entrará un rico en el Reino de los cielos.*—No es un crimen tener riquezas, dice San Hilario, pero de-

ben poseerse con medida: porque, ¿cómo podremos socorrer las necesidades de los santos, de los cristianos, hermanos nuestros, si nuestra avaricia no deja con qué socorrerlos? No es lo mismo tener riquezas que amarlas, dice Rábano Mauro: en manos de quien ame más sus deberes cristianos y los derechos de los pobres, las riquezas son un verdadero tesoro, en la tierra y para el cielo; pero administradas por quien, lejos de invertirlas en el bien, las hace colaboradoras del mal, son la ruina de los hombres que las malversan y quizá de sus hermanos a quienes corrompen.

E) v. 27. — *¿Qué, pues, nos espera?* — Los desheredados de la fortuna; los que pasaron por el mundo agotando las riquezas de su energía para hacerse con la pobreza del pan de cada día; los dadivosos que se empobrecieron para socorrer a sus hermanos o para ayudar a las obras de celo; los que han hecho profesión de vida pobre, siguiendo las pisadas de Cristo pobre, ¡y son tantos en conjunto que forman la inmensa mayoría de los mortales! ¿Qué tendrán? ¿Qué tendremos? Ahora, quizás el desprecio, las privaciones, quizá las burlas de los ricos o de los que no comprenden el desamor a las riquezas; desde luego, la paz y la alegría de conciencia si hemos ayudado al hermano, si hemos colaborado a la expansión de la verdad, a la solemnidad del divino culto, etc.; una vida feliz los que, siendo llamados por Dios, han abandonado todo lo suyo para seguir a Cristo; el pobre obrero, la satisfacción del deber cumplido, si lo ha cumplido sin odios ni codicias. Y más tarde, pasada esta vida, que para todos es de trabajo, la felicidad eterna: «Bienaventurados los pobres de espíritu...» Si no se piensa así, ¿puede haber paz en las conciencias y en el mundo?

150. — JOS JORNALEROS LLAMADOS A TRABAJAR A LA VIÑA: Mt. 20, 1-16

Evangelio de la Dominica de Septuagésima

¹ Semejante es el Reino de los cielos a un hombre padre de familias que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña. ² Y hecho con los trabajadores convenio de un denario por día, los envió a su viña. ³ Y saliendo cerca de la hora de tercia, vio otros en la plaza que estaban ociosos, ⁴ y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. ⁵ Y ellos fueron. Volvió a salir cerca de la hora de sexta y de nona, e hizo lo mismo. ⁶ Salíó, finalmente, cerca de la undécima, y halló otros que estaban allí, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? ⁷ Y ellos respondieron: porque nadie nos contrató. Díceles: Id también vosotros a mi viña.

⁸ Caída ya la tarde, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. ⁹ Cuando vinieron los que habían ido cerca de la hora de undécima, recibieron cada uno un denario. ¹⁰ Y cuando llegaron los primeros, creyeron que recibirían más:

pero recibieron también ellos un denario cada uno. ¹¹Y tomándolo, murmuraban contra el padre de familias, ¹²diciendo: Estos postreros, sólo una hora han trabajado, y los has igualado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. ¹³Mas él respondió a uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago injusticia: ¿no te concertaste conmigo por un denario? ¹⁴Toma lo que es tuyo, y vete: pues yo quiero dar a este postrero tanto como a ti. ¹⁵¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? ¹⁶Así serán los postreros, primeros: y los primeros postreros. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

Explicación.— Sólo el primer Evangelista nos ha conservado esta bellísima parábola. Todo en ella es simple y claro, y parece no necesitar siquiera comentario; con todo, el Crisóstomo ve en ellas oscuras profundidades. Su objeto, prescindiendo de abstrusas interpretaciones y aplicaciones, no es otro que indicar que, delante de Dios, no tienen las obras de los hombres mérito alguno sino el que arranca de la liberalidad del mismo Dios. No basta la actividad del hombre; es precisa la gracia de Dios, que informa y eleva el acto humano. Por lo mismo, no es la duración, sino la gracia de Dios y su cooperación a ella, la fuente del mérito. Podemos dividir la parábola en dos partes: los obreros llamados a diferentes horas (1-7); la paga (8-16).

LOS OBREROS (1-7).— Había dicho Jesús últimamente que los primeros serían postreros y viceversa. Ahora va a demostrar esta tesis, que repetirá como conclusión de la parábola. *Semejante es el Reino de los cielos a un hombre padre de familias...*, acontece en el Reino de Dios, que abarca el tiempo y la eternidad, lo que hizo un propietario, que es aquí el símbolo de Dios, de quien viene toda paternidad: *Que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña.* Contaban los hebreos las horas de trabajo de sol a sol: de desigual duración, según las épocas del año; si la parábola se supone en el equinoccio, la hora primera es a las seis. *Y hecho con los trabajadores convenio de un denario por día, los envió a su viña.* En oriente suelen los trabajadores reunirse en la plaza pública, lugar de oferta y contratación de trabajo.

Y saliendo cerca de la hora de tercia, a las nueve, vio a otros en la plaza que estaban ociosos, esperando quien les llamara a jornal, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo, sin estipular precio del trabajo: Y ellos fueron. Volvió a salir cerca de la hora de sexta, a mediodía, y de nona, a las tres de la tarde, e hizo lo mismo. Salió, finalmente, cerca de la undé-

cima, a las cinco, una hora antes de terminarse el trabajo, y halló otros que estaban allí, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? Y ellos respondieron: Porque nadie nos contrató. Díceles: Id también vosotros a mi viña, sin que les diga nada de la remuneración de su trabajo.

LA PAGA IGUAL A TODOS (8-16).—*Caída ya la tarde, a la puesta del sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo, al siervo encargado de la intendencia general de los bienes del padre de familias: Llama a los trabajadores, y págales su jornal, el indicado por el señor a su mayordomo, comenzando desde los postreros hasta los primeros, de los que trabajaron una hora a los que cumplieron todo el jornal. Cuando vinieron los que habían ido cerca de la hora de undécima, recibieron cada uno un denario, el precio de un jornal íntegro. Se omiten en la parábola los obreros llamados a horas intermedias, que seguramente recibirían también un denario cada uno. Y cuando llegaron los primeros, creyeron que recibirían más: la generosidad del señor con los que tan poco habían trabajado les hizo concebir halagüeñas esperanzas; pero recibieron también ellos un denario cada uno, conforme lo estipulado. De aquí sus quejas: Y tomándolo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros, sólo una hora han trabajado, cuando declinaba el día y no molestaba el sol, y los has igualado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.*

Mas él respondió a uno de ellos, o porque fuese como un capataz o porque se desdeñara el señor de hablar con todos, y le dijo: Amigo, buen hombre, no te hago injusticia: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Recibiste tu paga justa y completa: Toma lo que es tuyo, y vete, sin lugar a réplicas: pues yo quiero dar a este postrero tanto como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío, de mis bienes, en mis negocios? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Suelen los judíos llamar hombre de ojo bueno al liberal y complaciente, y de mal ojo al malévolo o avaro o envidioso.

Termina Jesús la parábola repitiendo el aforismo que le ha servido de ocasión de ella: *Así serán los postreros, primeros: y los primeros, postreros*; porque no le faltan a Dios medios por los que, sin faltar a la justicia y sin daño de las promesas hechas a todos en general, dé, según su liberalidad, a quienes quiere tales gracias que viviendo poco tiempo, o convirtiéndose tarde o perteneciendo a inferiores grados jerárquicos o sociales, les permitan adelantar a todos los demás. Y da Jesús la razón de ello: *Porque muchos son*

los llamados, mas pocos los escogidos: llamados y escogidos son aquí todos justos, y se salvan todos, porque todos reciben el premio; pero en nombre de los llamados vienen cuantos, habiendo recibido gracias extraordinarias de Dios, no han cooperado a ellas con todas sus fuerzas, mientras otros han correspondido fidelísimamente a estas gracias: en los llamados prevalece la justicia; en los escogidos, la gracia.

Lecciones morales.—A) v. 1.—*Un hombre padre de familias... salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña.* El padre de familias es Dios, de quien viene toda paternidad en el cielo y en la tierra; los trabajadores son los hombres, que se conciertan con Dios, de quien reciben el llamamiento y la gracia, para trabajar en la viña del Señor, que es el campo de sus mandamientos, el alma de cada uno, la Iglesia. Salió muy de mañana el padre de familias, porque ya desde el comienzo del mundo ha llamado a los hombres al premio de la vida eterna, y cada uno de nosotros llama desde nuestro nacimiento. Las cinco horas de la parábola figuran las cinco edades de la humanidad, de Adán a Noé, de Noé a Abraham, de Abraham a Moisés, de Moisés a Jesucristo, de Jesucristo hasta el fin del mundo; o mejor, representan las cinco llamadas las cinco edades de la humana vida: la infancia, la adolescencia, la edad viril, la edad madura y la vejez. ¡Cuán generosa paternidad la de Dios, que nos llama a la posesión de una herencia sobrenatural, que es El mismo, y añade la fuerza divina de la gracia a nuestra actividad natural, y se ha preocupado en todos los siglos de que el mundo se salve, y a cada uno de nosotros nos llama insistentemente toda la vida, para que pueda darnos el divino denario de su gloria!

B) v. 8.—*Llama a los trabajadores, y págales su jornal...*— Los llama por la noche, cuando se ha acabado la luz de la vida y no se puede trabajar más, es decir, a la hora de la muerte; y les da su jornal, el que han estipulado con Dios mismo en su infinita misericordia. Por un trabajo insignificante, que lo es aunque dure toda una larga vida, promete Dios «un peso eterno de gloria» (2 Cor. 4, 17); promesa que arranca de su liberal bondad, a la que no tiene el hombre derecho radical de orden natural: pero que Dios, que es fiel en cumplir sus promesas, paga con escrupulosidad divina. Es «corona de justicia», según el Apóstol (2 Tim. 4, 8), que no puede faltarnos si no faltamos nosotros defraudando nuestro jornal con las obras malas que podamos hacer en el cultivo de nuestra viña. Estamos ciertos, seguros, dice el Apóstol, que Dios cuenta nuestras obras y las guarda en depósito para pagárnoslas cuando muramos (2 Tim. 1, 12).

C) v. 9.—*Recibieron cada uno un denario.*— Los que trabajaron toda la vida y los que se convirtieron a la hora de vísperas, cuando les llamaba ya la muerte, todos reciben el mismo premio: un denario. El sentido directo de la parábola es que todos los trabajadores de la viña a que se refiere el Señor lograron el mismo premio; es que el trabajo de los últimos fue más intenso, y en

poco tiempo pudieron equilibrarse en méritos con los más antiguos, llegando a conquistar el mismo premio. Puede entenderse también el denario igual, de la igual duración de la vida, eterna para todos; o de la igualdad objetiva de la visión bienaventurada, que es la misma esencia de Dios para todos, aunque subjetivamente vea más, ame más y goce más el que más haya merecido en esta vida.

D) v. 15. — *¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno?* — Con estas palabras nos da Jesús una magnífica lección de generosidad, de bondad, de magnanimidad. El es bueno para todos; da sus gracias como quiere, siempre más de las que merecemos, porque de condigno no merecemos ninguna; y, a pesar de ello, somos envidiosos tal vez de las gracias que Dios concede a nuestros hermanos. Sin reparar que no sólo hacemos con ello injuria a la liberalidad de Dios, sino que quizá somos injustos con nuestro prójimo, que con su cooperación se habrá hecho acreedor a ellas. Porque nosotros no podemos juzgar sino de lo que vemos; y no nos es dado ver la íntima y misteriosa relación de las almas con Dios, la manera de servirle y corresponderle. Cuidemos nuestra viña; recibamos satisfechos nuestro denario; trabajemos más para mejorar nuestro jornal; pero no seamos raquíticos en estimar y admirar los dones que concede Dios a los demás.

E) v. 16. — *Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.* — En esta sentencia de Jesús, tan llana en la apariencia, se esconde uno de los más profundos secretos de la economía de Dios en el régimen sobrenatural del mundo. Llama a muchos y responden pocos, primero, en el sentido de que no todo el que oye la predicación se convierte a la fe; llamó a todo el pueblo judío personalmente, y fueron pocos los que le siguieron; llamaron los Apóstoles a los gentiles, y sólo después de siglos se ha convertido porción considerable, quedando, con todo, la mayor parte en la infidelidad. Llama, en segundo lugar, para salir del estado de pecado a muchos, y son pocos los que dejan sus vicios. Llama también a mayor perfección a los mismos justos, y son pocos los que siguen la voz de Dios. Es Dios quien selecciona, que llama a todos, a cada uno según su condición y estado, a mayor altura; pero la mayor parte se quedan en el llamamiento; son pocos los que se ponen al nivel de la voz de Dios. ¿Es la gracia de Dios? ¿Es la libertad del hombre la que falla? Digamos que es un misterio de la gracia y un misterio de nuestra libertad. Dejando a Dios que ejerza el absoluto señorío que tiene sobre sus gracias, acoplemos nuestra libertad a las que nos dé, y seremos santos.

151. — TERCERA PREDICCIÓN DE LA PASIÓN, LOS HIJOS
DEL ZEBEDEO: Mt. 20, 17-28
(Mc. 10, 32-45; Lc. 18, 31-34)

Evangelió del miércoles después de la Dominica 2.^a de Cuaresma

Mc E iban su camino, subiendo a Jerusalén: y Jesús se les adelantaba, y se maravillaban, y le seguían con miedo. 17 Y cuando

subían a Jerusalén, Jesús tomó aparte a los doce discípulos ^{Mc} y comenzó a decirles las cosas que habían de acontecerle, y dijoles: ¹⁸ Ved que subimos a Jerusalén, ¹⁹ y se cumplirá todo lo que está escrito en los Profetas sobre el Hijo del hombre. Y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, ^{Mc} y a los ancianos, y le condenarán a muerte. ¹⁹ Y le entregarán a los gentiles para que les escarnezcan, y azoten ^{Mc} y sea escupido, y le crucifiquen: ²⁰ y después que le hubieren azotado, le matarán, y al tercer día resucitará. ²¹ Pero ellos ninguna de estas cosas entendieron, porque era lenguaje oscuro para ellos, y no entendían lo que les decía.

²⁰ Entonces se acercó a El la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. ²¹ El la dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Di que estos mis dos hijos se sienten en tu Reino: el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. ^{Mc} Y acercáronse Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, diciendo: Maestro, queremos que nos hagas cuanto te pidiéremos. Mas El les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y dijeron: Concédenos que nos sentemos en tu gloria: el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. ²² Y respondiendo Jesús, ^{Mc} les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? ^{Mc} ¿O ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?

Dícnle: Podemos. ²³ Díjoles: En verdad, beberéis mi cáliz, ^{Mc} que yo bebo, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados: mas al estar sentados a mi derecha o a mi izquierda, no me pertenece a mí darlo a vosotros, sino a aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre. ²⁴ Y al oírlo los diez, se indignaron contra los dos hermanos ^{Mc} Santiago y Juan. ²⁵ Mas Jesús los llamó a sí, y dijo: ¿Sabéis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que los magnates ejercen potestad sobre ellos? ²⁶ No será así entre vosotros: mas, entre vosotros, todo el que quisiere ser mayor, sea vuestro criado: ²⁷ y el que, entre vosotros, quisiere ser el primero, sea vuestro siervo. ²⁸ Así como el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir, y dar la vida para redención de muchos.

Explicación. — Pocos días faltaban para la definitiva consumación de la obra de Jesús. Una vez más declara la naturaleza de su Reino contra los prejuicios de que sus mismos discípulos estaban imbuidos. Porque su Reino no puede conquistarse sino por la pasión, la predice por tercera vez con todos sus detalles (17-19), y porque su Reino es de los humildes, les da elocuentísima lección de esta virtud (20-28).

TERCERA PREDICCIÓN DE LA PASIÓN (17-19). — Bajaba Jesús a lo largo de la Perea, de norte a sur, bordeando la orilla oriental del Jordán, cuando al llegar al nivel de Jerusalén atravesó el río y dobló hacia la ciudad: *E iban su camino, subiendo a Jerusalén:*

y Jesús se les adelantaba, demostrando con ello que no sólo no temía la muerte, sino que con vivas ansias iba a sufrirla para cumplir la voluntad del Padre (Lc. 12, 50). Los discípulos le seguían atónitos y temerosos: *Y se maravillaban, y le seguían con miedo*: era ello muy natural, pues no ignoraban el odio y las amenazas de los prohombres contra Jesús, y que habían puesto precio a su cabeza (Mc. 8, 32; 9, 31; Joh. 11, 47-54).

Fue en este emocionante momento, cuya descripción debemos a Mc., que Jesús predice su pasión por tercera vez: ya lo había hecho en Cesarea de Filipo, después de la confesión de Pedro (Mt. 16, 21), y después de la Transfiguración (Mt. 17, 21.22). Y comunica Jesús la tremenda nueva sólo a los doce Apóstoles, ya para adoctrinarles especialmente, ya para que no se escandalizasen las turbas: *Y cuando subían a Jerusalén, Jesús tomó aparte a los doce discípulos, y comenzó a decirles las cosas que habían de acontecerle, y díjoles: Ved que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que está escrito en los Profetas sobre el Hijo del hombre*: demuestra con ello Jesús no sólo que sabe lo que le ha de ocurrir en la capital, sino que todo ello está ordenado, ya de siglos, por la santísima voluntad de Dios; refiérese aquí el Señor especialmente a los vaticinios de Ps. 21; Is. 50, 6; 53, 1 sigs.; Dan. 9, 26; Zach. 11, 12; 12, 10; 13, 7. Sigue luego Jesús particularizando los futuros hechos de su pasión: *Y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, y a los ancianos, y le condenarán a muerte*: así demuestra que va libremente a la muerte, al tiempo que previene a sus discípulos para que la novedad no les perturbe. Y aún especifica más: *Y le entregarán a los gentiles, fue Pilato quien le condenó, para que le escarnezcan, y azoten, y sea escupido, y le crucifiquen: y después que le hubieren azotado, le matarán, y al tercer día resucitará*. Cuanto más cercana la pasión, más precisos son los detalles que da de ella Jesús; como si se deleitara en saborearla por anticipado y en grabarla en el ánimo de sus discípulos, que también debían participar de ella.

Pero ellos, los discípulos, siempre preocupados con sus ideas sobre la gloria terrena del Reino mesiánico, no acababan de entender cómo aquello que oían de labios del divino Maestro, que será escupido, abofeteado, muerto, había de entenderse a la letra. Así, pues, *ninguna de estas cosas entendieron, porque era lenguaje oscuro para ellos*, no en cuanto a las palabras, que bien claras eran, sino porque no hallaban manera de conciliar esa predicción de humillaciones y tormentos con sus ideas sobre el Mesías glorioso: *Y no entendían lo que les decía*.

PETICIÓN DE LA MADRE DE SANTIAGO Y JUAN (20-28).— Salomé, la madre de Santiago y Juan, los «hijos del trueno», una de las mujeres que servían a Jesús con sus riquezas y le seguían (núm. 60), hace en este punto una extraña e inoportunistísima petición a Jesús: *Entonces*, cuando acababa de decir Jesús que resucitaría, y creyendo sin duda que ello era señal del triunfo definitivo de Jesús, a quien cree Mesías, y de la implantación de su Reino, *se acercó a El la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, inclinándose ante él, señal de profunda reverencia, y pidiéndole alguna cosa: empieza la mujer con el embarazoso preludio con que acostumbramos ante un superior a manifestar en general que vamos a pedirle algo. El la dijo: ¿Qué quieres?, haciéndole concretar el objeto de su petición. Ella le dijo: Di, concédeme, que estos mis dos hijos se sienten en tu Reino, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda: son los dos primeros puestos después de Jesús.*

Según Mc., no es la madre, sino los hijos quienes piden, y la escena pasa por entero entre ellos y Jesús: *Y acercáronse Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, diciendo: Maestro, queremos, en tono definitivo e imperativo, irreverente y temerario, que nos hagas cuanto te pidiéremos*, suplantando la voluntad santísima de Jesús por la suya desordenada. *Mas El les dijo: ¿Qué queréis que os haga?* Quiere el Señor que descubran su miseria para poner el debido remedio: *Y dijeron: Concédenos que nos sentemos en tu gloria: el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda.* Lo probable es que madre e hijos se presentan ante Jesús, la madre instada, empujada por los hijos: si su petición fracasa, será más excusable que ellos, por el presunto derecho de las madres a pedir cuanto haya mejor para sus hijos; en todo caso, la repulsa será más blanda: Salomé es mujer, ayuda al Señor con su hacienda, es su parienta.

Es atrevida la petición de madre e hijos: sabe la madre la predilección que tiene Jesús para sus hijos (Mt. 17, 1; Mc. 5, 37); pero teme la precedencia de Pedro, a quien también sabe se ha prometido el primado, en el reino que madre e hijos creen temporal; quieren, después del Rey Jesús, los dos primeros puestos, como si dijéramos, los dos primeros ministerios.

Y respondiendo Jesús, les dijo, a los tres, arguyéndoles en primer lugar de ignorancia: *No sabéis lo que pedís*: no sabían ni el tiempo del triunfo del Mesías, ni cómo se ganaban en él los primeros puestos, ni de qué naturaleza era, ni sabían que el parentesco no es ningún título para conquistar un lugar cercano a Jesús. Y para que comprendan que a los altos puestos se van los gran-

des sacrificios en su reino, les dice Jesús: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*, alude al cáliz de su pasión, que acaba de describirles; *¿O ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?*: se trata de la inundación de tribulaciones que vendrán sobre Jesús, y especialmente de la efusión de su sangre. *Dicenle ellos*, los dos hijos: *Podemos*, tal es el deseo que sienten de que se les otorguen los primeros lugares; otros creen que se trata de una presunción vana, aunque bien demostraron posteriormente saber sufrir el martirio; otros creen su contestación resuelta, hija de su grande amor.

Jesús afirma solemnemente que sufrirán el martirio: *Dijoles: En verdad, beberéis mi cáliz, que yo bebo, y con el bautismo con que soy bautizado, seréis bautizados*: Santiago fue muerto a filo de espada por Herodes (Act. 12, 2); Juan no murió en el mismo martirio: pero fue azotado por los judíos (Act. 5, 40.41), desterrado a la isla de Patmos y sometido a un baño de aceite hirviendo, según validísima tradición, de la que son ya testimonios Tertuliano y San Jerónimo. Pero del hecho del martirio les hace ver Jesús que no se sigue deban ocupar los primeros asientos en su Reino: *Mas el estar sentados a mi derecha o a mi izquierda, no me pertenece a mí darlo a vosotros*, habla aquí como Hijo del hombre, *sino a aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre*: la predestinación es obra de providencia de Dios, y ésta se atribuye siempre al Padre; él da la gracia de la vocación, y las de auxilio que consientan sea aquélla eficaz (Iioh. 6, 44; 17, 6. 11; Rom. 8, 30; 1 Cor. 1, 9; 7, 15, etcétera).

La petición de los hijos del Zebedeo, oída sin duda por los demás apóstoles, levantó en ellos un sentimiento de indignación; también ellos eran ambiciosos, y sentían celos; ni habían recibido el Espíritu Santo, ni había entrado en ellos, a pesar de las reiteradas enseñanzas de Jesús, el concepto espiritualista y ultraterreno del Reino de Dios: *Y al oírlo los diez, se indignaron contra los dos hermanos Santiago y Juan*; aparte, entre sí, separados del grupo formado por Jesús y la madre e hijos del Zebedeo: *Mas Jesús los llamó a sí*, amablemente, para darles esta lección de modestia y humildad, y *dijo: ¿Sabéis que los príncipes de las naciones*, no satisfechos de gobernarlas, *avasallan duramente a sus pueblos, y que los magnates ejercen potestad sobre ellos*, a veces con mayor rigor que los mismos monarcas? *No será así entre vosotros*, como sucede entre gentiles: *Mas, entre vosotros, todo el que quisiere ser mayor, sea vuestro criado*: la verdadera grandeza en el Reino de Dios consiste en el abajamiento personal y en el humilde servicio

prestado a los demás, no en la ambición de los primeros puestos, ni en tenerlos. Y el que en este reino llegue a ocupar puestos elevados, no debe disfrutarlos en provecho suyo, sino que debe ser ministro de sus mismos súbditos: *Y el que, entre vosotros, quisiere ser el primero, sea vuestro siervo.* Y para animarles a este sacrificio, que a veces es costosísimo, les propone su propio altísimo ejemplo: *Así como el Hijo del hombre no vino a ser servido, siendo Señor y Maestro de los hombres, igual a Dios: sino a servir, ministrando a los hombres su doctrina, sus ejemplos, la salud del cuerpo, y ello en circunstancias fatigosísimas; y, lo que es más, a dar la vida para redención, en precio de rescate, de propiciación, de santificación, de muchos:* porque si bien la redención de Cristo es en derecho universal, pero de hecho no todos los hombres se salvan, porque voluntariamente se privan de sus frutos.

Lecciones morales.—A) v. 18.—*Ved que subimos a Jerusalén...*—Como si dijera a sus Apóstoles, dice el Crisóstomo: «Ved que voluntariamente voy a morir: cuando me veáis colgado de la cruz, no creáis que soy solamente hombre; porque aunque es de hombre poder morir, pero no es de hombre el querer morir.» Como Dios, quiere Jesús morir en la naturaleza humana que tomó; y en esta naturaleza humana quiere también morir, aunque a ello repugne esta misma naturaleza, por su total conformidad con la voluntad de Dios. Para que sepamos agradecer la infinita generosidad y bondad de Jesús, Dios-hombre, que pudiendo lograr los fines de su muerte sin morir, prefirió la muerte, a fin de que nosotros no nos asustáramos de morir y ofreciéramos nuestra muerte voluntariamente cuando llegue nuestra hora, en remisión de nuestros pecados, ya que él la ofreció por los de todos.

B) v. 21.—*Di que estos mis dos hijos se sienten en tu Reino...* Porque veía la madre que Jesús subía a Jerusalén, y hacía poco había dicho que se sentarían los Apóstoles, como asesores suyos, para juzgar las doce tribus de Israel (Mt. 19, 28), creyendo que va a la capital para fundar su reino, le pide las dos primeras plazas para sus dos hijos. Excusan los intérpretes a esta madre, por su abnegación en seguir a Jesús, dejando al marido, y ayudarle con sus bienes; por el deseo de que sus hijos estén cerca de Jesús: por el natural amor materno, que quiere lo mejor para los hijos. Nosotros debemos aprovechar lo que la actitud de la madre tiene de bueno, y dejar lo defectuoso: aspirar a una estrecha unión con Jesús, a participar de sus gracias, a hacernos dignos de su predilección, a tener en la gloria un trono refulgente, es cosa santa; para ello, como los hijos del Zebedeo, se valieron de la influencia de su madre para pedir a Jesús, debemos valernos de la prepotencia de la nuestra que está en los cielos, María, Madre del mismo Jesús. Pero debemos despojarnos de toda ambición, no sólo de la tierra, sino hasta de gracias y carismas extraordinarios, que Dios

concede libérrimamente a quien quiere, según los fines de su providencia.

c) v. 22. — *No sabéis lo que pedís.* — No es extraño que los hijos del Zebedeo no sepan lo que piden, cuando el mismo Príncipe de los Apóstoles no sabía, en el Tabor, lo que se decía, comenta el Crisóstomo. Porque a veces consintió el Señor que sus discípulos pensasen o dijese algo desordenado, para hallar en su culpa ocasión de enseñarnos la doctrina verdadera, sabiendo que el error de los discípulos no daña, estado el Maestro presente, y que su doctrina edifica, no sólo para el presente, sino para lo futuro. Tal es la próspera sabiduría del divino Maestro, que de estas desviaciones de sus Apóstoles supo sacar altos y profundos conceptos y ejemplos para nuestra edificación.

d) v. 23. — *No me pertenece a mí darlo a vosotros...* — No le pertenece ahora, porque todavía no es la hora de ejercer de Juez, y dar a cada uno lo que le toca. No le pertenece, porque como la vocación a la fe se atribuye al Padre (Rom. 8, 30; 1 Cor. 1, 9; Gal. 1, 6, etc.); como nadie va al Hijo si el Padre no le atrae (Ioh. 6, 44); como el Padre conserva para el Hijo a aquellos que le ha dado (Ioh. 17, 11); así al Padre se atribuye la predestinación y la concesión de los lugares que cada cual se haya ganado en la gloria; es que la predestinación y la posesión del cielo se atribuyen al poder y a la providencia de Dios, y éstos son atributos del Padre, hasta el punto de que note Maldonado que en ningún lugar de la Escritura se atribuye a otro que al Padre la predestinación. Habla Jesús aquí, por lo mismo, como siervo, como Hijo del hombre; porque en cuanto Dios, es igual al Padre, «y hace las mismas obras que el Padre» (Ioh. 5, 17, 10).

E) v. 24. — *Los diez se indignaron contra los dos hermanos...* — Como los dos hermanos pidieron según la carne, así los diez compañeros se indignaron también según la carne: porque cosa vituperable es querer sobreponerse a todos; pero es cosa excepcional y demasiado gloriosa tolerar que otro esté sobre nosotros, dice el Crisóstomo. Así, debemos reprimir en nosotros tanto la ambición, que nos impele a subir nosotros, como la envidia y los celos, que nos obligan a querer disminuyan los demás.

F) v. 26. — *Entre vosotros, todo el que quisiere ser mayor, sea vuestro criado...* — Los príncipes del mundo son tales, dice el Crisóstomo, que dominan a los demás, les imponen gabelas y usan de ellos para su propia utilidad, hasta la muerte; en cambio, los príncipes de la Iglesia son constituidos para que sirvan a los que son inferiores a ellos, y les administren todo lo que recibieron de Cristo, posponiendo sus propias utilidades y buscando las ajenas, no rehuyendo morir por la salud de los inferiores. Por lo mismo, desear los primeros puestos en la Iglesia, ni es justo, ni útil. Ningún hombre en juicio se somete voluntariamente a la servidumbre y peligro de dar cuenta de toda la Iglesia; a no ser quien no teme el juicio de Dios, abusando asagradamente de la preeminencia eclesiástica y convirtiéndolo en principado civil.

152. - CURACION DE UN CIEGO A LA ENTRADA DE JERICO: Lc. 18, 35-43

Evangelio de la Domínica de Quincuagésima (vv. 31-43)

³⁵ Y aconteció que, acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosca. ³⁶ Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. ³⁷ Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno. ³⁸ Y dijo a voces: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. ³⁹ Y los que iban delante le reñían, para que callase. Mas él gritaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí. ⁴⁰ Y Jesús, parándose, mandó que se lo trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, ⁴¹ diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que vea. ⁴² Y Jesús le dijo: Recobra la vista; tu fe te ha hecho salvo. ⁴³ Y luego recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y cuando vio esto todo el pueblo alabó a Dios.

Explicación. — La curación de este ciego y las narraciones análogas de Mt. y Mc., que son objeto del número 155, engendran no leve dificultad exegética que ha ejercitado el ingenio de los intérpretes, ya desde la antigüedad. La propondremos con brevedad, indicando la solución que más nos place.

Lc. refiere la curación de un ciego a la entrada de Jericó; Mc., la de uno a la salida de la propia ciudad; Mt., la de dos, a la salida también. ¿Fueron uno, dos o tres los ciegos curados por Jesús? Hay quienes opinan que fue uno solo, que pidió su curación a la entrada de la ciudad y la obtuvo el día siguiente, a la salida. Fouard cree también en la singularidad del ciego curado, concordando la «entrada» y la «salida» en el sentido de que había dos ciudades del mismo nombre de Jericó, la antigua o de Herodes, y la nueva, distantes dos kilómetros, y que la curación efectuada a la salida de la primera era naturalmente antes de entrar en la segunda: es interpretación demasiado sutil. Otros admiten dos ciegos curados, uno a la entrada, el de Lc., y otro a la salida, el de Mc., llamado Bartimeo; Mt., que ordinariamente se preocupa poco de detalles, habría juntado las dos narraciones en una. No faltan quienes creen en tres curaciones, una a la entrada y dos a la salida de la ciudad.

Optamos por la realidad de solas dos curaciones: la que se refiere en el presente número, y la de Bartimeo, a la salida de Jericó. Pasaban por esta ciudad las dos grandes rutas que del norte bajaban a Jerusalén, por Samaria y por la Perea. Aquellos días inme-

diatos a la Pascua iban estos caminos atestados de peregrinos: los pordioseros serían numerosos, como lo vemos en días de romerías a nuestros santuarios; entre ellos abundarían los ciegos, de los que tantos había en la Palestina: ¿qué extraño fuesen dos los curados? La única dificultad sería contra esta opinión es la casi identidad de los relatos; pero ¿no podía el ciego segundo haberse enterado de la forma en que obtuvo su curación el primero y saludar a Jesús en la misma forma? Y ¿no pudo Jesús adoptar manera análoga de curarlos?

CURACIÓN DEL CIEGO (35-43).—*Y aconteció que, acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna.* Era Jericó la primera ciudad de la Judea, después de Jerusalén, situada a unos 11 kilómetros a la orilla derecha del Jordán y a 30 al este de la capital, y a 250 metros bajo el nivel del Mediterráneo, en medio de un riente oasis, cuya vegetación copiosa, que contrastaba con el desierto de la Judea, de que estaba circundado, era determinada por copiosas fuentes que allí emergían. Queda hoy en su lugar un caserío, «Er-Riha», que paulatinamente se puebla de hoteles, pues es sitio de invierno y clima indicado para algunas dolencias. No lejos de él se ve la llamada «fuente de Eliseo», que riega aquellos contornos y los convierte en vergeles, pues es asombrosa la fertilidad de aquella tierra. Por la razón arriba indicada, convergían allí peregrinos y pordioseros.

Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, en dirección a la gran ciudad para la gran fiesta, preguntó qué era aquello. Pasaba en aquellos momentos multitud copiosa que se estrujaba acompañando a Jesús, que iba también a la Pascua: *Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno*, de Nazaret, de donde se le creía natural. Ha llegado a oídos del ciego la fama de los milagros de Jesús; aprovechará la coyuntura para pedir su curación: *Y dijo a voces: Jesús, Hijo de David*, confesándole Mesías, quien era conocido por este título y esperado por aquellos tiempos: *Ten misericordia de mí*, súplica brevísima y llenísima. *Y los que iban delante, del copioso grupo, le reñían*, reprendiéndole rudamente, *para que callase*, o porque creyesen que pedía limosna al Señor, o porque no quisiesen que un pordiosero le fuese molesto. El ciego no les hace caso: repite insistentemente, y levanta cada vez más la voz para dominar la gritería de la muchedumbre: *Mas él gritaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!*

Y Jesús, al oír la conmovedora súplica y viendo la fe que la informaba, *parándose*, y dando con ello una prueba de considera-

ción a quien las turbas no se la tenían, *mandó que se lo trajesen*, en lo que ya se ve comenzar la obra de la suave misericordia del Señor. *Y cuando estuvo cerca de Jesús, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga?* Es gran liberalidad la de quien se ofrece al beneplácito del que pide. *Y él respondió: Señor, que vea. Y Jesús, accediendo a la súplica, le dijo, con misericordia y con imperio: Recobra la vista:* en lo que demuestra su poder, que llega donde quiere en el obrar, y su afabilidad al secundar el deseo del ciego pordiosero. Después atribuye Jesús la eficacia de la plegaria del ciego a su fe, que le ha confesado Mesías y poderoso taumaturgo: *Tu fe te ha hecho salvo.* Abiertos los ojos del ciego, se incorpora a la multitud que le acompaña: *Y luego recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios,* alabándole y dándole gracias del beneficio. También el pueblo manifiesta espontáneamente sus sentimientos religiosos ante el prodigio: *Y cuando vio esto todo el pueblo, alabó a Dios.* Pronto murmurará de Jesús cuando le vea entrar en casa de Zaqueo.

Lecciones morales.—A) v. 35.—*Estaba un ciego sentado cerca del camino...*—De tal manera debemos considerar los milagros de Jesús, dice San Gregorio, que no sólo creamos en su realidad histórica, sino en su significación espiritual: porque las obras del Señor una cosa nos dicen por lo que toca a su poder, y nos enseñan otra en cuanto al misterio que encierran. Y este ciego puede considerarse como el tipo del hombre que no tiene la luz de la verdad; a quien, si quiere lograrla, es preciso antes que conozca la miserable ceguera de su espíritu y desee sanar de ella. Para esto es preciso que se le anuncie el paso de Jesús, lo que hacen los predicadores del Evangelio o las internas inspiraciones. Y debe el ciego espiritual aprovechar esta oportunidad para pedir a Jesús en humilde ruego la vista espiritual, interesando en ello la misericordia del Salvador. Y no se cansa de rogar, ni haga caso de los hombres, ni de la baraúnda de las humanas cosas. Persista en la oración, y Jesús le llamará a sí, le pedirá la confesión de su miseria y el deseo de remedio. Y la misericordia de Jesús hará lo demás.

B) v. 38.—*Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.*—¿Quién te enseñó, oh hombre, dice el Crisóstomo, que Jesús era hijo de David? ¿Acaso leíste los libros sagrados, careciendo de vista para ello? ¿Cómo llegaste a conocer a la lumbrera del mundo? En verdad, que Dios ilumina a los ciegos (Ps. 145, 8). E ilumina a éste, dice San Cirilo, para que pronuncie una oración llena, en la que, llamando a Jesús hijo de David, le reconoce hombre, y apelando a su misericordia, le confiesa Dios. Que el Señor nos ilumine para que conozcamos nuestras miserias, le conocamos a él, y de lo uno y lo otro nazca la fórmula de la plegaria eficaz, siempre que acudamos a la misericordiosa omnipotencia de Jesús.

C) v. 39.—*Mas él grita mucho más...*—Las ásperas reprensiones de la turba no cohíben la plegaria del ciego, dice San Cirilo;

sabe la fe luchar con todo y vencer en todo; es útil cosa tener una santa desaprensión en lo que atañe a las conveniencias del espíritu y al culto divino. Si muchos obran con imprudencia cuando se trata de atesorar riquezas, ¿por qué no hemos nosotros de usar en el servicio de Dios de una santa desvergüenza?

d) v. 41.—*¿Qué quieres que te haga?*— ¡Cuánta bondad la de Jesús, cuando nos ve delante de él, como este ciego, humildes con la confesión de nuestras miserias, perseverantes en la oración, confiados en su poder! Es Jesús, Dios todopoderoso, quien, hasta cierto punto, se somete a la voluntad del peticionario, poniéndose al compás y al nivel de sus deseos. ¿Qué es esta frase de Jesús dirigida al ciego, más que una glosa a la que en otra ocasión pronunciara: «Pedid, y recibiréis»? Así se compenetra el gran Dios con su humilde criatura entrando ella en El, y El en ella por la puerta anchísima de la oración.

153.—JESUS EN CASA DE Zaqueo: Lc. 19, 1-10

Evangelio de la Misa del Común de la Dedicación de una Iglesia

¹Y habiendo entrado, iba andando por Jericó. ²Cuando un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico, ³procuraba ver a Jesús, quién fuese: y no podía por la mucha gente, porque era pequeño de estatura. ⁴Y corriendo delante, se subió a un sicómoro para verle: porque por allí había de pasar. ⁵Y cuando llegó a aquel lugar, alzando los ojos, le vio, y le dijo: Zaqueo, baja presto, porque es menester que hoy me hospede en tu casa. ⁶Y él bajó apresurado, y le recibió gozoso. ⁷Y todos, al ver esto, murmuraban diciendo que había ido a hospedarse en casa de un pecador. ⁸Mas Zaqueo, presentándose al Señor, le dijo: Señor, la mitad de cuanto tengo, doy a los pobres: y si en algo he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro tantos más. ⁹Y Jesús le dijo: Hoy ha entrado la salvación en esta casa: porque él también es hijo de Abraham. ¹⁰Pues el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que había perecido.

Explicación.—También es Lc. el único Evangelista que refiere este episodio de Zaqueo, que tan bien encaja en el «Evangelio de la misericordia», como se ha llamado al tercero. Escrito para los gentiles, es oportunísimo el ejemplo del publicano de Jericó para demostrar que nadie debe desconfiar de la bondad del Señor.

Y habiendo entrado, iba andando por Jericó, lentamente, haciendo su camino hacia Betania, de donde le separaban aún seis horas de viaje, quizás aguardando anocheciera: es probable que pernoctara en la ciudad. *Cuando un hombre llamado Zaqueo*, nombre hebreo que parece significar Inocencio (Esdr. 2, 9; Neh. 7, 14):

de ello se deduce que este hombre era judío de origen (v. 9): *Que era jefe de los publicanos, y rico*: Jericó, ciudad de gran tránsito e importante centro comercial de productos agrícolas, especialmente de bálsamo, que en la comarca se cosechaba abundante, contaba con numerosos cobradores de tributos o publicanos; Zaqueo, según la palabra griega que le califica, era un jefe de publicanos, quizás un arrendador de contribuciones que tenía a su servicio gente asalariada que tan odiada era de los judíos. Ello nos explica que fuese rico: su profesión era lucrativa; si era arrendador de tributos, necesitaba un capital de garantía para responder de ellos ante los romanos.

Zaqueo deseaba conocer a Jesús: es instinto innato en el hombre conocer por el rostro a los personajes famosos; quizá se le ha dicho que el taumaturgo era amigo de publicanos: *Procuraba ver a Jesús, quién fuese*. Formaba la multitud valla infranqueable alrededor de Jesús; Zaqueo, bajo de cuerpo, no puede satisfacer sus deseos: *Y no podía por la mucha gente, porque era pequeño de estatura*. Ello le inspira, a más de la gracia de Dios que lleva este negocio, una estratagema que le libre de la gente y le permita dominar la multitud: *Y corriendo delante*, adonde no llegan aún la muchedumbre, *se subió a un sicómoro para verle*; era un sicómoro, o higuera de Egipto, árbol propio de la Palestina, de hojas semejantes al moral y de frutos parecidos a los higos; sus ramas se extienden horizontales a poca altura del suelo; estaría plantado en alguna plazuela adonde pararía la comitiva: *Porque por allí había de pasar*.

Jesús fue con el publicano lleno de bondad generosa: *Y cuando llegó a aquel lugar, alzando los ojos, le vio*: quien quería ver, es visto, y puede contemplar a placer el divino rostro. Le vio y le habló y le llamó por su nombre; conocía Jesús al hombre y lo que había en él (Ioh. 2, 25); él mismo había iniciado el movimiento de Zaqueo hacia Jesús. *Y le dijo: Zaqueo, baja presto, porque es menester*, lo pide mi caridad, lo exige el socorro que necesitas, *que hoy me hospede en tu casa*. Así colma Jesús los deseos de Zaqueo: se para, le mira, le habla, le llama por su nombre, estará con él aquel día.

Llenó ello de gozo a aquel hombre ingenuo y recto: *Y él bajó apresurado, y le recibió gozoso*: nunca pudo esperar tanto. En cambio, la gente, que odiaba a los publicanos, y más aún al jefe de ellos, por ser mayor pecador que ellos (Mt. 9, 11; Lc. 15, 1), manifestó su descontento, no pudiendo substraerse a sus prejuicios, a pesar de que, poco ha, había dado gloria a Dios por la curación

del ciego obrada por Jesús: *Y todos, al ver esto, murmuraban diciendo que había ido a hospedarse en casa de un pecador.*

Mas Zaqueo, presentándose al Señor, reverente, en pie, como el esclavo ante su señor, *le dijo*, contrayendo ya desde este momento grave y formal compromiso: *Señor, la mitad de cuanto tengo, doy a los pobres*: doy, no daré; así empieza a hacerse amigos con las riquezas iníquas (Lc. 16, 9, n. 135): *y si en algo he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro tantos más*. La ley mandaba que descubierto el fraude y después de sentencia judicial, debía el robador devolver el doble de lo defraudado (Ex. 22, 9); la ley romana autorizaba a exigir hasta el cuádruplo a quien era cogido en flagrante delito. Zaqueo no se acusa de fraude concreto y manifiesto; pero su oficio es pecaminoso: ha sido duro y exigente con todos; quizá más de lo justo; para componer su conciencia con la justicia y equidad, va más allá de lo que la ley exige en caso de fraude cierto.

Zaqueo corresponde con sobreabundancia a la gracia de Jesús. Y Jesús, que no se deja vencer, *le dijo*, colmando de gracia al dueño de la casa y a los suyos: *Hoy ha entrado la salvación mesiánica en esta casa*: aunque publicano, tenía derecho, como todos los hijos de Abraham, a la salvación prometida en pacto solemne al Patriarca: *Porque él también es hijo de Abraham*. Y a los murmuradores, que le imputan el que se trate con pecadores, da Jesús esta razón general de la economía de la gracia: *Pues el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que había perecido*: expresión llena de bondad y misericordia, que concreta uno de los grandes oficios que vino el Verbo humanado a llenar en la tierra.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Procuraba ver a Jesús, quien fuese...*—Si hubiese visto a Jesús, dice un comentarista, ya no hubiese ejercido de publicano: porque nadie ve y conoce a Jesús y persevera en sus pecados. Es buena disposición para dejarlos el deseo de conocer a Jesús: porque a más de que ello es un comienzo de santificación, el conocimiento de la santidad de Jesús engendra natural horror a nuestros pecados e imperfecciones. El conocimiento de Jesús es la vida eterna (Ioh. 17, 3); por ello, como Zaqueo, debemos forcejear para vencer la resistencia de las multitudes, que no son otra cosa que los obstáculos de todo género que impiden nuestra visión, negocios, pecados, amigos, diversiones, etc., y alargar nuestra baja estatura, subiéndonos al árbol de la fe y de los grandes principios de la vida humana, que nos permiten dominar el flujo de las cosas caducas de la tierra.

B) v. 5.—*Alzando los ojos, le vio...*—Vio Jesús el alma de aquel hombre ansiosa de vivir santamente, y la convirtió, dice San Cirilo. Es el mismo deseo expresado por el Salmista: «Deseó en todo

tiempo mi alma cumplir tus mandamientos» (Ps. 118, 20). Dios premia siempre los sinceros deseos de servirle, ayudándonos con su gracia, sin la que nada podemos. Un deseo de hacer el bien es una aproximación a Dios, fuente de toda bondad y de todo bien; a esta aproximación responde siempre el Señor acercándose a nosotros, como lo hizo con el profeta, «porque era varón de deseos» (Dan. 9, 23). Los deseos del alma son malos, y llevan al mal: ¿por qué los deseos del bien no deben ser ya cosa buena, que pueden tener la eficacia de llegar a hacer el bien? Y no hay bien que de Dios no venga.

c) v. 6. — *El bajó apresurado, y le recibió gozoso.* — Aprendan los ricos, dice San Ambrosio, que no está el crimen en las riquezas, sino en aquellos que no saben usar de ellas: porque las riquezas, así como son para los malos un obstáculo para la virtud, son medio utilísimo de ella a los buenos.

d) v. 8. — *Y si en algo he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro tantos más.* — ¡Qué lenguaje de sinceridad, de lealtad, de desprendimiento, de pena por la injusticia quizá cometida, el que transpiran estas palabras de Zaqueo! ¡Cuánto distan de él los ricos de hoy! Para la mayoría de ellos no tiene la vida más que un fin: atesorar. Limpio o menos limpio, quieren todos aumentar su caudal. Dar la mitad de los bienes a los pobres sería un hecho insólito, tenido tal vez como una sandez. Al contrario, utilizar a los pobres para aumentar las riquezas, esto es quizá tenido como medio normal de hacer negocio. Restituir cuatro veces lo defraudado, es un milagro cuando se tiene la conciencia de ello; cosa jamás vista cuando no se puede concretar el punto en que se cometió la injusticia, aunque quizá todo un negocio o toda una vida no hayan hecho más que bordear la injusticia. En verdad que es difícil entrar los ricos en el cielo; y que es muy costoso hacer para ello lo que hizo Zaqueo, según palabra de San Beda: fue un camello que depuso la enorme y pesada giba de sus bienes a los pies de Jesús, para entrar por el ojo de la aguja, que son las estrecheces de la justicia y de la caridad, y pasar así al Reino de los cielos.

154. — PARABOLA DE LAS DIEZ MINAS: Lc. 19, 11-28

Evangelio del Común de Confesores no Pontífices (vv. 12-26)

*Léase también en las fiestas de San Luis y San Esteban, reyes
(25 agosto y 2 septiembre)*

¹¹ Oyendo ellos estas cosas, prosiguió diciéndoles una parábola, con ocasión de estar cerca de Jerusalén: y porque pensaban que luego se manifestaría el Reino de Dios. ¹² Dijo, pues: Un hombre noble fue a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse. ¹³ Y habiendo llamado a diez de sus siervos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad hasta mi vuelta. ¹⁴ Mas sus ciudadanos le aborrecían: y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que reine éste sobre nosotros.

¹⁵ Y cuando volvió, después de haber recibido el reino, mandó llamar a aquellos siervos a quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. ¹⁶ Llegó, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. ¹⁷ Y le dijo: Está bien, buen siervo: pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades. ¹⁸ Y vino otro, y dijo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas. ¹⁹ Y dijo a éste: Tú tenla sobre cinco ciudades. ²⁰ Y vino el tercero, y dijo: Señor, aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un lienzo: ²¹ porque tuve miedo de ti, que eres hombre recio de condición: tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. ²² Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te condeno: sabías que yo era hombre recio de condición que tomo lo que no puse, y siego lo que no sembré. ²³ Pues, ¿por qué no diste mi dinero al banco, para que cuando volviese lo tomara con las ganancias? ²⁴ Y dijo a los que estaban allí: Quitadle la mina, y dádsela al que tiene diez minas. ²⁵ Y ellos le dijeron: ¡Señor, ya tiene diez minas! ²⁶ Pues yo os digo, que a todo aquel que tuviere, se le dará, y tendrá más: mas al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene. ²⁷ Y en cuanto a aquellos mis enemigos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédme los acá, y matadlos delante de mí. ²⁸ Y dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén.

Explicación.— Parécese esta parábola a la de los talentos, referida por Mt. 25, 14-30, hasta el punto que algunos han pretendido identificarlas. con Maldonado; pero ni la narración, ni la lección moral, ni el tiempo, son los mismos en ambas. La narración, como aparece de su simple lectura, ofrece diferencias notabilísimas. La que nos ocupa fue pronunciada en Jericó, dos días antes de la solemne entrada del Señor en Jerusalén; la de los talentos lo fue en el templo, el martes de la semana de Pascua, tres días antes de su muerte. Cuanto al fin, la de las minas se propone demostrar que el Reino de Dios glorioso no va a instaurarse en seguida: el hombre noble, Jesús, se va con su muerte; en el entretanto sus súbditos deben trabajar con ardor para que fructifiquen los dones que les concedió; a la vuelta, en el juicio, será inexorable en dar a cada uno su merecido; en cambio, la de los talentos tiene por objetivo principal recomendar la vigilancia. Podemos considerar en esta de las minas dos partes: viaje del hombre noble (11-14), conducta de sus servidores y su sanción (15-28).

PRIMERA PARTE: VIAJE DEL HOMBRE NOBLE (11-14).— Tiene la parábola una sucinta introducción de carácter histórico, que revela la situación de espíritu de los oyentes de Jesús. Acababa de decirles solemnemente que el Hijo del hombre había venido a buscar y salvar lo que había perecido: la expectación en que se hallaban

del reino mesiánico, cuya instauración creían inminente, hace que discípulos y pueblo entiendan que va Jesús, en su próxima llegada a Jerusalén, de donde sólo tiene unos 30 kilómetros, a proclamar su realeza y a establecer su reino. Jesús les propone la parábola para que depongan sus prejuicios y sepan que es de otra naturaleza su reino: *Oyendo ellos estas cosas, prosiguió diciéndoles una parábola, con ocasión de estar cerca de Jerusalén: y porque pensaban que luego se manifestaría el Reino de Dios.*

Dijo, pues: Un hombre noble fue a una tierra distante para recibir allí un reino, y después volverse. Alude aquí Jesús a la costumbre que tenían los príncipes y dinastas del oriente sujeto a los romanos, que iban a Roma para recibir el título y la investidura real: así lo hicieron Herodes el Grande, Arquelaos, Herodes Antipas y otros reyezuelos de las regiones vecinas de la Palestina. Por lo mismo, si el rey hace un viaje a lejanas tierras, no podrá manifestarse «luego» su realeza. Pero antes de partir el noble, quiso poner a prueba a algunos de sus siervos, con intento de confiarles a la vuelta cargos de importancia en su reino, según sus aptitudes: *Y habiendo llamado a diez de sus siervos, les dio diez minas, una a cada uno, unas ochenta pesetas, y les dijo: Negociad hasta mi vuelta. Escasa era la cantidad; pero ella debía ser estímulo de su laboriosidad. Mas sus ciudadanos, del hombre noble, le aborrecían: y enviaron tras él una embajada, a quien debía investirle con la realeza, diciendo: No queremos que reine éste sobre nosotros.*

El noble que va a lejanas tierras es Jesús mismo, que irá después de su resurrección a recibir en el cielo la investidura de Rey de los siglos de mano del Padre, y que vendrá al fin de los tiempos a hacer justicia a los suyos. Los diez siervos son el tipo de la universalidad de los hombres llamados al Reino de Dios. Las minas son las gracias que cada cual recibe y la misión que el señor les confía. Los que envían la embajada son todos aquellos que protestan contra el reinado de Jesús, especialmente el pueblo judío, que no le quiso por rey.

CONDUCTA DE LOS SERVIDORES Y SU SANCIÓN (15-28).—*Y cuando volvió, después de haber recibido el reino, mandó llamar a aquellos siervos a quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno, en qué negocios lo habían invertido y qué habían lucrado. Es la cuenta que a su segunda venida exigirá Jesús a los hombres de las gracias que les concedió. Llegó, pues, el primero, y dijo: Señor tu mina ha ganado diez minas: no atribuye la ganancia a su industria, sino a la eficacia del dinero recibido;*

con todo, la decuplicación del dinero supone habilidad y trabajo: es la gracia con la actividad del hombre la que produce el mérito. La recompensa es espléndida: primero, unas frases de encomio por parte del Rey: *Y le dijo: Está bien, buen siervo: luego, la razón del premio que va a darle: Pues que en lo poco has sido fiel; en fin, una paga que supera en mucho al trabajo empleado: Tendrás potestad sobre diez ciudades*, mando sobre una provincia entera. Es el ingente peso de gloria que Dios nos da por el momentáneo y leve trabajo de la vida.

Y vino otro, y dijo: Señor, tu mina me ha ganado cinco minas. Y dijo a éste: Tú tenla, la potestad, sobre cinco ciudades. No todos tienen el mismo ingenio e industria, ni se ofrece a todos la misma oportunidad de trabajo. El premio es proporcional al esfuerzo y al mérito: cada cual recibe su premio según su trabajo.

Y vino el tercero, y dijo: Señor, aquí tienes tu mina, en la misma forma en que me la diste: la cual he tenido guardada en un lienzo, en uno de estos pañuelos que llevaban los antiguos en su cinto, o en la mano: aun hoy la gente sencilla guardan en el pañuelo sus dineros. Intenta justificar el siervo su conducta, para lo que no temé calificar con insolencia el modo de ser del Señor: *Porque tuve miedo de ti, que eres hombre recio de condición, duro de entrañas.* Y agrava el insulto desarrollando el pensamiento: *tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste: te vales de la industria de tus súbditos para enriquecerte sin trabajo.* Este siervo perezoso no dilapida su gracia: sólo la hace estéril, por su apatía, por su pereza, quizá por su pusilanimidad.

El rey retuerce su argumento en contra suya: *Porque soy exigente y duro, debías trabajar para darme la ganancia: Entonces él le dijo: Mal siervo, malo por perezoso y por insolente: por tu propia boca te condeno: sabías que yo era hombre recio de condición que tomo lo que no puse, y siego lo que no sembré. Pues, ¿por qué no diste mi dinero al banco, para que cuando volviese lo tomara con las ganancias?* Sabes que me gusta aumente mi caudal y que en ello soy exigente; ya que no quisiste hacerlo crecer con tu industria, lo hubieses puesto a interés.

Atar el dinero en el pañuelo es esconder los dones recibidos de Dios, no trabajando con ellos; es no cuidar los ministerios que se nos han confiado; no poner el dinero a usura es dejar de hacer el bien que está en nuestra mano; quejarse de la dureza del señor es recalcitrar contra los preceptos que nos impone y los apremios a que trabajemos. La sanción de la holgazanería es terrible: *Y dijo a los que estaban allí: Quitadle la mina, y dádsela al que tiene diez*

minas. Es que Dios transfiere la gracia de los que no corresponden a ella a los que la hacen fructificar con más ventaja. Ello parece un exceso de liberalidad: Y ellos le dijeron: ¡Señor, ya tiene diez minas!; pero el que usa bien de los dones de Dios, suele recibir otros mayores: Pues yo os digo, a todo aquel que tuviere, se le dará, y tendrá más: mas al que no tiene, por haber frustrado la ganancia que pudo sacar, se le quitará aun lo que tiene: Dios desposee de su gracia a quien la desprecia o no coopera con ella.

Esto en cuanto a los siervos. Por lo que atañe a los que protestaron contra el rey, la sentencia es terrible: *Y en cuanto a aquellos mis enemigos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traéd-melos acá*, es voz de ira y de imperio; y *matadlos delante de mí*. Es alusión y predicción de la ruina del pueblo judío, que, porque dijo: «No queremos que reine éste sobre nosotros», pereció en la espantosa hecatombe de la destrucción de Jerusalén por los romanos. Esta ruina es la imagen de la destrucción de los enemigos de Jesús en todo tiempo, y especialmente en el juicio postrero.

Propuesta la parábola, que es una prueba irrecusable de que Jesús sabía su fin próximo y conocía sus trascendentales destinos, al par que es como un esbozo de su misión y del régimen de las almas, Jesús toma gozoso el camino de Jerusalén, donde debía morir dentro de ocho días: *Y dicho esto, iba delante*, como ansioso de cumplir la voluntad del Padre, *subiendo a Jerusalén*: de Jericó a la capital judía se sube siempre, pues hay más de mil metros de desnivel, atravesando parajes áridos y solitarios.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*Un hombre noble fue a una tierra distante...*—El hombre noble, dice San Cirilo, es Jesús, quien, siendo Verbo eterno de Dios, se hizo hombre, y aunque como tal tiene la forma de siervo, es nobilísimo por razón de su generación eterna del Padre. No sólo por su divinidad es noble Jesús, dice San Basilio, sino también en cuanto hombre, porque es de la stirpe regia de David. Y podemos añadir que es nobilísimo por su nobilísima naturaleza humana, la más perfecta que salió de las manos de Dios, por sus nobilísimas facultades, por sus sentimientos y por su magnífica manera de obrar. Vino del cielo a la lejana tierra para recibir la investidura de rey de los hombres, a quienes conquistó para el Padre. Y se volvió a su tierra, que es el cielo, y allí está sentado a la diestra del Padre, siendo Juez supremo de vivos y muertos.

B) v. 13.—*Negociad hasta mi vuelta.*—A cada uno de nosotros se nos ha dado una mina, dice San Eusebio, porque se nos ha dado una misma fe y un mismo bautismo. Y mientras tenemos anhélito de vida, venimos obligados a negociar con esta fe, principio radical de nuestra vida sobrenatural, semilla que contiene en germen toda nuestra vida sobrenatural; capital o moneda que fructifica

según la medida de nuestra colaboración al don de Dios. Debieran estos apremios del Señor a que trabajemos con el capital divino, llenarnos de un santo terror y de un sano optimismo: terror por la responsabilidad de inutilizar lo que costó la sangre de todo un Dios; optimismo, porque Dios es fidelísimo, y remunerará munífico, como no es capaz siquiera de soñar el hombre, todo esfuerzo que pongamos en el cultivo de la divina semilla.

c) v. 16. — *Señor, tu mina ha ganado diez minas.* — No dice el buen siervo: Yo he ganado diez minas; sino: Tu mina. Porque nosotros representamos el elemento humano en la obra buena: y la gracia de Dios, el elemento divino. Pero en las obras sobrenaturales arranca todo el mérito fundamentalmente de la gracia de Dios, que es la divina moneda que hemos de negociar. Nosotros no somos suficientes para nada en orden a la vida divina: toda nuestra suficiencia nos viene de Dios, dice el Apóstol (2 Cor. 3, 5). Sin El, nada podemos hacer. Pero con la gracia de Dios lo podemos todo, incluso hacer el espléndido negocio de la conquista de los cielos.

d) v. 20. — *Aquí tienes tu mina, la cual he tenido guardada en un lienzo...* — Metida en el lienzo de su singularidad y egoísmo tienen la gracia de Dios aquellos que, debiendo hacerla fructificar en bien de los demás, la dejan sin fruto por su pereza. Y más culpables son, dice San Agustín, aquellos que se escudan en la razón de que Dios no exigirá cuentas a aquellos a quienes no se haya predicado su gracia. Es perder el mérito personal y perder tal vez las almas de los prójimos. El lienzo, «sudario», dice la Vulgata, sirve para cubrir la cara de los cadáveres: Teofilacto comenta este pasaje diciendo que envuelve en la muerte la gracia de Dios quien en su holgazanería la esconde, para que no fructifique.

e) v. 22. — *Sabías que yo era hombre recio de condición...* — Si sabías que Dios era exigente en pedir cuentas, ¿por qué no pensaste en ello para disponerte a darle lo que podía exigirte? Dios no siega lo que no sembró; pero tiene derecho a segar y recoger la cosecha que debió dar la semilla que echó en el campo de las almas, que son todas tuyas. Te dio el alma; te dio la gracia; te dio la libertad, que debe acoplarse a la gracia para que fructifique, como da la semilla y la tierra y el sol y las lluvias que la fecunden. Ni perderá nada en dar fecundidad a la gracia quien la recibió, porque si las cosas de Dios reciben con ello incremento, el alma recibirá, por su esfuerzo y diligencia, el ciento por uno, de gracia y de vida eterna, que es la consumación de la gracia.

f) v. 23. — *¿Por qué no diste mi dinero al banco...?* — La mina, dice San Beda, es la predicación del Evangelio, que debe imponerse en el banco, es decir, intimarla a los corazones bien dispuestos para que dé interés de crecimiento espiritual. O es el banco, según San Agustín, la misma profesión pública de nuestra doctrina y de nuestra ley, que deben dar el fruto social que de ellas puede esperarse.

g) v. 25. — *¡Señor, ya tiene diez minas!* — Se escandalizan los hombres de que Dios sea excepcionalmente munífico con algunos de sus siervos. Es que desconocen los tesoros de su bondad y de su

riqueza. Cree pronto el hombre colmada la medida en quien recibe, porque pronto queda agotado el caudal de lo que puede dar. Pero Dios quiere que sus riquezas sean rápidamente absorbidas por la criatura, porque el bien es difusivo de sí mismo; y Dios, infinitamente bueno e infinito Bien, no quiere sino vaciarse de sí para llenar a su criatura: porque queda El lleno igualmente con provecho de sus criaturas, a las que tanto quiere.

155.— CURACION DEL CIEGO BARTIMEO

Mc. 10, 46-52; Mt 20, 29-34

MC ⁴⁶ Y fueron a Jericó, y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo el ciego, estaba sentado junto al camino, pidiendo limosna. ⁴⁷ Y cuando oyó que era Jesús Nazareno, comenzó a dar voces, y decir: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. ⁴⁸ Y le reñían muchos para que callase. Mas él gritaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí. ⁴⁹ Y se paró Jesús, y le mandó llamar. Lllaman, pues, al ciego, y le dicen: Ten buen ánimo: levántate, que te llama. ⁵⁰ El arrojó su capa, y, saltando, se fue a él. ⁵¹ Y tomando Jesús la palabra le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que yo vea. ⁵² Y Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha sanado. Y luego vio, y le iba siguiendo por el camino.

MC ²⁹ Y saliendo ellos de Jericó, siguióle una gran muchedumbre. ³⁰ Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, comenzaron a gritar, diciendo: Señor, hijo de David, ten misericordia de nosotros. ³¹ Y la gente les reñía para que callasen. Pero ellos gritaban más fuerte: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! ³² Y Jesús se paró y les llamó, y dijo: ¿Qué queréis que os haga? ³³ Señor, le respondieron, que sean abiertos nuestros ojos. ³⁴ Y Jesús, compadecido de ellos, les tocó los ojos, y vieron en el mismo instante, y le siguieron.

Explicación.— Por la suma dificultad que ofrecen los dos textos que son el objeto de este número a ser reducidos a una sola narración, los insertamos íntegros, uno a continuación del otro. Insistimos en nuestra opinión expresada en el número 152: Los ciegos curados por Jesús en las inmediaciones de Jericó en su viaje a Jerusalén para la última Pascua, no nos parecen tres, ni uno, sino dos; el narrado por Lucas, tal como se explicó en el citado número y el que aquí se refiere Marcos sobre Bartimeo. Podríamos decir tal vez que Mateo sobrepone las dos narraciones haciendo un solo relato de los dos hechos casi iguales, como agrupa a veces discursos o parábolas sin cuidar de la cronología, siguiendo su orden de redacción más sistemático que el de los demás Evangelistas. Aunque tampoco habría dificultad en que fueran dos y uno los ciegos

curados en este caso a la salida de Jericó y que se fijara Marcos sólo en uno, Bartimeo, más conocido que el otro, quizá más ferviente discípulo de Jesús que el otro después de su curación. Tendríamos entonces un caso análogo al de la narración de los posesos de Gerasa (núm. 69). Por lo demás, como nota en este pasaje San Agustín, debe salvarse absolutamente la inspiración divina de ambos relatos, y dejar al secreto de las intenciones de Dios el que se hallen en los Evangelios algunas oscuridades y dificultades de orden histórico.

Por todo ello, siendo ambos relatos casi idénticos entre sí y con el de Lucas, salvadas las diferencias que notamos, sólo nos fijaremos en los matices distintos que nos ofrecen las narraciones de Marcos y Mateo, que son el argumento de este número.

Y fueron a Jericó según lo narrado ya en números precedentes; lo ocurrido en la entonces opulenta ciudad lo refiere Lc. 19, 1-27. *Y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud*, que hacían el mismo camino de Jerusalén con motivo de la Pascua, *el hijo de Timeo, Bartimeo el ciego, estaba sentado junto al camino, pidiendo limosna*. Suponen algunos a Bartimeo muy conocido de los cristianos de la primera generación, y que por ello le nombre el Evangelista; según San Agustín, Bartimeo habría venido a parar, después de una gran posición a la ceguera y a la mendicidad.

Otra particularidad presenta la narración de Mc. A las palabras de Jesús, que llama al ciego, los que antes le increpaban para que callase, le transmiten la orden del Señor y se muestran atentos y compasivos con él. *Lllaman, pues, al ciego, y le dicen: Ten buen ánimo: confía, que te llama*, y ello puede ser presagio de tu curación. Abrióse el pecho del ciego a la esperanza: *El arrojó su capa*, su manto, para correr más expedito, y, *saltando*, lo que demuestra las ansias de mover a misericordia a Jesús, *se fue a él*. Al preguntarle Jesús qué quiere que le haga, le responde con la palabra «Rabboni», más respetuosa que la denominación de Señor, y que sólo se halla otra vez en los Evangelios (Ioh. 20, 16). Mateo añade que Jesús, «compadecido de ellos», de los dos ciegos que dice curados al salir de Jericó, «les tocó sus ojos», e inmediatamente vieron.

En los demás detalles convienen los tres Evangelistas (núm. 152).

Lecciones morales.—A) v. 46. — *Bartimeo, el ciego, estaba sentado junto al camino...*—Una de las significaciones que se atribuye a Timeo es la de «ciego»: Bartimeo sería ciego de hecho, hijo de ciego por su nombre patronímico. ¿No es entonces adecuadísimo tipo de la humanidad, ya que todos somos ciegos e hijos de ciegos; con la ceguera nativa de la ignorancia, de los errores de los pre-

juicios que sólo la luz del Hijo de Dios pudo disipar? ¡Venturosos ciegos los que, como el de Jericó, están sentados junto al camino de la vida, por donde pasan tantos viandantes que no son capaces de darnos la vista de la verdad, pero que cuando pasa Jesús, Verdad substancial —y para los ciegos que desean ver para siempre Jesús—, le llaman y le piden misericordia de la claridad espiritual! Jesús es la luz, que vino para que fuésemos hijos de la luz, que no quiere más que tocar nuestros ojos interiores para que veamos, pero que quiere que se lo pidamos. ¡Maestro mío, digámosle con Bartimeo, que se abran mis ojos! Si se abren ahora para la fe, los tendré abiertos para veros cara a cara en el cielo.

B) v. 48. — *Y le reñían para que callase.* — ¿Por qué le reñían? Llamaba a Jesús, Hijo de David, reconociéndole como Mesías; pedía la misericordia del Mesías, que es la forma más tangible, podríamos decir substancial, de la misericordia de Dios para con los hombres; y pedía la misericordia de la vista, de esta luz de los ojos, tan necesaria para la vida y de la que tan celosos estamos. No había de qué reñir al pobre ciego. Por esto Jesús sigue con él una conducta totalmente opuesta: se para ante él, le manda llamar, le pregunta con divina amabilidad lo que quiere, le toca los ojos, le cura, alaba su fe. ¡Cuántas veces lo que parece a los hombres una desviación, un error, una inconveniencia, es cosa laudabilísima ante Dios! Y ¡cómo debiéramos ponderar todos los elementos de juicio, que muchas veces no están en nuestra mano, antes de repudiar y reprobar las obras de nuestros hermanos!

c) v. 49. — *Ten buen ánimo: levántate, que te llama.* — La palabra de Jesús es reconfortante: nada es capaz de producir como ella la robustez, la agilidad, la resolución en el espíritu del hombre. Es la palabra de Dios, clara, que en un momento nos enseña la ruta que debemos seguir en nuestras oscuridades y vacilaciones; es la palabra de Dios, fuerte, a la que prestan acatamiento todas las pobres fuerzas de nuestra vida cuando quiere él llamarnos con eficacia, como rinde y troncha el aquilón los cedros del Líbano; es la palabra de Dios, íntima, que llega hasta el meollo del alma y que resuena, aunque no queramos, en las vastas concavidades de nuestro espíritu. ¡Oh, palabras de Jesús, que derribasteis a Saulo, que vencisteis a Agustín, que habéis obtenido los homenajes de las inteligencias más grandes y más rebeldes! Llamadme: mandad que me llamen en vuestro nombre vuestros heraldos, y sentiré reconfortarse mi espíritu, como el pobre Bartimeo, y me levantaré para venir a Vos.

d) v. 50. — *El arrojó su capa, y, saltando, se fue a él.* — Es el símbolo de lo que debemos hacer cuando nos llame Jesús, dice un intérprete: no debemos dudar, ni diferir de día en día nuestra aproximación a Jesús, sino que, dejando de lado todo aquello que puede impedir o retardar nuestro acceso a él, hemos de correr a su encuentro presurosos; esta diligencia y abnegación facilitan la dispensación de las divinas misericordias que Jesús nos tiene siempre preparadas.

156. — JESUS EN BETANIA: MARIA UNGE SUS PIES

IOH. 12, 1-11

(Mt. 26, 6-13; Mc. 14, 3-11)

Evangelio de la Misa del lunes de Semana Santa

(vv. 1-9)

(Los paralelos de Mt. y Mc. son parte del «Passio» del martes y del miércoles)

¹ Jesús, pues, seis días antes de la Pascua, vino a Betania, en donde había muerto Lázaro, al que Jesús resucitó. ² Y dispusieronle allí una cena ^{Mc} en casa de Simón el leproso: y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con él a la mesa. ³ Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio y ungió los pies de Jesús y los enjugo con sus cabellos: ^{Mc} y, quebrando el vaso, derramó el ungüento sobre la cabeza ^{Mc} del mismo mientras estaba sentado a la mesa: y se llenó la casa del olor del ungüento. ⁴ Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ⁵ ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios y se ha dado a los pobres? ⁶ Dijo esto, no porque él se cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y, teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella. ^{Mc} Mas había algunos ^{Mc} discípulos que, al ver esto, ^{Mc} lo llevaban a mal entre sí mismos, y decían: ¿A qué fin tal derroche de ungüento? Porque pudo venderse el ungüento en más de trescientos denarios y darse a los pobres. Y murmuraban contra ella. ⁷ Mas Jesús dijo: Dejadla que lo guarde para el día de mi sepultura. ^{Mc} ¿Por qué la molestáis? Buena obra ha hecho conmigo. ⁸ Porque a los pobres siempre les tenéis con vosotros, ^{Mc} y cuando quisieris podéis hacerles bien: mas a mí no siempre me tenéis. ^{Mc} Hizo ésta lo que pudo: ^{Mc} pues, derramando este ungüento sobre mi cuerpo ^{Mc} se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura.

^{Mc} En verdad os digo, que dondequiera que sea predicado este Evangelio, en todo el mundo, también lo que ésta ha hecho será contado en memoria de ella.

⁹ Y una muchedumbre de judíos supo que estaba allí, y vinieron no sólo por causa de Jesús, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. ¹⁰ Y los príncipes de los sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro: ¹¹ porque muchos por él se separaban de los judíos, y creían en Jesús.

Explicación. — Nos hallamos en la última etapa del viaje de Jesús a Jerusalén y en lo que podríamos llamar prelude de la historia de la Pasión del Señor. De Efrén ha subido a los confines de Samaria y Galilea; ha bajado por la Perea, a lo largo de la corriente del Jordán; ha atravesado el río; ha salvado los 7,5 kiló-

metros que le separan de Jericó, donde han ocurrido los episodios de los tres números anteriores; ha seguido su ruta hacia occidente, entrando en Betania, que dista 25 kilómetros de Jericó, y mañana entrará solemnemente en Jerusalén, distante de Betania 2.700 metros, también al occidente. El convite de Betania ya deja presentir la proximidad de la divina catástrofe: Jesús alude en él claramente a su muerte próxima; aparece la siniestra figura de Judas, el traidor. Los dos primeros Evangelios retardan cuatro días este episodio: primero para demostrar que Jesús iba a la muerte con plena conciencia y voluntad de ello; y en segundo lugar para poner de relieve la intervención de Judas en los planes de los enemigos de Jesús. Refiérense en este fragmento la cena de Betania (1-8), y la opinión de pueblo y magnates sobre Jesús (9-11).

EL CONVITE DE BETANIA (1-8).—San Juan había dejado la narración en el momento en que los que se hallaban ya en Jerusalén para la Pascua se preguntaban por qué Jesús no había venido a la fiesta (11, 56). Y sigue: *Jesús, pues, seis días antes de la Pascua*, antes del mismo día de la Pascua, 14 de Nisán, no seis días antes de que comenzaran las fiestas de Pascua: *Vino a Betania*: era el viernes anterior a la semana de su Pasión, ya que aquel año el 14 de Nisán coincidía en jueves. Nota el Evangelista dos solemnes detalles que dan gran relieve a la presencia de Jesús en Betania: *en donde había muerto Lázaro, al que Jesús resucitó*, hacía pocos días. *Y dispusieron allí una cena en casa de Simón el leproso*, persona de respeto, antes contagiado de lepra y a quien suponen algunos curado por Jesús. *Y Marta servía*: no que estuviese en su casa, sino que la multitud de convidados y sus relaciones con Jesús, harían necesarios sus buenos oficios. *Y Lázaro era uno de los que estaban sentados con él a la mesa*: uno de los convidados de Simón, que demostraba en esta forma tan humana la verdad de su resurrección.

Mientras se afanaba Marta en el servicio de la mesa, su hermana iba a dar una nueva prueba delicadísima de amor y reverencia a quien había devuelto, con la vida de Lázaro, la dicha a su hogar: *Entonces María tomó una libra de unguento de nardo puro de gran precio*: era la más pura esencia que pudo hallar María: del nardo, de delicadísimo aroma; no de las hojas, sino de la espiga, más quintaesenciado, sin mezcla de ninguna clase y guardado en un bote de piedra alabastro, la más a propósito para conservar las esencias. Tenían las ampollas de alabastro, herméticamente cerradas después de recibir el bálsamo, un delgado cuello que se quebraba al querer usar de la esencia: María lo hace: *Y ungió los pies*

de Jesús y los enjugó con sus cabellos, obsequio delicado de un alma amantísima, y, quebrando el vaso, derramó el ungüento sobre la cabeza del mismo mientras estaba sentado a la mesa, agotando el contenido de la ampolla. Era un obsequio que se prestaba a los huéspedes, tanto más de estimar cuanto más rico y abundante era el bálsamo, que bajaba de la cabeza a la barba, y empapaba las vestiduras (Ps. 44, 9; 132, 2). Y añade Juan un detalle que revela fue él también testigo presencial: Y se llenó la casa del olor del ungüento.

No les plugo a Judas y a algunos discípulos la generosidad de María para con Jesús, aunque por distintas razones. A Judas le mueve a murmuración la avaricia: ve que se le escapa magnífica ocasión de hacer un negocio malo. *Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: son dos detalles para distinguirlo del otro Judas: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios —cerca de trescientas pesetas, en lo que aparece el espíritu calculista de quien no computa más valor humano que el del interés material—, y se ha dado a los pobres? Pero el Evangelista desenmascara al hipócrita: Dijo esto, no porque él se cuidase de los pobres, ya que no era sino una especie de ecónomo o mayordomo de la pobre comunidad, sino porque era ladrón, y, teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella: es decir, Jesús, por las especiales aptitudes de Judas, le había confiado el cargo de custodio de los pobres fondos de su compañía; Judas los guardaba en un bolso, substrayendo de él furtivamente lo que se le antojaba.*

Mateo y Marcos atribuyen el detalle de la murmuración a los discípulos en general: *Mas había algunos discípulos que, al ver esto, lo llevaban muy a mal entre sí mismos, y decían: ¿A qué fin tal derroche de ungüento? Porque pudo venderse el ungüento en más de trescientos denarios y darse a los pobres. Y murmuraban contra ella.* La estimación del precio es prudencial; Judas, más hábil negociante, ha sido más preciso. Trescientos denarios era, para aquellos tiempos, cantidad muy importante; doscientos se habían juzgado casi bastantes para comprar pan para una multitud de 5.000 hombres (Mt. 14, 21; Mc. 6, 37); la queja imprudente, aunque no malévolamente como la de Judas, estaba hasta cierto punto justificada, aunque la tolerancia del Señor debía reprimir sus lenguas, que se desataron contra María.

Jesús contiene dulcemente la murmuración de sus discípulos, haciendo un panegírico lleno de la acción de aquella mujer: *Mas Jesús dijo: Dejadla que lo guarde para el día de mi sepultura. ¿Por*

qué la molestáis, con increpaciones y lamentos? No la acoséis más. Ahora quiero recibir de ella el obsequio de esta unción, ya que dentro de pocos días no podrá ella ungir, como quisiera, mi cadáver. Puesta a salvo de imputaciones ajenas la amante María, alaba Jesús sin rebozo su acción: *Buena obra ha hecho conmigo*; oficios de profunda piedad y ardiente amor son los que me ha prestado, como corresponden a mi dignidad. Da luego una razón en la que envuelve otra vez una alusión a su próxima muerte: *Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando quisieréis podéis hacerles bien: mas a mí no siempre me tenéis*: no os faltarán nunca pobres a quienes socorrer, ya que tan solícitos sois de ellos; pero si queréis prestarme obsequios viviendo en cuerpo mortal, pronto no podréis. Y sigue alabando la acción de María, que presentiría la próxima muerte del Amado y que no podría prestarle los últimos oficios de su piedad: *Hizo ésta lo que pudo*, lo que tuvo a mano y en el tiempo en que se le consintió: *pues, derramando este ungüento sobre mi cuerpo*, como se hace con los muertos antes de enterrarlos, *se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura*, ya que entonces no le será dado hacerlo. Termina Jesús la alabanza de la acción de María con una magnífica profecía: *En verdad os digo, que dondequiera que sea predicado este Evangelio, en todo el mundo, también lo que ésta ha hecho será contado en memoria de ella*. Con estas palabras consuela a la mujer, hace ver a sus discípulos los horizontes del mundo al que deben adoctrinar, y se manifiesta conocedor de lo futuro. Los tres Evangelios que refieren la acción de María son leídos en todos los idiomas, y la Liturgia ha dado a este episodio estado oficial en el culto de la Iglesia.

OPINIONES SOBRE JESÚS (9-11).—La multitud que desde Jericó acompañaban a Jesús, y que sin detenerse como él en Betania había ya llegado a Jerusalén, divulgó en la gran ciudad, y en día de gran concurrencia, que Jesús estaba en Betania: *Y una muchedumbre de judíos supo que estaba allí*. La fama de Jesús, y, sobre todo, el ansia natural de ver un hombre recientemente por él resucitado, determinaron gran afluencia de gentes desde la capital a Betania: *Y vinieron no sólo por causa de Jesús, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos*. Contrasta con esta conducta del pueblo el creciente encono de los poderosos jefes de la raza sacerdotal, tan enemigos de Jesús, como los fariseos: *Y los príncipes de los sacerdotes, que tenían ya decretada la muerte de Jesús, resolvieron, decretaron, matar también a Lázaro*. Quizás habían sospechado pudiese haber entre él y Jesús contubernio para

simular una resurrección, buscando así manera de perder a ambos con apariencias legales. Pero el Evangelista señala la causa del odio: la envidia: *Porque muchos por él se separaban de los judíos, y creían en Jesús*; la vida de Lázaro era una predicación de la mesianidad del Señor: Jesús lo había indicado antes de realizar el milagro (Ioh. 11, 42).

Lecciones morales.—A) v. 2.—*Lázaro era uno de los que estaban sentados con él a la mesa.*—A fin de que no creyeran los hombres que la resurrección de Lázaro había sido cosa de ilusión y juego de fantasmas, dice San Agustín, Lázaro es uno de los convidados al banquete que da Simón el leproso; vivía, hablaba, banqueteaba; ostentábase la verdad, se confundía la infidelidad de los judíos. Todo ello no fue bastante para convertir a aquel pueblo a la fe: creyeron algunos; la inmensa mayoría, y especialmente las autoridades y gente letrada, no quiso creer. ¡Bien había dicho Jesús, en la parábola de Lázaro el pobre, que no creerían los hermanos del Epulón aunque viesen un muerto resucitado! Sucede hoy lo mismo: con frecuencia ocurren milagros, si no tan ruidosos, no menos comprobados que la resurrección de Betania; pero son ineficaces para doblegar a la fe la frente de los hombres prevenidos contra ella. Nada hay más contrario a la fe, tratándose del pueblo, que la incredulidad de los grandes; y tratándose de éstos, las prevenciones de orden intelectual o político.

B) v. 3.—*María... ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos...*—¡Qué acción delicadísima la de María Magdalena en esta coyuntura! Todo respira en este acto amor, efusión, generosidad, reconocimiento. María no sirve a Jesús, como Marta, en un ministerio, aunque afectuoso, de carácter externo; la acción de Marta sale del corazón y va directamente al Corazón de Cristo: el bálsamo que baña el santísimo cuerpo y los cabellos que sirven de finísima toalla, no son más que un medio de expresión del amor. La complacencia de Jesús en esta ceremonia y las palabras que tiene de alabanza para María, no podrían interpretarse como una consagración de un acto externo solamente: es toda una vida, porque es la suma de una vida, el amor, lo que alaba Jesús en la mujer de Betania. Así deben ser nuestras obras buenas: salidas del corazón, e informadas del más puro e intenso amor.

C) v. 5.—*¿Por qué no se ha vendido... y se ha dado a los pobres?* Porque se debía este obsequio a Aquel que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. Porque si Cristo, sumo amador de la pobreza que nació en pobre pesebre, y vivió de pobrísimo oficio, y murió en la suprema carencia de todo, no hubiese hallado almas que le hubiesen honrado con sus dádivas, tampoco las hallarían los pobres, de quienes es el representante y el Capitán divino. Falta el pan para los pobres en aquellas sociedades en que no se honra a Cristo del modo debido. Todo cuanto por El y para él se hace, refluye en sus pobres; porque la divina caridad que se ejercita en obsequios a Jesús, halla en El el pábulo y el estímulo para derramarse luego en favor de los pobres. ¡Ay de los pobres cuando no hay generosidad

para con Jesús, que quiso desposarse con la divina pobreza para que de esta espiritual unión nacieran los enamorados de los pobres!

d) v. 6. — *Y, teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella.* — Es decir, lo substraía. No pereció Judas cuando recibió los dineros de los judíos para entregar al Señor, dice San Agustín: era ya ladrón; perdido espiritualmente, seguía a Jesús, no con el corazón, sino con el cuerpo. Quiso con ello enseñarnos el Señor a tolerar a los malos para no dividir el cuerpo de Cristo. Quien roba algo de la Iglesia es semejante al perdido Judas. Sé bueno y tolera a los malos, para que recibas el premio de los buenos, y no seas castigado con los malos. Aprendamos del Señor cuando aún estaba en la tierra: ¿por qué tuvo caudales aquel a quien ministraban los ángeles, sino porque debía tenerlos más tarde su Iglesia? Y ¿por qué admitió un ladrón en su compañía, sino para que la Iglesia tolere los ladrones cuando los tiene que sufrir? Pero advertimos que el que se acostumbra a hurtar del bolso de la comunidad, no dudó en recibir dinero para vender al mismo Señor.

e) v. 7. — *Dejadla que lo guarde para el día de mi sepultura.* — ¡Con qué dulce melancolía habla aquí Jesús de su sepultura! ¡Y cómo, al ungir la santa mujer los sagrados pies, veía Jesús su cuerpo yerto en el sepulcro, empapado en substancias aromosas, envuelto en blondas, lienzos y sudario! Mientras bañaba sus pies el precioso ungüento, y la casa se llenaba del olor de su perfume, Jesús recibe aquella unción como si se hiciese a su cuerpo exánime. Es un ejemplo que nos da el Señor, de referir a nuestras postrimerías hasta lo que más lejos parece estar de ellas. Si así lo hiciéramos, todo, hasta los goces indiferentes de la vida quedarían santificados y tendrían un valor de eternidad.

f) v. 8. — *Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros...* — Y en ellos siempre tenemos a Jesús. Nunca faltarán pobres en el mundo: hasta en las sociedades más perfectas y mejor administradas, habrá siempre quienes tengan que recibir de ajenas manos lo que no puedan lograr por las suyas propias. Es una forma, dice San Agustín, de realizarse la palabra de Jesús de que «estará con nosotros hasta la consumación de los tiempos» (Mt. 28, 20). Y porque siempre tenemos pobres, siempre surge el precepto de socorrerlos, en la forma y cuantía que podamos. Pensemos en los pobres; y pensemos que son como una especie de legado que nos ha hecho Jesús. Son sus sustitutos: a El no le tenemos siempre; ya no es pobre: goza de las inmensas riquezas que se conquistó con su labor fatigosísima de la redención del mundo: pero a los pobres siempre los tendremos; nos los ha dejado El, como partícipes de la herencia que a El debemos, que es cuanto somos y tenemos.

g) v. 10. — *Y los príncipes de los sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro...* — ¡Necio proyecto y ciega crueldad!, dice San Agustín: como si el Señor pudiese resucitar a un muerto de muerte natural y no a uno que lo fuese por muerte violenta. Pero, ¡si el Señor hizo ambas cosas! Resucitó a Lázaro difunto, y se resucitó a sí mismo, a quien habían muerto. Pero, dice el Crisóstomo, ningún milagro les había hecho enfurecer tanto como el de la resurrección de Lázaro, por su importancia, por su publicidad, por la nobleza

del resucitado, por la fama, por los efectos, porque corrían de Jerusalén a Betania, dejando de seguir a los sacerdotes para creer en Cristo. Cególos el furor, y quisieron matar a quien ninguna culpa tenía en que le hubiesen resucitado; pero que era testimonio vivo del poder de Aquel a quien habían jurado odio implacable y persecución hasta la muerte. ¡Cuánto debiéramos ponderar los motivos que tengamos en apasionarnos, para que no sea la pasión, sino la razón, la que guíe los pasos de nuestra vida!

SECCION OCTAVA

LA SEMANA DE PASION

Abril de 782 —Año 29 de nuestra era— Los seis días antes de la Pascua Judía

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: ÚLTIMOS DÍAS DEL MINISTERIO DE JESÚS. DEL DOMINGO A LA NOCHE DEL JUEVES. EN BETANIA Y EN JERUSALÉN.— 157. Jesús se dirige triunfalmente a Jerusalén.— 158. Episodios de la entrada triunfal.— 159. La higuera maldita. Expulsión de los mercaderes del Templo.— 160. Fe y caridad en la oración. Perversidad de los sinedritas.— 161. Parábolas de los dos hijos de los colonos rebeldes.— 162. Parábola de los convidados a una boda regia.— 163. Licitud del tributo exigido a los judíos por el César.— 164. Interrogan los saduceos a Jesús sobre la resurrección de los muertos.— 165. El mandato máximo, Jesús, hijo y señor de David.— 166. Discurso de Jesús contra los fariseos. Primera parte: Su ambición e hipocresía.— 167. Segunda parte: Los ocho anatemas contra escribas y fariseos.— 168. Tercera parte: Amenazas de Jesús. La ruina de Jerusalén.— 169. El óbolo de la viuda.— 170. Unos gentiles desean ver a Jesús: Discurso del Señor.— 171. Epílogo del ministerio público de Jesús. Discurso escatológico de Jesús: Generalidades.— 172. Primera parte: A) Introducción y signos precursores de la destrucción del Templo.— 173. B) Destrucción del Templo y de la ciudad.— 174. C) Signos precursores y venida del Hijo del hombre.— 175. D) Tiempo de la ruina del Templo y del mundo.— 176. Segunda parte: Exhortación a la vigilancia y trabajo: A) La vigilancia: Parábolas del lazo y del ladrón.— 177. B) Parábolas de los siervos.— 178. C) Parábola de las diez vírgenes.— 179. D) Parábola de los talentos.— 180. Tercera parte: El juicio final.— 181. Últimos días. El Sinedrio decreta la muerte de Jesús. Traición de Judas.— 182. Preparativos de la últi-

ma cena.—183. Principio de la cena. Discusión entre los Apóstoles.—184. El lavatorio.—185. El traidor.—186. Institución de la Eucaristía.—187. Discurso de Jesús después de la cena.—188. A) La glorificación de Jesús. El precepto nuevo.—189. B) Jesús predice las negaciones de Pedro. Le confirma en el Primado.—190. C) La promesa del cielo.—191. D) Otras tres grandes promesas.—192. E) El espíritu de verdad. El don de la paz.—193. F) La vida mística: Unión con Jesús.—194. G) El precepto de la caridad fraterna.—195. H) El odio del mundo contra los enviados de Cristo.—196. I) La obra del Espíritu Santo.—197. J) De la tristeza presente al gozo futuro.—198. Recapitulación y conclusión del discurso.—199. La oración sacerdotal de Jesús: A) Ruega por sí mismo.—200. B) Jesús ruega por sus Apóstoles.—201. C) Jesús ruega por la Iglesia.

PERÍODO SEGUNDO: DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES. EN GETSEMANÍ Y JERUSALÉN.—202. Camino de Getsemaní: Predicción del escándalo de los discípulos y de las negaciones de Pedro. Inminencia de la Pasión.—203. La oración de Jesús en el huerto.—204. Judas y la turba en Getsemaní. Poder de Jesús.—205. Prendimiento de Jesús.—206. El proceso religioso de Jesús: Jesús ante Anás.—207. Sigue el proceso religioso: Jesús ante Caifás.—208. Las negaciones de Pedro.—209. Sigue el proceso religioso de Jesús: Segunda sesión del Sinedrio.—210. Desesperación y suicidio de Judas.—211. El proceso civil: Jesús por primera vez ante Pilato.—212. Sigue el proceso civil: Jesús ante Herodes.—213. Sigue el proceso civil: Otra vez en el Pretorio. Jesús pospuesto a Barrabás.—214. Jesús azotado y coronado de espinas. Ecce Homo. Nuevo interrogatorio.—215. Último esfuerzo de Pilato. Jesús condenado a muerte.—216. Camino del Calvario.—217. La crucifixión. El título de la cruz. El sorteo de las vestiduras.—218. Injurias a Jesús crucificado. El buen ladrón.—219. Últimas palabras de Jesús y su muerte.—220. Después de la muerte del Señor.—221. La lanzada.—222. Descendimiento y sepultura.—223. Después de la sepultura de Jesús.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — Desde Betania, adonde había llegado seis días antes de la Pascua, Jesús se trasladó, *probablemente* (1) el DOMINGO, a Jerusalén, entrando triunfalmente en

(1) Decimos *probablemente* porque no faltan exégetas, como Rosadini, que ponen la entrada triunfal de Jesús el lunes, lo cual ofrece algunas ventajas para la distribución de los hechos subsiguientes en los días de la semana.

la ciudad y en el Templo. En Jerusalén pasó Jesús el día, y por la tarde (Mc. 11, 11) volvió a Betania, donde pernoctó.

Al siguiente día, LUNES, otra vez marchó a Jerusalén, maldijo a la higuera estéril y arrojó del Templo a los vendedores. Llegada la tarde, salió de Jerusalén (Mc. 11, 19) hacia su retiro de Betania.

El MARTES, dos días antes de la Pascua (Mt. 26, 2), de nuevo está en Jerusalén. Fue éste un día de intensa actividad apostólica, a juzgar por lo que los sinópticos narran. Jesús adoctrinó al pueblo, proponiéndole hermosas parábolas, y sostuvo vehementes disputas con fariseos, escribas y herodianos. En este día, por la tarde, los Pontífices tomaron la determinación de prender a Jesús y darle muerte. Después de esto Jesús marchó y se escondió (Ioh. 12, 36), retirándose como de costumbre a Betania.

El MIÉRCOLES Judas pactó sacrílegamente con los sinedritas para entregarles a Jesús.

El JUEVES, primer día de los ácidos, el Señor mandó a Pedro y a Juan que prepararan la Pascua, y por la tarde con sus discípulos celebró en Jerusalén la Cena Pascual, instituyendo la Santísima Eucaristía. Denunció veladamente al traidor, y Judas abandonó el Cenáculo. Dicho el himno, después de la cena, Jesús, con los once Apóstoles, salió del Cenáculo, bajó la pendiente del Sión y, atravesando el torrente de Cedrón, se retiró al huerto de Getsemaní, situado al pie del Olivete, en la encrucijada de los caminos que conducen a Betania. Allí oró largamente, cayó en agonía, se le apareció el ángel y sudó sangre; mientras sus discípulos dormían. A la medianoche, Judas, con su tropa, llegó a Getsemaní y prendieron a Jesús. Los Apóstoles se dispersaron, y Jesús fue llevado al Palacio del Pontífice y presentado primeramente a Anás y luego a Caifás, que presidió la primera reunión del Sinedrion en la que se juzgó a Jesús reo de muerte. Entretanto Pedro, en el atrio del Palacio, negó tres veces a su Maestro.

El VIERNES, muy de mañana, a la primera luz, se reunió por segunda vez el Sinedrion e hizo comparecer ante sí a Jesús, ratificando la sentencia de muerte y remitiéndolo acto seguido a Pilato, que tenía su Pretorio en la Torre Antonia, en el ángulo noroeste del Templo. Y se celebró el proceso civil contra Jesús ante Pilato y Herodes, que terminó con la cobarde confirmación de la sentencia por Pilato, el cual condenó a Jesús al afrentoso suplicio de la Cruz. Cargado del infamante madero, el Divino Redentor caminó hacia el lugar del suplicio, salió del recinto de la ciudad por la puerta Judicial, y en el monte Gólgota, o Calvario, próximo al muro septentrional, a las doce del día, fue crucificado entre

dos malhechores. A la hora de nona, las tres de la tarde, entregó libremente su espíritu en manos de su Padre celestial. A la caída de la tarde, antes de que empezara el descanso sabático, el cuerpo santísimo de Jesús fue piadosamente depositado en un sepulcro nuevo, propiedad de José de Arimatea y situado al pie del mismo Calvario.

PERIODO PRIMERO

ULTIMOS DIAS DEL MINISTERIO DE JESUS

157. — JESUS SE DIRIGE TRIUNFALMENTE A JERUSALEN: Mt. 21, 1-9

(Mc. 11, 1-10; Lc. 19, 29-38; Ioh. 12, 12-16)

Evangelio de la bendición de las Palmas del Domingo de Ramos

¹Y ¹al día siguiente, cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos, envió entonces Jesús a dos discípulos, ²diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego, ^{mc}al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino ^{mc}atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédmelos. ³Y si alguien os dijere alguna cosa: ^{mc}¿Qué hacéis? ¹¿Por qué los desatáis?, responded que el Señor los ha menester: y luego los dejará. ⁴Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: ⁵«Decid a la hija de Sión: ¹No temas: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo.» ¹Esto no lo entendieron sus discípulos al principio: pero, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hicieron. ⁶Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús. ¹Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, ^{mc}atado delante de la puerta, fuera, en la encrucijada, y desátanlo: ¹y cuando desataban el pollino, dijéronles ^{mc}algunos de los que allí estaban, ¹los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino? ^{mc}Ellos respondieron como Jesús les había mandado: ¹que el Señor lo ha menester: ^{mc}y se lo dejaron. ⁷Y condujeron el asna y el pollino ^{mc}a Jesús: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. ⁸Y ¹según él caminaba, una gran muchedumbre tendió sus vestidos en el camino: y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino. ¹Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto. ⁹Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás, gritaba diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito ¹el Rey que viene en el nombre del Señor! ^{mc}¡Bendito el

Reino que llega de nuestro padre David! ¡Paz en los cielos, hosanna y gloria en las alturas!

¡Una gran muchedumbre de gente que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén, cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!

Explicación.—El hecho que aquí se narra tiene lugar, según toda probabilidad, el día 10 de Nisán, cinco días antes de la Pascua, coincidiendo con nuestro domingo de Ramos, según venerable tradición litúrgica y eclesiástica. La hora no se precisa en ninguno de los Evangelios: de Mc. 11, 11, se colige que tuvo lugar por la tarde, durando probablemente algunas horas. Los cuatro Evangelios concurren a esta narración, ofreciendo cada uno de ellos diversas particularidades: el conjunto nos da animadísimo cuadro que reproduce aquel hecho trascendental de la vida de Jesús. Ya se ha notado en otro lugar (vol. I, pág. 218) el simbolismo de esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén: es la designación y preparación festiva del Cordero, que tenía lugar cinco días antes de la Pascua; Jesús, el Cordero de Dios, es aquel día designado como víctima para la redención del mundo. Es, además, este triunfo, que tiene lugar el primer día de la semana, preludio del triunfo definitivo de Jesús sobre la muerte, que tendrá lugar el mismo día de la semana siguiente.

PREPARATIVOS DEL TRIUNFO (1-6).—De Betania salió Jesús *al día siguiente* del convite habido en casa de Simón el leproso, para hacer su triunfal entrada en la ciudad. Hora escasa de camino separa la villa de Lázaro de la capital judía; entre ambas, y ya cerca de Jerusalén, hasta el punto de que los talmudistas la consideraran como parte de la ciudad, se hallaba la aldea de Betfagé, o «casa de los higos»: abundaban las higueras en el Monte de los Olivos, donde la aldea estaba emplazada y que separa Jerusalén de Betania: *Y cuando se acercaron a Jerusalén*, por la parte oriente, siguiendo el camino de Jericó, *y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos...* Es entonces cuando toma Jesús la iniciativa de la ruidosa manifestación triunfal que se le prepara. Es un designio divino en que aparece el Señor y el Profeta que quiere públicamente ser reconocido y aclamado por Mesías. Marcos da aquí esta indicación geográfica: «Y al acercarse Jesús a Jerusalén y Betania...»; y Lucas esta otra: «Y al acercarse a Betfagé y Betania...» ¿Cómo, saliendo Jesús de Betania, donde acaba de asistir a un convite, aquel en que María ungió sus pies (núm. 156), se acerca

a Betania? Porque siguiendo de oriente a occidente primero es Betania, luego Betfagé, a un kilómetro, y después Jerusalén, a dos escasos. Entre las varias explicaciones de estos parajes, optamos por la que supone que los Evangelistas tratan de localizar o definir la región donde tuvo lugar esta ovación de Jesús, que empieza cerca de Betania y acaba en el templo de Jerusalén, pasando por Betfagé.

Cuando la comitiva que había salido de Betania se hallaba frente por frente de Betfagé, *envió entonces*, indicación enfática del momento verdaderamente histórico, *Jesús a dos discípulos*: creen algunos que eran Pedro y Juan, pero no hay razón histórica que lo abone, callando los Evangelistas los nombres: *diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros*, Betfagé, *y luego, al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédme-los*. Demuéstrase en ello Jesús conocedor de las cosas ocultas y distantes: no había precedido pacto alguno con el dueño de los animales, como han pretendido algunos. Jesús, que siempre había recorrido a pie los duros caminos de la Palestina, quiere ahora entrar montado en la populosa ciudad, rebosante de gente: es su voluntad decidida de manifestarse como Mesías. Manifestación de carácter religioso, como lo demuestra el hecho de que monte en un pollino que nadie ha utilizado aún para este fin, como se hacía con los animales que se consagraban a Dios. *Y si alguien os dijere alguna cosa: ¿Qué hacéis? ¿Por qué lo desatáis?, responded que el Señor, Dueño de todas las cosas, los ha menester: y luego los dejará*, como sucedió, revelándose Jesús profeta y dueño de las voluntades, que se inclinan hacia donde El quiere. } 4

Mateo y Juan señalan en este hecho la realización de una profecía: *Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sión... (Is. 62, 11); la hija de Sión es locución poética para designar a Jerusalén y sus habitantes. Sión es una de las principales colinas sobre que la ciudad está edificada: No temas: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo»*, locución poética también para designar el asna. La alegación del texto (Zach. 9, 9), es más bien en su sentido que en la letra. Nota aquí Juan que se realizaban todas estas cosas sin que los discípulos se diesen cuenta de que se verificaba un vaticinio: *Esto no lo entendieron sus discípulos al principio*, cuando sucedieron los hechos: *pero, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hi-*

cieron; es decir, que cuando vino sobre ellos el Espíritu de Dios que les enseñó toda verdad (Ioh. 16, 13), o ya antes, cuando Jesús les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, conocieron la relación entre el hecho y la profecía.

Los discípulos que para ello habían sido designados por el Maestro, fueron a Betfagé, anticipándose a la comitiva, y cumplieron el encargo de Jesús: *Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús*. El cuadro que a la vista se les ofrece al llegar a aquel sitio es reproducción de la pintura que les ha hecho Jesús: *Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, atado delante de la puerta, como suelen tener los dueños las bestezuelas ante sus alquerías, fuera, en la encrucijada, en el camino que conducía a la casa, y desátanlo*. Tal vez esta nimiedad de detalles legitima la presunción de que Pedro, inspirador de Marcos, fue uno de los enviados.

Sucedió a los discípulos enviados lo que era natural, tratándose de gente forastera: *Y cuando desataban el pollino, dijéronles algunos de los que allí estaban, los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino?* Los discípulos cumplen escrupulosamente el encargo que les ha dado Jesús: *Ellos respondieron como Jesús les había mandado: que el Señor lo ha menester*. Los dueños nada replican; una gracia de Dios hace que consientan: *Y se lo dejaron*.

Jesús sólo debía utilizar el pollino: el asna madre iría a los flancos de Jesús, para que fuese dócil y manso el asnillo llevando la santísima persona del Señor. Nótese que Mt. habla del asna y del pollino; Mc. y Lc., sólo del pollino; no hay contradicción alguna: los dos últimos Evangelistas sólo se fijan en la cabalgadura que usó Jesús. Por lo demás, el asno de oriente no era el animal innoble de nuestros países; a más de que es más esbelto de formas y más vivaz, los antiguos lo habían usado como cabalgadura de nobles: así lo hizo Abraham (Gen. 22, 3), Moisés (Ex. 4, 20), Balaam (Num. 22, 21), los príncipes de Israel en el cántico de Débora (Jud. 5, 10), etc. En el uso del asnillo hay una razón de simbolismo: la paz, la mansedumbre, la humildad, la naturaleza del Reino mesiánico vienen figurados en ello, por oposición a los caballos de guerra, ricamente enjaezados y fuertemente protegidos, símbolo de la fuerza y del orgullo de los humanos conquistadores.

DETALLES DEL TRIUNFO (7-9).—*Y condujeron*, los discípulos, regresando de Betfagé, *el asna y el pollino a Jesús*, es de suponer con gran reverencia y temor, al ver la prodigiosa manera como se desarrollaban los hechos: *Y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le*

hicieron sentar encima, de los vestidos o mantos exteriores, ayudándole a montar. Los otros tres Evangelistas sólo nombran al pollino, sobre el que indudablemente se sentó Jesús (Mc. 11, 7; Lc. 19, 35; Ioh. 12-14): sencillamente enjaezados ambos animales, el joven sirvió de montura al Señor, mientras el asna daba humilde escolta al divino Triunfador.

Púsose la comitiva en marcha: *Y según él caminaba, una gran muchedumbre*, que había seguido a Jesús desde Betania, y los que desde Jerusalén habían salido a recibir al Señor, *tendió también sus vestidos en el camino*: así lo habían hecho los israelitas otro tiempo con Jehú ungido rey (4 Reg. 9, 12.13): es señal de gran honor. *Y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino*, como acostumbraban los antiguos hacerlo en las pompas solemnes (1 Mac. 13, 51; 2 Mac. 10, 7): como aun hoy sembramos de flores y hierbas aromáticas las calles al paso de las personas reales o de las procesiones religiosas.

Así llegaron las multitudes, ya llenas de entusiasmo, al punto del Monte de los Olivos en que se domina ya plenamente la ciudad y en que se inicia la bajada hacia el Cedrón; entonces se hizo clamoroso el entusiasmo: *Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto*: es el mismo Jesús quien mueve los ánimos de aquellas gentes para que prorrumpen en voces de alabanza y júbilo: *Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás*, en lo que quizá se designan las dos comitivas que acababan de encontrarse, la que venía de Betania y la que salía de Jerusalén, *gritaba diciendo...* Los gritos de la multitud serían variadísimos, como se colige de los diversos textos paralelos, y eran expresivos de la mesianidad y de la realeza de Jesús. *¡Hosanna al Hijo de David!*, prosperidad y salud para el real descendiente de David, para que pueda llevar a feliz término la obra del Reino mesiánico: *¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!* Vengan las bendiciones de Dios sobre el Enviado para la salvación de Israel: *¡Bendito el Reino que llega de nuestro padre David!* *¡Paz en los cielos!*, porque nos ha venido la reconciliación con Dios. *¡Hosanna*, o salvación desde los cielos, para El y para el pueblo, *y gloria en las alturas!*, efecto de la salvación mesiánica.

Juan corrobora la interpretación de las dos comitivas, la que va y la que viene de Jerusalén, formando manifestación imponente en favor del gran Taumaturgo, de quien se espera la restauración del Reino mesiánico: *Una gran muchedumbre de gente*

que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén... Es espléndido el marco para la glorificación de Jesús: todo Israel se ha congregado en la capital para la gran fiesta de Pascua. Las palmeras, que abundarían en el valle de Cedrón, prestáronles a las multitudes el símbolo del triunfo: *Cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*, por cuyo advenimiento suspiró hasta ahora nuestro pueblo.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Responded que el Señor los ha menester...*—No es poca cosa lo que con estas palabras se anuncia, dice el Crisóstomo: porque, ¿quién inclinó sus ánimos para que no contradijesen a los discípulos que desataban los jumentos, antes se los cediesen de buen grado? En lo que enseña a los discípulos que si hubiese querido hubiese también inclinado en su favor las voluntades de los judíos para que no le dañaran, pero no quiso. Les enseña además a dar a los otros cuanto pidan: porque si los que no conocían a Cristo lo hicieron, ¿cuánto más los discípulos de Jesús? Parece, añade el Santo, que los animales fueron devueltos a su dueño después que los hubo utilizado el Señor.

B) v. 5.—*He aquí que viene a ti tu Rey, manso...*—He aquí, sigue el Crisóstomo, que debes ver no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu, atendiendo no a las apariencias, sino a las obras del que viene a ti. Y a ti viene para salvarte, si tienes inteligencia; para perderte, si careces de ella, no comprendiendo su persona y su misión. Y viene a ti mismo no para que le temas por su poder, sino para que le ames por su mansedumbre. Por ello no viene sentado sobre carroza de oro, vestido de brillante púrpura: ni monta indómito caballo, amante de luchas y batallas, sino sobre un asnillo, amigo de la tranquilidad y de la paz. ¡Cómo podemos aplicar con mucho fruto a nuestra alma estas palabras en las venidas espirituales de Jesús, en los toques de su gracia, en las lecciones de la vida, y especialmente en sus visitas por la comunión eucarística! ¡Cuánta es la mansedumbre y benignidad de Jesús para con nosotros!

c) v. 7.—*Y pusieron sobre ellos sus vestidos...*—Nos da en ello Jesús, sigue el Crisóstomo, una medida de sabiduría y prudencia, usando sólo aquello que es de necesidad, no lo que hubiese sido ya ostentación y lujo. Bastó que montara un asno, y no quiso que fuese un caballo; pudo utilizar ricas gualdrapas para enjaezar su montura, y se contentó con las pobres capas de sus discípulos; pudieron alzarle en vilo las muchedumbres entusiasmadas y enlärarle así triunfalmente en la ciudad, y quiso que fuesen sus Apóstoles los que penosamente le ayudaran a cabalgar sobre el humilde pollino.

d) v. 9.—*¡Hosanna al Hijo de David!*—Se compendian en este grito todas las glorias y todos los anhelos del pueblo de Israel. Porque en la raza de David estaban vinculadas las esperanzas del

pueblo de Dios; de la descendencia del gran rey debía nacer el Mesías que debía fundar el reino espiritual definitivo y eterno. El pueblo que vitorea a Jesús, sea por una convicción hija de la visión de las grandes maravillas obradas por el Señor, sea porque moviera sus ánimos el mismo Jesús, adivina la realidad del Mesías, a quien glorifica; por ello grita: «¡Hosanna!», «que venga la salvación», por el Hijo de David; ¡Bendito (que sea glorificado) el que viene (por la encarnación) en el nombre del Señor! (es decir, del Padre), que le glorifica, dice la Glosa. Pero aquel mismo pueblo, infiel a la gracia de Dios, prevarica aquella misma semana y grita: ¡Crucifícale!, y pide que su sangre caiga sobre él y sus hijos. Lo que debía ser la salvación de Israel vino a parar en causa de su ruina. Es la obra de la veleidad humana y de los justos juicios de Dios.

Virreza y golpe de Cruz y Pasión

158. — EPISODIOS DE LA ENTRADA TRIUNFAL

IOH. 12, 17-19; Lc. 19, 39-44; Mt. 21, 10-12^a; 14-17

(Mc. 11, 11)

Evangelio del miércoles después de la Dominica 1.^a de Cuaresma
(Mt. 21, 10-27) y de la Dominica 3.^a después de Pentecostés
(Lc. 41-47)

¹⁷ Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro y le resucitó de entre los muertos. ¹⁸ Por eso salió a su encuentro la gente: porque oyeron que él había hecho este milagro. ¹⁹ Los fariseos, pues, dijéronse unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él. ²⁰ Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. ⁴⁰ El les respondió: Os digo que si éstos callaren, las piedras darán voces.

⁴¹ Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ⁴² ¡Ah, si tú conocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está oculto a tus ojos. ⁴³ Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes; ⁴⁴ y te derribarán en tierra, y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

¹⁰ Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? ¹¹ Y los pueblos decían: Este es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. ¹² Y entró Jesús en el Templo de Dios... ¹⁴ Y vinieron a él ciegos y cojos en el Templo, y los sanó. ¹⁵ Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hizo, y a los niños que gritaban en el Templo y decían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron. ¹⁶ Y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca oísteis que de la boca de los niños infantes y de pecho sacaste perfecta alabanza? ¹⁷ Y dejándolos, ^{MC} después de pasar la vista por

del resucitado, por la fama, por los efectos, porque corrían de Jerusalén a Betania, dejando de seguir a los sacerdotes para creer en Cristo. Cególos el furor, y quisieron matar a quien ninguna culpa tenía en que le hubiesen resucitado; pero que era testimonio vivo del poder de Aquel a quien habían jurado odio implacable y persecución hasta la muerte. ¡Cuánto debiéramos ponderar los motivos que tengamos en apasionarnos, para que no sea la pasión, sino la razón, la que guíe los pasos de nuestra vida!

SECCION OCTAVA

LA SEMANA DE PASION

Abril de 782 —Año 29 de nuestra era— Los seis días antes de la Pascua Judía

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: ÚLTIMOS DÍAS DEL MINISTERIO DE JESÚS. DEL DOMINGO A LA NOCHE DEL JUEVES. EN BETANIA Y EN JERUSALÉN.— 157. Jesús se dirige triunfalmente a Jerusalén.— 158. Episodios de la entrada triunfal.— 159. La higuera maldita. Expulsión de los mercaderes del Templo.— 160. Fe y caridad en la oración. Perversidad de los sinedritas.— 161. Parábolas de los dos hijos de los colonos rebeldes.— 162. Parábola de los convidados a una boda regia.— 163. Licitud del tributo exigido a los judíos por el César.— 164. Interrogan los saduceos a Jesús sobre la resurrección de los muertos.— 165. El mandato máximo, Jesús, hijo y señor de David.— 166. Discurso de Jesús contra los fariseos. Primera parte: Su ambición e hipocresía.— 167. Segunda parte: Los ocho anatemas contra escribas y fariseos.— 168. Tercera parte: Amenazas de Jesús. La ruina de Jerusalén.— 169. El óbolo de la viuda.— 170. Unos gentiles desean ver a Jesús: Discurso del Señor.— 171. Epílogo del ministerio público de Jesús. Discurso escatológico de Jesús: Generalidades.— 172. Primera parte: A) Introducción y signos precursores de la destrucción del Templo.— 173. B) Destrucción del Templo y de la ciudad.— 174. C) Signos precursores y venida del Hijo del hombre.— 175. D) Tiempo de la ruina del Templo y del mundo.— 176. Segunda parte: Exhortación a la vigilancia y trabajo: A) La vigilancia: Parábolas del lazo y del ladrón.— 177. B) Parábolas de los siervos.— 178. C) Parábola de las diez vírgenes.— 179. D) Parábola de los talentos.— 180. Tercera parte: El juicio final.— 181. Últimos días. El Sinedrío decreta la muerte de Jesús. Traición de Judas.— 182. Preparativos de la últi-

dos malhechores. A la hora de nona, las tres de la tarde, entregó libremente su espíritu en manos de su Padre celestial. A la caída de la tarde, antes de que empezara el descanso sabático, el cuerpo santísimo de Jesús fue piadosamente depositado en un sepulcro nuevo, propiedad de José de Arimatea y situado al pie del mismo Calvario.

PERIODO PRIMERO

ULTIMOS DIAS DEL MINISTERIO DE JESUS

157. — JESUS SE DIRIGE TRIUNFALMENTE A JERUSALEN: Mt. 21, 1-9

(Mc. 11, 1-10; Lc. 19, 29-38; Joh. 12, 12-16)

Evangelio de la bendición de las Palmas del Domingo de Ramos

¹Y ¹al día siguiente, cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos, envió entonces Jesús a dos discípulos, ²diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego, ^{mc}al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino ^{mc}atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédme los. ³Y si alguien os dijere alguna cosa: ^{mc}¿Qué hacéis? ¹¿Por qué los desatáis?, responded que el Señor los ha menester: y luego los dejará. ⁴Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: ⁵«Decid a la hija de Sión: ¹No temas: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo.» ¹Esto no lo entendieron sus discípulos al principio: pero, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hicieron. ⁶Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús. ¹Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, ^{mc}atado delante de la puerta, fuera, en la encrucijada, y desátanlo: ¹y cuando desataban el pollino, dijéronles ^{mc}algunos de los que allí estaban, ¹los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino? ^{mc}Ellos respondieron como Jesús les había mandado: ¹que el Señor lo ha menester: ^{mc}y se lo dejaron. ⁷Y condujeron el asna y el pollino ^{mc}a Jesús: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. ⁸Y ¹según él caminaba, una gran muchedumbre tendió sus vestidos en el camino: y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino. ¹Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto. ⁹Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás, gritaba diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito ¹el Rey que viene en el nombre del Señor! ^{mc}¡Bendito el

Reino que llega de nuestro padre David! ¡Paz en los cielos, hosanna ¹ y gloria en las alturas!

¹ *Una gran muchedumbre de gente que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén, cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*

— **Explicación.** — El hecho que aquí se narra tiene lugar, según toda probabilidad, el día 10 de Nisán, cinco días antes de la Pascua, coincidiendo con nuestro domingo de Ramos, según venerable tradición litúrgica y eclesiástica. La hora no se precisa en ninguno de los Evangelios: de Mc. 11, 11, se colige que tuvo lugar por la tarde, durando probablemente algunas horas. Los cuatro Evangelios concurren a esta narración, ofreciendo cada uno de ellos diversas particularidades: el conjunto nos da animadísimo cuadro que reproduce aquel hecho trascendental de la vida de Jesús. Ya se ha notado en otro lugar (vol. I, pág. 218) el simbolismo de esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén: es la designación y preparación festiva del Cordero, que tenía lugar cinco días antes de la Pascua; Jesús, el Cordero de Dios, es aquel día designado como víctima para la redención del mundo. Es, además, este triunfo, que tiene lugar el primer día de la semana, preludio del triunfo definitivo de Jesús sobre la muerte, que tendrá lugar el mismo día de la semana siguiente.

PREPARATIVOS DEL TRIUNFO (1-6). — De Betania salió Jesús *al día siguiente* del convite habido en casa de Simón el leproso, para hacer su triunfal entrada en la ciudad. Hora escasa de camino separa la villa de Lázaro de la capital judía; entre ambas, y ya cerca de Jerusalén, hasta el punto de que los talmudistas la consideraran como parte de la ciudad, se hallaba la aldea de Betfagé, o «casa de los higos»: abundaban las higueras en el Monte de los Olivos, donde la aldea estaba emplazada y que separa Jerusalén de Betania: *Y cuando se acercaron a Jerusalén*, por la parte oriente, siguiendo el camino de Jericó, *y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos...* Es entonces cuando toma Jesús la iniciativa de la ruidosa manifestación triunfal que se le prepara. Es un designio divino en que aparece el Señor y el Profeta que quiere públicamente ser reconocido y aclamado por Mesías. Marcos da aquí esta indicación geográfica: «Y al acercarse Jesús a Jerusalén y Betania...»; y Lucas esta otra: «Y al acercarse a Betfagé y Betania...» ¿Cómo, saliendo Jesús de Betania, donde acaba de asistir a un convite, aquel en que María ungió sus pies (núm. 156), se acerca

a Betania? Porque siguiendo de oriente a occidente primero es Betania, luego Betfagé, a un kilómetro, y después Jerusalén, a dos escasos. Entre las varias explicaciones de estos parajes, optamos por la que supone que los Evangelistas tratan de localizar o definir la región donde tuvo lugar esta ovación de Jesús, que empieza cerca de Betania y acaba en el templo de Jerusalén, pasando por Betfagé.

Cuando la comitiva que había salido de Betania se hallaba frente por frente de Betfagé, *envió entonces*, indicación enfática del momento verdaderamente histórico, *Jesús a dos discípulos*: creen algunos que eran Pedro y Juan, pero no hay razón histórica que lo abone, callando los Evangelistas los nombres: *diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, Betfagé, y luego, al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédme-los*. Demuéstrase en ello Jesús conocedor de las cosas ocultas y distantes: no había precedido pacto alguno con el dueño de los animales, como han pretendido algunos. Jesús, que siempre había recorrido a pie los duros caminos de la Palestina, quiere ahora entrar montado en la populosa ciudad, rebosante de gente: es su voluntad decidida de manifestarse como Mesías. Manifestación de carácter religioso, como lo demuestra el hecho de que monte en un pollino que nadie ha utilizado aún para este fin, como se hacía con los animales que se consagraban a Dios. *Y si alguien os dijere alguna cosa: ¿Qué hacéis? ¿Por qué lo desatáis?, responded que el Señor, Dueño de todas las cosas, los ha menester: y luego los dejará*, como sucedió, revelándose Jesús profeta y dueño de las voluntades, que se inclinan hacia donde El quiere.]

Mateo y Juan señalan en este hecho la realización de una profecía: *Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sión... (Is. 62, 11); la hija de Sión es locución poética para designar a Jerusalén y sus habitantes. Sión es una de las principales colinas sobre que la ciudad está edificada: No temas: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo», locución poética también para designar el asna. La alegación del texto (Zach. 9, 9), es más bien en su sentido que en la letra. Nota aquí Juan que se realizaban todas estas cosas sin que los discípulos se diesen cuenta de que se verificaba un vaticinio: Esto no lo entendieron sus discípulos al principio, cuando sucedieron los hechos: pero, cuando fue glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hi-*

cieron; es decir, que cuando vino sobre ellos el Espíritu de Dios que les enseñó toda verdad (Ioh. 16, 13), o ya antes, cuando Jesús les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, conocieron la relación entre el hecho y la profecía.

Los discípulos que para ello habían sido designados por el Maestro, fueron a Betfagé, anticipándose a la comitiva, y cumplieron el encargo de Jesús: *Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús*. El cuadro que a la vista se les ofrece al llegar a aquel sitio es reproducción de la pintura que les ha hecho Jesús: *Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, atado delante de la puerta*, como suelen tener los dueños las bestezuelas ante sus alquerías, *fuera, en la encrucijada*, en el camino que conducía a la casa, *y desátanlo*. Tal vez esta nimiedad de detalles legitima la presunción de que Pedro, inspirador de Marcos, fue uno de los enviados.

Sucedió a los discípulos enviados lo que era natural, tratándose de gente forastera: *Y cuando desataban el pollino, dijéronles algunos de los que allí estaban, los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino?* Los discípulos cumplen escrupulosamente el encargo que les ha dado Jesús: *Ellos respondieron como Jesús les había mandado: que el Señor lo ha menester*. Los dueños nada replican; una gracia de Dios hace que consientan: *Y se lo dejaron*.

Jesús sólo debía utilizar el pollino: el asna madre iría a los flancos de Jesús, para que fuese dócil y manso el asnillo llevando la santísima persona del Señor. Nótese que Mt. habla del asna y del pollino; Mc. y Lc., sólo del pollino; no hay contradicción alguna: los dos últimos Evangelistas sólo se fijan en la cabalgadura que usó Jesús. Por lo demás, el asno de oriente no era el animal innoble de nuestros países; a más de que es más esbelto de formas y más vivaz, los antiguos lo habían usado como cabalgadura de nobles: así lo hizo Abraham (Gen. 22, 3), Moisés (Ex. 4, 20), Balaam (Num. 22, 21), los príncipes de Israel en el cántico de Débora (Iud. 5, 10), etc. En el uso del asnillo hay una razón de simbolismo: la paz, la mansedumbre, la humildad, la naturaleza del Reino mesiánico vienen figurados en ello, por oposición a los caballos de guerra, ricamente enjaezados y fuertemente protegidos, símbolo de la fuerza y del orgullo de los humanos conquistadores.

DETALLES DEL TRIUNFO (7-9).—*Y condujeron*, los discípulos, regresando de Betfagé, *el asna y el pollino a Jesús*, es de suponer con gran reverencia y temor, al ver la prodigiosa manera como se desarrollaban los hechos: *Y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le*

hicieron sentar encima, de los vestidos o mantos exteriores, ayudándole a montar. Los otros tres Evangelistas sólo nombran al pollino, sobre el que indudablemente se sentó Jesús (Mc. 11, 7; Lc. 19, 35; Ioh. 12-14): sencillamente enjaezados ambos animales, el joven sirvió de montura al Señor, mientras el asna daba humilde escolta al divino Triunfador.

Púsose la comitiva en marcha: *Y según él caminaba, una gran muchedumbre*, que había seguido a Jesús desde Betania, y los que desde Jerusalén habían salido a recibir al Señor, *tendió también sus vestidos en el camino*: así lo habían hecho los israelitas otro tiempo con Jehú ungido rey (4 Reg. 9, 12.13): es señal de gran honor. *Y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino*, como acostumbraban los antiguos hacerlo en las pompas solemnes (1 Mac. 13, 51; 2 Mac. 10, 7): como aun hoy sembramos de flores y hierbas aromáticas las calles al paso de las personas reales o de las procesiones religiosas.

Así llegaron las multitudes, ya llenas de entusiasmo, al punto del Monte de los Olivos en que se domina ya plenamente la ciudad y en que se inicia la bajada hacia el Cedrón; entonces se hizo clamoroso el entusiasmo: *Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto*: es el mismo Jesús quien mueve los ánimos de aquellas gentes para que prorrumpen en voces de alabanza y júbilo: *Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás*, en lo que quizá se designan las dos comitivas que acababan de encontrarse, la que venía de Betania y la que salía de Jerusalén, *gritaba diciendo...* Los gritos de la multitud serían variadísimos, como se colige de los diversos textos paralelos, y eran expresivos de la mesianidad y de la realeza de Jesús. *¡Hosanna al Hijo de David!*, prosperidad y salud para el real descendiente de David, para que pueda llevar a feliz término la obra del Reino mesiánico: *¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!* Vengan las bendiciones de Dios sobre el Enviado para la salvación de Israel: *¡Bendito el Reino que llega de nuestro padre David!* *¡Paz en los cielos!*, porque nos ha venido la reconciliación con Dios. *¡Hosanna*, o salvación desde los cielos, para El y para el pueblo, *y gloria en las alturas!*, efecto de la salvación mesiánica.

Juan corrobora la interpretación de las dos comitivas, la que va y la que viene de Jerusalén, formando manifestación imponente en favor del gran Taumaturgo, de quien se espera la restauración del Reino mesiánico: *Una gran muchedumbre de gente*

que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén... Es espléndido el marco para la glorificación de Jesús: todo Israel se ha congregado en la capital para la gran fiesta de Pascua. Las palmeras, que abundarían en el valle de Cedrón, prestáronles a las multitudes el símbolo del triunfo: *Cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*, por cuyo advenimiento suspiró hasta ahora nuestro pueblo.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Responded que el Señor los ha menester...*—No es poca cosa lo que con estas palabras se anuncia, dice el Crisóstomo: porque, ¿quién inclinó sus ánimos para que no contradijesen a los discípulos que desataban los jumentos, antes se los cediesen de buen grado? En lo que enseña a los discípulos que si hubiese querido hubiese también inclinado en su favor las voluntades de los judíos para que no le dañaran, pero no quiso. Les enseña además a dar a los otros cuanto pidan: porque si los que no conocían a Cristo lo hicieron, ¿cuánto más los discípulos de Jesús? Parece, añade el Santo, que los animales fueron devueltos a su dueño después que los hubo utilizado el Señor.

B) v. 5.—*He aquí que viene a ti tu Rey, manso...*—He aquí, sigue el Crisóstomo, que debes ver no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu, atendiendo no a las apariencias, sino a las obras del que viene a ti. Y a ti viene para salvarte, si tienes inteligencia; para perderte, si careces de ella, no comprendiendo su persona y su misión. Y viene a ti mismo no para que le temas por su poder, sino para que le ames por su mansedumbre. Por ello no viene sentado sobre carroza de oro, vestido de brillante púrpura: ni monta indómito caballo, amador de luchas y batallas, sino sobre un asnillo, amigo de la tranquilidad y de la paz. ¿Cómo podemos aplicar con mucho fruto a nuestra alma estas palabras en las venidas espirituales de Jesús, en los toques de su gracia, en las lecciones de la vida, y especialmente en sus visitas por la comunión eucarística! ¡Cuánta es la mansedumbre y benignidad de Jesús para con nosotros!

C) v. 7.—*Y pusieron sobre ellos sus vestidos...*—Nos da en ello Jesús, sigue el Crisóstomo, una medida de sabiduría y prudencia, usando sólo aquello que es de necesidad, no lo que hubiese sido ya ostentación y lujo. Bastó que montara un asno, y no quiso que fuese un caballo; pudo utilizar ricas gualdrapas para enjaezar su montura, y se contentó con las pobres capas de sus discípulos; pudieron alzarle en vilo las muchedumbres entusiasmadas y enrrarle así triunfalmente en la ciudad, y quiso que fuesen sus Apóstoles los que penosamente le ayudaran a cabalgar sobre el humilde pollino.

D) v. 9.—*¡Hosanna al Hijo de David!*—Se compendian en este grito todas las glorias y todos los anhelos del pueblo de Israel. Porque en la raza de David estaban vinculadas las esperanzas del

pueblo de Dios; de la descendencia del gran rey debía nacer el Mesías que debía fundar el reino espiritual definitivo y eterno. El pueblo que vitorea a Jesús, sea por una convicción hija de la visión de las grandes maravillas obradas por el Señor, sea porque moviera sus ánimos el mismo Jesús, adivina la realidad del Mesías, a quien glorifica; por ello grita: «¡Hosanna!», «que venga la salvación», por el Hijo de David; ¡Bendito (que sea glorificado) el que viene (por la encarnación) en el nombre del Señor! (es decir, del Padre), que le glorifica, dice la Glosa. Pero aquel mismo pueblo, infiel a la gracia de Dios, prevarica aquella misma semana y grita: ¡Crucifícale!, y pide que su sangre caiga sobre él y sus hijos. Lo que debía ser la salvación de Israel vino a parar en causa de su ruina. Es la obra de la veleidat humana y de los justos juicios de Dios.

Virreza y falta de consistencia

158.—EPISODIOS DE LA ENTRADA TRIUNFAL

IOH. 12, 17-19; Lc. 19, 39-44; Mt. 21, 10-12^a; 14-17

(Mc. 11, 11)

Evangelio del miércoles después de la Dominica 1.^a de Cuaresma (Mt. 21, 10-27) y de la Dominica 3.^a después de Pentecostés (Lc. 41-47)

¹⁷ Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro y le resucitó de entre los muertos. ¹⁸ Por eso salió a su encuentro la gente: porque oyeron que él había hecho este milagro. ¹⁹ Los fariseos, pues, dijéronse unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él. ²⁰ Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. ²¹ El les respondió: Os digo que si éstos callaren, las piedras darán voces.

²² Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ²³ ¡Ah, si tú conocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está oculto a tus ojos. ²⁴ Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes: ²⁵ y te derribarán en tierra, y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

²⁶ Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? ²⁷ Y los pueblos decían: Este es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. ²⁸ Y entró Jesús en el Templo de Dios... ²⁹ Y vinieron a él ciegos y cojos en el Templo, y los sanó. ³⁰ Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hizo, y a los niños que gritaban en el Templo y decían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron. ³¹ Y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca oísteis que de la boca de los niños infantes y de pecho sacaste perfecta alabanza? ³² Y dejándolos, ³³ después de pasar la vista por

que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén... Es espléndido el marco para la glorificación de Jesús; todo Israel se ha congregado en la capital para la gran fiesta de Pascua. Las palmeras, que abundarían en el valle de Cedrón, prestáronles a las multitudes el símbolo del triunfo: *Cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*, por cuyo advenimiento suspiró hasta ahora nuestro pueblo.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Responded que el Señor los ha menester...*—No es poca cosa lo que con estas palabras se anuncia, dice el Crisóstomo: porque, ¿quién inclinó sus ánimos para que no contradijesen a los discípulos que desataban los juementos, antes se los cediesen de buen grado? En lo que enseña a los discípulos que si hubiese querido hubiese también inclinado en su favor las voluntades de los judíos para que no le dañaran, pero no quiso. Les enseña además a dar a los otros cuanto pidan: porque si los que no conocían a Cristo lo hicieron, ¿cuánto más los discípulos de Jesús? Parece, añade el Santo, que los animales fueron devueltos a su dueño después que los hubo utilizado el Señor.

B) v. 5.—*He aquí que viene a ti tu Rey, manso...*—He aquí, sigue el Crisóstomo, que debes ver no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu, atendiendo no a las apariencias, sino a las obras del que viene a ti. Y a ti viene para salvarte, si tienes inteligencia; para perderte, si careces de ella, no comprendiendo su persona y su misión. Y viene a ti mismo no para que le temas por su poder, sino para que le ames por su mansedumbre. Por ello no viene sentado sobre carroza de oro, vestido de brillante púrpura: ni monta indómito caballo, amador de luchas y batallas, sino sobre un asnillo, amigo de la tranquilidad y de la paz. ¡Cómo podemos aplicar con mucho fruto a nuestra alma estas palabras en las venidas espirituales de Jesús, en los toques de su gracia, en las lecciones de la vida, y especialmente en sus visitas por la comunión eucarística! ¡Cuánta es la mansedumbre y benignidad de Jesús para con nosotros!

C) v. 7.—*Y pusieron sobre ellos sus vestidos...*—Nos da en ello Jesús, sigue el Crisóstomo, una medida de sabiduría y prudencia, usando sólo aquello que es de necesidad, no lo que hubiese sido ya ostentación y lujo. Bastó que montara un asno, y no quiso que fuese un caballo; pudo utilizar ricas gualdrapas para enjaezar su montura, y se contentó con las pobres capas de sus discípulos; pudieron alzarle en vilo las muchedumbres entusiasmadas y entrarle así triunfalmente en la ciudad, y quiso que fuesen sus Apóstoles los que penosamente le ayudaran a cabalgar sobre el humilde pollino.

D) v. 9.—*¡Hosanna al Hijo de David!*—Se compendian en este grito todas las glorias y todos los anhelos del pueblo de Israel. Porque en la raza de David estaban vinculadas las esperanzas del

pueblo de Dios; de la descendencia del gran rey debía nacer el Mesías que debía fundar el reino espiritual definitivo y eterno. El pueblo que vitorea a Jesús, sea por una convicción hija de la visión de las grandes maravillas obradas por el Señor, sea porque moviera sus ánimos el mismo Jesús, adivina la realidad del Mesías, a quien glorifica; por ello grita: «¡Hosanna!», «que venga la salvación», por el Hijo de David; ¡Bendito (que sea glorificado) el que viene (por la encarnación) en el nombre del Señor! (es decir, del Padre), que le glorifica, dice la Glosa. Pero aquel mismo pueblo, infiel a la gracia de Dios, prevarica aquella misma semana y grita: ¡Crucifícale!, y pide que su sangre caiga sobre él y sus hijos. Lo que debía ser la salvación de Israel vino a parar en causa de su ruina. Es la obra de la veleidad humana y de los justos juicios de Dios.

¡Crucifícale! glosa de Cicerone

158. — EPISODIOS DE LA ENTRADA TRIUNFAL
 IOH. 12, 17-19; Lc. 19, 39-44; Mt. 21, 10-12^a; 14-17
 (Mc. 11, 11)

**Evangelio del miércoles después de la Dominica 1.^a de Cuaresma
 (Mt. 21, 10-27) y de la Dominica 3.^a después de Pentecostés
 (Lc. 41-47)**

¹⁷ Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro y le resucitó de entre los muertos. ¹⁸ Por eso salió a su encuentro la gente: porque oyeron que él había hecho este milagro. ¹⁹ Los fariseos, pues, dijéronse unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él. ²⁰ Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. ⁴⁰ El les respondió: Os digo que si éstos callaren, las piedras darán voces.

⁴¹ Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ⁴² ¡Ah, si tú conocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está oculto a tus ojos. ⁴³ Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes: ⁴⁴ y te derribarán en tierra, y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

¹⁰ Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? ¹¹ Y los pueblos decían: Este es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. ¹² Y entró Jesús en el Templo de Dios... ¹⁴ Y vinieron a él ciegos y cojos en el Templo, y los sanó. ¹⁵ Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hizo, y a los niños que gritaban en el Templo y decían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron. ¹⁶ Y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca oísteis que de la boca de los niños infantes y de pecho sacaste perfecta alabanza? ¹⁷ Y dejándolos, ^{Mc} después de pasar la vista por

todo, como fuese ya tarde, se marchó fuera de la ciudad, a Betania, ^{MC} con los doce, y quedóse allí.

Explicación.— En medio de la gloriosa sencillez de la entrada de Jesús en Jerusalén, se producen tres episodios que presagian por una parte la gran catástrofe de la pasión y muerte del Señor, y por otra la espantosa ruina de la ciudad y pueblo deicidas. Es el primero un pequeño diálogo habido entre Jesús y los fariseos (Ioh. 17-19; Lc. 39.40); el segundo, la predicción de la ruina de Jerusalén que hace Jesús (Lc. 41-44); y el tercero, la manifestación del encono de los príncipes de los sacerdotes y escribas por la glorificación del Señor (Mt. 10-17). En este último fragmento ha intercalado Mateo (vv. 12.13) la expulsión de los mercaderes del templo, que corresponde al día siguiente.

JESÚS Y LOS FARISEOS (Ioh. 17-19; Lc. 39.40).— San Juan da la razón de aquella ovación clamorosa e imponente que las ingentes multitudes tributaban a Jesús. Los que en Betania hacía pocos días habían presenciado el estupendo milagro de la resurrección de Lázaro, se lo contaron a los habitantes de Jerusalén y a los que allí confluían por razón de la Pascua; su testimonio, de testigos presenciales, era irrefragable: *Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro y le resucitó de entre los muertos.* La curiosidad de ver el gran Taumaturgo, y quizás al resucitado, hizo que al correrse la noticia de que se acercaba Jesús a la ciudad salieran las gentes a recibirle y vitorearle: *Por eso salió a su encuentro la gente: porque oyeron que él había hecho este milagro.*

Todo ello no hizo más que acuciar la envidia y los celos de los fariseos, que se incitan mutuamente, y se lamentan, y se reprenden por su desidia en no haber ya llevado a ejecución los designios de Caifás de perder a Jesús (Ioh. 11, 49 sgs.): *Los fariseos, pues, dijéronse unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él: su triunfo es nuestra ruina. Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente, no contentos con excitarse unos a otros contra el Señor, osaron acercarse a Jesús, y le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos; no consientas que te vitoreen y te reconozcan por Mesías; no debes tolerar que te adulen. Pero Jesús les contesta sin ambages que ha llegado la hora de la proclamación pública de su mesianidad: *El les respondió: Os digo que si éstos callaren, las piedras darán voces:* es un proverbio ponderativo, equivalente a: Tan imperiosa es*

la necesidad de que se cumpla el decreto del Padre sobre mi glorificación, que se cumplirá, aunque debiesen hablar las piedras.

PREDICCIÓN DE LA RUINA DE JERUSALÉN (Lc. 41-44).—La pervicacia de los poderosos fariseos y las fatales consecuencias que les acarrearán, causan vivo dolor al Corazón de Jesús. Se hallaba ya la comitiva en la vertiente occidental del Monte de los Olivos, desde la que se dominaba la ciudad en todo su esplendor y grandeza. La visión arranca llanto clamoroso del pecho y de los ojos del Señor: *Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella:* no sólo derramó lágrimas, sino que lloró y se lamentó en alta voz, por la desgracia de la ciudad que tanto amaba, por la que tanto había trabajado, a la que Dios había colmado de dones y promesas, habiendo ella, no obstante, preferido la ruina a la salvación que por él debía venirle. No sólo lloró, sino que, con palabra que aparece entrecortada por los sollozos, habló diciendo: *¡Ah, si tú conocieses también, como mis discípulos, siquiera en este tu día, en el que ante ti, como haciéndote un supremo llamamiento, dan estas multitudes espléndido testimonio de mi dignidad, lo que puede atraerte la paz, que soy yo mismo reconocido como Mesías que te trae la salvación, y los bienes de la paz que de ella derivan! Mas ahora, por tu voluntaria ceguera, está oculto a tus ojos el bien que pudieras recibir y el mal que te fuera dado evitar.*

Y prosigue Jesús formulando una terrible profecía en frases cortadas, breves, unidas sólo por la copulativa y, cuya lectura es de efecto abrumador: *Porque vendrán días sobre ti, de gran adversidad, en que tus enemigos te circunvalarán, haciéndose fuertes en sus trincheras; y te pondrán cerco, encerrándote dentro de un muro; y te estrecharán por todas partes, reduciendo el ámbito de tus defensas; y, cuando estés a su alcance, te derribarán en tierra, nivelándote con el suelo; y a tus hijos que están dentro de ti, a tus moradores, también los derribarán, matándolos; y no dejarán en ti piedra sobre piedra:* porque como refiere Josefo, cuando no tuvieron los soldados qué robar o matar, recibieron del César la orden de arrasarlo todo. La razón de la gran ruina está en haber despreciado el día de la visita del Señor, que no es otro que la vida pública de Jesús, su predicación y milagros, así como la del Bautista y de los discípulos del Señor: *Por cuanto no conociste el tiempo de su visitación.*

SOLEMNE ENTRADA DE JESÚS. LOS SACERDOTES Y ESCRIBAS (Mt. 10-17).—Entró, por fin, Jesús en Jerusalén: la conmoción de la ciu-

dad fue profunda; para expresar este fenómeno moral, el griego usa un vocablo equivalente a un temblor de tierra: *Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad*: los primates, sacerdotes, escribas y fariseos, sintieron indignación contra Jesús y miedo del pueblo que así se manifestaba en su favor; el pueblo se emocionó ante la aparición del famoso profeta; quizás el mismo poder romano se aprestó para reprimir una probable sedición. Harto conocido era Jesús en Jerusalén; con todo, brota al paso de Jesús por los calles, atestadas de multitudes, una pregunta que revela ignorancia afectada o desdén: *Diciendo: ¿Quién es éste?* Descúbrese en la pregunta la insidia de los enemigos de Jesús. *Y los pueblos*, que ante el temor de los magnates ya no hablan con espontaneidad ni libertad, *decían: Este es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea*; la respuesta contrasta con la efusión y el sentido mesiánico que rebosan las aclamaciones de los acompañantes de Jesús; es fría, quizá delata la vanidad provinciana de los paisanos de Jesús.

Y entró Jesús en el Templo de Dios, donde terminó la clamorosa ovación. Debió entrar en el Templo, ya porque así estaba profetizado por Malaquías (3, 1), ya porque era la hostia que debía ser inmolada al quinto día, y quiso presentarse en el lugar de la inmolación. San Mateo, más atento a reunir los trazos demostrativos de la divinidad de Jesús, para ponerla en mayor relieve, que al orden cronológico de los sucesos, refiere aquí la expulsión de los mercaderes del Templo, que no tuvo lugar hasta el siguiente día (Mc. 11, 11 sigs.). Pero es lo más probable que fue el mismo día de Ramos cuando curó a numerosos enfermos en el mismo Templo; así daba nueva prueba de la mesianidad: *Y vinieron a él ciegos y cojos en el Templo, y los sanó*: eran tal vez los últimos milagros que hacía de esta clase.

Ellos fueron la causa de que se excitara de nuevo la envidia de los primates: *Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hizo, las curaciones obradas, y a los niños que gritaban en el Templo y decían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron*. Eran párvulos los que vitoreaban a Jesús, como del contexto se desprende; repetían lo que a los mayores habían oído; era ello como una provocación al afectado orgullo de aquellos hombres, en el mismo santuario, que era como su fortaleza moral. Por ello se indignaron, y, ya que no pudieron destruir la manifestación del poder taumatúrgico de Jesús, *le dijeron*, intentando apagar el clamor de aquella ovación infantil: *¿Oyes lo que dicen*

éstos? Es blasfemia proclamarte Cristo; debes cohibirlos: tan lejos están ellos de creerle Mesías.

Y Jesús les dijo: Sí, oigo estas voces, las apruebo y las acepto. Y para dar más fuerza a su aseveración, afirma que con los vítores de aquellos infantes se realizan las palabras del Salmo 8, 3: *¿Nunca oísteis que de la boca de los niños infantes y de pecho sacaste perfecta alabanza?* Es Dios, por consiguiente, quien pone en boca de los muchachos la confesión de la mesianidad de Jesús. No pudieron menos de recordar aquellos enemigos irreconciliables de Cristo las palabras que siguen a las pronunciadas por Jesús: «Para que destruyas, o mejor, según el original: para que reduzcas a silencio, al enemigo vengador»: verían en ello una velada amenaza de Jesús que no debía tardar en realizarse.

Y dejándolos, en su ceguera incurable, *después de pasar la vista por todo*, escudriñando lo que había en el Templo, como Señor que era de él, *como fuese ya tarde, se marchó fuera de la ciudad*, porque su pobreza no le conquistó la generosidad de un hospedaje, o por no hacer sospechoso y víctima en su propia desgracia a ningún huésped, y se fue *a Betania, con los doce Apóstoles*, a reponerse de las fatigas del cuerpo y del espíritu en casa de sus amigos. *Y quedóse allí*, pernoctando, para volver a la ciudad al día siguiente.

Lecciones morales.—A) v. 19.—*¿No veis que nada adelantamos?*—La turba del pueblo, dice San Agustín, conturba a la turba de los poderosos. ¿Por qué recriminan éstos el hecho de que el mundo siga a quien es Autor del mundo? «Mirad que todo el mundo se va en pos de él.» Es el grito antiguo de los envidiosos enemigos de Jesús: a medida que crecen las insidias contra él, se crece El mismo y aumenta su gloria. Han pasado veinte siglos desde aquellas fechas de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; las palabras de los príncipes de los sacerdotes tienen hoy tanta actualidad como entonces. «¿No veis que nada adelantamos?», es lo que deben confesar, hoy y siempre, los enemigos de Jesús: queda El en pie, cada día más glorioso y más amado, y sucumben uno a uno sus enemigos, por poderosos que parezcan.

B) Lc. v. 41.—*Al ver la ciudad, lloró por ella...*—Lloró Jesús la ruina de la pérfida ciudad, dice San Gregorio, porque la misma ciudad no quiso conocer su futura ruina. Porque Jesús, dice San Cirilo, quiere la salvación de todos: por esto llora, para que por la señal externa de sus lágrimas aparezca esta su voluntad y la tristeza de que no se realice por culpa del hombre. ¡Las solas lágrimas de nuestro Redentor deberían detenernos en el camino del pecado, pensando en la pena que produce a su Corazón el desvío de la voluntad humana y la ineficacia de sus inmensos trabajos en favor nuestro!

c) v. 42. — *¡Ah, si tú conocieses... lo que puede atraerte la paz!* ¡Cuántas veces podría Jesús dirigirnos esta amarga queja que, entre sollozos, dirigió a su amada Jerusalén! No vendrían entonces para nosotros las horas amargas, como vinieron para la gran ciudad, en que nos vemos como acosados por toda suerte de enemigos de nuestra alma, que nos la ponen en gravísimo peligro. Pero nos ciega la pasión, desoímos la voz interior que nos llama, y no sólo perdemos la paz, apartándonos de Dios, sino que venimos a ser fácil presa de nuestros enemigos. Y no hay paz en nosotros, porque sólo Dios es quien da y conserva la paz. No busquemos la paz fuera de Dios; y pidamos a Dios nos la dé, como lo hace con santa insistencia la Iglesia en su Liturgia. Y pidamos más: que nos dé a conocer lo que nos conviene para la paz, para con El, para con nosotros mismos, para con nuestros hermanos.

d) v. 44. — *Por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.* — Dios se había acercado a Jerusalén para visitarla por medio de los profetas, del Bautista y, por sí mismo y «con entrañas de misericordia» (Lc. 1, 78), en la persona de su Hijo Jesús. Pero la ciudad que mató a los profetas y que desconoció al Bautista, va también a matar, después de haberle desconocido y repudiado, al mismo Hijo de Dios. De aquí la gran catástrofe, porque Dios no consiente ser burlado, ni siquiera desconocido. También a nosotros visita Dios en mil formas: por las gracias interiores, por las exhortaciones de la Iglesia, por los buenos ejemplos, por la voz tremenda de los castigos ajenos. No desconozcamos el tiempo de la visita del Señor; no le volvamos el rostro, porque estamos irremisiblemente perdidos, no sólo si Dios se aira contra nosotros, sino con sólo apartar de nosotros la luz de su rostro divino.

e) Mt. v. 10. — *Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad...* — Fue como una sacudida divina la que sufrió la gran ciudad y la inmensa multitud que en ella moraba aquel día. Glorificábase a un hombre como Dios, dice el Crisóstomo, y en ello era glorificado Dios; creo que ni los mismos que alababan sabían lo que alababan, sino que el Espíritu irrumpió en ellos y les arrancó las palabras de verdad. Para que sepamos que es el Espíritu de Dios el que se apodera cuando quiere y como quiere de las multitudes, y las mueve como le place. Dios gobierna y dirige las colectividades humanas de la misma manera que la actividad de los individuos.

f) v. 15. — *Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas... se indignaron.* — Es mala consejera la envidia, y fácilmente nos lleva a toda ruina espiritual: porque, como dice el Crisóstomo, así como si a una columna ya algo inclinada se le añade más peso acaba de desplomarse y se derrumba todo el edificio, así, si tenemos el corazón malo en tal forma que no sólo no recibamos edificación, sino más bien escándalo de las buenas acciones ajenas, que debieran servirnos para afirmarnos más en el bien obrar, todo nuestro pobre edificio espiritual puede derrumbarse. Porque, como ya dijo Jesús, «si el ojo de nuestra intención está maleado, todo nuestro cuerpo, es decir, toda nuestra vida será tenebrosa» (Mt. 6, 23),

g) v. 17. — *Y dejándolos... se marchó fuera de la ciudad, a Betania...*—Dejólos en su protervia, dice el Crisóstomo, porque mejor se reprime la ira y malicia de los hombres callando y retirándose que respondiendo; porque las palabras y razones excitan la ira, no la calman. Por ello quiso el Señor apaciguar, marchándose, a quienes no había podido acallar con sus respuestas. Demos nosotros a la ira del hermano tiempo para que se calme, cuando se halle enardecida, y no la aticemos imprudentemente con nuestra presencia o con nuestras palabras. Son gran lenitivo el tiempo y el silencio para los propios males y los ajenos.

159. — LA HIGUERA MALDITA. EXPULSION DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO

Mc. 11, 12-14; Lc. 19, 45-48
(Mt. 21, 18.19; 21, 12.13; Mc. 11, 15-19)

Evangelio de la Dominica 9.^a después de Pentecostés (Lc. 45-47)

^{MC 12} Y al día siguiente, ^M por la mañana, cuando salieron de Betania, ^M de vuelta a la ciudad, tuvo hambre. ¹³ Y viendo a lo lejos, ^M junto al camino, una higuera que tenía hojas, fue allá por si encontraba algo en ella: y cuando llegó a ella, nada halló, sino hojas: pues no era tiempo de higos. ¹⁴ Y tomando la palabra, díjole: Nunca más coma nadie fruto de ti, ^M nunca nazca de ti fruto, para siempre: ^M y se secó al punto la higuera. Y lo oyeron sus discípulos.

^{MC} Y llegan a Jerusalén, ^{L 45} y habiendo entrado en el Templo, comenzó a echar fuera a ^M todos los que vendían y compraban en él. ^{MC} Y derribó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas: y no permitía que nadie transportase mueble alguno por el Templo, y los instruía, ⁴⁶ diciéndoles: Escrito está: que mi casa, casa de oración es ^{MC} para todas las gentes: mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. ⁴⁷ Y cada día enseñaba en el Templo. ^{MC} Y cuando venía la tarde, se salía de la ciudad. Mas ^{MC} cuando lo supieron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo, buscaban ^{MC} cómo perderlo. ⁴⁸ Y no sabían qué hacerse con él: ^{MC} pues le temían, porque todo el pueblo estaba embelesado escuchándole, ^{MC} y se quedaba admirado de su doctrina.

Explicación.— La narración más completa de los dos episodios de este número es la de Marcos. La truncamos, adoptando el texto de Lc. en lo que a la expulsión de los mercaderes se refiere, por ser los vv. 45-47 continuación de los 41-44, núm. 158, integrando todos ellos el Evangelio del Misal que arriba se indica.

LA HIGUERA MALDITA (Mc. 11, 12-14).— Sólo Mateo y Marcos refieren este interesantísimo hecho. Y al día siguiente, el lunes que

siguió a la entrada de Jesús en Jerusalén, como salieron de Betania, donde habían pernoctado, *por la mañana, cuando salieron de Betania, de vuelta a la ciudad de Jerusalén, tuvo hambre*. Aunque han supuesto algunos intérpretes que se trataba de un hambre voluntariamente provocada por Jesús para hacer el milagro, no hay razón para ello; pudo naturalmente tenerla, aunque fuese muy de mañana, dadas las fatigas y emociones del día anterior. Es por otra parte muy probable pasara Jesús la noche en oración.

Y viendo a lo lejos, junto al camino, una higuera que tenía hojas, fue allá por si encontraba algo en ella. Como la higuera da antes el fruto que las hojas, era de presumir que, verdes o maduros, tendría sus frutos. Jesús obra aquí como puro hombre; no se trata, pues, de la presciencia que como Dios tenía del estado de la higuera. *Y cuando llegó a ella, nada halló, sino hojas: pues no era tiempo de higos*: por una parte, era aquel árbol completamente estéril, a lo menos por aquel año; pero, ¿por qué, si no era tiempo de higos, fue Jesús en busca de frutos? La higuera, en Palestina, como en nuestras latitudes, no da sus brevas maduras o higos primerizos hasta mayo o junio; aunque se lea en el Talmud que los judíos comían los higos cuando empezaban a colorearse por de fuera, no era probable que en el mes de Nisán (marzo-abril) los hubiera sino muy verdes. Es que Jesús, antes de todo, intentaba dar a sus discípulos una lección de cosas: va a proponerles una parábola-hecho, como antes les había propuesto la parábola descriptiva de la higuera estéril (Lc. 13, 6 sigs.).

Y tomando la palabra, díjole, como si se dirigiera a un ser inteligente, porque a Dios le responden todas las cosas: Nunca más coma nadie fruto de ti; la prohibición de dar fruto es enérgica: Nunca nazca de ti fruto, para siempre. El efecto es fulminante: *Y se secó al punto la higuera*, aunque no se conocieron por su aspecto los efectos hasta el siguiente día (Mt. 21, 20).

Termina el Evangelista este episodio diciendo: *Y lo oyeron sus discípulos*, para significar que se habían hecho cargo de la doctrina que en el simbólico hecho se encerraba. Efectivamente, la tradición cristiana ha visto en el hambre de Jesús su deseo de salvación del pueblo judío; en el árbol, solo y plantado en bonísima tierra, el mismo pueblo, singularmente favorecido por Dios, hasta hacerle frondoso y bello, con la ley, el culto, los profetas, etcétera; en la carencia de frutos, su falta de obras buenas y sobra de malas; la justicia vengadora de Dios destruye a su pueblo ingrato, como su maldición había hecho secar la higuera infructuosa.

EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO (Lc. 19, 45-48).— *Y llegan a Jerusalén:* el Templo era aquellos días el corazón de la ciudad, que rebosaba peregrinos por todas partes; allí se dirige Jesús: *Y habiendo entrado en el Templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él*, como lo había hecho tres años antes en ocasión análoga (núm. 26). *Y derribó las mesas de los cambistas*, que especulaban con el cambio de moneda civil por el medio siclo, moneda sagrada que todos los años debía pagar al Templo todo israelita desde los veinte años, y *las sillas de los que vendían palomas: y no permitía que nadie transportase mueble alguno por el Templo*, haciendo servir sus atrios como de lugar de paso para abreviar el camino. Y, al tiempo que los echaba, *los instruía, diciéndoles*, entre otras cosas: *Escrito está* (Is. 56, 7): *que mi casa, casa de oración es para todas las gentes*, ya porque había en él un lugar reservado a la oración de los gentiles, ya porque debían los sacerdotes, cuidando del orden y decoro del templo magnífico, atraer a los gentiles al culto del verdadero Dios, aumentando por este concepto el crimen de quienes tales excesos toleraban: *Mas vosotros*, que debíais conservar el respeto a la casa de Dios y el esplendor del culto, *la habéis hecho cueva de ladrones* (Ier. 7, 11), explotando codiciosamente al pueblo en lo mismo que debe servir para el culto de Dios.

A la narración de este episodio añaden los Evangelistas dos interesantísimos datos. Es el primero relativo a la vida que hacía Jesús aquellos últimos días de su vida mortal: *Y cada día enseñaba en el Templo:* ocupaba el día en adoctrinar al pueblo: *Y cuando venía la tarde, se salía de la ciudad*, regresando a Betania, donde pernoctaba. El segundo se refiere al odio que contra él concibieron los magnates del pueblo, especialmente por las palabras durísimas que les dirigió por consentir la profanación del Templo: *Mas cuando lo supieron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo*, es decir, los tres grandes estamentos que disfrutaban de la preeminencia del sacerdocio, de la doctrina y de la autoridad civil, que disponían a su antojo de aquel pueblo desgraciado, *buscaban cómo perderlo*. La razón de su odio no era otra que el temor de perder su autoridad a medida que crecía la de Jesús. Por otra parte, a pesar de sus proyectos de venganza, no acertaban la forma de llevarlos a cabo; hallaban un obstáculo moral formidable en el amor que el pueblo sentía hacia Jesús: *Y no sabían qué hacerse con él: pues le temían, porque todo el pueblo estaba embelesado escuchándole, y se quedaba admirado de su doctrina:* tanta era la fuerza y la gracia de la elocuencia de

Jesús, que quizás el pueblo no hubiese consentido se le echara mano.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*Y al día siguiente... tuvo hambre...*—Era muy de mañana cuando Jesús hacía el viaje de Betania a Jerusalén; hubiese podido refocilar su cuerpo antes de la salida de la casa de sus generosos y ricos huéspedes; pero no se preocupa sino de las exigencias del espíritu: sólo cuando el cuerpo reclama lo que es naturalmente suyo advierte la necesidad. ¡Tantas veces sufriría hambre Jesús en sus años de evangelización pública! Condesciende con las necesidades y miserias de nuestra naturaleza para darnos ejemplo de sobriedad, para estimularnos al trabajo, para enseñarnos que sobre la voz de la carne está el clamor y la necesidad del espíritu, que es la parte más noble de nuestro ser. El cuerpo arrastra hacia abajo al alma cuando se le cuida con exceso.

B) v. 13.—*Y viendo a lo lejos... una higuera... nada halló, sino hojas...*—Las hojas son la ley, dice San Beda, los frutos que busca Jesús son las obras de la ley. ¿Somos nosotros quizás higueras de follaje espléndido, plantados como estamos en la tierra fertilísima de la Iglesia, regados con toda suerte de doctrina, fecundados por el sol de una predilección especial de Dios, que con los ejemplos, la gracia, la doctrina de la predicación y de los libros hace circular sana y copiosa la savia divina por el árbol de nuestra vida? Entonces temamos no se convierta todo en hojas, de hermosa apariencia, pero que no sirven sino para ocultar la esterilidad de nuestra existencia. Si no quieres ser condenado por Cristo en el juicio, sigue el mismo Santo, cuida de no ser un árbol estéril, antes ofrece a Cristo pobre el fruto de tu piedad, de que tiene hambre.

C) v. 14.—*Nunca más coma nadie fruto de ti... para siempre...* Es terrible y efficacísima la maldición de Jesús: quiso con ella demostrar que de la misma manera que maldecía a un árbol y se secaba, así podía maldecir a sus enemigos y destruirlos, dice Teofilacto. Tales serán los terribles efectos de la palabra del Hijo de Dios el día del juicio: «Id malditos de mi Padre...»; esta maldición llevará consigo toda muerte: porque no hay muerte más absoluta y terrible que la del alma y del cuerpo que no viven sino bajo el peso de la maldición de Dios, fuente de toda vida, porque ello es el desgarramiento definitivo y eterno del seno de Dios, de donde procede la vida única que merece el nombre de vida.

D) Lc. v. 47.—*Y cada día enseñaba en el Templo.*—Impávido, con la misma tranquilidad con que lo hacía otros días desde la barca en el mar de Genesaret, predica Jesús a diario en el Templo, en los días inmediatos a su pasión, conociendo que sus enemigos le buscan para perderle, teniendo con ellos acérrimas disputas, arguyéndoles por sus crímenes ante la faz del pueblo. Es que «la palabra de Dios no está atada» (2 Tim. 2, 9), según el Apóstol; menos todavía estaba atada la palabra del que era la Palabra substancial de Dios. En las horas graves del «ministerio de la palabra» (Act. 20, 24), debemos hacerla oír vibrante siempre que las circunstancias lo reclamen; la cobardía y la deserción es un crimen

de lesa verdad y puede ser un escándalo para los hijos de la verdad. Y fuera del ministerio, quienquiera que tenga cargo de almas, los padres, los maestros, las autoridades, deben hacer oír la verdad, siempre que de callarla pudiese resultar falta del propio deber o probable ruina de los subordinados.

E) v. 48. — *El pueblo estaba embelesado escuchándole...* — ¿Cómo no debía producir embeleso en los espíritus rectos oír la palabra inefable del que es la Palabra substancial? Si lo primero que ansía, y en lo que más se complace el espíritu del hombre, es la verdad: ¿qué música podría hallarse más suave que la divina música de la doctrina que salía del pensamiento del Hombre-Dios, de su pecho amantísimo, de sus labios que destilaban la dulcísima ambrosía de toda gracia divina? ¡Dichosos oídos los que oyeron la voz sonora y vibrante del Verbo de Dios hecho hombre! ¡Felices ojos que, al tiempo que se apacentaba el alma en la doctrina celestial, podían apacentarse en la visión de los mismos ojos de Jesús, de su rostro hermosísimo, de su gesto noble, todo sublimado a alturas inconcebibles en los momentos de transporte de su elocuencia sin igual! Tenemos su misma palabra, aunque no le veamos: ¡oigámosla siempre con embeleso!

160. — FE Y CARIDAD EN LA ORACION. PERVERSIDAD DE LOS SINEDRITAS: Mc. 11, 20-33

(Mt. 21, 20-27; Lc. 20, 1-8)

²⁰ Y a la mañana, cuando pasaban, vieron que la higuera se había secado de raíz. ²¹ Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, y decían: ¿Cómo se secó al instante? ²² Y se acordó Pedro, y le dijo: Maestro, ¡mira!, la higuera que maldijiste se ha secado. ²³ Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. ²⁴ En verdad os digo, ²⁵ que si tuviereis fe y no dudareis, no solamente haréis esto de la higuera, sino que cualquiera que dijere a este monte: Levántate, y échate al mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, le será hecho. ²⁶ Por tanto, os digo, que todas las cosas que pidieréis orando, creed que las recibiréis, y os vendrán.

²⁷ Y al ponerlos a orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle: para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados. ²⁸ Porque si vosotros no perdonarais, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados.

²⁹ Y llegan otra vez a Jerusalén. ³⁰ Y habiendo ido al Templo, y paseándose El, ³¹ júntanse y acércanse a El, ³² cuando estaba enseñando al pueblo ³³ y evangelizando, los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos ³⁴ del pueblo. ³⁵ Y dicenle: ³⁶ Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? Y. ¿quién te ha dado este poder para hacer estas cosas? ³⁷ Y Jesús les respondió, y dijo: Yo también os haré una pregunta: respondedme, y os diré con qué poder hago estas cosas. ³⁸ El bautismo de Juan, ³⁹ ¿de dónde era? ¿Era del cielo o de los hombres? Respondedme, ⁴⁰ Y ellos estaban

entre sí pensando, y decían: Si dijéremos que del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ³² Mas si dijéremos que de los hombres, tememos al pueblo, ¹ *el pueblo todo nos apedreará*, porque todos tenían a Juan como verdadero Profeta. ³³ Y respondieron a Jesús, diciendo: *No sabemos ¹ de dónde fuese*: y respondiendo Jesús les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Explicación.—Ocurre este episodio y los siguientes, hasta el número 81, el martes de la última semana. Señala este día el punto culminante de la lucha entre Jesús y los primates, que no servirá sino para endurecerles más y enfurecerles contra Jesús. Cuando salga Jesús del Templo, ya no volverá a él, a lo menos por lo que de los Evangelios aparece. El miércoles será día de retiro y calma, precursora de las tormentas de los siguientes días: sólo Judas se agitará en las sombras, concertando la venta de Jesús. El episodio de la higuera sólo es narrado por Mateo y Marcos; refieren el siguiente los tres sinópticos; Marcos, en su conjunto, es el más completo.

LA HIGUERA SECA. PRIMERA CONDICIÓN DE LA ORACIÓN: CONFIANZA EN DIOS (20-24).—*Y a la mañana*, al volver de Betania a Jerusalén, *cuando pasaban*, haciendo el mismo camino del lunes, *vieron que la higuera se había secado de raíz*: el día anterior, a la maldición de Jesús, murió el árbol instantáneamente (Mt. 21, 19), pero no aparecieron al exterior las señales, ahora tiene el árbol desnudas las antes frondosas ramas, como en pleno invierno. Causó ello estupefacción en los discípulos: *Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, y decían: ¿Cómo se secó al instante?* Pedro, portavoz de la comitiva, recuerda la maldición de ayer, y quizá para que se revelara el misterio del hecho, interpela a Jesús: *Y se acordó Pedro, y le dijo: Maestro, ¡mirad!, la higuera que maldijiste se ha secado*. Nada les dice Jesús del simbolismo del estupendo milagro; pero toma de él pie para persuadirles la eficacia de la confianza en Dios y de la oración bien hecha.

Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios, es decir, firmísima persuasión del poder, benignidad y fidelidad de Dios, de donde nace la suma confianza que en El debemos tener. Y para cerciorarles de que esta confianza es capaz de remover todos los obstáculos, aunque parezcan insuperables, añade en tono solemne: *En verdad os digo, que si tuviereis fe y no dudareis, no solamente haréis esto de la higuera*, haciendo con vuestra palabra se sequen y reverdezcan los árboles, como Dios lo hace (Ez. 17, 24), *sino que*

cualquiera que dijere a este monte, locución proverbial para designar un gran obstáculo: Levántate, y échate al mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, le será hecho: porque el que duda en su fe es semejante a las movedizas olas del mar, y no puede pretender que Dios le oiga (Iac. 1; 6). Y repite, con afirmación enfática, la misma afirmación de la eficacia de la firme confianza: *Por tanto, os digo, que todas las cosas que pidieréis orando, creed que las recibiréis, y os vendrán*, si tiene Dios decretado concederlas en fuerza de la plegaria confiada: como esta fe absoluta es don de Dios, desde el momento que se tiene es señal de que Dios accede a lo que se pide.

SEGUNDA CONDICIÓN: EL PERDÓN DE LAS INJURIAS (25.26). — No basta la confianza en la oración; son otras varias las condiciones para que sea perfecta: una de ellas es el perdón de las ofensas, que inculca aquí Jesús de un modo especial, ya por la dificultad que importa su práctica, ya por su misma eficacia, que hizo que Jesús la desarrollara de un modo particular en el Padrenuestro: *Y al ponerlos a orar, al disponerlos a ello y como preparación de vuestra alma, si tenéis alguna cosa contra alguno, por una ofensa que de él hayáis recibido, perdonadle.* La razón es la correlación que hay entre el perdón que otorguemos al prójimo y el que hayamos de esperar de Dios para que seamos oídos: *Para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados.* No es ésta una condición de simple consejo, sino necesaria para obtener nuestro perdón: *Porque si vosotros no perdonarais, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados:* en lo que se cohibe hasta el más mínimo movimiento de venganza.

PERVERSIDAD DE LOS SINEDRITAS (27-33). — Entretanto, y por tercera vez desde la entrada triunfal, llegaba la comitiva a la ciudad: *y llegan otra vez a Jerusalén. Y habiendo ido al Templo, y paseándose El, júntanse*, en lo que aparece la solidaridad de los magnates contra Jesús, *y acércanse a El, cuando estaba enseñando al pueblo y evangelizando, los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos del pueblo.* El momento es solemne: Jesús recorre las diversas dependencias del atrio y adoctrina a las multitudes dondequiera que se ofrece ocasión de ello. Espíjanle representantes de los tres órdenes del Sinedrío, seguramente enviados oficialmente para requerirle en nombre de la gran asamblea: la iniciativa del primer conflicto que va a entablarse este día parte, pues, de los legados del alto tribunal.

Y dicenle: Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? Y ¿quién te ha dado este poder para hacer estas cosas? Lo abrupto y reiterado de la pregunta delata la impaciencia y la ira de los enviados; refiérense sin duda a la triunfal entrada de Jesús y a la expulsión de los mercaderes: nadie podía hacer esto sin ser de verdad un gran profeta; el Sinedrio tiene el derecho de discernir entre los verdaderos y falsos profetas: de aquí la vehemencia de las preguntas, cuyo objeto es pararle un lazo a Jesús con el fin de perderle. Jesús frustra sus intentos, eludiendo la pregunta en forma sapientísima, y que revela suma libertad de espíritu: *Y Jesús les respondió, y dijo: Yo también os haré una pregunta; respondedme, y os diré con qué poder hago estas cosas: si vosotros respondéis a mi pregunta, responderé yo a la vuestra.* La pregunta será formidable, por el contenido teológico y por las consecuencias doctrinales y políticas que puede acarrear la respuesta: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Era del cielo o de los hombres? Respondedme.* El bautismo se toma aquí por todas las funciones del Bautista, de las que el bautismo era un símbolo; el Bautista había dado elocuentísimo testimonio de la divinidad de Jesús: ¿qué dirán de ello los sinédritas? No es un sofisma, sino el requerimiento de la respuesta a una tesis, la pregunta de Jesús.

Esta ha desconcertado a sus enemigos, que establecen entre sí, fuera de la presencia de Jesús, un diálogo en que se pone de relieve la gravedad del conflicto: *Y ellos estaban entre sí pensando, contrastando sus juicios, y decían: Si dijéremos que del cielo, que sus funciones eran de un verdadero profeta, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?, pues entonces ya no tendríamos necesidad de preguntarle con qué potestad hace esto, habiendo Juan dado testimonio de él. Mas si dijéremos que de los hombres, tememos al pueblo, el pueblo todo nos apedreará, como blasfemos, porque añaden no sin desdén, todos tenían a Juan como verdadero Profeta.* En lo que descubren su maldad, por dos conceptos: primero, porque no buscan la verdad sobre la misión del Bautista, sino sólo condenar, al amparo de un prejuicio, a Jesús, que se decía Mesías; y luego, por el ánimo villano con que temen al pueblo a quien explotan, ya que, como jefes de la nación, tenían el deber de sacarle de su error, si en él se hallaba.

Fruto de su maldad es la mentira con que se presentan a Jesús: *Y respondieron a Jesús, diciendo: No sabemos de dónde fuese: prefieren declararse ignorantes, ellos, los doctores de Israel, para no encontrarse luego en un mayor embarazo. Y respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.*

No dice, como ellos, tampoco sé; sino, no os diré lo que sé: no quisisteis decir la verdad sobre lo que os pregunté; también la callaré yo de lo que me preguntáis.

Lecciones morales.—A) v. 21.—*La higuera que maldijiste se ha secado.*—Se seca todo lo que es maldecido de Dios; porque toda vida vive por Dios, y la maldición de Dios importa la separación de Dios. Cuando Dios diga a los precitos: «Id, malditos...», no será sino para una muerte eterna, en que toda verdadera vida se habrá secado de raíz, y donde toda muerte tendrá su raíz. ¡Qué sabía es la Iglesia al prodigar sobre todas las cosas y sobre todos sus hijos las bendiciones de Dios, y cuán puesto en razón que pidamos instantemente a Dios que nos bendiga! Porque la bendición de Dios es gaje de vida, en todos los órdenes, porque es una mayor unión con quien es «Vida de las vidas», en frase de San Agustín; hasta el punto de que la vida eterna no es más que una suprema bendición que Dios da a su criatura.

B) v. 23.—*Cualquiera que dijere a este monte: Levántate...*—Admiremos la misericordia de Dios, dice Teofilacto, que cuando nos acercamos a él por la fe, por la confianza en su poder, llega a comunicarnos por su bondad lo que tiene El por su naturaleza: la potestad de hacer milagros, hasta el punto de que podamos trasladar los montes. Aunque los gentiles, dice San Beda, suelen acusar a los cristianos de que nunca pudieron trasladar los montes, según la promesa de Jesús. A lo que hemos de responder que no todos los hechos ocurridos en la santa Iglesia se han escrito, como consta de la vida del mismo Jesús. A más de que leemos en la vida de San Gregorio de Neocesarea que por la oración obtuvo que un monte cediera tanto espacio como era necesario para la construcción de un templo.

C) v. 28.—*¿Con qué autoridad haces estas cosas?*—La pregunta es capciosa. Si responde que con la autoridad propia, le condenarán por blasfemo; si con la de otro, le rebajarán ante el pueblo, que le tiene como Mesías. Jesús elude una respuesta directa, proponiéndoles por su parte una cuestión más difícil que la que sus adversarios le habían propuesto. Para que aprendamos, dice un intérprete, a ser santamente astutos con los que nos arman insidias, sacando el clavo de sus dificultades con el clavo de las nuestras. Es la prudencia de la serpiente la que de nuevo recomienda aquí Jesús. No debemos poner candorosamente, neciamente, el tesoro de la verdad en manos de la mentira inicua.

D) v. 29.—*Yo también os haré una pregunta...*—No una, sino miles de preguntas, podemos hacer nosotros a nuestros adversarios en la fe, que son incapaces de responder. Poseedores de la verdad como somos, nunca se nos hallará en flagrante delito de contradicción o de mentira; no sólo esto, sino que tendremos siempre una justa respuesta a todas las insidiosas preguntas de nuestros adversarios: la historia de la filosofía, de la religión, de la crítica, de la ciencia, da testimonio de ello. En cambio, los enemigos de la fe, mil veces se ven obligados a enmudecer ante nuestras pregun-

tas; y si no quieren, como los enemigos de Jesús, confesar su ignorancia, se hallan aún en situación más embarazosa. El error, la mentira y la insidia nunca fueron bastante hábiles para derribar el alcázar de la verdad.

E) v. 31.32.—*Si dijéremos que del cielo...; si dijéremos que de los hombres...*—A los envidiosos, dice San Jerónimo, les da tinieblas la luz. La luz del Bautista es clara; si la reconocen los primates de Israel, deben reconocer con mayor razón la de Jesús, porque Juan dio testimonio de Jesús. Prefieren, los sabios del pueblo, decir que ignoran, antes que confesar una verdad que les es demasiado dura. Piensan, discurren, oscilan, constreñidos por el círculo de hierro de la verdad, que es la más grande ambición del hombre, cuya fuerza no puede evadir el pensamiento del hombre, y acaban por cerrar los ojos y lanzarse al abismo de la negación y del error. Lo que les ocurría a los príncipes de Israel ante la apremiante pregunta de Jesús, les pasa a los sabios de mala voluntad de todos los siglos ante el hecho y la verdad colosal del cristianismo. ¿Quién es Jesús? ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué piensas de la verdad católica? Y ante las consecuencias de la respuesta, se cogen a todos los recursos en que se amparan la ignorancia y la mala voluntad, para no rendir pleitesía de pensamiento y de vida a Jesucristo, que sigue siendo el ineludible interrogante de todos los tiempos.

F) v. 33.—*Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.*—Dos son los motivos que tenemos para ocultar la verdad, aun aquella que en otras ocasiones puede y debe decirse, dice San Beda: cuando el que la pregunta no es capaz de entender lo que respondamos, o bien cuando por el desprecio que hace de la verdad, o por el odio que la profesa, es indigno de conocerla aquel que la pregunta. La verdad es para quien con buena voluntad la busca: tesoro celestial como es ella, divina margarita, la de más precio que pueda el hombre apetecer, no se debe echar a viles animales que la inutilicen o la desprecien.

161.—PARABOLAS DE LOS DOS HIJOS Y DE LOS COLONOS REBELDES: Mt. 21, 28-46 (Mc. 12, 1-12; Lc. 20, 9-19)

Evangelio de la Misa del viernes después de la 2.^a semana de Cuaresma (vv. 33-46)

²⁸ Mas, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy, y trabaja en mi viña. ²⁹ Y respondiendo él, le dijo: No quiero. Más después arrepintióse, y fue. ³⁰ Y llegando al otro, le dijo del mismo modo: y respondiendo él, dijo: Voy, señor; mas no fue. ³¹ ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dicen ellos: El primero. Jesús les dice: En verdad os digo, que los publicanos y las rameras os precederán en el Reino de Dios. ³² Porque vino Juan a vosotros por camino de jus-

ticia y no le creísteis. Y los publicanos y las ramera lo creyeron: mas vosotros, viéndolo, ni aun hicisteis penitencia después, para creerle.

¹Y *púsose a decir al pueblo*: ³³Escuchad otra parábola: Había un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y arrendóla a unos labradores, y se marchó lejos, ¹*para mucho tiempo*. ³⁴Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a los labradores, sus siervos, para que les pidiesen los frutos de la viña. Mas los labradores, cogiendo a los siervos, hirieron al uno, ¹*y le despidieron sin darle nada*; mataron al otro, ¹*después de malherirle* ^{MC}*en la cabeza* ¹*y arrojarle fuera*; y al otro le apedrearón, ¹*ultrajándole y enviándole vacío*. ³⁶De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros: y los trataron del mismo modo. ¹Y *dijo el padre de familias*: *¿Qué haré? Enviaré a mi hijo querido*. ³⁷Y por último les envió su hijo, diciendo: ¹*Quizá tendrán respeto a mi hijo, ¹al verlo*. ³⁸Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero: venid, matémosle y tendremos su herencia. ³⁹Y cogiéndolo, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron. ⁴⁰Pues, cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? ⁴¹Ellos dijeron: ¹*Vendrá, y perderá estos colonos*: a los malos destruirá malamente: y arrendará su viña a otros labradores que paguen el fruto a sus tiempos. ¹*Al oír esto, dijéronle*: *No suceda esto*. ⁴²Jesús, ¹*mirándoles*, les dice: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fue puesta por cabeza de esquina? Por el Señor fue esto hecho, y es cosa maravillosa en nuestros ojos. ⁴³Por tanto, os digo, que quitado os será el Reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él. ⁴⁴Y ¹*todo* el que cayere sobre esta piedra, será quebrantado: y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará. ⁴⁵Y cuando los príncipes de los sacerdotes, ¹*los escribas* y los fariseos oyeron sus parábolas, entendieron que de ellos hablaba. ⁴⁶Y queriendo echarle mano ¹*en aquella hora*, temieron al pueblo: porque le miraban como un profeta, ^{MC}*y dejándole, se marcharon*.

Explicación.—Seis parábolas propuso Jesús en el mismo día del martes de su última semana, en dos series de tres. Las tres primeras, que pronunciaría probablemente una tras otra, son las dos de este número y la del siguiente. Sólo Mateo refiere la primera y la tercera; la segunda, de los viñadores homicidas, es común a los tres sinópticos. Tienen las tres el mismo objeto: denunciar la reprobación de los judíos, aunque, como se verá, desde distintos puntos de vista: pues en la primera se expone la falta de sinceridad de los jefes de Israel; en la segunda, su manifiesta oposición a la autoridad divina; la tercera es una verdadera profecía de la definitiva reprobación del pueblo de Dios.

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS ENVIADOS A LA VIÑA (28-32). — Está esta parábola íntimamente trabada con el episodio del templo referido en el número anterior. Los sinedritas habían hecho a Jesús una pregunta; Jesús, a la vez, les hace otra: ambas quedan incontestadas. Entonces el Señor les propone otra cuestión, pero en forma de enigma o parábola. *Mas, ¿qué os parece?*, les dice para interesar su atención, y demostrarles su trabazón con la anterior pregunta.

Un hombre tenía dos hijos, y llegando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy, y trabaja en mi viña: la actitud del padre, que se acerca al hijo, y le invita blandamente al trabajo, contrasta con la dura respuesta del hijo: *Y respondiendo él, le dijo: No quiero.* Pero luego reparó su falta: *Mas después arrepintióse, y fue.* La conducta del otro es diametralmente opuesta: la invitación es igualmente amable: *Y llegando al otro, le dijo, del mismo modo:* también es atenta y amable la respuesta del hijo, pero falsa: *Y respondiendo él, dijo: Voy, señor: mas no fue.*

Jesús, para condenar con mayor energía la conducta de sus adversarios, les invita a que saquen ellos mismos la moraleja: *¿Cuál de los dos hizo la voluntad del Padre? Dicen ellos: El primero.* Y luego, aplicándosela a ellos, delata y condena en forma solemne su protervia: *Jesús les dice: En verdad os digo, que los publicanos y las ramera os precederán*, «os preceden ya», dice el griego, *en el Reino de Dios.* En el hijo primero vienen figurados los que públicamente son tenidos por pecadores, pero que a la predicación del Bautista y de Cristo se convirtieron, como la Magdalena, Mateo y Zaqueo, que antes habían dicho a Dios, a lo menos con las obras: *No quiero servirte* (Ier. 2, 20). En el segundo están representados los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, que dicen de ellos mismos que son justos, y en realidad hacen su voluntad, no la de Dios, que es el padre de familias.

Y da Jesús la prueba histórica de su aserción: *Porque vino Juan a vosotros por camino de justicia, enseñándola con la palabra y con su austerísima vida, y no le creísteis:* ni disteis fe a sus palabras, ni ajustasteis a ellas vuestras obras. *Y los publicanos y las ramera lo creyeron*, haciendo penitencia, como se lo exhortaba el Bautista: *Mas vosotros, viéndolo*, siendo testigos de la conversión de los pecadores, teniendo obligación de hacerla antes que ellos, *ni aun hicisteis penitencia después, para creerle*, haciendo lo que predicaba. Su condición les imponía el deber de ser los primeros; su orgullo no les permite seguir el ejemplo del pueblo a quien menosprecian.

PARÁBOLA DE LOS COLONOS REBELDES (33-46).—Indica Jesús en ella los bienes inmensos dispensados al pueblo de Dios, los crímenes de sus rectores y su condenación, y profetiza su propia muerte a manos de los mismos. Es como un desarrollo de la anterior y un compendio de toda la historia del pueblo de Israel. El primer Evangelista, que suele ser menos minucioso que los demás en detalles, supone a los siervos enviados globalmente a los colonos por el padre de familias; Marcos y Lucas envían singularmente a tres siervos, uno después de otro, a los que los malos arrendadores infieren diversos ultrajes, llegando a matar al tercero.

Y púsose a decir al pueblo: Escuchad otra parábola, les dice, reclamando su atención: Había un padre de familias que plantó una viña: es Dios, que escogió para sí el pueblo de Israel, comparado varias veces en la Escritura a una viña (Ps. 79, 9; Is. 5, 7; Jer. 2, 21; Ez. 15, 1-6, etc.). *Y la cercó de vallado,* para que no la devastaran las bestias (Ps. 79, 14; Cant. 2, 15): esta valla era la ley que separaba y defendía al pueblo de Dios de los gentiles: o la providencia especial que de él tuvo: o la misma tierra de la Palestina. *Y cavó en ella un lagar,* abierto en la tierra o en la piedra, para recibir el vino de las cosechas, en lo que ven los intérpretes significado el altar, o la ciencia de los profetas, de donde derivan al pueblo la gracia de Dios. *Y edificó una torre* para su defensa, en la que simboliza el Templo, o el monte Sión, o la seguridad de la protección divina. *Y arrendóla a unos labradores,* a los magistrados civiles y religiosos de la nación, para que la administraran y procuraran su bien. *Y se marchó lejos, para mucho tiempo,* dejando al libre albedrío de los colonos el cuidado de la viña, la que un tiempo había él cuidado por sí mismo, manifestando en Horeb, Sinaí, el desierto, etc., su presencia personal por espacio de muchos siglos.

Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a los labradores, sus siervos, para que les pidiesen los frutos de la viña, como suele hacerse con los aparceros: no todos los frutos, sino los que le correspondían según contrato. *Mas los labradores, crueles y malvados, cogiendo a los siervos, a quienes Marcos y Lucas suponen enviados uno después de otro, hirieron al uno, y le despidieron sin darle nada; mataron al otro, después de malherirle en la cabeza y arrojarle fuera, y al otro le apedrearon, ultrajándole y enviándole vacío.* Es viva descripción simbólica de lo que los antiguos jefes de Israel hicieron con los profetas que Dios les enviaba para recordarles sus deberes y argüirles por sus vicios: así, hirieron a Jere-

mías, mataron a Isaías, aserrándole por en medio, apedrearón a Zacarías, etc. (cf. Ier. 2, 30; Act. 7, 52; Hebr. 11, 35-38).

Contrasta con la crueldad de los colonos la bondad y paciencia del padre de familias, que envía otra serie de legados suyos para recibir los frutos de la viña: *De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; y los trataron del mismo modo*: son los profetas y santos personajes enviados con posterioridad y que, por lo común, fueron maltratados por los jefes de la teocracia. Hasta tal punto llegó la paciencia y benignidad del padre de familias, que, después de plantear en su ánimo el grave problema de la recolección de sus frutos y de quién podría tratar con éxito con aquellos malos colonos, resolvió mandarles a su carísimo unigénito: *Y dijo el padre de familias: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo querido. Y por último les envió su hijo, diciendo*: Quizá, sería una enormidad lo contrario, *tendrán respeto a mi hijo al verlo*. Pero la condescendencia del señor no hizo más que excitar la codicia de los colonos y hacer su crueldad más odiosa: *Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero: venid, matémosle, y tendremos su herencia*. Aquí aplica ya Jesús a sí mismo la parábola: es el Hijo unigénito del gran Padre de familias, por él enviado para recoger los frutos de la justicia; pero los magnates de Israel se han confabulado ya para perderle; la herencia es el régimen del pueblo: «Si le dejamos así, han dicho, ya, todos creerán en él» (Ioh, 11, 47.48), y nos quedaremos sin pueblo: «Conviene que muera un hombre por el pueblo...» (v. 50). Y sigue Jesús profetizando por medio de la parábola: *Y cogiéndolo, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron*: Jesús fue echado del gremio de su pueblo por la sentencia que le condenó a morir en manos de gentiles, sentencia pronunciada por el Sinedrio, tribunal supremo de los judíos, y murió fuera de las puertas de la ciudad (Hebr. 13, 12).

Para coger a los sinedritas en sus mismas redes, les pregunta Jesús, dispuesto ya a sacar la moraleja de la parábola: *Pues, cuando viniere el señor de la vida, ¿qué hará a aquellos labradores?* Ellos, que probablemente habían entendido que los colonos crueles eran los romanos, y el hijo de Dios el pueblo de Israel (Ex. 4, 22), a quien los romanos vejaban en forma a veces crudelísima, *dijeron*: *Vendrá, el futuro salvador de Israel, y perderá estos colonos: a los malos destruirá malamente, acabará con ellos aplicándoles terribles sanciones*; de hecho, así murieron los jefes de Israel en la destrucción de la ciudad por los romanos: *Y arrendará su vida a otros labradores que paguen el fruto a sus tiempos*: la viña, los bienes del Señor, pasaron a ser herencia de los gentiles. Pero lo que quizás

ellos habían entendido mal, que los colonos eran los romanos, Jesús se lo aplica a ellos: *Al oír esto, dijéronle: No suceda esto.*

Al llegar a este punto culminante, en que aquellos magnates se ven ya señalados como malvados y sacrílegos matadores del Hijo de Dios, *Jesús*, sobreponiéndose a ellos, y mirándoles, les dice, demostrándoles por medio de la Escritura lo que por la parábola les ha profetizado: *¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fue puesta por cabeza de esquina?* Sois vosotros los arquitectos que teníais la misión de edificar la casa a Dios, que es su pueblo, pero me habéis rechazado a mí; a pesar de ello, yo seré la piedra angular y principal que juntaré y daré estabilidad, unidad y fuerza a todos los pueblos que sobre mí se levanten para formar el gran edificio espiritual del nuevo pueblo de Dios. Y se extasía Jesús, con el antiguo profeta de quien toma el texto (Ps. 117, 22), ante la maravilla de que, quien por permisión de Dios vino a ser reprobado por los jefes de su pueblo, llegue a ser el sostén espiritual del mundo: *Por el Señor fue esto hecho y es cosa maravillosa en nuestros ojos.*

A la profecía velada aún a las obcecadas inteligencias de sus adversarios, y a la prueba ya más clara de la Escritura, añade Jesús la declaración, recia y clarísima, de la reprobación de los sinedristas y de sus futuros castigos: *Por tanto*, os digo que quitado os será el Reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él: es un vaticinio de la vocación de los gentiles, a quienes concederá Dios sus gracias, que producirán frutos copiosos de santidad (cf. Gal. 5, 22; Eph. 5, 9). Ni vendrá sola la reprobación, sino que llevará anejos terribles e inevitables males: *Y todo el que cayere sobre esta piedra*, que es Cristo, el que tropezare con ella sufriendo escándalo de su humildad y de su doctrina, *será quebrantado*, como vasija de barro que cae sobre una peña. Y aunque no se trapezare con ella, vendrá esta piedra sobre la cabeza de quien la rechazare para triturlarlo: *Y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará*, porque no puede haber salvación más que en el nombre y en la persona de Jesús (Act. 4, 11.12).

El anatema, pronunciado ante la multitud, era demasiado claro y duro para no llevar a la exasperación a aquellos espíritus orgullosos: *Y cuando los príncipes de los sacerdotes, los escribas, y los fariseos oyeron sus parábolas*, la de los dos hijos, la de la viña y la piedra angular, *entendieron que de ellos hablaba*: no lo han comprendido hasta que, por decirlo así, les ha señalado con el dedo. En vez de doblegarse y convertirse, desean deshacerse de él en aquel mismo momento: *Y queriendo echarle mano en aquella hora, te-*

mieron al pueblo, y se reprimieron: porque le miraban las gentes como un profeta. Prefirieron alejarse y dejarle con el pueblo: Y dejándole, se marcharon.

Lecciones morales. — A) v. 28. — *Un hombre tenía dos hijos...* — ¿Quién es este hombre, dice el Crisóstomo, sino Dios, creador de los hombres, que prefiere le amen como padre, que no que le teman como Señor? El hijo mayor, que se niega a trabajar, pero que luego se arrepiente y trabaja, es el pueblo gentil; el menor es el judío, que prometió cumplir con el trabajo de la viña, que es la observancia de la justicia, y no cumplió. Y en ellos, añade Orígenes, venimos figurados los demás hombres, que a veces prometemos poco y hacemos mucho; y otras veces, que son las más, lo gastamos todo en promesas y quedamos vacíos de obras. Obedezcamos la voz de nuestro buen Padre de los cielos, que nos llama al trabajo del cumplimiento de su ley y, sin prometer mucho, que podría ser presunción, hagamos cuanto podamos en su servicio y en bien de nuestra alma.

B) v. 31. — *Los publicanos y las ramera os precederán en el Reino de Dios.* — Creo, dice el Crisóstomo, que en el nombre de los publicanos se entienden todos los hombres pecadores, y en el de las ramera, todas las mujeres pecadoras: porque la avaricia es más común en los hombres y la fornicación en las mujeres. Puesto que, viviendo la mujer en el sosiego y en el encierro, da ocasión fácilmente a la lujuria, que nace del ocio; pero el varón, ocupado en el ajetreo de los negocios, con facilidad contrae el vicio de la avaricia, con menos frecuencia el de la lujuria, a no ser que sea muy lascivo, porque la solicitud de los negocios propios de su sexo excluye los placeres. Aunque, añadimos comentando las palabras del Santo, bueno será guardarse hombres y mujeres de todo pecado, que no es patrimonio de ningún sexo ni condición, sino herencia funesta de todos los hijos de Adán: pues, como dice San Agustín, no hay pecado que cometa un hombre, que no pueda cometerlo otro hombre, si falta la gracia de Aquel por quien ha sido hecho el hombre.

c) v. 33. — *Había un padre de familias que plantó una viña...* — La viña es nuestra alma, dice Orígenes, y la palabra de Dios es la vid que en ella se planta. Y así como a los pastores de la Iglesia se les confía la viña del Señor, que es la Iglesia misma y el pueblo de Dios, así a cada uno de nosotros, cuando somos iniciados en la fe por el bautismo, se nos da la viña de nuestra alma para que la cultivemos para Dios, dice un intérprete. Y envía Dios a nuestra viña sus siervos, que son cuantos nos exhortan a que sigamos los caminos de la justicia y trabajemos para Dios. Pero es maltratado y arrojado de nuestra alma el siervo cuando se desprecia su predicación y no se recibe la doctrina de verdad, o, lo que es peor, se la desprecia. Mata al hijo único del Padre, cuanto está de su parte, quienquiera que conculca al Hijo de Dios y ultraja la gracia del espíritu. Y es desposeído el colono perverso y se da a otro la viña, cuando el don de la gracia que el soberbio desprecio se da al humilde que la recibe.

D) v. 34. — *Y cuando se acercó el tiempo de los frutos...* — Los frutos son las buenas obras; el tiempo de darlos es toda la vida; los siervos que manda para recogerlos el Padre de familias, que es Dios, son sus ministros, o los ángeles custodios; los colonos de la viña somos nosotros. ¡Cuánta generosidad la de Dios para con nosotros, y cuánta cicatería, quizá cuánta maldad la nuestra para con Dios! Nos lo da todo: la viña de nuestra alma, las vides de nuestras facultades, el sol y el riego de su gracia multiforme, el crecimiento de todo, según el Apóstol (1 Cor. 3, 7); para dar fruto copioso no falta más que la aplicación de nuestra voluntad. Y no viene el fruto, porque no tenemos voluntad de darlo, o, lo que es peor, tenemos voluntad de no darlo. Correspondamos a la generosidad de Dios, que no tiene más fin que nuestra propia felicidad.

E) v. 37. — *Y por último les envió su hijo...* — Jesús, Hijo de Dios, es el enviado de Dios no sólo para la redención del mundo, sino a cada uno de nosotros; y ello no una vez, sino cien veces. ¿Qué hemos hecho con el Hijo de Dios, en las inspiraciones, en las exhortaciones, en las comuniones, cuando personalmente o por su gracia se ha hecho presente a nuestro espíritu? «Lo hemos crucificado segunda vez para nuestra propia condenación» (Hebr. 6, 6). No somos apóstatas, como los judíos conversos que retrocedían a la religión de sus mayores y a quienes se dirige el Apóstol; pero hemos sido infieles a la gracia de Dios, ingratos a sus dones, duros a los requerimientos de su amor. Hemos hecho por nuestra parte cuanto es dable para matarle, porque hemos utilizado en nosotros los frutos de su pasión.

F) v. 40. — *El señor de la vida, ¿qué hará a aquellos labradores?* Labraron para sí su viña; ya han recibido la merced. Ultrajaron y mataron al Dios que se la dio en usufructo; caerán bajo el peso tremendo de su mano indignada. Hicieron vana y de ningún precio la sangre que por ellos se derramó; no comprarán con ella el reino feliz y eterno que no puede adquirirse sino con ella. A los malos, mala sentencia, de perdición eterna. Despreciaron a Dios; justo es que no posean a Dios.

G) v. 44. — *El que cayere sobre esta piedra, será quebrantado...* — La piedra es Cristo, dice el Crisóstomo, no sólo por su firmeza, sino porque es quien rompe y desmenuza a sus enemigos. Porque, dice San Jerónimo, el que es pecador, y no obstante cree en él, se rompe, pero no se pulveriza, sino que por la paciencia de Dios se le reserva para el arrepentimiento y salvación. Pero sobre quien cae la piedra de Cristo, por la negación y pérdida de la fe, de tal manera queda desmenuzado, que no queda de él un pequeño tiesto con que tomar un poco de agua.

162. — PARABOLA DE LOS CONVIDADOS A UNA BODA REGIA: Mt. 22, 1-14

Evangelio de la Dominica 19.^a después de Pentecostés

¹ Y respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo; ² Semejante es el Reino de los cielos a un hombre rey, que ce-

lebró las bodas de su hijo. ³Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, y éstos no quisieron venir. ⁴Envío de nuevo otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: Mirad que he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, y todo está a punto: venid a las bodas. ⁵Mas ellos no hicieron caso, y marcharon, el uno a su granja, y el otro a su tráfico. ⁶Y los demás echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron. ⁷Y el rey, cuando lo oyó, se irritó: y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas, y abrasó la ciudad de ellos.

⁸Entonces dijo a sus siervos: Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido convidados, no fueron dignos. ⁹Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontrareis, convidadlos a las bodas. ¹⁰Y habiendo salido sus siervos a los caminos, reunieron cuantos hallaron, malos y buenos; y la sala de las bodas se llenó de comensales. ¹¹Y entró el rey para ver a los comensales, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda. ¹²Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. ¹³Entonces el rey dijo a sus ministros: Atado de pies y manos, arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes. ¹⁴Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Explicación.— Aunque ofrece esta hermosa parábola algunas semejanzas con la del gran convite, Lc. 14, 16-24 (cf. núm. 131), con todo, difiere ciertamente de ella, por su misma redacción, por el tiempo en que fue pronunciada, y hasta por el argumento que, siendo en la apariencia análogo, es en el fondo absolutamente distinto. En efecto, en esta parábola enseña Jesús claramente que los judíos, antes nación favorecida de Dios, no secundarán las repetidas invitaciones que se le hacen para que entre en el reino mesiánico; que maquinarán la muerte de los Apóstoles, por lo que perecerán ellos, y su ciudad será destruida por el fuego, siendo en su lugar llamados los gentiles; pero éstos, después de entrar en el reino mesiánico, deberán ser hallados por Dios sin pecado. Es una profecía que se ha realizado ya en casi todas sus partes.

LOS CONVIDADOS PRIMERO (1-7).— Habían los sinedritas formado el propósito de perder a Jesús tan luego hubo expuesto la parábola de los viñadores. Entrando en su intención maligna, les propone el Señor otra parábola, cuya doctrina es una explicación o desarrollo de la anterior: en ésta les había anunciado su reprobación; ahora les anuncia su suerte desgraciada. *Y respondiendo Jesús a su pensamiento de venganza, les volvió a hablar en parábolas, diciendo... Semejante es el Reino de los cielos, sucede en el reino mesiánico lo que le sucedió a un hombre rey, que celebró las bodas de su*

hijo: el rey es Dios Padre; el Mesías, Hijo de Dios, es el esposo (cf. Ps. 44; Ioh. 3, 29; Mt. 9, 15); la esposa es la Iglesia (cf. 2 Cor. 11, 2; Eph. 5, 25-27); los convidados son todos los hombres llamados por Dios a los beneficios inmensos de estas bodas divinas.

Y, conforme era costumbre entre los judíos, *envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, y éstos no quisieron venir*: estos siervos son el Bautista y los apóstoles y discípulos del Señor, que por aquellos tiempos habían llamado al reino mesiánico a los que ya de antiguo habían sido invitados a él por los profetas, esto es, el pueblo judío, que en su mayor parte fue refractario al llamamiento. El rey, Dios, apela a nuevos recursos de su bondad para que vengan los incorrectos convidados a las bodas: *Envío de nuevo otros siervos*, que fueron los mismos Apóstoles después de la ascensión del Señor, anunciando que estaba ya dispuesto todo lo relativo al gran banquete de las bodas del Hijo de Dios humanado con la Iglesia; inmolado el Cordero inmaculado para la redención y santificación del mundo, instituidos los sacramentos, abiertas las fuentes copiosas de la gracia, confirmando todo con milagros con que urgían los siervos de Dios la entrada de aquel pueblo en la Iglesia: *Diciendo: Decid a los convidados: Mirad que he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, y todo está a punto: venid a las bodas.*

Fue indigna la conducta de los invitados con tanta amabilidad a un convite tan regiamente preparado: *Mas ellos no hicieron caso*, altiva y groseramente despreciaron la invitación: *Y marcharon, el uno a su granja, y el otro a su tráfico*: prefirieron vivir despreocupados del reino mesiánico, entregados unos a sus placeres, y otros absorbidos por sus negocios terrenos. Hubo otros que fueron aún más malvados; se rebelaron contra los enviados del rey, que hicieron víctimas de su furor insano: *Y los demás echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron*: son los judíos de la primera generación cristiana, que hicieron víctimas de su odio a Esteban, a Santiago el Mayor y a Santiago el Menor, y movieron contra todos terribles persecuciones, como es de ver en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de San Pablo.

Contra el crimen de los invitados fulminó Dios sanción terrible, efecto de su justa ira: *Y el rey, cuando lo oyó, se irritó: y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó la ciudad de ellos*. Es la predicción de la ruina de aquel pueblo y del incendio de Jerusalén por el ejército de Tito y Vespasiano, llamado ejército de Dios, aunque fuese reclutado entre los gentiles romanos, porque

fue el instrumento de su justicia (cf. Is. 3, 13; Ez. 29, 18): cuéntase que el mismo Tito atribuyó aquel hecho a la divinidad.

VOCACIÓN DE LOS GENTILES (8-14).—Aunque esta vocación fue simultánea con la de los judíos, se prescinde del tiempo, como ocurre a veces en las visiones proféticas, para el mejor ordenamiento de la parábola. No quiere el rey que por la descortesía y maldad de los primeros invitados, los judíos, se frustren sus planes y sea frustrada su generosidad: *Entonces dijo a sus siervos*, los predicadores posteriores y los mismos que sufren repulsa: *Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido convidados, no fueron dignos*: es la definitiva exclusión de los judíos. Lo que posteriormente hará el Apóstol (Act. 13, 46), lo preludia ya Jesús: dejará a los judíos y llamará a los gentiles: *Id, pues, a las salidas de los caminos*, a las encrucijadas, a los lugares de las ciudades adonde confluyen las rutas de todo horizonte, y donde se juntan las multitudes, y *a cuantos encontrareis, convidadlos a las bodas*, a todos, sin distinción alguna.

Y habiendo salido sus siervos a los caminos, predicando los Apóstoles en todas las encrucijadas del mundo, *reunieron cuantos hallaron*, a todos, sin preocuparse de sus cualidades morales, *malos y buenos*, a saber: aquellos que vivían en el gentilismo vida honrada, siguiendo los dictados de la ley natural, y los que vivían abandonados a sus pasiones. El resultado fue magnífico; y *la sala de las bodas se llenó de comensales*, aun no pudiendo contarse con los judíos; es la eficacia de la palabra de Dios.

Pero no basta entrar en la Iglesia. Si Dios llama a todos los hombres a las bodas de su Hijo, ello es a condición de que los invitados trabajen en lograr su santidad personal: *Y entró el rey para ver a los comensales, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda*: es tan diligente el anfitrión real, Dios, que entre tanta multitud no se le escapa un solo hombre que no ha hecho a sus bodas el honor debido, presentándose a ellas con el vestido ordinario. *Y le dijo*, sin aspereza, antes dejando al juicio del réprobo su propia condenación: *Amigo, buen hombre, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda?* El vestido de boda es la santidad cristiana, la vida ajustada a la ley de Jesús; nadie puede entrar en la Iglesia que no deje las malas obras de su pasada vida. El hombre, que bien sabía a qué le obligaba la asistencia al convite, calla, en lo que se reconoce culpable: *Mas él enmudeció*.

Entonces, convicto el reo, el rey dijo a sus ministros, a los ejecutores de su justicia: *Atado de pies y manos, arrojadlo a las tinie-*

blas exteriores. De pies y manos es atado forzosamente, sin que pueda huir de la justicia divina, el que voluntariamente se ligó al pecado. Las tinieblas exteriores se llaman así por oposición a la sala del festín, espléndidamente iluminada; las tinieblas representan la pena de daño, la exclusión del reino de la luz eterna; y la de sentido, las palabras siguientes: *Allá será el llorar y el crujir de dientes:* sin alivio, sin esperanza, en medio de tormentos y dolor eterno.

Termina Jesús su parábola con estas palabras: *Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Formulada esta parábola principalmente para indicar la reprobación del pueblo de Dios, debe entenderse la frase en el sentido de que, siendo llamados todos los judíos, sólo algunos respondieron a la invitación. Puede asimismo aplicarse a los gentiles, de los que sólo el menor número han entrado en la santa Iglesia. Y aun puede aplicarse el texto a los pocos que de la misma Iglesia se salvan, habida cuenta del inmenso número de creyentes.

Lecciones morales. — A) v. 2. — *Semejante... a un hombre rey, que celebró las bodas de su hijo.* — Estas bodas, regias de verdad, porque son bodas divinas, son las que contrajo el Verbo de Dios humanado con la santa Iglesia. ¡Qué dignidad la de los desposados! El Esposo es el mismo Hijo de Dios hecho hombre; una persona divina con dos naturalezas, la divina y la humana; Persona que es la santidad esencial como Dios, y que es la máxima santidad a que puede llegar una criatura en cuanto es Hombre-Dios. La Esposa no tiene mancha ni arruga; el mismo Jesús la adquirió con su sangre, de precio infinito. Tálamo de estos divinos desposorios es el seno inmaculado de María, la Madre de Jesús y la Madre de adopción de la misma Iglesia. Y el Padre, que hizo estas bodas, llama, hace ya siglos, a todos los hombres, y les dice: ¡Venid a las bodas! Es condición indispensable para vuestra felicidad ser partícipes de ellas; ellas son, no el símbolo, sino el camino único y verdadero para llegar a las bodas definitivas y eternas del cielo. ¡Qué sabiduría, y qué generosidad, y qué magnanimidad la de Dios al prepararnos estas bodas inefables!

B) v. 3. — *No quisieron venir.* — En su sentido directo, la frase se refiere a los judíos, que rechazaron la predicación de Jesús. Pero, ¿por qué no podemos quejarnos amargamente de que son los mismos cristianos, que ya aceptaron la invitación y entraron en el regio festín de la Iglesia, los que no quieren venir, no quieren estar en el festín, están en él indiferentes, no gustan los divinos manjares que en la Iglesia se les ofrecen, viven como pudiera vivir uno que no perteneciera al gremio de la santa Esposa del Hijo de Dios? ¿Qué les importan a muchos las voces de invitación de los ministros del Esposo, los sacramentos, la gracia, la ley cristiana, las Escrituras, el culto, todo aquello, en fin, que la espléndida generosidad de Dios preparó en la Iglesia de las almas?

mente jóvenes de las escuelas rabínicas, que se presentarán a Jesús con grandes protestas de respeto: *Y acechándole*, buscando la ocasión más oportuna, *le envían sus discípulos con algunos herodianos espías que se fingiesen justos, y le preguntasen...* Eran los herodianos partidarios de la política de Herodes, probablemente contrarios a los romanos desde el punto de vista nacional, pero dispuestos a adularles si han de favorecer su partido; súbdito de Herodes como era Jesús, galileo, la presencia de estos hombres aumenta el peligro de la respuesta que dé a la cuestión que va a proponérsele.

Comienzan los discípulos de los fariseos por un exordio lleno de adulación, puesto en su boca, *diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, sincero, que hablas y enseñas rectamente y que enseñas el camino de Dios con verdad*, das a los hombres las normas verdaderas para que ajusten su vida a la voluntad de Dios, *y no te importa de nadie*, no te dejas mover por autoridad ni razón de otro, sino que eres independiente en tu criterio: *Porque no miras a la calidad de las personas*, no atiendes el poder, la dignidad, la fortuna, sino que das tu parecer según la intrínseca justicia de las cosas: por todo ello no debes temer ni al César, y debes dar con toda lealtad tu juicio.

La adulación es tendenciosa, y se dirige a arrancar a Jesús una declaración contraria al tributo del César: Y le preguntan, abordando de lleno la cuestión: *Dinos, pues: ¿qué te parece? ¿Nos es lícito pagar tributo al César, o no lo daremos?* Todos los emperadores romanos se llamaron Césares, desde el primero, Cayo César. El censo es el tributo que se pagaba por cabezas, o por la riqueza que se poseía. La maldad de los fariseos está aquí en querer perder a Jesús por aquello mismo que ellos profesaban y que creían la mayor gloria de su pueblo: la independencia.

LA RESPUESTA (18-22).—La insidia era demasiado manifiesta y villana para que Jesús, que no hacía acepción de personas, no la pusiese de relieve: lo primero que hace es descubrir ante el pueblo sus intenciones perversas: *Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos*, por divina intuición, que le consentía leer en los pensamientos de sus adversarios, *dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?* Es hipócrita quien, siendo una cosa, simula otra; el apóstrofe era duro, pero era verdad; y ésta relevaba a Jesús de toda ulterior respuesta. Mas para demostrar que no tenía necesidad de declinar la respuesta, y que su pensamiento estaba sobre el mezquino espíritu de sus adversarios, añadió: *Mostradme la moneda del tributo*, la que

se utilizaba para pagar el impuesto imperial: *Y ellos le presentaron un denario*, equivalente a 0'87 pesetas.

Es interesantísimo el momento: la sabiduría de Jesús va a confundir la maldad de sus adversarios: *Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen e inscripción?* la efigie grabada en el anverso de la pieza, probablemente la de Tiberio, entonces reinante, y la leyenda grabada alrededor del busto del emperador. *Dicente: del César*: ellos mismos se forjan con la respuesta el lazo, porque desde el momento en que circulaba para las transacciones la moneda imperial, se reconocían súbditos del emperador. *Entonces les dijo*, sacando una naturalísima consecuencia, admitida por los mismos rabinos, que enseñaban que la circulación de una moneda en un país indicaba el príncipe que en el país dominaba: *Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*. Sapientísima respuesta que ha pasado a ser en todos los pueblos un adagio en que maravillosamente se concretan los deberes y derechos de los hombres en las relaciones con Dios y con las potestades de la tierra. Estas tienen derecho a exigir justos tributos; los súbditos tienen el deber de pagarlos; ello debe ser sin mengua de los derechos de Dios y de la religión; cuando hay colisión, primero es Dios que los poderes de la tierra, que no pueden exigir nada contra la piedad y los preceptos del Señor.

Dos efectos produjo en aquellos hombres insidiosos la respuesta de Jesús: primero, la admiración, que no pudieron disimular: *Y al oírle, se maravillaron de su respuesta, y enmudecieron*; luego, la confusión: *Y no pudieron reprender sus palabras delante del pueblo, y dejándole, corridos, se retiraron*: habían sido cogidos en el lazo que ellos mismos prepararon.

Lecciones morales.—A) v. 15.—*Entonces los fariseos se fueron, y consultaron entre sí...*—Como el agua corriente que se represa por un lado busca su natural salida por otro, así la malicia de los judíos, contenida en un punto se desborda por otro, dice el Crisóstomo. Vencidos y humillados en las anteriores parábolas, apelan ahora a una cuestión difícil que formulan de acuerdo con otros adversarios de Jesús, los herodianos. Pero victorioso en un terreno, lo es asimismo Jesús en el que sus mismos adversarios escogen. ¿Cómo no debía la Verdad esencial triunfar, así en la exposición doctrinal como en la solución de las dificultades? Es esto un símbolo y un presagio de lo que ha sucedido en el decurso de la historia: la verdad de Jesús ha triunfado, en sus dos formas de combate, del pensamiento humano: en cuanto lo ha conquistado con los prestigios de la verdad misma; y en cuanto ha deshecho todo reparo, todo error, toda insidia de la inteligencia del

hombre, en todos los siglos y en todos los planos en que se ha entablado la disputa.

b) v. 16. — *Maestro, sabemos que eres veraz...* — La primera forma de engañar que los hipócritas tienen, dice el Crisóstomo, es que alaban a quienes quieren perder. Llámánle maestro, para que, honrado y alabado con tal nombre, les abra con sencillez los secretos de su corazón, como queriendo tenerlos por discípulos. Evitemos la hipocresía adulatoria. Es la gran desgracia de los grandes hombres, o de aquellos que ocupan puestos elevados y de responsabilidad. Reptan ante ellos villanos seres, que si no quieren perderles directamente, les acarrearán el descrédito, llevándolos a desaciertos, a injusticias, a aceptación de personas, al ridículo, al fracaso. La hipocresía de los aduladores ha malogrado las esperanzas mejor fundadas en las cualidades personales de los superiores.

c) v. 17. — *¿Nos es lícito pagar tributo al César...?* — Implica esta pregunta un caso doble de moral, en el orden ciudadano y en el religioso. El César es un intruso en el régimen del pueblo teocrático: por este lado no le debemos el tributo. Por otra parte, Dios es celoso de su soberanía sobre nosotros, y quiere que no tengamos más rey que a él: y por aquí, pagando el censo podemos ofender a Dios. Patriotismo y religión ¿están aquí en pugna, obligándonos a acciones contrarias, o bien concurren ambos sentimientos a exigirnos un mismo acto? No puede negarse que en la vida de los pueblos se plantean a las conciencias conflictos análogos: sin duda puede el poder civil abusar, en el orden doctrinal o de los hechos, de su posición e invadir el campo del poder espiritual. Aprendamos en estos casos graves a acudir, como los discípulos de los fariseos, no con espíritu insidioso, a los maestros que puedan enseñarnos el camino de la verdad, con la sinceridad de quien no teme a los hombres y no ama sino la verdad.

d) v. 21. — *Dad al César lo que es del César...* — Cuando oigas estas palabras, dice el Crisóstomo, sepas que ellas sólo se refieren a lo que no es en perjuicio de la piedad y del servicio de Dios: que si así no fuera, no es tributo del César, sino del diablo. Paguemos, añade San Hilario, a Dios lo que de Dios es: el cuerpo, el alma, la voluntad; somos la moneda de Dios, que llevamos grabada su efigie, y a Dios nos debemos. Pero el oro, que lleva la efigie del César, démoslo al César, en la justa medida que él lo reclame. Al César las riquezas; pero a Dios la conciencia, que es la máxima de las riquezas.

e) v. 22. — *Y al oírle, se maravillaron... y dejándole, se retiraron.* La gradación natural de pensamiento es: le oyeron, se maravillaron, creyeron. Pero no es ésta la lógica de los maliciosos y obstinados, sino: se maravillaron, y le dejaron. Es que para creer se necesita docilidad de entendimiento y de voluntad; con el corazón se cree, dice el Apóstol (Rom. 10, 10), y es inútil toda la luz de pensamiento si la voluntad no se pliega a la gracia de Dios: la historia es elocuente en este mundo. O bien puede notarse el contraste entre «se maravillaron» y «se retiraron». Porque son muchos los que se maravillan ante la luz de nuestros dogmas y las glorias de nuestra Iglesia, pero no dejan que este estado mental influya para nada en la ordenación de su vida.

164.— INTERROGAN LOS SADUCEOS A JESUS SOBRE LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS

Mt. 22, 23-33

(Mc. 12, 18-27; Lc. 20, 27-40)

Evangelio de la Misa de San Luis Gonzaga (vv. 29-40)

²³ En aquel día se llegaron a él ^L algunos saduceos que dicen no haber resurrección; y le preguntaron, ²⁴ diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si muriese alguno ^{Mc} y dejare mujer, sin tener hijos, su hermano case con la mujer de aquél, y dé descendencia a su hermano. ²⁵ Había, pues, entre nosotros siete hermanos; y habiéndose casado el primero, murió: y no teniendo sucesión, dejó su mujer a su hermano. ²⁶ Igualmente el segundo ^{Mc} se casó con ella, y murió también sin sucesión: y el tercero ^{Mc} asimismo, hasta el séptimo, ^{Mc} se casaron con ella: y no dejaron descendencia, ^L y murieron. ²⁷ Y después de todos, murió también la mujer. ²⁸ En la resurrección, pues, ^{Mc} cuando hayan resucitado, ¿de cuál ^{Mc} de estos siete será la mujer? Porque todos la tuvieron ^{Mc} por mujer.

²⁹ Y respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios. ^L Los hijos de este siglo se casan, y son dados en casamiento. Mas los que serán juzgados dignos del otro siglo, ³⁰ en la resurrección ^L de los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, ^L pues ya no podrán morir jamás, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo ^L e hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. ³¹ Y de la resurrección de los muertos, ^L que los muertos resucitan, ¿no habéis leído ^{Mc} en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, las palabras que Dios os dice: ³² Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos: ^L Por El todos viven. ^{Mc} Luego vosotros erráis mucho. ³³ Al oírlo, las turbas se maravillaban de su doctrina. ^L Y respondiendo algunos de los escribas, dijéronle: Maestro, has dicho bien. Y de allí adelante ya no se atrevían a preguntarle nada.

Explicación.— Tuvo Jesús que sufrir, en este último día de su predicación, los embates de todos sus adversarios: fueron primero los sinédritas los que le obligaron a discusión (Mt. 21, 23); luego, los fariseos, por medio de sus discípulos (22-15); ahora, los saduceos; seguirán otra vez los fariseos abiertamente (22, 34). Cada uno le impugnaba según su punto de vista: los saduceos, que negaban la resurrección de los muertos, le ponen el siguiente

CASO DE CONCIENCIA (23-28).— En aquel día, el martes de la última semana, en medio del movimiento que había en el atrio del templo, donde había cátedra abierta a todos, se llegaron a él algunos saduceos que dicen no haber resurrección: negaban el dogma

de la resurrección de los muertos, admitido por los demás judíos, afirmando que cuerpo y alma morían simultáneamente, y que no había premios ni castigos en la otra vida. *Y le preguntaron, diciendo: Maestro, quizá con ironía, propia de materialistas que creían iban a poner en aprieto al Doctor de Galilea: Moisés dijo (Deut. 25, 5): Si muriese alguno y dejare mujer, sin tener hijos, su hermano case con la mujer de aquél, y dé descendencia a su hermano: es la ley llamada del levirato, en virtud de la cual el hijo nacido de la mujer de quien no lo tuvo, se reputaba legalmente hijo del difunto; tendía la ley a conservar la memoria de los padres y a conservar su herencia.*

Supuesta la ley, fingen un caso de conciencia a que la misma ley da pie: *Había, pues, entre nosotros siete hermanos; y habiéndose casado el primero, murió: y no teniendo sucesión, dejó su mujer a su hermano. Igualmente el segundo se casó con ella, y murió también sin sucesión: y el tercero asimismo, hasta el séptimo, se casaron con ella: y no dejaron descendencia, y murieron.* Es, evidentemente, una burda invención, pues, como dice el Crisóstomo, el tercero ya no hubiese aceptado la mujer de sus dos hermanos difuntos, por sospechosa, cuanto menos los demás; así lo hacían los judíos, aun contraviniendo a la ley. *Y después de todos, murió también la mujer: ello plantea el grave problema que debe resolver Jesús: En la resurrección, pues, cuando hayan resucitado, ¿de cuál de estos siete será la mujer?; ¿a quién se dará en matrimonio? Porque todos la tuvieron por mujer.*

LA SOLUCIÓN (29-33).—Es fácil para el Señor, que impieze por acusarles de error e ignorancia: *Y respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.* Ignoran y yerran sobre las Escrituras, que enseñan una resurrección como ellos creen, teniendo los resucitados las mismas exigencias y costumbres, el mismo estado de la vida presente: *Los hijos de este siglo se casan, y son dados en casamiento. Mas los que serán juzgados dignos del otro siglo, en la resurrección de los muertos, dice hablando Jesús de solos los bienaventurados, como lo hará más tarde el Apóstol (1 Cor. 15), pues ya en otra ocasión ha enseñado la resurrección general (Ioh. 5, 28.29), ni se casarán, ni serán dados en casamiento: será una vida completamente distinta de la presente; hará el poder de Dios que no tengan necesidad de comer, ni beber, ni engendrar: pues ya no podrán morir jamás: no habiendo nacimientos tampoco matrimonio, que para ellos se instituyó. Sino que serán como ángeles de Dios en el cielo: llevarán vida celestial;*

glorificados y espiritualizados los cuerpos, ya no sentirán ningún apetito carnal, el menor estímulo de la carne; serán *hijos de Dios*, porque son hijos de la resurrección: la resurrección es una generación a una vida espiritual; obra exclusiva de Dios, son resucitados los especialmente hijos de Dios.

Y sigue Jesús su argumentación contra los saduceos. Ha demostrado el poder de Dios, que da un estado particular a los resucitados, distinto de la condición presente; ahora les demuestra su ignorancia de las Escrituras, que enseñan la resurrección: *Y de la resurrección de los muertos, que los muertos resucitan*, no es mera cuestión, sino un hecho cierto, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, las palabras que Dios os dice: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? (Ex. 3, 6). El argumento es concluyente: Dios se llama a Sí mismo Dios de aquellos patriarcas, ya de siglos difuntos; luego, aunque muertos cuanto al cuerpo, existen, por lo mismo, en el alma, que es inmortal; si ni en cuanto al alma existiesen, Dios no se llamaría Dios de ellos, porque Dios no se dice de la nada, sino de lo que existe: *No es Dios de muertos, sino de vivos: por El todos viven*. Pero como quiera que la resurrección de la carne es una consecuencia de la inmortalidad del alma, hasta el punto que los judíos juntaban estas ideas de un modo solidario (2 Mac. 12, 43-36), se sigue que la resurrección es una verdad enseñada por la Escritura. No alega Jesús otros pasajes de los profetas, más claros en este punto, seguramente porque los saduceos admitían sólo como libros fundamentales los del Pentateuco. Cierra Jesús su respuesta con estas palabras, que demuestran lo concluyente de sus razones: *Luego vosotros erráis mucho*.

Ante la facilidad con que Jesús, de la simple noción de Dios deriva la verdad que los saduceos impugnan, callan éstos, y corre la voz de que les ha impuesto silencio (v. 34). Las turbas que le han oído vienen a parar en el estupor, por la sabiduría, facilidad y elocuencia del Maestro: *Al oírlo, las turbas se maravillaban de su doctrina*. Hasta los escribas allí presentes aplauden, adversarios de escuela como son de los saduceos: *Y respondiendo algunos de los escribas, dijéronle: Maestro, has dicho bien. Y de allí adelante ya no se atrevían a preguntarle nada*.

Lecciones morales.—A) v. 23.—*En aquel día se llegaron a él algunos saduceos...*—Se le presentan el mismo día sus adversarios, uno tras otro, a fin de que, ya que no puedan vencerle con razones, dice el Crisóstomo, perturben su mente con la rápida sucesión de graves cuestiones. Pero nada hay más descarado que la

presunción, ni más impertinente, ni más audaz, sigue el mismo Santo. Ella fue la causa de su derrota, pues la de los anteriores arguyentes debía hacerles más reservados y sensatos. Aprendamos que las malas causas se hacen peores con la defensa; y veamos en este suceso el símbolo de la serenidad, sabiduría y mesura de la Iglesia en defender el depósito de las verdades que Jesús la confiara, y la impudencia, el orgullo, la multitud de defensores de la mentira, que sucumben uno tras otro en el decurso de la historia.

b) v. 29. — *Erráis, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.* Con agudeza reprende Jesús a los saduceos, primero por su necesidad, porque no leen; segundo, por su ignorancia, porque desconocen a Dios: porque de la diligencia en el estudio nace la ciencia, y la ignorancia es hija de la negligencia. Por esto erraban, añade San Jerónimo, porque ignoraban las Escrituras; y como consecuencia de ello desconocían a Dios. Es un tremendo reproche que podría Dios dirigir a muchos que tienen el deber de saber más de lo que saben. Es un hecho lamentable el descuido de las Escrituras Sagradas, aun por parte de quienes deberían hacer de ellas el cotidiano manjar de su espíritu. Ellas son la carta de Dios a su criatura, y el medio normal, juntamente con la tradición, y todo bajo el magisterio de la Iglesia, de ser los hombres adoctrinados en el conocimiento de Dios. Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo, dice San Jerónimo. Por ello se yerra tanto en lo que atañe a Dios y a las cosas de Dios. Creemos ser éste uno de los males gravísimos que aquejan a la actual generación cristiana.

c) v. 30. — *Serán como ángeles de Dios en el cielo...* — Aunque resucite cada cual con su sexo, dice San Agustín, no habrá en la otra vida la concupiscencia, que es causa del rubor y confusión: como antes de que pecasen los primeros padres, que estaban desnudos y no sentían vergüenza de ello. Será cada cual como es, no para mover a liviandad, que no tendrá allí lugar, sino para alabar la sabiduría y clemencia de Dios, que nos hizo de la nada y nos libró de la corrupción. Cuanto al espíritu, dice San Dionisio, entonces, cuando seremos incorruptibles e inmortales, nos veremos saciados con la contemplación castísima de la presencia visible de Dios; como a los ángeles del cielo, se comunicará a nuestra mente una participación de luz inteligible en la que veamos a Dios, a semejanza de los ángeles mismos. ¡Cuánto distan estos conceptos de los que los saduceos y hasta muchos cristianos tienen de la futura vida bienaventurada!

d) v. 32. — *No es Dios de muertos, sino de vivos...* — ¿Cómo, entonces, se llama a Dios juez de vivos y muertos? Debe entenderse en el sentido de que cuando vendrá Dios a juzgar al mundo, hará juicio de los que entonces vivan y de los que hubieren muerto. O bien, a los que fueren vivos por la vida sobrenatural y a los que fueren muertos por el pecado, del que, como dice San Agustín, deriva toda muerte, la del cuerpo y la del alma. En cambio, el sentido de este versículo es que Dios no es el Dios de los que no existen, ni en este mundo ni el otro, porque no les participa la vida ni los bienes de la vida.

e) v. 33. — *Las turbas se maravillaban de su doctrina.* — Las

turbas se maravillan de la sabiduría de Jesús; Lucas dice que algunos escribas le dijeron al Señor que había hablado bien. Es, dice Remigio, un fenómeno que se produce siempre en la Iglesia: el pueblo sencillo aplaude los triunfos de la doctrina cristiana sobre sus enemigos. De los próceres de pensamiento, algunos espíritus rectos reconocen los fueros y los triunfos de la verdad; pero la generalidad dejan a la Iglesia sus triunfos y siguen empedernidos en sus errores. Una palabra o un gesto de olímpico desdén les parece que anulan las verdades mejor demostradas.

165. — EL MANDATO MAXIMO. JESUS, HIJO
Y SEÑOR DE DAVID: Mt. 22, 34-46
(Mc. 12, 28-37; Lc. 20, 41-44)

Evangelio de la Dominica 17.^a después de Pentecostés (vv.35-46)
Continuación del Evangelio de la Misa de San Luis Gonzaga
(vv. 34-40)

³⁴ Mas los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se mancomunaron. ³⁵ Y uno de ellos, doctor de la Ley, ^{mc} *que los había oído disputar, y visto lo bien que les había respondido, acercóse y le preguntó, tentándole:* ³⁶ Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley, ^{mc} *el primero de todos?* ³⁷ Jesús le dijo: ^{mc} *El primero de todos los mandamientos es: ¡Oye, Israel! El Señor tu Dios es el solo Dios: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, ^{mc} y con todas tus fuerzas.* ³⁸ Este es el mayor y el primer mandamiento. ³⁹ Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ^{mc} *No hay otro mandamiento mayor que éstos.* ⁴⁰ De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los profetas. ^{mc} *Y díjole el escriba: Bien, Maestro; has dicho con verdad que Dios es uno solo, y no hay otro fuera de él: y que el amarle de todo corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amar al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Viendo Jesús que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios. Y ya nadie osaba preguntarle.*

⁴¹ Y estando reunidos los fariseos, Jesús, ^{mc} *que enseñaba en el Templo,* les preguntó, ⁴² diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícnle: De David. ⁴³ Díceles: Pues, ¿cómo David ^{mc} *mismo lo llama Señor, ¹ en el libro de los Salmos, inspirado por el Espíritu ^{mc} Santo, diciendo:* ⁴⁴ Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que yo haga de tus enemigos escabel de tus pies? ⁴⁵ Si, pues, ^{mc} *el mismo David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?* ⁴⁶ Y nadie podía responderle palabra: ni se atrevió alguno, desde aquel día, a preguntarle jamás. ^{mc} *Y la numerosa turba oyóle con gusto.*

Explicación. — Fariseos y herodianos se habían confabulado para plantear a Jesús la difícil cuestión del tributo; siguen después

los saduceos con la no menos delicada de la resurrección de los muertos; ahora se juntan en consejo los fariseos y mandan uno de su gremio, escriba él, para proponerle otra cuestión, que resolverá Jesús con la misma sabiduría de siempre (34-40). A su vez, Jesús propone a los fariseos la gran cuestión de la filiación del Cristo (41-46).

EL MANDATO MÁXIMO O PRINCIPAL (34-40). — *Mas los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, cerrándoles el camino a toda réplica, no sin íntima satisfacción de aquéllos, que tenían en los saduceos sus más formidables adversarios doctrinales, se mancomunaron: la envidia y la malevolencia son madres de la audacia impudente; la derrota de los contrarios debía haberlos hecho más cautos. Y uno de ellos, doctor de la Ley, del partido de los fariseos, que los había oído disputar, y visto lo bien que les había respondido, y por ellos deputado en aquel conventículo para proponer a Jesús la cuestión en que habían convenido, acercóse y le preguntó, tentándole, con intención aviesa, aunque la respuesta de Jesús le impresionó, alabando a Jesús y llegando a su vez a merecer la alabanza del Señor.*

La pregunta que el escriba hace a Jesús es capital, y capciosa al mismo tiempo. Para quienes admitían 613 preceptos, 248 positivos, tantos, decían, como huesos tiene el cuerpo humano, 365 negativos, tantos como días tiene el año; y para quienes había establecidas una serie complicada de reglas para determinar la categoría, grave o leve, mayor o menor, de dichos preceptos, no era fácil una respuesta sencilla y categórica; y menos aún lo era no chocar con algunas de las preocupaciones rabínicas sobre precedencia y categoría de los preceptos. *Maestro*, le dice el escriba abordando la cuestión: *¿cuál es el gran mandamiento de la Ley, el primero de todos los mandamientos?*

Jesús le dijo: El primero de todos los mandamientos es: ¡Oye, Israel! El Señor tu Dios es el solo Dios (Deut. 6, 4): Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas (Deut. 6, 5): el amor del israelita a su Dios debe ser sobre todos los amores, y debe invadir toda su actividad consciente. Este es el mayor y el primer mandamiento, el principal y el primero por la dignidad y amplitud con que comprende todos los deberes del hombre con Dios. Y el segundo es semejante a éste, por su dignidad y por la gravedad de los deberes que impone: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev. 19,

18). Son semejantes los dos mandamientos, porque una misma es la caridad con que amamos a Dios y al prójimo; porque amamos al prójimo en cuanto es imagen de Dios, como nosotros; porque ambos amores tienen un mismo objeto, que es Dios. Y debemos amar al prójimo como a nosotros mismos, con el mismo afecto, por esta misma razón de semejanza y por ser todos de Dios.

Sentada las primeras categorías de la ley, Jesús, para redondear su pensamiento, sistematiza todo el orden moral con estas frases: *No hay otro mandamiento mayor que éstos*, por su ámbito y por su excelencia, a pesar de todas las argucias y disquisiciones de los escribas. *De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los profetas*: todo el orden moral encerrado en la revelación tiene su consistencia y fundamento en estos dos preceptos, cada uno de los cuales comprende todos los preceptos de su tabla respectiva; la plenitud de la ley es el amor (Rom. 13, 10), como es el fin de la misma ley (1 Tim. 1, 5).

Satisfecho y admirado quedó el escriba de la respuesta de Jesús: *Y díjole el escriba: Bien, Maestro; has dicho con verdad que Dios es uno solo, y no hay otro fuera de él: y que el amarle de todo corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amar al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios*. Difiere el sentir de este escriba del de los demás de su secta, que hacían consistir la observancia de la ley en las minucias del ritualismo. Por esto, *viendo Jesús*, a su vez, que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios: has rectificado los prejuicios de tu secta; tiene sólidos fundamentos religiosos; sólo le falta la fe en Jesús. Con esto redujo también a silencio a los fariseos, y *ya nadie osaba preguntarle*.

EL CRISTO, HIJO Y SEÑOR DE DAVID (41-46).— Los fariseos que han enviado al escriba para tentar a Jesús, se acercan curiosamente al grupo para presenciar los incidentes de la discusión. Entonces es cuando Jesús tienta recíprocamente a sus tentadores, no con su malignidad, sino para enseñarles la verdad: *Y estando reunidos los fariseos, Jesús, que enseñaba en el Templo, les preguntó, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo?* Es una pregunta general, para concentrar la atención de sus oyentes en ésta, más concreta: *¿De quién es hijo? Dícenle: De David*. Era fácil la respuesta, porque eran copiosos en la Escritura los testimonios sobre la filiación davídica del Mesías, y era éste el común sentir de los contemporáneos (Ioh. 7, 42).

Pero Jesús trata de arrancar un prejuicio del espíritu de sus oyentes: creen ellos que será un simple descendiente de aquel rey, que restaurará el trono de su progenitor y arrojará a los romanos, injustos dominadores; Jesús quiere levantar su consideración a una más alta filiación: *Diceles: Pues, ¿cómo David mismo lo llama Señor, en el libro de los Salmos, inspirado por el Espíritu Santo, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que yo haga de tus enemigos escabel de tus pies?* Demuestran las palabras de Jesús que el Salmo (109) es divinamente inspirado, que su autor es David, y que era tenido como mesiánico. En estas palabras del Salmo (v. 1) funda Jesús su argumento irrefutable: *Sí, pues, el mismo David lo llama Señor, al Mesías, ¿cómo es su hijo?* Si aquel gran rey, divinamente inspirado, levantado por ello sobre toda dignidad humana, reconoce como Señor suyo a su hijo, como tal inferior a él, ¿cómo no reconocer que este hijo suyo debía tener una filiación superior a la suya por otro concepto? ¿Cómo no decir que le reconocía Dios, y no un simple dominador temporal, por glorioso que se le suponga?

No tiene réplica el argumento. Y, por esto, nadie podía responderle palabra: ni se atrevió alguno, desde aquel día, a preguntarle jamás. Vencidos los adversarios en toda la línea, y ante el pueblo, cuando creían triunfar de Jesús, lejos de confesarle y admitir su doctrina, se retiran, miedosos de su poder, dejando el campo de las disputas doctrinales para perderle en el de la intriga política y religiosa, en que eran maestros. Y, en cambio, la numerosa turba del pueblo oyóle con gusto, por la fuerza y verdad y gracia de su elocuencia, y por los brillantes triunfos que lograba sobre sus adversarios.

Lecciones morales.—A) v. 34.—*Mas los fariseos... se mancomunaron.*—¿Qué le importa a Jesús que se mancomunen todos sus enemigos, si con su mirada de Dios escudriña el pensamiento de todos; si conoce, mejor que ellos, la resultancia que pueda dar la malicia concentrada de todos; si El, Autor del pensamiento y Verdad esencial, conoce todas las facetas que pueda presentar el error ante la verdad o contra ella, y la manera de resolver todas las cuestiones que puedan sentarse en cualquier campo del saber humano? La inteligencia de Jesús, en cuanto es el Verbo de Dios, es infinita; en cuanto es hombre, está directamente iluminada por los rayos de la sabiduría de Dios, que la inunda de verdad. Como callaron los saduceos, así deberán callar avergonzados los fatuos fariseos, que no han sabido medir las fuerzas de su presunto adversario. ¡Si ante Jesús han debido callar todos los sabios de todos los tiempos, aunque se mancomunen acumulando errores sobre errores, siglo tras siglo!

b) v. 36. — *¿Cuál es el gran mandamiento de la Ley...?* — Pregunta por el mayor de los mandamientos, dice el Crisóstomo, quien ni siquiera cumplía los menores; no deben preguntar o aspirar a mayor justicia sino los que han obrado ya la justicia en lo que es de menor importancia. Aunque, tratándose de preceptos que urgen gravemente todos, no debemos ser cicateros, buscando de cuál podamos excusarnos, o inventando subterfugios con que substraernos a su fuerza. La lealtad para con Dios y con nuestra conciencia reclama que miremos en un mismo nivel todo mandato que con claridad se imponga a nuestra voluntad, porque todos ellos son una manifestación y promulgación de la voluntad de Dios hecha a nuestro espíritu por nuestra propia conciencia.

c) v. 40. — *De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los profetas.* — Todos los preceptos del Decálogo se reducen a estos dos, decimos en el Catecismo: Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos: en el primero se encierran los mandamientos de la primera tabla; los de la segunda, en el segundo. Y de tal manera están trabados estos dos mandamientos capitales, que es solidaria su observancia, en el sentido de que, quien ama debidamente a Dios, ama asimismo al prójimo, y viceversa; y que aquel que dice amar a Dios y no ama al prójimo, miente. Hasta el punto de que San Juan dijese en su vejez a sus discípulos que el amor al prójimo era mandato de Jesús, y que si se observa, basta él solo para el cumplimiento de toda la ley.

d) vv. 41.42. — *Jesús... les preguntó, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo?* — Pensaban ellos que Jesús era puro hombre, y por esto le tentaban; si hubiesen creído que era Dios, no le hubiesen tentado. Por ello, queriendo indicarles Jesús que conocía el engaño de su corazón y manifestarles que era Dios, ni quiso enseñarles la verdad en forma manifiesta, para que, tomando pie de la blasfemia, no se enfureciesen más; pero tampoco quiso callarla, porque había venido para anunciar la verdad. En lo que debemos ver la traza de Dios que da la iluminación a las inteligencias, acomodándose a sus necesidades y exigencias.

e) v. 44. — *Dijo el Señor a mi Señor...* — La cuestión que propone aquí Jesús a sus adversarios es la cuestión formidable de su propia divinidad. Porque David, dice San Jerónimo, llama aquí al Mesías «su Señor», no en cuanto es hijo de él, sino en cuanto es Hijo del Padre; y no le llama así por error, sino inspirado por el Espíritu Santo. ¡Cómo Jesús fijaría sus ojos en los ojos falaces de sus adversarios al hacerles la trascendental pregunta, El, que se había presentado ante ellos como Mesías y que de ellos había requerido tantas veces el reconocimiento de su divinidad! Vencidos, quedarán mudos ante Jesús; pero, orgullosos, no querrán caer a sus pies para adorarle. Es la posición mental de muchos millares que vendrán, después de los fariseos, a tentar a Jesús.

f) v. 46. — *Y nadie podía responderle palabra...* — Porque la verdad se impone con tal fuerza al espíritu del hombre, hecho para la verdad, que por una natural exigencia debe el hombre enmudecer cuando la razón se ve abrumada de razón, si puede hablarse así. Esta es la gran fuerza de la verdad cristiana: los prejuicios, los

errores, las invenciones, los mismos hechos de la historia, dan a veces pie a los espíritus menos rectos, o impacientes, o menos sabios, para impugnar las verdades de la fe; pero éstas definitivamente triunfan: mil veces, en el decurso de la historia, han tenido que enmudecer sus enemigos ante la fuerza abrumadora que llevan consigo.

166. — DISCURSO DE JESUS CONTRA LOS FARISEOS:
PRIMERA PARTE: SU AMBICION E HIPOCRESIA:

Mt. 23, 1-12

(Mc. 12, 38-39; Lc. 20, 45-46)

Evangelio del martes después de la 2.^a Dominica de Cuaresma

¹Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, ²diciendo en sus instrucciones: Sobre la cátedra de Moisés sentáronse los escribas y los fariseos. ³Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren: mas no hagáis según sus obras: porque dicen, y no hacen. ⁴Pues atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres: mas ni aun con su dedo las quieren mover. ⁵Y hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres: y así, ensanchan sus filacterias, ^{Mc}*gustan andar con largos hábitos*, y extienden sus franjas. ⁶Y quieren los primeros puestos en los convites, y en las sinagogas las primeras sillas, ⁷y los saludos en la plaza, y que los hombres los llamen Rabbi. ⁸Mas vosotros no queráis ser llamados Rabbi: porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros todos sois hermanos. ⁹Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra: porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. ¹⁰Ni os llaméis maestros: porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. ¹¹El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo. ¹²Porque el que se ensalzare, será humillado: y el que se humillare, será ensalzado.

Explicación. — Triunfante Jesús de toda serie de sus soberbios enemigos, y confundida la impostura de unos hombres que, so capa de religión, oprimían y explotaban al pueblo, mientras vivían ellos en el fausto y molicie, arremete con brío contra todos ellos, denunciando al pueblo su hipocresía y ambición, y fulminando contra ellos terribles anatemas, en un discurso que sólo Mateo nos ha conservado y del que tienen breves reminiscencias los otros dos sinópticos, Lucas (11- 39-52) tiene una serie de reproches dirigidos por el Señor contra los fariseos, semejantes a los de este discurso: lo que prueba que el Señor condenaría sus principios y conducta más de una vez. En esta primera parte del discurso, Mateo describe la

HIPOCRESIA Y AMBICIÓN DE LOS FARISEOS. — Las turbas, que en número extraordinario habían confluído al Templo con ocasión de las fiestas de la Pascua, habían sido testigos de la petulancia y perversidad de los fariseos, de la humillación que Jesús les había causado, de la sabiduría invencible del Señor; los ánimos estaban preparados para oír la tremenda requisitoria; al pueblo, pues, y a los discípulos dirige la palabra el Maestro: *Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, diciendo en sus instrucciones...* Empieza Jesús reconociendo la autoridad de los escribas y fariseos: ellos eran los sucesores de Moisés en la interpretación y aplicación de la ley: *Sobre la cátedra de Moisés sentáronse los escribas y los fariseos*: la metáfora está tomada de la antigua costumbre de sentarse sobre un lugar elevado los que ejercen un magisterio. La consecuencia es obvia: si su autoridad es legítima, deben observarse sus prescripciones: *Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren*; referíanse las leyes que del Sinedrio emanaban al culto externo de Dios, sacrificios, purificaciones, días festivos, tributos, etc. Jesús, por lo mismo, mientras oficialmente perdura la Sinagoga, quiere que el pueblo se atenga a su autoridad.

Pero otra cosa es si se trata de la conducta personal de los legisladores: ellos no cumplen según la ley, de la que son custodios e intérpretes; hay, por lo mismo, que atender a la ley, pero no imitar sus obras: *Mas no hagáis según sus obras: porque dicen, y no hacen*. A esta aserción general añade Jesús la prueba, expresiva de todo un sistema jurídico: *Pues atan cargas pesadas e insoportables, a la manera como se atan muchos objetos en haces; uno a uno son los objetos llevaderos, pero el haz es pesadísimo: Y las ponen sobre los hombros de los hombres*: eran las mil prescripciones de detalle, con las que querían asegurar el respeto a la ley, ya de sí pesada (Act. 15, 10), pero que en junto resultaban intolerables. Contrataba con este rigor la relajación de los fariseos y escribas legisladores, que rehuían en absoluto el cumplimiento de las leyes que promulgaban: *Mas ni aun con su dedo las quieren mover*: eran inexorables con los demás.

A la relajación y dureza, añaden los escribas la ambición e hipocresía: *Y hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres; y así, prueba de su vana ostentación, ensanchan sus filacterias, gustan andar con largos hábitos y extienden sus franjas*. Eran las filacterias unas membranas o pergaminos en que se inscribían estas cuatro secciones de la ley mosaica: Ex. 13, 19; 13, 11-16; Deut. 6, 4-9; 11, 13-21: encerradas en pequeñas cajas de piel negra, se ataban, por medio de cintas, especialmente en las horas de oración, en

la frente y en el brazo izquierdo: así creían cumplir el precepto de Deuteronomio (6, 8): «Las atarás (las palabras de Dios) como por señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos»: para ostentación de su piedad, los fariseos las llevaban muy grandes. Lo mismo hacían con las franjas o fimbrias, y vistiendo túnica hasta los pies, señal de cierta preeminencia y majestad.

A esta ostentación religiosa añadían los fariseos la ambición descocada de toda suerte de preeminencias: *Y quieren los primeros puestos en los convites, y en las sinagogas las primeras sillas*, colocándose en las asambleas en los lugares más honoríficos y vistosos: *Y los saludos en la plaza*, recibiendo públicas y exageradas manifestaciones de respeto: *Y que los hombres los llamen Rabbi*: era una denominación reciente en tiempo del Señor, equivalente a «mi maestro»: la vanidad del fariseo se nutría de todas estas futilidades.

A la hipocresía y ambición de los fariseos opone Jesús la insistente recomendación de la sinceridad y de la humildad: *Mas vosotros no queráis ser llamados Rabbi*: no que no deba haber dignatarios y titulares del magisterio, sino que no debe ponerse el afecto en los títulos por vanagloria. La razón es, porque pequeña es la sabiduría y la dignidad magistral de los hombres delante del único Maestro que posee todos los tesoros de la ciencia de Dios, que es Dios mismo, o su Cristo, *porque uno solo es vuestro Maestro*, ante quien, como hermanos, todos somos iguales: *Y vosotros todos sois hermanos*.

Como a los doctores se les llamaba también con frecuencia «padre», y de esta paternidad espiritual estaban ufanos los fariseos, recomiéndales que no les imiten en esto tampoco: *Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra*. Y da una razón semejante a la anterior: *Porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos*, de quien viene toda paternidad, natural y sobrenatural, en el orden del cuerpo y del espíritu, porque toda filiación intelectual de El trae origen.

Tampoco quiere que los doctores de la nueva Ley se llamen jefes espirituales, guías, maestros de maestros, como los doctores-cum-bres de las dos grandes facciones o partidos doctrinales, Hillel y Schammai, en tiempo de Jesús: *Ni os llaméis maestros*. La razón es que es único maestro que ilumina las almas, camino, verdad y vida de las inteligencias, por el magisterio externo y por el interno de la gracia: *Porque uno es vuestro Maestro, el Cristo*.

Por fin, el discípulo de Jesús debe obrar inversamente a la conducta de los fariseos: éstos quieren elevarse sobre los demás;

aquéllos, aun ejerciendo autoridad o magisterio sobre los otros, deben reputarse siervos de los demás: *El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo*. De ello da Jesús una razón, que es al propio tiempo un estímulo para los humildes, una amenaza para los ambiciosos y vanos: *Porque el que se ensalzare, será humillado: y el que se humillare, será ensalzado*: el camino de la gloria es la humildad; el orgullo lleva a la ruina. Jesús nos dio el ejemplo de lo primero; en los fariseos vemos la realización de lo segundo.

Lecciones morales.—A) v. 2.—*Sobre la cátedra de Moisés sentáronse los escribas y los fariseos.*—Siéntanse sobre la cátedra de Moisés, dice Orígenes, los que se glorían de profesar su ley e interpretarla: los que no se apartan de la letra se llaman escribas; y fariseos los que añaden algo más, profesando mayor perfección que los otros. No eran malos porque se sentaran en la cátedra de Moisés, antes era ello un ministerio necesario para la custodia de la ley y régimen del pueblo. Lo malo era que con su modo de obrar profanaban la santidad de su cátedra. Porque, dice el Crisóstomo, debe atenderse cómo alguien se sienta en su cátedra: porque no es la cátedra la que hace el sacerdote, sino el sacerdote la cátedra; no es el lugar el que santifica al hombre, sino el hombre al lugar; por lo mismo, el mal sacerdote deriva del sacerdocio, no la dignidad, sino el crimen. ¡Tremenda responsabilidad la que importa el lugar que ocupamos, si es elevado y santo! Sacerdotes, padres, maestros, gobernantes, publicistas, debieran pesar el valor de estas palabras de Jesús: «Sobre la cátedra...»

B) v. 3.—*No hagáis según sus obras...*—Nada hay más miserable, dice Orígenes, que aquel doctor cuyos discípulos se salvan cuando no le siguen, se pierden cuando le imitan. Lo cual demuestra que se halla, en el orden de la vida, en el polo opuesto de la verdad. ¿Qué importa para él que enseñe la verdad, si con su vida la desmiente? No sola la verdad es la que salva, sino la verdad que informa todos los actos de la vida. Si por desdicha nuestra nos hallamos sometidos a un magisterio tal, dice el Crisóstomo, hagámoslo como acostumbramos con los frutos buenos de la tierra: cogemos los frutos y dejamos la tierra; así debemos cosechar la buena doctrina que nos da el doctor de mala vida, y dejar de lado sus perversos ejemplos.

C) v. 5.—*Y hacen todas sus obras por ser visto de los hombres...*—De las entrañas mismas de todas las cosas nace lo que las destruye: de la madera, el gusano; del vestido, la polilla, dice el Crisóstomo. Así se empeña el diablo en corromper y destruir el ministerio de los sacerdotes, que están puestos para la edificación del pueblo, en forma que el mismo bien lleve en sus entrañas el mal. Quitad del clero este vicio, de la ostentación y vanagloria, y fácilmente se remediará todo lo demás. Atenuado este concepto del santo Obispo de Constantinopla, diremos que, gracias a Dios, no es la vanidad lo que esterilice la acción sacerdotal de nuestros días: pero sí que los ministros de Dios deben cuanto puedan recti-

ficar su intención e informarla del sentido y del espíritu de Jesús, para que sus obras tengan la eficacia que de ellas puede esperarse en el Señor.

d) v. 8. — *Vosotros no queráis ser llamados Rabbi...* — A fin de que, dice el Crisóstomo, no nos levantemos con una gloria que es de sólo Dios. Porque si la gloria de adoctrinar a los hombres fuese de los doctores, dondequiera que hubiese doctores, habría quienes aprendiesen la doctrina. Pero ahora no sucede así, sino que muchos se quedan sin aprender. Y es que Dios es el que da la inteligencia, no el doctor, que no hace más que ejercitarla en los que le oyen. Y siendo muy glorioso el oficio de doctor, esta consideración le da su legítimo valor, inferior al que nosotros juzgamos. Dios es siempre quien da el incremento.

e) v. 9. — *Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra...* — Se entiende, atribuyéndole en absoluto la paternidad sobre nosotros. Tenemos padres según el cuerpo y según el espíritu; pero unos y otros no ejercen más que un ministerio de paternidad en nombre del Padre de nuestros cuerpos y de nuestras almas que está en los cielos, y «de quien viene toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Eph. 3, 15). Dios es vida esencial, de quien procede toda vida; así es también Padre de quien procede toda filiación, porque de El arranca toda paternidad. Agradecemos a nuestros padres, del cuerpo y del espíritu, cuantos beneficios de ellos recibimos, pero acostumbremos a referirlos al «Padre de las luces, Dios, de quien viene toda óptima dádiva y todo don perfecto» (Iac. 1, 17).

f) v. 11. — *El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo.* — No sólo no quiere el Señor, dice el Crisóstomo, que ambicionemos los lugares de preeminencia, sino que nos manda tener tendencia a lo contrario. Es la única manera de refrenar este afán de subir, que es innato en el hombre. Como al caballo se le hace tascar el freno y se le tira de las riendas para que no se desboque, así hemos de hacerlo con las fuerzas bajas de nuestra vida.

167. — SEGUNDA PARTE: LOS OCHO ANATEMAS CONTRA ESCRIBAS Y FARISEOS: Mt. 23, 13-33

(Mc. 12, 40; Lc. 20, 47)

¹³ Mas, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el Reino de los cielos a los hombres. Pues ni vosotros entráis, ni a los que entrarían dejáis entrar. ¹⁴ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que devoráis las casas de las viudas, ^{Mc} con el pretexto de que estáis haciendo largas oraciones: por eso recibiréis sentencia más rigurosa. ¹⁵ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito; después de haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros. ¹⁶ ¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: Todo el que jure por el Templo, (esto) nada es: mas el que jure por el otro Templo, deudor es. ¹⁷ ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro, o el Templo que santifica al oro? ¹⁸ Y todo el

que jurare por el altar, (esto) nada es: mas cualquiera que jurare por la ofrenda, que está sobre él, deudor es. ¹⁹ ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda, o el altar que santifica a la ofrenda? ²⁰ Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él, y por todo cuanto sobre él está. ²¹ Y todo el que jura por el Templo, jura por él, y por el que mora en el mismo. ²² Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado sobre él. ²³ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis diezmos de la hierba buena, y del eneldo, y del comino, y habéis dejado las cosas que son más importantes de la ley: la justicia, y la misericordia, y la fe. Estas debierais observar, sin omitir aquéllas. ²⁴ ¡Guías ciegos!, que coláis el mosquito, y os tragáis el camello. ²⁵ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato: y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia. ²⁶ ¡Fariseo ciego!, limpia primero lo interior del vaso, y del plato, para que sea limpio lo que está fuera. ²⁷ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos a los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. ²⁸ Así también vosotros, de fuera os mostráis en verdad justos a los hombres: mas de dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. ²⁹ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, ³⁰ y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiésemos sido sus cómplices en la muerte de los profetas. ³¹ Y así atestiguáis de vosotros mismos que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ³² Colmad, pues, vosotros la medida de vuestros padres. ³³ ¡Serpientes! ¡Raza de víboras!, ¿cómo escaparéis de la condenación al infierno?

Explicación.— Ya se ha indicado la coincidencia de algunos de los conceptos de este discurso con el análogo del tercer Evangelista (Lc. 11, 39 sigs. núm. 121 y sigs.): creen algunos, entre ellos Maldonado, que se trata de un solo discurso, que los Evangelistas refieren a distintos tiempos; es más general la opinión que patrocina la diversidad de discursos; el mismo Lucas, a más del ya citado, reproduce algo de este segundo discurso pronunciado por Jesús contra los fariseos el martes de su última semana (Lc. 20, 45-47).

LOS ANATEMAS.— Algunos de ellos se hallan casi con las mismas palabras en el pasaje de Lucas ya citado, y comentados en el número 121. Creen algunos que todos estos anatemas deben referirse al tiempo en que los sitúa Lucas, mientras hacía Jesús camino a Jerusalén. Lo más verosímil es que, aprovechando la gran confluencia del pueblo en Jerusalén y en el Templo con motivo de la

Pascua, reprodujera los terribles *vae!* en los últimos días de su vida para apartar a las gentes de la pésima dirección de aquellos malvados e hipócritas. De estas maldiciones, podríamos decir que la primera y tercera van contra la verdad de la doctrina; la segunda, cuarta y quinta, contra la verdad de la justicia; las tres últimas, contra la verdad de la vida.

PRIMERO: Se denuncia en él la funesta autoridad de escribas y fariseos sobre el pueblo: *Mas, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el Reino de los cielos a los hombres.* El Reino de los cielos es el reino mesiánico, preparado por el Bautista y predicado por Jesús y sus discípulos; los fariseos lo cierran, metáfora tomada de un gran salón abierto a todo el mundo, en cuanto no dejan entrar, porque condenan la doctrina de Jesús y le tachan de impostor; lo que hace queden excluidos ellos y los que les siguen: *Pues ni vosotros entráis, ni a los que entrarían dejáis entrar.*

SEGUNDO: Acusa en él su ambición de riquezas y sus fraudes: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que devoráis las casas de las viudas, con el pretexto de que estáis haciendo largas oraciones:* la mujer, débil, es fácilmente seducida por las apariencias de piedad; quien tras ella se esconde, fácilmente se apoderará de sus tesoros. Pero ello será terriblemente castigado por Dios: *por eso recibiréis sentencia más rigurosa,* por despojar a las desvalidas viudas y por abusar de la religión para el engaño.

TERCERO: Por él se nos revela el espíritu de proselitismo de los fariseos, pero que no daba frutos de justicia, sino de perdición: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito.* Un prosélito era un secuaz, un hombre conquistado para el judaísmo; los había de dos clases: los llamados «de la puerta», quienes, dejada su idolatría, cumplían solamente los preceptos llamados de Noé, evitar la blasfemia, la idolatría, el homicidio, el latrocinio, el incesto, la manducación de sangre, etc.; y los que se decían «de justicia», que se sometían a la circuncisión y a todos los preceptos de la ley mosaica. Tales eran los esfuerzos de conquista espiritual del pueblo judío, que había muchos millares de prosélitos en Asia y Europa. Pero Jesús condena a los fariseos, porque hacen peores a los prosélitos: *Y después de haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros:* ya porque juntan a sus pecados de ori-

gen los pecados de los fariseos, ya porque los discípulos suelen aventajar a los maestros en lo malo que éstos tienen.

CUARTO: Condena Jesús en este anatema la maldad de los fariseos que, llamándose guías de su pueblo, le engañan, falseando hasta la noción del juramento, último sostén de la verdad en el orden social: *¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: Todo el que jurare por el Templo, (esto) nada es, no está obligado a cumplir el juramento: mas el que jurare por el oro del Templo, deudor es,* debe cumplir lo jurado. Creían ellos que sólo el juramento prestado en el nombre de Dios o de las cosas a él íntimamente unidas o dedicadas obligaba; y habían inventado una serie de distinciones entre los varios juramentos que les permitían resolver los casos probablemente en beneficio de su avaricia. El oro del Templo es el tesoro sagrado, vasos y utensilios, probablemente el mismo numerario que en él había en depósito para el sostén del culto; se reputaba más sagrado que el mismo Templo, porque había en éste muchas dependencias no afectas directamente al culto de Dios. Jesús los llama por ello: *¡Necios y ciegos!, por cuanto si el oro es sagrado es porque pertenece al Templo: ¿Qué es más, el oro, o el Templo que santifica al oro?* Y añade otro ejemplo, que se aclara con la misma explicación: *Y todo el que jurare por el altar, (esto) nada es; mas cualquiera que jurare por la ofrenda, que está sobre él, deudor es. ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda, o el altar que santifica a la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él, y por todo cuanto sobre él está. Y todo el que jura por el Templo, jura por él, y por el que mora en el mismo.* Y añade un tercer ejemplo: *Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado sobre él.* Enseña, pues, Jesús, que el que jura por una criatura, jura por Dios, autor de la misma e íntimamente presente a ella, pues sería necedad invocar como testimonio de la verdad una criatura insensible.

QUINTO: Va este anatema contra la hipocresía religiosa de los fariseos: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis diezmos de la hierbabuena, y del eneldo, y del comino:* son hierbas aromáticas de que hacían mucho uso los judíos para condimentar manjares y aromatizar el ambiente de casas y sinagogas; la Ley (Lev. 27, 30; Deut. 14, 22) mandaba pagar el diezmo de la simiente de la tierra (el trigo) y de los frutos de los árboles; pero los fariseos iban más allá de lo que la Ley mandaba, pagando el diezmo de aquellas humildes hierbas; en cambio, les reprochaba

Jesús: *Y habéis dejado las cosas que son más importantes de la Ley: la justicia, que manda dar a cada uno lo que se le debe; y la misericordia, que debe traducirse en obras de caridad; y la fe, la fidelidad, que condena todo fraude y mentira. Si se hace aquello, conviene no olvidar esto: Estas debierais observar, sin omitir aquellas. Pero tan lejos estaban de obrar así, que cumplían con escrupulo lo insignificante, dejando de hacer lo esencial: ¡Guías ciegos!, que coláis el mosquito, y os tragáis el camello: ambos eran animales inmundos; para no tragar ningún bicho prohibido por la ley, filtraban sus bebidas; en cambio, tragaban sin miramientos la carne de camello: es hipérbole, no realidad.*

SEXTO: Es un nuevo detalle del anterior, y va contra el espíritu de falsa religión y de injusticia de los fariseos: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato: se refiere a las minuciosas y complicadas abluciones de los utensilios de comer: y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia, porque coméis manjares que son fruto de vuestras injusticias, y tenéis un corazón lleno de malos deseos. ¡Fariseo ciego!, dice Jesús singularizando, para dar más fuerza a su reproche, limpia primero lo interior del vaso en que bebes, y del plato en que comes, para que sea limpio lo que está fuera; en el orden moral, es lo primero la limpieza de conciencia y la pureza de intención; si lo que toca el inmundo es inmundo (Num. 19, 22), es inútil limpiéis la vajilla en que coméis el fruto del robo y del fraude.*

SÉPTIMO: Tal es la maldad de los fariseos, demostrada por los ejemplos anteriores, que los fariseos, bajo ostentosas apariencias, ocultan un alma llena de corrupción, como están llenas de podre las tumbas: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos a los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad; el día 10 de Adar, mes anterior al de la Pascua, blanqueaban los judíos las tumbas, que solían estar junto a las rutas, a fin de que fuesen más visibles y no las tocasen impensadamente los viajeros. Así también vosotros, de fuera os mostráis en verdad justos a los hombres: mas de dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.*

OCTAVO: Condénase en él el celo hipócrita que manifiestan los fariseos honrando a sus santos antepasados mártires, mientras de

hecho se dan la mano con sus verdugos. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, se trata de construcciones de mausoleos nuevos o de reparaciones de los antiguos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas, sino que nos hubiésemos puesto al lado de los profetas y santos, injustamente perseguidos y muertos: Y así, con vuestra conducta que tanto dista de las enseñanzas y ejemplos de aquellos hombres virtuosos, atestiguáis de vosotros mismos, llamando vuestros padres a sus matadores, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas, informados de su mismo espíritu de injusticia y maldad. Y sigue diciéndoles Jesús, lleno de santa indignación: Colmad, pues, vosotros la medida de vuestros padres: lo que ellos no pudieron hacer, cumplidlo vosotros, dando muerte al Mesías; ellos mataron a los profetas; matad vosotros al que fue por los profetas anunciado, ya que así lo habéis decretado.*

Termina Jesús con un vibrante apóstrofe: *¡Serpientes! ¡Raza de víboras!*, dañinos reptiles, dignos hijos de quienes os engendraron, si vais a colmar la medida de vuestra iniquidad dándome la muerte, y estos mis anatemas no harán sino endureceros en vuestro propósito, *¿cómo escaparéis de la condenación al infierno?*, esto es, no podréis evitar el tremendo juicio que os condenará al infierno.

Lecciones morales.—A) v. 13.—*Ni vosotros entráis, ni a los que entrarían dejáis entrar.*—Abren el Reino de los cielos los que viven bien y enseñan bien, dice Orígenes: los cuales, mientras entran ellos, empujan a los demás a que entren. Pero hay muchos que no permiten entrar en el Reino de los cielos a los que quieren entrar, como son aquellos que, siendo pastores, repelen con immoderada violencia a los que se acercan a ellos para adoctrinarse, o bien presumen ejercer un ministerio para que no están preparados, defraudando a quienes confían en sus enseñanzas.

B) v. 14.—*¡Ay de vosotros!..., que devoráis las casas de las viudas...*—Son incautas las mujeres, dice el Crisóstomo, porque no pesan con la razón aquello que ven u oyen; son también débiles, y fácilmente se inclinan del bien al mal, y del mal al bien. Pero los hombres son más cautos y recios; por ello, so capa de religión, suelen hacer buenos negocios con las mujeres, que fácilmente se inclinan a ellos por las apariencias de religión. Y ocurre esto más con las viudas primero, porque la casada no deja engañarse fácilmente, porque tiene por consejero al marido; y luego, porque, estando bajo la potestad marital, le cuesta más de dar de su hacienda. Por ello el Señor, al tiempo que confunde a los fariseos, enseña a los cristianos a no tratar más con las viudas que con las

otras: porque aunque no sea mala la voluntad, lo es la sospecha.

c) v. 15.—*Recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito...*—El proselitismo para la verdad y el bien es una gran virtud; el de la mentira y el pecado es un mal gravísimo para la sociedad. El primero es el ejercicio de un apostolado santo; el segundo, una colaboración decidida en la obra de perdición del demonio, «homicida desde el principio» (Ioh. 8, 44). Por el primero se hacen las almas buenas; por el segundo, como dice aquí Jesús, suelen hacerse los prosélitos dos veces más dignos del infierno que los que los conquistaron para el error y el mal; porque al mal que aprendieron del falso apóstol suelen añadir el que les sugiere su propia perversidad. Toda la historia del cristianismo, con todas sus glorias y grandezas, se debe al proselitismo del bien, porque nuestra religión se propaga por el apostolado (Rom. 10, 17); toda la historia de la mentira, del error, de las herejías, de las grandes prevaricaciones de la moral en el orden social, se deben al proselitismo del mal. Si somos llamados al ejercicio del apostolado, en el orden particular o en el autorizado y oficial de la Iglesia, esforcémonos en hacer prosélitos de la verdad y del bien, y hagamos cuanto podamos para matar el proselitismo del mal.

d) v. 23.—*Pagáis diezmos de la hierbabuena y del eneldo...*—Invertían los términos de su misión y oficio, dice el Crisóstomo. Sacerdotes, debían dar al pueblo las cosas de Dios, la verdad, la santidad, la justicia, el ejemplo; en cambio, Dios había proveído para su sustento, para que estuviesen despreocupados de las cosas de la tierra, ordenando el pago del diezmo de los comestibles. Pero se corrompieron, por cuanto, llevados de la avaricia, exigieron el diezmo hasta de las cosas insignificantes; y, olvidados de su misión, no les dieron a sus subordinados las cosas de Dios, más grandes que todas las riquezas de la tierra. Es decir, vendieron lo santo por un puñado de lentejas; vinieron a prevaricar hollando la santidad de que eran representantes y haciéndose reos de repugnantes codicias. Es la avaricia mal gravísimo para el sacerdote.

e) v. 25.—*¡Ay de vosotros!..., que limpiáis lo de fuera del vaso...*—Nos enseña Jesús con estas palabras que trabajemos para ser justos, no sólo parecerlo: porque el que trabaja para parecer justo, éste es el que limpia por de fuera el vaso; y el que procura que sea limpio su interior, pensamientos y conciencia, es consiguiente que sea también limpio según lo que de fuera aparece. Y todos los falsos maestros son como vasos limpios de fuera, en cuanto simulan religión, o ciencia, pero interiormente están llenos de rapiña, porque roban a Dios las almas de aquellos a quienes pervierten con sus doctrinas.

f) v. 29.—*¡Ay de vosotros!..., que edificáis los sepulcros de los profetas...*—Si juntamente con las obras buenas levanta el hombre edificios santos, añade bien al bien; pero si lo hace sin hacer buenas obras, no es ello sino pasión de vanagloria. Porque no se alegran los mártires y santos cuando se les honra con los dineros, por cuya carencia los pobres lloran, dice el Crisóstomo. Esto nos enseña que el bien fundamental es el bien personal, la virtud legítima, no las buenas obras de simple carácter externo. Y nos

enseña con cuánta prudencia debemos invertir nuestros caudales en el bien, que también en ello hay jerarquías. Antes que la suntuosidad está la caridad.

g) v. 33. — *¡Serpientes! ¡Raza de víboras!*... — Tal vez no se halle en todo el Evangelio un apóstrofe tan terrible como el que se encierra en estas palabras. Cara a cara, con santa indignación, delante del pueblo, Jesús lanza contra los hipócritas santones de Israel estas frases formidables. Es que para Dios no hay nada más aborrecible que vestirse de la justicia para cometer a mansalva la injusticia. Ni le duele nada tanto como el que se trueque el oficio sacerdotal, que es sagrado en sí y que debe ser obrador de santidad en el mundo, en ministerio de maldad. Son los tales serpientes dignos descendientes de la vieja serpiente que en el paraíso corrompió la obra de Dios; raza de víboras que dejan su ponzoña donde muerden. No podrán escapar del juicio de Dios y del infierno, porque Dios es especial vengador de los agravios que se hacen a los ministerios sagrados y a las cosas santas que ha puesto en el mundo para que el mundo se acerque a El.

168. — TERCERA PARTE: AMENAZAS DE JESUS LA RUINA DE JERUSALEN: Mt. 23, 34-39

Evangelio de la Misa de San Esteban Protomártir

³⁴ Por esto, he aquí que yo envío a vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mataréis a unos, crucificaréis a otros, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad: ³⁵ para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar. ³⁶ En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generación.

³⁷ ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a aquellos que a ti son enviados, ¿cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste? ³⁸ He aquí que os quedará desierta vuestra casa. ³⁹ Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Explicación. — Jesús ha indicado en la primera parte cuáles sean los fariseos; en la segunda, ha fulminado contra ellos sus anatemas; en esta última profiere tres profecías: la futura conducta de los fariseos con los enviados de Jesús (34-36); la ruina de Jerusalén (37.38); se indica la conversión de algunos judíos (v. 29).

AMENAZAS DE JESÚS (34-36). — Ha dicho el Señor a los fariseos que nadie les librará del juicio que les acarrearán el infierno: *Por*

esto, para que llegue al colmo vuestra iniquidad, y sea más justificada aún mi condenación, *he aquí que yo envío*, vendrá un día en que enviaré, *a vosotros profetas, y sabios, y doctores*: enviar profetas es propio de Dios; Jesús indica aquí su naturaleza divina; los distintos nombres de los enviados de Jesús indican las distintas funciones de sus discípulos en cuanto recibirán diversas gracias del Espíritu Santo, unos dirán los oráculos divinos, otros interpretarán, otros enseñarán (cf. 1 Cor. 12, 28 sigs.; Eph. 4, 11).

Jesús enviará a sus legados; pero los judíos los matarán: *Y de ellos mataréis a unos, crucificaréis a otros, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad*. Todo ello se realizó en los primeros tiempos del cristianismo, como se lee en los escritos apostólicos (Act. 5, 40.41; 7, 54 sigs.; 12, 1; 13, 45; 2 Cor. 11, 24; Gal. 4, 29, etc.). Ello será causa de las sanciones tremendas con que castigará Jesús sus crímenes: *Para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra*: la sangre derramada y no absorbida aún por la tierra, no borrada, clama venganza contra el que la derramó, porque es como la manifestación y continuación del crimen (cf. Job. 16, 19; Ez. 24, 7). Ellos tienen sobre sus cabezas acumulada toda la sangre de los justos: *Desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar*. De consiguiente, el crimen que Jesús condena es un verdadero crimen de raza, un pecado nacional; hasta en el orden histórico tienen las culpas de tradición sus sanciones, mayormente si los hijos han seguido las pisadas de sus antepasados; todos los crímenes de la raza judía pesarán sobre la generación actual, porque ha llegado la hora de la divina venganza: *En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generación*.

LA RUINA DE JERUSALÉN (37.38). — En este momento, Jesús aparta su consideración del crimen de los judíos para dirigir un sentidísimo apóstrofe a la ciudad de «*¡*tan querida tan privilegiada de parte de Dios, y que va a ser víctima, como capital de la nación, del gran pecado de la raza: *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a aquellos que a ti son enviadós*: duplica el nombre de la ciudad, en señal de tierno amor y compasión; habla en presente, para significar un hábito en la conducta de Jerusalén con los profetas. Y en imagen bellísima, concreta Jesús sus esfuerzos reiterados en pro de la ciudad: *¿Cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste?*

He aquí, añade Jesús, como si tuviese ante sus ojos el tremendo espectáculo, *que os quedará desierta vuestra casa*. La casa es la ciudad: casa comunal de todo el pueblo judío, que socialmente será castigado con la destrucción de la metrópoli gloriosa.

Auncia, por fin, el Señor el término de su misión, que es inminente: es el martes de la semana de la Pascua judía; el viernes morirá en cruz, a manos de aquel pueblo: *Porque os digo que desde ahora*, cuando por mi muerte desaparezca de entre vosotros, *no me veréis*. Con todo, deja un portillo abierto a la esperanza: muchos judíos le verán, en el decurso de la historia, principalmente al fin del mundo (Rom. 11, 25 sigs.), haciendo para con ellos los oficios de Salvador, a condición de que lo reconozcan como Mesías, enviado de Dios: *Hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor*.

Lecciones morales.—A) v. 34.—*He aquí que yo envío a vosotros profetas...*—Jamás faltaron en la Iglesia de Jesucristo hombres llenos del Espíritu Santo, que ejercieran, sobre todas las generaciones, los múltiples ministerios que para la edificación del cuerpo místico de Cristo se requieren, según la multiforme gracia de Dios. Quizá sea ello una de las notas específicas de nuestra religión santísima, y es desde luego una señal de la especialísima providencia de Dios sobre la vida de la Iglesia. Por desgracia, no siempre los heraldos de Cristo son tenidos en el honor debido, antes sufren crueles persecuciones. Hagamos nosotros cuanto podamos para que sea fecunda su misión.

B) v. 35.—*Para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente...*—Dios es el vengador acérrimo de toda injuria que a sus enviados se hace. Quien toca a sus enviados, toca la pupila de sus ojos (Zach. 2, 8); y no se puede tocar malignamente a Jesús, el Enviado por antonomasia, sin que este contacto acarree tremendas sanciones; como no se le puede tocar con fe y con amor, sin que de él deriven torrentes de bendiciones. Por esto debe horrorizarnos siempre todo crimen cometido contra la religión, templos, personas, funciones sagradas; si estos crímenes son de carácter social, jamás Dios los deja impunes, ya en esta vida.

C) v. 37.—*¡Jerusalén! ¡Jerusalén!...*—La suerte de Jerusalén estaba echada; Jesús no debía perdonarla; vendrá sobre la ciudad, que pronto será deícida, el castigo más terrible que la historia registra. Para nosotros no es así. Crímenes horribles se han cometido contra El, en el orden personal y social. Blasfemias que no cesan, profanaciones, sacrilegios, injurias a su verdad, desprecio de su santidad: ¡Y El extiende aún sobre nosotros sus alas, como la gallina, para que los milanos del infierno no nos destruyan, desencadenando sobre nosotros sus furias! Acojámanos a la misericordia de Jesús y a la sombra de sus alas.

D) v. 38.—*Os quedará desierta vuestra casa.*—Retirárá Dios su protección, y vendrá la ruina total. Es, dice el Crisóstomo, la

imagen de lo que en nosotros sucede cuando nos abandona, porque le expulsamos, el Espíritu de Dios. Así como cuando el alma deja al cuerpo, se enfía éste y luego se resuelve por la putrefacción, así nuestro templo espiritual, cuando queda vacío de Dios, empieza por enfriarse, viene la discordia interior y la indisciplina de las pasiones. hasta que se consuma su completa ruina.

e) v. 39.—*No me veréis, hasta que digáis...*—Después de los terribles anatemas que ha pronunciado Jesús contra sus enemigos, en que les ha hecho ver sus crímenes enormes y les ha enseñado abiertas las fauces del infierno, que se los tragarán sin remedio, aún abre sus brazos para esperar a quienes se arrepientan. Es la eterna política de Dios en su trato con el hombre: Hasta «cuando se aña no se olvida de la misericordia» (Hab. 3, 2). Toda la historia de la revelación podríamos compendiarla en estas dos palabras: miseria del hombre y misericordia de Dios.

169.—EL OBOLO DE LA VIUDA: Mc. 12, 41-44

(Lc. 21, 1-4)

⁴¹ Y estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, contemplaba cómo echaban las gentes el dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. ⁴² Y vino una pobre viuda, y echó dos pequeñas piezas ¹de cobre, del valor de un cuadrante: ⁴³ y llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda que todos los que echaron en el arca. ⁴⁴ Porque todos ¹éstos han echado, ¹en ofrenda a Dios, de aquello que les sobraba: mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, ¹de lo que ella había menester, todo su sustento.

Explicación.—El discurso anterior lo había pronunciado Jesús probablemente en el atrio de la mujeres, así llamado no porque sólo las mujeres podían entrar en él, sino porque no podían pasar de allí; denominación equivalente tenía el atrio de los gentiles. En el de las mujeres había un lugar llamado gazofilacio, o lugar del tesoro, y en él estaban dispuestas trece arquillas o troncos en que se recibían las ofrendas en metálico destinadas al Templo; tenían las bocas, por donde se echaban las monedas, dilatadas en forma de pabellón de trompeta, y con este nombre se las llamaba; como también se las denominaba «gazofilacio», del destino que tenían y del lugar en que se hallaban (v. 41). De una pequeña escena que en el gazofilacio ocurre, saca Jesús bellísima lección, que contrasta con los anatemas que acaba de pronunciar contra los fariseos.

Y estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, o gazofilacio, contemplaba cómo echaban las gentes el dinero en el

arca. Había enorme concurrencia en el templo, por razón de los días pascuales, y eran numerosos los donantes, venidos de toda la región. *Y muchos ricos echaban mucho*, sin duda con ostentación vanidosa (cf. Mt. 6, 2). Los ricos eran muchos y daban mucho; viene ahora el contraste: *Y vino una pobre viuda, sola, viuda y pobre, tres calamidades para una mujer, y echó dos pequeñas piezas de cobre, del valor de un cuadrante*: era la moneda griega más pequeña en circulación entre los judíos; el valor de las dos importaba poco más de un céntimo (1,35 céntimos).

Pudo parecerles a los concurrentes, y más a los ricos, cosa despreciable la ofrenda de la viuda. No así a Jesús, que saca de ello una elocuente lección: *Y llamando a sus discípulos*, como cosa importante que era la que iba a enseñarles, *les dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda que todos los que echaron en el arca*, se entiende relativamente, como aparece de la explicación que da Jesús de su paradoja: *Porque todos éstos han echado, en ofrenda a Dios, de aquello que les sobraba: mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, de lo que ella había menester, todo su sustento*. No mira, pues, Jesús, lo que se da, sino de lo que se da y cómo se da. Y en esto aparece otra vez la naturaleza del reino mesiánico: nadie hizo caso de la pobre viuda, tendrían muchas palabras de admiración para la generosidad de los ricos; sólo Jesús se fija en la caritativa mujer para concretar en su ejemplo una profunda lección de humildad y caridad.

Lecciones morales.—A) v. 41.—*Jesús... contemplaba cómo echaban las gentes el dinero en el arca...*—Dios fiscaliza hasta nuestras acciones buenas, alabando y premiando lo que ellas tienen de bueno o mejor, reprobando lo que pudiera adherírseles del polvo de la defectuosa intención, de la elevación del motivo, de la largueza del don en este caso, etc. Sentado ante nosotros deberíamos representarnos a Jesús, mirando cómo echamos en el gazo-filicio o tesoro de nuestras buenas obras las que ejecutamos a medida que vivimos: la presencia de Jesús ante nosotros sería estímulo para que diéramos cuanto podamos y del máximo valor intrínseco que podamos.

B) v. 41.—*Y muchos ricos echaban mucho.*—Si echaban mucho y bien, de gran valor eran sus ofrendas; si echaban mucho con intención vana, ésta neutralizaba, si no es que la hacía mala, el valor de la obra buena. Debemos entender esto, no sólo de las limosnas u ofrendas que podamos brindar a Dios o a su culto o a sus pobres, sino de toda acción, pues todas las acciones son parte de las riquezas que nos haya dado Dios en el orden total de la vida. Así, dice San Jerónimo, son los ricos los que del tesoro de su corazón sacan las riquezas nuevas y antiguas, que son las verdades del nuevo y viejo Testamento: yo, sigue el santo, soy la

pobre viuda que os doy todo lo que puedo de mi pobre ciencia, porque mira Dios, no lo que se da, sino de lo que se da y cómo se da.

c) v. 43.—*Más echó esta pobre viuda que todos...*—No pesa Dios el oro, dice San Beda, sino la conciencia. Y la conciencia de esta pobre viuda debió quedar llena de la bendición de Dios, al caer de las dadivosas manos el único recurso que tenía para su sostén. Poco era para vivir cantidad tan insignificantes, pero el texto griego llama a estas dos monedas de la viuda «su vida». Hay una equivalencia entre lo que tenemos para vivir y nuestra vida, porque vivimos de lo que tenemos para nutrirlo. ¿Qué más podía dar la pobre viuda, cuando dio lo único que tenía para vivir? ¿No merecía esta acción tener por panegirista al mismo Hijo de Dios?

d) v. 44.—*Todos éstos han echado... de aquello que les sobra...*—De lo que nos sobra damos a Dios, de quien nos viene no sólo lo sobrante, sino lo que necesitamos para vivir. Y ¡ojalá que le diéramos de lo que nos sobra! Los templos, el culto, los pobres, las obras sociales, la prensa católica, todo tendría vida pletórica si los católicos dieran no más que un poco de lo que sobra. Pero somos egoístas: y preferimos echar lo que nos sobra en nuestro gazofilacio, en nuestras gavetas, aumentando nuestra posesión, en forma de haciendas, alhajas, valores cotizables, vestidos y muebles suntuosos, espectáculos profanos, etc., antes que echarlo en el gazofilacio de Dios y de sus pobres. ¡Hay muchos más ricos fariseos que pobres viudas entre los discípulos de Cristo pobre!

e) v. 44.—*Echó todo lo que tenía, todo su sustento.*—Jesús, en frase ponderativa, describe el gran desprendimiento de aquella pobre mujer. Ha dado aquello sin lo cual no puede vivir: es decir, ha dado algo equivalente a su propia vida. Pero lo ha dado por Dios. Es un acto sublime del culto que la criatura debe a su Dios; para sí y en protesta del supremo dominio de Dios, algo que necesita para sí. ¡Feliz mujer, dentro su miseria! Dios recompensará esta pobre dádiva con grandes dones: el perdón de sus pecados, el amor de Dios, la protección del cielo, la vida eterna.

170. — UNOS GENTILES DESEAN VER A JESUS. DISCURSO DEL SEÑOR: IOH. 12, 20-36

Evangelio de la Exaltación de la Santa Cruz (vv. 31-36) del sábado de Pasión (vv. 10-36, vide núm. 156-157) y del Común de Mártires (vv. 24-26)

²⁰Y había allí algunos gentiles de aquellos que habían subido a adorar en el día de la fiesta. ²¹Estos, pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. ²²Vino Felipe, y lo dijo a Andrés: y Andrés y Felipe lo dijeron a Jesús.

²³Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. ²⁴En verdad, en verdad os digo,

que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda; mas si muere, mucho fruto produce. ²⁵ Quien ama su alma, la perderá: y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda. ²⁶ Si alguno me sirve, sígame: y en donde yo estoy, allí también estará mi servidor. Y si alguno me sirviere le honrará mi Padre.

²⁷ Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas, por eso he venido a esta hora. ²⁸ Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo, que dijo: Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré. ²⁹ Las gentes que estaban allí, cuando oyeron la voz, decían que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. ³⁰ Respondió Jesús, y dijo: No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros. ³¹ Ahora es el juicio del mundo: ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. ³² Y si yo fuere alzado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo.

³³ Y decía esto, para mostrar de qué muerte había de morir. ³⁴ Y la gente le respondió: Nosotros sabemos por la ley que el Cristo permanece para siempre. Pues, ¿cómo dices tú: Conviene que sea levantado en alto el Hijo del hombre? ¿Quién es este Hijo del hombre? ³⁵ Jesús les dijo: Aun por un poco de tiempo la luz está con vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: que quien anda en tinieblas, no sabe adónde va. ³⁶ Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz. Esto dijo Jesús: y se fue, y se escondió de ellos.

Explicación.— Sólo San Juan narra este episodio, el último del ministerio público de Jesús. Ocurre el mismo martes: después de este hecho y el discurso que le sigue, Jesús saldrá del templo para no volver más a él. Dejará la ciudad para regresar dos días después, para celebrar la Cena pascual, con los hechos que le siguieron.

PETICIÓN DE UNOS PROSÉLITOS PAGANOS (20-22).— *Y había allí, en el Templo, probablemente en el atrio de los gentiles, que atravesaría Jesús al querer salir del Templo, algunos gentiles de aquellos que habían subido a adorar en el día de la fiesta.* Por lo mismo, habían subido a adorar al Dios verdadero, y ofrecerle los sacrificios especiales que se consentían a los gentiles y que no importaban comunión con el pueblo de Dios. Los armenios creen que eran enviados de Abgar, rey de Edesa; pero no es ello probable, por más que críticos de nota hayan concedido valor histórico a las cartas que envió dicho rey a Jesús: si hubiesen sido enviados de aquel rey, no lo hubiese callado el Evangelista, tan minucioso en este pequeño relato. Más probable es que se tratara de prosélitos.

Estos, pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Gali-

lea: se llegan a Felipe porque sería el primero que encontraron, no pudiéndose atribuir a una razón especial: *Y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús*: le piden les sirva de intermediario para presentarles a Jesús y rendirle sus homenajes. *Vino Felipe, y lo dijo a Andrés*, por ser el más antiguo de los discípulos, o el más familiar de Jesús y como el mayor de todos: *Y Andrés y Felipe lo dijeron a Jesús*. Esta minuciosidad de detalle es prueba indudable de la autenticidad e historicidad del cuarto Evangelio. No consta del Evangelio si lograron los gentiles su objeto. Ello fue causa del siguiente

DISCURSO DE JESÚS: ANUNCIA SU MUERTE (23-26).— La presencia de aquellos paganos evoca en el alma de Jesús el pensamiento de su misión universal: la defección de los judíos no será obstáculo a la glorificación del Señor; solicitado el Evangelista por la importancia de las ideas que emite Jesús en aquel momento, no habla ya más de los gentiles que le pidieron audiencia: *Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre*: es la hora de su muerte, condición y comienzo de su gloria (Lc. 24, 26): los milagros en ella ocurridos fueron magnífico testimonio de la divinidad de Jesús; a más, ella es el gaje de la salvación y santificación del mundo; ella es el punto inicial de la predicación del nombre de Jesús a las naciones.

Pero antes de la glorificación es preciso pasar por la tortura y la humillación; lo que propone Jesús con un símil, exacto y profundo: *En verdad, en verdad os digo, fórmula de aserción solemne, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda: mas si muere, mucho fruto produce*: el grano de trigo que no se esconde en el seno de la tierra y no se corrompe, no da fruto; de un solo grano que se siembra nace lozana espiga, con muchos granos. Jesús es el grano que ha de morir y ser sepultado; sin que haga presa en él la corrupción, su muerte será germen fecundo de vida, para él y para los que crean en él; toda la vida sobrenatural de los hombres, toda la gloria que en el cielo disfrutan, de la muerte de Jesús arranca.

De la muerte que va a sufrir, pasa Jesús a la mortificación, y si es preciso, a la misma muerte de sus discípulos: quien quiera participar de su gloria, debe ser partícipe de su pasión; quien quiere la vida eterna, no debe temer la muerte temporal: *Quien ama su alma, la perderá: y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda*. Este seguimiento de Jesús, hasta la muerte si él la reclamare, es condición indispensable en aquellos

que se ponen a su servicio: *Si alguno me sirve, sígame*, imíteme; no podrá servirme debidamente quien no pueda seguir mis pisadas. En cambio, el premio será, en la proporción debida, el mismo que él goza: *Y en donde yo estoy, allí también estará mi servidor*: él está en el cielo (Ioh. 3, 13), en el seno del Padre (Ioh. 1, 18); allí gozará, quien le siga, de su compañía inefable. El mismo Padre de Jesús, que es el que da el reino celestial (Lc. 12, 32), honrará a los que siguieren a su Hijo, dándoles la gloria bienaventurada: *Y si alguno me serviere, le honrará mi Padre*.

TURBACIÓN Y GLORIFICACIÓN DE JESÚS (27-32).—La aprehensión de la muerte dolorosísima y llena de afrenta que le aguardaba había ya turbado el alma de Jesús en otras ocasiones (Lc. 12, 50; Ioh. 11, 33.38); dentro de dos días la acongojará en Getsemaní en forma terrible e insólita. También en este momento, en que habla de ella y la ve cercana, se turba el alma santísima de Cristo, y dice: *Ahora mi alma está turbada*: es la pasión del temor sensible y de la tristeza que, sin perturbar la razón, antes con pleno conocimiento y voluntad, invaden el alma en su parte emocional. *Y ¿qué diré?*, exclama Jesús, ¿qué socorro invocaré?, como suelen hacerlo los que se hallan en inminente peligro de morir. La respuesta es análoga a la de Getsemaní: *Padre, sálvame de esta hora*, librame de la muerte, pasa de mí este cáliz: es la voz de la pasión. Pero se sobrepone en seguida la parte superior del espíritu, y dice, a semejanza de lo que dirá en el huerto: *Mas, por eso*, para sufrir pasión y morir, he venido con voluntad deliberada *a esta hora*, aceptando la que me tienes señalada. Y añade esta breve plegaria, que ya no es hija del temor, sino de la razón y de la libertad: *Padre, glorifica tu nombre*: aunque yo sé que para que sea glorificado he de sufrir tormentos y muerte; de ellos depende la redención, la predicación del Evangelio, la institución del Reino de Dios en el mundo.

Entonces ocurrió un suceso maravilloso: *vino una voz del cielo, que dijo: Ya lo he glorificado, mi nombre, y otra vez lo glorificaré*. Es la voz del Padre, que, como se dejó oír a orillas del Jordán, cuando el bautismo de Jesús, al inaugurar su ministerio público, así se deja oír ahora, cuando está para terminarlo. Se dice voz del cielo, porque se oyó en la región superior del aire. La voz «dijo», y por lo mismo fue una locución clara de un concepto: el de la glorificación del nombre del Padre, que ya había tenido lugar por la predicación y milagros de Jesús, y principalmente por su santísima vida, y que se renovará en los misterios posteriores de

su vida, su resurrección y ascensión, la misión del Espíritu Santo y la predicación del Evangelio en todo el mundo, con toda la gloria que consigo lleva en la historia.

Pero *las gentes que estaban allí*, muchas de ellas distraídas, ocupadas en otros negocios, en medio del murmullo confuso de las multitudes, *cuando oyeron la voz, decían que había sido un trueno*, tan recia fue la voz, aunque no percibieron sino un ruido confuso. *Otros*, que habían oído distintamente las palabras, *decían: Un ángel le ha hablado*, como solían los ángeles hablar a los profetas en el Antiguo Testamento (Gen. 16, 9; 21, 17; 22, 11; Núms. 22, 32; Iud. 2, 1, etc.). A éstos, que habían entendido los conceptos expresados por la voz, *respondió Jesús, y dijo: No ha venido esta voz por mí*, para decirme lo que yo ya sabía en virtud de mis relaciones con el Padre, *sino por vosotros*, para que no podáis negaros a creer en mí en virtud de este testimonio del cielo.

Explicado el sentido de esta voz milagrosa, Jesús se para un momento en la visión de la trascendencia de aquella hora: *Ahora*, dice con énfasis que revela la próxima repetición del mismo adverbio, *es el juicio del mundo*, la crisis del mal, por decirlo así: porque es la hora de mi victoria sobre el mundo; porque lo es de mi victoria sobre Satanás, cuyo espíritu informa al mundo: *Ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo* (Gen. 3, 15; Rom. 16, 20; Col. 2, 15; Hebr. 2, 14); lo será por derecho en la hora de mi muerte; de hecho, lo será en la perduración de los siglos. A esta victoria sobre el espíritu infernal, seguirá el levantamiento triunfal de todas las cosas con el propio levantamiento de Jesús: *Y si yo fuere alzado sobre la tierra*, cuando seré clavado en la cruz y alzado en ella, *todo lo atraeré a mí mismo*: hombres, instituciones, leyes, costumbres, todo lo atraerá Jesús hacia sí, como él es atraído por el Padre (Ioh. 6, 44); así todo será acercado a Dios, de cuyas alturas había todo caído.

RESPONDE JESÚS A UNA OBJECIÓN DE LAS TURBAS (33-36).—Jesús se había referido claramente al género de muerte que le aguardaba; el Evangelista, probable testigo de la conversación de Jesús con Nicodemo, en que había hecho el Señor alusión análoga (Ioh. 3, 14), interpreta el pensamiento del Maestro, añadiendo a sus palabras esta explicación personal: *Y decía esto, para mostrar de qué muerte había de morir*. Pero las turbas, imbuidas del prejuicio de que el reino de David había de perdurar para siempre, no conciben cómo Jesús, que se predica a sí mismo Hijo del hombre y Mesías, contradiga el testimonio de las Escrituras, que hablan de

una duración indefinida del futuro reino mesiánico: *Y la gente le respondió: Nosotros sabemos por la ley*, leída en los oficios sabáticos de la sinagoga, *que el Cristo permanece para siempre* (cf. 2 Reg. 7, 16; Ps. 109, 4; Ier. 33, 17, etc.): *Pues, ¿cómo dices tú: Conviene que sea levantado en alto el Hijo del hombre*, lo cual supone que dejarás la tierra? *¿Quién es este Hijo del hombre*, expresión maligna y desdeñosa? *¿Qué viene a ser este Mesías que tú predicas contra la ley?* *Jesús*, que no suele responder directamente a esta especie de preguntas, sino que da a la respuesta un giro moral, más provechoso a los oyentes, *les dijo: Aún por un poco de tiempo la luz está con vosotros*: alude a sí mismo, que es la Luz por antonomasia (Ioh. 3, 19; 8, 12), y a la de sus legados, que estarán entre ellos predicando por algún tiempo. Les exhorta a que aprovechen este escaso tiempo de luz que les resta para ir a Dios, creyendo en su Mesías: *Caminad mientras tenéis luz*. Si se apaga la luz, vienen las tinieblas, que cierran el paso a todo camino; si no la aprovechan, no tendrán ya lugar a salvación: *Para que no os sorprendan las tinieblas: que quien anda en tinieblas, no sabe adónde va*. E insiste Jesús en este grave y fundamental pensamiento: *Mientras tenéis luz, creed en la luz*: mientras os hago la gracia de mi presencia y de la de mis legados, aprovechadla, creyendo en mí. Si así lo hacéis, tendréis íntima participación de mi luz, hasta el punto de poderos llamar hijos de la luz: *Para que seáis hijos de la luz*. La fe es luz (2 Cor. 4, 6); quien vive según la fe anda por camino de luz, es semejante a la Luz, Jesús, y gozará en su luz la bienaventuranza de la luz eterna.

Y con este pensamiento tan profundo, tan «cristiano», si así puede decirse, termina Jesús su ministerio público: *Esto dijo Jesús: y se fue*, como todos aquellos días, a Betania, por la noche (Mt. 21, 17; Mc. 11, 11), que pasaba también en el Monte de los Olivos, probablemente orando (Lc. 21, 37): *Y se escondió de ellos*. El epílogo que se comenta en el siguiente número es un sumario de la predicación de Jesús y sus efectos, que formula el Evangelista. Los números siguientes contienen enseñanzas dadas aquel mismo día por Jesús en conversación particular con sus Apóstoles.

Lecciones morales.—A) v. 21.—*Queremos ver a Jesús.*—He aquí, dice San Agustín, que los gentiles quieren ver a Jesús, y los judíos quieren matarlo. Pero también eran judíos los que poco antes decían: «Bendito el que viene en el nombre del Señor.» Unos vienen del prepucio, otros, de la circuncisión, como dos paredes que vienen de partes opuestas y que se juntan en el ósculo de la fe de Cristo. Viene en ello representada la universalidad de la re-

dención, la justicia de Dios, que no es aceptador de personas, y especialmente, la fortísima y dulcísima atracción de la persona y de la palabra de Jesús, imán del mundo, que ha aglutinado a sí a las gentes más diversas por la raza, costumbres, la civilización, las creencias religiosas.

b) v. 24. — *Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda...* — Jesús es la divina semilla que sale de los patriarcas, dice San Beda, y que fue sembrada en el campo de este mundo cuando se encarnó, para que, muriendo, resucitara multiplicado: porque murió solo, resucitó con muchos. Es asimismo, dice San Agustín, el grano que debía morir en el campo de la infidelidad de los judíos, y que debía multiplicarse por la fe de los pueblos gentiles. Pero sepamos que no se multiplicará en nosotros Jesús, ni resucitaremos con Él de una manera necesaria y automática: porque Jesús se multiplica en nosotros cuando nosotros voluntariamente nos adherimos a Él. Ni resucitarán con Él sino los que voluntariamente se han hecho de Él, por la fe y por el amor. Caben aquí las palabras de Santo Tomás, aplicadas a la Comunión eucarística: «El cuerpo de Cristo aumenta cuando se le come», porque la Santa Eucaristía es la aplicación personal de la redención y el medio más eficaz de que se multipliquen en nosotros sus frutos.

c) v. 25. — *Quien ama su alma, la perderá...* — Nada debe haber tan querido para el hombre como la propia alma: el profeta la llama «su única» (Ps. 21, 21; 34, 17). Desde el punto de vista de nuestro ser, el alma es el asiento de las facultades específicas del hombre: la racionalidad y la voluntad; bajo el aspecto moral, el alma es el hombre, buena o mala, hace al hombre bueno o malo; si atendemos a nuestro fin, todo él se reduce a salvar el alma: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Mt. 16, 26). Pero, ¡ay del que ama su alma indebidamente!, es decir, haciendo de ella la regla y el fin de su vida. La perderá, malogrará sus destinos, hasta el punto de que mejor le fuera no haber nacido; porque Dios quiso que poseyéramos nuestra alma a condición de que no la sustrajéramos a su ley: y que la amáramos en forma de que subordináramos el alma a la ley y al amor de Dios. Si queremos no perderla, pongámosla en las manos de Dios, que nos la dio.

d) v. 27. — *Ahora mi alma está turbada.* — Cuando se acerca la hora de la cruz, tórbase Jesús, demostrando que es hombre pasible, porque a la naturaleza repugna morir, y está apegada a la presente vida, dice el Crisóstomo. Con ello demuestra que no estaba sin pasiones, porque como no es pecado el tener hambre, así tampoco lo es apetecer la vida. Jesucristo estaba libre de pecado, pero no quiso librarse de las humanas necesidades. En lo que, dice San Agustín, debemos admirar la misericordia del Señor, quien al sufrir esta turbación por voluntad de caridad, consuela y libra de la desesperación a aquellos que con tanta frecuencia y por tantos motivos sienten turbación. Turbóse a sí mismo. El, que es nuestra cabeza, para recibir y sustentar en sí todos los afectos de nosotros sus miembros.

E) v. 28.—*Lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré.*—Dios es el glorioso por esencia y comunica su gloria a quien quiere. Se la comunicó a su hijo Jesús, en el Jordán, en el labor y sobre todo en la resurrección y ascensión; y más que todo en esta gloria, que supera toda gloria de pura criatura y de las criaturas juntas y que constituye «Key de la gloria, Jesucristo», como canta la Iglesia en el «Gloria» de la misa. Pero nosotros, miembros de Jesucristo, también seremos glorificados, hechos partícipes y herederos y compañeros de su gloria: seremos «conglorificados», dice el Apostol (Rom. 8, 17). La gloria es el fin del nombre; Dios nos glorificara comunicándonos una fuerza especial de orden intelectual y sobrenatural, el «lumen gloriae», para que le podamos ver como es; y de aquí resultará el gozo que nos hará gloriosos y que redundará hasta en nuestra pobre carne mortal. La realidad de la glorificación de Jesús es gaje de nuestra futura glorificación.

F) v. 35.—*Caminaad mientras tenéis luz...*—Estas palabras, dice el Crisóstomo, deben entenderse dichas a aquellos que las oyeron y a los de los tiempos posteriores a ellos. Y deben entenderse, podemos añadir, no sólo de los que son llamados a entrar en la región de la luz, que es Cristo, sino a los que, por dicha nuestra, hemos sido iluminados por el Cristo. Porque, cierto que somos hijos de la luz, que queremos la luz, que nos gloriamos de seguir la ruta luminosa que nos traza Jesús; pero, ¿cuántas veces hemos obrado como hijos de las tinieblas? ¿Cuántas, quizá, nos habremos sumado a los hijos de las tinieblas? Tenemos todavía un poco de luz: es el tiempo que nos tiene Dios destinado para la presente vida; moriremos; será la noche de la vida; ¡ay de nosotros si nos coge la noche sin la luz de la fe y de las obras! ¡Felices nosotros si la luz del Cristo nos ilumina en aquella hora!: tendremos un día eterno y luminosísimo de gloria.

G) v. 36.—*Mientras tenéis luz, creed en la luz...*—Mientras tenéis algo de luz de la verdad, dice San Agustín, creed en la verdad, para que podáis resurgir a la verdad. Es la verdad como el fuego y la luz: hay esperanza de reanimarlos mientras queda una centella o una chispa; si se acaba, no hay manera de hacerlos revivir. La pérdida total de la fe es la mayor desgracia del hombre; porque no hay medio en lo humano de avivar su llama y poner otra vez al alma desgraciada en el camino de Dios. Pidamos a Dios que no consienta se pierda en nosotros esta centella de vida divina, germen de todo lo divino que puede haber en nosotros, y que nos la mantenga hasta que, en el cielo, sea sustituida por la misma claridad de Dios.

171.—EPILOGO DEL MINISTERIO PÚBLICO DE JESUS: Ioh. 12, 37-50

³⁷ Mas, aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros, no creían en él: ³⁸ para que se cumpliese la palabra que dijo el profeta Isaías: Señor, ¿quién creyó lo que oyó de nosotros? Y ¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor? ³⁹ Por esto no podían

creer, porque también dijo Isaías: ⁴⁰ Les cegó los ojos, y les endureció el corazón: para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, y se conviertan, y los sane. ⁴¹ Esto dijo Isaías, cuando vio su gloria, y habló de él. ⁴² Sin embargo, aun muchos de los príncipes creyeron en él: mas por causa de los fariseos no lo manifestaban, por no ser echados de la sinagoga: ⁴³ porque amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

⁴⁴ Y Jesús alzó la voz, y dijo: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me envió. ⁴⁵ Y el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió. ⁴⁶ Yo, que soy la luz, he venido al mundo: para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en tinieblas. ⁴⁷ Y si alguno oyere mis palabras, y no las guardare, no le juzgo yo. Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. ⁴⁸ El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. ⁴⁹ Porque yo no he hablado de mí mismo, más el Padre que me envió, El me dio mandamiento de lo que debo decir, y de lo que he de hablar. ⁵⁰ Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo.

Explicación.— Contiene este fragmento un doble resumen del ministerio público de Jesús: uno que podríamos llamar histórico, que hace por su cuenta el Evangelista, en que acusa a los judíos de ceguera espiritual, de dureza y cobardía (37-43); y otro de carácter doctrinal, en que el mismo Evangelista recopila las enseñanzas más capitales de Jesús (44-50).

RESUMEN HISTÓRICO (37-43).— Antes de que pase Juan a la segunda parte de su Evangelio, que empieza con el capítulo 13 y en la que narra la pasión y muerte y la gloria definitiva de Jesús, se ocupa de los escasos resultados de la predicación del Señor entre los judíos, y explica las causas de ello. Sienta primero el hecho: *Mas, aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros*, supone Juan conocidos ya de sus lectores los narrados por los sinópticos, y añadirá luego que Jesús hizo otros muchos (20, 30), *no creían en él*: no era pequeña dificultad en los primeros tiempos del cristianismo, para lograr adeptos a la fe, el hecho de que hubiesen sacado tan poco fruto de la predicación los mismos que la oyeron. Pasa luego a indicar la causa, resolviendo de paso la dificultad que ello pudiera ser para los simples: era un hecho ya profetizado, que debía cumplirse: *Para que se cumpliese la palabra que dijo el profeta Isaías (53, 1): Señor, ¿quién creyó lo que oyó de nosotros? Y ¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor?*, es decir: ¿quién ha visto en los prodigios obrados por Jesús la intervención directa de la omnipotencia de Dios? Dios había pre-

visto la incredulidad de los judíos; lo que previó, lo comunicó al profeta; la realización del hecho en la historia, lejos de ser un argumento contra la predicación de Jesús, es prueba de su verdad. *Por esto no podían creer*, porque no podía dejar de cumplirse un oráculo divino, fundado en la presciencia que tenía Dios de la voluntaria ceguera de los judíos.

Y añade para corroborarlo otro testimonio de Isaías: *Porque también dijo Isaías (6, 10): Les cegó los ojos y les endureció el corazón: para que no vean con los ojos ni entiendan con el corazón y se conviertan, y los sane.* Ya el mismo Jesús había utilizado el mismo texto para condenar la conducta de aquellos que, a pesar de ser testigos de su predicación y milagros, rehusaban creer (Mt. 13, 14.15): el sentido es que, a pesar de que prevé Dios que la predicación de sus profetas, y de Cristo en este caso, debía servir para endurecer más sus corazones, no deja, con todo, de hacerlo, en lo que no hay más que una sobreabundancia de misericordia; pero el hecho de estas gracias extraordinarias es causa objetiva del endurecimiento y ceguera, aunque la causa moral es la perversa disposición de los oyentes (cf. núm. 62).

Al resumir Juan, con una afirmación solemne, el doble testimonio de Isaías, da un clarísimo argumento de la divinidad de Jesús: *Esto dijo Isaías, cuando vio su gloria, y habló de él.* Las palabras están tomadas del pasaje en que Isaías ve a Yahvé (6, 1 sig.) y su gloria inmensa: refiriendo estas palabras a Jesús, como lo delatan el pronombre «su» y «de él», es claro que el Evangelista identifica a Jesús, el Verbo eterno, con Yahvé.

Con todo, la general ceguera de los judíos tuvo muchas excepciones, y ello quita también fuerza al argumento de quienes se prevalecen de la esterilidad de la predicación de Jesús para restarle adeptos: *Sin embargo, aun muchos de los príncipes creyeron en él.* En efecto, de algunos de los jefes de Israel, consta en el mismo Evangelio, como Nicodemo y José de Arimatea (Ioh. 3, 1; 7, 50; 19, 38). Pero estos hombres de buena voluntad tuvieron frente a ellos a los omnipotentes fariseos, enemigos irreconciliables de Jesús, que llevaron el miedo al corazón de aquellos hombres rectos: *Mas por causa de los fariseos no lo manifestaban, por no ser echados de las sinagogas*, especie de pública excomunión, con consecuencias de orden religioso y social (cf. núm. 117). Este respeto humano fue la causa de su incredulidad, que en algunos de ellos pudo ser definitiva: *Porque amaron más la gloria de los hombres, la reputación, el buen concepto social, que la gracia de Dios, la alabanza con que premia Dios a quienes libremente le confiesan.*

RESUMEN DOCTRINAL (44-50).— Contiene estos versículos una síntesis doctrinal del ministerio de Jesús, que el Evangelista hace por su cuenta: *Y Jesús alzó la voz*, en varias ocasiones, y proclamó solemnemente, y dijo: *Quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me envió*: no cree en un puro hombre, como podría juzgarse por las apariencias, sino que cree en Dios Padre, con quien soy consubstancial y que es quien me envió (Ioh. 5, 36 sig.; 6, 45; 7, 16.28; 10, 30, etc.). Y, para que no se entienda que se trata de un puro legado como los otros profetas, añade: *el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió*, porque tengo la misma naturaleza que el Padre (Ioh. 1, 14.18; 3, 11; 5, 17, etc.).

Concretada la naturaleza y misión de Jesús, Juan pone en boca del mismo la descripción de sus funciones ministeriales: *Yo, que soy la luz, he venido al mundo*: es la luz verdadera que ha venido a iluminar a todo hombre con la luz del cielo, que son las verdades de la fe: es pensamiento caro al cuarto Evangelista (Ioh. 1, 5-9; 8, 12; 12, 35-36, etc.); el objeto de esta iluminación por Cristo es ilustrar y dirigir la vida de los hombres hacia Dios; quien no abre a esta luz los ojos de su pensamiento, no sale de las tinieblas de su ignorancia: *Para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en tinieblas*.

Vienen luego las sanciones para quienes no se dejan iluminar por la fe: *Y si alguno oyere mis palabras, y no las guardare*, no ajustando su vida a mis enseñanzas, *no le juzgo yo*, porque no es ahora, mientras vivo, tiempo de justicia, sino de misericordia (cf. Ioh. 3, 17; 5, 25-27; 8, 15): *Porque no he venido*, en esta mi primera venida, *a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo*. Mas, aunque no ejerza ahora las funciones judiciales, la palabra que ahora pronuncia, la doctrina que enseña, será testimonio irrecusable en el día del juicio contra aquellos que la rechacen o rehúsen practicarla: *El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero*, porque es palabra de Dios, y El mismo vendrá con ella para hacer juicio contra los que no la quisieron recibir.

Da, finalmente, la razón de estas sanciones: quien desprecia mis palabras, desprecia la palabra de Dios: *Porque yo no he hablado de mí mismo*, como puro hombre: *Mas el Padre que me envió, El me dio mandamiento de lo que debo decir, y de lo que he de hablar*: el ultraje hecho a mi palabra va contra el Padre, que me la confió y me mandó la notificara a los hombres (Ioh. 5, 19.20.24.30; 7, 16; 8, 16.28.29.55). No sólo es un crimen de lesa pala-

bra divina el despreciar la de Jesús, sino que acarrea eterna desgracia a quien lo hace: *Y sé que su mandamiento*, la palabra que me ha confiado, *es la vida eterna*: por lo mismo, se excluye voluntariamente de la vida y se condena a muerte eterna el que no la acepta. Termina Jesús reforzando su argumento con el concepto de su absoluta fidelidad al mandato que recibió del Padre: *Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo*, no discrepando ni en las ideas ni en el ámbito de mi misión.

Lecciones morales.—A) v. 37.—*Aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros, no creían en él...*—Más que los judíos han visto los modernos incrédulos, y tampoco creen. Porque es tan irrecusable el testimonio de la historia, para quienes sin prejuicios la leen, como el de los mismos sentidos para quienes pudieron ver los milagros de Jesús. Con todo, por una y otra parte hay incredulidad. Es que el milagro, si es motivo de credibilidad, no es causa necesaria de la fe, la cual supone siempre rectitud de voluntad y la gracia de Dios, que jamás falta. También el procaz novelista Zola vio los milagros de Lourdes, a lo menos tres de ellos, y no sólo no creyó, sino que los desfiguró en la novela que sobre aquéllos inventó. Incredpóle el Dr. Boissierie, médico famoso, por su proceder, y el novelista respondió que era dueño de los personajes de sus novelas, y que jamás creería, aunque viera curarse repentinamente todos los enfermos. No hay ciego peor que el que no quiere ver.

B) v. 40.—*Les endureció el corazón: para que no vean...*—¿Qué culpa tenían, dice San Agustín, si no podían hacer aquello que Dios impedía hiciesen, enviándoles la ceguera de los ojos y el endurecimiento del corazón? La tenían toda, responde, porque si no podían era porque no querían; debía fatalmente realizarse el oráculo de Isafas, pero ello era consiguiente a la resistencia de su voluntad. Si no se hubiesen resistido, el profeta no lo hubiese visto, ni lo hubiese anunciado. También nosotros, dice el Crisóstomo, decimos: «No puedo quererle», tratando de una persona que no nos es grata. No hacemos con ello más que expresar la vehemencia de nuestra voluntad, que nos lleva al odio; pero podemos quererle, porque, como dice San Agustín, nada hay que esté más en nuestra potestad que nuestra propia libertad.

C) v. 43.—*Amaron más las glorias de los hombres que la gloria de Dios.*—La gloria de Dios es aquí la pública confesión de Cristo, dice Alcuino; y la gloria de los hombres es gloriarse en las cosas de los mundanos. No basta creer, como creyeron estos príncipes de los judíos, sino que es preciso confesar la fe con las obras, y no gloriarse en los principios ni en las obras que sean opuestas a la fe. Aunque para ello debemos arrostrar el ser echados de las sinagogas o conventículos de los mundanos, como temieron serlo de las suyas los judíos. No es fe que proceda de la voluntad la que no llega a traducirse en obras; sólo aprovechan en el camino de la fe los que creen y obran.

D) v. 44.—*Quien cree en mí, no cree en mí...*—Como si dijese:

No os desdeñéis de creer en mí porque tenga pobrísima apariencia, Soy hombre, pero soy Dios. Las palabras que como hombre os digo me las dicta Dios, que está en mí, porque soy Dios. Han sido muchos en la duración de la historia los que han considerado depresivo para su pensamiento humillarlo ante el pensamiento de Jesús. Pero si se atiende su legación divina, de la que son magnífica ejecutoria sus milagros, sus profecías, la misma excelsitud de su doctrina, debieran tener a honra altísima, no a confusión, que el Dios infinito se abajara hasta vestir la forma de hombre, hablar como los maestros humanos y proponer la doctrina divina en la forma de las humanas disciplinas. Porque ya no nos inclinamos ante el pensamiento de un puro hombre, sino ante el mismo Dios, de quien es la doctrina de Jesús, como dijo El mismo: «Mi doctrina no mía...» (Ioh. 7, 16). Cristo es Legado del Padre: cuando creemos en El, creemos en el Padre que le envió.

E) v. 45. — *Y el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió.* — Luego, dice el Crisóstomo, ¿diremos que Dios es cuerpo o que tiene cuerpo? No, porque aquí no se trata de la visión de los ojos del cuerpo, sino de los del espíritu. Equivale esta frase de Jesús a: Quien me considera a mí, quien cree en mí, abriendo los ojos de su pensamiento a la luz que de mí viene, considera al Padre, y cree en el Padre y recibe la misma luz del Padre, porque Jesús y el Padre son una misma cosa: (Dios). Debe esta consideración servir de gran consuelo a nuestra alma: ya no es la infinidad de Dios la que nos separa de Dios; tenemos un puente para salvarla: es el Mediador Jesús, que es Hombre-Dios. (El paso de nosotros a Jesús es a nivel, por decirlo así, porque es hombre como nosotros; pero cuando hemos llegado a Jesús hemos llegado a Dios, porque en él se abrazan la naturaleza divina y la humana. Quien ve a Jesús ve al Padre: luego quien pide a Jesús, quien ama a Jesús, quien trabaja por Jesús, quien vive de Jesús y por Jesús, pide, ama, trabaja, vive de Dios y por Dios.)

F) v. 46. — *Yo, que soy la luz, he venido al mundo...* — ¿Quién pudo jamás decir, sin que se le dijera de loco: «Yo, que soy la luz...»? Cristo es la luz; no sólo es luz, porque hay muchos hombres que son luz; sino que es «la Luz», por antonomasia, esencial. Es «Luz de Luz», como decimos en el Credo, Dios verdadero de Dios verdadero; y precisamente es Luz porque es Dios; puesto que sólo «Dios es Luz substancial y en El no hay tinieblas de ninguna clase» (1 Ioh. 1, 5). Y vino al mundo para hacer la función de la luz, que es iluminar y expeler las tinieblas espirituales, en las que estaba sumido todo el mundo. Dejémonos iluminar, totalmente, plenamente, por esta Luz: es condición indispensable para que también nosotros seamos «luz en el Señor» (Eph. 5, 8).

G) v. 50. — *Y sé que su mandamiento es la vida eterna.* — Si el mismo Jesucristo es la vida eterna, dice San Agustín, como El mismo afirma (Ioh. 11, 25; 14, 6), luego El es el mandamiento del Padre. Es decir, que en Jesucristo lo mismo es la vida divina, que la doctrina. Con la vida, que recibió de toda la eternidad como Verbo del Padre, recibió la doctrina, que es substancialmente su misma vida, porque el Verbo es la Doctrina del Padre, Y vino al

mundo para comunicarnos esta vida, y para ello empezó a comunicarnos su doctrina. Esta es toda la teoría de la fe: es la doctrina de Dios que nos viene por Jesús, Doctrina de Dios, y que tiene por fin llevarnos a la vida eterna por el conocimiento de Dios y de su Cristo. Es lo que decía Jesús en otra ocasión: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti y a quien enviaste, Jesucristo» (Ioh. 17, 3).

DISCURSO ESCATOLOGICO DE JESUS: Mt. cc. 24.25
Mc. c. 13; Lc. 21, 5-36: GENERALIDADES

Después del episodio del óbolo de la viuda, y saliendo ya probablemente del Templo para no volver más a él, los discípulos dirigen al Señor unas palabras para llamar su atención sobre la magnífica mole del templo herodiano. Jesús contesta afirmando solemnemente la destrucción de aquella maravillosa obra: Fíjase la respuesta del Maestro en la mente de los discípulos; atraviesan todos la ciudad y el torrente Cedrón, ascienden por la ladera del Monte de los Olivos, camino de Betania, como solían aquellos días, cuando al llegar a un punto en que se domina la ciudad y el Templo, siéntase Jesús, mientras sus discípulos aprovechan la oportunidad para escudriñar su pensamiento sobre la gran catástrofe que ha anunciado. Entonces es cuando Jesús pronuncia el importantísimo discurso que vamos a comentar, el último de su vida, y que porque contiene la «última palabra» o la predicción de los «últimos hechos», se llama «escatológico».

Sólo los tres sinópticos lo reproducen. Por ello se llama también «Apocalipsis sinóptica» a este discurso, o «visión que narran los sinópticos».

Abarca el discurso los capítulos, íntegros, 24 y 25 de Mateo; el 13, también íntegro, de Marcos; y del 21 de Lucas, los vv. 5-36.

De los discursos de Jesús, quizá sea éste el que ha dado lugar a mayor número de objeciones por parte de la crítica racionalista, y tal vez el que, en el mismo campo de la exégesis católica, ha traído más divididos a los autores, en lo que atañe a la delimitación y objeto de las profecías que en él se contienen y a la división ideológica del mismo. Son materias completamente opinables, se entiende dentro del ámbito en que se mueve la interpretación tradicional, y es lícito opinar en ello, mientras no defina la Iglesia y no se deje seguro camino de la tradición, según la estimación personal del comentarista.

Una tesis podemos sentar, inconclusa en su primera parte, y que prevalece hoy en su parte segunda entre los exégetas católi-

cos: y es que Jesús pronunció en este discurso una serie de oráculos relativos a la destrucción de la ciudad y del Templo de Jerusalén, a su segundo advenimiento y al fin del mundo; pero que, teniendo el discurso una finalidad moral inmediata, que era el mantener en continua vigilancia a sus discípulos, no quiso revelar el tiempo en que se verificarían estos grandes acontecimientos, dejando en la penumbra la relación concreta entre los signos precursores y el hecho que deberán anunciar, y situando promiscuamente y en un mismo plano, como sucede con frecuencia en la visión profética, hechos y señales que pueden indistintamente referirse a uno o dos sucesos a la vez, o que pueden verificarse en orden distinto del en que están predichos.

Esta es la principal causa de la oscuridad, que explica las diferencias de interpretación entre católicos. La mayor parte del contenido de este discurso, en su parte profética está oculto aún en los arcanos de la ciencia de Dios: no quiso revelárnoslo por su Hijo, para que también nosotros estemos en continua vigilancia; sólo quiso levantar el Señor una punta del velo que oculta los grandes acontecimientos de los últimos días de la humana historia. Pero la parte de los vaticinios que se ha cumplido ya fidelísimamente, es garantía de que se cumplirán también los demás, con la fidelidad con que responden los hechos a la palabra de Dios.

La explicación del discurso abarca los ocho números siguientes. Tomaremos por base de concordia el texto de Mateo, por ser el más completo en su totalidad, aunque se lee también en el Misal algún fragmento de los otros dos Evangelistas.

He aquí la división general del discurso:

PRIMERA PARTE: *a)* Introducción, y signos precursores de la destrucción del Templo. *b)* Destrucción del Templo y ciudad. *c)* Signos precursores y venida del Hijo del hombre. *d)* Tiempo de la ruina del Templo y del mundo.

SEGUNDA PARTE: Exhortación a la vigilancia y trabajo por medio de las parábolas. *a)* La del ladrón y la de los siervos. *b)* La de las diez vírgenes. *c)* La de los talentos. Finalmente: *d)* El último juicio.

Los fragmentos de este discurso que hay en el Misal, son:

De Mt.: Se concretarán en los números siguientes.

De Mc.: 13, 33-37, Evangelio del Común de Confesores Pontífices.

De Lc.: 21, 9-19, Evangelio de la 1.ª Misa del Común de Mártires: 25-33, Evangelio de la Dominica primera de Adviento.

172. — PRIMERA PARTE. A) INTRODUCCION Y SIGNOS
PRECURSORES DE LA DESTRUCCION DEL TEMPLO:
Mt. 24, 1-14

(Mc. 13, 1-13; Lc. 21, 5-19)

Evangelio de la Misa 3.ª del Común de muchos Mártires (vv. 3-13)

¹Y habiendo salido Jesús del Templo, caminaba. Y se llegaron a él sus discípulos, para mostrarle los edificios del Templo, ¹*dic-
ciendo que estaba adornado de hermosas piedras y de dones:* ^{Mc v}
*dijole uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué edi-
ficios.* ²Mas él les respondió, diciendo: ¿Veis todo esto, ^{Mc todos}
esos grandes edificios? En verdad os digo: ¹*Día vendrá en que
no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.*

³Y estando él sentado en el Monte de los Olivos, ^{Mc frente al}
Templo, llegaron a él sus discípulos en secreto, ¹*y preguntáronle*
^{Mc separadamente} *Pedro, y Juan, y Santiago, y Andrés, diciendo:*
¹*Maestro, dinos: ¿cuándo sucederá esto?* ^{Mc Y ¿qué señal habrá de}
que todas estas cosas están a punto de cumplirse? ¿Y cuál es la
señal de tu venida y del fin del mundo? ⁴Y respondiendo, Jesús
les dijo: Mirad que nadie os engañe: ⁵porque muchos vendrán en
mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; ¹*y: Ya ha llegado el tiempo,*
y a muchos engañarán: 1 no vayáis en pos de ellos. ⁶Y también
oiréis guerras y rumores de guerras ¹*y sediciones.* Mirad que no os
conturbéis: porque conviene que esto suceda. Pero aún no es ¹*luego*
el fin. ¹*Y entonces les decía: 7* Porque se levantará nación contra
nación, y reino contra reino, y habrá pestes y hambres, y ¹*grandes*
terremotos en varios lugares, 1 y en el cielo cosas espantosas y
grandes prodigios. ⁸Pero todas estas cosas son el comienzo de los
dolores. ^{Mc Mirad por vosotros mismos.} ⁹*1 Mas, antes de todo esto,*
pondrán en vosotros sus manos, y os perseguirán. ^{Mc Pues os entre-}
garán a los concilios, seréis azotados en las sinagogas, 1 y os me-
terán en las cárceles, 1 y seréis presentados por causa mía ante
los gobernadores y reyes: 1 y esto os acontecerá en testimonio ^{Mc a}
ellos. Y cuando os conduzcan al tribunal los que os entreguen,
¹*tened fijo en vuestros corazones de no pensar antes cómo habéis*
de responder: 1 sino decid lo que os será inspirado en aquel mo-
mento: porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu
Santo. 1 Pues yo os daré elocuencia y sabiduría, a la que no podrán
resistir ni contradecir todos vuestros padres y hermanos, parientes
y amigos, y os matarán. Y seréis odiados por todas las gentes, a
causa de mi nombre, 1 y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.
¹⁰Con lo que muchos padecerán entonces escándalo, y se traiciona-
rán unos a otros, ^{Mc y entregará el hermano al hermano a la}
muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los
padres, y les quitarán la vida, y mutuamente se odiarán. 11 Y se
levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos. 12 Y por

haberse multiplicado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. ¹³ Mas el que perseverase hasta el fin, será salvo: ^L *mediante vuestra paciencia, salvaréis vuestras almas.* ^{MC} *Mas primero debe ser predicado el Evangelio a todas las naciones.* ¹⁴ Y será predicado este Evangelio del Reino por todo el mundo, en testimonio para todas las gentes; y entonces vendrá el fin.

Explicación. — Con pena e indignación, por la proterva de los primates judíos, salía Jesús del Templo, después de pronunciada la tremenda frase: «Quedará vuestra casa desierta», es decir, destruida vuestra ciudad. Los discípulos, que han oído la profecía, no pueden convencerse de que haya de quedar aniquilado el magnífico edificio, gloria de Israel. Sea para que les diera el Señor más detalles, o para moverle a que cambiase su decreto, le dirigen la pregunta que, con la respuesta de Jesús, constituye la

INTRODUCCIÓN DEL DISCURSO (1.2). — *Y, habiendo salido Jesús del Templo, caminaba,* alejándose del mismo en dirección al Monte de los Olivos. Tan luego dejaron los pórticos, recaería la conversación de los discípulos sobre las bellezas de la excelsa fábrica, cuya ruina acababa de predecir el Maestro. Y, sea a la misma salida, o costeando el Monte de los Olivos, desde donde aparecía con toda su majestad la fastuosa fábrica, *se llegaron a él sus discípulos, para mostrarle los edificios del Templo*, esta serie de construcciones, en las que tantos años se había trabajado, para formar un conjunto grandioso y bello, *diciendo que estaba adornado de hermosas piedras*, labradas con arte exquisito, y *de dones*, aludiendo sin duda a los riquísimos presentes que encerraba aquella «construcción de inmensa opulencia», como le llamó Tácito al templo herodiano. *Y díjole uno de sus discípulos*, probablemente Pedro, inspirador de Marcos: *Maestro, mira qué piedras y qué edificios.* La pregunta admirativa de los Apóstoles estaba justificada: debía formar un contraste profundo en sus simples espíritus la visión de aquel portento de riqueza y arte, y la imaginación de la tremenda ruina que le esperaba.

Mas él, llamando la atención de todos sobre el edificio, *les respondió, diciendo: ¿Veis todo esto, todos estos grandes edificios? En verdad os digo*, añade con solemnidad, refrendando su anterior vaticinio, *día vendrá en que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.*

La profecía se cumplió a la letra, aunque lo ingente de los bloques de piedra de sus muros la hacían inverosímil: los soldados de Tito, cuando no tuvieron ya qué matar ni robar en la ciudad, recibieron orden de arrasarlo todo, incluso el Templo, excepto sus

más altas torres y la parte de muralla que ceñía a la ciudad por el lado de poniente; más tarde, el general de los ejércitos romanos mandó roturar con el arado el área ocupada por el Templo, según cuenta Maimónides; hasta que en tiempo de Juliano el Apóstata, según testimonio de Amiano Marcelino, queriendo el impío emperador desmentir la profecía de Jesús, cavó los antiguos cimientos del Templo para levantarlo de nuevo, saliendo de ellos milagroso fuego que hizo imposible la prosecución de las obras. Ello acabó de justificar la palabra del Señor. Más total ha sido si cabe la destrucción del culto judío que allí se daba a Dios: aquel pueblo ha sido totalmente expulsado del recinto donde estaba emplazado el Templo; ni puede un judío entrar en el recinto de la actual mezquita de Omar, donde se levantó un día el altar de los holocaustos, cuando puede hacerlo un pagano. Estos mismos días la sangre judía ha corrido por las calles de Jerusalén, por expulsarles los árabes del pequeño recinto donde está el «muro de los lamentos», enormes bloques que formaron un día la subestructura de la grandiosa fábrica, ante los cuales, como único consuelo en medio de su desgracia, llora y espera el pueblo maldito de Dios.

SIGNOS PRECURSORES DE LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO (3-14).—Las últimas palabras, que había pronunciado Jesús a la salida del Templo, impresionaron profundamente a sus discípulos. Llegada la comitiva a la parte de la colina de los Olivos desde donde se domina la ciudad y el Templo, sentóse Jesús: *Y estando él sentado en el Monte de los Olivos, frente al Templo*, que desde el monte se dominaba a vista de pájaro, *llegáronse a él sus discípulos en secreto*, aparte de los demás, y *preguntáronle separadamente Pedro, y Juan, y Santiago, y Andrés*, los tres discípulos más íntimos y el más antiguo de todos, *diciendo: Maestro, dínos: ¿cuándo sucederá esto? Y ¿qué señal habrá de que todas estas cosas están a punto de cumplirse? ¿Y cuál es la señal de tu venida y del fin del mundo?* Las preguntas son varias y apremiantes. Los Apóstoles acaban de oír la predicción de la ruina del Templo: para un judío, la ruina de la ciudad y del Templo es equivalente a la ruina del mundo; por esto juntan preguntas que se refieren a sucesos totalmente distintos, recordando la otra predicción de Jesús sobre el fin del mundo y el advenimiento del Hijo del hombre para juzgarle (Mt. 13, 40.49; 16, 27, 19, 28).

Jesús les responde en forma que algunos creen referirse solamente a la destrucción del Templo, y otros al fin del mundo; mientras creen otros que en su sentido material se refieren a lo pri-

mero, y a lo segundo en su sentido simbólico. La primera señal será la aparición de falsos cristos. Para prevenir a sus discípulos, les exhorta, ante todo, a la vigilancia: *Y respondiendo, Jesús les dijo: Mirad que nadie os engañe: porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y: Ya ha llegado el tiempo de la redención mesiánica, y a muchos engañarán: no vayáis en pos de ellos.* Refiérese Jesús a los falsos cristos que pulularon en la Palestina, antes y después de su muerte, y que arrastraron a gran parte del pueblo (cf. Act. 5, 36; 21, 38): como fueron Simón Mago y su discípulo Dositeo el Samaritano, otro impostor llamado Teudas, y otros muchos. También antes del fin del mundo aparecerán falsos mesías.

La segunda señal serán las guerras atroces: *Y también oiréis guerras en las regiones limítrofes, y rumores de guerras, fama de guerras lejanas, y sediciones, o guerras civiles.* Todo ello no debe espantar a los discípulos, porque entra en el plan de Dios, y no es aún señal inmediata de la ruina de la ciudad, y del mundo: *Mirad que no os conturbéis: porque conviene que esto suceda. Pero aún no es luego el fin.* No faltaron, caso de que estas palabras se refieran a la destrucción de la ciudad, sediciones en la misma Palestina y frecuentes guerras en todas partes. Explica luego Jesús la forma de aquellas guerras y sus consecuencias: *Y entonces les decía: Porque se levantará nación contra nación, en las sediciones populares, y reino contra reino, en las guerras internacionales; y, consecuencia de las guerras, habrá pestes y hambres: y a ello se añadirán grandes terremotos en varios lugares, en distintas regiones: y en el cielo cosas espantosas y grandes prodigios,* como refiere Josefo se vieron en el asedio de Jerusalén; bien que otros refieran esta predicción al fin del mundo. Todo ello es aplicable a la futura destrucción de la ciudad; en realidad, hubo de todo ello, según cuenta la historia. *Pero todas estas cosas son el comienzo de los dolores,* añade, para significarles que no ha llegado todavía el fin: son como preludios de mayores catástrofes.

Otra señal más particular serán los vejámenes de toda suerte que experimentarán personalmente sus discípulos: *Mirad por vosotros mismos. Mas, entonces simultáneamente con estas señales de orden general, antes de todo esto, pondrán en vosotros sus manos, y os perseguirán. Pues os entregarán a los concilios, seréis azotados en las sinagogas, y os meterán en las cárceles, y seréis presentados por causa mía ante los gobernadores y reyes: y esto os acontecerá en testimonio a ellos,* es decir, para mayor estima ante ellos, como prueba de vuestra fidelidad, para demostrar al mundo vuestra fe.

Como uno de los vejámenes que sufrirán los discípulos será tener que comparecer ante los tribunales, de la nación y de fuera, porque Jesús tiene en este momento ante su vista la larga serie de discípulos que deberán predicar su Evangelio, les amonesta sobre la forma en que deberán presentarse ante los tribunales: *Y cuando os conduzcan al tribunal los que os entreguen, tened fijo en vuestros corazones de no pensar antes cómo habéis de responder: sino decid lo que os será inspirado en aquel momento: porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu Santo. Pues yo os daré elocuencia y sabiduría, a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos.* No les manda que no cuiden de precaverse en los trances difíciles en que se encontrarán; sino que no se acongojen por ello, porque en los momentos de crisis más agudas podrán contar con la inspiración especial de Dios. La historia de las persecuciones nos atestigua cuán espléndidamente se ha realizado esta profecía.

A los vejámenes que deberán sufrir de parte de los enemigos, se añadirá un mal más grave, que es la desertión y la traición en las propias filas: *Entonces os entregarán a la tribulación vuestros padres y hermanos, parientes y amigos, y os matarán. Y seréis odiados por todas las gentes, a causa de mi nombre, incluso por los de vuestra sangre y amistad: y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá,* porque o Dios os guardará de las persecuciones con especial protección, o, si tiene a bien aceptar vuestro sacrificio, os premiará con amplia recompensa. *Con lo que muchos padecerán entonces escándalo, y se traicionarán unos a otros:* aquellas persecuciones harán vacilar y sucumbir la fe de los débiles, que llegarán a ser los delatores de sus hermanos creyentes: *Y entregará el hermano al hermano a la muerte,* como sucede en las luchas intestinas; rotos por el odio los más sagrados vínculos de carne y sangre, se cometerán los crímenes más atroces contra la naturaleza: *Y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres, y les quitarán la vida, y mutuamente se odiarán.* El Apóstol se lamentará más tarde de estas defecciones (2 Cor. 7, 5; 11, 26), que fueron numerosísimas, sobre todo en la persecución de Nerón.

A las persecuciones de los enemigos y defecciones de los afines, deberá añadirse una gran calamidad: la de los falsos doctores, que enseñarán doctrinas contrarias a las de Cristo y harán muchos prosélitos: son los herejes: *Y se levantarán muchos falsos profetas,* como ha sucedido en todos los siglos, desde los tiempos apostólicos, *y engañarán a muchos. Y por haberse multiplicado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos:* en tiempo de grandes prevarica-

ciones hasta los buenos se hacen tibios. Con todo, en medio de las defecciones y tibiezas, quedarán los fuertes, los que guardarán la fe y las buenas costumbres cristianas; éstos se salvarán: *Mas el que perseverare hasta el fin, será salvo: mediante vuestra paciencia, salvaréis vuestras almas:* siendo constantes lograréis la salvación.

Con todo, no hay que temer ni perder la esperanza: a las persecuciones sucederá la paz; las tormentas no acabarán con la semilla del Evangelio: *Mas primero debe ser predicado el Evangelio a todas las naciones. Y será predicado este Evangelio del Reino por todo el mundo, en testimonio para todas las gentes*, para que a todas partes llegue el testimonio de la salvación por Cristo, que traerán a todas partes los predicadores del Evangelio. *Y entonces vendrá el fin*, no antes de que el Evangelio sea predicado por todo el orbe. Aun así, queda incierto el fin del mundo: porque ignoramos si, predicado ya el Evangelio, perdurará todavía la humana historia.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Dinos: ¿cuánto sucederá esto?* Preguntan los discípulos a Jesús cosas trascendentales, y se lo preguntan en secreto. Es deseo innato en el hombre conocer lo futuro y lo escondido, y más aquello que a nosotros atañe directamente. Jesús les responde con un lenguaje enigmático, dentro de la verdad y de la precisión de los vaticinios que les hace. El tiempo cuidará de aclararlos. Cuando podía decirles en pocas palabras cuándo sería la destrucción de Jerusalén, y su advenimiento glorioso, y su juicio, emplea largos razonamientos en que predomina el orden moral de las ideas. Es que Jesús, sin dejar de responder a la pregunta con bastante claridad para que pudieran conjeturar los hechos vaticinados, iba principalmente con su discurso a la instrucción de los Apóstoles en orden a su vida práctica. Porque, ¿qué sacaríamos de conocer todos los secretos de la historia, si lleváramos mala vida que nos llevase a la condenación el día del fin de la humana historia? Si tuviese toda ciencia y no tuviese la caridad, dice el Apóstol, nada soy.

B) v. 4.—*Mirad que nadie os engañe...*—Estas palabras de Jesús, dichas a los Apóstoles para prevenirles contra los falsos cristos que a su muerte debían pulular en tierras de Palestina, tendrán su valor moral hasta la consumación de los siglos. Porque jamás le faltarán a la Iglesia anticristos que traten de engañar a los hijos de Cristo. Yo creo, dice San Jerónimo, que todos los heresiarcas son anticristos, porque enseñan en el nombre de Cristo doctrinas contrarias a las de Cristo. Y no sólo los heresiarcas, sino todos aquellos que enseñan doctrinas de las que llaman hoy redentoras, principalmente en el orden social, tergiversando el sentido y el alcance de la doctrina de Cristo para hacerle predicar lo que jamás salió de su boca divina. Que nadie nos engañe, presentándonos al

Cristo deformado, o su Evangelio mutilado o perversamente interpretado. Es una y absoluta la verdad, y uno y absoluto el magisterio que nos la impone y debe explicárnosla.

c) v. 8. — *Todas estas cosas son el comienzo de los dolores.* — Tanto fueron el comienzo de los dolores para el pueblo judío, que aquéllos pasaron en breve espacio de tiempo, y siguen todavía los dolores del desgraciado pueblo. Porque, ¿qué mayor dolor para una nación que verse dispersa por todo el mundo, odiada por todas las naciones, fallidas todas sus esperanzas, sin religión, ni sacerdocio, ni culto, arrastrando a través de todos los siglos la pena de su deicidio, llevando la marca de la maldición de Dios, que mereció un pueblo matador de Dios? Misticamente, al decir de Orígenes, en los comienzos de los dolores vienen representados todos los de la tierra, por duros que sean, que son, para los malos, preludio de los verdaderos dolores que se cebarán en ellos, acerbísimos, por los siglos de los siglos.

d) v. 10. — *Con lo que muchos padecerán entonces escándalo...* — Padecer escándalo es aquí sinónimo de defección, de claudicación en los principios que se profesan. El escándalo puede darse y puede recibirse; y de ordinario el escándalo activo produce el pasivo. La profecía de Jesús se ha cumplido cada vez que la Iglesia ha pasado por grandes tribulaciones. Certo que son muchos los valientes que dan su pecho a los enemigos y prefieren sucumbir a traicionar su fe y sus conciencias; pero los de convicciones débiles y de voluntad fluctuante, ante las amenazas, las promesas, los halagos, los ejemplos, caen en la prevaricación del pensamiento y de la vida. Así se vio en las persecuciones de los primeros siglos; así en la invasión de los árabes en nuestra patria. Fuera de estas grandes conmociones espirituales, ¿cuántos escándalos hay que lamentar cada día ante nuestros mismos ojos, por cobardía, por interés, por respetos humanos, por congraciarse con los poderosos, etc.?

e) v. 12. — *Por haberse multiplicado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos.* — Cuanto más aumenta la iniquidad en los corazones, tanto más se enfría en ellos el amor de Dios y del prójimo. Y cuando aumenta lo que podríamos llamar iniquidad social, tanta es mayor la frialdad social de los corazones. Es la fuerza de repercusión del mal ejemplo que, a medida que se reproduce, causa el enfriamiento en la masa social, que paulatinamente va corrompiéndose. En nuestra conducta personal no debiéramos nunca olvidar este aspecto social de nuestra vida. Debemos obrar en forma que iluminemos y calentemos a los demás; no seamos tinieblas y causa de enfriamiento.

f) v. 14. — *Y entonces vendrá el fin.* — Nadie sabe cuándo vendrá el fin del mundo: porque nadie sabe cuándo el Evangelio habrá sido absolutamente predicado a todo el mundo, dice San Agustín. Y cuando lo haya sido, aún no será ésta la condición puesta por Dios para que el mundo se acabe. Todas las conjeturas que se hagan fundadas sobre la revelación divina, son vanas. Todos los cálculos que se basen en las conclusiones de la ciencia, son aventurados. Se acabará el mundo cuando Dios querrá, sea por agotamiento de sus fuerzas naturales, sea por la acción violenta del brazo de Dios. Pero Dios guarda su secreto.

173. — B) DESTRUCCION DEL TEMPLO Y DE LA CIUDAD: Mt. 24, 15-22

(Mc. 13, 14-20; Lc. 21, 20-24)

Evangelio de la Misa de la Dominica 24.^a después de Pentecostés

¹ Cuando viereis a Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca. ¹⁵ Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fue dicha por el profeta Daniel, está ^{Mc} donde no debe, en el lugar santo (el que lee, entienda). ¹⁶ Entonces los que están en la Judea, huyan a los montes, ¹ y los que en medio de ella (de la ciudad), sálganse, y los de las cercanías, no entren en ella: ¹⁷ y el que en el terrado, no baje ^{Mc} a casa, ni entre a coger cosa alguna de su casa: ¹⁸ y el que en el campo, no vuelva ^{Mc} atrás a tomar su túnica. ¹ Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ¹⁹ Mas, ¡ay de las que estén encinta y de las que estén amamantando en aquellos días! ²⁰ Rogad, pues, para que vuestra huida no suceda en invierno, ni en sábado. ²¹ Porque habrá entonces gran tribulación ¹ sobre la tierra, cual no hubo desde el principio del mundo, ^{Mc} Que Dios creó, hasta ahora, ni habrá. ¹ Y la ira descargará sobre este pueblo. Caerán a filo de espada: y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles: hasta que se cumplan los tiempos de las naciones. ²² Y si no fuesen abreviados ^{Mc} por el Señor aquellos días, no se salvaría hombre alguno: más, por los escogidos ^{Mc} que él eligió, aquellos días serán abreviados.

Explicación. — Refiérense estas palabras especialmente a la ruina de Jerusalén, según la mayoría de los intérpretes. Con todo, algunos trazos (v. 21.22) pueden asimismo referirse al fin de los tiempos. Podría considerarse el fragmento anterior como una especie de digresión en que Jesús no responde directamente a las preguntas de sus discípulos, sino que les da documentos relativos a toda la duración de los tiempos. En esta hipótesis, Jesús comienza a responder con este fragmento a la primera pregunta de sus discípulos: ¿Cuándo sucederán estas cosas?

La primera señal de la destrucción de la ciudad será el cerco que le pondrán poderosos ejércitos: *Cuando viereis a Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca:* Tito fue el que desde Galilea y Perea llevó sus ejércitos a la capital judía, ya trabajada por discordias intestinas; a más de cuatro legiones romanas, disponía de fuertes núcleos de combatientes de los reinos vecinos aliados. Simultáneamente con los ejércitos ex-

tranjeros que se aprestarán a la toma de la ciudad, se producirá en el templo una abominable desolación: *Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fue dicha por el profeta Daniel (9, 27), está donde no debe, en el lugar santo...* Creen algunos que esta abominación se cometió cuando fueron las águilas romanas introducidas en el recinto del Templo, o cuando en él se levantó la estatua de Tito, o la ecuestre de Adriano. Más probable es que se refiera la profecía a los excesos de los zelotes, patriotas exaltados, que, a pretexto de defender la ley contra los extranjeros, y cuando estaban ya casi a la vista los ejércitos romanos, cometieron horribles profanaciones en el mismo Templo, hasta el punto de que un solo día amaneciera con ocho mil cadáveres de pacíficos ciudadanos en su recinto.

Indicada la profecía de Daniel, Jesús amonesta a sus discípulos a que, cuando la lean, se fijen en ella y la interpreten según los documentos que va a darles: *El que lee, entienda. Entonces, cuando se acerquen los ejércitos, y en el interior de la ciudad se produzcan aquellos sacrilegios, los que están en la Judea, huyan a los montes, porque no habrá salvación para la ciudad, ni manera de escapar después de ella. Y los que (estén) en medio de ella (de la ciudad), sálganse, y los de las cercanías, no entren en ella: así lo hicieron, según Eusebio, muchos cristianos, aprovechándose de este aviso de Jesús, y refugiándose en Pella, en la otra parte del Jordán. Y el que en el terrado, no baje a casa, ni entre a coger cosa alguna de su casa, sino que huya rápidamente sin entrar en ella. Y el que en el campo, donde se halla trabajando con la ropa ligera interior, no vuelva atrás a tomar su túnica, yendo a buscarla en el lugar de descanso, donde la dejó. La razón de esta premura es que no hay ya lugar a la dilación, sino a la venganza: Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.*

Mas, como quiera que la fuga, para quienes quieran ponerse a salvo, deberá ser tan precipitada, ¡ay de las que estén encinta y de las que estén amamantando en aquellos días! Unas por la carga que en su seno llevan, otras por la que traen colgada de sus pechos, apremiadas todas por el natural amor, que no consiente se dejen los hijos como se abandonan los utensilios, las joyas, las ropas de casa, se verán todas en gravísima apretura; se trata de un castigo de Dios, y ni las madres serán respetadas en sus más tiernas funciones, como suelen serlo en todas las guerras. Para persuadirles la necesidad de la huida, les dice: *Rogad, pues, para que vuestra huida no suceda en invierno, en que los días son cortos, los caminos malos, el tiempo inclemente, ni en sábado, cuando el*

miedo de violarlo, porque no consentían los rabinos más camino que un kilómetro aquel día, aumentaría vuestras congojas.

Y para que no lo tomen como hipérbole, añade: *Porque habrá entonces gran tribulación sobre la tierra, cual no hubo desde el principio del mundo, que Dios creó, hasta ahora, ni habrá.* En tal forma se realizaron estas palabras, que Josefo dice que todo lo que sufrieron en los pasados siglos las ciudades en las guerras, fue superado por lo acaecido en Jerusalén: todos los días eran cogidos por los romanos quinientos o más judíos, que eran clavados en cruz en las murallas; los prisioneros hechos fueron más de noventa mil; los muertos, rebasaron el millón. Lo había dicho también Jesús: *Y la ira descargará sobre este pueblo. Caerán a filo de espada: y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles: hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*, es decir, que ya no será más capital del pueblo judío, sino que vivirá para siempre bajo el yugo de otras naciones. Con todo, hasta en aquel torbellino de la justicia, deja entrever Dios su misericordia: *Y si no fuesen abreviados por el Señor aquellos días, del asedio de la ciudad, no se salvaría hombre alguno: mas, por los escogidos que él eligió, aquellos días serán abreviados*: el sitio de Jerusalén no duró más allá de seis meses; los escogidos serían aquí quizá los cristianos que hubiese por entonces en la ciudad. Aunque es lo más probable que estas últimas palabras se refieran ya a los últimos tiempos, y correspondan mejor, por lo mismo, al siguiente fragmento, al que pueden considerarse como una transición.

Lecciones morales.—A) v. 15.—*Cuando viereis que la abominación de la desolación...*—Admiremos, dice el Crisóstomo, el poder de Cristo y la fortaleza de los Apóstoles, que predicaban en tiempo en que todo lo judío era perseguido e impugnado. Porque los Apóstoles, que eran de los judíos, introdujeron nuevas leyes, contrarias a los romanos que dominaban entonces. Y habiendo éstos apoderándose de muchísimos miles de judíos, no pudieron vencer a doce hombres, inermes y pobres. Para que aprendamos que la justicia de Dios no daña sino a quien quiere; que la fuerza de los hombres no es más que un instrumento del brazo de Dios, que trabaja en el sentido que Dios quiere; y que en medio de las vicisitudes de hombres y tiempos, se salva y prospera lo que Dios quiere, aunque por sus apariencias parezca debiera ser lo primero en sucumbir.

B) v. 16.—*Entonces los que están en la Judea, huyan a los montes...*—Es una señal de la misericordia de Jesús, que quiere se salven los suyos en medio de la tempestad desencadenada de la justicia de Dios. Mas, para ello, es preciso que quienes quieran

salvarse se ajusten en su conducta a las palabras de Dios, que se abandonen a su Providencia, que no se apeguen a las cosas de la tierra, que tengan absoluta fe y confianza en las promesas del Señor. Entonces no temeremos ningún mal, porque el Señor estará con nosotros, como decía el Salmista (Ps. 22, 4).

c) v. 21. — *Habrà entonces gran tribulación...* — ¿Por qué dice el Crisóstomo, vinieron sobre el pueblo judío tamañas calamidades? Por el enorme crimen de la cruz, en que clavaron al Señor. Pero es más grande que el crimen de la criatura la misericordia de su Dios. Porque, habiendo hecho los hombres cuanto pudieron para perder a Jesús, hasta sacarle del número de los vivos, él abrevia los días de la tribulación para que no perezcan todos los judíos. Lo que, si debe espantarnos cuando se trata de la ofensa de Dios, que suele castigarla con atroces penas, debe infundirnos grandes alientos una vez hayamos pecado, seguros de que, hasta en los mismos días del crimen y de la justicia, se acordará de su misericordia.

d) v. 22. — *Mas, por los escogidos..., aquellos días serán abreviados.* — Admiramos, sigue el Crisóstomo, la especial dispensación del Espíritu Santo: San Juan nada escribió de este vaticinio de la ruina de Jerusalén, porque, habiendo vivido muchos años después de ella, hubiese podido decirse que era un vaticinio escrito después de la realización de los sucesos en la historia. En cambio, los otros tres Evangelistas, que murieron antes de la destrucción de Jerusalén y no vieron nada de lo profetizado por el Señor, lo consignaron en sus escritos, para que aparezca siempre la verdad de las divinas Escrituras y el espíritu profético de Jesús, que pudo minuciosamente predecir los sucesos mucho antes de que ocurrieran.

174. — C) SIGNOS PRECURSORES Y VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE: Mt. 24, 23-31

(Mc. 13, 21-27; Lc. 21, 25-28)

Sigue el Evangelio de la Misa de la Dominica 24.^a después de Pentecostés

²³ Entonces, si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí, o allí: no lo creáis. ²⁴ Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios de modo que (a ser posible) caigan en error aun los escogidos. ²⁵ *Mc ¡Mirad, pues, vosotros! ¡Ved que Mc todo os lo he predicho!* ²⁶ Por lo cual, si os dijeren: He aquí que está en el desierto, no salgáis. Mirad que está en lo más retirado de la casa, no lo creáis. ²⁷ Porque como el relámpago sale del oriente, y se deja ver hasta el occidente: así será también la venida del Hijo del hombre. ²⁸ Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas. ²⁹ Y luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo temblarán, ¹ y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secán-

dose los hombres de temor y sobresalto, por las cosas que sobrevendrán a todo el universo.

³⁰ Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces prorrumpirán en llanto todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad ^{MC} y gloria. ³¹ Y enviará sus ángeles, que, a la voz de trompeta sonora, congregarán a sus escogidos de los cuatro vientos, del uno al otro extremo de los cielos. ¹ *Cuando, pues, comenzaren a cumplirse todas estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención.*

Explicación.— Entre lo que en este fragmento se narra y lo contenido en el anterior habrá un intervalo de muchos siglos, todos los de la historia del cristianismo: el anterior se refería a hechos ocurridos en los comienzos; el presente, a los de los últimos tiempos del mundo. Se describen las señales precursoras verdaderas, para distinguirlas de las falsas, que tendrán lugar por efecto de la misma conturbación de los últimos días (23-29); y luego el mismo advenimiento del Señor (30.31).

SIGNOS PRECURSORES DE LA VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE (23-29).— Jesús ha respondido con el fragmento anterior a la primera pregunta de los discípulos: ¿Cuándo serán estas cosas? Ahora responde a la segunda: ¿Qué señal habrá de tu venida?/La primera será la aparición de muchos que anunciarán falsamente la inminencia del advenimiento del Cristo; contra ellos precave Jesús a sus discípulos: *Entonces, si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí, o allí: no lo creáis.* La razón es porque aquellos hombres harán tales prodigios, que parecerán obrar por virtud y como enviados de Dios: *Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios:* ello será debido a la fuerza del demonio, cuya acción sobre la naturaleza es más poderosa que la del hombre, si Dios le permite desarrollarla; trabajarán entonces los espíritus de las tinieblas para corroborar con apariencias de milagro las doctrinas de sus emisarios (cf. 2 Thess. 2, 9.10; 2 Cor. 11, 15). Si no fuese que Dios tiene contado el número de sus predestinados, que utilizarán las gracias que no les deben faltar, hasta ellos correrían el peligro de ser engañados por aquellos portentos: *De modo que (a ser posible) caigan en error aun los escogidos.*

Para que nadie pueda llamarse a engaño cuando la venida de los seudocristos, les repite la misma idea, concretándola en dos formas distintas: ¡*Mirad, pues vosotros!* ¡*Ved que todo os lo he predicho!*, y por lo mismo no podréis alegar ignorancia: *Por lo cual, si os dijeren: He aquí que el Cristo está en el desierto, como lo hizo el Bautista y algunos profetas antiguos, no salgáis.* Y si os

dijeren: *Mirad que está en lo más retirado de la casa, predicando como he solido yo mismo hacerlo entre vosotros, no lo creáis: el advenimiento del Hijo del hombre no será ni en una ni en otra forma. La aparición será súbita, universal, indudable: Porque como el relámpago sale del oriente, y se deja ver hasta el occidente: así será también la venida del Hijo del hombre.* No estará en un punto, sino en todos a la vez; con tanta claridad que a nadie podrá ocultarse, ni será nadie engañado: será un milagro del poder de Dios, en virtud del cual aparecerá el Hijo del hombre probablemente en los aires, en la atmósfera, visible a todo el mundo (1 Thess. 4, 16).

Siendo ello así, que no estén con ansia, por si conocerán o no el advenimiento del Señor; ni vacilen ante la predicación y prodigios de los falsos cristos; como el águila tiene el instinto de la presa, que huele a distancia y atisba con ojo certero y se echa con fuerza irresistible sobre ella, así lo harán los justos al advenimiento del Señor: todos irán a él: *Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas.*

A la aparición de los falsos profetas, cuya duración no indica el Señor, seguirán inmediatamente señales en el sol, en la luna y en las estrellas: *Y luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá*, sea para solos los hombres, por la interposición de densísimas nubes, sea por un cataclismo de orden sideral: *y la luna no dará su resplandor y las estrellas caerán del cielo*, no sobre la tierra, que son inmensamente mayores que ella, sino por una dislocación de los cuerpos celestes con respecto a la tierra: *y las virtudes del cielo*, las fuerzas que gobiernan el cosmos, *temblarán*, serán conmovidas. Todo ello indica un trastorno de carácter universal, semejante a los antiguamente anunciados por los profetas (Is. 13, 9 sig.; 14, 18.19; 34, 4 sig.; Ier. 4, 28; Ez. 32, 7, etc.): como la justicia de Dios se ha manifestado con señales locales de orden atmosférico o meteorológico en casos particulares, en el juicio universal será toda la naturaleza la que tomará parte. Consecuencia de todo ello será el universal pavor de la humanidad de aquellos días. *Y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas.* Ante este desconcierto de la máquina del mundo, los habitantes de esta tierra quedarán atónitos, sin fuerzas ni aliento: *secándose los hombres de temor y sobresalto*, porque verán totalmente subvertido el orden del mundo visible: *por las cosas que sobrevendrán a todo el universo.*

APARICIÓN DEL HIJO DEL HOMBRE (30.31).—A la terribilidad de los signos precursores del advenimiento del Hijo del hombre se-

guirá la magnificencia de su personal advenimiento: *Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo: será la cruz, señal de Cristo por antonomasia, instrumento de la redención, que así será glorificada para gozo de los justos y terror de los réprobos, apareciendo luminosa en las regiones superiores, substituyendo su luz a la de los astros en tinieblas: la Iglesia hace suya esta interpretación —que tiene en su favor gran peso de tradición— en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz (3 de mayo).*

Y entonces por los trastornos de carácter cósmico que habrán precedido y por la aparición de la cruz, prorrumpirán en llanto todas las tribus de la tierra: todos los hombres, justos y pecadores, porque nadie está cierto de su justicia, estarán consternados ante la inminencia del juicio. Y, en medio del universal terror y expectación, verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad y gloria: es ello una alusión a la profecía de Daniel (7, 13: cf. 1 Thess. 4, 15; 2 Thess. 1, 7; Apoc. 1, 7).

Entonces el supremo Juez y Rey magnífico enviará a sus heraldos los ángeles, para que llamen a todo el mundo a juicio: *Y enviará sus ángeles, que, a la voz de trompeta sonora, con grande estrépito, con una señal evidente, más sonora que el sonido de las trompetas (1 Cor. 15, 22; 1 Thess. 4, 15), congregarán a sus escogidos de los cuatro vientos, de los cuatro puntos cardinales, desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos, del uno al otro extremo de los cielos.*

Termina Jesús las terribles predicciones con unas palabras de consuelo y aliento para los suyos: *Cuando, pues, comenzaren a cumplirse todas estas cosas, cuando veáis que empieza a trastornarse en forma insólita la máquina del mundo, mirad, alzad los ojos y tras ellos los ánimos; y levantad vuestras cabezas, porque es propio de gente aturdida llevarlas inclinadas al suelo; porque cerca está vuestra redención; después de la universal conmoción y del juicio, el premio indefectible y eterno que Dios os tiene preparado. Supone aquí Jesús que sus discípulos verán aquellos días, para que estén prevenidos no sabiendo la hora; o bien, como quieren otros intérpretes, habla en ellos a los que vivirán en los días del fin del mundo; si no es que se refiera a los elegidos todos después de la universal resurrección de la carne.*

Lecciones morales.—A) v. 24.—*Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas...*—Nos enseña aquí el Señor, dice San Agustín, que a veces los hombres perversos pueden obrar tales prodigios cuales los santos no pudieron hacer. Y, no

obstante, no son aquéllos superiores a éstos a los ojos de Dios; como no fueron los magos de Egipto mejores que el pueblo de Dios, aunque obraron prodigios que el pueblo no obró. Es que Dios no consiente que todos los justos hagan milagros, a fin de que no juzguen los ignorantes y débiles que el grado de santidad corresponde al mayor o menor poder taumatúrgico. En cuanto a los hombres malos que obran prodigios, los hacen porque el espíritu maligno tiene sobre la naturaleza un poder que no tiene el hombre; pero nótese que en este caso el malo que hace obras maravillosas las hace por su propia gloria, no por la de Dios: en provecho particular, no como dispensador oficial del poder de Dios en pro de la justicia y de la verdad.

b) v. 27. — *Como el relámpago sale del oriente...* — Como ha predicho antes Jesús el advenimiento de los seudoprofetás, así anuncia ahora el suyo. Pero no será éste como el de aquéllos, que hará dudar si son o no verdaderos cristos, sino que el advenimiento del Señor será rápido, luminoso, universal, sin que ofrezca lugar a dudas. Como el rayo ilumina simultáneamente todo el horizonte, y su luz se mete hasta el interior de las casas, dice el Crisóstomo, así será, por su gloria y resplandor, el advenimiento del Señor. Nótese la contraposición entre la primera y la segunda venida de Cristo al mundo: cuando vino para salvarnos, lo hizo en lugar pobre, fue casi desconocido de todo el mundo, en la forma más humilde, que es la de un niño desvalido. Pero cuando vendrá para juzgarnos lo hará con todo el aparato de su gloria. Porque no se tratará ya de la benignidad y humanidad con que vino a conquistarnos, sino de la severidad con que vendrá a dar a cada uno lo que haya merecido según sus obras.

c) v. 28. — *Dondequiera que estuviere el cuerpo...* — Las águilas representan a los justos, cuya juventud se renueva como la del águila (Ps. 102, 5), y que al fin del mundo se congregarán todos donde está el Señor. O, según expone San Jerónimo, puede entenderse de los herejes, que en todo tiempo se han lanzado con ímpetu contra la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo. En el primer sentido, vayamos a Cristo, con el ímpetu con que se lanza el águila sobre su presa, con el ansia con que el cervatillo, en frase del Salmista, busca la fuente de aguas cristalinas; y unidos a Jesucristo, hechos una cosa con El, defendámosle a El y a su santa Iglesia, contra los ataques de sus enemigos, águilas rapaces y voraces que se empeñan en destruir la unidad de la verdad, que es la fe, y unidad del amor, que es la santa caridad.

d) v. 29. — *Y las estrellas caerán del cielo...* — No caerán sobre la tierra, incomparablemente más pequeña que ellas. Quizá, como dice Rábano Mauro, fundándose en la lección de Marcos, sólo se eclipsarán; tal vez, como interpreta algún autor moderno, será un enjambre de bólidos que caigan sobre la tierra, y produzca todos los trastornos anunciados por el Señor. Ni debe entenderse todo ello en el sentido de que se aniquile la máquina del universo. Perecerá toda la humanidad en medio de grandes convulsiones de la naturaleza, acabándose así la historia del hombre; pero podrá seguir el universo cumpliendo los fines que Dios se proponga en ello.

Para que aprendamos que cada uno de nosotros y la humanidad en general tiene en el mundo una misión moral y espiritual que llenar; y que Dios quiere acompañar las sanciones definitivas del bien y del mal obrar con gravísimos trastornos de la naturaleza, ya que ella fue como el teatro en que se desarrolló la historia humana y el instrumento que utilizaron los hombres en muchas de sus obras, buenas y malas.

E) v. 30. — *Y verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo...* — Le verán los hombres con los ojos corporales, viniendo, en su mismo aspecto humano, montado en nubes sobre los aires. Como cuando se transformó en el Tabor salió una voz de la nube, ahora aparecerá transformado para todo el mundo, no sobre una nube, sino sobre muchas, que serán su carroza, dice Orígenes. Si cuando debió entrar en Jerusalén sus discípulos cubrieron la tierra con sus vestidos para que no tuviera que hollarla su planta, ¿cómo no honrará el Padre al Hijo poniendo bajo sus pies las nubes del cielo, cuando venga a la tierra para la grande obra de la consumación?

175. — D) TIEMPO DE LA RUINA DEL TEMPLO
Y DEL MUNDO: Mt. 24. 32-41
(Mc. 13, 28; Lc. 21, 29-33)

Continuación del Evangelio de la Dominica 24.^a después de
Pentecostés (vv. 32-35)

³² Aprended de la higuera una comparación: Cuando sus ramos están ya tiernos, y las hojas han brotado, *¿todos los árboles cuando dan su fruto*, sabéis que está cerca el verano. ³³ Pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca, a las puertas, *¿el Reino de Dios*. ³⁴ En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que se cumplan todas estas cosas. ³⁵ El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

³⁶ Mas de aquel día, ni de aquella hora, nadie sabe, ni los ángeles de los cielos *ni el Hijo*, sino sólo el Padre. ³⁷ Y como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. ³⁸ Porque así como en los días antes del diluvio continuaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca: ³⁹ y no lo entendieron hasta que vino el diluvio, y los llevó a todos: así será también la venida del Hijo del hombre. ⁴⁰ Y entonces estarán dos en el campo: el uno será tomado, y el otro será dejado. ⁴¹ Dos mujeres molerán en un molino: la una será tomada, y la otra será dejada.

Explicación. — En este fragmento, final de la primera parte del discurso escatológico, responde Jesús a la tercera pregunta de sus discípulos: ¿Cuándo sucederá esto?, refiriéndose a la ruina de la ciudad y a la del mundo. La destrucción de la capital judía ocurrirá antes que pase la generación contemporánea de Jesús (vv. 32-35);

la destrucción del mundo llegará de improviso, sin que nadie sepa la hora, sino Dios (vv. 36-41).

TIEMPO DE LA RUINA DE JERUSALÉN (vv. 32-35).— Por tercera vez saca Jesús una comparación de la higuera. (Mt. 21, 18,22; Lc. 13, 6-9): árbol abundante en la Palestina, la metáfora o comparación que de él se tomara debía ser fácilmente entendida: *Aprended de la higuera una comparación*. Hablaba Jesús en plena primavera, cuando empezaba aquel árbol primerizo a echar sus brotes: *Cuando sus ramos están ya tiernos*, por la circulación de la savia, *y las hojas han brotado, y todos los árboles cuando dan su fruto, sabéis que está cerca el verano*, que sigue a la primavera de una manera fatal: *Pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto*, especialmente lo predicho en los vv. 15-22, si esta comparación se entiende sólo de la ruina de Jerusalén, o lo anunciado en los siguientes si, como quieren algunos, debe referirse al fin del mundo, *sabed que está cerca, a las puertas, el Reino de Dios*: es inminente lo que se anuncia, como lo es el estío después de la primavera.

Y añade Jesús esta afirmación en tono solemne: *En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que se cumplan todas estas cosas*. Si las palabras se refieren a la ruina de Jerusalén, es obvio: muchos de los que vivían en tiempo de Jesús pudieron presenciar la gran catástrofe, ocurrida pocos años más tarde. Si se refieren al fin del mundo, «generación» debe entenderse de la especie humana, o mejor, de la raza judía, cuya perduración hasta el fin de los siglos quedaría así profetizada por Jesús.

Al juramento añade el Señor una afirmación, rotunda, y llena de majestad, de la certeza absoluta con que se cumplirán sus palabras: *El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán*: más inmovibles son mis palabras que la máquina del mundo, que parece indestructible; o mejor, los cielos y la tierra sufrirán las convulsiones anunciadas, pero la palabra de Jesús no puede fallar ni quedar sin efecto.

TIEMPO DE LA RUINA DEL MUNDO (36-41).— Ha predicho Jesús de un modo parecido el tiempo de la destrucción de la ciudad. Cuanto a la destrucción del mundo, nadie sabe cuándo sucederá: *Mas de aquel día, ni de aquella hora, nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo*, porque aunque lo sepa como Dios y como hombre, por la plenitud de su ciencia, no lo sabe como legado del Padre a los hombres, y por lo mismo no se lo puede revelar: *sino sólo el*

Padre, y como es obvio, el Hijo y el Espíritu Santo, consubstanciales con el Padre.

Tan ignorado es aquel día, que vendrá de improviso, como vino el diluvio en los días de Noé: *Y como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre*. Para hacer más gráfica la descripción de lo subitáneo de la llegada de aquella hora, propone unos ejemplos sacados de la vida ordinaria de los judíos: *Porque así como en los días antes del diluvio continuaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento*, completamente despreocupados de la catástrofe que amagaba, *hasta el día en que entró Noé en el arca; y no lo entendieron hasta que vino el diluvio*, porque no había señales de él, *y los llevó a todos: así será también la venida del Hijo del hombre*. Al ejemplo de la historia añade los de la vida casera: *Y entonces estarán dos en el campo*, ocupados en el mismo trabajo: *el uno será tomado*, por los ángeles, que reunirán a los elegidos para el Reino de Dios (v. 31), *y el otro será dejado*, excluido del reino y destinado a la condenación. *Dos mujeres molerán en un molino: la una será tomada, y la otra será dejada*.

Nótese que en ninguna ocasión de este discurso escatológico hace Jesús alusión a la muerte de los contemporáneos de los acontecimientos del fin del mundo. ¿Morirán todos los hombres de aquellos días, aunque no sea más que por un instante, para resucitar luego y comparecer con los demás a juicio, como han pretendido algunos intérpretes? Ningún pasaje de la Escritura nos impone la creencia de la muerte universal de los hombres antes del juicio: tomando este pasaje en un sentido literal, y concordando con otros de la Escritura, una regla elemental de exégesis nos induce a admitir que no morirán los hombres de la última generación (cf. 1 Thess. 4, 14-17; 2 Cor. 5, 2-5).

Lecciones morales.—A) v. 32.—*Aprended de la higuera una comparación...*—Si en el sentido literal de estas palabras quiere enseñarnos Jesús la correlación entre los signos del fin del mundo y la consumación de los tiempos, podemos, en el sentido moral, entenderlas de las lecciones que de la naturaleza podemos sacar en orden a nuestra vida cristiana. Hay relación tan íntima entre el mundo físico y moral, entre el orden natural y el sobrenatural, que en ella hallamos la razón de las parábolas y de las comparaciones con tanta frecuencia usadas por Jesús en el Evangelio. Ello se debe a que todas las cosas proceden de un mismo principio, que es Dios, y, por lo mismo, todas son hermanas, como ha dicho alguien. Miremos siempre en la naturaleza la maestra del bien vivir: y pensemos que, como dice San Agustín, también las cosas son palabras de Dios, más elocuentes a veces que la palabra hablada o escrita.

B) v. 35.—*El cielo y la tierra pasarán...*—Como si dijera, dice

San Jerónimo: Cosa más fácil es que se derrumbe y destruya lo que parece incommovible, como es la máquina del mundo, que falte un solo ápice de mi palabra. Porque, nota San Hilario, el cielo y la tierra, por ser cosas creadas, no importan ninguna necesidad de ser; pero las palabras de Jesucristo, sacadas del seno de la eternidad, contienen en sí mismas la fuerza que debe hacerlas eternamente perdurables. Debe ser ello de gran consuelo para los discípulos de Jesús, al pensar que sus palabras tienen hoy, y tendrán siempre, la misma fuerza que el día que fueron pronunciadas; como, por el contrario, deben pesar terriblemente sobre la conciencia de pecadores e impíos, por la misma razón de la perennidad de su eficacia intrínseca en orden a las amenazas y castigos que contienen.

c) v. 36. — *De aquel día, ni de aquella hora, nadie sabe...* — Sólo el Padre sabe el día de la consumación de los tiempos: el Padre comunica esta ciencia, como toda ciencia, al Hijo, que es su Sabiduría; pero se dice en los Evangelios que ni el Hijo sabe la hora que el Padre se reserva, no porque absolutamente la ignore, dice San Agustín, sino que no la sabe para comunicarla a los hombres. Orígenes añade una bella razón: la Iglesia, dice, es el cuerpo místico de Cristo; mientras la Iglesia no haya recibido la revelación del último día del mundo, puede en cierta manera decirse que ni el mismo Hijo la sabe. Pero que Jesucristo sabía la hora postrera del mundo, aparece, dice San Jerónimo, de aquellas palabras: «No os corresponde saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder» (Act. 1, 7). La razón de esta reserva absoluta del Padre y del Hijo en lo tocante al fin del mundo, para cada uno de nosotros y para la historia en general, es que estemos siempre en vela, para recibir al Hijo de Dios siempre que él fuere servido venir a llamarnos.

d) v. 39. — *Y no lo entendieron hasta que vino el diluvio...* — El diluvio es aquí el símbolo de la muerte, que abre las cataratas del cielo sobre el infeliz mortal. Cataratas de luz y de bendiciones, si la muerte es la del justo; de terrores y de maldición y de tormento eterno, si el que muere es pecador. Feliz el que, como Noé, con la mente puesta en el diluvio que se aproxima, labra el arca de su vida en forma que en ella pueda seguramente cobijarse a la hora imprevista de la muerte. Loco y digno de lástima el que no entiende el problema de la vida, que se reduce a resolver bien el problema de la muerte. Vendrá el diluvio y, sin albergue de buenas obras donde se ampare, perecerá en las aguas de la indignación de Dios.

e) v. 40. — *El uno será tomado, y el otro será dejado.* — El campo en que será uno tomado y el otro dejado, dice San Jerónimo, representa la igualdad de ocupaciones y profesiones y la desigualdad de suerte definitiva. Mientras unos se santifican y lucran el cielo en una labor, otros atesoran en el mismo trabajo la ira de Dios que un día les condenará. Es que no es la profesión la que hace santos, aunque sea santa, sino las condiciones de los que en ella se ocupan. Todos los estados son buenos, y todos pueden ser camino del cielo, si es que los abrazamos con vocación; pero todos los estados pueden ocasionar nuestra ruina si no cumplimos los deberes que nos imponen,

176. — SEGUNDA PARTE: EXHORTACION A LA VIGILANCIA Y TRABAJO: A) LA VIGILANCIA: PARABOLAS DEL LAZO Y DEL LADRON: Mt. 24, 42-44; Lc 21, 34-36 (Mc. 13, 33)

^{Mc} *Mirad*, ^M ⁴² pues, velad ^{Mc} y *orad*, porque no sabéis ^M *cuándo será el tiempo*, a qué hora ha de venir vuestro Señor. ⁴³ Mas entendad, que si el padre de familias supiese a qué hora ha de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría que fuera minada su casa. ⁴⁴ Por tanto, estad apercebidos también vosotros: porque a la hora que menos pensáis, ha de venir el Hijo del hombre.

^L ³⁴ ¡*Mirad por vosotros!*, no sea que vuestros corazones se emboten con la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida: y os sobrevenga de repente aquel día: ³⁵ porque como un lazo vendrá sobre todos los que están sobre la tierra. ³⁶ Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de evitar todas estas cosas que han de venir, y de estar en pie delante del Hijo del hombre.

Explicación. — Los terribles e imprevistos acontecimientos predichos por el Señor en la primera parte del discurso escatológico, reclaman vigilancia asidua y trabajo, de lo contrario vendrá el Señor y nos encontrará desprevenidos y con las manos vacías de buenas obras. Es la tesis de esta segunda parte, que ilustra Jesús con las parábolas del ladrón, del lazo, de los siervos, de las vírgenes y de los talentos. Las dos primeras son objeto de este número.

HAY QUE VIGILAR: PARÁBOLA DEL LADRÓN (Mt. vv. 42-44). — Si el advenimiento del Hijo del hombre ha de ser rápido e imprevisto, como vino la inundación del diluvio, la consecuencia es natural: hay que estar en vela: *Mirad, pues, velad y orad*. No quiere el Señor que sus discípulos sepan el tiempo ni la hora del advenimiento, para que estén siempre sus ánimos en suspenso, esperándole: *Porque no sabéis cuándo será el tiempo, a qué hora ha de venir vuestro Señor*.

Ilústrase esta tesis, primero con la parábola del padre de familias y el ladrón, clásica en el Nuevo Testamento para concretar esta verdad (cf. 1 Thess. 5, 2; 2 Petr. 3, 10; Apoc. 3, 3). Jesús reclama la atención de sus discípulos: *Mas entendad, que...* Un jefe de casa que sabe ha de venir el ladrón, no duerme, sino que se hace todo ojos y oídos para advertir su llegada: *Si el padre de familias supiese a qué hora ha de venir el ladrón, velaría sin duda*. Solían en la Palestina construirse las casas con muros de adobe o barro apisonado, o con ladrillos crudos; no era difícil abrir de

noche un boquete por el exterior sin que lo advirtiesen los moradores: en este caso, el padre de familias evitaría la intrusión de la gente maleante: *Y no dejaría que fuera minada su casa.* Como él deben estar en vela los discípulos de Cristo, porque el Hijo del hombre vendrá impensadamente como ladrón, de noche: *Por tanto, estad apercebidos también vosotros: porque a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del hombre.*

PARÁBOLA DEL LAZO (Lc. vv. 34-36).— Nuestro interés personal, pues en ello van envueltos nuestros destinos eternos, exige que evitemos todo aquello que pueda embotar este agudo sentido de la vigilancia: lo que adormece nuestro espíritu es la sensualidad en todas sus formas y la absorción de los negocios mundanos: *¡Mirad por vosotros!, no sea que vuestros corazones se emboten con la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida. ¡Ay de aquellos que se entreguen a la crápula y a la disipación, que verán precipitarse sobre ellos el día tremendo!: Y os sobrevenga de repente aquel día...*

EL LAZO (35.36).— Los peces son cogidos en la red y las aves en trampas y lazos cuando menos advertidos están; así serán cogidos de improviso todos los hombres en la gran redada del último día: *Porque como un lazo vendrá sobre todos los que están sobre la tierra* (cf. Eccl. 9, 12; Is. 8, 14.15; 24, 17).

Como consecuencia de ello, incúlcase otra vez la idea de la vigilancia: *Velad, pues...* A los obstáculos de la vigilancia, la sensualidad y la disipación, se contraponen el espíritu y la práctica de la oración: *Orando en todo tiempo.* De esta suerte se evitarán los grandes males de aquel último día, que fatalmente deben venir, el juicio adverso y la condenación: *para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de venir:* y podremos presentarnos sin temor de reprobación ante el tribunal del Señor: *y de estar en pie delante del Hijo del hombre,* no sucumbiendo en juicio, en aquel día de su venida.

Lecciones morales.— A) M. v. 42. — *Mirad, pues, velad...* — Está en vela, dice San Gregorio, quien tiene los ojos abiertos para ver toda luz verdadera que ante ellos brille; está en vela quien practica aquello que cree; está en vela quien ahuyenta de sí las tinieblas de la pereza y de la negligencia. Y esta palabra, añade San Agustín, la dijo Jesús no sólo para los discípulos a quienes hablaba, sino para cuantos nos precedieron, y para nosotros mismos, y para cuantos vivirán después de nosotros hasta el día de su ad-

venimiento final, que será el día de todos. Porque entonces viene para nosotros aquel día, cuando viene «nuestro» día, pues tales seremos juzgados el último día del mundo cuales salgamos de esta vida el día último de la nuestra. Por esto debe estar en vela todo cristiano, para que no lo halle mal dispuesto el día del advenimiento del Señor; sin preparación hallará aquel día a quien sin preparación cogió su último día.

B) vv. 43.44. — *Ha de venir el ladrón... a la hora que menos pensáis...* — Guardamos celosamente las riquezas para que no caigan en manos de ladrones, y dejamos abierta la casa de nuestra alma para que penetren en ella los ladrones de las verdaderas riquezas, que son las de nuestro espíritu, dice el Crisóstomo. ¡Peligro tremendo el que corren nuestros destinos eternos! Porque a la hora que menos pensemos vendrá el Hijo del hombre. Vendrá la muerte, en la que nadie piensa, porque hasta los que piensan morir, o no piensan en el advenimiento de quien les ha de juzgar, o piensan que aún tienen tiempo de más vivir. Y el día del Señor es inexorable; nos cogerá cuales seamos y como estemos: vigilantes y llenos de buenas obras en el Señor, o descuidados y con nuestra alma en posesión del infernal ladrón, para quien el último día del pecador es el día del dominio definitivo y eterno sobre él mismo.

c) Lc. v. 34. — *¡Mirad por vosotros!...* — No dice Jesús: Mirad por lo vuestro, o por los vuestros, o por los que tenéis a vuestro alrededor; sino: «Mirad por vosotros», dice Teofilacto: y nosotros somos nuestro entendimiento y nuestra alma, nuestro cuerpo y nuestros sentidos; así como lo nuestro es las posesiones, riquezas, etc., sobre las que no nos advierte cuidemos. Nosotros somos los que debemos evitar la sensualidad y el vértigo que dan las cosas de la vida, para que no nos aturdamos y seamos cogidos en el lazo cuando menos pensemos. En esto son más prudentes los irracionales que nosotros; por cuanto ellos escogen por instinto aquello que les conviene, dejando lo que les es nocivo; mientras nosotros hacemos servir nuestra razón y nuestros sentidos para nuestra ruina.

d) v. 36. — *Y de estar en pie delante del Hijo del hombre.* — No estar en pie ante el Hijo del hombre es sucumbir en el último juicio que El hará de los actos de nuestra vida. Es, además, caer de nuestro destino eterno, que no es otro que ver a nuestro Dios cara a cara en el cielo, por los siglos de los siglos. Pero, ¿quién, Dios mío, podrá no sucumbir ante Vos, Juez santísimo y justísimo? ¿Quién será capaz de ver vuestra cara y no morir? Nosotros; podemos decir confiados en la gracia de Jesucristo. Si le seguimos imitándole, nos llamará en su mismo tribunal «benditos de su Padre», y nos introducirá El mismo en el reino que se nos ha preparado desde el principio del mundo. Como Dios nos da su gracia en este mundo para que seamos santos y podamos presentarnos ante el tremendo Juez y ser colocados a su diestra, así nos dará en el cielo una gracia especialísima, que los teólogos llaman «luz de la gloria», para que podamos verle cara a cara, tal como es. La visión de la esencia de Dios y el gozo que la acompaña es el fin de nuestra vocación y de nuestra vida de cristianos.

177. — B) PARABOLAS DE LOS SIERVOS
Mt. 24, 45-51; Mc. 13, 34-37

^{M 45} ¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente, a quien su señor puso sobre su familia, para que les dé de comer a tiempo? ⁴⁶ Bienaventurado aquel siervo a quien hallare su señor así haciendo, cuando viniere. ⁴⁷ En verdad os digo, que lo pondrá sobre todos sus bienes. ⁴⁸ Mas si dijere aquel siervo malo en su corazón: Tarda mi señor en venir: ⁴⁹ y comenzare a maltratar a sus compañeros, y a comer y beber con los que se embriagan: ⁵⁰ vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe: ⁵¹ y lo separará, y pondrá su parte con los hipócritas. Allí será el llorar y el crujir de dientes.

^{MC 34} Así como un hombre que, partiéndose lejos, dejó su casa, y encargó a cada uno de sus siervos todo lo que debían hacer, y mandó al portero que velase. ³⁵ Velad, pues, (porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si de tarde, o a medianoche; o al canto del gallo, o a la mañana), ³⁶ No sea que cuando viniere de repente, os hallé durmiendo. ³⁷ Y lo que a vosotros digo, a todos digo: Velad.

Explicación. — Jesús, como consecuencia de lo imprevisto y rápido de los sucesos que ha predicho, ha sentado esta tesis: Es preciso estar en vela, y la ha ilustrado con las parábolas del ladrón y del lazo. Con las parábolas de esta lección enseña la manera de velar y les estimula con la esperanza del premio.

PARÁBOLA DEL SIERVO FIEL Y DEL INFIEL (Mt. 45-51). — Para excitar la atención de sus discípulos, empieza el Señor la parábola con una pregunta, cuya respuesta deja a su recto juicio: *¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente, a quien su señor puso sobre su familia, para que les dé de comer a tiempo?* La parábola va dirigida en primer término a los mismos Apóstoles y a los que les sucederán en la dispensación de los misterios de Dios, obispos, prelados, sacerdotes y doctores: ellos son los encargados por el Señor Jesús del régimen de su familia que es la Iglesia; ellos deben velar y administrar la doctrina, la gracia, la corrección, si es necesario, a los hijos del Padre de familias. Deben ser fieles, no teniendo otra norma en su ministerio que la voluntad de su Señor; prudentes, de celo discreto, para acomodar su acción a las condiciones de hombres y tiempos. El siervo que así lo hiciere y perseverare en su bien obrar será feliz: *Bienaventurado aquel siervo a quien hallare su señor así haciendo, cuando viniere:* el Padre de familias le galar donará muníficamente: *En verdad, os digo, que lo pondrá sobre todos sus bienes,* por cuanto se le dará en posesión El mismo que

es el Bien Sumo y fuente de todos los bienes. En ello se designa la gloria especial que gozarán aquellos que hayan sido fieles ministros del Señor (1 Tim. 5, 17; Dan. 12, 3). Con la debida proporción, debe esta parábola aplicarse a todo fiel, aunque no ejerza ministerio.

Contrasta con el anterior la conducta y la suerte del siervo infiel que, fiado en la tardanza del señor y más atento a sus concupiscencias que a sus graves deberes, busca interiormente la manera de satisfacer sus perversas inclinaciones: *Mas si dijere aquel siervo malo en su corazón: Tarda mi señor en venir...* Los pecados más comunes de los malos siervos son: las injusticias, con las que defraudan y atropellan a sus subordinados, y la satisfacción de las bajas pasiones, dilapidando los bienes que el señor puso en sus manos: *Y comenzare a maltratar a sus compañeros, y a comer y beber con los que se embriagan.* La vana confianza en que descansó no le salvará, porque también a él le llegará de improviso la hora: *Vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe.* Tanto cuanto el siervo fue feliz, será el infeliz desgraciado, porque el señor lo arrojará de su familia, si no es que le parta en dos con su espada, como parece indicar el griego y no era infrecuente castigo en la antigüedad: *Y lo separará.* Su destino definitivo será con los hipócritas, con los desgraciados ministros del Señor, que habiendo profesado un estado y un ministerio santos, lo han utilizado para la maldad: *Y pondrá su parte con los hipócritas.* Ello importará la condenación eterna, suma de toda pena y de todo llanto: *Allí será el llorar y el crujir de dientes* (cf. Mt. 13, 42: número 65).

PARÁBOLA DE LOS SIERVOS QUE ESTÁN EN VELA (Mc. 34-37).—Repítese la misma enseñanza con esta pequeña parábola. El Señor es *así como un hombre que, partiéndose lejos, dejó su casa:* Jesús, según su presencia corporal y visible, dejó su Iglesia cuando subió a los cielos; pero dejó a cada uno de nosotros su oficio o misión especial, según nuestro estado: *Y encargó a cada uno de sus siervos todo lo que debían hacer.* Les encargó asimismo la vigilancia en el cumplimiento de sus deberes; concrétese de una manera especial el encargo en aquel que tiene por misión principal la vigilancia, que es el custodio de la casa: *Y mandó al portero que velase.* Lo que el señor de la casa hizo con sus familiares, lo hace Jesús con nosotros: *Velad, pues.* La razón es la incertidumbre de su venida: *Porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa.* De las seis de la tarde a las seis de la mañana, dividían los romanos la noche —y los judíos lo aceptaron después de Pompeyo— en cuatro vigiliás de tres horas: en cualquiera de ellas puede presentarse el

dueño: *Si de tarde, o a medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana.* Como la venida del jefe de la casa será súbita, sin aviso previo, es preciso no dormir, para evitar la sorpresa: *No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo.* Concluye el Señor con esta frase enfática: *Y lo que a vosotros digo, a todos digo: Velad:* todo hombre es siervo del Señor Jesús; todo cristiano debe velar: vendrá el Señor con la impensada muerte para cada uno de nosotros, antes que venga para todos el último día del mundo.

Lecciones morales.—A) Mt. v. 45.—*¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente...?*—No es cosa común hallar la fidelidad y la prudencia hermanadas en quienes han recibido de Dios la misión de gobernar y administrar al pueblo, sean eclesiásticos o seculares, pues también de éstos se ha dicho esta parábola, según el Crisóstomo. La fidelidad dice relación al Señor, que ha puesto en nuestras manos los tesoros de su doctrina y de su ley para que los administremos tales cuales son y tal como El quiere. La prudencia se refiere especialmente a la utilización de estos mismos tesoros en orden al bien de nuestros subordinados. Ello reclama unión de pensamiento, de voluntad, de intención, de acción, con Jesús: sin esto sería imposible la fidelidad; y exige atención, conocimiento, sagacidad, oportunismo y, sobre todo, caridad con nuestros administrados, sin lo cual faltaría la prudencia. Situado el ministro de Dios entre Jesús y sus administrados, debe estar unido, con toda su vida, al Maestro y a las ovejas, para que en él y por él se junten Dios y los hombres, cuanto más mejor, en virtud de estas dos grandes leyes de su vida ministerial: la fidelidad y la prudencia. La responsabilidad es tremenda.

B) v. 47.—*Lo pondrá sobre todos sus bienes.*—Es munífico el Señor para cuantos le sirven; pero especialmente para cuantos, unidos a El por la vocación y el ministerio, son sus cooperadores en la obra de la evangelización del mundo. Recuérdense las delicadas palabras que tiene Jesús para sus Apóstoles en el Evangelio; son sus «amigos», sus «hijitos»; quien les oye, a El oye; quien les desprecia, a El desprecia (Ioh. 13, 33; 15, 14; Lc. 10, 16); según el profeta, quien les toca, toca la pupila del ojo del Señor (Zach. 2, 8). Esta predilección, hija de la unión sacerdotal con el Sacerdote eterno y único de la nueva Ley, importa un galardón especial para quienes con fidelidad y prudencia llenan sus deberes ministeriales. ¿Quién podría barruntar siquiera ni descubrir las finezas que tiene reservadas el Sacerdote Jesús para sus buenos sacerdotes?

C) v. 48.—*Tarda mi señor en venir...*—Todos nos formamos la ilusión de que retrasa el Señor su venida para pedirnos cuenta de nuestra vida. Tan aferrados estamos a ella, que se nos antoja a veces que somos inmortales. Se necesita la experiencia de cada día para convencernos de que será un hecho fatal nuestra muerte. Aun así, ¿quién no piensa vivir un año más? Miramos a los que viven siendo más viejos que nosotros, y no vemos a los miles que han sucumbido sin llegar a nuestra edad. Como dice el refrán, no

pasaremos de viejos; y para ser viejos no necesitamos esperar largos años: aunque sean largos, la espera es corta, porque pasan fugaces, y nunca son muchos en número, aunque sean cien. No tardará el Señor en venir...

d) v. 51. — *Lo separará, y pondrá su parte con los hipócritas.* — Hipócrita, dice San Jerónimo, es ser una cosa y aparentar otra, ser malo y parecer bueno, ejercer un ministerio sagrado y ser indigno de él. A este tal le sucederá lo que a aquellos dos que estaban en un mismo campo, o lo que a aquellas dos que movían una misma muela: aparentaban ser y hacer lo mismo, y uno fue tomado por los ángeles buenos, y otro dejado, es decir, condenado. ¡Qué pena para dos que han ejercido un mismo ministerio, quizás unidos por lazos de amistad, que uno se salve, y otro tenga su porción con los hipócritas! Lo mismo puede decirse de todos los cristianos. Hagamos nuestra vida digna de nuestro nombre y de nuestro estado.

e) Mc. v. 35. — *No sabéis cuándo vendrá... si de tarde, o a medianoche...* — ¡Triste condición la del hombre! Nace como una flor, y como una flor es tronchado por el tiempo: su vida es efímera, aunque dure cien años. Pero su brevedad está llena de la zozobra de la muerte: puede ésta venir a la mañana de la niñez, al canto del gallo de la juventud florida, a la tarde de la edad madura, a la noche de la senectud. ¡Bien venida la muerte, si viene a buena hora! «¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!» (Apoc. 14, 13). La muerte en este caso no es más que un tránsito, un paso a otra vida mejor. Pero sólo logran vida mejor aquellos a quienes la muerte coge en vela. ¡Ay de los dormidos cuando venga el Señor! Velad.

178. — C) PARABOLA DE LAS DIEZ VIRGENES Mt. 25, 1-13

Evangelio de la Misa del Común de Santas Vírgenes

¹ Entonces será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y de la esposa. ² Mas cinco de ellas eran fatuas, y cinco prudentes: ³ y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. ⁴ Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. ⁵ Y como tardara el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas. ⁶ Mas a medianoche se oyó gritar: ¡Mirad que viene el esposo! ¡Salid a su encuentro! ⁷ Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. ⁸ Y dijeron las fatuas a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. ⁹ Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los que lo venden, y comprad para vosotras. ¹⁰ Y mientras ellas fueron a comprarlo, vino el esposo: y las que estaban prestas entraron con él a las bodas, y fue cerrada la puerta. ¹¹ Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor,

ábrenos! ¹² Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco. ¹³ Velad, pues, porque no sabéis el día ni a la hora.

Explicación.—Pertenece esta parábola al llamado «ciclo de la vigilancia»; es propia de Mateo y una de las más hermosas del Evangelio. Su exposición es de extraordinaria delicadeza y su conclusión impresiona por lo rápida y trágica. Se ha dicho con razón que tiene esta parábola el encanto de Lucas, la vivacidad de Marcos, con algo de tierno y melancólico que hace recordar a Juan.

Entonces, en el tiempo en que Cristo ha de venir, *será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes...*; es decir, en el reino mesiánico, en la Iglesia y en el cielo sucederá algo semejante a lo que les ocurrió a las diez vírgenes... Toma Jesús la parábola de las costumbres judías en la celebración de la boda: la esposa o prometida está en casa de sus padres, hacia la caída del día, rodeada de diez amigas, esperando al esposo, que saldrá de la suya con sus amigos para ir a buscarla y llevarla consigo; se formará alegre cortejo de jóvenes de ambos sexos, cada uno de los cuales llevará su lámpara encendida colgada de un palo, y entre cantos y al son de músicos instrumentos se dirigirán a casa del esposo, donde se celebrará suntuoso festín, entrada ya la noche (Vide t. I, página 114). El número diez es número de totalidad o universalidad; con los diez números se escribe toda cantidad (cf. Gen. 31, 7.41; Lev. 26, 26; Luc. 19, 13). La virginidad es aquí idea secundaria; todo lo más podría significar la pureza de cuerpo y espíritu, ya que en las diez vírgenes la mayor parte de los intérpretes entiende la totalidad de los fieles cristianos.

Tomaron las diez vírgenes sus lámparas, semejantes a pequeñas escudillas donde había una corta cantidad de aceite con un pabilo, colgaronlas en sendos bastones o pértigas y fueron a casa de la esposa para recibir con ella al esposo y su acompañamiento: *Que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y de la esposa.* En las lámparas encendidas viene significada la gracia santificante o caridad. El esposo es Jesús, que viene a celebrar sus bodas con la Iglesia (Mt. 9, 15; 2 Cor. 11, 2; Apoc. 19, 7, etc.); todos debemos formar en el cortejo de la Esposa para entrar en el celestial convite.

No fue igual en las diez vírgenes el espíritu de previsión y diligencia: cinco de ellas eran ligeras, casquivanas; las otras cinco, sesudas, de sentido práctico: *Mas cinco de ellas eran fatuas, y cinco prudentes.* Las primeras, que juegan en esta parábola el principal papel, tomaron las lámparas con su aceite, pero sin llevar re-

puesto en alcuza o vasos: *Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite.* En cambio, las prudentes, a más del aceite de las lamparillas, llevaron consigo mayor cantidad en sendas vasijas: *Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas.* El aceite significa las buenas obras y el ejercicio de las virtudes, fuga del pecado, oración, uso de los sacramentos, etc., con todo ello se alimenta la llama de la caridad, como la de la lámpara con el aceite.

Tardó en venir el esposo: es el espacio de tiempo que se nos concede para el bien obrar. Las diez vírgenes, como suele suceder a quienes de noche tienen que esperar mucho, empezaron por dormir y luego se durmieron completamente: *Y como tardara el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas.* En este sueño se simboliza el olvido y despreocupación, en que suelen incurrir buenos y malos, en lo tocante a la venida del Señor. Pero súbitamente, en pleno olvido de la venida del esposo, significado por las tinieblas de la medianoche, se oye el vocerío de los que han visto de lejos venir al esposo con su acompañamiento y que llaman a quienes deben juntarse a la comitiva: *Mas a medianoche se oyó gritar: ¡Mirad que viene el esposo! ¡Salid a su encuentro!* Este clamor súbito en medio de las tinieblas representa la voz de la trompeta con que los ángeles del Señor llamarán a los humanos a juicio cuando menos piensen.

Despertaron al clamor las dormidas vírgenes, se levantaron y despabilaron sus lámparas: *Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y enderezaron sus lámparas.* Las cinco necias advierten entonces su imprevisión: sus lamparillas tienen ya escaso aceite, y van a quedar sin luz; como no llevaron aceite para rellenarlas, se lo piden a las prudentes: *Y dijeron las fatuas a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.* Este versículo y el siguiente son de mero adorno literario de la parábola, pues el día de la venida del Señor no podrá haber ya intercambio de buenas obras: cada cual deberá esperar solamente de las suyas. En la respuesta de las prudentes aparece el legítimo temor de que en el tremendo día ni la abundancia de buenas obras dará la seguridad de la salvación: «apenas si el justo estará seguro», dice la Iglesia: *Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los que lo venden, y comprad para vosotras.* Es caritativo consejo, pero ineficaz y fuera de tiempo.

No es tiempo de comprar lo que falta cuando ha llegado el esposo; no hay tiempo de trabajar ni de hacer penitencia cuando

viene la noche del juicio, sino que es hora de pagar los descuidos y la necedad pasada: *Y mientras ellas fueron a comprarlo, vino el esposo: y las que estaban prestas entraron con él a las bodas, y fue cerrada la puerta: no pueden entrar en el festín del Señor sino aquellos a quienes halla preparados en su visita.*

Llegaron las vírgenes necias cuando todo el cortejo había ya entrado en casa del esposo: llamaron a las cerradas puertas con voz acongojada y suplicante: *Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!* Todo inútil: la respuesta del Señor es cerrada negativa, repulsa trágica, que importa la separación definitiva de las necias: *Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco.* El Señor sólo conoce a los que son suyos por la caridad, a los que son miembros de su cuerpo místico.

Termina la parábola con la aplicación, que no es más que la reiteración del precepto de la vigilancia, tan inculcado en el discurso escatológico: *Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.*

Lecciones morales.—A) v. 2. — *Mas cinco de ellas eran fatuas...* — Es escaso el número de los prudentes según Cristo, e incontable el número de los necios, que no tienen el sentido práctico de las cosas de Dios. Porque si, como dice San Gregorio, es prudente aquel que cree bien y vive bien, y es necio y fatuo aquel que tiene la fe de Jesús, pero no cuida de prepararse con buenas obras, ¿quién será capaz de medir la desproporción que en la Iglesia hay entre los necios y los prudentes? El número de los que se salvan, que son en definitiva los prudentes de esta parábola, sólo por Dios es conocido; pero tengamos la certeza de que no se salvan sino aquellos que llegan al día del Señor con la llama de la caridad encendida en sus almas. ¿Somos prudentes o necios?

B) v. 4. — *Las prudentes tomaron aceite en sus vasijas...* — La caridad, que es la luz de nuestra lámpara, es decir, de nuestra vida, es de suyo inamisible. Los dones del Señor son sin arrepentimiento, y no retira jamás el ósculo de su amor que con él nos une. Pero las terribles concupiscencias, que militan en nuestros miembros y son las formidables adversarias de la caridad, pueden arrebatar-nosla, matando la luz y el calor de Cristo en nosotros. Es preciso atenuar la fuerza de la concupiscencia y aumentar la de la caridad, que están siempre en razón inversa: y para ello necesitamos el continuo esfuerzo del bien obrar; es el aceite de repuesto con que alimentaremos la llama de la caridad. Oración, ayuno, mortificación interior y exterior, obras de misericordia, recepción de sacramentos: he aquí los recursos ordinarios para mantener a raya la concupiscencia y avivar la caridad de Cristo en nosotros. Tengamos siempre abundante repuesto del aceite del bien obrar para que no se extinga la vida luminosa de nuestro espíritu, que es el vivir en Cristo.

c) v. 8. — *Dadnos de vuestro aceite...* — Mientras vivimos esta vida mortal podemos ayudarnos mutuamente, en orden a las necesidades temporales y hasta de las eternas. Dios ha querido que los hombres estuviéramos unidos por los lazos de una solidaridad que tiene imponderable eficacia mutua. Pero en el momento preciso en que nos llame el Señor, quedaremos absolutamente solos ante El; todo esfuerzo ajeno, toda buena voluntad ajena nos será inútil; ni los mismos bienes que Dios puso a nuestro alcance para nuestra salvación podrán servirnos: predicación, sacramentos, gracia, serán como si no fuesen para nosotros. ¡Solos con Dios juzgador! «¿Qué diré yo entonces, miserable?», podemos decir con la Iglesia. ¿Diremos tal vez a nuestros amigos, a los sacerdotes, a la misma Iglesia: Dadnos de vuestro aceite? Será inútil: como las buenas obras de los demás son inalienables, así será imposible hacernos con ellas por cuenta nuestra. Ya no hay tiempo: y para bien obrar se necesita tiempo. Sólo en esta tierra se da el aceite de las buenas obras: y Dios nos habrá llamado ya fuera de la tierra, para juzgarnos. ¡Cuán prudentes debiéramos ser, llenando a rebosar el vaso de nuestras almas del aceite del bien obrar, para brillar en el juicio y luego en eternidad perpetuas!

d) v. 11. — *¡Señor, Señor, ábrenos!* — Magnífica confesión del poder del Señor, dice San Jerónimo: egregia manifestación de la fe cristiana; pero, ¿qué aprovechará llamar de boca a quien desconocimos por las obras? No los que dicen: «Señor, Señor», se salvan; sino los que cumplen la ley, éstos son los justificados, dice el Apóstol (Rom. 2, 13). Por ello es que el Señor, a las vírgenes necias, a pesar de que le confiesan por la fe, lo cual prueba que le conocen, les da esta terrible repulsa: «No os conozco.» Porque si bien la fe es un contacto de nuestra inteligencia con el pensamiento de Dios, pero no es lo que da forma cristiana a nuestra vida; esto lo hace la caridad, que es la que imprime en nosotros el sello del Espíritu Santo por el que nos conoce Jesús como suyos, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús.

e) v. 12. — *En verdad os digo, que no os conozco.* — Conoce el Señor a los que son de El (2 Tim. 2, 19); no conoce a quienes le desconocen (1 Cor. 14, 38). El Señor lo conoce todo y conoce a todos, porque es el Señor de todo y de todos; pero se trata aquí del conocimiento en orden a la vida eterna. Dios predestinó un mundo de almas, que son las de los elegidos, para darles una participación de su bienaventuranza: quien no ha correspondido a su vocación y a su predestinación queda excluido de este número, y es desconocido del Señor. ¡Que nos conozca el Señor como suyos el día de las eternas bodas! ¡Que no oigamos la terrible palabra que oyeran las vírgenes necias: «No os conozco»!

179. — D) PARABOLA DE LOS TALENTOS
Mt. 25, 14-30

**Evangelio de la Misa del Común de Confesores Pontífices
(vv. 14-23)**

¹⁴ Porque así es, como un hombre que, al marcharse lejos, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes: ¹⁵ y dio a uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno, a cada uno según su capacidad, y se marchó luego. ¹⁶ El que había recibido los cinco talentos, se fue a negociar con ellos, y ganó otros cinco. ¹⁷ Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos. ¹⁸ Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.

¹⁹ Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó a cuentas. ²⁰ Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí que he ganado otros cinco de más. ²¹ Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor. ²² Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. ²³ Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

²⁴ Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor: sé que eres un hombre de recia condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste: ²⁵ y temiendo, me fui, y escondí tu talento en tierra: ahí tienes lo que es tuyo. ²⁶ Y respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido: ²⁷ pues debías haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío. ²⁸ Quitadle, pues, el talento, y dádsele a quien tiene diez talentos: ²⁹ porque a todo el que tuviere, le será dado: mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene. ³⁰ Y al siervo inútil, echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujiir de dientes.

Explicación. — También esta parábola es propia de Mateo, aunque Lucas tiene la de las minas (19, 11-28), que ofrece muchas semejanzas con esta de los talentos. Maldonado y Bossuet las identifican, pero son tan notables las diferencias de lugar, tiempo, descripción y hasta finalidad moral de los dos fragmentos, que hoy se tiene por indudable que son dos parábolas propuestas por el Señor en distintas ocasiones. Ni obsta la semejanza de argumento y de moraleja, por cuanto se dan en los Evangelios varios casos de repeticiones análogas. Por su claridad, bástale a esta parábola brevísimo comentario.

EL HOMBRE QUE DA TALENTOS A SUS SERVIDORES (14-18). - *Porque así es, en el reino de los cielos, como un hombre que, al marcharse lejos, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes:* es la imagen de Jesús quien, después de fundar su Iglesia, dejó la tierra y subió a los cielos, dejando a los suyos, que son todos y cada uno de los cristianos, todos sus bienes: sacramentos, doctrina, sacerdocio, gracia, etc. No se los distribuyó en igual medida, sino que dio a unos más y a otros menos: *Y dio a uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno:* consideró las fuerzas, la capacidad, el ingenio de cada uno, y les repartió proporcionalmente sus bienes: *A cada uno según su capacidad.* El talento es representativo de los grandes dones que al hombre hace Dios, en el orden de la naturaleza y de la gracia: dotes de alma y cuerpo, dignidades, riquezas, elocuencia, prestigio, todo aquello, en fin, que podemos utilizar para la gloria de Dios y bien de las almas. No da Dios los dones naturales y sobrenaturales según la misma medida, sino que atiende las cualidades y fuerzas de los hombres de tal manera que ninguno de ellos pueda quejarse de que le haya concedido más o menos de lo que convenía. Distribuidos sus dones según su liberalidad, el hombre se marchó en seguida, sin decir el tiempo de su vuelta, dejando a los siervos negociar el dinero según su criterio e ingenio: *Y se marchó luego.* La ausencia representa el tiempo que se nos concede para negociar el reino de los cielos.

Los vv. 16-18 refieren brevemente la conducta de los siervos: dos de ellos trabajaron con tanta inteligencia y tesón, que doblaron el capital recibido: *El que había recibido los cinco talentos, se fue a negociar con ellos, y ganó otros cinco:* es el símbolo de los que cumplen fielmente sus deberes, cooperan a la gracia, se afanan en trabajar para Dios, para sí y para sus prójimos. Lo mismo hizo el segundo: *Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos.* Nótese que los siervos negocian con los talentos que han recibido; porque en orden al reino de los cielos nada podemos hacer sino con lo que Dios nos da. El tercero, indolente y perezoso, no malbarata el talento recibido; se contenta con esconderlo en lugar seguro para devolverlo sin ganancia a su señor: *Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor:* en él se figuran los que reciben en vano la gracia del Señor (2 Cor. 6, 1), que no hacen el bien que pudieran y debieran, ni levantan el corazón de las cosas de la tierra.

EL SEÑOR LLAMA A CUENTAS: LOS SERVIDORES FIELES (19-23). — Dinero abundante y tiempo prolongado les concedió el señor a sus

siervos para que negociaran; por fin regresó y pidióles cuentas: *Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó a cuentas:* es la visita del Señor al fin de nuestra vida: cuanto más tiempo y mayores dones, más exigente será el Señor. El siervo de los cinco talentos ofrece a su dueño el capital duplicado: *Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos:* el fruto que debemos reportar de los dones de Dios debiera ser equivalente a los mismos. El siervo fiel no se ufana con la exhibición de su lucro, antes reconoce primero el don recibido sin el que le hubiese sido imposible negociar, *diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí que he ganado otros cinco de más.* Alaba y premia el Señor la diligencia del buen siervo: *Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor:* la parábola pasa aquí de la alegoría a la realidad: no es cosa escasa cinco talentos; si eran de oro, valían sobre 650.000 pesetas; pero es poca cosa toda la riqueza del mundo comparada con el gozo del Señor, la visión de Dios en el cielo, que dará el Señor a quienes correspondan a sus dones.

El siervo de los dos talentos es tratado como el de los cinco: *Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado:* tanto hizo éste como el otro, porque sacó de su capital un lucro proporcional. Por ello tiene para él el señor las mismas palabras de alabanza y la misma recompensa, porque no mira Dios cuánto hemos hecho, sino la diligencia, el ahínco, la fidelidad con que hemos trabajado: *Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.*

EL MAL SERVIDOR (24-30). — El tercer siervo no dilapidó el capital recibido de su dueño, pero no lo hizo trabajar por desidia. Convencido de que ha obrado mal, lejos de confesar su pereza, increpa a su señor, tratándole de ambicioso y duro, justificando con ello su pusilanimidad y abandono: *Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste:* te gustan negocios copiosos sin recompensar a quienes te sirven. Por esta tu dureza te temí, y guardé en lugar seguro tu talento, no fuese caso lo perdiese en mis negocios: *Y temiendo, me fui y escondí tu talento en tierra. Y añade en forma grosera:*

Ahí tienes lo que es tuyo, no es justo te enriquezcas con mi trabajo.

Increpa el señor al siervo por su desidia: *Y respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso: malo es quien no cumple su deber de hacer el bien.* Y luego, retorciendo el argumento de la dureza y ambición, añade: *Sabías que siego en donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido,* dice en forma interrogante, pues el trato que ha dado a los siervos buenos no le denuncia como ambicioso y duro; luego motivo de más para que te afanaras en contentarme. Y cuando no quisieras aumentar mi capital con tu personal esfuerzo, podías llevar a la banca mi dinero para que me diera una renta que hubiese sido bien mía: *Pues debías haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío.* Y añade el Señor el castigo del siervo por su cobarde conducta: *Quitadle, pues, el talento, y dádsele a quien tiene diez talentos:* suele el Señor quitar a los hombres aquellos dones y gracias que con su pereza han hecho inútiles.

Termina la parábola con una admonición gravísima y con la sanción que mereció el siervo malo: *Porque a todo el que tuviere, le será dado;* el esfuerzo y la cooperación a la gracia, atraen otras gracias de la liberalidad de Dios. En cambio, los indolentes y perezosos, que tienen ociosos los talentos o dones que han recibido, se verán privados, en mil formas, de aquello que recibieron, aunque conserven las apariencias de lo que tuvieron: *Mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene.* Esto, por durante la vida en la que tiene también su aplicación esta parábola. Más terrible es sin comparación el castigo definitivo: *Y al siervo inútil, echadle en las tinieblas exteriores, al infierno: Allí será el llorar y el crujir de dientes* (vide Mt. 8, 12: núm. 56): no sólo los que obran mal serán condenados, sino también los que no hicieron el bien que debieron: «¡Ay de mí, si no evangelizare!», dice el Apóstol (1 Cor. 9, 16).

Lecciones morales.—A) v. 15.—*A cada uno según su capacidad...*—No quiere ello decir que los dones de gracia correspondan a los de naturaleza; ni que nuestra capacidad receptora de la gracia, por decirlo así, condicione la largueza del Señor, dador de todo bien. Dios es libérrimo en la colación de sus dones. El, que da la capacidad, da la gracia; y cuando quiere, aumenta con la gracia la capacidad. Pero suele el Señor dar sus dones de gracia en forma que hasta en nuestro ser sobrenatural resulte la armonía, que es la característica de las obras de Dios. La desarmonía resulta de que nosotros no cooperemos a los dones de Dios, estableciendo un desnivel entre nuestra actividad y la generosidad de

Dios para con nosotros. San Pablo se gloriaba de que la gracia de Dios no había sido en él vacía o inútil: es que Dios llenó el vaso del Apóstol según su capacidad; y el Apóstol llenó, por decirlo así, la gracia de Dios con la plenitud de su actividad. Esto es lo que hace las vidas llenas y provechosas, aunque sean desiguales en capacidad y en gracia recibida.

b) v. 20. — *He aquí que he ganado otros cinco de más.* — ¡Cuánta es la generosidad de Dios para con nosotros! Porque El, que nos da los dones de naturaleza y gracia, hace que podamos hacerlos fructificar todos en abundancia para lograr la vida eterna. El da el ser y la manera del ser, en el orden natural y sobrenatural; sin El, nada podemos hacer en orden a la vida eterna; pero basta que pongamos nuestra voluntad al servicio de sus dones para que nazca el mérito, y podamos enriquecernos, no a El, sino a nosotros, con los dones que El nos dio. Es como si un capitalista nos diera su dinero, y nos enseñara la manera de negociarlo, y lo negociara con nosotros, y nos asegurara enormes ganancias, todas para nosotros, a condición de que nosotros acopláramos nuestra voluntad a la suya, nuestro esfuerzo a su esfuerzo.

c) v. 24. — *Señor, sé que eres un hombre de recia condición...* — Hay quienes se figuran a Dios como un señor austero e implacable, que sólo es capaz de infundir temor, dice Orígenes. Y otros, añadimos nosotros, piensan que Dios es tan tolerante, que hallan en su bondad «excusas para sus pecados» (Ps. 140, 4). Ni lo uno ni lo otro. Dios es lleno de austeridad, porque es la rectitud esencial y la autoridad infinita; pero es la suma bondad y la inmensa misericordia. Nadie tan padre como El, en quien se suma la gravedad máxima y la máxima bondad. Y es lleno de tolerancia en el sentido de que «disimula los pecados de los hombres» (Sap. 11, 24) cuando se arrepienten de ellos; pero nunca justifica sus desviaciones sin la debida compensación a su justicia. Tan austero es, que no quiere nos levantemos con ningún talento para aplicarlo a nuestras conveniencias con daño de su ley; tan generoso, que nos permite segar en la vida eterna lo que hemos sembrado en la temporal; y recoger en forma de bienaventuranza sin lo poco que hemos depositado en manos de los pobres.

d) v. 25. — *Y temiendo, me fui, y escondí tu talento...* — Con razón son comparados a este siervo perezoso los pusilánimes, dice Cayetano, a quienes se ocurren preocupaciones como ésta: «Me pedirá Dios estricta cuenta de este negocio, v. gr., de la cura de almas, de oír confesiones y de otras cosas análogas que sirven para el bien espiritual de los demás y propio; pero como quiera que hay en ello grandes peligros, lo mejor será no consagrarme a estos ministerios...» Fíjense, dice A. Lápide, fíjense en ello los que no emplean los talentos, la doctrina, la prudencia y otras dotes en el bien propio y ajeno por desidia, por miedo de pecar, o por otra causa cualquiera: Cristo les exigirá por ello estrecha cuenta.

e) v. 26. — *Siervo malo y perezoso...* — Llámase malo este siervo, porque injurió a su señor; perezoso, porque no hizo trabajar su talento. Lo primero es pecado de soberbia; lo otro, de negligencia, dice San Jerónimo. Peca contra Dios, y contra sí, y quizá contra

el prójimo, quien retiene la gracia de Dios en la inacción. Dios quiere que produzca frutos de vida eterna.

F) v. 27.—*Debías haber dado mi dinero a los banqueros...*—No dice «el dinero», sino «mi dinero»; para que sepamos que no somos más que usufructuarios de todo cuanto hemos recibido de Dios: el ser, las facultades de cuerpo y alma, las pertenencias de todo género. Los banqueros son todos cuantos pueden beneficiarse de lo que nosotros tenemos: los súbditos, de nuestra autoridad; los ignorantes, de nuestra ciencia; el pueblo, de nuestra predicación y ejemplos; los pobres, las obras de caridad y beneficencia, de nuestras riquezas o de nuestro sencillo óbolo. Todo es caudal puesto a renta, y todo produce para Dios.

G) v. 30.—*Echadle en las tinieblas exteriores...*—Quien por su culpa cayó en las tinieblas interiores, utilizando, ciego, para sí lo que le dio Dios para negociar para El, es castigado con las tinieblas exteriores, es decir, privado de la luz de Dios, que debió guiar sus pasos en vida y que fue por él despreciada. No hay tinieblas comparables a las que produce la ausencia de la luz de Dios: son la privación de la luz esencial, mil veces más negras que las que resultan de la ausencia de esta luz que Dios creó.

180.—TERCERA PARTE: EL JUICIO FINAL: Mt. 25, 31-46

³¹ Y cuando viniere el Hijo del hombre con su majestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces en el trono de su majestad: ³² y serán todas las gentes reunidas ante él, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: ³³ y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. ³⁴ Entonces dirá el rey a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde que se hizo el mundo: ³⁵ porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era huésped y me hospedasteis: ³⁶ desnudo, y me cubristeis: enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel y vinisteis a verme.

³⁷ Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer: o sediento, y te dimos de beber? ³⁸ Y ¿cuándo te vimos huésped, y te hospedamos: o desnudo, y te vestimos? ³⁹ O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te fuimos a ver? ⁴⁰ Y respondiendo el rey, les dirá: En verdad os digo, que siempre que lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis.

⁴¹ Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda. Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: ⁴³ era huésped, y no me hospedasteis: desnudo, y no me cubristeis: enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. ⁴⁴ Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? ⁴⁵ Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, que en

cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis. ⁴⁶ E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.

Explicación.—A la reiterada exhortación a la vigilancia, por la proximidad del juicio, añade Jesús, como conclusión del magnífico discurso, la grandiosa descripción del juicio final. Oportunísimo es este cuadro final de la enseñanza pública de nuestro Señor; ya porque convergiendo a él todas las enseñanzas del sermón escatológico, las conveniencias oratorias demandaban la descripción de un cuadro plástico que fijara la doctrina en el espíritu de sus discípulos; para que en las horas de humillación que se le acercaban levantasen su mente, recordando la majestad futura del Juzgador de todos los hombres.

FORMA DEL JUICIO: LOS ELEGIDOS (31-36).—Jesús había anunciado la venida del Hijo del hombre, entre espasmos del mundo, en este mismo discurso (24, 30: núm. 174). Ahora va a describir la forma con que aparecerá: *Y cuando viniere el Hijo del hombre con su majestad...* Cristo hará el juicio de la humanidad como Hijo del hombre, es decir, como Dios-Hombre. El Padre le dio esta potestad como tal (Ioh. 5, 27); y vendrá en su majestad, en su gloria, en magnífica y terrible manifestación de su poder. Formarán su corte todos los ángeles del cielo: así conviene a la majestad del Rey de la gloria; así lo reclama su cualidad de testigos de los hombres a quienes ministraron: *Y todos los ángeles con él.* Los jueces pronuncian sentados sus sentencias; Cristo aparecerá sentado en gloriosísimo trono, quizá sobre una nube resplandeciente (Act. 1, 9.11): *Se sentará entonces*, por contraposición a su actual humildad, *en el trono de su majestad.*

Magnífico y terrible es el aspecto del tribunal; no lo es menos la magnitud de la asamblea que ante él se congrega: *Y serán todas las gentes reunidas ante él*, todas las generaciones, razas, pueblos que fueron, de cualquier religión. Durante el curso de los siglos vivieron buenos y malos mezclados; quizá no había manera de distinguirlos: ahora el Sumo Juez los separa: *Y separará a los unos de los otros.* Como Dios que es, con imperio sobre todo ser, los separa con la facilidad con que un pastor divide las ovejas del rebaño cabrío: *Como el pastor separa las ovejas de los cabritos*, sin error, sin vacilación. Las ovejas son símbolo de los buenos, por su mansedumbre; los cabritos lo son de los malos, por su carácter arisco; sobre el macho cabrío confesaba el gran sacerdote todos los pecados del pueblo de Israel (Lev. 16, 20 sigs.). Por ello son

colocadas las ovejas a la diestra, lugar de honor, y a la izquierda los del ganado cabrío: *Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda.*

El Hijo del hombre es Rey supremo de los hombres; al rey corresponde la suprema potestad judicial: Cristo, Rey-Mesías, juzgará a la humanidad en cualidad de tal: *Entonces dirá el rey a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, llenos de bienes de gracia y gloria por la sobreeminencia de la bendición divina: como hijos de Dios por la redención de Cristo, y como tales herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom. 8, 17), recibid en herencia, como cosa propia, el reino magnífico que al crear el mundo dispuso el Padre para quienes desde la eternidad predestinó: Poseed el reino que os está preparado desde que se hizo el mundo.*

Y da Jesús la razón de la magnificencia del premio: son las buenas obras que practicaron los buenos: *Porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber, lo que en una tierra árida como la Palestina es muy de agradecer: era huésped, y me hospedasteis, recibíendome en vuestra casa como individuo de vuestra familia: desnudo, mal vestido, y me cubristeis: enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel, y vinisteis a verme.* Pone Jesús estas obras de misericordia por vía de ejemplo, no porque ellas basten para alcanzar el cielo; pero ordinariamente no se producen si no hay gran amor de Dios y del prójimo, que son los fundamentos de la vida cristiana, a más de que nada recomendó tanto Jesús como la caridad con el prójimo.

EL PORQUÉ DE LA SENTENCIA FELIZ (37-40).—En el humilde concepto que suelen los buenos tener de sí, se pasmarán de la desproporción entre sus obras, en apariencia sencillas, y la estupenda grandeza del premio: *Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer: o sediento, y te dimos de beber? Y ¿cuándo te vimos huésped, y te hospedamos: o desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te fuimos a ver? ¿Tendrán lugar estos razonamientos entre el divino Juez y los elegidos? No es de creer: todo ello no es más que una manera sensible de ilustrar a sus discípulos sobre la forma del juicio. Hay quienes admiten que Cristo pronunciará sólo la sentencia en voz alta; ni esto admite Santo Tomás. Más bien parece que una especie de instinto divino ilustrará a los elegidos interiormente para que conozcan la razón del felicísimo fallo.*

Y manifestando Jesús su pensamiento, que no es otro que la solidaridad indestructible que hay entre la caridad de Dios y la del prójimo, les hace ver el sumo valor que tienen las buenas obras, aunque sean hechas en favor de los desconocidos, de los pobres y abyectos ante los hombres, a todos los cuales llama con el dulce nombre de «hermano», como sean hechas en su nombre y por su amor: *Y respondiendo el rey, les dirá: En verdad os digo, que siempre que lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí lo hicisteis.*

LA SENTENCIA DE LOS MALOS (41-46). — Es tan terrible como dulce es la de los buenos. *Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí:* he aquí la pena de daño, la privación de la visión y compañía de Dios, y con ella, la privación de todo Bien, porque no hay bien alguno fuera del Sumo Bien. Luego les maldice, o les declara *malditos*; y como la palabra de Dios es eficacísima, con la maldición de Cristo serán cargados los réprobos con toda suerte de males. Añade la pena de sentido: *Al fuego eterno*, fuego verdadero, aunque de distinta naturaleza del nuestro, *que está aparejado para el diablo y para sus ángeles*. Dios no hizo el fuego para los hombres; éstos lo han hecho suyo, siguiendo al demonio, para quien se creó. Nótese la contraposición de las dos sentencias: Venid — Apartaos; Benditos — Malditos; Poseed el reino — Al fuego eterno; Preparado por el Padre — Aparejado para el diablo.

Y prosigue Jesús razonando su sentencia: *Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: era huésped y no me hospedasteis: desnudo, y no me cubristeis: enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.* Repróchales a los malos su falta de caridad con el prójimo; y si no la tuvieron con sus hermanos, que se ven, ¡cuánto menos la tendrían para Dios, que no se ve! Por esto reputa Cristo como tenida para sí la dureza que tuvieron para sus hermanos.

Como suelen los delincuentes, tratan de negar su culpa los réprobos: *Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?* Pero Jesús les reduce fácilmente al silencio con la misma razón, aunque en sentido contrario, de la solidaridad de la caridad: *Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeños, ni a mí lo hicisteis.*

Promulgada la sentencia y alegadas las razones de ella, el Juez

divino manda sin demora su ejecución: *E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna*. No sólo el fuego es eterno, sino el suplicio, como será eterna la vida bienaventurada.

Lecciones morales.—A) v. 31. — *Cuando viniere el Hijo del hombre con su majestad...* — ¿Quién es capaz de ponderar la majestad de Cristo en el último juicio? El es el Hijo del hombre, es decir, el Hombre por antonomasia, el tipo supremo del hombre, el hombre máximo que trasciende sobre todo hombre. Es el Hombre, porque se hizo hombre para centrar a los hombres y llevarlos a Dios. ¡Ay, en estos momentos del juicio, los que no se han dejado llevar a Dios por el Hombre-Dios! Vino al mundo en la benignísima forma de un hombre semejante en todo a los demás, excepto el pecado. Pero su obra de Redentor está acabada; ahora es ya Juez: Juez universal, que viene con toda la majestad del Hombre a quien dio Dios el señorío sobre toda criatura; Juez inexorable, que fallará en estricta justicia; Juez supremo, del que no hay apelación. Ningún genio, en la literatura universal, ha sido capaz de crear un hombre como este Hombre; un juicio, como este juicio; un espectáculo semejante a éste; una epopeya tan grandiosa como la epopeya cuyo héroe es Cristo Juzgador del mundo.

B) v. 32. — *Y separará a los unos de los otros...* — Los buenos, representados por las ovejas, dóciles a la ley y fecundas en buenas obras, de los malos, representados por los machos de cabrío, infecundos, lascivos y montaraces. Será el día de la gran clasificación de la humanidad, en solos dos bandos, los del bien y los del mal, los bienaventurados y los precitos. Grano y paja; cizaña y trigo: y nada más. Se habrá acabado la historia, y las luchas y los afanes de la vida. Se terminó lo pasajero para dar lugar a lo eterno. Ni habrá ya bien ni mal en el sentido moral; porque no habrá ya juego de la libertad, que quedará fija para siempre, en la posesión del Sumo Bien o en la desesperación del sumo mal. Digámosle a Jesús, con la Iglesia, en la «Secuencia» de Difuntos: «Sepárame de los machos de cabrío; sitúame a tu diestra.»

C) v. 35. — *Tuve hambre, y me disteis de comer...* — He aquí el premio de las obras de misericordia. El bien que hacemos a nuestros hermanos, si se lo hacemos por Dios, es de tal trascendencia que nos lleva a la posesión del reino del Padre, que es la misma visión personal de Dios. El mundo no ha sabido comprender esta profunda relación que hay entre la misericordia cristiana y nuestros destinos eternos. Como si Dios se empeñara en hacérsela conocer, condena a la inquietud, a los odios sociales, a las guerras fratricidas, al retroceso, a aquellos pueblos cristianos que no ponen como base social de su existencia la ley de la caridad mutua de los hombres. El egoísmo y la dureza, como destruyen la vida social del hombre, así preparan la catástrofe definitiva de la condenación en el orden individual. En verdad que la misericordia para con el prójimo puede decirse que es el gran factor de la felicidad en el tiempo y en la eternidad.

D) v. 37. — *¿Cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer...?* — Dirán esto los justos, dice Rábano Mauro, no porque des-

confíen de la palabra de Dios, sino como espantados de la magnitud del premio que merecieron sus obras, pequeñas en la apariencia. Es lo que dice el Apóstol: «No hay comparación entre los trabajos de este tiempo y la gloria venidera que se manifestará en nosotros» (Rom. 8, 18). Sólo la generosidad y munificencia de nuestro Padre que está en los cielos es la llave para explicar este misterio de una buena obra, que se convierte en el árbol que da los frutos dulcísimos y eternos de la gloria.

E) v. 41.—*Apartaos de mí...*—Jamás promulgación de ninguna sentencia habrá tenido la amplitud, la terribilidad, la eficacia de estas palabras de Jesucristo Juez. Será la escisión de Dios de toda criatura humana prevaricadora sin arrepentimiento; una verdadera vivisección de cosa tan fuerte y vivaz como es el alma humana de Quien es la vida esencial. Es el Padre que desconoce y desposee a sus malos hijos. Es el Criador que repudia a su criatura. Es el Redentor que arroja de sí a quienes han hollado su sangre. Es el Salvador, que pierde para siempre a quienes no han querido su salvación. Es Dios infinito, infinitamente ultrajado, que castiga infinitamente a quienes le agraviaron y no quisieron lanzarse en los senos infinitos de su misericordia infinita. Este «apartaos» importa un inmenso desamparo. «No nos desampares, Señor, Dios nuestro» (Ps. 37, 22).

F) v. 46.—*Írán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.*—¡Suplicio eterno, vida eterna! Debieran bastar estas palabras para regular toda nuestra vida. Porque el término de nuestra vida es la eterna vida; y si no lo logramos, será fatalmente la eterna muerte. No una muerte que importe negación de vida; sino una vida que será una continua muerte, porque será el desgarrar eterno de quien debiera ser nuestra vida, y el tormento eterno capaz de causar toda muerte. Así como la eterna vida es la unión eterna a quien es la Vida esencial, con el eterno goce que importa el estar anegado en la fuente de toda vida. Vivamos en el tiempo en forma que podamos vivir eternamente.

181.—ULTIMOS DIAS: Lc. 21, 37-38. EL SINEDRIO

DECRETA LA MUERTE DE JESUS: Mt. 26, 1-5

TRAICION DE JUDAS: Lc. 22, 3-6

(Mc. 14, 1.2; Lc. 22, 1.2; Mt. 26, 14-16; Mc. 14, 10.11)

Estos textos, excepto Lc. 21, 37-38, forman parte del «Passio» de las Misas de Domingo de Ramos (Mt.) martes (Mc.) y miércoles (Lc.) de Semana Santa.

^{L. 37} Y estaba enseñando de día en el Templo; y de noche salía, y la pasaba en el monte llamado de los Olivos. ³⁸ Y todo el pueblo madrugaba por venir a oírle en el Templo.

^{MC} Y dos días después era ^L la fiesta de los Acimos, que se llama la Pascua. ^M Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado todos

estos discursos, dijo a sus discípulos: ² Sabéis que de aquí a dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. ³ Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes, ¹ y los escribas, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás: ⁴ y tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y hacerlo morir. ⁵ Mas decían: No en el día de la fiesta, no sea caso que ocurriese alboroto en el pueblo.

^{1,3} Y Satanás entró en Judas, que tenía por sobrenombre Iscariote, uno de los doce. ⁴ Y fue, y trató con los príncipes de los sacerdotes, y con los magistrados, de cómo se lo entregaría: ^M y les dijo: *¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?* ⁵ Y ^{Mc} al oírlo se holgaron, y concertaron de darle dinero, ^M y le señalaron treinta monedas de plata. ⁶ Y quedó con ellos de acuerdo, y ^M desde este momento buscaba sazón para entregarlo sin concurso de gentes.

Explicación.— Todos los episodios anteriores, desde la maldición de la higuera (núm. 158), ocurrieron el martes de la gran semana de la pasión y muerte del Señor, día tercero de la semana judía, que empezaba en nuestro domingo. San Lucas nos ha dejado en un trazo sintético la manera de vivir de Jesús estos cuatro últimos días de su vida. Helo aquí.

LOS ÚLTIMOS DÍAS (Lc. 21, 37.38).— Aprovechando Jesús la gran concurrencia de judíos en Jerusalén con motivo de la Pascua, ejercía con diligencia su magisterio, que pronto iba a terminar, en el Templo, lugar ordinario de las enseñanzas de los maestros de Israel: *Y estaba enseñando de día en el Templo*. Por las noches dejaba la ciudad y se dirigía al Monte de los Olivos; ya sea para esperar el día siguiente en Betania, situada detrás de este monte, en compañía de la familia de Lázaro, como lo indican los otros Evangelistas a lo menos para el primer día (Mt. 21, 17.18; Mc. 11, 11); ya para pasarlo en oración en la soledad, como lo hizo el jueves en Getsemaní: *Y de noche salía, y la pasaba en el monte llamado de los Olivos*.

El pueblo, que por la proximidad de la Pascua llenaba ya la gran ciudad, no obstante el odio de los sinedritas, que habían ya decretado la muerte de Jesús (Ioh. 11, 47-53), correspondía a las enseñanzas de Cristo, madrugando mucho y asistiendo asiduamente a sus lecciones en el Templo: *Y todo el pueblo madrugaba por venir a oírle en el Templo*.

JESÚS PREDICÓ SU MUERTE. EL SINEDRIO LA DECRETA POR SEGUNDA VEZ (Mt. 26, 1-5).— Ha terminado Jesús su magisterio público dos días antes de la celebración de la gran fiesta nacional: *Y dos*

días después era la fiesta de los Acimos, que se llama la Pascua. Descansará probablemente el miércoles, en que concierta el mal discípulo con sus enemigos para entregárselo, y entrará el jueves en el mar amargo de su pasión. Cerrado el ciclo de sus enseñanzas con las interesantísimas de aquellos dos días, va a darles a sus discípulos una doble prueba de su divinidad: *Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos...* Anuncia ante todo proféticamente su muerte: *Sabéis que de aquí a dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.* Como se verá (v. 5), sus enemigos no querían muriese Jesús el día de la gran fiesta; a pesar de ello, el Cordero inmaculado ha elegido la Pascua para su inmolación: El, como Dios que es, prevé los hechos y los dispone como quiere. Demuestra, además, su libertad absoluta en el morir. Sus discípulos no podrán llamarse a engaño.

Y en verdad que sus enemigos maquinaban su muerte. Ya la habían decretado por boca de Caifás con ocasión de la resurrección de Lázaro. Pero estos últimos días se ha exacerbado el odio de los poderosos de Israel contra Jesús: su entrada triunfal del domingo; la vergonzosa derrota que a todos ellos ha infligido en el terreno doctrinal; el entusiasmo de las multitudes por el Maestro de Galilea, les hace presentir su definitivo descrédito. Es en este momento cuando se congrega el Sinedrio, no en el lugar ordinario de las sesiones, sino en una aula del palacio de Caifás, presidente de los magistrados de Israel: *Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás,* nombrado Sumo Sacerdote por el Procurador romano Valerio Grato, predecesor de Pilato. Caifás, hombre cruel y ambicioso, era el que había dado el consejo que convenía muriera un solo hombre, y no que pereciera la nación entera (Ioh. 11, 50). Ostentó durante diecisiete años la dignidad de Sumo Sacerdote. Acérrimo enemigo de Jesús, lo fue también de sus discípulos (Act. 4, 3-7; 5, 17-40).

Dos resoluciones tomaron los sinédritas en esta sesión: la de prender a Jesús furtivamente y con engaño y matarle: *Y tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y hacerlo morir:* ya habían intentado varias veces hallar un motivo legal para prenderle y matarle, mas Jesús les había burlado; ahora se valdrán de la insidia. La otra resolución es la de matarle pasados aquellos días de fiesta: *Mas decían: No en el día de la fiesta,* que duraba toda la semana. La razón de ello es el miedo que tenían al pueblo;

había en la ciudad aquellos días muchos galileos, y otros muchos que, sin serlo, se habían demostrado partidarios de Jesús aquellos días, especialmente el domingo: *No sea caso que ocurriese alboroto en el pueblo*. Pero la traición de Judas, que demostró que contaba con enemigos hasta entre sus íntimos, les hizo más audaces, haciéndoles cambiar de resolución y prendiendo a Jesús dentro de las fiestas pascales.

TRAICIÓN DE JUDAS (Lc. 3-6).—Buscaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas el modo de matar a Jesús, cuando se les brinda la ocasión por donde menos pensaban. Satanás, el gran enemigo de Dios, es el gran enemigo de Cristo, a quien ve íntimamente unido a Dios; para vejarse, o matarle si puede, entra en Judas, a quien utilizará como instrumento: *Y Satanás entró en Judas*: entra en aquel hombre infeliz, no personalmente, haciendo de Judas un energúmeno, sino por sugestión; un año hacía que Jesús había ya llamado diablo a Judas (Ioh. 6, 71). El Evangelista especifica el apodo de Judas, *que tenía por sobrenombre Iscariote*, «el hombre de Keriot», para no confundirle con el otro discípulo Judas, y le llama *uno de los doce*, para indicar su dignidad e ingratitud.

La sugestión diabólica tiene en Judas espantosa eficacia: deja la compañía del Maestro y demás apóstoles: *Y fue*; y trata personalmente con los enemigos encarnizados de su Señor, los príncipes de los sacerdotes y magistrados que presidían las funciones del Templo, la manera de entregarles a Jesús: *Y trató con los príncipes de los sacerdotes, y con los magistrados, de cómo se lo entregaría*. El trato es infame: Judas pacta la venta del Maestro, y, colmo de la villanía, deja a la estimación de sus enemigos el precio de venta del Señor: *Y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?* La propuesta de Judas es del agrado de los sine-dritas: *Y al oírlo se holgaron*. Han conocido la avaricia del discípulo, y quieren satisfacerla prometiéndole dinero: *Y concertaron de darle dinero. ¿Cuánto?* Treinta siclos, unas cien pesetas: *Y le señalaron treinta monedas de plata*, convinieron, se las prometieron para cuando cumpliese por su parte. La avaricia y la venganza habían coincidido: *Y quedó con ellos de acuerdo*. El mercader infame, acuciado por la futura ganancia, púsose en acecho buscando la oportunidad de entregarle con dolo a sus enemigos: *Y desde este momento buscaba sazón para entregarlo sin concurso de gentes*.

Lecciones morales.—A) Mt. v. 2.—*El Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.*—De muchas maneras es entregado Jesús, dice Orígenes; por ello dice en impersonal «será entregado». Porque Dios le entregó por su misericordia para con el género humano; Judas, por su avaricia; los sacerdotes, por la envidia; el diablo, por el temor de que se le escapara de las manos el género humano por la predicación de Jesús, no advirtiendo que más debía serle arrebatado por su muerte que por su predicación y milagros.

B) v. 4.—*Tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y hacerlo morir.*—Los que no pudieron hallar motivo legal para prender a Jesús, acuden a la astucia y engaño. Es ello argumento terrible de la obcecación y malicia de aquellos hombres soberbios. La rectitud de procedimientos quizá les hubiese llevado a la verdad; prefieren, llevados de sus prejuicios, adoptar procedimientos desleales, aunque ello haya de llevarles a la reprobación. La historia del cristianismo está llena de procedimientos análogos a los de los sinedritas. Ningún enemigo de Cristo, se entiende de los directores de la opinión en el orden doctrinal o de los hechos, ha procedido con lealtad contra el Señor. Se ha falsificado su doctrina, se han tergiversado los hechos, se han buscado inconfesables alianzas con el poder, con el dinero, con las pasiones de los grandes y del pueblo para combatir la persona y la obra de Jesús. La mentira triunfa un momento; pero la victoria definitiva es siempre de Jesús: porque tal es la providencia de Dios en el régimen del mundo y de la Iglesia, que las mentiras sucumben una tras otra, y la verdad hace impávida su camino.

C) Lc. v. 3.—*Y Satanás entró en Judas...*—Entró en él, dice un comentarista, no empujando la puerta, sino pasando fácilmente por la que halló abierta, que era la avaricia. Por aquí suele Satanás entrar en las almas: por el boquete de la pasión dominante, por el punto débil de nuestras inclinaciones perversas. «Cada uno de nosotros es tentado según su concupiscencia» (Iac. 1, 14). ¡Ay del vencido una, dos, tres, cien veces, por el mismo enemigo, en el mismo punto de pecado! Satanás entrará en él sin esfuerzo, como en casa propia. Señor despótico como es, sojuzgará toda la vida del vencido y la mantendrá en ominosa servidumbre. ¿Qué es ser esclavo de Satanás, sino ser esclavo de la pasión, cualquiera que ella sea?

D) v. 5.—*Y concertaron de darle dinero...*—El dinero es el gran factor en la vida moral de los hombres, así para el bien como para el mal. Judas vende por dinero al que era la misma inocencia y santidad esencial. Dentro de dos días los guardias del sepulcro de Jesús venderán por dinero la verdad histórica. Por dinero vendió Renán la ciencia y la verdad a los judíos enemigos de Cristo, escribiendo su «Vida de Jesús». Por dinero se violan los pactos, se vende la honra, se quiebra la vara de la justicia, se traiciona la patria. Pero el mismo dinero es el gran aliado de la causa del bien: él cubre la miseria de los prójimos, dilata los dominios de la verdad con la buena prensa y el buen libro, embellece la casa de Dios y su culto, sostiene las grandes instituciones cristianas.

Pactemos dar o recibir dinero para el bien, y no vendamos jamás, ni por montañas de oro, un ápice de la verdad o de la justicia.

E) v. 6. — *Y quedó con ellos de acuerdo...* — Fácilmente se ponen de acuerdo los malos cuando persiguen un fin común. En esto tal vez nos aventajan a los que militamos en las filas de los buenos. Ya lo había dicho Jesús (Lc. 16, 8). Es que hay mayor facilidad para hacer el mal que para el bien; y suele haber más ímpetu y acritud en las obras malas que en las buenas. En el caso de Judas, concurren él y los príncipes para perder a Jesús: él no lo quiere como un fin; sólo quiere enriquecerse; los príncipes quieren el fin, y nada les importará la avaricia de Judas; la resultancia de las dos pasiones, la avaricia de uno y la sed de venganza de los otros, es espantosa: la muerte del Justo. Para que aprendamos a no andar en consejos de impíos ni por caminos de malvados (Ps. 1, 1).

182. — PREPARATIVOS DE LA ULTIMA CENA: Mc. 14, 12-16 (Mt. 26, 17-19; Lc. 22, 1-13)

Los tres fragmentos integran el «Passio» en el mismo orden de los anteriores

¹² Y el primer día de los Acimos, cuando sacrificaban la Pascua, ¹ cuando era necesario sacrificar el Cordero pascual, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos a disponerte, para que comas la Pascua? ¹³ Y envía dos de sus discípulos, ¹ a Pedro y a Juan, y les dice: Id a la ciudad, y ¹ he aquí que así que entréis en ella, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle ¹ hasta la casa en que entre: ¹⁴ y en dondequiera que entrare, decid al ¹ padre de familias, dueño de la casa: El Maestro dice: ¹⁵ Mi tiempo está cerca. ¿Dónde está mi aposento, en donde he de comer la Pascua con mis discípulos? ¹⁵ Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado: disponed allí para nosotros. ¹⁶ Y partieron los discípulos, y fueron a la ciudad: y lo hallaron, como les había dicho, ¹⁶ hicieron lo que les mandó, y prepararon la Pascua.

Explicación. — Jesús, a tenor de su predicción, iba a ser inmolado en uno de los días de la gran Pascua judía. Celebrábase la Pascua en memoria de la liberación del pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto; Jesús debía libertar a todo el género humano de la servidumbre más ominosa del pecado. La sangre del cordero pascual libró del ángel exterminador al pueblo de Israel; la de Jesús debía ser la señal de la salvación de los verdaderos hijos de Dios. El cordero pascual es el tipo del Cordero inmaculado que borra los pecados del mundo (vide I, 218). Por todo ello era conveniente que Jesús, Cordero de Dios, fuese inmolado el mismo día de la inmolación legal del cordero de Pascua. Va, pues, a reali-

zarse el sacrificio del verdadero Cordero; pero antes quiere el mismo Cordero Jesús, comer el cordero de la cena legal. Así, en el hecho histórico de la última cena de Jesús se juntarán el símbolo y la realidad, el tipo y el antitipo; quedará abolido el primero para que quede definitivamente, hasta la consumación de los siglos, el sacrificio de la verdadera Pascua, que es Cristo Jesús, «nuestra Pascua», como le llama la Iglesia.

EL DÍA DE LA ÚLTIMA CENA (v. 12).—*Y el primer día de los Acimos, cuando sacrificaban la Pascua, cuando era necesario sacrificar el Cordero pascual...* En este día tuvo lugar la última cena: era el día en que empezaba la solemnidad pascual, con el uso del pan sin levadura o ácimo, que debía durar siete días, y en que se inmolaba el cordero. Pero ¿en qué día de la semana y del mes coincidió la última cena? Los cuatro Evangelistas están conformes en fijar la cena de Jesús el jueves por la noche (Mt. 26, 20; Mc. 14, 17; Lc. 22, 14; Ioh. 13, 1); la muerte el viernes (Mt. 27, 62; Mc. 15, 42; Lc. 23, 54; Ioh. 19, 42), y la resurrección el día siguiente al sábado (Mt. 28, 1; Mc. 16, 2; Lc. 24, 1; Ioh. 20, 1). La dificultad está en fijar el día del mes. Los tres sinópticos sitúan la última cena el 14 de Nisán y la muerte el 15, día solemne de la Pascua; pero San Juan parece suponer que la cena se celebró el 13 de Nisán, y la muerte el 14, ya que los judíos no quieren entrar en el Pretorio de Pilato, habiendo todavía de comer la Pascua (Ioh. 18, 28). He aquí las opiniones de los diversos intérpretes para conciliar las diversas narraciones evangélicas, sin duda objetivamente acordes, no sólo por la inspiración divina bajo la que fueron redactados los Evangelios, sino porque no es creíble que testigos contemporáneos y fidedignos discreparan en un asunto tan capital.

PRIMERA OPINIÓN: Los cuatro Evangelistas coinciden en señalar el mismo día de la semana y del mes, la noche del jueves 14 de Nisán, sólo que los sinópticos cuentan al estilo hebreo, anticipando los días, como sucede en el cómputo litúrgico, y Juan contaba al estilo de griegos y romanos, por días astronómicos. El hecho de que no quisieran los judíos entrar en el Pretorio para poder comer los ácimos, debe entenderse no del cordero pascual, sino de los sacrificios de todos aquellos días pascuales.

SEGUNDA: Coloca la última cena la noche del 13 al 14 de Nisán. En esta hipótesis, Jesús hubiese anticipado la cena legal veinticuatro horas en relación con la de los demás judíos; podía hacer-

lo, porque todo el 14 era considerado como primer día de los Acimos, y por lo mismo el 13 por la noche. En este caso, Jesús, aunque cumplió todas las ceremonias de la cena legal, no hubiese comido el cordero, en vez del cual dio su Cuerpo a comer a sus discípulos, instituyendo así la verdadera Pascua cristiana. Su muerte hubiese coincidido con el sacrificio de los corderos el día siguiente.

TERCERA: La cena pudo celebrarse el 13 ó el 14 de Nisán. No siendo materialmente posible que se inmolaran en tres horas doscientos cincuenta mil corderos, se facultaría a los forasteros para anticipar un día la inmolación. Así Jesús hubiese comido la Pascua el 13 y los demás judíos el 14 de Nisán. No parece pueda esta opinión concordarse con la frase de Marcos: «El primer día de los ácidos.»

CUARTA: La cena pascual podía celebrarse indistintamente el 14 ó el 15 de Nisán. Una de las ceremonias que debía celebrarse el día de la Pascua al atardecer, y por lo mismo el 15 de Nisán, era salir al campo a recoger algunas espigas para ofrecerlas al Señor como primicias de la cosecha futura. Si el 15 de Nisán caía en viernes, como ocurrió el año de la muerte del Señor, esta ceremonia hubiese tenido que celebrarse la tarde del viernes, en que se observaba ya el reposo sabático, que prohibía toda suerte de trabajo. En este caso, y así prevaleció la costumbre, debía trasladarse la Pascua del 15 al 16 de Nisán. Jesús hubiese celebrado la cena del día legal, 14 de Nisán, y a esta fecha se refieren los sinópticos. Los demás judíos la celebrarían el día siguiente, siguiendo a los fariseos, y a ellos se referiría San Juan.

Análoga a esta solución es la que propone Knabenbauer, según el cual, el cordero pascual debía ser sacrificado, ofrecido, asado y comido entre la noche que terminaba el 14 y la que empezaba el 15 de Nisán. Si el 14 de Nisán caía en viernes, era imposible a lo menos asar el cordero sin entrar en la hora del reposo sabático. En este caso solíase trasladar la inmolación del cordero al jueves precedente, originándose de aquí una doble costumbre: pues mientras unos comían el cordero el mismo día de su inmolación, otros esperaban la noche del viernes. Jesús fue de los primeros. Estas dos últimas opiniones parecen las más probables y satisfactorias.

PREPARACIÓN DE LA CENA (13-16).—Hallábase probablemente Jesús en Betania el día primero de los Acimos, 14 de Nisán, cuando *le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos a disponerte,*

para que comas la Pascua? Solían los habitantes de Jerusalén alquilar habitaciones o dependencias de sus casas a los forasteros, en las que celebraban éstos la Pascua, y que se preparaban debidamente con antelación a la ceremonia. *Y envía dos de sus discípulos, a Pedro y a Juan, y les dice: Id a la ciudad, y he aquí que así que entréis en ella, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en que entre.* Con ello demuestra Jesús ser conocedor de los hechos futuros y lejanos. *Y en dondequiera que entrare, decid al padre de familias, dueño de la casa: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca. ¿Dónde está mi aposento, cenáculo o refectorio, en donde he de comer la Pascua con mis discípulos?*

Crean algunos que Jesús dio en esta forma las señas del lugar donde pensaba comer la Pascua para evitar que lo conociese Judas a tiempo e interrumpiese con los satélites de los sinedritas la mística ceremonia. Ni faltan racionalistas que quieran haberse ya entendido previamente Jesús con el dueño de la casa donde debía celebrarse la cena. Aun así, cosa que no se deduce del texto, la predicción del Señor es absolutamente profética, porque debió saber el tiempo preciso de la entrada de los discípulos en la ciudad y de que les saldría al encuentro un hombre con un cántaro de agua, cuando tantos podían circular por las calles de la gran ciudad en la misma forma.

Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado, una habitación de respeto, en la parte superior de la casa, adornada y dispuesta ya con los divanos o triclinios en que acostumbraban recostarse para comer: *disponed allí para nosotros* lo necesario para la cena, el cordero ya aderezado, los panes ácidos, las lechugas amargas, los cálices con vino, etc.

Aconteció como Jesús predijo: *Y partieron los discípulos, y fueron a la ciudad: y lo hallaron, como les había dicho, hicieron lo que les mandó, y prepararon la Pascua.* Bien pudo San Pedro, uno de los enviados, contárselo detalladamente a su discípulo San Marcos, autor de esta narración.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*¿Dónde quieres que vayamos a disponerte...?*—Nos enseñan estos discípulos a entregarnos en manos de Dios para que nos enseñe los caminos que debemos seguir; es lo que le pedía el profeta: «Muéstrame tu camino, y enséñame tus senderos» (Ps. 24, 4). Cristo es nuestra Pascua: con El hemos de convivir y ser comensales en el convite de la gracia en esta vida y sobre todo en el banquete de la eterna Pascua de la bienaventuranza. No podremos lograrlo, sino siguiendo los caminos del Señor. Toda la filosofía de la vida cristiana está en acoplar

nuestra voluntad a la de Dios, no presumiendo traer la voluntad de Dios a la nuestra, sino dejando absorber la nuestra por la suya. Entoces es cuando Dios se comunica con nosotros. «Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios», le decía el Salmista (Ps. 142, 10).

b) v. 14. — *¿...En dónde he de comer la Pascua con mis discípulos?* — Comió Jesús la Pascua, no la nuestra, sino la de los judíos, dice el Crisóstomo; aunque después de comer la suya no sólo instituyó la nuestra, sino que él se hizo personalmente nuestra Pascua. Entonces, ¿por qué comió aquella? Porque quiso sujetarse a la ley, a fin de redimir a los que estaban bajo la ley (Gal. 4, 5), y para dar fin definitivamente a la ley. Y para que nadie dijera que por hallar la ley pesada no pudo cumplirla, quiso sujetarse primero a sus preceptos, para luego abrogarla. Ejemplo admirable de obediencia, mortificación y respeto a lo que Dios había instituido.

c) v. 15. — *Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado...* — El señor de la casa, que guía a la parte alta de la misma, donde está el refectorio de Jesús, es Pedro, dice San Jerónimo: a él confió el Señor su casa, para que sea una misma la fe bajo un solo pastor. El cenáculo grande es la dilatadísima Iglesia, en que se predica y alaba el nombre del Señor. Y está aderezada con toda suerte de virtudes y carismas. Sólo en esta casa se halla el cenáculo donde el Señor da las grandes cenas de su palabra y de su Cuerpo santísimo. Sólo de esta casa se va a disfrutar el banquete eterno de la gloria en el celestial cenáculo.

d) v. 16. — *Y prepararon la Pascua.* — Nuestra Pascua es Cristo; es, de una manera especial, la cena eucarística. Ella está dispuesta ya. Objetivamente, no puede ser más óptima. Contiene el Cuerpo del Señor, y con él, su sangre, alma y divinidad. Pero cada uno de nosotros debemos aderezar esta Pascua según nuestra manera de ser personal. Debemos adaptarla, adaptándonos nosotros a ella. Como el maná tenía todo sabor, así la Eucaristía. Mas para hallar el sabor que podríamos llamar «nuestro», porque el gusto, en el orden fisiológico como en el moral y sobrenatural, es cosa personalísima, debemos aderezar la Pascua del Señor, poniendo todos aquellos anejos que son necesarios en cada una de las circunstancias en que la comamos: las lechugas de la mortificación, si somos sensuales, el vino generoso de la caridad, si somos egoístas, el pan sin levadura de la humildad, si padecemos de hinchazón de soberbia, etc.

183. — PRINCIPIO DE LA CENA. DISCUSION ENTRE LOS APOSTOLES: Lc. 22, 14-18, 24-30 (Mt. 26, 20; Mc. 14, 17)

Sigue la lección del «Passio» en el mismo orden indicado

¹⁴ MC *Llegada la tarde, fue con los doce*, y cuando fue la hora, se sentó a la mesa, y los doce apóstoles con él. ¹⁵ Y les dijo: Con

deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. ¹⁶ Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que tenga cumplimiento en el Reino de Dios. ¹⁷ Y tomando el cáliz, dio gracias, y dijo: Tomad, y distribuidlo entre vosotros: ¹⁸ porque os digo, que no beberé más del jugo de la vid, hasta que venga el Reino de Dios.

²⁴ Y suscitóse también entre los mismos contienda, cuál de ellos parecía ser el mayor. ²⁵ Mas él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas: y los que tienen poder sobre ellas, son llamados bienhechores: ²⁶ mas vosotros, no así: antes, el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor: y el que precede, como el que sirve. ²⁷ Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve. ²⁸ Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tribulaciones. ²⁹ Y por eso os preparo yo el reino, como mi Padre me lo preparó a mí. ³⁰ Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino: y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.

Explicación.— Los diversos episodios que tuvieron lugar durante la última cena, son ordenados en distintas formas por los intérpretes, ya que las narraciones de los Evangelistas no exigen una determinada forma de disposición de los mismos. Particularmente la disputa de los Apóstoles sobre la preeminencia, es situada ora antes de sentarse a la mesa, disputándose los primeros puestos cerca de Jesús, ora después del anuncio de la traición de Judas, ora después que hubo Jesús hablado de su reino, lo que excitó la ambición de sus discípulos. Con Salmerón, Fillion, Bover y otros ponemos este episodio como originado por la pretensión de sentarse cerca de Jesús, siguiendo luego el lavatorio de los pies, lección de cosas con que el Señor combate la ambición y enseña la humildad.

COMIENZA LA CENA (14-18).— *Llegada la tarde, fue con los doce a la ciudad; no había estado en ella desde que dos días antes había salido por la noche, antes del discurso escatológico, dicho en el Monte de los Olivos, frente a Jerusalén. Y cuando fue la hora, la prescrita por la ley, a la que se ajustó en todo Jesús, se sentó a la mesa, y los doce apóstoles con él.* Era ya de noche, pues la cena legal no podía comenzar sino después de la puesta del sol. *Y les dijo: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca:* sentía Jesús ansias vehementes de llegar a esta cena pascual, más que las otras: primero, porque le acosaba el deseo de acabar la redención del mundo, que el Padre le había confiado; y luego, porque terminada la cena típica, iba a dar al mundo la

estupenda prueba de amor que es la santísima Eucaristía. Insiste en la primera razón de su deseo vehemente: es la última Pascua que come con sus discípulos: *Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que tenga cumplimiento en el Reino de Dios*, en el cielo, que debe considerarse como la última realidad de todas las fiestas, especialmente de la Pascua o tránsito.

En la cena se come y se bebe; como Jesús no comerá más de aquella Pascua, así tampoco no beberá más hasta que llegue la Pascua definitiva en el Reino de Dios: *Y tomando el cáliz, dio gracias, y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros: porque os digo, que no beberé más del jugo de la vid, hasta que venga el Reino de Dios*. Esta copa no es la eucarística, de la que habla Lucas en el v. 20, sino la que al principio de la cena acostumbraba ofrecer el padre de familias o jefe de la mesa, quien después de bendecirla la acercaba a sus labios y la hacía luego pasar a todos los comensales. Mateo y Marcos, que no hacen mención de esta primera copa, refieren estas palabras a la consagración del cáliz.

DISCUSIÓN SOBRE PREEMINENCIA ENTRE LOS APÓSTOLES (24-30). — Muchas veces habían surgido querellas entre los Apóstoles en lo tocante a derechos de preeminencia (cf. Mt. 18, 1-5; 20, 24-28; Mc. 9, 33-36; 10, 41-45; Lc. 9, 46-48; etc.). En estos graves momentos, sea por la precedencia en el orden de sentarse, sea porque sospechaban que se acercaba el establecimiento del Reino de Jesús, se repite la exhibición, del todo terrena, del ansia de ser: *Y suscitóse también entre los mismos contienda, cuál de ellos parecía ser el mayor*.

Jesús les da una lección gravísima: *Mas él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas*, ejercen dominación, imperio, sobre ellas: es la primera señal de la superioridad que se arrojan; y la segunda es la gloria y alabanza que tratan de reportar de esta misma dominación: *Y los que tienen poder sobre ellas, son llamados bienhechores*, padres, salvadores, «evergetas» en griego: alude Jesús a la práctica de algunos príncipes de los tiempos antiguos, que tomaron el sobrenombre de Evergetas, como lo hicieron algunos Tolomeos de Egipto y varios Seléucidas; Antíoco se llamó «Soter» o salvador.

No debe ser así en el Reino de Cristo, que es de distinta naturaleza que aquéllos: *Mas vosotros, no así: antes, el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor*, como el más joven, a quien corresponde honrar a los demás. No dice que no haya jerarquías en su reino: habrá, como en toda sociedad humana bien organi-

zada, quienes precederán a los demás en poder y dignidad; pero éstos deberán ponerla al servicio de sus administrados: *Y el que precede, como el que sirve* a los demás sentados a la mesa.

Y confirma la lección con su ejemplo: *Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa?* La lección sería viva, pues no faltarían servidores de la mesa en que comían juntos la cena: *Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve.* Y a la verdad, ¿qué otra cosa fue la vida de Jesús que un continuo ministerio en obsequio de los hombres? Entonces mismo, ¿no les iba a dar, si no les ha dado ya, la estupenda lección del lavatorio de los pies?

Luego les alienta, alabando la ejemplaridad de su conducta y mostrándoles la grandeza del premio que les tiene preparado. Ellos no serán príncipes a guisa de los que gobiernan las naciones; pero serán más que todos ellos. *Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tribulaciones*, en las pruebas que he sufrido en mi vida pública: de tantos discípulos, sólo ellos han quedado fieles. Por esto Jesús hace testamento en favor de ellos: *Y por eso os preparo yo el reino, como mi Padre me lo preparó a mí:* con la misma autoridad que el Padre me dio mi reino, así os lo doy yo; disfrutaréis de mi mismo reino. Y como los magnates se sientan a la mesa de su rey, así ellos: *Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino;* con ellos dividirá su autoridad y su potestad judicial: *Y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.*

Lecciones morales.—A) v. 15.—*Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua...*—Empieza Jesús la última cena con estas palabras, con las que excita la curiosidad y la atención de sus discípulos. ¡Bien merecía la atención de la nueva Iglesia, constituida por los Apóstoles, un acto en que la verdad sucede al tipo, la realidad a la figura, el Cordero divino que borra los pecados del mundo al cordero pascual! Porque en la última cena se concentra lo más grande de nuestra religión: en ella son ordenados sacerdotes los Apóstoles; se instituye un sacramento que es el centro del culto cristiano y el resorte más poderoso de la vida sobrenatural de las almas y de la Iglesia; se ofrece por primera vez, aunque en forma incruenta, el sacrificio de la nueva ley, representativo del único sacrificio que tendrá lugar el día siguiente en el Calvario; se dan las lecciones más subidas de caridad que salieran de la boca del Hijo de Dios; comulga por vez primera la humanidad en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, verificándose esta unión íntima de Dios con los hombres y de los hombres con Dios, la máxima que puede lograrse después de la unión hipostática en Cristo y de la Encarnación en la Virgen. ¿Qué extraño que Jesús, que quería dar sus mayores pruebas de amor en la última cena, la deseara con

ansia, y que quisiese excitar la atención de sus Apóstoles, para que comprendieran la excelsitud de tantos dones?

b) v. 16. — *Os digo, que no comeré más de ella...* — Hasta este momento Jesús, seguidor de la ley mosaica, ha aprobado la Pascua ritual de los judíos: la ha aprobado y la ha celebrado todos los años. Pero ésta es la última Pascua del rito viejo, y pronto va a sustituirla el mismo Jesús por el rito pascual de la Ley nueva, en que se inmola místicamente la Pascua nueva, que es El mismo (1 Cor. 5, 7). De modo que la última Cena es la conjunción de las dos Pascuas: la vieja, que deja de ser en este momento, y la nueva, que se celebra por vez primera. Diríamos que la última cena, como el Calvario, es el vértice donde se juntan las dos pendientes de la historia del mundo.

c) v. 17. — *Y tomando el cáliz, dio gracias...* — Acuérdate, por lo mismo, dice el Crisóstomo, cuando te sientas a la mesa, que después de comer debes orar. Por lo mismo, sé sobrio y moderado en la comida, no sea que luego la pesadez no te deje doblar las rodillas y rogar a Dios. Así, no vayas inmediatamente después de la comida al lecho, sino a la oración. Esto quiso evidentemente significar aquí Cristo, que a la refección corporal debe seguir la plegaria y la lectura de las Escrituras Sagradas.

d) v. 24. — *Y suscitóse también entre los mismos contienda...* — Cuando Jesús se abaja hasta los pies de sus discípulos, cuando se dispone a entregarles su propio Cuerpo y Sangre en un bocado de pan y en una copa de vino, cuando saben los Apóstoles por repetidas predicciones que va a humillarse hasta la muerte, se disputan delante del Maestro mismo los derechos de preeminencia. Pero eran todavía carnales los discípulos del Señor: cuando haya venido sobre ellos el Espíritu Santo, se disputarán el primer lugar en las persecuciones y tormentos: «Salían gozosos de los tribunales, porque se vieron dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús» (Act. 5, 41). La vergüenza debiera ser nuestra, cuando después de tanto ejemplo aún sentimos los estímulos de la pasión de ser y de ser tenidos, quizás en el mismo coto de la Iglesia, que es el reino de los humildes.

e) v. 27. — *Yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve.* — Fijémonos en los nombres de Jesús: Emmanuel, Consiliario, Salvador, Cristo, Pastor, Redentor, Cordero, etc.: todos ellos destacan los oficios ministeriales que vino a ejercer en favor de los hombres: es el caritativo y abnegadísimo bienhechor de la humanidad, en orden al alma y al cuerpo, a la vida natural y sobrenatural, a nuestros destinos temporales y eternos, como individuos y en el orden social. La jerarquía eclesiástica, prolongación del poder y ministerio de Jesús, la verdad cristiana, dogmática y moral, los sacramentos, el culto, los ejemplos de los santos, en los que se transparenta la vida misma de Jesús: todo es un ministerio universal y perpetuo del Señor en favor nuestro. Son mucha verdad las palabras de este versículo; como es mucha verdad que nosotros no correspondemos a tanto generosidad de Jesús.

f) v. 30. — *Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino...* — He aquí el Reino de Cristo, por el que debemos disputarnos y hacernos violencia; el reino de la beatitud, donde recibamos una

participación de la misma felicidad de Dios por la visión de su misma esencia. A este reino de grandeza suma nos llama el Señor por los caminos de la humildad y desprendimiento. Quien va por las sendas de la ambición de puestos y posesiones y honores, ya ha recibido, como los príncipes gentiles, su galardón. Es preciso permanecer con Jesucristo en sus tribulaciones, es decir, aniquilarnos, como él, en esta tierra, para llegar a la máxima grandeza del cielo; renunciar al pequeño reino que en este mundo podamos hacernos, para tener un reino en la gloria. Para ello es preciso ser mansos, pobres, pacíficos, castos, humildes, amadores de la justicia, mortificados: abrazarnos, en una palabra, con la cruz de Jesús.

184. — EL LAVATORIO: IOH. 13, 1-17

Evangelio de la Misa del Jueves Santo y del Lavatorio

¹ El día antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre: habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. ² Y, acabada la cena, como el diablo hubiese sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle: ³ sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que de Dios había salido, y a Dios iba; ⁴ levántase de la cena, quítase sus vestiduras, y tomando una toalla, se la ciñó. ⁵ Echa después agua en un lebrillo, y comienza a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.

⁶ Vino, pues, a Simón Pedro. Y Pedro le dice: Señor, ¿tú me lavas a mí los pies? ⁷ Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después. ⁸ Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. ⁹ Simón Pedro le dice: Señor, no solamente los pies, mas las manos también y la cabeza. ¹⁰ Jesús le dice: El que está lavado, no necesita sino lavar los pies, que está todo él limpio. Y vosotros limpios estáis, mas no todos. ¹¹ Porque sabía quién era el que le había de entregar: por esto dijo: No todos estáis limpios.

¹² Y después que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose a sentar a la mesa, les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? ¹³ Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y bien decís: porque lo soy. ¹⁴ Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies: vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. ¹⁵ Porque ejemplo os he dado para que, como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hagáis. ¹⁶ En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor: ni el enviado es mayor que aquel que le envió. ¹⁷ Si estas cosas sabéis, bienaventurados seréis, si las practicareis.

Explicación.— El episodio del lavatorio de los pies es propio del cuarto Evangelista. De los hechos ocurridos en la última cena,

narra Juan los que no consignaron los sinópticos, dejando aquellos que habían ya sido por éstos referidos, como la institución de la Eucaristía y la manducación de la Pascua. Recuérdese que el Evangelio de San Juan es el último cuanto al tiempo de su redacción.

EL ACTO SIMBÓLICO DE JESÚS (15).— El versículo primero es como el solemne anuncio de las delicadísimas pruebas de amor que dio Jesús a sus discípulos durante la cena, el lavatorio, la Eucaristía y el sermón que después pronunció: todo ello se comprende en los capítulos íntegros 13-17 de Juan: *El día antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre...* Nótese que Pascua significa «paso» o tránsito: ha llegado la hora del tránsito de Jesús, que es la verdadera Pascua. Jesús había amado a los suyos, a sus Apóstoles, con especial predilección: un padre, un amigo, dan especiales pruebas de amor al despedirse del hijo o del amigo; por esto el Señor, *habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, que no debían acompañarle todavía en su tránsito, los amó hasta el fin*, es decir, hasta el colmo del perfectísimo amor.

La primera prueba de amor que les da es lavarles los pies: *Y, acabada la cena*, mejor, en curso ya o durante la cena, como se colige del v. 12, y por consiguiente antes de la institución de la Eucaristía, que lo fue después de cenar (1 Cor. 11, 25), *como el diablo hubiese sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle...* Es un detalle que avalora el acto de amor que va a realizar Jesús: no le detiene el hecho de que haya entre sus Apóstoles quien se ha dejado sugerir por Satanás la venta del Maestro. Otro detalle es la conciencia que tiene Jesús de su infinita grandeza, a pesar de la cual va a practicar un acto de humildad profunda: *Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos* (Mt. 28,18): El sabe que procede del Padre por generación eterna, como Dios que es, y que ha venido al mundo por la Encarnación; como sabe la suprema exaltación que recibirá cuando vaya a sentarse a la diestra del Padre, cumplida su obra: *Y que de Dios había salido, y a Dios iba...*

A pesar de todo ello, *levántase de la cena, quítase sus vestiduras*, el turbante con su velo y el palio, que podrían serle estorbo: *y tomando una toalla, se la ciñó. Echa después agua en un lebrillo, y comienza a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido*. La descripción es sobria, justa, gráfica, como de testigo presencial. ¡Con qué estupor contemplarían los discípulos aquel aparato!

RESISTENCIA DE PEDRO (6-11). — El primero ante quien se inclina Jesús para lavarle los pies es Pedro: ésta es la opinión más común, y la única que explica la resistencia del apóstol; si los demás dejaron lavarse los pies, ¿cómo él debía singularizarse? *Vino, pues, a Simón Pedro*: hasta aquí el Evangelista ha descrito el pisodio del lavatorio de un modo general, ahora particulariza. Pedro queda estupefacto ante la actitud de Jesús y cuando adivina su intención. *Y Pedro le dice*, con la vehemencia con que suele manifestarse su carácter: *Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?* Nótese la contraposición entre «tú» y «mí», que expresa el doble sentimiento de la propia indignidad y de la grandeza del Señor. Con la blandura que se transparenta en sus palabras, *respondió Jesús y le dijo* *Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después*, cuando recibas el Espíritu Santo, o mejor, cuando yo te lo explique luego (v. 13).

Todavía no se rinde Pedro, aunque Jesús le insinúe que le explicará la causa; la reverencia que siente por el Maestro previene todo juicio y, con más vehemencia aún, *Pedro le dice*: *No me lavarás los pies jamás*: nunca consentiré tal cosa. Jesús elevándose sobre la acción material del lavatorio y fijándose en lo que él simbolizaba, *le respondió*: *Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*, no recibirás lo que con esta mi acción se significa y se concede, la limpieza de conciencia, efecto de la redención y de la gracia que de ella deriva (v. 10), y la imitación de lo que yo hago (vv. 13 sigs.); por lo mismo, no participarás de mi reino, ni en la tierra por el ejercicio del apostolado, ni en el cielo por la fruición de Dios. Otros, sin embargo, no dan tanto alcance a las palabras de Jesús, que no significarían más que la separación de la familiaridad y consorcio de Jesús, propia del apostolado, con la pérdida consiguiente de la unión e intimidad espiritual con el Maestro.

Pero adivina todo el alcance de la acción y de la amenaza de Jesús; y de la exageración de su celo indiscreto, pasa, manifestando otra vez la índole vehemente de su carácter, a la exageración contraria: *Simón Pedro le dice*: *Señor, no solamente los pies, mas las manos también y la cabeza*: es prueba de su amor a Jesús y del deseo de no separarse de El. *Jesús le dice*: *El que está lavado*, que ha tomado un baño y vuelve a su casa, *no necesita sino lavar los pies*, que habrán tomado el polvo del camino, *pues está todo él limpio*. Y explicando el simbolismo de su acción, añade: *Y vosotros limpios estáis*; es decir, vosotros tenéis la limpieza necesaria para el ejercicio de vuestro ministerio y para recibir la Eucaristía, en cuanto estáis limpios de pecado mortal; ahora os concedo con

este lavatorio la limpieza perfecta, borrándoos incluso los pecados veniales y librándoos de las imperfecciones sin las que no se puede vivir. Pero con íntimo dolor de su Corazón añade Jesús: *Mas no todos*: hay entre vosotros quien tiene la conciencia horriblemente manchada; es un toque discreto de la gracia al traidor que está presente. Y añade el Evangelista por su cuenta: *Porque sabía quién era el que le había de entregar: por esto dijo: No todos estáis limpios*. La bondad de Jesús no vence la obstinación de Judas, que se deja lavar los pies.

LA LECCIÓN DE HUMILDAD Y CARIDAD (12-17). — *Y después que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose a sentar a la mesa, les dijo*, explicándoles el simbolismo del lavatorio: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?* Es una hábil pregunta para excitar su atención, como si dijera: *¿Comprendéis lo que significa lo que acabo de haceros?* Y sigue sentenciosamente el Señor: *Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies: vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros*. Pone Jesús la especie por el género, un caso particular por la ley general: por el lavatorio de los pies se significan todos los ejemplos de humildad y caridad.

Y lo confirma con el argumento general de su conducta para con los discípulos: *Porque ejemplo os he dado para que, como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hagáis*: no «lo que» yo he hecho, sino «como» yo he obrado, con humildad, caridad, mansedumbre, asiduidad, etc. Lo que declara aún más con una locución proverbial: *En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor: ni el enviado es mayor que aquel que le envió: muy inferiores sois a mí, y yo he hecho así con vosotros*.

A la lección, añade Jesús el premio para quienes la cumplen: *Si estas cosas sabéis, bienaventurados seréis, si las practicareis*: no basta saberlo, es preciso hacerlo.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Los amó hasta el fin*. — Los amó hasta el fin de la vida, que es la muerte; los amó hasta donde puede amarse en vida, que es hasta ofrecerla en holocausto del amor, muriendo; los amó hasta el fin, es decir, hasta la eternidad, dice San Agustín, porque no puede acabar el amor de Aquel que no ha acabado de vivir. El amor de Jesús es como un círculo infinito, en el que se encierra toda la humanidad: sale del seno del Padre por amor a la humanidad; conquista a la humanidad con las estupendas obras de su amor encerradas en la complejidad de su obra redentora; y vuelve al seno del Padre cargado con el botín

del amor de los hombres, y atrayendo a sí, con las cadenas de la caridad, a todo el mundo, para hacerle participe en el cielo de los goces de su amor. En verdad que nos ha amado Jesús hasta el fin.

B) v. 5. — *Y comienza a lavar los pies de los discípulos...* — Mira la humildad incomprensible de Jesús, dice el Crisóstomo. Porque se levanta cuando están todos sentados; y El mismo se aligera de sus vestiduras; y El mismo se ciñe la toalla; y El mismo llena el lebrillo; y así es como, de rodillas a los pies de sus discípulos, empieza a lavarlos los pies. Es el Dios de los cielos que ha revestido forma humana para enseñarnos el camino de llegar a las alturas de Dios, que es el del abajamiento en todo.

C) v. 6. — *¿Tú me lavas a mí los pies?* — Que Cristo quisiera lavarle los pies, cosa era durísima para la humildad de Pedro: por esto se resiste. Pero ¿acaso no ha condescendido Jesús mil veces más con nosotros? ¿No ha venido a lavarnos completamente con las aguas del Bautismo? ¿No ha extendido sobre nosotros sus manos, que tuyas son las de sus ministros, sobre nuestra alma llenas del fango de todo pecado, limpiándolas con la palabra y el gesto de la absolución sacramental? ¿No nos ha dado su misma sangre en bebida para que nos purificara en la comunión eucarística? No podía hacer Jesús más para lavarnos. Ni nosotros podíamos resistir más a su acción; no por humildad, como Pedro, o por espíritu de reverencia, sino por voluntad proterva, por desidia, no prestándonos generosamente a la acción purificadora del Señor, que nos quiere limpios, del barro de los pecados mortales y del polvo de los veniales.

D) v. 8. — *No me lavarás los pies jamás.* — Se resiste Pedro al lavatorio por humildad y reverencia, lo que parece buen espíritu según Jesús; pero es indiscreto este espíritu, porque ya conoce claramente la voluntad de Jesús, que le ha dicho ya que le explicará después el sentido de aquella acción. Para que aprendamos a inclinarnos ante los avisos suaves del Señor, que puede darnoslo por nuestros superiores, por toques interiores de la gracia, por lecturas y predicaciones, etc., y no consintamos nos llegue nuestro amor propio a tal protervia, aun a pretexto de obrar bien, que merezcamos ser amenazados con no tener parte en el Reino de Jesús.

E) v. 10. — *El que está lavado, no necesita sino lavar los pies...* Quien ha sido lavado está ya todo limpio; todo menos los pies, dice San Agustín. Somos totalmente lavados, hasta de los pies, por el bautismo; pero luego el trato de las cosas humanas hace se nos pegue la miseria humana por donde la tocamos, que es por la parte inferior de la vida, que es como los pies en el cuerpo. Nadie hay que en este sentido no necesite ser lavado; porque «si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no estamos en la verdad» (1 Joh. 1, 8). Si confesamos nuestros pecados, el que lavó los pies de sus discípulos lavará también nuestros pies, que son los pecados y los afectos terrenales.

F) v. 15. — *Como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hacéis.* — Hay entre nosotros, dice San Agustín, la costumbre de lavar los pies a quienes llegan a nuestra casa para hospedarse en

ella. Mejor es que así se haga, para hacer aquello mismo que hizo Cristo. Cuando nos inclinamos ante el hermano para prestarle este servicio, el alma se inclina también para ser humilde y caritativa para con él. Pero prescindiendo de esta acción material, ¿podemos lavarnos espiritualmente unos a otros? Confesemos mutuamente nuestros pecados, perdonémosnoslos mutuamente; oremos unos por otros, y así nos habremos lavado los pies espiritualmente.

g) v. 16. — *El siervo no es mayor que su señor...* — Es una lección de igualdad espiritual. Debían los Apóstoles ser elevados dentro de poco a gran dignidad, dice Teofilacto, unos más alta, otros no tanto; para que todos sientan igual y obren igual. El, que es el mayor de todos, se hace inferior a todos. El siervo no sólo no es mayor, sino menor que el señor; si el señor se abaja más que todos los siervos, ¿qué no deberán hacer los siervos unos con otros?

185. — EL TRAIADOR: IOH. 13, 18-21

(Mt. 26, 21; Mc. 14, 18; Lc. 22, 21)

Mt. 26, 22-24

(Mc. 14, 19-21; Lc. 22, 22)

IOH. 13, 22-30

(Mt. 26, 25; Mc. 14, 19; Lc. 22, 23)

Los versículos de los sinópticos se leen en el «Passio» de los días respectivos

¹¹⁸ No hablo de todos vosotros: yo sé los que escogí: mas para que se cumpla la Escritura: El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar. ¹⁹ Desde ahora os lo digo, antes que acontezca, para que cuando aconteciere, creáis que yo soy. ²⁰ En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí me recibe: y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me me envió. ²¹ Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu: y, ^{MC} *mientras estaban sentados a la mesa y comían*, protestó, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará, ^{MC} *el que come conmigo*. ¹ *He aquí que la mano del que me hace traición está conmigo en la mesa.*

^{M 22} Y ellos, muy entristecidos, comenzaron, cada uno de por sí, a decir: ¿Por ventura soy yo, Señor? ²³ Y él respondió, y dijo: ^{MC} *Uno de los doce*, el que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará. ²⁴ El Hijo del hombre se marcha ciertamente, como está escrito de él, ¹ *como está definido*; pero, ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! Más le valiera a aquel hombre no haber nacido.

¹²² Y los discípulos se miraron los unos a los otros, dudando de quién decía. ¹ *Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos sería el que esto había de hacer*. ²³ Y uno de sus discípulos, al cual amaba Jesús, estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús. ²⁴ A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién

es de quien habla? ²⁵ El entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? ²⁶ Jesús le respondió: Aquel es a quien yo diere el pan mojado. Y mojado el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. ²⁷ Y tras el bocado, entró en él Satanás. ²⁸ *Judas, que lo entregaba, respondiendo dijo: ¿Acaso soy yo, Maestro? Díjole: Tú lo has dicho.* Y Jesús le dijo: Lo que haces, hazlo presto. ²⁹ Mas ninguno de los que estaban a la mesa supo por qué se lo decía. ³⁰ Porque algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le había dicho Jesús: Compra lo que habemos menester para el día de la fiesta: o que diese algo a los pobres. ³¹ Y cuando él hubo tomado el bocado, luego se salió. Y era de noche.

Explicación.— En el episodio de la denuncia de Judas el traidor, uno de los principales que integran la narración de la última cena, se entrecruzan los cuatro Evangelistas, en forma que se hace difícil reconstruir el hecho en la forma en que con certeza ocurrió. De Mateo, Marcos y Juan se colige que la totalidad del episodio pasó antes de la institución de la Eucaristía; en cambio, Lucas narra el hecho como ocurrido después. De aquí que muchos comentaristas dividan la narración, en forma tal, que antes de la institución de la Eucaristía Jesús denuncia al traidor en forma general, y después de la consagración del pan y del vino señala ya concretamente al traidor. Tiene esta cuestión gran importancia, porque de su solución depende el que Judas recibiera o no el Cuerpo y la Sangre del Señor. Nos inclinamos a la solución que unifica las cuatro narraciones y sitúa el hecho antes de la institución de la Eucaristía: lo reclama la armonía de los textos evangélicos, de cuyo cotejo resulta un hecho único, complejo y sin repeticiones. La discrepancia de Lucas en este caso se debe a que dispuso la narración de la cena en forma sistemática, refiriendo primero los hechos, la cena pascual y la eucarística, y luego los dichos o palabras que la acompañaron. Aumenta la probabilidad de que así fuese, el hecho de que Juan narra la ocurrencia de la denuncia del traidor inmediatamente después del lavatorio. Judas, en esta hipótesis, no hubiese comulgado, sino que salió antes de la cena eucarística, acabada la legal. La mayor parte de los comentaristas modernos se inclinan a ella, no faltándole arraigo en la tradición, ya desde el siglo II, en que Taciano la defendió.

JESÚS DENUNCIA EL HECHO DE LA TRAICIÓN (Ioh. 18-21).— Las últimas palabras de Jesús, después del lavatorio, han sido para ofrecer la bienaventuranza a todos sus discípulos si guardan lo que les enseña: Bienaventurados seréis, si así lo hiciereis, pero, *no hablo de todos vosotros*, añade con pena profunda, aludiendo tácitamente

a Judas y dándole lugar a la reflexión y penitencia. *Yo sé los que escogí*, añade: yo conozco perfectamente a quienes elegí para el apostolado, sin que me haya engañado en lo que son, ni en lo que serán: *Mas*, aunque supiese quién debía ser el traidor, lo elegí a pesar de todo, *para que se cumpla la Escritura*, ya que el Padre así lo tiene destinado: *El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar*: mi íntimo amigo me atropellará pisoteándome. La cita, aunque no literal, es del Salmo 40, 10: en este lugar habla David de su amigo Aquitófel, por quien fue villanamente traicionado al pasarse al partido de Absalón (cf. 2 Reg. 15, 12.31 sigs.; 16, 20; 17, 1 sigs.): David es el tipo de Jesús; Aquitófel, de Judas: los dos traidores se suicidaron, colgándose.

Y da la razón de la denuncia que va a hacerles: *Desde ahora os lo digo, antes que acontezca*: a fin de que, viéndole víctima de traición villana, no le tengan por imprevisor y disminuya su fe; antes por el contrario, el cumplimiento de la profecía sea un motivo más de credibilidad para ellos: *Para que cuando aconteciera, creáis que yo soy*. Y para que no creyesen los demás apóstoles que la defección de uno de ellos podía afectar a la dignidad y honor de todos, confírmales en los honores y funciones del apostolado que les confirió (Mt. 10, 40), y ello con juramento: *En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí me recibe: y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me envió*.

Después de estos preámbulos, en que Jesús demuestra su presciencia, ha tocado el corazón del apóstol malvado y ha robustecido la fe y la grandeza de los Apóstoles fieles, Jesús experimenta una emoción profunda: *Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu*: turbóse por lo horrendo del crimen cometido por un amigo elevado por él a la dignidad excelsa del apostolado; por la visión de la muerte próxima, que iba a ser determinada por la traición de Judas; por la terrible suerte que le aguardaba al traidor. A la turbación sigue la afirmación rotunda, solemne, confirmada por el juramento, de la traición; debió ser de gran emoción el momento que precedió a la revelación de la traición villana: están Maestro y discípulos comiendo fraternalmente el Cordero: *Y, mientras estaban sentados a la mesa y comían*, adopta Jesús un tono solemne, quizás acompaña un gesto categórico: *Protestó*, dio testimonio, y dijo: *En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará, el que come conmigo. He aquí que la mano del que me hace traición está conmigo en la mesa*. La denuncia es clara: el traidor es uno de los comensales.

SENTIMIENTOS DE LOS COMENSALES: EL ANATEMA (Mt. 22-24).— Como un rayo ha caído la tremenda predicción en el Colegio apostólico. El primer sentimiento en los inocentes es de profunda pena: *Y ellos, muy entristecidos...* Luego instintivamente se refleja su pensamiento sobre su conciencia, aterrorizados todos de que su fragilidad pueda llevarlos al crimen, y creyendo más en la palabra de Jesús que en su propia lealtad y firmeza *comenzaron, cada uno de por sí, a decir: ¿Por ventura soy yo, Señor?, esperando ansiosos una respuesta negativa.*

Jesús no rasga todavía el velo; su denuncia, que reitera, no sale de la primera forma general: *Y él respondió, y dijo: Uno de los doce, el que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará.* Desconocidos como eran entre los judíos la cuchara y el tenedor, cada comensal tomaba de la fuente o plato común lo que le convenía, directamente con la mano. La designación es vaga por lo mismo, porque todos tomaban del plato. Es evidente alusión al Salmo 40, 10, ya citado: «El que come, o suele comer, conmigo levantó contra mí su calcañar.»

Y sigue el tremendo anatema: *El hijo del hombre se marcha ciertamente, como está escrito de él:* es verdad que yo voy de mi libre voluntad a morir, *como está definido* por las Escrituras: *Pero, ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre!*: es una misericordia más que hace Jesús al traidor, la terrible amenaza del castigo eterno: *Más le valiera a aquel hombre no haber nacido:* vale más no ser, que vivir eternamente bajo el infortunio de la reprobación de Dios.

JESÚS REVELA A JUAN EL TRAIDOR. SALIDA DE JUDAS (Ioh. 22-30).— La respuesta de Jesús a cada uno de los apóstoles, por su misma imprecisión, les dejó perplejos y más ansiosos de conocer al traidor: *Y los discípulos se miraban los unos a los otros, dudando de quién decía:* es natural escudriñar con la mirada el rostro de quienes podemos sospechar un crimen; la palabra de Jesús en este caso no dejaba lugar a duda. Y de las miradas pasan a las palabras de mutua inquisición: *Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos sería el que esto había de hacer.*

Todo fue inútil: el nombre del traidor permanecía en secreto impenetrable. Pedro, impetuoso e impaciente, es el que aborda directamente la cuestión ante el Maestro, valiéndose de Juan: *Y uno de los discípulos, al cual amaba Jesús,* el mismo Juan, autor de la narración (cf. 18, 15; 21, 7.20), *estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús.* Solían los judíos comer reclinados sobre los divanes,

teniendo horizontal la mitad inferior del cuerpo, incorporada la superior, que se apoyaba en el codo izquierdo. Situado Juan a la derecha de Jesús y apoyado en su brazo izquierdo, su cabeza venía naturalmente sobre el pecho de Jesús; no tenía más que dejarla para que descansara sobre él. Pedro pudo estar situado a la izquierda de Jesús y a sus espaldas, pudiendo en esta posición hacer señas a Juan, o quizás estuvo sentado al lado de éste, y hablarle secretamente: *A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién es de quien habla? El, entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, acercándose más a él, o descansando su cabeza sobre él, le dijo: Señor, ¿quién es? El Señor le da la señal predicha por el profeta (Ps. 40, 10): Jesús le respondió: Aquel a quien yo diere el pan mojado en la salsa, o «carosset», de la fuente del centro de la mesa: era señal de predilección. Y mojando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Inútilmente había llamado Jesús por todos los medios al corazón de aquel hombre empedernido; cuanto más hacía Jesús, más Judas se obstinaba en el mal: Y tras el bocado, entró en él Satanás: entró para tomar posesión llena y definitivamente de un alma en que hacía tiempo habitaba ya.*

Judas, temeroso de que su mismo silencio le hiciera traición y le descubriera, aprovecha el momento de esta delicadeza de Jesús para con él, y le pregunta, no llamándole Señor, como los demás, sino simplemente Maestro: *Judas, que lo entregaba, respondiendo, dijo: ¿Acaso soy yo, Maestro? A la pregunta, llena de astucia e imprudencia, díjole Jesús: Tú lo has dicho: tú eres el traidor. Estas palabras se las dice el Señor en voz baja, sólo del traidor oídas, lo que demuestra que se hallaba cerca de Jesús en la mesa. Es otra merced que le hace el Señor: aún puede renunciar a su criminal intento. Y Jesús entonces, vista la protervia de Judas, y para que no sospechara que obedecían a miedo las pruebas de amor que le había dado, le dijo: Lo que haces, hazlo presto: ya puedes llevar a cabo lo que tanto tiempo llevas entre manos.*

Judas ha entendido perfectamente a su Maestro; los demás discípulos, excepto Juan y Pedro, ni siquiera han sospechado fuera él el traidor: *Mas ninguno de los que estaban a la mesa supo por qué se lo decía. Era Judas el ecónomo de la comunidad de Jesús; creyeron que «lo que haces», se refería a compras o limosnas sobre las que estuviesen ya entendidos el Maestro y el discípulo malvado: Porque algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le había dicho Jesús: Compra lo que habremos de menester para el día de la fiesta: o que diese algo a los pobres.*

Y cuando él hubo tomado el bocado que le ofreció Jesús, luego

se salió, en seguida, «hazlo presto». Con esto, dice Knabenbauer, queda resuelta la cuestión de si comulgó o no Judas en el Cuerpo y Sangre del Señor. Este bocado no es la Eucaristía, ello es evidente; en seguida de tomarlo, salió Judas del cenáculo: luego no comulgó. A no ser que, con Baronio, digamos que «luego», *continuo* en la Vulgata, quiera entenderse de un tiempo bastante para que asistiera Judas a la institución y comunión eucarísticas.

Termina San Juan su relato con esta frase simbólica, que pone espanto en el ánimo del lector: *Y era de noche*. Era de noche en la atmósfera; pero más lo era en el alma de Judas, sumergida en las tinieblas de la obcecación, separada para siempre de quien era la Luz del mundo. Más lo era también en el orden moral, porque con la salida de Judas empezaba la acción del poder de las tinieblas contra Jesús (Lc. 22, 53).

Lecciones morales.—A) v. 18.—*Yo sé los que escogí...*—Se encierra en estas palabras de Jesús un misterio tremendo: el de la predestinación. Dios conoce a sus elegidos, como a los que no lo son, es decir, tiene clarísimo conocimiento, no sólo de las intimidaciones de la conciencia de cada uno de nosotros, sino de lo que hemos sido, de lo que seremos y de los destinos eternos que nos aguardan: Dios no fuera Dios si no lo supiera. Pero ello no es obstáculo a la libertad del hombre. Dios es quien predestina, Dios ayuda, Dios salva o reprueba; pero la voluntad del hombre queda intacta y a él, junto con la gracia de Dios, deberá atribuirse su salvación; como a él, por haber resistido a la gracia de Dios, deberá culparse de su condenación, pensando que en último término sólo de nosotros depende, contando siempre con la gracia de Dios, que a ninguno falta.

B) v. 21.—*Se turbó, en el espíritu...*—Quiso con ello significar, dice San Agustín, que cuando la Iglesia se ve obligada a separar a algún hijo de sí, no lo hace sin turbación; y se turbó Jesús en el espíritu porque en semejantes escándalos los hombres espirituales son turbados no por la maldad, sino por la caridad, por si junto con la cizaña se arranca algo de trigo. Y se turbó a sí mismo, no fue turbado, porque era absolutamente dueño de sí: para enseñar a quienes se turban ante la inminencia de la muerte que no es ello señal alguna de reprobación.

C) v. 21.—*Os digo: Que uno de vosotros me entregará...*—Debieran poner espanto en nuestra alma estas palabras de Jesús. Porque nadie piense que no pueda ser un Judas; pues, como dice San Agustín, no hay pecado que haga un hombre que no pueda cometerlo otro hombre, si falta Aquel por quien ha sido hecho el hombre. ¿Qué más santo que el Colegio apostólico? Y uno cayó. Y en la historia de la Iglesia, ¿cuántos hombres, sabios y apostólicos, empezaron bien, y acabaron desastrosamente? Y en el orden de la miseria moral, ¿no podemos ser como el siervo de quien habla el Apóstol, «que está firme, o cae»? (Rom. 14, 4). Roguemos a Dios,

«que es poderoso para darnos estabilidad» (Ibíd.), que no consienta prevariquemos, ni por el pensamiento ni por la voluntad.

d) v. 25. — *El entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús...* — El pecho es el símbolo y el reconditorio de los secretos del hombre; el pecho de Jesús es el reconditorio de los secretos del Hombre-Dios. Y Juan, que quiso saber un profundo secreto que guardaba Jesús en su pecho, reclinó sobre él la cabeza, y mereció que el secreto se le revelara. ¡Cuántos secretos tiene Jesús para cada uno de nosotros! Secretos nuestros especiales, que quiere comunicarnos Jesús para nuestro bien; secretos de amor, porque como el padre y la madre tienen para cada hijo un afecto especial, así Jesús para cada uno de nosotros. Jesús nos espera: si nos recostamos sobre su pecho, nos revelará los secretos que buscamos, como a Juan, y aquellos otros secretos que ni siquiera nosotros barruntamos.

e) v. 26. — *Y mojando el pan, se lo dio a Judas...* — Se lo dio, dice el Crisóstomo, para que ya que no había sentido vergüenza de sentarse a la mesa con los demás, la sintiera ahora al recibir un bocado del mismo pan del Señor. Tienen esta cualidad las almas bien nacidas, que las ablandan los dones y las pruebas de amor, contra el proceder de Judas, que se endurece más a medida que más le distingue Jesús. En ello debemos aprender a recibir con gratitud las gracias del Señor, no sea que nuestra indiferencia o maldad le obligue a retirar de nosotros su mano, y caigamos en la ofuscación y en la impenitencia.

f) v. 27. — *Y tras el bocado, entró en él Satanás.* — No había entrado aún, a pesar de sus anteriores crímenes; sólo había herido su corazón con los dardos de sus tentaciones. Ahora ya se posesiona del desgraciado: ya no será él quien obre, sino Satanás en él y con él. Y entró en él Satanás, si el pan no estaba aún consagrado, porque era la revelación del misterio de su iniquidad y como la señal de su expulsión del Colegio apostólico; y si era ya el cuerpo del Señor, como quieren otros, porque era justo que se apoderara Satanás de quien, no habiendo discernido el cuerpo de Cristo del pan ordinario, había comido su juicio y condenación. ¡Es tremenda sanción del sacrilegio!

g) v. 29. — *Judas tenía la bolsa...* — Dos lecciones podemos recibir de estas palabras. Es la primera, que Jesús tenía su capital, más o menos grande, dice San Agustín, guardando lo que los fieles le ofrecían y distribuyéndolo para subvenir a las necesidades de los suyos y a las indigencias de los demás. Entonces fue instituida la forma de los haberes de la Iglesia, para que entendiésemos que aquellas palabras suyas: «No penséis en el día de mañana...» (Mt. 6, 34), deben entenderse en el sentido de que no debemos guardar dinero alguno, sino en cuanto no hemos de servir a Dios por ello, ni dejar la iusticia por temor a la indigencia. Es la segunda, el fin desgraciado de Judas, que cobró desmedida afición a las riquezas que guardaba, y para multiplicarlas, llegó al horrendo crimen de vender a su Dios. Vende a Dios, porque vende la gracia de Dios, única que puede llevar a la posesión de Dios, aquel que llevado del hambre de poseer conculca la iusticia y la ley de Dios.

h) v. 30. — *Y era de noche,* — Noche cerrada se hizo en el alma

del infeliz que, obstinadamente, había repelido la luz del Señor que con tanta insistencia quería rasgar el velo de su alma tenebrosa. Noche que no verá alborada, porque el desventurado no hará más que debatirse consigo mismo, dentro de la densísima tiniebla, para caer en mayores abismos. Noche que empalmará con la noche eterna que le aguarda. Dentro de pocas horas se colgará de un árbol, y dará su negra alma al «príncipe de las tinieblas» (Eph. 6, 12), que la llevará a la «tierra de miseria y de tinieblas, donde no hay orden alguno, sino que mora en ellas el horror sempiterno» (Iob. 10, 22).

186.— INSTITUCION DE LA EUCARISTIA: Mt. 26, 26-29
(Mc. 14, 22-25; Lc. 22, 19,20)

Lección del «Passio» los días indicados

²⁶ Y cuando ellos estaban cenando, tomó Jesús el pan, ¹ *dio gracias*, y lo bendijo, y lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo, ¹ *que se da por vosotros: haced esto en memoria mía.* ²⁷ Y ¹ *asimismo*, tomando el cáliz, ¹ *después que hubo cenado*, dio gracias, y dióselo, diciendo: Bebed de él todos. ²⁸ Porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos, ¹ *por vosotros*, para remisión de los pecados. ^{Mc} Y *bebieron de él todos.* ²⁹ Y dígoos, que desde ahora ya no beberé de este fruto de la vid, hasta el día aquel en que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre.

Explicación.— La institución de la Eucaristía es el hecho culminante de la última cena y uno de los grandes pilares de la obra espiritual que vino Jesús a edificar en el mundo. Convenía que se celebrara la institución de la Eucaristía en la cena pascual, para significar el tránsito de Jesús al Padre, cuando por el derramamiento de su sangre nos redimió y arrancó del poder de las tinieblas y nos hizo reino suyo. Así se abolía el rito legal y se substituía por la verdadera Pascua, Jesús, que se inmolaría perpetuamente en la Iglesia bajo signos visibles por el sacerdocio de la nueva Ley, cuya cabeza es él mismo. No puede fijarse con certeza el lugar que la cena eucarística ocupa en relación con el rito pascual: los comentaristas la han situado ora al principio, ora en medio, ora al fin del mismo. Atendiendo los textos de Lc. 22, 20, y 1 Cor. 11, 25, creemos debe ponerse hacia el fin del banquete pascual, cuando, comido ya el cordero, se hallaban aún los comensales reclinados sobre sus divanes.

Y cuando ellos estaban cenando, mientras estaban aún ante la mesa y no se había acabado la cena, *tomó Jesús el pan*, uno de los panes ácidos, circulares y delgados, en forma de torta, como debían

serlo los que se comían en la cena legal (Ex. 12, 18); por esto también la Iglesia emplea para el sacrificio eucarístico el pan sin levadura; *dio gracias*, orando al Padre e implorando también su bendición y su favor; *y lo bendijo*, implorando la beneficencia y el poder de Dios sobre él con lo que lo preparó para la consagración; *Y lo partió*: también en la cena legal el padre de familias bendecía y partía los panes ácidos: Jesús repetirá el rito, pero sobreelevándolo: su bendición era nueva y designaba una santificación especial del pan en orden al sacrificio místico a que se destinaba; la fracción era imagen de su muerte, hasta el punto de que «la fracción del pan» vino a ser la designación solemne y pública del sacrificio eucarístico (Act. 2, 42): *Y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo*, es decir: esto que os presento y que tiene la apariencia de pan es mi cuerpo. A estas palabras del Señor, tan simples y tan claras que no es posible tergiversarlas, el pan se transubstanció en su cuerpo santísimo, real y verdadero. Así lo ha entendido siempre la Iglesia católica, sin que haya jamás acudido a interpretaciones simbólicas. Es la realización de la promesa hecha por aquellos mismos días el año anterior (Ioh. 6, 26-64: cf. núm. 84). Y para hacerles más patente la realidad de su cuerpo encerrado en las especies de pan, añade: *Que se da por vosotros*, que es entregado a la muerte en vez de vosotros, y para rescataros. *Haced esto en memoria mía*: con estas palabras reciben los Apóstoles la potestad sacerdotal de ofrecer el cuerpo del Señor; lo harán en memoria de él: como la Pascua legal era la memoria de la liberación de la servidumbre de Egipto, así la cena eucarística representa la muerte del Señor por la que le vino al mundo la liberación espiritual.

Jesús había prometido a sus discípulos su carne y su sangre (Ioh. 6, 25-59); además, debiendo ser la cena eucarística memorial de su muerte y de nuestra redención, a la entrega del cuerpo debía seguir la de la sangre. Es lo que va a hacer Jesús: *Y asimismo, tomando el cáliz, después que hubo cenado*, para distinguirlo de los que se bebían durante la manducación del cordero pascual: era el cáliz una copa baja y ancha de las que usaban los judíos: *dio gracias*, como solía hacerlo antes de hacer algún milagro, en los que se manifestaba la gloria del Padre, su propia misión y la beneficencia de Dios para con los hombres: en ningún milagro se expresa mejor este triple fin que en la Eucaristía: *y dióselo, diciendo: Bebed de él todos*. ¿Qué copa de vino es la que consagró el Señor? Los comensales no usaban más que una copa, que corría de mano en mano y de la que debían beber todos; las bebidas de ritual eran

hasta cuatro: una al sentarse a la mesa; la segunda, después que el presidente había explicado la significación del cordero, y comidas ya las lechugas amargas; la tercera, después de comer el cordero; la cuarta, después de rezar las últimas preces; aún podía añadirse una quinta copa, a discreción de los comensales: las cuatro primeras eran de ritual. Suponen muchos que fue el cáliz tercero el consagrado, por cuanto se llamaba «cáliz de bendición», nombre con que designa el Apóstol el cáliz eucarístico (1 Cor. 10, 16); otros optan por el cuarto, y hasta por el quinto, ya del todo terminada la cena pascual, lo que justificaría la frase de Lucas: «después que hubo cenado».

¶ Solían los judíos beber en la cena pascual el vino tinto, mezclado con un poco de agua. Al alargarse el cáliz profiere estas palabras: *Porque ésta es mi sangre*: esto que tiene la apariencia de vino es mi propia sangre. Es la sangre *del nuevo Testamento*: como la antigua alianza entre Dios y el pueblo de Israel fue sellada con sangre (Ex. 24, 8), así lo será también la nueva Alianza que Dios contrae con la humanidad por la redención (Ier. 31, 33); pero no con sangre de animales, sino con la sangre de Jesucristo (Hebr. 8, 8; 9, 15-20). Luego, como la sangre derramada en la antigua Ley era un sacrificio, así lo es la que pone Jesús en el cáliz con sus palabras: porque aquellos sacrificios no eran más que figurativos de éste. ¶ La razón de sacrificio se descubre aún en estas palabras que añade Jesús: *Que será derramada por muchos*, es decir, por todos, como por todos murió Cristo; si bien no todos se aprovechan de la sangre preciosísima de Cristo: *por vosotros*, añade Lucas, representando los Apóstoles entonces a toda la humanidad; *para remisión de los pecados*: que es derramada dice el griego: derramar la sangre por los pecados siempre ha sido una función sacrificial, verificada por el sacerdote. ¶ *Y bebieron de él todos*, comulgando en la sangre del Señor, como lo habían hecho con su cuerpo. ¶

Instituida la Eucaristía, Jesús indica otra vez a sus discípulos la inminencia de su muerte, al tiempo que levanta su espíritu con la perspectiva de una bienaventuranza que disfrutarán todos juntos con El: *Y dígoos, que desde ahora ya no beberé de este fruto de la vid*: no se refiere Jesús al cáliz eucarístico, sino al vino en general, quizás a la última copa tomada después de la Eucaristía, como si dijera: Vamos a separarnos, ya no beberé más con vosotros: *Hasta el día aquel*, el de la bienaventuranza eterna, *en que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre*, donde nos veremos inundados en el torrente de las delicias (Ps. 35, 9; Lc. 12, 37; Apoc. 21, 5, etc.).

Lecciones morales.—A) v. 26.—*Tomó Jesús el pan...*—Quiso el Señor, dice San Agustín, utilizar para la consagración de su Cuerpo y Sangre aquellas cosas que llegan a ser algo especial por la reunión de muchas otras: como el pan, que es pan por la concurrencia de muchos granos de trigo; y el vino, que es tal por ser producto de muchos granos de uva. Para que aprendamos a ver en este Sacramento el misterio de la paz y de la unidad. Porque, como dice el Apóstol, «muchos somos un cuerpo en Cristo» (Rom. 12, 5).

B) v. 26.—*Este es mi cuerpo...*—No dice Jesús: «Aquí está mi cuerpo», o: «Esto es el signo de mi cuerpo»; sino: «Este es mi cuerpo», en verdad, según la realidad, según su substancia, dice el Tridentino. Antes de la consagración, el pan es pan, dice San Agustín; después, ya es el cuerpo de Cristo. Comámosle, no sólo sacramentalmente, dice el mismo Santo, lo cual hacen también muchos malos al comulgar sacrilegamente; sino también espiritualmente, uniéndonos a El por la caridad, de la que el sacramento es signo y alimento.

c) v. 27.—*Tomando el cáliz... dio gracias...*—Dio gracias, dice el Crisóstomo, para que aprendamos cómo debemos celebrar este misterio, y para que sepamos que vino a la muerte no forzado, sino libremente y dando por ello gracias al Padre. Asimismo nos enseña a recibir el cáliz de las tribulaciones con la debida acción de gracias.

d) v. 28.—*Esta es mi sangre del nuevo Testamento...*—¡Cuán grande la dignidad del cristiano! Pertenece a una sociedad, la santa Iglesia, no sólo adquirida con el precio de la sangre de Jesús, que es la sangre de Dios; sino unida a Jesús con pacto eterno, sellado con la misma sangre divina. Como en el pueblo de Dios, en la ley antigua, todo estaba marcado con la sangre de los animales, según el Apóstol, así en la Iglesia todo lleva la marca de la Sangre de Dios; sin ella no hay sacrificio, ni sacramentos, ni remisión de pecados, ni ascensión de virtudes. En verdad que pertenecemos a una raza de dioses, a un pueblo que Dios adquirió para sí a alto precio. Pero es más: no sólo la Iglesia, sino cada uno de nosotros llevamos la marca de la sangre de nuestro Redentor Jesús; de ella ha derivado para nosotros la gracia, en todas sus formas, y la gloria. Dios no reconocerá en el cielo sino a aquellos que estén marcados con la sangre del Cordero. Llevemos con suma dignidad de vida la suma dignidad de estar marcados con la sangre del Hijo de Dios.

E) v. 29.—*Hasta el día aquel en que lo beba nuevo...*—Ya no beberá Jesús más vino de vid en la tierra. Como se despiden los amigos, levantando la copa y haciendo votos para volver a juntarse en íntimo ágape, después de larga ausencia, así se despide ahora Jesús de sus discípulos. Al tiempo que les recuerda la próxima muerte, inminente ya, entreabre a sus queridos los horizontes de la vida eterna, cuando se juntarán en el celestial banquete de la visión de Dios y se embriagarán de las delicias de la casa de Dios (Ps. 35, 9). No será ya entonces vino de cepa; sino un vino «nuevo», que preparará Dios en «el cielo nuevo y en la tierra nueva», que será la bienaventuranza eterna (Apoc. 21, 1).

187. — DISCURSO DE JESUS DESPUES DE LA CENA

IOH. 13, 31-17, 26

GENERALIDADES

EL TEXTO. LUGAR EN QUE FUE PRONUNCIADO. — Este discurso, que empezó Jesús inmediatamente después de la salida de Judas del Cenáculo, fue pronunciado terminadas ya la cena legal y la eucarística, el día antes de su muerte; y abarca, a más de la introducción (Ioh. 13, 31-88), los capítulos 14-17 del mismo Evangelio en toda su extensión.

Por lo que atañe al lugar en que fue pronunciado, todos los exégetas están conformes en que empezó en el mismo Cenáculo; pero mientras afirman unos que en el mismo lugar se continuó hasta el fin (Maldonado, A. Lapide, Knabenbauer, etc.), pretenden otros (Cayetano, Corluy, Fillion, Fouard, etc.) que, a partir del primer versículo del capítulo 15, no se hallaba ya Jesús en el Cenáculo, sino que prosiguió su conferencia con sus discípulos en el trayecto que hay de Jerusalén al huerto de Getsemaní.

Favorece la primera opinión la consideración de que no es verosímil que discurso tan alto y tan extenso lo tuviera Jesús cerca de la medianoche y en los apremios de una salida casi furtiva de la ciudad. Si Jesús dice: «Levantaos, salgamos de aquí» (Ioh. 14, 31), es que realmente se dispuso a salir con los Apóstoles; pero, antes de la salida definitiva, tomó de nuevo la palabra, siguiendo el tema empezado, «como suelen los amigos que con pena se despiden de los amigos reasumir los interrumpidos discursos», dice A. Lapide.

Los de la segunda opinión dicen que, habiendo dicho Jesús: «Salgamos de aquí», no es de creer permaneciese con sus discípulos por más tiempo en el Cenáculo. Y más lo persuade que empezara el Maestro de nuevo a hablar proponiendo la metáfora de la viña, el viñador y los sarmientos, que le sugeriría la visión de los campos con los viñedos recién podados, como solía hacerse en la Palestina en aquella época del año, en que los labriegos despojaban las vides de los nuevos sarmientos que no prometían fruto.

CARACTERES E IMPORTANCIA DEL DISCURSO. — El hecho de que Jesús hablara a sus Apóstoles solos, a quienes acababa de instituir sacerdotes y de comunicarles su Cuerpo y Sangre, y de que fuese la

última conversación que con ellos debía sostener antes de su muerte, teniendo en perspectiva la prueba terrible por que debían pasar, dan a este discurso un relieve extraordinario. En él abrió el divino Maestro de par en par su pensamiento y su corazón, dándoles a sus Apóstoles lo que podríamos llamar la quintaesencia del Evangelio. Lo que éste es a la Ley, el discurso de la Cena es al Evangelio mismo. Por ello se han llamado estos capítulos el *Sancta Sanctorum* de los Evangelios.

Los caracteres especiales del discurso son: la efusión de corazón que se sostiene durante la larga conferencia, en que el Padre da a sus hijos en testamento los documentos más exquisitos de la vida cristiana y apostólica; la sublimidad de las enseñanzas, en las que, dice Bossuet, aparecen profundidades que hacen temblar; cierta incoherencia de pensamiento, que puede ser hija del mismo estado psicológico de Jesús en aquellos momentos de emoción suprema, en que iba a morir separándose antes de sus caros discípulos, o que puede atribuirse al mismo apóstol redactor del Evangelio, que escribió por vez primera aquellos largos discursos después de muchos años de pronunciados, sacándoselos paulatinamente de la memoria, dice Patrizzi, no siendo de creer que debiese suplir a este trabajo en cuanto a cada una de las palabras la inspiración divina, según Corluy, ya que es doctrina generalmente admitida que el Espíritu Santo, en la inspiración de los Sagrados Libros, respeta, en el orden psicológico como en el literario, la manera de ser de cada uno de los autores secundarios que los escribieron.

Con respecto a la importancia de este discurso, cabe ponderarla del hecho que en él se descubran los más altos misterios de la vida íntima de la Trinidad y los más profundos de la vida cristiana. En ninguna parte como en estos capítulos merece el Evangelio de San Juan el apelativo de «pneumático» o espiritual que se le ha dado. Da aquí lo más aquilatado en orden a los misterios de la vida divina, en Dios y en el hombre a quien Dios la comunica.

Aunque sin trabazón aparente en las distintas fases del discurso, su fondo es de una homogeneidad absoluta en cuanto contiene los principios fundamentales de la «doctrina de la vida», tan cara a San Juan. Una coordinación y sistematización de los elementos dogmáticos de este discurso nos daría un admirable resumen de la biología sobrenatural del Cristianismo.

Por la misma forma confidencial, íntima y efusiva del discurso, se hace difícil reducirlo a una unidad lógica. Más que un razonamiento sujeto a las exigencias de un tema, es el discurso una serie de documentos dictados por el Corazón de Jesús en la premura de

las postreras horas de convivencia con sus Apóstoles. Con todo, distinguen los críticos en esta pieza maestra del magisterio de Cristo: 1.º Una introducción (31, 31-38); 2.º Consuelos a los Apóstoles (c. 14); 3.º Exhortaciones (cc. 15.16); 4.º La oración sacerdotal de Jesús (c. 17). Para nuestro objeto, dividimos el discurso en los siguientes fragmentos, que representan aproximadamente la división ideológica del mismo.

188.— A) LA GLORIFICACION DE JESUS. EL PRECEPTO NUEVO IOH. 13, 31-35

³¹ Y como hubo salido (Judas), dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre: y Dios es glorificado en él. ³² Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará a él en sí mismo: y luego le glorificará. ³³ Hijitos, aún estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir: lo mismo digo ahora a vosotros.

³⁴ Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también recíprocamente. ³⁵ En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.

Explicación.—La salida de Judas de la presencia de Jesús y del Cenáculo, marca un profundo cambio en las palabras del Señor. Como si la presencia del malvado hubiese represado los grandes afectos del Corazón de Cristo en aquella hora suprema, después que le ha dado el bocado y le ha visto partir a su invitación: «Lo que has de hacer, hazlo pronto», como si se viese libre de una pesadilla, rompe Jesús a hablar con un exordio *ex abrupto*, en que habla de su glorificación y de la del Padre y da a sus queridos el mandato nuevo.

LA GLORIFICACIÓN DE JESÚS (31-33).—*Y como hubo salido (Judas), dijo Jesús...* La salida de Judas es la causa determinante del discurso que va a pronunciar. *Ahora es glorificado el Hijo del hombre*: el momento de la salida del traidor es como el comienzo de la pasión; y la pasión es la glorificación de Jesús: primero, porque en la misma pasión viose Jesús glorificado por el Padre con estupendos prodigios; luego, porque la pasión era condición indispensable para que entrara en su gloria; y en tercer lugar, porque el levantamiento de la humanidad, su redención, santificación y glorificación, que son la gloria de Jesús, porque son premio de su triunfo, arranca, como de su causa eficiente y meritoria, principal-

mente de la pasión de Cristo. Como un general aguerrido que cuenta con la seguridad del triunfo, entra Jesús en la batalla con estas palabras: «Hoy voy a cubrirme de gloria.»

La gloria del Hijo lo es también del Padre: *Y Dios es glorificado en él*: porque la pasión del Hijo hará resplandecer la santidad, la justicia, la misericordia de Dios, el inmenso amor que profeso a los hombres. A más, la pasión de Cristo es el comienzo del reino que vino a establecer en el mundo, porque es el triunfo sobre el infierno; y en el reino de Cristo es glorificado el Padre, porque es el mismo Reino de Dios: «Venga a nos el tu reino.» A cambio de esta gloria que el Padre recibe de Jesús, Jesús será glorificado por el Padre: *Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará a él en sí mismo*, haciéndole partícipe de su misma gloria al sentarle a su diestra en el cielo. Esto será pronto; y luego le glorificará: en la misma pasión, por los milagros que en ella obrará Dios, en la resurrección y ascensión, y, sobre todo, en el cielo, donde entrará triunfalmente dentro de poco tiempo.

Hijitos, sigue Jesús, como si con este diminutivo lleno de ternura quisiese amenguar la pena que va a producirles su pronta separación: *Aún estoy un poco con vosotros*: sólo unas horas me separan de la muerte. Después de ella, los discípulos desearán con ansia su presencia: *Me buscaréis*. Pero, como les dijo un día a los judíos, que le buscarían y no le hallarían (Ioh. 7, 34; 8, 21), así se lo dice ahora a sus queridos: *Y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir: lo mismo digo ahora a vosotros*: con la diferencia que a aquéllos se lo decía en señal de reprobación, por su protervia, y de una manera definitiva; mientras que los Apóstoles estarán sólo temporalmente separados de él, por las exigencias del apostolado.

EL PRECEPTO NUEVO (34.35). — Si los discípulos no pueden ir todavía adonde va el Maestro, es que tienen que quedar aún en el mundo. Por ello necesitan una forma de vida. Jesús se la da con el precepto nuevo: *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros*. Ya en el antiguo Testamento se había prescrito la caridad fraterna (Lev. 19, 18); pero ahora se reitera el precepto en forma nueva, por cuanto los discípulos de Jesús deberán amarse según la medida con que El mismo nos amó: *Así como yo os he amado*; y deberán mutuamente profesarse el mismo amor desinteresado, eficaz y ordenado según Dios, que El nos tuvo: *Para que vosotros os améis también recíprocamente*.

Y añade la razón del precepto del amor fraterno: él debe ser

como el signo y el símbolo que les distinga de todos los demás: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros*. Los soldados de un rey se distinguen por las insignias del rey; y la insignia de Cristo es la Caridad.

Lecciones morales.—A) v. 31.—*Ahora es glorificado el Hijo del hombre...*—Llama Jesús a la pasión su glorificación, porque la cruz es el camino real de la gloria. Yerran de modo lamentable los que buscan la gloria eterna por otro camino que no sea el de la pasión. Como «convino que el Cristo padeciese para entrar en su gloria», según dijo él mismo a los discípulos de Emaús (Lc. 24, 26), así es preciso que padezcamos nosotros para entrar en la nuestra. Por ello es que los santos se gloriaban en las tribulaciones, como el Apóstol, y tenían ansias de sufrimientos, como Teresa de Jesús y Magdalena de Pazzis, porque sabían que ello, cuando se recibe y tolera por Cristo, es señal de predilección de Dios y prenda de gloria, tanto mayor cuanto más amargo sea el mar de tribulaciones con que Dios nos pruebe.

B) v. 31.—*Y Dios es glorificado en él.*—También, como los de Jesús, nuestros sufrimientos, tolerados por amor de Cristo, glorifican a Dios. ¿Qué es la bienaventuranza de tantos millones de hijos de Cristo, sino el fruto de sus sufrimientos? Y ¿qué es ello sino una glorificación inenarrable de Dios nuestro Señor? Porque más gloria dan a Dios los bienaventurados en el cielo que toda la inmensa máquina de la creación con su regulado concierto. El Apóstol veía en su Apocalipsis la gloria del cielo y oía como un rumor de muchas aguas (Apoc. 14, 2 sigs.; 19, 6 sigs.): eran las voces de los elegidos que daban gloria y honor a Dios y a su Cordero. Ellos habían vencido en la sangre del mismo Cordero, es decir, incorporándose a la pasión de Cristo: de aquí su propia gloria; pero de aquí también la gloria de Dios, que la recibe mayor de un acto de sufrimiento por El, que de las gloriosas acciones de los hombres obradas sin pensar en El.

C) v. 33.—*Hijitos, aún estoy un poco con vosotros.*—Poco estará Jesús con los hombres en estado pasible y mortal. Después de su muerte, que será el día siguiente, ya no padecerá ni morirá más. Estará con los discípulos durante cuarenta días; pero en un estado ya sublimado, glorioso. Por esto, como si se gozara Jesús en aquellas pocas horas de vida mortal que le restan, deja que su Corazón se desborde en tiernísimas palabras y afectos a sus queridos. ¡Con qué vehemencia latiría el divino Corazón durante las últimas horas de su vida mortal! Obra de amor como era la de la redención del mundo, la entraña que es el símbolo y el refugio del amor, el corazón, se agitaría, avara del poco tiempo que le quedaba, para mejor consumir la obra que Dios le había confiado.

D) v. 34.—*Que os améis los unos a los otros.*—No como pudieran amarse unos hombres a otros, dice San Agustín, porque todo animal ama a su semejante; sino como deben amarse aquellos que son dioses e hijos del Altísimo: de manera que se consideren hermanos en su Hijo único, que es quien ha de llevarlos a su último

fin. La razón del amor mutuo debe ser la caridad de Dios: esta caridad que ha derivado de Dios y que es como el aglutinante que debe reducirnos a todos a la unidad con él. Todo amor que se tenga a los hermanos fuera de este amor, ni es amor cristiano, ni tendrá eficacia para unirnos a todos en Dios.

d) v. 35.—*En esto conocerán todos que sois mis discípulos...*— Por esta señal conocían en la primera generación cristiana a los discípulos de Cristo: «La multitud de los creyentes eran un corazón y un alma» (Act. 4, 32); ello era lo que admiraba a los gentiles, según Tertuliano: «¡Mirad cómo se aman, y cómo están dispuestos a morir unos por otros!» La historia de la Iglesia atestigua que cuanto mayor ha sido la caridad fraterna, más profundo ha sido el sentido cristiano, más férvida la piedad, más garantizada la paz cristiana de los pueblos. Porque la caridad fraterna, dice el Crisóstomo, es la floración de la santidad, el indicio de la virtud verdadera.

189.— B) JESUS PREDICE LAS NEGACIONES DE PEDRO.
LE CONFIRMA EN SU PRIMADO: Ioh. 13, 36-38; Lc. 22, 31-34

Sigue el «Passio» del miércoles de Semana Santa (Lc.)

¹³⁶ Simón Pedro le dijo: Señor, ¿adónde vas? Respondió Jesús: Adonde yo voy, no puedes ahora seguirme: mas me seguirás después. ³⁷ Pedro le dice: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida daré por ti. ³⁸ Jesús le respondió: ¿Tu vida darás por mí? En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

¹³¹ Y dijo más el Señor: Simón, Simón, mira que Satanás os ha demandado para zarandearos como trigo; ³² mas yo he rogado por ti, que no te falte tu fe: y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos. ³³ El le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo aun a la cárcel, y a la muerte. ³⁴ Mas Jesús le dijo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado que me conoces.

Explicación.— Los cuatro Evangelistas refieren la predicción de las negaciones de Pedro, pero no en el mismo lugar ni en la misma forma. Resulta por ello harto difícil resolver la cuestión del número de predicciones y el lugar en que Cristo pronunció la profecía. Mientras San Agustín y otros admiten tres predicciones por parte de Jesús, otros más recientes, entre ellos el P. Bover y Dehaut, admiten una sola predicción, que hubiese tenido lugar en el mismo Cenáculo con ocasión de la interrupción de Pedro al discurso del Señor. El P. Knabenbauer, después de haber dicho en su comentario a Lc., v. 33, que en el comentario a Ioh. 13, 38, se ocuparía de investigar cuántas pudiesen ser las predicciones de Jesús,

deja sin tocar la cuestión en el lugar donde había resuelto ocuparse. Seguimos a Cornely, en su sinopsis cronológica de los cuatro Evangelios, y creemos interpretar la mente de Knabenbauer, al resolver esta cuestión diciendo que fueron dos las predicciones: una en el Cenáculo, durante el discurso que comentamos, y otra en el camino del Cenáculo a Getsemaní, que se comentará en el número 202.

JESÚS PREDICE LAS NEGACIONES DE PEDRO (Ioh. 13, 36-38).— Jesús ha dicho a sus Apóstoles que se marcha, y les ha encargado el amor mutuo (vv. 33,34). Gran cosa es el amor, y se conmueven profundamente los que se aman al anuncio de la separación. Es por ello que Pedro, de natural ardoroso, quiere saber de labios de Jesús adónde va, sin duda para ir con él: *Simón Pedro le dijo: Señor, ¿adónde vas? Respondió Jesús: Adonde yo voy, no puedes ahora seguirme*: no le puede seguir Pedro a Jesús, quizá por su imperfecta fe, seguramente porque tiene que llenar sus funciones de príncipe de los Apóstoles; cuando haya llenado sus altísimas funciones, irá con Jesús: *Mas me seguirás después*.

Pedro se cree más valeroso de lo que es; le parece depresivo se le diga que no puede seguir ahora, y, con la vehemencia de siempre, le dice: *¿Por qué no puedo seguirte ahora?* Y prueba su valor «a fortiori»: se siente capaz de morir por Jesús, cuanto más de seguirle adondequiera que vaya: *Mi vida daré por ti*. Jesús reprime esa presunción excesiva, en tono que revela su amargura, y le respondió: *¿Tu vida darás por mí?* Y para que comprendiera Pedro la distancia enorme que va del concepto de sí mismo tiene a la realidad, añade con juramento: *En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces*. El canto del gallo se computaba la cuarta vigilia de la noche, de tres a seis de la mañana; antes de esta hora, no faltaban para ello más que cuatro o cinco. Pedro, que había ofrecido una muerte por Cristo, dice San Agustín, le negará tres veces la vida.

JESÚS CONFIRMA A PEDRO SU PRIMADO (Lc. 22, 31-34).— Introduce San Lucas el episodio de la predicción con alguna incoherencia con los antecedentes y consiguientes. Por esto empieza: *Y no dijo más el Señor*. Dirígese Jesús a Pedro, llamándole dos veces por su nombre, lo que es señal de afecto, y al mismo tiempo una manera de llamar la atención sobre algo grave que va a decir: *Simón, Simón, mira que Satanás os ha demandado para zarandearos como trigo*: el demonio ha deseado con ardor, ha pedido a Dios licencia para

vejaros, sacudiros, agitaros espiritualmente, como se hace con el trigo en la criba (Iob. 1, 10-12; 2, 6). El aviso va a Pedro, como príncipe que es de los demás, y que más que los demás debe estar precavido para defenderse y defenderlos.

Corroboración esta interpretación la palabra de Cristo: *Mas yo*, expresión enfática y contraposición a su enemigo Satanás, *he rogado por ti, que no falte tu fe*. Se dirige a todos, porque a todos vejará Satanás, y ruega por uno: luego en este uno descansa la fe de todos, es fundamento y sostén de los demás. La fe de Pedro no faltará jamás, porque la oración de Cristo es siempre eficaz. Las negaciones de aquella noche no serán más que un pecado de inconstancia, una turbación momentánea, efecto de su debilidad, no un pecado contra la fe.

Pedro debe manifestar su gratitud por esta oración de Cristo, confirmando a los otros apóstoles en la fe: *Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos*. Se convertirá Pedro del pecado de sus negaciones, y entonces su deber será robustecer, y afirmar y sostener la fe de los demás, no sólo de los Apóstoles, sino de todos sus sucesores en el decurso de los siglos, y de todos cuantos profesen la fe de Cristo Jesús. Esta función de Pedro y sus sucesores importa la infalibilidad de doctrina y la perdurabilidad para mientras subsista la Iglesia.

A la benevolencia con que le distingue Jesús, responde Pedro protestándole absoluta fidelidad: *El le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo aun a la cárcel, y a la muerte*: Cuánto diste la realidad de sus fuerzas del concepto y propósito de su firmeza, se lo manifiesta Jesús a Pedro en forma insinuante profetizando su defeción: *Mas Jesús le dijo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado que me conoces*.

Lecciones morales.—A) Ioh. v. 37.—*¿Por qué no puedo seguirte ahora?*—Jesús dice a Pedro que adonde va no puede él seguirle ahora; Pedro le dice que sí, y que aun es capaz de hacer más, muriendo por El. Pedro dice que sí cuando Jesús dice que no, comenta el Crisóstomo: no tardará Pedro en caer, para que sepa por propia experiencia que es nada la presunción de nosotros mismos cuando no está presente el Dios que puede librarnos. ¡Cuántas veces habremos tenido que arrepentirnos de haber en nuestro interior entablado lucha entre la gracia que nos tiraba —or el lado de la ley de Dios y la presunción necia de que no sucumbiríamos, aun exponiéndonos a faltar a la ley de Dios! Es una especie de soberbia espiritual que castiga Dios con las humillaciones del pecado.

B) v. 38.—*No cantará el gallo, sin que me hayas negado...*—¿Dices que harás por mí lo que no he hecho yo aún por ti, que es morir?, comenta San Agustín: Siendo incapaz de seguirme, ¿te

crees capaz de adelantárteme? ¿Por qué tanta presunción? Oye quién eres, Pedro: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Es que veía sólo el deseo de su corazón; pero las fuerzas no las veía: jactábase de su querer el enfermo; pero el médico era quien veía su debilidad. Pidamos nosotros a Dios que nos veamos nosotros en nuestra justa medida: ni tan pusilánimes que nos inutilicemos por el miedo; ni tan presuntuosos que nos pierda el orgullo. Conozcámonos a nosotros mismos, en lo que hallaremos muchísimos motivos de desconfianza; y conozcamos a Dios, de donde debe venirnos en el último término toda fortaleza.

c) Lc. v. 31. — *Mira que Satanás os ha demandado para zarandearos como trigo...* — ¡Bella y terrible imagen la de Jesús! Va y viene el trigo en la criba; choca ora contra una pared, luego en la otra; es levantado arriba para luego otra vez caer y ser de nuevo zarandeado. Es la imagen de nuestra vida. La criba la maneja Dios mismo, o el demonio con permiso de Dios, o los hombres como instrumentos de Dios; pero el hecho es que somos zarandeados como el pobre grano de trigo. Es la prueba, la tentación, la cruz, la agitación del espíritu, sin la que no se puede vivir. ¡Ay del que no sea zarandeado, porque no será purificado! Quizá sea ello señal de que ha llegado a tal grado la indiferencia o el encallecimiento, que sólo un milagro de la gracia de Dios pueda poner en movimiento una vida que, en frase del Apocalipsis, no es más que una apariencia de vida y una realidad de muerte (Apoc. 3, 1).

d) v. 32. — *Yo he rogado por ti, que no falte tu fe...* — La fe de Pedro es la firmeza de nuestra fe; y la firmeza de la de Pedro está garantizada por la eficacísima oración de Jesucristo. No faltará la fe de Pedro, como no pueden faltar las promesas de Dios. Así la vida intelectual del mundo, en el orden sobrenatural, recibe la savia del tronco de Pedro, y, por lo mismo, de sus sucesores, que son los pontífices romanos; y este tronco tiene sus raíces plantadas en el mismo cielo, donde la oración de Jesús al Padre les da perennidad y vigor eterno e inmarcesible. ¡Qué reposo para el alma cristiana, que sabe que pensando con Pedro piensa con Cristo y con Dios! En la perpetua agitación de las humanas opiniones estará firme, más que la roca entre el vaivén de las olas.

e) v. 34. — *No cantará hoy el gallo...* — La pasión del Señor tiene émulos, no iguales. Sentimos los estímulos de imitar a Jesús en los tormentos; pero luego desfallecemos y abandonamos la ruta comenzada. A veces, como Pedro, nos quedamos en meros propósitos: consultamos nuestras fuerzas en ausencia del peligro, y nos creemos capaces de arrostrarlo todo y de vencerlo todo; viene la tormenta, y, amedrentados, abandonamos el campo del deber y del honor cristiano, que consiste en «gloriarse en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gal. 6, 14); no en gloriarnos vanamente, sino en gozarnos estando «clavados en ella con Cristo» (Gal. 2, 19).

190. — C) LA PROMESA DEL CIELO: IOH. 14, 1-11

Evangelio de la Misa de los apóstoles Felipe y Santiago (vv. 1-13)

¹No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. ²En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho: pues voy a prepararos el lugar. ³Y si me fuere, y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo para que en donde yo estoy, estéis también vosotros. ⁴También sabéis adónde yo voy, y sabéis el camino.)

⁵Tomás le dice: Señor, no sabemos adónde vas: pues, ¿cómo podemos saber el camino? ⁶Jesús le dice: Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. ⁷Si me hubieseis conocido a mí, ciertamente hubierais conocido también a mi Padre: y desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto.)

⁸Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. ⁹Jesús le dice: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. ¿Cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre? ¹⁰¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre, que está en mí, El hace las obras. ¹¹¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?

Explicación. — Este capítulo 14 de Juan se ha llamado de los consuelos, y con razón, pues en él ofrece Jesús a sus discípulos las perspectivas de la gloria futura, en compañía de El y del Padre, les asegura un poder taumátúrgico extraordinario, la eficacia de la oración, la venida del Espíritu Paráclito y su perpetua asistencia. El fragmento que comentamos puede reducirse a estos tres conceptos: el cielo, camino para lograrlo, y razón por que lo es. Por lo demás, es oportunísima esta manera de empezar Jesús su último discurso, para animar a sus discípulos después del anuncio de su próxima muerte.

EL CIELO (1-4). — Jesús había anunciado su partida inminente; ellos debían aún quedar en el mundo (cf, 13, 33): el anuncio de la separación de un Maestro a quien querían tanto y habían seguido tan fielmente, que dejaba en su juicio sin consumir la obra prometida de la fundación del reino mesiánico, que les dejaba solos frente a sus enemigos terribles, les llenó de turbación y congoja: *No se turbe vuestro corazón*, les dice Jesús. La razón de la serenidad que deben guardar en aquellos momentos es la confianza en Dios y en El: *Creéis en Dios, creed también en mí*: de la misma manera que

tenéis fe en Dios, debéis tenerla en mí, que soy su legado y su Cristo, que soy Dios como El, y, por lo mismo, aunque os deje en la apariencia, estaré con vosotros perpetuamente, con mi auxilio divino.

Empieza luego a indicarles los grandes bienes que les tiene preparados: el primero de todos es el cielo. Quizá de lo dicho anteriormente (13, 33.36) han podido creer que jamás podrán estar en compañía de Jesús, o que sólo Pedro podrá lograrlo; Jesús rectifica este juicio: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*: en el lugar adonde voy hay sitio para todos: para ellos y para muchos otros, en lo que se indica la multitud de los que seguirán a Jesús. Para asegurarles esto, añade, como solemos en el lenguaje ordinario para dar fuerza a una afirmación: *Si así no fuera, ya os lo hubiera dicho*. Y precisamente la razón de que los deje temporalmente es para prepararles un lugar: *Pues voy a prepararos el lugar*.

La separación de Jesús es condición indispensable para disponer un lugar para sus discípulos, para venir luego por ellos, tomarlos consigo y estar perpetuamente juntos: *Y si me fuere, y os preparare lugar*, abriéndolos el cielo por mi pasión, rogando en el cielo al Padre por vosotros, enviándoos el Espíritu Santo, asistiéndolos desde allí en vuestros trabajos, *vendré otra vez*, a la hora de la muerte, *y os tomaré conmigo*, en el reino de la gloria, *para que en donde yo estoy, estéis también vosotros*.

Sentenciosamente termina Jesús estos conceptos diciéndoles: *También sabéis adónde yo voy, y sabéis el camino*: Ya les había dicho antes adónde iba, al Padre (1³, 33), y a prepararles el lugar en la casa del mismo Padre (14, 2). A más debían también saber el camino por donde iba a aquel término que era la fe y la íntima unión con él (5, 40; 6, 35.39.40.47). Rudos como eran aún los Apóstoles, no habían comprendido la altísima doctrina: la afirmación rotunda de que ellos saben el camino va a causarles extrañeza, y determina la siguiente cuestión, que le propone candorosamente Tomás.

EL CAMINO DEL CIELO (5-7).—*Tomás le dice: Señor, no sabemos adónde vas: pues, ¿cómo podemos saber el camino?* Hay en esta pregunta el deseo de saber; pero revela al propio tiempo el temor y la tristeza del apóstol: ha entendido materialmente la palabras de Jesús, y quiere saber a qué parte se dirige. Jesús le responde con una triple definición de sí mismo que, al par que centra la cuestión propuesta en su eje sobrenatural y divino, revela clara y categóricamente las funciones de Cristo en orden a los eternos

destinos del hombre: *Jesús le dice: Yo soy el camino y la verdad y la vida*. No se trata ya, pues, de un camino material para dirigirse a un punto geográfico: la metáfora es llena y elevada. Jesús es el camino, porque sólo por El se pasa del estado del pecado al de gracia, de la tierra al cielo; sólo El nos reconcilia con Dios y nos enseña el camino de lograrlo con su doctrina y su ejemplo. Es al mismo tiempo la verdad, antonomásticamente, por esencia; sus palabras tienen, por lo mismo, la máxima garantía de verdad: es el autor de la fe y del conocimiento de Dios, y sólo por El podemos ser iluminados en las cosas de Dios. Es la vida, porque tiene la naturaleza divina, y por tanto es fuente de toda vida; de la plenitud de su vida divina todos hemos recibido la vida, cuantos hemos sido hechos hijos de Dios. Por todo ello, sólo por Cristo se va al Padre; he aquí el término y el camino de que habla Jesús: *Nadie viene al Padre, sino por mí*.

Reprende Jesús blandamente a los Apóstoles, porque, a pesar de sus enseñanzas, ejemplos y milagros, todavía no le han conocido; ello es la causa de que tampoco conozcan al Padre: *Si me hubieseis conocido a mí, ciertamente hubierais conocido también a mi Padre*: los dos tienen la misma naturaleza, iguales propiedades y atributos, tan claramente manifestados por Jesús. Pero toda vez que Jesús ha hablado ahora tan claramente de sí, atribuyéndose la misma naturaleza del Padre, en adelante, conociéndole a El, también conocerán al Padre: *Y desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto*, durante el tiempo que habéis convivido conmigo.

POR QUÉ JESÚS ES EL CAMINO DEL CIELO (8-11).—A Felipe, tan ansioso de saber como tardo en comprender las cosas divinas (cf. 6, 5-7), le extraña que Jesús diga que han visto al Padre; entiende las palabras del Señor en el sentido de una visión corporal; no comprende que Jesús habla de la inteligencia por la fe; como sabe que Moisés y algunos profetas recibieron la merced de las teofanías o manifestaciones visibles de Dios, en Horeb, el Sinaí, Isaías, etc., ahora le pide a Jesús una exhibición, aunque sea momentánea, pero brillante y aparatosa del Padre: *Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta*, ya nada más queremos para deponer todo temor y tristeza.

Reprende Jesús lo tardío de aquella inteligencia y repite con alguna acritud la misma enseñanza: *Jesús le dice: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros*, contigo, dice el griego, *y no me habéis conocido?* Tres años que me tratas asiduamente: ya deberías haber conocido que tengo la misma naturaleza del Padre; y por lo

mismo, *Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre*. Indica aquí Jesús su consubstancialidad con el Padre y su distinción personal. Si el Padre y yo somos una misma cosa, ¿cómo es posible no ver en mí al Padre? ¿Cómo, pues, tú dices: *Muéstranos al Padre*?

Y aclara Jesús su pensamiento, sustituyendo al verbo «ver» que antes había usado y que había dado lugar a la incompreensión de Felipe, por el verbo «creer»: *¿No creéis (no crees) que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?* Estamos uno en el otro, unidos inseparablemente por la misma substancia divina, a pesar de la distinción de personas; creyendo esto, se ve al Padre con los ojos de la fe, porque me veis a mí con los del cuerpo. De esta unión inefable de Jesús con el Padre, da una demostración rápida apelando al testimonio de sus enseñanzas y de sus milagros: *Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: yo no soy más que un instrumento del Padre, su portavoz* (cf. 7, 16; 12, 49). Igualmente es el Padre quien hace por mí las obras estupendas que yo he obrado: *Mas el Padre, que está en mí, El hace las obras*.

Después de unas manifestaciones tan claras y terminantes y de una demostración tan definitiva, se dirige a todos los Apóstoles, ya no sólo a Felipe, y les dice como en conclusión triunfante: *¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?*

Lecciones morales.—A) v. 1.—*No se turbe vuestro corazón.*—A fin de que los Apóstoles, como hombres que eran, dice San Agustín, no temiesen la muerte de Cristo, les consuela afirmando que también es Dios; como si les dijera: ¿Teméis mi muerte según mi forma de siervo? No se turbe vuestro corazón, porque la resucitará mi forma de Dios. He aquí, en estas palabras de San Agustín, expresado el doble elemento que hay en cada uno de nosotros: el elemento meramente humano, sujeto a todas las vicisitudes de la humana vida, enfermedades, errores, debilidad de la voluntad, persecuciones, miserias de todo género, coronadas por la mayor de todas, que es la muerte; y el elemento divino, la vida sobrenatural, la gracia de Dios, la inhabitación de Dios mismo en nosotros, si estamos en su gracia. Cuando se levanten furiosas las tormentas en el elemento humano, no se turbe nuestro corazón mientras tengamos a Dios con nosotros. De aquí el conocidísimo estribillo de nuestra Santa Teresa: «Nada te turbe, — Nada te espante. — Quien a Dios tiene — Nada le falta... — Sólo Dios basta.»

B) v. 2.—*En la casa de mi Padre hay muchas moradas.*—Con estas palabras, dice San Agustín, quítales Jesús a sus Apóstoles la turbación, con la certeza de que, después de los peligros y de las pruebas, habitarán con él en el cielo ante Dios. Porque aunque uno es más fuerte que otro, más sabio, más justo, más santo, nadie será excluido de aquella casa, donde cada cual tendrá su mansión, según sus méritos. Ciertamente que es igual para todos aquel denario que el

padre de familias manda dar a los trabajadores de su viña; con el cual se significa la vida aquella en la cual nadie vive más que el otro, porque una misma eternidad los excluye a todos de medida. Pero la multiplicidad de mansiones indica la diferencia de dignidades según los méritos de cada uno de los que gocen la misma vida.

c) v. 6. — *Yo soy el camino y la verdad y la vida.* — Bendigamos la bondad de Dios y de su Cristo, que de tal manera se ha manifestado a los hombres. Porque, como dice San Hilario, ya no andaremos errantes por caminos extraviados siguiendo a Aquel que es el camino de Dios, porque es el mismo Dios; ni nos llevará por los caminos del error o de la falsedad Aquel que es la Verdad por esencia; ni deberemos temer la muerte uniéndonos a Aquel que es la misma Vida y la fuente de toda vida. ¡Oh, camino, fuera del cual no hay camino, sino sólo sendas de perdición y precipicios! ¡Oh, verdad, comprensiva de toda verdad y exclusiva de todo error, fuera de la cual no hay sino espesas tinieblas de error! ¡Oh, vida, en la que tiene plantadas sus raíces toda vida, sin la que no hay vida, sino muerte, en el cuerpo y en el alma, en el tiempo y en la eternidad! Haz que te sigamos, que te creamos, que de ti y en ti vivamos, para que podamos llegar a la visión del Padre, que es el término de nuestra vida.

d) v. 9. — *¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido?* — Con estas palabras, dice San Hilario, reprende Jesús al apóstol que le desconocía o ignoraba. Porque, como era propio de Dios lo que hacía: andar sobre las olas, mandar a los vientos, perdonar los pecados, resucitar a los muertos, por ello se queja de que por la naturaleza humana no se remonte hasta el conocimiento del Dios que la tomó. Más dignos de reprensión son aún aquellos que han visto los milagros de Jesús, contados por las verídicas historias del Evangelio, y los tal vez más estupendos de los siglos posteriores, obrados por El y por los que han creído en El, y no ha sabido ver en El al enviado de Dios. ¡Cuántos ignoran a Cristo, y cuán grande es la ignorancia de muchos, que creen conocer a Cristo, sobre la persona y la obra del mismo Cristo!

e) v. 10. — *¿No lo creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?* — Está Jesús en el Padre y el Padre está en Jesús, no por conjunción de dos naturalezas distintas, dice San Hilario, ni por la fuerza de absorción de una capacidad mayor, sino por el nacimiento de un viviente de una naturaleza viviente, por cuanto de Dios no puede nacer más que Dios. Por lo mismo, Jesús es Dios de Dios, con igual naturaleza que el Padre. El está en el Padre porque tiene idéntica naturaleza y está naciendo de Dios de toda la eternidad; y el Padre está en El por igual razón, porque le engendra eternamente Dios. Cuánta sea la confianza que debemos tener en Jesús, ya se ve de esta razón, una de las fundamentales de nuestra doctrina cristiana. Pidiendo a Jesús, pedimos a Dios: en El no hay más que una Persona, que es divina: y esta Persona es consubstancial con la Persona del Padre, origen fontal de todo bien.

f) v. 10. — *El Padre, que está en mí, El hace las obras.* — Hacen las obras, los milagros estupendos, El y el Padre, conjuntamente,

porque lo que hace el Padre lo hace El (Ioh. 5, 21). El aparece como obrador de los milagros, en cuanto es su naturaleza humana el instrumento de que se sirve la divinidad para hacerlos; pero más allá de la naturaleza humana está la Persona del Verbo, y con ella las otras divinas personas, que conjuntamente hacen lo que sólo Dios puede hacer; y lo que Dios hace, en orden al mundo externo, lo hacen las tres personas divinas.

191.—D) OTRAS TRES GRANDES PROMESAS: IOH. 14, 12-24

Evangelio de la Misa de la Vigilia de Pentecostés (vv. 15-21)

¹² Y si no, creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará: porque yo voy al Padre. ¹³ Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré: para que sea el Padre glorificado en el Hijo. ¹⁴ Si algo me pidieréis en mi nombre, lo haré.

¹⁵ Si me amáis, guardad mis mandamientos. ¹⁶ Y yo rogaré al Padre, y os daré otro Consolador, para que more eternamente con vosotros, ¹⁷ el Espíritu de verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce: mas vosotros lo conoceréis: porque morará con vosotros, y estará con vosotros.

¹⁸ No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros. ¹⁹ Todavía un poquito: y el mundo ya no me ve. Mas vosotros me veis: porque yo vivo, y vosotros viviréis. ²⁰ En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. ²¹ Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre: y yo le amaré y me manifestaré lo mismo a él. ²² Le dice entonces Judas, no aquel Iscariotes: Señor, ¿cuál es la causa porque has de manifestarte a nosotros, y no al mundo? ²³ Jesús respondió, y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. ²⁴ El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído, no es mía: sino del Padre, que me envió.

Explicación.—Jesús ha consolado a sus Apóstoles con la promesa magnífica del cielo, desde donde vendrá a buscarlos, después de haberles dispuesto el sitio. Pero, entretanto, los discípulos no pueden ir adonde va Jesús, deberán permanecer en el mundo hasta que él venga otra vez. Para este espacio de tiempo intermedio, les hace tres otras espléndidas promesas: un poder extraordinario (12-14); la venida del Espíritu Santo (15-17); su asistencia perpetua (18-24).

PROMESA DE UN PODER EXTRAORDINARIO (12-14).—Jesús ha declarado su divinidad con palabras de altísimo sentido y de valor demostrativo irrefutable; antes de hacerles a sus discípulos nuevas

promesas, les presenta sus propias obras como motivo de credibilidad: *Y si no, creedlo por las mismas obras*, los milagros multiplicados y estupendos, que nadie puede hacer si no está Dios con él.

Pues bien: continuadores de su obra de evangelización como deberán ser por la fe que a El les unirá, lograrán mayores éxitos que el Maestro mismo que los envía: *En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará*. La promesa se refiere no sólo al poder de obrar milagros, sino a la misma evangelización. De hecho, ha sido más clamorosa la predicación de los Apóstoles y sus sucesores que la de Jesús: El se circunscribió a la Palestina, y los Apóstoles conquistaron el mundo; los Hechos apostólicos están ya llenos de las conquistas y de los milagros de los discípulos del Señor. La causa no es otra que la glorificación de Jesús: *Porque yo voy al Padre*: al ser glorificado, conviene que haga yo cosas mayores y que os conceda a vosotros potestad de hacerlas.

Otro género de poder les promete Jesús para consolarles: la eficacia de su oración: *Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré*. Pedir en el nombre de Jesús es hacerlo en íntima unión con él, y apoyándose en sus méritos y en sus promesas, orando con su mismo espíritu. Hecha así la oración, goza de una especie de omnipotencia. El fin de este poder de la plegaria no es otro que la gloria del Padre, objetivo de toda la vida de Jesús: *Para que sea el Padre glorificado, en el Hijo*. Y para demostrar su igualdad de poder y de naturaleza con el Padre, añade: *Si algo me pidiereis en mi nombre, lo haré*.

PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO (15-17).— Quiere Jesús en su ausencia temporal que los Apóstoles le den pruebas de amor, no manifestándolo con signos de dolor por su separación, sino observando fielmente sus mandamientos: *Si me amáis, guardad mis mandamientos*. Esta observancia es condición preparatoria al nuevo beneficio que para su consuelo va a concederles el Señor, a saber, la misión del Espíritu Santo: *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador*. Ruega Jesús como hombre, aunque como Dios El mismo envía el Espíritu Santo junto con el Padre. En méritos de esta oración, el Padre enviará otro Consolador, el otro Paráclito, abogado, defensor, patrono, que les asista y consuele. Jesús ha sido el primer abogado de sus discípulos (cf. vv. 6.13.14, etc.); ahora les promete un Consolador distinto de sí mismo, Dios como él, pero persona distinta de él, para que permanezca perpetuamente con ellos: *Para que more eternamente con vosotros*.

Describe luego Jesús la naturaleza de este segundo Consolador: *es el Espíritu de verdad*: Espíritu, y por lo mismo su asistencia a los Apóstoles y a su Iglesia será invisible; lo es de verdad, porque es autor y maestro de toda verdad, que de la Verdad procede y la verdad dice. El mundo, es decir, los seguidores del mundo, opuestos al reino de Cristo, que aman más las tinieblas que la luz, porque son secuaces del error y la mentira, no puede recibir este Espíritu divino, mientras no abdique el espíritu de maldad y de mentira: *A quien no puede recibir el mundo porque, ni lo ve, ni lo conoce*. En cambio, los discípulos adversarios del espíritu del mundo (cf. 17, 14), lo conocerán y recibirán: *Mas vosotros lo conoceréis: porque morará con vosotros, y estará con vosotros*, no sólo con su protección y con sus dones, sino con su habitación personal en ellos (cf. Mt. 10, 20; Lc. 12, 12; Joh. 14, 23).

PROMESA DE PERPETUA ASISTENCIA (18-24).—Jesús les ha llamado a sus Apóstoles «hijitos» (13, 33): sigue ahora tratándoles como padre. Aunque les haya prometido otro Paráclito, no quiere ello decir que él les deje: *No os dejaré huérfanos*. Su ausencia no es definitiva, como la de un padre que muere, sino por breve tiempo: *Vendré a vosotros*: vendrá por la resurrección, dentro de tres días; vendrá especialmente en el último adviento, sea particular, en la muerte de cada uno; sea general, el día del juicio; hasta durante su ausencia estará con ellos en forma visible (cf. Mt. 28, 20), hasta la consumación de los siglos,

Mas su presencia visible en carne mortal se acabará pronto: *Todavía un poquito*; cuando vuelva, el mundo, que no ve más que las cosas sensibles, ya no le verá: *Y el mundo ya no me ve*: de hecho, Jesús, después de su resurrección no se manifestó a los malos, sino sólo a los suyos; ni le ve por la fe, porque el espíritu del mundo es de tinieblas. Los discípulos sí que le verán: con los ojos del cuerpo cuando resucite, y con los de la fe aun después de su ascensión: *Mas vosotros me veis*. Le verán, porque El será vivo y les comunicará la vida, en el tiempo y en la eternidad: *Porque yo vivo, y vosotros viviréis*.

Cuando vean los discípulos a Jesús según esta visión de que les ha hablado, en su cuerpo resucitado y después por la fe, le conocerán de una manera más perfecta que ahora: *En aquel día*, después de la resurrección, y especialmente después que hayan recibido el Espíritu Santo, *vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre*, por la unidad de una idéntica naturaleza: *y vosotros en mí*, injertados en mí por la gracia santificante y recibiendo de mí continuo y vital

influjo (cf. 15, 5; Rom. 6, 5): *y yo en vosotros*, inhabitando en vosotros por mi divinidad, y formando un cuerpo místico con vosotros, del cual soy Cabeza (Rom. 12, 5; 1 Cor. 12, 12; Eph. 1, 23; 4, 15.16).

Jesús extiende a todos los fieles lo que ha dicho a los Apóstoles, y al mismo tiempo señala una condición para las manifestaciones íntimas de que acaba de hablar: la observancia de sus mandamientos, que es la gran prueba del amor: *Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama*. De aquí dos grandes bienes: el amor del Padre y del Hijo, y las especiales manifestaciones del mismo en el orden espiritual: *Y el que me ama, será amado de mi Padre*, como hijo gozará del favor de Dios: *y yo le amaré y me manifestaré yo mismo a él*, infundiendo cada día mayor conocimiento de mí mientras viva, y dándome a gozar cara a cara en el cielo.

En este punto de la peroración de Jesús, le interrumpe Judas Tadeo, o Lebeo, hermano de Santiago el Menor y pariente del Señor: *Le dice entonces Judas, no aquel Iscariote...* Nótese lo minucioso y preciso de las referencias del Evangelista, prueba de la absoluta verdad histórica del relato. La cuestión que propone Judas es hija de los prejuicios de que adolecían los mismos Apóstoles, como todo judío: según los profetas, el Mesías debía manifestarse clamorosamente a todas las naciones (cf. Is. 2, 2; 11, 10; 42, 4); en cambio, Jesús dice que no se manifestará al mundo, sino a ellos solos: esta idea contradice la de la universalidad y esplendor del reino mesiánico. Es por ello que le pregunta Judas: *Señor, ¿cuál es la causa, qué ha sucedido, por qué has de manifestarte a nosotros, y no al mundo?* Jesús respondió a Judas indirectamente, dándole a entender que la manifestación prometida es espiritual e individual, reservada a aquellos que demuestren amarle cumpliendo su voluntad: *Y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*. He aquí la plenitud del reino mesiánico en el orden personal: toda la Santísima Trinidad (cf. v. 17) visitará a cada uno de los discípulos de Jesús, como el amigo visita al amigo, y hará su estancia en ellos. Así consuela Jesús a los suyos: no sólo no los deja, sino que vuelve a ellos con las otras personas de la Trinidad augusta. Sobre esta inhabitación, cf. Rom. 8, 9; 1 Cor. 3, 16; Gal. 4, 6; 2 Tim. 1, 14.

Lo contrario sucede a los del mundo: *El que no me ama, no guarda mis palabras*: con ello se infiere injuria al Padre, porque la palabra de Jesús no es suya, sino del Padre: *Y la palabra que*

habéis oído, no es mía: sino del Padre, que me envió. Por ello no se manifestará Jesús al mundo.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago...*—Así, por ejemplo, dice San Agustín, por la predicación apostólica se ha logrado mucho más de lo que Cristo personalmente logró: pues el joven rico que le consultó (Mt. 19, 16 sigs.) salió de su presencia triste, no queriendo renunciar a sus riquezas; mas por la predicación de sus discípulos han sido después millares los que han dejado alegres sus posesiones. Pero, ¿cómo diremos que hace mayores cosas que Jesús quien no hace milagros ni obra grandes conversiones? Diremos, dice el mismo Santo, que hacemos obras mayores que las que Cristo hizo cooperando en nosotros mismos a la obra de Cristo: porque el mismo creer en El y por El ser justificado es obra de Cristo, pero es asimismo obra nuestra. Ciertamente es obra mayor ésta que crear el cielo y la tierra: porque el cielo y la tierra pasarán; pero la salvación y la justificación de los predestinados perdurará eternamente.

B) v. 14.—*Si algo me pidieris en mi nombre, lo haré.*—En el nombre de Jesucristo, que quiere decir Salvador y Rey, dice San Agustín. Cuando pedimos alguna cosa contra la salvación, o de la que debemos usar mal, no nos la da Jesús, porque no la pedimos en su nombre, y en ello se manifiesta nuestro Salvador; porque bien sabe el médico lo que le pide el enfermo por su salud o contra ella. Otras veces no deja de darnos lo que pedimos; pero no nos lo da cuando pedimos; porque El solo sabe la oportunidad de lo que le pedimos. En estos principios tenemos la llave para explicar la infecundidad de muchas de nuestras plegarias, hasta hechas en el nombre de Jesucristo.

C) v. 16.—*Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...*—Luego, dice San Agustín, también es Jesús Consolador o Paráclito; porque «paráclito» equivale a «abogado», y de Jesús ha dicho el Apóstol: «Tenemos a Jesucristo por abogado ante el Padre» (1 Ioh. 2, 1). Pero, aunque ambos Paráclitos tienen idéntica naturaleza, se les atribuyen distintas operaciones para con los hombres: porque mientras el Salvador hizo para con nosotros de mediador y legado, por lo cual oró como Sumo Pontífice por nuestros pecados, el Espíritu Santo se ha llamado Paráclito en cuanto es el consolador de los que están tristes: «Consolador óptimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerio», le llama la Iglesia: «Descanso en los trabajos, sedante en los ardores, consuelo en el llanto.»

D) v. 18.—*No os dejaré huérfanos.*—Huérfano es quien carece de padres, y a nosotros no nos ha faltado la paternidad dulcísima de nuestro Señor Jesucristo, quien, en la vida de cada uno de nosotros y en la historia de la Iglesia, se ha demostrado verdadero «Padre del siglo futuro», como le predijo Isaías (9, 6). Padre que, aun después de irse al cielo, quiso estar en nuestra compañía por la santísima Eucaristía, para recibir nuestras oraciones, para darnos sus gracias, para reconciliarnos con Dios, para alimentarnos con carne y sangre de Dios. Padre que nos ha dejado una jerarquía

en la que ha vaciado todos los oficios de la paternidad, desde el «Padre Santo», su Vicario en la tierra, hasta el último clérigo que administra los ricos dones de su paternidad. Padre y Señor del gran poder, que sostiene la Iglesia, casa de sus hijos, a través de todas las vicisitudes de todos los siglos. Padre que nos dejó una Madre, la suya propia, dulcísima y poderosísima, que trabajara con él en esta grande obra de su paternidad, que es hacernos hijos de Dios, hijos adoptivos, como El es Hijo natural. ¿Quién más padre y mejor padre que nuestro padre Jesús?

E) v. 19. — *Porque yo vivo, y vosotros viviréis.* — Jesús va a morir, y para que no se desalienten sus discípulos, les ofrece la perspectiva de la vida de todos juntos, de una misma vida. Jesús vive por la resurrección, vida ya gloriosa; dentro de tres días vivirá ya esta vida; por esto habla en presente: Yo vivo: yo resucito. Y esta resurrección es gaje de la futura resurrección de todos y de la vida gloriosa de todos. Ha resucitado la cabeza; resucitarán los miembros. Se ha hecho la experiencia en el grano principal, dice San Agustín. Esta verdad, artículo de nuestra fe, debe llenarnos de aliento en las tribulaciones y en la pérdida de los seres queridos: «Sé que mi Redentor vive, y el último día ha de resucitar...» (Ioh. 19, 25).

F) v. 22. — *¿Cuál es la causa por que has de manifestarte a nosotros, y no al mundo?* — Pueden los mundanos, es decir, los seguidores del mundo, por contraposición a los seguidores de Cristo, tener alguna manifestación del mismo Jesucristo, pero en el orden externo y como accidentalmente; pero hay una manifestación del Señor, dice San Agustín, que es totalmente interior y que procede del amor y de la conmoración de las divinas personas en el alma del justo; y esta manifestación no la tienen los mundanos. Esta es para regalo de los amigos de Dios; aquélla es muchas veces para juicio y condenación de los que, recibiendo la manifestación de Jesús, no quieren seguirle.

G) v. 23. — *Vendremos a él, y haremos morada en él.* — Es el misterio inefable de la misericordia del Señor para con el hombre: la inhabitación de la Trinidad en el alma de los justos. Vienen a nosotros Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice San Agustín, cuando nosotros vamos a ellos: vienen ayudando, venimos obedeciendo; vienen iluminando, venimos viendo; vienen llenando, venimos recibiendo: para que no sea en nosotros extrema la visión, sino interna; y no sea fugaz su estancia en nosotros, sino eterna. Pero en las almas de algunos no hacen mansión las divinas personas, dice San Gregorio, porque aunque sienten el respeto a Dios, pero en el tiempo de la tentación se olvidan de Dios y vuelven a sus pecados, como si no los hubiesen llorado. El que ama de veras a Dios, tiene siempre a Dios en su corazón; porque, penetrado como está del amor de la divinidad, no se aparta de Dios en el tiempo de la tentación.

192. — E) EL ESPÍRITU DE VERDAD. EL DON
DE LA PAZ: IOH. 14, 25-31

Evangelio de la Misa de la Dominica de Pentecostés (vv. 23-31)

²⁵ Estas cosas os he hablado estando con vosotros, ²⁶ Mas el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.

²⁷ La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. ²⁸ Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. ²⁹ Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere.

³⁰ Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. ³¹ Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me mandó el Padre, así hago. Levantaos y vamos de aquí.

Explicación.— Podríamos calificar este fragmento de recapitulación de las enseñanzas de Jesús en esta primera parte de su discurso, que ilustra con nuevos documentos, con el anuncio de su partida definitiva.

EL ESPÍRITU DE VERDAD (25.26).— Durante su discurso, habían interrumpido sus discípulos cuatro veces a Jesús (13, 36; 14, 5.8.22): era señal indudable de que no le comprendían; aún no habían recibido el Espíritu Santo, Jesús sabe que ni con sus ulteriores explicaciones se habrán disipado las dudas y dificultades doctrinales en la mente de sus Apóstoles. Por ello insiste en las funciones que en ellos hará el Espíritu de verdad. *Estas cosas, todo mi Evangelio, pero especialmente las dichas esta noche, os he hablado estando con vosotros*, durante su convivencia con ellos. *Mas el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas*: como el Hijo vino en nombre del Padre (cf. 5, 43), así el Padre enviará al Espíritu en nombre del Hijo, por la íntima unión que hay entre ellos; y este Espíritu les enseñará todas las cosas que les sean necesarias para ser los continuadores de la obra de Jesús en el mundo. *Y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho*: por lo mismo, que no sigan en la ansiedad manifestada con sus repetidas preguntas, porque cuando sea preciso, el Espíritu Santo se lo enseñará, se lo aclarará todo y

hará surgir en la memoria de cada uno lo que pudiera parecer olvidado. Se encierra aquí la promesa de la plenitud de verdad, de la exclusión de error, de la infalibilidad de la Iglesia.

EL DON DE LA PAZ (27-29).—El Mesías, según los profetas, debía ser el autor y dador de la paz (cf. Ps. 71, 3.7; Is. 9, 6.7; 11, 6; 26, 3; 27, 5; 54, 10.13; 66, 12; Mich. 5, 5); Jesús se la da en estos solemnes momentos a sus discípulos, para que estén libres de toda congoja y temor: *La paz os dejo*. La paz es la tranquilidad y serenidad del espíritu; Jesús se la deja como en testamento, porque él se va. Esta paz es su paz: *Mi paz os doy*; y la paz de Jesús es la amistad con Dios, la inmovilidad del alma amiga de Dios, la concordia mutua.

También el mundo da su paz: paz de solas palabras, fugaz, falsa, porque él mismo no tiene paz; la de Cristo es verdadera, durable, como el mismo espíritu y la vida eterna: *No os la doy como la da el mundo*. Esta paz de Cristo, que supera todo sentido (Phil. 4, 7), es la que debe quitar de vuestro corazón toda turbación y temor ante las pruebas futuras: *No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde*.

Después de tantos motivos de consuelo como ha dado Jesús a sus Apóstoles, afianzados ya éstos con tantas promesas, les repite lo que les ha dicho ya, que se va y volverá después de haberles preparado sitio en el cielo (cf. 14, 2-4.18): *Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo a vosotros*. Lejos de causarles ello pena, debe alegrarles, porque quien bien ama se alegra del bien del amado; y esta ida de Jesús al Padre es el mayor bien que pueda apetecer porque va a sentarse a su diestra para ser eternamente feliz y eternamente recibir los homenajes de los bienaventurados: *Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre*. Al Padre va según su naturaleza humana, porque según la naturaleza divina no ha salido del Padre; va como Sumo Hombre a Dios Sumo, que es el Sumo Bien de toda criatura: *Porque el Padre es mayor que yo*: el Padre tiene razón de término y descanso eterno para la naturaleza humana de Cristo; cuanto a su naturaleza divina, es igual al Padre. Todo cuanto les ha dicho será a su tiempo motivo de credibilidad, como verdadera profecía que es, cuando lo vean cumplido: *Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere*.

EL ANUNCIO DE LA SEPARACIÓN (30.31).—Jesús sabe que es ya inminente la hora de su pasión y muerte; va a separarse de sus

Apóstoles, y ya no podrá tratar con ellos: *Ya no hablaré con vosotros muchas cosas.* El príncipe del mundo, del bando opuesto al de Cristo, el demonio, es el que urge la muerte del Señor; como ha instigado contra él a Judas, así mueve ahora ya a los sinedritas para ejecutar su plan de perderle: *Porque viene el príncipe de este mundo.* Con todo, Satanás y sus ministros nada podrían contra mí, si yo no me entregara voluntariamente a su poder: porque Satanás no tiene derecho más que sobre el pecado y los pecadores, y yo soy la santidad esencial; ningún derecho sobre mí le reconozco: *Y no tiene nada en mí.*

Pero El, que por amor al Padre y a los hombres ha aceptado los tormentos y la muerte, quiere dar al mundo este ejemplo de obediencia, aun a trueque de aparecer momentáneamente vencido por quien nada puede hacerle: *Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me mandó el Padre, así hago.*

Para demostrar que ha llegado la hora, y al propio tiempo la prontitud de su espíritu en aceptar la pasión, dice Jesús: *Levantaos, y vamos de aquí.* ¿Salió la santa comitiva del Cenáculo después de estas palabras, pronunciando Jesús lo restante de su discurso (cc. 15-17) en el trayecto que va del Cenáculo a Getsemaní? ¿Se retiraron Jesús y sus Apóstoles a otro lugar para acabar su plática en lugar seguro, como quieren Teofilacto y Santo Tomás? Creemos que no, sino que el discurso prosiguió y terminó donde había empezado. Manda Jesús levantarse de los divanes, dejar la mesa, donde tan grandes misterios se habían celebrado. Pero, antes de salir, en pie, en la suma intimidad, favorecida por el recogimiento del lugar y lo solemne de la hora, acaba de vaciar su Corazón en el de sus discípulos, aunque confortados, aturdidos.

Lecciones morales. — A) v. 26. — *El Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas...* — Nos enseña el Espíritu Santo no como un maestro que nos da una asignatura, dice un intérprete, sino que este Espíritu de verdad, como verdad y sabiduría esencial que es, comunica a nuestro espíritu la ciencia de las cosas divinas. Por lo mismo, dice San Gregorio, si este Espíritu no está en el corazón de quien oye, es inútil la palabra de quien enseña. Nadie atribuya a quien le enseña la inteligencia de los discursos que de él oye: porque en vano trabaja por defuera el doctor cuando no hay dentro el Espíritu divino que nos enseñe. Ha cumplido el doctor su oficio: tiene por ello su mérito y tendrá su premio, pero la eficacia de su palabra es del Espíritu que la fecunda. Digámosle al divino Espíritu, con la Iglesia: «Oh luz beatísima, llena lo más íntimo de los corazones de tus fieles.»

B) v. 27. — *Mi paz os doy...* — La paz, dice San Agustín, es la serenidad del espíritu, la tranquilidad del alma, la sencillez de

corazón, el vínculo del amor, el consorcio de la caridad: no podrá llegar a la herencia del Señor quien no quiera observar el testamento de la paz; ni podrá tener concordia con Cristo quien quiera vivir en discordia con el cristiano.

c) v. 29. — *Os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere.* — ¿Qué mérito pudo tener la fe de los Apóstoles después que vieron realizadas las profecías del Señor? Porque si la fe es creer lo que no ves, dice San Agustín, mejor hubiese sido creer antes que vieran. Puede entenderse esto de un aumento de fe que recibieron los discípulos al ver confirmadas las profecías, o que creyesen más en la divinidad de Jesús cuando vieron realizarse en El, como hombre, todo lo que de sí había predicho. A más de que aquellas palabras fueron dichas también para nosotros, que vemos robustecerse nuestra fe por haberse verificado todas las profecías de Jesús. También podemos decir que los hechos, cumplimiento de sus palabras, son motivo de credibilidad y como un camino para la fe en orden a aquellos que aun no creen.

d) v. 30. — *El príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí.* — Por el pecado vino la muerte; y por la propagación del pecado primero se propagó la muerte. Muerte del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad. Jesús, que no trajo pecado del seno del Padre, como Dios que es, concebido por obra del Espíritu Santo, no estaba sujeto al yugo de la muerte. Pero tomó sobre sí la pena del pecado, no el pecado mismo, y ello voluntariamente, y voluntariamente cargó con la muerte. Fue ello para librarnos de toda muerte; por su muerte vencemos el pecado y la muerte: la muerte del cuerpo, porque resucitaremos; la del alma, porque la suya es fuente de perdón y de gracia, es decir, de vida según Dios.

e) v. 31. — *Levantaos, y vamos de aquí.* — Vamos de aquí, con resolución, dice San Agustín, porque como amo al Padre, quiero cumplir con presteza y voluntad decidida lo que el Padre me ordena, que es morir. O, vamos de aquí, como quiere San Crisóstomo, porque no tenéis aquí tranquilidad bastante, sabiendo que voy a morir pronto a manos de mis enemigos, y que estamos cerca de ellos, en lugar conocido de ellos: en otro sitio más retirado os podré dar con sosiego los documentos de vida espiritual que todavía os faltan. Cualquiera que sea la interpretación de estas palabras, revelan la serenidad, el dominio de sí, el amor a sus discípulos y a la verdad, la absoluta adaptación de la voluntad de Jesús a la del Padre.

193. — F) LA VID MISTICA: UNION CON JESUS

IOH. 15, 1-11

Evangelio de la Misa del Común de Mártires no Pontífices en el tiempo pascual (vv. 1-7) y del Común de Mártires Pontífices en el mismo tiempo (vv. 1-11)

¹ Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. ² Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará: y todo aquel que diere fruto, lo limpiará, para que dé más fruto. ³ Vosotros ya estáis lim-

píos por la palabra que os he hablado. ⁴ Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros, si no estuviereis en mí.

⁵ Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto: porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ El que no permaneciere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo echarán al fuego, y arderá. ⁷ Si estuviereis en mí, y mis palabras estuviereis en vosotros, pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho. ⁸ En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y en que seáis mis discípulos. ⁹ Como el Padre me amó, así también yo os he amado. Perseverad en mi amor. ¹⁰ Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor: así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor. ¹¹ Estas cosas os he dicho, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo.

Explicación.— Como la alegoría del Buen Pastor (10, 1-8), así esta bellísima de la viña mística nos ha sido conservada sólo por San Juan. Pudo sugerírsela al Señor el recuerdo del vino de la cena, del que ha dicho no bebería ya más; o simplemente la inventó por ser ella aptísima para expresar el pensamiento, o mejor, teoría, de la unión espiritual con él. Los que creen que el discurso de Jesús continuó durante el viaje a Getsemaní, dicen que la visión de los viñedos recién purgados de los malos sarmientos inspiraría esta alegoría a Jesús. Pero en el valle del Cedrón no los hay. Redúcese la alegoría a cuatro metáforas: Jesús, cepa de la viña; el Padre, agricultor; los discípulos, sarmientos; la santificación de las almas, fruto de la unión permanente de los sarmientos con la vid. Podemos en ella considerar la tesis (1-4), y su desarrollo (5-11).

LA VID MÍSTICA (1-4).— Jesús ha dicho a sus discípulos que va a separarse de ellos; pero esta separación no será sino según el cuerpo: espiritualmente deberán permanecer íntimamente unidos a él para vivir la vida divina; morirán si de Él se separan. Esta doctrina la propone envuelta en la alegoría de la vid. *Yo soy la verdadera vid*, la vid ideal y perfectísima, en quien, mejor que en las vides del campo, se verifican las condiciones propias de esta planta. El cultivador de esta vida espiritual e incorruptible es el Padre: *Y mi Padre es el labrador*: Jesús no sería nuestra vid si no fuese hombre; pero no nos diera la vida de Dios si no fuese Dios: luego Jesús es el Mesías, Hijo de Dios.

Como las vides del campo, tiene esta vid mística dos clases de sarmientos, a los que trata el viticultor de distinta manera, según

sean: *Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará: y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto.* Los sarmientos de la mística vid son todos los cristianos, que han sido como injertados en Cristo por el bautismo, y de El deben recibir el jugo vital de la gracia. Unos sarmientos son estériles: han recibido el jugo de la fe, que es el principio de la vida divina; pero no la han convertido en frutos de buenas obras: a éstos el Padre, como viñador, separa de la vid. Otros sarmientos dan fruto de buenas obras por la gracia de Dios: a éstos los expurga el Padre, como lo hace el agricultor, sujetándolos a tentaciones, tribulaciones, etc., para que vayan desasiéndose cada día más de la tierra y se vigoricen en los frutos de vida divina.

Dirigiéndose a sus discípulos, para quitarles toda congoja, les dice: *Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado.* Os he enseñado mi doctrina durante mi convivencia con vosotros, y vosotros la habéis recibido, obedeciéndola, con lo que habéis quedado libres de muchos defectos. Pero es preciso conservarse en esta limpieza; para ello deben permanecer íntimamente unidos a El por el amor: *Permaneced en mí*; recíprocamente, estará Jesús con ellos: *Y yo en vosotros.*

Y da la razón general de ello, que es como la tesis fundamental de todo este fragmento: El es el principio de la vida sobrenatural del hombre: éste ningún fruto de vida divina puede dar, si no está unido a Jesús; como no puede darlo el sarmiento separado de la vid: *Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros, si no estuviereis en mí.*

LOS SARMIENTOS Y SUS RELACIONES CON LA VID (5-11).—Prosigue Jesús dando una serie de razones de la necesidad de estar unidos a él. Antes de ello, concreta en términos precisos el sentido de la metáfora: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

Primera razón: La imposibilidad absoluta de hacer nada sin Jesús en orden a la vida sobrenatural: *El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto: porque sin mí no podéis hacer nada.* El sarmiento íntimamente unido a la vid por la abundante savia se carga de fruto; sin la vid, el sarmiento no echa brotes ni hojas, ni da flores ni frutos. Así el hombre con Jesús; así fuera de Jesús.

Segunda: El tremendo castigo que espera a los que se separan de la vid, Jesús: *El que no permaneciere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo echarán al fuego, y arderá.* Nótese la gradación. El que no está unido a Cristo por la gracia está fuera de Cristo, es siervo del diablo (cf. 1 Cor. 6,

15; 2 Petr. 2, 19); y como el sarmiento cortado de la vid se seca, así el pecador se entumece en el pecado y se hace insensible, hasta que llegue el día de la ira del Señor, el juicio en que mande a sus siervos recogerlo y echarlo al fuego eterno; es la suerte del hombre: o la vid, o el fuego.

Tercera: La ventaja de que serán oídos en sus oraciones: *Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros*, creyéndolas, amándolas, meditándolas, cumpliéndolas, *pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho*: Dios y su Cristo les obedecerán en cierta manera, correspondiendo a su obediencia: porque el que permanece en Cristo y las palabras de Cristo en él, no puede querer más que lo que quiere él.

Cuarta: Fruto de esta unión será la gloria de Dios, que el hombre debe buscar en todas las cosas: *En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto*. Las buenas obras dan gloria a Dios, porque son la más digna alabanza de Dios y porque provocan en los demás la imitación, multiplicándose así la gloria extrínseca de Dios (cf. Mt. 5, 16). Asimismo el ser discípulos de Cristo aumenta la gloria del Padre, porque más se conforman con él, que no tuvo otro fin que la gloria del Padre: y *en que seáis mis discípulos*.

Explicados los motivos que deben mover a sus discípulos a unirse a la mística vid, les exhorta a ello con el recuerdo del amor que les ha tenido, fecundo como el que el Padre le ha tenido a El: *Como el Padre me amó, así también yo os he amado*. Así el Padre amó la naturaleza humana de Cristo, que la concedió, sin mérito alguno precedente, la gracia de la unión hipostática con la persona del Verbo, de donde procede como de su fuente toda grandeza de Cristo; de la propia manera el amor que nos tiene Cristo es fuente, si estamos unidos a El, de toda nuestra grandeza, en el tiempo y en la eternidad. Interesa mucho, pues, guardarle: *Perseverad en mi amor*: no os hagáis indignos de él, pecando.

Norma segura para no perder el amor de Cristo es la guarda de sus mandamientos: *Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor: así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor*. Les anima aquí con su ejemplo: como El no ha querido más que la voluntad del Padre que le envió, así sus discípulos no deben buscar más que la suya (cf. 4 34; 5, 30; 6, 38; 8, 28, etc.).

Ventaja incomparable del amor y de la obediencia a Cristo Jesús es el gozo que de ello deriva: *Estas cosas os he dicho*, las de los vv. 9.10, que resumen toda la alegoría de la vid, *para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo*. La felicidad de

que está inundada el alma de Jesús se transfundirá en ellos si le aman y guardan sus mandatos, haciéndolos dichosos cuando cabe en el mundo, para verse colmados de dicha en el cielo.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Yo soy la verdadera vid...* — Aseméjase Jesús a la vid por la dulzura de sus frutos, por su fecundidad, por lo dilatado y copioso de sus sarmientos. Porque los frutos de esta vid divina, los suyos propios y los que produce por sus sarmientos, que son sus hijos, son lo más delicado que ha producido el hombre desde que el mundo es mundo, por cuanto están sazonados por el jugo dulcísimo de la caridad en que han sido producidos. Es tal la fecundidad de esta vid, que ha podido echar sarmientos por millones, cargados de los ubérrimos racimos de toda suerte de buenas obras; pondérese la actividad de los Apóstoles, la inocencia y penitencia de los confesores, la generosidad de los mártires, la pureza de las vírgenes, etc.: todo son frutos de esta divina vid. Sus sarmientos se han dilatado como los de una parra ubérrima y frondosísima que ha circundado la redondez de la tierra. ¿Cómo no debía ser así, cuando esta vid tiene sus raíces en la tierra fecundísima de la divinidad, y lleva en sus entrañas la misma savia y la misma fuerza de Dios?

B) v. 2. — *Todo aquel que diere fruto, lo limpiará...* — Limpiar, en este texto, es expurgar, circuncidar, cortar lo superfluo, como se hace con los sarmientos y ramas de los árboles, a los que se quitan los inútiles apéndices que disminuirían su vigor y su fecundidad. Limpiar equivale, pues, a mortificar, en el orden interior y exterior: es la circuncisión espiritual de que habla el Apóstol (Col. 2, 11). Ella es necesaria a todos, hasta a los santos; porque, como dice San Agustín, ¿quién es tan limpio que no necesite serlo más? Limpia, pues, el Padre, y con él el Hijo, porque como Dios es también agricultor de la viña mística, a los limpios, esto es, a los que dan fruto, para que tanto sean más fecundos cuanto más limpios y expurgados. Esto nos explica el afán de los santos, amigos todos de las tribulaciones porque estaban sedientos de limpieza y fecundidad de vida. Dejémoslos expurgar por la mano amorosa y piadosa del Señor, para ofrecerle frutos más copiosos en caridad.

C) v. 5. — *Sin mí no podéis hacer nada.* — No nos debe amedrentar esta nuestra impotencia nativa para hacer el bien en el orden de la vida sobrenatural y divina. Lo que debiera espantarnos es vivir separados de Aquel por quien lo podemos todo. Sarmientos inútiles, como los que el agricultor amontona en su viña, no somos aptos más que para el fuego cuando no nos vivifica la savia de la divina vid; pero a ella unidos, podríamos cambiar la faz del mundo: ¿qué no han hecho los apóstoles y los santos, vivificados por Cristo? Y si algo hacemos, guardémonos mucho de atribuirnoslo a nosotros y no a la mística vid de la que somos sarmientos; porque, como dice San Agustín: «El que piensa produce fruto por sí mismo, no está en la vid; el que no está en la vid, no está en Cristo; y el que no está en Cristo, no es cristiano.»

D) v. 6. — *El que no permaneciere en mí, será echado fuera...*

y arderá. — He aquí el dilema terrible de la vida cristiana: o estar con Cristo y fructificar en él frutos de vida eterna, o estar separado de Cristo y secarse y arder eternamente: no hay lugar a elección. No se dan en la viña mística estos sarmientos cubiertos de pámpanos ufanos, pero sin fruto; porque el divino agricultor los poda y los hacina para en su tiempo echarlos al fuego. Esto debe hacernos muy asiduos en la vigilancia y en la diligencia; no sólo para que no se rompa nuestra unión con Cristo, sino para que hagamos eficaz en nosotros la fuerza de su savia divina, produciendo frutos abundantes de virtud. Cuanto más unidos a la vid y más llenos de fruto, más cristianos; y cuanto más lo seamos, menos peligro corremos de que seamos arrancados de la vid. Retengamos la frase de San Agustín comentando este pasaje: «Si no estamos en la vid, estaremos en el fuego; para no estar en el fuego, estemos en la vid.»

E) v. 8. — *En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto...* — El fruto a que se refiere Jesús es el de la santificación personal y especialmente el del apostolado, que es para la santificación de los demás. Este fruto debe ser de los sarmientos unidos a la vid, porque sin esta condición «no podemos hacer nada», y menos llevar fruto (Ioh. 15, 5). Este fruto viene a ser entonces como una expansión de la vida de Jesucristo, en quien, de quien y por quien le viene toda gloria al Padre. Esto nos explica la teología profunda que se encierra en esta frase: «A mayor gloria de Dios.» Unidos en Jesucristo, por esta gloria debemos hacerlo todo: y Dios es tan bueno y tan pródigo, que cuanto hagamos por su gloria nos lo retornará con la paga de un peso eterno de gloria personal (2 Cor. 4, 17); es decir, que la mayor gloria de Dios es nuestra misma gloria: a Dios y a nosotros viene por el fruto que llevamos.

F) v. 9. — *Perseverad en mi amor.* — Y ¿cómo perseveraremos en el amor de Jesús? Perseverando en su gracia, dice San Agustín. El amor verdadero es amor de obras, pero éstas no son más que la manifestación del amor. La raíz es más profunda: está en la benevolencia de Jesús, que nos da su gracia para que le amemos y fructifiquemos en el bien. Sin El nada podemos hacer; menos podemos amarle, que es lo sumo que podemos hacer. No temamos que nos falle la benevolencia de Jesús para que le amemos: «Como el Padre le ama a El, así nos ama a nosotros»; lo que nos hace claudicar en el amor de Jesús es nuestro propio amor, que nos hace llegar hasta el desprecio de Jesús.

194. — G) EL PRECEPTO DE LA CARIDAD FRATERNA

IOH. 15, 12-17

¹² Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como yo os amé. ¹³ Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar su vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando. ¹⁵ No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado ami-

gos: porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. ¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí: mas yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto: y que permanezca vuestro fruto: para que os dé el Padre todo lo que le pidieris en mi nombre. ¹⁷ Esto os mando: que os améis los unos a los otros.

Explicación.— Les ha dicho Jesús a sus discípulos (v. 10), que si guardan sus mandamientos permanecerán en su amor. Ahora les indica cuál sea su especialísimo mandamiento, la caridad mutua: *Este es mi mandamiento*, que importa el cumplimiento de toda la ley (Rom. 13, 18), *que os améis los unos a los otros*. En el amor del prójimo se encierra el amor a Dios, porque una misma es la caridad con que amamos a Dios y a nuestros hermanos; no hay más que una raíz del amor cristiano, que es el que se tiene a Dios. Promulgado el precepto, señala la medida en que debe cumplirse y la forma que debe tener el amor: *Como yo os amé*. Y sigue indicando la forma y la medida con que él nos amó, hasta morir por nosotros: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar su vida por sus amigos*.

En el vocablo «amigos» que acaba de pronunciar, halla Jesús una razón para ahondar más en el precepto de la caridad fraterna. Los discípulos de Jesús son sus amigos, sus amados; ello engendra un título al amor de unos a otros: porque ello les levanta a una misma dignidad y a una misma comunicación con Cristo: *Vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando*.

Cuán grande sea esta dignación de Cristo para con sus discípulos, y cómo ella debe servir de aglutinante de unos con otros, al tiempo que los lleve a todos a corresponder al amor del Señor, lo manifiesta Jesús señalando la manera generosa que ha tenido con ellos. Podía tratarlos como simples siervos, dándoles sólo a conocer sus mandatos, sin admitirlos a ninguna intimidad, como lo hacen los señores con sus siervos: *No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor*. Pero ha preferido vaciarse todo en ellos, como el amigo con el amigo, revelándoles todas las cosas que el Padre le había confiado en orden a la redención y la santificación del mundo. *Mas a vosotros os he llamado amigos: porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre*.

Otra infalible señal les da del amor que les tiene: no son ellos los que han ido a buscar el amor de Jesús; es El quien ha ido a su encuentro para darles las palabras de su amor: *No me elegisteis vosotros a mí: mas yo os elegí a vosotros*, llamándoos con mi pala-

bra y atrayéndoos interiormente con mi gracia para que fueseis mis discípulos y apóstoles y convivierais conmigo. Ya era esto mucho, admitirlos en su compañía y escuela para revelarles los misterios de su misión y de su doctrina; pero fue Jesús más adelante con ellos, haciéndoles sus cooperadores y vicarios en la obra de la evangelización del mundo: *Y os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto* en la conversión del mundo y dilatación de mi reino. Ha hecho más todavía, dando estabilidad y perdurabilidad a su obra hasta la consumación de los siglos: *Y que permanezca vuestro fruto*. Esto en orden al apostolado; pero además les ha concedido en el orden puramente personal grandes cosas: son fundamento de su Iglesia, hombres santísimos, que se ejercitaron en toda virtud en el cumplimiento de su mandato apostólico, son bienaventurados, gloriosos en el mundo cristiano.

Y para colmo de bienes, les ha hecho el bien soberano de que el Padre les oiga siempre que en el nombre de Jesús le pidan algo para el cumplimiento de su difícil ministerio: «Os he puesto para que os dé el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre. Es decir, que ha puesto en sus manos la plenitud de sus poderes, les ha garantido su eficacia, y les ha prometido cuanto necesiten más, con tal lo pidan al Padre en su nombre. Es trato de amigo entrañable.

Por esto tiene Jesús derecho a pedir, a mandar, que sus discípulos se amen unos a otros; lo hace repitiendo su mandato del versículo 12 y recapitulando cuanto les ha dicho en esta parte de su discurso: *Esto os mando, que os améis los unos a los otros*. Mandato dado a los Apóstoles, importa especial obligación para cuantos se dediquen a la labor del apostolado.

Lecciones morales.—A) v. 12.—*Que os améis los unos a los otros...*—Donde está la caridad, dice San Agustín, ¿qué es lo que puede faltar? Y donde la caridad no se halla, ¿qué es lo que puede ser de provecho? Pero atiéndase que este amor es distinto del amor con que los hombres se aman como tales; por esto añade el Señor: «Como yo os he amado.» ¿Para qué nos amó Cristo, sino para que podamos reinar con Cristo? A este fin, pues, debemos amarnos unos a otros, de modo que nos distingamos en el mutuo amor de aquellos que no se aman con el fin de que Dios sea amado: esto no es verdadero amor; los que se aman mutuamente para lograr la posesión de Dios, éstos se aman de verdad.

B) v. 14.—*Vosotros sois mis amigos...*—Esta es la grande obra de Jesús: hacer de los hombres una sociedad de amigos de Dios. Jesús es el gran Amigo de los hombres, porque en El, por la unión hipostática, la naturaleza humana se unió con Dios en la forma más íntima con que podía hacerlo. Lo es, porque les dio a los hombres la mayor prueba de amor, al dar por ellos la vida. Lo es, por-

que con su muerte rompió la pared que nos separaba de Dios. Lo es, porque quiso quedar perpetuamente con los hombres en la Eucaristía. Lo es, porque ruega siempre al Padre por nosotros. Lo es aún, porque nos da su misma vida en la comunión eucarística, y nos da la vida de la gracia influyendo siempre en nuestra vida sobrenatural. Todos estos títulos no son sólo de gratitud para con el Amigo Jesús, sino que esta comunidad de beneficios nos constituye en una familia de Jesús, en la que debiera reinar mutuo y profundo amor.

c) v. 16. — *Yo os elegí a vosotros...* — ¡Oh, gracia inefable!, exclama San Agustín al comentar estas palabras. Porque, ¿qué éramos cuando aún no habíamos elegido a Cristo, sino unos malvados y perdidos? Ni hubiéramos creído en El si El no nos hubiese elegido: porque al elegir a creyentes, eligió a electores. Ni vale la afirmación de aquellos que dicen que Dios no nos hace buenos, sino que elige a aquellos que sabe serán buenos: porque si nos hubiese elegido porque hubiese previsto que seríamos buenos, es que previó que nosotros le elegiríamos a El cuando El nos eligiese. Porque no hay manera de ser bueno sino llamándonos primero Dios para que seamos buenos. A no ser que llamemos bueno a aquel que no ha querido elegir lo que es bueno.

d) v. 16. — *Os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto: y que permanezca vuestro fruto...* — Esta es la diferencia, dice San Gregorio, que hay entre el fruto que llevamos nosotros de nosotros mismos y el que llevamos por Cristo: que el primero no puede pasar de la muerte, porque la muerte lo corta; y el segundo permanece aun después de la muerte, empezándose entonces a ver, cuando el fruto del trabajo meramente humano empieza a no ser visto. Obremos frutos de vida eterna, únicos que duran: que no se los come el moho o la polilla, ni pueden ser arrebatados por los ladrones, ni por la muerte, que es el gran ladrón de las cosas humanas, porque las quita todas. Sembremos en el tiempo la semilla de la eternidad. Pongamos nuestra actividad a usura en las manos de Dios, que no admitirá sino lo que por El hagamos, y nos lo guardará para que lo recibamos con peso enorme de ganancia en su reino.

195. — ¡ EL ODIO DEL MUNDO CONTRA LOS ENVIADOS DE CRISTO: IOH. 15, 18-16, 4

Evangelio de la Misa de la Fiesta de los Apóstoles San Simeón y San Judas (vv. 18-25) y de la Dominica infraoctava de la Ascensión (15, 26-16, 4)

¹⁸ Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros: ¹⁹ Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo: mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. ²⁰ Acordaos de mi palabra, que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor: Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros: si mi pa-

labra han guardado, también guardarán la vuestra. ²¹ Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre: porque no conocen a Aquel que me ha enviado.

²² Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado: mas ahora no tienen excusa de su pecado. ²³ El que me aborrece, también aborrece a mi Padre. ²⁴ Si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado: mas ahora las han visto, y me han odiado a mí y a mi Padre. ²⁵ Mas para que se cumpla lo que está escrito en su ley: Que me aborricieron sin motivo. ²⁶ Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. ²⁷ Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

¹⁶¹ Esto os he dicho, para que no os escandalicéis. ² Os echarán de las sinagogas. Y aun viene el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio a Dios. ³ Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí. ⁴ Mas estas cosas os he dicho, para que, cuando viniere el tiempo de ellas, os acordéis de que os las dije.

Explicación.— Unidos en Cristo Jesús por el amor, ya que El los llama sus amigos (v. 14), y solidarizados entre sí por la caridad fraterna que acaba de imponerles como un precepto (vv. 12,17), los discípulos del Señor no deberán temer el odio del mundo que contra ellos se levantará. Da Jesús las razones de este odio (18-21); pecado inexcusable que en este odio comete el mundo (22-27); efectos de este odio en los discípulos (16, 1-4).

POR QUÉ EL MUNDO ODIARÁ A LOS DISCÍPULOS DE JESÚS (18-21). — Enviados los discípulos a predicar el Evangelio, se encontrarán con los tremendos obstáculos del error y de las pasiones de los malos, que se levantarán, enfurecidos, contra ellos; no le place al error ser confundido, ni ser reprimidas las pasiones; menos aún si de poderosos se trata. Jesús les previene para que sigan impávidos en su obra, sentando el hecho del odio bajo una forma hipotética, que encubre una verdad certísima: *Si el mundo os aborrece...* Y añade Jesús las razones de este odio:

Primera: Es el propio ejemplo de Jesús, a quien están íntimamente unidos: *Sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros.* Yo, inocente, Hijo de Dios, gran bienhechor del mundo, que soy vuestra cabeza, os he precedido en ser objeto del odio de los mundanos: es natural que me sigáis vosotros, mis heraldos y colaboradores.

Segunda: La oposición irreductible entre ellos y el mundo: *Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo*, porque cada cual se goza en lo que se le asemeja: *Mas porque no sois del mundo*, desde el momento en que os halláis unidos a mí para combatir

al mundo, *antes yo os escogí del mundo*, entresacándoos de los hombres malos por la fe y la santidad de vida, *por eso os aborrece el mundo*, porque esta mi selección ha obrado entre vosotros y ellos un antagonismo profundo; os separa la diversidad de condición, el temor y displicencia de la corrección, la saña de la envidia y de la emulación.

Tercera: Es como un desarrollo de la razón primera y un argumento «a fortiori» sacado de las relaciones que hay entre sus discípulos y El: son sus siervos (Ioh. 13, 16), sus familiares (Mt. 10, 24), sus discípulos (Lc. 6, 40); en diversas ocasiones se lo ha repetido: *Acordaos de mi palabra, que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor*. Luego deberán correr la misma suerte que El en las funciones de su ministerio apostólico: *Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros*. Y así como yo, aunque escasos, he tenido mis seguidores y discípulos, así también vosotros lograréis el odio de los demás, aunque os seguirán los menos: *Si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra*.

Cuarta: Es el mismo nombre, es decir, la misma persona de Jesús, representada por su nombre: El vino a destruir las obras de Satanás, a vencer el mundo; por lo mismo, todo lo que represente la persona y la acción de Jesús será objeto del odio del mundo y de su instigador, Satanás: *Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre*. De hecho, los Apóstoles atribuyeron al nombre de Jesús, del que se gloriaban, las persecuciones que sufrieron (cf. Act. 4, 17; 5, 40; 9, 21; 21, 13; 1 Petr. 4, 14-16). La causa del odio que tuvieron los mundanos al nombre de Jesús, fue el desconocimiento de su misión; *Porque no conocen a Aquel que me ha enviado*. Odio injusto, como declara Jesús en lo que sigue.

GRAN PECADO DEL MUNDO AL ODIAR A LOS DISCÍPULOS DE JESÚS (22-27).—Del odio que profesa a Cristo, el mundo no puede alegar ninguna excusa; porque él mismo es el culpable de la ignorancia que de Cristo tiene. *Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado*, porque a nadie puede imputársele a culpa lo que de ningún modo pudo hacer. *Mas ahora no tiene excusa de su pecado*: son incrédulos porque quieren serlo, después de haber visto mis doctrinas y milagros. Y por su incredulidad, me odian.

Este es gravísimo pecado, que va de rechazo contra el mismo Dios: porque habiendo acreditado Jesús su misión divina, con palabras y obras, mejor que ningún profeta (cf. Deut. 8, 18-20), el que le rechaza y odia, odia también y rechaza al Padre que le envió: *El que me aborrece, también aborrece a mi Padre*. Tanto más

cuanto que no se trata ya solamente de un testimonio personal, sino que les ha dado signos tales de credibilidad que han superado los de los enviados de Dios que le precedieron, y que ellos han visto con sus propios ojos: *Si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecados: mas ahora las han visto, y me han odiado a mí y a mi Padre.*

Con todo, esta protervia y obstinación del mundo no debe admirar a los discípulos de Jesús, porque no hacen con ello sino realizar una profecía que estaba consignada en los Libros Sagrados de la antigua Ley: *Más para que se cumpla lo que está escrito en su ley: Que me aborrecieron sin motivo, sin causa alguna.* Las palabras están tomadas del salmo 68, 5, que se refiere especialmente al Mesías.

Este odio del mundo contra Cristo no debe intimidar a los discípulos: contra él y contra la incredulidad que lo engendra, opondrá Jesús el testimonio evidente e irrefutable del Espíritu Santo, que se pronunciará en favor de Cristo y sus discípulos, con obras de verdad y de poder: *Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.* Esta descripción del divino Espíritu es profundamente teológica: Jesús envía personalmente al Espíritu Santo según su misión temporal, y por lo mismo, Jesús se dice a sí mismo Dios, pues nadie puede enviar a Dios sino Dios mismo. Le llama Espíritu de Verdad, porque es la verdad misma y el maestro de toda verdad. Dice que procede del Padre, en lo que significa la procesión eterna del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Nadie podrá resistir al testimonio de tal Espíritu.

Hasta los mismos discípulos serán testimonio irrecusable en favor de Cristo: *Y vosotros daréis testimonio*, porque habéis sido testigos oculares de mi vida, de mis enseñanzas, de mis milagros, de mi muerte y resurrección: *Porque estáis conmigo desde el principio* de mi vida pública. Este carácter de testigos, junto con el Espíritu Santo, de la obra de Cristo, es un halago y un estímulo en su difícil ministerio (cf. 1 Ioh. 1, 1; Act. 10, 41.42).

EFFECTOS DE ESTE ODI0 EN LOS DISCÍPUL0S (16- 14). — La incredulidad de los mundanos y su odio contra ellos y contra el Cristo de quien son mensajeros, podría escandalizar y hacer vacilar la fe y la intrepidez de los discípulos; tanto más cuanto que las antiguas profecías pintaban el reino mesiánico como obra de un triunfador magnífico (Is. 9, 7; 11, 10; 49, 6; Ier. 31, 33, etc.); Jesús dice que les ha prevenido a tiempo para que no desfallezcan:

Esto os he dicho, para que no os escandalicéis: no debe causar extrañeza lo que se ha previsto.

Y les concreta el Señor proféticamente las inverosímiles persecuciones que tendrán que sufrir de su mismo pueblo. *Os echarán de las sinagogas*, teniéndolos como apóstatas de la religión, excomulgados y vitandos. Llegarán a más todavía: como os tendrán por seductores y falsos profetas, de quienes era lícito y agradable a Dios derramar la sangre (cf. Ex. 32, 29; Deut. 13, 1-18; 17, 1-5), cualquiera que ponga sobre vosotros las manos y os quite la vida creará hacer un sacrificio agradable a Dios: *Y aun viene el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio a Dios.* El fanatismo de Saulo y de los fariseos contra la primera generación cristiana demostrará dentro de poco la verdad de la profecía.

Cuando esto sobrevenga, que no teman los discípulos por culpa suya alguna: porque todo ello será obra de la obcecación voluntaria de los enemigos de Dios y de su Cristo: *Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí.*

Termina Jesús este fragmento diciéndoles que les previene todo lo que ha de ocurrirles, primero, para que cuando llegue la hora de la tormenta los reconforte el recuerdo de la predicción; y luego para que en el cumplimiento de la profecía tengan un motivo más de fe y de esperanza: *Mas estas cosas os he dicho, para que, cuando viniere el tiempo de ellas, os acordéis de que os las dije.*

Lecciones morales.—A) v. 18.—*Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes...*—¿Por qué quieren los miembros ser de mejor condición que la cabeza?, dice San Agustín: te niegas a permanecer unido a la cabeza, que es Cristo, si no quieres soportar el odio del mundo con ella; hasta por amor debemos soportar el odio del mundo. Y el Crisóstomo añade: Es prueba de virtud ser odiados por el mundo; por lo mismo, debiera entristecernos el amor del mundo, pues ello sería revelador de nuestra maldad.

B) v. 21.—*No conocen a Aquel que me ha enviado.*—El desconocimiento de Dios y de su Cristo: he aquí la causa del odio que el mundo tiene a los discípulos de Jesús. Porque, ¿qué bienes no ha traído el Hijo de Dios al mundo? ¿Qué males no ha curado o aliviado? La implantación del Evangelio, con toda la fuerza de su verdad y toda la eficacia del bien obrar que predica, haría de la tierra un paraíso anticipado, en que las inevitables miserias en que es fecunda la vida humana en todos los órdenes no servirían más que para estimularnos al bien y para hacernos añorar la definitiva felicidad de la gloria. Ahora no: la ignorancia de Cristo y de su obra es la que no sólo lleva a los hombres al derrumbadero de todo error y de toda perversión moral, sino al sumo error y perversión de perseguir a Cristo en la persona y en la obra de sus

continuadores. Hagamos conocer a Cristo para que amaine la furia del mundo contra Cristo.

c) v. 22. — *Ahora no tiene excusa de su pecado.* — Un gran pecado quiere dar a entender aquí Jesús con la general denominación de pecado, dice San Agustín: porque gran pecado es aquel que encierra todo pecado, y sin el cual puede perdonarse todo pecado. Este pecado es el de incredulidad, es la ceguera voluntaria, la obstinada resistencia a inclinar la inteligencia ante Dios, autor de ella, y no creer. Pecado gravísimo y universalísimo: porque ¿cuánta fe, y qué clase de fe hallaríamos en muchos cristianos de hoy si fuéramos a aquilatarla? ¿Viviríamos acaso en un mundo pagano por sus costumbres, si no fuese antes pagano de pensamiento? Siempre hubo pecados en el pueblo cristiano; pero nunca una reacción de las conciencias, porque la indiferencia y la incredulidad las han adormecido. Pero la luz es clara; la voz es fuerte: no hay excusa del gran pecado.

d) v. 23. — *El que me aborrece, también aborrece a mi Padre.* — Es natural que así sea, por la consubstancialidad de la naturaleza de ambos. Pero se puede dar el caso de los judíos que decían amar a Dios y aborrecían a Jesucristo con odio mortal. Esto resulta de no reconocer a Cristo como Dios; y no reconocerlo tal, es voluntaria ceguera mental. Por esto decía Jesús que la vida eterna está en el conocimiento de Dios y de su Enviado Jesucristo (loh. 17, 3).

e) v. 27. — *Vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo...* Luego, si no damos testimonio de Jesús, no estamos con Jesús. Porque es cosa natural que se manifieste uno como es; y que deponga siempre que sea preciso en favor de aquel o de aquello que ama. Debemos dar testimonio de Jesús, pensando como El, hablando como El, obrando como El quiere que pensemos, hablemos y obremos. Debemos darlo cooperando en su obra, que es la dilatación del Reino de Dios, en la forma que podamos y según la medida de nuestras fuerzas. Debemos darlo particularmente ante el odio con que el mundo persigue o desprecia a Jesús, a fin de que no se interprete como cobardía nuestra conducta, que en este caso redundaría en agravio del mismo Jesús. Para ello no hay como estar profundamente unidos con Jesús: porque si El informa toda nuestra vida, por toda ella rezumará la virtud de Jesús, y, valiéndonos de una metáfora del Apóstol, como el olor delata la esencia, así nosotros daremos testimonio de Cristo, porque seremos buen olor de Cristo (2 Cor. 2, 15).

f) 16, v. 3. — *Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí.* — Es una palabra de aliento ante las persecuciones que les aguardan: sufrirán por causa del Padre y de Jesús, por el odio que les tienen, hijo del desconocimiento. Como dichas a nosotros debemos tomar estas palabras, por cuanto no es poco lo que hemos de sufrir en nuestro apostolado por el desconocimiento de Jesucristo y de sus cosas, que son todas las de su Iglesia. Y deben alentarnos en nuestros decaimientos, pensando que si Jesús premia un vaso de agua que se dé en su nombre, cuánto más lo que por El suframos en nuestro honor, en nuestra tranquilidad, en nuestros intereses, en nuestros esfuerzos.

196. — I) LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO: IOH. 16, 5-15

Evangelio de la Dominica 4.^a después de Pascua

⁵ No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros. Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? ⁶ Antes porque os he dicho estas cosas, se ha llenado de tristeza vuestro corazón. Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya: porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré.

⁸ Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. ⁹ De pecado ciertamente: porque no han creído en mí. ¹⁰ De justicia: porque voy al Padre, y ya no me veréis. ¹¹ Y de juicio: porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.

¹² Aún tengo que deciros muchas cosas: mas por ahora no podéis soportarlas. ¹³ Cuando viniere aquél, el Espíritu de Verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de por sí: mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. ¹⁴ El me glorificará: porque de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros. ¹⁵ Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por esto os dije: que de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros.

Explicación. — El anuncio, categórico y preciso, de las persecuciones y muerte que hace Jesús a sus discípulos, pudo llenarles de temor. Es por ello que les anima y consuela con la promesa de que les enviará el Espíritu Santo (5-7); cuya acción describe sobre los mundanos (8-11); y sobre ellos mismos (12-15).

PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO (5-7). — Mientras estuvo Jesús con sus discípulos, durante los años de su ministerio, no quiso manifestarles claramente la suerte que les aguardaba. Ciertamente que les había anunciado persecuciones (Mt. 5, 11.12; 10, 16; Lc. 6, 22, etc.); pero no les había dicho que serían víctimas del odio de los mismos judíos, como ahora. Ello les llena de congoja, porque adivinan la defección y reprobación de su pueblo. Pero ahora, en el momento de la separación, es preciso decírselo: *No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros.*

Templa luego Jesús la amargura de la separación y de los anuncios que les ha hecho, reprendiéndolos dulcemente porque no se preocupan del fin glorioso adonde se dirige Jesús, y excitándoles al propio tiempo el deseo de saber más cosas del Padre: *Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas?* Es decir, estáis absortos en la idea de la separación y no ponderáis el gran gozo que a vuestro Señor espera; por ello

sólo predomina en vosotros la tristeza: *Antes porque os he dicho estas cosas, se ha llenado de tristeza vuestro corazón.*

No debe ser así; porque si Jesús permaneciese en su compañía no vendría sobre ellos el Espíritu Santo, que tantos bienes debe traerles (cf. 14, 17.26; 15, 26): tienen, pues, grandes motivos de consuelo al pensar que la separación de Jesús es gaje de la plenitud de los dones del Espíritu Consolador: *Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya: porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré.*

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE EL MUNDO (8-11).—¿Por qué conviene a los discípulos que el Señor se vaya y venga el Espíritu Consolador? He aquí lo que va a concretar Jesús. Ante todo, describe en gradación magnífica lo que hará el Espíritu Santo con respecto al mundo. *Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio:* será el mundo convencido de que es esclavo del pecado, de que Jesucristo es justo, de que el demonio está vencido y condenado. Y prosigue Jesús explicando en forma cerrada la proporción que acaba de sentar. Así:

De pecado ciertamente: porque no han creído en mí. No sólo será el mundo redargüido del pecado de infidelidad cuando viniere el Espíritu, sino de todo pecado, el original y el actual, por cuanto no hay nombre alguno en cuya virtud pueda obrarse la liberación del mundo, sino el de Jesús (Act. 4, 12); y porque el que no cree está ya juzgado (Ioh. 3, 18). Los Apóstoles, en nombre del Espíritu que les será dado, podrán echar en cara al mundo, a judíos y gentiles, el pecado en que están al rechazar a Jesús.

De justicia: porque voy al Padre, y ya no me veréis. El mundo será convencido de la justicia de Cristo: el triunfo de su resurrección y su glorificación al subir en forma visible a los cielos, son testimonio fehaciente de su naturaleza divina y de su misión de Salvador. Judíos y gentiles han dicho que Jesús es un falsario, un impostor; el Espíritu Santo convencerá al mundo de que fue Hombre-Dios justísimo y santísimo. No otra cosa demuestra la rápida propagación del Evangelio, la santidad y perdurabilidad de la Iglesia en medio de sus persecuciones.

Y de juicio: porque el príncipe de este mundo ya está juzgado. La muerte de Jesús ha sido la derrota y la condenación definitiva del demonio y sus secuaces (cf. Col. 2, 14.15; Hebr. 2, 14). Trabaja todavía el príncipe de las tinieblas, y se valdrá de sus adeptos para impedir la dilatación del reino de Cristo; pero sus esfuer-

zos fracasarán, en definitiva, porque Jesús ha triunfado de ellos en sí mismo (Col. 2, 15).

LA ACCIÓN DEL DIVINO ESPÍRITU SOBRE LOS DISCÍPULOS (12-15).— No ha completado aún Jesús su magisterio por lo que respecta a la formación de los Apóstoles; tiene aún mucho que enseñarles, pero no lo hace ahora, porque no están en disposición de asimilarse sus enseñanzas, sea por debilidad de su inteligencia, sea por la preocupación en que están por su partida: *Aún tengo que deciros muchas cosas: mas por ahora no podéis soportarlas*. Lo que no hace El ahora lo hará después el Espíritu Santo, que completará en ellos lo que ahora no son capaces de retener: *Cuando viniere aquél, el Espíritu de Verdad, os enseñará toda la verdad*, será vuestro guía, que os conducirá al conocimiento de toda la verdad que debe completar vuestra formación. Por lo mismo, la revelación no se completó hasta que los Apóstoles recibieron del Espíritu Santo, después de Pentecostés, la manifestación de las verdades que, con las enseñadas por Jesús, debían constituir el depósito total de la fe. Cuáles sean estas verdades, es difícil delimitarlo; pero tal vez una manifestación más clara del misterio de la Trinidad, de los misterios de la gloria, de lo que atañe al régimen de la Iglesia, etc.

Pero indica a los Apóstoles que el magisterio del Espíritu Santo es su propio magisterio: no hará más que enseñarles lo mismo que les hubiera El manifestado si lo hubiesen podido soportar: *Porque no hablará de por sí; mas hablará todo lo que oyere*. El Padre y El, Jesús, envían al Espíritu Santo; luego, como un embajador no dice en su embajada sino lo que el rey le mandó, así el divino Espíritu. Es un modo de hablar acomodado al nuestro, pero que expresa la naturaleza y la misión del Espíritu Santo. Y entre las muchas cosas que les enseñará, se contará la ciencia de las cosas futuras: *Y os anunciará las cosas que han de venir*. De hecho, los Apóstoles y primeros discípulos tuvieron el espíritu de profecía (cf. 2 Petr. 2, 1; Iud. 17.18; 2 Tim. 3, 2; Act. 11, 28; 21, 11, etc.). Nótese aquí que estas funciones del Espíritu Santo no han cesado con la muerte de los Apóstoles: se terminó con ellos la revelación; pero la Iglesia tiene la asistencia positiva del divino Espíritu para no errar en el camino de la verdad, especulativa y práctica; por otra parte, jamás ha cesado en la Iglesia el espíritu de profecía.

Termina Jesús señalando una función del Espíritu Santo por lo que atañe a El: es que el Espíritu glorificará a Cristo: *El me glorificará*, en cuanto todo lo que el Espíritu Santo hará, estará

ordenado a propagar y consumir la obra de Jesús. La razón es porque el Espíritu divino no hará más que comunicar a los Apóstoles lo que Cristo le confíe para el cumplimiento de su misión: *Porque de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros*. La ciencia de las tres divinas Personas es la misma, infinita; pero recibiendo el Espíritu Santo la naturaleza del Padre y del Hijo de quienes procede, recibe también la ciencia, según nuestro modo de hablar. Y para que mejor comprendan los Apóstoles este lenguaje, afirma su consubstancialidad con el Padre, y repite el concepto de la misión del Espíritu: *Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por esto os dije: que de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros*. La teología católica no hará más, en la sucesión de los siglos, que explicar estos profundos conceptos de la doctrina trinitaria juanista.

Lecciones morales.—A) v. 7.—*Os conviene que yo me vaya...* También conviene en nuestra vida espiritual que se vaya Jesús de nosotros según su presencia sensible: porque es entonces cuando el alma conoce la inmensa soledad de estar sin Dios, cuando El retira de nosotros sus consuelos: ¿qué peor soledad que la del alma que no está en amistad con El? Es ello una de las pruebas más terribles a que sujeta Dios a las almas que le quieren; y ello es de gran mérito y de gran fruto: de gran mérito, porque es una de las mortificaciones más graves que podemos soportar; de gran fruto, porque ello nos estimula a buscar con afán al buen Dios, que momentáneamente se ha escondido.

B) v. 8.—*Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.*—¿Por ventura, dice San Agustín, no arguyó Jesús al mundo de pecado, de justicia y de juicio? Ciertamente sí. Mas para que entendamos que por el Espíritu Santo la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones, y con ello hemos conquistado la libertad de argüir con Cristo al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Así nosotros podemos en cierta manera ser los continuadores de los Apóstoles; podemos convencer al mundo de su pecado, al resistir a Cristo y a las pruebas irrefragables de su divinidad; y de su injusticia, al no querer reconocer la justicia de Cristo, santo y justo, verdadero autor de la santidad y justicia en todo el mundo; y de juicio, por cuanto el imperio de Satanás ha quedado quebrantado de hecho, destruido en derecho por la redención que obró la sangre de Jesús. Bien podemos notar, con un autor, que todo apostolado cristiano gira alrededor de estos tres grandes principios.

C) v. 12.—*Aún tengo que deciros muchas cosas...*—Pequeño vaso es el de la inteligencia humana para recibir toda la verdad divina. Por ello es tan misericordioso Dios, que se abaja a nosotros y nos da la verdad según la medida en que podamos tolerarla. Esto deben tener muy presente los que enseñan al pueblo las verdades de nuestra religión. No a todos conviene todo. A los infantes en

la fe, que lo son muchos ya crecidos de edad, se les debe la leche racional de una doctrina fácilmente asimilable. Desde el manjar fuerte de verdades altas y recias a los de cultivado pensamiento y avezados a la especulación de la doctrina cristiana. Hacer lo contrario, es malograr la verdad y el tiempo; o por sobra de verdad, cuando el pensamiento no puede tolerarla; o por falta de verdad, cuando a inteligencias ávidas y bien preparadas para altas doctrinas no se les da más que la verdad disminuida.

d) v. 14. — *El me glorificará...* — Uno de los oficios sagrados de la Iglesia, considerada en cada uno de nosotros y en su totalidad del cuerpo místico de Jesús, es glorificar a Cristo Jesús. El Padre le ha glorificado, porque es el Salvador del mundo: ¿por qué no le glorificaremos nosotros? El es glorificador de la humanidad: ¿por qué no corresponderíamos nosotros glorificándole a El? Es Dios glorioso, como el Padre y el Espíritu Santo: ¿por qué negarle la gloria que se debe a Dios?

e) v. 15. — *De lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros.* — Recibe el Espíritu Santo del Hijo todo cuanto es, porque el Hijo, con el Padre, es principio del Espíritu Santo. Pero ni el Hijo queda sin lo que da al Espíritu Santo, como sucede en las donaciones humanas; ni el Espíritu Santo recibe lo que no tenía, porque siempre fue consubstancial con el Padre y el Hijo, sapientísimo y poderosísimo como las Personas de las que procede. Es una manera de manifestar con el discurso y las palabras del hombre lo que de una manera inefable se produce en el seno de la beatísima Trinidad. Bástenos saber, para que sintamos profunda gratitud al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que las tres divinas Personas han realizado el misterio de nuestra salvación y santificación, y que las inspiraciones de la gracia, las sugerencias de orden intelectual a que se refiere aquí Jesús, se atribuyen al Espíritu Santo, porque es obra de amor que se atribuye al Espíritu santificador.

197. — J) DE LA TRISTEZA PRESENTE AL GOZO FUTURO IOH. 16, 16-24

Evangelio de la Domínica 3.^a después de Pascua (vv. 16-22) y de la Misa de Común de muchos mártires, en el tiempo pascual (vv. 20-22)

¹⁶ Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre. ¹⁷ Entonces algunos discípulos se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis: y porque voy al Padre? ¹⁸ Y decían: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco? No sabemos lo que dice.

¹⁹ Y entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: Disputáis entre vosotros de esto que dije: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis. ²⁰ En verdad, en verdad os digo: que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará: y vosotros estaréis tristes; mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. ²¹ La

mujer en los dolores del parto está triste, porque le vino su hora: mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo. ²² Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón: y ninguno os quitará vuestro gozo. ²³ Y en aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidiereis en mi nombre. ²⁴ Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.

Explicación.—A los motivos de consolación que ha dado Jesús a sus discípulos, y que compensarán en su ánimo el sentimiento de tristeza por su separación, añade otro, si no más poderoso, quizá más eficaz en la situación en que los Apóstoles se hallaban: el anuncio de que volverán a verle pronto.

UNAS PALABRAS ENIGMÁTICAS DE JESÚS (16-18).—Bajo una forma ininteligible para los Apóstoles, aunque clarísima para quienes conocemos la historia del Señor, les anuncia Jesús su próxima muerte y su resurrección y apariciones: *Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis*: dentro de pocas horas ya no me veréis, muerto y encerrado como estaré en el sepulcro; pero dentro de breve tiempo, tres días escasos, volveréis a verme, vivo y resucitado, como me mostraré a vosotros. Las palabras siguientes: *Porque voy al Padre* faltan en los mejores códices griegos; pero puede explicarse todo el versículo, admitiéndolas tal como están en la Vulgata, en esta forma: por breve tiempo, los tres días que estaré en el sepulcro, no me veréis; y por otro breve tiempo, los cuarenta que van de la resurrección a la ascensión, volveréis a verme, porque subiré al Padre después de resucitar. O bien: por el breve tiempo de vuestra vida no me veréis; pero volveréis a verme en el cielo, pasado el breve tiempo de las cosas humanas.

Jesús diría estas palabras a los Apóstoles en forma enigmática, para excitar su atención, conturbados como estaban: si va al Padre, ¿cómo podrán verlo?, y si han de verlo, ¿cómo podrá ir al Padre? Por esto, *entonces algunos discípulos, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis: y porque voy al Padre?* Pero, a pesar del contraste mutuo de impresiones, la duda seguía en pie sobre el sentido de las palabras del Señor: *Y decían: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco? No sabemos lo que dice.* Aún hoy, después del suceso, venido ya el Espíritu Santo, a pesar de tanto comentario sobre estas palabras, no aparece claro su sentido: ¿cuánto menos debía serlo para los rudos Apóstoles?

EL GOZO SIN FIN (19-24). — Jesús, por la intuición que como Dios tiene de los humanos pensamientos, conoce que sus discípulos quisieran preguntarle; quizá no se atreven a ello porque, interrumpido ya el maestro tres veces aquella misma noche por Tomás, Felipe y Judas Tadeo (14, 5.9.22), podrían ser molestos al Señor; por lo que El se les anticipa: *Y entendió Jesús que le querían preguntar y les dijo: Disputáis entre vosotros de esto que dije: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis.* La explicación que da Jesús de sus enigmáticas palabras es por los efectos de su breve ausencia y de su posterior presencia: *En verdad, en verdad os digo, os aseguro con juramento: que vosotros lloraréis y gemiréis, cuando me veréis en las manos de mis enemigos, víctima de toda suerte de tormentos, y finalmente clavado en cruz: Mas el mundo se gozará,* creyendo mis adversarios que ello representa el fracaso de mi persona y de mi doctrina y su definitivo triunfo. Y, consecuencia de ello, *vosotros estaréis tristes: mas vuestra tristeza se convertirá en gozo,* después de mi resurrección y ascensión (cf. Mt. 9, 15; Act. 5, 41).

Y hace Jesús la explicación más viva por medio de una comparación, frecuente en las Escrituras, por la que aparece el contraste entre los sentimientos de tristeza y gozo: *La mujer en los dolores del parto está triste, porque le vino su hora:* son agudísimos los dolores del parto (cf. Is. 13, 18; 21, 3; Jer. 4, 31; Os. 13; Mich. 4, 9); también lo serán los de los Apóstoles. Pero serán poco tiempo, como los de la parturienta: *Mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo:* así el gozo sobreabundante de los Apóstoles borrarán de su memoria los dolores sufridos, cuando sepan la nueva de su resurrección. Y sigue la comparación: *Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, ya resucitado, y se gozará vuestro corazón* (cf. 20, 20); *y ninguno os quitará vuestro gozo,* ni sus mismos perseguidores, ni los tormentos que sufran después, porque el gozo de la resurrección perdurará en la tierra, haciendo llevaderos sus trabajos, y alentando la esperanza de la resurrección con Jesús (2 Cor. 4, 14; Act. 5, 41, etc.).

Dales aún otra razón para que estén sin congoja por la incompreensión de las enigmáticas palabras que les dijo: y es que cuando resucite lo verán todo claro; *Y en aquel día no me preguntaréis nada,* de lo que queríais preguntarme cuando os decía: Un poco, y no me veréis, etc.; menos aún deberéis interrogarme cuando hayáis recibido al Espíritu Santo, que os enseñará toda verdad.

Aún añade otro motivo de gozo: la omnipotencia de intercesión: *En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre*: unido como estoy yo íntimamente con el Padre, todo cuanto os sea necesario para acabar mi obra, pedirlo en nombre mío, y lo recibiréis (cf. 14, 13; 15, 16). Y les exhorta a que en adelante pidan cuanto necesiten al Padre en nombre suyo: *Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre*: no se lo dice esto en tono de reconvención, sino que sólo hace constar un hecho y les da una lección. No habían pedido nada en nombre de Jesús, primero porque El estaba todavía en su compañía, y no suele pedirse en nombre de quien está presente; y luego, porque no conocían bastante el carácter de Mediador que correspondía a Jesús entre Dios y los hombres. Lo que no han hecho en el pasado, que lo hagan ahora ya: *Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*: ¿cómo no deberá ser lleno y perfecto su gozo, teniendo la seguridad de que no ha de faltarles cuanto necesiten, como lo pidan a Dios en nombre de Cristo?

Lecciones morales.—A) v. 16.—*Un poco, y ya no me veréis...* Debieran estas palabras acostumbrarnos a las ausencias de Dios en esta vida; toda ella, según frase del Apóstol, es una «peregrinación fuera de Dios», o lejos de Dios (2 Cor. 5, 6), en cuanto no le poseemos, ni estamos en su compañía definitiva; pero dentro de este tiempo de peregrinación hay momentos que parecen de noche cerrada para nuestro espíritu, como le sucede al peregrino que, dentro de sus ausencias de la patria, tiene días y horas de mayor tribulación y soledad. Es ello voluntad de Dios, para que se abran nuestros corazones a la esperanza, recordando que El mismo ha dicho que si por poco tiempo no le vemos, después de poco tiempo le volveremos a ver. Y, sobre todo, le veremos cara a cara cuando se haya acabado el tiempo de nuestra peregrinación y nos admita en su ciudad, la santa Jerusalén de la gloria, que es la patria de todos los fieles servidores de Dios.

B) v. 20.—*Vosotros lloraréis y gemiréis, más el mundo se gozará...*—Moralmente, dice Alcuino, pueden estas palabras aplicarse a todos los cristianos: porque mientras ellos reciben esta vida como un tiempo de prueba durante el cual se disponen para una eternidad gozosa; al contrario, los mundanos, ajenos del todo al pensamiento de la eternidad, no piensan sino en holgarse durante los días de la vida mortal. Pero se trocarán las suertes: mientras los buenos, y sufridos, y mortificados, recibirán gozo colmado en cambio de sus penas; los malos verán con envidia, en medio de su desgracia, la suerte de los santos, de quienes dirán: «Nosotros pensábamos que su vida era una locura, y que su fin debía ser sin honor...» (Sap. 5, 4).

C) v. 22.—*Ninguno os quitará vuestro gozo.*—Nadie nos quitará en esta vida el gozo de vivir según Dios; ni en la otra el de vivir con Dios. Es el gozo de la virtud absolutamente personal. In-

timo a nuestra alma, independiente de toda veleidad ajena y de toda fuerza del mundo. Todo gozo que no sea este gozo, es deleznable; y si es pecaminoso, es gozo que se convierte en ponzoña de nuestra alma. Cuanto al gozo de la gloria, podríamos decir que será función eterna de los bienaventurados: «Veremos, dice San Agustín, amaremos, nos gozaremos.» Gozo que penetrará hasta la esencia de nuestra alma, y hasta la medula de nuestra vida, corporal y espiritual; participación de la misma felicidad esencial de Dios, y, como ella, purísima, personalísima y eterna.

b) v. 23. — *Y en aquel día no me preguntaréis nada.* — Místicamente podemos entender estas palabras del día clarísimo de la gloria eterna en que la inteligencia, ojo del alma, contemplará hito a hito la esencia de Dios, que es la suma e infinita verdad, y en ella verá cuanto ha apetecido saber en esta vida. Ya no habrá enigmas ni misterios, ni en el orden natural ni en el sobrenatural. No habrá velos, que se habrán corrido —porque esto significa la palabra «revelación»—, y dejarán al descubierto los insondables abismos en que se halla la razón de todas las cosas. Para un sabio, el despejar una incógnita al descubrir una fórmula, el hallar una ley, representa un triunfo que a veces ha llegado a enloquecer por unos momentos al feliz mortal que vio en el campo de la verdad lo que nadie había visto antes que él. ¡Qué triunfo para el hombre, para todo hombre que haya querido lograrlo, hallarse un día ante Dios, cara a cara, y leer en su esencia los profundos arcanos que, dice el Apóstol, no es dado al hombre explicar! (2 Cor. 12, 4).

e) v. 24. — *Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre.* — Es ésta oportunísima lección para muchos cristianos, que suelen pedir en nombre de muchos santos amigos de Jesús y no piden en nombre de Jesús. Y olvidan que los santos en tanto tienen poder de intercesión, en cuanto están unidos con Jesús. El nombre de Jesús es el más poderoso de los nombres, y en él se ha obrado nuestra salvación, y fuera de él no hay salvación posible. También en él se ha de obrar nuestra santificación, y en él y por su virtud hemos de recibir todo lo que se relacione con la vida de la gracia, que más tarde se convertirá en vida de gloria. Sea Jesús el soporte de nuestra oración; y toda oración reciba aliento y fuerza del nombre de Jesús, para que él la haga eficaz, ya que él es el Mediador omnipotente.

198. — RECAPITULACION Y CONCLUSION DEL DISCURSO

IOH. 16, 25-33

²⁵ Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os daré claramente noticia de mi Padre. ²⁶ En aquel día pediréis en mi nombre: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. ²⁷ Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios. ²⁸ Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo y voy al Padre.

²⁹ Sus discípulos le dicen: He aquí ahora hablas claramente y no

dices ningún proverbio. ³⁰ Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte. En esto creemos que has salido de Dios. ³¹ Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? ³² He aquí que viene el tiempo, y ya llegó, en que seáis esparcidos cada uno por vuestro lado, y que me dejéis solo: mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. ³³ Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura: más tened confianza, que yo he vencido al mundo.

Explicación.— Puede considerarse este fragmento como la peroración del hermoso y profundo sermón de la cena. Hay en él una recapitulación rápida, en que Jesús manifiesta claramente el pensamiento capital del discurso (25-28), y un corto diálogo entre Jesús y sus Apóstoles, que termina con la predicción de la defección de éstos y unas palabras de aliento de Jesús (29-33).

RECAPITULACIÓN (25-28). — Durante el discurso, especialmente a partir del v. 16 de este capítulo, Jesús ha hablado a sus discípulos velando con alegorías e imágenes su pensamiento: la viña, la mujer que da a luz, el «poco, y me veréis», etc., no eran fácilmente comprensibles para los rudos Apóstoles: *Estas cosas os he hablado en parábolas*. Pero se acerca ya el tiempo en que, deponiendo toda metáfora, les hablará con claridad de las cosas de Dios: *Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas, más os daré claramente noticia de mi Padre*: este tiempo será el que siga a su resurrección, cuando por espacio de cuarenta días les habló del Reino de Dios (Act. 1, 3); y el que seguirá a la venida del Espíritu Santo.

No sólo conocerán mejor los Apóstoles al Padre por el lenguaje abierto de Jesús, sino que podrán contar con el amor del padre hacia ellos; amor que se manifestará especialmente en la generosidad con que les concederá lo que le pidan: *En aquel día*, cuando ya les hable claramente, *pediréis en mi nombre*: porque más que nunca conocerán el carácter y la fuerza del Mediador Jesús. Tal será la eficacia de la oración de los Apóstoles, que no habrá necesidad absoluta de que Jesús junte su oración a la de ellos: *Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros*: no que no sea necesaria la mediación de Jesús, sin la cual ninguno puede llegarse al Padre (Hebr. 7, 25), sino que será bastante que ellos rueguen al Padre en nombre suyo, y el Padre les oirá. Será ello efecto del amor con que el Padre corresponderá al amor que ellos tuvieron a Jesús y a la fe en sus enseñanzas: *Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios*.

Estas últimas palabras dan a Jesús ocasión para reunir de un modo rápido, solemne y profundo, toda su vida, como Dios y como

hombre: *Salí del Padre*, porque de El procedo por generación eterna, y porque de su seno vine a la tierra, y *vine al mundo*, tomando carne de una Virgen y apareciendo con esta carne, como hombre mortal, entre los hombres. *Otra vez dejo el mundo*, porque muero en cuanto al cuerpo que tomé, y *voy al Padre*, sentándome a su diestra como Hombre, aunque no dejando de estar presente entre los Hombres.

DIÁLOGO FINAL: PALABRAS DE ALIENTO (29-33) — Los Apóstoles han entendido claramente lo que acaba de decirles Jesús sobre la oración y el amor del Padre; creen quizá que ha llegado la hora de que les hable sin metáfora; por esto *sus discípulos le dicen* a Jesús con cierto candor: *He aquí ahora hablas claramente*, de tu salida del mundo (cf. v. 16), y *no dices ningún proverbio*, no ocultas con imágenes tu pensamiento. Y como ven que el Maestro adivinaba su deseo de querer preguntarle sobre estas cosas (vv. 18.19), añaden: *Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte*; y porque penetras lo oculto del corazón y del pensamiento de los hombres, *en esto creemos que has salido de Dios*, que eres Dios.

Jesús reconoce la tardía fe de sus Apóstoles y les precave contra sus peligros: *Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? ¿Pensáis tener una fe llena y firme? Está bien; pero ved el peligro que corre vuestra fe: He aquí que viene el tiempo y ya llegó*, es decir, viene tan rápidamente el momento que ya estamos en él, *en que seáis esparcidos cada uno por vuestro lado*, buscando cada cual dónde ocultarse, a la hora de mi pasión, con independencia unos de otros: *y que me dejéis solo*, privado de vuestra compañía y de vuestro socorro. Con todo, no quedaré destituido de todo auxilio; me ayudará el que es Todopoderoso: *Mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo*, por cuanto voy a la pasión para cumplir su voluntad.

Termina Jesús la oración magnífica indicando la finalidad que al hablarles se ha propuesto: *Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí*: todo cuanto os he dicho en este discurso tiende a que estéis unidos a mí por la fe y el amor que dan la paz al espíritu, porque le dan la tranquilidad y la incommovilidad de los que están juntos con Dios; cuanta paz derivará a los Apóstoles, de esta unión con Cristo, véase en 2 Cor. 1, 3-7; 6, 4-10; 7, 4, etc. Que no os hagan vacilar las congojas que experimentaréis mientras viváis: *En el mundo tendréis apretura*; pero tened ánimo esforzado, pues yo, que he logrado ruidosa victoria sobre el mundo, sobre el príncipe de las tinieblas, sobre todo lo que se opone a la voluntad de Dios,

soy la mejor garantía de que también vosotros triunfaréis: *Mas tened confianza, que yo he vencido al mundo*. Grito anticipado de triunfo, que ha levantado el corazón de millones de cristianos.

Lecciones morales.—A) v. 25.—*Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas...*—Esta hora, según San Agustín, puede interpretarse moralmente de la vida eterna, en que gozaremos de la visión facial de Dios. Nos hablará Dios claramente, por cuanto hará patentes a nuestros ojos atónitos las intimidades de su esencia y de su vida. Nos hablará sin parábolas, sin intermediarios, ni de las cosas creadas, en las que vemos un vestigio de su naturaleza y perfecciones, ni de la locución profética o revelación propiamente dicha, que se nos ha hecho en esta vida por la misericordia de Dios, valiéndose de los profetas y de su mismo Hijo Jesús. Nos hablará una palabra única y eterna, infinitamente comprensiva, por la que nos manifestará los misterios de su poder y misericordia, de su sabiduría y amor. ¡Haced, Jesús, que oigamos esta palabra eterna, que sois Vos, porque sois el pensamiento y la sabiduría de Dios!

B) v. 28.—*Sali del Padre, y vine al mundo...*—Toda la vida y todos los misterios de Jesús se encierran en estos dos viajes del Hijo de Dios: el de su salida del Padre para venir al mundo, y el de su salida del mundo para volver al Padre. Eternamente presente ante el Padre, el Hijo divino, para cumplir un consejo de la misericordia de Dios, hizo su viaje a la tierra, presentándose ante los hombres con el ropaje de su carne mortal. Con los hombres vivió y por los hombres murió. Su vida se consumió en el solo anhelo de llevar consigo los hombres a Dios. Dejó la semilla y se volvió al Padre. Toda la eficacia del viaje de Jesús está en que los hombres suban al Padre con El en este viaje de retorno. Bajó para levantar a muchos, dice San Agustín; se hizo Dios hombre, para que el hombre llegara hasta Dios. No frustremos el penosísimo viaje de nuestro Señor Jesucristo; ha venido a la tierra a buscarnos: seamos dóciles, y dejémonos llevar de su mano divina a Dios.

C) v. 30.—*Ahora conocemos que sabes todas las cosas...*—Porque les adivinó su pensamiento, creyeron los Apóstoles que Jesús sabía todas las cosas. ¡Cuánto más ha hecho Jesús para con el mundo, y el mundo no cree en El, o tiene en El una fe muy débil! Porque Jesús ha sido el gran Doctor, que ha enseñado a la humanidad más que todos los sabios; el Profeta Magno que ha abierto a las inteligencias de los hombres los horizontes del tiempo y de la eternidad. El es quien a fuerza de siglos, y por su Espíritu, y poniendo a contribución el pensamiento de los grandes hombres de su Iglesia, ha logrado este cuerpo doctrinal que llamamos la teología católica, monumento máximo de la verdad divina que ilumina todas las cosas humanas. El ilumina las conciencias de los suyos con estas claridades características de la gracia, que guían a los hombres en su ruta a Dios. En verdad que Jesús lo sabe todo. En verdad, que los hombres han sido mezquinos en no rendir pleitesía a la divina ciencia de Jesús.

d) v. 33. — *Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí.* — Este es todo el fruto de la redención y todo el secreto de la vida cristiana: la paz. Cantáronla los ángeles cuando nació Jesús. Diola El como santo y seña a sus Apóstoles y discípulos. Quiso que fuese el premio eterno de sus seguidores el reino de la paz. Puso en paz a Dios con los hombres, a los hombres consigo mismos, a los hombres con sus hermanos. La paz es la tranquilidad del orden; es estabilidad, inmovilidad, porque es el afianzamiento de las cosas humanas en Dios. ¡Danos, Señor, tu paz!

e) v. 33. — *En el mundo tendréis apretura...* — Apretura es contradicción, es estrechez, es lucha, es temor, es inseguridad; es decir, todo lo contrario a la paz. Los que son del mundo tienen todo esto y a más les falta la paz interior. Si no somos del mundo, sino de Jesucristo, podremos tener apretura en el exterior, persecuciones, odios, injusticias, desprecios, pero tendremos la paz interior, que excede todo sentido (Phil. 4, 7), que, como las profundas aguas del mar, es inaccesible a la tormenta, y que nadie en el mundo es capaz de arrebatarnos; porque, si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. 8, 31); y si Jesucristo venció al mundo, ¿qué podrá hacernos el mundo?

199. — LA ORACION SACERDOTAL DE JESUS

A) RUEGA POR SI MISMO: IOH. 17, 1-5

Evangelio de la Vigilia de la Ascensión (vv. 1-11)

¹ Estas cosas dijo Jesús: y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, llegó la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. ² Como le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que a todo lo que le diste, les dé a ellos la vida eterna. ³ Y ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste. ⁴ Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra cuya ejecución me encomendaste. ⁵ Ahora, pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti, antes que existiera el mundo.

Explicación. — Al grito de triunfo con que terminaba Jesús su discurso, sigue la ardiente plegaria que comprende todo el capítulo 17 del cuarto Evangelio. Se la ha llamado con razón la oración pontifical de Jesús y es la más extensa que nos ha quedado del Maestro divino. El tono de la oración es de una sublimidad, suavidad y riqueza tales, que no se encuentran en ninguna otra oración salida de labios humanos. El fondo es de una incomparable riqueza doctrinal, dentro de su sencillez, y revela la firmeza y serenidad de espíritu de Jesús en el momento en que se dispone al sacrificio de sí mismo. A pesar de la opinión de no pocos comentaristas que la suponen pronunciada en un alto que haría Jesús con su comitiva

en la ruta del Cenáculo a Getsemaní, llegando Fouard a indicar como sitio el fondo del barranco Cedrón, antes de pasar el puente que une las dos vertientes, creemos fue pronunciada en el mismo Cenáculo o en otro lugar retirado. Ruega Jesús en ella por sí mismo (1-5); por sus discípulos (6-19); por la Iglesia (20-26).

JESÚS RUEGA POR SÍ (1-5).— En este fragmento pide Jesús para sí la gloria, pues ya ha acabado la obra que se le confió. El comienzo de la oración es solemne: *Estas cosas*, las dichas durante su largo discurso de aquella noche, *dijo Jesús: y alzando los ojos al cielo*, señal de elevación espiritual, de comunicación con Dios, como lo había hecho en la multiplicación de los panes y en la resurrección de Lázaro (cf. Mt. 14, 19; 11, 41), *dijo: Padre, llegó la hora, glorifica a tu Hijo*. Toda la oración tiene un carácter filial: el vocativo «Padre» se repite en ella varias veces (cf. vv. 5.11.21.24.25); Jesús hace presente al Padre que ya ha llegado la hora de su glorificación, y por ello le pide le glorifique: lo hará el Padre dando a su Hijo la admirable fortaleza de su pasión, multiplicando los prodigios en su muerte; por la maravilla de su resurrección y ascensión; y, especialmente, sentándole a su diestra en el cielo. El fin de la glorificación del Hijo no es otro que la gloria del Padre mismo: *Para que tu Hijo te glorifique a ti*, alabándote en el cielo, promoviendo tu gloria en la tierra por la protección que desde la gloria dará a los continuadores de su obra.

Añade Jesús el primer motivo por que debe oírle el Padre: es la gloria externa que le ha conquistado en el cumplimiento de su mandato. Ya que le ha dado soberano poder sobre toda la humanidad (Ps. 2, 7.8; 71, 8.9) en su calidad de Mesías, *como le has dado poder sobre todo linaje humano*, con el fin de que comunicara a los hombres la vida divina, de gracia y gloria, como fruto de su sacrificio, predicación y distribución de gracias, *para que a todo lo que le diste*, a todos los predestinados, *les dé a ellos la vida eterna*; por ello es que el Padre, porque Jesús ha cumplido su misión, y porque de su cumplimiento le ha venido aumento de gloria externa, no puede negarle a su Hijo lo que como hombre le pide.

Explica luego en qué consiste la vida eterna en este mundo, que no es más que la semilla de la gloria definitiva y eterna del cielo: *Y ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste*. No que baste el conocimiento de Dios y de su Cristo para lograr la bienaventuranza, sino porque ello es fundamento de todo lo demás. Nótese aquí cómo Jesús se pone en el mismo nivel del Padre en orden a la vida eterna, por-

que es Dios como El. Llámase a sí mismo «Jesucristo», única vez que se da este nombre, y que ha venido a ser el más usual en la Iglesia católica.

Otro motivo por que ha de oírle el Padre es que le ha glorificado, llevando a cabo la obra que le confió: *Yo te he glorificado sobre la tierra*, con mi predicación y milagros, aceptando trabajos y humillaciones, sometién dome a la pasión y muerte por obediencia a ti, y estoy en el momento de consumir la redención del mundo con mi muerte. Y porque *he acabado la obra cuya ejecución me encomendaste*, puedo justamente pedir que recíprocamente tú, Padre mío, me glorifiques a mí: *Ahora, pues, Padre, glorifícame tú*. ¿Con qué gloria? *En ti mismo*, en el cielo donde estás tú, ya que yo te he glorificado en la tierra en que estoy: *con aquella gloria que tuve en ti, antes que existiera el mundo*: es decir, comunícale a mi naturaleza humana, por sus merecimientos, la participación que le corresponde de la gloria que desde la eternidad gozó, contigo y en ti, por ser persona divina.

Lecciones morales.—A) v. 1. — *Y alzando los ojos al cielo...* Esta actitud adopta Jesús en los momentos solemnes de su vida, para que aprendamos, dice el Crisóstomo, a mirar arriba no sólo con los ojos de la carne, sino con los del espíritu. Podía Jesús orar en silencio, añade San Agustín, pero quiso hacerlo en alta voz y con la expresión externa de la plegaria, para enseñarnos a nosotros la forma de orar. Alcemos los ojos al cielo, los del alma más que los del cuerpo, sobre todo en las horas de la tribulación, y se hará la paz en nuestro espíritu, pensando en la fidelidad y en la misericordia de Dios, que no nos dejará sucumbir en los azares de la vida.

B) v. 1. — *Glorifica a tu Hijo...* — Mira cómo el Padre glorifica a su Hijo, dice San Hilario: al peso de la cruz, tiembla la tierra, como afirmando que el que va a morir es más grande que ella. Mira al centurión cómo le confiesa Hijo de Dios. Es el símbolo de la equivalencia entre los sufrimientos y la gloria, que es su consecuencia, si los aceptamos por Dios. También nosotros podemos decirle al Padre: «Glorifica a tu hijo»; mira, oh Padre, que si no somos hijos tuyos según la naturaleza, como Jesús, lo somos por adopción; somos los miembros místicos de tu Hijo natural, que es nuestra cabeza; como a El le glorificas porque ha llenado su misión, así también te pedimos nosotros no con la misma justicia que El, pero sí con la fuerza de tus promesas y de sus méritos, que nos des la gloria que nos corresponde. No nos des, si te place, la gloria que podría correspondernos hasta en el mundo, porque nuestros actos tienen también un valor social; pero guarda todo el premio de gloria que nos corresponda para cuando haya pasado la hora del mérito y debamos recibir la corona del premio.

c) v. 3. — *Esta es la vida eterna: Que te conozcan a ti...* — La

vida eterna, dice San Hilario, es conocer a Dios, pero esto sólo no da la vida. La vida eterna empieza por el conocimiento de Dios y de su Hijo, de las verdades dogmáticas necesarias y de las leyes que deban cumplirse según nuestra doctrina. Al conocimiento debe seguir la ejecución, es decir, que la idea cristiana se debe «vivir» para que el cristianismo deje de serlo de simple nombre, y lo sea de verdad. Entonces se halla dentro del camino de la vida eterna; ésta vendrá necesariamente, como viene el fruto del árbol que está en condiciones de darlo, cuando la vida cristiana entre en la expansión definitiva de la gloria. Pues la vida eterna, dicen los teólogos, no es otra cosa que la visión bienaventurada de Dios consecutiva a la incoación de la vida divina en nosotros por la gracia mientras vivimos en la tierra.

D) v. 4. — *He acabado la obra cuya ejecución me encomendaste.* Como tuvo el Padre un designio al enviar al mundo a su Hijo, designio cuya realización pesaba sobre el Hijo mismo y que debía ser el objetivo único de la vida del Salvador, así cada uno de nosotros, al recibir de Dios el ser, recibimos también una función que realizar en el mundo y a la que debe converger toda nuestra vida. Creemos y temblemos, que Dios nos ha dado a todos una obra que hacer; es la de nuestra salvación; pero nuestra salvación está ligada al cumplimiento de nuestra vocación y de nuestros destinos en el mundo. Si esta doble obra queda sin hacer, la de corresponder a nuestra vocación y la de salvarnos como consecuencia de ello, no será por Dios, que nos da a todos la manera de hacerla, sino por nosotros, que no la habremos querido hacer. Vivamos en tal forma que, cuando muramos, podamos, como Jesús, decirle a Dios: «He acabado la obra cuya ejecución me encomendaste.»

E) v. 5. — *Glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti...* — Aquí pide Jesús al Padre que cumpla el decreto eterno de glorificarlo después que haya ejecutado sus designios; o que le dé el premio de gloria que ha merecido con sus trabajos. En ambos sentidos podemos rogar también nosotros a Dios. Primero, por razón de nuestra predestinación: si Dios «nos predestinó, y nos llamó, y nos justificó, y nos glorificó» en sus eternos decretos, en expresión del Apóstol (Rom. 8, 30), podemos pedirle que cuando sea la hora de cumplirse su eterna previsión nos dé la gloria que decretó para cada uno de nosotros. Y en segundo lugar, porque si nosotros hemos sido fieles a nuestra vocación y hemos obrado la justicia, tenemos derecho a pedir a Dios «la corona de justicia que nos dará el justo Juez» (2 Tim. 4, 8), y que no es otra cosa que nuestra glorificación.

200.— B) JESUS RUEGA POR SUS APOSTOLES

IOH. 17, 6-19

Sigue el Evangelio de la Vigilia de la Ascensión (vv. 6-11)

⁶ He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyo eran, y me los diste a mí, y guardaron tu palabra.

⁷ Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son. ⁸ Porque les he dado las palabras que me diste: y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

⁹ Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son. ¹⁰ Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías: y en ellos he sido glorificado. ¹¹ Y ya no estoy más en el mundo; pero éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guarda por tu nombre a aquellos que me diste: para que sean una misma cosa, como también nosotros. ¹² Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé a los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura. ¹³ Mas ahora voy a ti, y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. ¹⁴ Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁵ No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. ¹⁶ No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo. ¹⁷ Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. ¹⁸ Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. ¹⁹ Y por ellos yo me santifico a mí mismo: para que ellos sean también santificados en verdad.

Explicación.— Este fragmento, lleno de verdad y de ternura para los suyos, encierra la sentidísima oración que dijo Cristo al Padre en favor de sus Apóstoles, en voz alta, en la misma actitud sublime con que empezó la oración para sí. Tiene una introducción, en que razona el Señor los motivos para que el Padre le oiga al rogar por los suyos (6-8); y la serie de peticiones que para ellos hace (9-19).

RAZONES POR QUE EL PADRE DEBE OÍRLE (6-8). — Primera: Jesús ha enseñado a los Apóstoles a conocer al Padre y, por lo mismo, a glorificarle: *He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo*. Estos hombres eran los Apóstoles: el Padre se los había dado, porque nadie puede ir a Jesús si el Padre no le llama (6, 44); se los había dado del mundo porque de él los había sacado por la vocación (cf. 15, 19); y él les había manifestado su nombre, es decir, los había instruido sobre su naturaleza, atributos y manera de orar.

Segunda: Los Apóstoles son del Padre y de Jesús, y ello es título bastante para que le oiga. Los Apóstoles eran del Padre: *Tuyos eran*, hombres piadosos y sencillos, observantes de la ley (1, 37-51); *y me los diste a mí*, haciendo con tu gracia que correspondiesen a mi llamamiento.

Tercera: Los Apóstoles observaron las enseñanzas de Jesús, que son las mismas del Padre (cf. 5, 30; 7, 16), creyendo en Jesús, guar-

dando sus preceptos: *Y guardaron tu palabra*: siendo la palabra de Jesús también del Padre, el Padre debe mirar con benevolencia a quienes la guardaron.

Y desarrolla Jesús esta tercera razón. *Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son*: a medida que les he ido enseñando, han progresado en la fe; y en estos momentos ya saben que mi doctrina, milagros, etc., vienen de tu poder (cf. 10, 25; 12, 49.50; 14, 10). Da luego la razón de este conocimiento de los Apóstoles: *Porque les he dado las palabras que me diste*, enseñándoles toda tu doctrina: y ellos las han recibido, escuchándolas con docilidad: *Y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste*: es el fruto de aquella docilidad con que han aceptado todos los razonamientos y hechos que han visto en orden a la procedencia y misión de Jesús (cf. 6, 70; 16, 27; Mt. 16, 16).

LAS PETICIONES (9-19). — Son pocas y breves, pero de gran trascendencia; la mayor parte del texto que las encierra sigue siendo una exposición de los motivos por que el Padre debe oír a Jesús. Yo, dice con énfasis, Hijo tuyo, a quien siempre oyes (11,42), *ruego por ellos*, ya que me los diste. *No ruego por el mundo*; se entiende ahora, porque mi plegaria, aunque será provechosa al mundo, es en este momento especialísima para los Apóstoles; *Sino por éstos que me diste, porque tuyos son*: he aquí dos razones por que excluye ahora al mundo de su plegaria, son de El y del Padre, por título especial; por lo mismo, debe pedir por ellos cosas especiales. Son de El y del Padre los Apóstoles, porque entre ambos todas las cosas son comunes: *Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías*: hay en estas palabras una prueba de la divinidad de Jesús: sólo Dios puede decir que son tuyas las cosas de Dios. A este título de propiedad, que es título de benevolencia para el Padre, añade el de correspondencia, en cuanto Jesús ha sido glorificado por los Apóstoles: *Y en ellos he sido glorificado*, porque han creído en mí y han hecho glorioso mi nombre (Mt. 10, 8 sigs.; 14, 1; Mc. 6, 14). A los títulos de propiedad y de correspondencia añade el del desamparo en que van a quedar, ya que él sale del mundo según su presencia corporal, y los deja a ellos en el mundo, donde todo les será contrario: *Y ya no estoy más en el mundo: pero éstos están en el mundo, y yo voy a ti*.

Primera petición: Hecha mención del mundo, Jesús formula una petición concreta en favor de sus Apóstoles, a saber, que les conserve en la verdadera doctrina, libres de toda contaminación

del mundo: *Padre*, dice, haciendo con este título más apremiante la plegaria; *santo*, por contraposición a la profanidad y corrupción del mundo; *guarda por tu nombre a aquellos que me diste*, preserva por tu poder a mis Apóstoles. Es mejor esta otra lección de muchos manuscritos griegos: «Consérvalos en tu nombre, el que me has dado», en la doctrina que me mandaste predicar. Y como el fin de esta doctrina es hacer de los discípulos un trasunto, de orden sobrenatural, de la unidad de naturaleza, de pensamiento, de voluntad, que hay entre el Padre y el Hijo, añade: *Para que sean una misma cosa, como también nosotros*: esta unidad, obra del Espíritu Santo, es de inteligencia por la fe, y de voluntad por la caridad (cf. Act. 4, 32; 1 Cor. 1, 10; Eph. 4, 4). Es ésta la principal petición de Jesús en este fragmento.

Insiste Jesús en la necesidad de que le oiga el Padre en favor de los suyos, por cuanto ya no podrá hacerlo El personalmente: *Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guárdale a los que me diste* (en el griego: «Los guardaba en tu nombre, el que me has dado», y los guardé): *y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición*: es Judas; le llama así porque mejor le hubiese sido no haber nacido (Mt. 26, 24); no pereció porque no le guardase Jesús como a los demás, sino porque no cooperó a la gracia, y por su voluntad perversa; ello estaba previsto por Dios y anunciado en la Escritura: *Para que se cumpliese la Escritura*.

Segunda: En adelante ya no estará Jesús con sus Apóstoles; pero antes de partir, pide para ellos la plenitud del gozo que él mismo experimenta al cumplir los designios del Padre entregándose por la redención del mundo: *Mas ahora voy a ti*, estoy ya para morir; *y hablo esto en el mundo*, oro así en voz alta mientras estoy aún con mis Apóstoles, *para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos*: como rebosa mi alma de gozo en estos momentos por esta mi íntima unión de voluntad con el Padre, así te ruego que se gocen ellos en su unión contigo, prenda de tu amor y protección en favor suyo.

Apoya Jesús esta petición de que infunda el Padre en sus Apóstoles el gozo que El siente, en el hecho o razón de la semejanza que hay entre El y ellos: Maestro y discípulos sufren el mismo odio y las mismas persecuciones por parte del mundo; ni El ni ellos son del mundo; todos, pues, deben recibir el don del mismo gozo: *Yo les di la palabra*, tus doctrinas, y, al aceptarlas con docilidad, *el mundo los aborreció, porque*, desde el momento en que siguen mi doctrina y mi ley, *no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. No quiere ello decir que con esta petición del gozo quiera exi-

mirlos del odio del mundo, que no evitarán (vv. 15.18.19), sino que los preserve del contagio del mundo: *No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.*

Tercera: Ha pedido Jesús para sus Apóstoles la unidad y el gozo de su unión con Dios; ahora pide la gracia de que sean definitivamente consagrados para el ministerio apostólico de la palabra de Dios. Y antes de la petición, la prepara Jesús, haciendo presente al Padre que ya no pertenecen al mundo, como tampoco El: *No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.* Antes de consagrarse una cosa a Dios, se la separa de las profanas; los Apóstoles ya están separados: que venga sobre ellos la consagración de la verdad: *Santificalos con tu verdad:* debiendo los Apóstoles predicar la verdad de Dios, debían estar como embebidos y ungidos con ella. Define luego cuál sea esta verdad: es la palabra de Dios: *Tu palabra,* todo el conjunto de tus doctrinas, *es la verdad.* La misión oficial de predicadores de la palabra de Dios, exige que los Apóstoles sean consagrados, deutados por Dios para difundirla; así lo hizo el Padre al enviar a Jesús al mundo (cf. 10, 36); *Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo,* designándolos para esta misión (vv. 15.16.20).

Esta última petición la apoya Jesús en el máximo argumento que podría hacer valer ante el Padre: el del sacrificio de su vida que ofrecerá dentro de poco: *Y por ellos yo me santifico a mí mismo,* me consagro víctima con mi muerte voluntaria, *para que ellos sean también santificados en verdad:* para que reciban la gracia del Espíritu Santo que los haga idóneos ministros de tu palabra y, como tales, la prediquen autorizadamente al mundo.

Lecciones morales.—A) v. 6.—*He manifestado tu nombre a los hombres...*—Manifestar el nombre de Dios es dar a conocer a Dios, en su verdad, en su ley, en su redención del hombre por El obrada, en su gracia, en su Iglesia, en su amor. Jesucristo, momentos antes de morir, resume toda su misión en esta función manifestativa de Dios. Es la función máxima del apostolado, es la predicación de la «Buena Nueva» en toda la amplitud de esta palabra, equivalente a «Evangelio». ¡Qué consuelo para el apóstol, y debemos serlo todos, cuando sintetice toda su vida en una postrera mirada que la dé desde el catafalco de la muerte, y pueda decir: «He manifestado tu nombre a los hombres»! Y ¡qué pena, tal vez, qué desesperación, cuando lleguemos a la hora tremenda después de haber pasado la vida como perros mudos (Is. 56, 10), sin hablar de Dios o hablando de cosas que no son de Dios, o hablando mal las cosas de Dios, por falta de celo, de estudio, de dirección, de sentido de las cosas de Dios!

B) v. 8.—*Les he dado* (a los Apóstoles) *las palabras que me*

diste... — Estas palabras de Jesús, dichas en este solemne momento al Padre, son como una protestación solemne de que ha cumplido perfectamente su misión. Como si dijera: «Padre mío, tú me diste tu palabra, es decir, la porción de tu Palabra esencial, que te dignaste acotar para ser revelada a los hombres por Mí, y que debía serles norma para su salvación. Esta verdad, sin mutilación ni corruptela alguna, yo se la he entregado a mis Apóstoles. Ellos, a su vez, la entregarán al mundo, tal cual la recibieron.» Esta palabras de Jesús deben sernos de gran consuelo: porque tenemos en ellas la garantía de que nuestra verdad es una participación de la misma verdad de Dios. Cristo Jesús fue fidelísimo transmisor de ella a los Apóstoles, como Dios-Hombre que era. Los Apóstoles, con igual fidelidad, porque cuentan con la asistencia del divino Espíritu, que Padre e Hijo enviaron para ello al mundo, nos la han transmitido a nosotros. ¿Quién será capaz de hacer vacilar nuestro pensamiento, si él está fundado en la verdad de Dios?

c) v. 9. — *Yo ruego por ellos...* — Admiramos la generosidad y la bondad de Jesús. No sólo nos da todo lo que tiene, todo lo suyo, sino que aun ruega al Padre que nos dé más de su parte. Lo que hizo con los Apóstoles en esta oración delicadísima, continúa haciéndolo para cada uno de nosotros. Nos ha dado la vocación a la fe, los sacramentos, la verdad, la gracia en forma copiosísima: y después de ello, en el cielo vive siempre rogando por nosotros, dice el Apóstol (Hebr. 7. 25). Para la grande obra preparada por Jesús con su esfuerzo y fecundada con su oración, obra que no es más que nuestra santificación y salvación, sólo falta la cooperación de nuestra voluntad. Nos lo pide nuestro interés, nuestra gratitud, y el respeto que debemos a la oración de Jesús, que sin nuestra correspondencia será ineficaz.

d) v. 11. — *Guarda por tu nombre a aquellos que me diste...* — ¡Qué caridad la de Jesús! Dentro de un momento, se lo ha predicho ya, le dejarán, como ovejas que huyen a la desbandada herido el pastor; y ruega al Padre que los guarde, que son suyos, porque El se los dio; y se lo ruega por lo más alto que hay en los cielos, que es el nombre de Dios; y que los guarde para que sean una misma cosa, unidos entre sí por la fraternidad cristiana, y unidos con Jesús, su cabeza, con el vínculo sobrenatural de la caridad. Los quiere santos; y los quiere incommovibles, con la misma incommutabilidad de Dios, por participación de su fuerza y de su caridad. Jamás cupo en la imaginación de hombre sabio un concepto más alto de la dignidad humana y de la grandeza social como el que expresa y realiza Jesús en estas palabras.

e) v. 12. — *No pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición...* — Ni Jesús podía hacer más para guardar Judas de su terrible desgracia, ni Judas pudo hacer menos para hacerse digno de las gracias de Dios: mejor aún diríamos que no pudo hacer más para hacerse indigno de estas gracias. ¡Misterio profundo y terrible el de nuestra libertad! Con la libertad se salvan los once; con la libertad se pierde Judas. La libertad hace hijos de salvación, y los hace de perdición: los hace de amor y los hace de odio eternos. Debíamos decir cada día a Dios aquella oración de la Iglesia en

el oficio de «Prima»: «Dirige y santifica, rige y gobierna, Señor Dios de cielos y tierra, mi corazón y mi cuerpo, mis sentidos y palabras y actos por el camino de tu ley...» Para ello no tiene que dirigir Dios más que nuestra libertad, que es la que lleva toda nuestra vida moral.

f) v. 17. — *Santificalos con tu verdad.* — La verdad, podemos decir moralmente con el Crisóstomo, es la que nos hace santos. Equivalen estas palabras a esto: Hazlos santos por la infusión del Espíritu Santo y de los verdaderos dogmas. Porque el dogma es la base de nuestra vida cristiana. Antes de obrar hay que creer; y para creer, debe haber verdades que se nos propongan como objeto de nuestra fe. Así, de la cumbre de la inteligencia pasa la santidad de la palabra de Dios a ser santidad personal por la concreción de la misma en actos de vida cristiana ajustados a la verdad de Dios. Debiéramos estar como impregnados de la palabra de Dios; debiera ser ella como nuestra vestidura espiritual, y que no hubiese nada en nuestro obrar que no fuese trasunto de la santísima verdad que como cristianos profesamos. Es verdad de Dios santísimo, que hace santos y que para santificarnos se nos comunicó.

g) v. 19. — *Por ellos yo me santifico a mí mismo...* — Santificarse Jesús es aquí inmolarse, ofrecerse como hostia a Dios. Es función impetratoria de su sacrificio la que Jesús ofrece al Padre en estos momentos; como si dijera: «Padre mío, dentro de poco éstos deberán sustituirme a mí en la obra del apostolado; te ruego, por el sacrificio cruento que voy a ofrecerte de mí mismo, que les des la gracia de que ejerzan santamente el apostolado de la verdad.» Estas palabras del Señor debieran hacernos concebir suma estima y suma reverencia del ministerio de la palabra que Jesucristo nos ha confiado. Por la dignidad, por la santidad, por la eficacia de esta palabra divina, ha ofrecido Jesucristo al Padre el sacrificio de su propia vida. Tomemos santamente en nuestros labios la santísima palabra del Señor.

201. — C) JESUS RUEGA POR LA IGLESIA

IOH. 17, 20-26

²⁰ Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la predicción de ellos. ²¹ Para que todos sean una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros: para que el mundo crea que tú me enviaste. ²² Yo les he dado la gloria que tú me diste: para que sean una misma cosa, como también nosotros somos una misma cosa. ²³ Yo en ellos, y tú en mí: para que sean consumados en la unidad: y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a mí.

²⁴ Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy: para que sean mi gloria, que tú me diste: porque me has amado antes del establecimiento del mundo.

²⁵ Padre justo, el mundo no te ha conocido: mas yo te he conocido: y éstos han conocido que tú me enviaste. ²⁶ Y les hice conocer

tu nombre, y se lo haré conocer: para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

Explicación.— Jesús, en esta tercera parte de su oración sacerdotal, después de haber rogado al Padre por sí mismo, piedra incommovible de la Iglesia, y por sus Apóstoles, fundamento y columnas de la misma, ruega por esta santa sociedad que dentro de poco va a brotar de su costado en la cruz. Pide por ella el don de la unidad (20-23); la felicidad bienaventurada (24); y añade una conclusión y recapitulación de su plegaria (25.26).

JESÚS PIDE PARA SU IGLESIA LA UNIDAD (20-23). — Había pedido Jesús (v. 19), que sus Apóstoles fuesen definitivamente consagrados para el ministerio de la palabra: como ve el sembrador la mies abundante que seguirá a la sementera, así Jesús ve en la lontananza de los tiempos la multitud de fieles que por la predicación apostólica lograrán el beneficio de la fe; y por ellos ruega: *Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la predicación de ellos*: la palabra es el medio normal transmisor de la doctrina de la fe, que es por el oído (Rom. 10, 14). Lo que para los futuros creyentes pide es el don inestimable de la unidad, que tiene sus raíces en la fe: *Para que todos sean una cosa*, en el pensar, en el sentir, en el mutuo amor. Cuán íntima deberá ser esta unión, lo expresa con la comparación de la unión más alta, íntima y perfecta que pueda imaginarse: la que hay entre El y el Padre: *Así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros*: Padre e Hijo son tan unos, que tienen una misma y única naturaleza; por la fe y la gracia se extiende en cierta manera esta naturaleza (2 Petr. 1, 4) a todos los fieles de la santa Iglesia, quedando por este hecho unidos entre sí y con Dios. Esta maravillosa unidad, que es la nota característica de la religión de Jesucristo, es una demostración de la misión divina del mismo: *Para que el mundo crea que tú me enviaste*.

Esta demanda capitalísima de la unidad la desarrolla Jesús explicando su fundamento y su naturaleza. El fundamento es el haber comunicado Jesús a los suyos lo que el Padre le comunicó a El: *Yo les he dado la gloria que tú me diste*: la filiación divina que yo tengo de ti por naturaleza, se la di a ellos por adopción (Ioh. 1, 12); asimismo los bienes y dones celestiales de que tú me has colmado: como ello une al Padre y a Jesús, así debe unir con ellos a los fieles: *Para que sean una misma cosa, como también nosotros somos una misma cosa*.

La naturaleza de esta unidad es como una inhabitación de unos en otros: *Yo en ellos, y tú en mí*: Como Cristo habita en nuestros corazones por la fe (Eph. 3, 17), así el Padre habita en Jesús, por cuanto ambos tienen idéntica naturaleza. De aquí debe brotar una perfectísima unión entre los fieles, a semejanza de la unidad que hay entre el Padre y el Hijo: *Para que sean consumados en la unidad*. De esta unidad brotarán dos bienes: el conocimiento que logrará el mundo de la divina misión de Jesús, que tal maravilla ha producido: *Y que conozca el mundo que tú me has enviado*; y la ponderación del amor de Dios para con los hombres, amor que ha podido unir a los hombres con Dios en forma análoga a la en que están unidos el Padre y el Hijo: *Y que los has amado, como también me amaste a mí*.

PIDE EL DON DE LA FELICIDAD BIENAVENTURADA (v. 24). — Esta unidad reclama en cierta manera la convivencia, en un mismo lugar, de los que participan de una misma naturaleza: esto pide Jesús, y ello importa como consecuencia la felicidad bienaventurada de los que con él estén en el mismo lugar, el cielo: *Padre*, dice Jesús apelando a este título para moverle más: *quiero*, porque tengo derecho a ello después que por ellos me he inmolado (v. 19), *que aquellos que tú me diste*, todos los creyentes, como antes los Apóstoles (cf. vv. 6.11-12), *estén conmigo*, en el cielo, *en donde yo estoy*: habla aquí Jesús por anticipación, como en varios lugares de esta oración. El fin principal de esta convivencia será *para que vean mi gloria, que tú me diste*, la gloria de mi humanidad, que merecí con mis trabajos, y la de mi divinidad, que me corresponde como Hijo tuyo natural que soy desde la eternidad: *porque me has amado antes del establecimiento del mundo*, y con este amor me has engendrado semejante a ti, en naturaleza y en gloria.

CONCLUSIÓN (25.26). — Termina Jesús apelando a la justicia del Padre, ya que se trata de lo que para los suyos puede Jesús exigir por título de justicia, y porque le conjura a que juzgue entre el mundo y los que le han seguido a El. *Padre justo, el mundo no te ha conocido*, y ello por culpa suya, no haciéndote la debida justicia; pero El y los suyos sí que le han conocido, y por ello deben ser juzgados distintamente del mundo: *Mas yo te he conocido: y éstos han conocido que tú me enviaste*.

Para mover más al Padre a que le conceda lo que en su pontifical oración le ha pedido, Jesús le expone lo que ha hecho y lo que está dispuesto a hacer por su gloria y en favor de los hombres:

Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, en las posteriores revelaciones después de la resurrección y enviándoles el Espíritu Santo. De este modo el amor del Padre al Hijo se extenderá hasta los que creyeren en el Hijo: *Para que el amor con que me has amado, esté en ellos*. El mismo Jesús, que ya está en ellos, lo estará en forma más perfecta después de las nuevas revelaciones: *Y yo en ellos*. Así Jesús es el mediador, el lazo de unión entre Dios y los hombres, y el centro y motor de las relaciones de éstos con Dios.

Lecciones morales. — a) v. 20. — *Ruego... por los que han de creer en mí...* — Como un gran patriarca, más que todos los patriarcas, ve Jesús a la hora de su muerte la generación espiritual de millones de creyentes hechos hijos suyos no por la voluntad de la carne o de la sangre, sino por la palabra de Dios, de la que serán heraldos sus Apóstoles allí presentes; y ruega fervidamente por todos. Es la oración por todos los redimidos por su sangre. Es oración de Rey, de Padre, de Redentor, que pide a Dios por sus súbditos, por sus hijos, por sus conquistados. Entre ellos estábamos nosotros en la mente de Jesús. Nosotros, que creemos en la palabra de la fe que recibimos; nosotros, que tal vez somos depositarios de la palabra de la fe por la que otros deben creer.

b) v. 21. — *Para que todos sean una cosa...* — Por donde empezó el admirable sermón de la cena, por allí termina, dice el Crisóstomo. «Os doy un nuevo mandamiento, decía Jesús al comenzar, que os améis unos a otros»; y ahora expresa el objetivo de su plegaria: «Para que todos sean una cosa.» Todo concuerda admirablemente en la revelación de Jesús, lo mismo que en su historia: vino para darnos la misma salud a todos, la misma fe y la misma gracia; para darnos un mismo cielo y un mismo Padre que en él está; murió por todos; nos amó a todos; todo converge a hacernos una cosa. Esta oración suprema de Jesús no es más que la concreción de todos sus anhelos.

c) v. 21. — *Así como tú, Padre, en mí, y yo en ti...* — Hay que fijar la atención, dice San Agustín, que no dice Jesús: Que todos seamos una cosa, sino: Que todos sean una cosa en nosotros. Porque de tal manera está el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, que son una sola cosa, porque son una misma naturaleza; pero nosotros no podemos ser con ellos una sola cosa, porque no es la misma que la suya nuestra naturaleza. Mas podemos ser una cosa en ellos, y ellos en nosotros, en cuanto ellos están en nosotros como está Dios en su templo; y nosotros en ellos, como está la criatura en su Creador. No es, pues, la naturaleza, sino la caridad, la que da esta unidad que pide Jesús.

d) v. 23. — *Yo en ellos, y tú en mí...* — Así se realiza esta maravillosa unidad de la Iglesia, que no tiene igual en ninguna otra concepción de cualquiera de las utopías inventadas por los hombres. Dios es Cristo, porque Cristo es Dios; Dios es Cristo-Hombre, porque como tal, dice el Apóstol, está lleno de Dios, porque está absolutamente lleno de la gracia de Dios, como Cabeza que es de

la sociedad de los redimidos. Y Cristo en nosotros y nosotros en Cristo, porque estamos injertados en El (Rom. 11, 17); porque participamos de su plenitud (Ioh. 1, 16); porque vivimos de El y con El (Rom. 6, 11): porque formamos este cuerpo místico maravillosamente descrito por el Apóstol (Eph. 4, 16); porque somos como el complemento de Cristo y una cosa con El (Rom. 12, 5). Así Cristo resulta como el centro del mundo; como el anillo que junta los cielos y la tierra; como el Pontífice («Pontífice» se dice de «puente»), que junta a Dios y a los hombres. ¡Qué consuelo y qué concepto de nuestra dignidad de cristianos debemos concebir ante esta maravilla de la unidad sobrenatural de los hombres con Cristo y con Dios! (1 Ioh. 1, 3).

E) v. 24. — *Padre, quiero que... estén conmigo en donde yo estoy...* — No dice simplemente «donde yo estoy», dice San Agustín, sino «conmigo»: porque, como nadie encontrará un lugar donde no esté, hasta los infelices pueden estar, y están, donde él está. Como un ciego puede estar donde está la luz, pero no estará con la luz, porque no podrá tener participación de ella, por falta de órgano. Así, ni los ciegos por infidelidad, ni los creyentes que no pasen de la fe y no lleguen a la caridad, podrán estar con él y verlo cara a cara. Estemos «con» Jesús por la gracia en esta vida, para que merezcamos se cumpla en nosotros el ardiente deseo de Jesús de tenernos en su compañía en la otra vida.

F) v. 24. — *Para que vean mi gloria...* — ¡Qué gloria la de Jesús, y qué dicha la de aquellos que puedan contemplarla! Gloria igual a la del Padre, es decir, gloria de Dios, gloria infinita en su esencia, como Dios mismo. Y, en cuanto hombre, una gloria que superará a la de todos los ángeles y bienaventurados, porque más grande que todos ellos es en méritos y en la predilección de Dios, que le ha querido glorificar en tal forma que los cielos, la tierra y los abismos se postren ante él.

PERIODO SEGUNDO

DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES

202. — CAMINO DE GETSEMANI: PREDICCIÓN DEL ESCANDALO DE LOS DISCÍPULOS Y DE LAS NEGACIONES DE PEDRO.
INMINENCIA DE LA PASIÓN: Mt. 26, 30-35; Lc. 22, 35-38
(Mc. 14, 27-31; Lc. 22, 39; Joh. 18, 1 a)

Léense estos fragmentos en el «Passio», en los días respectivos

^{M 30} Y dicho el himno, ¹ *después de haber hablado todas estas cosas, Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos, ¹ al otro lado del torrente Cedrón, ¹ según costumbre.* ³¹ Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo por mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. ³² Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a la Galilea. ³³ Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré. ³⁴ Jesús le dijo: En verdad te digo, que ^{MC} *tú hoy, esta noche, antes que cante ^{MC} dos veces el gallo, me negarás tres veces.* ³⁵ Pedro, ^{MC} *insistiendo con porfía, le dijo ^{MC} más: Aunque sea menester morir yo ^{MC} juntamente contigo, no te negaré.* Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo.

^{L 34b} Y les dijo: ³⁵ Cuando os envíe sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa? ³⁶ Y ellos respondieron: Nada. Luego les dijo: Pues ahora, quien tiene bolsa, tómela: y también alforja: y el que no la tiene, venda su túnica, y compre espada. ³⁷ Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aún esto que está escrito: Y fue contado entre los inicuos. Porque las cosas que a mí se refieren, tocan a su fin. ³⁸ Mas ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas. Y él les dijo: Basta.

Explicación. — Acabado el maravilloso discurso, cuya parte final pronunció Jesús probablemente en pie, levantados ya de la mesa, salió el Señor con sus discípulos del Cenáculo, dirigiéndose al huerto de Getsemaní. Suponemos los dos hechos que agrupamos bajo el anterior epígrafe, ocurridos durante el camino, quizás ya fuera de la ciudad; no es creíble que las confidencias que ellos suponen

las tuviese Jesús en medio de la agitación de las multitudes en fiesta.

PREDICCIÓN DEL ESCÁNDALO DE LOS DISCÍPULOS Y DE LAS NEGACIONES DE PEDRO (Mt. 26, 30-35).—Según prescripción rabínica, durante la cena pascual debían rezarse o cantarse los Salmos 112-117, llamados «Hallel», o alabanza: de ellos los 112 y 113, antes de acomodarse en la mesa; los otros, al terminar la comida, cuando bebían la cuarta y última copa con la bendición correspondiente, que por ello se llamaba la «bendición del cántico». A esta costumbre se refiere Mateo cuando dice: *Y dicho el himno...* Despréndese de Juan que el sentidísimo sermón lo tuvo Jesús entero en el Cenáculo. Acabada la oración sacerdotal y dadas gracias a Dios, salió la comitiva, atravesando las estrechas callejuelas de la ciudad, en bullicio de gran fiesta, bajaron la rápida pendiente que va del Cenáculo al torrente Cedrón, que no trae aguas más que en invierno y que se salva hoy con un pequeño puente de un arco, atravesaron el barranco y antes o después de lo narrado en este episodio, y, según solían, pasaron al Monte de los Olivos al oriente separado de la ciudad por el Cedrón: *Después de haber hablado todas estas cosas, Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos, al otro lado del torrente Cedrón, según costumbre.*

Entonces Jesús, penetrando en el secreto de los tiempos futuros, les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo por mí esta noche. Es una primera profecía relativa a todos los Apóstoles: cuando vean que el Maestro es hecho prisionero, y atado y llevado a los tribunales, y hecho objeto de irrisión, titubearán en su fe y caerán en el temor y cobardía. Pero ello estaba ya previsto en los arcanos secretos de Dios: *Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño:* la profecía es de Zacarías (13, 7); el Pastor es el Mesías, como se desprende de los capítulos 11 y 12 (v. 10) del mismo profeta: Jesús, pues, se declara aquí Cristo de Dios.

La predicción es descorazonadora para los Apóstoles: el buen Maestro no quiere dejarlos bajo la acción depresiva de la triste profecía, y les promete su vuelta, de la que recibirán gran consuelo: *Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a la Galilea.* La Galilea es la patria de todos ellos: volver a la patria y en compañía de Jesús es para levantar los ánimos abatidos de los Apóstoles. Cumplióse la predicción, no siendo óbice el que antes les apareciese en la misma Judea, donde quedaron aquellos días los discípulos por amor al Maestro.

Pedro se deja llevar en este momento de su natural impetuoso, y, sin atender a la fe que debía a las palabras del Señor, ni medir sus propias fuerzas, protesta, por segunda vez en nuestra hipótesis, de su fidelidad y constancia, aunque sucumban los demás al miedo: *Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré.* Fue aquí Pedro sincero: pero se engañó al desconocerse a sí mismo. A la jactancia del primer apóstol responde Jesús con una segunda profecía: *Jesús le dijo: En verdad te digo, que tú hoy, esta noche, antes que cante dos veces el gallo, me negarás tres veces.* Pedro se aferra temerariamente a su juicio: *Pedro, insistiendo con porfía, le dijo más: Aunque sea menester morir yo juntamente contigo, no te negaré.* También los demás se sienten valientes, como Pedro: *Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo:* Jesús, con gran tolerancia, aun sabiendo y habiendo predicho su defección, no reitera su profecía: en breve cuidará el tiempo de desmentirles y dar la razón a Jesús.

INMINENCIA DE LA PASIÓN (Lc. 34b-38).— Este pasaje es característico de San Lucas, y en él se pone de relieve la diferencia entre los tiempos pasados y los que se avecinan para los Apóstoles. Hasta ahora todo ha sido para ellos bienandanzas en sus ministerios; pero deben prepararse para los días de tribulación: como El entra ahora en el mar amargo de su pasión, así les ocurrirá a ellos. Ante todo evoca Jesús en su memoria, por una mirada retrospectiva, los pasados tiempos de sus correrías apostólicas: *Y les dijo: Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?* (Cf. Lc. 9, 3; 10, 4; Mt. 10, 10, etc.). *Y ellos respondieron: Nada.* En efecto, habían sido recibidos por los pueblos en forma benévola, recibiendo de ellos todo lo necesario para la vida; débiles y primerizos como eran en el ministerio, Jesús había allanado las dificultades a él inherentes.

Pero en adelante se trocará su suerte, lo que expone Jesús contraponiendo la bienandanza antigua a los futuros sufrimientos y persecuciones: *Luego les dijo: Pues ahora, quien tiene bolsa, tómela: y también alforja:* ya no tendrán los antiguos bienhechores; ellos mismos deberán cuidar de sí. *Y el que no la tiene, la bolsa o la alforja, para venderlas y hacerse con una espada, tan urgentes y graves serán las persecuciones, que venda su túnica, la vestidura exterior, y compre espada.* Habla aquí Jesús alegóricamente: no es que los Apóstoles deban defenderse de sus adversarios a guisa de soldados, hiriendo a quien hiere, sino que será tan violenta la persecución que amenaza, que humanamente hablando se harían nece-

sarios todos aquellos bélicos preparativos. Todo ello estaba también profetizado: *Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aún esto que está escrito: Y fue contado entre los inicuos* (Is. 53, 12): discípulos suyos como son, los Apóstoles serán también tenidos como malhechores; por ello deben prevenirse para sufrir persecución de sus adversarios. Y termina Jesús sentenciosamente: *Porque las cosas que a mí se refieren, tocan a su fin*: está ya para morir; por ello van a cambiar pronto los tiempos para sus discípulos.

Estos no interpretaron el pensamiento del Maestro; creyeron que se trataba de espadas materiales, y le mostraron dos de ellas, tal vez traídas de la Galilea para defenderse de los peligros que en Jerusalén les aguardaban, según varias veces les había dicho Jesús; o quizás eran unos cuchillos grandes, de los que se usaban para la inmolación y descuartización del cordero: *Mas ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas*. Jesús, viendo que sus discípulos no le han comprendido, termina bruscamente la conversación: *Y él les dijo: Basta*. No que basten las dos espadas; sino: basta de este asunto. Cuando le vean dentro de breves horas en manos de sus enemigos, comprenderán el alcance de las palabras del Maestro.

Lecciones morales.—A) v. 30.—*Y dicho el himno... salieron hacia el Monte de los Olivos...*—En el hecho de que Jesús diese gracias al Padre después de la cena, funda el Crisóstomo esta exhortación: Oiganlo aquellos que, semejantes a groseros animales, sentados ante la mesa material, comen abundantemente y se levantan bebidos, cuando debieran dar gracias y proferir himnos. Oídlo cuantos no esperáis en los divinos oficios la última oración, símbolo de aquella acción de gracias. Dio gracias al Señor antes de dar su cuerpo a sus discípulos, para que también nosotros las demos; dio gracias y dijo el himno, después de habérselas dado, para que también nosotros así obremos.

B) v. 33.—*Yo nunca me escandalizaré.*—Gran lección hemos de tomar de la caída de Pedro, dice el Crisóstomo: y es, que no basta el fervor si no hay la gracia de arriba que sostenga. Permitió la divina Providencia que cayera Pedro, por justo juicio, por cuanto, presumiendo excesivamente de sí, se levantó sobre los demás; pero también para lograr un gran bien, a saber, para que aprendiera Pedro, y en él nosotros, cuánta temeridad encierra el confiar en nosotros mismos, y cuán necesario es implorar el auxilio de Dios, sin cuya gracia no podemos perseverar ni un momento. Además, quien estaba destinado a ser sobre los demás, debía ser probado con mayor humillación, para que aprendiera a compadecer a los súbditos y condescender con su debilidad.

C) Lc. v. 35.—*¿Por ventura os faltó alguna cosa?*—Hace el Señor con nosotros como quien enseña a otro a nadar, dice el Crisóstomo. En los comienzos, pone las manos bajo su cuerpo y deja que el otro mueva las suyas, en plena seguridad de que no se hun-

dirá, porque él le sostiene. Pero luego, cuando ha de empezar a valerse por sí el que aprende, le deja sin apoyo unos momentos a fin de que se sostenga por sus propias fuerzas. Tal el Señor con nosotros: nos colma de bienestar y seguridad cuando somos débiles en sus caminos; pero luego sustrae su apoyo para que boguemos solos y aprendamos a sostenernos en medio de las agitadas olas de la contradicción y del trabajo.

b) v. 36. — *Venda su túnica, y compre espada.* — ¿Cómo podía referirse a la compra de una espada material para defenderse, repeliendo la fuerza con la fuerza, quien había aconsejado en otra ocasión ofrecer la mejilla derecha a quien le hiriese en la izquierda, y dar la capa al que nos quitara la túnica? Trátase, pues, aquí de las armas de la espiritual milicia con que debemos prepararnos para ganar las batallas del Señor. Espada es la fortaleza con que resistimos a las tentaciones. Espada, la mortificación interior y exterior con que represamos la fuerza de nuestras pasiones. Espada, el silencio con que matamos la discordia naciente con nuestro hermano. Espada, el celo de la verdad y de al justicia con que, con toda la fuerza, trabajamos para que reinen en nosotros y alrededor de nosotros. Espada es la santa energía con que cortamos y arrojamus de nosotros la mano, el pie, el ojo que nos es escándalo y ruina.

e) v. 37. — *Y fue contado entre los inicuos.* — No sólo fue contado entre los inicuos, sino que fue el representante general de todos ellos. Fue, en frase tremenda del Apóstol, como el pecado vivo y substancial (2 Cor. 5, 21). Y en lugar de todos los inicuos, es decir, de todos los pecadores, cargó con todos los pecados (1. Petr. 2, 24); y porque cargó con todos ellos sufrió sobre sí las consecuencias de la maldición que todos ellos merecieron, siendo Jesucristo el «maldito» de Dios (Gal. 3, 13), logrando con ello nuestra redención y la remisión de todos los pecados que sobre sí tomó (Heb. 9, 28). No añadamos más carga a la carga terrible de Jesús.

f) v. 38. — *He aquí dos espadas.* — ¡Pobre ofrecimiento el de los Apóstoles en estos momentos de peligro para Jesús! Porque, como dice el Crisóstomo, si quería utilizar los humanos auxilios, ni cien espadas le bastaban; si quería prescindir del humano socorro, las dos eran de sobra. Jesús responde: «Basta»; nada quiero saber de violencias, cuando tengo voluntad decidida de padecer y morir; o bien: «Bastan los dos»: uno para demostrar que yo, en medio de mi debilidad, soy dueño de la naturaleza, cuando la oreja que Pedro cortará; el otro, que no dejaré siquiera sacar de la vaina, para que se vea que me entrego totalmente al poder de las tinieblas. Aprendamos de Jesús a utilizar más bien las armas espirituales, que son las de nuestra milicia (2 Cor. 10, 4), no las carnales o materiales, cuando se trate de la defensa de nuestros derechos, salvados los de la justicia y de la bien entendida dignidad.

203. — LA ORACION DE JESUS EN EL HUERTO

Mt. 26, 36-46

(Mc. 14, 32-42; Lc. 22, 39-46; 18, 1)

Sigue la lectura de estos fragmentos en los «Passio» correspondientes

³⁶ Entonces fue Jesús con ellos a una granja llamada Getsemaní, ¹ *donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos*: y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy allí, y hago oración. ² *Orad, para que no caigáis en tentación.* ³⁷ Y tomando consigo a Pedro y a los hijos del Zebedeo, ³⁸ *Santiago y Juan*, empezó a entristecerse y angustiarse, ³⁹ *a atemorizarse y acongojarse.* ⁴⁰ Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; esperad aquí, y velad conmigo.

⁴¹ ¹ *Y él se separó de ellos*, y habiéndose adelantado un poco, ² *como un tiro de piedra, rendido de hinojos*, se postró sobre su rostro ³ *en tierra*, e hizo oración, y dijo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. ⁴ *Abba, Padre, todo te es posible.* ⁵ *Si quieres, haz que pase de mí este cáliz*, mas no como quiero, sino como tú. ⁶ *No se haga mi voluntad, sino la tuya.* ⁴² Y vino a sus discípulos, y los halló dormidos ⁷ *por la tristeza*. Y dijo a Pedro: ⁸ *Simón, ¿duermes? ¿Así no habéis podido velar una hora conmigo?* ⁹ Velad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne, débil. ¹⁰ Se fue de nuevo segunda vez, y oró, diciendo ¹¹ *las mismas palabras*: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. ¹² Y vino otra vez, y los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados, ¹³ *y no sabían qué responderle.* ¹⁴ Y dejándolos de nuevo, se marchó y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras. ¹⁵ *Y se apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia. Y fue su sudor como gotas de sangre, que corría hasta la tierra.* ¹⁶ Entonces vino, ¹⁷ *por tercera vez*, a sus discípulos, y les dijo: Dormid ya, y reposad. ¹⁸ *Basta*: ved aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores. ¹⁹ Levantaos, vamos: ved que ha llegado el que me entregará.

Explicación.— La agonía del huerto de Getsemaní es uno de los cuatro grandes episodios de la pasión del Señor: la agonía, el proceso eclesiástico ante Anás y Caifás, el proceso civil ante Pilato y Herodes, y la crucifixión. Quiso Jesús, antes de sufrir los tormentos a que le sujetarían sus enemigos, obligarse a sí mismo a soportar voluntariamente esta gran tribulación de su espíritu. En un huerto, dice un autor piadoso, empezó Adán, buscando la dicha, a pecar para acarrearlos la muerte; y en un huerto empieza Cristo a satisfacer por aquellos desgraciados comienzos, sufriendo con-

goja y tristeza hasta la muerte; allí Adán se ensoberbece, queriendo ser semejantes a Dios; aquí se humilla Cristo; Adán se separó de Dios; Cristo empieza a poner remedio a todos los males que aquél nos causó. Narran este episodio los tres sinópticos, que se completan con numerosos detalles peculiares a cada uno. La narración del sudor de sangre y del ángel confortador es peculiar de Lucas. Podemos considerar en la agonía de Jesús una introducción (36-38); la lucha tremenda en el espíritu de Jesús (39-44); y la conclusión del episodio (45-46).

INTRODUCCIÓN (36-38). — *Entonces*, después del episodio que narramos en el número anterior, en que predijo el escándalo de sus discípulos, *fue Jesús con ellos a una granja, una finca, llamada Getsemaní*, situada al pie del monte; Getsemaní significa «prensa de aceite», quizá porque habría allí un molino aceitero. No deja de tener su simbolismo este nombre, tratándose de un lugar en que el Ungido de Dios sufrió la presión de los más terribles dolores morales. Había en la finca o predio una parcela cerrada que parece sería propiedad de algún discípulo del Señor, dada la libertad y frecuencia con que entra en ella: *Donde había un huerto en el cual entró él y sus discípulos*. Existe al pie del Monte de los Olivos todavía el huerto que una tradición, que se remonta hasta el tiempo de Constantino, identifica con el lugar de la oración de Jesús: le rodean altas paredes en cuadro de unos cincuenta metros de lado; hay en su interior ocho vetustos olivos, que creen algunos ser contemporáneos de Jesús, o por lo menos retoños de aquéllos. En tiempo de Jesús sería el huerto más espacioso que hoy. Junto a los viejos olivos levántase hoy una soberbia basílica, de construcción reciente, en cuyo presbiterio se ha dejado al descubierto la tosca piedra en que la tradición ha localizado la oración y agonía de Jesús. Cabe la misma, un jueves por la noche, expusimos este pasaje a un devoto concurso de peregrinos.

Y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí mientras yo voy allí, y hago oración. Orad, para que no caigáis en tentación. Hecha esta recomendación, que sólo Lucas refiere a este momento, se dispuso el Señor a internarse más en el huerto.

Jesús no quiere que todos sus discípulos sean testigos de la agonía que voluntariamente va a padecer; sólo quiere a sus más familiares, que han sido ya testigos de su transfiguración y de la resurrección de la hija de Jairo (Mt. 17, 1-9; Mc. 5, 37), y que por ello le conocen más: *Y tomando consigo a Pedro y a los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse*,

a atemorizarse y acongojarse: hay en estas palabras una gama ascendente de las terribles pasiones depresivas del humano espíritu: tristeza, angustia u opresión por el mal que se avecina, terror por la visión de los tormentos y muerte cercana, congoja que lleva el anonadamiento de las fuerzas del alma y cuerpo. El cambio fue brusco, «empezó», aunque puede ello designar la voluntad con que tomó Jesús el tremendo trabajo. Lo que revelaba la santa faz del Señor —esta lucha interna determinada por la visión de la muerte, de la ira del Padre, de los humanos pecados... lo manifiesta de palabra y en tono familiar a sus Apóstoles predilectos: *Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte*, es decir, tal es mi tristeza, que es capaz de acarrear la muerte. Y como suelen los que sufren de tristeza y miedo, busca apoyo y consuelo en sus familiares: *Esperad aquí, y velad conmigo*: así aprenderán a sufrir y luchar como él.

LUCHA Y TRIUNFO (39-44).—Jesús se retira, ora reiteradamente al Padre, va y viene del lugar donde dejó a sus discípulos, en lo que se revela la profunda agitación y desamparo de su espíritu: *Y él se separó de ellos*, para desahogar su espíritu ante el Padre, a solas; *y habiéndose adelantado un poco, como un tiro de piedra*, bastante lejos para orar solo, bastante cerca para no perder la compañía de sus discípulos en aquella hora terrible, *rendido de hinojos*, primero, *se postró sobre su rostro*, después, extendiendo en tierra su cuerpo, *e hizo oración* en esta actitud humildísima, *y dijo: Padre mío*: es voz de ternura filial, que quiere mover las entrañas del Padre; es voz de dignidad divina, porque nadie puede llamar a Dios Padre mío, en sentido natural, sino Jesús. *Si es posible, pase de mí este cáliz*: esta palabra revela la suma congoja de Jesús: porque El conoce las profecías, el decreto del Padre de redimir al mundo por la muerte del Hijo; el mismo Hijo quiere que se cumplan los vaticinios; aun así, si fuera posible hacerlo en otra forma menos amarga, sin beber el cáliz de tanto dolor, preferiría no se cumpliese todo aquello que de El está dicho y decretado. Y repetía Jesús, en la repugnancia y horror que le inspiraba su muerte: *Abba, Padre, todo te es posible. Si quieres, haz que pase de mí este cáliz*: cambia, si es posible, el orden estatuido para la redención del mundo, como no me vea obligado a lo que me espera.

Pero el espíritu de Jesús reacciona pronto: la debilidad del organismo y de la sensibilidad ha como doblegado su voluntad en sentido contrario a tanta pena; pero con la misma voluntad con que quisiera librarse de aquellos horrores, se somete humildemente

a la voluntad soberana del Padre: *Mas no como yo quiero, sino como tú. No se haga mi voluntad, sino la tuya*: rescinde su oración primera, dictada por la congoja, y formula ésta, dictada por su absoluta sumisión al Padre.

No consta el tiempo que Jesús orase; pero mientras lo hacía, se durmieron los tres discípulos que consigo había llevado. Ni era de extrañar; Pedro y Juan habían llevado el trajín de la preparación de la Pascua (Lc. 22, 8); era ya entrada la noche; la tristeza por los repetidos anuncios de la muerte de Jesús, la producida por el lamentable estado en que acababan de verle, eran causa bastante para que se durmieran: *Y vino a sus discípulos*, para encontrar el alivio de la compañía de su desamparo, *y los halló dormidos por la tristeza. Y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes?*; a él se dirige, porque era el jefe de los demás, y porque más que los otros había hecho protestas reiteradas de fidelidad. Y dirigiéndose luego a todos, añade: *¿Así no habéis podido velar una hora conmigo?* Quienes estaban dispuestos a morir conmigo, ni siquiera pueden permanecer despiertos conmigo en mi tribulación. La reprensión es paternal; a ella añade la lección oportuna y grave: *Velad y orad, para que no caigáis en la tentación*: el sentido de la exhortación es propio y figurado: no durmáis ahora, vigilad siempre, para precaver los peligros, para evitar los halagos del pecado y de los que a él pueden inducir; así no entraréis en la tentación, pues vale más prevenir que remediar, y entrados en ella, no sucumbiréis. Y da la razón: *El espíritu, en verdad, está pronto, más la carne, débil*: óptima es a veces la voluntad: poco ha lo han demostrado ellos, con la espontaneidad de sus ofrecimientos; pero la sensibilidad, las pasiones, tienen sus exigencias, que pueden comprometer los mejores deseos; la oración logrará de Dios las gracias que robustezcan la voluntad y la hagan eficaz.

Después de haber dado Jesús a los suyos el ejemplo de que ni en medio de las mayores angustias debe abandonarse el cuidado de quienes nos están encomendados, vuelve a la oración otra vez, poniendo en práctica el mismo precepto que acaba de inculcarles: *Se fue de nuevo segunda vez, y oró, diciendo las mismas palabras: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad*. En esta segunda fase de su agonía, Jesús no pide ya directamente al Padre que le libre de beber el amargo cáliz; considera irrevocable la voluntad del Padre, y sólo renueva sus sentimientos de sumisión a ella: beberá el cáliz hasta las heces, aun sabiendo que su sacrificio será infructuoso para muchos hombres.

Transcurrido algún tiempo en la oración, dando con ella prueba

de la agitación y desconsuelo de su espíritu, vuelve al lugar donde están sus discípulos: *Y vino otra vez, y los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados*: es el peso que sentimos en los párpados cuando nos invade el sueño, y que invenciblemente obliga a dormirmos. Fue ello vergüenza para los Apóstoles, y *no sabían qué responderle* para excusar su desidia. Con pena mayor por ello, y porque ha sido infructuosa su advertencia de que velasen y orasen, volvió a reiterar su plegaria, con igual sumisión de espíritu, dándonos ejemplo de perseverancia en la oración, hasta hacerla eficaz: *Y dejándolos de nuevo, se marchó y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras*.

Fue en esta tercera fase de su agonía cuando ocurrió el episodio que sólo Lucas refiere: *Y se le apareció un ángel del cielo*: justo era que en este momento gravísimo de su vida fuese auxiliado por ministerio de un ángel, quien había visto su nacimiento anunciado por ángeles, por ellos había sido socorrido en el desierto, por ellos será anunciada su resurrección y, el día de su ascensión, su segundo advenimiento. Los oficios del ángel correspondieron a su necesidad presente: le vigorizó, en el alma y en el cuerpo, ya que todo él había desfallecido, *confortándole*. La lucha de su espíritu, con todo, seguía, hasta llegar a su punto culminante la agonía y la intensidad y persistencia de su plegaria: *Y entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia*.

La duración y acuidad de aquella lucha interna, quizá la misma fuerza de ánimo con que triunfó Jesús de sí mismo en aquellos momentos, determinó en él el fenómeno de exudación de sangre que, empujada por la vehemencia de los latidos del corazón, se abrió paso a través de las túnicas de sus venas y arterias y mezclada con el sudor, apareció en forma de grandes y copiosas gotas en su epidermis: *Y fue su sudor como gotas de sangre*, hasta el punto de correrse por su cuerpo y caer en tierra: *que corría hasta la tierra*. El sudor de sangre no es en sí cosa milagrosa: cítanse numerosos casos de este fenómeno en patología; pero la abundancia del sudor sanguíneo en Cristo y en estos momentos, le dan un carácter extraordinario, que bien podría ser milagroso.

CONCLUSIÓN (45.46). — En la oración sumisa y constante se vigoriza el espíritu; así sucedió en Jesús después de la lucha, logró, humanamente hablando, el pleno dominio de sí mismo. Es por ello que se dirige por tercera vez donde se hallan los Apóstoles; y ya no les reprende, sino que les deja reposar: *Entonces vino por tercera vez, a sus discípulos, y les dijo: Dormid ya, y reposad*. Según la

interpretación de San Agustín, que no admite ironía ni reprensión en estas palabras, Jesús les concedió en realidad a sus discípulos que pudiesen rehacer sus fuerzas para la lucha que se aproximaba. Luego, rehechos ya los Apóstoles, y aproximándose sus enemigos para prenderle, llámóles, diciendo: *Basta. Y dándoles la razón por que deben despertar, añade: Ved aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores.* Son los pecadores por antonomasia, los príncipes de los sacerdotes, que quieren hacer inútil en su pueblo la obra de Jesús. Y al ver entrar a Judas con sus acompañantes en el recinto donde oró, dando gran prueba de su serenidad de ánimo, de la voluntad con que va a dejarse prender, y a guisa de triunfador magnífico de sí mismo y del mundo, añade: *Levantaos, vamos: ved que ha llegado el que me entregará.*

Lecciones morales. — A) v. 36. — *Sentaos aquí, mientras yo voy allí, y hago oración.* — Dice Jesús estas palabras, dice el Crisóstomo, porque le seguían sus discípulos, y tenía él la costumbre de orar sin ellos para que aprendamos a orar nosotros en la quietud y soledad. Pero, dice el Damasceno, siendo la oración «la elevación de la mente a Dios», o «la petición de cosas convenientes a Dios», ¿cómo podía orar el Señor? Porque ni necesitaba su pensamiento remontarse a Dios, unido como estaba siempre con Él, ni necesitaba pedir nada a Dios, porque era una sola persona Dios y Hombre. Pero atendamos que, como cargó nuestras miserias para que, triunfando Él de ellas, nos enseñase la manera de lograr nosotros el triunfo; así ora igualmente, para allanarnos el camino por donde debemos remontarnos a Dios.

E) v. 38. — *Triste está mi alma hasta la muerte...* — Al tomar Cristo nuestra naturaleza, tomó también nuestras pasiones, que son parte de nuestra naturaleza. No hay hombres sin pasiones; y aun podemos añadir que no hay grandes hombres sin grandes pasiones. Porque la pasión, siendo cosa indiferente en el orden moral, puede ser gran auxiliar del bien, como suele serlo del mal. Tomó, pues, el Verbo humano, nuestras pasiones, porque quiso ser en todo igual a nosotros, menos en el pecado. Pero en él las pasiones estuvieron naturalmente y sobre la naturaleza, dice el Damasceno. Naturalmente, porque quiso que sufriera su carne lo que era propio de la carne. Sobre la naturaleza, porque nunca precedieron su voluntad; porque Cristo en nada fue coaccionado por la pasión, sino que todo estuvo sujeto a su voluntad: por su voluntad quiso sufrir hambre, temor, tristeza, etc. Por ello es doblemente de agradecer cuanto hizo Jesús por nosotros, porque cada movimiento pasional obedeció en él a un acto de voluntad y, por lo mismo, a un acto de amor a nosotros.

c) v. 39. — *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz.* — ¡Qué gravedad, y qué dulzura, y qué prudencia rezuma esta breve y sentidísima plegaria de nuestro Señor! Es la oración del Hijo amantí-

simo al Padre también amantísimo, que brota de las profundidades de una humildad que se manifiesta llena de confianza, pero al mismo tiempo impregnada de suma reverencia. Es la oración que dicta el dulce, aunque gravísimo amor, que siente Jesús al Padre y a los hombres sus hermanos: el amor al Padre le hace inclinarse hacia El con toda la fuerza de su rectísima voluntad para sujetarse a su querer; el amor a los hombres le hace inclinarse a los sufrimientos, porque sabe que son la condición puesta por el Padre para la salvación del mundo. Es la oración serena, grave, de quien expone su querer, pero respetando y acatando, con todas sus consecuencias, las decisiones de un querer superior. Oremos como oraba nuestro Maestro: con reverencia, con confianza, con sumisión a la voluntad de Dios.

D) v. 40. — *¿Así no habéis podido velar una hora conmigo?* — Son palabras de amarga decepción. Pudieron los Apóstoles, llevados de un ímpetu irreflexivo, prometerle a Jesús hasta la vida, si El llegaba a hallarse en trance de muerte. Y ahora, cuando han visto la congoja de Jesús, pintada en su rostro la tremenda lucha de su espíritu, cuando El mismo les ha confesado la tribulación en que se halla su alma, no son capaces siquiera de acompañarle y prodigarle palabras de consuelo. Duérmense con la mayor indiferencia a pocos pasos de Jesús que está en agonía. Es una manifestación cruda del egoísmo humano, más atento a la propia conveniencia que a prodigarse en favor de los demás. Estemos en vela con Jesús; oremos con Jesús, para todo aquello por que está en vela y por que ruega Jesús, «que vive siempre rogando por nosotros». En nuestros hermanos acongojados, en la aflicción del pobre, del huérfano, de la viuda, en la enfermedad y tribulación del amigo, veamos en ellos la imagen de Jesús, y acompañémosles en caridad, con nuestras oraciones y con nuestros consuelos.

E) v. 41. — *Velad y orad, para que no caigáis en la tentación.* — Caer en la tentación es ser superado por ella; es sucumbir en el combate con los enemigos del alma, mundo, demonio y carne. No basta no querer sucumbir, porque si el espíritu, es decir, el pensamiento y la voluntad, rechazan en principio la comisión de pecado, pero la carne, la parte inferior de la naturaleza, es débil, y por aquí entra el enemigo en la fortaleza del alma. Por lo mismo, es preciso estar en vela: no sólo no dormir, sino vigilar, estando atentos por donde puede venir el enemigo. Y no sólo vigilar, sino orar, pidiendo el divino socorro, porque es imposible vencer toda tentación, ni una tentación, sin la gracia de Dios: y está en la economía divina de la gracia que la reciba quien la pida.

F) v. 45. — *Dormid ya, y reposad.* — ¿Es ironía esta palabra de Jesús en aquellos momentos, como si dijera: No os canséis de dormir, ya que ni una hora habéis podido velar conmigo? ¿O bien es palabra de concesión: Ahora ya podéis dormir y descansar tranquilos, antes no llegue el momento de las terribles angustias? Ambas interpretaciones contienen una lección de vida cristiana: En la primera se encierra una amarga reprensión del Señor, quien, siendo la misma inocencia y no pudiendo tener pecado, ruega insistentemente por nosotros, tan frágiles, tan pecadores y tan negligentes

en este punto. Y en la segunda nos enseña Jesús a prepararnos con el descanso necesario, con el sosiego del espíritu, con la acumulación de fuerzas, cuando se acerquen las horas de la tribulación o hasta del extraordinario trabajo.

204. — JUDAS Y LA TURBA EN GETSEMANI. PODER DE JESUS
 IOH. 18, 2-3; Mt. 26, 47-50a; IOH. 18, 49
 (Mc. 14, 43-45; Lc. 22, 47.48)

Continuación del «Passio» de los días correspondientes

¹² Y Judas, que lo entregaba, sabía también aquel lugar: porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. ³ Judas, pues, habiendo tomado una cohorte, y los alguaciles de los pontífices, y de los fariseos, vino allí con linternas, y con hachas, y con armas.

^{M 47} Y estando él (Jesús) aún hablando, he aquí que llegó Judas Iscariote, uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas, y con palos, que habían enviado los príncipes de los sacerdotes, ^{MC} y los escribas y los ancianos del pueblo: ¹ *al frente de ellos iba Judas.* ⁴⁸ Y el que lo entregó les dio la señal, diciendo: El que yo besare él mismo es; prendedlo, ^{MC} y *conducidlo con cautela.* ⁴⁹ Y se llegó luego a Jesús, y dijo: Dios te guarde, Maestro: y lo besó. ^{50a} Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué has venido? ¹ *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?*

¹⁴ Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, se adelantó, y les dijo: ¿A quién buscáis? ⁵ Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy. Y Judas, aquel que lo entregaba, estaba también con ellos. ⁶ Luego, pues, les dijo: Yo soy: volvieron atrás, y cayeron en tierra. ⁷ Mas volvió a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. ⁸ Respondió Jesús: Os he dicho que soy yo: pues si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos. ⁹ Para que se cumpliese la palabra que dijo: De los que me diste, a ninguno de ellos perdí.

Explicación. — Los hechos narrados en este número y en el siguiente tuvieron lugar en Getsemaní, inmediatamente después que Jesús había despertado a sus discípulos, y se desarrollarían en menos tiempo del que para contarlos se necesita. Los cuatro Evangelios se ocupan de ello, aunque se completan con los distintos matices y detalles característicos de cada uno. Es peculiar de Juan la narración de la actitud de Jesús que sale al encuentro de sus enemigos, con la manifestación de su poder sobre los mismos.

JUDAS PREPARA EL GOLPE (Ioh. 2.3). — El retiro de Getsemaní, quizá propiedad de alguno de los discípulos del Señor, era por éste frecuentado como lugar de oración, especialmente los días inme-

diatos a su pasión, como se colige de Lc. 21, 37; allí acudía con sus discípulos, después de haber pasado el día enseñando en el Templo. No le fue difícil a Judas ejecutar sobre seguro el plan que había concebido de entregar a los jefes de los judíos al Maestro: *Y Judas, que lo entregaba, que llevaba entre manos el plan de su traición, sabía también aquel lugar: porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos.*

Tenido Jesús por los príncipes de los sacerdotes como sedicioso, y temerosos de que su captura alborote al pueblo, mayormente habiendo aquellos días en Jerusalén muchos galileos, pidieron, seguramente a Pilato, gobernador romano, un escuadrón de soldados que garantizasen el orden, caso de que los secuaces de Jesús promovieran algún tumulto, y se lo dieron a Judas para proteger a los esbirros y alguaciles del Sanedrín en el acto del prendimiento: *Judas, pues, habiendo tomado una cohorte, y los alguaciles de los pontífices y de los fariseos, vino allí con linternas, y con hachas, y con armas.* La cohorte romana estaba formada de seiscientos hombres, acuartelados en la Torre Antonia para conservar el orden en el Templo, y de ella se daría un pelotón a Judas. Aunque en noche de luna llena, aquella caterva tomó las debidas precauciones para asegurar la iluminación del lugar, sombreado por espesos árboles, quizá por la interposición de nubes: linternas, para proteger la luz contra el viento, y hachas o teas, de luz más intensa.

EL BESO DEL TRAIOR (MT. 47-50a).—Acababa de decirles Jesús a sus Apóstoles que despertaran, que se acercaba el traidor (v. 46), cuando irrumpió en aquel recinto, capitaneada por Judas, la turba con los soldados romanos: *Y estando él (Jesús) aún hablando, he aquí que llegó Judas Iscariote, uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas, y con palos, que habían enviado los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y los ancianos del pueblo.* Lo grave del caso, para los enemigos encarnizados de Cristo, hizo que junto con la cohorte y la chusma viniesen a Getsemaní no pocos de los príncipes de los sacerdotes, y de los magistrados del Templo, y de los ancianos del pueblo, todo el elemento oficial (Lc. v. 52): *al frente de ellos iba Judas: de la cumbre del apostolado ha pasado a jefe de los enemigos de Jesús.*

Aunque muchos de los sinedritas y de la turba conocían a Jesús, pero no los soldados de la cohorte; a más, no era fácil distinguir en las sombras del huerto a un hombre sino teniéndole muy conocido por la familiaridad de trato. Por ello da Judas a sus

acompañantes una señal para identificar a Jesús: se les adelantará y le besará, saludándole como de costumbre; así celará su traición a los demás Apóstoles, y señalará a sus camaradas la víctima: *Y el que lo entregó les dio la señal, diciendo: El que yo besare, él mismo es; prendedlo, y conducidlo con cautela*; cogedlo rápidamente, dice el griego, y cuidado que no os escape; conocía Judas el poder y las trazas de Jesús.

Destacóse Judas de la comitiva, y, al llegar al grupo en que estaba el Maestro, *se llegó luego a Jesús, y dijo: Dios te guarde, Maestro: y lo besó*, con reiteración efusiva, significa el griego; con esta prenda de amor, hierre; y con este oficio de caridad, derrama la sangre; y con el instrumento de paz, da la muerte. *Y Jesús, blandamente, le dijo: Amigo, ¿a qué has venido?* Y añade estas gravísimas palabras, en que se revela conocedor de los secretos del corazón del traidor, le recuerda la vieja amistad y familiaridad, y le significa su propia dignidad: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* Todavía el Maestro amantísimo trata de ablandar el corazón empedernido del mal discípulo.

PODER DE JESÚS (IOH. 4-9).—El cuarto Evangelista, supliendo los huecos de las narraciones de los sinópticos, como ha omitido el hecho de la oración, así calla lo del beso de Judas, que supone ya conocido. En cambio, es él solo quien nos refiere el episodio siguiente en que se revela el poder de Jesús en aquellos momentos y por el que demuestra que voluntariamente se entrega a sus enemigos.

Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, todas las torturas y todas las humillaciones que le aguardaban (2, 25; 13, 3), *se adelantó*, destacándose a su vez del grupo de los suyos y acercándose al que había dejado Judas, *y les dijo: ¿A quién buscáis?* Sea por la precipitación de Judas al dar la señal convenida, sea porque muchos de la turba conocieran a Jesús, no habían distinguido a quien habían de prender. Ellos *le respondieron: a Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy*. En este momento está Judas con Jesús, con el que ha venido otra vez a los suyos, después de besarle: *Y Judas, aquel que lo entregaba, estaba también con ellos*.

El breve diálogo lo había sostenido Jesús con los prohombres del Sinedrio; la cohorte romana se halla a retaguardia, atenta sólo a sofocar la revuelta, si se produce; Jesús quiere, en aquellos momentos, dar otra prueba de su poder y de la absoluta libertad con que se entrega a sus enemigos: será al mismo tiempo un nuevo toque de su gracia para aquellos soberbios: *Luego, pues, que les*

dijo: Yo soy: volvieron atrás, y cayeron en tierra, no toda la turba, sino los que se habían adelantado para prender al Señor: Mas, después que se hubieron levantado, volvió a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy: pues si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos. Es creíble que, en el odio contra Cristo, los sinedritas hubiesen decretado también la prisión de los discípulos; Jesús, al tiempo que quiere se cumpla la palabra que había pronunciado (17, 12), les libra quizá de una dolorosa prevaricación: Para que se cumpliese la palabra que dijo: De los que me diste, a ninguno de ellos perdí. Los discípulos, pues, pueden retirarse por la voluntad de Cristo, que se lo consiente a ellos, y no consiente que les dañen sus enemigos.

Lecciones morales.—A) IOH. v. 2.—*Y Judas... sabía también aquel lugar...*—Se retiraba allí Jesús a solas con sus discípulos para enseñarles lo que creía necesario, dice el Crisóstomo, y que los otros no podían oír. Hace esto Jesús en los montes y lugares retirados, buscando siempre los lugares apartados del tumulto, para que el pensamiento de los suyos estuviese libre para oírle. Por esto vino al huerto Judas, porque sabía que Jesús lo frecuentaba: si le hubiese creído en casa y durmiendo, allí hubiese ido con la cohorte a prenderle. Allí, dice San Agustín, el lobo vestido de oveja, y tolerado como las demás ovejas por inescrutables designios del padre de familias, aprendió la manera de dispersar las ovejas en tiempo oportuno, haciendo víctima de sus insidias al pastor. Es la felonía y la crueldad más repugnante que registra la historia.

B) Mt. v. 48.—*El que yo besare, él mismo es; prendedlo...*—Si se pregunta, dice Orígenes, por qué quiso Judas entregar con un beso al Maestro, responden algunos que quiso manifestar aún reverencia al Maestro, no atreviéndose a echarse sobre él. Otros dicen, porque si se hubiese manifestado enemigo declarado, el mismo Judas hubiese sido causa de que el Maestro pudiese evadirse, ya que sabía el traidor que podía hacerlo Jesús. Pero yo creo, sigue Orígenes, que utilizó el beso, porque todos los traidores de la verdad se sirven de él para venderla: todos los herejes dicen a Jesús, como Judas: Dios te salve, Maestro.

C) v. 49.—*Y lo besó.*—Y lo besó con efusión y dándole muchos ósculos. El beso es un acto o gesto natural, por el que el amor se hace en cierta manera sensible y se transfunde y manifiesta al amado. Si el ósculo se da por simple cumplimiento, puede ocultar la indiferencia y ser un signo vano de un amor que no se siente. Pero en el acto de Judas el beso es una falsificación total del hecho por el que se produce: porque revela amor a Jesús, cuando siente hacia él odio mortal; y siendo en lo exterior y como valor social signo de paz y de caridad, lo utiliza el infame para entregarlo a sus enemigos y a la muerte segura. ¿Hemos besado a Jesús alguna vez con beso fingido, recibiendo sacrílegamente en la comunión? Hay entre ésta y el beso de Judas muchos puntos de con-

tacto: porque el sacrílego no ama a Jesús, y hace como quien le ama, dándole públicamente el signo de amor, que es la comunión; y hace cuanto es de su parte para entregarle, por esta misma comunión, a sus enemigos, que son los pecados de que se llena el alma del sacrílego. La comunión sacrílega es el beso falso que da a Jesús el cristiano, porque siendo la comunión signo de caridad, se convierte en espada que divide más aún a Cristo del alma, por cuanto el que comulga indignamente ya comió su propio juicio, es decir, su propia reprobación, que es el apartamiento de Jesús.

d) v. 50. — *Amigo, ¿a qué has venido?* — Jesús es aún amigo de Judas, a pesar de su traición, y si Judas retrocede de su mal camino, todavía hallará al corazón ternísimo de Jesús dispuesto a prodigarle las dulzuras de su amistad. Decimos vulgarmente que dos no riñen cuando uno no quiere: si hay enemistad entre Dios y el hombre, ella siempre proviene del hombre, jamás de Dios, que siempre es nuestro amigo. ¡Qué desgracia la de Judas, de no haberse aprovechado de aquel momento de efusión del corazón de Cristo, cuando tenía su boca pegada a las divinas mejillas, y volver sobre sí, y convertir el beso de traición en ósculo de amor arrepentido! Y ¡qué desgracia la de tantos cristianos, que se empeñan en estar reñidos con Dios, no obstante colmarles Dios con los regalos exquisitos de su amor!

e) IOH. v. 4. — *¿A quién buscáis?* — Le buscaban, y no le veían, a pesar de que muchos de ellos, especialmente Judas, le conocía muy bien. Es que, dicen algunos intérpretes, Jesús se les hizo incognoscible por aberración que produjo en su vista. Es el símbolo de lo que ocurre a muchos que buscan a Jesús con intención perversa: historiadores, críticos, novelistas, escrutadores escépticos de la doctrina de su Evangelio, van en busca de la fisonomía de Jesús con prejuicios, con intenciones aviesas, por puro negocio, como Renán; y no ven a Jesús a pesar de tenerle ante sus ojos con toda la magnificencia de su divina figura. Nosotros mismos, con toda buena voluntad, no vemos bastante a Jesús, teniéndolo ante nuestros ojos, porque nos lo velan los humanos negocios, las pasiones mal dominadas, la falta de atención para mejor conocerle. Pidamos a Jesús que nos conceda buscarle bien y conocerlo bien: es la incoación de la vida eterna (Ioh. 17, 3).

f) v. 8. — *Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos.* — Hasta el último momento da Jesús prueba del amor que tenía a los suyos. Van a abandonarle, pero quiere que se pongan en salvo. Es el divino Pastor, que no sólo da la vida por sus ovejas, sino que, hasta cuando la da, cuida no caigan en manos de lobos rapaces. ¿Tenemos ovejas a nuestro cargo? ¿Las amamos con este amor de benevolencia, por el que las colmamos de bendiciones y cuidados aun en los momentos en que se apartan de nosotros? Cuando corren algún peligro, ¿las amparamos con toda nuestra fuerza, con toda nuestra sombra, como la gallina defiende a sus polluelos del milano?



205. — PRENDIMIENTO DE JESÚS: Mt. 26, 50b-56

Ioh. 18, 12; M6. 14, 51.52

(Mc. 14, 46-50; Lc. 22, 49-53; Ioh. 18, 10.11)

Léense estos versículos en el «Passio» de los días respectivos

^{50b} Llegáronse entonces ^{Mc} *aquéllos*, y echaron mano de Jesús, y le prendieron. ⁵¹ *Y cuando vieron los que estaban con él lo que iba a suceder, que Jesús sería maniatado y llevado prisionero, le dijeron: Señor, ¿herimos con espada? Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús, ¹ Simón Pedro, que llevaba una espada, alargando la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja ¹ derecha. El siervo tenía por nombre Malco. ² Pero Jesús, tomando la palabra, dijo: Dejadlo; no paséis adelante. Y habiendo tocado la oreja de él, le sanó. ⁵² Entonces díjole Jesús ¹ a Pedro: Vuelve tu espada a su lugar, ¹ a la vaina: porque todos los que tomaren espada, a espada morirán. ⁵³ ¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? ¹ El cáliz que mi Padre me dio, ¿no lo tengo de beber? ⁵⁴ Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, que así conviene que se haga?*

⁵⁵ En aquella hora dijo Jesús a las turbas, ¹ *a los que a él habían venido, príncipes de los sacerdotes, magistrados del Templo y ancianos: ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme? Cada día estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis, ¹ ni extendisteis las manos contra mí: pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. ⁵⁶ Mas esto todo fue hecho para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas. Entonces le desampararon todos los discípulos, y huyeron.*

¹² La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús, y lo ataron. ^{Mc} ⁵¹ *Y un mancebo iba en pos de él, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo: y le asieron. ⁵² Mas él, soltando la sábana, se les escapó desnudo.*

Explicación.— En el prendimiento de Jesús, a más de los hechos referidos en el número anterior, ocurrieron los siguientes: la agresión de Pedro a Malco (50b-54); la increpación de Jesús a sus adversarios (55.56); y el prendimiento, con el episodio del joven que seguía a Jesús (Ioh. 18, 12; Mc. 14, 51.52).

AGRESIÓN DE PEDRO AL SIERVO DEL PONTÍFICE (50b-54).— El primer Evangelista, omitiendo lo que refiere Juan sobre la manifestación del poder de Jesús (vv. 4-9), narra brevemente su prendimiento: *Llegáronse entonces aquéllos*, los mismos a quienes una sola palabra de Jesús había derribado, *y echaron mano de Jesús, y le prendieron*. Este atropello sublevó a los discípulos, que, belicosos y exal-

tados por temperamento como buenos galileos, se dispusieron a acometer a aquella turba, seguros de triunfar de ella si lo quería Jesús: *Y cuando vieron los que estaban con él lo que iba a suceder, que Jesús sería maniatado y llevado prisionero, le dijeron: Señor, ¿herimos con espada?:* creerían llegado el momento de realizarse las palabras de Jesús, de que era necesaria la espada (Lc. 22, 36-38). Pero antes que Jesús respondiera, Pedro, precipitado y ardiente como siempre, llevado de imprudente celo, porque bien sabía que Jesús no necesitaba de él para defenderse, aunque excusable por el amor que ello revela al dulce Maestro, sacó su espada, y de un tajo cortó una oreja del servidor del pontífice máximo: *Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús, Simón Pedro, que llevaba una espada, alargando la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja derecha:* erró, sin duda, Pedro el golpe, que iría derecho a la cabeza del siervo, y que éste sabría esquivar. Sólo Juan indica el nombre de Pedro y el de Malco; creen algunos no se consignó en los sinópticos el de Pedro para que no constara, mientras aún vivía, el nombre de quien había resistido a la autoridad, para evitar represalias: *El siervo tenía por nombre Malco.*

Pero Jesús, interviniendo rápidamente, para que los demás Apóstoles que le habían preguntado no siguiesen el ejemplo de Pedro, *tomando la palabra, dijo: Dejadlo; no paséis adelante,* es decir, os prohíbo seguir por este camino de la defensa armada. No se contenta con ello la caridad de Jesús, sino que sana al herido: *Y habiendo tocado la oreja de él, que no se habría desprendido totalmente de la cabeza, le sanó.*

Y dirigiéndose el Señor a Pedro, reprime su inconsiderado ímpetu, al tiempo que da una lección de justicia, y expone la razón de que debe quedar indefenso: *Entonces díjole Jesús a Pedro: Vuelve tu espada a su lugar, a la vaina: porque todos los que tomaren espada, a espada morirán,* esto es: todos los que se arrogan el derecho de matar, siendo los vengadores de sí mismos, los que no tienen el derecho de espada como los magistrados, sino que la toman por su propia autoridad, serán víctimas de la espada: quien a hierro mata, a hierro muere. Y le dice a Pedro delicadamente que no necesita le defienda él ni nadie: en vez de los doce indefensos Apóstoles que están allí, el Padre, a ruego suyo, le enviará del cielo más de doce legiones del ejército angélico: una legión constaba de seis mil hombres; un solo ángel mató otro tiempo a ciento ochenta y cinco mil hombres armados (4 Reg. 19, 35): *¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora*

misimo más de doce legiones de ángeles? Así demuestra Jesús la libertad con que se entrega a sus enemigos. Da aún Jesús otra razón para que se abstengan de defenderle: es la voluntad del Padre, que quiere beba hasta las heces el amargo cáliz de la pasión: *El cáliz que mi Padre me dio, ¿no lo tengo de beber?* Tanto más cuanto que las Escrituras han predicho su pasión, y es preciso que se cumplan, porque son palabra de Dios: *Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, que así conviene que se haga?*

INCREPACIÓN DE JESÚS A SUS ADVERSARIOS (55.56).—Aquietados los discípulos con el resuelto mandamiento de Jesús, apoyado en justísimas razones, se vuelve a la multitud que había venido a prenderle, y, con serenidad y valentía, les echa en cara su proceder cobarde e indigno, más que a nadie a los primates que habían acudido allí con la chusma: *En aquella hora dijo Jesús a las turbas, a los que a él habían venido, príncipes de los sacerdotes, magistrados del Templo y ancianos: ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme?; necio es vuestro obrar, porque podíais hacerlo de día y sin armas: Cada día estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis, ni extendisteis las manos contra mí: pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas*, es decir, ahora se ha dado sobre mí poder a Satanás y a sus ministros, que sois vosotros. Con ello no hacen más que contribuir a la realización de los vaticinios de los profetas, que habían predicho la muerte del Mesías (Ps. 1; Is. 53; Zach. 12, 10; 13, 7), de la que el prendimiento era preludio: *Mas esto todo fue hecho para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas.*

Y con ello se realizó la reciente profecía de Jesús, de que sus discípulos le abandonarían (Mt. 26, 31); invadió el miedo el alma de los Apóstoles cuando vieron en manos de sus enemigos al Pastor, y huyeron como tímidas ovejas: *Entonces le desampararon todos los discípulos, y huyeron.* Pudieron huir porque el Maestro les facultó para ello (Ioh. 18, 8). Aun dejándoles en libertad, no hubiesen pecado, dada la inutilidad de su presencia y hasta de su sacrificio, y principalmente porque el mismo miedo les hizo irresponsables.

EL PRENDIMIENTO. EL JOVEN QUE SEGUÍA A JESÚS (Ioh. 12; Mc. 51.-52).—Judas había encargado a las turbas que cogiesen a Jesús y le llevaran con cautela (Mc. 14, 44): para asegurar la presa, los soldados romanos, con el tribuno o jefe que los mandaba y los sinedritas, procedieron a maniatar a Jesús; sólo Juan dice que el

Señor fue atado en el mismo huerto de Getsemaní: *La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús, y lo ataron.* Gentiles y judíos colaboran en la obra.

Inserta aquí el segundo Evangelista un pequeño episodio que ha intrigado no poco a los intérpretes de todo tiempo: *Y un mancebo iba en pos de él, de Jesús y de las turbas que le llevaban prisionero, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo: y le asieron. Mas él, soltando la sábana, se les escapó desnudo.* ¿Quién era este joven? Demasiado curioso sería, dice Maldonado, si no se ocuparan de ello muchos buenos autores. De ellos, no pocos dicen que era un hijo o criado de los colonos que habitaban en la granja de Getsemaní, que al oír el tumulto de gente abandonaría el lecho y seguiría a las turbas para ver qué era y en qué paraba aquello. No faltan autores modernos que creen que era el mismo Marcos, narrador único del hecho, suponiendo que la finca de Getsemaní era propiedad de su madre. No hay más argumento para afirmarlo que la viveza del relato, que parece delatar la intervención personal del narrador. Este, quienquiera que fuera el joven de esta anécdota, lo insertaría para demostrar el peligro que corrían los que iban en pos de Jesús; tal era el odio de los primates contra el Señor.

Lecciones morales.—a) v. 50.—*Y le prendieron.*—Le prendieron cuando quiso: lo habían querido antes muchas veces sus enemigos, y no pudieron. Ahora, libérrimamente, pasa a ser presa de sus enemigos; Judas se lo ha dado con un beso: ha recibido unos dineros y les ha dado definitivamente a Jesús. Ante ello, exclama Rábano Mauro: ¡Alégrate, cristiano! En este comercio de tus enemigos, tú eres quien venciste: lo que Judas vendió y los judíos compraron, tú lo has adquirido. Este es el comienzo de la muerte de Jesús, porque es el momento en que empieza el poder de las tinieblas contra El: y la muerte de Jesús es el precio de tu rescate y salvación.

b) v. 52.—*Vuelve tu espada a su lugar...*—Esta palabra de Jesús es todo un programa de política, por el que se regirá su Iglesia en los futuros siglos. No es rechazando la fuerza con la fuerza como la Iglesia triunfó de sus enemigos, sino haciendo prevalecer su razón, los derechos que arrancan del supremo derecho de Dios que la fundó, y principalmente la paciencia y la caridad. Así triunfaron los mártires, dejándose atravesar por la espada, no manejándola ellos. Así, en el orden de las conquistas de la fe, no utilizando el aparato bélico, de que muchas veces pudo la Iglesia disponer; sino enviando a pacíficos misioneros, sin más armas que la cruz y el Evangelio, para sojuzgar a las naciones de infieles. Así, levantando recia su voz, llena de razón y de gravedad, han vencido los Pontífices y los Obispos a los intrusos, a los sectarios, a los invasores de los derechos o de los bienes de la Iglesia. Así, hasta en el terreno meramente personal, vencen los discípulos de Cristo; no dejándose

atropellar en sus derechos, pero ofreciendo personalmente la mejilla izquierda a quien haya herido la derecha.

c) v. 53. — *¿No puedo rogar a mi Padre...?* — No quiere el auxilio de los doce Apóstoles quien a una simple petición hecha al Padre dispondría de doce legiones de ángeles, es decir, de setenta y dos mil espíritus, cada uno de ellos más fuerte que otros tantos hombres. ¡Qué grande nos aparece Jesús ante esta simple indicación de su poder! Como Verbo de Dios está en el cielo, adorado por millones de espíritus celestiales que ante El tiemblan; y ahora, como hombre, va a dejarse maniatar por los hombres, a quienes como Dios creó. Bendigamos su inmensa caridad y admiremos su longanimidad sin límites.

d) v. 54. — *Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras...?* — Las divinas Escrituras son como la prehistoria de Jesús. Pero una prehistoria tal, que la historia verdadera del Señor se calcará sobre los trazos de su prefiguración. Es una de las pruebas más elocuentes de la divinidad y de la mesianidad de Jesús. Sólo Dios pudo escribir la historia del futuro. Mesías antes que existiera; y sólo en el Mesías se pudieron concretar los trazos minuciosos y portentosos de la antigua profecía. Nos hubiese Dios engañado si hubiera podido haber en el mundo un hombre en que se realizaran las viejas profecías y no fuera Mesías y Dios, como nos lo presentan ellas.

e) v. 55. — *¿Cómo a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme?* — Jesús buscó en su pasión todo lo más depresivo para la dignidad humana: es abofeteado, escupido, azotado como esclavo, le desnudan, muere en cruz, suplicio de ladrones y homicidas. Así quiere que sea en su prendimiento. Porque la captura de Jesús pudo tener todas las apariencias legales de una vindicación pública de la ley nacional o de los poderes constituidos: Jesús era un gran Doctor, cuya palabra levantaba en vilo a las multitudes; un taumaturgo que había subyugado a aquella nación con la gloria de sus milagros; su vida era más que intachable, santísima. Los que ejercían el poder público, romanos y judíos, aun desde su punto de vista, debieron tratar a Jesús con los honores que se deben a los grandes innovadores, a los hombres grandes, aunque extraviados. No es así: con sables y palos van a buscarle de noche, en la soledad de un huerto extramuros. Es tratado como un ladrón, cuando, con la misma seguridad, pudieron prenderle en el Templo, entre las multitudes. No les hubiese faltado a escribas y fariseos todo el aparato de los ministros de la justicia nacional, ni la garantía de los soldados romanos, si la hubiesen solicitado.

f) v. 56. — *Le desampararon todos los discípulos, y huyeron.* — Cuando le prometía Pedro al Señor fidelidad hasta la muerte, todos los demás discípulos hicieron las mismas protestas: «Aunque sea necesario morir contigo...» A los buenos propósitos ha sustituido la miserable defección; al valor presunto, el miedo y la cobardía con que no contaban; al sentimiento de amor y adhesión al Maestro, la fuga vergonzosa y el desamparo. La causa de ello está en el propio desconocimiento, del que nace la presunción. ¿Cuántas veces nos ha ocurrido la desgracia de los Apóstoles en esta ocasión? Nuestra vida está llena de promesas y de buenos propósitos, pero más

llena está de defecciones y caídas. Nos rectificamos más en el sentido del mal que en el del bien. Pero, dice San Remigio, no debe ser ello causa de desesperación, como tampoco lo fue en los Apóstoles: vino la resurrección y la reforma por la penitencia: y sirvieron entusiastas la causa del Señor. Arrepintámonos, y resucitemos de nuestra debilidad y de nuestras miserias.

206. — EL PROCESO RELIGIOSO DE JESUS
JESUS ANTE ANAS: IOH. 18, 13.14, 19-24

Léase este fragmento en el «Passio» de Viernes Santo

¹³ Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año. ³⁴ Y Caifás era el que había dado el consejo a los judíos: que convenía que muriese un hombre por el pueblo.

¹⁹ El pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos, y sobre su doctrina. ²⁰ Jesús le respondió: Yo m. nifiestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, adonde concurren todos los judíos: y nada he hablado en oculto. ²¹ ¿Qué me preguntas a mí? Preg. nta a aquellos que han oído lo que yo les hablé: bien saben ésto: lo que yo he dicho. ²² Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? ²³ Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres? ²⁴ Y Anás lo envió: tado al pontífice Caifás.

Explicación. — En el decurso de su predicación, Jesús se había presentado ora como Hijo de Dios, igual al Padre, enviado por El y que no hacía sino las obras de El; ora como restaurador del Reino de David, aunque no según la mezquina concepción de sus paisanos; como tal le había saludado la multitud hacía pocos días, al entrar triunfalmente en Jerusalén: «Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor.» Por este doble concepto, que constituía un doble crimen según el criterio de los primates de Jerusalén, por cuanto era un doble atentado a la autoridad religiosa y a la civil, debió Jesús sujetarse al doble proceso, religioso y civil. El primero se celebró en tres sesiones: una ante Anás, ex pontífice, suegro del pontífice titular, Caifás; y dos ante éste y el Sinedrio, una por la noche del jueves al viernes y otra por la mañana de este último día. El juicio civil se tuvo en el pretorio ante Pilato, también en dos sesiones distintas, separadas por el episodio de Herodes, de ninguna trascendencia en el juicio contra Jesús. Este es, rápidamente bosquejado, el camino de Jesús ante

los tribunales que, en forma casi sumarísima, faltando a todos los preceptos del protocolo judicial judío, y hasta de los naturales principios de enjuiciar, tuvo por injustísimo coronamiento la sentencia de muerte contra Jesús. Con estos procesos, narraron los Evangelistas varios hechos de orden secundario, que se verán en este número y siguientes.

ANÁS Y CAIFÁS (13.14).—Ya se ha dicho en otro lugar que en tiempo de Jesús la dignidad pontifical suprema había sido prostituida por la indignidad de sus obtentores y por la veleidad de los Procuradores romanos, a los cuales, como la dignidad real de los Herodes, vino a quedar supeditada. Vitalicia por institución, la dignidad de Sumo Pontífice dejó de serlo por la ambición de los pretendientes y por la injerencia del poder imperial. Anás había logrado el supremo pontificado por obra del procurador Quirino, que había depuesto a su antecesor Joazar. En cambio, dejó de serlo, ya quince años antes de los hechos que referimos, porque a su vez le depuso Valerio Grato. Pero, hombre astuto como era, logró que la dignidad pontifical fuera ejercida por cinco de sus hijos y por su yerno Caifás. Esto le dio gran prestigio entre los suyos, a pesar de que era antipático al pueblo por su avaricia, pues en su tiempo se habían encarecido excesivamente los animales destinados a los sacrificios. No porque fuese legítima su autoridad para juzgar a Jesús, sino por espíritu adulador, quizá para que prejuzgara la cuestión, fue llevado el Señor a su presencia: *Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año.*

Caifás, nombrado como su suegro por Valerio Grato, ejerció el supremo pontificado del año 18 al 36 de Jesucristo. Este largo pontificado en tiempo de tanta inconstancia y revueltas del orden político y religioso en la Palestina, nos da la medida de la bajeza de Caifás, cuyo verdadero nombre era José, que se prestó a todos los juegos de la política imperial. Con todo, fue el órgano de que se valió Dios para proferir el oráculo de que era conveniente que muriera un hombre por la salvación del pueblo, cuando, reunido el Sinedrio a raíz de la resurrección de Lázaro, se dio estado oficial a la cuestión de qué procedía hacer con Jesús (Ioh. 11, 49): *Y Caifás era el que había dado el consejo a los judíos: que convenía que muriese un hombre por el pueblo.*

ANÁS INTERROGA A JESÚS (19-24).—El relato del cuarto Evangelista es, en este punto, bastante claro para persuadir que fue Anás y no Caifás quien sujetó a Cristo a este primer interrogatorio; no

obstante, los intérpretes se dividen casi por mitad, en número e importancia, en orden a resolver cuál de los dos, Anás o Caifás, sometió a Jesús a este primer interrogatorio. La causa de la discrepancia está en que los sinópticos no mencionan a Anás, y en cambio, San Juan dice que fue «el pontífice» quien interrogó a Jesús: y el pontífice aquel año era Caifás. Pero, por la preponderancia de Anás en los negocios religiosos, y porque los que habían sido sumos pontífices conservaban de por vida este nombre, nos inclinamos a creer que fue Anás el que, con carácter extrajudicial y a guisa de inquisidor oficioso, sometió a Jesús al primer interrogatorio. Así lo exige el texto de Juan, que en este punto suple a los sinópticos. Por lo demás, vivían Anás y Caifás probablemente en dos distintas alas de un mismo palacio, separadas por un atrio, lo que facilita la explicación del hecho y la concordancia de los Cuatro Evangelios en la cuestión de la negaciones de Pedro. La primera de ellas es narrada por Juan antes del interrogatorio de Anás (vv. 15-18).

El Evangelista Juan era conocido, familiar, del pontífice Anás (v. 15), ignórase por qué título: por ello pudo entrar tras Jesús en el palacio pontifical; su testimonio es, pues, aquí el de un testigo presencial: *El pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos, y sobre su doctrina:* sobre sus discípulos, porque se había arrogado el derecho de hacer prosélitos, lo que podía convencer a Jesús de sedicioso; sobre su doctrina, por si le hallaba en contradicción con Moisés, y delatarle como blasfemo. Pero el interrogatorio es ilegal, no es Anás, sino el Sinedrio, quien tiene jurisdicción para esta inquisición judicial; por esto Jesús no responde al primer extremo de la pregunta, y sólo indirectamente a lo que se refiere a su doctrina: *Jesús le respondió: Yo manifestamente he hablado al mundo, a cuantos han querido oírme: yo siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, adonde concurren todos los judíos; y nada he hablado en oculto.*

La respuesta de Jesús es noble, y encierra una lección de procedimiento judicial para el poderoso ex pontífice, ante el cual se halla Cristo maniatado: si se trata de una acusación ante el juez, no es al reo, sino testigos idóneos a quienes debe preguntarse: *¿Qué me preguntas a mí?*, sigue Jesús con igual independencia de espíritu: *Pregunta a aquellos que han oído lo que yo les hablé: bien saben éstos lo que yo he dicho:* como si dijera: Yo, reo, ninguna obligación tengo de delatarme.

La serena y oportunísima respuesta no encaja con los bajos sentimientos y con el espíritu adulator de los satélites del pontí-

fice; y uno de ellos, no Malco, que era siervo del pontífice, tal vez de Caifás, sino un alguacil u oficial de justicia, creyó hacerse grato al pontífice injuriando de obra a Jesús: tal sería el concepto en que era el Señor tenido entre el elemento oficial: *Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dio una bofetada a Jesús*, la palabra griega puede interpretarse de una bofetada, como de un varapalo o de un latigazo; *diciendo: ¿Así respondes al pontífice?*

Jesús recibe la injuria, conserva la paciencia y da otra lección de procedimiento: *Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres?* Para aplicarme una sanción debía haber sentencia, y para ésta, debían deponer testigos contra mí; aun en el caso de haber hablado mal, tu proceder es injusto, cuanto más habiendo hablado bien.

Anás ha podido ver, en las dos respuestas de Jesús, la forma ilegal de enjuiciarle; para normalizar el proceso de Jesús no queda más recurso que instituir el juicio ante tribunal competente: éste es el Sinedrio, bajo los auspicios y dirección del sumo pontífice en ejercicio. Ello lo sabe Anás y, aunque gravemente aleccionado por Jesús, se inhibe y lo remite a su yerno, ante el cual, mientras las precedentes diligencias ante Anás, se reuniría precipitadamente el Sinedrio: *Y Anás lo envió atado al pontífice Caifás*. Entretanto, abajo en el atrio, Pedro había negado ya una vez a Jesús (número 208).

Lecciones morales. — A) v. 13. — *Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás...* — No debía haber comparecido Jesús ante Anás, porque no siendo pontífice no le correspondía conocer de la causa del Señor. Pero era suegro de Caifás, y esta razón de parentesco, y la otra razón más poderosa de que podía Anás dirigir el negocio según las conveniencias del Sinedrio, por la autoridad y la astucia del poderoso ex pontífice, determinaron una falta de procedimiento que se tradujo en violencia y tumulto, dice el Crisóstomo. Para que sepan los gobernantes llevar las cosas por sus cauces legítimos, sin preferencias que pudiesen prejuzgarlas, con daño de la justicia, y sobre todo, sin la injerencia de personas prepotentes, por su influencia moral, por su parentesco, por sus riquezas, por su situación política, que les consienten —por la debilidad de quienes vienen oficialmente encargados del gobierno o de la administración de justicia— torcer las cosas con grave perjuicio de los administrados.

B) v. 20. — *Yo manifiestamente he hablado al mundo...* — Mil veces en la historia de la Iglesia se ha repetido la escena de Anás preguntando a Jesús por sus discípulos y por su doctrina. Así lo hicieron las autoridades a los Apóstoles a raíz de la Ascensión del Señor, según los Hechos apostólicos; así los emperadores y pre-

fectos romanos a los mártires; así los sabios del Areópago de Atenas, y de todos los Areópagos y Academias ante las que ha sido llamada a juicio la doctrina de Cristo; aun hoy, en los frecuentes conflictos con autoridades invasoras del derecho cristiano, se nos exigen con frecuencia las ejecutorias de nuestra doctrina. Y todos los representantes de la doctrina de Jesús han dicho en todo tiempo, como Cristo ante Anás: «Yo manifiestamente he hablado al mundo.» Es que la verdad cristiana ni teme la luz, ni necesita las tinieblas para propagarse y sostenerse. Es la doctrina de Dios, y como tal, está justificada en sí misma. No sólo no teme la luz, sino que la produce, en el pensamiento de quienes se dejan iluminar por ella, y en la historia, con el esplendor del milagro que la confirma y la gloria de la civilización que produce. La doctrina de Cristo ha puesto cátedra en todo rincón del mundo, y no quiere sino entendimientos que se fijen en ella, y que la penetren hasta la médula, y se la asimilen. En ello está no el juicio y condenación de la doctrina, como pretendió Anás, sino la salvación del mundo.

c) v. 21. — *¿Qué me preguntas a mí?* — Jesús apela al testimonio de cuantos le oyeron, cuando le pregunta Anás por su doctrina. Si lo hubiese hecho el pontífice con afán de aprender, Jesús le hubiese con caridad enseñado lo que hubiese podido salvarle; pero es la maldad la que mueve a aquel hombre, con el único objeto de hallar en la doctrina de Cristo un punto vulnerable para condenarle. Nosotros no nos negaremos jamás a enseñar al ignorante en materia religiosa, cuando de buena fe nos pide nuestra doctrina. Pero si alguna vez nos acometiera alguien con la intención aviesa de burlarse de ella, o de nosotros que la profesamos, o con ánimo de molestarnos en lo que más amamos, que es nuestra fe, o quizá con espíritu de contradicción impía o sectaria, mejor que responder al agresor, quizá sea apelar al testimonio de las maravillas en todos los órdenes producidas por nuestra doctrina, en la ciencia, en el culto, en el arte, en el orden social y político. ¿Qué me preguntas a mí, podemos decir, si no hay más que mirar el levantamiento, la sublimación que en todas las cosas ha producido la fe cristiana; si hasta nuestros mismos adversarios deben todo lo que son a esta fe cristiana, porque todo hombre es hijo de la civilización en que se formó?

d) v. 22. — *Uno de los ministros... dio una bofetada a Jesús...* — Una bofetada es la máxima afrenta que se pueda hacer a un hombre: es baldón, es desprecio, es humillación, es injuria gravísima. Dada ante un tribunal, por un alguacil, a un Maestro, a un hombre de la talla de Jesús, cuando no hubiera otra consideración que su bondad indiscutida, sus milagros, su altísima doctrina, su fama, es cosa inaudita. Y no obstante, ¿cuántas bofetadas sigue recibiendo Jesús? Porque este bofetón material es como símbolo de tanta afrenta como se infiere cada día a Jesús, a su nombre, a su historia, a sus milagros, a su doctrina. Nuestros pecados de escándalo son gravísima injuria que hacemos a su cuerpo místico, que es la Iglesia.

e) v. 23. — *Si he hablado mal, da testimonio del mal...* — ¿Qué más verdadero, manso y justo que esta respuesta?, dice San Agus-

tín. Alguien dirá tal vez: ¿Por qué no hizo Jesús lo que en otra ocasión enseñó, de ofrecer la otra mejilla a quien le había herido con el bofetón? Hizo más el Señor: responder mansamente y dar no su mejilla a las bofetadas, sino todo su cuerpo para ser clavado en cruz. Más bien demostró aquí que aquel su precepto, más que en la manifestación o exhibición externa, debe cumplirse con la disposición del corazón: porque puede suceder que uno preste su mejilla teniendo su corazón lleno de ira; mucho mejor es responder la verdad con mansedumbre, y estar dispuestos a sufrir cosas más atroces con ánimo tranquilo.

207. — SIGUE EL PROCESO RELIGIOSO. JESUS ANTE CAIFAS
Mt. 26, 57-68
(Mc. 14, 53-65; Lc. 22, 63-65)

Sigue la lección de los «Passio» de los días respectivos

⁵⁷ Mas los que tenían preso a Jesús, le llevaron a casa de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los escribas y los ancianos, ^{Mc} y todos los sacerdotes. ⁵⁹ Mas los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para entregarlo a la muerte. ⁶⁰ Y no lo hallaron, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. ^{Mc} Porque muchos decían falso testimonio contra él: mas no concordaban sus testimonios. Mas, por último, llegaron dos testigos falsos, ^{Mc} y dieron contra él un falso testimonio. ⁶¹ Y dijeron: Este dijo: Puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres días. ^{Mc} Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano. Y no se concordaba el testimonio de ellos.

⁶² Y levantándose el príncipe de los sacerdotes en medio, le dijo: ¿No respondes nada a lo que éstos deponen contra ti? ⁶³ Y Jesús callaba, ^{Mc} y nada respondió. Y ^{Mc} otra vez el príncipe de los sacerdotes ^{Mc} le preguntó, y le dijo: ^{Mc} ¿Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Bendito? Te conjuro, por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. ⁶⁴ Jesús le dice: Tú lo has dicho: ^{Mc} Yo soy. Y aun os digo que veréis, de aquí a poco, al Hijo del hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.

⁶⁵ Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: ¡Has blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabáis de oír la blasfemia. ⁶⁶ ¿Qué os parece? Y ^{Mc} todos ellos, respondiendo, dijeron: Reo es de muerte.

⁶⁷ Entonces ^{Mc} algunos le escupieron en la cara, y le maltrataron a puñadas, y otros, ^{Mc} los ministros, le dieron bofetadas en el rostro, ¹ Y los que le habían apresado, le escarnecían hiriéndole. Y le vendaban los ojos y le herían en la cara, y le preguntaban, ⁶⁸ diciendo: Adivinanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido? ¹ Y decían otras muchas cosas blasfemando contra él.

Explicación.—DE ANÁS A CAIFÁS (v. 57).—Hacia dos días se había reunido el Sinedrio en casa del sumo pontífice Caifás (cf. Mt. 6, 3), con objeto de resolver en qué forma podrían dolosamente capturar a Jesús y matarle. Logrado su objeto por la villana cooperación de Judas, y mientras Anás, prevenido seguramente por su yerno Caifás, entretenía al Señor con el interrogatorio del número anterior, a altas horas de la noche era convocado y se reunía precipitadamente el Sinedrio bajo la presidencia del pontífice, para dar apariencia legal a la sentencia que contra Jesús se pronunciara, que fatalmente sería de muerte. En verdad, que Jesús estaba ya juzgado por aquel tribunal inicuo: era Caifás, su presidente, quien, actuando de juez y acusador, había ya manifestado crudamente su pensamiento, de que convenía que un hombre muriese por el pueblo; y era el Sinedrio quien había en la misma sesión decretado la muerte del Señor: trataban, pues, solamente los primates de salvar las formas legales, como buenos fariseos: *Mas los que tenían preso a Jesús, lo llevaron a casa de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los escribas y los ancianos y todos los sacerdotes.*

FALSOS TESTIMONIOS CONTRA JESÚS (59-61).—Cosa inaudita de un tribunal, y más siendo el supremo de la nación, del que no cabía apelación, todo el Sinedrio se ocupó en sobornar a gente del pueblo para que dijeran falso testimonio contra Jesús, con el fin de justificar la sentencia de muerte: *Mas los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para entregarlo a la muerte:* es la perversión total de la justicia; no buscan testigos en pro, sino que los compran en contra de Jesús. Pero la vida del Señor es inocentísima; ellos lo saben, y tienen que despreciar con enojo los muchos testigos que comparecen acusando a Jesús, pero llevando sus declaraciones la marca de la mentira: *Y no lo hallaron, aunque se habían presentado muchos falsos testigos,* al reclamo del soborno, o a la presión del poder, quizá de la amenaza: *Porque muchos decían falso testimonio contra él: mas no concordaban sus testimonios,* como suele suceder con testigos amañados. ¡En verdad que la iniquidad se mintió a sí misma! (Ps. 26, 12).

No dicen los Evangelistas qué falsedades dijeron los testigos anteriores contra Jesús. *Mas, por último, llegaron dos testigos falsos, y dieron contra él un falso testimonio,* refiriéndose a una afirmación de Jesús; pero ni en el fondo ni en la forma de la

referencia pudo aquel tribunal hallar materia suficiente para una sentencia de muerte: *Y dijeron: Este dijo: Puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres días*. Marcos da la referencia en esta forma: *Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano*. El fondo de esta afirmación no entraña materia punible, aunque no fue tal la afirmación de Jesús (Ioh. 2, 19): a lo más se le hubiese podido reprender por jactancia; cuanto a la forma, discrepan los mismos testigos que deponían sobre un mismo hecho. Por ello el tribunal no juzga bastante la prueba para un pronunciamiento de muerte; ni el Procurador romano la hubiese admitido como tal: *Y no se concordaba el testimonio de ellos*.

TESTIMONIO QUE DA JESÚS DE SÍ (62-64).—Ante la inanidad de la prueba testifical, que contraviene los designios de la inicua asamblea, Caifás pierde la ecuanimidad de juez y, quizá fingiendo un celo hipócrita por el Templo y el culto de Dios, amenazados por Jesús según los testigos, levántase de su asiento presidencial, y dirigiéndose hacia Jesús, en el plano, le increpa: *Y levantándose el príncipe de los sacerdotes en medio, le dijo: ¿No respondes nada a lo que éstos deponen contra ti?* La forma es ponderativa, y a un tiempo amenazadora: tal vez arranque de Jesús algo que supla la deficiencia de los testigos.

Y Jesús callaba, y nada respondió: era inútil toda respuesta: no era aquello un juicio, sino un violento atropello; la majestad de Jesús se agiganta con este silencio, que dejó desarmados a aquella taifa de hipócritas.

Ante el embarazoso silencio del reo y del tribunal, fracasada por escasa e incongruente una prueba amañada por el tribunal mismo con testigos falsos, Caifás adopta una actitud solemne, verdaderamente pontifical. El es el portavoz de aquella asamblea, a la que corresponde juzgar en juicio inapelable de lo concerniente a la doctrina y al culto: Cristo se ha dicho a sí mismo Hijo de Dios, no con la filiación común de los demás fieles (cf. Sap. 2, 13; 5, 5), sino con filiación natural, especialísima, propia suya, que le hace una cosa con Dios (Ioh. 5, 18; 10, 33): si lo confiesa el reo ante el Sinedrio constituido en tribunal doctrinal, como lo ha dicho en su predicación repetidas veces, será reo de muerte. Es lo que intenta Caifás arrancar de Jesús, por medio de juramento, prestado en el nombre de Dios vivo, omnisciente y vengador de los que en vano invocan su nombre: *Y otra vez el príncipe de los sacerdotes le preguntó, y le dijo: ¿Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*

Bendito? Te conjuro por el Dios vivo, es decir, te exijo con juramento prestado por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Jesús responde en forma clara, indubitada, robustecida con la fuerza del juramento que se le exige, que es en realidad el Hijo de Dios, el Cristo, y *le dice: Tú lo has dicho*: es una fórmula solemne que usaban los judíos para afirmar algo; Marcos da su equivalencia en esta afirmación rotunda: *Yo soy*. El momento debía ser de gran emoción para aquellos hombres que habían seguido paso a paso el ministerio de Cristo, que hacía pocos días había resucitado a Lázaro y había confirmado sus enseñanzas con otros grandes portentos. Llegaría a su máximo el pasmo de la asamblea, cuando Cristo, adoptando también la solemne actitud que delatan sus palabras, añade a su categórica respuesta esta gravísima explicación, toda llena de sentido bíblico y divino: *Y aun os digo que veréis de aquí a poco al Hijo del hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo*. Jesús se hace aquí «el Señor a quien dijo el Señor: Siéntate a mi diestra» (Ps. 109, 1); aquel Hijo del hombre que montado sobre las nubes del cielo se llegaba hasta el Dios eterno (Dan. 7, 13); es decir, Dios omnipotente como el mismo Dios omnipotente. Y ello lo demostrará «de aquí a poco», con la gloria de su resurrección y ascensión, con los milagros de sus discípulos, con la dilatación de su Iglesia, con la ruina del estado judío.

LA SENTENCIA DE MUERTE (65.66).—Esta solemne confesión judicial por la que Jesús se decía Dios y afirmaba su próximo triunfo en el momento en que su causa parecía irremisiblemente perdida, produjo indignación y escándalo en el Sinedrion. Caifás, simulando gran dolor y espanto por la supuesta blasfemia que la respuesta de Jesús encerraba, rasgó sus vestiduras, todas las piezas de la indumentaria, excepto la exterior y la túnica, por la parte anterior y superior del pecho, y como un palmo; era costumbre judía hacerlo en los momentos de suprema exacerbación del dolor: así lo hizo Jacob cuando supo la muerte de Jesé (Gen. 37, 34); así Tamar por el dolor de la injuria recibida (2 Reg. 13, 19; cf. 4 Reg. 18, 37; 19, 1; Is. 37, 1; 1 Mach. 11, 71): *Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras: y, al tiempo de hacerlo, dijo: ¡Ha blasfemado!*

Caifás ha logrado su intento: Jesús, con su confesión, le ha sacado del agobio en que se hallaba; es ya el juez triunfador que tiene prueba sobrada para la condenación; sobran ya los testigos:

por ello se dirige a la asamblea, diciendo: *¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabáis de oír la blasfemia.* Cien veces habían intentado aquellos hombres sorprender a Jesús en flagrante delito; ahora ha caído espontáneamente dentro de las sanciones legales. La blasfemia era en la ley castigada con pena de muerte (Lev. 24, 6): sentado el hecho de la blasfemia de Jesús por el sumo sacerdote, pero sin discutir el valor de la afirmación de Cristo, sin recordar los milagros con que había demostrado su misión divina, los sinedritas pronuncian la sentencia de muerte contra Jesús: *¿Qué os parece? Y todos ellos, respondiendo, dijeron: Reo es de muerte.* Aquellos hombres a quienes las prácticas judías no consentían pronunciar sentencia de muerte por aclamación, ni el mismo día del juicio, acababan de hacer de acusadores y jueces, y abusaban de su prepotencia para condenar a un hombre justo.

EL SINEDRIO ULTRAJA A JESÚS (67.68).—Hasta este momento aquella asamblea ha respetado la persona de Cristo y ha conservado, dentro de su crueldad e hipocresía, el decoro externo. Pero, apenas el reo es declarado blasfemo y digno de muerte, cuando su falsa piedad, vengadora de las injurias hechas a Dios hace se desaten aquellos hombres, jueces y ministros de justicia, en groseros ultrajes contra Jesús: *Entonces algunos le escupieron en la cara:* es la señal máxima de desprecio (Núm. 12, 14; Deut. 25, 9); los judíos no podían escupir mientras se hallaban en el monte donde estaba emplazado el Templo; *Y le maltrataron a puñadas, dándoselas en distintas partes del cuerpo; Y otros, los ministros o alguaciles, le dieron bofetadas en el rostro,* hiriéndoselo con el plano de la mano. *Y los que le habían apresado, le escarnecían hiriéndole:* eran los alguaciles que golpeaban atrocemente al Señor, con beneplácito de los sinedritas. *Y le vendaban los ojos, y le herían en la cara, y le preguntaban, diciendo: Adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?*

Del contexto de Mateo se colige que eran algunos de los mismos jueces quienes no se avergonzaron de escupir y golpear a Jesús, maniatado: vengábanse en esta forma de quien tantas veces les había derrotado ante el pueblo y delatado sus crímenes. Del relato de Lucas se colige que aún se acumularon sobre Jesús otros ultrajes a más de los descritos: *Y decían otras muchas cosas, blasfemando contra él.* Espectáculo indigno de un tribunal supremo, que descendía del alto sitio de la justicia para arrojarse tumultuosamente sobre un justo indefenso.

Lecciones morales.—A) v. 59.—*Buscaban algún falso testimonio contra Jesús...*—Son falsos testimonios, dice Orígenes, los que se profieren a lo menos con alguna apariencia o color de culpa contra el acusado; pero cuando se trató de acusar falsamente a Jesús, ni siquiera apariencias se hallaron de culpa, no obstante los muchos testigos que se presentaron, ganosos de bienquistarse con los jueces. Lo que redundaba en gran alabanza del Señor, quien de tal manera se portó irrepreensiblemente en todas las cosas, que ninguna verosimilitud de mal pudieron en él hallar muchos hombres malos y astutos.

B) v. 60.—*Y no lo hallaron...*—De la chusma del pueblo, en que buscarían aquellos primates los testigos contra Jesús, es más fácil que salgan falsos testimonios que verdaderos: la ignorancia, la vanidad, la conveniencia llevan a los tribunales a los infelices sin conciencia. Y no obstante, a pesar de que llegaron muchos que depusieron contra Jesús, no se halló una sola razón ni un solo hecho que pudiera servir de prueba en juicio. Es la señal más evidente de la santidad de Jesús. Como ante el tribunal de Caifás, ha pasado Jesús por todos los tribunales que se han levantado en la historia para juzgarle: su nombre queda inmaculado siempre. No quedan más que la baba inmunda o el grosero insulto que contra Él se ha lanzado sin más razón que el odio que se le profesa. Discípulos y amadores suyos, debemos sentir santo orgullo de seguir y amar al Señor que de tal manera triunfó siempre de sus adversarios.

C) v. 63.—*Y Jesús callaba...*—Callaba, dice el Crisóstomo, porque era inútil toda respuesta justificativa, que nadie había de oír; por cuanto aquello era una parodia de juicio, y en realidad una acometida de ladrones, en su misma cueva, contra un hombre indefenso. Por aquí, dice Orígenes, debemos aprender a despreciar la voz de los calumniadores y falsos testigos, considerando indignos de respuesta aquellos que dicen falsedades contra nosotros, mayormente cuando más provechoso es callar con libertad y fortaleza que defenderse sin provecho alguno.

D) v. 63.—*Te conjuro por el Dios vivo...*—Jesús, que había callado mientras le acusaban los falsos testigos, hace plenísima confesión de la naturaleza de su persona tan luego el pontífice se lo exige con juramento prestado en nombre de Dios vivo, a pesar de que sabía que su respuesta le había de acarrear la condenación. Y es que los espíritus rectos no temen decir la verdad, cuando es necesario decirla, aun a costa de las comodidades, de la libertad y de la vida misma. Un mártir no es más que un testimonio de la verdad, y la Iglesia cuenta con dieciséis millones de mártires: son dieciséis millones de cristianos, hermanos nuestros, que han puesto una equivalencia entre su sangre y la verdad. Comparemos nuestra conducta para con la verdad, que muchas veces disimulamos, por conveniencia o cobardía, con el ejemplo de Cristo y de sus mártires.

E) v. 65.—*El príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras...* Más le valiera, y era más natural, demostrada la inocencia de Jesús, que hubiese rasgado su corazón por la penitencia, como quiere el profeta (Ioel 2, 13), y no sus vestiduras. Hartas pruebas tenía da-

das Jesús de su mesianidad; y ahora se añade la prueba inconcusa de su inocencia, que debía proclamar el más alto tribunal de la nación. Pero predominó el prejuicio, y venció la hipocresía, en vez de la justicia, que debía reconocer la misión de Jesús. ¡Cuánto debemos temer, al enjuiciar personas y cosas, aunque no sea más que en el fuero de nuestra conciencia o ante un cenáculo de amigos, no llevar ya la cosa prejuzgada, por la natural antipatía, por el interés personal o de partido, por el falso criterio que nos hemos impuesto o nos han impuesto por norma! Y si tenemos una responsabilidad jerárquica o social, ¡cuánto daño podemos acarrear a personas y cosas!

f) v. 66. — *Dijeron: Reo es de muerte.* — Un reo es un convicto de un crimen; y Jesús no ha hecho más que decir lo que era: el Hijo de Dios vivo. Procedía discutir los títulos de Jesús a la filiación divina; pero se le condena por blasfemo por una simple afirmación. Y resulta el mayor error judicial que ha registrado la historia; porque se condena a muerte al que es Hijo vivo de Dios vivo; al que ha dicho de sí mismo que es la vida (Ioh. 14, 6); al que vino para dar la vida y darla con abundancia (Ioh. 10, 10). Pero el gran error fue la salvación del mundo: porque de la muerte del que es la Vida, vino la vida para los que habíamos muerto; y de la sentencia de condenación del que es la Vida de las vidas, resultó la liberación de la muerte eterna de toda la humanidad prevaricadora. Adoremos los justos juicios de Dios, que de tamaños males sabe sacar tan inmensos bienes.

g) v. 67. — *Entonces algunos le escupieron en la cara...* — Leamos esto con frecuencia, dice el Crisóstomo: oigámoslo como conviene, y grabémoslo en nuestros corazones. De esto se ocupa San Pablo muchísimas veces, de la cruz, de los tormentos, de los insultos, de las afrentas, de los dicterios: exhortándonos ora a salir en busca de los oprobios de Cristo; ora a seguir al Señor, que, entre el goce y la cruz, escogió a ésta, despreciando la confusión que le va aneja. Este es nuestro patrimonio de cristianos, porque es el que nos legó Cristo, nuestro Padre.

208. — LAS NEGACIONES DE PEDRO

PRIMERA: Ioh. 18, 15-17; Lc. 22, 54-57
(Mt. 26, 58.69.70; Mc. 14, 66-68)

SEGUNDA: Mt. 26, 71.72; Ioh. 18, 18.25
(Mc. 14, 69.70; Lc. 22, 58)

TERCERA: Lc. 22, 59.62
(Mt. 26, 73-75; Mc. 14, 70-72; Ioh. 18, 26.27)

PRIMERA: ¹⁵ Seguían a Jesús, ^m *de lejos*, Simón Pedro y otro discípulo, ^m *hasta al atrio del príncipe de los sacerdotes*. Y aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesús en el atrio del pontífice. ¹⁶ Mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Y salió el otro

discípulo, que era conocido del pontífice, y lo dijo a la portera: e hizo entrar a Pedro. ¹⁷ Y dijo a Pedro la criada portera: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dice él: No soy. ¹⁸ Y habiendo entrado, se estaba sentado con los ministros, para ver en qué paraba aquello.

¹⁹ Y encendido fuego, ²⁰ abajo, en medio del atrio, ²¹ fuera, y sentándose ellos alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos ²² calentándose. ²³ Una criada, cuando lo vio sentado a la lumbre, lo miró con atención, y dijo: ²⁴ También tú estabas con Jesús Galileo: y éste con él estaba. ²⁵ Mas él lo negó, ²⁶ delante de todos, diciendo: Mujer, no lo conozco, ²⁷ ni sé lo que dices. Y se salió fuera, delante del atrio, y cantó el gallo.

SEGUNDA: ²⁸ Y ²⁹ al poco rato, saliendo él a la puerta, lo vio otra criada, y dijo a los que estaban allí: Este estaba también con Jesús Nazareno. ³⁰ Y viéndole de nuevo la criada, comenzó a decir a los que estaban presentes: Este de ellos es. ³¹ Y negó otra vez con juramento, diciendo: No conozco a tal hombre.

³² Los criados y los ministros estaban en pie a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban. Y Pedro se estaba también en pie, calentándose con ellos. ³³ Y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Negó él y dijo: No soy. ³⁴ Otro, mirándole, le dijo: También tú eres de ellos. Mas Pedro dijo: Oh, hombre, no lo soy.

TERCERA: ³⁵ Y pasada como una hora, afirmaba otro, y decía: En verdad, éste con él estaba: porque es también galileo. ³⁶ Y dijo Pedro: Hombre, no sé lo que dices. ³⁷ Acercáronse los que estaban en pie, y dijeron a Pedro: En verdad, que tú también eres de ellos, porque tu habla te da bien a conocer. Entonces comenzó a hacer imprecaciones, ³⁸ y a maldecirse, y a jurar: Yo no conozco a este hombre de quien habláis. ³⁹ Dícele uno de los criados del pontífice, pariente de aquel a quien había cortado Pedro la oreja: ¿No te vi yo a ti en el huerto con él? Y otra vez negó Pedro. ⁴⁰ Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo ⁴¹ otra vez. ⁴² Y volviéndose el Señor, miró a Pedro. Y Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: Antes que el gallo cante ⁴³ dos veces, me negarás tres veces. ⁴⁴ Y empezó a llorar. ⁴⁵ Y saliendo fuera, lloró amargamente.

Explicación.— Narran el episodio de las negaciones de Pedro los cuatro Evangelistas, con tal abundancia y viveza de detalles y tan propios de cada uno de ellos, que forman un cuadro completo, vivo, dramático, de las lamentables caídas del Príncipe de los Apóstoles. La misma discrepancia de detalles, al par que demuestra la independencia y la verdad de los cuatro relatos, hace que difícilmente puedan encajarse dentro de una perfecta unidad. Lo que no debe perderse de vista al tratar de las negaciones de Pedro, es que ellas fueron más de tres, si se trata de los actos singulares que puso el apóstol, pues fueron seis o siete, según aparece del simple cotejo de los textos del Evangelio: tres veces negó preguntado por las mujeres, dice Cayetano, y cuatro siéndolo por hom-

bres. Las tres negaciones deben, pues, entenderse más bien de las tres distintas ocasiones de aquella noche, separadas por breve intervalo de tiempo, en que negó Pedro reiteradamente al Señor.

PRIMERA NEGACIÓN (Ioh. 18, 15-17; Lc. 22, 54-57).—Tuvo lugar mientras Jesús estaba en casa de Anás. La dispersión de los Apóstoles en el Huerto de Getsemaní había sido total, así que los enviados del Sinedrio se apoderaron de Jesús. Pedro y Juan, con todo, no se resignaron a abandonar al Maestro, y así que la cohorte con la turba de ministros del Sinedrio se pusieron en marcha hacia la ciudad, probablemente por el mismo camino por donde poco ha habían venido al huerto Jesús y sus discípulos, siguieron recelosamente los pasos de Jesús prisionero: *Seguían a Jesús, de lejos, Simón Pedro y otro discípulo*. La tradición y la inmensa mayoría de intérpretes ha visto en este «otro discípulo» a Juan el Evangelista, que, como otras veces, no se llama por su nombre en su Evangelio, por tratarse de un hecho preclaro (cf. 1, 40; 13, 23; 19, 26, etc.); no faltan, sin embargo, quienes por no hallar la razón de la amistad de Juan con el pontífice, creen se trataría de algún discípulo oculto y noble. Ambos discípulos llevan intención de pasar *hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes*.

Y aquel discípulo, nos inclinamos a que era Juan, *era conocido del pontífice*; la libertad con que entra en el palacio del pontífice tras la comitiva que lleva preso a Jesús hace suponer cierta familiaridad con Anás y el conocimiento de ella por los empleados de la casa: *Y entró con Jesús en el atrio del pontífice*: el patio interior de la casa, sobre el que se abrían las ventanas interiores de la misma: Ignórase qué clase de relación pudo haber entre Juan y Anás; han supuesto algunos que, como pescador que era del lago de Galilea, estaba encargado del suministro del pescado a la casa del pontífice.

A Pedro, desconocido de la portera, se le cerró el paso al interior del patio, y quedó en la calle: *Mas Pedro estaba fuera, a la puerta*. Notólo Juan, y utilizó su carácter de conocido de la casa para hablar a la portera en favor de su compañero, que pudo así pasar al patio: *Y salió el otro discípulo que era conocido del pontífice, y lo dijo a la portera: e hizo entrar a Pedro*.

Mientras Juan, lograda ya la introducción de Pedro, se apresuraba a unirse otra vez a la comitiva, que penetraba ya en las habitaciones del palacio pontifical, Pedro se quedaba rezagado y la portera intrigada por la relación que se había manifestado entre Pedro y Juan, a quien conocía como discípulo de Jesús, le pre-

gunta a Pedro si también él es discípulo del Señor: *Y dijo a Pedro la criada portera: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?* Pedro, para evitar dificultades por parte de la portera, y temiendo ser tratado por los alguaciles como lo era Jesús, negó, rápidamente y en redondo: *Dice él: no soy.*

Salva Pedro la distancia que va de la puerta del palacio al atrio, y habiendo entrado, se estaba sentado con los ministros, para ver en qué paraba aquello: el amor, quizá la esperanza de ver otra vez libre al Maestro, le retienen a corta distancia de él. En medio del atrio habían encendido los servidores del pontífice una hoguera para calentarse: suelen las noches de Palestina ser tanto más frías cuanto más caluroso ha sido el día; alrededor de la hoguera se sentaron aquellos hombres; Pedro se les juntó, sentándose con ellos al amor de la lumbre: *Y encendido fuego, abajo, en medio del atrio, fuera, al aire libre, y sentándose ellos en tierra alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos calentándose.* Una criada, probablemente la misma portera, que había seguido a Pedro después de su negativa, fijó en él atentamente los ojos; la conversación de la servidumbre versaba sin duda sobre Jesús; la criada delata a Pedro, ante aquel ruedo de hombres, como seguidor de Jesús: *Cuando lo vio sentado a la lumbre, lo miró con atención y dijo, dirigiéndose a él: También tú estabas con Jesús Nazareno; y volviéndose a los demás dijo: Y éste con él estaba.* Pedro teme; ya no es una mujerzuela sola: son muchos hombres que le interrogan con sus miradas; y niega a Jesús con insistencia: *Mas él lo negó, delante de todos, diciendo: Mujer, no lo conozco, ni sé lo que dices:* Tan lejos estoy de conocer a este hombre de quien me hablas. La interpelación de la criada le ha colocado en situación embarazosa ante la concurrencia, y temiendo delatarse a sí mismo en su ficción, opta por dejar el ruedo y salir del patio, hacia el vestíbulo: *Y se salió fuera, delante del atrio.* Es entonces cuando cantó el gallo por vez primera: *Y cantó el gallo;* pero tan preocupado estaba Pedro, que el canto del ave no le hizo recordar las palabras proféticas del Maestro.

SEGUNDA NEGACIÓN (Mt. 26, 71.72; Ioh. 18, 18.25).—Huyó Pedro de la molesta conversación de los que estaban sentados a la lumbre, temeroso de ser descubierto; pero no le aguardaba mejor suerte en el vestíbulo, adonde se dirigió: *Y al poco rato, saliendo él a la puerta,* que comunicaba el atrio con el vestíbulo, *lo vio otra criada:* la portera había contado a sus compañeras de servicio hallarse allí un discípulo del Maestro prisionero, que no que-

ría confesarse tal; quizás esta otra criada conocía directamente a Pedro, como individuo de la comitiva del Señor, muchas veces con él visto en Jerusalén: *Y dijo a los que estaban allí: Este estaba también con Jesús Nazareno.* La delación, impertinente para Pedro, que se ve por todas partes acosado, es repetida por otra fámula, quizá la misma portera, que otra vez le señala con el dedo a los presentes como seguidor de Jesús: *Y viéndole de nuevo la criada, comenzó a decir a los que estaban presentes: éste de ellos es;* Pedro niega, y a la negación añade lo sagrado del juramento: *Y negó otra vez con juramento, diciendo: No conozco a tal hombre:* tan lejos estoy de ser discípulo suyo.

Vuelve Pedro al atrio, molesto sin duda por la garrulidad de las criadas, y se acerca otra vez al ruedo de los que se calentaban a la lumbre; muchos de ellos están en pie: *Los criados y los ministros estaban en pie a la lumbre, porque hacía frío y se calentaban. Y Pedro se estaba también de pie, calentándose con ellos.* Ahora son los servidores y alguaciles que le preguntan: *Y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Negó él, y dijo: No soy.* Pero uno de los circunstantes ya no pregunta, sino que afirma en absoluto que lo es: *Otro, mirándolo, le dijo: También tú eres de ellos. Mas Pedro, revelando en su respuesta la congoja que le invade, dijo: Oh, hombre, no lo soy.*

TERCERA NEGACIÓN (Lc. 22, 59-62).—Mientras arriba, en las habitaciones del pontífice Caifás, que suponemos habitaba el mismo palacio que Anás, se prolongaba la sesión del Sinedrio a que se refiere el número anterior, en las dependencias de la planta baja seguían los servidores acosando a Pedro, tomando cada vez más cuerpo la creencia de que era uno de los discípulos del Señor: *Y pasada como una hora, afirmaba otro, y decía,* señalando otra vez a Pedro: *En verdad, éste con él estaba: porque es también galileo:* éste añade ya la razón de la igualdad de nacionalidad con el Maestro: *Y dijo Pedro, desviando la insinuación: Hombre, no sé lo que dices.*

La delación de su nacionalidad espanta seguramente a Pedro, y más cuando *acercáronse los que estaban en pie, y dijeron a Pedro: En verdad, que tú también eres de ellos, porque tu habla te da bien a conocer.* Es entonces cuando perdió del todo la serenidad, apelando a todos los medios para hacer prevalecer su negativa: *Entonces comenzó a hacer imprecaciones,* deseándose toda suerte de males si no decía la verdad; *y a maldecirse,* pidiendo a Dios que le hiciese tal o cual si decía mentira; *y a jurar* por las

cosas sagradas, llegando a hablar con menosprecio del Maestro: *Yo no conozco a este hombre de quien habláis*: es decir, que el infeliz apóstol, aterrorizado, apela reiteradamente a todos los medios de persuadir una verdad que sabe es mentira.

Aún se le añade otro motivo de terror, recordándose el hecho reciente de haber cortado una oreja de un siervo del pontífice: *Dícele uno de los criados del pontífice, pariente de aquel a quien había cortado Pedro la oreja: ¿No te vi yo a ti en el huerto con él? Y otra vez negó Pedro.*

La medida de la prevaricación de Pedro se había colmado: no podía ya bajar más en la escala de la infidelidad pública, ya que jamás le faltó la fe en el fondo de su alma. Por otra parte, la profecía de Jesús se había cumplido plenamente: seguiría aún hablando Pedro en el mismo sentido cuando el segundo canto del gallo despertó su conciencia: *Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo otra vez.* De las habitaciones superiores, donde el Sinedrio acababa de condenar a Jesús, era llevado el Maestro a la planta baja, donde se hallaba Pedro con los servidores de la casa: *Y volviéndose el Señor, miró a Pedro: Y con la mirada llevó la gracia del arrepentimiento a su corazón: Y Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces.* El recuerdo de la palabra del Señor inició el llanto en los ojos de Pedro, con que lavó las manchas contraídas con su debilidad y escándalo: *Y empezó a llorar*; y para que la presencia de hombre alguno no cohibiese esta señal de dolor, abandonó la compañía de aquellos impíos y salió de la casa, prorrumpiendo en llanto y grandes sollozos: *Y saliendo fuera, lloró amargamente.*

Lecciones morales. — A) Ioh. v. 17. — *Dice él: No soy.* ¿Qué haces, Pedro?, dice San Agustín. Repentinamente se ha mudado tu voz; tu boca, poco ha llena de amor y de fe, profiere palabras de odio y perfidia. Aún no te ha llegado el turno de los azotes, no ha llegado la hora de los tormentos; quien te pregunta, no es uno de aquellos que por su autoridad puedan infundir miedo a quien confiesa la verdad: es una simple mujer la que te pregunta; quizá ni te denunciaría aunque le confesaras la verdad; ni llega a mujer tu interlocutora, porque es una pobre portera, una vil esclava. Estas consideraciones de San Agustín deben llenarnos de espanto, al ver al príncipe de la Iglesia caer al débil soplo de una pregunta inconveniente de una mujer gárrula: ¿qué podemos esperar nosotros, de nosotros mismos, sino derrotas aún mayores, porque somos más flacos que el Apóstol y son más vehementes las tentaciones a que estamos expuestos?

B) Lc. v. 55. — *Estaba también Pedro en medio de ellos...* — La

anterior caída, ocasionada por la pregunta de una mujerzuela, debía hacer a Pedro más cauto, y no meterse en la compañía de gente libre y desvergonzada, cuyas preguntas menos aún podría resistir. Pedro hizo lo contrario; y así le fue. En lo que se nos enseña a huir de las ocasiones, y más cuando la triste experiencia nos ha revelado crudamente nuestra flaqueza. Entonces es manifiesta temeridad exponerse al peligro de caer, y podemos esperar caer por todo derrumbadero hasta el abismo de toda miseria, como le ocurrió a Pedro en este pecado de infidelidad al Maestro.

c) Mt. v. 72. — *Y negó otra vez con juramento...* — Pondría quizás a Dios como testigo de que no conocía a aquel hombre de quien había antes confesado que era el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y por lo mismo, Dios. Descúbrenos la caída de Pedro la profunda miseria del hombre que, cuando de él se apodera la pasión, llega a perder hasta el concepto del deber, la propia dignidad y todo temor de Dios. Ni hay que excusar a Pedro, como hacen algunos, diciendo que negaba en Cristo al hombre, pero que no le negaba Dios; el texto se rebela contra esta interpretación: negó que le conociera como hombre y como Dios, en absoluto; si así no fuera, no se hubiese realizado la palabra del Señor: «Me negarás tres veces.» Negar a Cristo, para nosotros que le reconocemos nuestro Dios y Redentor, es negar el nombre de cristianos en que debemos gloriarnos, y avergonzarnos de seguirle, aun entre la expectación o entre las burlas de nuestros adversarios.

d) Ioh. v. 18. — *Y Pedro se estaba también en pie, calentándose...* — Mala compañía tenía Pedro: soldados y servidores de palacio, enemigos del Señor, como sus jefes y señores. Pedro no ha orado en Getsemaní; ha dejado la compañía de Juan; está refocilándose junto a la lumbre, con gente baja, que comentaría la prisión de Jesús en la que intervinieron, que tendrían palabras de odio y desprecio contra Jesús. Pedro sucumbe; su voluntad, tan decidida antes, ha quedado anulada por tantos factores del mal como contra ella se han acumulado. ¡Cómo en su interior desolado, después de la caída, resonarían las palabras de Jesús: «Vigila y orad, para que no caigáis en la tentación»!

e) v. 60. b. — *Cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo...* Místicamente, dice San Beda, este gallo es toda voz que resuena en nuestra conciencia, y que nos grita: ¡Despertaos, y no queráis pecar! ¿Quién no ha oído mil veces esta voz estridente, en la medianoche del pecado, que a pesar de nuestra prevaricación nos llama, una, dos, cien veces, para que reconozcamos nuestra miseria y nos volvamos a Dios? Junto con la voz de la conciencia, aparece ante nosotros, como apareció a Pedro, la dulce figura de Jesús, que pasa ante nuestros ojos, ora lleno de amabilidad, llamándonos; ora cargado de oprobios, arguyéndonos con la fuerza terrible de lo que por nosotros sufrió; ora recordándonos promesas solemnes que han quedado incumplidas por nuestra debilidad. Si oímos esta voz, si vemos a Jesús, no seamos sordos, ni duros; sigamos al Señor.

f) v. 62. — *Lloró amargamente.* — Es de fe, dice Suárez, que Pedro, con sus negaciones, pecó gravemente. ¿Por qué permitió el

Señor que cayera Pedro de modo tan miserable? Porque convenía que el supremo Rector de la Iglesia supiese compadecer a los caídos; para que a nadie negara las esperanzas de la penitencia; para que aprendiéramos a temer quienes hemos visto sucumbir al firme sostén de la fe en el mundo. Pero si Pedro pecó, como tantas veces hemos nosotros pecado, hagamos, como él, condigna penitencia de nuestros pecados. El los lloró amargamente, dice el sagrado texto; lloró, dice San Ambrosio, porque erró como hombre; lloró para lavar con lágrimas su crimen; lloró, añade San Cirilo, no porque temiese la pena, sino por la pena de haber ofendido a su Amado, lo que le atormentaba más que cualquier pena. Pensemos que el Señor quiere que se borren nuestras culpas diluyéndolas en el amargo licor de nuestras lágrimas.

209. — SIGUE EL PROCESO RELIGIOSO DE JESUS
SEGUNDA SESION DEL SINEDRIO: Lc. 22, 66-71; 23, 1
(Mt. 27, 1,2; Mc. 15, 1)

Lección de los «Passio» respectivos

⁶⁶ Y ^{Mc} al punto, por la mañana, cuando fue de día, se juntaron los ancianos del pueblo, ^M todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, ^{Mc} y todo el concilio ^M contra Jesús, para entregarlo a la muerte, y lo llevaron a su concilio, y le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. ⁶⁷ Respondióles: Si os lo dijere, no me creeréis. ⁶⁸ Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. ⁶⁹ Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios. ⁷⁰ Dijeron todos: Luego, ¿tú eres el Hijo de Dios? El dijo: Vosotros lo decís, lo soy. ⁷¹ Y ellos dijeron: ¿Qué necesitamos más testimonio? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca, ¹ Y se levantó toda aquella multitud, y, ^{Mc} atando a Jesús, lo llevaron ^M atado a ^M Poncio Pilato, ^M presidente.

Explicación. — En la primera sesión del Sinedrio habida en el palacio de Caifás poco después del arresto de Jesús, se le había condenado por blasfemo; pero prescribían los preceptos talmúdicos que toda sentencia capital fuese nula si se pronunciaba de noche. Por ello los mismos sinedritas acordarían ya en la misma sesión nocturna celebrar otra así que se hiciese día, en la que se ratificara el primer acuerdo, para darle todas las garantías legales. Por otra parte, como la causa de Jesús debía ser conocida también ante el tribunal civil de Pilato, único que podía ratificar y llevar a ejecución la sentencia del Sinedrio, era conveniente que el proceso eclesiástico no pecara por defecto de forma. A estos motivos se debe esta segunda sesión, cuyos detalles sólo refiere San Lucas, aunque los otros dos sinópticos insinúan también que se

tuvo esta sesión (Mt. 27, 1; Mc. 15, 1). Por lo demás, esta segunda asamblea fue brevísima: no se aportaron testigos, y sólo se sometió a Jesús a un sumarísimo interrogatorio.

Y al punto, por la mañana, cuando fue de día, se juntaron los ancianos del pueblo, y todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y todo el concilio contra Jesús, para entregarlo a la muerte, y lo llevaron a su concilio. Jesús había pasado el intervalo entre las dos sesiones en la planta baja del palacio de Caifás, quizás encerrado en alguna de sus dependencias, o víctima de las burlas soeces de los servidores del Sinedrio, que habían empezado ya al terminar la sesión primera.

Y le dijeron: si tú eres el Cristo, dínoslo. Han pasado unas dos o tres horas desde que solemnemente se declaró a Jesús reo de muerte; ha sufrido gravísimas injurias y molestias; quizás ello, y la perspectiva de la muerte próxima, haya obrado un cambio en la psicología del reo: por ello, prescindiendo de todo otro capítulo de acusación, se concretan los sinedritas al punto capital donde creen blasfemo el reo, diciéndose Mesías. Si se afirma en su confesión, se le declarará definitivamente reo de muerte; el mismo Pilato deberá confirmarla, ya que la cualidad de Mesías importa la realeza sobre el pueblo judío.

Jesús responde, primero, con una evasiva que es una condena de los procedimientos del Sinedrio: *Respondióles: Si os lo dijere, no me creeréis*, porque estoy ya prejuzgado por vosotros, y no vais a indagar la verdad, sino a buscar motivo de perderme: *Y también si os preguntare*, como lo he hecho otras veces, estableciendo discusión sobre el valor de mi misión, *no me responderéis*, con ánimo de conocer la verdad, *ni me soltaréis*, porque vuestra resolución de matarme es irrevocable.

Tan certera ha sido la respuesta de Jesús que el Sinedrio queda en silencio. Jesús lo aprovecha para hacer de nuevo, ante aquella asamblea plenaria, la solemne confesión de su mesianidad: *Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios*: cuando vosotros hayáis cumplido vuestros desig-nios contra mí, entonces vendrá la glorificación que me corresponde como Hijo del hombre, es decir, como Mesías.

Tanto como callaron aquellos jueces inicuos a la primera declaración de Jesús, alborotan ahora confusamente y en tropel, simulando escándalo, pero no pudiendo en el fondo contener el gozo de ver a Jesús cogido en sus mismas palabras: *Dijeron todos: Luego ¿tú eres el Hijo de Dios?* Porque Hijo de Dios era el Hijo del hombre, de Daniel (7, 13), y el Señor, que debía poner a sus

enemigos como escabel de sus pies (Ps. 109, 2). Contrasta este desorden del Sinedrio, y lo enfático y despectivo a un tiempo de la pregunta, con la sublime serenidad con que responde Jesús afirmando otra vez su divinidad: *El dijo: Vosotros lo decís, lo soy*, es decir, vosotros decís lo que es verdad, que yo soy el Hijo de Dios.

Ya tenía el magno Tribunal lo que buscaba: no el reconocimiento de la verdad, sino prueba bastante para condenar: *Y ellos dijeron: ¿Qué. necesitamos más testimonios?* Ya no necesitamos testigos de referencia: *Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca*. El juicio estaba terminado; las apariencias legales, cumplidas; el reo, condenado a muerte. Sólo falta la sanción de la autoridad civil, que van a requerir aquellos hombres a toda prisa, que el tiempo urge y mañana es la Pascua: *Y se levantó toda aquella multitud, y, atando a Jesús*, reforzando sus ataduras, pues debía atravesar la ciudad, o quizás atándole de nuevo, después de haberle desatado en el intervalo de las dos asambleas o durante el interrogatorio, *lo llevaron atado a Poncio Pilato, presidente*. Todo el Sinedrio acompañó a Jesús al pretorio, para hacer más impresión al Procurador romano.

Lecciones morales.—A) v. 66.—*Si tú eres el Cristo, dínoslo*. En estas palabras se encierra la hipocresía de los sinédritas, como pueden ser la expresión de un ansia de verdad que sienten todos los espíritus rectos que se hallan en tinieblas. ¡Cuántos le dicen, aún hoy, a Jesús, con befa y escarnio: «Si eres el Cristo, dínoslo»! Vale como decir: Si quieres que te tengamos por Cristo y por enviado de Dios, manifiéstate, con prodigios estupendos que nosotros veamos, en la forma que nosotros te exijamos para creer en ti, porque nuestra razón tiene derecho a todas las razones que puedan garantizar su adhesión a la verdad y no a la impostura. Pero ¡cuántos también, buscando la verdad con lealtad, le dicen a Jesús: «Si eres el Cristo, dínoslo»! Jesús confunde la soberbia de aquéllos, porque no es el hombre quien debe ponerle leyes a la verdad, y les deja en su ceguera. En cambio, ilumina Jesús a todo hombre que se halla en el mundo y le busca de buena fe: Luz esencial como es, no deja de ejercer jamás su función iluminativa sobre las almas. cuando ellas se abren espontáneamente para recibir, como las flores, la luz del cielo.

B) v. 67.—*Si os lo dijere, no me creeréis*.—Muchas veces había dicho Jesús a sus adversarios que era el Hijo de Dios, el Cristo de Dios, y no sólo no le creyeron, sino que tomaron pie de ello para prenderle. Y es que no está en la reiteración de la verdad el secreto de su triunfo sobre las inteligencias, sino en la disposición de éstas y en la gracia de Dios para que penetre en ellas. Las mismas verdades, con la misma claridad y fuerza, se predicán a un mismo pueblo, y en la misma ocasión, y hacen mella en unas almas, y a otras las dejan frías, quizá más hostiles que antes. Es

un tremendo secreto, no de la psicología humana, sino del gobierno divino en el régimen de las almas. No creen los que quieren, sino aquellos a quienes ayuda Dios a creer: y Dios no ayuda a los que tienen prevención contra su verdad, antes les endurece los oídos y les cierra los ojos, para que no oigan ni vean, como dice en frase tremenda el profeta Isaías (6, 10).

c) v. 68. — *Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis.* — No era ya la hora de discutir de doctrinas. Hacía poco que Jesús les había preguntado por qué David llama Señor a su hijo, y no le respondieron (Mt. 22, 43-45). Ni le creyeron cuando les dijo que era Hijo de Dios, ni se prestaron a recibir mayor luz cuando les opuso aquella dificultad. Menos lo harían ahora, cuando lo tenían en su poder. Es hora de ejercer de jueces de iniquidad, no de aprender la doctrina de la verdad. Por lo demás, ya vendrá la sanción de su incredulidad y del crimen que van a perpetrar: este Cristo, a quien van a condenar, les condenará a su vez el día del juicio. Dios deja que los malvados hagan su camino, aprovechando su misma maldad para sus fines. El hombre se agita y Dios le lleva. Dios es paciente porque es eterno.

d) v. 69. — *Desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios.* — Dios hace su camino, paciente, porque es eterno, prescindiendo de las baladronadas de los miseros mortales. Pasó la famosa asamblea que condenó a Jesús; de ella sólo ha quedado el recuerdo de su injusticia; pero Jesús triunfó, y al cabo de poco tiempo el diácono Esteban le veía en su éxtasis sentado a la diestra de la virtud de Dios. Así han pasado todos los enemigos de Jesús. Uno tras otro se han hundido en el olvido de la historia, casi siempre con infamia; y Jesús persevera cada día más glorioso, porque las nuevas derrotas de sus enemigos aumentan el brillo de su aureola divina. Mil veces los hombres miserables han pretendido juzgar a Jesús: otras mil ha resultado Jesús el definitivo juzgador de sus juzgadores.

e) v. 71. — *Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.* — De la boca de Jesús salían aquellas palabras que le hacían exclamar a Pedro: «¿Adónde iremos, si tú tienes palabras de vida eterna?» (Ioh. 6, 69); de la boca de Jesús salían aquellos discursos que hacían decir a las multitudes: «Nunca hombre alguno habló como habla este hombre» (Ioh. 7, 64). Estas mismas palabras de la boca de Jesús —las que encierran mayor verdad, porque son la confesión de su divinidad— no sirven sino para escandalizar a los sinedristas y arrancar de sus corazones la sentencia de muerte contra el Señor. Digámosle a Jesús que nos haga la merced de que sus palabras, todas sus palabras, sean para nosotros vida eterna, porque cada una de ellas es capaz de darla; y que jamás sirvan para nuestro escándalo y condenación.

210. — DESESPERACION Y SUICIDIO DE JUDAS

Mt. 27, 3-10

Corresponde este fragmento al «Passio» del Domingo de Ramos

³ Entonces Judas, que le había entregado, cuando vio que había sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes, y a los ancianos, ⁴ diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Tú verás. ⁵ Y arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró, y fue, y se ahorcó con un lazo.

⁶ Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre. ⁷ Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros. ⁸ Por lo cual fue llamado aquel campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy. ⁹ Entonces se cumplió lo que fue dicho por Jeremías el profeta, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del comprado, según que fue valuado por los hijos de Israel. ¹⁰ Y las dieron por el campo de alfarero, así como me lo ordenó el Señor.

Explicación.— Sólo San Mateo narra el episodio del desastroso fin de Judas; complemento de su narración es lo que se dice en los Hechos (I, 18,19), refiriendo el sermón de Pedro para la elección de un nuevo Apóstol. Es interesantísimo este relato, desde el punto de vista histórico y moral, y porque contiene el cumplimiento de una célebre profecía. En él hay que considerar la conducta de Judas (3-5), y la de los príncipes de los sacerdotes (6-10).

EL PRECIO DE LA SANGRE INOCENTE (3-6).— Como suele ocurrirles a los criminales, Judas no vio la enormidad de su crimen sino cuando lo hubo cometido y tuvo ante sus ojos sus tremendas consecuencias: la razón se serena cuando la pasión, saciada, ha cedido. Creen muchos que siguió el traidor paso a paso las escenas del proceso religioso de Jesús; si así fue, cosa no improbable, porque acompañaría a las turbas que prendieron a Jesús hasta la casa del sumo pontífice, ya pudo allí mismo darse cuenta de que la muerte de Jesús era cuestión de horas. Si no estuvo presente a aquellos actos judiciales, se enteró de la sentencia de muerte cuando vio que el Maestro era tumultuosamente llevado por las calles de la ciudad desde la casa de Caifás al pretorio: *Entonces Judas, que le había entregado, cuando vio que había sido condenado, movido de arre-*

pentimiento...: más que pesar sincero de su crimen fue remordimiento lo que sintió; quizás al pactar la venta creyó que su Maestro, con su poder sobrehumano, se libraría de sus enemigos, como tantas veces. La visión del fin trágico que se acercaba para Jesús, obró un brusco cambio psicológico: los dineros, que tanto apeteció, le son abominación y estorbo; quisiera deshacer el pacto, volviendo los dineros a quienes se los dieron, y aquietando así su alma torturada, quizás logrando la libertad del Señor, confesando su crimen. Para ello se dirige al Templo, donde había pactado la venta; allí se habían dirigido algunos de los príncipes de los sacerdotes, desde el Sinedrio, para las funciones sacerdotales; Judas les entrega el dinero: *Volvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes, y a los ancianos.*

No sólo devuelve Judas el precio de la venta infame, sino que confiesa su crimen y proclama la inocencia de Jesús, *diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente.* La respuesta de los primates es infame: ni vuelven sobre su acuerdo, por cuanto también ellos acaban de entregar la sangre inocente; ni se compadecen de un alma torturada por el remordimiento: *Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Tú verás:* tu pecado no nos interesa; arrostra tú sus consecuencias: es el desprecio que merece quien ha servido de instrumento miserable a los poderosos.

La desdeñosa repulsa de los magnates exacerba la desesperación de Judas, quien, cegado por la obsesión del crimen cometido y por la humillación que sufre, se retira del lugar sagrado, después de haber arrojado el dinero en el Templo, quizás en el mismo «Santo», como suponen muchos intérpretes: *Y arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró.* No se acalla con ello su conciencia, ante la monstruosidad del crimen, que agigantan pasados recuerdos, y el mismo Satanás, que ha tomado posesión de él (Ioh. 13, 27), le llevan, no a Jesús, que podía perdonarle, sino a un paraje solitario donde se ahorcó: *Y fue, y se ahorcó con un lazo.* San Pedro completa lacónicamente la narración del fin trágico de este hombre repugnante (Act. 1, 18): «Y colgándose, reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas»; sea que se rompiera la cuerda o la rama del árbol si en él se colgó, sea que la hinchazón del podrido cuerpo determinara su ruptura. Así se había otro tiempo colgado Aquitófel, traidor como Judas, y su tipo en el Antiguo Testamento (2 Reg. 17, 23).

EL CAMPO DE SANGRE (6-10). — La ley prohibía ofrecer en el Templo el fruto de ilícita ganancia (Deut. 23, 18); por analogía in-

fieren los sacerdotes que tampoco podrán guardar en el tesoro sagrado, el gazofilacio, los siclos inmundos, precio de la venta de un hombre: *Y los principes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre*: así aquellos hombres, al par que confiesan la injusticia cometida, porque si Judas no pudo vender, tampoco ellos podían comprar, déjanse llevar de escrúpulos farisaicos. Bien dijo de ellos Jesús que se tragaban el camello y colaban el mosquito (Mt. 23, 24).

Debían los sacerdotes devolver a sus dueños el dinero ofrendado de procedencia ilegítima: si el dueño no podía ser habido, debíase destinar a la pública utilidad, reparación de caminos y edificios, etc. No habiendo cementerio común, y siendo sin duda frecuentes las defunciones de extranjeros que en gran número acudían a Jerusalén, sobre todo en días de gran fiesta, aplicaron los sacerdotes los treinta siclos, previo acuerdo colectivo, a la compra de un campo de un alfarero, que lo había utilizado para sacar de él la arcilla para la fabricación de sus vasijas: *Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros*. Campo que hoy se señala hacia el sur de Jerusalén, sobre la vertiente meridional del valle «Ge-Hinnom». Quiso la Providencia que se diese a este campo el nombre sirocaldeo de *Hacéldama*, para perpetuar, aun contra la voluntad de los sacerdotes, la memoria del crimen por ellos cometido: *Por lo cual fue llamado campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy*.

La acción de Judas, con la mayor parte de sus detalles, había sido profetizada por Jeremías (18, 2.3; 32, 6-15), y Zacarías (11, 13.14). El Evangelista nota aquí el cumplimiento de la profecía, adjudicándola entera a Jeremías, porque de él es en su mayor parte, y porque este profeta era más conocido que Zacarías; no la cita literalmente, sino en su sentido: *Entonces se cumplió lo que fue dicho por Jeremías el profeta, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del comprado, según que fue valuado por los hijos de Israel. Y las dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor*. Zacarías, destinado a ser pastor de Israel, no pudiendo vencer la obstinación del pueblo, renuncia a su labor, y pide que se le pague el salario debido a su trabajo; no habiéndosele dado más que treinta monedas de plata, las arroja con desdén en el Templo, de donde son recogidas como cosa impura y llevadas al campo del alfarero, como prenda de la inminente venganza divina. A Jeremías, mientras el pueblo se hallaba

próximo a ser transportado esclavo, mandóle Dios comprar un campo, como señal de la próxima dispersión del pueblo y de la misericordia que a su tiempo tendrá con él. El pastor figurado por Zacarías es Jesús, cuya labor es estimada por el Sinedrio en treinta monedas. Dios, despreciado, hizo restituir al Sinedrio la cantidad desembolsada, la que se invirtió en la compra del campo del alfarero, señal de la venganza que dentro de poco tomará Dios de Israel, y de la misericordia que usará con él al fin de los tiempos (Rom. 11, 25-31). San Mateo, al cotejar las profecías con el hecho histórico, las transcribe, al estilo de los parafrastas judíos, en la forma que más se adaptan a este hecho.

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Judas...*, movido de arrepentimiento...—Arrepintióse Judas, y expresó exteriormente su arrepentimiento, confesando su crimen, proclamando la inocencia de Jesús, devolviendo el precio de la venta inicua; y, no obstante, su arrepentimiento no le llevó a la verdadera penitencia, porque no le llevó a Dios, que es quien inspira y del cual arranca toda verdadera penitencia. El grito de Judas es la voz de un corazón torturado por el peso de la desesperación, no la voz dolorida del alma lacerada por el dolor esperanzado que, al apartar los ojos del crimen, los vuelve a Dios. En el arrepentimiento de Judas no hay luz, sino sólo tinieblas, que llevan al suicidio: el verdadero arrepentimiento está siempre iluminado por la luz amorosa de Dios que nos llama a sí, y que enseña al penitente las rutas por donde debe remontarse a las alturas y vivir otra vez la vida de Dios. ¡Que Dios nos libre del negro arrepentimiento del desgraciado Judas, y que, aun en la miseria de nuestro pecado, nos mire e ilumine con la plácida luz de su rostro!

B) v. 4.—*¿Qué nos importa a nosotros?*—¡Oh ceguera y perversidad del pensamiento, oh dureza del corazón!, exclama San Pascasio: cuando hasta el mismo Judas, poseído del demonio, se inclina a la penitencia de su pecado, no quieren estos príncipes de los sacerdotes reconocer que también ellos han obrado el mal, sino que dicen: ¿Qué nos importa?, no haciendo caso del pecado propio ni del ajeno. Es el endurecimiento de la conciencia de aquellos que, estando ya acostumbrados a toda suerte de crímenes, que beben la iniquidad como agua, admiten un momento, para sus conveniencias, la colaboración de otros, quizás no tan endurecidos como ellos. Estos, aun siendo malos, vienen a ser como reses incautas que han venido a parar en las garras de unos monstruos. Huyamos de quienes tienen la iniquidad por ley de su vida.

C) v. 5.—*Y se ahorcó con un lazo.*—Así quedó colgado entre el cielo y la tierra, dice Rábano Mauro, como si del cielo y de la tierra fuera rechazado. Y en verdad que lo fue del cielo: son terribles las palabras de Jesús, con que da a entender la eterna condenación del traidor: «Mejor le hubiese sido a este hombre no haber nacido.» Y lo fue de la tierra, porque quizás no haya memoria de hombre tan execrada como la de este infame. Aquí llevó a Judas

una pasión desordenada: a ser rechazado de la tierra, que es lugar que nos destinó Dios para ganarnos un cielo; y del cielo, que es el fin de nuestra vida y la razón de ser de toda nuestra actividad.

d) v. 6. — *No es lícito meterlas en el tesoro...* — Prescindiendo del espíritu farisaico que guiaba a los primates en este caso, su criterio era justo al rechazar como indignas de Dios unas monedas impuras por el acto moral a que sirvieron y que las contaminó. A Dios no pueden agradarle víctimas manchadas; tampoco las ofrendas que son fruto de pecado. Por aquí es de ver cuán equivocados andan quienes pretenden redimir sus injusticias ofreciendo a Dios parte del precio de estas injusticias. La limosna redime los pecados; pero no la limosna hecha con dinero de pecado. El dinero mal adquirido, por habernos apoderado de él injustamente, por haber defraudado en los contratos, por haber indebidamente explotado a nuestros asalariados, por tráficos inconfesables en perjuicio de la caridad y de la justicia, débese ante todo a la reparación de la injusticia: consubstanciado hasta cierto punto con el pecado que con él se ha cometido, no puede ser grato a Dios, antes es nueva ofensa que se le hace, al querer cubrir nuestros pecados con el nombre de religión.

e) v. 9. — *Precio del comprado, según que fue valuado por los hijos de Israel.* — Los hijos de Israel valoraron a su Dios, y Judas, otro hijo de Israel, lo vendió a quienes por aquel precio lo habían estimado. De Judas dice la Iglesia que fue «pésimo mercader»; ni estimó en su valor inmenso la preciosa margarita que malvendió; ni apagó su sed de oro el villano precio que sacó; y sobre ello perdió el sosiego de su conciencia, se suicidó desastradamente y es maldito de todas las generaciones. Los compradores ni siquiera hallaron quien les recibiera el precio miserable de la compra. Y sobre ello perdieron a su nación. Y unos y otros, vendedor y compradores, quedaron fuera de la redención, que no es más que una «re-compra» de la felicidad perdida, que pudo todo el mundo adquirir por el precio el comprado, cuando fue pesado en la balanza de la Cruz, como canta hermosamente la Liturgia: *Statéra facta corporis...*

211.—EL PROCESO CIVIL: JESUS POR PRIMERA VEZ ANTE PILATOS: IOH. 18, 28-38; Lc. 23, 2-7 (Mt. 27, 11-14; Mc. 15, 2-5; Lc. 23, 3)

Sigue la lección de los «Passio» respectivos

¹²⁸ Llevan, pues, a Jesús desde casa de Caifás al pretorio. Y era por la mañana: y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, y por poder comer la Pascua. ²⁹ Pilatos, pues, salió fuera a ellos, y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? ³⁰ Respondieron, y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. ³¹ Díjoles, pues, Pilatos: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: No nos es lícito

a nosotros matar a alguno. ³² Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, señalando de que muerte había de morir.

¹² Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y vedando dar tributo a César, y diciendo que él es el Cristo rey.

¹³ Volvió, pues, a entrar Pilatos en el pretorio, y llamó a Jesús. ^M Y Jesús compareció ante el Presidente, y le preguntó el Presidente, y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? ³⁴ Respondió Jesús: ¿Dices esto por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí? ³⁵ Respondió Pilatos: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos. ¿Que has hecho? ³⁶ Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos: mas ahora mi reino no es de aquí. ³⁷ Entonces Pilatos le dijo: ¿Luego tú eres rey? ^L ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz. ³⁸ Pilatos le dice: ¿Qué cosa es verdad? Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él delito alguno.

¹⁴ Y dijo Pilatos a los príncipes de los sacerdotes, y al pueblo: Ningún delito hallo en este hombre. ^M Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, ^{MC} en muchas cosas, ^M nada respondió. ^{MC} Y Pilatos le preguntó otra vez, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. ^M ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? ^{MC} Jesús, empero, nada más contestó, ^M ni una palabra, ^{MC} de modo que se maravilló Pilatos ^M en gran manera.

⁵ Mas ellos insistían, diciendo: Tiene alborotado al pueblo con las doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde la Galilea, hasta aquí. ⁶ Pilatos, que oyó decir Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo. ⁷ Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, el cual en aquellos días se hallaba también en Jerusalén.

Explicación.— Los tribunales judíos no podían mandar la ejecución de ninguna sentencia de muerte: los romanos les habían quitado el *jus gladii*; sólo podían dar la muerte a los extranjeros, aunque fuesen romanos, que penetrasen dentro del recinto del Templo más allá de las columnas en que estaban escritas en griego y latín las disposiciones que prohibían el paso. Si más tarde leemos que se dio muerte al diácono Esteban (Act. 7, 58) y a Santiago el Menor, estas ejecuciones tuvieron un carácter sedicioso y anti-legal. Ello nos da la razón de que Jesús, ya condenado a muerte por el supremo tribunal judío, fuese traído al tribunal civil del Procurador romano: debía éste ratificar la sentencia del Sinedrio y mandar su ejecución. No quiso Pilatos refrendar de plano la condenación del Señor, produciendo su resistencia la serie de episodios

que se narran en este número y siguientes. En el fragmento que vamos a comentar podemos distinguir cuatro momentos: presentación del reo a Pilatos por el Sinedrio (Ioh. 28-32); acusación pública (Lc. 23, 2); interrogatorio privado (Ioh. 38-38); otra vez la acusación pública (Lc. 47).

DEL PALACIO DE CAIFÁS AL PRETORIO (28-32).— Declarado Jesús reo de muerte por el Sinedrio, es llevado por sus mismos Jueces al pretorio: llamábase así la residencia oficial del pretor o gobernador romano. Residía Pilatos ordinariamente en Cesarea, en la costa del Mediterráneo; pero en los días de gran concurrencia en la capital, como eran los de Pascua, allí se trasladaba, para despachar los numerosos negocios y evitar revueltas: *Llevan, pues, a Jesús desde casa de Caifás al pretorio*: era éste el suntuoso palacio que Herodes había construido en Jerusalén, según unos; otros creen que era la Torre Antonia, al noroeste del Templo. *Y era por la mañana*, no al apuntar el día, ya que a esta hora se tuvo el segundo concilio en casa de Caifás, sino probablemente a la hora de prima, entre seis y nueve, cuando estaban ya las calles de la ciudad en plena vida.

A pesar de la animosidad de los sinedristas contra Jesús, y de los apremios para deshacerse del reo cuanto antes, se paró el acompañamiento ante el umbral del pretorio: la casa del pagano es inmundicia para un judío (Act. 11, 3); quien entra en ella queda impuro por un día entero; la entrada en el pretorio importaba, pues, la impureza legal que les hubiese impedido comer el cordero pascual: *Y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, y por poder comer la Pascua*. Otra vez aparece el espíritu del fariseo, que no teme derramar la sangre del justo y se detiene tímido ante la puerta de un pagano, que es para él como un animal, dice el Talmud.

Pilatos se acomoda, como solían hacerlo las autoridades romanas, a las costumbres religiosas del pueblo que gobierna, y es él quien sale al encuentro de los que a su tribunal traían a Jesús: *Pilatos, pues, salió fuera a ellos*. El Procurador estaría ya avisado que se trataba de un malhechor insigne: lo denuncian el hecho de que se hubiese requerido el auxilio de la cohorte para prenderle, y el que se le presente el reo maniatado, pues así eran tratados los que debían ser condenados a muerte. Por otra parte, los interrogatorios que siguieron revelan que Pilatos tiene noticia de la naturaleza del reo y de lo que sus enemigos tramaban contra él. Por esto no quiere ratificar sin ulterior juicio la sentencia pronunciada por

el Sinedrio; quiere saber por qué le condenan: *Y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?*

La pregunta de Pilatos sorprende a los sinedristas, que creerían imponer su criterio al Procurador con la solemnidad de la entrega del reo, hecha por el tribunal en pleno. La desconfianza que la pregunta del Procurador revela hace que los soberbios sinedristas tomen una actitud celosa de su prestigio: *Respondieron, y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado:* palabras que revelan el despecho de quienes, siendo jefes de la nación, se ven sometidos al yugo de aquel extranjero, y no pueden por sí mismos llevar a ejecución su propia sentencia.

Al despechado orgullo, Pilatos, con razón ofendido, les responde irónicamente, burlándose de su impotencia para hacer morir a aquel hombre, y dándoles al propio tiempo una lección de recta administración de justicia: *Dijoles, pues, Pilatos: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley:* no quiero yo ser juez sin que me deis razones para juzgar; si os resistís a dárme las, matadle, si os atrevéis, que es lo que no podéis; o castigadle con las penas que vosotros podéis, según ley, infligirle, que es lo que no queréis.

Comprenden los sinedristas el alcance de las palabras del poderoso extranjero, y, al tiempo que revelan su intención de matar a Jesús, se ven obligados vilmente a confesar su impotencia: *Y los judíos le dijeron: No nos es lícito a nosotros matar a alguno.* Nota aquí el Evangelista el designio providencial de Dios al querer que así se realizara la predicción profética de Jesús: *Para que se cumpliera la palabra que Jesús había dicho, señalando de qué muerte había de morir:* porque si el Sinedrio hubiese tenido el derecho de matar, Jesús hubiese muerto lapidado, ya que ésta era la pena que a los blasfemos imponía la ley (Lev. 24, 14); ahora, porque no pueden matarle los judíos, morirá como ha predicho, clavado en cruz —suplicio usado por los romanos—, entregado por los príncipes de los sacerdotes, levantado en alto, para atraer a sí todas las cosas (cf. Mt. 20, 19, etc.).

ACUSACIÓN PÚBLICA (Lc. 23, 2).—Ante la resistencia del Procurador de condenar al reo sin oír la causa, los sinedristas se ven obligados a la acusación. Condenado a muerte por blasfemo, ésta debía ser la razón que debían alegar, pero, comprendiendo que a Pilatos puede importarle poco una blasfemia contra el Dios de Israel, acuden dolosamente a motivos que puedan interesarle más como gobernador romano y representante del Imperio: *Y comenzaron a acusarle.* Los capítulos de cargo son tres, escalonados en

forma ascendente en orden a su gravedad: Primero, le acusan de sedicioso y perturbador, *diciendo: A éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación*, llevando al pueblo por caminos extraviados, fuera del orden estatuido. Segundo: *Y vedando dar tributo a César*, con lo que substrahe a la nación del vasallaje debido al emperador, al tiempo que anula los resortes de la administración: Tercero: *Y diciendo que él es el Cristo rey*, intentando con ello suplantar al mismo poder imperial. Cuán infames son las acusaciones, aparece de Ioh. 6, 15; Lc. 20, 25, donde aparece Jesús huyendo al monte para que las turbas no le proclamen rey, y mandando dar al César lo que es del César.

Tan malvadas son como ineptas estas acusaciones: no debía Pilatos sobre ellas fundar una sentencia de muerte contra Jesús, cuando sabía que era la envidia la que movía a aquellas lenguas (Mt. 27, 18), y que no debía dar crédito a aquellos hombres que, odiando profundamente la dominación romana, así se fingían ahora celosos de la seguridad y prestigios del imperio y del César, sólo para satisfacer una infame pasión. Con todo, la tercera acusación, la de que Jesús se dice rey, ha interesado al Procurador, sea porque atañe directamente al poder imperial, y un descuido en este punto podría acarrearle a Pilatos gravísimo daño, sea por la misma atmósfera que se había hecho alrededor del Hijo de David (Ioh, 12, 13). Por esto sujeta a Jesús al siguiente.

INTERROGATORIO PRIVADO (Ioh. 33-38).— *Volvió, pues, a entrar Pilatos en el pretorio, y llamó a Jesús*, que se halla solo ante el juez, lejos de sus terribles enemigos. *Y Jesús compareció ante el Presidente, y le preguntó el Presidente, y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos?* Tú, hombre de pobrísima apariencia, indefenso, ¿te arrojas la dignidad y el poder real sobre tu pueblo? Jesús no responde directamente a la pregunta: quiere antes concretar el concepto de su realeza, que no es el de la acusación que ha merecido de los judíos; por esto le insinúa al juez si se hace solidario de la acusación de sus enemigos: *Respondió Jesús: ¿Dices tú esto por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí?*, es decir, ¿me crees capaz de rebelarme contra la persona del emperador, como pretenden mis adversarios? *Respondió Pilatos*, visiblemente contrariado, en su orgullo de romano, de que Jesús le suponga envuelto en la acusación de los sinedristas, judíos, y por ello aborrecidos: *¿Soy yo acaso judío?* No soy yo quien te acuso de que te proclames rey, cualquiera que sea el concepto que tenga yo del rey que los judíos esperáis: *Tu nación*, y por ella el Tribunal que la representa, y los pontífices

te han puesto en mis manos, acusándote de que te dices rey: ¿Qué has hecho, para que se te acuse así de pretendiente al título de rey?

Jesús responde definiendo el concepto de su realeza, que es tal que de ella nada deben temer los emperadores: *Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo:* por lo mismo, la acusación de los judíos es calumniosa; el reinado de Cristo es compatible con el del César. Es reino de verdad, de justicia y santidad, compatible con todo reino temporal, que cabe dentro de los reinos de la tierra y que trasciende sobre todos ellos, en dignidad y en amplitud. Y da la razón de que su reino no es como el de los reyes de la tierra: *Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros, secuaces, soldados, sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos: tendría ejército y armas; mas, como ves, ahora mi reino no es de aquí; su origen es celestial, su naturaleza, espiritual.*

Crece con la respuesta de Jesús la curiosidad y extrañeza de Pilatos: *Entonces Pilatos le dijo, para conocer la naturaleza del poder de aquel extraño rey: ¿Luego tú eres rey? ¿Eres tú el rey de los judíos?* Afirma Jesús su realeza: *Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey:* así es en verdad como dices. Y explica la naturaleza de su reinado, que no es otro que el de la verdad: *Yo para esto nací, refiérese a su nacimiento temporal, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad:* ésta es mi misión, y mis súbditos son todos aquellos que son amigos de la verdad, porque escuchan mis enseñanzas y vienen a mí, creyendo en mí: *Todo aquel que es la verdad, escucha mi voz.*

Se persuade Pilatos que tiene ante sí un hombre inofensivo, soñador, un especulativo que se cree con preeminencia sobre los demás y que por ello se llama rey. Por ello *Pilatos le dice*, revelando en su pregunta su espíritu escéptico, no su ansia de conocer la verdad: *¿Qué cosa es la verdad?* Ríese el procurador de especulaciones, y, considerando que se ha hecho ya cargo de que se trata de un visionario, no de un criminal, sin aguardar una respuesta que no le interesa, *cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos*, que, fuera del pretorio, aguardaban el resultado del juicio, *a los príncipes de los sacerdotes y a la multitud, y les dijo: Yo no hallo en él delito alguno.*

OTRA VEZ LA ACUSACIÓN PÚBLICA (Lc. 47). — Ante el pretorio se ha congregado multitud ingente, esperando el fallo judicial de Pilatos. Este, convencido de la inocencia de Jesús, a quien estima sólo como hombre de teorías inofensivas, sale hacia los acusadores y la multitud para confesarles el resultado negativo de su inqui-

sición: *Dijo Pilatos a los príncipes de los sacerdotes, y al pueblo: Ningún delito hallo en este hombre.*

Cuando los judíos hubieron oído la inocencia de Jesús proclamada por el Presidente, del grupo de los sinedristas, temerosos de que se les escape la presa, salieron de nuevo numerosas acusaciones contra Jesús. Sin duda muchas de ellas serían violentas increpaciones contra la misma persona del reo, que calla ante la gritería: *Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, en muchas cosas, nada respondió. Y Pilatos se extraña del silencio de Jesús ante la multitud y la magnitud de las acusaciones, y, dirigiéndose a él, le preguntó otra vez, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?* Jesús sigue en absoluto silencio: *Jesús, empero, nada más contestó, ni una palabra, de modo que se maravilló Pilatos en gran manera.* Era de admirar el espectáculo de un hombre inocente, que cien veces ha tenido en jaque a sus adversarios, y que ahora, apoyado como está por la autoridad del Procurador romano, no rechaza las injustas imputaciones.

Estos momentos en que Pilatos interroga a Jesús son de alta emoción: quizás derive de la pregunta y su respuesta la sentencia de liberación del reo; por ello los sinedristas arrecian en sus gritos, tratando de prevenir el juicio de Pilatos con el creciente alboroto, a falta de más eficaces razones: *Mas ellos insistían, diciendo: Tiene alborotado al pueblo con la doctrina,* que no es de simple especulación, sino poderoso factor de sedición; y no la reserva para los iniciados de su escuela, sino que es enseñanza *que esparce por toda la Judea, no la sola provincia de Judea, sino toda la Palestina, comenzando desde Galilea, hasta aquí.*

El solo nombre de la Galilea, gente dura y pendenciera, de quienes el mismo Pilatos había tenido que sofocar una revuelta con derramamiento de sangre en el Templo (Lc. 13, 1), debió hacer entrar en recelo al Procurador, quien quiso cerciorarse si realmente era galileo el acusado: *Pilatos, que oyó decir Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo.* La respuesta fue afirmativa: en Nazaret pasó Jesús su juventud (Lc. 2, 51), y nazareno era llamado y como oriundo de Nazaret era tenido (Mt. 21, 11; Mc. 1, 24; Lc. 4, 34; Ioh. 1, 45, etc.); por lo mismo, pertenecía a los dominios de Herodes Antipas (Lc. 3, 1; 13, 31). Y Pilatos, cuando entendió que Jesús era de la jurisdicción de Herodes, no porque Pilatos no pudiese juzgarle, pues en la Judea había sido aprehendido, sino porque veía en ello ocasión magnífica para deshacerse de un molesto negocio, inhibiéndose de aquella causa, *lo remitió a Herodes, el cual en*

aquellos días se hallaba también en Jerusalén, con motivo de las grandes fiestas de Pascua. Así Pilatos aquietaba su conciencia, porque creía inocente a Jesús, y no desairaba a los sinedristas, cuyo poder y cuya posible delación al César temía.

Lecciones morales.—A) v. 28.—*Ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse...*—Quienes decimaban la menta y el eneldo, dice el Crisóstomo, creían contaminarse entrando en el pretorio, mas no matando injustamente a un hombre. ¡Cuánto interesa la formación de nuestra conciencia! Porque ella es la norma inmediata de nuestras acciones, en cuanto promulga dentro de nosotros mismos, para cada uno, la ley que se ha dado por todos. Si tenemos la conciencia verdadera, es decir, ajustada a la ley objetiva, y seguimos sus dictámenes, obraremos según ley; si nos formamos conciencia falsa o equivocada, que falsifique dentro de nosotros la ley, nos exponemos a que nuestra vida sea un tejido de acciones pecaminosas. Aquí les llevó a los judíos una conciencia falsa: por un exceso de respeto a la ley, creen pecar pasando los lindes de la puerta del pretorio; en cambio, no creen pecar pidiendo la muerte de Jesús, de quien voluntariamente se han formado concepto erróneo. Temamos pensar y obrar de tal manera que digamos al bien mal, y al mal bien.

B) v. 30.—*Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.*—Pregúntese, y respondan, dice San Agustín, a los liberados del espíritu maligno, a los enfermos curados, a los leprosos limpiados, a los sordos que oyeron, a los mudos que hablaron, a los ciegos que vieron, a los muertos resucitados, y lo que es más, a los necios hechos sabios, si Jesús es un malhechor; pero eran éstos de la raza de aquellos de quienes decía el profeta: «Pagábanme males por los bienes que les hice...» (Ps. 34, 12). Es negra, dicen, la ingratitud; pero, cuando sobre no agradecer se devuelve mal por bien; cuando se desagradecen especialmente los bienes recibidos de orden espiritual; cuando se buscan colaboradores para hacerle mal al dadivoso; cuando se hace en nombre de la justicia como en este caso, entonces la ingratitud resulta una verdadera monstruosidad, de la que no se halla caso en la creación sino buscándolo en los hombres profundamente pervertidos.

C) v. 31.—*No nos es lícito a nosotros matar a alguno.*—¿Quién mató a Jesús sino los judíos, dice San Agustín, que afilaron sus lenguas como espadas y gritaron el «¡Crucifícale, crucifícale!»? ¿No habían intentado varias veces matarle, prescindiendo de escrúpulos legales, y no pudieron, porque no había llegado la hora de Jesús? Hicieron cuanto se requiere para consumir el cristicidio: tuvieron voluntad de hacerlo; lo compraron para juzgarlo a mansalva; lo entregaron al poder de un extranjero; arremetieron como fieras contra el reo y contra el juez cuando éste trataba de soltarlo; se burlaron sangrientamente de la víctima ante su patíbulo; sobornaron a los custodios de su tumba; y, lo que es más, quisieron para sí la responsabilidad y el peso de la sangre de aquel crimen. Lo que alegan ante Pilatos no es más que una razón, humillante para ellos, de no poder hacerlo por sus propias manos. Por esto vino

sobre ellos, de lleno, la maldición de Dios que de lleno habían merecido al perpetrar llenísimamente aquel crimen horrendo. No hallemos excusas en lo menos cuando hemos sido capaces de hacer lo más.

D) v. 35. — *Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos.* — ¡Cuán amargas debieron ser para Jesús estas palabras del Procurador romano! Es El, Jesús, el Dios de Israel, quien hizo de este pueblo un pueblo de selección, «su hijo», como le llaman las Escrituras; y ahora este pueblo, por El salvado del diluvio universal de errores y crímenes en que el mundo se perdió, por El custodiado a través de los siglos con amor de Padre, lo entrega a un gentil para que le aplique la pena de muerte que contra El ha decretado el más alto tribunal de la nación. Aprendamos, primero, a honrar a los hermanos en patria; y luego a tolerar con paciencia, como Jesús, las ingratitudes que los hermanos de patria tengan con nosotros.

E) v. 36. — *Mi reino no es de aquí.* — No dice Jesús: Mi reino no está aquí, dice San Agustín, sino: No es de aquí. Todo lo humano está aquí, en la tierra, y no puede substraerse a ella; pero mientras todo lo que no ha sido regenerado por Cristo está aquí, y aquí deja de ser, de modo que aquí vive y aquí muere, el reino de Cristo no hace más que peregrinar en el mundo, para tener un fin definitivo en el cielo, donde se transformará en el reino eterno del Dios eterno. Es que la realeza de Jesús es realeza de la verdad, del amor, de la vida espiritual de orden sobrenatural, sin que ello quiera decir que renuncie Jesús a la realeza que le compete sobre todos los demás órdenes, que están supeditados al orden espiritual.

F) v. 38. — *¿Qué cosa es verdad?* — La pregunta de Pilatos revela la situación de espíritu de los hombres, hasta de los de buena voluntad, con respecto a la verdad, cuando vino Jesús al mundo. La verdad estaba desterrada de la tierra. Un solo pueblo era el depositario de la verdad, y este pueblo, el judío, se había hecho indigno de la verdad, por haberla adulterado hasta el punto de entregar a los gentiles al que es la Verdad esencial. Pilatos es escéptico, porque el mundo desesperaba de hallar la verdad; Platón había dicho: «La verdad debe venirnos del cielo.» Y Jesús, Verbo de Dios, la trajo al mundo. Y la trajo en forma que su verdad ha sido la estela luminosa por donde han caminado los hombres que han oído su palabra. Ya nosotros no debemos preguntar qué es la verdad; sino que debemos decir, con gozo íntimo de nuestra alma: La verdad es mi fe: si no es toda la verdad, es la verdad necesaria para vivir según Dios quiere que vivamos; para saber lo que necesitamos para ir derechos a la posesión definitiva de la Verdad esencial y eterna, que es Dios.

212 — SIGUE EL PROCESO CIVIL: JESUS ANTE
HERODES: Lc. 23, 8-12

Lección del «Passio» del Miércoles Santo

⁸ Y Herodes, cuando vio a Jesús, se alegró mucho, porque hacía largo tiempo que deseaba verle, por haber oído decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro. ⁹ Le hizo, pues, muchas preguntas. Mas él nada le respondía: ¹⁰ Y estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia. ¹¹ Y Herodes con toda su corte le despreció: y, escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca y lo volvió a enviar a Pilatos. ¹² Y aquel día hicieronse amigos Herodes y Pilatos; porque antes estaban enemistados entre sí.

Explicación.— Sólo San Lucas narra este episodio interesantísimo del proceso de Jesús. Créese que Herodes habitaba durante su permanencia en la capital judía el antiguo palacio de los Hasmo-neos o Macabeos: allí fijaron su morada los tetrarcas desde que los romanos destinaron el palacio construido por Herodes el Grande a residencia del Procurador; y allí fue conducido Jesús por los soldados romanos y sinedristas, a quienes concedió Herodes audiencia.

Nos da aquí el Evangelista una serie de trazos psicológicos de Herodes, que convienen maravillosamente con lo que nos cuenta la historia del tetrarca lujurioso, comodón, de espíritu supersticioso. La primera impresión de Herodes, al tener a Jesús en su presencia, fue de gozo vehemente: *Y Herodes, cuando vio a Jesús, se alegró mucho, porque hacía largo tiempo que deseaba verle*. La fama de las maravillas obradas por Jesús había llegado hasta él: hombre curioso como era, creyó llegada la ocasión de solazarse en la visión de algún prodigio que con su mágico poder obraría Jesús, o por rendirle honor a él o por deseo de lograr la libertad: *Por haber oído decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro*.

Empezó Herodes sometiendo a Jesús a un prolongado interrogatorio, no a guisa de juez, a lo que parece, sino más bien curioseando sobre diversos asuntos: *Le hizo, pues, muchas preguntas*. Jesús, que se había dignado responder a Pilatos, no tiene una sola palabra para satisfacer la curiosidad de Herodes: *Mas él nada le respondía*, sea que penetrara con su mirada al fondo del corazón de aquel hombre indigno, matador del Bautista y amancebado público, sea porque no mereciesen respuestas las cuestiones que le propuso.

Mientras callaba Jesús, esforzábanse los sinedristas, como lo habían hecho antes ante Pilatos, en demostrar su culpa: *Y estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia*. Herodes no les hizo caso alguno: no quiso condenar a Jesús, va porque Dios quisiera varios testigos públicos y autorizados de la inocencia del Cristo: va porque Herodes, supersticioso, temiera algo de la muerte de Jesús, o por no exponerse a una revuelta del pueblo. Pero, herido en su vanidad por no haber obtenido de Jesús ni el prodigio ni las respuestas que esperaba, vengóse de él tratándole como un demente y rey de burlas: sus áulicos, aduladores como suelen ser, le hicieron coro: *Y Herodes con toda su corte le despreció: y, escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca*. Solían los reyes vestir blancas togas en las grandes solemnidades: Jesús, en el concepto de Herodes, es un fatuo que se cree rey: no merece otro castigo que la rechifla del pueblo.

Así vestido, devuélvelo otra vez al tribunal de donde procede: *Y lo volvió a enviar a Pilatos*. Entre éste y el tetrarca, por cuestiones de etiqueta o de jurisdicción, había enemistad: Herodes llevaba a mal que con la dominación romana hubiese disminuido su autoridad; Pilatos, por su parte, como sucede con los extranjeros dominadores, abusaría de la suya contra la de los tetrarcas; quizás la matanza que de galileos hizo Pilatos en el Templo irritó a Herodes, de cuya jurisdicción eran los revoltosos. Pero el acto de Pilatos enviando a Herodes a Jesús era un reconocimiento oficial de su jurisdicción, o a lo menos un acto de cortesía; el hecho de que Herodes se inhibiera a su vez, devolviendo el reo a Pilatos, pudo parecer a éste un reconocimiento de superior autoridad, por cuanto se trataba de negocio que interesaba a los magnates de la nación. De aquí que entre ambos se suavizaran viejas asperezas; y que el Príncipe de la paz la pusiera entre dos jueces injustos, que desde entonces se trataron como amigos: *Y aquel día hicieron amigos Herodes y Pilatos; porque antes estaban enemistados entre sí*.

Lecciones morales — A) v. 8. — *Herodes, cuando vio a Jesús, se alegró mucho...* — Holgóse, porque creyó llegado el momento de satisfacer su curiosidad y ver por sus ojos confirmada la fama de milagrero que Jesús tenía. Pero no vio Herodes en los milagros que esperaba un signo, obrado por Dios, en favor de una verdad, que ésta es la finalidad del milagro: sino sólo un espectáculo maravilloso en que divertirse, como podría hacerlo en una sesión de prestidigitación. Jesús se negó a obrar milagro alguno: el poder extraordinario de Dios no se revela para diversión de los hombres, sino para conducirlos por el camino de la verdad. Aprendamos a buscar en los milagros, en que tan fecunda es la historia del Cris-

tianismo, desde el nacimiento de Jesús hasta nuestros días, no tanto lo que tienen de espectacular y maravilloso, como lo que encierran de eficacia en orden a nuestra fe: porque, como dice el Apóstol, las cosas que se ven son temporales, pero lo que encierran de espiritual es eterno (2 Cor. 4, 17); y mucho más debemos evitar toda suerte de curiosidad insana en el milagro, de la que en todos tiempos han sido víctimas muchos buenos cristianos, y que podría hacernos indignos de las gracias espirituales que en el milagro siempre encierra Dios.

b) v. 9. — *Le hizo, pues, muchas preguntas.* — Pero a ninguna de ellas respondió Jesús. Herodes era un simple curioso, y como tal, excesivamente verboso; el texto griego supone que por mucho tiempo, y tocando muchos asuntos, y usando muchas palabras, preguntó Herodes a Jesús. Con muchas menos palabras hubiese logrado plenísima respuesta del Señor a todas sus preguntas, si se las hubiese hecho con ánimo de hacerse con la verdad. Y aquí notemos un fenómeno y aprendamos una lección. Es el fenómeno, frequentísimo en la vida cristiana, de que no son los mejores investigadores los que más cosas conocen de Dios y de las cosas de Dios, sino que son los más perfectos amadores de Dios los que mejor las penetran: porque está escrito que a la verdad se va por la caridad. Y es la lección que no debemos buscar la verdad por la sola verdad y para satisfacer una curiosidad, legítima si se quiere, de nuestro pensamiento, que está ansioso de ella; sino que la debemos buscar para que sea ella la ley normativa de nuestra vida: porque la verdad cristiana no es de simple especulación, sino que debe informar toda nuestra vida para ser traducida en acción.

c) v. 11. — *Le hizo vestir de una ropa blanca...* — Pocas son estas palabras, dice un intérprete, pero que dejan ancho campo a nuestras meditaciones. Porque Jesús, Sabiduría esencial, es vestido con el ropaje de las fatuos; y Rey de reyes, va cubierto por las calles de la ciudad con la toga que le señalaba como rey de burlas. También nuestros adversarios, como Herodes a Jesús, nos visten a veces con la hopalanda de los necios, en el orden del saber, y en el orden del poder. Búrlanse de nosotros en el orden de la inteligencia, diciéndonos retrógrados, y esclavos, e ignorantes. que desconocemos los fueros de la razón y que hacemos tabla rasa de las conquistas del pensamiento; y se ríen en el orden de la vida, porque buscamos en la humildad nuestra exaltación, y en nuestra pobreza la riqueza futura, y en nuestra mortificación los goces del espíritu. No les hagamos caso a nuestros enemigos. Vestidos con la ropa blanca de sus burlas, hagamos nuestro camino tras el Maestro Jesús que vestido de blanco nos precedió, entre la rechifla de las multitudes: que si somos dignos de su pasión, en este durísimo episodio de ella, lo seremos también de la resurrección.

d) v. 12. — *Y aquel día hiciéronse amigos Herodes y Pilatos...* — Mira, dice Teofilacto, cómo siempre el diablo junta las cosas más adversas cuando se trata de mancomunarlas contra Jesús; y averguénzate de no saber siquiera conservar unidos a los amigos cuando se trata de los intereses de Jesús. O mejor, con San Ambrosio, podemos decir que esta amistad de Herodes y Pilatos, sellada con

la intervención de Jesús en su pasión, es el tipo de la reconciliación futura del pueblo gentil con el judío, obrada por la misma pasión. Porque si es verdad que primero creyó el pueblo gentil y que Jesús hasta ahora ha sido escándalo para los judíos; pero cuando llegue el tiempo destinado por Dios, el pueblo judío abrazará nuestra fe, reconciliándonos todos en la verdad de Jesús y constituyendo una sola familia, de la que el mismo Jesús será el grande y misericordioso Padre, amador por igual de todos sus hijos, ante quien no hay aceptación de personas.

213.— SIGUE EL PROCESO CIVIL: OTRA VEZ EN
EL PRETORIO. JESUS POSPUESTO A BARRABAS

Lc. 23, 13-16; Mt. 27, 15-19; Lc. 18-25

(Mt. 27, 20-23; Lc. 23, 17; Mc. 15, 6-15; Joh. 18, 39-40)

Léense estos fragmentos en los «Passio» de los días respectivos

^{L13} Pilatos, pues, convocados los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados y el pueblo, ¹⁴ les dijo: Me habéis presentado este hombre como alborotador del pueblo; y ved, que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. ¹⁵ Ni Herodes tampoco: porque os remití a él, y he aquí que nada se le ha probado que merezca muerte. ¹⁶ Y así le soltaré, después de haberlo castigado.

^{M15} Por el día solemne acostumbra el Presidente, ¹ y debía hacerlo, entregar libre al pueblo un preso, el que querían. ¹⁶ Y a la sazón tenía un preso muy famoso, que se llamaba Barrabás, ¹ que era ladrón, ^{Mc} y que estaba preso con otros sediciosos, por haber hecho un homicidio en una revuelta. Cuando hubo subido la turba, comenzó a pedirle (a Pilatos) la gracia que siempre les hacía.

¹⁷ Entretanto, pues, ellos, reunidos, les dijo Pilatos: ¹ Costumbre tenéis vosotros que os suelte a uno por la Pascua. ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o por ventura a Jesús, ¹ Rey de los Judíos, que es llamado el Cristo? ¹⁸ Pues sabía que por envidia lo habían entregado ^{Mc} los príncipes de los sacerdotes.

¹⁹ Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te metas con ese justo: porque muchas cosas he padecido hoy en sueños por causa de él.

^M Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es que, preguntándoles el Presidente y diciendo: ¿A quién de los dos queréis que os suelte?, ^{L18} todo el pueblo dio voces a una, diciendo: Haz morir a éste, suéltanos a Barrabás: ¹⁹ éste había sido puesto en la cárcel por cierta sedición acaecida en la ciudad y por un homicidio. ²⁰ Y Pilatos les habló de nuevo, queriendo liberar a Jesús: ^M Entonces, ¿qué haré de Jesús, que se llama el Cristo? ²¹ Mas ellos, ^M todos, volvían a dar voces, ^{Mc} por segunda vez, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! ²² Y él tercera vez les dijo: Pues, ¿qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él causa alguna de muerte: lo castigaré, pues, y lo soltaré. ²³ Mas ellos insistían ^M con mayor

fuerza, pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, ^{Mc} diciendo: ^{Mc} ¡Crucifícale!, y aumentaba el vocerío. ²⁴ Y Pilatos, ^{Mc} queriendo contentar al pueblo, resolvió que se hiciera lo que ellos pedían. ²⁵ Y les soltó al que por sedición y homicidio había sido puesto en la cárcel y al cual habían pedido: y entregó a Jesús al arbitrio de ellos.

Explicación.— Nos hallamos en la tercera etapa del proceso civil de Jesús, la más movida, en que se entabla una verdadera lucha entre el poder judicial, ejercido por Pilatos, y los sinedristas y el pueblo de otra parte: el primero acudiendo a todos los recursos, legales e ilegales y de simple persuasión para lograr la liberación de Jesús; los segundos, luchando, como bestia salvaje desencadenada, en frase de Orígenes, para arrancar un veredicto de condenación al juez inicuo y llevar al ignominioso patíbulo a la Víctima inocente. Comprende este acto judicial esta lección y las dos siguientes. En ésta hay que considerar: la arenga de Pilatos al pueblo (Lc, 13-16); el cotejo entre Cristo y Barrabás (Mt. 15-18); el mensaje de la mujer de Pilatos (Mt. v. 19); y el plebiscito en favor de Barrabás y contra Jesús (Lc. 18-25).

ARENGA DE PILATOS AL PUEBLO (Lc. 13-16).— Si bien la deferencia que Herodes tuvo para Pilatos remitiéndole de nuevo a Jesús para que definitivamente le juzgara —lo que importaba un reconocimiento de su autoridad superior—, debió halagar al procurador romano, fue, sin embargo, mayor su embarazo que la satisfacción de su vanidad, por verse obligado a deshacer el nudo difícil del enojoso asunto, en que su convicción personal era opuesta a las conveniencias de los poderosos sinedristas. Por esto, sentado como se hallaba en la silla curul, administrando justicia en pública audiencia, cuando se trató de la causa de Jesús dirigió la palabra a las autoridades y al pueblo, ya que todos estaban interesados en una causa de orden público, puesto que Jesús era acusado de sedicioso: *Pilatos, pues, convocados los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados, y el pueblo, les dijo, en un breve discurso, lleno de discreción en lo que atañe a los razonamientos: Me habéis presentado este hombre como alborotador del pueblo; y ved, que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis.* Pilatos, pues, alega en favor de Jesús el resultado negativo de la prueba practicada en su propio tribunal, no ya la que resultó del interrogatorio privado (Ioh. 18, 33-38), sino la de la acusación pública (Mt. 27, 12; Mc. 15, 3-5; Lc. 23, 4-7), durante la que haría como juez las preguntas pertinentes que los Evangelios no refieren.

A su propio testimonio judicial, favorable al reo, añade el de Herodes, que concuerda con él en apreciar la inocencia de Jesús: *Ni Herodes tampoco: porque os remití a él, o él nos lo devuelve a nuestro tribunal, como dicen varios códigos griegos, y he aquí que nada se le ha probado que merezca muerte, en el mismo tribunal de Herodes.*

Justo en sus palabras y razones, no lo es Pilatos en este momento en su resolución, que no es más que una transacción entre el dictamen de su conciencia y las exigencias de los enemigos de Jesús: *Y así le soltaré, después de haberlo castigado.* El castigo a que alude es el terrible de la flagelación, con ello quizás logre aquietar a los primates y al pueblo, al tiempo que les desarma si tratasen de denunciarle al César por haber absuelto a un revolucionario.

COTEJO ENTRE CRISTO Y BARRABÁS (Mt. 15-18). — Mientras se prolonga el juicio, gran multitud ha subido de toda la ciudad al pretorio para presenciar una ceremonia que tenía lugar todos los años la vigilia de la Pascua por la mañana: consistía ella en soltar a un reo, a voluntad del pueblo que debía pedirlo al Procurador romano; costumbre, según unos, introducida por las mismas autoridades romanas, para bienquistarse con el pueblo; pero con mayor probabilidad considerada por otros como de tradición judía, para conmemorar con ello la liberación de Egipto; persuade esta última interpretación lo que dice Juan (18, 39): *Por el día solemne acostumbraba el Presidente, y debía hacerlo, entregar libre al pueblo un preso, el que querían, cualquiera que pidiesen.*

Pilatos aprovechará la circunstancia para ver si logra su intento de libertar a Jesús. En las prisiones públicas tiene un famoso malhechor, ladrón, revolucionario y asesino, llamado Barrabás, nombre muy usado en aquel tiempo y que significa «hijo del doctor», o «hijo del padre»: *Y a la sazón tenía un preso muy famoso, que se llamaba Barrabás, que era ladrón, y que estaba preso con otros sediciosos, por haber hecho un homicidio en una revuelta; por lo mismo, era hombre temible para el pueblo. Pensó Pilatos poner al pueblo en la alternativa de soltar a Barrabás o a Jesús, creyendo no sería dudosa la elección en favor del predicador galileo, que tanto bien había hecho a todos. Y cuando hubo subido la turba, congregándose de todos los puntos de la ciudad en las alturas del pretorio, comenzó a pedirle (a Pilatos) la gracia que siempre les hacía.*

Y en este solemne momento, estando, pues, ellos reunidos, el gobernador romano en lo alto de su tribunal, teniendo ante sí la

multitud inmensa en expectación, que le pide a voz en grito la libertad de un prisionero, *les dijo Pilatos: Costumbre tenéis vosotros que os suelte a uno por la Pascua. ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o por ventura a Jesús, Rey de los Judíos, que es llamado el Cristo?* La propuesta del Procurador es hábil: evoca en la memoria del pueblo el Cristo a quien todos esperaban, y junto al nombre del presunto Cristo coloca el nombre de un hombre aborrecible; el sentimiento religioso y el patriótico, y el instinto de conservación social, se impondrán, y el pueblo pedirá la libertad de Jesús, tanto más cuanto que ahora, por su multitud, el pueblo, recto por natural, no se dejará arrastrar por los bajos sentimientos de envidia de sus directores: *Pues sabía que por envidia lo habían entregado los príncipes de los sacerdotes:* no desconocía Pilatos el viejo encono de los sinedristas contra Jesús.

MENSAJE DE LA MUJER DE PILATOS (Mt. v. 19). — En este momento de comunicación con el pueblo, recibe Pilatos nuevos alientos, y por donde menos podía esperar, en su propósito de libertad al Señor: sentado se hallaba en su tribunal cuando le mandó recado su esposa de que no se mezclara en el negocio de Jesús, ni le condenara: *Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te metas con ese justo.* Llamábase la mujer de Pilatos, según los apócrifos del siglo IV, Claudia Prócula, y era prosélita del judaísmo. La ley romana no consentía que los gobernadores de provincias llevaran consigo a sus mujeres; pero prevaleció el uso contrario en tiempo del emperador Augusto. La razón del mensaje fueron unas visiones terroríficas que en sueños había tenido aquella mujer, y que se realizarían si su marido condenaba a Jesús: *porque muchas cosas he padecido hoy en sueño por causa de él.* Este sueño pudo tener origen de una causa natural, pues no desconocería la esposa de Pilatos la historia y la doctrina de Jesús; aunque son muchos los comentaristas que lo suponen sugerido por Dios: cualquiera opinión que se adopte, a lo menos no puede substraerse el episodio a los designios de la Providencia, que quiso por todas maneras evidenciar la inocencia del reo. No desatendería Pilatos el ruego de su esposa, dada la credulidad de los romanos en toda suerte de augurios.

PLEBISCITO EN FAVOR DE BARRABÁS (Lc. 18-25). — Mientras suspendía Pilatos el juicio, ocupado en el mensaje de su mujer, no estuvieron ociosos los primates de los judíos: *Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos,* prevaleciéndose de su autoridad, utilizando

promesas, amenazas, quizás el dinero corruptor, indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús, logrando inclinar el voluble ánimo del pueblo contra Jesús. Así es que, preguntándoles otra vez el Presidente y diciendo: *¿A quién de los dos queréis que os suelte?*, todo el pueblo, conquistado ya por los sine-dristas, dio voces a una, diciendo a Pilatos: *Haz morir a éste, y suéltanos a Barrabás; éste había sido puesto en la cárcel por cierta sedición acaecida en la ciudad y por un homicidio.*

Por segunda vez hace Pilatos un llamamiento al pueblo, para substraerle a la influencia de los sinedristas y arrancar un grito de libertad en favor de Jesús: *Y Pilatos les habló de nuevo, queriendo libertad a Jesús: Entonces, ¿qué haré de Jesús, que se llama el Cristo?* Pero la causa del Señor está ya perdida, por la cobardía de Pilatos, quien ya no trata de ejercer, con la autonomía propia del juez, la autoridad judicial, sino que se ha abajado hasta el pueblo, que se la disputa. Mas ellos, todos, que han visto vacilar a Pilatos, volvían a dar voces, por segunda vez, diciendo: *¡Crucifícale, crucifícale!*

Y tercera vez intenta el juez cobarde, no ya librar al inocente, sino hallar una transacción con el pueblo enfurecido; para ello provoca al resultado del interrogatorio, que ha sido favorable a Jesús: *Y él tercera vez les dijo: Pues, ¿qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él causa alguna de muerte:* en su virtud, debiera yo soltarlo, pero transijamos: *Lo castigaré, pues, y lo soltaré.* Pilatos se equivocó: un pueblo enloquecido no razona, y menos respeta a la autoridad débil; la fórmula de Pilatos no hace más que exacerbar las pasiones del populacho: *Mas ellos insistían con mayor fuerza, pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, diciendo: ¡Crucifícale!*: el griterío se hace cada vez más ensordecedor: *Y aumentaba el vocerío.*

Entre el vociferar de la multitud sucumbió totalmente la autoridad del juez: *Y Pilatos, queriendo contentar al pueblo, resolvió que se hiciera lo que ellos pedían.* El fallo estaba pronunciado, no según justicia ni conciencia, sino según dictaba la envidia de los sine-dristas, y según la ciega pasión de sangre que en el pueblo habían levantado. El Evangelista termina esta parte de su relato, dejando a la ponderación del lector el hecho de que el inocente Jesús fuera pospuesto a un perturbador de la paz pública, que llevaba tintas las manos en sangre humana: *Y les soltó al que por sedición y homicidio había sido puesto en la cárcel y al cual habían pedido: y entregó a Jesús al arbitrio de ellos.*

Lecciones morales.—A) Lc. 14.15.—*No hallé en este hombre delito...; ni Herodes tampoco...*—Enmudezcan aquí y perezcan los escritos compuestos contra Jesús después de tanto tiempo, dice San Beda: ellos demuestran, no la verdad de las acusaciones hechas contra Cristo, sino la falsedad y la perfidia de sus detractores. Y en verdad, que si algo pecaminoso o censurable hubiese habido en la vida y doctrina de Cristo, linceas eran y numerosísimos los enemigos de Cristo para descubrirlo y publicarlo, ellos que convivieron con Cristo y pudieron acecharle de continuo. Severos eran los jueces, y nada amigos de él, para hallar un motivo de condenación. Pero no lo hallaron. Y es la única vez en la historia que un hombre, en quien sus contemporáneos no hallaron una tilde que censurar, haya visto levantarse contra sí centenares de poderosos enemigos, en todos los siglos, que han pretendido aniquilar su obra, su doctrina, y hasta su vida, poniendo en tela de juicio su misma existencia. Aquí se han realizado dos designios de Dios: el primero, que la iniquidad se miente a sí misma, pues los mismos enemigos de Cristo le confiesan inocente y le maldicen culpable; y el segundo, que debía realizarse la protección de que Jesús ha sido puesto como signo de contradicción y para salvación y ruina de muchos.

B) Mt. v. 17.—*¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o por ventura a Jesús...?*—Como si dijera, dice el Crisostomo: Si no le queréis libre como inocente que es, a lo menos declaradle libre como condenado, por razón de la fiesta; porque si era costumbre dejar libre a un hombre cargado de crímenes cometidos, mucho más convenía poner en libertad a quien a lo menos era dudoso los hubiese cometido. Y consideremos aquí el orden invertido: solía el pueblo pedir al gobernador al pueblo, y el pueblo se enfurece más. Para que aprendan autoridades y subordinados a permanecer en sus puestos, no renunciando aquéllas sus poderes, ni arrogándose los éstos, con gravísimo daño del orden y de la justicia, como en este caso sucedió.

C) v. 19.—*No te metas con ese justo...*—Así sufrió el juez terrores en la persona de su mujer, dice San Agustín, y a fin de que en juicio no consintiera con el crimen de los judíos, sufrió anticipadamente y por su mujer la tortura de las visiones nocturnas. Lo que hizo Dios en este caso, sugiriendo estos sueños a la mujer de Pilatos, o a lo menos providencialmente consintiéndolos, lo hace por el camino normal de la conciencia o de la gracia para cada uno de nosotros, siempre que en el fondo de nuestra alma, y en el juicio de nuestra libertad, nos sentimos más o menos coaccionados a violar la justicia del bien vivir, porque nos empujan las pasiones, o nos solicite el mundo, o nos tienta el demonio. Entonces sentimos congojas e inquietudes al ser solicitados por el deber y la pasión, cada uno por su parte. Demos gracias a Dios de sentir estas congojas, que no sienten los que por costumbre beben la iniquidad como el agua; y no pongamos jamás las manos sobre el justo, que es nuestro deber cristiano, sacrificándole con concesiones hechas a la libertad desviada. Porque entonces es el Hijo de Dios quien resulta crucificado dentro de nosotros, como en frase enérgica dice el Apóstol (Hebr. 6, 6).

d) Lc. v. 18. — *Todo el pueblo dio voces a una...* — El pueblo es el eterno niño, cándido, ignorante, voluble. Dios ha puesto en el alma popular grandes tesoros de bondad, de rectitud, de sagacidad; pero es preciso que haya quien eduque al pueblo y explote estas buenas cualidades nativas. Felices los pueblos que hallan gobernantes y directores que le quieran como el padre a sus hijos, que le ilustren, le guíen, le corrijan. Desgraciados los que son manejados por el egoísmo, la ambición, la ignorancia, el odio de los que sobre él se han encumbrado. El pueblo de Jerusalén, llevado de su instinto colectivo, hizo al Señor, el Domingo de Ramos, un recibimiento de príncipe. Cuatro días después, todo él, pedía la muerte del Hijo de David, a quien había aclamado con ¡Hosannas! Los primates le habían corrompido. En el ejercicio de nuestros derechos políticos no debemos olvidar esta lección; y en nuestras oraciones debemos pedir para nuestro pueblo óptimos gobernantes.

e) v. 22. — *Lo castigaré, pues, y lo soltaré.* — Es decir, prevaricaré, ante la justicia y ante mi conciencia. Del juicio a que he sometido a este hombre, ha resultado inocente: mi conciencia me denuncia lo mismo: sé que me ha sido entregado por envidia (Mt. 27, 18); pero hay que apaciguar al pueblo, que se ha convertido en fiera sedienta de sangre, ofreciéndole un espectáculo de sangre. De aquí los horribles azotes y el «Ecce Homo». Pilatos se engañó: el pueblo adivinó su debilidad y le hizo consumir la prevaricación. Que aprendan los que ejercen autoridad, sobre todo en el plano de la justicia, a no ceder más que ante los dictados de la razón y de la conciencia. Tal vez breme de coraje el pueblo; pero entrará en razón: Dios ha hecho a los pueblos gobernables, a condición de que la autoridad, forma y nervio de la colectividad, cumpla con su deber.

f) v. 24. — *Y Pilatos... resolvió que se hiciera lo que ellos pedían.* Y pedían ellos, dice el Crisóstomo, que fuera condenado, porque era tan criminal que ni por piedad, ni por la prerrogativa de la fiesta, merecía ser soltado. Por el contrario, Pilatos, que había declarado la inocencia de Jesús, accede a la petición de muerte, haciendo suyo el criterio opuesto del pueblo. Es una prevaricación total de la justicia, hecha en aras de la propia cobardía y del miedo a los demás. Y Pilatos, que empezó bien, queriendo libertar al justo, acaba por ser un juez inicuo, que mancha sus manos con la sangre de Aquel a quien él mismo había declarado inocente. Ahí llevan los malos comienzos, cuando se empieza a dejar la línea recta de la justicia.

214. — JESUS AZOTADO Y CORONADO DE ESPINAS: Mt. 27, 27-30
(Mc 15, 16-19; Joh. 19, 1-3)
ECCE HOMO: IOH. 19, 4-7. NUEVO INTERROGATORIO: IOH. 8-11

Sigue la lectura de los «Passio» respectivos. — Evangelio de la Misa de la Corona de Espinas, viernes después de Cenizas (Ioh. 1-5)

¹ Y Pilatos tomó entonces a Jesús, y azotólo. ^{Mt 27} Y los soldados del Presidente, tomando a Jesús, ^{Mc} lo llevaron al ^{Mc} atrio del pre-

torio, y convocaron a su alrededor a toda la cohorte. ²⁸ Y desnudándole, le vistieron un manto de púrpura. ²⁹ Y tejiendo una corona de espinas, se la colocaron sobre su cabeza, y una caña en su diestra. ¹ Y *venían a él*, y doblando ante él la rodilla, le escarnecían, ^{Mc} y le adoraban, y comenzaron a saludarle, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. ¹ Y le daban bofetadas. ³⁰ Y, escupiéndole, tomaron una caña, y le herían ^{Mc} con ella en la cabeza.

¹⁴ Pilatos, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: Ved que os le saco fuera, para que sepáis que no hallo en él delito alguno. ⁵ (Y salió Jesús llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura.) Y Pilatos les dijo: Ved aquí el hombre. Y cuando le vieron los pontífices y los ministros, daban voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Pilatos les dice: Tomadle allá vosotros, y crucificadle: porque yo no hallo en él delito. ⁷ Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

⁸ Cuando Pilatos oyó estas palabras, temió más. ⁹ Y volvió a entrar en el pretorio: y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta. ¹⁰ Y Pilatos le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte? ¹⁰ Respondió Jesús: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

Explicación.— Como suele el cuarto Evangelista, narra aquí brevemente lo que con más detalles refieren los sinópticos, y suple su relato en aquello que los otros no escribieron. Contiene este fragmento de San Juan la flagelación y coronación de espinas (1-3); la escena del *Ecce Homo* (4-7); y otro interrogatorio privado de Jesús (8-11). Estos dos últimos episodios son propios de Juan; cuanto al primero, lo narran con más detalles Mateo y Marcos: adoptamos como base de concordia el texto de Mateo, que es el más completo.

LOS AZOTES Y LA CORONA DE ESPINAS (Mt. 27-30).— En la lucha de Pilatos con el populacho para arrancarle a Jesús, las últimas palabras habían sido para proclamar la inocencia del reo y proponer al mismo tiempo una transacción. «No hallo en él causa de muerte: le castigaré, pues, y le dejaré libre.» El castigo es el que refiere Juan con espeluznante laconismo: «Y Pilatos tomó entonces a Jesús, y azotóle. Pensaba aún el Procurador aplacar con ello la sed de sangre de los sinedristas y del pueblo, y lograr la liberación del reo; por lo mismo, no debe entenderse esta flagelación de la que, según costumbre romana, precedía siempre a la crucifixión, pues Jesús no había sido aún condenado a muerte; suplió, con todo, esta flagelación a la legal y no se repitió después de la sentencia de crucifixión, como han pretendido algunos.

Por lo demás, era la flagelación un suplicio horrible: usábanse para ella látigos formados con tiras de cuero entretejidas, entre las que se disponían aceradas puntas o huesecillos. Eran varios los verdugos, a veces hasta ocho; y tal era su furor, que no cejaban en algunos casos hasta dejar rasgadas y deshechas las carnes de los infelices flagelados. No consta del número de los azotes. Solían los azotados ser atados a postes o columnas, inclinando el cuerpo para recibir de lleno el peso y fuerza de los latigazos. No pocos desfallecían y hasta morían en el tormento.

Poco sabemos de la flagelación de Jesús; los tres Evangelistas que la cuentan no hacen más que afirmar el hecho. Pero dada la ferocidad de los soldados romanos, acostumbrados a ello, y hasta la finalidad que se proponía Pilatos, que era mover a compasión al populacho, no es improbable que encargara a los verdugos fuesen duros en el castigo, que fue ejecutado en lugar público, como se colige del relato de los tres Evangelios. Nada puede afirmarse en concreto del número de azotes que recibió Jesús.

A la escena de la flagelación sucedió otra, cruel y vergonzosa, en el atrio del pretorio. Habían comprendido los soldados que se trataba de desfigurar a Jesús y mover a compasión al pueblo, y pusieron de su parte lo que su crueldad les inspiró; Jesús iba a ser por unos momentos el ludibrio de la soldadesca romana: *Y los soldados del Presidente, tomando a Jesús, lo llevaron al atrio del pretorio, y convocaron a su rededor a toda la cohorte*: allí acudieron, formando nutridísimo corro alrededor de la víctima, los numerosos soldados de la fortaleza libres de servicio. Es probable que la guarnición de la Judea estaba en aquel tiempo formada de soldados reclutados en la Samaria, irreconciliables enemigos de los judíos.

Jesús había sido azotado desnudo; tomó sus vestiduras después de los azotes y entró en el pretorio; ahora los soldados de la cohorte le despojan, quitándole la indumentaria exterior, la túnica inconsútil y el manto, quedando probablemente con la túnica interior: *Y, desnudándole...: aquella soldadesca va a realizar ahora un cruelísimo simulacro: Jesús se había dicho rey, y de rey de burlas van a vestirle: le vistieron un manto de púrpura*, probablemente de lana roja, de la que llevaban sus mantos los legionarios, un harapo de este color, para remedar la clámide o «paludamentum» de los generales y emperadores romanos. Faltaba una corona: *Y tejiendo una corona de espinas, se la colocaron sobre su cabeza*: no puede afirmarse con certeza la clase de ramas espinosas con que se tejió la corona; probablemente juyubal, quizás de ramno

o zarza blanca, tal vez de junco marino, las más abundantes en las cercanías de Jerusalén de las plantas espinosas de la Palestina. Por fin, van a entregarle un cetro, y pusieron *una caña en su diestra*, simulando el cetro real.

A este rey de burlas faltábanle los homenajes de burlas; y fueron pródigos en ellas los crueles soldados: *Y venían a él*, que estaría sentado en algún poyo a guisa de trono, y *doblando ante él la rodilla, le escarnecían, y le adoraban, y se burlaban de él*, simulando profundas reverencias, y *comenzaron a saludarle, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos*. Del grosero insulto pasó la soldadesca a vías de hecho, que fácilmente se pasa de la grosería a la procaacidad en estos grupos de desalmados: *Y le daban bofetadas*, mejor, según el griego, bastonazos: *Y, escupiéndole, tomaron una caña, y le herían con ella en la cabeza*. Ninguno de estos dolorosos insultos tuvo el carácter de sanción legal, y se debieron a la iniciativa de los feroces legionarios; pero sabían ellos que se hacían así gratos al Procurador, que no intentaba sino desfigurar a Jesús para que le compadeciesen los judíos.

ECCE HOMO (Ioh. 4-7). — Pilatos, aun acostumbrado como estaba a los espectáculos sangrientos de las luchas romanas, debió sentirse conmovido a la visión de Jesús, tal como le dejaron los verdugos y la soldadesca, deshechas las carnes, manando sangre la cabeza, afeado de salivazos y vestido de rey de burlas; confiado en el triunfo de la compasión sobre los odios de la plebe, salió otra vez del pretorio para proclamar ante todo la inocencia del reo: *Pilatos, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: Ved que os le saco fuera, para que sepáis que no hallo en él delito alguno*. Mientras esto decía, los soldados sacaban también a Jesús y lo situaban al lado de Pilatos: *(Y salió Jesús llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura.) Y Pilatos les dijo: Ved aquí el hombre*: palabra de conmiseración profunda, por la que intenta Pilatos despertar los sentimientos de humanidad de aquella multitud; ved aquí el hombre, el que se decía Hijo de Dios, a quien se aclamaba rey, no le temáis: mirad a qué estado ha llegado; dejad que le suelte.

Pero no se lo consentirán los primates: como acucia el furor la visión de la sangre, en las luchas de hombres y de fieras, así sucede a los enemigos de Jesús al comparecer éste de nuevo ante ellos: *Y cuando le vieron los pontífices y los ministros, daban voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!*: Ya no es el populacho el que está ebrio de sangre, sino los que lo dirigen. Pilatos se ha engañado, y al

ver frustrada su esperanza, *les dice*, no sin despecho: *Tomadle allá vosotros, y crucificadle: porque yo no hallo en él delito: crucificadle, vosotros que no tenéis poder para ello; yo que puedo, no quiero: me lo veda su inocencia; es el sarcasmo y la indignación la que inspira al Presidente.*

No se arredran por ello los sinedristas, y van a darle al Procurador una lección de derecho. El no reputa bastante la acusación civil para condenarle; pero es gobernador de un país que tiene sus leyes religiosas, que está obligado a respetar: si no le condena como sedicioso, debe hacerlo por blasfemo: *Los judíos*, los primates, *le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios: Hijo de Dios natural*, como así lo habían entendido otras veces (cf. Ioh. 5, 18; 8, 58; 10, 33).

OTRO INTERROGATORIO PRIVADO (8-11).—Pilatos, que hasta ahora ha temido los dictados de su conciencia; que ha visto aumentarse sus temores por el mensaje misterioso de su mujer y por la misma actitud nobilísima de Jesús, teme más ahora: espíritu supersticioso, como suelen serlo los que desconocen el culto del verdadero Dios, teme, si transige con los judíos, irritar a alguna divinidad cuyo hijo tenga delante: *Cuando Pilatos oyó estas palabras, temió más.* El temor y la curiosidad le inducen a someter a Jesús a otro interrogatorio para averiguar su origen y procedencia, y para ello entra otra vez en el pretorio, llevando consigo a Jesús: *Y volvió a entrar en el pretorio.*

Y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? ¿Cuál es tu origen, dónde naciste, quién es tu padre? Mas Jesús no le dio respuesta: para que llenara debidamente sus funciones de Juez, ya se la había dado antes suficiente (cf. 18, 36); a más de que, hombre pagano, no estaba en condiciones de conocer la naturaleza de la filiación divina de Jesús; ni se había Pilatos manifestado deseoso de conocer la verdad (cf. 18, 38).

El silencio de Jesús lastima a Pilatos, que se cree desairado; y el que temía al reo por presumir algo misterioso en él, ahora trata de infundirle temor, apoyándose en la omnipotencia de su autoridad, y convirtiendo una cuestión de derecho en una cuestión de hecho brutal: *Y Pilatos le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte? Respondió Jesús con mesurada prudencia, dando a Pilatos una lección de derecho divino: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba:* para juzgarme a mí, no te bastaba la comisión del poder imperial, ni siquiera la concesión ordinaria

del poder que hace Dios a los gobernantes, ya que todo poder viene de El (Rom. 13, 1); sino que por mi Padre te ha sido dado un poder especial sobre mí: de arriba, del cielo, te ha venido este poder; su uso, que será una gran prevaricación de tu autoridad, será una simple permisión del cielo. Y para dar mayor relieve a su doctrina, añade Jesús: *Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene*: porque Caifás y los sinedristas debieron obedecerme, por cuanto les demostré en forma bastante mi legación divina; pero, lejos de hacerlo, se arrogaron una autoridad que Dios no les concedió, juzgándome, maltratándome, entregándome a ti: mayor pecado que abusar del poder, como haces tú, es arrogarse una potestad que Dios no ha dado, como ellos hicieron.

Lecciones morales.—A) IOH. v. 1.—*Pilatos tomó entonces a Jesús, y azotóle.*—Fue entregado a los soldados, dice San Jerónimo, que rasgaron con los azotes aquel cuerpo y pecho santísimos; para que, por aquellos azotes materiales, fuésemos librados nosotros de los azotes de la divina justicia que nuestros pecados merecieron. Principalmente quiso expiar con sus azotes el Señor nuestros pecados carnales, sufriendo atrocísimos dolores en aquella carne purísima, para curar los males que contrajimos con la nuestra pecadora.

F) MT. v. 29.—*Tejiendo una corona de espinas, se la colocaron sobre su cabeza...*—Y Jesús dejó en silencio que se la colocaran y apretaran, y que taladraran las espinas su frente sagrada, y que corriera la sangre hilo a hilo, como el bálsamo de Aarón, que empapaba sus barbas y llegaba hasta la orla de sus vestidos. Contempla también tú en silencio este espectáculo, dice el Crisóstomo, y aprende a sufrir sin quejas las injurias que recibas, viendo que así es tratado el Rey del mundo y Señor de los ángeles. Y como aquí aprendieron los mártires la fortaleza, ante la fortaleza de Jesús, y ha visto el mundo que el reino de Cristo se funda sobre las humillaciones, dice San Agustín, aprende también a ser fuerte, y a buscar la raíz de tu grandeza en el fondo de las humillaciones que sufras.

c) IOH. v. 5.—*Y Pilatos les dijo: Ved aquí el hombre.*—He aquí, cristiano, el hombre. Es el Hombre por antonomasia, porque es el tipo ideal del hombre en el orden moral: he aquí tu modelo. Es el más hermoso de los hombres, que ha querido llegar a la suma fealdad de las carnes destrozadas, de la cabeza ensangrentada, del cuerpo cubierto de salivazos, de la vestidura ridícula, caricatura de la vestimenta regia. En cada uno de estos detalles, mira tu defecto contrario, y corrígelo: el orgullo, la vanidad, la estima de ti, la sensualidad. He aquí el hombre: este mismo hombre, que no tiene ahora figura de hombre, vendrá un día sobre las nubes del cielo, glorioso y resplandeciente, como Juez universal de todos los hombres: para que te juzgue bien, vive bien; y para vivir bien, he aquí el Hombre que debes imitar: *Ecce Homo*.

d) v. 9. — *¿De dónde eres tú?* — Esta pregunta, que no mereció respuesta de Jesús, porque no estaba Pilatos preparado para comprenderla, ha tenido plena contestación en los siglos cristianos. ¿De dónde podía ser Jesús, sino del cielo? ¿Podría un hombre de la tierra cambiar las cosas de la tierra como él hizo? ¿De quién podía ser Hijo, sino del Padre eterno, quien ha demostrado ser el dueño de los siglos humanos y ser el soporte y como el árbol maestro de la vida espiritual del mundo, por más de veinte siglos? ¿De qué naturaleza podía ser Jesús, sino de la misma naturaleza de Dios, que quiso tomar una naturaleza humana como la nuestra, para levantarla a las mismas alturas de Dios? Y después de esto, podemos preguntarnos cada uno de nosotros: ¿De dónde eres tú? Porque el Hijo de Dios vino al mundo para incardinarnos a su propio origen, para hacernos suyos, para darnos una participación de su misma naturaleza: No somos hijos de la sangre, nacidos por voluntad de carne o de hombre, podemos decir con San Juan, sino que a todos los que hemos recibido a Cristo hemos sido hechos hijos de Dios (Ioh. 1, 12.13). Tengamos siempre presentes estos motivos de nuestra dignidad, y vivamos como de nosotros exige nuestro divino origen: los buenos hijos honran los blasones de la familia en que nacieron.

e) v. 9. — *¿De dónde eres tú?* — Pilatos sabe que Jesús es de nación judío, de la provincia de Galilea; pero le ha oído hablar de un reino que no es de este mundo, y del magisterio de verdad que vino a ejercer; su esposa le ha contado cosas misteriosas de aquel reo; la fama de taumaturgo de Jesús es universal; por otra parte, se levanta la voz de su conciencia al mismo tono que crece la gritería popular: todo ello produce en el alma de Pilatos perplejidad y miedo. De aquí la misteriosa pregunta. Jesús calla; aquel juez tiene ya demasiados argumentos para conocer la verdad: La pregunta no es más que un pretexto o una dilación; no merece el mal juez la respuesta de Jesús. En la turbación que en nuestra conciencia produce la pasión, no discutamos nuestro deber, ni las razones del bien obrar, ni esperemos a que nos venga más luz o mayor gracia para vencer: el deber es claro, la voz de la conciencia fuerte y categórica: no andemos con subterfugios ni excusas; tal vez no nos diga ya nada más el Señor, y nos deje abandonados a nuestra temeridad.

f) v. 11. — *No tendrías poder alguno sobre mí...* — Todo poder viene de Dios (Rom. 13, 1), y no puede legítimamente ejercerse ninguna potestad sino en nombre de Dios; los que la tienen, dice el Apóstol, son «ministros» de Dios en su ejercicio (Rom. 13, 4). Es error o crasa ignorancia, es pedantería insoportable gloriarse de la autoridad que uno tiene como si fuera cosa aneja a su persona: ningún hombre tiene autoridad sobre otro hombre sino a título de concesión de Dios, por derecho de naturaleza, o por herencia, o por elección o por cualquiera de las formas por las que se transmiten los poderes de Dios, en cualquier orden que sea. Sacarán de aquí los súbditos el profundo respeto que deben a los que ejercen la autoridad, por razón de la misma autoridad, prescindiendo de las condiciones personales del que la ejerce. Y los que tienen potestad,

cualquiera que sea, la justicia y la delicadeza con que han de administrar el poder que Dios les ha confiado, no para su provecho, sino para el bien de sus administrados.

215.— ULTIMO ESFUERZO DE PILATOS. JESUS CONDENADO A MUERTE: IOH. 19, 12-16; MT. 27, 24-26

(Mc. 15, 15; Lc. 23, 23)

Sigue la lectura del «Passio» en los días respectivos

¹² Y desde entonces procuraba Pilatos libertarle. Mas los judíos gritaban, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo del César. Porque todo aquel que se hace rey, contradice a César. ¹³ Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús, y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lithóstratos, y en hebreo Gábbatha. ¹⁴ Y era el día de la preparación de la Pascua, y como la hora de sexta, y dice a los judíos: Ved aquí vuestro rey. ¹⁵ Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale: Les dice Pilatos: ¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos rey, sino a César.

¹⁶ Y viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os veáis vosotros. ²⁵ Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.

¹⁶ Y entonces se lo entregó *La su voluntad*, para que fuese crucificado. Y tomaron a Jesús, y le sacaron fuera.

Explicación.—Creció el temor, quizás supersticioso, de Pilatos al oír la respuesta mesurada y misteriosa de Jesús: se hallaba ante un hombre que se decía Hijo de Dios, que al recordarle el poder que tenía de soltarle y crucificarle, responde con una teoría profunda del poder y puntualizando la responsabilidad moral que importa su mal ejercicio. Ello, unido al misterio de la visión nocturna de su mujer y a la misma atmósfera de divinidad que rodea a Jesús, hace que Pilatos se esfuerce en un supremo conato para libertar a Jesús (Ioh. 12-15); pero, vencido, por fin, por el miedo a los judíos, cede, y condena a muerte a Jesús, después de un aparatoso lavatorio de manos (Mt. 24.25).

ULTIMO ESFUERZO DE PILATOS (Ioh. 12-15).—*Y desde entonces*, es decir, por el miedo que había concebido Pilatos ante el carácter de Hijo de Dios que para sí vindicaba Cristo (v. 8), y por la culpa que el reo le echaba en cara, y que llevaría consigo el castigo de la divinidad, *procuraba Pilatos libertarle*, declarando reiteradamente

ante el pueblo que le había absuelto y que iba a ponerle en libertad.

Al conocer los príncipes de los judíos la intención del Procurador, y que no han hecho mella en el ánimo del juez las acusaciones de blasfemo y usurpador de la dignidad real que habían utilizado contra Cristo, acuden astutamente a un argumento de carácter personal contra Pilatos, formulándolo a grandes voces: *Mas los judíos gritaban, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo del César: no te mostrarás propugnador fiel de sus derechos: porque todo aquel que se hace rey, contradice a César.* No ser amigo del César, mayormente tratándose de Tiberio, hombre suspicaz, que persiguió implacablemente a todo pretendiente de dignidad real, era, para un alto funcionario, caer en desgracia del César, con todas sus consecuencias. Una delación de aquellos hombres protervos, sería para Pilatos el principio de su desgracia y de su destitución.

Y Pilatos, que por la justicia temía a Jesús, ya teme más a los sinedristas por su conveniencia, y se apresta inmediatamente a proferir sentencia con las formalidades de ley: *Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús*, pues solían celebrarse públicamente los juicios, y *se sentó en su tribunal*, emplazado en sitio prominente, como lo hacen los jueces al pronunciar sus fallos, *en lugar que se llama Lithóstratos*, así llamado en griego por tener el piso de mosaico, y *en hebreo Gábbatha*, o lugar elevado. Nótese la minuciosidad de detalles relativos al lugar y forma del juicio; ahora añade el Evangelista los relativos al tiempo: quiso Dios quedara como grabado en la historia el momento en que, para la salvación del mundo, fue sentenciado a muerte el Verbo hecho carne: *Y era el día de la preparación de Pascua*, la vigilia de la gran fiesta, y *como la hora de sexta*: sobre las once de la mañana.

Pilatos está despechado: contra su conciencia y contra su autoridad, valiéndose de una indigna estratagema, se le obliga a condenar a un reo: *Y dice a los judíos*, señalando a Cristo, con expresión llena de sarcasmo: *Ved aquí vuestro rey*: ved si os parece digno que os ensañéis en este hombre a pretexto de usurpador de la real dignidad. Enfurecidos por el tono de sangrienta ironía de Pilatos, ya no sufren siquiera la presencia de Jesús: *Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale.* A lo que les dice Pilatos, saizando más hondo aquellos corazones con el filo acerado de su burla: *¿A vuestro rey he de crucificar?* Llenos de coraje los sinedristas, por la ausencia de Jesús y por la irrisión de que les hace objeto el Procurador, rompe definitivamente con su Dios, el Dios de Israel, abdican de su cualidad de reino teocrático, renuncian de hecho a la esperanza en el Mesías, subvirtiendo todo el sentido de las viejas profecías, y

reconocen públicamente como legítima la autoridad odiada del César opresor: *Respondieron los pontífices: No tenemos rey, sino a César.* La pasión del miedo ha hecho de Pilatos el tipo del juez prevaricador; la pasión de la envidia ha convertido en hombres de sangre, prevaricadores de su religión y de su patria, a los primates de Israel.

LA SENTENCIA DE CRUCIFIXIÓN (Mt. 24.25).—El primer Evangelista, que nada refiere del episodio anterior, nos retrotrae un momento a la escena culminante, antes de la flagelación, en que el pueblo pedía la muerte de cruz contra Jesús, para describir luego la forma del pronunciamiento. *Y viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo.* Acomodóse Pilatos a una costumbre judía, que muy bien podía conocer (Deut. 21, 6.7), significando con el acto simbólico del lavatorio que se descargaba de toda culpa que pudiese importar la condenación de aquel inocente y de la consiguiente vindicta que de ella quisiese tomar la divinidad; al mismo tiempo cargaba toda la responsabilidad, de culpa y pena, en los que le habían coaccionado: *Allá os lo veáis vosotros* (cf. Ps. 25, 6; 72, 13); pero un lavatorio de manos no purifica el alma manchada; y los siglos futuros dirán que Pilatos fue un juez cobarde y criminal.

Entiende el pueblo la significación del simbólico lavatorio, que tiene lugar en lo alto de la silla presidencial, a la vista de todo el pueblo, quien traspasa voluntariamente a sí el tremendo reato de la sentencia hacedera, y da al mismo tiempo aliento al juez para que la pronuncie en seguida: *Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.* Cuarenta años más tarde, en el asedio y toma de Jerusalén por Tito, pagó el pueblo judío en forma terrible su cristicidio, en la matanza de muchos miles; en la crucifixión de tantos, que dice Josefo faltaba espacio para las cruces, y cruces para los cuerpos; en la pérdida de la nacionalidad, y en la deportación de los sobrevivientes.

Y entonces, descargado Pilatos del peso de la injusticia, según él creía, se lo entregó a su voluntad, para que fuese crucificado. Estaba terminado el juicio, la sentencia estaba pronunciada; inmediatamente, porque el tiempo urgía por razón de la fiesta, se dispuso su ejecución: *Y tomaron a Jesús,* los soldados que debían crucificarle, los mismos de la cohorte, *y le sacaron fuera,* del pretorio y de la ciudad, fuera de cuyas puertas debía morir (cf. Hebr. 13, 12).

Lecciones morales.—A) IOH. v. 12.—*Si a éste sueltas no eres amigo del César.*—Estas palabras se reducen a este dilema terrible: o matas al Hijo de Dios, o caes en la desgracia de quien te confirió el poder que tienes. ¿Cuántas veces, si no con tanta crudeza, ni con la enormidad que importan los extremos de este dilema, se nos ha ofrecido en nuestra vida la alternativa de ofender a Dios u ofender a un hombre? Si no doblas la vara de la justicia, se le dice a quien la administra, incurres en mi desagrado. No cuentes con mi apovo, dice otro, si no accedes a mis deseos, aunque importen la ruina de tu honor y la ofensa de Dios. Trabaja en día de fiesta, si no quieres perder tu trabajo. ¡Cuántos Pilatos hay en el mundo que, quizás con menos resistencia que el Procurador romano, temiendo más a los hombres que a Dios, venden su conciencia, y sacrifican la luz de su razón y los impulsos de su voluntad en aras de la razón y de la voluntad extraviadas de otros! Es una gran miseria: porque ya no sólo importa la ruina moral del hombre y la ofensa de Dios, sino el rebajamiento de toda la vida, que ya no es nuestra, sino de otro, que ha suplantado en nosotros a Dios.

B) v. 15.—*No tenemos rey, sino a César.*—Así atraían los judíos sobre sí todas las consecuencias de la abdicación de la realeza de Dios sobre ellos, y de la proclamación de la realeza del César, extranjero y déspota. Lo hicieron los judíos en el paroxismo de su pasión, de envidia y rabia contra Jesús. Pero si esta prevaricación es la única en la historia de los pueblos, porque sólo el pueblo judío tuvo una constitución absolutamente teocrática, ello se repite con excesiva frecuencia en el orden personal. Porque cuando la pasión nos domina, también nosotros decimos, si no con los labios con las obras: No tengo más rey que al César de mi sensualidad, de mi orgullo, de mi sed de venganza, de mi afán de riqueza. Es inútil que clame entonces la conciencia en el fondo del alma, saliendo por los fueros de nuestro Rey, Dios, ofreciéndonos la visión de su ley de sus sanciones, de su querer. No tenemos entonces más rey que al César que nos domina, y al aceptar su yugo llamamos sobre nosotros todas las consecuencias de la servidumbre en que hemos caído: remordimientos, facilidad de pecar, la deshonra a veces, la indignación de Dios, la pérdida de nuestro puesto, sin contar con la ira de Dios futura si no volvemos a admitir su realeza sobre nosotros.

c) Mt. 24.—*Se lavó las manos delante del pueblo...*—Pero, ¿qué importa un lavatorio de manos si la conciencia está manchada? ¿Acaso purificó esta ceremonia el alma del indigno juez? Pudo ser ello una ceremonia legal en el Antiguo Testamento, no para purificar el alma de un homicida, sino para demostrar la inocencia de quienes no lo fueron (Deut. 21, 1-7); pero aquí Pilatos, prevaricando en el ejercicio de su autoridad, se lavaba exteriormente; mejor le hubiera sido no lavarse las manos y administrar rectamente la justicia: esto era un deber primordial; aquello, en este caso, una ceremonia sin sentido. De aquí debemos aprender a no utilizar las cosas buenas para cubrir nuestras malas acciones; y a no valernos de ritos y ceremonias que, siendo santas en sí, y aptas para los

fines para que las dispuso la Iglesia, son ineficaces para aquello a que nuestra mala voluntad o nuestra conciencia errónea puede traerlas.

D) v. 25. — *Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.* — Y ha venido tremenda la maldición de Dios sobre las generaciones judías por la sangre del Justo, injustamente derramada. Aun lleva el pueblo desgraciado la marca del deicidio. Todavía las naciones tienden a expeler de su seno a una raza que, aun estando diluida en ellas, les ocasiona graves trastornos. Pero es más grande la misericordia de Dios que la locura de este voto, dice el Crisóstomo, y son muchos los que de ellos se han convertido, y se convertirá el pueblo como tal antes del fin del mundo. Vendrá sobre él la sangre de Jesús, no para la condenación, sino para la redención. Sobre los destinos de los pueblos, más que los crímenes que cometen en momentos de exacerbación loca, pesa la providencia misericordiosa de Dios, que no quiere que se pierdan.

E) IOH. 16. — *Se lo entregó... para que fuese crucificado.* — Entrega Pilatos a Jesús, y lo reciben los judíos: el crimen se junta con el crimen para la muerte del Justo. Se ha doblegado la justicia hasta darse la mano con la calumnia, la envidia y el odio de los enemigos del sentenciado. Se ha excedido la facultad de los judíos hasta subirse a la misma silla judicial de Pilatos y obligarle a dar sentencia injusta. Si Pilatos hubiese resistido justamente, no se habría consumado la iniquidad. Tampoco hubiera sido condenado el justo sin la injusta acusación de sus enemigos. Es la colaboración, a veces inconsciente, de los hombres, que se completan mutuamente para producir las grandes injusticias públicas. No sucediera ello, si los encargados de salvaguardar los principios en que la sociedad se asienta fuesen inflexibles en el cumplimiento de sus deberes.

216. — CAMINO DEL CALVARIO: Mt. 27-31; IOH. 19,17

Lc. 23, 26-32

(Mt. 27, 32.33; Mc. 15, 21.22)

Sigue la lección de los «Passio» respectivos

^{M 31} Y después que lo escarnecieron, le desnudaron del manto y le vistieron de sus ropas, y lo llevaron a crucificar.

^{I 17} Y llevando su cruz a cuestras, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota.

^{I 26} Y cuando lo llevaban, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simón, ^{MC} padre de Alejandro y Rufo, ^M que hallaron al salir, ^{MC} un transeúnte que venía de una granja, ^M a quien alquilaron para que llevara su cruz: y le cargaron la cruz, para que la llevara en pos de Jesús. ²⁷ Y le seguía una grande multitud del pueblo, y de mujeres, las cuales lloraban y plañían. ²⁸ Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. ²⁹ Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres

que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar.³⁰ Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos.³¹ Porque, si en el árbol verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?³² Y llevaban también con él otros dos, que eran malhechores, para hacerlos morir.

Explicación.—Los sinópticos nada dicen de la lucha violenta habida después de la flagelación de Jesús entre Pilatos y el pueblo, que terminó con el triunfo de éste sobre aquél. Por otra parte, los cuatro Evangelistas son sumamente sobrios en narrar el camino que hizo Jesús del pretorio al Calvario, y lo en él ocurrido: se reducen a consignar, después de algunos preparativos (Mt. v. 31; Ioh. v. 17), el episodio de Simón de Cirene (Lc. v. 26), y el de las mujeres a las que habló Jesús en el camino (27-32).

HACIA EL CALVARIO. EL CIRENEO (Mt. 31; Ioh. 17; Lc. 26).—Para la sangrienta burla que de la realeza de Cristo hicieron los legionarios en el patio del pretorio, le habían quitado sus ropas exteriores, substituyéndolas por la clámide roja (cf. Mt. 27, 28): con ella vestido había aparecido ante el pueblo en la escena del «Ecce-Homo». Lograda la sentencia de muerte y en vías de ejecución, quitáronle los soldados el traje de burlas, y le vistieron su propio manto y túnica: *Y después que lo escarnecieron, le desnudaron del manto y le vistieron de sus ropas*, ya para que le conociera el pueblo, ya para repartírselas después. No es probable le quitaran la corona de espinas, que llevó hasta en la cruz, ya que la razón que motivó la sentencia fue el haberse hecho rey. Entre la sentencia y la ejecución no concedían los romanos tiempo alguno al reo, que era en seguida ajusticiado; así lo hicieron con Jesús: *Y lo llevaron a crucificar*.

Dada la orden al lictor para que trajera la cruz, si las había dispuestas, o la arreglara en caso contrario, tomóla Jesús y la cargó sobre sus hombros; los mismos reos debían llevar su patíbulo hasta el lugar de su ejecución: *Y llevando su cruz a cuestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota*. Es casi cierto que la Cruz de Jesús no fue la llamada «decussata», en forma de X, ni la «commissa», en forma de T, sino la «immissa», o latina, cuya forma nos es tan familiar. Gólgota equivale a «cráneo», «calvaria», y era así llamada, no la colina, que no llegaba a tal, sino una prominencia rocosa, que afectaba la forma de una calva y los muros de la ciudad. Parece ser de origen cristiano la leyenda, que otro carácter no tiene, que supone a Adán enterrado en el Calvario, y que de aquí derivaría el nombre del lugar.

Pero la cruz era pesada: bien que no tuvo seguramente el gran tamaño que le atribuye la iconografía cristiana, debía ser bastante gruesa para soportar el peso del cuerpo de un hombre. Ni era corto el camino, desde el pretorio, al norte del Templo, donde empieza la «Vía dolorosa», hasta el lugar del suplicio; oscila la distancia que separa los dos extremos del camino recorrido por Jesús, según los comentaristas, entre 820 y 1.220 pasos. Además, Jesús estaba extenuado, por la agonía de la noche anterior, por la fatiga, el hambre y el insomnio, por los azotes y malos tratos de toda suerte. Comprendieron los soldados que Jesús podía morir antes de llegar al lugar del suplicio, ni querían los judíos verse privados del goce infame de verle morir. Y, por esto, *cuando lo llevaban, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro y Rufo, que hallaron al salir*, probablemente de la ciudad; *un transeúnte que venía de una granja, a quien alquilaron para que llevara la cruz: y le cargaron la cruz, para que la llevara en pos de Jesús*. Era Cirene una ciudad floreciente de la Libia, donde había muchos judíos; ciertamente lo era Simón, a juzgar por el nombre. Han creído algunos que Jesús y Simón llevaron simultáneamente la cruz, cargando cada uno un extremo de ella, Jesús el delantero; más que una equivocada interpretación del «en pos de Jesús», es error debido a algunos artistas, que así arbitrariamente han reproducido este pasaje del Evangelio.

LAS HIJAS DE JERUSALÉN (Lc. 27-32).—Seguía su camino Jesús con su cortejo, precedida la comitiva por el centurión, que debía presidir el suplicio, a quien seguía el heraldo, que proclamaba en voz alta la causa de la condenación del reo, y la víctima, con un retén de legionarios encargados de la crucifixión; y en pos de todos ellos, copiosa muchedumbre, ávida del próximo espectáculo: *Y le seguía una grande multitud del pueblo, y de mujeres, las cuales lloraban y plañían*. Un decreto especial prohibía las manifestaciones de dolor en la ejecución de los criminales; pero estas piadosas mujeres, que no deben confundirse con las que de la Galilea solían acompañar a Jesús, saben que Jesús es un santo doctor y taumaturgo, condenado por la envidia de los sinedristas: y lloran, y se percuten el pecho de dolor, según el griego, y, al paso de Jesús, o en pos de él, haciendo grandes demostraciones de duelo, y lamentándose en alta voz, como suelen los orientales.

Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí: grandes motivos de dolor tenéis, pero desviad de mí vuestro dolor: yo no hago sino beber el cáliz que me ha dado

el Padre, redimir el mundo con mi muerte, preparar con ella mi glorificación. *Antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos*: justo es vuestro dolor, porque se acercan los días de la venganza que de vuestro pueblo tomará Dios por mi muerte.

Y pasa a describir Jesús la próxima calamidad del pueblo judío, la que podrán ver algunas de las que lloran, tan inminente es la desgracia: *Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar*. Con acumulación de frases equivalentes pondera Jesús la dicha de las estériles: para la mujer de Israel, la fecundidad es una bendición de Dios; mas entonces no, porque a los propios males, verán las madres sumarse los que sufrirán sus hijos; a mayor número de ellos, más aumentará su pena. Y generalizando Jesús su pensamiento, pondera los males gravísimos que vendrán sobre toda la nación: tan grandes serán los sufrimientos presentes y los temores de los futuros, que querrán morir de muerte desastrada antes que tener que soportarlos: *Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los Collados: Cubridnos*, sepultadnos (cf. Os. 10, 8; Apoc. 6, 16).

Termina Jesús sus terribles y conmovedoras frases con esta locución proverbial, que encierra la razón de los males que aguardan a la nación prevaricadora: *Porque, si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?* El árbol verde es en las Escrituras símbolo del hombre justo (cf. Ps. 1, 3; Ier. 17, 8). Si sobre mí, siendo inocente y la misma inocencia, porque he salido fiador de los pecados ajenos, han venido tamaños tormentos y tan afrentosa muerte, ¿qué no corresponderá a un pueblo cargado ya de pecados, que ha añadido a ellos el de condenar al mismo Hijo de Dios?

Nota aquí el Evangelista que en la comitiva que se dirigía al Calvario había dos facinerosos, también condenados a muerte; los hallaremos más tarde a ambos lados del Señor clavado en cruz: debía realizarse la profecía de Isaías (53, 12), según la que el Cristo debía ser computado entre los malvados: *Y llevaban también con él otros dos, que eran malhechores, para hacerlos morir*.

Lecciones morales.—A) IOH. v. 17.—*Y llevando su cruz a cuestas, salió para aquel lugar que se llamaba Calvario...*—¡Grandioso espectáculo!, exclama San Agustín. Pero si lo contempla la impiedad, ¡grande vergüenza! Si la piedad, ¡gran misterio! Ríese la impiedad de que en vez del real cetro lleve este rey el leño de su suplicio; pero contempla la piedad a este rey que lleva la cruz, en la que él mismo voluntariamente quería ser clavado, para después clavarla en la misma frente de los reyes. Es Jesús despreciable a los ojos de los impíos, en aquello mismo en que se gloriarán los

corazones de los santos. Recomendaba Jesús la cruz que llevaba sobre sus hombros: quien era la luz que no debía permanecer debajo del celamín, llevaba el candelabro desde el cual debía alumbrar a todo el mundo. ¿Gloriémonos en la gloriosa cruz!

b) Lc. v. 26. — *Tomaron un hombre de Cirene... y le cargaron la cruz...* — Este hombre de Cirene eres tú, cristiano, si quieres ser digno de tal nombre. Simón significa «obediente», dice Beda; Cirene, «heredero»; si obedeciendo a la voz de Jesús que te dice: «El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame» (Mt. 16, 24), lo haces de verdad, poniendo la cruz como bandera de toda tu vida, entonces serás heredero de la gloria. Es la teoría paulina de nuestra vida cristiana y de su premio eterno: «Si padecemos con Cristo, seremos glorificados con Cristo» (Rom. 8, 17). Jesús, por sus tormentos, mereció entrar en su gloria (Lc. 24, 26); nosotros, con los nuestros, inevitables, debemos entrar en la nuestra. Peor si no convertimos nuestras penas en cruz, sobrenaturalizándolas, porque entonces sufriremos sin premio. No hay otro camino para lograr éste que el camino real de la santa Cruz.

c) v. 27. — *Y le seguía una grande multitud del pueblo...* — Pero no todos le seguían con los mismos sentimientos: lloraban las mujeres; aguardaban otros, curiosos, el cruento espectáculo; seguían muchos lleno el corazón de odio contra Jesús; quizás los codiciosos soldados esperaban repartirse las vestiduras del reo. Es la imagen de lo que sucede con los seguidores de Cristo en nuestros días. Es tan miserable la condición humana, que hasta haciendo el camino de nuestra salvación, y gloriándonos de seguir a Jesús, damos cuerpo y pábulo a nuestras pasiones. Cada cual pretende seguir a Jesús siguiéndole a su manera. Pero no hay más que una manera de seguir a Jesús: despojándonos de todo lo que no pueda ir en la compañía de Jesús, y revistiéndonos del espíritu de Jesús. Quien no sigue a Jesús no es digno de él, dijo el mismo Señor (Mt. 10, 38). Podemos añadir: Tampoco es digno de Jesús quien no le sigue identificándose con él. Porque quien no sigue así a Jesús, no le sigue; no hace más que de comparsa de su comitiva, sin que le anime el espíritu, que es el que le une a Jesús.

d) v. 28. — *No lloréis sobre mí...* — Dentro de tres días saldrá Jesús triunfante del sepulcro: habrá pasado el Mar Rojo de su pasión y cantará el triunfo definitivo sobre la muerte y sobre sus enemigos; y oirá los ¡aleluyas! eternos con que en la tierra y en el cielo se magnificará su gloria. Por esto no deben llorar sobre Jesús. Sobre ellas sí, y sobre sus hijos deben llorar, porque se acercan los días de la ruina y de Jerusalén, y sobre todo, porque llevarán sobre sí la maldición que el pueblo ha pedido por la generación presente y las futuras. Compadezcamos a Jesús, compartamos los dolores y afrentas de su pasión, que es condición de nuestra glorificación futura; pero más bien pidamos a Jesús que por estos mismos dolores y muerte se compadezca de nosotros, que se la causamos con nuestros pecados. Cristo ya no puede padecer ni morir: queda sólo la historia de su pasión, que tantas lágrimas ha arrancado de las almas santas y que han sido el baño purificador de las humanas generaciones. Esta debe ser la razón de nuestras

lágrimas: nuestra mala vida. Sobre nosotros debemos llorar para que la pasión de Cristo nos regenere.

E) v. 31. — *Si en el árbol verde hacen esto...* — Es decir, si yo, que no hice pecado, y que soy llamado «árbol de la vida», dice San Beda, no pude excusarme del fuego de los tormentos y del dolor, ¿cómo podréis excusaros vosotros, leños secos, cargados de pecados, en vez de frutos, sin savia de vida eterna? No temamos los sufrimientos: si los recibimos en Cristo y por Cristo, nos harán vivir con la lozanía de las ramas injertadas en Cristo.

217. — LA CRUCIFIXIÓN: Mc. 15, 23.25.27.28
(Mt. 27, 34; Lc. 23, 33; Joh. 19, 18)

EL TÍTULO DE LA CRUZ: IOH. 19, 19-22
(Mt. 27, 37; Mc. 15, 26; Lc. 23, 38)

SORTEO DE LAS VESTIDURAS: IOH. 19, 23.24
(Mt. 27, 35; Mc. 15, 24; Lc. 23, 34)

Sigue la lección de los «Passio» en los días respectivos

MC 23 Y le daban a beber vino mezclado con mirra ^My hiel, y ^Mhabiéndolo gustado, no lo tomó. ²⁵Era, pues, la hora de tercia cuando lo crucificaron. ²⁷Y crucificaron con él dos ladrones: el uno a su derecha, y el otro a su izquierda, ¹y en medio Jesús. ²⁸Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fue contado entre los malvados.

¹⁹Y Pilatos escribió también el título ^{MC}de su causa; y lo puso sobre la cruz, ^Msobre su cabeza. Y estaba escrito: ^MEste es JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS. ²⁰Y muchos de los judíos leyeron este título: porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. ²¹Y decían a Pilatos los pontífices de los judíos: No escribas «rey de los judíos»: sino que él dijo: «Rey soy de los judíos». ²²Respondió Pilatos: Lo que he escrito, escrito queda.

²³Los soldados, después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras (y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte) y la túnica. ¹Y dividiendo sus vestiduras, echaron suertes ^{MC}sobre ellas, para ver lo que llevaría cada uno. Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba. ²⁴Y dijeron unos a otros: No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, para quién será. Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí: y echaron suerte sobre mi vestidura. Y los soldados ciertamente hicieron esto.

Explicación. — Del viaje, fatigosísimo para Jesús, del pretorio al Calvario, no nos refieren los Evangelistas otros episodios que el del Cireneo y el de las compasivas mujeres de Jerusalén. De las narraciones relativas a la Verónica y al encuentro de la Virgen

en la calle de la Amargura nada dicen los Evangelios: quizá contengan algún elemento histórico; pero es evidente el carácter legendario de muchos de sus detalles. Por lo demás, convienen los cuatro Evangelistas en la mayor parte de los hechos acaecidos en el lugar de la crucifixión, aunque se completan y explican mutuamente; mas no siguen el mismo orden en la narración. Marcos es en este punto el más ordenado y sintético de los sinópticos; Juan, el más completo en los dos hechos que de él tomamos.

LA CRUCIFIXIÓN (Mc. 23.25.27.28). — Léese en el libro de los Proverbios (31, 6.7): «Dad... vino a los que están en amargura de corazón: beban... y no se acuerden más de su dolor»: fundada en la interpretación libre de este pasaje, introdujose entre los judíos la costumbre, que los romanos respetaron, de dar a los que iban a ser ajusticiados una bebida que, al tiempo que levantaba las caídas fuerzas del reo, por su carácter narcótico embotaba su sensibilidad: era el vino generoso, en el que se disolvían unos granos de mirra. Solían preparar este supremo obsequio a los infelices las mujeres nobles de la ciudad. Observóse en la crucifixión de Jesús esta costumbre: *Y le daba a beber vino mezclado con mirra y hiel*: si así fue, que echaran hiel en el vino, se contaría ello entre los especiales ultrajes que recibió el Señor en su hora suprema; pero la voz griega equivalente indica más bien una hierba amarga, probablemente la adormidera, cuyo jugo es de mucha fuerza narcotizante. Jesús, cuya amabilidad no le consentía rechazar totalmente el obsequio de las piadosas mujeres, recibió el vaso que le ofrecían los soldados, y *habiéndolo gustado*, lo rehusó por voluntad de experimentar en toda su acerbidad los dolores de la crucifixión: *no lo tomó*.

Había llegado ya el momento de la crucifixión: *Era, pues, la hora de tercia cuando lo crucificaron*. Analicemos estas breves palabras, que contienen la hora y el hecho de la ejecución de la sentencia terrible.

¿A qué hora del día fue crucificado el Señor? Marcos, tan preciso siempre en lo que a detalles se refiere, señala la hora tercia; Juan (19, 14) dice que era aproximadamente la hora sexta. Es indudable que ambos Evangelistas cuentan las horas desde la salida del sol: así, según Marcos, la crucifixión habría tenido lugar a las nueve de la mañana; según Juan, cerca de las doce. Para conciliar ambas narraciones han creído algunos que se debe a error de los copistas la diferencia de horas señaladas en ambos Evangelios; no es así, por cuanto el mayor número de los códices, y los

mejores, llevan esta lección. Pretenden otros que la hora de tercia se extendía de nueve a doce, y la de sexta, de doce a tres de la tarde: la explicación sería fácil en esta hipótesis, ya que las inmediaciones del mediodía serían aún la hora tercia y aproximadamente la de sexta. Parece lo más aceptable tomar las horas que nos dan ambos Evangelistas en su sentido natural, pero no con precisión ni los Evangelistas disponían de cronómetros para precisar el tiempo, ni las horas tenían igual duración en todas las épocas del año. Siendo, pues, bastante vaga la indicación de Juan, y pudiendo correr la hora de tercia desde las ocho a las diez de la mañana, podemos situar el acto de la crucifixión sobre las diez; a más de que no sería tan breve la terrible escena desde que empezó hasta que quedó izada la cruz con la divina Víctima ante la multitud.

Por lo que a la misma crucifixión se refiere, baste decir que era suplicio de esclavos y que, según Cicerón, era el más atroz y cruel de los suplicios. El reo era clavado en cruz totalmente desnudo, aunque parece era práctica de los judíos cubrir la cintura de los desgraciados con un lienzo, y así se haría con Jesús, según testimonio de la tradición. No solía la cruz pasar en longitud del doble de la altura del cuerpo humano; así, no era raro que los chacales alcanzaran, llegada la noche, a devorar los cuerpos de los ajusticiados. Tenía la cruz, hacia la mitad del asta vertical, un apéndice horizontal saliente, donde, a guisa de caballete, descansaba el reo a horcajadas; ignoramos si lo tuvo la cruz del Señor. Era el reo a veces clavado sobre la cruz horizontal en el suelo, para ser luego izada junto con el ajusticiado; pero de ordinario se suspendía a la víctima con cuerdas o poleas en la cruz ya fija en tierra, hasta montar sobre el caballete, para ser luego clavado por las manos, y luego por los pies, que a veces sólo se ataban a la cruz: los de Jesús fueron clavados (cf. Ps. 21, 17; Lc. 24, 39.40). Es lo más probable que lo fueron con dos clavos, uno para cada pie, y que no descansaron sobre la pequeña peana con que algunos artistas les representan. Nada nos dicen los Evangelistas de todos estos detalles, velando la crudísima realidad con la simple consignación del hecho, para el que no tienen los cuatro más que una palabra: «Le crucificaron» (cf. Mt. 27, 35; Mc. 15, 24; Lc. 23, 33; Ioh. 19, 18).

Era la cruz suplicio de ladrones: dos de ellos fueron crucificados junto con el Señor: *Y crucificaron con él dos ladrones, el uno a su derecha, y el otro a su izquierda, y en medio Jesús*: así era mayor la ignominia, porque aparecía el Señor como el más significado de los ajusticiados. No serían los ladrones atados a la cruz,

como nos los representa a veces el arte, sino cosidos a ella con clavos, como el Señor. Nota el Evangelista la realización de la profecía de Isaías (53, 12): *Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fue contado entre los malvados.*

EL TÍTULO DE LA CRUZ (Ioh. 19-22).— Sobre la cruz y en el extremo superior del asta vertical solía fijarse una tablilla de madera en la que contaba la razón o causa de la condenación del reo, escrita en caracteres rojos o negros. Esta tablilla era llevada al lugar del suplicio a veces por el mismo reo, que la llevaba colgada al cuello, otras por uno de la comitiva, clavada la tablilla en lo alto de una pértiga, para que fuese fácilmente legible. El mismo Pilato, por su carácter de juez, redactó la inscripción y mandó ponerla sobre la cruz: *Y Pilato escribió también el título de su causa; y lo puso sobre la cruz, sobre su cabeza.*

Los cuatro Evangelistas dan con ligeras variantes el texto de la inscripción: los cuatro hacen constar el carácter de rey de los judíos por que era condenado Jesús; Juan es quien da la inscripción más completa: *Y estaba escrito: Este es JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS*; consígnase en ella el nombre, el país y el supuesto crimen del ajusticiado. Razón tuvo Pilato de inscribir la realeza de Jesús como causa de su condenación, y no otro cualquiera de los motivos alegados por sus enemigos, la blasfemia, sedición, etc.: como pretendiente a la realeza había sido acusado; él mismo había dicho que era rey; como rey le había saludado el pueblo hacía pocos días (Lc. 19, 38); a más de que con ello se vengaba Pilato de los sinedritas orgullosos, ofreciendo a la vista de todos aquel rey de aspecto tan desgraciado. Pero fue providencia especial de Dios la redacción del título de la cruz proclamando la realeza de Jesús: él es la proclamación del reinado del Mesías; él indica al restaurador del caído trono de David, a quien esperaba el pueblo de Israel (cf. Ier. 22, 30; 23, 5; Ez. 21, 27).

Solían los reos ser ajusticiados en las afueras de las ciudades, pero en lugares de mucho tránsito, para satisfacción de la pública vindicta y escarmiento de gente maleante. Así se hizo con Jesús, que padeció fuera de los muros de la ciudad, aunque posteriormente una nueva línea de defensa construida por Agripa encerró en el recinto de Jerusalén el lugar del Calvario y del sepulcro del Señor. Por la enorme concurrencia de peregrinos con motivo de la Pascua, fueron muchos los que pudieron leer la inscripción: Pilato la había mandado redactar en los tres idiomas más usados en el país, el arameo o hebreo vulgar, que era el lenguaje del pue-

blo, y el griego, y el latín, hablados por los extranjeros y los judíos de la Diáspora: *Y muchos de los judíos leyeron este título: porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín: era ello como la proclamación de la universalidad de la realeza de Jesús.*

Llevaron a mal los sinedritas la forma asertiva del cartelón, en el que no se habrían fijado, en la exasperación de su furor y en las prisas por la ejecución de la sentencia; de ello se quejan a Pilato: *Y decían a Pilato los pontífices de los judíos: No escribas «rey de los judíos»: sino que él dijo: «Rey soy de los judíos».* Pero Pilato, que se ha vengado de sus obstinados adversarios, gózase en la humillación que sienten ellos por tener ante sus ojos a tal rey, y, con firmeza y tenacidad tardía, niégase a enmendar la inscripción, que está como él la formuló: *Respondió Pilato: Lo que he escrito, escrito queda.*

SORTEO DE LAS VESTIDURAS (Ioh. 23.24).—Según se desprende del versículo 23, fueron cuatro los soldados que llevaron a cabo la crucifixión del Señor. Las vestiduras de los ajusticiados quedaban de propiedad de los verdugos, según costumbre romana que más tarde se derogó; por esto vemos a los cuatro soldados repartirse por suerte, después de la crucifixión, las piezas que formaban la indumentaria del Señor; ellas eran cuatro, a más de la túnica, probablemente la túnica interior, el cingulo, las sandalias y el palio o capa: *Los soldados, después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras (y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte) y la túnica.*

Fueron dos los sorteos de las vestiduras, según se desprende de Marcos: el primero, para señalar la pieza que de las cuatro tocaría a cada uno de los soldados: *Y dividiendo sus vestiduras, echaron suertes sobre ellas, para ver lo que llevaría cada uno, pues no eran todas del mismo valor.* El segundo fue para adjudicar la túnica a uno solo, pues no estando formada por distintas piezas de tela cosidas, como de costumbre, sino que era de una sola pieza, del cuello a los pies, de poco hubiesen servido los trozos en que se hubiese partido: *Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba, del cuello a los pies, como suelen llevarla aún algunos en Oriente. Y dijeron unos a otros: No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, para quién será:* no faltarán espectadores que la compren a buen precio, con ganancia del soldado favorecido por la suerte; quizá querrá rescatarla la misma madre del Señor.

El Evangelista ve en este episodio el cumplimiento del vaticinio que contiene el Salmo 21, cuyas primeras palabras pronunció Cristo en la Cruz: *Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí: y echaron suerte sobre mi vestidura* (Ps. 21, 19). Fueron los soldados, inconscientes, atentos sólo a su codicia, los que realizaron aquella profecía: *Y los soldados ciertamente hicieron esto*; es testigo presencial quien lo refiere.

Lecciones morales. A) Mc. v. 23.—*Y le daban a beber vino mezclado con mirra...*—Es amarguísimo el vino mezclado con mirra, dice San Agustín, y más si a la mirra se añadió la hiel, o alguna otra hierba amarga y narcotizante. Este amarguísimo vino es fruto de la amarguísima vid del pecado, dice San Beda, del que se propinó a Jesús para que se cumpliera la profecía: «Diéronme hiel para comida, y en mi sed me abrevaron con vinagre» (Ps. 68, 22). Pero con este vino, añade San Jerónimo, se limpia la mancha que en nosotros causó el jugo de la manzana prohibida.

B) v. 27.—*Y crucificaron con él dos ladrones...*—Computado Jesús entre los malvados, dice San Jerónimo, dejó el de la izquierda, y tomó al de la derecha, como lo hará el día del juicio. He aquí que, con igual crimen, acaban con suerte distinta: uno precede a Pedro en el paraíso; otro antecede a Judas en el infierno. Con una confesión breve adquirió el primero una larga vida; el otro, por una blasfemia breve es castigado con eterna pena. Todos podemos ser reputados como malos ante Jesús; todos somos malhechores, porque todos hemos pecado; nuestra suerte dependerá de que la pongamos en manos de Jesús.

C) Ioh. v. 19.—*Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.*—Revela esta inscripción, dice San Beda, que el que moría no veía morir consigo su reino, sino que por su muerte lo inauguraba. Pero, añade San Agustín: ¿Es Jesús sólo rey de los judíos, o de todo el mundo? De todo el mundo, responde, según aquello: «Yo he sido constituido rey por él sobre la montaña santa de Sión: pídemme, y te daré todas las gentes en herencia» (Ps. 2, 6,8). Hay un gran misterio encerrado en este título: y es que el olivo silvestre de que nos habla el Apóstol, es decir, el pueblo gentil (Rom. 11, 17,24), ha sido hecho partícipe de la unción del verdadero olivo, que era el pueblo hebreo; pero el verdadero olivo no ha participado de la amargura del jugo del oleastro. Por lo mismo, Jesús es rey de los judíos, no según la circuncisión de la carne, sino del corazón y del espíritu (Rom. 2, 29). He aquí la manera de ser súbditos de este rey: sometiéndonos de pensamiento, voluntad, palabra y obra a las exigencias de su ley.

D) v. 20.—*Estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.*—Es signo, dice Teofilacto, de la realeza teológica, física y práctica de Jesús: de la primera, significada por las palabras hebraicas, porque el pueblo hebreo era el custodio e intérprete de los oráculos de las Escrituras; la segunda, por las griegas, porque la civilización helénica se distinguió por el estudio de la naturaleza; la tercera, por las latinas, por cuanto los romanos sobrepujaron a

los demás pueblos por la fuerza de sus armas y la prudencia de sus legisladores. Es el símbolo de la universalidad de la realeza de Jesús. Y de la universalidad de su sacrificio, que se ofrecerá desde oriente a occidente (Mal. 1, 11): remembranza de esta inscripción trilingüe es, en la Liturgia de la Misa Romana, el hecho de que tenga palabras de las tres lenguas: la latina, que forma el texto; el «Kyrie eleison», de la griega; y el «Sabaot» y «Amen» de la hebrea. ¡Qué sabia y minuciosa providencia en las grandes y pequeñas cosas de nuestra religión!

E) v. 23.—*Mas la túnica no tenía costura...*—Las cuatro piezas de la vestidura de Jesús significan las cuatro partes de la Iglesia, dice San Agustín, que se ha dilatado por los cuatro puntos cardinales; la túnica significa la indivisibilidad de la misma Iglesia cuyas partes están todas unidas por la caridad. Desde arriba está tejida la unidad, de la Iglesia, como la túnica de Jesús, porque es la caridad, que lo preside todo y es lo más excelso de todo, la que ha obrado el prodigio de la unidad, en la que están comprendidos todos los que están en comunión con la Iglesia católica. Es inconsútil la Iglesia, como la túnica del Señor, porque no puede partirse sin que deje de ser entera; o mejor, siempre es entera la túnica de la Iglesia, porque el que se divide de ella, ya a ella no pertenece. De ello debemos aprender a estimar cuanto valen la fe y la caridad, que nos hacen una misma cosa a todos, y a todos una misma cosa con Jesús; y a temer toda escisión que en la misma Iglesia pueda producirse, por falta de unidad en el pensamiento o de concordia de voluntad.

F) v. 24.—*Y los soldados ciertamente hicieron esto.*—No es cosa de extrañar que los soldados, codiciosos de tener la pieza entera, no la quisieran partir y la echaran suertes. Ni lo consignaría el Evangelista, si no fuera por la maravillosa manera cómo, durante la vida de Jesús, y especialmente en la hora de su pasión y muerte, iban realizándose las profecías antiguas, hasta las más inverosímiles y minuciosas. Porque esta de la partición de los vestidos y de su sorteo es tan rara, que sólo Dios la podía escribir porque sólo El pudo hacer que se realizara en la historia. En medio de la confusión trágica de aquellas horas, cuandos los hombres estaban atentos cada uno a su quehacer, los escribas a regalarle en su triunfo, los indiferentes gozando de la gran fiesta ciudadana, los Apóstoles huyendo del peligro, Dios iba bordando en la trama de la historia, sin advertirlo nadie, el dibujo, al parecer caprichoso, de admirable unidad y belleza en la realidad, que él mismo había trazado centenares de años antes. Ninguna religión tiene estas maravillas, sino la nuestra santísima.

218. — INJURIAS A JESUS CRUCIFICADO

Lc. 23, 34-37; Mt. 27, 39-44

(Mc. 15, 29-32)

EL BUEN LADRON: Lc. 23, 39-43

Sigue la lección de los «Passio» en los días respectivos

^{L 34} Mas Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. ³⁵ Y el pueblo estaba mirando.

^{M 39} Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas, ⁴⁰ y diciendo: ¡Ah! Tú, el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

⁴¹ Así mismo insultándole también los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, decían, ^{Mc} hablando entre sí: ⁴² A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar: si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, ^{Mc} para que lo veamos y le creamos. ^L Sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo elegido de Dios. ⁴³ Confió en Dios: librélo ahora, si le ama: pues dijo: Hijo soy de Dios.

⁴⁴ Y los ladrones que estaban crucificados con él, le impropereaban.

^{L 36} Le escarnecían también los soldados, acercándose a él, y presentándole vinagre, ³⁷ y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

^{L 39} Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados, le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. ⁴⁰ Mas el otro, respondiendo, le reprendió, diciéndole: Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio. ⁴¹ Y nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, porque recibimos el pago de lo que hicimos; mas éste ningún mal ha hecho. ⁴² Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino. ⁴³ Y Jesús le dijo: En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Explicación. — Junto a la cruz en que pendía Jesús agolpáronse toda suerte de gentes, de los que llegaban a la ciudad y de los que de ella salían: la solemnidad del día, la oportunidad de la hora, lo concurrido del lugar, la misma fama de Jesús, fueron causa de que allí se congregaran la gente del pueblo, los sinedritas, los soldados, profiriendo contra Jesús terribles blasfemias; desde lo alto de su cruz se unían al infernal concierto los ladrones.

PRIMERA PALABRA DE JESÚS: EL PUEBLO (Lc. 23.35). — El Evangelio de Lucas ha sido con razón llamado el Evangelio de la misericordia; en esta lección aparece dos veces la gran misericordia

del corazón de Cristo: en la oración que hace al Padre por sus enemigos y en la gracia que del cielo hace al buen ladrón. *Mas Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Probablemente fue dicha esta palabra, que sólo refiere Lucas, en el acto de la crucifixión y repetidas veces, pues el verbo «decir» tiene en el original griego forma iterativa. Toda ella respira piedad: piedad filial, llamando a Dios Padre, para que por el ruego de tal Hijo se mueva a perdonar a los criminales; piedad del perdón, queriendo no se les tenga en cuenta a sus enemigos el acto horrible a que sus pasiones le han conducido; piedad más profunda aún, atribuyendo el crimen no a la malicia, de que tantas pruebas habían dado sus adversarios, sino a su ignorancia del carácter de Mesías que no reconocían en él. A esta oración de Jesús atribuyen los intérpretes la rápida conversión de muchos miles, probablemente de los que allí estaban (Act. 6, 7; 15, 5).

Y el pueblo estaba mirando: es un trazo particular de Lucas, en que se revela la psicología de la masa popular; poco días ha le aclamaba rey de Israel; hoy mismo, arrastrado por los sinedritas, ha pedido la sangre de Jesús sobre sí y sobre sus hijos; ahora asiste curioso al espectáculo; dentro de poco se volverá a la ciudad, golpeando muchos sus pechos (v. 48). Algunos, no obstante, como se colige de la lectura total del versículo 35, acompañaban a los sinedritas en las blasfemias.

INJURIAS DE LOS TRANSEÚNTES (Mt. 39.40).—A los tormentos de la cruz añaden los circunstantes el aguijón de sus punzantes palabras. Son en primer lugar los que pasan por el camino junto al cual está la cruz: *Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas:* a las palabras irreverentes añaden el gesto despectivo y de burla, como lo son ciertos movimientos de cabeza (cf. Iob 16, 5; Ps. 43, 15; 108, 25; Is. 37, 22; Ier. 18, 16). Cita el Evangelista una forma de las muchas con que sería Jesús injuriado: *Y diciendo: ¡Ah! Tú, interjección del insulto, de burla por impotencia, el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo:* te gloriabas de aniquilar la fábrica inmensa de nuestro Templo, y reedificarla en pocos días; más fácil te sería desasirte de los clavos y bajar de la cruz: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.*

DE LOS SINEDRITAS (41-43). — También los primates de la nación, que habían juzgado a Jesús la noche anterior, pertenecientes la mayor parte de ellos a la secta de los fariseos, acudieron

ante la cruz o denostar al Señor y blasfemar de él, llevando al colmo su rebajamiento: *Asimismo insultándole también los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, decían...* Ya no increpan al Señor directamente como el populacho; salvan las apariencias, pero *hablando entre sí* profieren contra Jesús injurias no menos graves: *A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar:* tan claros y de todos conocidos eran los prodigios obrados por Jesús, que sus mismos enemigos deben confesarlos, mezclando su memoria con los insultos: ha hecho muchos milagros; mas ahora no le vale su poder. Y vengándose de la resistencia de Pilato a cambiar el rótulo de la cruz, añadian irónicamente: *Si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y le creamos:* tampoco le hubiesen creído, como no le creyeron cuando salvaba a otros; como no le creerán cuando haga lo que es más que bajar de la cruz: resucitarse en la sepultura. Dan, por fin, en medio de las burlas, elocuente testimonio de la piedad de Jesús y de su confesión de Hijo de Dios, aunque haciendo servir el recuerdo para mayor escarnio de la Víctima: *Sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo elegido de Dios. Confió en Dios: librélo ahora, si le ama: pues dijo: Hijo soy de Dios.* Todo cuando noble y grande había dicho y hecho el Señor, se lo devuelven en la hora suprema, envuelto en gestos y frases de sangrienta ironía.

DE LOS LADRONES Y SOLDADOS (Mt. 44; Lc. 36.37).—Para colmo de los ultrajes que recibió Jesús en la cruz, hasta los mismos ladrones, mejor, bandidos o salteadores, que con él habían sido ajusticiados, le llenaban de denuestos: *Y los ladrones que estaban crucificados con él le improperiaban.* Lo mismo dice el segundo Evangelista. En cambio, Lucas, como más adelante se verá, afirma que uno solo de los ladrones le denostaba, mientras el otro le proclamaba inocente. Se concuerdan ambas narraciones diciendo que Mateo y Marcos generalizan, afirmando que hicieron ambos lo que sólo hizo uno, como sucede cuando hablamos de categorías de cosas o de personas; o bien que empezaría ambos por injuriar al Señor, pero luego uno de ellos vino a mejores sentimientos con respecto a él.

Los mismos legionarios que daban guardia a Jesús crucificado juntáronse al coro general de improperios contra Jesús: *Le escarnecían también los soldados, acercándose a él, y presentándole vinagre:* quizá se refiere aquí Lucas al mismo hecho de Mt. 27, 49, y Mc. 15, 36; aunque otros creen que estos soldados ofrecieron a Jesús un vaso con la bebida llamada «posca», compuesta de agua,

vinagre y huevos, bebida ordinaria entonces de los soldados romanos. A imitación de los sinedritas, burlábanse los soldados de la aparente impotencia de Jesús, que contrastaba con su título de rey: *Y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.*

EL BUEN LADRÓN (Lc. 39-43).— Este episodio, del que se rezuma la dulcísima piedad del Señor, es propio del tercer Evangelista. Como suelen los hombres desesperados que no pueden escapar al último suplicio, deshacíase uno de los ladrones en injurias contra Jesús: *Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados, le injuriaba.* Injuria y burla sangrienta a la vez encierran sus palabras: *Diciendo: Si tú eres el Cristo, o mejor, en forma interrogativa de irrisión: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros:* te decías Mesías, y ahora aparece tu impostura, pues no eres capaz de salvarnos.

Pero el otro ajusticiado no ha perdido la ecuanimidad, ni en medio de los atroces tormentos, y profiere una serie de admirables sentencias que le hacen digno de la misericordia de Jesús. Primero, increpa a su compañero por su dureza e irreligión en aquellos supremos momentos: *Mas el otro, respondiendo, le reprendió, diciéndole: Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio:* cuando vamos todos a morir, no hacen en ti mella ni el recuerdo de tus crímenes ni el pensamiento del juicio de Dios. En segundo lugar, proclama la justicia con que se les ha condenado a ellos por sus crímenes, y la injusticia de la condenación de Jesús inocente: *Y nosotros, a la verdad, estamos en él justamente porque recibimos el pago de lo que hicimos.* En medio de los generales anatemas contra Cristo, él solo tiene valor para proclamar su santidad: *Mas éste ningún mal ha hecho;* portóse siempre como hombre probo y santo.

Y, finalmente, preparada su alma por la confesión de sus culpas y la declaración de la santidad de Jesús, vuélvese a él rogándole, en humilde y confiadísima plegaria, le tenga presente cuando esté en su reino: *Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino:* cuando disfrutes del real dominio, no te olvides de mí. Oyó el buen ladrón que se atribuía a Jesús la cualidad de rey y de Mesías; vio la paciencia y magnanimidad del Señor, y le creyó tal como de él se decía: quizás un rey glorioso que después de muerto volvería para fundar su reino, como creían los Apóstoles (Act. 1, 6); pero seguramente también un reino ultramundano, por cuanto sabía el ladrón que estaba próxima su muerte.

Pero, sobre todo, era la gracia de Dios la que había venido a él para llevarle a la vida eterna.

Los dones de Dios rebasan siempre nuestras plegarias: Jesús, a quien el buen ladrón acaba de pedir tenga buena memoria de él, le promete con juramento la suma felicidad de la fruición de Dios para aquel mismo día: *Y Jesús le dijo: En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.* Es la segunda palabra de Jesús en la cruz. El paraíso es locución metafórica para expresar un lugar de dicha y reposo: bajó aquel día el buen ladrón al limbo, donde gozó ya de la divinidad de Jesús.

Lecciones morales. — A) Lc. v. 34. — *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* — Pudo perdonar Jesús personalmente a sus enemigos y librarlos de sus pecados, como Dios que era, dice el Crisóstomo; pero quiso orar así para darnos el ejemplo en perdonar a nuestros enemigos. ¿Quién no los tiene? Aun cuando no queramos, surgirá nuestro enemigo donde, cuando y en la persona que menos pensemos. Son muchos factores los creadores de enemistad: tantos como pueden rozarnos y molestarnos en nuestro movimiento en el campo de la vida. Nuestras pasiones y las ajenas lo crean; la misma justicia nos los puede acarrear; este factor tan desconocido como universal, que llamamos antipatía, prepara el camino para las enemistades profundas. Es difícil el perdón de los enemigos, y más cuando no nos los hemos creado nosotros, y más aún cuando se han creado a pesar de nuestros buenos deseos de concordia con todos. En estos casos difíciles, nada mejor que acordarnos del inocentísimo Jesús, clavado en cruz, perdonando y rogando al Padre perdonara a sus encarnizados enemigos.

B) Mt. v. 40. — *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.* — Como si el estar clavado en cruz pudiera ser señal de no ser Hijo de Dios, dice el Crisóstomo. ¿Acaso los sufrimientos por que hicisteis pasar a los viejos santos y profetas fueron obstáculo a su santidad y a su gloria? ¿Cómo podrían serlo a la de Jesús los suplicios atroces a que le sometéis. Es que la persecución es muchas veces prueba de la santidad: Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia; y, ¿qué más justicia que la que buscaba Jesús, que no era otra que el sumo y universal equilibrio de las cosas humanas ante Dios? ¿Qué extraño que se desencadenara contra él el torbellino de todas las persecuciones? Y si esto da la bienaventuranza, ¿por qué debía precipitarse el Señor bajando de la cruz antes de tiempo? No bajará de la cruz vivo, dice San Jerónimo, pero subirá del sepulcro donde estaba muerto: ahora debe permanecer en la cruz para vencer al diablo.

C) Lc. v. 40. — *Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio.* — En las horas tremendas inmediatas a la muerte acostumbra el hombre sentir la pena de los pasados extravíos y el temor de los castigos de Dios, cuyo juicio es inminente. ¡Ay de los hombres de corazón endurecido, a quienes nada conmueve, en el orden moral y ultramundano, en la hora de la muerte! Han per-

dido la sensibilidad religiosa y moral; y ésta no suele perderse sino después de una vida llena de obstinación, de pensamiento y de corazón. Haga Dios conservemos, aun en medio de nuestras defecciones o negligencias, muy vivo el sentido de nuestras postrimerias: como es ello el gran remedio para no pecar, así es su olvido el medio de adormecernos en el mal, y llevar nuestra insensibilidad hasta la hora postrera de la vida.

d) v. 43.—*Hoy estarás conmigo en el paraíso.*—¡Qué paz y qué serenidad la de Jesús! Está en su gonia, entre atroces dolores, ante la multitud de sus adversarios, que se burlan de su aparente impotencia, y tiene ante sus ojos las perspectivas de su reino de felicidad, que brinda y promete al buen ladrón. Nadie ha muerto jamás así: entre los muchos prodigios del mundo físico y moral realizados en las últimas horas de la vida del Señor, éste es uno de los que llegan más hondo al alma de quien sabe meditar. Porque todo es grande en esta palabra de Jesús: la paz, la generosidad, la piedad, la bondad; es en realidad palabra digna del Dios que la pronunció.

E) Mt. v. 44.—*Los ladrones... le improperaban.*—Para que veamos, dice San Hilario, que todos en el mundo, hasta los malvados, han sufrido escándalo de la Cruz de Cristo. Parece que la comunidad de desgracia debía hacer al ladrón a lo menos tolerante con Cristo, a quien tenía a su lado, muriendo como El; y en aquella hora suprema, los ladrones maldicen, y Cristo es maldecido. Después de este ejemplo, ¿por qué habría de extrañarnos que los malos nos insulten o nos molesten, en las mil formas que tiene la maldad para probar a los buenos, cuando nuestro Maestro y Redentor, en las horas más graves de su vida, de dolor, de afrenta, de abandono de todo el mundo, ve agravada su pena por los insultos de los que con él mueren ajusticiados?

F) Lc. v. 41.—*Mas éste ningún mal ha hecho.*—Confiesa el buen ladrón sus crímenes, y reconoce la inocencia del Justo: por esto se encara con el compañero de crímenes y condena su proceder con Jesús. Como si dijera, dice el Crisóstomo: Mira una injuria nunca vista, que la santidad sea condenada junto con el crimen. Porque nosotros matamos a los vivos; y éste ha dado la vida a los muertos: nosotros hemos hurtado lo ajeno; éste manda dar hasta lo propio. Así se convertía en panegirista de Jesús ante las turbas circunstantes; y cuando vio que no le hacían caso, se volvió Jesús y le dirigió aquella sentida plegaria: «Señor, acuérdate de mí...» Estemos siempre prontos a vindicar la santidad, la grandeza, la divinidad de Jesús ante aquellos que le insultan, le blasfeman, le calumnian. Y no seamos difíciles en confesar nuestras miserias, con humilde sinceridad, cuando de ello ha de venir edificación al prójimo y el perdón por parte de Dios.

g) v. 43.—*Hoy estarás conmigo en el paraíso.*—Es el rey victorioso que vuelve de la batalla y da a aquel su nuevo amigo y súbdito las primicias del botín conquistado, que es la gloria, para sí y para sus seguidores: ¡Feliz ladrón, que hasta en la hora de la muerte sabe robar tan sabiamente el paraíso, cúmulo de todas las riquezas y de todo bienestar! En la facilidad con que ha logrado el perdón y la gloria, después de una vida de crímenes, hemos de

cobrar santos alientos, confiando en que es el mismo Jesús que perdonó al ladrón aquel de quien esperamos la remisión de nuestros pecados.

219. — ULTIMAS PALABRAS DE JESUS Y SU MUERTE

Mt. 27, 45-47; Lc. 23, 46; Ioh. 19, 25-30

(Mt. 27, 48-50; Mc. 15, 33-37; Lc. 23, 44-46)

Sigue la lectura de los «Passio» Evangelio de las Misas de la Santa Lanza y Clavos y de las Cinco Llagas (Ioh. vv. 28-30). Idem de la fiesta de los Siete Dolores (vv. 26-27)

¹²⁵ Y estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. ²⁶ Y como vio Jesús a su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: Mujer, he ahí tu hijo, ²⁷ Después dijo al discípulo: He ahí tu Madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

^{M 45} Mas desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora de nona; ¹ y el sol se oscureció. ⁴⁶ Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con gran voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lamma sabacthani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ⁴⁷ Algunos, pues, de los que allí estaban, cuando esto oyeron, decían: A Elías llama éste.

¹²⁸ Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed. ²⁹ Había allí un vaso lleno de vinagre. ^{MC} Y corriendo uno de ellos, empapó una esponja de vinagre; y ellos, poniendo alrededor de un hisopo la esponja empapada de vinagre, se la aplicaron a la boca. ³⁰ Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: ¡Cumplido está! ¹ Y clamando ^M otra vez con gran voz, ¹ dijo Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. E inclinando la cabeza, entregó su espíritu, ¹ expiró.

Explicación.— Contienen estos tres fragmentos las cinco últimas palabras pronunciadas por Jesús en la cruz. Como se ha notado otras veces, Juan llena aquí los huecos de los demás Evangelistas. Es peculiar suyo el dulce episodio de la recomendación de la madre al discípulo y viceversa.

TERCERA PALABRA: LA MADRE DE JESÚS (Ioh. 25-27).— Contrastaba con la actitud abiertamente hostil de las categorías de espectadores que se acaban de referir la de los allegados a Jesús que le acompañaron en su suplicio. Los sinópticos refieren, después de narrar la muerte del Señor, que allí estaba también, a lo lejos de la cruz, las piadosas mujeres que le habían seguido desde Galilea, de las que nombran algunas (Mt. 27, 55; Mc. 15, 40; Lc. 23, 49).

Juan describe con más detalles el nombre y la situación de los devotos del Señor, con la escena que sigue.

Y estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Algunos intérpretes han creído que on cuatro las mujeres aquí indicadas, suponiendo que la hermana de María Santísima era distinta de María de Cleofás; pero la mayor parte consideran este último nombre como apuesto y descriptivo de «la hermana de su Madre». Tampoco convienen los exégetas en el carácter de esta segunda María, si era esposa o hija de Cleofás: los más entienden que era esposa y que Cleofás fue hermano de San José; en este caso María de Cleofás era hermana cuñada, no carnal, de la Virgen: con lo que desaparece la principal dificultad de los que se resisten a admitir la identificación de la hermana de la Virgen con María de Cleofás, por razón de la igualdad de nombre que llevarían dos hermanas, cosa, por otra parte, no desacostumbrada entre los judíos.

Pero, María Magdalena ¿era la hermana de Lázaro y Marta, de Betania, o una de las piadosas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, ayudándole con sus servicios y haberes? Comúnmente se las identifica; pero Knabenbauer y otros, con argumentos copiosos, demuestran no poder confundirse María de Betania, en la Judea, con la oriunda Magdala, en la Galilea, en la orilla occidental del lago de Genesaret.

Jesús, después de haber rogado al Padre por sus enemigos y abierto el paraíso al buen ladrón, ve junto a sí, en pie, a su Madre y al discípulo predilecto, Juan, que sin duda había seguido a Jesús en todos los episodios de su juicio y pasión; al fijarse en ellos profiere la tercera palabra, en la que se encierran profundas lecciones de cristiana piedad: *Y como vio Jesús a su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: Mujer...* «Mujer» es aquí apelativo de respeto, y equivale a «señora»: solían los orientales llamar así hasta a las personas de más intimidad; y así llama Jesús a su Madre, tal vez para no aumentar más su dolor con el recuerdo del profundo lazo de la maternidad; quizá para que no fuera conocida como Madre de tal Hijo por aquellas turbas desalmadas. *He ahí tu hijo:* éste es quien me sustituye en los obsequios y cuidados que se te deben. Es lección de piedad filial, que debemos especialmente a nuestros padres hasta el último momento de nuestra vida.

Luego, volviéndose al discípulo, le recomienda cumpla con su Madre los deberes de un buen hijo: *Después dijo al discípulo: He ahí tu Madre:* he ahí a la que debes honrar y servir y prestar

todos los oficios de un hijo, amante y solícito. Cumplió inmediatamente el discípulo amado la recomendación suprema del Maestro: *Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa*, en la casa que habitaba, y ya que los Apóstoles lo habían renunciado todo para ir en seguimiento de Jesús, la ayudó con los bienes de su propia madre, una de las piadosas mujeres que siguieron a Jesús y le ayudaron con lo que tenían (Mt. 27, 56); y le prestó todos los obsequios de un buen hijo. Colígese de este pasaje que había ya muerto el Esposo de María a la muerte de Jesús: hubiese sido injurioso para el Padre amantísimo dejar el cuidado de la Madre a otro que no fuese él.

Suele esta tercera palabra de Jesús, en su doble aspecto, explicarse de la maternidad espiritual de adopción de María Santísima para con todos los cristianos, y de la respectiva filiación de éstos para con Ella. Juan, dicen principalmente teólogos y tratadistas de ascética, representaba aquí a todo el pueblo cristiano: María Santísima era, pues, proclamada Madre universal de todos los redimidos. ¿Qué sentir de esta doctrina en orden a la interpretación de este regalado texto?

Respondemos con unas sencillas afirmaciones, que otra cosa no cabe aquí. Es, la primera, que la doctrina de la maternidad espiritual de la Virgen para con todos los cristianos es una verdad teológica universalmente admitida ya por los escritores de los primeros siglos. Segunda: la aplicación del texto que nos ocupa a esta doctrina, quizá no se remonte más allá del siglo XII. Tercera: la generalidad de los exégetas, incluso los modernos, no admiten que el texto que comentamos deba entenderse en su sentido literal de la sobredicha maternidad de adopción. Cuarta: en cambio, la aplicación de dichas palabras a la maternidad de adopción, en su sentido acomodaticio, puede decirse hoy universal. Quinta: no faltan intérpretes que entiendan estas palabras dichas de la maternidad espiritual de la Madre de Dios en un sentido típico, y por consiguiente real-espiritual. Sexta: atendidos todos los adjuntos de orden doctrinal e histórico, creemos que la tercera palabra de Jesús contiene una verdadera promulgación de la maternidad espiritual de la Madre de Dios, y que, cualquiera que sea la norma de interpretación que a dicha palabra se aplique, su sentido debe rebasar el ámbito de una simple acomodación o adaptación.

CUARTA PALABRA (Mt. 45-47). — Había ya transcurrido algún tiempo, tal vez una hora, desde que había sido crucificado Jesús, cuando quiso Dios se asociara la naturaleza a la muerte de su

Hijo con manifestaciones sobrenaturales. La primera fue la oscuridad que se hizo desde mediodía hasta las tres de la tarde: *Mas desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora de nona; y el sol se oscureció.* Cuando nació Jesús, se iluminó de noche la tierra; ahora que va a morir, el día se convierte en noche. Jesús es la Luz: entonces aparecía en el mundo; ahora el mundo la rechaza: Dios asocia las tinieblas de la naturaleza a las del pensamiento del pueblo deicida. Las tinieblas se hicieron sobre toda la región, no sobre todo el globo terráqueo; no fueron efecto de un eclipse, porque era día de plenilunio, estando la luna en oposición con el sol.

Y cerca de la hora de nona, hacia las tres de la tarde, clamó Jesús con gran voz, diciendo: Eli, Eli, «Eloi, Eloi», dice Marcos según la pronunciación galilaica de estas palabras arameas, ¿lamma sabacthani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Ya Celso y Porfirio habían dicho que estas palabras eran un grito de desesperación de Jesús: algún autor moderno lo ha repetido; pero esto es blasfemo para el pacientísimo ajusticiado, y disuena de toda su historia y de su psicología. Es palabra de dolor profundo, de desolación espiritual mayor aún que la que había sentido la noche pasada en Getsemaní. Es abandono del Padre, en cuanto deja al Hijo solo, con sus atroces sufrimientos del cuerpo, que se agravan a medida que se prolongan, y de las congojas de su espíritu, destituido de todo consuelo divino y humano; quizás dejó que el mismo demonio le atormentara: era su hora (Lc. 22, 53; Ioh. 12, 31). Las palabras son el comienzo del Salmo 21, con lo que el mismo Jesús autoriza la mesianidad de un salmo que con razón se ha dicho ser el salmo de la pasión y del triunfo del Señor. Quizá Jesús lo pronunció entero en la cruz; nunca como entonces habrá tenido un sentido más trágico la parte relativa a los tormentos.

Algunos, pues, de los que allí estaban, judíos ciertamente, dada la naturaleza del episodio, cuando esto oyeron, sea que interpretaran mal las palabras del Señor, sea, lo más comúnmente admitido, que las tomaran a chanza, añadiendo con ello nuevo agravio a Jesús, decían: A Elías llama éste. A Elías se le atribuía el oficio de precursor del Mesías, a más de que tenían los judíos al gran profeta como protector de los afligidos. Pudieron ser estas palabras un bajo chiste, como revelar una curiosidad supersticiosa.

PALABRAS QUINTA, SEXTA Y SÉPTIMA (Ioh. 28-30; Lc. 46).—Con los hechos últimamente sucedidos en la cruz se han cumplido ya to-

dos los vaticinios de los profetas respecto al Mesías: Jesús, verdadero dueño de sí mismo y de la historia, ha presidido providencialmente su realización. Sólo faltaba que se cumplieran las profecías relativas a la sed que sufriría el moribundo (cf. Ps. 21, 16; 68, 22): *Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed.* Era la sed uno de los tormentos más agudos de los crucificados: la agonía de la noche anterior; la pérdida copiosa de sangre en la coronación, flagelación y crucifixión; los dolores agudísimos; la abstinencia de todo desde la última cena; la calentura producida por las heridas terribles, expuestas a los agentes atmosféricos por más de tres horas, determinó la sequedad de las fauces y boca de Jesús, que toleró en silencio hasta el momento de la realización profética. Por esta quinta palabra manifiesta Jesús su sufrimiento, al tiempo que realiza el vaticinio.

Junto a los crucificados había prevenido un vaso del brebaje llamado «posca», el mismo probablemente a que se refieren los sinópticos: *Había allí un vaso lleno de vinagre.* Alguno de los legionarios quiso abreviar la sed del Señor; sirvióse para ello de una esponja, que ató al extremo de una caña o tallo de hisopo: *Y corriendo uno de ellos, empapó una esponja de vinagre; y ellos, poniendo alrededor de un hisopo la esponja empapada de vinagre, se la aplicaron a la boca.* El hisopo no llega a tener más de medio metro, lo que prueba que no era muy alta la cruz de Jesús.

Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: ¡Cumplido está! Es la sexta palabra. Como consecuencia de que está ya cumplida toda la Escritura respecto de él con la manifestación de su sed, proclama Jesús que está ya todo acabado. Consumada está ya la obra de la redención que me encomendó mi Padre; consumado el sacrificio de mi obediencia, que debía llegar hasta la muerte; consumadas todas las cosas que los profetas dijeron de mí.

Sólo le falta a Jesús, llenada ya su misión, entregar con su voluntad soberana aquella vida humana al Padre, de quien la había recibido, lo que hace pronunciando la séptima y última palabra, que sólo Lucas nos ha conservado; lo que hace con gran voz, expresiva de su poder, de su libertad, de su triunfo sobre cuanto le rodea y sobre la misma muerte a la que se entrega: *Y clamando otra vez con gran voz, dijo Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,* lo dejo, lo confío, lo entrego a Ti, que me lo diste (cf. Ioh. 10, 18; Ps. 30, 6).

E inclinando la cabeza, entregó su espíritu, expiró. Inclina primero la cabeza en señal de su poder y obediencia, da al Padre su

alma, y luego muere. Es el buen Pastor, que ha dado la vida por sus ovejas (Ioh. 10, 11); el Hijo del hombre, que ha dado su alma para la redención del mundo (Mt. 20, 28); el Cordero inmaculado, con cuya sangre preciosa hemos sido comprados (1 Petr. 1, 18, 19); el que, siendo maldito según la ley, por colgar de un madero (Deut. 21, 23), nos redimió de la maldición de la ley (Gal. 3, 13), reconciliando en sí al mundo con Dios (2 Cor. 5, 19).

Lecciones morales.—A) Ioh. v. 25.—*Y estaban junto a la cruz de Jesús su Madre...*—Estaba ante la cruz, en pie, la Madre, dice San Ambrosio, y allí permanecía intrépida mientras huían despavoridos los esforzados varones. Miraba con ojos llenos de piedad las llagas del Hijo, por quien sabía que nos venía la redención a todos. Estaba en pie ante aquel espectáculo, digno de una madre que no temía a los verdugos. Pendía el Hijo en la cruz, y la Madre se ofrecía a los perseguidores. Los demás Evangelistas describen el trastorno de la naturaleza en la muerte del Señor; el discípulo amado prefiere entrar en los secretos de la piedad maternal para indicarnos la fortaleza de la Madre de Jesús. Tomemos ejemplo de los múltiples que nos ofrece esta Madre de Jesús y nuestra en este momento; y hagámonos dignos hijos de tal Madre, que nos engendró a la vida sobrenatural con su cooperación a los dolores de su Hijo.

B) v. 27.—*He ahí tu Madre.*—Si atendemos sólo a la letra de esta palabra de Jesús, el cambio que ella encierra es dolorosísimo para la Madre del Señor: por el Hijo de Dios recibe el hijo de un pescador; por un Dios-Hombre, un puro hombre; por quien era la Luz, la Verdad y la Vida, un simple predicador de la luz, verdad y vida que en el Evangelio se encierran. Pero si penetramos el espíritu de las palabras de Jesús, no es el trueque tan doloroso: porque por ellas proclama Jesús la maternidad universal de su Madre con respecto a toda la humanidad. Y ello es como una extensión de su maternidad divina, porque era Madre de la Cabeza, y ahora es constituida Madre de todo el cuerpo místico del Señor. Ya no será sólo la madre de Juan, el hijo del Zebedeo, sino de todo el mundo; ahora más que nunca podrá decir que ha hecho en ella Dios grandes cosas, porque a la grandeza de la maternidad divina ha añadido esta grandeza de la maternidad universal; ahora puede decir que la llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ya todas las generaciones la llamarán Madre, y la generación de los hijos, e hijos que viven vida divina, es bendición y gloria de la bendita y gloriosísima maternidad. ¡Oh, Madre bendita de Jesús, muestra que eres nuestra Madre!

C) Mt. v. 46.—*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*—Nota San Hilario el contraste profundo que hay entre esta palabra de Jesús y la primera, por la que abre el paraíso al buen ladrón. Reina Jesús en el paraíso, y ofrece a un arrepentido una participación en las delicias de su reino; y dentro de unos momentos pronuncia estas palabras llenas de desolación: «Dios

mío, ¿por qué me has abandonado?» Son los dos aspectos de Jesús, el divino y el humano: como Dios, reina en el cielo; como hombre, se halla en la más terrible de las soledades por que haya pasado hombre. Pero, en medio de su tribulación, ¡qué reconvencción la de Jesús, tan llena de dulce piedad para con Dios, y tan expresiva de la amargura en que se abreva su alma! Aprendamos de Jesús a llamar a Dios en nuestras desolaciones, cualesquiera que sean. Si podemos decir: «Dios mío», se aliviará nuestra pena, porque no está abandonado quien tiene a Dios consigo, aunque parezca que Dios no está con él. Es un apartamiento del padre, que deja se debata entre penas el hijo, para que aprenda a sufrirlas, para que se conforme con su Modelo Jesús, para que se estimule en la práctica del amor de Dios, para que se desprenda de la tierra, para que reciba otro día más copioso el premio.

d) *1oh. v. 28. — Tengo sed.* — Quiso Jesús sufrir la sed más abrasadora que jamás haya sufrido mortal alguno, porque quiso no quedara tormento alguno que él no gustara; y la sed es uno de los mayores que pueda soportar el hombre. Para que sepamos mortificar nuestros sentidos viendo cómo Jesús padeció por nosotros en todos ellos. Pero, a más de esta sed material, los autores místicos y la elocuencia cristiana han visto siempre en estas palabras la ardiente sed del corazón y del alma de Jesús con respecto a nosotros. Tiene sed de que tengamos sed de él, dice San Gregorio: sed expresiva de todos los grandes deseos que le acuciaron durante su vida mortal; sed de que se extinga el pecado; de que se dilate su reino; de que se intensifique la vida divina en el mundo; de que los hombres le amen; de que se estreche cada día más el vínculo que vino él a establecer entre Dios y los hombres.

e) *v. 30. — ¡Cumplido está!* — Se ha colmado y se ha acabado todo. Se han cumplido todos los antiguos vaticinios, relativos a mi vida y a mi muerte. Se ha consumado el sacrificio que debe salvar al mundo. Ha llegado a su colmo la maldad de los hombres, que han matado a su Dios. Ha dado la bondad de Dios cuanto podía a los hombres, pues cuando le matan ellos, que están muertos en el espíritu y que morirán eternamente, El les da la vida, del cuerpo y del Espíritu, para siempre, y para siempre feliz. Se ha consumado el misterio de la creación de la Iglesia, que es la sociedad de los hombres con Dios, y que dentro de poco saldrá de mi costado abierto por la lanza. Se ha consumado la obra divina de la reconciliación de los hombres con Dios. Cumplida está la batalla, y cumplida la victoria, de Dios sobre las potestades infernales. Y está llena la medida de mi vida mortal y que voy a dar ahora en un acto de mi voluntad libérrima. ¡Qué bien está este *Consummatum est*, de Jesús, en el punto de morir, y cómo demuestra ser el soberano Señor de sí y de todas las cosas! Y ¡cómo debemos agradecer y adorar esta palabra última que sale de los labios mortales de quien es la palabra eterna y sustancial de Dios!

f) *v. 30. — E inclinando la cabeza, entregó su espíritu...* — El lo entregó, no se lo quitaron: «Se ofreció porque quiso» (Is. 53, 7): «Se entregó a sí mismo» (Eph. 5, 2). Este espíritu, es decir, el alma humana que había tomado, que el Padre había creado para El, perfectísima entre todas, lo puso en manos del Padre que se lo dio,

que lo recibiría agradecido, cargado del botín de la regia conquista que con él el Hijo logró. Ya que debemos morir, acostumbremos a poner voluntariamente nuestra vida en manos de Dios, que nos la dio.

220. — DESPUES DE LA MUERTE DEL SEÑOR

Mt 27, 51-53; Lc. 23, 47.48; Mc. 15, 40.41

(Mt. 54-56; Lc. 45. 49; Mc. 38. 39)

Continúa la lección de los «Passio» en los días correspondientes

^{M 51} Y he aquí se rasgó ^Lpor medio el velo del Templo en dos partes, de alto a bajo, y tembló la tierra, y se hendieron las piedras, ⁵² y se abrieron los sepulcros, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron. ⁵³ Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos.

^{L 47} Y cuando vio el Centurión, ^{Mc}que estaba enfrente, lo que había acontecido, ^{Mc}y que así clamando había expirado, glorificó a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo: ^{Mc}verdaderamente era Hijo de Dios. ^M Y los que con él estaban custodiando a Jesús, ⁴⁸ y todo el gentío que asistía a este espectáculo, y veía lo que pasaba, ^M a la vista del terremoto y de las cosas que ocurrían, tuvieron gran temor, y decían: En verdad que éste era Hijo de Dios, y se volvía, dándose golpes en los pechos.

^{Mc 49} ^L Y estaban todos sus conocidos a lo lejos; y también estaban allí unas mujeres, ^M muchas, mirando de lejos: entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago, el Menor y de José, y Salomé, ^M madre de los hijos del Zebedeo: ⁴¹ las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían: y otras muchas, que juntamente con él habían subido a Jerusalén.

Explicación. — Después de la muerte de Jesús, narran seguidamente los sinópticos los prodigios que ocurrieron y la actitud de los testigos de la crucifixión. Juan nada dice de ello, describiendo él solo el episodio de la lanzada, que se explica en el siguiente número. Refieren los tres primeros Evangelistas: los prodigios ocurridos en el templo y la naturaleza (Mt. 51-53); la actitud del Centurión y del pueblo (Lc. 47.48); la de los amigos de Jesús (Mc. 40.41).

MILAGROS OCURRIDOS EN LA MUERTE DEL SEÑOR (Mt. 51-53). — Moría Jesús, al parecer, abandonado del Padre, en medio de atroces dolores; ahora es Dios, a quien clamara el moribundo, quien asocia toda la naturaleza a la muerte de Jesús, como manifestando su dolor con estupendos prodigios, al tiempo que revelaba

los misterios realizados por la muerte del Señor. El primer prodigio que se refiere es el realizado en el Templo: *Y he aquí se rasgó por medio el velo del Templo en dos partes, de alto a bajo*. Dos velos tenía el Templo: uno a la entrada del «Santo» y otro a la del «Sancta Sanctorum», o «Santísimo»; la mayor parte de los intérpretes entienden que se rasgó el velo del Santísimo, con lo que se declaraba la eficacia de la muerte de Cristo, por la que se nos abrió el paso al santuario de la gloria, y la cesación de la ley antigua cf. Hebr. 9, 9.12; 10, 19 sigs.; Gal. 2, 19.20).

A este prodigio obrado en el secreto del santuario y que no pudo ser de todos conocido inmediatamente, añadiéronse otros más clamorosos y públicos: *Y tembló la tierra*: un terremoto es una señal del poder de Dios legislador y juez (cf. Ex. 19, 16 sigs.; Ps. 96, 4); este temblor es como la promulgación del decreto del Padre, que asocia a su Hijo al ejercicio de sus poderes. *Y se hendieron las piedras*, de lo que quedan aún hoy vestigios en el mismo Calvario, para significar que no hay obstáculo que la muerte de Cristo no venza. Y, como la muerte de Cristo venció nuestra muerte, que fue absorbida en su victoria, *se abrieron los sepulcros, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron*. Los sepulcros se abrieron inmediatamente, según la opinión más admitida; pero no resucitaron aquellos muertos sino cuando resucitó el Señor, que quiso ser acompañado de redivivos en su resurrección, como prueba y gaje de su triunfo.

Legítima esta interpretación lo que sigue: *Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él*, no es creíble permaneciesen vivos en el lugar de la muerte, *vinieron a la ciudad santa, Jerusalén, y se aparecieron a muchos*. No fueron estos resucitados como Lázaro, que convivió con sus contemporáneos hasta que volvió a morir; sino que éstos, cuyos cuerpos tenían las cualidades de los glorificados, y por lo mismo estaban exentos de las leyes de la materia, aparecieron a quienes quiso Dios, en sus propios cuerpos, no siendo vistos de los demás. La opinión más generalmente admitida supone que estos resucitados acompañaron triunfalmente a Jesús al cielo el día de su ascensión: el primogénito de los muertos (Col. 1, 18) introducía consigo en la gloria a otros muchos resucitados, como testigos y primicias de su triunfo.

ACTITUD DEL CENTURIÓN Y DEL PUEBLO (Lc. 47.48).—Si se hendían las piedras en señal del poder soberano de la muerte del Señor, era señal del triunfo de Jesús sobre los humanos corazones; en aquellos mismos momentos se obra un cambio en los de

los espectadores: *Y cuando vio el Centurión, que estaba enfrente de la cruz, lo que había acontecido, y que así clamando había expirado: dos órdenes de fenómenos, como instrumentos de la gracia de Dios, hirieron el espíritu del Centurión: el hecho de que muriera Jesús dando una gran voz, cosa inexplicable e insólita en los crucificados, que morían por extenuación de fuerzas, y los trastornos obrados en la naturaleza; en ello vio una señal del poder de quien moría. Por esto glorificó a Dios, proclamando la inocencia de Jesús, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo: no se conmueve la naturaleza por la muerte de un criminal. Mateo y Marcos dicen que confesó el Centurión que Jesús era Hijo de Dios: Verdaderamente era Hijo de Dios.*

También los legionarios y las turbas se asociaron a los sentimientos del Centurión, por los mismos motivos: *Y los que con él estaban custodiando a Jesús, y todo el gentío que asistía a este espectáculo, y veía lo que pasaba, a la vista del terremoto y de las cosas que ocurrían, tuvieron gran temor. Sinténtese el hombre débil y sin defensa ante los trastornos de la naturaleza; por ello repetían también la confesión de la divinidad de Jesús, o al menos de su divina misión: y decían: En verdad que éste era Hijo de Dios. Acompañaba esta confesión el dolor por el crimen cometido y el temor de la venganza de Dios, que exteriorizaba la turba, al regresar a la ciudad: y se volvía, dándose golpes en los pechos. Colígesse de Mt. 27, 63, y 28, 12, que los príncipes de los sacerdotes permanecieron en la dureza e impenitencia.*

LOS AMIGOS DE JESÚS (Mc. 40.41).—Fuera de la turba que rodeaba la cruz del Señor, y en la que predominaban los soldados y sinedritas, bastante cerca para ver el espectáculo, y bastante lejos por no dejarles acercarse los soldados, estaban los amigos de Jesús; sólo la Madre y los más íntimos estaban junto a él: *Y estaban todos sus conocidos a lo lejos; y también estaban allí unas mujeres, muchas, mirando de lejos: expresión evidentemente hiperbólica, pero que nos permite suponer estaban allí quizá todos los demás Apóstoles, con Lázaro, José de Arimatea y Nicodemo.*

Enumeran los dos primeros Evangelistas las principales mujeres que allí se hallaron: *Entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo.* Refiere Marcos el motivo de hallarse allí estas mujeres: *Las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían, cuidándole con sus haberes, como era costumbre entre los judíos hacerlo las mujeres pudientes con los*

doctores; y otras muchas, que juntamente con él habían subido a Jerusalén: todas estas piadosas mujeres, admiradoras del gran Doctor y Taumaturgo de su país, dieron un ejemplo de fortaleza que los varones, tantos como eran los discípulos de Jesús, no se atrevieron a dar.

Lecciones morales.—A) Mt. v. 51.—*Y he aquí se rasgó... el velo del Templo...*—Y se rasgó en el mismo momento en que expiró Jesús, dice San Agustín: ¡Milagro estupendo y misterio profundo! Milagro, porque el velo era recio, cuajado de ricas broderías en oro, colocado en lugar donde nadie habitaba; sólo el poder de Dios llegó allí en aquel solemne momento para rasgar, es decir, inutilizar, una espesa cortina con que Dios había querido velar los misterios de la ley vieja. Misterio, porque ello es, en derecho y en el hecho que lo funda, la abrogación de todo el sistema religioso antiguo: sacerdocio, ley, culto: sólo subsistirá de ello lo que Dios quiera incorporar a la nueva religión, que se fundará sobre la cruz donde ha muerto Jesús. Y ya no estamos distanciados de Dios en las prácticas del nuevo culto: Dios se ha acercado a nosotros cuanto cabe. En el sagrario, en nuestros altares, dentro de nuestros pechos tenemos ya a Dios, personalmente presente. Ni es ya el Dios terrible del Sinaí, sino el Padre, «Abba», a quien podemos ir, y en cuyo seno paternal y misericordiosísimo podemos vaciarnos con hijos de El queridos. La muerte de Jesús es la que, en expresión del Apóstol, nos ha acercado a Dios, a nosotros que estábamos lejos de él (Eph. 2, 13). Vavamos con confianza a la cruz, trono de gracia, porque es el patíbulo donde expiró el Autor de ella.

B) v. 53.—*Saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él...*—He aquí que la muerte empieza a causar la vida. Por el pecado de uno vino la muerte a todos, porque todos en él pecamos; por la justificación de uno, el segundo Adán, Cristo Jesús, viene la justificación a todos, y con la justificación, la resurrección, porque la muerte es hija del pecado, y borrado el pecado está vencida la muerte. Esta es la doctrina cristiana. Pero lo que consuela en gran manera es que esta doctrina tenga plena confirmación histórica en la misma muerte de Jesús, es decir, en el mismo momento en que queda vencida la muerte. No le duelen prendas a Dios. Quiere que nuestra doctrina esté plenamente justificada, y nuestra fe y esperanza plenamente garantidas. Bendigamos la muerte de nuestro Dios, y la caridad inmensa con que dio su vida para que nosotros no permaneciésemos en la muerte.

C) Lc. v. 47.—*Verdaderamente este hombre era justo...*—El Centurión, que tales palabras pronunció, demostró con ellas la rectitud de su pensamiento y corazón. Porque vio, entre la persona de Jesús y los extraordinarios fenómenos de la naturaleza que tuvieron lugar en su muerte, una relación que sólo Dios puede fundar: la relación entre el milagro y la verdad, a cuyo servicio y por cuya demostración se verifica el milagro. El trastorno de la naturaleza debía ser obra del Autor de la misma; sólo Dios

tiene en sus manos los resortes de la máquina del mundo. Pero Dios no puede poner el milagro al servicio de la impostura; porque Dios ni puede ni quiere engañarnos. Luego, cuando Dios conmueve la naturaleza en la muerte de aquel hombre tenido por criminal, pone su poder al servicio de la verdad por él predicada y de la santidad de vida que llevó mientras vivió con los hombres. Por unos milagros cree el Centurión; con millares de ellos se niegan a creer muchos millares de hombres, como no creyeron en aquel momento los sinédritas. Es que al motivo de credibilidad, que es el milagro, visible a todos, debe añadirse para crear la gracia, que a nadie falta; y al milagro y la gracia hay que añadir la docilidad de pensamiento y de voluntad.

d) Mc. v. 40. — *Y también estaban allí unas mujeres, mirando de lejos...* — Imitemos la compasión de estas mujeres, que «miran» devotamente a Jesús crucificado, penetrando cuanto pueden en el misterio del Maestro a quien habían servido: su fortaleza, pues por él han dejado su país, han subido a Jerusalén y han llegado hasta el Calvario, con peligro de las iras de los enemigos de Jesús; su constancia, pues cuando huye el pueblo hacia la ciudad, ellas permanecen allí, seguramente para prestar al Maestro los últimos oficios de su piedad, acompañándole al sepulcro.

e) v. 41. — *Cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían...* ¡Qué soledad la de estas pobres mujeres cuando muere Jesús! Habían dejado su patria; con sus bienes habían sostenido a Jesús durante su predicación por tierras de la Palestina, junto con los de su compañía (Lc. 8, 3); habían bebido de sus labios la doctrina divina y de su Corazón santísimo el amor; y ahora se ven solas, lejos de su país, en ciudad extraña, vencidas con el vencido y avergonzadas con el aparente fracaso de su Jesús. Pero la historia las verá siempre con la simpatía y admiración con que se ve la abnegada caridad y el valor en el sexo llamado débil, cuando se apodera del alma de la mujer la gracia de Dios. Y tendrán estas mujeres millares de imitadoras en la vida de contemplación y de acción por Jesús y por los que son de Jesús, y hasta por aquellos que se han apartado de Jesús. Porque sólo el cristianismo es el que ha realizado en el mundo el ideal de la «Mujer fuerte» que nos describe la Sabiduría (Prov. 31, 10 sigs.).

221. — LA LANZADA: IOH. 19, 31-37

Sigue la lección del «Passio» de Viernes Santo. Los versículos se leen en el Evangelio de la Misa de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (vv. 31-35); de la Purísima Sangre (vv. 30-35); de las Misas de la Lanza y Cinco Llagas (vv. 28-35)

³¹ Y los judíos, porque era la Preparación, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado (pues era aquél un sábado muy solemne), rogaron a Pilato que les quebrasen las piernas, y fuesen quitados. ³² Vinieron, pues, los soldados: y quebraron las

piernas al primero, y al otro que fue crucificado con él. ³³ Mas cuando vinieron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas.

³⁴ Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua. ³⁵ Y el que lo vio, dio testimonio: y verdadero es su testimonio. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. ³⁶ Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis ni un hueso. ³⁷ Y también dice otra Escritura: Pondrán los ojos en aquel a quien traspasaron.

Explicación.—Es peculiar de Juan este episodio, que el discípulo amado cuenta con todo detalle, de cuya verdad, como de algo trascendental, da reiterado testimonio y cuya significación mística pone de relieve: el relato delata la intervención personal del historiador.

EL «CRURIFRAGIUM» (31-33).—No solían los judíos crucificar a los criminales; a veces, con todo, para mayor escarmiento, ordenaban fuesen colgados en un patíbulo los cadáveres de los infelices lapidados; pero la ley prohibía terminantemente estuviesen allí más de un día (Deut. 21, 23). En cambio, los romanos, entre los que era corriente el suplicio de la crucifixión, no corrían prisa en descolgar a los ajusticiados, hasta el punto que a veces eran presa de las aves de rapiña o de los chacales. Jesús había ya muerto hacia las tres de la tarde, después de unas cuatro o cinco horas de suplicio; no solían morir tan pronto los crucificados, que a veces luchaban con la muerte dos o tres días, hasta morir por agotamiento.

Los sinedritas quisieron se cumpliera la ley, mayormente siendo el siguiente día, que iba a empezar a la puesta del sol, el de la solemnidad pascual, doblemente sagrado, por ser sábado y por ser la fiesta de la Pascua, la más solemne del año. Otra vez colaban los sinedritas el mosquito con el tamiz de la ley, después de haber tragado el crimen enorme de la muerte del Justo: *Y los judíos, porque era la Preparación, o vigilia de la gran Pascua, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado (pues era aquél un sábado muy solemne), o mejor, porque era grande el día de aquel sábado, rogaron a Pilato que les quebrasen las piernas, y fuesen quitados.* De no serlo, quedaría, según la ley, contaminada toda la tierra santa.

La operación del «crurifragium», o quebrantamiento de piernas, era horrible: acudían los soldados a las cruces con sendas mazas, y quebraban a golpes las caderas y piernas de los infelices

moribundos; el bárbaro suplicio abreviaba el otro de la cruz, produciendo rápidamente la muerte. *Vinieron, pues, los soldados*: no eran los mismos encargados de la guardia de los ajusticiados, que por prescripción legal no podían dejar sus puestos, sino otros enviados por Pilato a petición de los sinedritas; éstos habían abandonado el Calvario antes que Jesús muriera, sin duda sobrecogidos por los fenómenos sobrenaturales que habían visto. Y, obedeciendo los soldados la orden recibida, *quebraron las piernas al primero, y al otro que fue crucificado con él*. El «crurifragium» no era un oprobio, sino un simple medio de acelerar la muerte, y no se aplicaba a los que habían ya expirado. Por esto el cuerpo sacratísimo de Jesús, difunto ya, no fue víctima de este horrendo trato: *Mas cuando vinieron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas*.

LA LANZADA (34-37).— *Mas uno de los soldados*, a quien la tradición ha dado el nombre de Longinos, sospechando que la inmovilidad de Jesús pudiese ser efecto de torpor o desfallecimiento, para asegurar la muerte, *le abrió el costado con una lanza*, el «asta», pértiga de madera terminada en ancha cuchilla de forma oval. La herida fue profunda, capaz por sí sola de causar la muerte; producida en el costado izquierdo de Jesús, según tradición antiquísima, cosa natural, de no ser zurdo el soldado. *Y salió luego sangre y agua*, ignoramos si copiosamente o con escasez y en qué orden, o si ambos licores salieron a la vez. Lo que del texto aparece claro es que pudieron distinguirse bien el agua y la sangre, y que el fenómeno, por la misma forma de narrarlo que el Evangelista usa, tuvo carácter de un verdadero milagro; algunos intérpretes, con todo, ven en la salida del agua un fenómeno natural, producido por la rotura del pericardio, que contiene un líquido acuoso, o bien admitiendo que se trataba del humor seroso o linfático. Ya los Padres admitieron la profunda significación mística de este hecho: el agua y la sangre son símbolo del Bautismo y de la Eucaristía, o del bautismo de agua y del de sangre; otros han visto en esta sagrada abertura el origen de la santa Iglesia, que brota del costado del segundo Adán muerto, como sacó Dios a Eva del costado del primer Adán dormido.

El Evangelista, narrado el hecho, y sin duda por lo extraordinario del mismo, toma el tono solemne del narrador que quiere ser creído sobre su propio testimonio, ya que él mismo lo vio: *Y el que lo vio, dio testimonio*, queriendo que permanezca la testificación de lo que sus ojos vieron: *Y verdadero es su testimonio*, con

todas las garantías de un testimonio genuino. E insistiendo en su carácter de testigo presencial, y revelando que es el mismo Evangelista quien presencié el hecho, añade: *Y él sabe que dice verdad*. Con ello se propone un fin de apología y proselitismo: *Para que vosotros también creáis*: como yo creo que estos hechos extraordinarios son demostrativos de la mesianidad de Jesús, así debéis creerlo vosotros, por cuanto en ellos se revela Jesús como Cordero de Dios y Mesías.

Lo que desarrolla señalando en aquellos hechos el cumplimiento de antiguas profecías: *Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis ni un hueso* (Ex. 12, 46; Num. 9, 12): luego Jesús es el antitipo del cordero pascual, el verdadero Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, realizándose el tipo por especialísima providencia de Dios, que no consintió en Jesús el «crurifragium». No hicieron los soldados lo que se les mandó, por no ser ya necesario; pero hicieron lo que no se les había mandado: causar una profunda herida en Jesús; y en ello se realizó otra profecía: *Y también dice otra Escritura: Pondrán los ojos en aquel a quien traspasaron*: las palabras están tomadas de Zach. 12, 10, donde se habla de la grey que hiere al pastor, que es el Mesías, y de la esperanza que concebirán aquellos que fijen sus ojos y su espíritu en sus heridas.

Lecciones morales. — A) v. 31. — *Pues era aquél un sábado muy solemne...* — En verdad que mejor nosotros que los judíos podemos decir que era solemne el día de aquel sábado; porque en la misma hora en que iba a inmolarse el cordero pascual, moría para la redención del mundo nuestra Pascua, que es Cristo Jesús. Y el día de su muerte fue la Pascua del mundo, porque fue la liberación de la muerte y del pecado y el tránsito del estado de enemistad al de la gracia con Dios. Pascua que, siendo un hecho histórico, es el símbolo y la esperanza de otra Pascua, más feliz y duradera que las que en la tierra celebramos, porque es la Pascua eterna del cielo, donde sin cesar resuenan las alabanzas al Cordero que vive por los siglos de los siglos.

B) v. 33. — *No le quebraron las piernas.* — ¡Admirable providencia de Dios! En la muerte de Jesús se coordinan de tal manera los hechos, que fallan los cálculos humanos para que se realicen las antiguas profecías sobre Jesús. Este muere antes de lo que sus enemigos calcularon; no se le quebraron las piernas como pretendían; se abrió su costado con una gran lanzada, como ni siquiera habían soñado, y en todo esto, que humanamente llamaríamos «coincidencias», se realizan unos vaticinios del Antiguo Testamento, que encierran gran sentido místico y doctrinal, y se da lugar a la interpretación mística de la abertura del costado de Jesús, tan regalada y casi tan antigua como el mismo cristianismo. Es que Dios es el Dueño soberano de la historia y de las acciones

humanas; dispone de las palabras de los escritores eclesiásticos como de los hechos que en ellas se predicen, aunque se anuncien a distancia de siglos. Así se fue formando el admirable sistema típico y simplemente profético, que tuvo su realización completa en Jesús, y que es una de las pruebas más concluyentes de su divinidad.

c) v. 34. — *Y salió luego sangre y agua.* — Esta sangre, dice San Agustín, fue derramada para la remisión de los pecados de los hombres; esta agua es la que tempera el cáliz de la salvación —las gotas de agua que se añaden al vino antes de la consagración significa en parte este hecho misterioso—. Sangre y agua, sigue San Agustín, son lavatorio y bebida. Estaba el misterio de esta abertura prefigurado en el arca de Noé, en la que se abrió una ventana por la que debían entrar los animales que no debían perecer en el diluvio: el arca de Noé es el símbolo de la Iglesia; en las palomas que entran en el arca se simbolizan los hijos de la Iglesia, que brotó del costado abierto de Jesús. ¡Oh muerte, por la que reviven los muertos! ¿Qué cosa hay más pura que esta sangre? ¿Qué más saludable que esta llaga? Entremos con frecuencia en ella: en ella hallaremos dulce y seguro refugio en las tempestades de la vida; por ella conoceremos los misterios del Corazón de Cristo, porque nos hallaremos más cerca de él y sentiremos mejor su ritmo.

d) v. 35. — *Y el que lo vio, dio testimonio...* — ¡Cuánta seguridad en nuestra fe deben darnos estas palabras del Apóstol y Evangelista! Porque lo que dice en este caso de su testificación presencial, puede decirlo de todo su Evangelio. Con razón puede decir el mismo Evangelista en otra parte: «Os anunciamos lo que hemos visto y oído y lo que nuestras manos palparon del Verbo de la vida» (Ioh. 1, 1). Es el testimonio de un hombre santo, que vio lo que narra, fiel en la transmisión de los hechos, ofreciendo por todo ello la máxima garantía que en una historia puede apetecerse. En verdad que nuestra fe tiene una base histórica inmovible; ninguna institución ni religión alguna puede justificarse tanto como nuestra fe.

e) v. 37. — *Pondrán los ojos en aquel a quien traspasaron.* — Pusieron los ojos en el divino Crucificado los hombres malvados para mofarse de Él y gozarse en el propio triunfo. Más felices nosotros que ellos, miremos a Jesús, traspasado por los duros clavos y clavado en cruz, porque en ello está nuestra salvación. Los antiguos israelitas miraban la serpiente de bronce, figura de esta cruz, y quedaban curados de las mordeduras de las víboras; miremos nosotros a Cristo crucificado, y el dolor que nos cause su vista será bálsamo que cure las heridas que nos causó la serpiente infernal. Cristo crucificado es dulzura que suaviza las amarguras de la vida. Es amargura que nos quitará el sabor de los placeres prohibidos. Los ríos de sangre que de él manan son manantial de gracia para los que la piden compungidos. El divino Maestro, que está cosido a la cruz, nunca nos hablará con elocuencia mayor ni más íntima que cuando nos acerquemos a él, y le miremos, y le pidamos que nos enseñe desde su cátedra ensangrentada. Este Cristo clavado

en cruz debe ser nuestra gloria (Gal. 6, 14). Con él sobre nuestro pecho debemos vivir; abrazados a él debemos morir; sobre nuestro féretro y sobre nuestra tumba debemos querer al Crucificado para que, cuando no le podamos ya mirar, le miren los demás y le pidan misericordia por nosotros.

222. — DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA

Mc. 15, 42-45; Ioh. 19, 38^b-42

(Mt. 27, 57-60; Mc. 15, 46; Lc. 23, 50-54; Ioh. 19, 38^a)

Termina la lección de los «Passio» en los días respectivos. Evangelio de la Misa de la Santa Sábana (Mc. vv. 42-46)

MC 42 Y cuando se hizo tarde, pues era la Parasceve, que es la víspera del sábado, ⁴³ vino José de Arimatea, ¹ *ciudad de Judea*, ilustre Senador, ^M *hombre rico*, ¹ *varón bueno y justo*, que también esperaba el Reino de Dios, ¹ *el cual no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos*, ¹ *porque era discípulo de Jesús, aunque oculto por el miedo a los judíos*. ^M *Llegóse*, y entró osadamente a Pilato, y pidió el Cuerpo de Jesús, ⁴⁴ Y Pilato se maravillaba de que tan pronto hubiese muerto. Y llamando al Centurión, preguntó si era ya muerto. ⁴⁵ Y después que lo supo del Centurión, dio el cuerpo a José.

¹ 38^b Vino, pues, ^{MC} José, *después de haber comprado una sábana*, y quitó el cuerpo de Jesús. ³⁹ Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús, vino también, trayendo una confección como de cien libras, de mirra y áloe. ⁴⁰ Y tomaron el cuerpo de Jesús, y, ¹ *descolgado*, lo liaron con lienzos, y entre ellos pusieron aromas, así como los judíos acostumbraban sepultar. ^M Y José *envolvió el cuerpo en la sábana limpia*. ⁴¹ Y en aquel lugar, en donde fue crucificado, había un huerto: y en el huerto un sepulcro nuevo, ^M *que había hecho abrir en una piedra*, en el que aun no había sido puesto alguno. ⁴² Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusieron a Jesús. ^M Y *revolvió* (José) *una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se marchó*: ¹ *y el sábado alboreaba*.

Explicación.— Los cuatro Evangelistas corren paralelos en la narración de estos episodios, completándose mutuamente y formando un cuadro vivo y lleno de preciosos detalles, que el arte cristiano ha comentado repetidamente en obras clásicas. Distinguimos los preparativos para el descendimiento (Mc. 42-45); el descendimiento mismo y embalsamamiento del sagrado cuerpo (Ioh. 38b-40); y la sepultura (Ioh. 41.42).

PREPARATIVOS (Mc. 42-45).— A las tres de la tarde había expirado Jesús: faltaban tres horas para la puesta del sol, y al apuntar las

primeras estrellas sería ya el día de Pascua, en que no podía hacerse ninguna obra servil. Dentro de poco, de no surgir incidente alguno, los cuerpos de los crucificados serán enterrados junto con los instrumentos de su suplicio, según costumbre, y ello en un lugar reservado a los cruciarios; sólo cuando sus huesos estén completamente calcinados podrán ser enterrados en la sepultura familiar. Es entonces, a la caída de la tarde, cuando se produce el episodio que comentamos: *Y cuando se hizo tarde, pues era la Parasceve, que es la víspera del sábado, vino José de Arimatea, ciudad de Judea.* Los cuatro Evangelistas dan de este varón varias referencias a cual más honoríficas. Llámase con el nombre de su naturaleza para distinguirse de otros del mismo nombre; Arimatea era la ciudad donde nació Samuel, Ramathain, en la tribu de Judá, entre Belén y Hebrón. Era José varón de noble porte, según el griego, miembro del Sinedrio, opulento, rico en virtudes: *Ilustre senador, hombre rico, varón bueno y justo, que también él esperaba el Reino de Dios,* y reconocía por lo mismo a Jesús como Mesías. *El cual no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos,* de los demás sinedritas en el juicio de Jesús, *porque era discípulo de Jesús, aunque oculto por el miedo a los judíos.*

Miedoso en vida de Jesús, se hace intrépido cuando muere; es fruto de la pasión del Señor, quizás efecto de los prodigios de que ha sido testigo. Por esto *llegóse, y entró osadamente a Pilato:* santa osadía se requería por declararse públicamente seguidor de Jesús, cuando el Sinedrio en peso, al que pertenecía, le había condenado a muerte. *Y pidió el cuerpo de Jesús:* no podía darle honrosa sepultura, como él quería, sin autorización del procurador.

El primer sentimiento que a Pilato produce la petición de José es de extrañeza: no solían los cruciarios morir tan pronto: *Y Pilato se maravillaba de que tan pronto hubiese muerto:* quizás el remordimiento que sentía el presidente hace que se fije en la pronta muerte del Señor. De ello quiso cerciorarse antes de autorizar la entrega del cuerpo: ninguno podía dar testimonio más fehaciente que el Centurión, que había presidido la ejecución: *Y llamando al Centurión, preguntó si era ya muerto:* es un testigo más, autorizadísimo, de la muerte de Jesús, que dicen los modernos racionalistas fue superchería. *Y después que lo supo del Centurión, dio el cuerpo a José:* lo dio, lo donó; a veces la avaricia de los presidentes sacaba fuertes sumas de estas concesiones.

EL DESCENDIMIENTO (Ioh. 38b-40).—A al salida del pretorio compró José un gran trozo de lienzo para envolver el cuerpo sagrado

del Señor: *Vino, pues al Calvario, José, después de haber comprado una sábana, y quitó el cuerpo de Jesús, sea descujando del suelo la cruz y poniéndola horizontal en el suelo, para facilitar la delicada tarea, sea bajando el cuerpo y dejando enhiesta la cruz: la tradición y el arte describen la escena en esta última forma, y así parece deducirse de Lc. 23, 53.*

Estaba vaticinado que al Mesías se le debía dar sepultura de rico (Is. 53, 9): y tal fue la de Jesús. Porque a más del rico José de Arimatea, vino al santo entierro otro varón ilustre, maestro de Israel y príncipe de los judíos, Nicodemo: *Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús (cf. Ioh. 3, 1 sigs.), vino también, trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y áloe.* Ya Nicodemo había con santa libertad reprendido a los sinedritas por su manera de obrar contra Jesús (Ioh. 7, 50.51); ahora se muestra espléndido con el Señor: por sí solo, trae gran cantidad de mirra, aroma precioso que sale por incisión del tronco de un árbol de la Arabia, y áloes, madera aromática que se usaba en la confección del timiama y para embalsamar los cadáveres; la cantidad de aromas supone una generosidad principesca y gran veneración al Señor. Ni debe considerarse excesiva, por cuanto a más de la necesaria para embalsamar el cadáver, solía ponerse abundancia de aromas en el mismo sepulcro.

Y tomaron el cuerpo de Jesús, y, descolgado de la cruz, lo liaron con lienzos, y entre ellos pusieron aromas, vendando los miembros uno por uno, interponiendo las sustancias balsámicas entre cuerpo y lienzo, así como los judíos acostumbraban sepultar. Es detalle que añade el Evangelista para sus lectores extranjeros. Y, vendados ya uno a uno los miembros y cubierta con grande sudario la cabeza, *José envolvió el cuerpo, todo entero, en la sábana limpia, de lino precioso y finísimo, que había comprado.* De lino riquísimo era el vestido de los pontífices; así debía ser cubierto el cuerpo de nuestro pontífice Jesús.

LA SEPULTURA (Ioh. 41.42).—Los judíos sólo tenían cementerio común para los pobres y peregrinos; los pudientes solían labrarse las tumbas en los huertos y predios de su propiedad (cf. Ier. 26, 23; Mt. 27, 7; Ioh. 11, 38); inmediato al lugar de la crucifixión tenía José de Arimatea un huerto donde había construido una sepultura: *Y en aquel lugar, en donde fue crucificado, había un huerto: y en el huerto un sepulcro nuevo, que había hecho abrir en una piedra, en el que aun no había sido puesto alguno.* Providencia de Dios fue que estuviese el sepulcro de Jesús cavado en dura pie-

dra, para que no se atribuyera a hurto la ausencia del cuerpo del Señor. Convenía fuese nueva la tumba de Cristo, porque conviene se deputen al servicio de Dios las cosas que no han servido para los humanos usos: así estaba prescrito por la ley (Num. 19, 2; Deut, 21, 3).

Da el Evangelista la razón de que fuese sepultado allí mismo Jesús: el tiempo urgía; las diligencias previas al enterramiento del Señor habrían ya absorbido el tiempo que quedaba entre su muerte y la solemnidad pascual; no podía el sagrado cuerpo ser llevado lejos sin exponerse a infringir el reposo sabático: *Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca del sepulcro, pusieron a Jesús*. Sólo faltaba cerrarlo; para ello se usaba una gran piedra, en forma de muela, que se hacía resbalar hasta cubrir la puerta de entrada al sepulcro: *Y revolvió José una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se marchó*: y todo quedó en silencio y reposo, porque *el sábado alboreaba*, dice Lucas metafóricamente, para significar que era inminente su comienzo. Jesús quedaba en el sepulcro para que hubiese un motivo más de credibilidad de su muerte que, por otra parte, la misma forma de embalsamamiento hubiese producido, caso de estar vivo. Con ello santificaba asimismo nuestra sepultura, habiendo tomado todo lo nuestro, menos el pecado.

Lecciones morales.—A) Mc. v. 43.—*Vino José de Arimatea...* En la acción de este senador ilustre hay que atender el valor y el amor con que la realiza. El valor, que le hace despreciar todo peligro: el de perder sus riquezas y ser desterrado de su país por manifestarse amigo de un condenado por blasfemo, como dice Teofilacto; el de la indignación del Sinedrio, del que formaba parte; el del desprecio del pueblo, que así le vería abajarse de su alta posición social para cuidar la sepultura de un presunto criminal; el de una posible repulsa de Pilato, que no tan fácilmente se concedía autorización para la deposición de los crucificados. Y el amor reverente, con que depone al Señor de la cruz; abnegado, haciendo él mismo los necesarios menesteres; generoso, comprando rico lienzo con que envolver el sagrado cuerpo y cediendo a Jesús su propia tumba. ¡Si así supiéramos prestar nuestros obsequios a Dios!

B) vv. 44.45.—*Y Pilato... dio el cuerpo a José.*—La vieja Sinagoga ha perdido ya todo derecho sobre el cuerpo de Jesús: ha juzgado al Señor, le ha condenado, le ha entregado a Pilato para que le mande quitar la vida, se ha burlado del Señor, mirando y remirando su cuerpo virginal pendiente de la cruz (Ps. 21, 18). El cuerpo descolgado de la cruz ya no le pertenece: es de la jurisdicción del dominador romano; puede darlo a quien quiera; y, a petición suya, se lo da a José de Arimatea. Es él figura de la santa

Iglesia, en el catálogo de cuyos santos está, que recibe con reverencia suma el cuerpo sacrosanto del Señor. ¡Y cómo cuidará la Iglesia de este Cuerpo, ya que no en la realidad de su carne mortal, en la realidad estupenda de la santísima Eucaristía, «Cuerpo del Señor», que ha sido roto por nosotros para la remisión de los pecados! Nada en la tierra ha recibido honores mayores que este Cuerpo divino, el *Corpus Domini nostri Iesuchristi*. Para él los templos suntuosos, y el oro y las piedras preciosas, y el arte más exquisito; para él el fastuoso culto y la literatura litúrgica más regalada; para él millones de adoradores, que hunden su frente y su espíritu ante sus altares. «Adoremus eternamente al Santísimo Sacramento.»

c) Ioh. v. 39. — *Y Nicodemo... vino también...* — Vino en pleno día y a la faz del pueblo, a prestar sus últimos obsequios a Jesús difunto, quien solo, a hurtadillas y de noche, miedoso, vino a encontrar al Maestro vivo, para que le aleccionara en las cosas divinas. La semilla sembrada en aquel espíritu recto por Jesús daba hoy sus frutos; y José aparecía ya tal como era en su corazón: creyente discípulo y seguidor de Jesús. Esta es la fuerza iluminativa y motivo de la acción de Jesús en nosotros: vence paulatinamente nuestras resistencias, mientras vayamos con el alma bien dispuesta, hasta que triunfa de nuestro pensamiento y de nuestra vida entera. Si, como Nicodemo, vamos a Jesús, aunque sea en la noche de nuestros pecados y con el miedo de tener que vencernos, pero con el pensamiento y el corazón puestos en las manos de Jesús, sentiremos en nosotros un profundo cambio y llegaremos a obrar con libertad ante el mundo en el sentido que Jesús quiere de nosotros.

d) v. 40. — *Y tomaron el cuerpo de Jesús, y, descolgado, lo liaron con lienzos, y entre ellos pusieron aromas...* — De aquí, dice San Beda, viene la costumbre de la Iglesia de consagrar el cuerpo del Señor, no sobre telas de brocado y oro, sino sobre fino y limpio lienzo, símbolo de la pureza. Así debemos nosotros místicamente dar sepultura a Jesús en nuestros corazones, envolviendo al divino cuerpo en la blancura de un alma sin mancha y sin afectos terrenos, aromatizándole con el perfume de toda suerte de virtudes.

e) v. 41. — *Y en el huerto un sepulcro nuevo...* — Como en el seno virginal de María nadie entró, ni antes ni después de Jesús, dice San Agustín, así tampoco nadie fue sepultado antes ni después del Señor en este monumento. Atendamos la gloria que a la Virgen Santísima y a este sepulcro ha venido de albergar el cuerpo del Señor: la Virgen es bendita por todas las generaciones: el sepulcro es el lugar más glorioso del mundo. Sea nuestra alma el sepulcro del Señor, y todo se innovará de ella, dice Teofilacto, porque lo que nosotros tenemos de mortal será absorbido por Cristo, que es la vida, y lo es precisamente por su muerte; y también a nosotros nos vendrá gran gloria de haber albergado el cuerpo del Señor, porque él será gaje de nuestra vida eterna bienaventurada.

223. — DESPUES DE LA SEPULTURA DE JESUS

Lc 23, 55.56; Mt. 27, 62-66

(Mt. 27, 61; Mc. 15, 47)

Evangelio después del «Passio» el Domingo de Ramos (vv. 62-66)

^{L 55} Y viniendo también las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, ^{MC} *María Magdalena y María de José*, observaron el sepulcro, ^M *estando sentadas delante de él*: ^{MC} *y miraban dónde lo colocaban*, y cómo fue depositado su cuerpo. ⁵⁶ Y, volviéndose, prepararon aromas y ungüentos: y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.

^{M 62} Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron juntos a Pilato, ⁶³ diciendo: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavía estaba en vida: Después de tres días resucitaré. ⁶⁴ Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día: no sea que vayan sus discípulos, y lo hurten, y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos: y será el postrer error peor que el primero. ⁶⁵ Pilato les dijo: Tenéis una guardia, id, y guardadlo como sabéis. ⁶⁶ Ellos, pues, fueron, y, asegurando bien el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron guardias.

Explicación. — Refiérense aquí dos hechos de finalidad completamente opuesta. De una parte, las piadosas mujeres que los sinópticos nos habían señalado lejos de la cruz, a la hora de la crucifixión del Señor, reaparecen ahora, fijándose atentamente en la escena del santo entierro, para volver al día siguiente y ofrecer al divino amigo unos obsequios que no habían podido preparar en tiempo por la premura del sepelio (Lc. 55.56). De otra, los poderosos enemigos de Jesús tratan de asegurar su triunfo sobre el Crucificado, guardando y sellado su tumba con todas las garantías que humanamente podían adoptar (Mt. 62-66).

PIEDAD DE LAS SANTAS MUJERES (Lc. 55.56). — Las que acompañaban a Jesús vivo durante su magisterio, auxiliándole con sus subsidios, vienen ahora también al lugar del sepulcro del Señor para rendirle sus piadosos homenajes. No pudieron prever un fin tan rápido del Maestro, y nada llevaron a su tumba para obsequiarle como solían los judíos. Verán atentamente dónde es depositado el sagrado cuerpo, y volverán así que lo consienta el reposo sabático: *Y viniendo también las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, María Magdalena y María de José, observaron el*

sepulcro, estando sentadas delante de él: y miraban dónde lo colocaban, y cómo fue depositado su cuerpo. Revélase en todos estos detalles la solicitud curiosa, tan propia de la mujer, de quienes no quieren perder un detalle para realizar fácilmente y con eficacia sus deseos.

Nada podían hacer ya las santas mujeres en el lugar del sepelio: urge ya el reposo del sábado; volverán a sus casas, es de suponer con qué pena, y aprovecharán los momentos que restan del día de Parasceve para arreglar lo necesario al definitivo embalsamamiento del sagrado cuerpo. *Y, volviéndose, prepararon aromas y ungüentos,* Observantísimas de la ley, descansarán, según los preceptos legales (Ex. 20, 8-10; 31, 13; Deut. 5, 14), todo el siguiente día: *Y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.* Al anochecer del mismo sábado, cerrado ya el tiempo legal del descanso y abiertos de nuevo los comercios, nos las presenta Mc. 16, 1, haciendo las compras de aromas que no pudieron terminar el día anterior.

LOS ENEMIGOS DE JESÚS: CUSTODIA DEL SEPULCRO (Mt. 62-65).— Es peculiar del primer Evangelista la narración de un hecho que revela el odio profundo y el miedo que los primates de Israel sentían de Jesús. Poca mella hicieron en ellos los prodigios obrados en la muerte del Señor, que se ensañan con él hasta después de muerto; porque al día siguiente al de la crucifixión, el sábado pascual, los sinedritas, sin duda previo acuerdo oficial, enviaron una delegación a Pilato: *Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron junto a Pilato,* Nótese cómo el cómputo del Evangelista arranca ya de la Parasceve: cuando redactó su Evangelio sería ya entre los cristianos sagrada la memoria de este día por la muerte del Señor.

Quienes habían hecho coacción a Pilato, hasta arrancarle una sentencia contra su parecer, ahora, para mejor lograr su fin, se humillan ante él, *diciendo: Señor:* al tiempo que tienen para Jesús palabras de desprecio: *Nos acordamos que dijo aquel impostor,* que soliviantaba las turbas y se hacía rey (Lc. 23, 2.5; Ioh. 19, 12), *cuando todavía estaba en vida,* y cuya muerte reconocen por lo mismo oficialmente: *Después de tres días resucitaré.* ¿Cómo los sinedritas pudieron conocer la profecía que Jesús había hecho de su resurrección? Pudieron inferirlo de las palabras de Jesús: «Destruid este templo, y en tres días lo edificaré» (Ioh. 2, 19), o del signo de Jonás, que les había predicho (Mt. 12, 39; 16, 4): cómo pudo contárselo Judas; cómo pudo ser voz pública, por cuanto Jesús no había impuesto el sigilo a sus discípulos, a quienes había dicho

claramente que resucitaría al tercero día (Mt. 17, 22; 20, 19; Mc. 9, 30; 10, 34; Lc. 18, 33). Y ¿por qué no lo recuerdan hasta aquel momento? Porque el día anterior no tuvieron más preocupación que la de perder a Jesús; porque despertarían sus recelos los prodigios obrados a la muerte de Cristo; porque pudieron temer que los discípulos del Señor hurtaran su cuerpo, viendo los honores que le dispensaban hombres de tanto prestigio como José de Arimatea y Nicodemo.

Sigue la petición: *Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día: no sea que vayan sus discípulos, y lo hurten, y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos: y será el postrer error*, la seducción, el engaño que de ello sobrevendrá al pueblo, con el consiguiente peligro de revueltas, *peor que el primero*: es más peligrosa la voz de un presunto resucitado que la de un presunto rey. Nótese otra vez con cuánta reiteración se afirma la muerte y sepultura de Jesús.

La respuesta de Pilato es seca, desabrida; no quiere otra vez enredarse con aquellos hombres: *Pilato les dijo: Tenéis una guardia*: tenían ellos los legionarios que dos días ha les había concedido para el prendimiento de Jesús; día de fiesta como era, tenían el mismo retén que daba la guardia en los pórticos del Templo, como de costumbre: *Id, y guardadlo como sabéis*, como os sugerirá el odio y el miedo que de Jesús tenéis.

Ellos, pues, fueron, y, asegurando bien el sepulcro haciendo para ello cuanto humanamente cabía, *sellaron la piedra*: aseguráronse de que el cuerpo de Jesús estaba todavía en el sepulcro; rodó la piedra hasta cubrir la entrada de la tumba; sobre ella atáronse los cabos libres de dos cuerdas fijas a ambos lados de la puerta, y sobre el nudo cubierto de arcilla o greda blanca, se imprimió el sello, lo que hacía la entrada inviolable. *Y pusieron guardias*: probablemente diez y seis, que deberían relevarse por turnos de cuatro. Humanamente podían los sinedritas contar con la posesión plena del cuerpo de su Víctima; habían hecho cuanto estaba de su parte para asegurar el doble hecho de la muerte y de la resurrección futura.

Lecciones morales.—A) Lc. v. 55.—*Observaron el sepulcro... y cómo fue depositado su cuerpo.*—Hacíanlo las piadosas mujeres con el intento de mejor prestar sus últimos obsequios al Maestro; no era todavía perfecta su fe, dice Teofilacto, porque querían honrarle, según la costumbre de los judíos, pero como puro hombre. Nosotros nos acercaremos al sepulcro de Jesús, y le contemplaremos con atención, fijándonos más en la causa de la muerte del Hijo

de Dios, que son los pecados de los hombres, y en la inmensidad del amor que Dios nos tiene, que le llevó a tomar carne como la nuestra, y morir, y ser encerrado en un sepulcro como los hombres mortales. Fruto de esta contemplación serán los obsequios de orden espiritual que le ofrezcamos, comprándolos como las piadosas mujeres, no con precio de plata u oro, sino con el personal esfuerzo con que arranquemos de nuestra vida actos que puedan ser gratos a Jesús. El nos ha comprado con su muerte: ¿qué menos podemos hacer que ofrecerle los frutos de vida cristiana que El nos logró?

B) v. 56.— *Y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.* — Aprendamos de las santas mujeres el respeto, llevado hasta el escrúpulo, del día festivo. Se trataba de honrar al Señor, que es el Señor del sábado; al mismo que había curado a los enfermos en día festivo, contra el parecer de los fariseos. Pero, porque los honores que querían tributar al Señor importaban un trabajo manual incompatible con la ley, reprimieron sus deseos. No urge el precepto cristiano del descanso dominical con el rigor que a los judíos el día de sábado; pero tal vez las mismas personas piadosas sienten menos que nuestros antepasados el profundo respeto al día del Señor. Nos lo imponen la ley de la Iglesia y el ejemplo que a los demás debemos.

C) Mt. v. 63.— *Nos acordamos que dijo aquel impostor...* — A la muerte del Señor la tierra tiembla, las peñas se quiebran, el sol se apaga, los muertos resucitan, el pueblo regresa compungido del Calvario, dándose golpes de pecho: sólo los príncipes de los sacerdotes quedan insensibles. Más: todas estas maravillas no hacen sino exacerbar su rabia contra Cristo. Si le han visto morir, ¿por qué temen su resurrección? Y si temen una superchería de sus discípulos, ¿por qué no se ponen al acecho? Es el fenómeno psicológico que se produce, a través de los siglos, en los enemigos de Jesús: quieren convencerse y convencer al mundo de que Jesús está bien muerto, que no es más que un fantasma en la historia; pero les ciega los ojos la luz del milagro, la conversión del mundo, el mismo resplandor de la figura de Cristo. Y es entonces cuando se revuelven en rabia mayor contra la memoria de Jesús, y apelan a todo sofisma, a toda invención, a toda mentira, para convencer de impostura a El y a sus seguidores. Tengamos la incommovilidad de quienes están en plena certeza, de la doctrina y de la historia.

D) v. 64.— *Manda, pues, que se guarde el sepulcro...* — Con lo cual, dice un intérprete, nos aseguran tres cosas que nos convenía mucho saber para afirmar nuestra fe en la resurrección de Jesús, a saber: que había muerto, que estaba sepultado, y que, guardada la tumba, era imposible que los discípulos hurtaran el cuerpo del Señor. De modo que cuanto más creían dañar la causa de Jesús, dice Santo Tomás, más trabajaban para la fe de los creyentes en Jesús; en verdad que la misma astucia ha engañado a los astutos. Es que no hay consejo contra Dios, quien utiliza los mismos trabajos que ponen los hombres contra El para hacerlos eficaces en orden a su mayor gloria y exaltación: que Dios mejor ha querido

sacar bienes de los males, que no hacer que dejaran de ser los males, dice San Agustín.

E) v. 66.—*Sellaron la piedra, y pusieron guardias.*—Cuanto más encerrado y guardado está Jesús, mejor se manifestará la fuerza y la verdad de su resurrección. Porque, como dice el Crisóstomo: Si el sepulcro está bien guardado y sellado, ¿no habrá fraude? Ciertamente que no lo habrá. Luego es cierta la verdad de la resurrección. Y si no hay fraude alguno, y no obstante ha sido hallado vacío el sepulcro del Señor, es claro y fuera de toda duda que resucitó. Mira cómo los enemigos del Señor hasta a la fuerza y contra su voluntad trabajan por la demostración de la verdad. Lo que les ocurrió en aquella ocasión, podría demostrarse, con la historia en la mano, haber ocurrido a través de todos los siglos cristianos. Todo lo que nuestros enemigos han conquistado de verdad, en sus luchas contra nosotros, se ha incorporado a nuestra verdad: todos sus errores han servido para mayor brillo de nuestra verdad.

SECCION NOVENA

VIDA GLORIOSA DE JESUS

Del día siguiente al de la Pascua Judía hasta cuarenta días después. Abril-Mayo de 782 - Año 29 de nuestra era.

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR Y SU: PRIMERAS APARICIONES EN JUDEA. — 224. La resurrección de Jesús: — Consideraciones generales sobre los relatos evangélicos. — 225. Las mujeres van al sepulcro. El terremoto. La visita. El regreso. — 226. Visita de Pedro y Juan al sepulcro. — 227. Jesús aparece a la Magdalena. 228. Aparición de Jesús a las piadosas mujeres. Los soldados romanos y los sinedristas. — 229. Aparición de Jesús a dos discípulos en el camino de Emaús. 230. Aparece Jesús a los Apóstoles reunidos. — 231. Otra aparición a los Apóstoles con Santo Tomás.

PERÍODO SEGUNDO: ULTIMAS APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA Y EN JUDEA, Y SU ASCENSIÓN. — 232. Apariciones de Jesús en la Galilea: A) En el mar de Tiberíades. — 223. — El Primado de Pedro. — 234. B) Aparición a los Apóstoles en un monte de Galilea. — 235. Ultimas enseñanzas de Jesús. La Ascensión.

236. EPÍLOGO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — El cuerpo santísimo de Jesús estuvo en el sepulcro desde las últimas horas de la tarde del viernes hasta la aurora del domingo: a esa hora hubo un terremoto, Jesús resucitó y un ángel del Señor retiró la piedra que cerraba el sepulcro. Las piadosas mujeres, que antes y después del descanso sabático habían preparado aromas con que ungir el cuerpo de Jesús, al rayar el alba fueron al sepulcro y, en llegando, lo encontraron vacío. María Magdalena marchó en seguida a anun-

ciarlo a Pedro y a Juan, y entretanto las demás mujeres penetraron en el sepulcro y aparecieronseles dos ángeles que les anunciaron la resurrección. Estas, atemorizadas, marcharon de allí y a nadie dijeron nada. Pedro y Juan, avisados por la Magdalena, fueron al sepulcro y se cercioraron de que estaba vacío, partiendo luego de allí y permaneciendo María y Magdalena junto al sepulcro. Entonces, a ella primero que a nadie (1), se le apareció Jesús en forma de hortelano. Luego se apareció también a las otras mujeres en el camino. En el mismo día se apareció a Pedro solo y después a dos discípulos que iban a Emaús. Por la tarde de aquel mismo día se apareció a los discípulos reunidos, estando ausente Tomás. Ocho días después se apareció de nuevo a los discípulos, estando Tomás presente.

Habiéndose trasladado los Apóstoles a Galilea, Jesús, según les había anunciado, se les apareció allí: a Juan y a Pedro y a otros cinco que estaban pescando en el mar de Tiberíades, cuando confirió el Primado a Pedro; y a los discípulos en un monte, probablemente el Tabor, cuando les confirió la misión de predicar el evangelio a todos los hombres.

Vueltos los Apóstoles a Jerusalén, mandóles el Señor que permanecieran allí hasta que recibieran el Espíritu Santo. Durante esta permanencia, un día los sacó de la ciudad hacia Betania, al monte Olivete, y desde allí, mientras los bendecía, se subió a los cielos. Los Apóstoles y discípulos, recreados con la visión de los ángeles que les certificaron la Ascensión de Jesús, volvieron a Jerusalén con grande alegría por el triunfo del Maestro.

(1) Nos atenemos solamente al texto evangélico, salvando la tradición venerabilísima, según la cual, antes que a nadie, se apareció Jesús a su Santísima Madre.

PERIODO PRIMERO

PRIMERAS APARICIONES DE JESUS EN JUDEA

224.—LA RESURRECCION DE JESUS: CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LOS RELATOS EVANGELICOS

La resurrección de Jesús es un hecho indubitable, hasta el punto de que haya podido un racionalista afirmar que es el hecho más plenamente demostrado de la historia. El alma de Cristo separóse del cuerpo voluntariamente, y en virtud de los atrocísimos tormentos voluntariamente por nosotros soportados: la muerte no es otra cosa que la separación de cuerpo y alma. Esta muerte queda demostrada plenísimamente en las narraciones de los cuatro Evangelistas, no sólo por la afirmación que de ella hacen, usando todos ellos casi las mismas palabras, sino por la aportación de numerosos elementos, que hemos notado en los anteriores comentarios, y que ponen fuera de toda duda la muerte del Señor.

Bajó el alma de Jesús al limbo, inmediatamente después de separada del cuerpo, y allí permaneció, consolando a los Padres que esperaban el advenimiento del Señor, hasta el momento de la resurrección: «Porque también Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, mas vivificado en el espíritu: en el que también fue a predicar a aquellos espíritus que estaban en la cárcel...» (1 Petr. 3, 18-19). Es ello dogma de fe, concretado ya desde los primeros siglos en los símbolos de la Iglesia, aun cuando nada digan de este hecho los Evangelios.

Y cuando llegó el momento, el alma de Jesús volvió al cuerpo, y éste revivió, esta vez inmortal ya e impasible, con las dotes propias de los cuerpos glorificados. Es el hecho de la resurrección. De ella no hubo probablemente testigo presencial alguno; ni se conoce con precisión el momento en que se verificó, aunque puede afirmarse que fue la mañana del día siguiente al sábado. Ni fue aparatosa la salida de Jesús de su tumba, que probablemente pasaría inad-

vertida hasta de los mismos soldados que daban guardia al sepulcro. Si el arte nos ha representado a Jesús saliendo triunfante de la tumba, en medio del estupor de los soldados derribados y «como muertos», en frase del primer Evangelista, no es ello más que la glorificación y como la idealización de un hecho que los Evangelistas no hacen más que afirmar sencillamente, aunque aparezca rodeado de episodios de carácter sobrenatural, como son el terremoto, probablemente acaecido en el momento de la resurrección, la aparición o apariciones de ángeles, las palabras que pronunciaron y los hechos maravillosos acaecidos en algunas de las apariciones del Señor.

Los cuatro Evangelistas concurren en la narración de los episodios que siguieron a la resurrección de Jesucristo. Todos ellos aportan elementos que podríamos llamar peculiares de cada Evangelio, para formar una monografía de la resurrección que se caracteriza por la espontaneidad de los relatos, por la viveza de los detalles, la belleza de los cuadros, como el que nos presenta a Pedro y Juan corriendo al sepulcro, la aparición a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los que pescaban en Genesaret; y especialmente por este calor comunicativo que a las narraciones infundió el santo entusiasmo de que estaban poseídos los Evangelistas al describir el hecho fundamental de nuestra religión.

Pero Dios ha querido que la historia de la resurrección del Señor fuera referida por los cuatro Evangelistas en forma que difícilmente puedan sus relatos reducirse a la unidad armónica en que se recojan todos los hechos dispersos en el tetramorfo para formar la descripción de un solo hecho simple y claro, como tantas veces ocurre en las narraciones evangélicas. Júntanse los sagrados escritores un momento en los puntos capitales, para luego derivar cada uno de ellos en el sentido que más conviene a los fines doctrinales o anológicos de sus composiciones.

Este fenómeno, que ha dado lugar a numerosas tentativas de concordia, ya desde los primeros siglos, y del que se han valido los racionalistas de todo tiempo para dirigir sus ataques contra el hecho fundamental de nuestra fe, es una de las grandes pruebas de la veracidad de nuestros Evangelistas, que no se preocupan uno de otro al escribir sus historias; pero no deja de engendrar alguna dificultad, no tanto en el comentario como en la coordinación de los hechos.

Ninguna de ellas es insoluble: los seis grandes argumentos de Straus contra la resurrección del Señor, fundados en las discrepancias de los Evangelios, han sido victoriosamente refutados por

los exegetas católicos; un poco de buena fe y de buena voluntad bastan, diremos con un autor católico, para explicar satisfactoriamente las aparentes divergencias de los narradores sagrados. Quizá podríamos hallar una explicación psicológica, de lo que parece disonancia de los Evangelistas en este punto de la historia del Señor, en las palabras de un sabio obispo: «Fue tal la turbación y la confusión de los Apóstoles y de las mujeres el domingo de la resurrección, que se refleja fielmente en los cuatro Evangelistas» (J. BONOMELLI. Cf. CELLINI, *Gli ultimi capi del Tetramorfo*, pág. 53).

Antes de entrar en el comentario del Sagrado Texto, y para que aparezcan de un golpe y en un solo cuadro las incidencias de aquella mañana, la más clara de la historia, disponemos en serie los hechos en la forma que probablemente ocurrieron, siendo ésta una de las concordias hoy seguida por varios autores de nota, aunque con alguna discrepancia entre ellos, y difiriendo poco de la que ya San Agustín propuso:

1. El día siguiente al sábado, muy de mañana, María Magdalena y las otras mujeres se dirigieron al sepulcro, llevando los aromas comprados el viernes y sábado al anochecer, para rendir al Maestro sus postreros obsequios (Mt. 23, 1; Mc. 16, 1-4; Lc. 24, 1; Ioh. 20, 1).

2. Mientras hacían su camino, ocurrió el temblor de tierra, que probablemente coincidió con la resurrección del Señor, y el ángel removió la piedra que cerraba la tumba (Mt. 28, 24).

3. Al divisar las mujeres el sepulcro y ver abierta la puerta, la Magdalena retrocede precipitadamente a la ciudad, para avisar de ello a Pedro y Juan, mientras que sus compañeras siguen su camino y entran en el sepulcro, donde se les aparecen los ángeles (Mt. 28, 5-7; Mc. 16, 5-7; Lc. 24, 2-7).

4. Entretanto, María Magdalena había avisado a Pedro y Juan, y los tres venían precipitadamente al sepulcro; cuando a él llegaron, habían ya regresado a la ciudad las otras mujeres (Lc. 24, 12; Ioh. 20, 3-10).

5. Pedro y Juan, examinado el sepulcro, regresan a la ciudad; mientras que Magdalena se queda sola junto a la piedra del sepulcro, apareciéndose primero los ángeles, y luego el mismo Señor (Mc. 16, 9-11; Ioh. 20, 11-18).

6. Mientras volvían las demás mujeres a la ciudad, probablemente por distinto camino del que hicieron Pedro y Juan, se les apareció también el Resucitado (Mt. 28, 9.10).

Con el precedente esquema a la vista será fácil la inteligencia de los siguientes episodios, que dispondremos según el mismo, apor-

tando a la narración así ordenada los detalles de los cuatro Evangelios que de otra suerte podrían aparecer divergentes.

Asimismo hay que distinguir entre las apariciones de Jesús resucitado que tuvieron lugar en Judea y las que se realizaron en la Galilea. Las primeras fueron cinco, según las narraciones de los Evangelios, a saber: a la Magdalena, a las piadosas mujeres, a los discípulos de Emaús, a los Apóstoles reunidos sin Tomás, todas ellas el mismo día de la resurrección, y luego, ocho días más tarde, a los mismos con este último. Las de la Galilea fueron: la primera a siete apóstoles en el mar de Tiberíades; y la segunda a los once, en un monte de la misma región.

A más de estas apariciones descritas en los Evangelios, es cierto que se apareció Jesús otras veces, una de ellas a más de quinientos discípulos reunidos, como consta de los Hechos (1, 2.3) y de la Carta primera a los Corintios (15, 5-8).

Nada dicen los Evangelios de que apareciera Jesús a su Santísima Madre; pero es piadosa creencia, fundada en conveniencias altísimas, que Ella recibió la primera la visita de Jesús resucitado. También es probable que apareciera a Pedro, solo o en compañía de Juan, según Maldonado. He aquí las palabras del insigne exégeta español: «Ante todo es de creer que apareció Jesús a su Madre, no que lo digan los Evangelistas, sino que era cosa conveniente. Ni me place la diligencia de aquellos que se esfuerzan en refutar esta opinión, tan entrañada en el alma de casi todos los católicos... En el mismo día de la resurrección es de creer que se apareció a Pedro, solo, según opinión de León IX, o conjuntamente con Juan, cuando regresaban del sepulcro...» (In Mt. 28, 16).

225. — LAS MUJERES VAN AL SEPULCRO: Mc. 16, 1-3
(Mt. 28, 1; Lc. 24, 1)

EL TERREMOTO: Mt. 28, 2.4; LA VISITA: Mc 16, 4.7
(Mt. 28, 5-7; Lc. 24, 2-8)

EL REGRESO: Lc. 24, 9-11
(Mt. 28, 8; Mc. 16, 8)

Evangelio del Domingo de Ramos (Mt. vv. 1-7), del Sábado Santo (Mt. vv. 1-10) y de la Dominica de Resurrección (Mc. vv. 1-7)

^{Mc 1} Y como pasó el sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar

a Jesús. ²Y muy de mañana, el primer día después del sábado, fueron al sepulcro, ^Ma verlo, ^Lllevando los aromas que habían comprado, y llegaron salido ya el sol. ³Y decían entre sí: ¿Quién nos quitará la losa del sepulcro?

^{M2}A este tiempo se sintió un gran terremoto. Porque un ángel del Señor descendió del cielo: y, llegándose, revolvió la piedra, y se sentó sobre ella. ³Y su aspecto era como un relámpago, y su vestidura como la nieve. ⁴Y de temor de él se asombraron los guardias, y quedaron como muertos.

^{MC4}Mas reparando, vieron revuelta la losa ^Ldel sepulcro. Porque era muy grande. ⁵Y entrando en el sepulcro ^Lno hallaron el cuerpo del Señor: Jesús; y aconteció que estando consternadas por esto, vieron un mancebo, sentado al lado derecho, cubierto de vestidura blanca, y se maravillaron. ⁶El cual, ^Lcomo estuviesen ellas medrosas, y bajasen el rostro a tierra, les dice: No os asustéis: ^Msé que buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado. ^L¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado, ^Mcomo había dicho: no está aquí. ^LAcordaos de lo que os habló, estando aún en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día. ^MVenid; he aquí el lugar donde lo pusieron; ^Mved el lugar donde estaba colocado el Señor. ⁷Mas id ^Mpronto, y decid a sus discípulos, y a Pedro, ^Mque ha resucitado, y que va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis, como os dijo: ^MOs lo anuncié ya de antemano. ^LY se acordaron de sus palabras.

^{L9}Y salieron ^Men seguida, ^{MC}y huyeron del sepulcro, ^Mcon temor y con gran gozo, ^{MC}pues se había apoderado de ellas el temor y el espanto, y a nadie dijeron nada, porque tenían miedo. Y fueron a contar todo esto a los once, y a todos los demás. ¹⁰Y las que refirieron a los Apóstoles todas estas cosas eran María Magdalena, y Juana, y María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas. ¹¹Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras: y no las creyeron.

Explicación. — Compréndese en este número todo lo ocurrido en las primeras horas de la mañana del primer día de la semana, día siguiente al sábado judío, y se reduce al viaje de ida de las santas mujeres al sepulcro (Mc. 1-3); la narración del terremoto, probablemente ocurrido en el momento de la resurrección (Mt. 2-4); la visita a la tumba, con la aparición y discurso del ángel (Mc. 4-7); y finalmente, el regreso a la ciudad (Lc. 9-11).

LAS SANTAS MUJERES VAN AL SEPULCRO (Mc. 1-3). — Las santas mujeres, que habían observado con piadosa curiosidad el lugar y forma del entierro de Jesús, y que al declinar el día habían preparado, el mismo viernes, lo necesario para el embalsamamiento del Señor (Mc. 15, 47; Lc. 23, 55.56), después del reposo sabático, y así que abrieron de nuevo los comercios al anochecer del sába-

do, salieron a comprar los ungüentos y aromas, hierbas aromáticas, mirra, áloe, etc., para rendir al Maestro los postreros obsequios: *Y como pasó el sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús.*

El amor devoto hizo que madrugaran las santas mujeres: *Y muy de mañana...* Convienen los cuatro Evangelistas en señalar la primera hora del primer día de la semana, lo que decimos en nuestra lengua «al despuntar la aurora», para la salida de las discípulas piadosas. Mateo tiene esta expresión: «En la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana...», lo que debe entenderse en el sentido de que: «siendo ya muy pasado el sábado y rompiendo ya el alba del siguiente día». *El primer día después del sábado, fueron al sepulcro, a verlo*, como se visita y examina la tumba de los seres queridos, *llevando los aromas que habían comprado, y llegaron salido ya el sol.* Son brevísimos los crepúsculos en la Palestina; las que salieron al alborar el día, llegan al sepulcro a plena luz.

Una preocupación las embargaba por el camino: era pesadísima la piedra que cerraba la tumba del Señor; ellas, débiles mujeres, ni aunando sus esfuerzos podrían apartarla: *Y decían entre sí: ¿Quién nos quitará la losa del sepulcro?* De donde se infiere que nada sabían de la guardia que daban los soldados al sepulcro, ni de que hubiese sido sellada la puerta. Descansaron el sábado según precepto legal (Lc. 23, 56), tristes y miedosas por lo ocurrido; más que los Apóstoles —que en aquel mismo día por la noche estaban en casa a puerta cerrada por el miedo de los judíos (Ioh. 20, 19)—, estuvieron incomunicadas, ignorando lo ocurrido entre los sindritas y Pilato.

EL TERREMOTO (Mt. 24). — Como la muerte del Señor fue señalada por un temblor de tierra, así su resurrección. El terremoto es la manifestación del poder, del señorío, de la gloria de Dios (cf. Ps. 67, 8, 9; 97, 7 sigs., etc.); cuando Jesús resucitó, la tierra, conmoviéndose, rindió pleitesía al poder y magnificencia de su Dios: *A este tiempo se sintió un gran terremoto*, que no es de creer cogiera más área que la de las inmediaciones del sepulcro. Convenía, además, que los guardias se dieran cuenta del milagro que se acababa de obrar.

Jesús salió del sepulcro dejando intactos los sellos y cerrada la puerta, antes que bajara el ángel a abrirla, como en su nacimiento saliera del seno de su Santísima Madre sin romper los sellos de su

virginidad; toda la tradición está en ello conteste. Pero convenía que se abriese de par en par la boca del sepulcro para que viera todo el mundo que estaba vacío; ello quiso Dios fuera hecho por ministerio de un ángel, primer testigo y anunciador de la resurrección: los ángeles anunciaron su concepción y nacimiento, le confortaron en el desierto y en Getsemaní; ahora convenía anunciar la gloria del Dios triunfador: *Porque un ángel del Señor descendió del cielo: y, llegándose, revolvió la piedra, y, como asertor y doctor de la resurrección, como maestro que debía dar a los creyentes la firmeza de la fe en aquel hecho, se sentó sobre ella.*

Describe el Evangelista la forma de la aparición: *Y su aspecto era como un relámpago, lúcido y refulgente su rostro, como convenía a un ciudadano del cielo que goza y participa de la Luz indeficiente de Dios: Y su vestidura como la nieve, con lo que significa la gloria del hecho de la resurrección y la claridad del misterio que encierra.* Por el terremoto y la celestial visión se sobrecogieron de espanto los guardias del sepulcro: *Y de temor de él se asombraron los guardias, y quedaron como muertos:* suelen las celestiales apariciones causar, en su comienzo, espanto, aun a los santos (cf. Is. 6, 5; Ez. 2, 1; Lc. 1, 30), cuánto más a aquellos hombres, que Dios quería fuesen testigos de aquel hecho extraordinario.

Discuten los exégetas sobre la hora de la resurrección del Señor. Nada puede afirmarse con certeza: señalan unos la una de la madrugada, otros las tres; es más común la opinión, que hace suya Benedicto XIV, de que ocurrió el gran hecho en la misma aurora, poco después que empezó a alborear el día.

VISITA DE LA TUMBA: EL ÁNGEL (Mt. 4-7).—Platicaban por el camino las mujeres, cuando al llegar a la vista del sepulcro pudieron observar que estaba patente su entrada: *Mas reparando, vieron revuelta la losa del sepulcro.* Dan las santas mujeres razón de la preocupación que sentían al dirigirse a la tumba del Señor: *Porque (la piedra) era muy grande.* Todavía en el siglo V afirma San Jerónimo que Santa Paula, su discípula, besaba esta piedra al entrar en el sepulcro del Señor.

María Magdalena, al ver abierto el sepulcro, acongojada por la posible sustracción del cuerpo del Señor, retrocedió a la ciudad para contar el hecho a Pedro y Juan; sus compañeras, venciendo el natural recelo que debía inspirarles el hecho inexplicable, resolvieron a entrar en la tumba: *Y entrando en el sepulcro...* Solían las tumbas de los judíos tener varias dependencias o cubículos, en los que se colocaban los cadáveres y a los que se entraba atrave-

sando el vestíbulo, pieza mayor que comunicaba por la puerta con el exterior; el del Señor, cavado en la piedra por José de Arimatea para sí mismo, es probable que no tuviera más que un cubículo y el vestíbulo. Una vez dentro las mujeres, *no hallaron el cuerpo del Señor: Jesús; y aconteció que estando consternadas por esto, vieron un mancebo, sentado al lado derecho, cubierto de vestidura blanca, y se maravillaron.*

El mancebo era un ángel en forma humana; vestía blanca túnica, señal de la gran fiesta de Jesús y nuestra; pasmáronse las santas mujeres, como acontece siempre al hombre al hallarse en presencia de lo sobrenatural. El primer Evangelista, como Marcos, señala la presencia de un solo ángel; San Lucas dice que eran dos: «Dos varones se pararon ante ellas con vestiduras resplandecientes»: es que Mateo indica el ángel que estaba sentado sobre la piedra; Marcos, el que estaba en el interior; Lucas, los dos, sea que fuesen ambos distintos del que removió la piedra de la tumba, o que éste hubiese penetrado en ella después de abrir la entrada. O puede conciliarse la aparente antilogía diciendo que los dos primeros Evangelistas se refieren sólo al ángel que dirigió la palabra a las piadosas visitantes. La primera impresión de éstas, al hallarse ante la célica visión, fue, junto con el pasmo de que nos habla Marcos, el temor, que les obligó a bajar la vista al suelo: quedaron deslumbradas y espantadas (cf. Is. 6, 5; Ez. 2, 1; Dan. 7, 15): *El cual, como estuviesen ellas medrosas, y bajasen el rostro a tierra les dice...*

Sigue el discurso del ángel, vibrante y lleno de emoción, que Lucas pone en boca de los dos mensajeros: *No os asustéis: sé que buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado: Nazareno y crucificado eran dos conceptos de humillación: ahora ya serán de gloria: ¿Por qué, sigue el ángel, buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado, como había dicho; no está aquí. Y como reprendiéndolas suavemente, por haber olvidado las predicciones, hechas en tiempo oportuno, mucho antes de su pasión, para que no las cogieran de sorpresa los acontecimientos, continúa: Acor- daos de lo que os habló, estando aún en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día (cf. Lc. 9, 22.44): Venid; he aquí el lugar donde lo pusieron: y sigue notando el contraste entre la tumba vacía y el triunfo del Resucitado: Ved el lugar donde estaba colocado el Señor.*

Motivos tienen ya las mujeres para sentirse a un tiempo gozosas y miedosas (Mt. v. 8). Ahora las mismas mujeres servirán de

heraldos para anunciar la gran nueva a los demás discípulos, que son la gran preocupación de Jesús: *Mas id pronto, y decid a sus discípulos, y a Pedro, que ha resucitado, y que va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis, como os dijo: Os lo anuncié ya de antemano.* Es la solicitud del Pastor, que quiere otra vez verse rodeado de sus ovejas; quiere especialmente que se avise a Pedro, ya porque así lo exigía su dignidad de príncipe de los Apóstoles, ya para significar que, después de su arrepentimiento, estaba plenamente reintegrado a la amistad de Jesús. Entonces es cuando las mujeres cayeron en la cuenta de la verdad de los vaticinios de Jesús sobre su resurrección: *Y se acordaron de sus palabras.*

EL REGRESO (Lc. 9-11).— Con suma diligencia, aunque en medio de gran aturdimiento, cumplen las santas mujeres la comisión recibida del ángel: *Y salieron en seguida, y huyeron del sepulcro, con temor y con gran gozo: temor, del conjunto de circunstancias que en su visita se acumularon: la piedra removida, la aparición de los ángeles, el sepulcro vacío; pero predominaba el gozo, por el triunfo del Maestro sobre la muerte. Como despavoridas y desconcertadas, pues se había apoderado de ellas el temor y el espanto, temblando, podríamos decir, de alegría y miedo, corrieron a la ciudad, siguiendo, quizás inconscientemente, camino distinto del que habían tomado a la ida.*

Vehemente impresionadas por los maravillosos sucesos, las santas mujeres no contaron en seguida a los demás discípulos lo que les había mandado el ángel; conferirían antes entre sí sus impresiones: *Y a nadie dijeron nada, porque tenían miedo.* Pero luego, cuando se hubieron repuesto y, sobre todo, cuando a medida que transcurría aquel día feliz llegaban nuevas noticias de que estaba vacío el sepulcro (cf. Ioh. 20, 2.5 sigs.), contaron por menudo todo lo ocurrido: *Y fueron a contar todo esto a los once, y a todos los demás.* Enumera aquí Lucas, como antes lo habían hecho ya los otros dos sinópticos (Mt. 28, 1; Mc. 16, 1), las mujeres que fueron protagonistas en este hecho: *Y las que refirieron a los Apóstoles todas estas cosas eran María Magdalena, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas.* Pero los Apóstoles y demás discípulos del Señor, tan lejos estuvieron de caer en la cuenta de los vaticinios de Jesús, que rechazaron como cosa fabulosa la narración de las mujeres: *Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras: y no las creyeron.* Sólo cuando por muchos títulos pudieron cerciorarse de la verdad del hecho grandioso, se hicieron testigos y apologistas

del mismo, hasta morir por lo que habían visto; su anterior incredulidad es para nosotros un motivo más de creer.

Lecciones morales.—A) Mc. v. 2.—*Y muy de mañana... fueron al sepulcro...*—Las últimas en dejar al Señor después de sepultado, son las primeras en honrarle, así que la ley se lo permite; en lo que podemos estimar el fervor de la caridad de estas santas mujeres, que les mereció las primicias de la buena nueva de la resurrección. De ellas debemos aprender esta solicitud piadosa, esta vigilancia, esta abnegación, virtudes que pusieron a contribución del amor que a Jesús sentían y que, haciéndoles vencer todo respeto humano, les lograron la espléndida recompensa de ser ilustradas sobre el glorioso misterio por los mismos ángeles, y ser constituidas primeros testigos del hecho de la resurrección.

B) Mt. v. 2.—*A este tiempo se sintió un gran terremoto.*—Nuestro Señor, que es al mismo tiempo Hijo de Dios e Hijo del hombre, da alternativamente pruebas de su divinidad y de su humanidad, dice San Jerónimo; y así como con su muerte ha dado prueba de que es hombre, con este terremoto da una prueba irrefragable de que es Dios. Tiene, pues, este mismo movimiento insólito de la naturaleza, y en este caso, su fuerza apologética: la obra de Dios se pone al servicio de la verdad de Dios. Místicamente, dice San Beda, este terremoto, como el ocurrido cuando la muerte del Señor, es presagio de la conmoción profunda que se obrará en los corazones de los hombres cuando se les predique la muerte y la resurrección del Señor.

C) Mc. v. 6.—*Ha resucitado...; no está aquí.*—Son tan sencillas y breves estas palabras como es profundo su contenido y felicísimas sus consecuencias. Porque si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos; por cuanto Jesús es el «primogénito de los muertos» (Col. 1, 18), la primera presa que ha restituido la muerte. Se ha hecho ya la experiencia en el grano principal, ha dicho San Agustín; seguirá luego toda la mies, que son todos los seguidores del Señor. De cada uno de nosotros podrá decirse en su día: Ha resucitado, no está aquí: quiera Dios con su gracia hacer que la resurrección de nuestros cuerpos vaya acompañada de esta «inmutación» de que habla el Apóstol (1 Cor. 15, 51.52), que no es otra cosa que la transformación del mismo en cuerpo glorioso, efecto de la glorificación de nuestras almas, que hayan merecido nuestras buenas obras. No olvidemos que todos habremos resucitado el último día; pero se dirá a unos: «Id al fuego eterno»; y a otros: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino...»

D) v. 6.—*He aquí el lugar donde lo pusieron...*—Todavía después de veinte siglos, las generaciones se dicen una a otra, señalando el vacío sepulcro: «He aquí el lugar donde lo pusieron.» Y las generaciones, una tras otra, se postran ante aquella tumba y besan con amor indecible la losa fría que la cierra. Hemos visto a sencillas mujeres del pueblo, que no tenían la dicha de ser católicas, pegar su frente a aquella piedra, mientras se movían rápidos sus labios en ardiente plegaria. Es el sepulcro de nuestro Dios: del Dios de centenares de millones de cristianos de toda profesión dogmá-

tica. Por su posesión se sostuvo una lucha épica en los siglos medios. Por la posesión de sus derechos atisban celosos alrededor de él para evitar toda intrusión los cristianos de los diversos ritos. A la puerta de la basílica que guarda la preciada joya está el musulmán, que lo tiene como gaje de su señorío. Profanado y todo como está, el sepulcro de Cristo es glorioso (Is. 11, 10). ¡Quisiera el buen Dios que un día el sepulcro de Jesús fuera de quien debe ser, de su Iglesia, de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, y que pudiéramos orar y llorar y cantar sobre él, y decir, en las solemnidades únicas de nuestro culto: «He aquí el lugar donde lo pusieron»!

e) v. 11.—*Y no las creyeron.*—La resurrección del Señor ha sido uno de los hechos cuya verdad ha sido más impugnada. Y es natural, porque si Cristo no ha resucitado es cosa vana nuestra fe; y esto es lo que quieren demostrar los enemigos de ella. Pero Dios ha garantido este hecho contra todo ataque racional, de cualquier parte que provenga, porque Dios es más celoso que nosotros mismos de los fueros de nuestra inteligencia, y no quiere obligarnos a creer un absurdo o una falsedad. Y como si no hubiera bastante con la claridad meridiana de las narraciones evangélicas, ha sumado Dios al testimonio de la historia el de diez y seis millones de mártires que han dado su vida por la misma verdad, y bien podemos creer por el testimonio de tantos hombres que se dejan matar por lo que atestiguan. No seamos tardíos ni remisos en prestar a esta verdad el obsequio de nuestra fe.

226.—VISITA DE PEDRO Y JUAN AL SEPULCRO: IOH. 20, 1-10
(Lc. 24, 12)

Evangelio de la Misa del sábado in Albis (vv. 1-9)

¹Y el primer día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando aún era oscuro: y vio quitada la losa del sepulcro. ²Y fue corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto.

³Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. ⁴Y corrían los dos a la par: mas el otro discípulo se adelantó corriendo más de prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. ⁵Y habiéndose inclinado, vio los lienzos en el suelo: mas no entró. ⁶Llegó, pues, Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró, ⁷*inclinándose*, en el sepulcro, vio los lienzos allí caídos, ⁸y el sudario, que había tenido puesto sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte. ⁹Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro: y vio, y creyó. ⁹Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que El resucitara de entre los muertos. ¹⁰Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa. ¹*Pedro se volvió admirando entre sí lo que había sucedido.*

Explicación.—Mientras ocurrían los hechos narrados en el número anterior, la Magdalena, que había dejado la compañía de las otras mujeres al notar que estaba abierto el sepulcro, corrió a anunciarlo a Pedro y Juan, quienes, a su vez, salieron precipitadamente para ver la tumba del Señor, no encontrándose con las demás piadosas mujeres que regresaban, probablemente por haber tomado éstas distinto camino.

LA MAGDALENA (1.2).—Empieza Juan la narración de este episodio, que resulta vivo de color y lleno de detalle, delatando la pluma de un testigo presencial, con la indicación de la visita que la Magdalena hizo al sepulcro: *Y el primer día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando aún era oscuro*: es el viaje que hace la Magdalena con las otras piadosas mujeres (cf. Mt. 28, 1; Mc. 16, 1; Lc. 24, 1): el Evangelista no nombra más que a la Magdalena, porque va a suplir, como de costumbre, un hecho no narrado por los otros Evangelistas, que fue determinado por la intervención de esta mujer, no de las otras. Cuanto al tiempo, «era oscuro» equivale a la hora del alba, cuando aún no se han disipado del todo las tinieblas. *Y vio quitada la losa del sepulcro*, como las demás mujeres, que permanecieron en el lugar del enterramiento de Jesús, donde tuvieron la aparición del ángel.

La Magdalena, no; retrocedió a la ciudad así que vio la tumba abierta, para anunciar la nueva a Pedro, como cabeza de los Apóstoles, y a Juan, el más tiernamente amado de Jesús; sólo ellos le habían acompañado cuando fue llevado a casa de Anás: *Y fue corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo a quien amaba Jesús*, el propio Evangelista que narra el hecho, y les dijo: *Han quitado al Señor del sepulcro*, seguramente suponía los enemigos de Jesús, y no sabemos en dónde lo han puesto. El uso del plural «no sabemos», indica que se refiere la Magdalena a las demás piadosas mujeres con quienes hizo el viaje: Juan concuerda, pues, con los sinópticos.

PEDRO Y JUAN VAN AL SEPULCRO (3-10).—Era gravísimo el hecho denunciado por la Magdalena; los dos discípulos salieron precipitadamente para cerciorarse de la verdad del mismo: *Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro*. La descripción que sigue, como de testigo presencial, es detalladísima: *Y corrían los dos a la par*, acuciados por el deseo de averiguar lo ocurrido. Más joven y ágil que Pedro, el discípulo amado llegó al sepulcro antes que él; *Mas el otro discípulo se adelantó corriendo más de*

prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Al llegar al umbral de la puerta se inclinó, para ver a través de ella y en la semioscuridad el estado del sepulcro: Y habiéndose inclinado, vio los lienzos en el suelo, las vendas o fajas sepulcrales con que había sido atado el cuerpo del Señor (cf. 19, 40), puestas aparte con cuidado. Sea por la viva emoción, o porque el miedo lo cohibiera, o por deferencia al príncipe de los Apóstoles, Juan no quiso entrar: Mas no entró.

Entretanto llegó Pedro: más impulsivo y vehemente, según su costumbre, entró con resolución en la tumba: *Llegóse, pues, Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró, inclinándose, en el sepulcro, por la escasa altura de la puerta. Dentro ya, pudo observar lo mismo que Juan: Y vio los lienzos allí caídos, y el sudario, que había tenido puesto sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto, plegado, en un lugar aparte.* Todo ello indicaba el hecho de la resurrección: si el cuerpo de Jesús hubiese sido hurtado, quien tal hubiese hecho no se hubiera entretenido en desnudarle y doblar cuidadosamente las envolturas, y más teniendo en cuenta que ellas estaban aglutinadas al sagrado cuerpo por los pigmentos con que se le había copiosamente embalsamado.

Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro: y vio, haciéndose cargo detenidamente del estado de la tumba, en lo que el Evangelista se revela testigo presencial. Y creyó: no sólo lo que había dicho la Magdalena, de hallarse el sepulcro vacío, sino el hecho de la resurrección. Y da la razón de que antes no hubiesen creído: Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que El resucitara de entre los muertos. Ciertamente Jesús había predicho su resurrección repetidas veces, hasta el punto de que sus mismos enemigos así lo entendían (cf. Mt. 27, 63); pero, acostumbrados a oír a Jesús hablar en parábolas, pudieron entender que al hablarles de la resurrección se refería a alguna otra cosa. Lo entenderán todo cuando reciban el Espíritu Santo. Y, no habiendo hallado en su lugar el sagrado cuerpo, *se volvieron otra vez los discípulos a su casa, de donde habían salido para aquella visita. Juan regresó creyendo; cuanto a Pedro se volvió admirando entre sí lo que había sucedido: dudando aún de la resurrección del Señor, por no haber penetrado en el sentido de los viejos vaticinios ni en las profecías de Jesús a ello relativas, lleno de emoción, concebiría vehementes sospechas, ante lo que había visto, de que no fue un hurto lo de la ausencia del cuerpo del Maestro, sino un hecho sobrenatural.*

Lecciones morales.—A) v. 2.—*Y fue corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo...*—Pedro y Juan representan la autoridad y el amor, la fuerza del gobierno y la de la caridad. La Magdalena va a Pedro y Juan, en la congoja que de ella se ha apoderado a la vista del sepulcro abierto, a buscar dirección y sostén. Es una mujer amantísima del Señor, pero se reconoce incapaz de juzgar y resolver en el asunto gravísimo que sus mismos ojos han planteado a su espíritu. Por ello busca la luz del consejo y el amparo de la caridad. En nuestras dudas, sobre todo en lo que atañe a cosas de fe, acudamos a los oficios de los que son de ella custodios natos, y que por su jerarquía serán nuestros guías y con entrañas de amor sostendrán nuestro espíritu.

B) v. 4.—*Y corrían los dos a la par...*—Pedro y Juan representan místicamente la Sinagoga y la Iglesia, según San Gregorio, Juan es el símbolo de la Sinagoga; Pedro, de la Iglesia: se anticipa Juan, como se anticipó la Sinagoga en el culto legítimo de Dios; pero no entró Juan, y sí Pedro, porque la Sinagoga no creyó se hubiesen realizado en Jesús las profecías, y no creyó, no siendo admitida en el reino de Cristo; en cambio, la gentilidad creyó, y se formó con ella la Iglesia, simbolizada por Pedro, la que entró en el reino de la fe y de los misterios de Jesucristo. Más tarde, en los últimos tiempos, también la Sinagoga entrará a formar parte de la Iglesia, por la conversión de los judíos, como entró Juan tras Pedro. Entremos nosotros, íntimamente unidos a Pedro, cabeza visible de la Iglesia y Pastor supremo del rebaño de Jesús, en el sepulcro de Jesús, es decir, en el secreto de los misterios de nuestra fe y de nuestra vida sobrenatural: sólo así no erraremos el camino, y no seremos excluidos del reino de Jesucristo.

C) v. 8.—*Y vio, y creyó...*—Creó Juan antes que Pedro: en lo que ve Teofilacto un símbolo de lo que ocurre en la vida cristiana. Juan, según él, representa las almas contemplativas; Pero las activas. Estos, como Pedro, a veces por la acuidad mental o por el esfuerzo, penetran antes la verdad de los misterios de la fe, como Pedro entró antes que Juan en el sepulcro; pero las contemplativas, con su mayor docilidad y mayor unión con Dios, pueden recibir mayores ilustraciones e inclinarse más prontamente en el sentido de la fe. Por esto Juan salió del sepulcro creyendo en la resurrección; mientras Pedro, que antes que él se había dado cuenta de la situación del sepulcro, regresó a su casa agitado el espíritu por lo que acababa de ver. Recordemos que no basta nuestro personal esfuerzo para creer; pues la fe es don de Dios, que sólo se comunica a los dóciles de pensamiento y voluntad.

D) v. 9.—*Porque aun no entendían la Escritura...*—La Sagrada Escritura es como una carta de Dios dirigida a los hombres; pero los hombres no pueden interpretarla por sí solos; necesitan ser conducidos por la Iglesia, que es el intérprete nato y autorizado de las divinas Escrituras, para lo que tiene la luz y la asistencia del Espíritu Santo. Por esto dice Lc. 24, 45, que Jesús, antes de subir a los cielos, "abrió la inteligencia de sus Apóstoles para que comprendiesen las Escrituras". No presumamos, pues, leer estas regaladísimas cartas de Dios sin el sentido de Dios y sin la unión con

quienes tienen la autoridad de Dios para interpretarlas. Sería condenarnos a la ignorancia, quizás a groseros errores sobre su contenido. Este es el secreto de las caídas de quienes interpretan las Escrituras fuera de la Iglesia católica.

E) v. 10. — *Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa.* — Seguramente para meditar en la soledad los grandes misterios que se acababan de realizar y de los que han sido testigos. Son Pedro y Juan. Pedro, el Jefe de la Iglesia, cuyo corazón sangra todavía del dolor de las negaciones. Juan, el amado de Jesús, el gran teólogo que ha bebido en el pecho del Señor y en sus conversaciones íntimas con Él las profundas cosas de Dios. Son la autoridad y la doctrina. No podía la Iglesia tener mejores cimientos que el testimonio de estos hombres que convivieron con Jesús, que siguieron todas las vicisitudes de su vida pública y de su muerte y de su resurrección, cuyas manos, al decir de uno de los dos, palparon las cosas del Verbo de la vida (1 Ioh. 1, 1). Los que tenemos misión de autoridad o de doctrina, no sólo en el orden ministerial, sino por ley de naturaleza o de estado, deberíamos entrar dentro de la casa de nuestro espíritu para madurar en él las cosas de Dios, y adquirir aquella convicción, serenidad y seguridad que darán mayor prestigio a nuestro cargo y mayor eficacia a nuestras funciones.

227. — JESUS APARECE A LA MAGDALENA: Ioh. 20, 11-18
(Mc. 16, 9-11)

Evangelio de la Misa del jueves después del Domingo de Pascua

¹¹ Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se abajó, y miró hacia el sepulcro: ¹² y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera, y otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. ¹³ Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Díceles: Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto.

¹⁴ Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a Jesús, que estaba en pie: mas no sabía que era Jesús. ¹⁵ Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto: y yo lo llevaré. ¹⁶ Jesús le dice: María. ¹⁷ Y apareció primero a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios. Vuelta ella, le dice: Rabboni (que quiere decir «Maestro»). ¹⁸ Jesús le dice: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, y vuestro Padre; a mi Dios, y vuestro Dios. ¹⁹ Vino María Magdalena dando la nueva a los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me ha dicho. ²⁰ Mas ellos, que estaban afligidos y llorando, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto, no lo creyeron.

Explicación.— Había la Magdalena dejado la compañía de las otras piadosas mujeres para avisar a Pedro y Juan que estaba el

sepulcro abierto. Cuando los dos Apóstoles salieron precipitadamente para hacerse cargo de lo ocurrido, con ellos, o en pos de ellos, salió otra vez hacia el sepulcro María de Magdala. Parece deducirse del v. 11 que al salir Pedro y Juan del sepulcro estaba ya ella fuera del mismo llorando, dejándola así los dos Apóstoles al regresar a sus casas. Es entonces cuando tiene lugar este episodio, que Marcos no hace más que insinuar, y del que hace Juan una viva descripción, en la que aparece la Magdalena tratando con el ángel (11-13) y con Jesús (14-18).

LA MAGDALENA Y EL ÁNGEL (11-13). — Dando una prueba más del amor y constancia inquebrantables, estaba la Magdalena como pegada al lugar donde estuvo el Maestro amado, llorando a lágrima viva: *Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro*. Lloraba no sólo por la muerte del Señor, sino porque suponía había sido hurtado su cuerpo sagrado. *Y estando así llorando, se abajó, y miró al sepulcro*, como lo había hecho Juan; sabía ella que estaba el sepulcro vacío; pero se complace el amor en mirar y remirar los lugares y pertenencias del amado, para que sea más viva la evocación de su recuerdo.

Premio de su tenacidad y constancia fue la visión, que no habían tenido Pedro y Juan: *Y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera, y otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús*: serían quizá los mismos que habían visto antes sus compañeras (cf. Mt. 28, 5; Mc. 16, 5; Lc. 24, 4): la blancura del vestido de los ángeles es ya presagio de alegría y de triunfo. Tratan de consolar a la santa mujer los ángeles: *Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras?* Ella, preocupada por el recuerdo del Señor y porque le cree robado, sin muestras de turbación o espanto por la visión, *díceles*, serenamente: *Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto*: le llama amorosamente «mi Señor»: busca su cuerpo para hallar algún consuelo en los últimos obsequios que quiere prestarle.

LA MAGDALENA Y JESÚS (14-18). — La ansiedad hacía que estuviera inquieta la Magdalena, ora mirando dentro, ora fuera, del sepulcro; o quizá por el mismo aspecto de los ángeles, o porque oyera tras sí algún ruido, volvióse; es entonces que ve a Jesús: *Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a Jesús, que estaba en pie*. Sea que Jesús se le apareciera en forma distinta de la ordinaria, como a los discípulos en Emaús (cf. Mc. 16, 12), o que alterara Dios su facultad visiva para que no conociese al Señor,

como no le conocieron los Apóstoles que pescaban en Genesaret (cf. Ioh. 21, 4), la Magdalena no se dio cuenta de que fuese Jesús el varón que tras ella estaba en pie: *Mas no sabía que era Jesús.*

Como los ángeles, *Jesús le dice*, blandamente, para consolarla: *Mujer, ¿por qué lloras?* Y, como deseoso de saber de los mismos labios de la devota mujer con qué ansias le buscaba, añade: *¿A quién buscas?* Ella, *creyendo que era el hortelano*, no por su aspecto, sino porque no podía atinar quién pudiese a aquellas horas de la mañana estar en el huerto más que el jardinero, *le dijo*, muy urbanamente: *Señor...* Pudo así llamarle, como señor que le suponía del huerto, o porque quería hacérselo propicio; quizá porque había adivinado algo extraordinario en El. Y añade estas palabras, en las que vieron siempre los exegetas la expresión del sumo amor y de la suma audacia que de él nace: *Si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto: y yo lo llevaré.* Parece a la Magdalena, como sucede a los amantes, que todo el mundo piensa lo que ella y como ella, que basta insinúe su pensamiento para que el hortelano la entienda; ruega con vehemencia al presunto jardinero le indique el lugar donde puso el cuerpo hurtado, haciendo ya de una hipótesis un hecho cierto; y se creen con fuerzas para llevar el peso de un hombre muerto.

Plácele a Jesús tanta demostración de amor apasionado y vehemente, y le da amplia recompensa, manifestándosele: *Jesús le dice: María:* en la voz, en su inflexión particular, en el amor que revela el llamarla con su nombre, conoce la Magdalena al Maestro. Ella, de la que Jesús había echado siete demonios, es la primera, según los Evangelios, en recibir la visita del Señor: *Y apareció primero a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios.*

En la agitación de su alma, antes de que la nombrara el Señor por su nombre, habíase vuelto la Magdalena otra vez hacia el sepulcro, buscando algún vestigio de Jesús. Al oír la dulce y conocida voz, *vuelta ella hacia Jesús, le dice: Rabboni (que quiere decir "Maestro")*, al igual que Rabbi, aunque es apelativo de mayor respeto: escribe Juan para quienes ignoraban el aramaico; por ello interpreta esta palabra. *Jesús le dice: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.* Tocar, aquí, no es el simple contacto, sino un estrecho y prolongado abrazo, como significa el griego. Y en este sentido pueden darse dos interpretaciones principales, entre las muchas propuestas, a las palabras de Jesús: No me retengas con este abrazo, porque tiempo habrá para ello, por cuanto no subo todavía al Padre, sino el día de mi ascensión. O bien: No me abrasces indefinidamente, como si ya fuese el tiempo de mi vuelta para

llevaros conmigo; ahora, suéltame. Por lo demás, bien podía consentirle a María abrazarle los pies cuando lo había consentido a las demás mujeres (cf. Mt. 28, 9).

Después de consentirle Jesús a la Magdalena esta expansión de su amor, la encarga lleve la fausta nueva a los discípulos: *Mas ve a mis hermanos*, palabra de dulce cariño, con que querrá alentarles después de su defección, y díles: *Subo a mi Padre, y vuestro Padre; a mi Dios, y vuestro Dios*: díles que vivo, pero no como antes, para morir, sino para subir al cielo y morar con mi Padre según la naturaleza, que es vuestro Padre por la gracia. Cumplió María su misión: *Vino María Magdalena dando la nueva a los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me ha dicho. Mas ellos, que estaban afligidos y llorando, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto, no lo creyeron*. Creyólo Juan (v. 8); dudó y se agitó Pedro en su interior (Lc. 24, 12): será aún preciso que se manifieste de nuevo el Maestro para que se haga en el espíritu de los discípulos la luz de la fe.

Lecciones morales.—A) v. 11.—*María estaba fuera llorando junto al sepulcro.*—Aquellos ojos que inútilmente habían buscado al Señor, dice San Agustín, derraman ahora abundantes lágrimas, doliéndose más de que hubiese sido quitado del sepulcro que su misma muerte, porque de aquel Maestro tan amado a quien habían quitado la vida, ahora ni siquiera queda vestigio ni memoria visible. Es el símbolo de lo que nosotros debemos hacer cuando perdamos a Dios: llorar más, a medida que más lo perdamos, por la infidelidad de nuestro pensamiento o de nuestra vida. Por desgracia, no suele ser así: porque a medida que perdemos a Dios, dejamos que se enfríe el amor a Dios; se endurece el corazón, y no sentimos la pérdida, porque no se llora lo que no se ama. Si tenemos la debilidad o la desgracia de apartarnos un momento de Dios, no perdamos nuestro contacto espiritual con él: pensemos en él, duélanos haberle perdido, busquémosle con afán, con mayor afán cuanto más distemos de él: y le hallaremos, como le halló la Magdalena.

B) v. 13.—*Se han llevado de aquí a mi Señor...*—Lloraba amargamente la Magdalena porque creía se habían llevado el cuerpo de su Señor; y no lloramos nosotros aunque veamos que en realidad ha desaparecido el Señor, Jesús, del alma de nuestro pueblo. La impiedad, las perversas costumbres, las malas doctrinas, han arrancado la fe y el amor de Jesús de nuestra sociedad: lo vemos y lo palpamos; pero pocos son los que sienten en su alma la pena de tanta desgracia para el mundo. Sintamos por ello vivo dolor, y pongamos de nuestra parte cuanto remedio podamos, buscando la manera de hacer revivir en el pensamiento y en el corazón de nuestros hermanos la vida de Jesús, con la palabra, con la propaganda, con el ejemplo.

c) v. 14. — *Y vio a Jesús, que estaba en pie...* — No le había visto antes, dice el Crisóstomo, porque, dudando de la resurrección, se había vuelto de espaldas a Jesús: le vio cuando se volvió a Jesús resucitado. Es que para que nos iluminen las verdades de la fe, es preciso que nos volvámos de cara a Jesús, porque, como dice Bosuet, nuestra alma sólo está iluminada por la parte por donde mira Jesús. El profeta le pedía a Dios que hiciese brillar su Cara divina sobre él (Ps. 118, 135); así debemos pedirselo nosotros, para quedar inundados en la luz divina, sin que quede en nosotros un punto oscuro por donde podamos dejar de ver a Jesús.

d) v. 15. — *Dime en dónde lo has puesto: y yo lo llevaré.* — Una característica del amor es pensar que todo el mundo piensa del amado como nosotros, dice San Gregorio. Sin nombrar a Jesús, ni referirse al sepulcro, tratando con un desconocido, la Magdalena le habla como si tuviera el hortelano sus mismos sentimientos y congojas. Tengamos el santo enamoramiento de Jesús, particularmente los que tenemos misión de darlo a conocer y hacerlo amar de los hombres; y hablemos de El oportuna e importunamente, de su doctrina, de su historia, de su obra. Que el mundo comprenda que tenemos una gran preocupación sobre Jesús y sus cosas, que ello solo será acción fecunda de apostolado. También el pueblo tiene a Jesús en el fondo de su alma, y no es difícil llegarnos a este fondo para hacerla vibrar y sentir con nosotros sobre Jesús.

e) v. 16. — *Jesús le dice: María.* — El nombre es representativo de la persona. Jesús conoce a la Magdalena por su nombre, y con él la llama; y ella a su vez, al ser llamada por el hortelano, conoce en él a Jesús. La inflexión de la voz, la intención que ponemos al emitirla, el énfasis dan a la palabra del hombre una vida especial, como un timbre que nos da a conocer el alma de quien nos habla. María cae por ella en la cuenta de quién es el interlocutor, y le responde: «Maestro mío.» A través de dos palabras se han compenetrado el Señor y su discípula. Es el amor el que ha obrado la maravilla. Si nosotros tenemos el pecho lleno del amor de Cristo, si sabemos provocar en nuestros administrados el amor santo a nosotros, representantes de Cristo, fácilmente nos adentraremos nosotros en su alma, y ellos podrán adentrarse en la nuestra. Esta compenetración es el secreto del éxito de la predicación y en general de todos los ministerios.

f) v. 17. — *No me toques, porque aún no he subido a mi Padre...* Quería la Magdalena, dice el Crisóstomo, tratar a Cristo como lo hiciera antes de la pasión, y el gozo la impidió ver que la carne de Jesús se había dignificado resucitando; por esto le dice: «No me toques», como quiso también que sus discípulos le trataran con mayor reverencia que antes de morir. Es la suma reverencia con que nosotros debemos tratarle. Ciertamente ha querido condescender con nosotros hasta hacerse una misma cosa con nosotros; pero ahora está ya en «su» gloria, y nosotros somos pobres viadores. Día vendrá, si lo merecemos, en que podremos anegarnos en la visión, en el contacto, en el gozo de Jesús, siendo, como él, resucitados y gloriosos.

228.—APARICION DE JESUS A LAS PIADOSAS MUJERES. LOS SOLDADOS ROMANOS Y LOS SINEDRITAS: Mr. 28, 8-15

⁸ Y salieron al punto del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo a dar la nueva a sus discípulos. ⁹ Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde. Y ellas se llegaron a él, y abrazándole sus pies, le adoraron. ¹⁰ Entonces les dijo Jesús: no temáis. Id, dad la nueva a mis hermanos para que vayan a la Galilea, allí me verán.

¹¹ Y mientras ellas iban, he aquí que algunos de los guardias fueron a la ciudad, y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado. ¹² Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomando consejo, dieron una grande suma de dinero a los soldados, ¹³ diciendo: Decid: «Vinieron de noche sus discípulos, y lo hurtaron mientras que nosotros estábamos durmiendo.» ¹⁴ Y si llegare esto a oídos del presidente, nosotros se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad. ¹⁵ Y ellos, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos. Y esta voz, que se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día.

Explicación.—Los dos últimos números contienen los episodios que ocurrieron mientras regresaban las piadosas mujeres a Jerusalén, y que refiere minuciosamente el cuarto Evangelista. Se reasume, pues, en el presente lo relativo a la visita de aquellas mujeres, que fueron favorecidas con la segunda de las apariciones del Señor, y que se narra en el número 225. Mientras Pedro y Juan visitaban el sepulcro, y la Magdalena gozaba de la presencia del Señor, junto al mismo, sus compañeras, a las que había dejado en el viaje de ida, veían a su vez a Jesús resucitado. Es lo que aquí se narra (8-10); siguiendo lo ocurrido entre los soldados romanos y los sinedritas (11-15).

APARECE JESÚS A LAS SANTAS MUJERES (8-10).—El primer Evangelista no había dicho que las santas mujeres hubiesen entrado en el sepulcro, pero sí Marcos y Lucas (16, 5; 24, 3). Ahora dice que salieron; luego habían entrado, en lo que aparece la concordancia de los sinópticos: *Y salieron al punto del sepulcro con miedo y con gozo grande*, por lo que los ángeles acababan de decirles (vv. 5-7), *y fueron corriendo a dar la nueva a sus discípulos*.

Mayor impresión que la que en el sepulcro recibieron les aguarda a su regreso: es la súbita aparición de Jesús, premio de su fidelidad y constancia: *Y he aquí que Jesús les salió al encuentro*,

diciendo: Dios os guarde: es la palabra de consuelo, de gracia, que produce en el alma de las mujeres lo que significa. Las mujeres no titubeaban un momento; han conocido inmediatamente al Señor, como lo hará más tarde Juan: le ven con sus ojos, le creen resucitado y se arrojan a sus pies, asiéndoselos en santo abrazo, señal de su amor y de su veneración. *Y ellas se llegaron a él, y abrazándole sus pies, le adoraron.* Creen algunos intérpretes que no fue esta aparición en este su primer regreso del sepulcro, por compaginarsé difícilmente el hecho de esta visión con el silencio de las favorecidas por ella (cf. Mc. 16, 8); pero tampoco narraron de momento lo que les ocurrió con los ángeles, efecto del miedo que todo ello les produjo, aunque mezclado de santo gozo.

Al premio de su aparición añade Jesús el honor que hace a aquellas mujeres de constituir las heraldos de su resurrección: *Entonces les dijo Jesús: Id, dad la nueva a mis hermanos para que vayan a la Galilea, allí me verán;* palabras llenas de paz para las mujeres, de dulce familiaridad para los discípulos, a quienes llama Jesús hermanos a pesar de su defección, y de gozo para todos, por el anuncio de la próxima aparición en la Galilea. En verdad que si la primera mujer fue heraldo y causa de ruina y tristeza, Jesús la rehabilita, haciéndola mensajera de la nueva vida que va a vivir el mundo.

LOS SOLDADOS ROMANOS Y LOS SINEDRITAS (11-15). — El terremoto y la aparición del ángel dejaron a los guardias del sepulcro aterrados y como muertos (Mt. 28, 4). Tan luego volvieron en sí, y cuando habían ya las mujeres dejado el lugar del sepulcro, algunos de los guardias que prestaban sus oficios cuando el terremoto y la visión, vinieron a la ciudad a contar a los príncipes de los sacerdotes lo ocurrido: *Y mientras ellas iban, he aquí que algunos de los guardias fueron a la ciudad, y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.* Van a los príncipes de los sacerdotes, y no al presidente, porque con aquéllos se habían entendido para custodiar la tumba del Señor.

En el recelo en que estaban los sinedritas de que pudiese Jesús resucitar, es fácil colegir la impresión de ellos producida por el anuncio de los soldados, de cuyo testimonio unánime y presencial no podían dudar. Ahora se añade nuevo motivo de congoja: si el hecho se divulga, se agigantará el prestigio de Jesús, al par que ellos podrán ser víctimas de las iras del pueblo. Por ello, dando prueba de una perversidad sin límites, se reunieron en consejo no ya para comprar la sangre de Jesús, sino para ahogar el testimonio

que acaba de dar de su divina misión: *Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomando consejo, dieron una grande suma de dinero a los soldados, cuanto fue necesario para comprar su silencio, diciendo: Decid: «Vinieron de noche sus discípulos, y lo hurtaron mientras que nosotros estábamos durmiendo»*. Crimen vergonzoso para el Tribunal supremo de la nación pactar con unos pobres legionarios e inducirlos a la torpe mentira; crimen aun más abominable rechazar, ciegos, la nueva prueba que les daba Jesús de su divinidad; crimen torpe, como suelen serlo los perpetrados en plena ceguera pasional, porque deberán ser inútiles todos sus esfuerzos para anular la verdad de lo sucedido.

Podían los soldados resistirse al soborno por el peligro de ser descubiertos y delatados al presidente; los sinedritas deshacen el reparo, con la promesa de que les ampararán con su autoridad: *Y si llegare esto a oídos del presidente, nosotros, que tanto valimiento tenemos ante él, que os hemos confiado la custodia del sepulcro, que somos los más interesados en este negocio, se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad*. Ante tales promesas, quedaron los soldados cautivos de su avaricia; no era ello cosa rara, cuando nada hay peor que un avaro (Eccli. 10, 9), y uno de los Apóstoles de Jesús lo fue; tanto más cuanto era cosa corriente en aquellos tiempos que los mismos nobles romanos se dejaran corromper por el dinero: *Y ellos, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos*, cumpliendo el pacto por lo que a ellos tocaba. Cuando Mateo compuso su Evangelio, del cual es peculiar este relato, todavía era corriente la falsa voz de que los discípulos habían robado el cuerpo del Señor, durmiendo los centinelas: *Y esta voz, que se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día*. Todavía San Justino y Tertuliano se harán eco de ella en los siglos II y III (JUST.: *Dial. c. Triph.*, 1, 108; TERTULL.: *Adv. Marc.*, 3, 23).

Lecciones morales. — A) v. 8. — *Salieron... con miedo y con gozo grande...* — Miedo de la grandeza del portento, que siempre la presencia del sobrenatural, aunque sea por un motivo fausto, aturde a la pobre criatura, que se ve cara a cara ante el inmenso poder de Dios. Gozo por el deseo de ver al Señor resucitado. Miedo y gozo son dos sentimientos que las obligan a acelerar el paso. Como premio a sus sentimientos y a su diligencia, el Señor se les aparece por el camino. Es lección de lo que puede el santo entusiasmo por las cosas y misterios de nuestra religión cuando está bien dirigido. Es él acicate para todas las facultades de nuestro espíritu, nos hace diligentes en el servicio de Dios, añade más luz y hace como palpable aquello que ya creemos, y enciende en san-

tos hervores nuestro corazón. Es, al mismo tiempo, fácilmente comunicativo a los demás y un medio de proselitismo y de intensificación de la vida religiosa.

b) v. 9. — *Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde.* — Las palabras de Jesús son palabras de paz y gracia, y hacen lo que significan. Por esto las santas mujeres, acongojadas por el miedo y el gozo de la visión de los ángeles, recobran el sosiego espiritual, ven claramente al Señor resucitado y se arroja a sus pies, donde hallan la fijeza del dulce abrazo que él les consiente. En las horas de tormenta del alma, tan frecuentes en la vida, pidamos a Jesús que pronuncie sobre nosotros la dulce palabra: «Dios os guarde.» Y Dios nos guardará, es decir, nos dará la tranquilidad de la paz y la seguridad del reposo. Si Dios no guarda nuestra alma, inútil será toda custodia; pero Dios la guardará si tiene Jesús para nosotros la palabra de gracia y caridad. Dios siempre oye a Jesús.

c) v. 9. — *Y abrazándole sus pies, le adoraron.* — Abrazáronle los pies en señal de amor y de humildad, y para recibir de Jesús la seguridad de su resurrección, por el contacto de su carne viva y benditísima. Así se disponían a ser las mensajeras de la verdad, que por sí misma habían visto y palpado. Le abrazaron como hombre, que quiso tener con ellas esta condescendencia; y le adoraron como Dios, porque en la vida de aquella carne pudieron conocer el poder infinito de quien la hizo revivir. Así debemos nosotros tratar a Jesús: con amor y con humildad, y él, a través de su forma de hombre, se nos dará a conocer en su forma de Dios; y por los misterios de su humanidad santísima seremos conducidos al conocimiento de las inescrutables riquezas de la divinidad de Jesús.

d) v. 12. — *Dieron una grande suma de dinero a los soldados...* El dinero que se guardaba en el tesoro del Templo para el culto de Dios, lo dan los príncipes de los sacerdotes a los soldados para represar la verdad de Dios. ¿Cómo debían detenerse en hacer lo menos quienes habían hecho lo más? ¿No eran ellos, acaso, los que del tesoro habían sacado los treinta dineros que dieron a Judas como precio de compra de la vida de Jesús? Atendamos la fuerza del dinero para el mal, como la tiene para el bien: el dinero es el factor de la muerte de Jesús, como lo es del soborno de los soldados para que nada digan de la resurrección de Jesús. ¿Cuántas veces, en la historia del cristianismo, se ha reproducido el hecho repugnante de comprar o vender la verdad por un puñado de dinero miserable? Hoy mismo, y por el mismo dinero judío, ¿no se compra la desmoralización del pueblo cristiano por el espectáculo, por la literatura pornográfica, por la difusión de modas indecentes? ¿No es el oro el factor poderosísimo de la relajación de los vínculos sociales, de la irreligión, de la decadencia de la autoridad y de la familia? No nos dejemos llevar de esta corriente del dinero que destruye, sino engrosemos cuanto podamos la del dinero que se pone al servicio de la verdad y del bien.

e) v. 14. — *Y si llegare esto a oídos del presidente...* — Queda así consumada la epopeya de iniquidad, si así puede llamarse, de los primates de Israel. Han hecho prevaricar al juez; han soli-

viantado a las turbas, echándolas por el derrumbadero del crimen; han matado al Justo; ahora sobornan a los soldados; si Pilato advierte la mentira, están dispuestos a amparar a aquellos miserables guardias que, en el ejercicio de una función pública, han faltado a su deber, recibiendo dinero. En verdad que aquí se ha realizado la palabra de Jesús: «Si tu ojo es malo, todo tu cuerpo andará en tinieblas» (Mt. 6, 23). Cuando la pasión se ha apoderado del corazón humano, no se para en un crimen; comete cuantos son precisos para quedar satisfecha.

F) v. 15. — *Y esta voz... dura hasta hoy día.* — Mira lo que dura el mal, una vez perpetrado: después de más de dos siglos que habían los sinedritas comprado por dinero una mentira, aun rodaba la mentira por el mundo, hasta el punto que apologistas como San Justino y Tertuliano debían defender la verdad contra esta mentira. ¡Calumnia, que algo queda!, dicen que decía Voltaire: queda más quizá del mal que del bien, por la naturaleza corrompida del hombre, más amorador de la mentira y del mal que del bien y de la verdad; queda más, porque suele la mentira arraigar más en las turbas, que carecen de instrucción y de sentido crítico; queda más, porque casi siempre halla la mentira, como el mal, más colaboradores, y en ellos más astucia y diligencia que en los del bien.

229. — APARICION DE JESUS A DOS DISCIPULOS EN EL CAMINO DE EMAUS: Lc. 24, 13-35 (Mc. 16, 12.13)

Evangelio del lunes de la semana de Pascua de Resurrección

¹³ Y ^{Mc} *después de esto*, dos de ellos, aquel mismo día, iban a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. ¹⁴ Y ellos conversaban entre sí de todas estas cosas que habían acaecido. ¹⁵ Mientras hablaban y conferenciaban recíprocamente, se llegó a ellos el mismo Jesús, ^{Mc} *en otra forma*, y caminaba en su compañía. ¹⁶ Mas los ojos de ellos estaban cerrados, para que no le conociesen.

¹⁷ Y les dijo: ¿Qué pláticas son éstas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes? ¹⁸ Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días? ¹⁹ El les dijo: ¿Qué cosa? Y respondieron: De Jesús Nazareno, que fue un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; ²⁰ y cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes para que fuese condenado a muerte, y lo crucificaron. ²¹ Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo esto, es hoy el tercer día que han acontecido estas cosas. ²² Aunque también unas mujeres de

las nuestras nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro. ²³ Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive. ²⁴ Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro: y lo hallaron así como las mujeres dijeron, pero a él no lo hallaron. ²⁵ Y Jesús les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón, para creer todo lo que los profetas han dicho! ²⁶ Pues, qué, ¿no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria? ²⁷ Y comenzando por Moisés, y siguiendo por todos los profetas, fuéles interpretando todas las Escrituras que hablaban de él.

²⁸ Y se acercaron al castillo adonde iban: y él dio muestras de ir más lejos. ²⁹ Mas lo detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y va ya de caída el día. Y entró con ellos. ³⁰ Y estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, y lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo daba. ³¹ Y se les abrieron los ojos, y lo conocieron; y él entonces desapareció de su vista.

³² Y dijeron uno a otro: ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras? ³³ Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén: y hallaron congregados a los once, y a los que estaban con ellos, ³⁴ que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a Simón. ³⁵ Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino: y cómo le habían conocido al partir el pan. *Mc Tampoco los creyeron.*

Explicación.— Son Lucas y Marcos los que refieren esta aparición, aunque este último casi no hace más que apuntar el hecho; en cambio, Lucas lo refiere con todo detalle y en forma de extraordinaria viveza, cual si el mismo Evangelista hubiese intervenido. Distinguimos en la narración una introducción (13-16); la plática de los discípulos con Jesús (17-27); el reconocimiento de Jesús por los discípulos (28-31); y el retorno a la ciudad (32-35).

INTRODUCCIÓN (13-16). — *Y después de esto*, de la aparición a María Magdalena y demás mujeres, *dos de ellos*, de los discípulos que con los Apóstoles se hallaban congregados la mañana de la resurrección cuando regresaron las mujeres del sepulcro (cf. v. 9), *cuel mismo día, iban a una aldea llamada Emaús*: fueron a Emaús, según puede colegirse de los versículos 23 y 24, después que María Magdalena y Pedro y Juan habían vuelto del sepulcro, hallándolo vacío, y antes que por segunda vez regresaran la Magdalena y las demás mujeres, habiéndoseles ya aparecido el Señor. Sobre el emplazamiento de Emaús, *que distaba de Jerusalén sesenta estadios*, hay varias opiniones: la más probable es la que identifica aquel lugar con la actual El-Kubebeh, al noroeste de

Jerusalén, y a unos doce kilómetros de la ciudad. Es, según la tradición, patria de San Cleofás, uno de los dos discípulos, y de su hijo San Simeón, segundo obispo de Jerusalén.

Platicaban los dos discípulos por el camino, *Y ellos conversaban entre sí de todas estas cosas que habían acaecido*: tratando seguramente (cf. v. 19) de conciliar los hechos extraordinarios en la apariencia contradictorios de que habían sido testigos; el poder de Jesús, a quien tenían por Mesías, y su muerte ignominiosa; su enterramiento y maravillosa desaparición; las frustradas esperanzas de un reino mesiánico, etc., cuando se les apareció el Señor: *Mientras hablaban y conferenciaban recíprocamente, se llegó a ellos el mismo Jesús, en otra forma o aspecto distinto del ordinario*, como caminante que hacía la misma ruta con ellos; y *caminaba en su compañía*. Sea que adoptara Jesús distinta fisonomía, o que, como glorificado que era, no quisiese ser visto en la suya ordinaria, lo cierto es que los dos discípulos no le conocieron: *Mas los ojos de ellos estaban cerrados, para que no le conociesen*.

PLÁTICA DE LOS DISCÍPULOS CON JESÚS (17-27). — Como un caminante que estando para alcanzar a otros ha podido sorprender algo de la conversación antes de juntárseles, les interroga Jesús sobre ella: *Y les dijo: ¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?* Por los motivos indicados, la tristeza se refleja en su rostro. *Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás...* No consta quién fuese este discípulo: debe desecharse la opinión de que fuese el hermano de San José, llamado Cleofás, que con su hijo Santiago el Menor hiciese este camino; algunos han pretendido que fuese el mismo Evangelista San Lucas, que con tanto detalle narra el episodio, y que se ocultara bajo este seudónimo. Fuese así, o Simón, o Natanael, como le llaman otros intérpretes, el discípulo *le dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días? ¿Vienes de la ciudad, y no sabes los hechos extraordinarios allí ocurridos?* *El les dijo: ¿Qué cosa?* *Y respondieron: De Jesús Nazareno, que fue un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes para que fuese condenado a muerte, y lo crucificaron.*

Contada sucintamente la historia de Jesús y de aquellos terribles días, pasan los caminantes a manifestar al desconocido la decepción que todo ello les ha llevado: *Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo*

esto, es decir, sobre no haber obrado la redención de nuestro pueblo, su liberación del yugo romano, es hoy el tercer día que han acontecido estas cosas: por lo mismo, nuestras esperanzas han quedado totalmente frustradas. No sólo no ha venido la redención esperada, pero ni siquiera su cuerpo se halla ya en el sepulcro: Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, fenómeno que suele acompañar las manifestaciones sobrenaturales; las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro. Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive. Pero este testimonio de las mujeres ha quedado desmentido por el de otros discípulos: Y algunos de los nuestros, Pedro y Juan, fueron al sepulcro: y lo hallaron así como las mujeres dijeron pero a él no lo hallaron.

Habían los discípulos desahogado su espíritu, manifestando los gravísimos defectos en que habían caído en lo tocante al Mesías; sólo habían atendido a las predicciones gloriosas, no a las humillaciones por las que, según las Escrituras, debía pasar el Enviado de Dios; por ello les reprende el Maestro: *Y Jesús les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón, tardos y perezosos de entendimiento, para creer todo lo que los profetas han dicho! Creíais que todo debía ser fausto y esplendoroso en la vida del Mesías: Pues, qué, ¿no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria, es decir, en su estado actual glorificado, después de las gloriosas manifestaciones que obró el Padre en su favor en su misma pasión y muerte? Y como antes de morir hizo para con sus discípulos, lleno de caridad, el oficio de Maestro, así lo hace ahora, siendo ya glorioso: Y comenzando por Moisés, y siguiendo por todos los profetas, fuéles interpretando todas las Escrituras que hablaban de él.* Es de creer que las explicaciones que en los Evangelios y epístolas se dan de los antiguos vaticinios, provienen del magisterio de Jesús, a más de lo que pudo sugerirles el Espíritu Santo (cf. Ioh. 14, 26).

LOS DISCÍPULOS RECONOCEN A JESÚS (28-31). — Entretenidos en estas pláticas, que llenarían de luz y suavidad los espíritus de los discípulos (cf. v. 32), llegaron los caminantes a la aldea de Emaús: *Y se acercaron al castillo adonde iban.* Jesús hizo ademán de seguir su camino, y seguramente lo hubiese seguido de no invitarle con insistencia sus interlocutores; así los probó, a fin de que le demostrasen su caridad y el gusto con que le habían oído, para de este modo premiárselo largamente: *Y él dio muestras de ir*

más lejos. Mas lo detuvieron por fuerza, reiterando amablemente su invitación, diciendo: Quédate con nosotros. La razón es que va a atardecer: *porque se hace tarde, y va ya de caída el día.* El P. Knabenbauer, que identifica Emaús con Amwas o Ammaus, la antigua Nicópolis, situada a unos treinta kilómetros al oeste de Jerusalén, cree que el día declinaba para los judíos después que el sol había pasado el meridiano, siendo aún distante el ocaso; aun así, no se ve cómo los discípulos hubiesen podido pernoctar aquella misma noche en Jerusalén (v. 33).

Aceptó Jesús la invitación amable: *Y entró con ellos*, no dice el Evangelio si en su casa o en una hospedería. *Y estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, y lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo daba.* Ya no se porta aquí Jesús como un convidado, sino como solía el padre de familias, que presidía la mesa y bendecía los manjares. ¿Consagró Jesús el pan y les dio a los dos discípulos a comer la Santísima Eucaristía? Créenlo muchos intérpretes, aunque predomina quizá la opinión contraria; tal vez ni siquiera llegaron a comer, en vista de lo ocurrido (cf. v. 33); no habiendo comido con Jesús la última Cena, tampoco conocerían el augusto misterio. Pero es lo cierto que en el gesto de Jesús y en la forma con que bendijo el pan, ayudados de la gracia de Dios, que les abrió los ojos, conocieron inmediatamente a Jesús: *Y se les abrieron los ojos, y lo conocieron:* es probable que Jesús, en su convivencia con los discípulos, acostumbrase presidir la mesa y bendecirla en la forma en que ahora lo hace. *Y él entonces desapareció de su vista:* es cualidad de los cuerpos glorificados ser visibles o no, serlo en una u otra forma, entrar o salir a placer de un lugar, aunque esté cerrado.

REGRESAN LOS DISCÍPULOS A LA CIUDAD (32-35). — Llenos de pasmo y consuelo quedarían los dos discípulos al desaparecer de su presencia el Señor. Es entonces cuando se dan cuenta de la emoción y santo entusiasmo que en ellos había producido la palabra de Jesús: así se lo manifiestan mutuamente: *Y dijeron uno a otro: ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?* ¿Por qué no le conocíamos ya entonces?

Los acontecimientos faustos se comunican luego a los amigos: *Y levantándose en la misma hora, inmediatamente, volvieron a Jerusalén*, donde habían dejado a los Apóstoles y discípulos sumidos en la tristeza y llanto (cf. Mc. 16, 10), sin temor a la fatiga ni a la noche. *Y hallaron congregados a los once y a los que esta-*

ban con ellos, no ya sumidos en el desconsuelo, sino ciertos del hecho de la resurrección por haberlo referido las santas mujeres, y principalmente porque se habían aparecido al Príncipe de los Apóstoles, Pedro: *Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a Simón*. El Apóstol que había negado a Jesús por tres veces, es el primero en recibir la visita de Jesús, de entre los Apóstoles: así lo afirma San Pablo (cf. 1 Cor. 15, 5): de esta manera demostraba el Señor su benignidad y misericordia, consolando al Apóstol y confirmandole en su cualidad de cabeza del Colegio apostólico. Al testimonio de las santas mujeres y de Pedro, que nadie podía rehusar, añadieron el suyo los discípulos de Emaús: *Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino: y cómo le habían conocido al partir el pan*, en el momento o en la forma de hacerlo.

Marcos termina el relato en forma aparentemente contradictoria: *Y tampoco los creyeron*. Se armoniza esta afirmación con la del versículo 34 de Lucas, en que se afirma la convicción que de la resurrección tenían los discípulos, considerando el estado psicológico de todos los que no habían visto al Señor aquel día: las noticias que les llegaban por distintos conductos eran distintas, inverosímiles por lo extraordinarias, hasta contradictorias en la apariencia. Creen y no creen, dudan y afirman, ora se dejan llevar del entusiasmo, ora del pesimismo; es lo que suele ocurrir en los grandes sucesos faustos y que expresamos en una frase vulgar: No puedo acabar de creerlo.

Lecciones morales.—A) v. 15. — *Se llegó a ellos el mismo Jesús...* — Hablaban de Jesús, dice San Beda, y se les juntó Jesús, para confirmarles en la fe de su resurrección y para cumplir con ellos su promesa: «Dondequiera que estuviesen congregados dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt. 18, 20). Y ¡qué provechosa fue para aquellos discípulos la presencia de Jesús! Gozaron de su conversación, vieron iluminarse sus inteligencias a medida que les explicaba los antiguos vaticinios relativos al Mesías, sintieron avivarse en sus corazones la santa caridad, y ver por fin, conociéndole ya, al mismo Jesús, obteniendo la seguridad de su resurrección. Hablemos de Jesús, tratemos de las cosas de Jesús con nuestros hermanos, y Jesús acudirá a tratar con nosotros según su promesa. Y nos hablará interiormente, nos iluminará, nos encenderá en su amor, hará que comprendamos mejor sus cosas y bendecirá y coronará con el éxito, en el tiempo y en la eternidad, las obras que por él emprendamos.

B) v. 17. — *¿Por qué estáis tristes?* — Sabe Jesús la causa de la tristeza de sus discípulos; pero hace como quien la ignora para que ellos se la descubran y ponga así el oportuno remedio. Quiere Dios que nos comuniquemos con él, que le abramos los senos de

nuestra alma, como lo hace un enfermo con el médico respecto a los males que le aquejan, para de este modo poner la medicina que nos conviene y curarnos. No nos cerremos a Jesús: es nuestro Padre, Amigo, Hermano, Pastor, Médico; con todos estos títulos quiere ser conocido, llamado y tratado; y todos ellos importan comunicación y afecto. El lazo que debe unirnos a Cristo es la caridad, es decir, el amor sobrenatural; y el amor es efusivo y comunicativo.

c) v. 25. — *¡Oh necios y tardos de corazón, para creer...!* — Necia es nuestra fe si no creemos con la misma intensidad todo lo que de Jesús han dicho los profetas, si no creemos todo lo que de él nos dicen los escritos apostólicos. En el Jesús profético, como en el histórico, aparece la ley del contraste: la luz y las tinieblas, la gloria y la infamia, lo sublimemente grande y lo nimiamente pequeño; de todo ello resulta el retrato de un Dios encarnado, con todo el fulgor y toda la gloria de un Dios, y al mismo tiempo con toda la sencillez y con todos los nimios detalles que hallaríamos en la historia de un puro hombre, y, sobre todo, con todas las grandes miserias que pudiese sufrir el más desgraciado de los hombres. La vista de nuestra fe debe abrazar a todo Jesús, y con la misma diligencia y viveza debemos creer en su omnipotencia, en su sabiduría, en sus triunfos, en su gloria, que en sus trabajos, en sus humillaciones, en su muerte. Por lo uno y por lo otro, porque es Dios y porque es hombre, Jesús es nuestro Jesús.

d) v. 26. — *¿No fue menester que el Cristo padeciese estas cosas...?* — Atendamos la relación que hay entre los sufrimientos de Cristo y su gloria: aquéllos son la causa de ésta, en la predicción profética y en el hecho histórico de la vida de Jesús. Dios le predestina para el sufrimiento, porque le predestina para la gloria. Debiendo ser el Hombre glorificado y causa de toda nuestra gloria, quiso Dios fuese por ello antes el Hombre mortificado con toda suerte de sufrimientos y dolores. Valiéndonos de la frase de un comentarista, podemos decir que quiso ser antes amasado en el dolor para que así fuese luego glorioso. El y causa de nuestro remedio. Sepamos penetrar en esta filosofía del dolor, que es la gran filosofía de la vida cristiana: conviene que padezcamos para ser gloriosos; no hay gloria sin dolor: por el abajamiento se va a las alturas, por el dolor al placer, por el vituperio a la gloria. Partícipes como hemos de ser de la gloria de Cristo, antes hemos de serlo de sus sufrimientos.

e) v. 27. — *Fuéles interpretando todas las Escrituras que hablaban de él.* — Nunca tuvo la sagrada Escritura mejor intérprete. Es el mismo Dios que las dictó; el mismo en quien se realizaron todos los vaticinios del Antiguo Testamento. Es el Autor y el consumidor de las Escrituras. Si el Nuevo Testamento estaba encerrado en el Antiguo, nadie mejor podía abrirlo que aquel a cuya muerte se rasgó el velo del Templo, representativo de todos los misterios de la antigua Ley. Es, además, Jesucristo como el centro de ambos Testamentos, y todo tiene en Él su aclaración; su historia y la historia de sus instituciones es como el comentario, claro, inconfundible, de las profecías, tipos y símbolos de la antigua Alianza. No ha cesado el magisterio de Jesús sobre las Escri-

turas: la Iglesia ha recibido de El el oficio y misión de interpretarlas auténticamente.

F) v. 29.—*Quédate con nosotros...*—Jesús les ha robado el corazón a los dos discípulos. Quieren estar más con El. El Señor pagará con creces sus deseos abriéndoles los ojos para que le conocieran. El trato con Jesús es amabilísimo, si nosotros sabemos corresponder a sus finezas; y si somos generosos con El, seremos siempre vencidos por su generosidad, en verdad divina. Se nos abrirá de par en par, y conoceremos las «inescrutables riquezas» de su pensamiento y de su Corazón (Eph. 3, 8).

G) v. 32.—*¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros...?*—Con lo que se nos da a entender, dice Orígenes, que las palabras de Jesús encendían en el corazón de sus oyentes la llama del amor de Dios. ¡Qué perfecto modelo de predicadores de la divina palabra es Jesús! Discurre sobre las Escrituras, las aclara, y cada una de sus palabras y razonamientos viene a ser, en frase de San Gregorio, como otras tantas antorchas que alumbran los senos del alma y encienden el corazón en llamaradas de amor divino. Los ministros de la palabra de Dios, continuadores del magisterio de Jesús en el mundo, yerran temerariamente, y para desgracia propia y ajena, si se proponen otros fines en su predicación.

230.— APARECE JESUS A LOS APOSTOLES REUNIDOS

IOH. 20, 19-23; Lc. 24, 37-39; 41-44

(Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-40)

Evangelio de la Misa de la Dominica in Albis (Ioh. 19, 31) y de la Misa del martes de la semana de Pascua (Lc. 36-47)

¹⁹ Y ^L mientras hablaban de estas cosas, siendo ya tarde, aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, ^{MC} cuando estaban a la mesa, vino Jesús, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. ^L Yo soy, no temáis.

^{L37} Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu. ³⁸ Y les dijo: ¿Por qué estáis tan turbados, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? ³⁹ Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

¹²⁰ Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos, ^L y los pies, y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor: ^{MC} Y los reprendió por su incredulidad y dureza de corazón: porque no habían creído a los que lo vieron resucitado.

^{L41} Mas, como aun no lo acabasen de creer, y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? ⁴² Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel. ⁴³ Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras, y se las dio. ⁴⁴ Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún

con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos.

¹²¹Y otra vez les dijo: Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío. ²²Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. ²³A quienes perdonareis los pecados, quédanles perdonados: y a quienes se los retuviereis, retenidos les quedan.

Explicación.—La relación de las santas mujeres, y aun la de Pedro, afirmando ante los discípulos que habían visto a Jesús resucitado, no disipó todas sus dudas. Ni la detallada descripción de los discípulos de Emaús mereció por un momento más crédito: «Ni a éstos creyeron» (Mc. 16, 13). Jesús va a coronar sus apariciones con la que aquí se narra, hecha en conjunto a todos los Apóstoles y algunos discípulos que con ellos estaban. Marcos no hace más que una alusión rápida a esta aparición; Lucas y Juan dan de ella preciosos detalles, que mutuamente se completan. Distinguimos en este relato: la aparición (Ioh. 19; Lc. 37-39); pruebas que les da de la verdad de su resurrección (Ioh. 20; Lc. 41-44); poderes que les confiere (Ioh. 21-23).

LA APARICIÓN (Ioh. 19; Lc. 37-39). — Tuvo lugar en el mismo momento en que los discípulos de Emaús narraban a la asamblea de los Apóstoles y discípulos lo que acababa de ocurrirles aquella tarde: *Y mientras hablaban de estas cosas...*, sucedía ello el mismo día de la resurrección, al anochecer, y estando los discípulos congregados y encerrados por el miedo que los sinedritas les inspiraban, y con razón, pues estarían irritados con el supuesto robo del cuerpo del Señor: *siendo ya tarde, aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos...* Acababan de cenar, cuando estaban a la mesa. La aparición de Jesús en medio de ellos fue súbita; el cuerpo de Jesús, glorificado ya, no necesitó se le abriese paso para entrar en el local cerrado: tenía las condiciones del cuerpo «espiritual», de que nos habla el Apóstol (1 Cor. 15, 44): *Vino Jesús, y se puso en medio*, y les saludó con la fórmula corriente entre los judíos: *Y les dijo: Paz a vosotros*. Esta paz es ya más fecunda: es la paz del Príncipe de la paz, la paz mesiánica, fecunda en toda suerte de bienes. Como si quisiese Jesús darles un presagio de los bienes de esta paz, añade: *Yo soy, no temáis*.

A pesar de las dulces palabras de Jesús, su aparición súbita les había llenado de terror; sin embargo, sin ruido, a través de

paredes y puertas han visto a un hombre aparecer ante ellos; creyeron se trataba de un espectro o fantasma, no de un cuerpo real: *Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu*: ¡tanto les costaba persuadirse de la resurrección del Señor, a pesar de ser ya la cuarta vez que se aparece! Jesús les tranquiliza, dándoles a entender que es él, único que puede leer en sus pensamientos: *Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos?*, haciendo conjeturas de si soy o no un espíritu? No lo soy; mirad, para convenceros, que conservo aún en mis manos y pies las señales de los clavos de la crucifixión: *Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy*: no me miréis ya sólo la cara, por la que se conoce el hombre, sino mis miembros con los vestigios de mi suplicio. Pero, por si temieseis engaño de la vista, os ofrezco mi cuerpo para que lo palpéis, y os convenzáis de que no soy fantasma o visión, sino que tengo carne y hueso como vosotros: *Palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo*.

PRUEBAS DE LA VERDAD DE LA RESURRECCIÓN (Ioh. 20; Lc. 41-44). De las palabras pasa Jesús a los hechos: les enseña aquellas partes del cuerpo en que quedaron más profundamente impresos los estigmas de la pasión: *Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos, y los pies, y el costado*: Los Apóstoles y discípulos mirarían y tocarían con atención y reverencia las cicatrices sagradas; es el primer argumento que les da: el de la vista y tacto, sentidos los más fidedignos. La certeza de que están viendo a Jesús les inunda de gozo: *Y se gozaron los discípulos viendo al Señor*: empiezan a realizarse las palabras que les había dicho, de que les vería otra vez y se alegraría su corazón (cf. Ioh. 16, 22). Aprovecha Jesús estos momentos de santa expansión de sus discípulos para darles una lección de docilidad de espíritu, cuando hay motivos bastantes para creer: *Y los reprendió por su incredulidad y dureza de corazón: porque no habían creído a los que lo vieron resucitado*.

Pero les confirma en la verdad de su resurrección dándoles un segundo argumento. Es fenómeno psicológico universal que difícilmente creamos, por instintivo temor de que frustre el gozo, los faustísimos sucesos que nos atañen; esto les ocurre a los discípulos: han oído las referencias de los compañeros que han visto a Jesús resucitado; le tienen presente; han mirado y palpado su cuerpo sagrado; pero el mismo gozo es obstáculo a la fe completa: *Mas, como aún no lo acaban de creer, y estuviesen maravillados de gozo, dándoles una prueba aún más fehacientes, les dijo: ¿Tenéis*

aquí algo de comer? Los espectros y los espíritus no comen; si Jesús come, la prueba es decisiva: *Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel*, un trozo de panal, ambos manjares probablemente restos de la cena frugal que acababan de tomar. Jesús comió; los cuerpos glorificados no tienen necesidad de comer, pero pueden hacerlo y absorberlos en alguna manera: *Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras, y se las dio.*

Finalmente les da una razón sintética para acabar de disipar las dudas que sobre su resurrección pudiesen aún abrigar. La causa de su incredulidad ha sido la decepción o desengaño sufrido al ver padecer y morir a Cristo; como los discípulos de Emaús, habían creído las cosas gloriosas de Jesús, no las humillaciones; cuando éstas vinieron, se llamaron a engaño. Jesús afirma de un modo general que todo ello estaba ya predicho en los Libros Sagrados, y que El mismo se lo había advertido en tiempo, cuando convivía con ellos en su vida mortal: *Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos*; son las tres grandes divisiones de los Sagrados libros, según los judíos: el Pentateuco, los Profetas y los Libros poéticos, de los que los principales son los Salmos.

PODERES QUE DA JESÚS A SUS DISCÍPULOS (Ioh. 21-23). — En aquel recinto cerrado está la Iglesia naciente, con Cristo vivo y aun presente según su presencia visible; el gozo de que están inundados los discípulos va a transfundirse a toda la Iglesia, de todos los siglos, en virtud de los poderes que va a conferirles. Antes de hacerlo, vuelve Jesús a saludarles con solemnidad enfática: *Y otra vez les dijo: Paz a vosotros.* La palabra de Jesús es eficaz: El vino para pacificar a los hombres con Dios; el primer poder que dará a sus Apóstoles será el de ser continuadores de esta obra de pacificación (cf. 2 Cor. 5, 18-20): *Como el Padre me envió, así también yo os envío*: Jesús se hace igual al Padre en el poder de enviar; y envía a los Apóstoles para que sean, como El, ministros de pacificación.

Para esta grande obra necesitan los Apóstoles y sus sucesores la fuerza vivificadora del Espíritu Santo. Jesús se lo da, por medio de una acción material simbólica, que podríamos llamar sacramental, porque obra lo que significa, la insuflación: *Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos.* El soplo es símbolo del Espíritu: hálito y espíritu se designan en griego con la misma palabra «pneuma».

Al soplo acompañó unas palabras expresivas del símbolo: *Y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*: ya le tenían los discípulos al Espíritu Santo por la justificación, pero ahora lo reciben en orden a los oficios que deberán llenar; no con toda su plenitud y en forma solemne y visible, como el día de Pentecostés, sino para determinados fines y como preparación para la venida solemne. Por esta insuflación expresa Cristo que el Espíritu Santo procede del Padre y de El, y que como es del Padre, así también es suyo.

Parte principal de aquel ministerio de pacificación y fruto capital del Espíritu que acaba de darles es el perdón de los pecados, porque es el pecado el que pone la discordia entre Dios y el hombre. Jesús tenía este poder (cf. Mt. 9, 6); ahora se lo da a los Apóstoles: *A quienes perdonareis los pecados, quédanles perdonados: y a quienes se los retuviereis, no desatándolos por el perdón, porque el perdón es el que libra del pecado, retenidos les quedan*. Por lo mismo, los Apóstoles y sus sucesores serán jueces que deberán discernir los casos en que deberán retener o perdonar los pecados: luego éstos les deberán para ello ser declarados. Por esto la Iglesia ha visto siempre en estas palabras contenido el precepto de la confesión distinta de los pecados.

Lecciones morales. — A) Ioh. v. 19. — *Estando cerradas las puertas... vino Jesús...* — Era de noche, cuando suele agravarse el miedo; los enemigos eran muchos, poderosos, enconados; los discípulos pocos e inermes; faltábales el sostén, que era Jesús; el recuerdo de los pasados sucesos había deprimido su espíritu: por todo ello, el temor sobrepuja a la esperanza y se encierran todos en un mismo lugar; tienen a lo menos el consuelo de estar juntos. En estos aprietos es cuando Jesús les visita; y con su visita les devuelve el gozo, la fuerza, la esperanza en días mejores. Antes de la visita de Jesús la cerrazón cubría los horizontes de su vida; ahora se ha abierto de par en par su corazón. Confiemos en la misericordia de Jesús, que tiene sus consuelos más llenos para nuestras horas más desoladas.

B) v. 19. — *Paz a vosotros.* — Avergoncémonos, dice San Gregorio Nacianceno, de abandonar este don precioso de la paz que nos dejó Cristo al salir de este mundo. La paz es nombre y cosa dulce: es de Dios (Phil. 4, 7), y Dios es de ella, porque El es nuestra paz (Eph. 2, 14). Y no obstante, siendo la paz un bien alabado y recomendado por todo, es conservado por pocos. ¿Cuál es la causa de ello? Quizá la ambición de dominio o de riquezas; tal vez la irea, el odio, el desprecio del prójimo, o alguna otra cosa análoga en que incurrimos ignorantes de Dios; porque Dios es la suma Paz que lo aún todo; de quien nada es más propio que la unidad de naturaleza y el ser y vivir pacífico. De El se deriva la paz y tranquilidad a los espíritus angélicos, que viven en paz con Dios y consigo mismos; de El se difunde a toda criatura, cuyo principal

ornato es la tranquilidad; a nosotros viene espiritualmente por la práctica de las virtudes y la unión con Dios.

c) Lc. v. 39. — *Palpa y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos...* — Dijo esto Jesús, dice San Ambrosio, para que conociéramos la naturaleza de los cuerpos resucitados: porque lo que se palpa, cuerpo es. Siendo, pues, la resurrección de Jesús causa y modelo de la nuestra, estemos ciertos que resucitaremos en nuestra propia carne, según la misma naturaleza que actualmente tiene, y según sus mismos elementos, aunque con distintas propiedades. No será nuestro cuerpo una sombra impalpable, dice San Gregorio, más sutil que cualquier gas, como quiso Eutiques, sino que será sutil por la virtud espiritual que le informará, palpable por su naturaleza. Podemos decir lo del Apóstol: se siembra un cuerpo animal; se levantará o resurgirá un cuerpo espiritual (1 Cor. 15, 44). Será la glorificación de la materia, levantada a la participación de las mismas cualidades del espíritu en lo que puede participarlas. Como el espíritu, será el cuerpo glorificado ágil, sutil, luminoso, permeable para todo y todo permeable para él. Todo ha querido restaurarlo Cristo Jesús.

d) v. 41. — *¿Tenéis aquí algo de comer?* — Aparece aquí la gran misericordia de Jesús, para sus discípulos y para nosotros. Para ellos, porque multiplica ante ellos, que le habían visto muerto, las pruebas de su resurrección: han visto sus cicatrices, les ha dejado palpar las hendiduras de los clavos, les ha hablado, y le han visto como a cualquier otro mortal; ahora, para que se acaben de convencer de la verdad de su carne, ya que todavía titubeaban, les pide de comer; y come, no por necesidad, sino porque quiere, e ingiere una cantidad de alimentos y da a ellos las sobras. Tiene delante un hombre no de sola apariencia, sino tan real como ellos. Y para nosotros, porque la irresolución de los discípulos en creer y la prodigalidad de pruebas con que arranca definitivamente su asentimiento, son multiplicadas razones, de carácter absolutamente histórico, que nos inducen a nosotros a admitir una verdad que es fundamental en el cristianismo. Nunca es Dios avaro de luz cuando se trata de enseñarnos una verdad; y jamás ha tratado de violentar las condiciones naturales de nuestro conocimiento, hasta para darnos la doctrina sobrenatural.

e) Ioh. v. 21. — *Como el Padre me envió, así también yo os envío.* — Esta misión es uno de los misterios más profundos y consoladores de nuestra doctrina cristiana. Misión es apostolado, es legación, es poder representativo. El Padre destaca de su seno, si así puede hablarse, al Hijo para que se haga hombre y redima al mundo y le enseñe la doctrina divina y funde su Iglesia. Y el Hijo destaca de sí a sus Apóstoles, y éstos a sus sucesores los Obispos, y éstos a los sacerdotes sus colaboradores, para que continúen su obra. Jesús, con la plenitud de los poderes que ha recibido del Padre, ha hecho lo fundamental; y luego comunica la plenitud de estos poderes a sus Apóstoles, en cuanto son necesarios para seguir su obra. Así nuestra misión sacerdotal sube, por Cristo que nos envía, al Padre que le envió a El. Acordémonos, los que somos enviados, de nuestra dignidad, de nuestra autoridad y de la santidad y celo que nuestra misión exige. Y aprenda el pueblo el res-

peto, la docilidad, el amor, el auxilio que debe a los ministros y enviados de Dios.

F) Ioh. v. 22. — *Recibid el Espíritu Santo.* — ¡Palabra fecunda la de Jesús en estos momentos! Apenas salido de la tumba, vivo y glorioso, da a sus discípulos el Espíritu Santo, que es el Espíritu vivificador. Es su propio Espíritu, el Espíritu de Jesús, que va a animar ya sobrenaturalmente a su Iglesia. Vendrá más tarde, el día de Pentecostés, de una manera solemne y en toda su plenitud; pero, interinamente, ya tienen los discípulos el Espíritu de Dios en ellos y con ellos. Y este Espíritu ya no estará ocioso; lo vivificará todo; renovará la faz de la tierra; será Dedo de Dios, Voz de Dios, Fuego de Dios: todo lo tocará, lo hará retremblar, lo purificará todo. ¡Ven, Espíritu Santo, y llena nuestros corazones!

231. — OTRA APARICION A LOS APOSTOLES CON SANTO TOMAS: IOH. 20, 24-31

**Conclusión del Evangelio de la Dominica in Albis (cf. número ant.)
Evangelio de la Misa de Santo Tomás Apóstol (vv. 24-29)**

²⁴ Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. ²⁵ Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él dijo: si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

²⁶ Y al cabo de ocho días estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros. ²⁷ Y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. ²⁸ Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. ²⁹ Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

³⁰ Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. ³¹ Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios: y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Explicación. — La narración de este hecho es peculiar del cuarto Evangelio: podemos distinguir en ella: la incredulidad de Tomás (24.25); la aparición de Jesús (26-29); con una especie de resumen de su Evangelio con que terminaba primitivamente la obra de San Juan, a la que con posterioridad añadió el mismo autor el último capítulo, como se dirá en su lugar (30-31).

INCREULIDAD DE TOMÁS (24.25). — Nada fáciles fueron los Apóstoles en creer la resurrección de Jesús, y apenas si cedieron al testimonio de los sentidos, la vista y el tacto. Todo ello lo quiso

Dios para que se multiplicaran los argumentos de que pudiesen disponer las posteriores generaciones cristianas para demostrar el hecho de la resurrección. Para el Apóstol que aquí es protagonista y para nosotros, este episodio es de irrecusable fuerza demostrativa.

Por motivos que el Evangelista ni siquiera insinúa, el apóstol Tomás no estaba en compañía de los otros diez al anochecer del día de la resurrección, cuando les apareció el Señor: *Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Didimo, o gemelo (cf. núm. 139), no estaba con ellos cuando vino Jesús.* Contáronle los demás el suceso de la aparición de la que fueron testigos; por lo que Tomás les responde, se lo contarían con todos los detalles, especialmente que les consintió tocar sus manos, pies y costado: *Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor.* Tomás niega su asentimiento al testimonio de sus compañeros; tan inverosímil le parece el hecho de la resurrección, que no cederá sino a su propia y personal experiencia: *Mas él dijo: Si no viere en sus manos la heridura, la marca, el vestigio, de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos. y metiere mi mano en su costado,* lo que demuestra la extensión de la herida del sagrado pecho, *no creeré.* Doble falta cometió aquí el Apóstol incrédulo: la de negar fe a los dichos de todos los demás, y la de señalar las condiciones sin las cuales no asentirá. No obstante, Jesús condescenderá con su Apóstol, y su incredulidad característica dará lugar a que crea él y se robustezcan los motivos que tenemos de credibilidad en el gran milagro.

LA APARICIÓN (26.29).—El primer día de la segunda semana después de la resurrección, ocho días cabales después de la primera aparición a los discípulos congregados, la reiteró en las mismas condiciones de la anterior: *Y al cabo de ocho días estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros.* En esta repetición de las apariciones de Jesús en el mismo día ha visto la antigüedad cristiana una especial santificación del día de la resurrección; es por ello que el descanso sabático de los judíos ha venido a ser la fiesta dominical de los cristianos; el día de la Resurrección del Señor es en nuestra Liturgia el domingo principal del año; las demás dominicas dependen en su cómputo y son como un eco de la fiesta de la Resurrección.

Jesús ya va directamente, lleno de piedad, a la conquista del entendimiento y corazón del Apóstol incrédulo: *Y después dijo a*

Tomás, dándole a conocer que no ignoraba sus palabras y la condición que había impuesto para creer: *Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado*; y reprendiéndole con dulzura añade: *Y no seas incrédulo, sino fiel*.

¿Tocó Tomás los vestigios de las llagas de Jesús? Afirmanlo la mayor parte de los intérpretes, como condición exigida a sí mismo por el Apóstol para creer. Pero parece más conforme a la narración afirmar, con Knabenbauer y otros, que no llegó Tomás a tocar el sagrado Cuerpo y que creyó a la sola vista de los santos estigmas; la frase admirativa, entrecortada, llena de religioso respeto que pronuncia el Apóstol, revela la emoción, el arrepentimiento, la fe profunda del mismo a la sola vista de las cicatrices veneradas: *Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío*: le llama Señor, y en esto reconoce su humanidad; y Dios, en lo que afirma su divinidad.

Acepta Jesús y alaba la confesión de Tomás: *Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás has creído*: has hecho bien en creer después de ver; aunque mejor hubiese hecho creyendo por el testimonio de los demás y por lo que yo mismo había dicho de mi resurrección. Hay, pues, aquí alguna manera de reprensión por la tardía y nada fácil fe del Apóstol. Nótese que dice Jesús: «porque me has visto», no «porque me has tocado», lo que parece legitimar la interpretación según la cual no tocó Tomás a Jesús. No le faltó al Apóstol su mérito, porque vio al hombre y creyó en Dios, viendo con los ojos de la fe, a través de la carne de Cristo, el poder y la gloria de la divinidad. Con todo, es mejor, porque es más abnegada, la fe de aquellos que no exigen el testimonio de la experiencia personal para creer: *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*: No es que le falte a Tomás su parte en la bienaventuranza, porque creyó más de lo que vio y sobre lo que vio; pero es más meritoria la fe que no necesita el testimonio de los sentidos corporales.

PRIMERA CONCLUSIÓN DEL EVANGELIO DE SAN JUAN (30.31).—Narradas las apariciones de Jesús resucitado en la Judea, añade Juan, a guisa de epílogo, estos dos versículos, con los que terminaba primitivamente su libro. Más tarde, y para desvanecer el error de aquellos que, interpretando mal unas palabras de Jesús, error de aquellos que, interpretando mal unas palabras de Jesús, mente el texto de lo que es hoy último capítulo del cuarto Evangelio.

No ignora Juan que en su Evangelio no ha narrado muchos mi-

lagros obrados por Jesús: predominan en él los discursos. Sabe que los tres Evangelios que hoy llamamos sinópticos, escritos antes que el suyo, contienen mayor número de milagros del Señor. Y para que los lectores de los demás Evangelios creen los milagros en ellos descritos y para que se vea que su propósito no ha sido acumular la descripción de hechos prodigiosos, dice: *Otros muchos milagros hizo también Jesús*, antes de su muerte y después de su resurrección, *en presencia de sus discípulos*, que debían dar testimonio de ellos, *y que no están escritos en este libro* de su Evangelio.

Y añade la finalidad que se propuso al escribir la obra, y que ha dejado entrever en muchos pasajes de la misma (cf. 1, 14-18. 27.33.49-51; 2, 11; 3, 13; 5, 18; 6, 68; 7, 29, etc.): *Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios*. El objeto que se propuso, pues, al redactar su Evangelio, fue demostrar que aquel hombre que recorrió Palestina, que predicó, padeció, murió y resucitó, era el Mesías prometido por los profetas, y que por ello se debía fe a su misión y a sus enseñanzas. Como fin ulterior y definitivo, digno del celo de un Apóstol, se propuso Juan que sus lectores, por la fe en Cristo lograsen la vida divina, en el tiempo y en la eternidad: *Y para que, creyendo, tengáis vida*: aquella vida, sobrenatural y eterna, de la que con tanta frecuencia habla el Evangelista, que sólo se logra *en su nombre*, en el de Jesús por sus méritos y poder, única por la que somos hechos salvos.

Lecciones morales.—A) v. 25.—*Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos...*—Más craso y material que los demás Apóstoles, dice el Crisóstomo, el apóstol Tomás buscaba la fe que deriva del sentido más craso y material de todos, que es el del tacto. Porque no le basta con ver, sino que quiere tocar. Así son muchos hombres groseros, para quienes tiene, hasta en las cosas espirituales, más fuerza el sentido que la razón. Nosotros no debemos ser así; no debe ser nuestra fe ciega, ni ligera, ni irracional; pero debemos dar a nuestras fuentes de conocimiento el valor que les corresponde en orden a la fe. La historia depurada, la autoridad de la Iglesia, la misma autoridad de los técnicos que indican la intervención de un elemento sobrenatural en las curaciones, etcétera, la deposición de testigos fidedignos, hecha en la debida forma, tiene tanta fuerza como nuestros mismos sentidos en orden a la testificación de un milagro, ya que personalmente podemos dejarnos sugerir, o carecer de las condiciones necesarias de cultura, o padecer una ilusión ante lo que podría parecerse milagroso y no lo es.

B) v. 27.—*Mete aquí tu dedo...*—¡Cuán suave y misericordioso es el Señor; Pudo resucitar, si hubiese querido, sin que apare-

ciera en su cuerpo sagrado vestigio alguno de los clavos y lanza; pero no quiso borrar la aparente fealdad de sus cicatrices, dice San Agustín, en favor de sus amigos y como testimonio contra sus enemigos. Para sus amigos fueron aquellas cicatrices un medio de identificarle y creer en su resurrección, o para los que no le vieron resucitado, como nosotros, un medio de curar la llaga de nuestra infidelidad, creyendo sobre el testimonio de quienes vieron aquellas llagas. Para sus enemigos, los incrédulos, los impíos, los mismos pecadores, serán aquellas llagas un perpetuo reproche y testimonio contra ellos; como si dijera Jesús, mostrándolas: «He aquí el hombre a quien crucificasteis; veis las heridas que le causasteis; conocéis el costado que traspasasteis, que por vosotros y para vosotros fue abierto: y, no obstante, no quisisteis entrar en él.»

c) v. 29.—*Porque me has visto, Tomás, has creído.*—La fe, dice San Agustín, es creer lo que no ves; es, dice el Apóstol, la sustancia de lo que esperamos, argumento de las cosas que no aparecen (Hebr. 11, 1): no se tiene fe, sino ciencia, de lo que se palpa y se ve; por ello en el cielo, donde veremos a Dios, no tendremos fe. ¿Por qué, pues, dice Jesús a Tomás que creyó porque vio? Porque vio una cosa y creyó otra: vio las llagas, y creyó en la resurrección; vio el cuerpo de Jesús, y creyó en su divinidad. Este es el oficio del milagro; llevarnos, como de la mano, a la fe: el sentido nos atestigua un hecho de orden material; pero la razón nos dice que aquel hecho, en aquella forma, en aquella manera, en aquel momento, no puede producirse sin una intervención sobrenatural y divina; y entonces creemos en lo que no vemos, es decir, asentimos, con nuestro entendimiento y voluntad, a algo que está sobre el hecho que nos han denunciado los sentidos.

d) v. 29.—*Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.*—En esta sentencia venimos comprendidos nosotros, que no hemos podido ver ni palpar las llagas de Cristo, dice Teofilacto. No digamos, pues: «Ojalá hubiese yo podido ver las llagas del Señor», dice el Crisóstomo: porque también somos, o podemos ser bienaventurados, más aún que los mismos que las vieron, porque es más difícil y meritoria nuestra fe. Lo capital es que obremos lo que creemos, dice San Agustín, porque aquel es verdadero creyente que lleva a la práctica de la vida aquello que cree.

e) v. 30.—*Otros muchos milagros... que no están escritos en este libro.*—Tenemos aquí multiplicidad de milagros, de narradores de ellos y de testigos presenciales de los prodigios. Todo cuanto se requiere para que los milagros sean lo que deben ser: signo y garantía de la misión divina de Jesús y de la verdad de su doctrina. Ni los hechos milagrosos han sido desmentidos, ni se ha podido hallar contradicción entre los cuatro Evangelistas que los narran, ni los testigos presenciales de buena fe pudieron atribuirlos a otro poder que no fuera el de Jesús. Y a más de los que se refieren en los Evangelios, tan bien constatados, hay otros muchos, obrados por el Señor antes y después de su resurrección, cuya simple referencia es a mayor abundamiento, y para que veamos que Dios ha querido garantizar plenamente las verdades que nos enseñó. La crítica de todos los siglos ha tratado de negar, de

explicar, de adular los milagros de los Evangelios. No ha podido hacer mella en su verdad, porque no ha podido argüir de falsedad a estas narraciones sencillas, de testigos presenciales, que llevan en sí mismas la marca de la más absoluta veracidad. Bendigamos a Dios, que tan sabiamente fundó los cimientos de nuestra religión y de nuestra fe.

F) v. 31. — *Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo...* — La finalidad del milagro no es de orden natural: no se hacen los milagros para que admiremos el poder de Dios, del que hartos argumentos tenemos en la creación; ni con un fin espectacular, para que nos gocemos en la manifestación extraordinaria de un poder oculto. El milagro es un hecho de orden sensible, extraordinario, que rebasa las fuerzas de la naturaleza, para que, a través de lo material de él, nos remontemos a lo espiritual y eterno (2 Cor. 4, 18). El milagro lo hace Dios para que creamos, para que le amemos, para que, por la fe y el amor, tengamos vida sobrenatural en el nombre de Jesús (v. 32). Así viene a ser el milagro como una propedéutica o preparación a la fe. No todos los que ven el milagro creen, porque el hombre puede cerrar sus ojos a la luz divina que el milagro encierra; pero el milagro tiene luz bastante para guiarnos a Dios y para que, hallándole, vivamos en Él.

PERIODO SEGUNDO

ULTIMAS APARICIONES DE JESUS EN GALILEA Y EN JUDEA

232. — APARICIONES DE JESUS EN LA GALILEA A) EN EL MAR DE TIBERIADES: IOH. 21, 1-14

Evangelio del miércoles de la semana de Pascua de Resurrección

¹ Después se apareció Jesús otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se apareció así: ² Estaban juntos Simón Pedro, y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. ³ Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a una barca: y aquella noche no cogieron nada.

⁴ Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús en la orilla: pero no conocieron los discípulos que era Jesús. ⁵ Y Jesús les dijo: Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. ⁶ Les dice: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Echaron la red: y ya no la podían sacar por la multitud de peces. ⁷ Dijo entonces a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: El Señor es. Y Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo) y se echó al mar. ⁸ Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos), arrastrando la red con los peces.

⁹ Y luego que saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan. ¹⁰ Jesús les dice: Traed acá los peces que cogisteis ahora. ¹¹ Entonces subió Simón Pedro, y trajo la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. ¹² Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle: Tú, ¿quién eres?, sabiendo que era el Señor. ¹³ Llega, pues, Jesús, y tomando el pan, se lo da, y asimismo del pez. ¹⁴ Esta fue la tercera vez que se apareció Jesús a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.

Explicación.—Añadió San Juan este último capítulo a su Evangelio, como se ha dicho, con el fin principal de deshacer un

error, hijo de una mala interpretación de unas palabras de Jesús, que se había esparcido en las cristiandades del Asia (cf. vv. 20-23). Pero bendigamos la providencia de Dios, que se valió de este error para que quedaran consignados en el Evangelio dos hechos tan capitales como son esta aparición y la colación del primado de la Iglesia a Pedro. Ello nos da a entender que en el depósito de la tradición quedaron muchas cosas que no fueron consignadas en los escritos apostólicos. En este episodio distinguimos: la introducción (1-3), la pesca milagrosa (4-8) y la comida simbólica (9-14).

INTRODUCCIÓN (1-3).—El mismo día de la resurrección había mandado Jesús a sus discípulos se trasladaran a Galilea, donde le verían (Mt. 28, 7; Mc. 16, 7): estarían allí libres de las impertinencias y persecuciones de los sinedritas, al par que, dedicándose a su oficio de pescadores, podrían más fácilmente ganarse el sustento; mientras pescaban en el lago de Genesaret, se les apareció Jesús: *Después*, fórmula vaga usada por Juan con frecuencia, y de la que no se puede colegir la fecha de la aparición, *se apareció Jesús otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberíades*. Es de notar el carácter de las apariciones del Señor: no era siempre visible, ni convivió con sus Apóstoles como antes de su muerte; aparecía súbitamente cuando quería y en la forma que quería.

Y, en esta ocasión, *se apareció así: Estaban juntos Simón, Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, probabilísimamente Bartolomé, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo Santiago el Mayor y Juan el Evangelista, y otros dos de sus discípulos*, quizás Andrés y Felipe, que eran de Betsaida, lugar de Pedro y de los hijos del Zebedeo, probablemente el mismo donde ocurrió el suceso. Como no les encomendara Jesús misión alguna, volvieron los Apóstoles a su oficio de pescadores. *Simón Pedro*, que aquí aparece también como cabeza de los demás, con su ánimo resuelto de siempre, *les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a una barca: y aquella noche, a pesar de ser las horas más favorables a la pesca, no cogieron nada*.

LA PESCA MILAGROSA (4-8).—Después de la labor fatigosa e inútil de aquella noche, reciben los Apóstoles el premio de la visión del Señor: *Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús en la orilla, apareció súbitamente en ella. Pero no conocieron los discípulos que era Jesús*, sea porque como en otras ocasiones (cf. Mc. 16, 12; Lc. 24, 16), se apareciese Jesús en forma distinta, o porque no quisiese ser conocido en la propia.

Preséntase Jesús a sus discípulos a guisa de mercader que quisiera comprar pescado: *Y Jesús les dijo: Hijos, mejor, muchachos, expresión familiar que podía usar un extraño dirigiéndose a pescadores avezados al rudo trabajo del mar, ¿tenéis algo de comer, pescado o vianda que acompañar con el pan? Le respondieron, secamente, que no debían explicar a un desconocido el mal éxito de su pesca: No.*

Jesús les da un consejo de amigo: *Les dice: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis:* la convicción con que se lo dice; el haber visto en aquel desconocido algo santo y venerable; la misma facilidad con que seguimos los consejos que nos pueden ser provechosos, hicieron que secundaran los Apóstoles las indicaciones de Jesús. *Echaron la red: y ya no la podían sacar por la multitud de peces:* habían cogido uno de estos bancos de pescado, frecuentes en el lago de Tiberíades y que en este caso acudieron por la omnipotencia de Jesús. Es el símbolo de la fecundidad del apostolado (cf. Lc. 5, 10: núm. 35).

Juan reconoce en el hecho un milagro; y en el milagro, y por este conocimiento instintivo del amor, reconoce a Jesús: *Dijo entonces a Pedro, que se hallaría absorbido por la tarea de sacar la red, aquel discípulo a quien amaba Jesús: El Señor es.* Al denunciársele la presencia del Señor, Pedro se revela tal como es, resuelto y vehemente: deja lo que entre manos trae; sobre la tenue túnica interior o camisa, única pieza que cubría su puerto para mayor comodidad del trabajo, por la reverencia que el Señor le inspira, viste precipitadamente la túnica exterior, y se echa al mar, impaciente por ganar la orilla antes que la embarcación: *Y Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo) y se echó al mar.* Sus compañeros lo hicieron a remo, salvando los cien metros que de la playa les separaba y arrastrando hasta ella la redada de peces: *Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos), arrastrando la red con los peces.* En la facilidad de medir el agua que hay entre barca y tierra se delata el ojo del pescador Juan, autor del Evangelio.

LA COMIDA SIMBÓLICA (9-14).—Al milagro de la captura de los peces, añade Jesús otro que revela su exquisita amabilidad y providencia para con los suyos: mientras ellos pescaban, disponíales él la comida, con pan y pescado producidos por un milagro de su poder o allí traídos por ministerio de ángeles: *Y luego que saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan.*

Jesús va a ofrecerles la comida preparada (v. 13); pero quiere que también ellos colaboren: *Jesús les dice: Traed acá los peces que cogisteis ahora.*

Entonces subió, a la nave, Simón Pedro, como más pronto en las resoluciones o como jefe del trabajo, y trajo la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, que se contarían con cuidado ante los ojos del Maestro. El Evangelista hace notar todos los detalles para que se vea lo estupendo del milagro: Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Después de la fatiga, el descanso y refección con que el Señor les regala: *Jesús les dice: Venid, comed.* Los discípulos tenían la certeza de que se hallaban en presencia de Jesús; pero, ya por el respeto que les inspiraba en su nuevo estado glorioso, ya porque estuviesen sobrecogidos por el milagro que acababan de presenciar, no osaban hablarle con la familiaridad con que lo hacían antes de su muerte: *Y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle: Tú, ¿quién eres?, sabiendo que era el Señor.* Tal vez todo ello les retendría a alguna distancia de Jesús, quien, como lo hacía en otro tiempo en su calidad de jefe o padre de familias, les ofreció del pan y del pescado, probablemente después de la bendición litúrgica acostumbrada: *Llega, pues, Jesús, y tomando el pan, se lo da, y asimismo del pez.*

Todo tiene su simbolismo espiritual en esta escena, y los intérpretes se han complacido siempre en ponerlo minuciosamente de relieve. En el estéril trabajo de los Apóstoles, hecho de noche, se representa la infecundidad de las obras hechas en la noche del pecado y sin Jesús; en la gran pesca, los frutos del trabajo apostólico debidamente empleado; en la multitud de peces y en la red que no se rompe, la catolicidad y la unidad de la Iglesia; en las brasas y peces preparados por Jesús viene representado él mismo, mortificado en su pasión, soportada por amor a nosotros; el pan simboliza el mismo Jesús, pan vivo que bajó de los cielos; Simón Pedro saca la red, después de subir a la barca, porque es él quien gobierna la nave de la Iglesia y dirige los trabajos de la conquista de las almas para Jesús; la frugal refección que toman los discípulos con el Señor significa la participación en sus goces como participan en sus trabajos; comida de mañana, desayuno, como fue esta refección simbólica, para representar el auxilio que debemos buscar cada día en Jesús para tomar aliento y seguir todo el día en la labor, etc.

Termina esta parte de su relato el Evangelista, haciendo notar que ésta es la tercera aparición de Jesús a la agrupación de la

mayor parte de los Apóstoles: la del mismo día de la resurrección, la de ocho días después, con Santo Tomás, ambas en Jerusalén, y ésta: *Esta fue la tercera vez que se apareció Jesús a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.*

Lecciones morales.—A) v. 3.—*Voy a pescar.*—Después de su conversión, dice San Gregorio, vuelve Pedro a su oficio de pescador, pero no Mateo al suyo de cobrador de tributos; porque hay algunos oficios y negocios en los que apenas, o quizás absolutamente, no puede intervenir sin pecado. Y para que se vea, dice San Agustín, que, salvando la integridad del apostolado, no hay inconveniente en buscar por medios legítimos el sustento, cuando no se tiene de otra parte; lo hizo San Pablo, para no ser gravoso a sus oyentes, cuanto más pudo hacerlo Pedro, si no tenía otro medio de vivir, cuando, aunque recibido ya el Espíritu Santo, bien que no en la forma oficial y solemne de Pentecostés, no tenía recibida del Señor misión especial que cumplir.

B) v. 5.—*¿Tenéis algo de comer?*—Nada necesitaba Jesús de sus discípulos; lo prueba el hecho de que mientras ellos pescaban, El milagrosamente les disponía la comida en la playa. Pero quiere Jesús colaboración, como quiere la nuestra; y bajo este aspecto, nosotros podemos saciar el hambre de Jesús. Pero la comida de Jesús es hacer la voluntad del Padre, como dijo en cierta ocasión a sus discípulos (Ioh. 4, 34): nosotros saciaremos su hambre cuando cumplamos su voluntad, que es la misma del Padre. La saciaremos especialmente, si tenemos ministerio para ello, ejercitándonos en todos los oficios del apostolado, esforzándonos en traerle a Jesús, del mar del mundo, cuantos peces podamos, es decir, almas, por los peces simbolizadas.

c) v. 9.—*Vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan.*—Era por la mañana cuando ocurría esto: los Apóstoles venían del mar; Jesús, con amabilidad exquisita, les había preparado el desayuno en la playa, con pan y pescado, aderezado en ardientes brasas. ¿Podría hallarse símbolo más dulce y consolador de la Santa Comunión? Las primeras generaciones cristianas representaron a Jesús con la figura de un pez, y la Eucaristía con unos canastos de pan. El pez asado es Jesús mortificado, dice San Agustín: *Piscis assus, Christus passus*: el pez en griego es *ἰχθῦς*, cuyas letras son el anagrama de «Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador». Cuando por la mañana vayamos a la Comunión eucarística a buscar fuerzas para los trabajos del día, nutrémonos de este Pez y de este Pan mortificados: son la fuerza salvadora de Dios, porque son el mismo Jesús, que es la fuerza de Dios, en frase del Apóstol. Avivemos la pobre brasa de nuestro corazón con la ardiente brasa del amor de su Corazón divino.

d) v. 10.—*Traed acá los peces que cogisteis ahora.*—Si hemos sido por Jesús constituidos pescadores de hombres, temamos ir a él con las manos vacías cuando nos pida los peces que hayamos cogido. Los Apóstoles pescadores de Tiberíades, henchidos de júbilo, contaron en la presencia de Jesús los peces cogidos en la red: eran muchos y grandes. También lo serán si nosotros trabajamos

en el nombre de Jesús y en la forma que quiere El trabajemos, echando la red donde nos mande. Podremos pasar noches enteras de trabajo estéril; pero llegará siempre la hora de espiritual consuelo en que veamos cogidos a nuestros hermanos en las redes que les hayamos tendido. Y cuando no, si es tanta la protervia de aquellos sobre quienes trabajemos que se resistan a nuestra labor, no nos faltará el premio, que no se da según la medida de la eficacia del trabajo, sino según la de nuestro personal esfuerzo, puesto por Dios y según Dios.

Ε) v. 11.—*Y aunque eran tantos, no se rompió la red.*—Esta red que no se rompe es el símbolo de la caridad. En la primera pesca, dice San Agustín, se rompía la red, porque representaba la universalidad de los creyentes en Cristo, es decir, el cuerpo y el alma de la Iglesia; pero aquí se figura, en estos grandes peces, los que pertenecen al alma de la Iglesia, vivificados por el Espíritu Santo y formando una unidad de amor en Cristo y con Cristo. Son grandes, porque de éstos es el reino de los cielos, en el que el menor es más grande que todas las grandezas de la tierra (Mt. 11, 11); son muchos, porque cualquiera que sea la teoría sobre el número de los que se salvan, indudablemente serán muchos millones los que llevará consigo Jesús al cielo; y la red no se rompe, porque la caridad de Dios es indivisible, por cuanto el amor que se separa de Dios ya no es caridad. No sólo es indivisible, sino que es la máxima fuerza unitiva de los espíritus; porque «donde está el amor de caridad, allí está Dios», que da cohesión a todas las cosas.

Β) v. 13.—*Y tomando el pan, se lo da, y asimismo del pez.*—Desde los comienzos del Cristianismo, el pan y el pez son símbolos de Jesucristo: el pan lo es de la Eucaristía; el pez asado lo es de la pasión. Ya los primitivos cristianos notaron que la palabra griega *ἰχθῦς* (pez) era el anagrama de «Jesus Xristos Theu Vios Soter» (Jesús Cristo de Dios Hijo Salvador). Por esto en las catacumbas se unen los dos símbolos para figurar a Jesús, representado en un pez que lleva cargada en sus lomos una canasta de pan. La simbología cristiana contiene hermosísimas y delicadísimas enseñanzas. Ojalá la conociéramos mejor y la hiciéramos revivir en el pensamiento y el arte cristianos. Está cargado de tradición y de profundo sentido cristiano, porque en él se vació el pensamiento y la piedad de nuestros antepasados en la fe.

233.—EL PRIMADO DE PEDRO: IOH. 21, 15-23

Evangelio de la fiesta de San Juan Evangelista (vv. 19-24)

¹⁵ Y cuando hubieron comido, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. ¹⁶ Le dice segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Sí Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. ¹⁷ Le dice tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, porque le había dicho la tercera vez ¿me amas?, y le

dijo: Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas.

¹⁸ En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más joven, te ceñías, e ibas adonde querías: mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras. ¹⁹ Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios. Y habiendo dicho esto, le dice: Sígueme. ²⁰ Volviéndose Pedro vio que le seguía aquel discípulo, a quien amaba Jesús, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te entregará? ²¹ Y cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, y éste, ¿qué? ²² Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti? Tú sígueme. ²³ De aquí corrió la voz entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Y no le dijo Jesús: No morirá. Sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?

Explicación.— Ya se ha dicho en los números anteriores la razón de que añadiera el autor a su Evangelio este último capítulo, que contiene interesantísimos documentos. A más de la aparición de Jesús y de la comida simbólica, explicadas en el número anterior, se comprenden en este fragmento, del mismo capítulo: la colación del primado a Pedro (15-17); y la explicación del episodio ocurrido entre Jesús, Pedro y Juan, que dio lugar al error de interpretación de algunos de los primeros cristianos, y que Juan desvanece aquí (18-23).

JESÚS CONFIERE EL PRIMADO A PEDRO (15-17).— Lo que Jesús había prometido a Pedro en otras ocasiones, la preeminencia sobre los demás Apóstoles y el régimen universal de la Iglesia (cf. Ioh. 1, 42; Mt. 16, 17-19; Lc. 22, 31.32), ahora se le confiere de hecho, en forma solemne y bajo una expresiva metáfora, aptísima para concretar el pensamiento del Señor y el oficio que confiere a Pedro. Pero antes quiere cerciorarse del amor del Apóstol, obligándole a que lo confiese por tres veces: *Y cuando hubieron comido*, junto al mar de Tiberíades, *dice Jesús a Simón Pedro...* Nótese que el Evangelista llama al Apóstol por su nombre de oficio y dignidad; Jesús va a llamarle por el nombre familiar y patronímico, para que mejor se entienda que la pregunta que va a hacerle es personalísima: *Simón, hijo de Juan* (cf. Mt. 16, 17), *¿me amas más que éstos*, más de lo que éstos me aman? Pedro, aleccionado por las anteriores caídas, precedidas de su jactancia, que le hizo anteponerse a todos los demás (cf. Mt. 26, 33), *le responde*, humildemente: *Sí, Señor: tú sabes que te amo*, remitiéndose al juicio del Señor: *Jesús le dice: Apacienta mis corderos*. Es indudable que aquí se confiere una prerrogativa especial a Pedro solo, a más de

lo que ha concedido ya Jesús a todos por igual (cf. Ioh. 20, 21): lo revela el doble hecho de que le nombre por su nombre de familia y reclame de él un amor superior al que los demás le tienen. ¿Cuál es la prerrogativa? La del régimen universal de los súbditos de Cristo: no es dudosa la aplicación de la metáfora, cuando en el Antiguo Testamento el pueblo de Dios es llamado rebaño del Señor (cf. Ps. 73, 1; 76, 21; 78, 13; Ier. 10, 21; 13, 17; Ez. 34, 4 y sigs., etc.), y el mismo Jesús había utilizado esta metáfora (cf. Mt. 9, 36; 10, 6; Ioh. 10, 1 sigs.).

Quiere Jesús manifestar cuánto debe ser el amor que le tengan los que tienen confiado el régimen de su rebaño, y cuánto más debe tener el pastor supremo de él. Por esto *le dice segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* No establece aquí Jesús comparación con el amor de los demás: *Le responde: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos*, mejor, sé pastor de mis ovejuelas. Pedro había negado tres veces a Jesús: otras tantas querrá Jesús que manifieste su amor: *Le dice por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, porque le había dicho la tercera vez ¿me amas?* Se entristeció, porque, vuelto tímido por sus anteriores caídas, pudo pensar que Jesús desconfiaba de su firmeza; porque temió que a esta reiterada manera de preguntar siguiese la predicción de alguna otra caída. Pedro se remite ahora a la omniscencia de Jesús: lo sabe todo; luego debe saber también que le ama: *Y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas*, no ya con diminutivo. Es grande la trascendencia dogmática de este pasaje: Pedro es el pastor de todo el rebaño del Señor: de los corderos y ovejuelas, y de las ovejas. Sin pretender analizar lo que por estas tres denominaciones quisiese expresar el Señor, en lo que no convienen los intérpretes ni es preciso sutilizar, es evidente que Jesús confía a Pedro la plenitud de régimen sobre la totalidad de su rebaño, y por lo mismo, sobre el pueblo y sobre la jerarquía, incluso los obispos. Estos poderes se han transmitido a sus sucesores, los Romanos Pontífices.

LA FUTURA SUERTE DE PEDRO Y JUAN (18-23).—Pedro acaba de ser constituido pastor de la grey de Cristo; un buen pastor da la vida por sus ovejas: Pedro la dará, y con ello demostrará ser verdadero el amor que a Cristo acaba de confesar. Es lo que predice Jesús en la profecía que va a hacer sobre el martirio de Pedro, que dará su vida, como había ofrecido en otra ocasión, sin cumplirla.

(cf. Ioh. 13, 37), y seguirá a Jesús, como El se lo había predicho a su vez (Ibid. v. 36).

La predicción de Jesús es solemne, robustecida con juramento: *En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más joven, te ceñías, e ibas adonde querías*: expresa Jesús la suma independencia de la juventud, que es la edad en que más libertad se goza, libertad expresada aquí por la doble metáfora, de ceñirse el vestido en la forma que se quiere y de ir adonde la voluntad lleva. No lo hará así Pedro cuando sea viejo, y llegará a la vejez, según la profecía de Jesús: *Mas cuando ya fueras viejo...* Entonces deberá extender sus brazos sobre la cruz, extender las manos era para los antiguos sinónimo de ser crucificado, será ceñido por otros, con las cuerdas con que sea llevado al tormento, o con las que será quizás atado a la misma cruz; y será llevado contra su voluntad, no contra su voluntad racional, que querrá Pedro libremente dar su vida por Jesús, sino contra este natural instinto que nos tiene aferrados a la vida: *Extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras*. Cuando Juan escribió su Evangelio, la profecía se había ya realizado: Pedro había sido crucificado en Roma; el Evangelista hace notar la correlación entre la profecía y su realización: *Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios*.

Cuando Jesús había predicho a Pedro su martirio, quizá levantándose del suelo, donde tomarían la refección, el Señor invita al mismo Pedro a que le siga: *Y habiendo dicho esto, le dice: Sígueme*: trátase en primer lugar de que corporalmente vayan en pos de él en aquel momento, y así lo hace Pedro (v. 20); pero casi todos los intérpretes han visto en estas palabras un sentido ulterior, a saber: *sígueme en el mismo género de muerte, o sigue mis pisadas en el orden espiritual*. Pedro le siguió, y con él vino tras Jesús Juan, a quien se lo consentía la intimidad y familiaridad con el Maestro: *Volviéndose Pedro vio que le seguía aquel discípulo, a quien amaba Jesús, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te entregará?*

Entonces Pedro, barruntando que Juan quisiese saber también la suerte que le tocaba y que quizá no se atrevía a preguntárselo directamente a Jesús, lo hace él, movido del amor que al compañero siente, tal vez de la santa curiosidad de saber si se le reservaba también la crucifixión, ya que tanto amaba al Señor; *Y cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, y éste, ¿qué?* Así Pedro corresponde a los buenos oficios que por él había hecho Juan en la última

cena, cuando a su petición preguntó a Jesús quién era el traidor (cf. Ioh. 13, 24 sigs.).

La pregunta de Pedro ha pecado de precipitada y poco prudente; Jesús no le consiente seguir adelante en esta cuestión: *Jesús le dijo: Si quiero que él quede*, si quiero que no te siga en el martirio, si quiero que viva hasta que plácidamente muera, cuando le llame yo para que reciba el premio, *hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?* Nada tiene que ver su suerte con lo que yo he predicho de la tuya; *Tú sígueme*. El original griego lleva la lección «si quiero», que indudablemente es la legítima; la Vulgata dice: «así quiero»; en este último sentido la respuesta de Jesús es menos desabrida para Pedro, pero menos asertiva sobre el porvenir del discípulo amado. En ambos casos se entiende que Juan no morirá mártir, como Pedro.

Pero la fantasía popular hizo que se llegara a conjeturar que Jesús había predicho a Juan vida perenne, hasta su segundo advenimiento: *De aquí corrió la voz*, se interpretó y se divulgó *entre los hermanos*, los primeros cristianos, discípulos de Juan, *que aquel discípulo no moriría*. Juan va a rectificar aquella falsa opinión que, cuando él muera, podría redundar en desprestigio de la palabra de Jesús; y lo hace con énfasis, puntualizando cuidadosamente las palabras que Jesús pronunció al responder a Pedro: *Y no le dijo Jesús, a Pedro: No morirá. Sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?* A pesar de esta rectificación, solemne y oficial, hecha por el mismo Apóstol que oyera las palabras de Jesús, dice la historia que persistió en mucho la creencia de que Juan estaba sólo dormido en el sepulcro, que si había muerto fue para resucitar luego, y así en cuerpo glorioso e inmortal esperar el segundo advenimiento del Señor.

Lecciones morales.—A) v. 15.—*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?*—Lo que más benévolo hace al Señor con nosotros, dice el Crisóstomo, es que tengamos que cuidar y regir a nuestros hermanos; por esto a Pedro, que era la boca del apostolado y el eje del sagrado Colegio, Dios le da el sumo amor, y se lo exige, porque quería darle suprema jurisdicción y el cuidado de todos los demás. Ya no le echa en cara sus negaciones, sino que se las borra, y le dice: Si me amas más que éstos, presídelos, gobiérnalos, y el amor ardoroso que siempre me manifestaste, exhíbelo ahora y da por tus ovejas la vida que dijiste darías por mí. Los que hayan sido constituidos pastores, háganse dignos de esta benevolencia del Señor, amándole de una manera especial; y las ovejas no toquen a los pastores, que quien toca a ellos, toca al mismo Jesús en las pupilas de sus ojos.

B) v. 17.—*Apacienta mis ovejas.*—Apacentar las ovejas, dice

Alcuino, es confortar en la fe a los creyentes en Cristo, para que no claudiquen; es dar a los súbditos los mismos auxilios materiales, si los necesitan; es resistir a los contrarios, corregir a los que yerran. Mas los que de tal manera apacientan las ovejas de Cristo que quieren sean suyas, no de Cristo, dice San Agustín, demuestran que no aman a Cristo, sino a sí mismos, y que los lleva el afán de tener o de dominar, o de enorgullecerse, no la caridad. No nos amemos, pues, a nosotros, sino a él, en nuestro oficio de pastores, y busquemos lo que es de él, no lo nuestro. Quien se ama a sí mismo, no a Dios, no se ama a sí mismo; porque quien no puede vivir de sí mismo, muérese amándose a sí mismo.

c) v. 18. — *Te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras.* — Es decir, te llevará a la muerte, que tú no querrás, no porque no quieras dar tu vida por mí, sino, como dice el Crisóstomo, por la natural violencia que sufre el alma al tener que separarse del cuerpo. Dios lo ha querido así a fin de que no se multipliquen los suicidas: ¿cuántos fueran si la separación de alma y cuerpo fuese menos dolorosa que muchas penalidades de la vida? Por esta natural pena de morir es porque el Apóstol decía que no queremos ser despojados, sino como sobrevestidos con mayor vida (2 Cor. 5, 4). Pero cualquiera que sea la pena y dificultad de morir, dice San Agustín, debe vencerla la fuerza del amor: del amor, que debemos tener a Aquel que, siendo nuestra vida, quiso llegar hasta el extremo de dar la suya por nosotros; de este amor que debiera hacernos decir con el Apóstol: Deseo resolverme, y estar con Cristo (Phil. 1, 23).

d) v. 21. — *Señor, y éste, ¿qué?* — Pedro quiere pagar aquí a Juan la oficiosidad que éste hizo en la Cena preguntando, por indicación de Pedro, quién sería el traidor. Ahora es Pedro quien interpreta que Juan quiere saber su suerte futura, y, en nombre de él, llevado de amor y de curiosidad a un tiempo, hace la pregunta a Jesús. La respuesta envuelve una declaración y una lección: declara el Señor que Juan no morirá mártir, aunque sufrirá el martirio; y da a Pedro la lección de que no es a él a quien interesan los destinos de Juan. Pidamos a Dios para nuestros queridos o para nuestros administrados lo que nos parezca les convenga, especialmente en lo relativo a su vida espiritual; pero dejemos que la mano de Dios les conduzca según su sapientísima providencia, después que hayamos hecho por ellos lo que nuestro deber o nuestro celo nos inspire.

e) v. 22. — *¿Qué te va a ti? Tú sígueme.* — Pedro quiso saber demasiado, cuando trató de averiguar los designios de Jesús sobre su compañero de apostolado. Hay cosas que escapan a la curiosidad y al mismo cuidado de los hombres, aunque hayan de tener cuidado de nosotros: son aquellas cosas que dicen relación directa entre nosotros y Dios. No digamos como Caín: ¿Por ventura soy yo guarda de mi hermano? Pero tampoco queramos substituir, y menos suplantar, a la divina Providencia cuando se trate del hermano. Cada uno de nosotros tiene su ruta señalada por Dios: los que gobiernan y cuidan a los demás, deben hacerlo llevándolos por esta ruta; violentar los designios de Dios es exponer al que go-

bierna y al gobernado a errar el camino de la vida, temporal y eterna. «Tú sígueme»: es la norma de todos; y en lo que no te corresponda, deja al otro que siga a Dios en la forma que Dios quiere. Que ningún egoísmo, ni baja mira ninguna, haga que te coloques en el puesto de Dios.

f) v. 23. — *Si quiero que él quede hasta que yo venga...* — Viene Jesús cuando nos visita con la muerte; y viene cuando quiere, porque en sus manos tiene el hilo de nuestra vida. Y a unos da vida larga, como a Juan el Evangelista, y a otros se la siega cuando todavía a los ojos humanos no estaba madura. Pidamos a Jesús que nos visite cuando quiera, pero que no quiera visitarnos si un día nos separamos de Él, hasta que de nuevo estemos reconciliados y pueda llevarnos consigo al reino de la bienaventuranza.

234. — B) APARICION A LOS APOSTOLES EN UN MONTE
DE GALILEA: Mt. 28, 16-20; Mc. 16, 16-18
(Mc. 16, 15)

Evangelio de la Misa del día de la Ascensión del Señor (Mc. 14-20)

^{M 16} Y los once discípulos se fueron a la Galilea, al monte adonde Jesús les había mandado. ¹⁷ Y cuando lo vieron, le adoraron, mas algunos dudaron. ¹⁸ Y llegando Jesús les habló, diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. ¹⁹ Id, pues, ^{Mc} *por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura*, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ²⁰ Enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

^{Mc 16} El que creyere, y fuere bautizado, será salvo: mas el que no creyere, será condenado. ¹⁷ Y estas señales seguirán a los que creyeren: Lanzarán demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas: ¹⁸ quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán.

Explicación. — Ignórase también el día en que tuvieron los Apóstoles esta aparición del Señor. El mismo día de su resurrección les había dicho que se trasladaran a la Galilea (Mt. 28, 10; Mc. 16, 7); es probable que después de las apariciones de la Judea volvieran los Apóstoles cada cual a sus quehaceres, aguardando la fecha para trasladarse al monte que Jesús les había previamente indicado para tratar con él. Es trascendental esta aparición, porque en ella les revela Jesús la omnímoda plenitud de sus poderes, y en virtud de ellos les envía a todo el mundo, a la conquista de su reino. Se completan aquí Mateo y Marcos: el primero afirma principalmente el hecho de la misión de los Apóstoles; el segundo describe los carismas que recibirán de Dios los hijos de su reino.

MISIÓN DE LOS APÓSTOLES (Mt. 16-20). — La Galilea había sido el principal teatro de la vida pública de Jesús; de aquella región eran todos los Apóstoles, excepto Judas; allí habían sido instruidos en las doctrinas del Señor; y allí les convocó para comunicarles la plenitud de sus poderes: *Y los once discípulos se fueron a la Galilea, al monte adonde Jesús les había mandado*. Muchas conjeturas se han hecho para identificar este monte: unos están por el monte de la Transfiguración, otros por el de las Bienaventuranzas; pero es incierto. Creen también algunos que esta aparición es la misma que refiere San Pablo (1 Cor. 15, 6), en la que fue Jesús visto por más de quinientos discípulos; pero es lo más probable, toda vez que no se habla aquí más que de los once, que se trata de otra aparición.

La aparición sería asimismo súbita; así que se presentó Jesús, se prosternaron en actitud de adoración: *Y cuando lo vieron le adoraron*. Mas extraño es que, después de tantas apariciones, dudaran aún los Apóstoles: *Mas algunos dudaron*: quizá se trataba de otros que no eran los Apóstoles y que aun no habían visto al Señor; o que la duda fue sólo momentánea, o mejor, dudaron no del hecho de la resurrección, que tenían ya bastante comprobado, sino de que el aparecido fuese Jesús: justifica esta interpretación lo ocurrido a los discípulos de Emaús, y a los que pescaban en Genesaret.

Jesús va en este momento a conferir a sus Apóstoles la misión de bautizar y predicar, con todas las prerrogativas que en ello se incluyen; pero antes quiere exhibirles los poderes en virtud de los cuales les envía a la conquista del mundo: *Y llegando Jesús les habló, diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra*. Las palabras son llenas, asertivas, rotundas: nunca hombre alguno pudo hablar así. Jesús tiene toda potestad: la tiene como Dios; pero aquí se manifiesta investido de la misma como hombre que, después de haber consumado la obra de la redención y vencido al enemigo del género humano, que es el demonio, tiene derecho a hacerse un reino del que deberán formar parte todas las gentes. Es poder que se extiende a cielo y tierra, porque el reino mesiánico tiene aquí sus comienzos para tener su consumación en la gloria. Es el poder del Mesías, del Cristo Dios, del que con tanto énfasis hablaron los viejos oráculos (cf. Ps. 2, 8; 109, 1; Is. 49, 6.8 sigs.; 53, 12; Dan. 7, 14, etc.).

De esta potestad suprema y radical de Cristo deriva la potestad que a sus Apóstoles confiere: *Id, pues...*, es decir, porque yo tengo

esta potestad, os la transfiero para que la ejerzáis; no sólo en territorio de Israel, sino *por todo el mundo*, recorriendo toda la sobre haz de la tierra. La primera función ministerial es la de la palabra, que engendra la fe: *Predicad el Evangelio a toda criatura*, a todo ser humano capaz de ser adoctrinado en las cosas de Dios; *y enseñad a todas las gentes*, atrayéndolas y congregándolas a todas en mi escuela, para que se realicen los antiguos vaticinios, según los que la ciencia de Dios debía llenar toda la tierra en los tiempos mesiánicos (cf. Ps. 71, 9-11; Is. 2, 2; 11, 9; 44, 4-5; Ez. 17, 23, etc.): *Bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*: el Bautismo es el rito sacramental de introducción al nuevo reino; la circuncisión está ya abolida; el Bautismo debe administrarse en el nombre, es decir, en virtud, autoridad y eficacia de la Santísima Trinidad, con la cual importa este Sacramento, por parte de quien lo recibe, un vínculo especial de orden espiritual, una especie de dedicación o consagración, según el sentido del texto griego. Las palabras de Jesús, en las que se nombran clarísimamente las tres personas de la Trinidad augusta, han sido interpretadas por la tradición cristiana como la fórmula de administración del Bautismo.

Los adscritos a la escuela de Cristo y bautizados en nombre de la Trinidad deberán ser enseñados por los Apóstoles y sus sucesores en todas aquellas cosas que Jesús les manifestó o encomendó, en orden a la creencia dogmática y a la práctica de la vida: *Enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado*: con ello confirma Jesús a los Apóstoles en su autoridad o potestad de magisterio y régimen, por cuanto Jesús no les dio un cuerpo doctrinal ni legal escrito, sino una enseñanza oral, que depositada en las iglesias fundadas por los Apóstoles constituirá la tradición: parte de ella se consignará en los Evangelios y escritos apostólicos, tomando la tradición en el sentido general (Cf. tomo I, pág. 28); no podría conservarse la unidad de doctrina y disciplina sin la potestad de magisterio y el poder judicial.

Es ardua la empresa confiada a los Apóstoles; pero que no teman: Jesús estará con ellos, continuamente, para siempre: *Y mirad que yo estoy con vosotros*, no sólo para mientras ellos vivan, sino *todos los días hasta la consumación de los siglos*: por lo mismo, en los Apóstoles van comprendidos sus sucesores. Estará Jesús con sus enviados, con toda la plenitud de su poder personal, y por lo mismo con toda la eficacia que de la suma potestad de Jesús puede esperarse. Estará a perpetuidad, por lo que la Iglesia tendrá la seguridad de que no errará jamás en el camino de la verdad; de

que vencerá toda suerte de resistencias que pretendan oponérsela. La historia de dos mil años es prueba y garantía al mismo tiempo del cumplimiento de la promesa de Jesús. Con estas alentadoras palabras termina San Mateo su Evangelio.

LA PROMESA DE CARISMAS (Mc. 16-18).—Antes de enumerarlos, Marcos, que, como el primer Evangelista, ha expresado el poder de enseñar a todo el mundo que los Apóstoles recibieron, añade las sanciones correspondientes a quienes oyeren esta predicación y recibieren el bautismo administrado en nombre de la Santísima Trinidad: *El que creyere*, no con fe puramente intelectual, sino de obras, llevando a la práctica aquello que cree, y *fuere bautizado, será salvo*, entrará en el reino definitivo de Jesús, que es la gloria: *mas el que no creyere, será condenado*, porque sin la fe es imposible agradar a Dios, y el que no cree está ya juzgado (cf. Hebr. 6, 11; Joh. 3, 18).

Esta fe se manifestará en el mundo de manera extraordinaria. Porque Jesús no sólo estará con los Apóstoles con su asistencia hasta el fin del mundo, sino que no faltará jamás en la comunidad de los fieles la gracia de sus poderes extraordinarios en el orden taumatúrgico para mayor prestigio de la fe y mayor facilidad de su difusión: *Y estas señales seguirán a los que creyeren*, es decir, serán consecutivas a la fe, como argumento de su divinidad y de su fuerza: *Lanzarán demonios en mi nombre*, como los lanzaba Jesús, y con igual poder que el concedido a los Apóstoles (Mc. 3, 15): *Hablarán nuevas lenguas*, que no habrán aprendido: *Quitarán serpientes*, no exterminándolas, sino que podrán tenerlas en sus manos sin que les dañen, aun siendo venenosas (cf. 28, 3-6): *Y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará*: Dios les protegerá hasta contra las asechanzas ocultas de quienes atenten contra ellos: *Pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán*. El libro de los Hechos Apostólicos refiere numerosos hechos que son la más espléndida confirmación de estas promesas del Señor (cf. Act. 3, 1 sigs.; 6, 8; 10, 46; 14, 7 sigs.; 19, 6, etc.). Ni faltron jamás, a través de todos los siglos, milagros de todo género, como lo prueba la historia de los Santos que demuestra la continua asistencia del poder de Dios a su Iglesia, como no le ha faltado jamás la asistencia divina en orden a la conservación de la verdad.

Lecciones morales.—A) MT. v. 18.—*Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra.*—El poder que Cristo tenía como Dios, se ha transferido al Hombre-Dios, porque ha ganado con su esfuerzo a los hombres para Dios. Poder que deriva de la unión

hipostática, porque es el Hijo de Dios a quien ha dicho el Padre: «Pídeme, y te daré en posesión hasta los confines de la tierra» (Ps. 2, 8); pero que arranca también del esfuerzo personal del Hombre-Dios, con el que nos conquistó, nos compró, nos arrancó del poder del demonio. Y como la conquista fue completa y universal, el poder logrado es también universal y absoluto. Por ello es que el Apóstol dice que ante el nombre de Jesús todo dobla la rodilla: los cielos, la tierra y los abismos (Phil. 2, 10). Gloriémonos de tener un Hermano, de nuestra misma naturaleza, que tenga un poder que no se ha concedido al más encumbrado de los ángeles; confiemos en un poder que triunfará de todos nuestros enemigos si lo tenemos en nuestro favor; admiremos un poder, el más glorioso y avasallador de la historia; pero temamos un poder que, usando la misma frase de Jesús, puede echar cuerpo y alma, de los que no le temen, al infierno (Mt. 10, 28).

b) v. 19. — *Enseñad a todas las gentes...* — ¿Qué enseñarán los Apóstoles a todas las gentes? Lo que Jesús les enseñó a ellos. Y ¿qué enseñó Jesús a los Apóstoles? Las cosas que el Padre le confió para que las enseñara, porque Jesús, lo decía El mismo, no hablaba de por sí, sino lo que había oído del Padre (Ioh. 8, 26). Y aquí tenemos este misterio de la verdad cristiana, que brota de los mismos senos de Dios, y pasando por los labios de Jesús Hombre-Dios, entra por el oído en las almas y en el corazón de los discípulos de Jesús. Nosotros, si nos precisamos de serlo, deberemos guardar, como el mejor de los tesoros, el tesoro de la fe en nuestras almas: fe pura, como lo es la palabra de Dios; fe recia, que dé consistencia a toda nuestra vida; fe clara y luminosa, que se manifieste con nuestras obras; fe expansiva, que vaya a la conquista del pensamiento de nuestros hermanos.

c) v. 20. — *Estoy con vosotros... hasta la consumación de los siglos.* — ¡Promesa consoladora la de Jesús! Pasarán los hombres y los siglos, y Jesús no pasará, porque permanecerá en su Iglesia y con su Iglesia. Pasarán los sistemas, los errores, las herejías, la falsa ciencia, y Jesús, verdad esencial, no pasará. Pasarán los tiranos, los enemigos personales de Cristo, y Cristo no pasará: es el de ayer, el de hoy, el de todos los siglos (Hebr. 13, 8). No sólo no pasará, sino que permanecerá siempre el mismo, presidiendo los humanos cambios, las transformaciones de las sociedades, quedando él siempre con este sentido de eternidad y de inmutabilidad que participa de su divinidad. Todo lo que no sea de él o le sea contrario, sucumbirá sin remedio; todo lo que sea y se diga de él, llevará su marca, el sello de su Espíritu (Eph. 1, 13), en frase de San Pablo, que le comunicará cuanto cabe su misma perennidad. Y se acabarán los siglos, y todo quedará consumido, menos lo que sea de Cristo, su santa Iglesia, que vivirá y reinará con él por los siglos de los siglos.

d) Mc. v. 16. — *El que creyere, y fuere bautizado, será salvo...* — Tal vez alguno diga en su interior: Yo ya creo; me salvaré. Dice bien, si no contradice su fe con las obras; porque la verdadera fe está en que lo que se dice por la confesión oral de los artículos de la fe, no se contradiga con las obras, dice San Gregorio. Es

decir, que las condiciones esenciales para la salvación son: primera, unión intelectual con Dios por medio de la fe, creyendo lo que El ha revelado y aceptándolo como regla de vida; segunda, incorporación a la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, por medio del bautismo; tercera, amoldar la vida a la fe que se profesa, de lo contrario la fe queda muerta y no es apta para dar la vida eterna. Es punto esencial éste, que separa a los católicos de los protestantes.

e) v. 17. — *Y estas señales seguirán...* — El milagro es algo inmortal y perpetuo en la Iglesia; no sólo en la historia, sino en el hecho vivo de la vida de la Iglesia. Jamás faltaron milagros. Cada nueva canonización de un santo es la proclamación de esta fuerza viva taumatúrgica que Jesús ha escondido en el seno de su Iglesia. Si fueron más frecuentes en los comienzos del Cristianismo, debióse ello, dice San Gregorio, a que eran más necesarios para que echara la nueva planta su raigambre en el mundo, como necesita más agua el tierno arbusto cuando es plantado que cuando ya vive por sí. Debe sernos de gran consuelo el pensamiento que Dios tiene siempre a disposición de su Iglesia, que es nuestra Iglesia, la fuerza de su poder para arraigar, defender, propagar y glorificar nuestra santísima fe.

235. — ÚLTIMAS ENSEÑANZAS DE JESUS. LA ASCENSION:

Lc. 24, 45-53; Mc. 16, 20

(Mc. 16, 19)

Evangelio de la Misa del martes de la semana de Pascua (vv. 46-47) y de la fiesta de la Ascensión (Mc. 14-20)

⁴⁵ Entonces les abrió la inteligencia, para que entendiesen las Escrituras. ⁴⁶ Y les dijo: Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos: ⁴⁷ y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. ⁴⁸ Y vosotros testigos sois de estas cosas. ⁴⁹ Y yo os envío lo que mi Padre os prometió: mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo Alto.

⁵⁰ Y ^{Mc} así el Señor Jesús, después que les hubo hablado, los sacó fuera camino de Betania: y alzando sus manos los bendijo. ⁵¹ Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos, y era llevado al cielo, ^{Mc} y *está sentado a la diestra de Dios*. ⁵² Y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con grande gozo: ⁵³ y estaban siempre en el Templo loando y bendiciendo a Dios. Amén.

^{Mc} ²⁰ Y ellos salieron, y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

Explicación. — San Lucas había narrado la aparición de Jesús a sus discípulos, reunidos y a puerta cerrada, el mismo día de la

resurrección. Dejando la narración de las demás apariciones, peculiar de Mateo y Juan, y condensando extraordinariamente, ya que ha de volver sobre lo mismo en el libro de los Hechos Apostólicos, del que es autor, no hace aquí Lucas más que indicar los últimos documentos de doctrina que dio Jesús a sus discípulos. Aunque los pone a continuación de la historia de la aparición mentada, no se sigue que diera estas enseñanzas en el mismo día ni el mismo lugar. Suponemos que este pequeño discurso de Jesús tuvo lugar en Jerusalén, y el mismo día de la Ascensión.

ULTIMAS ENSEÑANZAS DE JESÚS (Lc. 45-49).—Había dicho el Señor que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que del Mesías estaban escritas en la Ley, en los Profetas y en los Salmos (cf. núm. 230); lo que antes no habían podido entender, por sus falsos prejuicios sobre el Cristo (cf. Lc. 18, 34), ahora, realizado ya, y por indicación de Jesús y ayudados de su gracia, van a entenderlo: *Entonces les abrió la inteligencia*, les dio claridad y penetración especial de esta facultad, *para que entendiesen las Escrituras*. Por lo mismo, cuanto leemos en los escritos apostólicos aplicado a Jesús, de las Escrituras del Antiguo Testamento, debemos aceptarlo como interpretación del mismo Jesús o a lo menos hecha en virtud de este sentido intelectual que Jesús abrió y despertó en sus discípulos.

Prueba luego Jesús su mesianidad por el hecho de que se han realizado en él las profecías relativas a la pasión y resurrección: *Y les dijo: Así está escrito*, y así era menester, porque Dios lo tenía decretado, *que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos* (cf. Is. 50, 6.7; 53, 2-12; Zach. 12, 10; Ps. 21, 2 sigs.; Is. 53, 11; Ps. 15, 10, etc.). Afirma asimismo que, según los antiguos oráculos, la redención mesiánica no debía reducirse al pueblo de Israel, sino que debía extenderse a todo el mundo; redención que debía significarse principalmente por la penitencia y consiguiente remisión de los pecados, en la fuerza del nombre del Cristo que con su pasión mereció la santificación de los pueblos: *Y que se predica en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones*; debiendo, según los mismos vaticinios, empezar la irradiación de tantos bienes de la ciudad de Jerusalén, centro de la teocracia: *comenzando desde Jerusalén*, de donde deben derivar al mundo las aguas salúferas de la redención (cf. Ez. 47, 1 sigs.; Ps. 2, 6; Is. 2, 2).

Los Apóstoles deberán ser los heraldos de esta redención obrada

por Cristo, verdadero Mesías; podrán anunciarla a todo el mundo, porque son testigos de la pasión y resurrección, de la institución del reino mesiánico, del cumplimiento de las profecías: *Y vosotros testigos sois de estas cosas*. A su cualidad de testigos, que será garantía de la verdad de su predicación, añadirá Jesús, para que puedan cumplir plenamente su misión, el Espíritu Santo que les tiene prometido (cf. Ioh. 14, 16.17.26; 15, 26), y que también estaba prometido en los antiguos oráculos (cf. Is. 44, 3; Ez. 11, 19; 36, 26; Ioh. 2, 28): *Y yo os envío lo que mi Padre os prometió*. Antes de salir a predicar el nuevo reino, deberán permanecer en la ciudad, hasta el día en que la venida del Espíritu Santo les iluminará y confortará para predicar con intrepidez el reino de Cristo, trocándose en valor acérrimo su actual cobardía: *Mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo Alto*.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (50-53).— Estas palabras serían casi las últimas que Jesús diría a sus Apóstoles en la intimidad de su última comida con ellos (cf. Act. 1, 4). Todavía los Apóstoles no habían entendido la universalidad y espiritualidad del reino que iba a fundar Jesús, por cuanto le preguntan si será entonces, cuando dentro de pocos días les envíe el Espíritu, que restablezca el reino de Israel (cf. Act. 1, 6-8). Jesús les responde con una evasiva, al tiempo que insiste en la misión del Espíritu Santo sobre ellos.

Y habiéndoles dado sus postreras enseñanzas, salió con ellos fuera de la ciudad, tomando la dirección de Betania, no llegando hasta el poblado, sino deteniéndose en el Monte de los Olivos, en el lugar donde dobla el camino hacia Betania: *Y así el Señor Jesús, después que les hubo hablado, los sacó fuera camino de Betania* (cf. Act. 1, 12). Allí, como un padre que se despide definitivamente de sus hijos, y que al hacerlo implora sobre ellos las bendiciones del cielo, levantó Jesús sus manos en actitud de bendición y de plegaria: *Y alzando sus manos los bendijo*. Mientras estaba en esta actitud paternal, conmovedora, separóse de ellos, en sentido vertical, de ascensión a lo alto, partió de la tierra, remontándose al cielo: *Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos, y era llevado al cielo*, permaneciendo visible durante algún tiempo; *y está sentado a la diestra de Dios*, como había predicho a los sinedritas (Mc. 14, 62; cf. Act. 1, 9; Eph. 4, 10; Hebr. 6, 20; 7, 26; 1 Petr. 3, 22, etc.); es decir, está en el cielo junto a Dios, con igualdad de naturaleza y poder según su divinidad, y gozando de

la máxima preeminencia y felicidad como hombre, Rey inmortal de los siglos que desde allí gobierna la Iglesia que fundó.

Dos sentimientos embargaron en estos momentos el corazón de los discípulos: el de la reverencia ante el poder y la majestad del Maestro, que en forma tan estupenda manifestaba su divinidad; y el de gozo, por el triunfo de Jesús, que no sólo ha vencido la muerte, sino que sube por su propia virtud al cielo, lo que es gaje del cumplimiento de las magníficas promesas que en varias ocasiones les ha hecho: va a prepararles el lugar: *Y ellos, después de haberle adorado*, es la única vez que se lee en el Evangelio que los Apóstoles adoraran a Jesús, *se volvieron a Jerusalén con grande gozo*. Allí, y en el Templo, lugar ordinario de oración, se consagraron aquellos días de espera a alabar y bendecir a Dios, disponiendo sus almas para el gran advenimiento del divino Espíritu: *Y estaban siempre, con mucha frecuencia, en el Templo loando y bendiciendo a Dios*. Termina Lucas su Evangelio con un *Amén*, que muchos manuscritos no traen y que es considerado por algunos como apócrifo.

San Marcos termina el suyo indicando el cumplimiento de la misión universalista de los Apóstoles: *Y ellos salieron*, no inmediatamente después de la Ascensión ni de la venida del Espíritu Santo, sino después de haber dado testimonio de Jesús en Jerusalén, en la Judea y Samaria (cf. Act. 1, 8), *y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos*, según su divina promesa (cf. Mt. 28, 20), *y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban*: ellos predicaban la doctrina en el nombre de Dios, y Dios ponía el sello de su aprobación con el milagro, que es la marca visible de la verdad.

Lecciones morales.—A) v. 45.—*Les abrió la inteligencia, para que entendiesen las Escrituras.*—Las divinas Escrituras son los libros de Dios, y sólo pueden ser entendidos con el sentido de Dios. Mirarlas y leerlas con el mismo criterio de los libros profanos, o que tienen por autores a solos hombres, es condenarse a no entenderlos jamás; no sólo a no entenderlos, sino a errar desdichadamente sobre su contenido. Ya sucedía esto en la primera generación cristiana, según atestigua San Pedro, que se queja de los indoctos e inconstantes que depravan las cartas de San Pablo y demás Escrituras (2 Petr. 3, 16). Por esto Cristo quiso depositar «su sentido» en la Iglesia para la legítima interpretación de las Escrituras: ¿quién podría interpretarlas con garantía de verdad sino la institución a la que ha hecho Dios depositaria de su palabra? Ello debe enseñarnos a no separarnos un ápice de la interpretación que a las Escrituras dé la Santa Iglesia, y a pedir a Dios sus luces, siempre

que leamos la palabra de Dios escrita, para que nos haga penetrar en sus santísimos misterios.

b) v. 48. — *Y vosotros testigos sois de estas cosas.*— Los Apóstoles fueron testigos de las predicciones de Jesús y de su realización; testigos fueron asimismo de la interpretación que de los antiguos oráculos dio Jesús, aplicándoselos a sí mismo; testigos que predicaron la verdad que habían recibido y que la vieron nuevamente confirmada por los milagros que en su favor obraba Dios. En verdad que no puede haber prueba mayor de la divinidad de Jesús y de la verdad de su doctrina que el testimonio de estos Apóstoles, cada uno de los cuales puede decir las palabras de San Juan: Os atestigüamos lo que hemos visto y lo que nuestras manos palparon del Verbo de vida (1 Ioh. 1, 1); testimonios que para colmo de su valor murieron por la verdad que predicaban. ¡Con qué fe debiéramos pronunciar aquellas palabras: «Creo en la Iglesia... apostólica...»! Fundada por la autoridad y sobre el testimonio de los Apóstoles, tiene todas las garantías que humanamente pueden exigirse a una institución que tiene la pretensión justísima de llamarse divina.

c) v. 50. — *Y alzando sus manos los bendijo.*— Y bendeciría con ellos a todos los que por su predicación debían creer en El, como antes había orado por todos (Ioh. 17, 20). Y bendeciría toda la tierra, en la que tanto había padecido, pero en la que había cumplido la voluntad del Padre y había logrado el espléndido triunfo del que va ahora a recibir el riquísimo premio. ¡Momento solemne el de esta bendición del Señor! Extendidas sus manos, quién sabe si trazando sobre el horizonte la señal triunfadora de la cruz, el Pontífice, de quien arranca todo poder de todo pontífice, enviaría al mundo, del que va a separarse, oleadas de bendiciones de toda suerte, porque los signos y las palabras de Jesús hacen los que significan. Cuando el día de la Ascensión, ante nuestros altares, donde está expuesta la Hostia santa a la hora de Nona, como es piadosa costumbre en nuestras iglesias, estamos postrados ante Jesús sacramentado, pidámosle que renueve, cada año, cada día, esta su bendición, que es la única que puede hacer de la tierra un paraíso y un lugar de preparación para el paraíso definitivo de la gloria.

d) v. 51. — *Se separó de ellos, y era llevado al cielo...* — Mira cómo el Señor quiere se realicen ante los mismos humanos ojos las cosas, hasta inverosímiles, que había predicho, dice el Crisóstomo. Predijo la resurrección de los cuerpos; y él mismo resucita, y quiere certificar de ellos a sus discípulos, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días. Predijo que seríamos llevados por los aires; y lo verifica él mismo con su ascensión. Dirás: ¿Y qué me interesa ello a mí? Mucho, porque harás lo que él hizo, porque tu cuerpo es de la misma naturaleza que el suyo. Tu cuerpo será tan ágil, que, como el suyo, podrá rasgar los aires: porque podrá el cuerpo lo que la cabeza, y el fin como el principio.

e) v. 52. — *Se volvieron a Jerusalén con grande gozo...* — Motivo de estar henchidos de gozo tenían los Apóstoles. Porque acaba Jesús de abrirles la inteligencia para que entendiesen las Escrituras; les había constituido heraldos y testigos de su verdad; les había prometido el Espíritu Santo; había subido en su presencia

al cielo. Todo eran perspectivas luminosas para los Apóstoles: iban a ser robustecidos por la misma fuerza de Dios; fundarían el reino de Cristo como colaboradores suyos, y luego tenían el gaje de su entrada en el cielo, porque su Cabeza les había precedido para prepararles el lugar. Gozo análogo podemos sentir nosotros, cada uno dentro de nuestra vocación y manera de ser: pertenecemos al reino de Cristo; tenemos el sentido de Cristo (1 Cor. 2, 16); no nos falta la virtud del Espíritu de Cristo; nos anima la misma esperanza de seguir a Cristo en su ascensión de los cielos. Ante estas consideraciones, nuestro pobre ser no debería jamás sentirse agitado por el vaivén de las cosas caducas de la vida. Al cielo vamos, y en el cielo tenemos ya a nuestra Cabeza, que es Cristo.

F) Mc. v. 20. — *Y ellos salieron, y predicaron en todas partes...* — ¡Cosa estupenda! Mientras los grandes maestros de la ciencia humana no han solido moverse de su cátedra, ni han tenido más fuerza que la de llevar, en la forma fría de sus escritos, a un reducido círculo de intelectuales, la pobre luz de sus ideas, los Apóstoles, idiotas, como les llama Teofilacto, reclutados en las capas inferiores del pueblo, y de un pueblo que no se distinguió por su ciencia, salvan los confines de su pequeña patria, penetran en el corazón de las grandes ciudades, se encaran con los poderosos y los sabios, remueven pensamiento y corazón de las multitudes y transforman el mundo. Es el efecto de la fuerza del Espíritu de Dios de que fueron revestidos, según la promesa de Jesús; es la fuerza del poder de Dios que se puso en la forma visible y clamorosa del milagro en favor de sus doctrinas. En verdad que el Cristianismo, que llena toda la tierra, y llena sobre todo los abismos del pensamiento y del corazón de millones de hombres, siendo obra de los Apóstoles pescadores, debe ser obra de Dios.

236. — EPILOGO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN: Ioh. 21, 24.25

²⁴ Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas: y sabemos que su testimonio es verdadero.

²⁵ Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús: que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.

Explicación. — Los demás Evangelistas terminan sus relatos bruscamente, sin adicionar ninguna nota u observación personal. San Juan, como había terminado su Evangelio, antes de añadirle el capítulo 21, con una alusión a otras obras de Jesús no consignadas en él, señalando al propio tiempo el fin que se propuso al escribirlo (cf. 20, 30.31), así ahora lo termina definitivamente con estos dos versículos, en que da testimonio de la veracidad de su relato y pondera las muchas cosas en él no escritas.

San Juan escribió su Evangelio a ruego de sus familiares o de

los obispos del Asia, según testimonio de San Clemente de Alejandría y San Jerónimo; por ello el autor avala con su firma, por decirlo así, la verdad de lo que ha contado en su libro y el hecho de que él mismo lo ha escrito: *Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas*: no sólo las descritas en el capítulo último, sino en todo su Evangelio.

Como garantía de que es verdad lo que ha narrado, apela el autor a su propio testimonio y al testimonio de los demás discípulos, que pudieron tener ciencia de ello, ya por ser testigos contemporáneos de Jesús, como el Evangelista, ya por haberlo sabido por la predicación de los demás Apóstoles: *Y sabemos que su testimonio es verdadero*: es atestación solemne de la verdad del contenido de su Evangelio, hecha en nombre de toda la Iglesia de Efeso.

Cuando San Juan escribió su Evangelio, lo habían hecho ya los otros tres Evangelistas: sin duda había otros relatos que no fueron admitidos luego entre los Evangelios canónicos. San Juan deja intacto todo lo de los demás Evangelios y lo que de verdad pudiesen contener otros escritos sobre Jesús; pero para que no se juzgue de la persona y de la obra de Jesús reduciéndolo a la extensión de su libro, añade: *Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús*: y en una exageración hiperbólica, por la que nos deja entrever la multiplicidad de enseñanzas y hechos maravillosos de Jesús que han escapado a la pluma de todos los escritores, aun tomados en conjunto, dice: *Que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir*. Es apreciación personal del autor, muy compatible con la divina inspiración de este pasaje, en la que se adivina la multitud de recuerdos que en su ancianidad guardaría el santo Evangelista de aquellos tiempos en que pudo convivir con el Salvador del mundo. Ella da a entender que, si en los Evangelios sinópticos ha podido fundarse la opinión de que el ministerio de Jesús no duró más que un año, no es fácilmente reducible a tan corto tiempo la predicación del Señor, cuando tanto pondera el autor del cuarto Evangelio lo que tendría que escribirse para decirlo todo. Y nos parece entrever, en la frase hiperbólica del discípulo amado, la extensión de los viajes, la multitud de visitas a Jerusalén, la complicación de episodios, la variedad de discursos, la complejidad de los hechos maravillosos de Jesús, que difícilmente pueden encerrarse en marco de tiempo tan estrecho.

Lecciones morales.—A) v. 24.—*Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas...*—Cuando decimos una cosa de cuya verdad estamos profundamente convencidos, no reparamos en confirmarla con la solemne aportación de nuestro testimonio, dice el Crisóstomo. Es lo que aquí hace San Juan: aporta el título de su dignidad: «Este es el discípulo...»; afirma que escribió su Evangelio personalmente: «que escribió estas cosas»; y las rubrica con su testimonio: «que da testimonio...». Sólo en la hipótesis absurda de una absoluta falta de moralidad histórica y científica, aun mirando las cosas desde el punto de vista humano, podríamos negar al Evangelista el asentimiento a lo que escribió. Lo que decimos de él, podemos decirlo de los demás Evangelistas: escribieron y dieron testimonio de lo que escribieron, cada cual en su orden. Y siendo verdadero su testimonio, debemos creer que Jesús es el Hijo de Dios: la simple descripción de sus hechos y enseñanzas son de ello la demostración más perfecta.

B) v. 34.—*Y sabemos que su testimonio es verdadero.*—Lo supo, dice el Crisóstomo, porque estuvo presente en todas las cosas que hizo Jesús; ni faltó de su lado cuando le crucificaron; y se le confió la Madre de Jesús: todo lo cual es prueba de grande amor y argumento de que lo supo todo según su verdad. Debiéramos sentir especialísima devoción por el Evangelio de San Juan. Porque además de ser el Evangelio espiritual, neumático, en el que se ha vaciado lo más profundo y sublime del alma de Jesús en sus comunicaciones con los hombres, tiene esta nota de compenetración especial entre el autor y Jesús, no sólo por haber convivido con él desde los comienzos de su ministerio, sino por el particularísimo afecto que le profesó el Señor.

C) v. 25.—*Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús...*—¿Quién pudiera saber lo que sabía San Juan del divino Maestro! ¿Cómo el Apóstol, con su mirada de águila, aguzada por el fuego de su amor al Redentor, penetraría en cada una de las acciones y de las palabras de Jesús, hasta adentrarse en su pensamiento y en su Corazón divinos! ¿Qué de materiales no utilizados en la redacción de su Evangelio le servirían para la edificación espiritual de su Iglesia! ¿Cuántos secretos llevaría a la tumba! ¿Qué de misterios conocería por su trato íntimo y de años con la Santísima Madre de Jesús! Ello deberá contribuir a que tengamos del gran Santo y Evangelista un excelso concepto; como deberá ser motivo de que adoremos los profundos designios de Dios, que quiso conociéramos sólo una parte exigua de lo que Jesús hizo por nosotros.

D) v. 25.—*Me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros...* Tomada esta expresión en su sentido literal, contiene una hipérbole, como tantas se usan en el lenguaje corriente: «Si todo el mar fuese tinta, y todos los juncos plumas, y pergamino todo el cielo, decían los rabinos, no bastarían a describir la profundidad del corazón de los príncipes.» Pero podemos tomarla en su sentido moral, con San Agustín, para decir que el mundo, es decir, los lectores, no serían capaces de comprender los impenetrables misterios de los libros que contuviesen todo lo que dijo o hizo el Señor. O tam-

bién, con el Crisóstomo, podemos referir esta expresión a la inmensidad del poder de Jesús, para quien es tan fácil, y mucho más, hacer las cosas que quiere como a nosotros escribirlas: porque él, dice el Apóstol (Rom. 9, 5), es EL CRISTO SOBRE TODAS LAS COSAS, DIÓS BENDITO POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. AMEN.

INDICE

VOLUMEN II

SECCION QUINTA AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

Síntesis de esta sección: Marzo-abril hasta septiembre- octubre
de 781. Año 28-29 de nuestra era 5

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs
	PERÍODO PRIMERO. — JESÚS EN LA GALILEA, FENICIA, DECÁPOLIS Y CESAREA.					
86	La pureza legal. Discute Jesús con unos Escribas y Fariseos:	15,1—20	7,1—23		7—1	9
87	Jesús en la Fenicia: Curación de la hija de una mujer cananea:	15,21—28	7,24—30			16
88	Jesús en la Decápolis: Curación de un sordo-mudo y otros muchos:	15,29—31	7,31—37			21
89	Segunda multiplicación de los panes:	15,32—38	8,1—9			24
90	La señal del cielo. La levadura de los Fariseos:	15,39 16,1—12	8,10—21			28
91	Curación de un ciego en Betsaida:		8,22—26			32
92	El primado de Pedro:	16,13—20	8,27—30	9,18—21		34
93	Jesús predice su pasión. Necesidad de la abnegación:	16,21—28	8,31—39	9,22—27		40
94	La Transfiguración de Jesús:	17,1—9	9,1—8	9,28—36		46
	PERÍODO SEGUNDO. — JESÚS EN LA GALILEA.					
95	La venida de Elías:	17,10—13	9,9—12			53
96	Curación de un joven poseso, epiléptico, sordo y mudo:	17,14—20	9,13—28	9,37—43		55

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
97	Otra vez predice Jesús su pasión, muerte y resurrección. El drama:	17,21—26	9,29—32	9,44—45		61
98	La humildad. Escándalo de los pequeños. Valor de las almas:	18,1—14	9,32—36 41—49	9,46—48		65
99	La indiscreción en el celo:		9,37—40	5,49—50		72
100	La corrección fraterna. Potestad de los Apóstoles. La oración. El perdón de las injurias:	18,15—22				74
101	Parábola del deudor injusto y cruel:	18,23—35				79

SECCION SEXTA AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

Síntesis de esta sección: Septiembre-octubre 781 hasta diciembre-enero 781-782. — Año 28-29 de nuestra era 85

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
	PERÍODO PRIMERO. — CAMINO DE JERUSALÉN POR LA SAMARIA					
102	Los parientes de Jesús le invitan a que se manifieste en Jerusalén:				7,2—9	89
103	Jesús sube a Jerusalén: Es rechazado en Samaria. Tres candidatos al discipulado:	8,19—22		9,51—62	7,10	92
104	Misión de los setenta y dos. Maldición de las ciudades del Lago:	11,20—24		10,1-12-16 10,13—15		96
105	Regresan gozosos los setenta y dos: Gozo de Jesús:	11,25—30		10,17—20 10,21—22		100
106	Parábola del Samaritano:			10,23—37		106
107	Marta y María:			10,38—42		107

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs.
	PERÍODO SEGUNDO. — EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS					
108	El pueblo discute acerca de Jesús: Enseña Jesús en el Templo:				7,11—31	113
109	Tratan de prender a Jesús. Discurso en el último día de la fiesta:				7,32—39	119
110	Opiniones de la plebe y de los miembros del Sinedrio sobre Jesús:				7,40—53	122
111	La mujer adúltera:				8,1—11	126
112	Testimonio que da Jesús de sí: La luz del mundo:				8,12—20	130
113	Jesús predice las consecuencias de la incredulidad de los judíos:				8,21—30	135
114	Continuación: Los judíos, hijos del diablo:				8,31—45	139
115	Continuación: Jesús da testimonio de su divinidad:				8,46—59	145
116	Curación del ciego de nacimiento: El milagro:				9,1—12	150
117	El ciego de nacimiento: Inquisición jurídica ante el Sinedrio:				9,13—34	153
118	El ciego de nacimiento: Su encuentro con Jesús:				9,35—41	160
119	El buen pastor:				10,1—21	163
	PERÍODO TERCERO. — EN LAS INMEDIACIONES DE JERUSALÉN Y EN LA PEREA					
120	La ciencia de la oración:			11,1—13		171
121	En casa de un fariseo: Diatriba de Jesús contra fariseos y escribas:			11,37—54		174
122	Jesús exhorta a la sinceridad y al valor en el obrar:			12,1—12		181

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs.
123	La avaricia. Los excesivos cuidados de la vida:			12,3—34		184
124	Necesidad de la vigilancia:			12,35—48		189
125	Del fuego que Jesús trajo al mundo. Las señales del tiempo:			12,49—59		194
126	Necesidad de la penitencia:			13,1—9		198
127	Cura Jesús a una mujer encorvada:			13,10—22		201
128	El número de los elegidos. El zorro Herodes. Apóstrofe a Jerusalén:			13,23—35		205

SECCION SEPTIMA AÑO TERCERO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

Síntesis de esta sección: Diciembre-enero 781-782 hasta marzo-abril de 782. — Año 28-29 de nuestra era 211

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs.
	PERÍODO PRIMERO. — OTRA VEZ EN JERUSALÉN PARA LA DEDICACIÓN					
129	En la fiesta de la Dedicación: Controversia con los judíos:				10,22—42	215
	PERÍODO SEGUNDO. — EN LA PEREA					
130	Jesús en casa de un fariseo: El hidrópico. Humildad y caridad:			14,1—14		223
131	En casa de un fariseo. Parábola del gran festín:			14,15—24		227
132	De la abnegación de sí mismo:			14,25—35		231
133	Misericordia de Dios para con los pecadores: La oveja y el dracma perdidos:			15,1—10		235
134	Misericordia de Dios para con los pecadores: El hijo pródigo:			15,11—32		238

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
135	Parábola del administrador infiel:			16,1—13		245
136	Reproches contra los fariseos:			16,14—18		250
137	Parábola del rico epulón y Lázaro:			16,19—31		252
138	Cuatro lecciones de Jesús a sus discípulos:			17,1—10		257
	PERÍODO TERCERO. — OTRA VEZ EN JUDEA					
139	Enfermedad y muerte de Lázaro:				11,1-16	263
140	Jesús consuela a Marta y María:				11,17-37	267
141	Jesús resucita a Lázaro:				11,38-44	273
	PERÍODO CUARTO. — RETIRADA A EFRÉN Y VIAJE HACIA JERUSALÉN					
142	Consecuencias de la resurrección de Lázaro:				11,45-56	277
143	Ultimo viaje a Jerusalén: Curación de diez leprosos:			17,11—19		282
144	Del advenimiento del reino y del día del hijo del Hombre:			17,20—37		285
145	La oración: Parábola del mal juez y la viuda:			18,1—8		290
146	La humildad: Parábola del fariseo y el publicano:			18,9—14		292
147	Matrimonio y virginidad:	19,1—12	10,1—12			295
148	Jesús bendice a los niños:	19,13—15	10,13—16	18,15—17		301
149	La pobreza voluntaria:	19,16—30	10,17—31	18,18—30		304
150	Los jornaleros llamados a trabajar a la viña:	20,1—16				310
151	Tercera predicción de la pasión. Los hijos del Zebedeo:	20,17—28	10,32—45	18,31—34		314
152	Curación de un ciego a la entrada de Jericó:			18,35—43		321

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs.
153	Jesús en casa de Za- queo:			19,1—10		324
154	Parábola de las diez minas:			19,11—28		327
155	Curación del ciego Bar- timeo:	20,29—34	10,46—52			333
156	Jesús en Betania. María unge sus pies:	26,6—13	14,3—11		12,1—11	336

SECCION OCTAVA LA SEMANA DE PASION

Síntesis de esta sección: Abril de 782. Año 29 de nuestra era.

Los seis días antes de la Pascua Judía 343

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs.
	PERÍODO PRIMERO. — UL- TIMOS DÍAS DEL MINISTE- RIO DE JESÚS					
157	Jesús se dirige triunfal- mente a Jerusalén:	21,1—9	11,1—10	19,29—38	12,12—16	347
158	Episodios de la entrada triunfal:	21,10-12 a 14—17	11,11	19,39—44	12,17—19	353
159	La higuera maldita. Expulsión de los mer- caderes del templo:	21,18—19	11,12—14	19,45—48		359
160	Fe y Caridad en la ora- ción. Perversidad de los Sinedritas:	21,12 b-13	11,15—19	19,45—48		363
161	Parábolas de los dos hi- jos y de los colonos rebeldes:	21,20—27	11,20—33	20,1—8		368
162	Parábola de los con- vidados a una boda re- gia:	21,28—46	12,1—12	20,9—19		375
163	Licitud del tributo exi- gido a los judíos por el César:	22,1—14				380
164	Interrogan los saduceos a Jesús sobre la re- surrección de los muertos:	22,15—22	12,13—17	20,20—26		385
165	El mandato máximo. Jesús Hijo y Señor de David:	22,23—33	12,18—27	20,27—40		389
		22,34—46	12,28—37	20,41—44		

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs
166	Discurso de Jesús contra los fariseos Primera parte: Su ambición e hipocresía:	23,1—12	12,38—39	20,45—46		394
167	Segunda parte: Los ocho anatemas contra escribas y fariseos:	23,13—33	12,40	20,47		398
168	Tercera parte: Amenazas de Jesús: La ruina de Jerusalén:	23,34—39				405
169	El óbolo de la viuda:		12,41—44	21,1—4		408
170	Unos gentiles desean ver a Jesús. Discurso del Señor:				12,20—36	410
171	Epílogo del ministerio público de Jesús:				12,37—50	417
	Discurso escatológico de Jesús: Generalidades:	cc. 24.25	13	21,5—36		423
172	Primera parte: a) Introducción y signos precursores de la destrucción del Templo:	24,1—14	13,1—18	21,5—19		425
173	b) Destrucción del Templo y de la Ciudad:	24,15—22	13,14—20	21,20—24		432
174	c) Signos precursores y venida del Hijo del Hombre:	24,23—31	13,21—27	21,25—28		435
175	d) Tiempo de la ruina del Templo y del mundo:	24,32—41	13,28—32	21,29—33		440
176	Segunda parte: Exhortación a la vigilancia y trabajo. a) La vigilancia: Parábolas del lazo y del ladrón:	24,42—44	13,33	21,34—36		444
177	b) Parábolas de los siervos:	24,45—51	13,34—37			447
178	c) Parábola de las diez vírgenes:	25,1—13				450
179	d) Parábola de los talentos:	25,14—30				455
180	Tercera parte: el juicio final:	25,31—46				460
181	Ultimos días:			21,37—38		
	El Sinedrio decreta la muerte de Jesús:	26,1—5	14,1—2	22,1—2		

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
181	Traición de Judas:	26,14—16	14,10—11	22,3—6		465
182	Preparativos de la última cena:	26,17—19	14,12—16	22,7—13		470
183	Principio de la cena. Discusión entre los Apóstoles:	26,20	14,17	22,14—18 24—30		474
184	El lavatorio:				13,1—17	479
185	El traidor:	26,21 26,22—24 26,25	14,19 14,19—21 14,19	22,21 22,22 22,23	13,18—21 13,22—30	484
186	Institución de la Eucaristía:	26,26—29	14,22—25	22,19,20		491
187	Discurso de Jesús después de la Cena:				13,31 17,26	495
188	a) La glorificación de Jesús. El precepto nuevo:				13,31—35	497
189	b) Jesús predice las negaciones de Pedro. Le confirma en el Primado:			22,31—34	13,36—38	500
190	c) La promesa del cielo:				14,1—11	504
191	d) Otras tres grandes promesas:				14,12—24	509
192	e) El espíritu de verdad. El don de la paz:				14,25—31	515
193	f) La vid mística: Unión con Jesús:				15,1—11	518
194	g) El precepto de la caridad fraterna:				15,12—17	523
195	h) El odio del mundo contra los enviados de Cristo:				15,18-16,4	526
196	i) La obra del Espíritu Santo:				16,5—15	532
197	j) De la tristeza presente al gozo futuro:				16,16—24	536
198	Recapitulación y conclusión del discurso:				16,25—33	540
199	La oración sacerdotal de Jesús: a) Ruega por sí mismo:				17,1—5	544
200	b) Jesús ruega por sus Apóstoles:				17,6—19	547

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
201	c) Jesús ruega por la Iglesia:				17,20—26	553
	PERÍODO SEGUNDO. — DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES					
202	Camino de Getsemaní: Predicción del escándalo de los discípulos y de las negaciones de Pedro. Inminencia de la Pasión:	26,30—35	14,27—31	22,35—38	18,1 a	559
203	La oración de Jesús en el huerto:	26,36—46	14,32—42	22,39—46	18,1 b	564
204	Judas y la turba en Getsemaní:				8,2—3	
	Poder de Jesús:	26,47-50 a	14,43—45	22,47—48	18,4—9	571
205	Prendimiento de Jesús:	26,50b-56	14,51—52 14,46—50	22,49—53	18,12 18,10—11	576
206	El proceso religioso de Jesús: Jesús ante Anás:				18,13—14 19—24	581
207	Sigue el proceso religioso: Jesús ante Caifás:	26,57 . 59-68	14,53—65	22,63—65		586
208	Las negaciones de Pedro: Primera.	26,58 . 6º-70	14,54,65-68	22,54—57	18,15—17	
	Segunda.	26,71—72	14,69—70	22,58	18,18.25	
	Tercera.	26,73—75	14,70—72	22,59.62	18,26—27	592
209	Sigue el proceso religioso de Jesús:			22,66—71		
	Segunda sesión del Sinedrio:	27,1.2	15,1	23,1		599
210	Desesperación y suicidio de Judas:	27,3—10				603
211	El proceso civil: Jesús por primera vez ante Pilatos:	27,11—14	15,2—5	23,3	18,28—38	607
212	Sigue el proceso civil: Jesús ante Herodes:			23,8—12 23,13—16 18—25		616
213	Sigue el proceso civil: Otra vez en el Pretorio: Jesús pospuesto a Barrabás:	27,15—19 27,20—23	15,6—15	23,17	18,39—40	619
214	Jesús azotado y coronado de espinas:	27,27—30	15,16—19		19,1—3	625

Núm.		Mt.	Mc.	Lc	IOH.	Págs.
214	Ecce-homo: Nuevo interrogatorio.				19,4—7 19,8—11	625
215	Ultimo esfuerzo de Pilatos. Jesús condenado a muerte:	27,24—26	15,15	23,25	19,12—16	632
216	Camino del Calvario:	27,31 27,32-33	15,21.22	23,26—32	19,17	636
217	La crucifixión:	27,34	15,23.25 27,28	23,33	19-18	
	El título de la cruz:	27,37	15,26	23,38	19,19—22	
	Sorteo de las vestiduras:	27,35	15,24	23,34	19,23—24	641
218	Injurias a Jesús crucificado:	27,39—44	15,29—32	23,34—37 23,39—43		648
	El buen ladrón:					
219	Ultimas palabras de Jesús y su muerte:	27,45—47 27,48—50	15,33—37	23,46 23,44—46	19,25—30	654
220	Después de la muerte del Señor:	27,51—53 54—56	15,40.41 38.39	23,47.88 45.49		661
221	La lanzada:				19,31—37	665
222	Descendimiento y sepultura:	27,57—60	15,42—45 15,46	23,50—54	19,38 b-42 19,38 a	670
223	Después de la sepultura de Jesús:	27,61—66	15,47	23,55.56		675

SECCION NOVENA VIDA GLORIOSA DE JESUS

Síntesis de esta sección: Del día siguiente al de la Pascua judía hasta cuarenta días después. Abril-mayo de 782. —
Año 29 de nuestra era 681

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
	PERÍODO PRIMERO. — PRIMERAS APARICIONES DE JESÚS EN JUDEA					
224	La resurrección de Jesús: Consideraciones generales sobre los relatos evangélicos:					683
225	Las mujeres van al sepulcro:	28,1	16,1—3	24,1		
	El terremoto:	28,2—4				
	La visita:	28,5—7	16,4—7	24,2—8		
	El regreso:		16,8	24,9—11		686

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	IoH.	Págs.
226	Visita de Pedro y Juan al sepulcro:			24,12	20,1—10	693
227	Jesús aparece a la Magdalena:		16,9—11		20,11—18	697
228	Aparición de Jesús a las piadosas mujeres. Los soldados romanos y los sinedritas:	28,8—15				702
229	Aparición de Jesús a dos discípulos en el camino de Emaús:		16,12.13	24,13—35		706
230	Aparece Jesús a los Apóstoles reunidos:		16,14	24,37—39 41—44 24,36—40	20,19—24	713
231	Otra aparición a los Apóstoles con Santo Tomás.				20,24—31	719
	PERÍODO SEGUNDO. — ULTIMAS APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA Y EN JUDEA					
232	Apariciones de Jesús en la Galilea: a) En el mar de Tiberíades:				21,1—14	725
233	El Primado de Pedro:				21,15—23	730
234	Aparición a los Apóstoles en un monte de Galilea:	28,16—20	16,15—18			736
235	Ultimas enseñanzas de Jesús:		16,19			
	La Ascensión:		16,20	24,45—53		741
236	Epílogo del Evangelio de San Juan:				21,24.25	746

MAPAS

Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. — De la tercera Pascua hasta la Fiesta de los Tabernáculos . . .	7
Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. — De la Fiesta de los Tabernáculos a la Dedicación	105
Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. — De la Dedicación a la Semana de Pasión	261

INDICE LITURGICO DE LOS EVANGELIOS SEGUN EL MISAL ROMANO

762

I PROPIO DEL TIEMPO

EL EVANGELIO EXPLICADO

Domínica 1. ^a de Adviento	Lc.	21, 25-33	II	Págs.	423-424
Domínica 2. ^a de Adviento	Mt.	11, 2-10	I		555-562
Domínica 3. ^a de Adviento	Ioh.	1, 19-28	I		354-359
Feria 4. ^a de las Cuatro Téporas de Adviento	Lc.	1, 26-38	I		257-264
Feria 6. ^a de las Cuatro Téporas de Adviento	Lc.	1, 39-47	I		264-271
Sábado de las Cuatro Téporas de Adviento	Lc.	3, 1-6	I		333-337
Domínica 4. ^a de Adviento	Lc.	3, 1-6	I		333-337
Vigilia de Navidad	Mt.	1, 18-21	I		279-284
NAVIDAD. — Primera misa	Lc.	2, 1-14	I		285-292
NAVIDAD. — Segunda misa	Lc.	2, 15-20	I		292-295
NAVIDAD. — Tercera misa	Ioh.	1, 1-14	I		232-241
San Esteban Protomártir	Mt.	23, 34-39	II		405-408
San Juan Apóstol	Ioh.	21, 19-24	II		730-736-746
Santos Inocentes	Mt.	2, 13-18	I		313-318
Santo Tomás de Cantorbery	Ioh.	10, 11-16	II		163-169
Domínica infraoctava de Navidad	Lc.	2, 33-40	I		298-306-321
Festividad de San Silvestre, papa	Lc.	12, 35-40	II		189-194
CIRCUNCISIÓN DE NUESTRO SEÑOR	Lc.	2, 21	I		295-297
Vigilia de la Epifanía	Mt.	2, 19-23	I		318-321
EPIFANÍA DE NUESTRO SEÑOR	Mt.	2, 1-12	I		306-313
Domínica infraoctava de la Epifanía	Lc.	2, 42-52	I		321-330
Octava de la Epifanía	Ioh.	1, 29-34	I		359-363
Domínica 2. ^a después de la Epifanía	Ioh.	2, 1-11	I		369-376
Domínica 3. ^a después de la Epifanía	Mt.	1, 8-13	I		241-250
Domínica 4. ^a después de la Epifanía	Mt.	8, 23-27	I		607-611
Domínica 5. ^a después de la Epifanía	Mt.	13, 24-30	I		594-598
Domínica 6. ^a después de la Epifanía	Mt.	13, 31-35	I		599-602
Domínica de Septuagésima	Mt.	20, 1-16	II		310-314
Domínica de Sexagésima	Lc.	8, 4-15	I		586-594

Domínica de Quincuagésima	Lc.	18, 31-43	II	Págs. 314-321-396
Feria 4.ª de Ceniza	Mt.	6, 16-21	I	524-531
Feria 5.ª después de Ceniza	Mt.	8, 5-13	I	547-552
Feria 6.ª después de Ceniza	Mt.	5, 43-64	I	513-524-531
Sábado después de Ceniza	Mc.	6, 47-56	I	670-677
Domínica 1.ª de Cuaresma	Mt.	4, 1-11	I	348-354
Feria 2.ª después de la Domínica 1.ª de Cuaresma	Mt.	25, 31-46	II	460-465
Feria 3.ª después de la Domínica 1.ª de Cuaresma	Mt.	21, 10-17	II	353-359
Feria 4.ª de las Cuatro Téporas de Cuaresma	Mt.	12, 38-50	I	577-583-586
	Mt.	15, 21-28	II	16-21
Feria 6.ª de las Cuatro Téporas de Cuaresma	Ioh.	5, 1-15	I	469-474
Sábado de las Cuatro Téporas de Cuaresma	Mt.	17, 1-9	II	46-54
Domínica 2.ª de Cuaresma	Mt.	17, 1-9	II	46-52
Feria 2.ª después de la Domínica 2.ª de Cuaresma	Ioh.	8, 21-29	II	135-139
Feria 3.ª después de la Domínica 2.ª de Cuaresma	Mt.	23, 1-12	II	394-398
Feria 4.ª después de la Domínica 2.ª de Cuaresma	Mt.	20, 17-28	II	314-321
Feria 5.ª después de la Domínica 2.ª de Cuaresma	Lc.	16, 19-31	II	252-257
Feria 6.ª después de la Domínica 2.ª de Cuaresma	Mt.	21, 33-46	II	368-375
Sábado después de la Domínica 2.ª de Cuaresma	Lc.	15, 11-32	II	238-245
Domínica 3.ª de Cuaresma	Lc.	11, 14-28	I	571-577
Feria 2.ª después de la Domínica 3.ª de Cuaresma	Lc.	4, 23-30	I	425-431
Feria 3.ª después de la Domínica 3.ª de Cuaresma	Mt.	18, 15-22	I	74-79
Feria 4.ª después de la Domínica 3.ª de Cuaresma	Mt.	15, 1-20	II	9-16
Feria 5.ª después de la Domínica 3.ª de Cuaresma	Lc.	4, 38-44	I	443-449
Feria 6.ª después de la Domínica 3.ª de Cuaresma	Ioh.	4, 5-42	I	404-415
Sábado después de la Domínica 3.ª de Cuaresma	Ioh.	8, 1-11	II	126-130
Domínica 4.ª de Cuaresma	Ioh.	6, 1-15	I	661-670
Feria 2.ª después de la Domínica 4.ª de Cuaresma	Ioh.	2, 13-25	I	381-387
Feria 3.ª después de la Domínica 4.ª de Cuaresma	Ioh.	7, 14-31	II	113-119
Feria 4.ª después de la Domínica 4.ª de Cuaresma	Ioh.	9, 1-38	II	150-163
Feria 5.ª después de la Domínica 4.ª de Cuaresma	Lc.	7, 11-16	I	552-555
Feria 6.ª después de la Domínica 4.ª de Cuaresma	Ioh.	11, 1-45	II	263-276
Sábado después de la Domínica 4.ª de Cuaresma	Ioh.	8, 12-20	II	130-145
DOMÍNICA DE PASIÓN	Ioh.	8, 46-59	II	145-149
Feria 2.ª después de la Domínica de Pasión	Ioh.	7, 32-39	II	119-122
Feria 3.ª después de la Domínica de Pasión	Ioh.	7, 1-13	II	9; 89-92
Feria 4.ª después de la Domínica de Pasión	Ioh.	10, 22-38	II	215-221
Feria 5.ª después de la Domínica de Pasión	Lc.	7, 36-50	I	562-568
Feria 6.ª después de la Domínica de Pasión	Ioh.	11, 47-54	II	277-282

Sábado después de la Dominica de Pasión	Ioh. 12,10-36	II	Págs. 181-189
Dominica de Palmas	Mt. 21, 1-9	II	347-353
	Mt. 26, 1-27,66	II	465-679
Feria 2.ª de la Semana Santa	Ioh. 12, 1-9	II	336-342
Feria 3.ª de la Semana Santa	Mc. 14, 1-15,46	II	465-674
Feria 4.ª de la Semana Santa	Lc. 22, 1-23,53	II	465-674
Feria 5.ª «in Coena Domini»	Ioh. 13, 1-15	II	479-484
Feria 6.ª «in Parasceve»	Ioh. 18, 4-19,42	II	564-670
Sábado Santo	Mt. 28, 1-7	II	686-693
DOMÍNICA DE PASCUA	Mc. 16, 1-7	II	686-693
Feria 2.ª después de Pascua	Lc. 24, 13-35	II	706-713
Feria 3.ª después de Pascua	Lc. 24, 36-47	II	713-749
Feria 4.ª después de Pascua	Ioh. 21, 1-14	II	725-730
Feria 5.ª después de Pascua	Ioh. 20, 11-18	II	697-701
Feria 6.ª después de Pascua	Mt. 28, 16-20	II	736-741
Sábado «in Albis»	Ioh. 20, 1-9	II	693-697
Dominica «in Albis»	Ioh. 20, 19-31	II	713-724
Dominica 2.ª después de Pascua	Ioh. 10, 11-16	II	163-169
Dominica 3.ª después de Pascua	Ioh. 16, 16-22	II	536-540
Dominica 4.ª después de Pascua	Ioh. 16, 5-14	II	532-536
Dominica 5.ª después de Pascua	Ioh. 16, 23-30	II	536-544
Ferías 2.ª y 4.ª de Rogativas	Lc. 11, 5-13	II	171-174
Vigilia de la Ascensión del Señor	Ioh. 17, 1-11	II	544-553
ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR	Mc. 16, 14-20	II	713-746
Dominica después de la Octava de la Ascensión	Ioh. 15, 26-27	II	523-526
	y 16, 14		
Vigilia de Pentecostés	Ioh. 14, 15-21	II	509-514
DOMÍNICA DE PENTECOSTÉS	Ioh. 14, 23-31	II	515-518
Feria 2.ª después de la Dominica de Pentecostés	Ioh. 3, 16-21	I	387-396
Feria 3.ª después de la Dominica de Pentecostés	Ioh. 10, 1-10	II	163-169
Feria 4.ª de las Cuatro Téporas de Pentecostés	Ioh. 6, 44-52	I	684-687-696
Feria 5.ª después de la Dominica de Pentecostés	Lc. 9, 1-6	I	633-640
Feria 6.ª de las Cuatro Téporas de Pentecostés	Lc. 5, 17-26	I	453-458
Sábado de las Cuatro Téporas de Pentecostés	Lc. 4, 38-44	I	443-449
FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	Mt. 28, 18-20	II	736-741
Dominica 1.ª después de Pentecostés	Lc. 6, 36-42	I	537-540
SOLEMNIDAD DEL CUERPO DEL SEÑOR	Ioh. 6, 56-59	I	691-696
Dominica 2.ª después de Pentecostés	Lc. 14, 16-24	II	227-231
Dominica 3.ª después de Pentecostés	Lc. 15, 1-10	II	235-238

Domínica 4. ^a después de Pentecostés	Lc. 5, 1-11	I	Págs. 433-440
Domínica 5. ^a después de Pentecostés	Mt. 5, 20-24	I	513-524
Domínica 6. ^a después de Pentecostés	Mc. 8, 1-9	II	24-28
Domínica 7. ^a después de Pentecostés	Mt. 7, 15-21	I	540-547
Domínica 8. ^a después de Pentecostés	Lc. 16, 1-9	II	245-249
Domínica 9. ^a después de Pentecostés	Lc. 19, 41-47	II	353-359
Domínica 10. ^a después de Pentecostés	Lc. 18, 9-14	II	292-295
Domínica 11. ^a después de Pentecostés	Mc. 7, 31-37	II	21-24
Domínica 12. ^a después de Pentecostés	Lc. 10, 23-37	II	105-109
Domínica 13. ^a después de Pentecostés	Lc. 17, 11-19	II	282-285
Domínica 14. ^a después de Pentecostés	Mt. 6, 24-23	I	531-537
Domínica 15. ^a después de Pentecostés	Lc. 7, 11-16	I	552-555
Domínica 16. ^a después de Pentecostés	Lc. 14, 1-11	II	223-231
Domínica 17. ^a después de Pentecostés	Mt. 22, 34-46	II	389-394
Feria 4. ^a de las Cuatro Téporas de Septiembre	Mc. 9, 16-28	II	55-61
Feria 6. ^a de las Cuatro Téporas de Septiembre	Lc. 7, 36-50	I	562-568
Sábado de las Cuatro Téporas de Septiembre	Lc. 13, 6-17	II	198-205
Domínica 18. ^a después de Pentecostés	Mt. 9, 1-8	I	453-458
Domínica 19. ^a después de Pentecostés	Mt. 22, 1-14	II	375-380
Domínica 20. ^a después de Pentecostés	Ioh. 4, 46-53	I	421-424
Domínica 21. ^a después de Pentecostés	Mt. 18, 23-35	II	79-83
Domínica 22. ^a después de Pentecostés	Mt. 22, 15-21	II	380-384
Domínica 23. ^a después de Pentecostés	Mt. 9, 18-26	I	619-626
Domínica 24. ^a después de Pentecostés	Mt. 24, 15-35	II	432-440

II

PROPIO DE LOS SANTOS

<i>Noviembre</i>			
29. Vigilia de San Andrés, apóstol	Ioh. 1, 35-51	I	363-369
30. San Andrés, apóstol	Mt. 4, 18-22	I	433-440
<i>Diciembre</i>			
3. San Francisco Javier	Mc. 16, 15-18	II	736-741
6. San Nicolás, obispo	Mt. 25, 14-23	II	455-460
7. San Ambrosio	Mt. 5, 13-19	I	511-513
7. Vigilia de la Inmaculada Concepción	Mt. 1, 1-16	I	241-250
8. Inmaculada Concepción	Lc. 1, 26-28	I	257-264

13. Santa Lucía	Mt. 13, 44-52	I	Págs. 603-606
21. Santo Tomás, apóstol	Ioh. 20, 24-29	II	314-320
<i>Enero</i>			
15. San Pablo, ermitaño	Mt. 11, 25-30	II	107-107
17. San Antonio Abad	Lc. 12, 35-40	II	189-194
18. Cátedra de San Pedro en Roma	Mt. 16, 13-19	II	34-40
20. Santos Fabián y Sebastián	Lc. 6, 7 23	I	505-511
21. Santa Inés, virgen y mártir	Mt. 25, 1-13	II	450-454
24. San Timoteo, obispo y mártir	Lc. 14, 26-33	II	231-234
25. Conversión de San Pablo	Mt. 19, 27-29	II	304-310
26. San Policarpo, obispo y mártir	Mt. 10, 26-32	I	645-651
<i>Febrero</i>			
1. San Ignacio, obispo y mártir	Iho. 12, 24-26	II	410-417
2. Purificación de la Santísima Virgen	Lc. 2, 22-32	I	298-306
5. San Agueda, virgen y mártir	Mt. 19, 3-12	II	295-301
6. San Tito, obispo	Lc. 10, 1-9	II	96-100
11. Aparición de la Inmaculada en Lourdes	Lc. 1, 26-31	I	257-264
12. Los siete fundadores de los Servitas	Mt. 19, 27-29	II	304-310
22. Cátedra de San Pedro en Antioquía	Mt. 16, 13-19	II	34-40
24 ó 25. San Matías Apóstol	Mt. 11, 25-30	II	100-105
27 ó 28. San Gabriel de la Virgen Dolorosa, confesor	Mc. 10, 13-21	II	301-310
<i>Marzo</i>			
7. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor	Mt. 5, 13-19	I	511-513
8. San Juan de Dios, confesor	Mt. 22, 34-46	II	389-394
10. Los Cuarenta Mártires de Sebaste	Lc. 6, 17-23	I	655-660
18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor	Mt. 10, 23-28	I	645-651
19. San José, esposo de la Virgen María	Mt. 1, 18-21	I	279-284
25. Anunciación de la Virgen María	Lc. 1, 26-38	I	257-264
27. San Juan Damasceno, confesor y doctor	Lc. 6, 6-11	I	490-493
28. San Juan de Capistrano, confesor	Lc. 9, 1-6	I	633-640
Feria 6.ª después de la Dominica de Pasión			
Los Siete Dolores de la Virgen María	Ioh. 16, 25-27	II	540-544
<i>Abril</i>			
2. San Francisco de Paula, confesor	Lc. 12, 32-34	II	184-189
13. San Hermenegildo, mártir	Lc. 14, 26-33	II	231-234
14. San Justino, mártir	Lc. 12, 2-8	II	181-184
25. San Marcos, evangelista	Lc. 10, 1-9	II	96-100

27.	San Pedro Canisio, confesor y doctor	Mt. 5, 13-19	I	Págs.	511-524
28.	San Agustín de Cantorbory, obispo y confesor	Lc. 10, 1-9	II		96-100
	Feria 4. ^a de la Semana 2. ^a después de la Octava de Pascua				
	Solemnidad de San José, esposo de la Virgen	Lc. 3, 21-23	I		343-348

Mayo

1.	Santos Felipe y Santiago, apóstoles	Ioh. 14, 1-13	II		504-509
2.	San Atanasio, obispo y doctor	Mt. 10, 23-28	I		645-651
3.	La Invencción de la Santa Cruz	Ioh. 3, 1-15	I		387-396
4.	Santa Mónica, viuda	Lc. 7, 11-16	I		552-555
6.	San Juan, apóstol y evangelista, ante Portam Latinam	Mt. 20, 20-23	II		314-320
8.	La Aparición de San Miguel Arcángel	Mt. 18, 1-10	II		65-72
12.	Santos Nereo y Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires	Ioh. 4, 46-53	I		421-424
15.	San Juan Bta. de la Salle, confesor	Mt. 18, 1-5	II		65-72
20.	San Bernardino de Sena, confesor	Mt. 19, 27-29	II		304-310
26.	San Felipe Neri, confesor	Lc. 12, 35-40	II		189-194
28.	San Agustín de Cantorbory, obispo y confesor	Lc. 10, 1-9	II		96-100
	Feria 6. ^a después de la Octava del Corpus				
	Sagrado Corazón de Jesús	Ioh. 19, 31-37	II		665-670
31.	María Virgen, Mediadora de todas las gracias	Ioh. 19, 25-27	II		654-661
		Lc. 12, 32-34			

Junio

2.	Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires	Lc. 21, 9-19	II		425-431
4.	San Francisco de Caracciolo, confesor	Lc. 12, 35-40	II		189-194
5.	San Bonifacio, obispo y mártir	Mt. 5, 1-12	I		505-511
9.	Santos Primo y Feliciano, mártires	Mt. 11, 25-30	II		100-105
11.	San Bernabé, apóstol	Mt. 10, 16-22	I		641-645
13.	San Antonio de Padua, confesor	Lc. 12, 35-40	II		189-194
14.	San Basilio, obispo y doctor	Lc. 14, 26-35	II		231-234
15.	Santos Vito, Modesto y Crescencia, mártires	Lc. 10, 16-20	II		100-105
18.	Santos Marcos y Marcelino, mártires	Lc. 11, 47-51	II		174-181
19.	Santos Gervasio y Protasio, mártires	Lc. 6, 17-23	I		655-660
21.	San Luis Gonzaga, confesor	Mt. 22, 29-40	II		389-394
22.	San Paulino, obispo y confesor	Lc. 12, 32-34	II		184-189
23.	Vigilia de San Juan Bautista	Lc. 1, 5-17	I		250-256
24.	Natividad de San Juan Bautista	Lc. 1, 57-68	I		271-279
26.	Santos Juan y Pablo, mártires	Lc. 12, 1-8	II		181-184
28.	San Ireneo, obispo y mártir	Mt. 10, 28-33	I		645-651
28.	Vigilia de los Santos Pedro y Pablo	Ioh. 21, 15-19	II		730-736

29. Santos Pedro y Pablo, apóstoles	Mt. 16, 13-19	II	Págs. 34-40
30. Conmemoración de San Pablo Apóstol	Mt. 10, 16-22	I	641-645

Julio

1. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo	Ioh. 19, 30-35	II	665-670
2. La Visitación de la Virgen María	Lc. 1, 39-47	I	264-271
2. Santos Proceso y Martiniano, mártires	Mt. 16, 24-27	II	40-46
3. San León II, papa y confesor	Mt. 16, 13-19	II	34-40
4. Infraoctava de los Santos Pedro y Pablo	Mt. 19, 27-29	II	304-310
5. San Antonio María Zacarías, confesor	Mc. 10, 15-21	II	301-310
6. Octava de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles	Mt. 14, 22-33	I	670-677
7. Santos Cirilo y Metodio, obispos y confesores	Lc. 10, 1-9	II	96-100
10. Los siete herm. mártires y Rufina y Segunda, virgen y mártir	Mt. 12, 46-50	I	583-586
12. San Juan Gualberto, abad	Mt. 5, 43-48	I	513-524
16. Nuestra Señora del Carmen	Lc. 11, 27-28	I	583-586
17. San Alejo, confesor	Mt. 19, 27-29	II	304-310
18. San Camilo de Lelis, confesor	Ioh. 15, 12-16	II	523-526
18. Santa Sinforsosa y sus siete hijos mártires	Lc. 12, 1-8	II	181-184
19. San Vicente de Paúl, confesor	Lc. 10, 1-9	II	96-100
20. San Jerónimo Emiliano, confesor	Mt. 19, 13-21	II	301-303
22. Santa María Magdalena, penitente	Lc. 7, 36-50	I	562-568
23. San Apolinar, obispo y mártir	Lc. 22, 24-30	II	327-333
25. Santiago Apóstol	Mt. 20, 20-23	II	314-320
26. Santa Ana, Madre de la Virgen	Mt. 13, 44-52	I	603-606
28. Santos Nazario y Celso, mm.; Víctor I e Inocencio I, p. y cf.	Lc. 21, 9-19	II	425-431
29. Santa Marta, virgen	Lc. 10, 38-42	II	109-112
30. Santos Abdón y Senén, mártires	Mt. 5, 1-12	I	505-511
31. San Ignacio de Loyola, confesor y fundador	Lc. 10, 1-9	II	96-100

Agosto

1. San Pedro ad Vincula	Mt. 16, 13-19	II	34-40
1. Los siete hermanos Macabeos, mártires	Lc. 12, 1-8	II	181-184
2. San Alfonso M. de Liguorio, obispo y doctor	Lc. 10, 1-9	II	96-100
3. La Invencción de San Esteban, mártir	Mt. 23, 34-39	II	405-408
4. Santo Domingo de Guzmán, confesor	Lc. 12, 35-40	II	189-194
6. La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo	Mt. 17, 1-9	II	46-52
7. San Cayetano, confesor	Mt. 6, 24-33	I	531-537
7. San Donato, obispo y mártir	Mc. 13, 33-37	II	446-450
8. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mártires	Mc. 16, 15-18	II	736-741
9. San Juan M. ^a Vianney, confesor	Lc. 12, 35-40	II	189-194

9. Vigilia de San Lorenzo mártir	Mt. 16, 24-27	II	Págs. 40-46
10. San Lorenzo, mártir	Ioh. 12, 24-26	II	410-417
11. Santos Tiburcio y Susana, mártires	Lc. 12, 1-8	II	181-184
14. Vigilia de la Asunción de la Virgen María	Lc. 11, 27-28	I	583-586
15. La Asunción de la Virgen María	Lc. 1, 41-50	I	264-271
16. San Joaquín, padre de la Virgen María	Mt. 1, 1-16	I	241-250
17. Octava de San Lorenzo, mártir	Ioh. 12, 24-26	II	410-417
19. San Juan Eudes, confesor	Lc. 12, 35-40	II	189-194
20. San Bernardo, abad y doctor	Mt. 5, 13-19	I	511-513
22. Inmaculado Corazón de María	Ioh. 19, 25-27	II	654-661
24. San Bartolomé, apóstol	Lc. 6, 12-19	I	497-500
25. San Luis, rey y confesor	Lc. 19, 12-26	II	327-333
27. San José de Calasanz, confesor	Mt. 19, 1-5	II	65-72
29. La Degollación de San Juan Bautista	Mc. 6, 17-29	I	655-660
30. Santos Félix y Adaucto, mártires	Lc. 10, 16-20	II	100-105

Septiembre

2. San Esteban, rey y confesor	Lc. 19, 12-26	II	327-333
8. La Natividad de la Virgen María	Mt. 1, 1-16	I	241-250
12. El Santísimo Nombre de María	Lc. 1, 26-38	I	257-264
14. La Exaltación de la Santa Cruz	Ioh. 12, 31-36	II	410-417
15. Los Siete Dolores Gloriosos de la Virgen	Ioh. 19, 25-27	II	654-661
16. Santas Eufemia, virgen, y Lucía, mártir	Lc. 6, 17-23	I	505-511
17. Las Llagas de San Francisco de Asís	Mt. 16, 24-27	II	40-46
18. San José de Cupertino, confesor	Mt. 22, 1-14	II	375-380
20. Vigilia de San Mateo, apóstol	Lc. 5, 27-32	I	458-461
21. San Mateo, apóstol	Mt. 9, 9-13	I	458-461
22. San Mauricio y compañero, mártir	Mt. 18, 1-10	II	65-79
29. Dedicación de San Miguel Arcángel	Lc. 21, 9-19	II	425-431

Octubre

2. Los Santos Angeles Custodios	Mt. 18, 1-10	II	65-72
3. Santa Teresa del Niño Jesús, virgen	Mt. 18, 1-3	II	65-72
4. San Francisco de Asís, confesor	Mt. 11, 25-30	II	100-105
7. Nuestra Señora del Rosario	Lc. 1, 26-38	I	257-264
9. Santos Dionisio, obispo; Rústico y Eleuterio, mártires	Lc. 12, 1-8	II	181-184
11. Maternidad de la Virgen María	Lc. 2, 43-51	I	321-330
17. Santa Margarita María de Alacoque, virgen	Mt. 11, 25-30	II	100-105
18. San Lucas, evangelista	Lc. 10, 1-9	II	96-100
19. San Pedro de Alcántara, confesor	Lc. 12, 32-24	II	184-189

20.	San Juan Cancio, confesor	Lc. 12, 35-40	II	Págs. 189-194
24.	San Rafael, arcángel	Ioh. 5, 1-4	I	469-474
25.	Santos Crisanto y Daría, mártires	Lc. 11, 47-51	II	174-180
27.	Vigilia de los Santos Simón y Judas, apóstoles	Ioh. 15, 1-7	II	518-523
28.	Santos Simón y Judas, apóstoles	Ioh. 15, 17-25	II	526-531
31.	Vigilia de Todos los Santos	Lc. 6, 17-23	I	505-511
	Dominica última de octubre. Fiesta de Jesucristo Rey	Ioh. 18, 33-37	II	607-615

Noviembre

1.	Todos los Santos	Mt. 5, 1-12	I	505-511
2.	Commemoración de los Fieles Difuntos. Misa 1. ^a	Ioh. 5, 25-29	I	474-485
2.	Commemoración de los Fieles Difuntos. Misa 2. ^a	Ioh. 6, 37-40	I	687-691
2.	Commemoración de los Fieles Difuntos. Misa 3. ^a	Ioh. 6, 51-55	I	691-696
4.	San Carlos, obispo y confesor	Mt. 25, 14-23	II	455-460
4.	Santos Vidal y Agrícola, mártires	Mt. 16, 24-27	II	40-46
8.	Los cuatro hermanos coronados, mártires	Mt. 5, 1-12	I	505-511
10.	Santos Trifón, Respicio y Ninfa, mártires	Lc. 12, 1-8	II	181-184
11.	San Martín, obispo y confesor	Lc. 11, 33-36	I	577-583
14.	San Josafat, obispo y mártir	Ioh. 10, 11-16	II	163-169
17.	San Gregorio Taumaturgo, obispo y confesor	Mc. 11, 22-24	II	363-368
21.	La Presentación de la Virgen María	Lc. 11, 27-28	I	583-586
22.	Santa Cecilia, virgen y mártir	Mt. 25, 1-13	II	450-454
24.	San Juan de la Cruz, confesor y doctor	Mt. 5, 13-19	I	511-524

III

COMUN DE LOS SANTOS

Vigilia de un Apóstol	Ioh. 15, 12-16	II	523-526
Común de Papas	Mt. 16, 13-19	II	34-40
Común de un mártir Pontífice:			
Misa «Statuit»	Lc. 14, 26-33	II	231-234
Misa «Sacerdotes»	Mt. 16, 24-27	II	40-46
Común de un mártir no Pontífice:			
Misa «In virtute»	Mt. 10, 34-42	I	645-651
Misa «Laetabitur»	Mt. 10, 26-32	I	645-651
Misa «Laetabitur»	Ioh. 12, 24-26	II	410-417

Común de varios Mártires:				
Misa «Intret»	Lc. 21, 9-19	II	Págs.	425-431
Misa «Sapientiam»	Lc. 6, 17-23	I		505-511
Misa «Salus»	Lc. 12, 1-8	II		181-184
Común de un Mártir en Tiempo Pascual:				
Misa «Protexisti»	Ioh. 15, 1-7	II		51-523
Común de varios Mártires en Tiempo Pascual:				
Misa «Sancti tui»	Ioh. 15, 5-11	II		518-523
Común de un Confesor Pontífice:				
Misa «Statuit»	Mt. 25, 14-23	II		455-460
Misa «Sacerdotes»	Mt. 24, 42-47	II		444-450
Común de un Doctor:				
Misa «In medio»	Mt. 5, 13-19	I		511-524
Común de un Confesor no Pontífice:				
Misa «Os justi»	Lc. 12, 35-40	II		189-194
Misa «Iustus»	Lc. 12, 32-34	II		184-189
Común de un Abad:				
Misa «Os justi»	Mt. 19, 27-29	II		304-310
Común de una Virgen Mártir:				
Misa «Loquebar»	Mt. 25, 1-13	II		450-454
Misa «Me exspectaverunt»	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Misa «Me exspectaverunt»	Mt. 19, 3-12	II		295-301
Común de una Virgen no mártir:				
Misa «Dilexisti»	Mt. 25, 1-13	II	1	450-454
Misa «Vultum»	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Común de una Mártir no Virgen:				
Misa «Me exspectaverunt»	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Común de una Santa ni virgen ni mártir:				
Misa «Cognovi»	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Común de una Viuda:				
Misa «Cognovi»	Mt. 13, 44-52	I		603-606

En el aniversario de la Dedicación de la Iglesia	Lc. 19, 1-10	II	Págs. 324-327
Común de las fiestas de la Virgen María	Lc. 11, 27-28	I	583-586

VOTIVAS DE SANTA MARÍA

Del Adviento a Navidad	Lc. 1, 26-38	I	257-264
De Navidad a la Purificación	Lc. 2, 15-20	I	292-295
De la Purificación a la Pascua	Lc. 11, 27-28	I	583-586
En el Tiempo Pascual	Ioh. 19, 25-27	II	654-661
De Pentecostés al Adviento	Lc. 11, 27-28	I	583-586

IV

MISAS DIVERSAS

Santísima Trinidad	Ioh. 15, 16-14, 4	II	526-531
Santos Angeles	Ioh. 1, 47-51	I	363-369
San José	Lc. 3, 21-23	I	396-401
Espíritu Santo	Ioh. 14, 23-31	II	509-518
Santísimo Sacramento	Ioh. 6, 56-59	I	691-696
Jesucristo, Sumo y eterno Sacerdote	Lc. 22, 14-20	II	474-491-494
Santa Cruz	Mt. 20, 17-19	II	314-320
Pasión de Nuestro Señor Jesucristo	Ioh. 19, 28-35	II	654-670
Por la elección del Sumo Pontífice	Ioh. 14, 15-21	II	509-514
En el aniversario de la elección y consagración del Obispo	Mc. 13, 33-37	II	444-450
Por los esposos	Mt. 19, 3-6	II	295-301
Por la Propagación de la Fe	Mt. 9, 35-38	I	633-636
Contra los paganos	Lc. 11, 5-13	II	171-174
Para que desaparezca el cisma	Ioh. 17, 11-23	II	544-558
En tiempo de guerra	Mt. 24, 3-8	II	425-431
Por la paz	Ioh. 20, 19-23	II	713-719
Por la remisión de los pecados	Lc. 11, 9-13	II	171-174
Por los peregrinos	Mt. 10, 7-14	I	636-640
Por los enfermos	Mt. 8, 5-13	I	547-552
Para impetrar la gracia de una buena muerte	Lc. 21, 34-36	II	444-446
Por cualquier necesidad	Mc. 11, 22-26	II	363-368
En el día de la muerte de alguno	Ioh. 11, 21-27	II	267-273
En el aniversario de los difuntos	Ioh. 6, 37-40	I	687-691
En las misas cotidianas por los difuntos	Ioh. 6, 51-55	I	691-696

MISAS PROPIAS QUE SE PUEDEN CELEBRAR EN ALGUNOS LUGARES

I

MISAS EN HONOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Del Santísimo Redentor	Ioh. 3, 13-18	I	Págs. 383-396
Del Sagrado Corazón de Jesús. Feria 6. ^a después de la Octava del Corpus Christi	Ioh. 19, 31-37	II	665-670
Del Eucarístico Corazón de Jesús. Feria 5. ^a después de la Octava del Corpus Christi	Lc. 22, 15-20	II	474-479
La huida de N. S. Jesucristo a Egipto (17 de febrero)	Mt. 2, 13-15	I	313-318
De la oración de N. S. Jesucristo	Lc. 22, 39-44	II	564-571
De la Conmemoración de la Pasión de N. S. Jesucristo. Feria 3. ^a después de la Dominica de Sexagésima	Ioh. 19, 28-35	II	654-670
De la Sagrada Corona de Espinas. F. 6. ^a después del día de Ceniza	Ioh. 19, 1-5	II	625-632
De la Sagrada Lanza y Clavos. Feria 6. ^a después de la Dominica 1. ^a de Cuaresma	Ioh. 19, 28-35	II	654-670
De la Sagrada Sábana de N. S. Jesucristo. Feria 6. ^a después de la Dominica 2. ^a de Cuaresma	Mc. 15, 42-46	II	670-674
De las Cinco Sagradas Llagas de N. S. Jesucristo. Feria 6. ^a después de la Dominica 1. ^a de Cuaresma	Ioh. 19, 28-35	II	654-670
De la Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo. Feria 6. ^a después de la Dominica 4. ^a de Cuaresma	Ioh. 19, 30-35	II	661-670

I

MISAS EN HONOR DE LA SANTISIMA VIRGEN

De los Desposorios de la Santísima Virgen (23 enero)	Mt. 1, 18-21	I	279-284
De la Expectación del Parto de la Santísima Virgen (18 diciem.)	Lc. 1, 26-38	I	257-264
Del Purísimo Corazón de María (Sábado después de la Octava del Corpus)	Lc. 2, 48-51	I	321-330
De la Pureza de la Virgen (16 octubre)	Lc. 1, 26-35	I	257-264
De la Humildad de la Virgen (17 julio)	Lc. 1, 26-38	I	257-264
De la Virgen del Buen Consejo (26 abril)	Lc. 1, 26-33	I	257-264
De la Virgen Milagrosa (27 noviembre)	Ioh. 2, 1-11	I	369-376
De la Virgen Auxilio de los Cristianos (24 mayo)	Lc. 11, 27-28	I	583-586
De María Virgen Refugio de Pecadores (13 agosto)	Lc. 11, 27-28	I	583-586
De María Virgen Salud de los Enfermos (Sábado antes de la Dominica última de agosto)	Ioh. 2, 1-11	I	369-376

De la Asunción	Ioh. 19, 25-27	II	Págs. 654-661	774
De la Virgen María Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso (31 mayo)	Ioh. 19, 25-27	II	654-661	
De la Virgen María Madre del Divino Pastor (3 septiembre)	Lc. 11, 27-28	I	583-586	
De la Virgen María Madre de la Divina Providencia (sábado antes de la Dominica 3.ª de noviembre)	Ioh. 2, 1-11	I	369-376	
De la Virgen María de la Consolación (sábado después de la Fiesta de San Agustín, confesor y doctor)	Lc. 1, 39-47	I	264-271	
De la Virgen Madre de la Gracia (9 junio)	Lc. 1, 26-38	I	257-264	
De la Virgen María Madre de la Misericordia (sábado antes de la Dominica 4 de julio)	Lc. 11, 27-28	I	583-586	
De la Virgen del Perpetuo Socorro (27 junio)	Ioh. 19, 25-27	II	654-661	
En la Traslación de la Casa de Nazaret (10 diciembre)	Lc. 1, 26-38	I	257-264	EL EVANGELIO EXPLICADO

III

MISAS EN HONOR DE LOS SANTOS

En la conmemoración de todos los SS. Sumos Pontífices (4 julio).	Mt. 16, 13-19	II	34-40	EL EVANGELIO EXPLICADO
San Emigdio, obispo y mártir (9 agosto)	Lc. 21, 9-19	II	425-431	
San Gregorio, obispo de la Armenia Mayor y mártir (1 octubre)	Lc. 14, 26-36	II	231-234	
San Juan Nepomuceno, mártir (16 mayo)	Mt. 11, 2-10	I	555-562	
De las Sagradas Reliquias (5 noviembre)	Lc. 6, 17-23	I	524-537	
San Ildefonso, obispo y confesor (23 enero)	Mt. 5, 13-19	I	511-524	
San Juan Francisco de Regis, confesor (16 junio)	Mt. 9, 35-38	I	633-636	
San Lorenzo de Brundisio, confesor (7 julio)	Lc. 9, 1-6	I	633-655	
San Pedro Claver, confesor (9 septiembre)	Lc. 10, 29-37	II	105-109	
San Juan Leonardo, confesor (9 octubre)	Lc. 10, 1-9	II	96-100	
San Leonardo de Puerto Mauricio, confesor (26 noviembre)	Lc. 10, 1-9	II	96-100	
San Juan B. de Rossi, confesor (23 mayo)	Mt. 25, 31-40	II	460-465	
San Juan Berchmans, confesor (13 agosto ó 26 de noviembre)	Mt. 19, 16-21	II	304-310	
San Estanislao de Kostka, confesor (13 noviembre)	Mt. 19, 13-21	II	301-310	
San Roque, confesor (16 agosto)	Lc. 12, 32-34	II	184-189	
San Fernando, rey y confesor (30 mayo)	Lc. 12, 32-34	II	184-189	
San Isidro Labrador, confesor (15 mayo)	Ioh. 15, 1-7	II	518-523	
San Benito José Labre, confesor (16 abril)	Mt. 16, 24-27	II	40-46	

Santa Filomena, virgen y mártir (11 agosto)	Mt. 25, 1-13	II	Págs.	450-454
Santa Rosa de Viterbo, virgen (4 septiembre)	Mt. 25, 1-13	II		450-454
Santa Verónica de Julián, virgen (9 julio)	Mt. 25, 1-13	II		450-454
Santa Juana de Arco, virgen (30 mayo)	Mt. 16, 24-27	II		40-46
Santa Elena, emperatriz y viuda (18 agosto)	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Santa Catalina «Fliscae Adurnae», viuda (22 marzo)	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Santa Rita de Casia, viuda (22 mayo)	Mt. 13, 44-52	I		603-606
Santa Margarita de Cortona, penitente (26 febrero)	Mt. 13, 44-52	I		603-606

INDICE

DE LOS CUATRO EVANGELIOS SEGUN SU REDACCION LITERARIA
CON LA REFERENCIA DEL LUGAR DE SU COMENTARIO

SAN MATEO

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
1, 1-17	I	241-250	9, 1-8	I	423-428
18-25	I	279-284	9-13	I	458-461
			14-17	I	462-464
2, 1-12	I	306-313	18-26	I	619-626
13-18	I	313-318	27-34	I	626-629
19-23	I	318-321	35-10, 1	I	633-636
3, 1-6	I	333-337	10, 1-4	I	497-500
7-10	I	337-340	5-15	I	636-640
11-12	I	340-343	16-23	I	641-645
13-17	I	343-348	24-42	I	645-651
4, 1-11	I	348-354	11, 1	I	651-655
12	I	401-403	2-19	I	555-562
13-17	I	431-433	20-24	II	96-100
18-22	I	433-440	25-30	II	100-105
23-25	I	443-449	12, 1-8	I	487-490
5, 1-12	I	505-511	9-14	I	490-493
13-16	I	511-513	15-21	I	494-496
17-48	I	513-524	22-30	I	571-577
6, 1-18	I	524-531	31-42	I	577-583
19-34	I	531-437	43-45	I	571-577
			46-50	I	583-586
7, 1-6	I	537-540	13, 1-23	I	586-594
7-29	I	540-547	24-30	I	594-598
8, 1-4	I	449-452	31-35	I	599-602
5-13	I	547-552	36-43	I	594-598
14-17	I	443-449	44-52	I	603-606
18	I	607-611	53-58	I	629-633
19-22	II	92-96	14, 1-2	I	651-655
23-27	I	607-611	3-12	I	655-660
28-31	I	611-618	13-18	I	661-670

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
19-23	I	661-670	34-39	II	405-408
24-36	I	670-676			
15, 1-20	II	9-16	24, 1-14	II	425-431
21-18	II	16-21	15-22	II	432-435
29-31	II	21-24	23-31	II	435-440
32-38	II	24-28			
39-16, 1-12	II	28-32	32-41	II	440-443
			42-44	II	444-446
			45-51	II	447-450
16, 13-20	II	34-40			
21-28	II	40-46	25, 1-13	II	450-454
			14-30	II	455-460
17, 1-9	II	46-52	31-46	II	460-465
10-13	II	53-55			
14-20	II	55-61	26, 1-5	II	465-470
21-26	II	61-65	6-13	II	336-342
			14-16	II	465-470
18, 1-14	II	65-72	17-19	II	470-474
15-22	II	74-79	20	II	474-479
23-35	II	79-83	21-25	II	484-491
			26-29	II	491-494
19, 1-12	II	295-301	30-35	II	559-563
13-15	II	301-303	36-46	II	564-571
16-30	II	304-310	7-50a	II	571-575
			50b-56	II	576-581
20, 1-16	II	310-314	58.69-75	II	592-599
17-28	II	314-320			
29-34	II	333-335	27, 1-2	II	599-602
			3-10	II	603-607
21, 1-9	II	347-353	11-14	II	607-615
10-12	II	353-359	15-19	II	619-625
12-13	II	359-363	20-23	II	619-625
14-17	II	353-359	24-26	II	632-636
18-19	II	359-363	27-30	II	625-632
20-27	II	363-368	31-33	II	636-641
28-46	II	368-375	34-38	II	641-647
			39-44	II	648-654
22, 1-14	II	375-380	45-50	II	654-661
15-22	II	380-384	51-56	II	661-665
23-33	II	385-389	57-60	II	670-674
34-46	II	389-394	61-66	II	675-679
23, 1-12	II	394-398	28, 1-8	II	686-693
13-33	II	398-405	8-15	II	702-706
			16-20	II	736-741

SAN MARCOS

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
1, 1-6	I	333-337	22-26	II	32-34
7-8	I	340-343	27-30	II	34-40
9-11	I	343-348	31-39	II	40-46
12-13	I	348-354			
14a	I	401-403	9, 1-9	II	46-52
14b-15	I	417-421	10-12	II	53-55
16-22	I	433-440	13-28	II	55-61
23-28	I	440-443	29-31	II	61-65
29-39	I	443-449	32-36	II	65-72
40-45	I	449-452	37-40	II	72-74
			41-49	II	65-79
2, 1-12	I	453-458			
13-17	I	458-461	10, 1-12	II	295-301
18-22	I	462-464	13-16	II	301-303
23-28	I	487-490	17-31	II	304-310
			32-45	II	314-320
3, 1-6	I	490-493	46-52	II	333-335
7-12	I	494-496			
13-19	I	497-500	11, 1-10	II	347-353
20-21	I	568-571	11	II	353-359
22-30	I	571-577	12-19	II	359-363
28-30	I	577-583	20-33	II	363-368
31-35	I	583-586			
4, 1-25	I	586-594	12, 1-12	II	368-375
26-29	I	594-598	13-17	II	380-384
30-34	I	599-602	18-27	II	385-389
35-40	I	607-611	28-37	II	389-394
			38-39	II	394-398
5, 1-20	I	611-618	40	II	398-405
21-43	I	619-626	41-44	II	408-410
6, 1-6a	I	629-633	13, 1-13	II	425-431
6b-7	I	633-636	14-20	II	432-435
7-11	I	636-640	21-27	II	435-440
12-16	I	651-655	28-32	II	440-443
17-29	I	655-660	33	II	444-446
30-46	I	661-670	34-37	II	447-449
47-56	I	672-676			
			14, 1-2	II	465-470
7, 1-23	II	9-16	3-9	II	336-342
24-30	II	16-21	10-11	II	465-470
31-37	II	21-24	12-16	II	470-474
			17	II	474-479
8, 1-9	II	24-28	18-21	II	484-491
10-21	II	28-32	22-25	II	491-494
			26-31	II	559-563
			32-42	II	564-571

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
43-45	II	571-575	29-32	II	648-654
46-52	II	576-581	33-37	II	654-661
53-65	II	586-592	38-41	II	661-665
66-72	II	592-599	42-46	II	670-674
			47	II	675-679
15, 1	II	599-602	16, 1-8	II	686-693
2-5	II	607-615	9-11	II	697-701
6-15	II	616-619	12-13	II	706-713
15	II	632-636	14	II	713-719
16-19	II	625-632	15-18	II	736-741
20-22	II	636-641	19-20	II	741-746
23-28	II	641-647			

SAN LUCAS

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
1, 1-4	I	229-232	6, 1-5	I	487-490
5-25	I	250-256	6-11	I	490-493
26-38	I	257-264	12-16	I	497-500
39-56	I	264-271	17-23	I	505-511
57-80	I	271-279	24-26	I	505-511
			27-36	I	513-524
2, 1-14	I	285-292	37-42	I	537-540
15-20	I	292-295	43-49	I	540-547
21	I	295-297			
22-39	I	298-306	7, 1-10	I	547-552
40-52	I	321-330	11-17	I	552-555
			18-35	I	555-562
3, 1-6	I	333-337	36-50	I	562-568
7-14	I	337-340			
15-18	I	340-343	8, 1-3	I	568-571
19-20	I	401-403	4-18	I	586-594
21-23a	I	343-348	19-21	I	583-586
23b-38	I	241-250	22-25	I	607-611
			26-39	I	611-618
4, 1-13	I	341-354	40-56	I	619-626
14a	I	401-403			
14b-15	I	417-421	9, 1-2	I	633-636
16-30	I	425-431	3-5	I	636-640
31-32	I	433-440	6-9	I	651-665
33-37	I	440-443	10-17	I	661-670
38-44	I	443-449	18-21	II	34-40
			22-27	II	40-46
5, 1-11	I	433-440	28-36	II	46-52
12-16	I	449-452	37-43	II	55-61
17-26	I	453-458	44-45	II	61-65
27-32	I	458-461	46-48	II	65-72
33-39	I	462-464	49-50	II	72-74

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
51-62	II	92-96	29-38	II	347-353
			39-44	II	353-359
10, 1-12	II	96-100	45-48	II	359-363
13-15	II	96-100			
16	II	96-100	20, 1-8	II	363-368
17-22	II	100-105	9-19	II	368-375
23-37	II	105-109	20-26	II	380-384
38-42	II	109-112	27-40	II	385-388
			41-44	II	389-394
			45-46	II	394-398
11, 1-13	II	171-174			
14-26	I	571-577	21, 1-4	II	408-410
27-28	I	583-586	5-19	II	425-431
29-36	I	577-583	20-24	II	432-435
37-54	II	174-180	25-28	II	435-440
			29-33	II	440-443
12, 1-12	II	181-184	34-36	II	444-446
35-48	II	189-194	34-36	II	444-446
49-59	II	194-197	37-38	II	465-470
13, 1-9	II	198-201			
13-34	II	184-198	22, 1-6	II	465-470
10-22	II	201-205	7-13	II	470-474
18-21	I	599-602	14-18	II	474-479
23-35	II	205-210	19-20	II	491-494
			21-23	II	484-491
14, 1-14	II	223-227	24-30	II	474-479
15-24	II	227-231	31-34	II	500-503
25-35	II	231-234	35-38	II	559-563
			39-46	II	571-575
15, 1-10	II	235-238	47-48	II	571-575
11-32	II	238-245	49-53	II	576-581
			54-62	II	592-599
16, 1-13	II	245-249	63-65	II	586-592
14-18	II	250-252	66-23,1	II	599-602
19-31	II	252-257			
			23, 2-7	II	607-615
17, 1-10	II	257-262	8-12	II	616-619
11-19	II	282-285	13-17	II	619-625
20-37	II	285-290	18-25	II	619-625
			25	II	632-636
18, 1-8	II	290-292	26-32	II	636-641
9-14	II	292-295	33-34, 38	II	641-647
15-17	II	301-303	34-43	II	648-654
18-30	II	304-310	44-46	II	654-661
31-34	II	314-320	47-49	II	661-665
35-43	II	321-324	50-54	II	670-674
			55-56	II	675-679
19, 1-10	II	324-327			
11-28	II	327-333	24, 1-11	II	686-693

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
12	II	693-697	36-44	II	713-719
13-35	II	706-713	45-53	II	741-746

SAN JUAN

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
1, 1-18	I	232-241	35-41	II	160-163
19-28	I	354-359	10, 1-21	II	163-169
29-34	I	359-363	22-42	II	215-221
35-51	I	363-369	11, 1-16	II	263-267
2, 1-12	I	369-376	17-37	II	267-273
13-25	I	381-387	38-44	II	273-276
3, 1-21	I	387-396	45-46	II	277-282
22-36	I	396-401	12, 1-11	II	336-342
4, 1-4	I	401-403	12-16	II	347-353
5-42	I	404-415	17-19	II	353-359
43-45	I	417-421	20-36	II	410-417
46-54	I	421-424	37-50	II	417-423
5, 1-15	I	469-474	13, 1-17	II	479-484
16-47	I	474-485	18-30	II	484-491
6, 1-15	I	661-670	31-35	II	497-500
16-21	I	670-677	36-38	II	500-503
22-26	I	679-684	14, 1-11	II	504-509
27-33	I	684-687	12-24	II	509-514
34-47	I	687-691	25-31	II	515-518
48-59	I	691-696	15, 1-11	II	518-523
60-72	I	696-701	12-17	II	523-526
7, 1	II	9-16	18-16, 4	II	526-531
2-9	II	89-92	16, 5-15	II	532-536
10	II	92-96	16-24	II	536-540
11-31	II	113-119	25-33	II	540-544
32-39	II	119-121	17, 1-5	II	544-547
40-53	II	122-126	6-19	II	547-553
8, 1-11	II	126-130	20-26	II	553-558
12-20	II	130-135	18, 1a	II	559-563
21-30	II	135-139	1b	II	564-571
31-45	II	139-145	2-9	II	571-575
46-59	II	145-149	10-12	II	576-581
9, 1-12	II	150-153	13-14	II	581-586
13-34	II	153-160	15-27	II	592-599

Caps.	Vols.	Págs.	Caps.	Vols.	Págs.
19-24	II	581-586	38-42	II	670-674
28-38	II	607-615			
39-40	II	619-625	20, 1-10	II	693-697
			11-18	II	697-701
19, 1-11	II	625-632	19-23	II	713-719
12-16	II	632-636	24-31	II	719-724
17	II	636-641			
18-24	II	641-647	21, 1-14	II	725-730
25-30	II	654-661	15-23	II	730-736
31-37	II	665-670	24-25	II	746-749

INDICE DE MATERIAS

A

- Abandono (a la voluntad de Dios), II, 473.
- En Jesús, I, 387.
- Abluciones judaicas, II, 11.
- Abnegación propia, I, 511.
- Cristiana, II, 43.
- Condición para lograr el reino de Dios, II, 231.
- De los discípulos por el Maestro, II, 266.
- Actos (constituyen los hábitos), II, 95.
- Adopción de los hijos de Dios, I, 484.
- Adoración: De los pastores, I, 292.
- De los Magos, I, 306.
- En espíritu y verdad, I, 414.
- Adulterio, I, 523.
- Afectos (su orden), I, 651.
- Agradecimiento a Dios, I, 474.
- Agua. De la gracia, I, 413.
- Su conversión en vino, I, 372.
- Ahorro y administración, I, 669.
- Alabanzas (no debemos buscarlas), I, 452, 496 y 684.
- Alegoría, I, 176.
- Alegría (en las persecuciones), I, 511.
- Alimento espiritual, I, 148, 685.
- Alma. Su vida y alimento, I, 536.
- Su valor, II, 45, 70.
- Su dignidad, II, 72.
- Asiento de la justicia, II, 179.
- Imagen de Jesús, II, 237.
- Su ceguera (es ignorancia de la ley), II, 162.
- Ambición y envidia, II, 319, 320.
- «Amén» (su significado), I, 529.
- Amenazas (de Jesús a Jerusalén), II, 406.
- Amigos (de Jesús), II, 663.
- Amor. Del Padre al Hijo, I, 477.
- De Dios a los hombres, I, 392.
- De Jesús (perfectísimo), II, 266.
- De Jesús a los hombres, II, 482, 499, 552, 575.
- De Jesús a los niños, II, 303.
- De los hombres a Dios (debe ser íntegro), II, 106, 108.
- A Jesús, I, 496, 648; II, 144, 523, 664, 669, 692, 700.
- A la Madre de Jesús, I, 586.
- Al prójimo, II, 499.
- A los enemigos, I, 521, 523.
- Conyugal, II, 300.
- De las cosas presentes, I, 240.
- Amos cristianos, I, 551.
- Ana profetisa, I, 303.
- Anás, I, 98, 334; II, 582.
- Y Jesús, II, 582.
- Anatemas (de Jesús contra los fariseos), II, 309.
- Ancianos (miembros del Sinedrio), I, 88.
- Andrés apóstol, I, 364, 435, 666.
- Angeles. Aparición a Zacarías, I, 253.
- A María, I, 259.
- A José, I, 281, 314, 319.
- A los pastores, I, 292.
- A los Magos, I, 312.
- En la piscina probática, I, 470.
- A Jesús en el huerto, II, 568.
- En el sepulcro, II, 690.
- A la Magdalena, II, 698.
- Su intervención en las cosas humanas, I, 294.
- Custodios de las almas, II, 72.
- Su alegría por la penitencia del pecador, II, 238.
- Anunciación. Del Bautista (su concepción), I, 250.
- De María, I, 257.
- A los pastores, I, 292.

Apócrifos (evangelios), I, 33.

Apostolado, I, 413.

Sus virtudes características, I, 257, 420, 448; II, 143.

Entre los malos, I, 432, 567.

Modo de ejercerlo, I, 399, 433, 448, 567.

Sus exigencias, I, 403; II, 74.

Sus éxitos, II, 103.

Subordinación jerárquica, II, 38.

Apóstoles. Testigos de la enseñanza de Jesús, I, 439.

Su elección, I, 498.

Su número, I, 498.

Su misión, I, 635.

Su predicación, I, 652, 663.

Cualidades y defectos, I, 499; II, 71.

Sus grandes prerrogativas, II, 77, 234.

Poderes conferidos por Jesús, II, 716.

Su misión universal, II, 737.

Últimas enseñanzas de Jesús, II, 742.

El apóstol de Cristo. Su campo de acción, I, 567.

Sus trabajos, I, 513.

Apostolicidad (de la Iglesia), I, 606.

Arquelao, I, 86, 315, 319.

Arquitriclino, I, 372.

Arrepentimiento, II, 606, 646, 653, 700.

Inútil en el condenado, II, 256.

Ascensión (de Jesús a los cielos), II, 743.

Astucia y habilidad, II, 367, 469.

Atención (a la palabra de Dios), I, 593.

Autoridad, I, 576; II, 631.

Su responsabilidad, II, 117.

Avaricia, I, 493; II, 490.

Sus males, I, 532; II, 245.

Y caridad, I, 492.

Ayuno. De Jesús, I, 348, 350.

Su virtud, II, 61.

Modo de practicarlo, I, 462, 529-531.

Azotes (el castigo de la flagelación), I, 642.

B

Banquete. De Mateo a Jesús, I, 459.

De Dios a los hombres, II, 380.

En la parábola del hijo pródigo, II, 241.

Barca (de Simón, figura de la Iglesia), I, 439.

Barrabás, II, 621, 622.

Bartimeo (tipo adecuado de la humanidad), II, 334.

Bartolomé (su vocación al apostolado), I, 498.

Bautismo. Sus efectos, I, 390.

De Jesús y de Juan, I, 340.

De penitencia, I, 335.

Figurado en la probática piscina, I, 472, 473.

Lugar del de Jesús, I, 343.

Su símbolo, II, 153.

Bautista. Anunciación, I, 250.

Concepción, I, 255.

Nacimiento, I, 271.

Circuncisión, I, 271.

Vida oculta, I, 277.

Aparición en el Jordán, I, 333, 343.

Su misión, I, 335.

Vestido y alimento, I, 336.

Predicación, I, 337.

Característica de sus discursos, I, 338.

Su bautismo comparado con el de Jesús, I, 341.

Bautiza a Jesús, I, 343.

Belén, I, 287, 316.

Bendición de Jesús (en general), II, 745.

A los niños, II, 301.

Benedictus (cántico del), I, 374.

Benignidad de Jesús, II, 352.

Beso (símbolo de paz), II, 574.

De Judas, II, 572.

Betania (de Lázaro), I, 358; II, 336.

Lugar del Convite, II, 337.

De las orillas del Jordán, I, 355.

Betsaida (patria de Pedro y Andrés), I, 76, 664.

Curación del ciego, II, 32.

Julias, I, 664.

(Piscina de), I, 470.

- Bien. Dios lo saca del mal, I, 610.
 Tiempo de obrarlo, II, 153.
- Bienes. Espirituales, I, 686.
 Temporales, I, 618.
 Punto de contacto de todos, II, 74.
 Temporales de la Iglesia, II, 490.
- Bienaventuranza (qué es), II, 230.
- Bienaventuranzas, I, 507, 511.
 Programa de vida, I, 510.
- Blasfemia (contra el Espíritu Santo), I, 578, 582.
- Boda, I, 113, 280, 370.
 De Caná, I, 369.
 Divina, II, 379.
- C**
- Cadáver (su sepultura en Oriente), I, 553.
- Cafarnaúm, I, 148, 374.
 Su distancia de Caná, I, 422.
 Su carácter cosmopolita, I, 431.
 Su ignominia, II, 98.
 Curación del paralítico, I, 454.
- Caída, II, 503, 570, 597.
- Caifás, I, 98, 110, 334; II, 582, 587.
 Profeta, II, 279.
 Rasga las vestiduras, II, 589.
- Calumnia, II, 705.
- Camino. Jesús, II, 508.
 De la vida, II, 380.
 Los que conducen a Jesús, II, 122.
- Campo de Jacob, I, 405.
- Caná. Bodas, I, 369.
 Descripción, I, 75, 370.
- Cananea, II, 17.
 Su plegaria, II, 18.
 Prueba de Jesús, II, 19.
 Su fe, II, 19.
 Su humildad, II, 20.
 Curación de su hija, II, 19.
- Canon bíblico, I, 28.
- Carácter (de los judíos), I, 126.
- Carisma (gracia espiritual), II, 739.
- Carmelo (Monte), I, 76.
- Carne, I, 118.
 Sus deseos; debemos reprimirlos, I, 523.
- Caridad, II, 453, 482.
- Cristiana, II, 271.
- Cristo, II, 78.
- Divina, II, 118.
- De fraternidad, I, 440, 537, 539, 546, 571.
 De Jesús, I, 500; II, 34.
 Sus efectos, I, 568.
 Debe ejercerse con todos, II, 225, 271.
 Con el prójimo, I, 496, 546, 570; II, 219.
 Elemento de orden social, I, 340.
 Nos une a Dios, II, 78.
- Casa (estructura de la oriental), I, 455.
- Castigo. De los impenitentes, I, 598.
 De los malos, II, 375-465.
 De los pueblos que rechazan el Evangelio, I, 640.
 De Zacarías, I, 254.
 Sigue a las gracias dilapidadas, II, 100.
- Castigos eternos. Su terribilidad, II, 183.
- Catolicidad de la Iglesia, I, 449.
- Ceguera espiritual, I, 583; II, 16.
- Celo, I, 400, 598, 659; II, 531, 535, 551, 660, 729, 746.
 De Dios, I, 598; II, 16.
 Imprudente, II, 73.
- Cenáculo, I, 115; II, 473, 474.
- Censo de Cirino, I, 286.
- Centurión. Del Calvario, II, 662.
 De Cafarnaúm. Su oración, I, 549.
 Amor a su siervo, I, 551.
 Su humildad profunda, II, 217.
- César, I, 334.
 El edicto del, I, 286.
 El tributo al, II, 380.
- Ciego. Curación de Bartimeo, II, 333.
 Curación del de Betsaida, II, 32.
 Curación de dos, II, 627.
 Tipo de la humanidad, II, 334.
 Espiritual, II, 137.
 Sus ansias de la verdad, II, 162.
- Cielo, I, 676; II, 478, 494, 499, 359, 543, 668.
 Promesa, II, 504.

- Señal, II, 29.
 Luchar para adquirirlo (*V. Gloria*), II, 252.
 Ciencia. De Dios, II, 162, 392, 489.
 De Jesús, II, 443.
 Cilicio y ceniza (simbolismo), II, 99.
 Cíngulo, I, 117.
 Circuncisión. Noción, I, 295.
 Sus aspectos, II, 116.
 Lección de dolor, I, 297.
 Bautismo, I, 297.
 De Jesús, I, 297.
 Bautista, I, 271.
 Cireneo (Simón), I, 636.
 Cizaña (parábola de la), I, 595.
 Son los pecadores, I, 597.
 Codicia, II, 95.
 Codicioso (debe socorrer al pobre), II, 188.
 Colonos (parábola de los), II, 370.
 Comida. Del Bautista, I, 336.
 De los judíos, I, 117.
 Simbólica en el lago de Tiberíades, II, 728.
 Acción de gracias antes de ella, I, 669.
 Comodidades temporales, I, 513.
 Compasión. De Jesús, II, 27.
 Acto de caridad cristiana, II, 271.
 Comunión, II, 729.
 Bajo las dos especies, I, 693.
 De los párvulos, I, 693.
 Humildad en su recepción, I, 551.
 Con Jesús, II, 209.
 Conciencia, I, 522; II, 598, 614, 624, 635.
 Concupiscencia, I, 659; II, 388, 453.
 Condenado (su desesperación), II, 256.
 Condescendencia cristiana, I, 413.
 Confesión. De Pedro, II, 36.
 Pública de la fe, I, 650; II, 40.
 Confianza. En Dios, I, 317, 554, 610, 611, 650, 675; II, 292.
 En Jesús, II, 52.
 En la oración, II, 78, 508, 522, 735.
 Vana, I, 544.
 Confirmación (Sacramento de la), I, 654.
 Congojas. De San José, I, 279.
 De Marta, II, 111.
 Conocimiento. Propio, I, 359, 539.
 De Cristo, II, 118.
 De Jesús, II, 60, 326.
 Constancia, II, 323, 665.
 De ánimo, I, 510.
 En seguir a Jesús, I, 489.
 En la oración, II, 78.
 Consuelo (en las luchas de apostolado), I, 598.
 Contemplación de Dios, II, 51.
 Contradicciones, I, 650.
 Conversación cristiana, I, 582.
 Cooperación. De buenos y malos, II, 74.
 A los dones de Dios, II, 458.
 A la gracia, I, 597.
 Corazón. De Dios, II, 292.
 De Jesús, sensible al dolor, II, 270.
 Sentido bíblico, II, 15.
 Manera de prepararlo para Dios, I, 337.
 Morada de Dios, I, 337.
Corban, II, 15.
 Cordero. Su simbolismo en el Antiguo Testamento, I, 218.
 Jesús, I, 254, 220, 359.
 Coronación de espinas, II, 627.
 Corozáin, I, 76.
 Corrección. Fraternal, II, 75.
 Oficio de caridad, II, 78.
 Costumbres judías, I, 113.
 Creación (sus relaciones con el Verbo), I, 234.
 Cristianismo (su espíritu), I, 511.
 Cristiano. Su dignidad, I, 561.
 Es hijo de Dios, II, 144.
 Cristo. Ungido, I, 151.
 Hijo y Señor de David, II, 391.
 Su segunda venida, II, 438.
 La fe en él, II, 281.
 Puerta del redil, II, 168.
 Crucifixión de Jesús, II, 642.
Crurifragium, II, 666.
 Cruz, II, 637.
 Su título, II, 644.
 Simbolizada en la serpiente de

bronce, I, 395.
 Efectos, I, 395.
 Amor del cristiano a ella, I, 395.
 Cómo debemos tomarla, I, 651.
 Precede a la gloria, II, 289.
 Cuarentena (monte de la), I, 349.
 Culto externo (Dios no lo desprecia), I, 461.
 Curación. El ciego de Betsaida, II, 32.
 De muchos enfermos, II, 23.
 La hija de la Cananea, II, 20.
 Los diez leprosos, II, 282.
 El sordomudo, II, 21.
 Espiritual, sus condiciones, I, 457.
 Curiosidad, II, 617.

D

Deber. Su rectitud, II, 210.
 Sacrificios que impone, I, 403.
 Decápolis, I, 447; II, 21.
 Dedicación (fiesta de la), I, 101.
 Defectos individuales, II, 152.
 Demoníaco, I, 194.
 Demonio. Su número y su poder, I, 195, 616.
 Su crueldad, I, 194; II, 160.
 Su debilidad, I, 442.
 Su propiedad es ensuciar, I, 442.
 No puede dañar sino a los que se le acercan, I, 445, 617.
 Su expulsión, I, 196; II, 61.
 Su homenaje forzoso a Jesús, I, 495.
 Denario (su valor), I, 685.
 Descanso Dominical, I, 497, 493, 668; II, 204.
 Necesario, I, 668.
 Racional, I, 668.
 Sabático, I, 488, 490.
 Desconfianza (en las propias fuerzas), I, 610; II, 109.
 Desesperación (de Judas), II, 603, 606.
 Deudor. Ante el prójimo, II, 82.
 Ante la justicia de Dios, II, 82.
 Día festivo. Su santificación, I, 668.
 Diablo (Véase *Demonio*), I, 598.
 Diáspora, I, 80, 125.
 Diezmo, II, 404.
 Dignidad. De los apóstoles, II, 94.
 Del cristiano, I, 561.
 En seguir a Jesús, II, 335.
 En seguir a Jesús, II, 335.
 Diligencia, II, 523.
 Apostólica, I, 571.
 Con los niños, II, 68.
 En acudir a Jesús, II, 335.
 Dinero, II, 470, 705.
 Dios. Ausencias aparantes, I.
 Bondad, II, 267, 292, 333.
 Ciencia, II, 184.
 Dignación con nosotros, II, 219.
 Generosidad, II, 88.
 Grandeza, I, 611.
 Intervención en nosotros, I, 618.
 Justicia, II, 289, 291.
 Misericordia, II, 238, 244.
 Paternidad, I, 536; II, 189, 313.
 Política divina, II, 125.
 Proceder con el pecador, II, 244.
 Providencia, I, 536.
 Reino, II, 285.
 Sabiduría, II, 188.
 Nuestro amigo, II, 174.
 Dueño de nuestra vida, II, 188.
 Ideal del hombre, I, 523.
 Maestro del hombre, I, 691.
 Señor nuestro, II, 249.
 Ideal de nuestro corazón, II, 244.
 No es aceptador de personas, II, 230.
 Su providencia universal, II, 183.
 Su obra es de iluminación, II, 237.
 Remunerador de nuestras obras, II, 313.
 Premia los deseos de servirle, II, 327.
 Remedia nuestras necesidades, II, 23.
 Saca bienes de los males, I, 611.
 Buscarlo en nuestro espíritu, I, 669.
 Discípulos de Jesús, I, 363.
 Antecesores de los presbíteros actuales, II, 99.
 Pruebas, I, 611.
 Virtudes, I, 489.
 Apariciones de Jesús, II, 707,

I

Identidad. De Jesús con el Padre, II, 420, 508.
De las doctrinas de Jesús y del Padre, II, 118.
Idioma, I, 125.
Iglesia. Unidad, I, 576.
Santidad, I, 385.
Catolicidad, I, 449.
Apostolicidad, I, 606.
Simbolizada por la nave, I, 610.
Ella y el reino de los cielos, I, 596, 599, 600, 604.
Campo de Dios, II, 16.
No bastaba pertenecer a su cuerpo, I, 606.
Sus perseguidores, I, 320.
Impugnada por la mala voluntad de los hombres, I, 458.
Ignorancia (sus males), II, 162, 388.
Iluminación por la fe (es gradual), II, 34.
Imitación. De Jesús, I, 420.
De la pecadora arrepentida, I, 567.
Impenitencia, I, 582, 598.
Inclinaciones perversas, I, 317.
Incredulidad, I, 576; II, 421, 508, 531, 601, 665, 722.
Sus efectos, II, 138.
Igual a condenación, I, 395.
De los hombres, II, 339.
De los judíos, I, 482.
Indisolubilidad del matrimonio, II, 296.
Infancia de Jesús, I, 285, 327, 430.
Infierno, I, 474.
Puerta del II, 38.
Ingratitud, II, 380, 614, 615.
Del deudor cruel, II, 81.
De Jerusalén, II, 79.
Injuria. Parábola, II, 79.
Perdón de ella, II, 77, 257.
Injurias a Jesús en la Cruz, II, 649.
Injusticia, II, 584, 607, 625, 635, 705.
Inmutabilidad de Jesús, II, 740.
Inocencia del niño, II, 303.
Inocentes (la degollación), I, 316.

Inquietud (sus efectos), II, 189.
Inspiración bíblica. Noción, I, 6, 16.
El hecho, I, 21.
Intenciones de Dios en ella, II, 334.
Instrucción religiosa, I, 232.
Inteligencia (entenebrecida), I, 583.
Y fe, I, 700.
Intención (ojo del alma), I, 536.
En las buenas obras, I, 530, 536.
Intereses (subordinar los humanos a los divinos), I, 329.
Invitados. Sus excusas, II, 230.
Ira (vicio capital), II, 359.
Isabel y Zacarías, I, 251.
Israelitas. Su conducta con Jesús, II, 180.
Privilegio de los Pontífices, II, 279.

J

Jacob. Campo de, I, 405.
Pozo de, I, 75, 407, 408, 418.
Jairo. Su fe profunda, I, 623.
Curación de su hija, I, 624.
Jerarcas. Su hegemonía, II, 120.
Acuerdan la muerte de Jesús, II, 278.
Jerarquía. En el Antiguo Testamento, I, 98.
Sus poderes, I, 635.
Jerusalén, I, 74, 81, 382.
Situación geográfica, II.
Entrada triunfal de Jesús, II, 349.
Jesús llora sobre ella, II, 357.
Su ingratitud, II, 358.
Predicción de su ruina, II, 355, 406.
Signos precursores de su destrucción, II, 432.
Jesús. Hijo de Dios, en las Escrituras, I, 134.
En los Sinópticos, I, 135.
En San Juan, I, 137.
Pruebas de su divinidad, I, 137, 456, 483, 554; II, 149, 220, 272.
Honrar al Hijo es honrar al Padre, I, 484.

- Poder igual al Padre, I, 483.
 Resurrección y vida, II, 272.
 Obra la justificación con la gracia, I, 554.
 Conserva lo que el Padre le dio, II, 219.
 Origen de Jesús, II, 629, 631.
 Hijo del hombre, en las Escrituras, I, 140.
 En los Evangelios, I, 141.
 Naturaleza humana de Jesús, I, 142, 242.
 Las relaciones de Jesús, I, 143.
 La vida ordinaria de Jesús, I, 148.
 Ora como hombre y obra como Dios, II, 275.
 Justeza en las obras, II, 276.
 Refiere todo a las postrimerías, II, 341.
 Con él o contra él, I, 576.
 Ausencia aparente, I, 675.
 Mesías, Cristo de Dios, I, 151.
 Las profecías mesiánicas, I, 152.
 Se declara el Mesías, I, 157.
 «La gran Luz» del Mesías, I, 433.
 Su vida, II, 272.
 Su respeto a la Ley, II, 284.
 Dispone a sus apóstoles para el apostolado, II, 282.
 Sus fatigas en la predicación, I, 412.
 Lleno de espíritu de Dios, I, 429.
 Maestro, I, 159.
 El Antiguo Testamento y el Magisterio del Mesías, I, 160.
 En el Evangelio, I, 162.
 Caracteres personales de Jesús Maestro, I, 163.
 Los discursos de Jesús, I, 170.
 Sus parábolas, I, 174.
 Su palabra es de fe, II, 34.
 Su respuesta a la incredulidad, II, 66.
 Su pedagogía, I, 457, 474; II, 65, 178, 266.
 Regla infalible de verdad, II, 162.
 Su palabra, I, 464; II, 204, 336.
 Condena la codicia, II, 95.
 Extensión de su precepto, II, 233.
 Su sabiduría privada, II, 320.
 Autor de la oración, II, 173.
 Dechado de predicadores, I, 420.
 Eficacia de su palabra, I, 457.
 Taumaturgo, I, 184.
 Los milagros del Evangelio en general, I, 189.
 De los demoníacos en particular, I, 194.
 Los milagros demuestran su mesianidad, I, 561.
 Cura al hidrópico, II, 226.
 Su conducta con el ciego, II, 335.
 Profeta: la profecía de Israel, I, 200.
 Jesús profeta en el Evangelio, I, 202.
 Principales profecías de Jesús, I, 203.
 Su predicción cumplida, II, 197.
 Su sagacidad con los enemigos, II, 220.
 Previene nuestro arrepentimiento, II, 244.
 Escrutador de corazones, I, 457.
 Pastor: sentido simbólico de Pastor en el Antiguo Testamento, I, 205.
 Jesús Pastor en los Evangelios, I, 207.
 Delicadeza de su amor, II, 272.
 Su amor eficaz, II, 266.
 Sus lecciones de caridad, II, 273.
 Pastor rico y misericordioso, II, 237.
 Fuente de piedad, II, 272.
 Tesoros de bondad y riqueza, II, 332.
 Pastor bueno, II, 167.
 Tiene abundantes pastos, II, 168.
 Se nos da en comida, II, 230.
 Rev y Mesías, I, 209.
 Jesús Rey en los Evangelios, I, 210.
 Naturaleza del Reino de Jesús, I, 211.
 Juzga según el espíritu, II, 134.
 Hará públicas nuestras obras, II, 184.
 Su providencia y gobierno, II, 197.

- Desprecia honores y alabanzas, I, 452.
 Justicia de Jesús, I, 485.
 Jesús y su herencia, I, 691.
 Llena de dones a los humildes, II, 227.
 Sacerdote: el sacerdocio del Mesías en el Antiguo Testamento, I, 214.
 Jesús sacerdote en el Evangelio, I, 216.
 Su misericordia con los pecadores, II, 204, 237.
 Su oración, II, 275.
 Intercede por nosotros, II, 127.
 Cordero: el cordero simbólico en el Antiguo Testamento, I, 218.
 El Cordero Jesús en el Evangelio, I, 220.
 Espíritu de pobreza, I, 448.
 Salud de los enfermos, II, 266.
 Bondad y benignidad, II, 392.
 Perdona a los que le matan, II, 139.
 Su humildad, II, 118.
 Su magnanimidad, II, 138.
 Su bondad y generosidad, II, 313.
 Da la vida voluntariamente, II, 168, 319.
 Ansiaba su Pasión para redimirnos, II, 196.
 Jonás, I, 580.
 Jordán. Su región, I, 76, 335.
 Aparición del Bautista, I, 333, 337.
 José, esposo de María, I, 249.
 Varón justo, I, 283.
 Padre putativo de Jesús, su gozo, I, 283.
 Congojas, I, 279.
 Sueño, I, 281.
 Aparición del ángel, I, 314.
 Huida a Egipto, I, 315.
 Orden de regreso, I, 315.
 Muerte, I, 631, 689.
 José de Arimatea, I, 671.
 Joyas, I, 118.
 Juan, apóstol. Vocación, I, 364, 438.
 Visita al sepulcro, II, 693.
 Su futura suerte, II, 732.
 Epílogo de su Evangelio, II, 746.
 Cuestión juanista, I, 59.
 Judas Iscariote. Vocación, I, 498.
 Por qué fue apóstol, I, 500.
 Ladrón, seguía a Jesús, II, 341.
 Traición, II, 468.
 Salida del cenáculo, II, 489.
 En Getsemaní, II, 571.
 El beso, II, 572.
 Desesperación v suicidio, II, 603.
 Judas Tadeo. Vocación, I, 497.
 Judea, Geografía, I, 73.
 Estado político en el comienzo de la vida pública de Jesús, I, 334.
 Judíos. Su distinción de los samaritanos, I, 408.
 Sus oficios manuales, I, 120.
 Su incredulidad, I, 483.
 Su discordia, II, 123.
 En el templo con Jesús, I, 385, 474.
 Su ánimo hostil al Salvador, II, 265.
 Su rencor y odio, II, 114.
 Su duelo por los difuntos, II, 269.
 Algunos creen en Jesús, II, 278.
 Juez. Parábola del Juez y la viuda, II, 290.
 Jesús, juez supremo, II, 464.
 Juicio. Humano, II, 126.
 Temerario, I, 539.
 Particular, II, 380, 446.
 Final. Signos precursores, II, 436.
 Tiempo de la ruina del mundo, II, 443.
 Aparición del Hijo del hombre, II, 438.
 La sentencia, II, 463, 465.
 Sobre el prójimo, I, 539.
 Juramento, I, 519, 660.
 Justicia. Su recto juicio, II, 251.
 Exige conciencia pura, II, 129.
 Farisaica, I, 516, 523.
 Cristiana, I, 516, 523.
 Obstáculos a su logro, I, 546.
 De Dios eterna, II, 82, 291, 326.
 Justificación, II, 664.
 Justos y pecadores, II, 257.

L

- Ladrón. Parábola, II, 444.
 Ladrones. Quiénes son, II, 168.
 Modo de librarse de ellos, II, 108.
 Los crucificados con Jesús, II, 651.
 Lágrimas y amor en la penitencia, II, 567.
 Lanzada de Jesús, II, 667.
 Lavatorio a los apóstoles, II, 480.
 Lázaro. Parábola del rico Epulón, II, 253.
 El hermano de Marta y María; su enfermedad, II, 264.
 Descripción de su sepulcro, II, 273.
 Su resurrección, II, 275.
 Consecuencias de ésta, II, 277.
 Testimonio vivo del poder de Jesús, II, 342.
 Lazo. Parábola, II, 445.
 Lealtad e hipocresía. Su reconocimiento final, II, 183.
 Legión, II, 614.
 Legislación del pueblo hebreo sobre el divorcio, II, 296.
 Legisladores malos. Su crueldad, II,
 Lepra, I, 123, 450.
 Leproso. Curación de uno, I, 450.
 Curación de los diez, II, 283.
 Confiesa el poder de Jesús, II, 284.
 Levadura. Su simbolismo, I, 601.
 Parábola, I, 600.
 Levirato (ley del), I, 248; II, 386.
 Levitas, I, 98.
 Ley. De Dios (inmutable), I, 522.
 Mosaica y de Jesús, I, 513.
 Su jerarquía, I, 488.
 Su observancia, II, 15.
 Su menosprecio, II, 16.
 Su infracción, II, 115.
 Del talión, I, 520.
 Del divorcio, I, 519.
 Del reposo sabático, I, 488, 491.
 Antigua despreciada por los fariseos, II, 250.
 Observada por Jesús, II, 284.
 Ley de vida cristiana, II, 289.

- Liberalidad. De Dios, II, 331, 458.
 En la retribución, II, 312, 313.
 Libertad. Su naturaleza, II, 143, 552.
 Su fuerza, II, 125.
 Influencia del organismo en ella, II, 152.
 La del hombre es un misterio, I, 554.
 Su abuso endurece el corazón, II, 257.
 Efectos de su abuso, II, 138.
 Puede separarnos de Dios, I, 700.
 Libertad de los hijos de Dios, II, 65.
 Limosna. Su excelencia, I, 525, 529, 669; II, 409, 410.
 Su fecundidad, I, 493; II, 179.
 Limpieza espiritual, I, 535.
 Lirios (del campo), I, 534.
 Longinos, II, 667.
 Lucas. Título de su evangelio, origen y lengua, I, 8-14.
 Su prólogo, I, 229.
 Orden que sigue, I, 231.
 Lujuria, I, 659.
 Luz. Naturaleza, II, 417.
 De Dios, I, 581.
 De Jesús, II, 420.
 Del mundo (los discípulos de Jesús), I, 512.

M

- Macabeo, I, 84.
 Madre de Jesús, I, 143.
 La madre y hermanos de Jesús, I, 584.
 Maestro. Jesús, I, 159, 162.
 Maestros malos, II, 180.
 Magdalena. Su personalidad y su conversión, I, 564.
 Su amor a Jesús, II, 340.
 Junto a la Cruz, II, 655, 663.
 En el Sepulcro, II, 694, 695.
 Aparición del ángel y de Jesús. (Véase *María*), II, 698.
 Magisterio (necesidad de adoptar el de Jesús), II, 104.
 Magnificat (cántico de la Virgen), I, 267.
 Magos. Adoran a Jesús en Belén, I, 306.
 Vuelven a su país, I, 312.

- Su obediencia a la gracia, I, 312.
 En ellos todo coopera al bien, I, 312.
 Ejemplos de humildad, I, 313.
 Perseverancia en el bien, I, 376.
 Mal (Dios saca de él el bien), I, 610.
 Malco, II, 577.
 Maldad, II, 340.
 Maldición, II, 362, 367.
 De la higuera estéril, II, 360.
 Del pueblo judío; su cumplimiento, II, 431.
 Maldiciones, I, 510.
 Las de Jesús a las ciudades del lago, II, 97.
 Males temporales. A veces son fuente de los espirituales, I, 618.
 Del abuso de las riquezas, II, 253.
 Malos (su unión contra los buenos), II, 55.
 Maná, I, 686.
 Mandamientos, II, 305.
 Su necesidad, II, 309.
 Camino para la vida eterna, II, 309.
 Primero, II, 391.
 Segundo, II, 391.
 Cuarto, II, 12.
 Quinto, I, 516.
 Sexto, I, 518.
 Manjar (que no perece), I, 686.
 Mano seca. Curación, I, 492.
 Mansedumbre, I, 643.
 De Jesús, II, 352.
 Manto, I, 117.
 Maqueronte (fortaleza), I, 402, 656.
 Marcos (su evangelio), I, 49.
 Margarita (parábola), I, 604.
 María, Madre de Jesús. Esposa de José, I, 249, 258.
 Anunciación, I, 257.
 Visita a Isabel, I, 264.
 Purificación, I, 298.
 En las bodas de Caná, I, 370.
 Junto a la Cruz, II, 655.
 Sus relaciones con Jesús, I, 143.
 Maternidad divina, I, 586.
 Madre universal, II, 655.
 Su poder de atracción en favor nuestro, I, 375.
 Su intercesión, I, 375.
 María de Cleofás (junto a la Cruz), I, 655.
 María Magdalena, II, 111.
 Marías (diversas opiniones sobre las tres), I, 564.
 Marta, II, 274.
 Matatías, I, 84.
 Mateo. Vocación, I, 459.
 Banquete a Jesús, I, 459.
 Vocación al apostolado, I, 497.
 Humildad, I, 461.
 Su genealogía de Jesús, I, 241.
 Comparación con la de Lucas, I, 244.
 Conciliación de ambas, I, 246.
 Matrimonio, I, 113, 369; II, 376.
 Indisolubilidad, II, 297, 300.
 Libertad para contraerlo, II, 305.
 Grandeza del matrimonio cristiano, I, 375.
 Medicina, I, 123.
 Médico (divino y hombres médicos), I, 124.
 Medidas (de los judíos), I, 122.
 Mensajeros de Dios, I, 639.
 Mentira. Dios no la firma, II, 159.
 Sus predicadores, II, 168.
 Mercaderes (su expulsión), I, 382; II, 361.
 Merecimientos (Dios los premia), II, 193.
 Mérito, II, 311.
 Mesianismo, I, 154.
 Mesías, I, 151, 156, 427.
 Jesús Mesías, demostrado por sus obras, II, 216.
 Reconocido por los dóciles, II, 217.
 Falsos, I, 482.
 Iluminados, II, 131.
 Metreta, I, 372.
 Milagros, II, 418, 663, 723.
 Su razón, I, 640.
 Su fin apologetico, I, 424.
 Su doble efecto, I, 375.
 Significación espiritual, II, 322.
 Condición de la mente humana en su estimación, I, 394.
 Milagros de Jesús. Su existencia, I, 184.

- Nombre y naturaleza, I, 189.
 Carácter, I, 190.
 Objeto, I, 191.
 Simbolismo, I, 192.
 Clases y número, I, 192.
 Sobre los elementos y seres no dotados de razón, I, 193.
 El agua trocada en vino, I, 372.
 Las dos pescas milagrosas, I, 433; II, 726.
 La tempestad calmada, I, 607.
 Dos multiplicaciones de panes, I, 661; II, 24.
 Marcha de Jesús sobre las aguas, I, 670.
 La higuera seca, II, 359.
 Obrados sobre los hombres. El hijo del régulo de Cafarnaúm, I, 421.
 La suegra de San Pedro, I, 443.
 El leproso, I, 449.
 El paralítico de Cafarnaúm, I, 453.
 El hombre de la mano seca, I, 492.
 El siervo del Centurión, I, 449.
 La hemorroísa, I, 621.
 La hija de la cananea, II, 19.
 El sordomudo, II, 21.
 El ciego de Betsaida, II, 32.
 El ciego de nacimiento, II, 153.
 Los dos ciegos, I, 626.
 El hidrópico, II, 223.
 Los diez leprosos, II, 288.
 Los ciegos de Jericó, II, 333.
 La curación de Malco, II, 577.
 Lanzamiento de demonios. El poseso de la sinagoga de Cafarnaúm, I, 441.
 El endemoniado ciego y mudo, I, 571.
 Los posesos de Gerasa, I, 611.
 El joven poseso, II, 55.
 La mujer encorvada, II, 201.
 Muertos resucitados. El hijo de la viuda de Naím, I, 552.
 La hija de Jairo, I, 619.
 Lázaro, II, 273.
 En la muerte de Jesús, II, 662.
 Minas (parábola de las diez), II, 327.
 Ministerio sacerdotal. Características, I, 419.
 Descuidos, I, 598.
 Dignidad, I, 513.
 Frecuencia con que podemos ejercerlo, I, 403.
 Incomodidades, I, 413.
 Ec independiente de las relaciones de carne y sangre, I, 585.
 Oportunismo prudente, I, 593.
 Responsabilidad, I, 513, 635.
 Severidad prudente, I, 602.
 Solidaridad con los superiores, I, 635.
 Sumisión jerárquica, I, 668.
 Ministerios. Su diferencia, II, 111.
 Unión con Jesús, I, 654.
 Ministros. De Dios; su formación, I, 499.
 Oírles, I, 337.
 De Jesús; su responsabilidad, Dignidad y deberes, I, 513.
 De la justicia; sus cualidades buenas, II, 125.
 Misa, I, 485.
 Misericordia. De Dios, II, 54, 74, 80, 367, 435, 535, 660.
 De Jesús, I, 675.
 Del sacerdote con el pecador, I, 567.
 Divina y humana, I, 270.
 Sacrificio, I, 461.
 Sigue a la naturaleza, II, 109.
 Obras de misericordia, II, 157.
 Misión, II, 718.
 Del Bautista, I, 335.
 De los apóstoles, II, 737.
 Misterio. De la Encarnación, I, 260.
 Su revelación a José, I, 280.
 De la gracia y la libertad, II, 313.
 Mito, I, 177.
 Mobiliario (de los judíos), I, 115, 116.
 Modestia. Practiquémosla, II, 23.
 Nada hay comparable a ella, II, 226.
 Monedas (de los judíos), I, 121.
 Monte. De una aparición en Galilea, II, 737.
 De las bienaventuranzas, I, 176, 500.
 Carmelo, I, 176.

De la Cuarentena, I, 349.
 Garizim, I, 75, 480.
 Sinaí, I, 503.
 Tabor, I, 176.
 Mortificación, I, 651; II, 267, 474, 522, 660.
 Mostaza (simbolismo y parábola), I, 599, 601.
 Muerte, I, 123; II, 443, 445, 450, 518, 652, 735.
 Inminencia, I, 341.
 Debemos tenerla presente, II, 233.
 Su hora es impensada, II, 193.
 Es un sueño, I, 626; II, 267.
 Cuál es la verdadera, II, 148.
 La de la carne y vida del espíritu, II, 289.
 Jesús nos enseña a llorarla, II, 272.
 Jesús triunfa de ella, II, 273.
 De Jesús decretada por los jeharacas, II, 278.
 La de Herodes el Grande, I, 128.
 Mujer. La adúltera, II, 126.
 Mujeres. Junto a la Cruz, II, 655.
 Van al Sepulcro, II, 687, 689.
 Aparición del ángel, II, 689.
 Regreso a la ciudad, II, 691.
 Aparición de Jesús, II, 702.
 Perversas, I, 659.
 Mundanos. Su astucia para lo malo, II, 248.
 Su despreocupación de lo futuro, II, 91.
 Mundo. Su odio a Jesús, II, 526.
 Su destrucción, II, 441.
 Murmuración (de los discípulos), II, 338.

N

Naamán, I, 428.
 Nacimiento. De Jesús, I, 128.
 Su anunciación a los pastores, I, 285.
 Del Bautista, I, 271.
 Naím, I, 552.
 Nardo (esencia), II, 337.
 Natanael (su vocación al apostolado), I, 366, 498.
 Naturaleza. Del Verbo, II, 631.

Humana de Jesús, I, 142; II, 24.
 Dignidad de la humana, II, 331.
 Del Sumo Sacerdocio, II, 278.
 Nazaret. Geografía, I, 76, 258, 319.
 Primer viaje de Jesús, I, 425.
 Segundo, I, 630.
 Nazaretanos, I, 287.
 Necedad, II, 453.
 Neomenia, I, 99.
 Nicodemo. Su personalidad, I, 388.
 Conferencia con Jesús, I, 387.
 Su idea sobre Jesús, I, 389.
 Defiende a Jesús, II, 124.
 En el descendimiento de la Cruz, II, 670.
 Ninivitas, I, 582.
 Niños. Uno de sus juegos en tiempos de Jesús, I, 560.
 Su inocencia, II, 302.
 Imitarla, II, 67.
 Jesús los bendice, II, 301.
 Su amor a ellos, II, 302, 303.
 Nombre: De Jesús; su valor, I, 142, 675; II, 450.
Nunc dimittis (cántico de Simeón) I, 300.
 Nupcias (ceremonia), I, 163.
 (Véase *Boda*), I, 113.

O

Obediencia. Su naturaleza, II, 140, 473.
 Pronta y total a Dios, I, 256, 442.
 Obolo (de la viuda), II, 408.
 Obras. Buenas con fe, I, 511.
 Buenas sin fe, I, 686.
 Perseverancia en el bien obrar, I, 271.
 Necesidad de las obras buenas, I, 511, 603.
 Su premio, II, 74.
 Obstinación mental, I, 576.
 Ocasiones de pecar, I, 478.
 Ociosidad, II, 201.
 Odio (del mundo), II, 526.
 Opiniones (distintas sobre Jesús), II, 39.
 Oportunidad (para obrar el bien), I, 412.
 Oportunismo en la enseñanza, I, 593.

Oposición (entre Jesús y el demonio), I, 442.

Oración. Su naturaleza, I, 499, 524, 530, 531, 541, 675.

Sus condiciones, I, 424, 452, 499, 541; II, 363.

Sus modos, II, 173, 546, 562, 514.

En general, II, 60.

Perseverante, I, 541; II, 20, 173, 291.

Eficaz, II, 77, 292.

Oración y ayuno, I, 353.

A ejemplo de Jesús, I, 448, 669.

Sacerdotal de Jesús, II, 544.

Orden (sacramento), I, 650.

Orgullo (de los judíos), I, 482.

Ostentación, II, 397.

Ovejas (entre lobos), I, 643.

P

Padre de familias, II, 209, 313.

Padre Eterno. Su voz en el bautismo de Jesús, I, 345.

En la transfiguración, II, 50.

Identidad con el Hijo, I, 477.

En su mesa celestial, II, 230.

Padrenuestro (el), I, 527.

Su valor, I, 529.

Lugar de su promulgación, I, 529.

Palabra. De Dios. Su naturaleza, II, 144.

Su difusión, I, 420.

Su inteligencia, I, 593.

Disposiciones para oírla, I, 430, 438, 593.

De Jesús, II, 442, 713.

Es la misma palabra de Dios, II, 144.

Sus efectos, II, 20.

De Jesús en la Cruz, II, 648.

Ociosa e inútil, I, 582.

Palestina. División geográfica, I, 72.

División política, I, 73.

Clima, fauna y flora, I, 76.

Estado político en el comienzo de la vida pública de Jesús, I, 334.

Pan. Azimo, I, 100, 118.

Espiritual, II, 27.

El de la Eucaristía, I, 690.

Panes: De la proposición, I, 483.

Primera multiplicación, I, 666.

Segunda multiplicación, II, 24.

Parábolas. Ocasión de ellas, I, 174.

Su naturaleza, I, 175.

Elementos, I, 176.

Fundamento y fin, I, 178.

Número, I, 180.

Interpretación, I, 181.

Por qué Jesús hablaba en parábolas, I, 601.

Del reino de Dios. El sembrador, I, 588.

La semilla que germina sola, I, 595.

La cizaña, I, 595.

El grano de mostaza, I, 599.

La levadura, I, 600.

El tesoro oculto, I, 603.

La margarita, I, 604.

La red, I, 604.

Los dos hijos enviados a la viña, II, 368.

Los obreros de la viña, II, 310.

Los colonos homicidas, II, 368.

La gran cena, II, 227.

De los miembros del reino y sus deberes. La higuera estéril, II, 199.

El fariseo y el publicano, II, 292.

El rico insensato, II, 184.

Las diez vírgenes, II, 450.

Los cinco talentos, II, 455.

Las diez minas, II, 327.

El buen samaritano, II, 105.

El administrador infiel, II, 245.

El mal rico, II, 252.

El siervo sin entrañas, II, 79.

Los dos siervos, II, 189.

El juez inicuo, II, 290.

El amigo impertinente, II, 171.

Los dos deudores, I, 562.

De las relaciones entre el jefe del reino y sus súbditos. La oveja perdida, II, 235.

El dracma perdido, II, 235.

El hijo pródigo, II, 238.

Paralítico. El de Cafarnaúm, I, 453.

El de la piscina, I, 473.

- Pascua. Fiesta judaica, I, 100.
- Pasión de Jesús. Predicciones, II, 40, 61, 314, 364, 466, 544.
Historia de la Pasión, II, 564.
Dominante, II, 469.
Propasión o inclinación, I, 424.
- Pasiones. Su naturaleza, II, 575, 640.
Obstáculo para el bien, II, 118.
Debemos reprimirlas, I, 523.
Su santificación, I, 386.
En Jesús, I, 386.
- Pastores. La anunciación de la Buena Nueva, I, 289.
La adoración de Jesús, I, 292.
Inocencia, I, 292.
El Buen Pastor, II, 167.
El Pastor supremo de la Iglesia, II, 734.
- Paternidad (según el cuerpo y según el espíritu), II, 398.
- Patria (legitimidad de su amor), II, 632.
- Patriotismo, II, 384.
- Paz, I, 290.
El don de la paz, II, 516, 544, 717.
Efecto del perdón, I, 568.
- Pecado. Su naturaleza, I, 474, 617; II, 161, 294, 295.
Deuda infinita, II, 82.
Su miserable servidumbre, II, 143.
Pecado y penitencia, I, 567.
De los padres, II, 152.
Potestad de perdonar y retener, I, 452.
- Pecador. Su ceguera, II, 323.
- Pecadora (la mujer unge a Jesús), I, 564.
- Pecadores, I, 567.
- Pecados (ajenos), II, 129.
- Pedagog'a, I, 571, 585.
De Jesús, II, 267.
- Pedro (Simón). Su vocación al apostolado, I, 364, 433, 498.
En la resurrección de la hija de Jairo, I, 619.
En la transfiguración de Jesús, II, 49.
Predicción de sus negaciones, II, 500, 559.
- En el huerto, II, 559.
Su agresión a Malco, II, 576.
Sus negaciones, II, 592.
Su arrepentimiento, II, 597, 598.
Va al sepulcro, II, 693.
Su Primado de honor y jurisdicción, II, 34, 501, 731.
Su futura suerte, II, 732.
Sus prerrogativas, II, 38.
Adhesión a su sede, I, 438.
- Pena (del pecado), I, 473.
- Penitencia. Su naturaleza, I, 433; II, 598.
Su necesidad, II, 198, 281.
Inútil al condenado, II, 256.
Sacramento de la, I, 668.
- Pensamiento humano (sus tres estadios con respecto a la doctrina de Cristo), I, 420.
Su desviación en la fe, I, 484.
Pensamiento y voluntad, II, 16.
Pensamiento y corazón, I, 576.
Nuestros pensamientos patentes a Jesús, I, 456.
- Perdón, II, 653.
De las injurias, II, 77, 258, 652.
Generosidad en perdonar, II, 82.
- Pereza. Su castigo, II, 332.
Su culpabilidad, II, 332.
- Perfección cristiana, I, 423; II, 305, 307, 309.
- Perjurio, II, 596, 598.
- Persecuciones, I, 644; II, 652.
Son inevitables (Véase *Tribulación*), I, 644.
- Perseverancia. En la fe, II, 140.
En la obra de Dios, II, 96.
En seguir a Jesús, II, 233.
Perseverancia final, I, 645.
- Personas. Divinas (su unidad), II, 700.
Humanas (recta estimación), I, 429.
- Perversidad, II, 606, 614, 653.
- Pesas (y monedas), I, 121.
- Pesca milagrosa, I, 436, 439.
- Pilatos. Procurador de Judea, I, 88.
Juez de Jesús, II, 608.
Mensaje de su mujer, II, 622.

- Condena a muerte al Salvador, II, 634.
 Pobres. Son legado de Jesús, II, 341.
 Representa a Cristo, II, 230.
 Nunca faltarán en el mundo, II, 339, 341.
 Pobreza. Espiritual, I, 440.
 Honrada por Jesús, I, 452.
 Acerca a Dios, II, 307.
 De todo apóstol, II, 94.
 Bienes que acarrea, II, 254.
 Voluntaria, II, 304, 307.
 Poder. De Jesús, I, 478; II, 281, 573.
 De los apóstoles, II, 76.
 Pontífice en el Antiguo Testamento, I, 98, 99.
 Privilegio de los de Israel, II, 279.
 Poseso. Su estado, I, 441; II, 67.
 Curación de uno, I, 441.
 Curación de varios, I, 434.
 Realidad de la posesión diabólica, I, 197.
 Pozo de Jacob, I, 466, 407, 418.
 Precepto. Máximo, II, 390.
 Nuevo, II, 499.
 Predestación, I, 484; II, 488.
 Posesión del cielo, II, 319.
 Predicación. Del Bautista, I, 337.
 De Jesús, I, 163, 420, 513.
 Su éxito, II, 101, 333.
 Predicadores. Incorporados a Jesús, I, 652.
 Plenipotenciarios del Señor, II, 99.
 Austeridad de vida, I, 337.
 Predicciones. De la ruina de Jerusalén, II, 355.
 Del fin del mundo, II, 438.
 De las negaciones de Pedro, II, 501, 560.
 De la futura suerte de Pedro y Juan, II, 732.
 De su segunda venida, II, 437.
 Prejuicios. Sus defectos, II, 158.
 Sus daños, I, 655.
 Premio. Eterno, II, 507.
 Por las penas sufridas, II, 254.
 Premios y castigos, II, 194.
 Prendimientos de Jesús, II, 579.
 Presencia de Dios, I, 676; II, 380, 393, 409.
 Presentación (de Jesús al templo), I, 299.
 Presunción, II, 388, 502.
 Prevaricación. De la ley de Dios, II, 431.
 De la justicia, II, 635.
 Primado (de Pedro), II, 37, 40, 502, 731.
 Probática. Puerta, I, 470.
 Piscina, I, 470.
 Figura del bautismo, I, 473, 475.
 Proceso de Jesús. Religioso, II, 583, 587, 599.
 Civil, II, 608.
 Procuradores romanos, I, 88.
 Pródigo (hijo), II, 238.
 Profecías, I, 200.
 Mesianicas, I, 152, 203.
 En Israel, I, 200.
 La de Caifás, II, 279.
 Profetas, I, 543; II, 281, 438.
 Profetismo (en Israel), I, 200.
 Próximo. Quién es, II, 103.
 Conducta con él, I, 538.
 Proselitismo, II, 404.
 Protervia espiritual, I, 385.
 Providencia. De Dios, I, 291, II, 183, 187.
 En la revelación del Mesías, I, 361.
 Sumisión a sus designios, I, 317.
 Confianza en ella, I, 650.
 Prudencia. Naturaleza y cualidades, I, 539, 540, 593, 611.
 De Jesús, II, 281.
 En el ejercicio del apostolado, II, 94.
 Publicano, I, 458.
 Parábola, II, 292.
 Pueblo (judío). Su volubilidad, II, 352.
 Su ingratitud, II, 358.
 Puercos. Su simbolismo, I, 617; II, 243.
 La pira, I, 612.
 Puerta (ancha y estrecha), I, 546.
 Pureza, II, 13.
 Purificación. Noción, I, 299.
 Legal, II, 280.
 De María, I, 299.

Pusilanimidad, II, 459.

R

Recibimiento de Jesús.

Modo de hacerlo, II, 111.

Recogimiento interior, II, 34.

Red (parábola), I, 604, 605.

Redención. Causa, orden y universalidad, I, 392.

Efectos, I, 393.

Frutos, I, 393.

Régulo (su fe y curación de su hijo), I, 424.

Reino. De Dios, II, 286, 288, 328.

De Jesús, I, 211; II, 611, 717.

Opinión de los judíos sobre el reino del Mesías, II, 339.

Celestial, condiciones para entrar en él, II, 148.

De los cielos, I, 596, 597, 599, 600, 603, 604.

Sufre violencia, I, 561.

Preferencia en él, II, 210.

Relación. Del Verbo con la creación, I, 235.

De Jesús con su madre, I, 143.

Con San José, I, 144.

Con los apóstoles, I, 145.

Con sus hermanos, I, 144.

Con los niños y las niadasas mujeres, I, 146.

Con las autoridades, I, 146.

Con el pueblo, I, 147.

Relaciones del pueblo judío. Sociales, I, 119.

Internacionales, I, 125.

Religión. Instituciones religiosas de los judíos, I, 94.

Ideas religiosas de este pueblo, I, 101.

Verdadera, II, 15.

Sus características, I, 278.

Mal practicada por muchos cristianos, I, 414.

Remordimiento, I, 655.

Renacimiento. Espiritual, I, 392.

En el Antiguo Testamento, I, 394.

Renunciamento, II, 233.

Repudio. Libelo, I, 519.

Único motivo justo, II, 298.

Resignación, II, 630.

Responsabilidad (su medida), II, 82.

Resurrección. Universal, I, 479, 626.

Espiritual, I, 554, 626.

Final, estímulo del apostolado, II, 272.

De Jesús, II, 683, 688.

Pruebas, II, 715, 722.

De Lázaro, II, 264, 275.

Su veracidad, II, 340.

Consecuencia y efectos, II, 277, 278.

De la Iglesia por sus miembros, I, 386.

Nuestra, II, 514, 692, 718.

Revelación. Del Bautista, I, 343.

Del traidor por Jesús, II, 485.

De Dios a los sencillos, I, 294.

Reverencia, II, 701.

Rey. Jesús, I, 210, 669; II, 417, 635, 646.

Parábola, II, 232.

Ricos. Su apego a los bienes terrenos, II, 188.

Deben amar a los pobres, II, 247.

Su soberbia, II, 253.

Su muerte de cuerpo y alma, II, 253.

Riquezas. Su incompatibilidad con el servicio de Dios, I, 536.

Males de su abuso, II, 188, 249.

Su vileza delante de Dios, II, 254.

Su vanidad, II, 185, 306, 309.

No atesorarlas, I, 535.

Deben poseerse con medida, II, 309.

Desprendimiento, II, 250.

En los buenos, medio útil para la virtud, II, 327.

En el cielo, II, 254.

Las del cristianismo, I, 691.

Roma, I, 82.

Romanos. Procuradores, I, 88.

Soldados, II, 703.

Ruina. De Jerusalén, II, 355, 405.

Signos de su destrucción, II, 432.

Del Templo; su profecía, II, 425, 432.

Signos precursores, II, 427.
 Tiempo de ella, II, 440.
 Del pueblo Judío, II, 331.
 Del mundo, II, 441.

S

Sábado, I, 99, 472.
 Segundo-primero, I, 488, 490.
 Sabiduría. De Dios, publicada por los buenos y los malos, I, 562.
 Humana, debe fundarse en Dios, II, 104.
 Sacerdocio (naturaleza del Sumo), II, 279.
 Sacerdote. Jesús, I.
 Sumo, I, 216.
 Debe amar a los niños y bendecirles, II, 303.
 Solidaridad con el pueblo I, 256.
 Sacerdotes de la antigua ley, I, 98.
 Encono contra Jesús, II, 339.
 Sacramentos, I, 676.
 A los pecadores, I, 540.
 Sacrificio, I, 605.
 De la misa, I, 485.
 Sacrilegio, II, 490, 574.
 Saduceos, I, 107, 110.
 Jesús y ellos, II, 385.
 Sagrada Familia, I, 113.
 Subida al Templo para la Presentación, I, 298.
 Huida y permanencia en Egipto, I, 313.
 Regreso a Egipto, I, 315.
 Sagrario, I, 485.
 Sal de la tierra. Los discípulos de Jesús, I, 511.
 Salomé, I, 357, 358, 360.
 Saludo, I, 120.
 Salutación. Angélica, I, 259.
 Cristiana, I, 640.
 Salvación. Su ciencia, I, 279.
 Debemos cooperar a ella, II, 210.
 Lucha por conseguirla, II, 206.
 Quiénes y cuántos se salvan, II, 209.
 Nadie debe desesperar de ella, I, 461.
 Samaria, I, 74, 403.

Samaritana, I, 406.
 Samaritano. Parábola, II, 105.
 Samaritanos. Van a Jesús, I, 412.
 Fruto de Jesús entre ellos, I, 412.
 Sandalia, I, 117, 149.
 Sanedrín, I, 87.
 Decreta la muerte de Jesús, II, 466.
 Procesa, ultraja y condena a muerte a Jesús, II, 582, 587, 589, 590, 500.
 Santiago. El Mayor; su vocación, I, 438, 497.
 En la resurrección de la hija de Jairo, I, 623.
 En la transfiguración, II, 47.
 En el huerto de Getsemaní, II, 564.
 El Menor; su vocación, I, 497, 499.
 Santidad. No tiene patria, I, 369.
 Santificación. Es obra del amor de Dios, II, 148.
 Medios, II, 443.
 En la perfección de las obras interiores, II, 176.
 Del día festivo, I, 669; II, 678.
 Sarmiento, II, 520.
 Seguidores de Cristo (incipientes y perfectos), II, 74.
 Seguimiento de Jesús, I, 510, 683.
 Seleucida, I, 83, 87.
 Sembrador. Parábola, I, 588.
 O del Verbo encarnado, I, 593.
 Semilla. Parábola de la que fructifica espontáneamente, I, 595.
 Divina, II, 368, 522.
 Sencillez cristiana, I, 586; II, 384.
 Sentencia de muerte de Jesús. Por el Sanedrín, II, 589.
 Por Pilatos, II, 634.
 Sentencias extraevangélicas de Jesús, I, 36.
 Señal del cielo, II, 29.
 Sepelio, I, 123.
 De Jesús, II, 672.
 Sepulcro, I, 124; II, 689.
 De Jesús, II, 672.
 Su custodia, II, 676.
 Acceso de las Santas Mujeres, II, 687.

Pedro y Juan, II, 696.
 Descripción del de Lázaro, II, 274.
 Sequedad, II, 535.
 Sermón de la montaña. Ocasión y lugar, I, 500.
 Naturaleza, I, 501.
 Importancia doctrinal, I, 503.
 Argumento y análisis, I, 506.
 Bienaventuranzas, I, 507.
 Maldiciones, I, 510.
 Severidad. Del juicio de Dios, II, 98.
 Prudente en el ministerio apostólico, I, 601.
 Sicar, I, 75, 404.
 Sidón, II, 17.
 Siervo. Del Centurión, I, 547.
 Malo, II, 80.
 Siervos. Parábola, II, 447.
 Lo somos de Dios, II, 260.
 Signos (precursores de la segunda venida de Jesús), II, 435.
 Simbolismo. Del cordero en el Antiguo Testamento, I, 218.
 De la parábola, I, 175.
 De los milagros, I, 192.
 Del pastor, I, 206.
 Símbolos (iconográficos de los evangelistas), I, 7.
 Simeón, I, 300.
 Su profecía, I, 302.
 Ejemplos, I, 302.
 Simón el Cananeo. Su vocación al apostolado, I, 497.
 Simón (Pedro). Se le impone el nombre de Pedro, I, 498.
 Simonía, I, 640.
 Sinagoga (lección de Jesús en la de Nazaret y su expulsión de la misma), I, 96, 426, 430.
 Sinaí (y montaña de las Bienaventuranzas), I, 503.
 Sinedrio. (V. *Sanedrin*.)
 Sinedrita, II, 365, 703.
 Sinópticos. Evangelios, I, 48.
 Cuestión sinóptica, I, 54.
 Siquem, I, 75, 405.
 Soberbia. Es el desprecio de Dios, II, 294.
 Sus manifestaciones, II, 294.
 En las obras buenas, I, 464.

Debemos aborrecerla, I, 271.
 Modo de curarla, II, 260.
 Ella y la avaricia, enemigos de la verdad, II, 261.
 La de los judíos, II, 109.
 Sobriedad, II, 362.
 Soldado romano, II, 703.
 Solicitud. Excesiva en las necesidades cotidianas, I, 533.
 De las cosas temporales, II, 183.
 Sordera (espiritual), I, 593.
 Sordomudo (su curación), II, 21.
 Sudario, II, 332.
 Suegra (curación de la de San Pedro), I, 443.
 Sueño (de San José), I, 280.
 Suficiencia (nos viene de Dios), II, 331.
 Sufrimiento. Es ley fundamental del cristianismo, II, 45.
 Con generosidad, II, 64.
 Germen de gloria, I, 650.
 Suicidio (de Judas), II, 603.
 Sumisión, II, 483.

T

Tabernáculos (solemnidad de esta fiesta), I, 100; II, 89.
 Tabor (monte), I, 76; II, 47.
 Talento. Qué es, I, 457.
 Parábolas, II, 455.
 Talión (ley del), I, 520.
 Talmud, II, 11.
 Tejado (en las casas de Palestina), I, 641.
 Temor. De Dios, I, 483.
 De las grandes potestades, I, 312.
 Tempestad calmada, I, 607, 670.
 Templo. Su engrandecimiento por Herodes, I, 384.
 Profanación, I, 382.
 Respeto debido, I, 383.
 Figura del templo cristiano, I, 384.
 Gravedad de la profanación del cristiano, I, 384.
 El del *Pater Noster*, I, 592.
 Tentación, II, 503.
 Las de Jesús, I, 354.

Procurar vencerlas, I, 353.
 Debemos acudir a Dios en ellas, I, 610.
 Auxilio de Jesús, I, 675.
 Teocracia, I, 82.
 Teófilo, I, 229.
 Terremoto. En la muerte de Jesús, II, 662.
 En la resurrección, II, 688.
 Tesoro. Del cielo, I, 605.
 Escondido; parábola, I, 604.
 Los del cielo y de la tierra, I, 532.
 Testamento. El antiguo y el magisterio del Mesías, I, 160.
 Consonancia de ambos testamentos, I, 317.
 Testimonio. De Juan a los legados de los judíos, I, 355.
 De Jesús por el Bautista, 359, 362.
 Tiberíades. Mar, I, 609.
 Aparición de Jesús y pesca milagrosa, II, 726.
 Tiempo. Factor importante de la vida moral, II, 60.
 De merecer, II, 152.
 Tiniebla, II, 417.
 Tiro, II, 17.
 Tomás. Su vocación al apostolado, I, 497.
 Su incredulidad, II, 720.
 Trabajadores (parábola de los llamados a la viña), II, 310.
 Trabajo, II, 444.
 Su premio, II, 330.
 Tradición, I, 26, 188.
 Judaica, II, 11.
 Traición de Judas, II, 468, 572.
 Traidor, II, 484.
 Transfiguración de Jesús, II, 48.
 Trato con Jesús, I, 368; II, 711.
 Tribulación, II, 539, 640, 653.
 Tributo, I, 461.
 Licitud del de los judíos al César, II, 381.
 Tristeza, II, 536.
 Jesús en el Huerto, II, 564.
 Triunfo. De Jesús en Jerusalén, II, 350, 353.
 En el mundo, II, 357.

De la Iglesia, II, 579.
 Túnica, I, 112.
 De Jesús, I, 149.
 Su sorteo, II, 645.
 Turbación, II, 489.
 Turbas (su avidez de oír la palabra de Dios), I, 448.

U

Unción de los enfermos, I, 654.
 Ungir, I, 151.
 Unidad. De esencia y pluralidad de personas en Dios, II, 219.
 De fe, en el colegio apostólico, II, 40.
 Del rebaño de Jesús, II, 168.
 De los fieles por la fe y la caridad, I, 576.
 Unión. De los fieles, II, 556.
 Del rebaño de Jesús, II, 168.
 Con Jesús, I, 400, 554, 654, 659, 686, 695.
 De los malos contra los buenos, Sus efectos, II, 138.
 II, 54.
 Usos judíos, I, 113.

V

Valor. Para dar testimonio de Jesús, I, 363.
 Valores humanos y divinos. Su oposición, II, 252.
 Vanagloria, I, 530; II, 397, 404.
 Variabilidad de las cosas de la vida, I, 320.
 Vencimiento propio, I, 651.
 Venida segunda de Jesús, II, 437.
 Verbo. Su generación eterna, I, 232.
 De Dios, I, 233, 240.
 Su naturaleza, I, 235.
 Sus relaciones con la creación y con el hombre, I, 235.
 Su encarnación, I, 259.
 Centro de nuestras adoraciones, I, 239.
 Luz; obligación de recibirla, I, 240.

- Verdad, II, 143, 393, 417, 508, 518, 614, 618.
 Su naturaleza y valor para confesarla, II, 159.
 Su fuerza, II, 182.
 Patrimonio de todos, II, 160.
 Sus adversarios más formidables, II, 251.
- Vestido. De los judíos, I, 117.
 De Jesús, I, 149.
 Del Bautista, I, 336.
 Reparto de los de Jesús, II, 645.
- Viaje. De María a casa de Isabel, I, 264.
 De María y José a Belén, I, 286.
 De los Magos a Belén y su regreso, I, 306, 311, 312.
 De la Sagrada Familia a Jerusalén para la Presentación, I, 298.
 Regreso a Nazaret, I, 304.
 A Egipto y regreso, I, 314, 319.
 Al templo, I, 322.
 De Jesús al Jordán, I, 343.
- Vid mística, II, 518.
- Vida. Corporal, I, 354.
 Humana (sus frutos), II, 201.
 Doméstica (sus santas expansiones), I, 374.
 Carnal, II, 137.
 Justa, I, 255.
 Vida y corazón, II, 130.
 Vida y doctrina, I, 523.
 Verdadera del espíritu, II, 61.
 Causada y originada por Jesús, I, 413; II, 269.
 Cristiana, I, 684.
 Sobrenatural, I, 394.
 Celestial, I, 400.
 De Jesús. Duración, I, 130.
 Ordinaria, I, 148.
 Oculta, I, 285.
 Pública, preparación, I, 331.
 Comienzo, I, 129.
 Duración, I, 130.
- Vigilancia, II, 190, 444, 522.
- Vino, I, 118.
 Su conversión en agua, I, 372.
- Viña (mística), II, 519.
- Violencia (para alcanzar el reino de Dios), II, 252.
- Virgen (parábola de las diez), II, 450.
 Virgen María. Modestia, I, 263.
 Gracia, I, 263.
 Fe ilustrada, I, 264.
 Libertad, I, 264.
 Virtudes, I, 264, 270.
 Confianza, I, 270.
 Participación en sus prerrogativas.
 (Véase *María*), I, 270.
- Virginidad, II, 298.
- Virtud. Naturaleza, I, 340.
 Suele ocultarse, I, 464.
 Sus delicadezas (no exponerlas a los malos), I, 539.
 Mal entendida, I, 490.
- Visión. De Dios, II, 51.
 De Zacarías, I, 252.
- Visitación (de María a Isabel), I, 264.
- Viuda. De Serepta, I, 428.
 De Naím, I, 552.
 Su óbolo, II, 408.
 Parábola del juez y de la, II, 290.
- Vivir (holgura del), I, 543.
- Vocación. Asunto grave, I, 618.
 A la fe, I, 690.
 De Pedro, I, 438.
 De Juan, I, 438.
 De Santiago el Mayor, I, 438.
 De Andrés, I, 438.
 De Mateo, I, 459.
 De los doce al apostolado, I, 497.
- Voluntad. De Dios, I, 403.
 Del Padre, II, 264.
 Del Padre y del Hijo, I, 689.
 Salvífica (su universalidad), I, 484.
 Debemos conocerla, I, 403.
 De Dios y de los padres sobre los hijos, I, 329.
 Su rectificación para la salvación, I, 433.

Su eficacia en el bien obrar, I, 597.

Voz de Dios, II, 119.

Y

Yugo (y carga ligeros), II, 104.

Z

Zacarías. Esposo de Isabel, I, 252.

Visión, I, 252.

Promesa y castigo, I, 254.

Zaqueo. Su ansiedad por ver a Jesús, II, 325.

Su sinceridad y lealtad, II, 326.

INDICE ONOMASTICO DE ESCRITORES

- Agustín (San), I, 7, 16, 23, 24, 39, 45, 182, 192, 220, 270, 306, 307, 564, 638; II, 173, 334, 499, 500, 569, 685.
- Alberto Magno, I, 267.
- Ambrosio (San), I, 294, 303.
- Amiano (Marcelino), II, 427.
- Asín Palacios (Miguel), I, 37.
- Baronio, II, 489.
- Battifol, I, 10, 66.
- Billot, I, 28, 183.
- Bonomelli, II, 685.
- Bossuet, I, 153; II, 455, 496.
- Bover, I, 474; II, 183, 500.
- Brassac, I, 67, 68.
- Buenaventura (San), I, 315.
- Calmes, I, 61, 62, 63, 66.
- Cayetano, I, 682.
- Celso, I, 40; II, 657.
- Cellini, I, 19, 59; II, 685.
- Cicerón, I, 78; II, 643.
- Cirilo, de Jerusalén (San), II, 47.
- Clemente, de Alejandría (San), I, VIII, 9, 27, 48; II, 236.
- Comisión. «De Re Biblica», I, 24, 39, 49, 50, 51, 56, 57, 58, 66, 67, 69.
- Corluy, I, 66; II, 495, 496.
- Cornely, I, 49, 50, 58, 175, 307, 434, 583; II, 501.
- Curci, I, 667.
- Dehaut, II, 500.
- Dionisio el Exiguo, I, 127.
- Duchesne, I, 129.
- Eichhorn, I, 156.
- Elpidio, I, 282.
- Estrabón, I, 126.
- Eusebio, I, 9, 49, 58, 60; II, 433.
- Eutimio, I, 564.
- Ewald, I, 477.
- Fausto el Maniqueo, I, 8.
- Felten, I, 112.
- Fénelon, I, 20.
- Filón, I, 80.
- Fillión, I, 35, 58, 76, 158, 179, 434; II, 475, 495.
- Flavio Josefo, I, 73, 75, 81, 107, 121, 128, 129, 318, 324, 402, 553, 656, 659, 674; II, 355, 428, 434, 634.
- Fonck, I, 176, 180, 351.
- Fouard, II, 321, 495.
- Franzelin, I, 135.
- Goethe, I, 46.
- Grandmaison, I, 82, 105, 167.
- Gregorio (San), I, 32, 564, 566.
- Gregorio Magno (San), I, 16.
- Hanneberg, I, III, 154, 200.
- Harnack, I, 9, 33.
- Hipólito (San), I, 265.
- Hort, I, 43.
- Huby, I, 12, 13.
- Hurter, I, 19.
- Ireneo (San), I, 9, 29, 61, 470.
- Jacquier, I, 5, 10, 12, 55, 57.
- Jansenio de Gante, I, 682.
- Jerónimo (San), I, 8, 33, 35, 43, 50, 60, 150, 178, 214, 247, 307, 336, 351, 383, 493, 500, 528; II, 47, 318, 692, 747.
- Jonatás, I, 154.
- Josefo Flavio (vide Flavio Josefo).
- Joviniano, I, 282.
- Juan Crisóstomo (San), I, 5, 8, 183, 311; II, 311, 386.
- Julio Africano, I, 247.

INDICE ONOMÁSTICO DE AUTORES

Justino (San), I, 6; II, 704, 706.

Kempis, I, ix.

Kepler, I, 309.

Knabenbauer, I, 61, 180, 231, 311,
345, 367, 389, 434, 559, 591; II,
472, 480, 495, 500, 655, 710, 721.

Kortleiner, I, 88.

Lacordaire, I, 77.

Lagrange, I, 426, 434.

Lamy, I, 41.

Lapide, I, 434, 503; II, 495.

Le Camus, I, 179.

Leibnitz, I, 152.

León IX, II, 686.

Lepicier, I, 262, 583.

Lesêtre, I, 171, 176, 191.

Lessing, I, 56.

Lirinense (El), I, vii.

Loisy, I, 64.

Ludolfo de Sajonia, I, xv-xvi.

Lutero, I, 21.

Maimónides, II, 427.

Maldonado, I, 6, 218, 248, 270, 326,
563, 570, 600; II, 195, 328, 399,
455, 495, 579, 686.

Méchineau, I, 426.

Meschler, I, 434.

Mignot, I, 219.

Onkelos, I, 154.

Orígenes, I, xv, 16, 308, 420, 564,
656; II, 620.

Papías, I, 10, 57.

Patrizi, I, 248, 496.

Plummer, I, 54.

Platón, I, 160.

Policarpo (San), I, 470.

Porfirio, II, 657.

Power, I, 37, 638.

Quintiliano, I, 164.

Renau, I, 8, 42, 54.

Richard, I, 135.

Rosadini, I, 426; II, 344.

Rousseau, I, 15, 46.

Salmerón, I, 179, 180; II, 475.

Sanday, I, 186.

Schanz, I, 180.

Simon, I, 179, 180.

Strauss, I, 29, 46, 187; II, 684.

Suetonio, I, 308.

Taciano, II, 485.

Tácito, I, 95, 308; II, 426.

Teodorico, I, 344.

Teofilacto, I, 318, 564; II, 517.

Tertuliano, I, 32, 182, 526; II, 29,
318, 704, 706.

Tirino, I, 434.

Tomás (San), I, 18, 178, 259, 525,
671; II, 462, 517.

Torrey, I, 37.

Urbano II, I, 72.

Uriarte, I, 194.

Valvekens, I, 40, 193.

Van Steenkiste, I, 502.

Vigouroux, I, 165, 141, 175.

Volkmar, I, 46.

Voltaire, II, 706.

Wescot, I, 43.

Zorrell (P.), II, 232.

INDICE DE MAPAS Y GRABADOS

VOLUMEN I

	<u>Págs.</u>
Palestina en tiempo de N. S. Jesucristo	XX-1
De Nazaret a Belén	227
Itinerario de Jesús. Período de preparación	332
Itinerario de Jesús en el año primero de su vida pública . .	379
Itinerario de Jesús en el año segundo de su vida pública . .	468

VOLUMEN II

Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. — De la tercera Pascua hasta la Fiesta de los Tabernáculos . .	7
Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. — De la Fiesta de los Tabernáculos a la Dedicación	87
Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. — De la Dedicación a la Semana de Pasión	213

